César Pérez Gellida

Refranes, canciones y rastros de sangre

TRILOGÍA COMPLETA

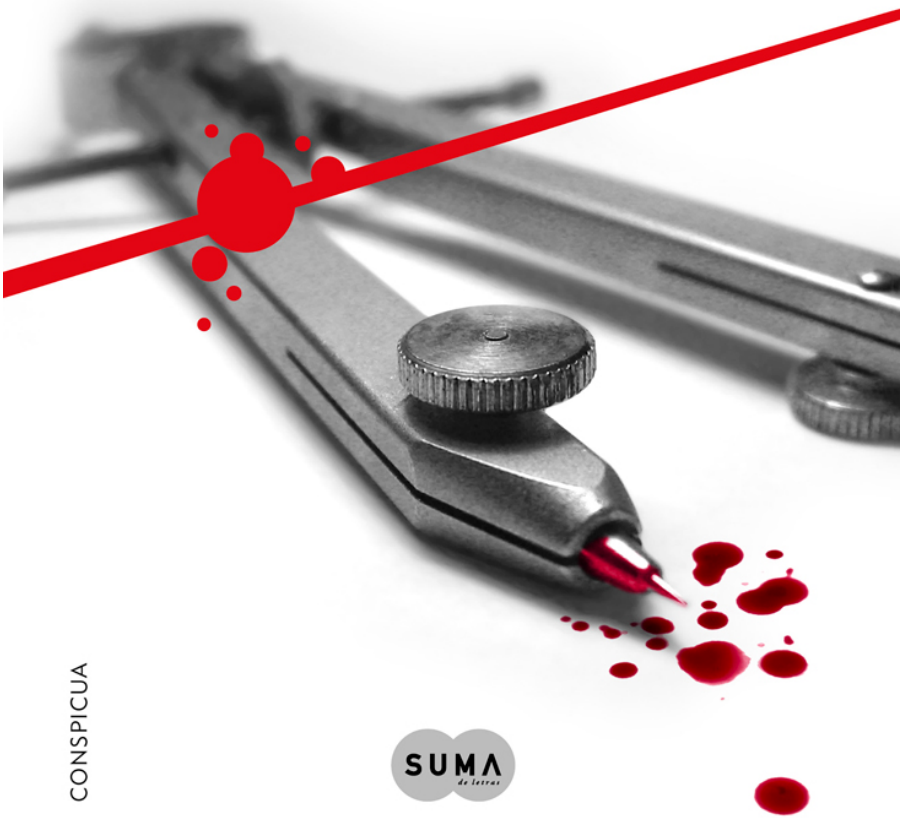
CONSPICUA

SUMA de letras

César Pérez Gellida

Refranes, canciones y rastros de sangre

TRILOGÍA COMPLETA



CONSPICUA

SUMA de letras

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

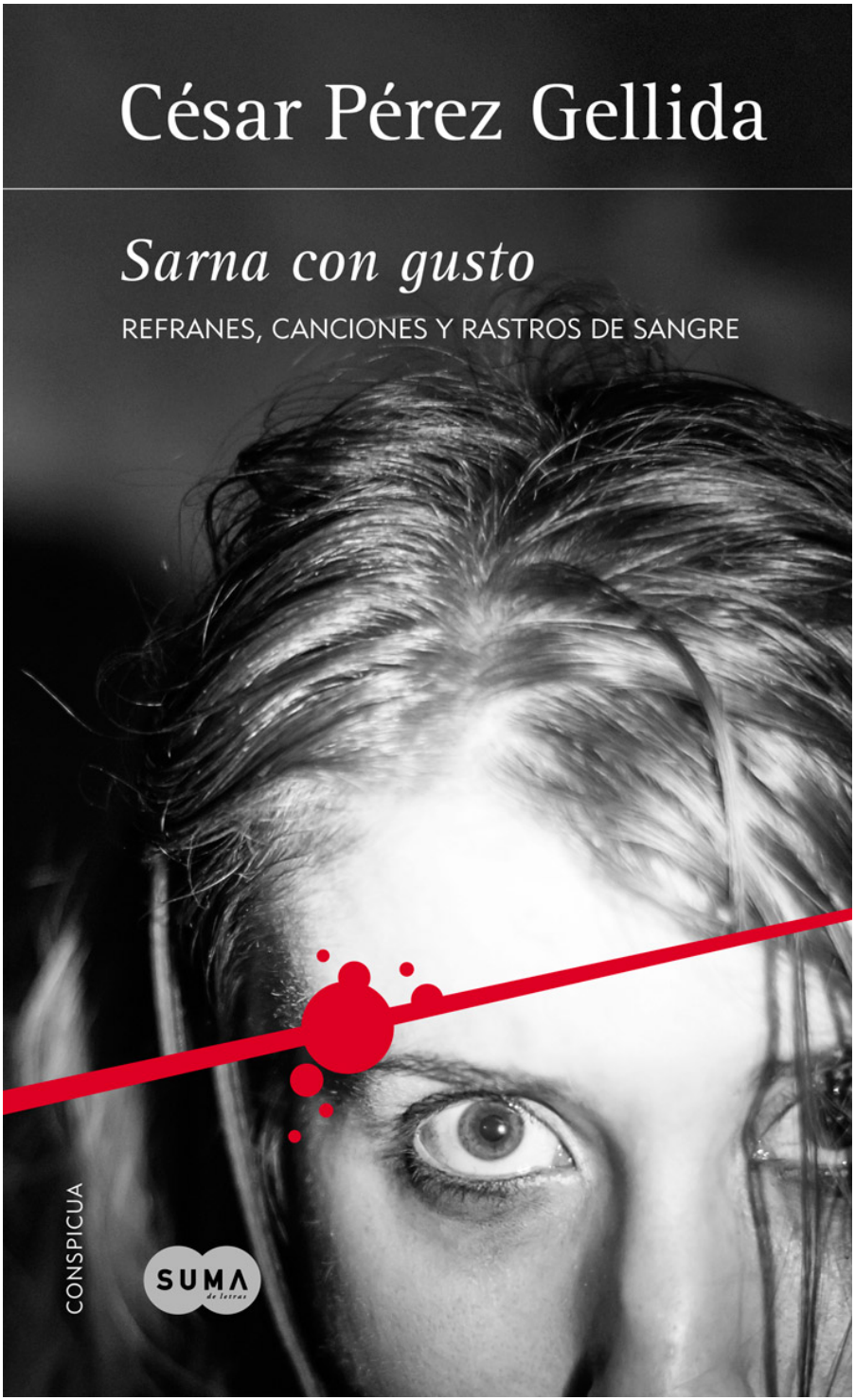
César Pérez Gellida

Penguin Random House Grupo Editorial

César Pérez Gellida

Sarna con gusto

REFRANES, CANCIONES Y RASTROS DE SANGRE



CONSPICUA

SUMA de letras

César Pérez Gellida

Sarna con gusto

SUMA de letras

A Urtzi, un amigo

«Un secuestro va mucho más allá de
la mera privación de libertad».
RAMIRO SANCHO
Inspector del Grupo de
Homicidios de Valladolid

PERSONAJES

Personajes principales:

Ramiro Sancho. Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Ólafur Olafsson. Excomisario de policía de la Brigada de Homicidios de Reikjavik.
Sara Robles. Inspectora del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Álvaro Peteira. Subinspector del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Fernando Fajardo. Jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.
Margarita Zúñiga. Estudiante de tercero de la ESO y víctima de un secuestro.
Azucena Pérez. Madre de Margarita.
José Antonio Pérez. Abuelo de Margarita.
Aitzol Etxevarria, «Chupao». Secuestrador.
Servando Garay, «Chimuelo». Secuestrador.
Gorka Arizmendi, «Besugo». Secuestrador.

Otros personajes:

Erika Lopategui. Doctora en Psicología.
Aarjen de Bruyn. Ayudante retirado del fiscal de Hainault.
Jaap Keergaard. Arcángel Uriel de la Congregación de los Hombres Puros.
Bismark Kruger. Arcángel Zadkiel de la Congregación de los Hombres Puros.
Francisco Travieso. Comisario provincial de Valladolid.
Carlos Herranz-Alfageme, «Copito». Comisario de la comisaría de distrito de las Delicias.
Patricio Matesanz. Subinspector del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Carlos Gómez. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Jacinto Garrido. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Carmen Montes. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Áxel Botello. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Santiago Salcedo. Jefe de la Brigada de la Policía Científica de Valladolid.
Mateo Marín. Agente de la Policía Científica de Valladolid.
Daniel Navarro. Agente de la Unidad Motorizada.
Aurora Miralles. Titular del Juzgado de Instrucción n.º 1 de Valladolid.

Pablo Pemán. Subdelegado del Gobierno.
Francisco Javier Caño Olavarría. Jefe superior de la policía de Castilla y León.
Juan Carlos Prieto. Comisario jefe de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV).
Julio Santamaría. Jefe del Grupo Especial Operativo (GEO).
Peter Frei. Presidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco. Guardián de la Congregación de los Hombres Puros.
Rosemarie Slosse. Esposa de Peter Frei.
Luciana Lammers. Asistente personal y mano derecha de Peter Frei.
Thomas Geoffroy. Abogado. Centinela de la Congregación de los Hombres Puros.
Alfredo Zúñiga. Padre de Margarita.
José Ramón Madruga. Politoxicómano.
Anna Jónsdóttir. Vecina de Ólafur Olafsson.
Remedios Hermosilla, «Reme». Vecina de la localidad vallisoletana de Viana de Cega.
Arturo Parrado. Vecino de la localidad vallisoletana de Viana de Cega.
Karatu. Dogo argentino.
Luis. Encargado del Zero Café.
Paco, «Devotion». Pincha del Zero Café.

RIGOR Y CONSTANCIA

Los estoy viendo por el retrovisor. Se muestran muy poco, lo justo. Apenas salen para fumar, hablan entre ellos sin dejar de mirar el entorno y vuelven a refugiarse en la casa. No saben que estamos ahí, pero toman sus precauciones. Saben de qué va el tema pero solo hay que esperar a que se separen un poco del nido. Aquí no hay segundas oportunidades y el teléfono del comodín de la llamada lo cortaron hace tiempo por falta de pago. El historial de los mendas es un primor. Son itinerantes, tienen tablas y las informaciones apuntan a que pueden ir armados.

La garra, puntual a su cita, está empezando a lijar el duodeno cuando suena el móvil. Es César. Tras un breve saludo, lo lanza:

—Quiero que escribas el prólogo de *Sarna con gusto.*

Así, sin anestesia. No es una sugerencia, es una orden de servicio. Nada más colgar ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado el encargo porque el mayor y a la vez más dudoso mérito literario que se me puede atribuir como inspector de policía puede ser la redacción de atestados policiales, que, como todo el mundo sabe o puede suponer, están considerados por la crítica especializada como obras cumbres de la narrativa universal. Sin desviar la atención de lo que nos ocupa, no puedo evitar remontarme unos años atrás, cuando un tipo rapado al cero con aspecto de todo menos de escritor se personó en las dependencias del Grupo de Homicidios. Venía con cita previa, como en Hacienda, armado con un triste bloc de notas y un no menos patético boli, pero llegaba acompañado y recomendado por un colega, pata negra, que en los días precedentes me había hablado de un buen amigo suyo que estaba escribiendo una novela sobre un asesino en serie y que necesitaba algo de información. Pretendía —me previno el de la motorizada— obtener datos para conformar una visión de conjunto sobre los procesos de investigación. Acepté a pesar de que me invadió un cierto desánimo —lo reconozco ahora—, solo por el hecho de someterme a la curiosidad de un «juntaletras» al que no conocía. Recuerdo que le despaché con solemnidad, sirviéndole unos datos muy generales, de esos que cualquiera podría conseguir en

Internet sobre la organización policial, escalafones, reglamentos, régimen disciplinario…, vamos, material de primera; puro solomillo.

«Con estas revelaciones que te estoy haciendo vas de cabeza al *top ten* de ventas», pronosticaba para mí durante la charla.

El caso es que César no dejaba de tomar notas, mostrando, eso sí, mucho interés por el ladrillo que le estaba endilgando. Una astuta maniobra de distracción como preludio a lo que era el objeto real de la visita, intención que no tardaría en desvelarme con tanta franqueza como prudencia —más de la que muestra hoy, afortunadamente—. Lo que quería aquel proyecto de novelista era conocer el día a día en un Grupo de Investigación del Cuerpo Nacional de Policía, la labor de trincheras, la sala de máquinas.

—Principalmente para dotar de alma al personaje —se justificó.

«Vas listo», pensé yo.

Lo que no fui capaz de calibrar en aquel momento fue el poderío de un arma que traía bien escondida: sus dotes para la persuasión. Un arma de destrucción masiva, créame. Buena prueba de ello es que cuatro años más tarde me veo escribiendo el prólogo de la cuarta entrega de las andanzas del barbudo pelirrojo. Ahí es nada.

Nada más iniciarse nuestra bienaventurada relación, César me mostró de qué forma quería recorrer el camino que había trazado en su mente, retorcida y compleja como la del criminal que iba a protagonizar una novela que a la postre terminó convirtiéndose en una trilogía. En su favor he de decir que asumió desde un principio las limitaciones derivadas del secreto profesional y que siempre ha respetado el pacto que delimita lo que se puede y lo que no se puede escribir. Se interesaba principalmente por esos detalles que hacen que el lector confunda realidad y ficción, y, a pesar de mi advertencia sobre lo decepcionante que podría resultar el conocer los avatares propios de la investigación, apostó por renunciar al golpe de efecto sin justificar, dejando el dichoso conejo en la chistera. Enseguida comprendió que aquí no hay magia ni ciencia infusa. Poco abundan —siento admitirlo— los policías atormentados con vidas desordenadas provistos de una personalidad arrolladora de guion de Hollywood. Investigadores de esos que repentinamente entran en trance y unen todas las piezas del puzle auxiliados por unos extraños hados que inspiran la revelación y la resolución de los casos. Eso solo pasa en las películas y en algunas novelas, pero no era ese el tipo de novela que él quería escribir. César fue coherente y escogió el camino complicado y eso, precisamente eso, es lo que hoy me sigue empujando a atender de inmediato sus llamadas, porque en cada conversación se esconde un reto. También ayuda el hecho de que el autor se haya preocupado por otros aspectos menos interesantes para el lector, aunque solo sea para ser consciente de eso que anega la cotidianidad de los guardias: las

interminables horas de trabajo, la constancia, la formación continua, las dosis infinitas de paciencia, la alta tolerancia a la frustración y sobre todo la actitud necesaria para estar a la altura de las circunstancias. En materia de investigación no caben las elucubraciones ni las vueltas de tuerca para ajustar lo que no tiene ajuste. No se admiten excusas y los denominados «casos difíciles» rozan lo imposible por la cantidad de variables y datos que hay que conseguir, ordenar y analizar. He de reconocer que me siento muy orgulloso de su evolución, no tanto por su fulgurante éxito como escritor como por su faceta como analista e investigador. Es verdad que César cuenta con la inestimable ventaja de estar en la mente de sus personajes, que para eso son sus criaturas, pero, así y todo, ha decidido adaptarse al método sin tomar atajos. Si se encuentra una dirección prohibida no quita la señal, aunque bien pudiera hacerlo, que para eso es el autor. No, él busca otra forma de entrar porque está seguro de que existe. Y al final entra, eso lo sé por experiencia.

Nuestro oficio se alimenta del rigor y la constancia, valores muy coincidentes con la tarea que César desempeña frente a la pantalla de su portátil: aporrear el teclado, como él lo define. Quizá por ello nos entendamos tan bien. Dicho esto, habría que subrayar algo que sí nos diferencia: en nuestra profesión no existe el perfecto investigador ni el crimen perfecto, en la suya sí se puede alcanzar la perfección y la novela que tiene entre manos, si no la alcanza, está muy cerca.

Quizá lo mejor que pueda decir sobre él es que, si César fuera policía, yo habría hecho lo imposible para que estuviera en mi grupo. Ya se adelanta a mis modestas contribuciones con un diseño perfectamente estructurado de cada situación, ha cogido el hilo y no lo va a soltar. Está maduro y sospecho que valora la posibilidad de hacerme un ERE y prescindir de mis cada vez más innecesarias aportaciones. «Tú sabrás, que en esta comisaría tú mandas, compadre».

Toca hablar ahora de lo que se van a encontrar en *Sarna con gusto*. A mi juicio, esta es, hasta la fecha, la novela firmada por César Pérez Gellida en la que se plasma de forma más fidedigna lo que sucede de puertas adentro y lo que pasa por la mente de un policía que se ha de enfrentar a situaciones como las que usted va a vivir en la piel de Sancho a lo largo de los capítulos que siguen a este prólogo. Prepárese, porque son tales las vilezas a las que somete el autor al pelirrojo que uno no entiende que sea capaz de hacerlo aun siendo su *alter ego*. Lo aclaro por si alguien no se había «dado de cuenta» —como diría ese gran policía que fue Paco el Rata y al que César homenajeó en algunos pasajes—. Si usted ya ha leído la trilogía sabrá que Ramiro Sancho tiene pelaje de madero, es un tipo noble y concienzudo, sin dobleces, tal cual. Es del gremio y se ha sabido

rodear por buenos camaradas, del todo imprescindibles para afrontar la investigación del secuestro que ha pergeñado el autor. Compañeros que serían la envidia de cualquier jefe de grupo excepto de mí, porque yo tengo la suerte de contar con los Peteira, Matesanz, Gómez, Garrido, Montes y Botello. Y sí, son los mejores.

Vaya por delante que la gestión policial de los secuestros —afortunadamente escasos en España y resueltos con brillantez por las unidades especializadas— no puede plasmarse de forma pormenorizada en una novela. No me gustaría que *Sarna con gusto* terminara por convertirse en el manual de consulta del buen secuestrador y, sin embargo, la lectura de los primeros borradores me hizo ver que la ficción se había acercado a la realidad mucho más de lo que yo había previsto inicialmente. El brutal deterioro psíquico y físico que sufren tanto el secuestrado como su entorno supone un auténtico calvario, una de las mayores pruebas de resistencia a las que puede llegar a enfrentarse un ser humano. Esa parte está resuelta de forma tan brillante que he llegado a pensar en que César fue secuestrado en otra vida anterior o bien que el muy cabrón fue secuestrador. No descarten ninguna hipótesis.

La novela es inquietante, cruda y descarnada. Destila sufrimiento, es necesaria y dolorosamente explícita. Y digo necesaria porque edulcorar a conciencia un relato sobre las consecuencias de un hecho de estas características con el propósito de no herir sensibilidades es una engañifa, un tocomocho, una falta de respeto para los lectores pero, sobre todo, para las víctimas.

Por último, quiero advertirle de que las investigaciones en el caso de la niña de la caperuza roja no fueron concluyentes y se baraja la posibilidad de que nunca llegara a casa de su abuelita. Los encargados de las pesquisas sospechan que, como les ocurriera antes a los cabritillos, fue devorada por el lobo en un sombrío paraje a escasos metros de su vivienda y nunca se halló el cadáver. Si ustedes se sienten más reconfortados con la versión oficial de aquellos lamentables sucesos, yo les recomendaría que no leyeran esta novela.

Sarna con gusto es la crónica de un secuestro con algunas pinceladas de ficción. El talento de su autor lo ha hecho posible.

Buen provecho.

Los colegas están bien posicionados y los equipos de transmisión permanecen mudos. Hace muchísimo calor. En la casa empieza a haber movimiento. El más bajo se asoma al balcón, habla por teléfono o finge que conversa con alguien mientras mira distraídamente hacia ambos lados de la calle y apura el cigarrillo. Está nervioso, lo noto. El más alto, un clon de Willy de Ville en versión celtibérica, se dirige al

vehículo que tienen estacionado frente a la casa. Abre el maletero y parece que busca algo, pero sus movimientos le delatan. Está «barriendo» la calle, quiere detectar alguna presencia extraña. No lo va a conseguir.

Están preparando la salida.

—Todos atentos, estos se van a poner en movimiento en breve —advierto a través del equipo de transmisión. No veo a los míos, pero sé que ya están ahí, enchufados—. Comunicados cortos, ya está todo hablado. Vamos a esperar a que lleguen a la zona de garajes, es el sitio más despejado, en cuanto lleguen ahí…

La garra se está empleando a fondo. En breve desaparecerá, espero. ¡Hay que joderse!

Urtzi, inspector de Homicidios
Julio de 2015

EL CALZADO DEL DIABLO NUNCA SUENA

Barrio de Outremeuse
Lieja (Bélgica)
14 de agosto de 2012, 23:34

En plena subida de la interminable escalera adoquinada de la Montagne de Bueren notó una creciente opresión en la caja torácica que le hizo arrepentirse del instante en el que escogió esa estúpida ruta de huida. Pero cuando uno es consciente de que su vida corre serio peligro, no valora ni evalúa; corre.

Todavía podían oírse los estallidos del tradicional *tirs de campes* y el barrio estaba bautizado por el clásico olor a pólvora quemada que reinaba en el ambiente durante los cuatro días que duraba la festividad de la Virgen Negra. Aarjen de Bruyn se apoyó sobre las rodillas para recuperar el aliento y la necesidad de oxígeno le empujó a abrir la boca todo lo que pudo. Consecuentemente, las partículas de nitrato potásico, carbono y azufre provocaron la irritación de las vías respiratorias y su organismo protestó en una concatenación de toses secas. El eco le advirtió de que estaba solo, porque todo el mundo se concentraba en la isla, deambulando entre los bares y las barracas repartidas por las sinuosas calles de Outremeuse, mojándose el gaznate a base de cerveza y *peket*. Aun así, quiso cerciorarse y levantó la vista. Ante él, más de trescientos escalones por subir; tras él, un sicario con un encargo divino.

Lo reconoció al instante y no le costó deducir el motivo por el que Jaap Keergaard se encontraba en Lieja.

Una de las siete espadas de la Congregación.

Uno de los siete arcángeles.

El más veterano de ellos: el arcángel Uriel.

Cansado de sortear borrachos, había decidido regresar a su casa en Rue Léopold atravesando el Pont des Arches. Al rodear la iglesia de Saint Pholien lo vio apoyado en un coche, taladrándole con aquella mirada, torva, pero al mismo tiempo vacía como la de un maniquí. En

décimas de segundo su cerebro procesó el expediente delictivo —la parte conocida— y, a partir de ese instante, el miedo se adueñó de sus decisiones. Bien podría haber vuelto sobre sus pasos, encaminarse de nuevo hacia el bullicio, donde habría tenido la oportunidad de camuflarse entre la gente o de darle esquinazo en alguna de las callejuelas aledañas a la Chaussée des Prés; pero no, el pánico resolvió que lo mejor era aumentar el ritmo de zancada para llegar lo más rápido posible a cobijarse en su domicilio. No había terminado de recorrer el puente sobre el Mosa cuando se percató de que estaba incurriendo en un grave error, pues nada le impediría colarse esa noche o cualquier otra noche para terminar con él como lo había hecho con tantos otros en el pasado: estrangulados con sus manos primero y decapitados después.

Antes de lanzarse a la carrera se giró para cerciorarse de que le estaba siguiendo. Y así era. Minutos más tarde, con el corazón asomando por la boca, tomó la determinación de enfrentarse a la Montagne de Bueren con la débil esperanza de que los cientos de escalones hicieran desistir a su perseguidor.

No funcionó.

Cuando se sobrepuso al ataque de tos, Aarjen se agarró a la barandilla central y se volvió para comprobar aterrorizado que la ventaja con respecto al arcángel Uriel se había reducido de forma considerable. Subía por la parte de la izquierda, manteniendo una cadencia constante, sin un solo indicativo facial que le invitara a pensar que estuviera mínimamente fatigado, aunque en ese apagado y mortecino semblante no parecía caber expresión de ningún tipo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los pasos del arcángel, muy al contrario que los suyos, no producían sonido alguno.

Porque el calzado del diablo nunca suena.

Aarjen de Bruyn reunió todas sus fuerzas para reemprender el agónico ascenso, pero las piernas manifestaron su oposición ante tamaña empresa en forma de temblores y la protesta fue secundada masivamente por el resto de articulaciones del tren inferior: tendones, ligamentos y fibras musculares. Con la capacidad aeróbica desbordada, el ayudante retirado del fiscal de Hainault buscó alguna ventana iluminada en las vetustas fachadas de ladrillo de los edificios que flanqueaban la escalinata, pero las dos únicas, exhaustas y solitarias como él, estaban casi al final del trayecto, inalcanzables a todas luces.

Angustiado, se giró de nuevo para constatar que no le separaban más de una decena de escalones del arcángel. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta rubia que dividía su amplia espalda en dos y que apenas se balanceaba, como si el cabello estuviera en sintonía con el resto de músculos; en tensión. Vestía un elegante traje de levita negra

sobre camisa del mismo color y zapatos de cordones a juego, pero fue el destello de lo que portaba en el interior de la chaqueta lo que hizo que se estremeciera. Solo se le ocurrió una alternativa, pero sus gritos de auxilio, de por sí poco enérgicos en origen, fueron solapados por el ruido procedente de los cohetes que volvían a explosionar en Outremeuse. Entonces, en un alarde de gallardía o movido por la desesperación, se detuvo en seco y se encaró con su perseguidor. Este ascendió pausadamente los tres escalones para impactar en la boca del estómago con una rápida y definitiva patada frontal. Sin aire en los pulmones, Aarjen de Bruyn cayó de rodillas, pero aún pudo aferrarse a la fría barandilla al tiempo que notaba cómo dos gruesos pulgares le oprimían la tráquea.

Antes de perder la conciencia, la cabeza y la vida —por ese orden—, habiendo desaparecido su predecesor, Alcides Bujalesky, depositó sus últimas esperanzas en dos desconocidos. Un hombre y una mujer a los que, días atrás, había enviado el resultado de más de veinte años de investigación: el informe completo sobre la Congregación de los Hombres Puros. Personas de confianza recomendadas por su ya fallecido amigo Armando Lopategui, el responsable de que él decidiera hincar el diente a un pastel relleno de las peores atrocidades cometidas contra el ser humano.

Solo ellos podrían continuar su labor.

Solo ellos podrían hallar El Cartapacio de Minos.

QUIEN NACE LECHÓN MUERE GORRINO

Barrio de Parquesol
Valladolid (España)
1 de septiembre de 2012, 22:08

Se detuvo a contemplar los fuegos artificiales. La temperatura había caído hasta los doce grados y aquella traicionera variación térmica confirmó su sospecha: había vuelto a casa.

Por encima de su cabeza recién rapada se dibujaban palmeras de vivos colores, verdes, rojas y amarillas sobre la oscura tela que cubría el firmamento. Una cascada dorada estalló justo en su vertical conformando un abundante haz de lágrimas que se derramaban lenta y prolongadamente, como si el cielo estuviera señalándole a él; como si pretendiera advertirle de que la diferencia entre el estrellato y el estrellado se concentra en una sola consonante.

Pero el aviso llegaba con retraso y el juego de palabras le recordó a otro, un calambur distinto pero con idéntico amargo sabor: formalizar y «formolizar».

—Hay que joderse —farfulló.

Después de que el vídeo en el que aparecía el inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid, Ramiro Sancho, abatiendo a Augusto Ledesma se erigiera entre lo más visto en Internet y se convirtiera en el personaje más deseado para los platós de los programas sensacionalistas del país, sus superiores convinieron que lo más acertado era meter en la nevera durante un tiempo al pelirrojo protagonista del mismo. Y no encontraron otra vía mejor que abrirle un expediente disciplinario por insubordinación a los mandos. Así cosían de una sola puntada un roto y un descosido: detener el aluvión de críticas que se cocinaban desde los medios de comunicación al tiempo que alejaban al personaje más buscado del momento de la comisaría de distrito de las Delicias. La comunicación de la sanción le llegó al inspector estando en Trieste: dieciocho meses de suspensión de empleo y sueldo que finalmente quedaban reducidos a seis gracias

a su destacada hoja de servicios en el Cuerpo de Policía. La indignación inicial de Sancho se fue diluyendo en los brazos de Gracia Galo hasta que logró enterrarla bajo sus sábanas. Sin embargo, los primeros problemas empezaron a emerger a la superficie cuando las semanas se convirtieron en meses y las obligaciones del cargo de la inspectora jefe fueron devorando los días hasta dejarlos en horas, aunque en muchas ocasiones ni siquiera eran plural. La soledad no era el problema, lo que de verdad le causaba irritación era que esa desocupación le originaba demasiado tiempo libre para pensar. Remover cáusticos recuerdos solo levanta ampollas emocionales. La triestina empezó a dudar entre formalizar la relación o «formolizarla», que, explicado según sus propias palabras, consistía en «conservarla en formol para no deteriorarla más». Sancho interpretó acertadamente que aquel juego de palabras encerraba algo más relevante y no quiso forzar la situación. Y en cierta medida se sintió aliviado, liberado de la carga que suponía tener el presentimiento de que más pronto que tarde tendría que enfrentarse a una nueva ruptura sentimental; un nuevo fracaso personal. Asumiendo esa máxima que asegura que quien nace lechón muere gorrino, admitió aquellos indicios a modo de pruebas irrefutables de un caso perdido.

Ambos se comportaron en la despedida con tanta madurez como frialdad y, con un raquítico beso en la comisura de la boca acompañado de un gélido «Aquí me tienes para cuando me necesites» retumbando en sus tímpanos, Ramiro Sancho embarcó en un vuelo con escala en Milán y destino Madrid.

Ya en Valladolid, se percató de que era el centro de las miradas de unos y los comentarios de otros cada vez que pisaba la calle. A pesar de ello, una tarde decidió esconderse del calor y de la gente en una sala de cine. A la salida se topó con un grupo de adolescentes que le acosaron y achicharraron con decenas de fotos que sirvieron de alimento para saciar la voracidad de las redes sociales.

Aquella misma noche durmió en Castrillo de la Guareña.

Permaneció allí en estado de hibernación estival a la espera de recibir la notificación de la fecha de incorporación a su puesto, ocupando las horas con largas sesiones de carreras campestres como única actividad física y la lectura de los clásicos que guardaba su madre como exclusiva ocupación mental. El día que recibió la llamada de la Jefatura Provincial estaba inmerso en una aventura del capitán Alatriste y apuntó el recado en la página ciento cuatro: lunes, 3 de septiembre, en plenas fiestas de Nuestra Señora de San Lorenzo. La noticia cayó como una bomba atómica, arrasando con la pesadumbre que se había ido edificando en su interior. De aquella urbe no quedó nada y se confabuló para levantar sobre las ruinas una nueva ciudad, una sin amurallar. Incentivado por la euforia, decidió devolver alguna

de las muchas llamadas que le había hecho el subinspector Álvaro Peteira. No puso ninguna pega al plan, que consistía en verse aquel sábado, primer día de ferias, en el recinto de las casetas regionales ubicadas en el aparcamiento del estadio José Zorrilla. Aceptó de inmediato sin valorar lo que aquello suponía: personas por doquier y por demás; hordas de jóvenes encabritados venidos de toda la provincia, de la comarca y de todos los rincones de la Tierra Media; clanes de familias completos, niños incluidos, sueltos y sin amordazar; jubilados y parados; solteros y divorciados; hambrientos, como si jamás hubieran probado bocado; sedientos, como si al amanecer el mundo se fuera a terminar.

Un pinchazo en las cervicales le obligó a bajar la vista cuando el espectáculo pirotécnico casi tocaba a su fin y segundos después el móvil vibró para avisarle de que le había llegado un wasap. Era Peteira y, como no podía ser de otra manera, le decía que le estaban esperando en la caseta de Galicia.

Decenas de vehículos se disputaban las pocas plazas que quedaban libres al tiempo que riadas de seres humanos eran atraídas por la música folclórica igual que ratones en Hamelín. No le resultó sencillo localizar los ojos claros del subinspector. A su lado, el agente Áxel Botello le recibió luciendo una sonrisa que evidenciaba que, esa que sostenía, no era la primera caña.

—¡Hombre, Sancho! Si no tienes tan mala cara, carallo —le saludó el gallego con los brazos abiertos antes de cerrarlos golpeando la espalda de su compañero.

El gesto se replicó con Botello.

—¿Caña?

—Caña.

—Pedimos hace cuarto de hora una ración de pulpo y otra de padrón, aunque de padrón padrón tienen lo mismo que yo del Dépor. Bueno…, se acabó lo que se daba, ¿eh?

—Sí. Se os acabó la tontería. No te puedes imaginar las ganas que tengo de volver a ver vuestros caretos el lunes a primera hora —ironizó Sancho—. ¿Cómo van las cosas por casa?

—Van. Si no suena el cacharro —dijo agitando el móvil de guardia del Grupo—, mañana me llevo a los gemelos a los carruseles. Patricia terminó hasta el moño del veranito que le han dado las fieras. No la culpo porque son la caña, aunque últimamente notamos a Marquiños como desganado y no sabemos qué le pasa. Anda todo el día marchito y nos tiene preocupados, porque siempre fue el más prenda de los dos. Le han hecho unas pruebas y análisis, pero todavía no nos dijeron nada.

—Habrá salido al padre, que uno no sabe por dónde coño cogerlo —valoró Sancho—. ¿Me habéis echado mucho de menos?

—Mucho. De hecho pusimos una foto tuya en la galería de tiro, ya sabes, por aquello de no olvidar la jeta de nuestro añorado jefe.

—Me tenéis que poner al día en versión resumida y así nos centramos en el jaleo cuanto antes.

—Que se encargue Botello, que yo no tengo el don de resumir, ya lo sabes.

El agente regresó con tres cañas y las raciones.

—¡Sus muertos! —protestó Peteira—. En el Puerto Guardés, allí en A Guarda, te ponen el doble por la mitad de precio. Si les sacaras una como esta a la parroquia que lo frecuenta se contarían los muertos a puñados. Hatajo de ladrones, es que se me quitaron las ganas de probarlo.

—A más tocamos —observó el agente Botello.

—Bien dicho. Pareces nuevo, Álvaro. Ya sabes cómo funciona esto —dijo Sancho metiéndose dos trozos en la boca—. Y bien —introdujo tras vaciar medio vaso de cerveza de un trago—, ¿qué novedades me contáis?

Peteira le cedió la palabra a Botello.

—Poca cosa, la verdad. Currando mucho para tratar de bajar el número de casos abiertos, que es la prioridad de la Jefatura. Por lo demás, Matesanz está muy mayor, deseando que vuelvas; Montes, a su puta bola, como siempre; Garrido, insoportable como nunca; Gómez con esa chispa de Triana que un día nos va a prender a todos; y Arnau regresó a su Tarragona hace un par de meses. Y supongo que ya sabes que tenemos chica nueva en la oficina, ¿no?

—Supones mal —dijo enarcando sus pobladas cejas.

—Sara Robles —intervino Peteira—. Está ejerciendo de jefe accidental del Grupo.

Sancho se pasó la mano por el mentón y sus dedos desaparecieron en la frondosidad de la barba mientras esperaba que le completaran la información.

—Guerrera como ella sola. Algo pejiguera en lo relativo a los procedimientos. Muy de manual, pero no parece mala tía. Lleva poco tiempo en el Grupo y no es que se prodigue con las palabras. Ahora bien, para mandar a tomar por el culo a Garrido sin billete de vuelta se bastó ella solita el primer día que pisó la comisaría.

—Entonces apunta alto —comentó el pelirrojo justo antes de que en el escenario principal arrancara la sesión de bailes regionales—. ¿De dónde viene?

—De Zaragoza, estaba en los «estupas», jefa del Grupo I. Lo que no sabemos es el motivo que la ha traído hasta aquí.

—En Estupefacientes la gente no dura mucho. ¿Tiene familia?

—Creemos que no.

—Ya me contará Herranz-Alfageme. Por cierto, ¿qué tal con él?

—Copito se deja llevar —valoró Peteira soltando las riendas de su desbocado acento gallego—. El hombre no se mete en nuestro día a día, pero nunca nos falló cuando lo necesitamos. Se maneja bien con los de arriba, les dice a todo que sí y luego hace «asó».

—Terminad esos pimientos y nos trasladamos a la de Navarra —propuso Botello.

—Bien dicho, que con unas chistorras en condiciones llenamos el buche —secundó el subinspector sujetando un cigarro con los dientes.

—Yo estaba pensando en pacharán, pero tú pide lo que quieras.

Continuaron con el repaso a la actualidad de la comisaría durante el periplo que les llevó por Asturias, Canarias, Ávila y Segovia dando buena cuenta de las raciones de sardinas, cabrales, patatas con mojo, revolconas y cochifrito que les salieron al paso. En la última, solidarizándose con Peteira, que no podía excederse estando de guardia, decidieron no pasar al whisky de la tierra y declinaron los chupitos de DYC.

—Y dinos, Sancho, ¿tú cómo llevas toda esa mierda que te han hecho tragar? —retomó Peteira.

—Tardé en digerir la sanción. El expediente disciplinario por insubordinación no fue más que una excusa para quitarme de en medio una temporada. De hecho, los dieciocho meses al final se han quedado en seis, supuestamente por los méritos recogidos en mi historial, supuestamente —recalcó.

—¿Y lo otro?

El inspector cocinó la respuesta a fuego lento, pero, así y todo, olía a quemado.

—Mal, joder, ¿cómo lo voy a llevar? La que me lio el maldito cabrón. Lo tenía muy bien atado. Intento no pensar en ello, pero si el consciente es imprevisible, el subconsciente es incontrolable.

—Y tanto…

—Menudo hijo de puta —calificó Botello—. Encima, ahora con la publicación del libro su nombre está en todos los escaparates.

La expresión de Sancho era un homenaje a la sorpresa.

—Pensé que estabas al corriente. Hace…, no sé, poco más de un mes, una editorial carente de escrúpulos y con mucha necesidad de facturar sacó a la venta *La obra de Augusto Ledesma* y se están hinchando a vender. La fiscalía estuvo valorando si querellarse o no contra la editorial por apología de la violencia, pero no encontró el apoyo que esperaba en las familias de las víctimas, que con tratar de olvidar tienen trabajo más que suficiente. En La Casa del Libro, que me pilla cerca y que tiene una dependienta, Virginia, que vale su peso en oro, he visto rulando la quinta edición.

El semblante del inspector fue mudando desde el asombro al enojo.

—Es una locura. Dicen que en el Zero Café, el garito ese al que solía

ir el jodido poeta, está hasta arriba de gente que quiere conocer su santuario. Y luego está la tía pesada de no sé qué periódico que pasó varias veces por la Brigada preguntando por ti para hacerte una entrevista, aunque, verdaderamente, ya han sacado a relucir tu vida y milagros en casi todos los medios que…

Álvaro Peteira diluyó las siguientes palabras en el último sorbo de cerveza al ver que el inspector resoplaba enérgicamente por la nariz. Sancho hizo lo propio con su indignación.

—¡La puta madre que me parió! —estalló al fin.

—Es cuestión de tiempo —trató de aligerar el gallego.

—Y los nabos en adviento —completó Sancho apurando la copa—. Pide otra ronda.

—¡¿No es ese el poli que se cepilló a Augusto Ledesma?! —escucharon decir a sus espaldas.

Botello intervino con celeridad. Rozando las buenas maneras invitó a las dos parejas que ya se acercaban móvil en mano a que se hicieran fotos con algún familiar suyo fallecido recientemente.

—Mejor vámonos —propuso el inspector.

Tardaron veinticinco minutos en conseguir un taxi. Llegando a la plaza de Poniente el subinspector tocó en el hombro al taxista.

—Déjeme aquí. Yo me retiro —anunció—. Mañana quiero estar fresco. Confío en que este no suene —dijo agitando el móvil de guardia.

—El lunes nos vemos —se despidió Sancho.

Botello le dio una palmada en la pierna y se volvió hacia Sancho.

—¿Dónde nos tomamos la penúltima?

—Vamos al Zero Café.

Exterior de la discoteca Bagur

Margarita salió de Bagur totalmente azorada y volvió a consultar la hora en el móvil: las 0:14.

—¡Jo-der!

Se había pasado cuarto de hora del toque de queda y ni siquiera le había dicho a Susana y a Carla que se iba. Ya les enviaría un mensaje cuando llegara a casa. Vivía a menos de cinco minutos, pero la bronca de su madre la tenía asegurada. Más aún con lo que le había costado convencerles de que la dejaran formar parte de la peña que organizaba la discoteca junto con otros pubs durante las fiestas. Por lo menos no llegaba como lo había hecho el imbécil de su hermano Josean el fin de semana pasado, escoltado por uno de sus acólitos y oliendo a vómito de la cabeza a los pies.

Casi tenía escrito el texto a su madre avisándola de que estaba

llegando cuando la pantalla se fundió a negro.

—¡A la mierda!

Caminó deprisa tejiendo una red de excusas que la salvaran de estrellarse contra el suelo. De cualquier manera, pasara lo que pasara, el balance de la tarde-noche había sido espectacular. No había parado de bailar desde que puso los pies en Bagur. Se sabía todos los temas, pero la guinda llegó justo cuando iba a marcharse a casa con Carla, como siempre hacía. Toño se había acercado a pedir a la barra justo a su lado y no desperdició la oportunidad. Tras repasar la conversación varias veces, estaba segura de que no había metido la pata, muy al contrario, se había mostrado moderadamente receptiva a sus insinuaciones al tiempo que mantenía las distancias con dignidad. Prueba de ello era que, a la postre, él le había pedido su número de teléfono. Tamaño botín bien valía una bronca o un millón. Aguantando las ganas de orinar y pensando en lo que iba a poner en Twitter antes de meterse en la cama, no pudo evitar sobresaltarse cuando un tipo con aspecto algo desaliñado, huesudo y de pétreas facciones se interpuso en su camino en la plaza de Santa Ana.

—Policía —se identificó mostrando la placa—. DNI, por favor. ¿Llevas encima algún tipo de sustancia que te pueda comprometer?

Margarita no supo cómo reaccionar. Esa misma noche habían comentado que el pasado fin de semana la poli había pillado a algunos compañeros de clase haciendo botellón en Las Moreras y les habían clavado una buena multa. Buscó la complicidad de las personas que iban y venían en todas direcciones, pero entre tanto tumulto nadie se interesó por participar en aquel casting.

—Te he preguntado si llevas algo encima —insistió el agente endureciendo notablemente el tono—, tu descripción se corresponde bastante con la de la lista que se ha montado su negociete particular en el baño de Bagur.

—Le juro que yo no… —titubeó azorada.

La adolescente se fijó en que el tipo tenía el párpado izquierdo caído y que este le tapaba un tercio de la superficie ocular. Se sintió harto incómoda buscando la forma de mirarle sin ofenderle.

—No me hagas perder el tiempo. Anda, rica, saca el documento nacional de identidad y así te dejo que sigas disfrutando de las fiestas.

—No, si ya me marchaba a casa. De hecho llego tarde —balbuceó.

—Claro. A casa —repitió con marcada ironía—. Venga pues, bonita, que no tengo toda la noche.

—Es que no lo llevo encima.

—Ya estamos, la hostia. Sabía yo que alguna me tenía que tocar. Vas a tener que acompañarme al coche para que pueda verificar tus datos. Anda, tira.

Margarita siguió las indicaciones del agente pensando que, después

de todo, el balance de la noche quizá no mereciera tanto la pena. El agente le soltó una monserga que tragó con estoicismo mientras asentía cabizbaja como un muñeco de salpicadero. La entonación le recordaba a la de su tío Joseba, que vivía en alguna población de nombre impronunciable cerca de San Sebastián. Doblaron la esquina de la calle María de Molina con Veinte de Febrero.

—Allí está mi compañero —señaló el agente.

Margarita reaccionó con recelo al comprobar que se trataba de un coche sin las enseñas de la policía.

—Seguro que has oído hablar de los vehículos camuflados. ¿Qué esperabas, que estuviera con el pirulo enchufado? ¿O que fuera un deportivo, pues?

Ella sabía que la policía utilizaba coches normales, pero no imaginaba que fueran tan cutres.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Margarita.

—¿Margarita qué?

—Margarita Zúñiga Pérez. Mi padre es concejal del Ayuntamiento de Valladolid —soltó a modo de globo sonda, por si la llevaba a algún sitio.

—Y el mío farero de Getaria, la hostia, y aquí estamos, trabajando en el turno de noche —le espetó maldiciendo su propia locuacidad—. Anda, tira para dentro, guapa, y apúntame en esta libreta tu nombre completo, edad, dirección actual y nombres de tus padres.

En cuanto el policía tomó asiento en la parte trasera del coche, un acerbo presagio se adueñó de la voluntad de Marga. La corazonada se hizo certeza al ser empujada amablemente para sentarse a su lado cerrando la puerta tras de sí. En el asiento del conductor había otro hombre con el pelo color heno rizado que le caía sobre los hombros. Agarraba el volante con fuerza, como si fuera a arrancarlo de cuajo de un momento a otro. Notó entonces que la saliva le raspaba en el paladar y que le sudaban las palmas de las manos.

—Dame el móvil —le ordenó el supuesto agente con la inexpresividad de un artrópodo.

—¡Ay! ¡Por favor, por favor…! —se atrevió a decir mientras lo sacaba del bolsillo delantero del pantalón y escuchaba el sonido seco del cierre automático.

Dedujo que se trataba de un robo, deseó que así fuera, pero aquel pensamiento se volatilizó cuando vio con ojos incrédulos cómo lo desmontaba, le quitaba la batería, la tarjeta SIM y guardaba todas las piezas en una bolsa de plástico.

—Tira —le ordenó al conductor al tiempo que se agachaba a recoger algo bajo el asiento del copiloto.

—¡Por favor, por favor…! —repitió acurrucándose contra la puerta.

—Cierra la boca. No te va a pasar nada si no te comportas como una niñata mal criada. No me obligues a usarlo.

El cuchillo de caza lo provocó.

—Tengo que ir al baño —rogó la quinceañera entre sollozos.

Pero la mancha que se extendía por la cara interna de los muslos evidenció que ya era demasiado tarde para eso.

Zero Café

No se contaban veinte almas en el bar. Guiados por su instinto se hicieron fuertes en la barra, cerca de la trinchera que ocupaba habitualmente Paco, alias Devotion, desde la que bombardeaba a los presentes con munición de canciones. Transcurrido un tiempo indefinido, no había un solo metro cuadrado de aquel campo de batalla que no estuviera ocupado por varios integrantes de distintas milicias que interactuaban entre sí, como si se conocieran de otras guerras.

La música era su común estandarte y en aquel trance de la madrugada se escuchaba *November rain* de Guns N'Roses.

So, if you want to love me
then, darlin', don't refrain
or I'll just end up walkin'
in the cold November rain.

—En algún lugar de mi casa tengo toda su discografía. Hay que reconocer que el tugurio tiene su encanto —juzgó Sancho tras unos segundos en los que disfrutó observando a la banda californiana.

—Diferente sí es —juzgó a vuela pluma su compañero.

La conversación transcurría por cauces triviales. El agente Botello había remado a favor de corriente navegando por aguas en las que se sentía muy cómodo: el mundo de los videojuegos, los viajes y las mujeres de corte exótico. Como pasajero, Sancho se había limitado a escuchar sin dejar de disfrutar del entorno, dejándose contagiar por la atmósfera del Zero.

—Me pregunto qué buscaba Augusto cuando venía por aquí.

—Si quieres saber lo que pasa en un bar, pregúntaselo a alguna camarera —sugirió Botello, algo afectado por la ingesta de cerveza.

—Ni más cojones.

—Una mujer que te sonríe mientras te da de beber siempre es bonita —comentó el agente—. Yo, si tú me lo pides, le pongo las esposas a esa alta del pelo corto y la interrogo en el cuarto oscuro. Y si no cuaja, pruebo con la otra sospechosa.

Sancho se frotó la barba con avidez y le pagó la broma con un gesto afable en fase de reconstrucción. El volumen de clientes esperando ser abastecidos no aconsejaba iniciar la charla en esos momentos, así que Sancho desvió la mirada hacia la pantalla, donde reconoció al cantante de Depeche Mode, entrado en años, moviéndose por el escenario como si aquella fuera la primera o la última vez.

—Jefe, me voy a retirar —le anunció Áxel Botello—. No me entra ni una birra más.

—Descansa.

—Estamos encantados de que hayas vuelto al Grupo —subrayó—. El lunes nos vemos.

Sancho no le dejó pagar y tras intercambiar los abrazos que llevaban sueltos, la menuda figura del agente Botello desapareció entre el gentío.

Dos Jameson con hielo después apenas quedaba una decena de guerrilleros con la insana intención de defender sus conquistas a hielo y espada.

—Disculpe que le moleste —le abordó Luis, que había salido fuera de la barra—. Le he reconocido nada más entrar. Supongo que ha venido a…

—No sé muy bien a qué he venido —le cortó—, pero me figuro que mañana sabré arrepentirme de ello.

Luis sonrió.

—Ya les contesté a sus compañeros las miles de preguntas que me hicieron sobre Augusto. Para nosotros era un cliente más. Un buen cliente, eso sí. No hablaba mucho. Pillaba su gin tonic de Hendrick's y se sentaba allí, a la izquierda de Tom —le indicó por encima de su cabeza hacia un cuadro de marco barroco que contenía un fotograma de Tom Cruise en *Entrevista con el vampiro*—. Cuando se lo soplaba me pedía otro y volvía a su sitio. Pagaba religiosamente antes de marcharse.

—Sí, eso ya lo he leído.

El pincha se unió a la conversación.

—Este es Paco, mi socio.

Tenía buena estatura y lucía una barba de corte moderno, modernamente recortada. No le hizo falta que Sancho le preguntara.

—A mí me molestaba poco. No era de esos tíos coñazo que tienen su listado de peticiones y no paran de insistir hasta que logran que les pinches dos o tres temas. Sé que le molaban Bunbury, Placebo, Rammstein, Muse y Depeche Mode porque cantaba las canciones. Tenía buen gusto musical, la verdad. Muy de vez en cuando se acercaba para preguntarme el título de algún tema o el nombre del grupo que acababa de sonar. Se lo anotaba en el móvil, me daba las gracias y volvía a sentarse allí enfrente.

—Un tipo educado, ¿eh?

—¡Joder! ¿Cómo era esa frasecita que decía? —le preguntó a Luis—. Sí, eso es: «Una canción para cada momento y un momento para cada canción».

El inspector se encaminó hacia el lugar repitiendo mentalmente la cita de Augusto. Se dejó caer en el sofá y examinó su entorno bajo la atenta mirada de Paco y de Luis. Pasados unos minutos se incorporó y se acercó de nuevo a la barra.

—¿Hay algo en particular que desee saber? —se ofreció Paco.

—En realidad no. Como te decía antes, todavía no sé por qué he venido —les dijo tendiendo la mano.

—Lamentamos mucho…, en fin, todo esto —resumió Paco—. Nunca llegamos a imaginar que fuera un tipo tan peligroso.

Sancho compuso una mueca de conformidad.

—Venga cuando quiera, aquí siempre será bienvenido —se despidió Luis.

Al salir del Zero su propia vaharada le alertó de que habían bajado ostensiblemente las temperaturas. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y dejándose acompañar calle arriba por el piar de los pájaros concluyó que, aunque uno se oponga, siempre termina amaneciendo.

O empieza.

POR GRANDE QUE PAREZCA EL RUEDO, EL TORO SIEMPRE TERMINA DESANGRADO

Parque Klambatrún
Reikiavik (Islandia)
2 de septiembre de 2012, 9:58

Se fijó en una que tenía forma de revólver; o eso interpretó.

A pesar de su calamitoso estado, supuso que el viento debía de soplar con fuerza allí arriba porque en el siguiente pestañeo el cúmulo se metamorfoseó en un volumen informe, voluble, volátil. Por la nitidez de los perfiles dedujo que llevaba puestas las gafas. En aquella postura, Ólafur Olafsson deseó con todo el fervor que no tenía reencarnarse en una de esas, la que fuera, con tal de que pudiera observar el mundo desde la distancia, sin tener que tocar la tierra. Notaba el cuerpo entumecido y la espalda húmeda. Se sintió como un pedazo de cartón mojado y por asociación de ideas maldijo no haber buscado uno antes de tirarse a dormir al abrigo de aquel abeto. Casi se había acostumbrado a la presión craneal que le acompañaba en cada despertar, pero a lo que no podía habituarse era al incendio que ya empezaba a propagarse por su intestino. Si estuviera capacitado para despegar la lengua del paladar le habría gustado verbalizar cualquiera de los improperios que conformaban su prolijo repertorio, pero prefirió seguir buscando señales en el firmamento mientras recuperaba el control de su sistema motor.

Aunque no lo recordaba, sabía muy bien cómo había llegado hasta allí puesto que la ruta la había repetido ya el número necesario de veces como para saber dónde empezaba y dónde terminaba su itinerario autodestructivo. El banderazo de salida se producía sobre las cinco de la tarde en alguno de los bares de las calles adyacentes a Laugavegur, normalmente en el primero que encontrara vacío y cuando el resto de clientes empezaban a incomodarle cambiaba de barra. Hacía la última parada en el Vegamót, donde Anna le preparaba unos Cosmopolitan cargados a demanda. Cuando todo cerraba tiraba

de provisiones y a sorbos de Four Roses llegaba hasta Klambatrún, donde, con las primeras luces del día, reposaba en alguna de las zonas menos transitadas del parque.

A falta de más indicios celestiales, hizo el esfuerzo de incorporarse con la esperanza de haber tenido la prudencia de reservar la cantidad suficiente de combustible para ponerse en marcha. Con la columna apoyada en la irregular superficie del tronco, introdujo la mano en el bolsillo derecho de la gabardina, lugar en el que iba a reencontrarse —a pesar de los temblores de las manos— con el frío tacto del acero de la petaca como preludio a las cálidas caricias del *bourbon;* el desayuno de la manada. Sin embargo, sus yemas se toparon con otra sustancia, más densa y viscosa, que le hizo desviar la atención del vacío en el que estaba concentrado. De inmediato reconoció los vestigios del almuerzo del día anterior. El olor a vómito le provocó un fuerte espasmo en el estómago y a pesar de que el sabor a bilis ya le asomaba por la garganta logró sacar la petaca y agitarla impacientemente.

Sonaba.

Se tuvo que ayudar de la otra mano para desenroscar el tapón y encajar la abertura entre los dientes hasta que cayó la última gota. Le habría encantado poder dar algunos tragos más, pero de igual forma supo agradecer su lenitivo efecto.

—¡¿Otra vez tú por aquí?! —escuchó.

No le hizo falta enfocar la vista para reconocer la indumentaria del empleado de limpieza con quien ya había tenido algún intercambio de impresiones, no recordaba cuándo. Lastrado por la distonía pero sin prisa, guardó la petaca y cargó su peso sobre el brazo para ponerse en pie. Instintivamente, se ajustó las gafas, carraspeó con fuerza y se pasó la lengua por los labios. El gusto de la malta se mezcló con la acidez de los jugos estomacales, ya resecos, depositados en la comisura de la boca.

—¿Por qué no te vas a dormir la borrachera a una pensión? Es domingo, por aquí vienen familias con niños que no tienen que tropezarse con el mismo viejo alcohólico de todos los días.

Ólafur Olafsson superó el comentario como lo hace un actor porno con balanitis; con profundo malestar. Se sintió más ofendido por el primer descalificativo que por el segundo y, a pesar de que reaccionó con mucho más retardo de lo que le habría gustado, halló las dos palabras que la situación requería.

—*Sornur tík* —pronunció en su lengua, «hijo de puta».

—¡Maldito mendigo! ¡Si te vuelvo a ver por aquí te muelo a golpes! —le amenazó blandiendo la escoba.

El excomisario se ajustó las solapas y se sacudió la gabardina de hojas secas. Luego dio media vuelta y recorrió los pocos metros que le

separaban del operario arrastrando consigo cierto aletargamiento sináptico.

—Pronto caerán las primeras heladas y las aves migratorias emprenderemos el viaje a zonas más cálidas. No creo que tengas otra oportunidad para demostrarme lo que sabes hacer con ese palo, hijo de puta —insistió.

Un pinchazo en el páncreas le hizo arrugar el entrecejo, pero rebuscó en su entereza para exprimir los últimos restos de dignidad y mantenerse erguido. El operario de limpieza declinó el enfrentamiento con aquel tipo de tez amarillenta y bigote de morsa y, dejando un rastro de insultos nunca pronunciados, se retiró en busca de algo que recoger.

Otro aguijonazo más hiriente aún que el anterior le obligó a agarrarse el abdomen con furia, como si quisiera extirpar con sus propias manos eso que le estaba causando tal suplicio. Segundos más tarde se vio con la cara en el césped, los dientes apretados y las gafas partidas por el puente. Cuando el dolor remitió y logró alcanzar la parada del autobús de la línea seis ya tenía claro que la siguiente la tendría que hacer en el Landspitali University Hospital. Mientras esperaba a que llegara el transporte público cobijado en la enclenque estructura metálica gris y roja, al excomisario Ólafur Olafsson le sobrevino una idea fruto de la interpretación de la señal que había visto dibujada en el cielo al despertar. Un destello de matiz abusionero.

No podía ser otra cosa que una llamada, concisa, del todo irrebatible.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Concentró todo el universo en el filamento de la bombilla.

Brillaba.

Brillaba como lo hacía su corto pero intenso bagaje vital. Como brillantes eran sus calificaciones en tercero de la ESO, rozando la perfección, siguiendo la tónica habitual de su sobresaliente expediente académico. En el colegio Pinoalbar era considerada una de las estudiantes con más proyección de futuro y así se lo habían comunicado a sus padres el equipo de orientadores. A ella le atraía el mundo del periodismo y la comunicación y, mientras que cursara sus estudios en la Universidad de Navarra, ellos le darían el visto bueno con total seguridad. En el club de ajedrez siempre había destacado del resto de niños de su edad. Ya era considerada una dura rival para cualquiera y muchos pensaban que antes de cumplir la mayoría de edad superaría los 2000 puntos en el *ranking* ELO de la Federación

Internacional de Ajedrez. Tras una partida en la que firmó tablas con su profesor, este le expresó su admiración por la manera en la que había contraatacado desde una posición de notable desventaja y porque su habilidad para trazar alternativas sobre el tablero era más que brillante. Entonces Margarita tenía ocho años. Como brillante era también su desempeño jugando al tenis o montando a caballo, cada sábado en la Real Sociedad Hípica de Valladolid, club del que era socia desde que nació. Su principal afición, coincidente con la del resto de las chicas de su edad, era la música. La consumía obsesivamente, porque obsesivo era el modo en el que estrujaba un cantante o un grupo cuando le tocaba la fibra sensible. Desde hacía unos meses la había tomado con Calle 13, una banda portorriqueña de trazas urbanas difíciles de definir: entre el rap alternativo y el reguetón. Se había hecho con toda su discografía y no pasaba un solo día en el que no escuchara su música a espaldas de sus padres, por supuesto, ya que sus letras subversivas distaban mucho de ser del tipo de mensaje que se prodigaba en el seno de su familia.

Margarita pestañeó varias veces de forma involuntaria para regresar forzosamente a la realidad de aquel espacio de apenas nueve metros cuadrados.

Sudaba y tenía sed. La temperatura no dejaba de aumentar a pesar del ventilador que removía el aire viciado y húmedo que reinaba en el ambiente. Sin embargo, lo peor era ese olor a orín seco que ascendía desde sus pantalones y que le recordaba al que despedía la arena de Priscila —la gata de angora de su madre— a pesar de que Gabriela, la asistenta, tenía la orden de limpiar el recipiente todas las mañanas. La única buena noticia era que casi se había acostumbrado a la suerte de bozal con el que se había despertado. Ella no podía verlo, pero aquel ingenio era una auténtica pieza de artesanía: un cuerpo principal fabricado en cuero le cubría los labios y el maxilar inferior. Sobre el mismo, dos correas. Una por encima de la barbilla hasta la nuca cuyo cometido era sujetar la pieza a la cara, y otra segunda que le impedía abrir la boca e iba desde el mentón hasta la coronilla. Ambas ajustables gracias a unas hebillas rudimentarias y lañadas entre sí para ganar en firmeza. Los grilletes de tipo bisagra le habían provocado visibles marcas en las muñecas por el daño que ella misma se había causado en las impetuosas tentativas de liberarse y en los estériles intentos de arrancarse el artilugio de la cabeza. Del cierre nacía la gruesa cadena enganchada a una rígida argolla que emergía del suelo como un champiñón de acero y que le limitaba la libertad de movimientos a la superficie del colchón.

Margarita permaneció inmóvil, sentada con las piernas cruzadas y con las manos, lastradas por el peso de la cadena, forzosamente recogidas en su regazo. Desde esa posición, solo alcanzaba a ver los

objetos que quedaban dentro del perímetro iluminado por el desnutrido halo que manaba de la bombilla, descolgada del techo sobre su cabeza como figura alegórica de la ocurrencia. A su derecha, una palangana y un rollo de papel higiénico; frente a ella, una silla de madera mal pintada de rojo carmesí y a la izquierda el ventilador, que emitía un zumbido grave y constante, continuo y prolongado; perpetuo. Y detrás de ella pared, solo pared.

Se entretuvo tratando de averiguar la hora. Desde que cometió la torpeza de subirse al coche y el falso policía le obligó a tumbarse boca abajo en el suelo a punta de cuchillo hasta que llegaron, transcurrieron treinta o cuarenta minutos, no más. Luego estuvieron parados hasta que le vendaron los ojos, la amordazaron y sintió el pinchazo en el brazo. Lo último que recordaba era que estaba temblando mientras la maniataban, barajando hipótesis variadas sobre lo peor que podría sucederle a continuación. Se sintió francamente aliviada con las últimas palabras que escuchó: «Sabemos que eres una chica lista, no nos obligues a castigarte». Al volver en sí lo primero que trató de averiguar fue cuánto había dormido. ¿Dos horas? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Veinticinco? Desde el exterior no entraba nada de luz, así que no sabía cuándo había amanecido y, aún peor, tampoco distinguiría la llegada de la noche. En algún sitio había escuchado que la pérdida de la noción del tiempo provocaba un desorden en la rutina realmente angustioso, así que ese fue el primer objetivo a cumplir: establecer una serie de hábitos y costumbres para no perder la cabeza.

Si de algo estaba segura era de que sus padres y el abuelo ya estarían removiendo Roma con Santiago buscándola. Se preguntó si su hermano estaría preocupado por ella o aprovechando para revolver en sus cajones a ver si encontraba algo con que chantajearla.

Un ruido que superó el nivel de decibelios que producía el ventilador hizo que se estremeciera. Alguien estaba al otro lado de la puerta. Aquellos segundos se le hicieron eternos, como cuando su tutora le cantaba las notas al final del trimestre y hacía una breve pero perniciosa pausa entre el nombre de la asignatura y la calificación.

La luz del exterior invadió el suelo hasta rozar el borde del colchón. En el rectángulo luminoso acotado por el vano de la puerta se recortó una silueta. Su instinto le hizo ganar distancia hasta que se golpeó con la espalda en la pared y allí se agazapó sin perder de vista a la amenaza, abriendo los párpados todo lo que podía como si así tuviera más posibilidades de defenderse. Notó cómo se tensaban los músculos y le costaba respirar por la nariz. El desconocido se giró para empujar la puerta. Portaba una bolsa de plástico y llevaba un pasamontañas que le cubría el rostro, excepto los ojos. Se aproximó sin mediar palabra, sacó una botella de agua de litro, un bocadillo envuelto en papel de plástico transparente y los arrojó sobre el colchón. Acto

seguido la examinó durante unos instantes mientras metía la mano en el bolsillo trasero del pantalón. Margarita le adjudicó más de metro ochenta de estatura; era de espalda ancha y robusta, llevaba un jersey oscuro ajustado que le marcaba la prominencia abdominal y unas botas de montaña cubiertas de barro. Un auténtico jayán. De modo inesperado, se arrodilló junto a ella, alargó los brazos y le agarró la cabeza con determinación. Fue entonces cuando se fijó en las manos: las palmas abultadas y los dedos retorcidos en las falanges, sobre todo el meñique de la derecha, dramáticamente revirado hacia el interior.

—Te voy a quitar el bozal. No se te ocurra gritar o me obligarás a cerrarte la boca de otra forma.

La voz sonaba ordinaria y el tono era anodino. Tenía los ojos claros, grandes y abultados, lo cual hizo que le asaltara la imagen de Igor, el personaje interpretado por Marty Feldman en *El jovencito Frankenstein*. Bajo el pasamontañas asomaba el vello sobrante de unas abultadas cejas indiscutiblemente rubias. Margarita ejercitó la mandíbula con movimientos lentos, exagerando todo lo que pudo las muecas de dolor.

—Dime el número de teléfono de tu casa —le ordenó.

Tardó unos segundos en reaccionar. No porque estuviera valorando alguna otra opción distinta, simplemente porque no lo recordaba. Margarita se concentró y los números fueron apareciendo en la cara interna de los párpados. Tras ejercitar la lengua, logró dictarlos varias veces a requerimiento del extraño. Este los anotó en un trozo de papel arrugado y se lo guardó en el mismo sitio de donde lo había sacado.

—Ahora, come.

Ella dudó. Era evidente que aquella botella no era de agua mineral ni estaba recién comprada, pero la sed no tardó en imponerse a la desconfianza y dio rienda suelta a su ansiedad. Mientras lo hacía, le pareció que aquellos ojos saltones se estaban recreando en sus pechos, pero prefirió pensar que era fruto de su imaginación.

—Come.

A través del plástico se intuía algún tipo de embutido, lo cual le repugnaba desde que se empachara a los ocho años con chorizo de Pamplona en el cumpleaños de su prima Delia.

—No tengo mucha hambre —pronunció encogiéndose de hombros y dejando caer la mirada.

—Tú misma. Ya comerás.

El hombre no dijo más. Agarró el bozal y se lo ajustó sin galanterías. Antes de marcharse murmuró algo que no llegó a los oídos de Margarita, todavía descolocada.

—Verás qué bien vas a dormir, niñata de los cojones.

Había dormido bien y, sin embargo, se había levantado bastante irritado. Se metió en la ducha tratando de discernir los motivos de aquel colérico estado. No tardó en escuchar su propia voz recitando versos que nacían en su cabeza: «Parte de nada, apartado. Un todo de parte a parte. Nacido sin cordón umbilical, malparido, sin sangre en las venas, sin sentido. Abandonado en la tez de la tormenta, que es, a su vez, ceniza y placentera placenta».

Cerró el paso del agua de un golpe seco y salió de la bañera precipitadamente. Giró trescientos sesenta grados escudriñando aquellas blancas e impolutas paredes. A pesar de haber mandado cambiar los azulejos del cuarto de baño, mirara donde mirara, todavía podía ver la obra poética que le dejó Augusto Ledesma como herencia y recuerdo antes de partir en su último viaje.

Una impronta funesta.

Poemas nacidos de las vidas arrebatadas a seres inocentes, como la de su madre; como la de Martina Corvo y tantos otros. Versos ensangrentados. Una métrica que había marchitado su florido pasado y pudría su caduco presente.

Marcado a fuego.

Sancho agarró bruscamente la toalla e hizo uso de ella con notable escrúpulo, como si quisiera eliminar una fina película vergonzante que recubría la epidermis, creyendo que, de esa forma, podría dejar de oír el eco que susurraban las paredes. Seco pero empapado de ira, recorrió el pasillo hasta llegar al salón, arrastrando consigo una estela de enojo, de palpable exasperación. Desnudo, abrió el ventanal del octavo piso del edificio Lisboa en un acto de infructuosa purificación que solo sirvió para acrecentar aquella sensación de asfixia. El primer grito no fue suficiente para disminuir la presión que se había adueñado de él, con el tercero, engendrado en el estómago y prolongado hasta la extenuación, sintió que algo reventaba en sus cuerdas vocales liberando una somera percepción de sosiego. Exhausto, trató de evadirse en el extenso paisaje urbano con el que le obsequiaron sus ojos desde una de las zonas más elevadas de la ciudad. Tras la fuga mental infirió que, por grande que parezca el ruedo, el toro siempre termina desangrado.

Tenía que cambiar de plaza.

Como si se tratara del cambio de tercio en su particular festejo taurino, escuchó la sintonía de su móvil. Sancho desfiló con paso firme igual que un torero sin traje de luces. Lo que no se podía esperar era el astado que anunciaba la pantalla.

—¡Menuda sorpresa! —le saludó en inglés.

—Hola, Sancho, ¿cómo te trata la vida? —preguntó en tono

apagado.

—Yo pensaba que estaba jodido, pero al escuchar tu voz parece que estás a punto de entrar en el infierno.

—Saliendo más bien. Acabo de dejar el hospital. Tengo… problemas de salud, por definirlo de alguna manera.

Sancho declinó hacer ningún comentario y Ólafur captó el mensaje.

—Verás, desde la última vez que hablamos las cosas no me han ido muy bien que digamos. Sinéad hizo las maletas y no he vuelto a saber de ella. He vuelto a caer, Sancho. Hasta el fondo —añadió.

—Mierda, no sé qué decirte.

—Ya. «Mierda» se ajusta bastante bien a la situación, pero no te he llamado para que escuches mis miserias.

—Tú dirás.

—Hace cinco semanas que he dejado de pertenecer a la Policía Nacional de Islandia. Me ofrecieron una salida digna sin posibilidad de rechazo y dispongo de mucho más tiempo del que soy capaz de malgastar aquí, en Reikiavik. Realmente necesito un cambio de aires.

Un breve silencio roto por un brusco carraspeo se intercaló en la conversación.

—Me preguntaba si te importunaría mucho que pasara una temporada por allí.

Sancho horneó la respuesta antes de servirla en forma de pregunta:

—¿Qué tal se te dan las mudanzas?

En cuanto colgó se dio cuenta de que, sin saber muy bien cómo, había llegado a un rincón de la casa por el que hacía tiempo que no pasaba o, peor aún, en el que hacía tiempo que no se paraba. Demasiado. Aleatoriamente, fue leyendo los lomos: *Permanent vacation, Pum, Get a trip, Nine lives.* Salto de balda. *Pedrá, Agila, Yo, minoría absoluta.* Salto de balda. *Bleach, Nevermind, In utero.* Salto de balda. *Quiero hacerte gritar, Poligamia, Manual para los fieles, Ultrasónica, Relax.*

Dio un paso atrás para hacer un cálculo aproximativo. Debían de sumar más de cuatrocientos cedés.

Más de cinco mil canciones.

Miles de buenos y malos recuerdos.

Millones de emociones enlatadas y perfectamente colocadas en aquella estantería de pared.

Toda la música que había ido comprando desde que, con diecisiete años, le regalaron aquel *discman* de Sony. Necesitaba alimentarlo. Al principio solo compraba en fechas muy señaladas porque dos mil pelas eran dos mil pelas. Empezó con los grupos españoles que más sonaban en Los Cuarenta Principales: La Unión, Radio Futura, La Frontera, Dinamita pa' los Pollos, Héroes del Silencio, La Dama se Esconde y, cómo no, sus paisanos, Celtas Cortos. Se enganchó a las letras

surrealistas de El Último de la Fila y durante meses no consumía nada que no tuviera la factura aflamencada de Manolo García y Quimi Portet. Cuando superó esa etapa se lanzó a explorar otros horizontes y fuera de nuestras fronteras encontró tendencias afines en Guns N'Roses, Nirvana, Aerosmith, Soundgarden, Stone Temple Pilots o Pearl Jam. Corrían los primeros años de los noventa y Ramiro Sancho se encontraba afrontando su etapa universitaria. Eran tiempos de melena deslucida hasta los hombros y cazadora vaquera. Una fase de búsqueda, de afirmación. Una fase de desfase. Podía salir de casa sin los apuntes de Derecho Romano, pero nunca sin su reproductor y sus cascos. Podía pasarse meses sin comprarse ropa, pero jamás sin hacerse con lo último de su, cada vez más extenso, listado de grupos. Sin embargo, no fue hasta la aparición de *Poligamia* de Los Piratas cuando descubrió el poder oculto que contenía la música. Porque cada canción de ese elepé era un billete de ida a ese lugar en el que conseguía desconectar de la realidad y encontrarse consigo mismo. Con el tipo que era, con el tipo que quería llegar a ser.

Ese que fue y que había olvidado que era.

Entonces, identificó el tema que le apetecía escuchar.

Quería escucharlo.

Había cierto orden, pero sumido en ese estado de ansiedad, todas esas cajitas de plástico rotuladas en el lomo conformaban un galimatías colosal, del todo indescifrable. Estaba delante de sus ojos pero no daba con él.

Deseaba escucharlo.

El rastreo visual resultaba tan infructuoso como agónico. Así, resolvió sacarlas de aquel encierro y apilarlas en el suelo. Blur, The Offspring, Seguridad Social, The Cure, Eskorbuto, U2, Barricada, Los Rodríguez, The Smiths, Golpes Bajos, The Rolling Stones, Fito & Fitipaldis, Suede. Tenía que estar allí, en ningún otro sitio. Al alcance de su mano.

Necesitaba escucharlo.

Modestia Aparte, Tahúres Zurdos, Los Enemigos, Green Day, Kortatu, Rosendo, Oasis, Aerosmith, AC/DC, Los Piratas…

—Aquí estáis, cabrones —verbalizó.

Pero quería localizar una imagen en concreto, la de esa suerte de maniquí de madera descabezado sobre fondo negro. El último disco de Los Piratas. Una despedida en directo que incluía el concierto en DVD y CD, a la altura de lo que significaban esas canciones para Sancho.

—*Ultrasónica, Poligamia, Manual para los fieles, Fin de la segunda parte.* Este es, cojones.

Lo examinó antes de abrirlo, codicioso. Sacó el compacto y se dirigió presuroso a su habitación. Tenía un equipo en el salón, pero prefería escucharla en su *discman.* El reproductor estaba donde tenía

que estar: en la caja sin desembalar que guardaba en la parte de arriba del armario. No le importó subirse a la mesilla ni vaciar el contenido sobre la cama, donde quedaron esparcidas varias decenas de objetos, todos inservibles menos uno, ese de color negro al que le faltaban las pilas.

—¡¿Dónde tengo yo…?!

El mando a distancia de la televisión se dibujó en su mente. Desnudo, vestido únicamente por el antojo desmedido, corrió por el pasillo. Le arrebató las pilas como si nunca hubieran debido estar allí y se las colocó al *discman*. Introdujo el disco y cuando apareció el número 16 en el *display* notó que le convenía sentarse para tratar de sosegarse.

No lo logró.

Sabía cuál era el corte. Pulsó doce veces y solo entonces se colocó los cascos.

Inspiró profundamente antes de apretar el botón del triángulo.

Prometo no mandar más cartas y no pasar por aquí.
Prometo no llamarte más y ni inventar ni mentir.
Prometo no seguir viviendo así, prometo no pensar en ti.
Prometo dedicarme solamente a mí.

Prometo que a partir de ahora lucharé por cambiar.
Prometo que no me verás, que no voy a molestar.
Sabes que lo digo de verdad, que no voy a fallarte en nada,
que tengo mucha fuerza de voluntad, que no te fallaré en nada.

A partir de esa estrofa continuó él de viva voz.

No se percató de que se le habían mojado las mejillas hasta que se hizo de nuevo el silencio.

—Una canción para cada momento y un momento para cada canción.

AGUA PASADA NO MUEVE MOLINO, PERO ARRUINA EL SEMBRADO

En algún lugar de la provincia de Valladolid
3 de septiembre de 2012, 6:24

Abrió los ojos. Todo estaba borroso, difuso, como en proceso de definición. Estaba en posición fetal, apoyada sobre el lado derecho de su cuerpo, como acostumbraba a conciliar el sueño en su cama. Se preguntó cuántas horas habría dormido. La incógnita del paso del tiempo seguía azorándola. Se giró para colocarse boca arriba. Tenía ese costado aletargado, entumecido, pero era más urgente calmar el picor de los ojos. Tiró de la cadena para poder frotarse los párpados vivamente. Se trataba de una desazón extraña, nada habitual, como si hubiera permanecido con ellos abiertos una eternidad. Cuando terminó, buscó la bombilla con el fin de ajustar el enfoque, pero la recubría una neblina que difuminaba su perfil. Buscó otro objeto. Ese que era el culpable de la banda sonora monotemática de su encierro: el ventilador. Añoraba el pandemónium que se preparaba en el aula a última hora de la mañana. Por norma, Margarita odiaba el griterío, pero en aquella tesitura habría dado lo que fuera por participar en un buen follón. Se incorporó a duras penas y se dejó guiar por el sistema auditivo.

Algo le entrecortó la respiración.

Un objeto que no debería estar allí o, cuando menos, una forma que su cerebro no tenía registrada. Forzó la vista pero fue inútil. Atrajo súbitamente las manos hacia la cara con la intención de borrar esa invisible capa blanquecina. Los grilletes se clavaron en las muñecas y articuló una protesta que apenas salió de su boca, seca, empastada. Aun así logró su propósito y tras repetir la operación se centró en el elemento desconocido. Parcialmente oculto en la zona de penumbra, le fue imposible identificarlo, pero si algo tenía claro era que, fuera lo que fuera, se movía.

El ronroneo del ventilador no era más que un silencio molesto.

Silencio prolongado.

Insufrible silencio.

—¿Ya se ha despertado la bella durmiente?

Chilló. Emitió un sonido tan agudo y estridente que resultó molesto incluso para sus propios oídos.

—Tranquila, niña, que no te voy a comer —dijo la voz dejando patente que estaba disfrutando de aquello. No acertaba a distinguir sus rasgos faciales, pero era evidente que estaba sentado en la silla roja a escasos metros de ella. Reconoció el tono anodino del hombre de ojos claros y abultados, aunque sonaba algo más limpia—. No vuelvas a gritar o te lo colocaré de nuevo.

No se había percatado de ello. El último recuerdo que tenía antes de despertar estaba relacionado con la incomodidad que le causaba la hebilla de aquel aparatoso artilugio que le impedía abrir la mandíbula. Y eso, precisamente, era lo preocupante, porque ella se desvelaba con cualquier mínimo ruido y alguien le había quitado el bozal sin que lo hubiera notado.

—Tienes una boca muy bonita, ¿lo sabías?

Ella ni siquiera valoró la posibilidad de abrirla.

Otro silencio.

—Tienes que comer algo, no queremos que te mueras de hambre.

Pero la adolescente no dejaba de pensar en la posibilidad de que le hubiera hecho algo mientras estaba en ese estado de inconsciencia. Justo entonces, notó la vejiga hinchada.

—Tengo que hacer pis —avisó ella pronunciando deficientemente.

—Pasa al cuarto de baño, pues.

El hombre extendió el brazo y señaló a su derecha. Margarita giró la cabeza en aquella dirección para toparse con la palangana y el rollo de papel higiénico.

—Por favor… —rogó.

—Por favor, ¿qué? —preguntó con entonación burlesca.

—Me da vergüenza. Si me está mirando, no me sale.

—¡No me toques los cojones, niñata! ¿Me vas a decir ahora que nunca te has bajado los pantalones delante de un tío? ¿Vas a ir de mojigata conmigo? Tú verás: o palangana o te lo vuelves a hacer encima. Vas a poner fino el colchón y no sabemos…, vamos, que lo mismo estás ahí una semana o un año. Así que… tú misma, guapita.

—Por favor —insistió ella entre sollozos.

—¡Que no me toques los cojones con lloriqueos y pijerías! Palangana o colchón.

Margarita no aguantaba más. Estiró los brazos y se colocó el balde entre las piernas. Luego se giró para ocultarse de aquella rijosa mirada. Concentró todo su empeño en retener la orina mientras se ponía en cuclillas, se desabrochaba los pantalones y lograba bajárselos

hasta las rodillas. Luego se retiró el tanga y en cuanto estuvo segura de que la palangana estaba en el sitio correcto, dejó que el cuerpo se encargara del resto. Tardó mucho más de lo que hubiera querido, totalmente abochornada por la coyuntura, expuesta, indefensa.

Se limpió y se colocó la ropa. Con sumo cuidado de no derramar ni una gota, volvió a colocar la palangana en el mismo lugar, llena casi hasta el borde. Cuando se giró vio que el hombre se había puesto en pie y había ganado unos metros, tantos que casi tocaba con sus sucias botas el extremo del colchón.

—¿Ves como no era para tanto? —comentó jocoso. Se había vuelto a poner el pasamontañas y su voz sonaba de nuevo apagada.

Un «Vete a la puta mierda, cerdo asqueroso» fue lo primero que pasó por su mente, pero se arredró antes incluso de humedecerse la garganta.

—Ahora quiero que te comas el bocadillo que te traje ayer…

El hombre emitió un chasquido con la lengua que dejaba patente que aquella última palabra no tenía que haber salido de su boca. Margarita se mantuvo a la expectativa.

—¡Que comas, «cagüendiós»!

El exabrupto le recordó sin género de dudas a la coletilla con la que su tío Joseba remataba muchas de sus intervenciones y que tanto cabreaba a su madre.

Ella obedeció. El pan estaba duro y el embutido de origen desconocido se había oscurecido. Le hincó los dientes con prudencia provocando que se desconchara la corteza del bocadillo. Masticó con desgana sin dejar de observar a su guardián. Su sistema digestivo agradeció el bocado y los que llegaron a continuación. Nada más terminar pidió agua.

—Claro, reina. No había de Vichy, así que tendrás que conformarte con esto.

Reconoció la botella de plástico. Estaba destapada y por el tacto supo que el agua era del tiempo. La olisqueó con el objeto de encontrar algún aroma que le hiciera saltar las alarmas. Se la colocó sobre los labios y la cató con un sorbo timorato. Agua tibia, nada tentadora pero absolutamente necesaria para empujar la bola alimenticia que podía notar atascando su esófago.

—Muy bien, bonita. Ahora te voy a dejar un rato sola. Como aún no nos conocemos, no puedo fiarme de ti —le anunció justo antes de colocarle de nuevo el bozal.

Ni siquiera le dio la oportunidad de protestar y con unas palmaditas en la cabeza se despidió dejando la palangana a modo de ambientador.

Cuando escuchó el sonido de la cerradura experimentó una sensación contradictoria: alivio e incertidumbre. Un cóctel que

inmediatamente después solo le sabría a miedo.

Comisaría de distrito de las Delicias

Ramiro Sancho todavía barruntaba la idea del cambio de residencia con la que había salido del garaje mientras aparcaba en la campa exterior de la comisaría. Durante el trayecto le había acompañado Nirvana y antes de quitar la llave del contacto dejó que Kurt Cobain terminara *Come as you are*.

No, I don't have a gun.
No, I don't have a gun.

Salir de su casa de Parquesol era un objetivo prioritario, pero la idea de empezar a bucear en Internet o ponerse en manos de una inmobiliaria le provocaba ardor de estómago. Reconoció los coches de Matesanz, Botello y de Garrido pero le escamó no encontrar el Megane Coupé rojo de Peteira, que siempre acostumbraba a llegar unos minutos antes que él. Por lo demás, todo seguía igual y eso le insufló el ánimo que necesitaba para comenzar con buen pie aquel regreso.

Nada más lejos de la realidad.

Junto a la puerta se encontraban varios agentes conversando al tiempo que apuraban sus cigarros. Dejando atrás un sonoro «Buenos días», entró en el hall principal que daba acceso a las escaleras. No había subido cinco peldaños cuando se topó con la espléndida sonrisa que traía puesta el agente de la Unidad Motorizada, Dani Navarro.

—¡Inspector! Precisamente acabo de pasarme por arriba para saludarte.

El apretón de manos precedió al recíproco y siempre efusivo intercambio de golpes en la espalda.

—¿Todo en orden? —preguntó Navarro.

—Más menos que más, aguantando el peso del sambenito que han colgado para este otoño-invierno —bromeó.

—Tú con el sambenito y yo con el mono azul como segunda piel. A Cris le ha dado por volver a comprar revistas de decoración e interiorismo y adivina. Cada vez que la veo hojeando una me entran sudores fríos. Descansaría más cambiándome de casa.

—Coño, justo en eso venía yo pensando, en cambiarme de casa.

—Lo tendré en cuenta por si nos conviene compartir gastos —apuntó el águila continuando con el tono de chanza—. Te dejo ya, que con el corte que tenéis arriba supongo que no querrás entretenerte.

Sancho se rascó la barba.

—¿Corte?

Navarro resopló.

—Yo no digo nada, mejor que te lo cuenten los tuyos, pero te adelanto que te va a encantar el regalo de bienvenida que te han hecho. La jueza Miralles, que le ha vuelto a tocar, lo quiere celebrar contigo, según me cuentan.

—¡Hay que joderse!

—Algunos más que otros. A ver si sacamos un rato y nos vamos a picotear por las casetas del centro, que en ferias tenemos licencia. ¡Suerte! —le deseó desde el primer escalón.

Entró en las dependencias del Grupo del Homicidios masticando la alteración que le había provocado el comentario de Dani Navarro aderezada por la llamada que no atendió de esa persona que contactaba periódicamente con él para proponerle una entrevista en directo para un programa de televisión.

Jacinto Garrido fue el primero en salir a su encuentro.

—Bienvenido, jefe. Te están esperando en el despacho del comisario.

—Buenos días a todos —dijo elevando la voz.

Carmen Montes y Carlos Gómez, tras sus escritorios, contestaron al unísono.

—Luego te presentamos a la nueva incorporación, la inspectora Sara Robles —le dijo Garrido.

Sancho la buscó con la mirada. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta. De facciones nada vulgares, destacaban los pómulos, algo marcados, y las cejas, muy rectas y perfectamente definidas en su rostro sin maquillar de treintañera avanzada. Ella frunció los labios y movió la cabeza en un gesto cordial.

Sancho correspondió al saludo elevando sus pobladas cejas pelirrojas.

—¿Quiénes me están esperando? —le preguntó a Garrido.

—El comisario Herranz-Alfageme, Matesanz y se supone que Travieso.

—Empezamos de puta madre —calificó Sancho en cuanto le mencionó al comisario provincial.

—No lo sabes tú bien. Llevamos un fin de semana del copón bendito desde que… Bueno, mejor que te lo cuenten ellos.

El inspector inspiró profundamente antes de golpear la puerta del despacho.

—Pase —escuchó decir al comisario Herranz-Alfageme.

Le dio la impresión de que la tez de Copito había ganado en albor, proporcionalmente a lo que había retrocedido la presencia capilar en la frente desde la última vez que se vieron, cuando tuvo que comunicarle algo abochornado la sanción disciplinaria. Se levantó para estrecharle la mano y tras estudiarse unos segundos le dijo:

—Siéntate, por favor.

Un contundente y mudo apretón de manos fue suficiente con Patricio Matesanz.

—Los aquí presentes nos alegramos de que estés de vuelta, ya veremos si el que falta coincide en la misma apreciación —observó con sorna el comisario—. ¿Ya te han puesto al corriente?

—Lo único que han hecho mis queridos compañeros ha sido advertirme de que tenemos un marrón cojonudo entre manos, pero nadie suelta prenda sobre el asunto. Estoy decidiendo si pedir el comodín del público o la llamada.

—Una desaparición incómoda —desveló el comisario—. Se trata de una menor.

—Muy incómoda, cierto —corroboró el inspector tirándose de los pelos del bigote.

Copito desvió la mirada hacia Matesanz para que entrara en detalles.

—Se trata de Margarita Zúñiga Pérez. Quince años. Hija de Alfredo Zúñiga, concejal delegado general del área de Urbanismo, Infraestructuras y Vivienda del Ayuntamiento —leyó de su libreta—, y Azucena Pérez, de los Pérez del Grupo Helios.

—Los de las mermeladas —apostilló innecesariamente el comisario.

—Los mismos —corroboró Matesanz—. Denunciaron la desaparición a las dos y diez de la madrugada del sábado. Según parece, salió de la discoteca Bagur y no regresó a casa. Los padres aseguran que nunca se salta el toque de queda, así que, cuando pasaron unos minutos de las doce de la noche, empezaron la ronda de llamadas. Nadie sabía nada. No se le conoce novio ni noviete, sin embargo, una amiga suya, Carla, nos ha contado que estuvo charlando sobre las doce menos cuarto con un chaval de diecisiete que la trae loquita a la niña. No sabe más. Yo mismo he hablado con el muchacho, Toño se llama. Sostiene que charló con ella unos minutos en la barra y se intercambiaron los teléfonos, pero que él siguió de fiesta hasta las tantas. Tiene dos colegas que lo rubrican y la resaca que arrastraba ayer a mediodía lo certifica. O es un auténtico cabronazo mintiendo o yo creo que dice la verdad. La desaparecida tiene el móvil apagado, al menos desde las doce y veinte que la llamó su madre. Ayer solicitamos la intervención a la compañía, pero, claro, domingo, día del Señor. En su habitación no hemos encontrado nada que nos haya llamado la atención. Nos hemos incautado de su portátil, pero a simple vista no hay nada raro. En Facebook lo último que está publicado es una foto con sus amigas subida desde Instagram a las diez de la noche. Nada reciente en Twitter y no aparece registrada en Tuenti. Tampoco se ha encontrado ningún diario ni la familia tiene conocimiento de la existencia de uno. En las estaciones de tren y autobuses no la han visto. Y poco más te

puedo contar.

—Al margen de la que está liando el padre, claro —intervino el comisario—. A las siete de la mañana, el subdelegado del Gobierno ya estaba agitando la coctelera y tenemos a Travieso dando por el culo cada cuarto de hora en busca de novedades —dijo bajando considerablemente el tono—. En marzo se retira y…

—Está viendo peligrar el resultado en la prórroga —completó Sancho.

—Como seguidor atlético que es.

—¿Nadie la vio salir de la discoteca?

—Se despidió a lo Cenicienta y los porteros tampoco la han reconocido. Lógico, la noche del sábado lo mismo pasaron por allí dos mil pubescentes con las hormonas a galope tendido…

—¿Quién está tratando con la familia? —quiso saber Sancho.

—El aviso lo recibió Peteira la noche del sábado. Ahora mismo se encuentra en el domicilio. La madre está ya con tranquilizantes y el padre en plan mariscal general de todos los ejércitos, movilizando todas las tropas.

Francisco Travieso entró en el despacho sin permiso, ni falta que le hacía. Antes de sentarse se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano y se la secó en el pantalón de un traje tan pasado de moda como sus gafas, todavía algo oscurecidas por el sol que no lucía. A Sancho le sobrevino un retortijón.

—¿Alguna novedad? —espetó tras gorjear groseramente.

—Estamos igual que la última vez que hablamos —dijo Copito evitando hacer sangre con los detalles temporales.

—¿Qué hipótesis barajamos a estas alturas?

—Ninguna que esté fundamentada en algo distinto a las habituales conjeturas que rodean la desaparición de una adolescente —contestó el comisario exprimiendo el pleonasmo.

—¿Lo que viene siendo? —persistió Travieso.

—Que siga de fiesta, que esté castigando a sus padres o que haya encontrado a su príncipe azul. Hasta el momento nada nos indica que le haya sucedido algo grave.

—¿Y si se la ha llevado alguien y la retiene contra su voluntad?

—Insisto, por ahora nada nos hace pensar eso. La familia no ha recibido comunicación de ningún tipo. De todos modos, tenemos la fortuna de contar con un especialista en el Grupo, aquí presente —dijo refiriéndose a Sancho.

—¿Y cuál es el diagnóstico de nuestro experto en la materia?

—Buenos días —recalcó maliciosamente—. Es cierto que en mi otra vida he participado en la resolución de dos secuestros y algunos casos de extorsión, pero dudo mucho que eso me otorgue el título de experto. Dicho esto, bajo mi punto de vista, si se trata de un secuestro

no tardaremos en saberlo. Lo habitual es que contacten con el entorno familiar durante las primeras veinticuatro o cuarenta y ocho horas desde la desaparición con el objeto de exponer sus pretensiones, económicas en la mayor parte de los casos —añadió—. Si, por contra, estuviéramos hablando de un rapto, lo normal es que no sepamos nada hasta que aparezca la víctima.

—¿Aparezca? —repitió Travieso.

—Aparezca porque la persona o personas que la retengan decidan soltarla, aparezca porque logre escaparse o aparezca porque encontremos el cuerpo. Pero lo peor, sin duda, sería que nunca apareciera, que también es posible.

A Travieso se le escuchó tragar saliva tras descomponerse en un rictus imaginario de paje real.

—«Oséase», que lo más probable es que hayan raptado a la chiquilla.

—No. Lo más probable es yo no me haya explicado con propiedad —recalcó—. Como sabe, en un rapto la privación de libertad está motivada por razones de índole sexual. Por tanto, la duración es indeterminada, pueden ser horas, días, semanas, meses o años. Pero eso no implica necesariamente que ante la ausencia de noticias después de treinta y dos horas y doce minutos —concretó mirando su reloj— debamos pensar que ha sido raptada. Tampoco podemos considerar el secuestro hasta que el o los secuestradores den señales de vida.

La tez de Francisco Travieso cobró una tonalidad cardenalicia conforme Sancho fue avanzando en su exposición.

—Como apuntaba el comisario —prosiguió—, en España se denuncian unas veinte mil desapariciones de menores al año, de las cuales más del cincuenta por ciento son fugas y la mayor parte de ellas se resuelven en las siguientes doce horas. Otro porcentaje importante lo componen los jóvenes que no regresan a los centros de acogida, muchos de origen extranjero. Luego están los secuestros paternales y demás modalidades en las que no procede ahora profundizar. En definitiva, son muy pocos los casos de desapariciones con implicación de terceros, y en este que nos ocupa no tenemos motivos para pensar que así sea. Bajo mi punto de vista, tenemos que seguir investigando en su entorno más cercano, familia y amigos, antes de barajar hipótesis de naturaleza más sórdida. Porque un secuestro va mucho más allá de la mera privación de libertad, aunque eso solo lo sepan quienes lo han sufrido.

Tanta facundia hizo que el comisario provincial proyectara los labios y los congelara en ese estado mientras procesaba la información. Inmediatamente después, buscó un patrocinador que invirtiera en sus conclusiones, pero viendo que ninguno de los

presentes manifestaba interés por ello, decidió cambiar de estrategia.

—Bueno. Manténgame informado de cualquier novedad al respecto —resolvió—. Les dejo trabajando.

Nadie abrió la boca hasta que desapareció, aunque todos tenían un calificativo para regalar al comisario provincial.

—Algún día descubriré cómo ha podido llegar ese hombre a… Dejémoslo ahí. A lo nuestro —retomó el comisario Herranz-Alfageme —. Matesanz, nos vas a tener que disculpar, quiero tener una charla con Sancho. Y dile, por favor, a la inspectora Robles que no se marche, que le quiero presentar formalmente al jefe del Grupo.

Domicilio de los Zúñiga

Alfredo Zúñiga encendió otro cigarro mientras asistía desde uno de los sofás del salón a las idas y venidas de su mujer.

—Te digo que ese tío no está haciendo nada. Otra vez las mismas malditas preguntas. Una y otra vez, una y otra vez. ¿Qué demonios quieren que les digamos que no les hayamos dicho ya? ¡¿A qué esperan para ponerse a buscar a mi niña?! —la escuchó decir nuevamente.

—Cariño, tranquilízate, ¿quieres? Tranquilízate. Yo ya he movido todos los hilos que tenía que mover. Me consta que están haciendo lo que pueden.

—¡¿Y qué es eso que están haciendo?! ¡Dime! A ver, ¡¿qué han hecho desde que fuimos a comisaría?! Revolver en su cuarto y freírnos a preguntas absurdas. ¡Eso lo podríamos haber hecho nosotros también! ¡Aquí nadie se mueve ni nos dice nada! —gritó elevando las manos.

—Ya has escuchado al subinspector: tenemos que esperar y dejarles trabajar. Esperar y dejarles trabajar —repitió bajando el tono y soltando el humo del tabaco.

—¿Esperar a qué? ¡¿A que nos la devuelvan en una caja de pino?!

—Por Dios, Azucena. ¡Por Dios Santo!

—¿Y tú qué haces? Fumar y fumar. Vuelve a llamar al alcalde. Dile a León de la Riva que la policía nos está tomando el pelo. Que se están riendo de ti miserablemente. Llama, por favor, te lo ruego. Llama de una vez, por favor, Alfredo, vuelve a llamarle, por favor —repitió entre sollozos ocultando el rostro entre las manos.

Alfredo Zúñiga aplastó el cigarro contra el cenicero y se ensañó con él hasta que dejó de soltar humo. Luego se incorporó, fue al encuentro de su esposa y la rodeó con los brazos. Azucena se acomodó en su pecho sin dejar de llorar.

—Algo malo le ha pasado, Alfredo. Lo sé, lo presiento. Quiero que

me devuelvan a mi niña. Por favor, haz que nos devuelvan a nuestra pequeña, por favor, Alfredo.

—Todo va a ir bien, te lo prometo. Todo va a ir bien. Tienes que descansar. Necesitas dormir. Haz caso a la doctora Martín y tómate un Orfidal. Puede que cuando despiertes ya haya aparecido. ¿Quién querría hacerle daño? ¿Eh? ¿Quién?

De improviso, ella se separó ganando un metro de distancia. Se enjugó las lágrimas y atravesó a su marido con una mirada glutinosa e incendiaria; napalm concentrado.

—Esa misma pregunta deberías hacértela a ti mismo, Alfredo.

La voz de Azucena ya no sonaba atemorizada ni el tono era quebradizo. Muy al contrario, se había tornado en una modulación inquisitoria, rayana en lo acusatorio.

—¿Tienes algún enemigo? ¿Has hecho algo que no deberías haber hecho? ¡Dímelo, Alfredo!

Pero ni él salía de su asombro ni las palabras de su boca.

—Piensa, Alfredo. Piénsalo muy bien, porque la vida de Margarita depende de ello. ¿Te has ganado enemigos que quieran castigarte a través de tu hija? ¿Tienes alguna cuenta pendiente con algún tipo peligroso?

—¡Deja de decir estupideces! —protestó enérgicamente al fin—. ¡¿Con quién crees que trato, con la mafia rusa?! Mira, será mejor que te calmes porque no estás ayudando en nada. Solo conseguirás volvernos locos y el subinspector nos dijo que era muy importante que tratáramos de mantenernos serenos en la medida de lo posible.

—¡Ese subinspector se está riendo de ti! —estalló—. ¡¡De todos nosotros!! ¡¡¡De nuestra hija!!! ¡Si estuviera aquí mi padre sabría muy bien qué hacer y desde luego no optaría por quedarse de brazos cruzados! —continuó.

—Mamá, por favor —intervino Josean desde la puerta—. Así no solucionaremos nada. Por favor, tranquilicémonos —rogó con los ojos visiblemente humedecidos.

Azucena tardó unos segundos en desplomarse de rodillas farfullando palabras ininteligibles ahogadas entre sollozos y gritos.

Ninguno escuchó el timbre del teléfono hasta que sonó la segunda vez. Atribulado, Alfredo se dirigió hacia la mesita junto al mueble de la televisión.

—¿Diga?

—¿Le hablo a la casa de Margarita Zúñiga Pérez?

—¡¿Cómo dice?!

—Chingada madre, ¡que si vive ahí Margarita Zúñiga Pérez!

—Así es.

—Escúcheme con atención. Tengo a su hijita, cabrón. No se atrevan a hablar a la policía o se arrepentirán toda la vida. No hagan ninguna

pendejada o la tendrán de regreso por partes. Solo esperen mis instrucciones.

El pitido fue disminuyendo en intensidad en la medida en la que Alfredo se iba separando el auricular de la oreja, con la mirada descargada en el vacío.

—¿Qué pasa, papá? ¿Quién era? ¡¿Quién era?!

Azucena, todavía en el suelo, agarrotada y desfigurada por el pánico, aguardaba como quien espera a ser ejecutado.

—Dice…, dice que la tiene —balbuceó Alfredo.

Comisaría de distrito de las Delicias

Herranz-Alfageme entrelazó los dedos detrás de la cabeza y fijó su atención en algún punto muerto más allá de su pelirrojo interlocutor.

—Sancho, no quisiera que interpretaras esta conversación como una ceremonia de autoimposición de medallas, pero es un hecho que llevo peleando en tu rincón demasiados meses y me gustaría que fueras consciente de ello —dijo Copito a modo introductorio antes encontrarse con los ojos azules del inspector—. La sanción no fue justa, aunque no es menos cierto que actuaste de manera no demasiado prudente.

—La situación lo requería. Le recuerdo que el cabrón estaba esperándome en mi jodida casa; armado —añadió.

—Con un arma que resultó no estar cargada.

—¡No me joda, hombre! No tenía manera de saberlo. Cojones tiene, comisario, cojones tiene. Que me lo diga un tertuliano o lo escriba un columnista, todavía, pero que lo tenga que escuchar entre estos muros no me lo esperaba yo ni en la peor de mis pesad…

—¡Quieto parado! —le interrumpió mostrándole las palmas—. No te estoy recriminando absolutamente nada ni pretendo darte lecciones, pero coincidirás conmigo en que hacerle dos agujeros del calibre cuarenta y cuatro en el pecho a un sospechoso no es el lazo rosa de un regalo sorpresa para este comisario, ¿verdad? No es mi intención entrar a debatir si actuaste o no de forma correcta, esas son carreteras muy peligrosas y aquí vamos todos en el mismo autobús. Además, no se te expedientó por ello sino por insubordinación; sin embargo, sí quiero que sepas que me he dejado los cuernos para que redujeran la sanción y para que conservaras tu cargo en el Grupo. Coño, Sancho, que algunos soñaban con no verte nunca más por aquí.

—Ya me imagino quién.

—Quiénes más bien, que los que piensan que has sido tratado con excesiva lenidad son más de un par. Pero tampoco ese es el tema, que, como tú dirías, agua pasada no mueve molino.

—Pero arruina el sembrado, que decía mi padre —completó Sancho —, y así está mi hoja de servicios: arruinada.

—No para mí. Sancho, toca mirar hacia delante, como las mulas. Con pocos me he cruzado yo más testarudos que tú.

—Me lo tomaré como un cumplido. Así que me querían lejos de aquí… —comentó el inspector retrepándose en la silla.

—Básicamente no te querían —precisó con asepsia—. Motivo por el cual se explica el traslado urgente de la inspectora Robles al Grupo de Homicidios.

Sancho no movió un músculo de la cara.

—¿Sustituirme o controlarme? No hace falta que me conteste. Estoy en el punto de mira.

—Eso parece, pero te aseguro que en esta comisaría no voy a consentir que se pierda el tiempo jugando al gato y al ratón. Por eso quiero aprovechar la coyuntura para presentártela y dejar las normas bien claras.

Copito levantó el teléfono del escritorio y menos de un minuto después Sara Robles pedía permiso para entrar.

—Adelante, inspectora, siéntese.

Vestía pantalón vaquero y un jersey de lana ancho de un negro algo deslucido a juego con las botas tipo Martens.

—Buenos días —saludó ella en tono neutro.

—Inspectora Robles, inspector Sancho —introdujo el comisario y esperó a que se estrecharan la mano—. Seré breve. Solo voy a decirles que confío en que se comporten a la altura de los cargos que ocupan y en virtud del buen funcionamiento del Grupo. El inspector vuelve a ser el jefe del Grupo —anunció sin un ápice de solemnidad, economizando al máximo toda parafernalia—. Tenemos varios asuntos importantes entre manos en los que quiero ver avances durante las próximas semanas y uno urgente: el de la desaparición de Margarita Zúñiga. Supongo que ya habrán notado a los buitres sobrevolando nuestras cabezas, ¿no? Es absolutamente perentorio que empecemos a dar explicaciones de lo ocurrido y, en estos instantes, no se me ocurre nada que contarle al subdelegado del Gobierno. El «estamos en ello» se me agota, así que denme argumentos sólidos y a poder ser antes de que termine la jornada.

Ambos asintieron poco entusiasmados.

—Si tienen algo que añadir, este es el momento.

Pero fue el móvil de Sancho el que pidió la palabra.

—Entendido —dijo tras escuchar a Peteira—. Vamos para allá.

El inspector se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón al tiempo que emitía un chasquido con la lengua.

—Ya tenemos algo sólido —parafraseó—. Alguien acaba de contactar con la familia asegurando que tiene a la niña. Y eso sí es un

marrón muy sólido.

El pelirrojo se volvió hacia su compañera.

—Qué, ¿te apuntas?

—Sancho —intervino de nuevo Herranz-Alfageme—, estás al volante pero no te salgas de la calzada, que nos estrellamos.

—Tranquilo, jefe, no pienso rozar la línea continua.

Antes de salir de los dominios del comisario, Sancho se giró.

—Muchas gracias por su apoyo y su confianza.

A LA FUERZA AHORCAN

En algún lugar de la provincia de Valladolid
3 de septiembre de 2012, 09:34

Dejó caer intencionadamente el manojo de llaves sobre la mesa de mármol.

—¡«Cagüendiós»! ¡Qué susto, tú! —protestó Gorka llevándose la mano al lado izquierdo del pecho. En la mueca delatora de su compañero se podían ver claramente las muestras de satisfacción.

—Si fuera un madero ya te habría cosido a tiros, jodido cateto. ¿Te dije o no te dije que estuvieras atento?

Hablaba con él en castellano porque detestaba escucharle chapurrear su deficiente euskera.

—Anda la hostia, tendré que desayunar, ¿no?

—Con eso que tienes en la sartén podrían alimentarse varios campamentos de refugiados. Deberías cuidarte un poco —opinó mientras prendía un cigarro.

—Mira quién fue a hablar. El que se alimenta de humo.

Su úlcera de estómago se relamió de placer con la reacción que le produjo el comentario.

—Tú mismo, pero igualmente, aunque estés cocinando, comiendo o cagando, quiero que estés siempre alerta. Y más cuando yo no estoy.

El hombre de ojos saltones y pelo rizado color heno declinó el enfrentamiento.

—Ya estamos en marcha —anunció el fumador frotándose el párpado izquierdo, como si así fuera a conseguir que volviera a su sitio. La ptosis palpebral había empeorado en los últimos años y era perfectamente consciente de ello porque antes no tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para ganar campo de visión.

—¿Y ahora qué? —preguntó volcando sin mucho cuidado los huevos revueltos y las salchichas sobre el plato usado de la noche anterior.

—Esperamos a ver qué nos trae la marejada. Les he dicho que la

tenemos, nada más. Supongo que la poli ya estará montando el dispositivo de rigor. Les regalaremos unas cuantas horas más de zozobra y comprobaremos cómo se manejan con mar de fondo.

—Van a tener que achicar del copón.

—¡Qué sabrás tú de achicar! Si en tu puta vida has puesto un pie en un bote —comentó mientras buscaba una cerveza entre la multitud de latas de todo tipo que poblaban el interior del frigorífico.

—Habló Churruca, ¿no te jode? —pronunció con la boca llena.

—Mira, Besugo de los cojones —dijo girándose violentamente, aludiendo al mote bajo el que le conoció en la cárcel—. Estás en esto porque yo te metí, pero como me sigas tocando los huevos te ablando a base de hostias antes de tirarte por la borda. ¡A base de hostias! —repitió golpeando con los nudillos en la mesa.

Gorka interrumpió el proceso de deglución y puso cara de besugo congelado.

—¿Nos dejamos ya de tonterías o qué? —sugirió dejando escapar el humo con cada palabra.

Su compañero bajó la mirada al plato.

—Venga pues. ¿Ha comido?

—Tuve que animarla un poco a mi manera, pero al final comió.

—Me refería al Karatu, majete.

—Ah. Yo le he llenado el bol, como todas las mañanas. Supongo que se lo habrá zampado en un tita.

—Como tiene que ser. En cuanto a la niñata…, no dejes pasar la oportunidad de meterle con la mano abierta. No hace falta ni que se lo gane. Cuanto antes sepa que las cosas solo pueden empeorar, mejor para todos.

—De momento se porta bien.

—De momento, tú lo has dicho, pero en cuanto se le quite el miedo verás qué pronto empieza a dar por el culo. Por cierto, necesitamos que esté despierta las próximas horas, deja de darle esa mierda, pues. Quítale el bozal y los grilletes, pero adviértela de que si emite un sonido que podamos escuchar se lo volvemos a poner. Activa el temporizador y no toques la programación, solo actívalo —insistió—. ¿Has comprado el periódico?

Gorka hizo un fugaz movimiento con la cabeza indicando la dirección que tenía que seguir. Sobre un mueble que no parecía tener más utilidad que la de servir de camposanto de objetos inservibles distinguió la portada del diario *Marca*.

—Anda la hostia… ¿Qué?, ¿no había otro? ¿O simplemente has elegido ese para tocarme los cojones? Mira que le tengo asco al portugués bien peinado este…, pero asco de verdad.

Su compañero miró de reojo mientras untaba con un gran trozo de pan el aceite que se había acumulado en el plato. El titular rezaba:

«No aguanta más» y mostraba un primer plano de Cristiano Ronaldo con cara de circunstancias, pero efectivamente bien peinado.

—No me había dado ni cuenta, aunque, mira, la frase nos puede servir de mensaje subliminal —propuso, ocurrente.

—Vale, majete, a lo nuestro. En un rato bajas y le haces el vídeo. Que se le vea bien la jeta a la pájara y la portada del panfleto ese. Que diga solo lo que he escrito en el papel. Máximo doce segundos de grabación —le recordó—. Usa uno de esos teléfonos; los otros ni los toques. Y no te confundas, que la jodemos.

—¿Y qué hago con eso, pues? —preguntó señalando con un gesto el montón de ropa que descansaba sobre una silla.

—Dásela cuando se la gane. Voy a saludar al Karatu y luego me tiraré a dormir un rato. Trata de no hacer ruido. Otra cosa. ¿Sabes por qué a las latas también se las conoce con el misterioso nombre de «conservas»?

El Besugo no quiso morder el anzuelo.

—Porque se conservan sin necesidad de frío —desveló apagando el cigarro contra la encimera—. Saca pues toda esa comida basura del frigorífico y dásela a la chavala, que para eso la hemos comprado. *Agur* —se despidió enfilando el pasillo, tratando de dejar atrás el malestar que le provocaba comunicarse con un tipo como ese, tan incapaz como imprescindible para llevar a buen puerto su plan.

Lo había estudiado durante siete meses, desde aquel domingo. Recordaba la fecha con nitidez porque lo conservaba en su memoria como el tatuaje de un pandillero: indeleble. Le quedaban tan solo trece días para salir del centro penitenciario en el que había pasado los últimos once años y diez meses. Meses antes se pasaba las noches en vela, valorando los pros y los contras de los dos caminos que podría seguir en cuanto llegara el día. Barajaba ir a ver a su tío a Miranda del Ebro y mendigarle un trabajo en el restaurante, pero aquello quedaba demasiado tierra adentro; demasiado fuera de su tierra. Además, tenía algo de dinero para ir tirando y lo último que necesitaba era pasar de preso a esclavo, cuando lo que más había echado de menos entre los muros de Botafuegos era el olor a libertad que impregnaba el litoral en el que creció. Con cincuenta y dos aún podría encontrar sitio en algún pesquero tirando de contactos, de viejos camaradas, si es que le quedaba alguno de la cuadrilla en Getaria, aunque, bien pensado, tampoco le hubiera importado en absoluto trasladarse a Hondarribia, Pasaia, Orio o Mutriku. El caso era estar cerca. Experiencia en la mar tenía, conocía la faena con el chicharro, el verdel, la anchoa y el atún; sabía moverse con soltura en cualquier cubierta y no le importaba salir a caladeros más alejados de lo que aconsejaban las embarcaciones y autorizaban los permisos. Sin embargo, todas aquellas elucubraciones cesaron cuando se topó accidentalmente con

aquella foto y, todavía atónito, supo que tendría que preparar los aparejos, ahora bien, los de pescar piezas más suculentas.

No había agarrado el picaporte de la puerta que daba al porche de la parte trasera y ya podía escuchar el ruido de las pezuñas de Karatu, haciendo ochos, nervioso, esperando las carantoñas mañaneras de su amo. Aquello le hizo relajar el semblante. Se había fijado en aquel dogo argentino porque era el único cachorro de la tienda que miraba hacia el exterior, con el hocico pegado al escaparate y los ojos tristes. Ansiaba la libertad, como él. Los trescientos cuarenta euros que pagó le dejaron de parecer un robo en el momento en el que la dependienta se lo puso en las manos. Siempre le había resultado más sencillo empatizar con los animales que con las personas, pero con aquel perro el vínculo fue más allá. Una mirada le bastaba para conectar con él, una palabra para comunicarse, un gesto para asociarse.

Karatu le aguardaba con impaciencia. Sentado sobre sus cuartos traseros, inmóvil como una estatua de mármol perfectamente tallada, a excepción del rabo, con el que estaba barriendo las hojas caídas de los árboles que cubrían el suelo. Se arrodilló para agarrar a su fiel compañero del cuello, ancho y robusto como el tronco de un roble.

—¡Yeeepa! ¿Cómo está hoy mi fiel amigo? —le susurró en euskera al tiempo que le acariciaba el lomo. El corto y duro pelaje, fiel reflejo del manual morfológico de la raza, acentuaba su complexión musculada—. ¿Has dormido bien? Yo poco, he tenido que salir muy temprano. Toda precaución es poca en este oficio. Acabamos de zarpar y no podemos saber cuándo volveremos a ver la bocana del puerto. Me acompañarás hasta el final, ¿verdad? Claro que sí —se respondió a sí mismo mientras le rascaba bajo la mandíbula—. Tienes que tener paciencia con el jodido Besugo, todavía es útil pero si todo sale como tiene que salir quizá te deje divertirte un rato con él.

Karatu gruñó de placer como si hubiera captado la idea de hincarle el diente y ello le provocara cierta turbación.

—Tengo que descansar un rato, pero después te prometo que nos iremos juntos al pinar, a ver si pillas otro conejo. Buen perro —le repitió a modo de despedida golpeando con ternura el lomo del animal.

Ya en el interior, bajó las escaleras para ver la captura. Abrió la portezuela y observó durante unos minutos cómo dormía. No tenía nada contra ella, pero, como en cualquier tripulación, cada uno desempeña su papel. Con tal convicción subió de nuevo a su cuarto, cerró la puerta por dentro y se tumbó en la cama sin quitarse la ropa.

Sus inconfundibles rasgos faciales le acompañaron nada más soltar amarras en las aguas de la somnolencia.

Sara Robles sabía ser prudente cuando intuía que tenía que serlo.

Esperó a ver si el inspector Sancho se montaba en el coche por la puerta del conductor o la del copiloto y mantuvo la boca cerrada hasta que el reincorporado jefe del Grupo de Homicidios abriera la suya con alguna trivialidad.

—Así que vienes de Zaragoza, ¿no? —le dijo él poco después de arrancar.

Así era, aunque había nacido y se había criado en Jaca bajo la tutela de su padre, un brigada de la Guardia Civil destinado en la Unidad Especial de Montaña. Su madre falleció cuando aún no había cumplido los cuatro años por un cáncer de mama diagnosticado en un estadio demasiado avanzado. A pesar de la desgracia tuvo una infancia relativamente normal, salvando un matiz: los juguetes de Sara fueron cuerdas, arneses, pies de gato, mosquetones y magnesio, mucho magnesio. Se graduó en Ciencias Ambientales sin salir de Huesca, con la esperanza de poder seguir cerca de la montaña, pero aquella cima no la pudo alcanzar y no le quedó más remedio que montar el campamento base delante de su escritorio para sacar una de las plazas a la escala ejecutiva del Cuerpo Nacional de Policía. Dos años en Santander y otros tres en Zaragoza dentro de la Unidad de Drogas y Crimen Especializado antes de recalar, por motivos un tanto turbios, en el Grupo de Homicidios de Valladolid.

Así era y así le contestó, aunque no pasó de las dos primeras palabras.

Y así alcanzaron su destino, guiados por la prudencia y la música de Nirvana.

Encontraron a Peteira en el portal número 6 de la calle Menéndez Pelayo con el móvil pegado a la oreja y cara de circunstancias. Con un ademán le pidió a Sancho que esperara a que terminara con la conversación subida de tono.

—¿Qué idioma era ese en el que te estabas expresando? —quiso saber el pelirrojo.

—Mezcla de vigués y castrapo. Patricia es de una aldea minúscula de la provincia de La Coruña y cuando intercambiamos opiniones se nos desboca el potro por completo. La tengo alterada con el tema que te comenté de Marquitos, carallo, y no deja de llamarme…, pero, bueno, se le pasará; espero.

—Al final se cumplieron tus peores presagios del sábado —comentó Sancho.

—Cosa de meigas.

—¿Qué nos vamos a encontrar ahí arriba?

—Un pifostio de la reputa madre. La que está mangando la señora

es olímpica, necesita Valium en vena.

—Quizá tenga que ver el hecho de que un tipo haya llamado a su casa para decirle que tiene secuestrada a su hija —valoró Sara Robles finiquitando el capítulo de prudencia de la jornada.

Peteira declinó contestarle por si acaso se le descontrolaba el castrapo.

—Vamos a subir nosotros dos a hablar con ellos. Hay que empezar a rascar el barniz que recubre a esa familia: personal y profesional. Encárgate de que todo el mundo esté en comisaría sobre… las doce —dijo mirando su reloj.

—Muy bien.

—Cuando nos marchemos, identifica al tipo ese de la furgoneta blanca, la que está en doble fila, ahí enfrente —le indicó sin girarse—. No creo, pero a veces estos tipos se dejan caer por el domicilio de la víctima para controlar sus movimientos. Encárgate de que haya un vehículo grabando las veinticuatro horas este portal, quiero saber quién entra y quién sale. Te veo luego en comisaría.

—Sexto A —informó el subinspector.

La indicación de Peteira resultó innecesaria, puesto que desde el ascensor se podía escuchar el griterío amplificado por las paredes que conformaban el rellano de la escalera. La puerta estaba abierta y había un trasiego de personas más propio de una estación de metro en hora punta que de un domicilio.

—Buenos días —saludó Sancho mostrando su identificación a la primera persona con la que se cruzó—, inspector Sancho e inspectora Robles. Queremos hablar con los padres de Margarita Zúñiga Pérez.

El hombre de pelo cano que se identificó como uno de los hermanos de la madre les condujo hasta el salón, abriéndose paso entre el gentío que se había adueñado de la vivienda. Con el brazo extendido señaló en la dirección en la que se encontraba Alfredo Zúñiga, sentado en un tresillo de corte aristocrático y tonos asalmonados parduscos a juego con el resto de la decoración cortesana del salón. En la mano izquierda sostenía un vaso ancho de licor y con la derecha a su esposa, visiblemente abatida, cabizbaja y con el rostro tomado por el desamparo; ambos bien escoltados por varios familiares que trataban de consolar a la pareja.

El inspector volvió a repetir la fórmula de presentación pero en un tono más seco y elevado, provocando un silencio inmediato que concentró todas las miradas en el origen del mismo.

—¡Por fin! —pronunció Alfredo evidenciando cierto reproche e impaciencia en la modulación.

Sancho evitó la provocación.

—Lo primero que les voy a rogar, señores —exhortó en voz alta—, es que se marchen. Necesitamos hablar en privado con los padres, con

nadie más.

Un murmullo que fue ganando en intensidad estalló por boca de uno de los presentes, una mujer con aspecto de monja de clausura fugada del convento.

—¡Aquí todos somos familia! —protestó.

—Nadie lo pone en duda, pero padres de Margarita Zúñiga Pérez solo hay dos y son las únicas personas que van a escuchar lo que les vamos a decir. Además, les pido que vayan abandonando el domicilio de forma escalonada y en orden, lo último que queremos es llamar la atención del resto de vecinos y transeúntes de la zona.

—Haced lo que pide —se escuchó decir a Azucena con tono agrietado pero firme.

En la retirada, el inspector Sancho advirtió que alguien pronunciaba su nombre completo seguido de un par de frases más que sus oídos ya no pudieron registrar.

Poco a poco, el salón se fue vaciando, como la mirada de la madre de Margarita, que permanecía anclada en el teléfono inalámbrico que reposaba sobre la mesa del comedor.

Sara Robles acompañó al último grupo y, cuando regresó, el inspector Sancho se aclaró la garganta. La pareja permaneció sentada y en completo silencio.

—Inspector Sancho e inspectora Robles. Con su permiso —pidió antes de agarrar una silla por el respaldo y colocarla frente a ellos. Sara hizo lo propio—. En primer lugar les quiero agradecer el hecho de que hayan contactado inmediatamente con nosotros para ponernos al corriente de los hechos. Les puedo asegurar que, sea cual sea el motivo por el que retienen a su hija, van a precisar el asesoramiento de profesionales en la materia.

—¿A qué se refiere? —demandó el padre.

Sancho interpretó con acierto la intención de la pregunta.

—A que, según me ha transmitido el subinspector Peteira, desconocemos los motivos por los que su hija está desaparecida desde el sábado sobre las diez de la noche. Deben confiar en nosotros —percutió de nuevo—. Desde el momento en el que formalizaron la denuncia se han tomado todas las medidas necesarias para coordinar la búsqueda, pero antes de nada necesitamos verificar que realmente tienen retenida a su hija.

—¿Está usted sugiriendo que nuestra niña podría estar fingiendo su propio secuestro?

—Yo no sugiero nada en absoluto, señor Zúñiga, simplemente comparto con ustedes cuáles son los siguientes pasos que hemos de dar. No sería la primera vez ni la última que descubrimos que es el propio desaparecido quien está detrás de todo.

—¡No en este caso, inspector! Nuestra hija no…

—Señor Zúñiga —le interrumpió Sancho levantando ambas palmas —, déjeme continuar, se lo ruego.

Alfredo asintió de mala gana.

—Si se confirma que su hija está retenida contra su voluntad —el pelirrojo evitaba a toda costa pronunciar la palabra «secuestro»—, la buena noticia es que nos van a pedir algo a cambio. En la mayor parte de los casos es dinero, pero no siempre. Averiguarlo será nuestro primer objetivo, aunque ya habrán podido deducir que si aún no lo sabemos es porque ellos no han querido contárnoslo.

Sancho hablaba más despacio de lo que en él era habitual, buscando el léxico adecuado para que encajara en un puzle de cristal a punto de resquebrajarse.

—Dicho de otra forma: tenemos que esperar a que vuelvan a contactar con ustedes —añadió— y estar preparados para cuando ocurra. Esto podría producirse por varias vías: por carta, por Internet o incluso a través de anuncios por palabras en el periódico, pero si el primer contacto ha sido telefónico debemos pensar que seguirán utilizando este medio. Fue usted quien recibió la llamada, ¿es así?

Alfredo asintió primero y apuró la copa después. Luego la dejó sobre la mesa de centro y entrelazó los dedos para prepararse a contestar una pregunta que esperaba recibir.

—Repítamela, si es tan amable, palabra por palabra.

Sara Robles sacó una libreta del bolsillo trasero del pantalón vaquero.

—Primero me preguntó si era la casa de Margarita y luego dijo que la tenía, nada más. Era colombiano, ecuatoriano o mexicano; sudamericano, de eso no tengo ninguna duda.

—No le he pedido eso —atajó el inspector en tono amable aunque algo desabrido para el nivel de tolerancia de Alfredo—. Necesito que haga el esfuerzo de rememorar, palabra por palabra —enfatizó—, la conversación que mantuvo con el desconocido.

—Vamos, Alfredo, no tiene que ser tan complicado —le recriminó ella—. Duró menos de un minuto.

Su marido la observó con insigne displicencia antes de cerrar los ojos.

—«¿Es la casa de Margarita Zúñiga Pérez?». Yo no entendí y le pedí que repitiera. Entonces se cabreó y me soltó algo así como: «Chinga a tu madre, que si es la casa de Margarita Zúñiga Pérez». Le dije que sí y entonces el hijo de puta me amenazó: «Escúchame, cabrón. Tengo a su hija. No se les ocurra avisar a la policía o se van a arrepentir. No hagan pendejadas o se la devolveremos por partes. Esperen mis instrucciones».

—Excelente —calificó Sancho—. Lo ha hecho usted muy bien. Ahora necesito que me diga si se expresaba en singular o plural. Ha

dicho «tengo», «devolveremos» y «mis». Dos singulares y un plural. Haga un esfuerzo por recordar. Es importante.

—¿Por qué es importante? —inquirió él.

Sancho valoró si contestar o no, pero concluyó que era un buen momento para tratar de ganarse la confianza de la familia.

—Es altamente improbable que una sola persona sea responsable del secuestro de su hija. Lo habitual es que de entre ellos haya uno, que no tiene por qué ser el líder o quien lo haya organizado —aclaró —, que se encargue de amedrentar a la familia y llevar el peso de la negociación. Seguramente sea el que más experiencia atesore. Que hable en plural denota que actúa en representación del grupo y por tanto no tiene la última palabra; que se exprese en singular nos indica que es quien lleva el mando de la negociación.

—¿Y qué es mejor? —intervino de nuevo Alfredo.

—Ninguna es mejor que la otra, pero marcará nuestra estrategia en la negociación, que es la clave para resolver satisfactoriamente un caso como el que nos atañe.

—Por favor, sea más explícito —le pidió Azucena.

—Negociar directamente con la persona indicada tiene la ventaja de que avanzaremos sin rodeos, sin idas y venidas. Irá al grano y debemos pensar que lo que pactemos con él será definitivo. Sin embargo, tiene el inconveniente de que, casi con total seguridad, no sea la primera vez que se ve inmerso en esta situación, por tanto tiene experiencia y será más… complejo —definió sustituyendo el «difícil» que estuvo a punto de pronunciar— de zanjar con éxito. En caso contrario, es decir, si se expresa en plural y tiene que convenir las condiciones con terceras personas, el proceso puede que sea más farragoso y es probable que se dilate en el tiempo.

Sancho evitó añadir que también era probable que actuaran con más torpeza para no restar entidad al enemigo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —siguió interrogando ella, con la voz tomada por el miedo a la respuesta.

Sancho inspiró por la nariz a la vez que se frotaba la barba.

—Voy a aprovechar su pregunta para advertirles de algo importante. Buena parte del éxito en la resolución de estos casos reside en el nivel de confianza que se cree entre el asesor y la familia. Consecuentemente, no voy a edulcorar mis palabras por duras que resulten. En una relación de confianza no caben las medias tintas. No sé si están de acuerdo.

Ambos afirmaron.

—Bien. No podemos saber cuánto se prolongará esta situación pero sí debemos estar preparados para resistir. El tiempo es otro de los factores clave. Puede que en este momento juegue a su favor, pero sabremos revertirlo en su contra.

—¿Cómo? —quiso saber de nuevo el padre.

—Eso ahora no procede. Ahora procede que trate de recordar si la persona que contactó con ustedes se expresaba en primera o tercera persona —insistió.

—Diría que en primera persona.

—Bien. Lo corroboraremos más adelante —dejó correr Sancho—. También ha mencionado las expresiones «chinga a tu madre» y «pendejada».

—Eso lo recuerdo perfectamente, inspector.

—Americanismos propios de casi toda Latinoamérica —intervino Sara Robles—. «Pendejo» y sus variantes se usa mucho en México de forma despectiva, un estúpido en grado sumo, por definirlo de alguna forma, aunque en otros países tiene connotaciones similares a «travieso» o «inmaduro». «Chingar», sin embargo, es uno de los vocablos más utilizados en el lenguaje coloquial mexicano. Se adapta a casi cualquier contexto.

Sancho supo ocultar su asombro y dejó las preguntas para otra ocasión.

—Todo ello, como ya he dicho, lo corroboraremos más adelante. Lo prioritario ahora es preparar a la persona de la familia que se vaya a encargar de la negociación. A lo largo de todo el proceso —subrayó—. No sabemos cuándo se va a producir la siguiente llamada, pero tenemos que estar preparados para reaccionar y saber sacar jugo a cada segundo de conversación. Hemos cursado la orden para intervenir esta línea fija así como sus teléfonos móviles por si decidieran contactar por otra vía. Van a estar siempre acompañados por un experto hasta que resolvamos la situación. Cada caso transcurre por derroteros distintos, pero, aun así, antes de cada llamada prepararemos al portavoz de la familia y durante la misma le iremos indicando qué es lo que tiene que hacer y decir, cómo tiene que expresarse e incluso el tono que tiene que usar. Después, analizaremos las grabaciones y las desmenuzaremos, pero no compartiremos nuestras impresiones con nadie de la familia que no sean ustedes dos, y les ruego que ustedes hagan lo propio, aunque…, visto lo visto, me temo que todas las opciones de confidencialidad han muerto en este salón.

—Nuestra familia sabe ser discreta —aseguró ella con la boca pequeña.

—No lo pongo en duda, señora, pero los amigos, conocidos, allegados de cada uno de los integrantes de su familia que ya están al corriente de los hechos puede que no sepan ser tan discretos.

A Azucena la saliva se le volvió acerba.

—No nos interesa en absoluto que esto trascienda al ámbito público porque podría generar una presión sobre la otra parte nada favorable.

¿Hasta aquí alguna duda?

—Millones —reconoció ella mientras hacía girar de forma compulsiva los anillos de oro que lucía en los dedos.

—Es lógico. En la segunda llamada es muy posible que nos expongan las condiciones del rescate y esta suele realizarse dentro de las siguientes veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Si son profesionales dejarán que pase esta jornada para que crezca la semilla del terror que acaban de plantar en el seno de la familia. No les voy a pedir que no tengan miedo, pero sí que aprendan a gestionarlo, principalmente la persona que se vaya a encargar de hablar con ellos.

Sancho hizo una pausa para asegurarse de que sus siguientes palabras iban a ser escuchadas con nitidez.

—Ahora toca decidir quién va a ser esa persona que represente a la familia durante el proceso de negociación.

Los progenitores intercambiaron muecas apocadas.

—Quiero que tengan presente que el camino puede ser tortuoso y del todo impredecible. Por tanto, esa persona debe ser alguien dispuesto a trabajar bajo presión, estar psicológicamente preparado y en buen estado físico para asumir la carga que ello representa. Veinticuatro horas al día pendiente del teléfono —concretó—. Ellos nos van a coaccionar jugando con la integridad de nuestro ser querido, así, debe sobreponerse a amenazas de todo tipo; no caer en provocaciones ni insultos; mantener la calma y administrar la tensión; ser disciplinado para acatar las instrucciones que le vayamos dando; escuchar, escuchar y escuchar; expresarse con corrección y saber elegir las palabras entre las que nunca estará «no»…

—¿Y no podría ser usted esa persona haciéndose pasar por alguien de nosotros? —le interrumpió Alfredo, considerablemente alterado.

—No, no podría en ningún caso y le explico por qué. Parte de mi labor consiste en formar al equipo que se va a encargar de darles soporte y asesorarles, sin embargo, mis mayores esfuerzos se van a centrar en la investigación. En principio, la coordinación del personal asignado a la familia la llevará la inspectora Robles, aquí presente, con la que yo mantendré comunicación permanente.

—Siendo así, me encargaré yo mismo —se lanzó el político.

—Un momento, un momento —intervino su esposa—. Si alguien reúne las condiciones que ha citado el inspector, ese es papá.

—¿Tu padre? Venga, por favor. ¡Si ni siquiera está aquí! —protestó Alfredo agarrando instintivamente el vaso ya vacío y llevándoselo a los labios.

—Estaba de viaje de negocios, pero llega a Madrid en menos de una hora. Si, como augura el inspector, el siguiente contacto no tendrá lugar hasta mañana o pasado, tenemos tiempo más que de sobra para ponerle al día.

—¡De ninguna manera! Es mi hija y me corresponde a mí aguantar esa vela.

—¡¡También es mi hija!! —vociferó—. Por eso sé muy bien que no voy a poder estar en condiciones de asumir esa responsabilidad —reconoció Azucena corrigiendo progresivamente el volumen—. Tenemos que pensar solo en nuestra pequeña, solo en ella. Papá nació para negociar, tú lo has dicho y repetido hasta la saciedad. Tiene sangre fría y no le tiembla el pulso a la hora de tomar decisiones. Gracias a eso levantó una empresa como la nuestra.

—Señores —terció Sancho—, la decisión última no les corresponde a ustedes. Nosotros evaluaremos la idoneidad del portavoz de la familia de acuerdo con las aptitudes que les he citado anteriormente. Esto no es negociable. Algo de lo que sí tienen que hablar es de la cantidad económica que podrían reunir como hipotético pago por el rescate.

—¡Lo que haga falta! —expuso Alfredo.

—Lo que haga falta no es lo que conviene a su hija, créame. Piensen en una cantidad coherente de la que puedan disponer en breve y en efectivo —puntualizó—. Es solo por saber hasta dónde podemos llegar, porque les aseguro que la primera cantidad que exijan será tan desproporcionada como irrelevante. Llegado el momento, serán ustedes los que decidan el montante a pagar.

Viendo que el matrimonio estaba al borde del colapso, Sancho resolvió que había llegado la hora de dejarles a solas.

—Nosotros nos vamos a marchar, tenemos mucho por hacer. Si nos lo permiten, vamos a dar una vuelta por la casa por si viéramos algo que nos llamara la atención. Pura rutina. En breve se personará aquí un agente para ayudarles en todo lo que requieran. Y, por favor, mantengan la calma en la medida de lo posible.

—Inspector, ¿está en peligro la vida de mi hija?

—Esa es la buena noticia, señora: ellos saben que todas las opciones de sacar partido de esta situación pasan por mantener con vida a su hija —mintió Sancho.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Cuando volvió en sí le dolía la cabeza y seguía notando ese molesto picor en los ojos. Se frotó con apetencia antes de percatarse a través del tacto de que su pelo iba a necesitar diez lavados para recuperar su esplendor. Para su sorpresa, no estaba encadenada ni llevaba puesto el bozal. La sed le hizo agarrar la botella de agua y sin soltar el recipiente examinó su cuerpo. La luz amarillenta que partía de la bombilla bañaba escasamente hasta los límites de sus dominios

definidos por el colchón; aun así, agradeció que siguiera brillando en las alturas. Comprobó aliviada que llevaba la misma ropa con la que había salido de casa el sábado. Recordaba con detalle el momento en el que se encerró en el baño para prepararse. Al ritmo de las canciones de Calle 13 se hizo las uñas, se maquilló y vistió todo lo sexi que pudo dentro de los límites permitidos. Las expectativas eran altas: disfrutar a tope de la primera noche de ferias con sus amigas de toda la vida, ajena a la férrea vigilancia de sus celosos progenitores. Inmediatamente, las caras de sus padres se dibujaron en alguna parte de su cerebro y sin pretender evitarlo sus ojos se anegaron de lágrimas. Seguidamente, le sobrevino un himpado que se prolongó hasta que encontró la solución en su regazo. La botella era distinta a la última de la que había bebido, esta tenía precinto y a través del plástico percibió que estaba bastante fresca, por lo que dedujo que su guardián había vuelto a entrar en el cuarto mientras ella estaba dormida. Esta vez no le importó. Haciendo oídos sordos a una voz que le aconsejaba no beber, ingirió un trago corto al que le siguió uno más largo y otro tercero harto prolongado. El líquido le hizo recobrar el aliento, tanto que se aventuró a investigar a fondo el cuartucho.

Sentía las piernas algo entumecidas pero no tardó en recobrar la circulación a base de pequeños y repetidos saltos, como los que hacía para calentar antes del peloteo de rigor con Jorge, su monitor de tenis. El cuerpo le pedía más, así que continuó con elevaciones alternas de rodillas. Podía escuchar con nitidez la voz de su entrenador y las palmadas: «Uno-dos, hop-hop». Metódicamente, continuó con talones al «pompis», como él siempre decía. Odiaba esa palabra, le hacía sentirse una niña y todavía tenía muy presente la temporada que estuvo locamente enamorada de él cuando tenía trece años. Jorge era superguapo, con su barbita y sus hoyuelos, y le encantaba cómo le quedaba aquella camiseta sin mangas tipo Nadal, luciendo brazo. Era ocho años mayor y, sobre el papel, estaba fuera de su alcance, pero a esa edad no hay límites que no supere la imaginación. Hasta que le vio morreándose con su novia en el bar de la Hípica, una rubia tetona que se paseaba por allí como si estuviera desfilando en la Pasarela Cibeles, contorneando unas caderas que ya empezaban a ensanchar. Inmersa en aquellas remembranzas, no se dio cuenta de que había roto a sudar y que las articulaciones empezaban a quejarse. Frenó en seco, pero no pudo evitar la colisión frontal con la realidad que la rodeaba.

El tiempo se congeló allí dentro.

Completamente inmóvil, con la respiración entrecortada, fijó su atención en la puerta que tenía enfrente. Eran tres pasos, cuatro a lo sumo, pero cada uno suponía una victoria parcial en su lucha contra la cautela. Cuando alcanzó su objetivo, extendió el brazo y alargó la

mano para tocar aquella puerta sin picaporte. La superficie era algo rugosa por las imperfecciones que presentaba la pátina que la recubría. Era metálica, de eso no había la menor duda, pero no se atrevió a golpearla para escrutar su espesor. A la altura de sus ojos se revelaba una abertura de unos veinte centímetros de largo por tres de alto, similar a la boca de un buzón de correos, y pronto entendió su propósito: observar el interior de la estancia desde fuera. Trató de empujarla con dos dedos, pero no se movió ni un milímetro. Estaba claro que había sido pensada para abrirse solo desde el lado contrario. Su propia sombra proyectada sobre la puerta le obligó a ganar distancia para examinar el resto de la superficie. De forma inconsciente, pegó el pabellón auditivo a aquella plancha metálica que se interponía entre ella y el mundo y aguzó el oído.

Nada.

Solo los latidos de su corazón, en aceleración progresiva.

Intentó serenarse. Esa era la clave, sujetar su estado de nervios.

—Tranquila. Es lógico, no esperarías que te fueran a poner facilidades para que pudieras escapar a la primera de cambio, ¿no?

De repente, una mueca jovial se fue haciendo dueña de su rostro. Escuchar su propia voz la reconfortaba. No estaba tan sola como creía, estaba con su voz. Pero no era esa clase de voz interior a la que tantas veces se había referido el padre Damián, el consejero espiritual de la familia. Se trataba de su otro yo, su parte más fuerte, la que en ocasiones salía de su escondite para imponerse a esa Marga pusilánime que llevaba las riendas de su vida la mayor parte del tiempo. La voz que escuchaba era otra, insolente; esa que alimentaba su imaginación y la empujaba a enfrentarse con aquello que la irritaba; esa que la invitaba a cometer deliciosos pecados carnales con su propio cuerpo que sus padres no conocían. Su yo oculto, personal e intransferible, la parte de Margarita que rechazaba a Marga: Rita.

—¿Creías que iba a dejarte aquí sola? Claro que no, chata. Vamos a salir juntas de toda esta mierda en la que te ha metido la otra tontita. Vamos a seguir investigando tú y yo, ¿vale? Mira abajo.

Margarita se puso de rodillas. En la parte inferior de la puerta descubrió otra ranura, pero al seguirla con la yema del índice se percató de que tenía más altura que la superior, unos diez centímetros —calculó someramente.

—Por ahí es por donde te pasarán la comida cuando no quieran entrar —conjeturó Rita.

—Claro.

Se tiró al suelo y probó a abrirla obteniendo el mismo resultado. Un repentino picor le invadió la mucosa nasal y, a pesar de que lo intentó, no logró contener un primer estornudo al que le siguieron varias réplicas. Se incorporó para sonarse usando la camiseta de tirantes de

la peña Bagur, que empezaba a despedir un olor acre, repulsivo, que le recordó al de la ropa del sábado noche de su hermano Josean.

—No desesperes —le animó la voz de Rita la Insolente—, elimina el negativismo y piensa de forma positiva; si han previsto esa portezuela es porque quieren alimentarte durante un tiempo y eso es buena señal, ¿no?

—Depende del tiempo, bonita —le respondió Margarita cortante.

Se giró para hacer un recorrido visual de todo el perímetro. Le sorprendió la nueva dimensión que alcanzaba una estancia tan pequeña con solo cambiar de perspectiva. La zona achaflanada vista desde ese punto ganaba en profundidad y tal circunstancia hacía que pareciera un espacio más amplio. Siguió con la mirada la línea de fuga del techo hasta que descubrió una rejilla. Enseguida dedujo que su función era permitir que se renovara el aire en el interior y que estaba a una altura inalcanzable, ni subiéndose en la silla.

—Las cosas cambian dependiendo del prisma con el que se miren.

Un segundo después la oscuridad se lo tragó todo, incluyendo a Rita.

Entonces, Marga la Pusilánime tomó de nuevo las riendas y gritó.

Gritó como nunca había gritado.

Domicilio de los Zúñiga

—La verdad es que la niña es un encanto —comentó Sancho en voz queda mirando la foto. Posaba junto a un caballo marrón almagre con espesas crines de tonos arcilla. Tendría doce o trece años y, aunque era evidente que forzaba la sonrisa, sus facciones conformaban un rostro bonito. Destacaban el tamaño de sus ojos almendrados color castaño oscuro y los labios, carnosos y bien dibujados. La nariz, prominente pero estilizada, estaba en consonancia con la robustez de su mentón de forma cuadrada.

De fondo seguía escuchándose el intercambio de golpes entre los cónyuges desde el improvisado cuadrilátero del salón. Daba la impresión de que Azucena se había hecho dueña del cuadrilátero y llevaba claramente la iniciativa.

—En foto todas las niñas son un encanto. Los problemas vienen cuando salen de marco —comentó la inspectora Robles.

—Mira, eso no te lo voy a discutir.

—Esta otra es más actual —dijo ella ante una con atuendo deportivo y raqueta de tenis a modo de guitarra eléctrica—. No sé cómo puede hacer deporte con ese pelazo, ¿hasta dónde le llega? Se le marcan algo más los pómulos que en la otra y lo que no son los pómulos. También se nota que ha estrechado la cintura. La chica es bastante guapa, eso

hay que reconocerlo, lo cual no deja de ser preocupante.

—¿En qué sentido?

—Joder, Sancho, no me obligues a verbalizarlo.

El inspector la forzó con su silencio.

—Ese bombón en el frigorífico de unos animales, a su merced. Hoy le doy un mordisquito, mañana otro o me lo meto entero en la boca, lo chupo y lo vuelvo a dejar en el mismo sitio para el siguiente… Me dan náuseas solo de pensarlo.

—Sara, lamentablemente esa posibilidad, que no voy a negarla ni a minimizarla, no es el mayor de nuestros problemas. Si se confirma que está en manos de una banda de mexicanos va a ser complicado que a esta niña —la mostró levantando la foto— la lleguemos a ver vestida de blanco. Me vas a permitir que te dé el coñazo: en el año 1997 yo acababa de entrar en la Brigada de Información y nos ofrecieron la posibilidad de asistir a un seminario impartido por Bonifacio Socorro, máximo exponente en la investigación de secuestros en México, que es lo mismo que decir del mundo. Junto con Georgia y Colombia, conforman la Champions League de la especialidad. Allí tratan casi tres mil casos de secuestros al año y en España los casos reales de secuestro no llegan a la veintena en el peor de los escenarios. Aquí se resuelven positivamente casi todos, en México casi ninguno, y muchos tienen un desenlace dramático que implica la muerte del plagiado, como denominan a la víctima por allí. Es cierto que las circunstancias al otro lado del Atlántico son muy distintas, en muchas ocasiones cuentan con la connivencia o incluso colaboración de la policía y el pago del rescate se considera un mal menor, lo cual no asegura que vayan a encontrar a la víctima con vida. Dos años más tarde, por un asunto que ahora no viene a cuento, me fui a ver a Bonifacio al D. F. Hicimos buenas migas y tomando unos tragos me reveló que los datos que proporcionaba su Gobierno y que él estaba obligado a repetir en público estaban muy maquillados. Me quedé con este: en los contados casos en que la policía detiene a los secuestradores, estos han realizado una media de veinte secuestros con anterioridad. Están especializados en la negociación, son extremadamente violentos y no dudan en… Bueno, me ahorro los detalles.

—Vamos, que estás puesto en el tema.

—A la fuerza ahorcan. El año que llegué a San Sebastián, ETA acababa de liberar a Cosme Delclaux y se cumplía un año del secuestro de Ortega Lara, que terminó superando el tiempo que había estado retenido José María Aldaya tan solo un año antes, creo recordar. Por tanto allí todos estábamos puestos en el tema —parafraseó—, aunque a mí no me tocó intervenir en ninguno de estos. En el 2009 la Dirección Adjunta Operativa ordenó la implantación de una red de especialistas en la gestión de secuestros y extorsiones que

establecía la existencia de al menos un experto en cada jefatura de policía. En la de Valladolid seleccionaron a un perspicaz inspector pelirrojo, guapo y fornido; pero este falleció de forma dramática y no les quedó más cojones que ponerme a mí.

La boca de la inspectora conformó una sonrisa que desapareció en el instante en el que terminó de rehacerse la coleta. En el proceso, Sancho aprovechó para echar el último vistazo a la habitación de Marga.

—Lo que no dejo de preguntarme es qué coño hacen unos mexicanos secuestrando niñas en España —comentó él con la atención puesta en otra foto, con Margarita retratada luciendo su ropa de esquí y haciendo el signo de victoria con ambas manos.

—¿Abrir mercado? —sugirió Sara.

—Es posible, pero si son profesionales deberían saber que aquí no se funciona como en su casa.

—¿En qué sentido?

—Aquí el pago del rescate no es una opción.

—¿Entonces?

—Entonces tenemos que valorar que el dinero puede que no sea el móvil del secuestro.

A Sara se le tatuó una exclamación tras la mueca de sorpresa.

—Solo estoy soltando conjeturas al vuelo, a ver quién las caza —dijo Sancho.

El combate del salón se encontraba en su punto más álgido. Azucena tenía arrinconado a Alfredo y todo parecía indicar que estaba a punto de noquearlo. Sara Robles echó un último vistazo a la habitación, pero interrumpió el recorrido en un punto concreto, justo en el espacio que había entre la cama nido y la pared. La inspectora apoyó una rodilla sobre el colchón e introdujo el brazo por el hueco a la altura del cabecero. Sancho la observó con escepticismo, sensación que se esfumó cuando vio su expresión casi vanidosa, totalmente delatora. La inspectora extrajo el brazo con la captura: un pequeño cuaderno con tapas de un naranja ofensivo a la vista.

—O mucho me equivoco o acabamos de encontrar su diario secreto —apuntó Sara en voz queda al tiempo que lo hojeaba.

—¿Y bien?

Ella asintió. Sancho le hizo un gesto de fácil interpretación y la inspectora se guardó el cuaderno.

—Volvamos a comisaría —sugirió Sancho—. Tenemos que calzarnos las zapatillas antes de echar a correr. Además, en cuanto ponga al corriente a Herranz-Alfageme va a tener que hacer unas cuantas llamadas a Madrid.

—¿Va a venir la caballería?

—Tan seguro como que el abuelo es ya el candidato mejor

posicionado como interlocutor de la familia para la negociación. Los de la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones no van a dejar pasar un cocido con tan suculentos ingredientes: una menor, hija de un político y nieta de un gran empresario, supuestos delincuentes mexicanos… Conozco a Fernando Fajardo Feix, el jefe de Grupo, somos de la misma promoción y después hemos coincidido en un curso de mediación policial. Hace unos cuantos años que no tengo contacto con él, pero no creo que haya cambiado. Es un tipo raro de cojones, el cabrón, pero muy diligente y eficaz a tenor de su hoja de servicios.

Se despidieron fugazmente pasando de puntillas por el cuadrilátero. La cara de Alfredo era el fiel reflejo de una toalla arrojada sobre la lona.

—Una magnífica forma de reencontrarse con el trabajo —observó la inspectora en la puerta del ascensor—. Parece que hubieran esperado a tu reincorporación para ponerlo en marcha.

—Esta es la buena suerte que me persigue desde hace unos años.

—Espero que no sea contagioso.

Caminando en dirección al coche, Sancho se detuvo en seco frente al escaparate de El Corte Inglés.

—¿Sucede algo? —quiso saber la inspectora.

Sancho no contestó. Su capacidad verbal se vio anulada por la cubierta de un libro que destacaba sobre el resto de manera notable y cuyo título rezaba: *La obra de Augusto Ledesma.*

—¡Hay que rejoderse!

Todavía malhumorado, trató de licuar su irascibilidad cambiando de CD. Tras una breve búsqueda entre los que había seleccionado esa misma mañana, eligió *Para todos los públicos* de Extremoduro. La inconfundible voz de Robe Iniesta interpretaba el primer corte: *Locura transitoria.*

No sé en qué parte de esta historia
perdí el argumento primario.
No sé qué cojones me agobia.
Voy según dice el calendario.

Vuelve a llegar la primavera
y me molesta el sol.

Alma que nunca se deshiela
y se queja del calor.

Sancho subió el volumen.

Y Sara Robles interpretó correctamente el gesto.

Dejó de gritar cuando escuchó unos pasos al otro lado de la puerta. Petrificada en el sitio, agarrotada, sin poder mover un músculo de las piernas. Jamás había tenido miedo a la oscuridad, pero lo cierto era que nunca se había tenido que enfrentar a una negrura como aquella.

Un clic precedió al ocaso de las tinieblas.

Margarita, ocupada en gestionar la molestia que la luz provocaba a sus pupilas en proceso de adaptación, no se percató de que Gorka había entrado en el cuartucho. Menos aún pudo advertir la llegada a gran velocidad de una mano abierta, a pesar de su gran tamaño.

Más que a tortazo, sonó a barrigazo piscinero.

Y aunque la luz seguía encendida, las tinieblas volvieron a engullirla.

CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Apartamento de Ólafur Olafsson
Barrio de Tun. Distrito de Laugardalur. Reikiavik (Islandia)
3 de septiembre de 2012, 12:10

El temblor era de tal magnitud que todos los intentos por introducir la condenada llave en la cerradura resultaron estériles. Y tal era la premura por entrar que no le quedó otra alternativa que golpear la puerta de la señora Jónsdóttir y encomendarse a sus antepasados para que no hubiera salido a comprar. Desde luego, la climatología no acompañaba.

La jauría no había dejado de protestar desde que salió de casa para recoger los billetes de avión en la agencia de viajes. Allí nadie tenía prisa y la media hora escasa que había previsto en resolverlo se convirtió en más de ciento veinte minutos de dolorosa ansiedad; de tortura abstémica. Atendiendo a razones de naturaleza irracional, Ólafur Olafsson había decidido cancelar la habitual ruta alcohólica de la noche anterior, sin embargo, no contó con el consenso de las fieras que habitaban su estómago y estas no estaban dispuestas a pasar por alto la afrenta. Necesitaban una ración mucho más suculenta que el medio vaso de whisky con el que su huésped había calmado el despertar. El excomisario apenas había ingerido alimento desde la tarde anterior y no había logrado conciliar el sueño más de dos horas, contando la suma de todos los períodos en los que lograba perder la conciencia.

Sobrepasado por la virulencia de los mordiscos, de los zarpazos desesperados y de las cruentas dentelladas, concluyó que tenía que darles de comer de inmediato o las fuertes palpitaciones que estaba sufriendo terminarían por provocar el colapso de su organismo.

Cuando por fin la señora Jónsdóttir abrió la puerta, la anciana solo reconoció el desgastado gorro *ushanka* con el que su vecino se solía cubrir la cabeza y las orejas. Se sujetaba a la pared con un brazo, encogido en sí mismo, tiritando, agarrándose con ambas manos el

abdomen, como si hubiera recibido varias puñaladas.

—Ólafur, ¿eres tú? ¿Te encuentras bien? —preguntó asustada la mujer.

El excomisario notaba cómo varios ríos helados de sudor recorrían la espalda en busca de una desembocadura fantasma y, aun habiendo anegado el estuario de su resistencia física, logró elevar la mano en la que sostenía el manojo de llaves.

El eco del tintineo metálico rebotó en las paredes del edificio de cuatro plantas.

—¡Dios bendito, Ólafur, necesitas que te vea un médico!

—¡No! Solo le pido que me ayude a abrir la maldita puerta de mi casa —logró pronunciar entre dientes.

—Pero…

—¡Por favor! —gritó iracundo.

—Está bien. Voy a por las gafas.

La última frase fue una losa demasiado pesada para soportar con tan poco cimiento robusto y ringó en el sitio, como un elefante en el preludio de su muerte.

Lo siguiente que escuchó fue la voz de la anciana anunciándole alarmada que había logrado abrir la puerta. Aquello insufló la fuerza que requería para alcanzar la meta a gatas. Ya en la cocina, se valió de las patas de la primera silla con la que se topó para incorporarse y acometer el asalto a la encimera donde le esperaba una botella de whisky de supermercado para consumo diario. Por suerte, se encontraba sin el tapón, por lo que no necesitó más maniobra que asirla firmemente con ambas manos y atinar con el hueco de la boca para introducir el cuello.

Y tragar.

Tragarlo todo.

Calles del barrio de las Delicias

Enfilando el paseo Arco de Ladrillo saltó una llamada del comisario Herranz-Alfageme en el manos libres del coche. El inspector chasqueó la lengua por tener que pausar la música.

—Sancho.

—¿Estáis todavía en el domicilio de la familia?

—No. Estamos de camino a la comisaría, mi gente me está esperando.

—Muy bien. Cuando termines pasa por mi despacho, pero te adelanto que acabo de recibir la llamada del director adjunto operativo para decirme que ha autorizado la intervención en el caso de un equipo de la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones. No me

habías dicho que el tipo que se puso en contacto tenía acento sudamericano.

—No he tenido la ocasión de hacerlo.

—La orden viene directamente de Hernández Santiago, así que no hace falta que te diga por dónde llega la filtración.

—Los políticos se mueven rápido si la situación lo requiere.

—Sancho, sin envoltorios, dime cómo lo ves.

—Aún es pronto, pero no pinta bien. ¿Le han informado sobre las personas que integran el equipo?

—Me han dicho el nombre de la persona al mando, pero no me he quedado con él.

—¿Fernando Fajardo Feix?

—El mismo. ¿Lo conoces?

—Lo conozco bien, sí.

—¿Y nos va a tocar mucho los cojones o solo lo justo?

—Mucho. Se hace llamar la Triple Efe, no le digo más.

—Que el cielo nos guarde. Todo tuyo.

—Muy amable.

—Lo dicho, cuando acabes con tu equipo pásate a verme y me pones al día.

En cuanto se cortó la comunicación, Sancho buscó en la agenda del teléfono el número del aludido.

—¡Ese Sanchito bueeeno! —contestó el jefe de la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones—. Mira que estuve tentado de llamarte cuando me enteré de lo tuyo, pero me pareció cruel incluso para mí.

—Te hubiera mandado a tomar por el culo sin billete de vuelta antes de darte la oportunidad de descojonarte de mí.

—Ya será menos. ¿Y este marrón que te ha caído? Pero tíooo. ¿Qué coño haces para meterte en estos jaleos? Has tenido que ser muy malo en la otra vida. ¡Máquina, que eres un máquina!

—No cabe otra explicación. ¿Qué te han contado? —quiso saber.

—La cosa viene del director general. El papá de la criatura ha removido las cloacas hasta dar con el sapo más gordo. Una adolescente hija de un político supernumerario del Opus por parte de padre y de familia adinerada por parte de madre.

—¿Del Opus?

—Exacto y parece ser que amigo personal de nuestro ministro del Interior, supernumerario de la Obra a la sazón. Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho.

—¡Hay que rejoderse! Tenía que haberlo supuesto por toda la imaginería católica que decoraba el piso —se lamentó el inspector—. Perendengue y oropel, que denominaba mi padre.

—¡Uno a cero gana papá y aún no he salido del túnel de vestuarios! La Triple Efe golpea primero, acostúmbrate porque la vamos a gozar,

Sanchito. Además, me he enterado de que estáis de fiestas por tu pueblo, ¿no? ¡Qué gozada! Te tengo que dejar, que todavía tengo que organizar todo el berenjenal. Llegamos entre las cinco y las seis de la tarde, me acompañan el subinspector Bravo y Nacho Ávila, verás qué espécimen más majo este último. Nos vemos en comisaría y desde allí vamos juntos al domicilio familiar, ¿de acuerdo? Oye, máquina, dime que ya está intervenida la línea y que tienes a alguien en la casa en estos momentos.

—Luego te lo digo —dijo Sancho antes de colgar.

—Menudo prenda —definió la inspectora.

—No lo sabes tú bien —corroboró el pelirrojo.

—A estos fantoches en mi tierra los llamamos «hinchapelotas».

—Por aquí, «tocacojones», pero afortunadamente este lo es solo desde que se levanta y luego ya todo el día.

Dicho lo cual, las únicas palabras que se escucharon en el habitáculo fueron las que pronunció Robe Iniesta, de Extremoduro.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Comprobó el reloj en cuanto salió de la ducha. Apenas había dormido tres horas y en breve tendría que conducir otros trescientos kilómetros para alimentar las calderas de la sala de máquinas. Esta vez la llamada la harían sobre las ocho de la tarde, pensando en que la policía ya habría tenido tiempo más que suficiente para poner en marcha el tinglado. Se notaba algo tenso por tratarse de un momento crucial, pero confiaba en el saber hacer del Chimuelo; ocho secuestros lo avalaban, aunque él tampoco le andaba a la zaga en la disciplina. Ese era el motivo por el que le había ofrecido entrar en el asunto: ser la voz. La cantidad de cuatro millones de euros entraba dentro de las posibilidades de la familia, con un patrimonio cercano a los doce; no obstante, era muy consciente de que el negociador rebajaría la cifra significativamente. El límite lo habían fijado en un millón y el plazo inicial que establecerían para el pago en setenta y dos horas, sabedor de que el proceso se dilataría bastante más.

Se cepilló los dientes en aquel lavabo que tanto le recordaba al del penitenciario y se miró al espejo. Le costaba reconocer aquel rostro enjuto, cincelado a base de los golpes secos y certeros, labrado por la pronosticable desdicha. Se lo había escuchado decir decenas de veces al abuelo Agoitz: «La vida siempre nos reserva una gran hostia», pero solo en una ocasión le explicó el misterio que encerraba la frase. La gran hostia era esa que nunca se veía venir, que no duele en el momento pero que a uno lo deja marcado para siempre. La suya le llegó el 12 de mayo de 1999 y, tal como predijo su abuelo, ni la vio

venir ni le dolió, pero aquel día su existencia se torció para no volver a enderezarse jamás. Era viernes y las calles del casco viejo empezaban a llenarse a pesar de que el chirimiri no había dejado de caer intermitentemente desde primera hora de la mañana. Había quedado con la cuadrilla para salir de potes con la intención de no liarse mucho porque el sábado tenía que estar en el tajo a las cinco de la madrugada para descargar las capturas de la noche anterior. Ya habían pasado por el Herría y siguiendo la ruta habitual entraron en el Aurresku. Hacía semanas que no veía a Jon, un buen camarada, un tío de fiar, y ese fue el motivo que le hizo sentarse con él a rememorar hazañas callejeras de tiempos pasados. Nada le hacía pensar que aquel tipo sieso con el que llevaba más de un año compartiendo piso fuera quien le propinara su gran hostia.

Se secó el pelo con avidez como pretendiendo borrar aquellos pensamientos de su cerebro y concentró toda su animadversión en el párpado caído, descolgado como una persiana a medio bajar o a medio subir. Y si algo causaba irritación eran las cosas a medias.

Antes de sacar a Karatu quiso comprobar si Gorka había sido diligente con sus tareas. Se lo encontró delante de la televisión, sosteniendo el mando como si fuera una prolongación de su cuerpo.

—Y qué, aparte de ver programas para marujas y parados, ¿has hecho algo productivo?

—Ahí tienes las fotos, para que elijas la que prefieras y el vídeo también. Echa un vistazo, te va a gustar —presumió.

No se llevaba bien con los dispositivos electrónicos de nueva generación. La marea tecnológica había pasado por delante de su celda sin salpicarle una gota y todavía no se había habituado a esa nueva ola de sumisión a la inteligencia artificial. A pesar de ello prefirió no pedirle ayuda y sumergirse a pulmón libre en la pantalla táctil. No tardó en dar con el icono de imágenes otorgando la razón a quienes aseguran que esos intuitivos menús están diseñados para torpes. Cuando abrió la carpeta se le tensaron todos los músculos de la mandíbula. El masetero sobresalía como los bultos del lomo de Karatu.

El lado izquierdo de la cara de Margarita estaba visiblemente tumefacto y enrojecido. La sangre seca que le había manado de la nariz pintaba casi todo el labio superior de un rojo nazareno vergonzante. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la mirada de la niña. Amplió el encuadre de los ojos para corroborar la primera impresión y, efectivamente, no había rastro alguno de miedo, solo aversión.

—Se puso a gritar como una loca y según entré le pegué de derechas, medio y plano, como si estuviera en el pasa. Ni Beloki le hubiera dado mejor, tú —se mofó Gorka.

Tuvo que comerse las ganas de hacerle un agujero de nueve

milímetros en la nuca, pero tragó bilis y se dio media vuelta.

—Voy a dar un rulo al Karatu, luego agarro el coche.

—«Ahivalahostia». ¿Que no vas a ver el vídeo, pues? —preguntó visiblemente decepcionado.

—No me hace falta. *Agur,* majete.

Apartamento de Ólafur Olafsson

Los temblores habían cesado y la manada seguía entretenida limpiando los últimos bocados de la pieza.

El vuelo tenía fijada la hora a las 22:25. Tomaría tierra en Barajas casi diecinueve horas más tarde tras hacer escala en el Josef Strauss de Múnich. Había mejores combinaciones y con la pensión que le había quedado tampoco tenía necesidad de buscar la más barata, pero realmente no tenía ninguna prisa por llegar, la única urgencia consistía en salir cuanto antes de Islandia.

Mientras ordenaba en un viejo petate la poca ropa que iba a llevar en aquel viaje observó la bolsa de fármacos que Magnus Arason, jefe de la Científica y posiblemente el último amigo que le quedaba en toda la isla, le había entregado la última tarde que se vieron. «Por si algún día te apetece volver a vivir, esto te puede ayudar», le dijo la Sombra. Sin interesarse siquiera por el contenido, lo metió dentro como quien se lleva un chubasquero a una ruta por el desierto. Acto seguido sintió la necesidad de darse un baño. Sumergido en la tibieza del agua hizo un esfuerzo por identificar el momento en el que decidió tomar el control de su vida para desordenar su existencia. No le hizo falta bucear demasiado y se trasladó de inmediato a aquella tarde del viernes 17 de mayo de 1974. El humo que había levantado la deflagración empezaba a disiparse en la dublinesa calle Talbot y sus retinas comenzaron a registrar imágenes horrendas, ominosas: el cuerpo decapitado de la mujer embarazada de las botas de color marrón; el anciano cubriendo restos humanos con papel de periódico; la niña que trataba de sacudirse los cristales que se habían incrustado en sus extremidades; el hombre de chaleco y sombrero que intentaba liberar a alguien de los cascotes desprendidos de la fachada de los almacenes Guineys, o la mujer que se probaba los zapatos esparcidos en la calle como si así pudiera escapar del infierno al que habían condenado a todos aquellos inocentes.

Un infierno en el que Ólafur Olafsson era Cerbero, el perro guardián.

Aquella jornada dejó treinta y cuatro muertos, los treinta y tres que murieron a consecuencia de los atentados más un joven integrante de la Real Policía del Úlster de origen islandés y criado en los barrios

bajos de Liverpool. Del hombre que nació al día siguiente nada quedaba del anterior, porque ya no había nada que le forzara a seguir conectado a la realidad.

Nada por lo que mantenerse sobrio.

Tocaba dejarse llevar por las valkirias hasta el salón de Odín y beber hasta agotar la hidromiel del cuerno.

Comisaría de distrito de las Delicias

La reunión se había prolongado durante casi dos horas. A excepción del agente Botello, que permanecía en el domicilio de los Zúñiga, el resto de integrantes del Grupo de Homicidios habían atendido las indicaciones de Sancho. En el punto en el que se encontraban, la investigación se iba a cimentar fundamentalmente sobre cuatro pilares. A Álvaro Peteira y a Carlos Gómez les había correspondido sacar la fotografía actual del secuestro como actividad delictiva en el ámbito nacional y sus caras más reconocibles, para lo cual tenían que contactar con todas las unidades y grupos especializados en la materia pertenecientes a las distintas Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Patricio Matesanz y Áxel Botello se encargarían de seguir revolviendo en el círculo de amistades de Margarita Zúñiga y de la empleada del hogar de nacionalidad colombiana, Gabriela Rincón, así como de reconstruir las últimas horas de la adolescente antes de su desaparición. A Jacinto Garrido y Carmen Montes les había asignado profundizar en el entramado empresarial de la familia Pérez y a Sara Robles le tocaba la parte más delicada: la actividad política de Alfredo Zúñiga. En aquel libreto se había reservado para él la interpretación del papel de catalizador dependiente de la evolución en la negociación con los secuestradores además de la propia investigación.

Acto seguido acudió al despacho de Herranz-Alfageme, donde mantuvo un intercambio de impresiones sobre el modo oportuno de manejar la ayuda que a punto estaba de llegar desde Madrid. El comisario había insistido en la importancia de evitar tensiones entre su equipo y el de especialistas. Aunque Sancho no lo expresó, sabía que, conociendo como conocía a Fajardo, iba a ser más sencillo robar las manzanas del jardín de las Hespérides que meter en cintura a la Triple Efe.

Con esa certidumbre se acercó al Mesón Castellano para meter algo en el estómago y a punto estaba de hacerlo con el primer trozo de tortilla de patatas cuando le vibró el teléfono en el bolsillo del pantalón. Era el agente Navarro.

—Sancho.

—Voy a obviar hacer cualquier comentario sobre el lío. Te llamo

por otra cosa.

—Mejor.

—¿Lo que me has comentado esta mañana sobre tu idea de cambiarte de casa iba en serio?

—Muy en serio.

—Resulta que según he salido de comisaría me he acordado de que mi amigo el representante de jugadores de rugby alquila su casa. ¿Te acuerdas de él?

—Perfectamente, el calvo que traga casi más cerveza que tú.

—Ese. Me lo comentó el otro día en la grada de Pepe Rojo. Yo he estado varias veces cenando allí, en su bodega. La choza la tiene niquelada y la alquila por quinientos pavos al mes. Es un pareado en la urbanización Aldeamayor Golf, ¿la sitúas?

—Perfectamente —repitió tratando de retener la comida en la boca —. Perdona, que me pillas comiendo algo.

—Nada. Aliméntate, que falta te hace. Pues eso, que si quieres hablo con él y que te la enseñe.

—Suena de puta madre.

—Venga. Ya te aviso. Mastica bien, no te añusgues.

—De tu parte —se despidió Sancho.

No había terminado el pincho cuando el móvil volvió a reclamar su atención.

—¡Hay que joderse! —se lamentó al leer su nombre. No quería hacerlo pero deslizó el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—Sanchitooo. ¡¿Qué pasa contigo?! Estamos aquí, en tus dominios, y ni Dios sabe dónde coño estás.

—Estoy intentando terminar un jodido pincho de tortilla que me estaba sabiendo a gloria hasta que he escuchado tu voz. Subo en unos minutos, espérame ahí y trata de no tocar mucho los cojones al personal.

—Tranqui, tranqui, tú coge fuerzas, que las vas a necesitar. ¡Qué ganas tengo de verte, máquina!

El inspector tuvo que dar un trago largo del botellín de agua para pasar la última perla de Fernando Fajardo Feix. Aun así, cuando pisó las dependencias del Grupo de Homicidios el bolo alimenticio conformado por huevo, patata y mucha cebolla aún no había pasado del esófago y cerca estuvo de regurgitarla en el mismo instante en que lo vio sentado en su mesa de trabajo. Se confabuló consigo mismo para meterle un tiro en la boca si se le ocurría recibirle delante del personal con un «Sanchitooo» o similar, pero descartó la idea; no llevaba encima el Colt Anaconda.

—Ya veo que te has apresurado a tomar posiciones, Fernando —se adelantó el pelirrojo.

—Es que yo necesito pocas invitaciones, eso ya deberías saberlo —

repuso él, ufano.

El inspector no sabía si le irritaba más su querencia a la vis cómica o su peculiar dejo madrileño, que alcanzaba su máxima expresión en el «ejque». Era de talla menuda y extrema delgadez. La prominente nariz de talante aguileño y las bolsas que colgaban bajo esos ojos de mirada artera le hacían parecer un doble de Al Pacino venido a menos. Se estrecharon la mano con firmeza intercambiando muecas difusas cargadas de suspicacia.

—¿Y esa barba de yihadista irlandés? ¿Qué apuesta perdiste?

Sancho dejó escapar una risa silente, pasajera, antes de hacer valer sus más de veinte centímetros de diferencia de altura para agarrarle por el hombro con suavidad y dirigirle de forma sucinta hacia el pasillo. Se alejaron unos pasos de la puerta y entonces Sancho se plantó frente al jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

—Vamos a marcar las reglas del juego antes de que nos expulsen a los dos del campo —le conminó moderando el volumen de la voz—. Ya no somos dos putos críos y ambos sabemos dónde empiezan y terminan nuestros cotos de caza. Así que no dispares en el mío, no sea que le vayas a dar a uno de mis corzos y me vea en la obligación de matar dos de tus ciervos.

—Sí que estás metafórico, sí. Bastaba con que me dijeras que no te tocara los cojones delante de tu gente. Tranquilízate un poco, ¿vale? Sé muy bien a qué he venido y no tengo ninguna intención de pisar las flores de tu jardín. ¡Coño! A ver si lo de la poesía va a ser contagioso…

—No sabes tú cuánto —apostilló el pelirrojo con sinceridad.

—De todos modos, no sabía que te habías vuelto así de vinagre.

—Es que antes no sabía a qué sabía.

—¿El vinagre?

—La mierda. Toda la puta mierda que me ha tocado tragar estos meses atrás.

—Siendo así, te concederé una tregua temporal mientras resolvemos este asunto.

Ramiro Sancho cogió aire y lo retuvo en sus pulmones.

—Te lo agradezco. Me alegro de que estés aquí, tenemos un lío de puta madre.

—Lo sé, he leído el informe. Vamos a tener que hilar muy fino, así que dejemos de dar vueltas a la madeja, que hay que vestir a la Virgen. Bravo nos está esperando en el coche —anunció.

—Andando, que es gerundio.

—Lo que te decía, máquina, eso de la poesía es contagioso.

Antes de salir de las dependencias policiales, Garrido se cruzó en su camino.

—Jefe, no se lo va a creer —anticipó.

—Tú prueba —le conminó enterrando las falanges en la frondosidad de su barba.

—Ha llegado este aviso de los picoletos. Nos informan de que han encontrado un Toyota RAV4 hundido en el embalse de Encinas de Esgueva y…

—¿Pero viene con premio o sin premio? —interrumpió la Triple Efe, jocoso.

Garrido obvió el comentario.

—Aparece a nombre de Leopoldo Blume.

—¿Y qué?, ¿se trata de algún pariente cercano o algo así? —prosiguió Fajardo en el mismo tono.

—¡Hay que joderse! —pronunció Sancho entre dientes al empujar la puerta de salida. Se preguntó hasta cuándo le iba a perseguir la sombra de Augusto Ledesma, porque notaba su resiliencia muy al límite.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Negro.

Como si en aquel espacio angosto todo hubiera sido devorado por la antimateria. Todo menos ella. Porque ella seguía allí, eso era incuestionable, sentada sobre el colchón, inmóvil, con los párpados muy abiertos, con la esperanza de poder distinguir algún objeto, forma o volumen. Por momentos la invadía la irritante percepción de que sus ojos habían dejado de captar imágenes y colores. Añoraba los distintos tonos, matices y gamas que pintan la realidad y que pasan inadvertidos tras la cortina de lo cotidiano. Ni siquiera percibía el movimiento de sus manos agitándolas a escasos centímetros de la nariz. La oscuridad se lo había tragado todo. Todo menos a ella. Porque seguía viva, y lo sabía empíricamente porque todavía le palpitaba el lado izquierdo de la cara, notaba hinchado el pómulo y le escocía el labio si se pasaba la lengua.

Tardó en recuperarse del tortazo que le propinó su guardián y para colmo la había obligado a grabar un vídeo sosteniendo el *Marca* al tiempo que leía las cuatro frases escritas en una cuartilla. Había logrado contener el llanto durante la grabación, no porque no tuviera ganas de llorar, sino porque la actitud fatua de Rita se supo imponer. Sin embargo, cuando se marchó su carcelero comenzó a imaginar las reacciones que tendrían sus padres al recibir el archivo. Entonces, Marga la Pusilánime se hizo con el control y Margarita se deshizo en lágrimas. En honor a la verdad, la llorera resultó ser un bálsamo para recobrar la serenidad envuelta en aquella oscura oscuridad.

Poco después, escuchó los pasos de Gorka y su naturaleza le hizo

buscar refugio contra la pared, como un corderito asustado. Un chirrido precedió a otro sonido que supo reconocer como el de algo metálico deslizándose por un suelo rugoso, granulado.

—Aquí tienes tu comida —le escuchó decir desde fuera—. Como no sabes comportarte, no me ha salido de los cojones calentártela, así que te abres el bote tú solita y te comes la fabada tal cual. Y puedes mojar pan, si te apetece. Hala pues, a más ver —fue lo último que dijo.

Ella esperó pacientemente a no sabía qué.

—¿Ahora apareces? —preguntó Margarita.

—Sí, ahora —repuso Rita la Insolente con hostilidad—. Si quieres te lo cuento o bien te puedes volver a poner a llorar como una niña tonta a la que se le ha roto su muñeca preferida.

—Te escucho.

—He tenido una idea —le oyó decir—. Este es nuestro reino. Y aquí siempre brilla el sol porque la reina así lo dispone.

—¿Qué estupidez es esa?

—Es una forma de hablar, boba. Tú solo sabes que hay oscuridad a tu alrededor porque estás con los ojos abiertos, si los tuvieras cerrados verías lo que tú quisieras. Haz la prueba. Piensa en…, eso es, piensa en Toño o, mucho mejor, piensa en Jorge, que yo sé que te pone más. ¿Recuerdas el día que se quitó la camiseta porque estaba empapado de sudor? Claro que lo recuerdas. Te hubiera gustado ser la toalla con la que se secó el cuerpo, ¿verdad? Y esa tableta que marca… ¡Por favor! Y dime, querida, ¿lo ves en color o en blanco y negro?

—En *full HD*.

—Pronto lo verás en tres dimensiones. Esta será la rutina, anota: cuando ese cabrón te apague la luz, tú cerrarás los ojos y viajarás donde y con quien te dé la gana; cuando te la vuelva a encender, te mueves por tu reino. Comes, haces tus necesidades, corres, saltas… ¿Lo pillas?

—¡Lo pillo! —exclamó.

—¿Ves como soy una tía de fiar?

—Sí y te lo agradezco en el alma, pero déjame a solas con Jorge, por favor, que no me molan los tríos.

ENTRE EL HONOR Y EL DINERO, LO SEGUNDO ES LO PRIMERO

Hotel Metropole
Bruselas (Bélgica)
3 de septiembre de 2012, 18:57

Entró en la fastuosa recepción del hotel con los ojos clavados en la esfera de su reloj Cartier de 3.450 libras que le acababa de traer su mujer de Londres. Había previsto llegar con antelación a la cita con el señor Frei, pero no contaba con el accidente que había colapsado la R20 retrasándole más de un cuarto de hora. Faltaban tres minutos para las siete y todavía tenía que averiguar en qué sala privada le esperaba el hombre al que debía rendir cuentas dentro de la organización. El político no estaba acostumbrado a esperar a nadie y menos aún a digerir malas noticias; pésimas, en honor a la verdad, de las cuales él era el portador.

Para desgracia del abogado Thomas Geoffroy, los nueve metros de longitud del mostrador estaban abarrotados de personas y los tres empleados no aparentaban tener mucha prisa en despachar con celeridad a sus pudientes clientes. La mayoría rebasaba la tercera edad. Volvió a consultar la hora y determinó que en los ciento veinte segundos que le restaban no cabían galanterías. Localizó el objetivo más hacedero y se lanzó a su conquista licuando recato y consideración en el empeño. Maniobró entre varias mujeres octogenarias sin acolchar su tosquedad, sirviéndose del maletín para apartar sus achacosos organismos al tiempo que repetía una suerte de salvoconducto universal:

—¡Disculpen, lo siento! ¡Disculpen, lo siento!

Las airadas protestas de las señoras resultaron vanas y Thomas Geoffroy alcanzó su objetivo, abochornado sí, pero a tiempo. El recepcionista lo examinó con un gesto réprobo pero el vituperio se extinguió en las desencajadas facciones de aquel individuo de desacomodado bisoñé.

—Es una urgencia. Llego tarde a una reunión con el señor Frei y necesito saber en qué sala me espera.

El recepcionista invirtió unos valiosísimos segundos en retirar su mirada y revisar el libro de registro. Siguiendo el flemático recorrido de la punta de aquel Mont Blanc por cada línea, el abogado valoró la posibilidad de arrebatar la estilográfica al recepcionista y clavársela repetidamente en aquellos inservibles ojos.

—Sala Roma. Tercer piso —desveló por fin.

Thomas Geoffroy no tuvo que articular vocablo para regurgitar un interrogante.

—Tuerza por ese pasillo y suba por el ascensor del fondo —le indicó sin modificar un ápice su agrio semblante.

No tardaría en percatarse de que el cuero de la suela de sus zapatos de Christian Dior no era en absoluto compatible con el impecable encerado del suelo. Utilizando la técnica de deslizamiento de los patinadores sobre hielo logró recorrer la distancia que le separaba de la alfombra central, por la que podría avanzar más rápido y sobre todo con menor riesgo para su integridad. Notaba cargados los cuádriceps pero supo sufrir los últimos metros hasta que pisó la superficie alfombrada.

Para entonces, ya había roto a sudar.

Tal y como le había anunciado el recepcionista, el ascensor estaba al fondo; demasiado al fondo. Casi corría. A escasos metros de alcanzar la siguiente meta volante vio cómo el botones, vestido de riguroso pantalón negro, guantes blancos, chaqueta corta abotonada color carmín y fez a juego, invitaba a pasar a un grupo de ejecutivos y se disponía a cerrar la cancela exterior. El abogado solo pretendía llamar su atención, pero el grito que se fabricó en las cuerdas vocales, amplificado por el abatimiento, mutó en terrible alarido provocando en el empleado la reacción contraria a la que buscaba. A la desesperada, logró interponer el maletín entre la cancela y el cierre para sorpresa del botones, al que no le quedó más remedio que dejarle entrar.

Una vez dentro, no le hizo falta hacerse sitio, pues los ocupantes del ascensor se agolparon contra las esquinas sincronizando la audaz maniobra preventiva del paso atrás. Thomas Geoffroy vio su rostro reflejado en el espejo y le entraron ganas de llorar. Tenía las mejillas coloradas por el ímprobo esfuerzo y la frente se había perlado de unas delatadoras gotas de sudor; el bisoñé estaba francamente mal colocado, como si se le hubiera roto en la cabeza, igual que un huevo peludo en una sartén. El nudo de la corbata tipo Eldredge parecía una alcachofa deshojada y un pico de la camisa asomaba curioso por debajo de la chaqueta. Se recompuso antes de salir del mismo modo que había entrado: atropelladamente.

Las agujas marcaban las 19:03. Mientras decidía en qué dirección correr, notó que su vientre empezaba el proceso de centrifugado; manifestación inequívoca de su desbocado estado de nervios. Su cuerpo le pedía evacuar con inmediatez pero el abogado apretó los dientes e ignoró la rogativa. De forma recíproca, la fortuna lo ignoró a él y, tras recorrer todo el pasillo hacia la derecha, tuvo que deshacer el camino para llegar a la sala Roma: la última puerta del pasillo de la izquierda.

Fatigado, comprometido intestinalmente y acongojado por el retraso y la tesitura del encuentro, tocó la puerta con los nudillos, timorato, atenazado.

Reconoció el rostro agrio de quien le abrió, François de Smet, el chófer y asistente personal del señor Frei, un tipo de metro noventa y cuello robusto embutido en un traje que daba la impresión de que iba a reventar en el primer pestañeo. Ante sí una sala enmoquetada en la que predominaban las tonalidades siena y chocolate, cálidas en intención y sin embargo ineficaces a la hora de caldear esa gélida atmósfera. No era la primera vez que acudía a una reunión convocada por el ramal del que dependía dentro de la organización, pero las caras poco amigables de quienes aguardaban su llegada distaban mucho de conformar una calurosa bienvenida. Frente a él, una mesa central de wengué charolado con ocho butacas de cuero negro de las cuales solo dos estaban ocupadas. La butaca presidencial la ocupaba el presidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco, el señor Frei, impertérrito, con la espalda recta y los codos apoyados sobre la mesa en ángulo recto. A su derecha, su asistente personal y mano derecha, Luciana Lammers, que le recibió con una mirada efervescente, rayana en el desprecio, sin un adarme de empatía. Tomó asiento cuando De Smet cerró la puerta a su espalda y el señor Frei le autorizó con un gesto casi imperceptible.

—No tiene usted buen aspecto, señor Geoffroy —inició el político.

Un violento retortijón le hizo contraer los músculos de la cara.

—Una concatenación de hechos desgraciados me han impedido llegar a tiempo, señor; le pido disculpas por ello. A todos —añadió.

—¿Conoce el motivo por el que hemos convocado esta reunión? —preguntó Frei.

—Por supuesto, señor. Aquí traigo el informe que recuperamos del despacho que tenía Aarjen de Bruyn en su domicilio en Lieja.

El abogado puso el maletín sobre la mesa. Presentaba serios desperfectos como consecuencia del episodio del ascensor y al intentar abrirlo se percató de que los cierres de seguridad se habían llevado la peor parte. Obviando el detalle y luchando contra las incesantes llamadas ventrales, resolvió que lo mejor era continuar hablando.

—Sabemos que la policía lo está buscando, pero no debemos

preocuparnos por ello, ya sabemos cómo trabajan los arcángeles.

—Así que no debemos preocuparnos por ello —repitió sin gesticular —. Es decir, que no debemos prestar atención a un miserable ayudante del fiscal de Hainault ya retirado que lleva investigando nuestras actividades desde hace más de una década. ¿Es eso lo que quiere darme a entender, señor Geoffroy? ¿Podría recordarme usted, si es tan amable, cuáles son sus responsabilidades como centinela de la organización?

El abogado notó cómo la lengua empezaba a revestirse de una capa de serrín que iba absorbiendo toda la humedad de la boca. Bebió agua para contrarrestar los efectos.

—Evitar filtraciones de seguridad en el ámbito legal.

—Y bajo su criterio…, ¿cree que se podría catalogar este suceso como una filtración de seguridad en el ámbito legal?

—Se podría —admitió.

El abogado se vio en el brete de constreñir el esfínter y el esfuerzo tuvo una prolongación en sus facciones, dramáticamente contraídas.

—Nos gustaría revisar el informe en cuestión —solicitó Luciana Lammers.

Thomas Geoffroy trató de abrir el maletín de forma infructuosa. Una densa gota de sudor que nació bajo el bisoñé se asomó tímidamente por la sien izquierda y, sin hacer ninguna parada, se aventuró a descender por la mejilla.

—François, ¿sería usted tan amable de ayudarle?

El sonido de un muelle paralizó el sistema nervioso del abogado, que no pudo ni girarse. El chófer invirtió apenas unos segundos en abrir el maletín con la navaja y regresó a su posición junto a la puerta.

El centinela sacó la carpeta con el informe de Aarjen de Bruyn y se lo entregó a Luciana Lammers, que ya extendía el brazo para recogerlo. El abogado se sabía de memoria los ciento ocho folios en los que se probaba la existencia de una gran red europea delictiva con ramificaciones en otros continentes y dedicada fundamentalmente a la explotación de personas. El autor, ya difunto, ponía especial interés en las actividades relacionadas con la prostitución de menores, lo cual sabía que iba a levantar ampollas dentro de la Congregación de los Hombres Puros. Pero lo más gravoso, sin duda, era que se mencionaba la existencia de El Cartapacio de Minos.

Los veinte minutos que la mujer tardó en revisar el informe se convirtieron en un calvario nihilista en el que el abogado trataba de negar la evidencia: necesitaba defecar de inmediato.

—Señor Geoffroy, ¿se encuentra usted bien? Está adquiriendo un color alarmante. ¿Quiere que llamemos a un médico?

—No, señor, estoy bien. Solo que…

—Continúe —le exhortó Frei.

—Tengo que ir al baño urgentemente.

El rostro del político se cimentó adoptando un semblante hierático, a medio camino entre la incredulidad y la indignación.

—Acompáñele —le ordenó a De Smet.

Se incorporó con extrema cautela, sabedor del riesgo que se corre cuando la luz se pone en verde. Apretando las nalgas y dando pasos cortos alcanzó el baño. El aroma a frutas del bosque con matices de cítricos que gobernaba la atmósfera era la señal que esperaba el intestino grueso para dar la orden de evacuación con efecto inmediato. Logró bajarse a tiempo los pantalones y los calzoncillos, dejando que el cuerpo se hiciera cargo del resto. La vida se tiñó de colores vivos, alegres, y durante los minutos que duró la descarga se sintió tan aliviado que borró de su mente lo que estaba sucediendo en la sala.

Thomas Geoffroy acometió el siguiente asalto con tanta abyección como congoja.

—Espero que se encuentre mejor —retomó Frei.

—Mucho mejor; gracias, señor.

—Volviendo al asunto que nos ocupa, estará de acuerdo conmigo en que este informe es francamente comprometedor para nuestros intereses.

—Estoy de acuerdo, pero no supimos de su existencia hasta el mes de mayo, cuando recibí el aviso de uno de nuestros hombres de la Administración de Justicia de Limburgo.

—Es decir, que este hombre llevaba metiendo las narices en nuestras actividades desde el año 1992 pero usted no se ha percatado de ello hasta anteayer, como quien dice. Alguien podría pensar que no ha sido muy diligente en el cumplimiento de sus responsabilidades.

—Lo importante es que lo hemos descubierto a tiempo y cortado de raíz evitando que pueda comprometernos. Todos los archivos están ahora en nuestro poder —se arriesgó a decir Geoffroy.

—¿Está usted seguro de ello?

—Lo estoy.

Frei le hizo una indicación a Luciana Lammers. Esta giró su portátil y lo colocó frente al interrogado.

—Esta grabación fue tomada el pasado 9 de agosto.

Luciana accionó el *play*. El dispositivo concentró la atención del abogado como si el hecho de que una pantalla pudiera reproducir imágenes fuera un acto de brujería, algo ignoto para él. A pesar de la limitada resolución, se podía ver con nitidez cómo un hombre que portaba dos sobres en la mano entraba en una oficina de correos de Lieja. A continuación, otra cámara situada frente al mostrador de envíos captaba el rostro de Aarjen de Bruyn entregando los sobres. La grabación se cortaba en un fotograma en el que se le veía abandonar

la sucursal luciendo una amplia sonrisa.

Thomas Geoffroy volvió a sentirse incómodo, pero ya no se debía a una urgencia física sino a una premonición condenatoria.

—Estamos tratando de averiguar a qué direcciones los envió y quiénes son esas personas. No va a ser sencillo, la confidencialidad de los datos del servicio público de correos es tan férrea que ni el dinero puede solucionarlo. Nos estamos viendo obligados a pedir favores a personas que, antes o después, nos pedirán reciprocidad.

—¿Tiene usted algo que decir al respecto?

El centinela buscó alguna fórmula en su repertorio que pudiera sacarle de aquel embrollo, pero no encontró ninguna que no fuera a revertir en su contra.

—Lo suponía —dijo Frei chasqueando la lengua—. ¿Entiende las consecuencias que acarrea su negligencia y que, como guardián, estoy obligado a tomar?

Sin necesidad de girarse, el abogado notó la cercana presencia de François de Smet. Thomas Geoffroy admitió que no cabía recurso de amparo ante aquel tribunal.

—Solo permítame despedirme de mi familia; se lo suplico, señor.

—Sabe que eso no es posible. Precisamente es en su familia en quien tiene que pensar ahora. Si asume su responsabilidad tiene mi palabra de que Michelle y los niños nunca se verán salpicados por este asunto.

—Solo quiero verles una vez más, señor, concédame ese último deseo —impetró el abogado sin esperanza alguna de obtener la gracia del guardián de la Congregación.

En la diamantina expresión de Peter Frei estaba tallada la negativa. Luciana Lammers se incorporó con estudiada calma para depositar una pequeña caja metálica junto al vaso de agua del condenado. Thomas Geoffroy sabía qué contenía.

—El cianuro hará que a los ojos de su familia usted haya sufrido un terrible e inesperado infarto; una desgracia más, como tantas otras. Nadie le practicará una autopsia, puede estar tranquilo. Sus servicios terminan aquí, en esta sala, no nos lo haga más difícil de lo que ya es. Elegir cómo y dónde morir es el último privilegio que le regala la Congregación de los Hombres Puros.

El abogado conocía las normas y era consciente de que no tenía ninguna posibilidad de salir de allí con vida. Él mismo había tenido que aplicar el método en una ocasión y asistir a la muerte en directo de un miembro de su ramal. Desde la ingesta de la pastilla todo se sucedía con moderada rapidez: primero las convulsiones, dilatación de las pupilas, aceleración del ritmo cardíaco, respiración entrecortada y sensación de ahogo hasta que se producía el fallo respiratorio definitivo.

—Prométame que mi familia estará a salvo.

—Tiene usted mi palabra de honor —le aseguró Frei.

El último vocablo le hizo recordar una frase que repetía con frecuencia el catedrático Blanque durante su último año de doctorado en La Sorbona: «Entre el honor y el dinero, lo segundo es lo primero». Con manos temblorosas, Thomas Geoffroy abrió la cajita y asió entré el índice y el pulgar la minúscula pastilla. Se la introdujo en la boca y cerró los ojos para hacer un último recorrido por las caras de Michelle y los niños. Declinó el agua para tragarla.

—Que Dios se apiade de mi alma —fue lo último que dijo.

LAS CASUALIDADES SE ALIMENTAN DE CAUSALIDADES

Residencia de los Zúñiga Pérez
C/ Menéndez Pelayo, 6 (Valladolid)
3 de septiembre de 2012, 19:50

Siguiendo la estrategia de un médico encargado de transmitir el pronóstico reservado de un paciente, el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones había dibujado un escenario calamitoso que él mismo se había encargado de ir aligerando muy poco a poco y de forma progresiva, condicionado en todo caso a que se siguieran rigurosamente sus instrucciones. Así, Fernando Fajardo Feix había logrado que la predicción borrascosa que marcaba el inicio de la tarde pasara a anticiclónica en cuestión de horas. Sin salirse del manual de la Triple Efe, se había trasladado con el interlocutor de la familia a la habitación de Margarita, donde Nacho Ávila ya tenía instalado y funcionando el dispositivo de escuchas. Allí le había aleccionado sobre cómo actuar durante la siguiente conversación que mantuviera con el secuestrador. Cuando hubo terminado, volvió a reunir a toda la familia en el salón para insistir en los roles que cada uno debía interpretar.

La estabilidad atmosférica que reinaba de forma momentánea entre aquellas paredes pintadas de naranja coral y caqui se veía seriamente amenazada por el sistema de bajas presiones proveniente del lugar que ocupaba el abuelo José Antonio, alimentada por la tormenta eléctrica que se estaba formando en la cabeza de Azucena, a punto de encontrarse con la masa cálida que dominaba el sofá de Alfredo.

Ramiro Sancho y Sara Robles observaban desde un segundo plano la evolución de los acontecimientos.

—Es un encantador de serpientes —le susurró ella.

—Sí, pero ese áspid —indicó con la mirada hacia la madre— le puede morder en cualquier momento, aunque también podría terminar engullido por esa boa constrictor.

La comparación estaba bien fundamentada. José Antonio Pérez

había adoptado una actitud de escucha desafiante. Erguido, con los brazos cruzados a la altura del pecho y el rictus torvo, parecía estar aguardando a que su presa pasara por debajo del árbol para caer sobre ella. Solo había intervenido una vez para pedir a Fajardo que elevara el tono de voz, dados sus problemas de audición. El abuelo lucía un buen estado físico para haber sobrepasado los sesenta y cinco. No se apreciaban claros en su plateada cabeza y las arrugas apenas se habían cebado con su piel. Vestía con uno de esos trajes oscuros hechos a medida que sirven tanto para bodas como para funerales.

—El inspector Sancho nos dijo esta mañana que lo único que podemos hacer ahora es esperar a que los secuestradores vuelvan a ponerse en contacto con nosotros —intervino Alfredo.

—Correcto. Pero eso no quiere decir que nosotros tengamos que estar parados. El equipo de Sancho ya está trabajando en varias líneas de investigación y por nuestra par…

—¿Y cuáles son esas líneas? —inquirió el abuelo sin cambiar de postura.

—En este momento no puedo compartir esa información con ustedes. Cuando se produzca alguna novedad yo mismo me encargaré de comunicárselo —contestó Sancho.

—Dicho con otras palabras: que todavía no tiene nada que contarnos —resumió el abuelo.

—Se equivoca. Podría contarle muchas cosas, pero no lo haré porque no son concluyentes y por lo tanto no necesita saberlas.

—Eso lo decidiremos nosotros, inspector.

—Vuelve a equivocarse, señor —apostilló en un tono de voz más grave aún de lo habitual—. Eso, precisamente, lo decidimos nosotros, concretamente yo. El inspector jefe Fajardo ha sido muy claro en su exposición. Ustedes, usted —especificó—, que va a ser el portavoz de la familia, tiene que centrar toda su atención en seguir las indicaciones de los especialistas. Y le aseguro que no va a ser una tarea sencilla. Si no mantiene la cabeza totalmente despejada va a cometer errores que podrían ser fatales, por ese motivo no voy a incurrir en la irresponsabilidad de distraerle compartiendo con usted la evolución de cada una de las líneas de investigación.

—Papá, creo que tiene razón —intervino Azucena de forma timorata.

—Claro que la tiene —aprovechó Alfredo—. Nosotros nos tenemos que ocupar de la negociación y ellos de la investigación. Más claro, el agua.

José Antonio posó la mirada lentamente sobre su yerno, como calibrando el instante adecuado para empezar a constreñir su cuerpo hasta privarlo de la última molécula de oxígeno.

El timbre del teléfono provocó el sobresalto de los presentes.

—¡Atención! —dijo Fernando Fajardo levantando un dedo en dirección al cuarto de la joven. Dejó que sonara dos veces más antes de hacer la seña a José Antonio y cerró la puerta de la habitación.

Los progenitores encallaron en el mutismo absoluto naufragando en muecas de histeria contenida.

—Dígame —contestó José Antonio con firmeza.

—¿Quién carajo habla?

Fajardo asintió con la cabeza: el gesto acordado para iniciar el guion que tanto habían ensayado previamente.

—José Antonio Pérez Pérez.

—¿Y quién chingados es usted?

—Soy el abuelo de Margarita.

—Póngame en este momento con el padre de Margarita Zúñiga —exigió la voz endureciendo el tono.

—Mi yerno no se encuentra en condiciones, señor, y mi hija tampoco. Ambos están siendo tratados médicamente. Yo me ofrezco a hablar con usted.

—¡A toda madre! El abuelo toma las riendas.

José Antonio declinó intervenir.

—¿Y ya sabe quién soy yo?

—La persona que retiene a mi nieta. ¿Cómo quiere que me dirija a usted?

Fajardo quiso alentarle haciendo una seña con el pulgar hacia arriba.

—Está hablando con su comandante, mi amigo. Puede llamarme «mi comandante».

—Mi comandante —repitió en tono mortecino.

—Eso es, abuelo, eso es, el cabrón que tiene a su nietecita querida, y si quiere que se la regrese vivita y caminando, tendrá que hacerlo todo tal y como yo se lo indique. ¿Me explico?

—Sí.

—Muy bien, güey. Ahora agárreme papel y pluma, afíneme el oído y no se me separe del teléfono, porque, a partir de ahorita, solo hablaré con usted, con nadie más. ¿Escuchó bien? Con nadie más, mi amigo.

—Le escucho perfectamente —replicó remarcando las últimas cinco sílabas palpablemente ofuscado.

—No se me ponga pendejo, abuelito, porque, si en algún jodido momento me chinga, terminaré esta llamada y se la desprendo de la vida. ¿Me explico, carajo?

Fajardo le hizo una seña para que se sosegara. José Antonio asintió.

—Sí, entiendo. Discúlpeme, son los nervios.

—Eso es, pinche sordito. Sin charadas. Anote: para que yo le regrese a su nieta completita me tiene que pagar cuatro millones de dólares. Eso vale su vida, ¿escribió bien la cifra? Es un cuatro seguidito de seis

ceros. Se lo repito, cuatro millones de dólares en efectivo. Y le concedo exactamente setenta y dos horas para reunir esa cantidad. ¿Anotó todo todito?

Fajardo le mostró lo que había escrito en el folio: «Prueba de vida».

—Lo he anotado, sí, pero antes de hablar de dinero…, necesitamos una prueba de que Margarita está en perfecto estado.

—Claaaro, mi amigo, ¡cómo no! Deme ahorita mismo el número de su celular y no me vaya a decir que no dispone de uno.

Fajardo negó vehementemente con ambas manos. El silencio se adueñó de la comunicación.

—Óigame, pendejo, el tiempo se agota y si no me da su número de celular dígito a dígito ahorita mismo cortaré la comunicación y jamás volverá a ver a su escuincla. Tres segundos no más.

Fajardo escribió: «No lo recuerdo en este momento» y se lo puso delante de la cara.

José Antonio empezó a dictar.

—Muy bien, abuelo. Llévelo siempre prendido porque si se le apaga se apagará la vida de su nietecita querida, ¿me explico?

—Sí.

—Hemos terminado, mi amigo. Llamaré a su celular transcurrido el plazo, dentro de setenta y dos horas. Setenta y dos horas, ni un segundo más, ¿escuchó bien, pendejo? Y si en algo valoran la vida de la chamaquita, no me hagan ninguna charada. Esto es entre usted y yo, nadie más, ¿me oyó bien, cabrón?

—Sí.

—Eso es, mi amigo. En cuanto cuelgue recibirá la prueba de que yo no me ando con mamadas. Otra cosita… La próxima vez que le llame su comandante se me va a dar un paseíto por la calle y no trate de chingarme porque lo sabré.

—¿Cómo? No le entiendo.

—¡No mames, pinche cabrón, que el que con lobos anda a aullar se enseña! —dijo endureciendo el tono—. Le digo que cuando le llame su comandante se me sale de la casa y se me pone a caminar hacia donde carajo quiera mientras platica conmigo. Yo lo sabré, mi amigo, y si noto que no está en la puta calle primero me cogeré a la niñita y luego le enviaré una oreja suya, ¿sí?

—Sí, sí. Entendido, haré lo que me ordena, pero no haga daño a mi nieta, se lo ruego.

—Eso es, mi amigo. Se terminó la moneda. Adiós, José Antonio Pérez Pérez. Salúdeme a los pacos.

Sin tiempo para reponerse, un doble pitido avisó de que había recibido un mensaje multimedia.

Margarita miraba fijamente a la cámara. A pesar de que el pelo le tapaba parte del rostro, los daños que presentaba eran evidentes. Sin

embargo, no parecía asustada, más bien cabreada.

«Papá, mamá: Estoy bien, pero si no hacéis lo que dicen no volveréis a verme. Os quiero».

Cuando Ramiro Sancho entró en la habitación encontró a José Antonio con la mirada inerte clavada en la pantalla del teléfono; temblaba ostensiblemente. De inmediato, buscó la de Fajardo y la encontró.

No quedaba ni rastro de su ingenio, donaire y sagacidad.

Algún lugar de la provincia de Salamanca
(a 158 km de Valladolid)

Soplaba aire frío entre las encinas que forraban la dehesa castellana. Apenas podían distinguirse las caras, pero ambos se conocían a la perfección y ninguno quiso reducir la distancia; esa que se genera entre quienes se guardan más recelo que confianza.

Servando Garay, alias el Chimuelo, desmontó el terminal que le había entregado el vasco justo antes de hacer la llamada. Lo roció en gasolina usando el bote con el que rellenaba su Zippo, aunque hacía tiempo que no fumaba. Mientras ardía, pasó el dedo pulgar por el distintivo en relieve que lo embellecía.

—Mira, hermano —le dijo mostrando orgulloso el encendedor conforme iba apareciendo en su boca un teclado irregular, con más teclas negras que blancas, por los vacíos que dejaban las muchas piezas dentales que le faltaban—. Es el emblema del Sayeret Matkal que me obsequió el capitán Amos Mekel, el tipo que nos adiestró cuando estaba en el GAFE.

El vasco lo observó en la distancia, aquellas alas desplegadas unidas en su eje por una alabarda dentro de una circunferencia no significaban nada para él. Sin embargo, agradeció que aquel objeto focalizara su atención sin detenerse ni un segundo en aquella mueca grimosa.

—Ese cabrón sabía —comentó para sí el mexicano—, vaya si sabía. Sabía hasta el valor que tiene el culo para agarrar al armadillo.

—Me marcho —anunció sin hacer comentario alguno sobre la técnica de caza del pequeño mamífero blindado.

—¿Tanta prisa tienes, hermano?

—Tengo que volver.

—No mames, güey. Por aquí no se ve un alma y ya llevo muchos días encerrado en ese cuchitril, como el ganado. Vamos a pistear y nos ponemos hasta la madre. Yo invito, aunque con todo el varo que nos vamos a chingar poco importa quién pague.

—¡Déjate de hostias! Ya lo celebraremos cuando tengamos algo que

celebrar.

—Órale, no seas mamón, que todo está bien derechito —insistió el mexicano.

—Bien derechito, los cojones. En unas horas estarán por aquí dando vueltas. Seguimos tal y como lo hemos planificado. Yo a lo mío y tú con lo tuyo. Además, la niña está sola y no quiero que le pase nada —mintió. Margarita Pérez estaba custodiada por Gorka, pero ese era un detalle que no conocía el Chimuelo.

—Llegados a este punto, poco importa lo que le suceda a la chavita. Ya tienen la prueba de que está en nuestro poder. No tenemos por qué regresársela siquiera.

—Pedirán otra antes de pagar el rescate, de eso que no te quepa duda.

—Las orejas tardan en pudrirse.

El vasco hizo oídos sordos a la observación jocosa del Chimuelo.

—¿Ya te encariñaste con la pendejita? Ya vi que le metiste un madrazo bien chido…, ¿te gustó?

—Nos vemos el jueves en el lugar acordado —le cortó tajante, conteniendo en los puños las ganas de recordarle quién tomaba las decisiones—. Y no te dejes ver por ahí.

—Sé muy bien lo que hago, carnalito. Vete tranquilo a regar a la florecita, no se te vaya a marchitar. ¡Ándale!

Su socio se ajustó el gorro negro de lana y se giró en dirección al vehículo.

—*Agur*. Y, por cierto…, buen trabajo —calificó sin volverse.

—Te lo digo y no me crees, güey. Yo soy el chingón de chingones en esto.

Residencia de los Zúñiga Pérez

Eran más de las diez de la noche cuando Sancho y Fajardo salían del domicilio familiar. Minutos antes, Sara Robles se había marchado a comisaría para verificar la información que acababa de recibir sobre la actividad económica del concejal de Urbanismo. Habían escuchado la grabación de la conversación una docena de veces y reproducido el vídeo otras tantas. Luego habían mantenido una charla con todos los Zúñiga en la que el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones se había esforzado al máximo por aparentar una serenidad que no sentía. Mientras eso se producía, descargaron el vídeo y lo eliminaron del dispositivo del abuelo con el objeto de que no horadara aún más la resistencia del núcleo familiar. Protestaron airadamente por ello, pero la palabra «procedimiento» seguía funcionando con eficacia para detener hemorragias de tal calado. Se despidieron hasta el día

siguiente dejando en el domicilio al subinspector Bravo y a su compañero Nacho Ávila preparando ambos archivos para su envío inmediato a acústica forense.

Ya en la calle, al chequear el móvil, Sancho tropezó con siete llamadas perdidas de cinco contactos diferentes. Relinchó exasperado.

—Necesito una cerveza por vía intravenosa —sugirió Fajardo con el gesto atribulado, con las facciones lastradas por el exceso de tensión.

—Una rápida —consintió el pelirrojo.

Llegaron a la plaza de Coca y se acomodaron como buenamente pudieron en el medio metro de barra de una de las casetas plantadas en medio de la plaza durante las fiestas.

—No pinta nada bien, Sanchito, nada bien. A ver qué sacamos de la procedencia de la llamada, pero no esperes ningún conejo blanco saliendo de una chistera.

—Con que salga algo, me da igual chistera o boina.

El inspector supo leer la necesidad de Fajardo por soltar todo lo que había ido barruntando por el camino y se limitó a prestarle atención.

—Ese tío controla. Me juego el pescuezo a que no es la primera vez que organiza un secuestro. Órdenes concisas, tono firme y amenazante, prueba de vida preparada…, ha seguido el manual del buen secuestrador. Además, conoce el procedimiento policial, sabía que estábamos a la escucha y ya le ha puesto remedio obligando a su interlocutor a salir de la casa. No me gusta. Tiene bien estudiados a todos los integrantes de la familia, incluso sabía que el abuelo tiene problemas de audición. No me gusta —repitió—. En la próxima llamada va a ser aún más complicado, máquina.

—¿Qué tal se ha comportado?

—Bien, dentro de lo que cabe. Facilitarle el teléfono móvil ha sido una cagada gorda, perdemos el control del soporte en la negociación, pero hay que reconocer que el cabrón del comandante no se lo ha puesto nada fácil. Nunca lo es. La única vez que hemos tenido que pisar México para intervenir en un caso similar salimos escaldados. Todavía lo tengo muy reciente… —confesó pronunciando un pensamiento que no hubiera querido verbalizar—. ¿Qué es eso del Lorencito que tanto pide la gente? —aseguró volviendo al presente.

—Un brebaje a base de vino blanco y Sprite. Nuestro Cartojal castellano, resaca asegurada —apostilló mordiendo el montado de lomo con pimientos.

—En cuanto tengamos tratada la voz hay que enviársela a nuestros amigos mexicanos a ver qué nos cuentan. No creo que en Madrid encuentren alguna coincidencia, pero los federales tienen una base de datos ingente.

—¿Mantienes contacto con Bonifacio Socorro? —quiso saber Sancho.

—Hace tiempo que no hablamos, pero sí, sé cómo localizarlo.

—He oído que ya no está al frente de la lucha antisecuestros.

—Correcto. Ahora pertenece a la Secretaría de Gobernación, pero sigue manejando el cotarro desde la sombra. También guardo buena relación con Antonio Castillo, procurador de justicia del estado de México, uno de los más afectados del país. Allí el problema se ha convertido en un mal endémico, en algunos estados es más probable que te secuestren a que te roben —aseguró Fajardo apurando su cerveza.

—Cuatro millones, ni más ni menos.

—Ni menos ni más. Saben que la familia dispone de ellos, pero se conformarán con mucho menos. Nos sacan mucha ventaja porque ellos han movido primero. En estas partidas siempre nos toca jugar con las negras, estamos acostumbrados, solo tenemos que tener cuidado de no desproteger a nuestra dama.

—Muy acertada la metáfora —calificó Sancho.

—Hay que actuar rápido, tenemos setenta y dos horas antes de la siguiente llamada. Toca negociar la cantidad del rescate y el lugar de la entrega. El primer intento será fallido casi con total seguridad, una farsa para comprobar cómo nos manejamos. Nos va a evaluar, pero lo mismo le nace pelo a la rana. Doy por hecho que nos va a detectar, ahora bien, la representación que le tengo preparada va a estar a la altura del mejor corral de comedias.

El pelirrojo no quiso indagar en el asunto.

—Y la niña… ¿crees que estará bien?

Fajardo se encogió de hombros.

—Imposible saberlo.

—El comandante no parece que sea un mierda —apuntó Sancho.

—No. No lo parece. Tenemos que averiguar quién es ese cabrón y qué hace en España.

Ramiro Sancho asintió antes de dejar su vaso de plástico sobre la barra y echar mano a la cartera.

—¿A qué hora crees que te llamará tu gente?

—Teniendo toda la infantería sobre el terreno, imagino que en un par de horas o tres sabremos desde dónde hizo la llamada. Yo voy a aprovechar para pasar por el hotel.

—Te llevo —se ofreció Sancho.

—No te molestes, máquina, iré dando un paseo, que necesito ventilarme. Así aprovecharé para invocar a los dioses aztecas —dijo mostrando el móvil—. Me alojo en el hotel Mozart, muy cerca del domicilio de la familia.

—Me pregunto qué estará pasando allí dentro.

—Angustia es un término que lo recoge perfectamente —apuntó Fajardo—. Te mantengo informado.

Sancho se quedó unos minutos observando el trasiego de las muchas personas que circulaban por la plaza de caseta en caseta, exprimiendo al máximo el ambiente festivo en compañía de sus seres queridos, como si aquella felicidad fuera cierta.

Hastiado de la música que se escuchaba en la plaza y empujado por el último tema de moda de Shakira que le atormentaba los tímpanos, decidió refugiarse en el coche y elegir la suya.

Exprimiendo todo el jugo de sus cuerdas vocales cantando *Ángel exterminador* de Ilegales, el pelirrojo enfiló la carretera de Madrid pensando únicamente en meterse en la cama.

Ángel exterminador,
te espera la guerra.
Aún no se ha declarado, ya lo sé,
pero habrá guerra.

Guerra excitante y prohibida
solo es para mayores de dieciocho años.

Residencia de los Zúñiga Pérez

Azucena no era capaz de controlar los nervios. Tenía la absoluta necesidad de ver el vídeo una y otra vez, pero la policía lo había incautado aduciendo razones procedimentales que escapaban a su entendimiento y eliminado del dispositivo a pesar de la oposición inicial de la familia. En cuanto encontró el momento, José Antonio abrió la caja de las posibles hipótesis encontrando en su interior variopintas teorías conspiradoras de diverso calado, todas inverosímiles, con Alfredo como único espectador al tiempo que fumaba de forma compulsiva y bebía whisky de manera descontrolada. A Josean lo habían enviado a casa de sus tíos para apartarlo —con buen criterio— de toda aquella locura. Nacho Ávila seguía encerrado físicamente en la habitación de la niña aunque su mente y espíritu navegaban por la VPN que tenía conectada con su unidad en Madrid. Mientras, Gabriela Rincón, la asistenta, escuchaba desde la cocina procurando no alejarse mucho de aquel reducto por si salía mal parada.

—¿Cuánto y cuándo vas a poder reunir el dinero, papá? —quiso saber Azucena.

José Antonio rehuyó la pregunta elucubrando sobre la escasa operatividad de la policía.

—Papá, ¿has oído lo que te he dicho?

—Te he oído perfectamente —replicó ofendido. Desde que le

detectaron los problemas de oído reaccionaba de ese modo cuando alguien aludía a su capacidad auditiva—. Cuatro millones de dólares, como si pudiera disponer de esa cantidad chasqueando los dedos. Voy al banco, «Oiga, me va a poner cuatro millones en billetes pequeños y sin marcar, que son para un secuestro». ¡No te fastidia! Primero: no sé vosotros, pero yo no dispongo de cuatro millones en metálico, ni tres ni dos. Eso para empezar. Como ya sabéis, hace dos años el Consejo de Dirección decidió abrir mercado en Latinoamérica y los comienzos se recorren perdiendo dinero a puñados. Ahora la empresa vive gracias a las líneas de crédito que tenemos concedidas, porque liquidez, lo que se dice liquidez…, poca. Tenemos que tirar de nuestro patrimonio personal. ¿De cuánto disponéis vosotros?

Azucena le rebotó la pregunta a su marido y este la aplastó contra el cenicero.

—Exactamente de sesenta y cuatro mil doscientos doce euros con veinte. Eso es lo que tenemos en la cuenta de ahorro, lo he comprobado esta mañana. Luego tenemos unos paquetes de acciones que nos vendió Ramón, el de La Caixa, cuyo valor no llega en este momento a dos mil jodidos euros.

—Vendamos la casa de Suances —propuso ella.

—Claro, cariño, en setenta y dos horas nos saldrían compradores de debajo de las piedras, todos los que se han escondido desde que la tenemos en venta hace… ¿cinco años?

—¡Maldita sea, Alfredo! Métete tu sarcasmo por donde te quepa. Si no te hubieras empeñado en comprarte ese cochazo para aparentar lo que no somos tendríamos sesenta y nueve mil euros más en la cuenta.

—Te recuerdo, querida —pronunció sin ningún cariño—, que fuiste tú la que insistió en pagarlo de golpe, que pagarlo a plazos era…, ¿cómo dijiste? Sí, de jornaleros. Así que no me saques el coche a relucir o empiezo yo a tirar de facturas de Tremiño, joder, que todos los meses cae una joyita. La última, en concreto, fue de más de mil euros.

Azucena se echó la mano al colgante de oro rosa y brillantes blancos y negros que le adornaba el cuello.

—¡Ya sabía yo que no iba a tardar en salir el asunto! ¡¡Ya sabía yo!! Mira —dijo levantando el dedo índice como preludio a la retirada del salón. Los golpes y portazos invitaban a pensar que no tardaría en regresar.

Efectivamente. Volvió al salón con el gesto compungido y un cofre entre las manos. Cuando alcanzó la mesita frente a la televisión, volcó el contenido provocando un ruido harto estridente.

—¡Aquí las tienes! ¡Véndelas todas, incluidas las de mamá! Sacarás medio millón de euros. ¡¡Véndelas!! No las necesito. ¡Solo quiero que me devuelvan a mi niña! —gritó.

—He hablado con Pedro —intervino José Antonio mencionando al asesor fiscal de la familia—. Me asegura que si vendo los paquetes de acciones del Santander y Telefónica podría obtener unos ochocientos mil euros y que si recupero el dinero de los fondos de inversión podría llegar al millón trescientos.

—¡¿Nada más?! —gritó su hija.

La respuesta la obtuvo en la mirada tibia del empresario.

Azucena empezó a agitar ambas manos y a resoplar como si estuviera expulsando algo que habitaba dentro de su cuerpo.

—Podemos recurrir a nuestra gente, ¿no? Para eso están, para estos momentos de extrema necesidad. ¡Hagamos una colecta! Habla con Jesús Ángel y que lo organice. Ya se lo devolveremos cuando podamos. Está en juego la vida de nuestra pequeña, ¿es que no habéis visto cómo le han dejado la cara a mi niña?

—¡Por supuesto! ¡También es mi hija!

—Calma, por favor, calmémonos todos. El especialista en secuestros me advirtió que iban a pedir una cantidad muy alta, absurda, y que ellos mismos saben que no vamos a poder conseguir. Se conformarán con mucho menos.

—¿Con cuánto? ¿Cuánto vale la vida de nuestra pequeña? —preguntó todavía alterada Azucena.

—Menos de la mitad, supongo.

—¿Un millón y medio de euros? —lanzó Alfredo.

—Es posible, sí —continuó José Antonio—. Primero les ofreceré algo menos de un millón para dejarnos un margen de negociación. Mañana por la mañana me acercaré al banco, tú haz lo mismo —le dijo a su yerno— y tú… mira a ver cuánto te dan por todo ese perendengue.

—¡No es ninguna chatarra! —estalló Azucena con los ojos vidriosos —. Son las joyas que me dejó mamá, las que tú le regalaste, mis joyas de la boda —dijo agarrando un par de piezas—, el anillo de pedida…, nada de esto es chatarra. ¡Nada!

—Perdona, cariño…, no quise emplear ese término —se disculpó su padre sujetándola por el cuello delicadamente—. Así las llamaba tu madre, ya sabes lo irónica que resultaba ser a veces. Sé que tienen mucho valor sentimental para ti. Podrías separar esas de las que no te quieres desprender de las otras y ver cuánto consigues por ellas.

—Me voy a la cama —anunció ella—. Necesito dormir un par de horas, mañana va a ser un día muy duro.

—Eso es lo que deberíamos hacer: descansar —suscribió José Antonio.

—Estoy de acuerdo. Voy a darme una ducha —anunció Alfredo.

Cuando salió del salón, Azucena se acercó a su padre y este la envolvió entre sus brazos.

—Papá, tienes que hacer todo lo que esté en tus manos para recuperar a nuestra pequeña. Margarita te adora, ya lo sabes, te quiere muchísimo.

—Y yo a ella. Te traeré a mi nieta sana y salva, te lo prometo. Haré lo que tenga que hacer para recuperarla y en un tiempo esto no habrá sido más que un mal sueño.

—Un sueño horrible, papá, un sueño horrible.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Era como si un peso invisible le estuviera aplastando el estómago. Sin embargo, la oscuridad la amarraba al colchón con mucha más fuerza que los gritos de auxilio que emitía su organismo.

Necesitaba comer de forma inminente.

Alimentarse.

—Vamos, no seas miedica —escuchó decir a Rita—. Sabes perfectamente dónde está la comida. Cierra los ojos y arrástrate hasta allí, son solo unos metros.

Margarita apretó con fuerza los párpados, estiró los brazos y se ubicó en el espacio al tocar la pared que hacía las veces de cabecero de cama. Se colocó a cuatro patas y avanzó lentamente deslizando las manos en la dirección que le marcaba su sentido de la orientación.

Cada palmo era un hito, cada metro una conquista.

Al sentir la pared con la punta de los dedos supo que se había desviado hacia su derecha. Se puso de rodillas y palpó aquella superficie buscando otra menos abrupta: la chapa metálica de la puerta. Sonrió fugazmente cuando notó el frío en las palmas y descendió paulatinamente hasta dar con un objeto. Lo examinó a tientas para cerciorarse de que se trataba de una lata de conserva y en su cabeza se dibujó una como las que Gabriela guardaba en el armario para dar de comer a Priscila. Solo le faltaba maullar de excitación como hacía su gata al escuchar el ruido de la anilla. La abrió sin pensárselo dos veces e introdujo los dedos que le cupieron dentro a modo de cuchara. No distinguió la composición ni el sabor de aquella sustancia gelatinosa hasta que la masticó por primera vez tras haber deglutido la mitad de las alubias. Habría preferido que estuvieran más calientes y menos pastosas, pero los jugos gástricos se activaron como si se tratara del mejor y más selecto de los manjares. En el momento en el que dejó de alcanzar la comida con sus apéndices volcó el recipiente directamente en la boca hasta que cayó la última legumbre. Acto seguido, palmeó el suelo en busca del pan que había mencionado Gorka; tardó poco en encontrarlo, mucho menos en devorarlo. Como colofón, encontró la botella de agua y bebió, tragó con ansia

desmedida hasta que notó que le escocía un dedo de la mano derecha. Instintivamente se lo metió en la boca. El escozor era suficiente para deducir que se había cortado con la lata durante la ingesta, pero el sabor de la sangre convirtió la sospecha en hecho irrefutable.

—¡¿Te has dado cuenta?! —la apercibió Rita.

—Sí, ya lo he pensado yo. Cuando encuentren mi cadáver, quien se fije en estas uñas hechas un asco… ¿qué va a pensar de mí? —contestó tirando de sorna.

—¡Así me gusta, mi niña, de buen humor! Pero no me refería a eso.

—Ya sé que me he comportado como un animal de bellota y que podría haberme hecho un corte muy profundo, pero, hija, el hambre es el hambre.

—No me refería a eso, pedazo de mema —la interrumpió antes de susurrárselo al oído.

—¿Y qué pasa si él se da cuenta? —intervino la voz de Marga.

—Ese tío es estúpido, tanto o más que tú, así que cierra el pico y vuélvete a tu rincón de gimotear.

Y eso hizo.

Margarita esbozó una sonrisa que no tardó en convertirse en una carcajada histriónica, descontrolada. Las siguientes horas se las pasó acariciando aquello, pensando dónde esconderlo en cuanto terminara la fase oscura.

Sonreía mientras canturreaba a dúo con Rita todas las canciones de Calle 13 que le venían a la cabeza.

Residencia de Ramiro Sancho

Enjambres, jaurías y piaras de cerdos.
A Raluca Marichkov, una pieza codiciada

Alambres de espino.
Enjambres de avispas que zumban al cielo
polinizando; esencia de picor y veneno.
Aristas.

Agonías del destino.
Jaurías de perros que aúllan al ciego
fecundizando; ausencia de mordiscos y besos.
Artistas.

Taras del camino.
Piaras de cerdos que chillan al cieno
estercolando; paciencia a sangre y fuego.

Autistas.

A todos convoco desde este destierro
para sacarnos los ojos y vernos en el averno.
Entre tanto, trato de entretenerme.
Mientras tanto, mato; tratad de detenerme.

—¡Qué hijo de la gran puta! —calificó Sancho sin acritud.

Era la quinta vez que leía ese poema. Sancho no había encontrado mejor manera de entretenerse mientras llegaban noticias de la localización de la llamada. Habían pasado dos horas y, a pesar de que ya empezaban a aparecer los primeros signos de somnolencia, decidió acometer la lectura del siguiente poema.

Victimario. A Svetlana Mihailović,
víctima inmortal por causas naturales

¡Ay, querida!, si tú supieras
lo que para mí eres o eras.
Un recuerdo implantado,
un olvido intencionado.
Una simple brisa robada,
una ardua corriente sedada.

¡Ay, amigo!, si tú quisieras
ver lo que yo veo o vieras
cómo disfruto arrebatando,
cómo padezco despojando
tus falsos sueños mundanos,
tus veraces delirios humanos.

¡Ay, hermano!, si tú pudieras
pedir lo que yo pido o pidieras
no volver a la vida tuerta,
no vivir en la vía muerta,
no morir en casa ajena,
no ser ajeno en la escena.

Inmortalizar tu existencia.
De víctima a vivencia.

En algún momento Sancho concluyó que, en cierto modo, él formaba parte del macabro universo de Augusto y, lejos de sentirse mal, o incómodo, podía notar una sensación que se aproximaba

extrañamente al orgullo. Satisfacción por haber sido quien pusiera el punto final a su obra al tiempo que lamentaba que no estuviera vivo para que le pudiera resolver las muchas incógnitas que revoloteaban en su cabeza. El sonido del móvil interrumpió aquellas cavilaciones. Era Fajardo.

—Sancho.

—¡Lo tenemos, Sanchito! Provincia de Salamanca, cerca del embalse de Almendra. ¿Te dice algo?

—Nada.

—Algún mendrugo ha dado el aviso a la Comandancia de la Guardia Civil. Un tal Travieso ha sido el lumbreras, ¿lo conoces?

—Por desgracia.

—Vamos para allá. ¿Me pasas a recoger?

—Doce minutos.

En once ya estaban camino de Salamanca con el acelerador pegado a la alfombrilla.

—No vamos a encontrar una mierda —comentó Fajardo—. Fijo que tendrán a la niña en un radio de ciento cincuenta o doscientos kilómetros desde donde han hecho la llamada; sin embargo, no está mal que nos demos un garbeo por allí para ver con qué hilo están tejiendo el paño estos cabrones.

—Puede que alguien haya visto por la zona a un tipo con cara de secuestrador mexicano. No creo que haya muchos de esos por allí.

—Hablando del comandante 54…, mi gente no tiene ninguna duda acerca de la procedencia del acento. No obstante, lanzaré la consulta allende los mares para ver si concretan o si tienen algo sobre ese cabrón. Los Zetas suelen utilizar números que son indicativos de su rango dentro de la organización. A menor número, más reputación.

—Cincuenta y cuatro no parece muy prestigioso —comentó Sancho rebuscando el dato en su memoria.

—No te creas. No repiten numeración y teniendo en cuenta que del uno al treinta ya están a la derecha de la Virgen de Guadalupe… Ojo, que también podría tratarse de un idiota dándoselas de chungo. A ver qué me cuentan mañana por la mañana mis cuates.

—Independientemente, habrá que recorrerse hoteles, hostales, gasolineras, bares, restaurantes, puticlubes y demás garitos de la zona, que las casualidades se alimentan de causalidades.

—¿Cómo?

—Que si nadie sopla no suena la flauta.

Fajardo rio.

—Tú y tus putos refranes, máquina.

—Tú y tu puta madre —zanjó Sancho con voz grave y dudoso tono jovial.

Llegaron al lugar una hora y tres minutos más tarde. Tenían luna

llena y las pocas nubes que pululaban a su alrededor no impedían que la claridad les marcara el camino hasta un encinar señalado por las luces de los Nissan Patrol de la Benemérita.

Un hombre uniformado fue a su encuentro.

—Brigada Martínez, del puesto de Vitigudino —se presentó estrechándoles la mano—. ¿De qué va todo esto, si puede saberse?

—Le informarán a su debido tiempo —contestó Fajardo—. ¿Qué tienen?

—Hemos peinado el cuadrante que nos indicaron y creo que hemos encontrado algo. Es por aquí.

A unos cincuenta metros había dos guardias en cuclillas alumbrando con sus linternas hacia el suelo.

—Es un móvil. O lo que queda de él —comentó uno.

Sancho y Fajardo se agacharon para comprobarlo. Efectivamente, sobre la tierra descansaban los restos de un terminal que había sido pasto de las llamas.

—Primero lo han desmontado y luego lo han quemado. Esa es la carcasa, eso otro debe de ser la batería y lo otro el resto del terminal —señaló la Triple Efe con una modulación en la que no había cabida al error.

—Y esa pelota debió de ser la tarjeta —apuntó Sancho.

—Bien visto, pero esto es como si tú acudes al tricólogo, no sirve para nada —bromeó—. Nacho ya tiene la numeración de la tarjeta SIM desde la que se hizo la llamada. Lo estamos rastreando a ver dónde nos lleva. Es de Yoigo, ahora tenemos que saber dónde se vendió ese lote.

—Yo diría que es uno de esos terminales chinos baratos —comentó uno de los guardias civiles—. Vamos, estoy casi seguro, pero la marca no se distingue.

Fajardo se incorporó para dirigirse al brigada Martínez.

—Hagan el favor de recogerlo y acotar la zona. Espero que los de la Científica ya estén de camino, porque aquí sacan tajada —le comentó a Sancho—. Hay que localizar huellas recientes de pisadas y de vehículos que podamos procesar. Si identificamos la marca y modelo podremos deshacer la ruta a través de las cámaras de la Dirección General de Tráfico hasta la puerta de su casa.

El brigada relinchó.

—Las cámaras de la DGT sirven solo en el caso de que hayan venido siguiendo la red viaria principal, cosa que me extrañaría, porque las de la secundaria… —terminó la frase relinchando de nuevo.

—Por eso mismo vamos a ampliar el área acordonada hasta los puntos de acceso natural. Por favor, saque a sus hombres a la voz de ya del terreno, que esto parece una peregrinación rociera. Anote a los que hayan estado deambulando por ahí y que se presenten a los de las

batas blancas para que les tomen una muestra de la pisada. Y ya que estamos, que identifiquen los restos que hayan podido dejar, como esa colilla que acaba de tirar aquel hombre, por ejemplo.

El brigada Martínez se tragó uno a uno todos los exabruptos que estuvo amasando durante la exposición de aquel hombre menudo y enjuto con cara de no haberla metido en caliente desde el cambio de siglo.

—No parece que haya venido hasta aquí a pie —conjeturó Sancho mirando en derredor.

—No crea. La 302 está ahí mismo —señaló el brigada— y Ledesma no estará a más de cinco o seis kilómetros.

El inspector Sancho se giró violentamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Que la carretera pasa justo por ahí —insistió dibujando el trazo en el aire— y que el pueblo más grande de por aquí cerca es Ledesma. Mire, allí se ven las luces.

—Ledesma —repitió—. ¡Hay que joderse!

—Nosotros ya hemos terminado aquí —anunció Fajardo—. Por favor, que no se llene esto de aldeanos curioseando ni excursionistas buscando setas. Cada minuto cuenta.

—Esperaré instrucciones.

—Gracias. Le mantendremos informado —se despidió el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones con un nuevo apretón de manos.

Cuando buscó a Sancho lo descubrió caminando cabizbajo en dirección al vehículo, visiblemente cabreado.

FICCIÓN Y VERDAD COMPLETAN LA REALIDAD

Comisaría de distrito de las Delicias
C/ Gerona, s/n (Valladolid)
4 de septiembre de 2012, 13:50

No vuelva a llamarme —exigió Sancho en un tono exento de amabilidad. La coordinadora de producción del programa le había contactado desde otro teléfono que no tenía controlado y la treta le funcionó el tiempo suficiente para comunicarle la nueva oferta económica que acababa de aprobar la dirección de la cadena de televisión. Pero esa no fue la única llamada recibida que le había generado el malestar con el que enfilaba el último tramo de la mañana.

El inspector Sancho había comenzado la jornada con un remanente de cuatro horas de duermevela. Ojeras y bolsas pugnaban por ser el rasgo predominante en el iracundo semblante del pelirrojo.

En cuanto pisó las dependencias del Grupo se sentó con los subinspectores Matesanz y Peteira y la inspectora Robles con el propósito de establecer un diagnóstico de la situación. Todavía no estaba completo, pero Gómez había realizado un buen trabajo indagando en el noble arte del secuestro dentro de nuestras fronteras. Tras la ronda de consultas con otros Cuerpos de Seguridad del Estado, coincidiendo con lo que reflejaban los informes proporcionados por el Ministerio del Interior, como actividad delictiva el secuestro representaba un porcentaje muy poco significativo en España. Sin embargo, la modalidad exprés había crecido sustancialmente en los últimos años como consecuencia de la proliferación de bandas organizadas y especializadas en extorsiones en la Costa del Sol y la zona de Levante; todas de origen sudamericano o del este de Europa. Apenas encontró una decena de casos que encajaran en la modalidad de secuestro que tenían entre manos y ninguno de ellos presentaba vínculos al otro lado del Atlántico.

Matesanz tampoco era portador de buenas noticias: nada habían

encontrado en el círculo de amistades de Margarita y nada hacía sospechar que la empleada del hogar, Gabriela Rincón, tuviera una mínima vinculación con el caso. La colombiana atesoraba diecisiete años de servicio, tantos como los que tenía el hijo mayor de la familia, y su cuenta bancaria no registraba ningún movimiento más allá de los ingresos modestos y gastos ponderados. Sí hubo algo que llamó la atención del equipo de investigadores, que fue la observación de Josean sobre las rarezas de su hermana. Según aseguraba su único hermano, era frecuente escuchar a Margarita manteniendo conversaciones consigo misma desde hacía un tiempo que no fue capaz de concretar. Sobre el contenido de las mismas tampoco precisó, pero Sancho conminó al veterano subinspector que profundizara en la cuestión por si les llevaba a conocer mejor a la víctima.

En lo relativo a la reconstrucción de los hechos, Áxel Botello había recogido el testimonio de un trabajador de una de las casetas ubicadas en la plaza de Santa Ana que se había fijado en ella porque, según él, se parecía demasiado a una ex que estaba de muy buen ver. La descripción encajaba: pelo largo color castaño claro, camiseta blanca de tirantes, pantalón vaquero corto y zapatillas deportivas «de esas que llevan ahora todas las pijas», añadió. El testigo aseguraba que sobre las doce de la noche la vio hablando con un hombre de mediana edad y mediana estatura. «Un tipo normal», lo definió. Y que un rato más tarde la perdió de vista en dirección a la calle Veinte de Febrero. A falta de detalles suculentos, Sancho confiaba en tener algo más de suerte en las imágenes recogidas por las cámaras de la zona.

Del entramado empresarial de la familia apenas había resultados por el momento; a pesar de ello, lo que sí se había comprobado era la existencia de un estructurado plan de expansión de Helios en toda Latinoamérica. El proyecto había arrancado en enero y avanzaba por buen camino bajo la supervisión del propio presidente de la compañía y de su mano derecha, su sobrino Andrés Pérez, con quien Montes ya había fijado una cita con la intención de detectar alguna conexión oscura que pudiera rastrearse.

Respecto a la delicada labor que le había encomendado a Sara Robles, esta había demostrado su capacidad de trabajo revolviendo en la hemeroteca local en busca de algún escándalo o noticia que hubiera asperjado la imagen del concejal. Halló varios asuntos menores y uno reciente que había puesto a funcionar sus glándulas salivales. El titular de *El Norte de Castilla* rezaba así: «El juez Sánchez Cartón estudia la imputación del concejal Alfredo Zúñiga en el caso Trituradora». El asunto en sí lo relacionaba con la adjudicación de contratos públicos a empresas participadas por amigos del aludido. El cohecho y el tráfico de influencias representaban dos enormes y negras aves carroñeras, y el hecho de que llevaran planeando los últimos meses por encima de

la cabeza del padre de Margarita le hizo valorar que el edil podría haberse visto empujado a incurrir en algún error de mayor calado. El caso Nóos, la trama Gürtel, los ERE fraudulentos y la operación Malaya copaban los titulares de los periódicos en una vergonzante sucesión de noticias que se solapaban entre sí. Los juzgados eran incapaces de instruir en tiempo y forma todo lo que les caía al respecto y el ciudadano de a pie señalaba a la clase política como causante directa de la insostenible crisis económica que parecía no tener fin. Sancho era muy consciente de que hinchar ese globo le iba a consumir demasiado aire, oxígeno muy preciado del que no disponía, y, sin embargo, intuía que era un cordel que no podía soltar aunque le arrastrara a la estratosfera de la corrupción.

Donde los progresos sí parecían producirse de modo más palpable era en lo relacionado con el rastro que había dejado la llamada del comandante. Las pesquisas habían desembocado en un punto de venta asociado a la operadora de telecomunicaciones del centro comercial El Ferial de Parla. A primera hora de la mañana se habían personado dos agentes del grupo de Fajardo con la orden pertinente y del sistema de gestión de la franquicia habían obtenido un nombre: José Ramón Madruga Sieso, un conocido toxicómano con un suculento historial de antecedentes penales entre los que se repetía el robo con violencia o intimidación por el que había cumplido dos penas de tres y cinco años respectivamente. El apunte de ventas había sido corroborado por el encargado de la tienda, que recordaba con nitidez el hecho acaecido el día 22 de agosto a última hora de la tarde cuando se presentó el aludido con evidentes síntomas de faltarle la penúltima dosis. Adquirió tres terminales con tarjetas prepago de la marca Huawei y abonó en efectivo antes de marcharse igual que había llegado: necesitado de un pico. La orden de búsqueda y captura ya estaba cursada, así como la solicitud de intervención de las otras dos líneas.

Procesando todo aquello para trasladárselo al comisario le entró una inesperada llamada con el prefijo de Italia. Tras los escasos diez minutos que había durado el diálogo, la cabeza le decía que Gracia se había mostrado poco más que cordial mientras que el corazón se empeñaba en convencerle de que sus palabras arrastraban mucho más que afecto. Tratando de eliminar el eco de la última frase con la que se había despedido la triestina a base de impetuosos tirones del pelo de su cobriza barba, no se percató de que la inspectora Robles estaba llamando su atención.

«Alessandro te echa de menos; y yo también».

—¿Sancho? —insistió ella elevando el tono.

—Perdona —reaccionó—, estaba dando vueltas a todo este embrollo.

—Me imagino, perdona la intromisión. Me preguntaba si te apetece

bajar a picar algo, querría comentarte un tema que no sé si…

Sancho miró su reloj.

—Supongo que Herranz-Alfageme puede esperar unos minutos.

Sentados en las nada confortables sillas de madera del Mesón Castellano a la espera de que Manolo les diera de comer, Sara pisó el jardín sin descalzarse.

—Se trata del subinspector Peteira.

El inspector frunció el ceño.

—Es muy probable que me esté metiendo donde nadie me ha llamado, pero creo que, como jefe del Grupo, no te haría ningún favor ocultándotelo —expuso acompañando la última palabra con el gesto correspondiente. Sancho cayó en la cuenta de que la inspectora solía apoyar sus exposiciones con mímica—. Hace un rato he escuchado una conversación telefónica de Peteira, sospecho que con su mujer, en la que ha debido de recibir muy malas noticias porque…, en fin, que ha terminado llorando. Es algo relacionado con su hijo —añadió.

—¡Hay que joderse! —juzgó el pelirrojo.

—Ha sido casual. Yo estaba en el servicio y… —se excusó ella.

—Tranquila, has hecho lo correcto —resolvió—. Hace unos días comentó que últimamente encontraba raro a uno de los gemelos. ¡Me cago en mi puta vida mil veces, joder!

—Espero no haberme ganado la enemistad de Peteira, es un gran compañero y un profesional como pocos.

—Dejaré pasar unos días a ver si sale de él, pero este cabrón, al margen de ser un profesional como pocos —parafraseó— y un gran compañero, es el típico «mascaproblemas».

Los huevos fritos con patatas se personaron sobre la mesa en el momento menos propicio, aun así, ambos hicieron un esfuerzo por tragar la comida con un nudo en la garganta.

—Cambiando de tema —retomó él—. La gente de Fajardo está segura de que la voz corresponde a un mexicano. Pleno en la tirada. Me sorprendiste con tu argumentación lingüística.

—Supongo que ya sabrás que antes de recalar en esta preciosa ciudad curraba en vigilancias y seguimientos. La experiencia afinando el oído hizo el resto.

—¿Y qué más virtudes mantienes ocultas?

—Mi amabilidad —contestó lozana.

Levantó la mirada de la cazuela de sopas de ajo para encontrarse con la de la inspectora, sulfurosa y limpia.

Aquel fue, con mucha diferencia, el mejor instante del día para Ramiro Sancho.

Aeropuerto internacional Josef Strauss (Múnich)

Cuando abrió los ojos todos los pasajeros que, igual que él, estaban esperando para embarcar, habían desaparecido. Un automatismo interno le incitó a moverse de inmediato del asiento, pero el equilibrio no supo imponerse a los gramos de alcohol que circulaban por el torrente sanguíneo de Ólafur Olafsson. Sin entender muy bien cómo, se vio besando la lona del moderno y confortable aeropuerto muniqués.

Antes de que el avión proveniente de Keflavik tomara tierra en suelo alemán, y de aquello hacía ya más de diez horas, había resuelto beberse el tiempo de espera aliándose con la profusa variedad de cerveza de la región de Baviera. La cata fue disputada pero finalmente el top cinco lo habían encabezado, por este orden: Hofbräu, Augustiner, Löwenbäu, Franziskaner y Paulaner, aunque otras muchas marcas habían optado al cajón hasta la penúltima ronda, hasta el último sorbo. A falta de una hora para que saliera el vuelo tomó asiento frente a la puerta de embarque y se dedicó a construir dramáticas historias para cada pasajero que le llamaba la atención por algo concreto: parte de su atuendo, un gesto extraño, un comportamiento anómalo o un rasgo peculiar. Sin embargo, en algún momento su cerebro le debió de pedir una tregua y el islandés se la concedió en forma de descanso visual. Con lo que no contaba era con que, en su estado de embriaguez, los segundos se transformaran en minutos.

Se incorporó a duras penas agarrándose a las patas de las filas de asientos ancladas al firme y siguiendo una trayectoria en absoluto rectilínea alcanzó el mostrador gobernado por la empleada de la compañía aérea que acababa de cerrar el pasaje para el vuelo 2231 con destino Madrid.

—Señorita —pronunció en inglés mientras trataba de encontrar la tarjeta de embarque en el bolsillo interior de su gabardina—, tengo que subirme a ese avión.

La mujer blindó el semblante tras una mueca que dominaba a la perfección, dada su dilatada experiencia. Lo examinó con curiosa frialdad. Había algo en aquel hombre que le hizo recordar a su abuelo Bozydar. No se trataba del parecido físico; su antepasado era moreno, espigado y con rasgos marcadamente semitas. Tampoco era su modo de expresarse, nada rudimentario para tratarse de un operario de la cadena de una fábrica de calderas a las afueras de Varsovia.

—Eso va a ser imposible —sentenció—. El vuelo está cerrado.

El alcohol engrasaba su persistencia e inyectaba carburante de elevado octanaje en su locuacidad.

—Imposible sería en el caso de que el avión ya hubiera despegado, hecho que, según puede constatar usted misma, no se ha producido.

Por favor, sea usted tan amable de permitirme coger ese vuelo. Se lo ruego —aderezó forzando una sonrisa poco convincente.

—Creo que no he sabido explicarme correctamente, señor. Cuando digo «imposible» es porque no depende de mí, trasciende de mis responsabilidades y, en consecuencia, no puedo permitirle el embarque.

Ólafur detectó, o creyó vislumbrar, grietas minúsculas, casi imperceptibles, en la tenaz resistencia de su opositora.

—Señora, no me deja otra opción que apelar a su bondad. Por motivos que exceden sus reservas de paciencia omitiré los detalles por los que necesito subirme a ese avión. Pero sí puedo asegurarle que, si no me permite hacerlo, volveré a la barra de aquel bar y permaneceré allí hasta que consuma todo el saldo de mi tarjeta de crédito, que no es poco, créame. Por tanto, aunque sea de forma indirecta, usted será parcialmente responsable de mi denigrante comportamiento y de los más que previsibles actos bochornosos que se van a producir a escasa distancia de su puesto de trabajo.

La empleada de la compañía aérea oía hablar a aquel señor de mostacho amarillento, pero no escuchaba. Era el olor. El dulzor etílico que, como una nebulosa, acompañaba cada palabra que salía de su boca. Como el abuelo Bozydar.

—Permítame un segundo —le interrumpió ella antes de agarrar el teléfono. Algo después, sus labios dibujaron una mueca infantil—. Permítame su tarjeta de embarque, señor.

—Muy amable.

—Que disfrute del vuelo, señor Olafsson.

Residencia de los Zúñiga

José Antonio se aproximó con sigilo al sofá en el que descansaba su hija. Había adoptado una postura inverosímil, nada confortable; idéntica a la de cuando era una niña. De aquella criatura de rostro angelical poco quedaba, apenas el esmalte de la loza.

Tenía perfectamente identificado el momento exacto en que las raíces de Azucena habían dejado de absorber nutrientes, el tallo empezó a desviarse y las flores se tornaron mustias: el día que negó el primer mandamiento. Cuando la muerte de su madre los cogió a todos por sorpresa ella tenía ocho años.

—¿Mamá está en el cielo? —le preguntó ella semanas después del funeral. Todavía podía verla luciendo uno de esos vestidos que eran réplica a tamaño natural de los que vestían las muñecas de porcelana que coleccionaba su difunta esposa por decenas.

—Dios la ha llamado porque quiere que esté junto a él.

—Pero yo también quiero que esté con nosotros —protestó la niña.

—Claro, hija. Pero mamá vivirá siempre aquí —argumentó poniendo la mano sobre su pecho.

Luego de barruntar aquellas palabras durante unos segundos, Azucena negó con la cabeza.

—No me gusta —expuso la pequeña.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Dios. No me gusta Dios.

No era la primera vez, pero sí fue la última que José Antonio se vio en la necesidad de cruzarle la cara. A partir de aquel día sus ojos de color jade se oscurecieron, se ahuecaron por dentro como los de las condenadas muñecas, con ese brillo vítreo, amañado y postizo; simulado. No tardó en cobijarse en una conducta taciturna que marcaría su adolescencia, aceptando en silencio las normas de una educación encorsetada en la doctrina del Opus Dei. Y mientras su hija se marchitaba, él caminaba recto por el sendero que iluminó san José María Escribá, haciendo de su trabajo una bendición de Dios; abonando con su sudor el mañana de su familia o lo que quedaba de ella. Con el transcurrir de los años José Antonio se fue separando, sin reconocerlo, de aquellos preceptos divinos con el objeto de acercarse al lado humano de su única hija, de recuperar el esplendor de sus retinas. Tardó en darse por vencido, en reconocer que aquella fractura no podía salvarse con ninguna pértiga y que la única forma de pasar a su lado era el puente que él mismo se había encargado de derribar durante su infancia. Tal era el distanciamiento que ni siquiera fue capaz de corregir sus equívocas decisiones, como la de contraer matrimonio con aquel joven apuesto que, con la carrera de Derecho sin terminar, ya había trazado un atajo profesional llamando a la puerta de la política. No le quedó más remedio que exprimir sus influencias para que se la abrieran de par en par y caminara sobre la alfombra roja que él mismo colocó a sus pies. Esa fue su manera de rellenar el vacío que se seguía ocultando tras el barniz de la mirada de Azucena. Pero cuando menos esperanzas albergaba de cruzar el abismo que le separaba de su hija apareció ella: Margarita, su primera nieta. Su llegada, igual que sucediera con su esposa, también los cogió a todos por sorpresa, y a José Antonio le gustaba pensar que ese era el motivo que animó a Azucena a bautizarla igual que ella. Cada minuto que pasaba con su nieta se materializaba en una tonelada de cemento destinado a recomponer la fractura. A partir de entonces, no hubo ni un solo día desde su nacimiento que no hubiera pasado por casa, aunque ya estuviera dormida. Se conformaba con poder besarla en la frente y respirar la fragancia que se desprendía de su cabello. Y así fue año tras año hasta que la delicada situación de la empresa en su aventura americana le forzó a coger un vuelo para reunirse con sus

accionistas en São Paulo. Quince años, siete meses y cuatro días sin dejar de ver a su pequeña y en la semana en la que está fuera del país unos demonios se la arrebatan de su lado.

Los caminos del Señor son inescrutables, eso no lo ponía en duda. Sin embargo, José Antonio Pérez Pérez ya tenía decidido que, si se trataba de una prueba del cielo, él removería todos los infiernos para hacer que Azucena volviera a abrazar a su hija.

—¿Papá? —su somnolienta voz le trajo de nuevo al presente.

—Aquí estoy, hija. A tu lado.

—¿Ya ha vuelto Marga?

José Antonio tragó azufre y las palabras se deshicieron en su garganta.

—No. Todavía no.

—¿Cuándo me la van a devolver, papá?

—Pronto. Muy pronto.

—Prométemelo, papá. Prométeme que me la traerás a casa. Prométemelo, papá —le suplicó anegando las palabras en un llanto agónico, desgarrado.

—Hija mía, jamás he pronunciado el nombre de Dios en vano, pero hoy te juro por el Altísimo que te traeré de vuelta a nuestra Marga. ¡¿Me has oído bien?! Te juro por Dios todopoderoso que volverás a abrazar a tu hija igual que yo te estoy abrazando a ti.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

No dormía, pero prefirió permanecer tirado sobre aquel colchón a mantener otra conversación con Gorka. Sin embargo, llevaba tanto tiempo dándole vueltas a la frase del Chimuelo: «No tenemos por qué regresársela», que terminó levantándose para buscar una nueva ocupación mental. Se metió la Beretta por dentro del pantalón y se sacó la camisa a la vez que se acorazaba anímicamente para no alimentar su úlcera de estómago. Prendió un cigarro y salió de la habitación. El volumen de la televisión inundaba toda la casa y antes de que entrara en el salón ya había pintado el cuadro que se iba a encontrar. Le chocó encontrárselo hojeando una revista.

—Aúpa.

Gorka pronunció algo sin despegar la mirada de los modelos de coches deportivos.

—¿Qué?, ¿cómo anda la pieza? —insistió él.

—Por ahí dando vueltas, perreando, que es lo suyo, ¿no? —contestó en un alarde de ingenio.

—Me refería a la chavala.

—«Ahivalahostia». Pues ahí abajo anda. Vamos, que salir no ha

salido…

Con ganas de vaciarle el cargador de la 9 mm parabellum, se dio media vuelta y se encaminó al sótano. Lo primero que hizo fue comprobar que el programador del encendido eléctrico de la antigua despensa en la que mantenían retenida a la chica funcionaba correctamente. Luego abrió la rejilla con suavidad y reclinó la cabeza hacia atrás para ganar ángulo de visión con su ojo izquierdo.

Aquello no se lo esperaba.

Corría descalza sin desplazarse sobre el colchón en un metro cuadrado que se había convertido en su pista de atletismo privada. Tenía la camiseta de tirantes empapada en sudor y se podía escuchar cómo llevaba el ritmo de la respiración: dos inhalaciones por la nariz coincidiendo con cada apoyo y la exhalación por la boca de una sola vez y de forma prolongada durante los dos siguientes.

El vasco permaneció observando durante un tiempo indefinido, absorto en la carrera de Margarita, convencido de que aquella muchacha era francamente especial. Una mala elección.

Fuera de la casa, Servando Garay cantaba *Noche de ronda* impostando la voz de Agustín Lara mientras vigilaba a cierta distancia desde el interior de aquel vehículo más apto para el desguace que para la circulación.

No había sido por motivos de desconfianza, en realidad no sabía muy bien qué era lo que le había empujado a seguirle tras su último encuentro hasta la casa donde el vasco tenía retenida a la niña. Y lo había hecho a pesar de que las normas impuestas por su socio establecían que solo él debía conocer su paradero. Por motivos de seguridad —le justificó en su día—. El Chimuelo lo consintió porque no quería poner en peligro su participación en el negocio, pero desde el principio tuvo claro que no iba a consentir que él tuviera la llave maestra en exclusiva. Margarita Zúñiga Pérez era la garantía en el pago, el escudo en la investigación policial, el aval en la negociación y el paraguas en el momento de recoger la cosecha. Él lo sabía muy bien, quien controla al plagiado controla el plagio, y él nunca dejaba que nadie le dijera la cantidad de picante que había que poner en su enchilada.

Como siempre había sido.

El Chimuelo, como era conocido en el barrio de Tepito, se inició con catorce años asaltando a los pocos turistas que se atrevían a adentrarse en aquella zona del D. F. Con dieciséis robó una motoneta que le facilitaba los tirones y sobre todo las huidas por las callejuelas, que conocía como si él mismo las hubiera dibujado. A principios de los ochenta todavía no habían saltado las alarmas y las calles no estaban plagadas de polis a los que untar para que miraran hacia otro

lado. Sin embargo, cuando mejor le iban las cosas, llegó su noche triste. Estaba a punto de irse a dormir tras hacerse con un botín que superaba los 1.000 pesos cuando dos patrullas de la SSPDF le salieron al paso. Al ver que uno de ellos se ajustaba un puño americano y que habían apagado las luces de los coches supo que la detención no era el objetivo de esa noche para los agentes. Le quitaron todo lo que llevaba encima y le destrozaron la moto primero y la cara después. Perdió cuatro dientes y ni su madre tenía dinero para pagarle el arreglo ni él estaba dispuesto a invertir en lo estético. De esta manera, Servando adoptó el apodo de Chimuelo y entregó su nombre a la beneficencia.

Sin piezas dentales delanteras pero con el instinto de supervivencia intacto, llegó a la conclusión de que tenía que buscar protección dentro de un grupo. No le resultó complicado entrar en una pandilla que se hacían llamar Los Santones y que controlaban la parte alta del Eje 1 Norte. Pronto se fue ganando un sitio a base de asaltos a mano armada en negocios fuera del barrio o atracando a otras pandillas que trapicheaban con drogas para terceros. Pero en alguna de aquellas incursiones pisaron terreno del cártel de los Beltrán Leyva y seis de sus compañeros terminaron en un camión refrigerador encontrado en Nuevo Laredo. De sus cabezas nada se supo.

Corría el año 1996 cuando Servando Garay resolvió que había llegado la hora de cambiar de aires; radicalmente. Se enteró de que el Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales reclutaba jóvenes sin formación académica —cumpliendo con el plan de expansión del presidente de la República, Ernesto Zedillo— como fuerza de choque para combatir la expansión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Pasó seis meses infernales en el centro de adiestramiento de Temamatla, pero salió de allí curtido en distintas técnicas de combate y en el uso de todo tipo de armamento ligero además de profundizar en materias totalmente desconocidas como la disciplina, el control emocional, el valor o la tolerancia al dolor. Toda una licenciatura diseñada para fortalecer la presencia militar estatal en cualquier estado del territorio mexicano. Sin embargo, tres años más tarde, al Chimuelo le pareció mucho más atractiva la oferta de Osiel Cárdenas Guillen, que llevaba un tiempo captando exmilitares a golpe de talonario para conformar el brazo armado del cártel del Golfo. Fue la primera vez que se escuchó hablar de los Zetas. Empezó ocupando el escalafón más bajo de la organización, los halcones, cuya función principal era vigilar la actividad de otros grupos delictivos competidores en la zona. En los primeros años del nuevo siglo, los Zetas se encontraban en franca minoría frente a la gente del cártel de Sinaloa, el de Juárez, el de Tijuana o incluso el de Guadalajara. Solo la alianza que mantenían con el cártel del Golfo les proporcionaba cierta protección. Protección que no impedía que, cualquier día a cualquier

hora, cualquiera pudiera encontrarse con un pincho clavado en la garganta. De hecho, la primera vez que el Chimuelo tuvo que apiolar a alguien fue pasando una temporada entre los muros del Altiplano tras ser condenado a seis años por una refriega armada con los federales sin resultado de muerte. Se trataba de un sicario de medio pelo del cártel de Juárez que andaba fanfarroneando de haberse llevado por delante a varios pistoleros del cártel del Golfo con la corta y la cuarenta. Servando Garay le abrió la garganta en el comedor aprovechando un «descuido» de los guardias, que, ante la confusión generada por los reclusos, no supieron discernir quién había sido el autor de los hechos. El hecho en sí le hizo sumar varios puntos de prestigio, pero sin duda alguna fue de su relación con Daniel Arizmendi, alias el Mochaorejas, de donde sacó más provecho de su paso por prisión. El tipo había formado y dirigido una banda especializada en el secuestro y la extorsión, operando con total impunidad entre los años 1995 y 1998, en los que llegó a consumar más de veinte con éxito. Su manual incluía la mutilación de la víctima, normalmente una oreja, aunque también amputaba dedos para enviar a los familiares. En ocasiones, tres que se sepa, se veía en la obligación de matar al secuestrado por negarse a pagar o no disponer de la cantidad suficiente que reclamaba para el rescate. Mantuvo en jaque a toda la Policía Judicial Federal y estuvo en boca de los medios de comunicación durante bastantes meses. Las autoridades tasaron su fortuna en cuarenta y tres millones de pesos y más de cuatro millones de dólares, cifras estratosféricas que llamaron la atención a quienes querían enriquecerse por la vía rápida. Como preso, a Daniel Arizmendi le convenía estar protegido por algún grupo y los del Golfo se llevaron el premio gordo. De esta forma el Chimuelo pasó mucho tiempo junto a la primera persona que hizo del secuestro una beneficiosa disciplina, un arte, un oficio extraordinariamente lucrativo si se ejecutaba con destreza.

Todo lo que Servando Garay sabía sobre ello lo aprendió del gran maestro.

Cuando salió de la cárcel en el 2006, los Zetas se encontraban en un gran momento, liderados por la crueldad de Miguel Ángel Treviño Morales, que había borrado el cártel de Sinaloa de territorios tradicionalmente bajo su dominio, como fue Nuevo Laredo durante tantos años. Necesitaban soldados experimentados y la fidelidad del Chimuelo tuvo su recompensa al verse acogido de nuevo en el seno de la estructura dentro de los cobras viejos, el personal de máxima confianza. El negocio había sufrido una importante transformación. La muerte de Pablo Escobar había debilitado de forma paulatina los cárteles colombianos y las organizaciones mexicanas se mataban por meter su cuchara en ese suculento pastel del vecino. Así, las tensiones

con el cártel del Golfo estaban a punto de derivar en un enfrentamiento armado por el control de las rutas de entrada de cocaína hacia los Estados Unidos. Los Zetas se distribuían en numerosas células de la organización, denominadas estacas, y al Chimuelo lo colocaron al frente de una en la que tenía a su cargo a dos cobras nuevos y tres halcones. Como comandante le asignaron el número 54, que era el que le correspondía, pero todos lo conocían como comandante Chimuelo. Mucho antes de que estallara la guerra abierta con los del Golfo por el control de los estados de Tamaulipas y Veracruz, supo aprovechar la coyuntura prebélica para explorar nuevas vías de ingresos en los estados de la otra costa: Michoacán y Guerrero. Y así fue como su estaca empezó a secuestrar emulando la metodología ya testada de la banda del Mochaorejas: recabar información de la familia y del secuestrado; averiguar su capacidad financiera, conocer sus hábitos y costumbres; preparar el lugar en el que retener al secuestrado, la logística y horarios de vigilancia; planificar meticulosamente la acción del secuestro, medir los riesgos; trabajar la negociación con la familia utilizando todos los medios al alcance para obtener la mayor suma posible; programar el pago del rescate de acuerdo con la evolución de los acontecimientos; y por último la desaparición. De esta manera lograron tener éxito en siete ocasiones en el plazo de catorce meses, recaudando una suma total de once millones de pesos y setecientos mil dólares, de los cuales el sesenta por ciento fueron a parar a las arcas de los Zetas y el resto a repartir. En algo más de un año el Chimuelo había ganado más dinero que en los treinta años de intensa, aunque poco fructífera, actividad delictiva.

Sin embargo, a pesar de lo lucrativo de aquella actividad para la organización, Treviño Morales tenía otros planes para el comandante 54. A principios del 2010, dado que no lograban ampliar su territorio de influencia en el espacio patrio, determinaron extender sus tentáculos en Europa y para ello enviaron a varios hombres de confianza a sondear el mercado del otro lado del Atlántico. A él le asignaron la zona del estrecho de Gibraltar por contar con la doble nacionalidad, española y mexicana, con el propósito de evaluar el grado de penetración de los competidores, analizar futuribles alianzas con terceros y recabar información sobre el volumen de negocio en la zona. Objetivos que no logró completar dado que fue detenido en una redada rutinaria en un club de alterne de Algeciras a las catorce horas de tomar tierra en España, con tan mala suerte que llevaba encima los cinco gramos de cocaína y siete de MDMA que acababa de comprar a un camello de poca monta. También perdió los ciento ochenta mil euros que le encontraron en el equipaje y que no pudo justificar ante las autoridades españolas. Y no fue posible porque, efectivamente, no

eran suyos, eran los fondos de la organización destinados a montar el cuartel de los Zetas en el Estrecho.

Los dos años de prisión se quedaron en catorce meses y seis días, breve período pero suficiente para perder todo el prestigio ganado años atrás, el rango de comandante y la posibilidad de volver a México durante una larga temporada, a no ser que devolviera el dinero incautado más los intereses.

Servando Garay no sabía lo mucho que echaba de menos su tierra hasta que se vio apartado de ella. Era una cuestión de instinto, algo contra lo que no se puede luchar, un pálpito, una voz. Y esa voz insistía en que debía tener más controladas todas las variables que podrían hacer fracasar aquel suculento negocio. Le gustara o no al vasco.

Y lo que iba a presenciar esa noche desde el interior de aquel coche destartalado refrendaba el pálpito que aquella voz le había susurrado.

Comisaría de distrito de las Delicias

—Sanchitooo, tenemos buenas noticias —le anunció Fajardo tras aceptar la llamada.

—Te escucho.

—Han agarrado al yonki que les hizo las compritas.

—Se han dado prisa…

—Los compañeros sabían por dónde paraba y para su desgracia lo han pillado con bastante mierda encima. Lo están trasladando a la comisaría de Villa de Vallecas.

—La conozco bien. Ahora le envío un transporte para que me lo traigan al hotel antes de que sirvan las cenas —dijo mirando el reloj.

—Habla con la jueza de instrucción, no la preparemos.

—Tranquilo, ahora hablo con Miralles.

—Perfecto, nos vemos en unas horas por allí.

Sancho eligió con cautela las siguientes palabras.

—Ni por los cojones —dijo en un tono grave, cavernoso.

—¿Cómo?

—Que al pájaro lo hago cantar yo solito. Luego te reproduzco la partitura si te interesa escucharla.

—No seas tocacojones, Sancho, que nos conocemos.

—Por eso mismo. En mi sala de interrogatorios no quiero compañías, ya deberías saberlo.

—Algo sabía. Tú ganas, máquina, no pienso desgastarme con tonterías —claudicó antes de lo que el pelirrojo esperaba—. Yo, mientras tanto, sigo dando clases particulares al abuelo.

—¿Cómo está la cosa por allí?

—Tensa, como tiene que estar, pero lo veo muy entero. Muy seguro. Me gusta este cabrón, por eso no pienso darle un metro más de correa que la que ya tiene, no sea que se me revuelva y me acabe mordiendo la pantorrilla.

—Haces bien.

—Por lo menos tendrás la decencia de llamarme cuando termines de exprimir al yonki, ¿no?

—Es probable.

Colgó.

Ocho minutos más tarde, Patricio Matesanz ya había recortado treinta de los ciento ochenta y seis kilómetros que marcaba el BMW hasta el destino y la jueza Miralles estaba en comunicación con el titular del juzgado de instrucción número 20 para solicitar el traslado del detenido.

En ese momento, Sancho se percató de que había quedado a las ocho con el representante de jugadores de rugby para ver la casa. Tenía que adelantar la visita. Las cuatro primeras canciones de un recopilatorio de The Smiths le acompañaron durante el trayecto.

—Al jardín le falta un poco de cariño —comentó César terminando ya de hacer el recorrido.

«Que no va a ser el que yo le dé», pensó Sancho.

—No me importa, la bodega me ha conquistado y la zona parece tranquila.

—Lo es. Los vecinos son un encanto y ruido no hay. Solo se escucha a los pájaros.

La mención le hizo mirar el reloj. A esa hora el pájaro ya debería de estar entrando en la jaula.

—Es lo que estaba buscando. ¿Cuándo podría entrar?

—Si quieres, te doy las llaves ahora mismo. Dani me asegura que eres un tipo de ley. Te envío el contrato por e-mail y lo dejamos cerrado esta semana.

—Cojonudo, aunque me van a faltar muebles para llenar toda la casa y tiempo para hacer la mudanza.

—Si te lo puedes permitir, contrata a una empresa. Yo lo hice y en un abrir y cerrar de ojos te lo dejan todo colocadito y hasta el frigo lleno, si se lo pides y lo pagas —bromeó el representante con escaso donaire.

—Así que te marchas a Madrid.

—Olga lleva casi dos años trabajando allí y, a pesar de que parezca que estamos a tiro de piedra, la distancia…

—Es la distancia —completó Sancho—. Desde allí te resultará más fácil mover jugadores, supongo.

—Eso ya es agua pasada. He terminado hasta las pelotas de todo, incluyendo mi socio. Me voy a dedicar a escribir. Tengo una novela

empezada que siento la necesidad de terminar. A ver de lo que soy capaz.

—¿Una novela?

El exrepresentante se pasó la mano por su afeitada cabeza.

—Policiaca. Muy negra. No descartes recibir algún día una llamada de tu nuevo casero para pedirte información.

—Ficción y verdad completan la realidad, que decía mi padre.

César desmenuzó la frase mientras estrechaba la mano del pelirrojo. Una sonrisa cuarteada antes de subir al vehículo fue la última imagen que registró el proyecto de escritor novel, que acababa de dotar de alma a uno de sus personajes protagonistas: un inspector pelirrojo.

Y la letra de una canción de The Smiths lo último que escuchó.

Take me out tonight
because I want to see people
and I want to see life.
Driving in your car,
oh please don't drop me home
because it's not my home, it's their home
and I'm welcome no more.

ES PREFERIBLE SER UN IMBÉCIL POR DECISIÓN PROPIA QUE LISTO POR IMPOSICIÓN

En algún lugar de la provincia de Valladolid
4 de septiembre de 2012, 20:18

El timbre volvió a sonar. Los persistentes gañidos de Karatu, más parecidos a tosidos secos de un fumador que a ladridos, multiplicaron su malestar. Barruntó si soltar al animal para que se encargara de ahuyentar al visitante pero lo descartó en previsión de males mayores. Bajó el volumen de la televisión confiando en que, fuera quien fuera, desistiera, porque su compañero no le había dejado instrucciones de cómo proceder en ese caso y él, como casi siempre, no estaba allí para tomar una decisión.

Los deseos de Gorka no se cumplieron y no le quedó otra opción que levantarse del sofá dejando una estela de mal humor reprimido. Trataba de no hacer ruido, pero los guijarros atrapados en el dibujo de sus pesadas botas no colaboraban en absoluto.

—¡Buenas tardes! —escuchó tras la puerta.

—¡¿Quién es?! —contestó sin abrir.

—Fernando, ¿eres tú? Soy la Reme. Pasaba por aquí y quería daros la bienvenida. ¿Cómo están Ruth y los niños?

—Aquí no vive ningún Fernando, señora.

—Ahhh, pensé que habíais regresado. Como he visto ese perro blanco correteando por la parcela…

El comentario acrecentó la animadversión que sentía hacia el condenado animal.

—Señora, ahora no puedo atenderla. Estoy trabajando.

—Qué pena. Había traído unos mantecados caseros de esos que tanto os gustan. Bueno, que les gustan a ellos, a los dueños. Son de almendra y azúcar tostadito. Recién sacados del horno. Huelen de maravilla. Con una mistela entran divinamente. ¿Ustedes están de alquiler o es que les han comprado la casa?

—¡«Cagüendiós», señora! ¿No le he dicho que estoy trabajando?

¡Deje de molestarme de una puta vez!

—¡Uy qué modales, por favor! Nada, nada. Ya me marcho, ya me marcho. Y disculpe usted.

—A tomar por culo, pues —murmuró Gorka observando tras una de las rendijas de la persiana cómo la vecina se alejaba a tanta velocidad como le permitían sus pantuflas de color marrón, alimentando el motor con el combustible de la ofuscación.

Remedios Hermosilla, la Reme, ni siquiera se volvió. Estaba deseando llegar a casa y relatarle la vejación que había sufrido a su marido Jacinto.

Él sabría muy bien qué hacer.

Comisaría de distrito de las Delicias

Bajó a los calabozos envuelto en una incómoda sensación, como la que le solía acompañar cuando salía del vestuario y pisaba el césped del campo de rugby. Normalmente desaparecía en el primer contacto con el rival, pero hasta que eso se producía le daban ganas hasta de pedir el cambio.

Nunca lo hizo.

—Te está esperando en la salita de invitados —le informó Matesanz —. ¿Té con pastas, como siempre? —sugirió ladinamente.

—Como siempre. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Menos de quince minutos.

—Vale. ¿Qué sabe?

—Nada, pero no veas la que me ha dado durante el viaje. Está acojonado. Este pieza derrota al tercer capotazo —pronosticó el subinspector tirando de símil taurino.

—Eso espero, porque estoy para pocas corridas. Gracias, ya me encargo yo del cliente.

Matesanz le regaló una palmada en la espalda antes de subir las escaleras de una en una, como si no quisiera llegar nunca a su destino.

Del mismo modo, Sancho entró en la sala de interrogatorios y lo primero que le vino a la cabeza fue que la última vez que estuvo allí tenía delante a Augusto Ledesma y fracasó en el empeño. Esa vez no sería así, lo supo en cuanto cruzó la mirada con el detenido.

—Buenas tardes. Soy el inspector Sancho. Espero que estés disfrutando de una estancia agradable. ¿Sabes por qué estás aquí?

—¡Qué coño voy a saber, jefe! Es que nadie me ha dicho qué pasa. De repente han venido dos maderos y me han detenido. Me han llevado al calabozo, al rato me han sacado de allí y me han metido en un coche conducido por un viejo que venía a toda hostia por la autopista. ¡Si yo no he hecho nada malo, jefe, se lo juro!

—Te creo, te creo. Déjame que te cuente. Estás detenido en relación con un caso de secuestro que pinta muy mal. Feo feo de verdad.

—¡¿Secuestro?! ¿Qué secuestro? Yo no he secuestrado a nadie en mi puta vida, jefe, se lo juro. A nadie, se lo juro por Dios.

Sancho se puso el dedo índice sobre los labios e inmediatamente el detenido cerró la boca.

—«José Ramón Madruga Sieso» —leyó Sancho abriendo la carpeta con el expediente delictivo del sujeto—. ¿Qué nombre es ese? ¿Madruga si eso? Y si lo otro…, ¿no madruga?

—Llevan toda la vida dándome por culo con lo mismo.

—No me extraña. A mi subinspector le va a encantar, es muy dado a los nombres tipo Gomaespuma: Gustavo Querón del Mar, Benito Camelas, Josetxu Letón Pasado, Jacinto Mate Maduro…, ya sabes. Pero, perdona, me estabas diciendo que te han dado mucho por el culo. ¿En la trena también? Porque veo que ya has subido dos veces al escenario y te aseguro que esta tercera vez vas a disponer del tiempo suficiente para cantarte una ópera completa.

—¡Pero, jefe! Escúcheme, hombre, que yo no he hecho nada. Créame, jefe, nada de nada.

—Insistir en eso es como querer economizar en el uso del papel higiénico y terminar manchándose las manos. Absurdo e inútil, a la par de antihigiénico.

El detenido, confuso, no supo qué decir.

—Entonces…, ¿no sabes nada del secuestro de la menor en el que estás implicado?

—¿Implicado? Que yo no tengo ni puta idea, jefe, se lo juro. Yo no he hecho nada. Esta vez —aclaró—. Hace tanto que no pego un palo que ni me acuerdo, jefe.

—¿De dónde sacas la tela para meterte? Porque tus brazos no mienten, madrugues o no.

—Me apaño. Chapucillas de aquí, de allá; colegas, alguna amiga que tengo que me sumistra…, cosas así, jefe, pero nada chungo, se lo juro.

—Entonces me tienes que explicar muy despacito para que yo lo entienda por qué el teléfono que compraste el día 22 de agosto se está utilizando para comunicarse con la familia de una menor secuestrada. ¿Sabes cuál es la condena por participar en un secuestro?

José Ramón facturó una mueca de sorpresa pero no viajó a ningún sitio. Se quedó en su cara, congelada, sin levantar vuelo.

—Pero que no, jefe, que yo solo compré esos móviles, nada más. Me llegó un tipo en la cañada y me dijo que si me quería ganar doscientos papeles. Al principio le mandé a cagar porque pensé que quería que se la chupara o algo peor, y yo no he puesto el culo en mi puta vida, jefe. Que no, que no. Que solo fui a las tiendas y pillé los putos teléfonos. Yo entraba, los compraba a mi nombre y se los daba. Luego me dio la

gallina y se piró. No lo he vuelto a ver al hijoputa ese. Se lo juro, jefe.

Sancho resopló mientras anotaba mentalmente que se estaba expresando en plural.

—Es decir, que reconoces ser el tío que suministraba el material para cometer el secuestro de la menor —repitió de nuevo para añadir otra ración de dramatismo al interrogatorio—. Estás bien jodido, compañero.

—Pero es que a mí nadie me dijo que fueran a secuestrar a nadie, jefe. ¿¡Qué me van a decir!? Pero si casi no abría la boca el colega. Me montó en el coche, me llevaba de un sitio a otro y ya está, jefe. Pero yo no sabía nada, se lo juro por Dios.

—Y por la Virgen, si hace falta, pero eso no lo podemos demostrar de ninguna manera, José Ramón, ¿o prefieres que te llame Joserra?

—José a secas.

—Vale. Descríbeme al colega, Joserra.

José Ramón apretó los párpados y se mordió el dedo pulgar.

—Era alto y fuerte. Bueno, más gordo que fuerte, pero alto sí era. El nota llevaba siempre un gorro negro y gafas de sol.

—¿Te estás descojonando de mí? ¿En mi putísima cara?

—Que no, jefe, que era así. Alto, barrigudo, con gorro negro y gafas de sol. Y tenía algo de barba, rubia, eso es. Barba rubia. No tan así como la suya, pero con barba.

—¿Así cómo?

—Pues así —definió acompañando las palabras con mímica.

—¿Tenía acento?

—¿Qué acento? —preguntó desconcertado.

—Si reconociste algún acento extranjero, latinoamericano, concretamente.

—Casi no hablaba. Solo conducía de un lado a otro y punto. Pero no hablaba como un sudaca, no.

—Sudamericano —le corrigió.

—Pues eso, sudaca.

—No, Joserra, no. «Sudaca» es despectivo y denota xenofobia. ¿Además de ser un yonki estúpido que se deja manipular, eres racista?

—No, no. Creo que no, jefe —dudó.

—¿Cómo era el vehículo? —prosiguió Sancho.

—Uno normal. Ni grande ni pequeño, de color blanco, eso sí. De eso sí me acuerdo.

—¿Marca?

—Ni puta idea, jefe, no me fijé en eso. Iba un poco colocado, ya se lo he dicho, jefe.

—¿Entiendes el lío en el que estás metido hasta el cuello, Joserra? Podemos probar que compraste los teléfonos que están utilizando para extorsionar a la familia de la niña. Por colaboración con banda

criminal te pueden caer de cinco a diez años, pero, si le terminara sucediendo algo a Margarita Zúñiga Pérez —nombró intencionadamente—, te puedo asegurar que haré todo lo que esté en mis manos para que sean quince.

A continuación, Sancho fabricó un silencio para que terminara de devorar las últimas esperanzas del detenido. Este se inclinó hacia delante y se rascó la cabeza con ambas manos. El pelo sonó a estropajo y expulsó algunas partículas que fueron a descansar sobre la mesa de la sala de interrogatorios.

—Has hablado de varias tiendas. Dime cuántas y dónde.

—Joder, jefe. No me acuerdo, se lo juro. Iba muy colocado y el hijoputa del gorro era el que me llevaba de un lado para el otro.

—Antes ibas algo colocado y ahora muy colocado. Si no haces un esfuerzo para acordarte de las direcciones de esas tiendas no te vas a volver a colocar en tu puta vida. Además, no dispongo de mucho tiempo para perder contigo. Cuando se te encienda la bombilla me llamas. ¿Ya tienes abogado?

—Pero, jefe, qué voy yo a tener. Además, no lo necesito, que yo no he hecho nada —insistió.

—Aunque los políticos piensen lo contrario, no por repetir continuamente la misma mentira se termina convirtiendo en verdad, ¿comprendes, Joserra? No te preocupes, mañana o pasado te pedimos uno de oficio para que esté presente cuando te tomemos declaración.

—¡Espere, espere! Eran todos en centros comerciales de esos.

—¿De cuáles?

—De esos, jefe, de los grandes.

—Parecemos Faemino y Cansado, y de verdad que ya estoy cansado de aguantar tus chorradas.

Al detenido se le barnizó el semblante con la última capa de angustia.

—El Islazul ese era uno y otro el de Xanadú.

—Vaya, de repente salen a flote los recuerdos… —dijo desde la puerta.

—Espere, jefe, es que tengo que pensar. ¡Espere!

—Muy bien. Piensa, pero ya se lo cuentas a otro y con el leguleyo delante. Y ten en cuenta una cosa: si al llegar el momento de hablar te ves en la necesidad de darte un remojón en las lagunas de tu memoria, ten muy presente que me voy a tirar yo mismo a rescatarte para llevarte al puesto de socorro del juez. Y ese no entiende de flotadores —dijo al abandonar la sala.

Subía las escaleras de dos en dos en dirección al despacho del comisario cuando le vibró el teléfono en el bolsillo del pantalón. Pensó en Fajardo pero estaba muy equivocado.

—¡Hay que joderse!

Lo había olvidado por completo.

—Sancho —respondió casi malhumorado.

—Buenas tardes. Espero no interrumpirte en algún asunto importante.

—Estoy de mierda hasta el cuello, Ólafur, trago todo lo que puedo pero me rebosa. ¿Dónde estás? ¿Ya has aterrizado? —preguntó desempolvando su inglés.

—Estoy en un tren. Llegamos a Valladolid en… ocho minutos.

—¡Ocho minutos! Me llamas con tiempo, ¿eh? Para que me organice. La madre que te parió…

—Ya. Tú tranquilo. Busco un bar cerca de la estación y te espero el tiempo que haga falta. No tengo prisa.

—Te lo agradezco. Te llamo en cuanto salga, espero no liarme demasiado.

—*Bless núna* —se despidió «hasta luego» el islandés.

Llamó a la puerta del comisario con más fuerza de lo que habría deseado y, dado el sobrecogimiento del comisario, con mucho más ímpetu de lo que le habría gustado a él.

—Adelante, cojones, adelante —escuchó decir desde dentro.

Sancho no esperaba encontrarse la sonrisa de Fajardo en aquel despacho.

—Como no querías invitarme a tu fiesta, me he montado yo la mía con el comisario —se adelantó el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones—. Te resumo lo que le he contado en media hora. En esa casa el nivel de tensión está muy por encima de lo habitual. La madre alterna picos muy altos de optimismo con depresiones, berrinches y rabietas varias, lloreras…, en fin, todo un abanico de emociones que el marido no está dispuesto a soportar. El político, con la excusa de estar presionando a todos los estamentos políticos del país, se aligera unos copazos de Johnnie Walker etiqueta negra más rápido que mi hijo un vaso de Nesquik. Al abuelo, como te decía, lo veo bastante entero, escucha todos mis consejos, repite el guion una y otra vez…, sin embargo, hay algo que no termino de vislumbrar que me está quemando por dentro.

—Se llama amor —comentó Sancho, sin pretender hacer un chiste.

—A mamarla.

—A Parla —completó Sancho—. Precisamente quería hablaros de esto. ¿Has terminado? —le preguntó a Fajardo.

—Solo añadir, para vuestro conocimiento, que ya hemos enviado las grabaciones de voz a México a ver si en acústica forense les salta una coincidencia. Tu turno.

Copito los miraba sin intervenir, estaba esperando a que terminaran para soltarles la bomba. El inspector pelirrojo tomó la palabra.

—El tipo que tenemos abajo es un capullo que engancharon en la

Cañada, le ofrecieron pasta por comprar los terminales limpios y le llevaron de ruta. Hay que cursar una orden a las telecos para ver las altas registradas a nombre del José Ramón Madruga Sieso.

—¿Es ese su verdadero nombre? —preguntó el comisario.

—Lo hemos comprobado. El desgraciado nació así y la desgracia se cebó con él.

—Hay que intervenir todas esas líneas, pero no es buena señal. Saben lo que hacen y si son muchas es que han previsto que esto pueda alargarse en el tiempo —juzgó Fajardo.

—Estoy de acuerdo —continuó Sancho—. Me ha dado una descripción somera del tipo y no corresponde con la del hombre que, según el único testigo ocular que tenemos, habló con Margarita los minutos previos a la desaparición. Por tanto, como sospechábamos, son varios.

—Exacto. En México suelen ser grupos de cuatro o cinco personas. Cada uno con una función determinada. La cosa cuadra bastante —dictaminó.

—Sin embargo, dice que no tenía acento sudamericano, así que no descartemos que se trate de una entente multicultural. También me ha hablado de un coche blanco, sin más detalles, porque el prenda iba puesto hasta las cejas. Le diré a Matesanz que baje en un rato a ver si se le ha refrescado la memoria y nos da algún detalle más, pero no creo que saquemos nada en claro. Que pase la noche aquí y se lo derivamos a la jueza Miralles para que le regale un billete para el páramo.

—Sabemos que hay dos, por lo menos —intervino el comisario.

La afirmación captó la atención de Sancho al tiempo que Copito se aclaraba la garganta.

—Hay una novedad que me ha llegado mientras estabas abajo, Fajardo ya está informado. Tenemos unas imágenes en las que se distingue, por decir algo, a la niña con el tipo que la abordó a la salida de la discoteca. La resolución es bastante pobre, está tomada a unos veinte metros y por la espalda, caminando por la calle Veinte de Febrero, pero lo suficiente para asegurar que lleva la misma ropa que Margarita Zúñiga en el momento de la desaparición. Se lo mostraremos a los padres por eliminar dudas, pero todo parece indicar que se trata de ella. En el vídeo se ve cómo, de algún modo, la convencen para que se suba al asiento trasero de un coche, luego se monta el tipo en cuestión y poco después se ponen en marcha. Por eso podemos afirmar que al menos hay dos personas implicadas.

—Y la matrícula no se aprecia, claro —se anticipó Sancho.

—No, pero al contrastar los partes de la sala hemos comprobado que el modelo del vehículo cuadra con uno que encontraron chamuscado la noche del sábado en el pinar de Antequera. La llamada

se hizo a las 0:49. Todo encaja. Es una zona muy transitada por excursionistas, así que no hay forma de encontrar huellas de neumáticos de un más que probable segundo coche.

—¡Hay que joderse! ¿Era blanco, por casualidad?

—No, un modelo antiguo de Seat Ibiza color azul oscuro. Sabemos que se trata del mismo porque tenía techo solar y eso es prácticamente lo único que se distingue en las imágenes.

—Quiero verlas.

—Y las verás —corroboró Herranz-Alfageme—. ¿Hemos avanzado en el resto de las líneas de investigación?

—No. Sabemos lo mismo que sabíamos esta mañana. La inspectora Robles está tirando del hilo del caso de corrupción que ha manchado el buen nombre del concejal, Garrido y Montes andan cubiertos de papeles en busca de algo extraño sobre la actividad de Helios. Por ahora no han encontrado nada.

—Vamos a seguir excavando en todos los frentes. Nos quedan casi dos días hasta la siguiente llamada, que debería producirse el jueves sobre las ocho de la tarde, ¿es correcto? —preguntó mirando a Fajardo.

—Es correcto. Estaremos preparados.

Como preparado estaba el comisario para soltar la bomba en ese instante.

—Me ha llamado Hernández Santiago, han autorizado la publicación de la noticia en los medios. Quieren meter presión sobre los secuestradores.

—¡La puta que los parió! —protestó airadamente Fajardo—. Eso lo cambia todo.

—En cuanto se enteren los que tienen a la niña van a querer acelerar la negociación. ¿La familia lo sabe?

—La cosa, en concreto, viene del padre.

El de la Unidad de Secuestros y Extorsiones musitó una retahíla de improperios.

—Tengo que volver a la casa —anunció—, pueden llamar en cualquier momento. Es una gran cagada, comisario, una gran cagada.

—Que viene de muy arriba —completó el comisario—. Del DAO.

—Será director adjunto operativo, pero no tiene ni puta idea de cómo se manejan estas situaciones. Se van a poner muy nerviosos. Ya sabían que la poli estaba detrás, cuentan con ello, pero no les gustará nada de nada que involucren a los medios. No descartemos que nos hagan llegar un dedo de la chica o… yo qué sé. Nos estamos enfrentando a unos tipos que saben muy bien lo que hacen y…, ¡qué hostias!, tienen más experiencia que nosotros. Me vuelvo a la casa, tengo que hablar con José Antonio —anunció levantándose de la silla —. Estamos en contacto —se despidió arrastrando sapos y culebras.

Sancho esperó a que se marchara y se giró hacia el comisario.

—Algún día tendrían que dejar de meternos palos en las ruedas. Algún día…

—No en esta vida —auguró Copito con el semblante circunspecto.

—Me marcho, tengo que conseguir dormir unas horas.

—Solo una cosa más, Sancho.

El inspector clavó sus ojos azules en los de su superior.

—¿Qué pasa con Peteira?

—Tiene problemas personales.

—¿De qué tipo?

—De esos que afectan a las personas.

—Muy bien —entendió—. ¿Está en disposición de trabajar?

—Cuando no sea así será el primero en saberlo, puede estar tranquilo, comisario.

—Tranquilo estaré tras jubilarme.

—De jubilado a enterrado apenas pasan los años, comisario. No tenga tanta prisa.

Copito sonrió.

—Estás trabajando bien. Te noto en forma.

—Formateado, sí. Me marcho, tengo que recoger a un amigo.

Sancho no lo sabía, pero el verbo que empleó en aquella última frase se ajustaba perfectamente a la realidad.

Cuando le llamó para saber dónde estaba, conjeturó por el tono de voz que el dueño del bar «Airis» —tal y como lo había mal pronunciado Ólafur— habría hecho una buena caja con él. Estaba a dos minutos de la estación de tren, así que dedujo que el islandés había bajado con sed.

Frente a un vaso de tubo cargado de *bourbon* sin hielo, con la gabardina puesta y la mirada inerte, Ólafur Olafsson luchaba por mantener la verticalidad apoyado en la barra.

—La puta madre… —musitó Sancho al entrar.

El inspector posó la mano sobre el hombro de su amigo y este se giró a cámara lenta, intentando ajustar el enfoque en un entorno hostil, pendulante.

—Joder, compañero…

Ólafur empleó unos segundos en reconocer los rasgos crispados del pelirrojo.

—Así están las cosas. Traté de avisarte.

—Vale. Nos vamos a casa —le dijo agarrándole por la cintura y pasándose el brazo por detrás del cuello.

—¡Perdonen! Aquí su amigo debe seis cacharros. Treinta euros.

Sancho sacó la cartera y le dejó los billetes sobre la barra antes de cargar con el excomisario. Lo acomodó en el asiento del copiloto y

este se recostó estirando el cuello hacia la ventanilla, como un cachalote herido tratando de coger oxígeno de la superficie. Sancho interpretó el gesto y bajó el cristal.

—En diez minutos estás en la cama, aguanta un poco.

Ólafur murmuró algo ininteligible y cerró los ojos.

Solo le quitó la gabardina y los zapatos. Tumbado sobre su cama lo examinó con auténtica aflicción. Aquel tipo corpulento con bigote de morsa venida a menos y aspecto de mendigo se había rendido a su propia desdicha. Olía a derrota anunciada, a contenedor abandonado, a desenlace funesto. Bajó la persiana, apagó la luz y cerró la puerta.

Ramiro Sancho se metió en la ducha debatiendo si era tan realmente estúpido como atestiguaban sus actos y decisiones o por contra eran los actos y decisiones de los demás los que le hacían sentirse estúpido.

Tumbado en el sofá, buscó la respuesta en *La obra de Augusto Ledesma* y antes de que le venciera el sueño resolvió que no sabía qué era él, pero preferiría ser imbécil por decisión propia que listo por imposición.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

—Caballo blanco de Santiago a f6, sacrifico la pieza para dejar vía libre a mi dama justiciera. Dama por peón de b7. Te comprometo la torre y el caballo además de amenazarte el rey si no retiras el otro jamelgo.

—No cantes victoria todavía, bonita. Caballo a e5.

—Reina por torre de a8. Gracias por su visita.

—¿Tienes que cantar todos los movimientos? —preguntó la voz de Rita, molesta.

—Solo cuando tengo todo a mi favor —respondió Margarita.

—Alfil a d6.

—A recular. Peón a c5.

—O no. Caballo a f3. Jaque.

—¡Ñam! Dama por caballo de f3. Me gusta la carne de caballo.

—Y a mí la carne real. Gracias. Dama por dama de f3.

—¿Sí? Veamos a ver a qué sabe. Peón por dama de f3. No está mal, un poco pasada para mi gusto, de hecho estaba negra…

—¡Ohhh! ¡Qué locuaz! Qué gran monologuista hubieras sido si no fuera porque no tienes ni pizca de gracia. Alfil por alfil de f4. ¡Chúpate esa, marquesa!

—Era la crónica de una muerte anunciada. Bajas colaterales, como dirían los yanquis. Ahora empieza lo bueno. Peón a b4.

El sonido de la rejilla interrumpió la partida de ajedrez.

Un exiguo haz de luz, curioso e impertinente, se coló en la estancia a través de la abertura y recorrió el suelo hasta que reptó por el colchón en dirección ascendente. Margarita, tumbada boca arriba sobre la cama y sin pantalones, lo siguió con la mirada, impertérrita, hasta que se percató de que la luz iba a bañarle la cara. Entonces, cerró los ojos e intensificó la respiración fingiendo estar más dormida que durmiendo. Tras los párpados notó que la luz ya se había posado sobre su rostro. Tuvo el impulso de espantarla como quien ahuyenta un incómodo mosquito, pero supo contener su instinto y permanecer inmóvil. Sintiéndose abochornada y culpable por estar tan expuesta a su puerca mirada, notó que un ardor le subía por el cuello y se apoderaba de sus mejillas.

Lo que no podía esperar era que, segundos después, la puerta se abriera.

A pesar de que intentaba amortiguarlo, el sonido de las pesadas botas de montaña de Gorka delataba su posición, inmóvil a los pies del colchón. Agarrotada, se concentró en mantener un resuello profundo, pausado, hasta que escuchó la inconfundible banda sonora de una cremallera rasgando el mutismo que ambientaba su encierro. Un sofocante escalofrío le recorrió la espalda. No le hizo falta mirar para saber que se había bajado la bragueta del andrajoso pantalón tipo paramilitar con el que se vestía. La asustadiza voz de Marga comenzó a susurrarle que no moviera ni un músculo y decidió hacer caso a la letanía. Inmediatamente después, su sistema auditivo le hizo viajar hasta el día que pilló a Josean masturbándose en su habitación. Tenía la puerta entreabierta y la curiosidad le hizo quedarse allí hasta que terminó. Le sorprendió la fuerza con la que el semen salió despedido, pero sobre todo la expresión de éxtasis con la que se recubrió la cara de idiota de su hermano. Entonces se dio cuenta de que tenía las piernas demasiado separadas y, aunque el miedo le susurraba que no moviera ni un músculo, se colocó de costado dando la espalda al intruso sin dejar de interpretar el papel de Bella Durmiente. Abrió los ojos y enseguida se fijó en que el haz de luz acompasaba el cadencioso movimiento de la mano de Gorka en un frenesí tan repugnante como delatador del aumento de ritmo. Su onanista carcelero no tardó en empezar a emitir sucios y entrecortados jadeos, contenidos, ahogados en su propia excitación, lo cual estuvo cerca de provocarle una arcada. Por primera vez, su presencia le suscitó más asco que miedo y anheló con todas sus fuerzas que terminara de una vez. Supo que su deseo se había cumplido cuando escuchó un mezquino gemido y notó que una sustancia cálida y viscosa le salpicaba las nalgas. Una prolongada exhalación que precedió al sonido de la cremallera fue el epílogo de aquella humillante puesta en escena. Con el ruido de la puerta cayó el telón.

Margarita permaneció inmóvil unos segundos más hasta que, empujada por la rabia contenida, buscó a tientas el rollo de papel higiénico. Se envolvió completamente la mano y se restregó con fiereza.

Aquella fue la primera vez que lo sintió.

Odio acérrimo.

Animadversión pura.

Inquina.

CUMPLIR AÑOS NO SOLO DEJA ARRUGAS

Mansión de Peter Frei
Municipio de Ixelles (Bruselas)
4 de septiembre de 2012, 23:40

François de Smet le abrió la puerta del Rolls Royce al señor Frei. Este le devolvió un gruñido que su chófer y guardaespaldas supo interpretar con acierto, como perro guardián bien adiestrado que era.

La intensa jornada política se había alargado mucho más de lo que estaba acostumbrado el presidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco. Antes de entrar, se fijó en que la parte superior de la fachada de su mansión de corte modernista volvía a verse salpicada por esas ominosas manchas. Le había ordenado a Johannes que se encargara de contratar la limpieza de la misma en cuanto detectara el problema, pero las palomas y demás pájaros que poblaban aquel idílico hábitat actuaban con mayor diligencia que sus empleados.

Aquello no le ayudó a licuar su mal humor, pero lo que entregó en mano el propio Johannes nada más poner los pies en el lujoso recibidor le hizo olvidarse de las cagarrutas de su fachada y de los cagarrutas con los que compartía escaño en la Cámara de Representantes del Parlamento Federal de Bélgica.

El emblema en el sello lacrado que lustraba el reverso del sobre no daba lugar a la duda: era una comunicación oficial de la Congregación de los Hombres Puros.

—¿Cuándo ha llegado? —quiso saber sin querer.

—A las diecisiete horas, señor Frei, por el cauce habitual.

—Gracias, puede usted retirarse.

Con el corazón disparado, se encaminó a su despacho sin ni siquiera subir a saludar a Rosemarie. No se atrevía. Dejó el maletín y cerró la puerta. Crispado, buscó remedio en el mueble bar y lo encontró en la botella de Henri IV Dudognon Heritage que le regaló su buen amigo el embajador francés en Ginebra. Antes de sentarse en su butaca Luis XVI de cuero labrado descargó su temerosa mirada en la recargada

decoración de la estancia sin dejar de preguntarse hasta cuándo podría mantener toda aquella opulencia. Dio dos sorbos a la copa de balón y dejó que el brandi le tapizara el interior de la boca con la nobleza del aroma del roble antes de que le calentara el esófago en su descenso. Repitió la operación el número de veces que necesitó para armarse de valor y abrir el sobre.

Hermano masón:
Reunidos los nueve custodios en Asamblea extraordinaria con el único objeto de tratar los desafortunados hechos acaecidos en el seno del Sistema que usted tutela y de los que sin duda es conocedor, estando gravemente comprometida la seguridad del firmamento que nos cobija, resolvemos que debe aplicar las siguientes medidas con la máxima urgencia y discreción:

Eliminar el veneno inoculado por la serpiente decapitada en el corazón de los impíos y sacrificar a los corderos intoxicados por el pecado que no son sino víctimas expiatorias. Solo los arcángeles quedarán exentos.

Con la firme voluntad de apoyarle en la tarea que le ha sido encomendada, ponemos a su alcance cuantos medios requiera para ejecutarla.

Como guardián, responde con su honor, que no es ajeno a su propia vida y la de su familia.

El suelo se sembró de diminutos cristales de bohemia que antes conformaban una copa tipo *wobble*.

La carta venía firmada de puño y letra por Corteza de Roble, preboste vitalicio y Gran Maestre de la Congregación de los Hombres Puros. Presidía la Asamblea con mano de hierro, el único órgano directivo integrado por nueve custodios, y su identidad era del todo desconocida.

Cuando se hubo calmado, luego de ingerir cuatro tragos más del insigne licor directamente de la botella, el político buscó en los documentos anexos los nombres de los impíos, los destinatarios a los que Aarjen de Bruyn había infectado con el veneno del informe antes de ser purificado por la espada del arcángel. Como le sucediera a Hércules con la Hidra de Lerna, al decapitar una cabeza de serpiente, surgían dos más.

Jamás había oído hablar de Ramiro Sancho ni de Erika Lopategui, pero, si algo tenía claro, era que su vida, la de su mujer y la de sus tres hijos dependía de la de esos dos desconocidos.

De arrebatársela.

—Peter, ¿va todo bien?

Rosemarie le observaba bajo una enorme lámpara de araña que colgaba del techo. Enseguida se percató de que la expresión que se había adueñado del rostro de su esposa, a medio camino entre el miedo y el desconcierto, era el reflejo de la suya. Hizo un esfuerzo por demolerla y levantar otra distinta.

—Cariño, siento haberte molestado. Pensé que ya estarías dormida y mi debilidad me ha empujado a ahogar en la bebida la dura jornada

que he tenido hoy.

Ella desvió la mirada al suelo.

—El pulso de este anciano ya no es tan firme —comentó él recortando la distancia con ella sin evitar pisar los cristales.

—Peter, llevamos casados veintinueve años y nunca te había visto…

—Cumplir años no solo deja arrugas, mi vida. Vamos a la cama. Que Johannes se ocupe de esto mañana.

—¿Seguro que estás bien?

—Tan seguro como que te quiero igual que el primer día —afirmó Peter envolviéndola entre sus brazos.

Aquella noche, Peter Frei, insigne guardián de la Congregación, esperó a que la respiración de Rosemarie se hiciera cadenciosa y prolongada. Bajó al despacho y se conectó al servidor alojado en algún sitio que él desconocía pero fuera del alcance de las miradas de intrusos y autoridades. En tres clics accedió a la información en clave de los arcángeles. Leyó las hojas de servicio de los siete y tomó la decisión de involucrar a dos de ellos para resolver el asunto por la vía rápida. Aquello no le iba a salir barato, pero… ¿cuánto valían las vidas de los suyos? A Miguel solo tenía acceso Corteza de Roble. Gabriel y Rafael reservaban sus espadas para los nueve custodios, por lo que tuvo que elegir entre Samael, Uriel, Jofiel y Zadkiel. Se decantó de inmediato por Uriel porque ya había recurrido a él en varias ocasiones y jamás le había fallado, además, se había encargado de la serpiente y estaba convencido de que asumiría de buen grado terminar la misión. Resolvió compensar la veteranía del arcángel con la juventud de Zadkiel, cuyos informes brillaban con luz propia desde que había tenido el honor de sujetar una de las espadas de la Congregación. Contactó con ambos siguiendo el protocolo de seguridad que establecía la situación y salió de la aplicación frotándose los ojos como si quisiera borrar el rastro de sus actos.

Inmediatamente después, se concentró en los portarretratos diseminados por todo el salón. Su hija Claudia paseando por Londres; sus hijos Werner y Bruno jugando con la nieve acumulada en el porche de la casa de Saint Moritz; Rosemarie con el vestido de boda, orgullosa y feliz, agarrada del brazo del que iba a ser su esposo.

—Hasta que la muerte nos separe —musitó conmovido—. O nos lleve al mismo tiempo.

A LA LARGA, EL GALGO A LA LIEBRE MATA

Residencia de los Zúñiga Pérez
C/ Menéndez Pelayo, 6 (Valladolid)
5 de septiembre de 2012, 11:10

José Antonio no podía despegar la mirada del número desconocido que se había iluminado en la pantalla de su teléfono móvil.

—Responda —le animó Fajardo—. Estamos con usted. Recuerde todo lo que hemos hablado. Responda —insistió.

El anciano inspiró muy despacio y dedicó una sonrisa cóncava a Azucena, demacrada, con las manos juntas en posición orante.

—Dígame —dijo al fin.

—Aquí su comandante. ¡¿Quién fue el pendejo?!

—¿Cómo dice?

—Quiero saber quién fue el pendejo que avisó a la prensa. ¡Épale, viejito mamón, dígame quién fue el que me está obligando a desprendérsela de la vida!

—¡Nosotros no sabemos nada de eso! ¡Nos ha sorprendido igual que a usted, mi comandante! —dijo interpretando el papel que había ensayado con Fajardo—. Nadie de mi familia ha hablado con los medios, nadie.

—Claaaro, viejito, claro. El ancianito no sabe nada de nada. Pásese de pendejo una sola vez más y se la envío por partes. ¿Dónde se encuentra en este momento?

—¿Que dónde me encuentro? —repitió mirando al jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

—Sí, sordito cabrón. ¿Desde dónde me está hablando?

—Desde la casa de mi hija.

—Ya lo sé, puto, ya lo sé. Ahorita mismo se me baja a la calle a platicar conmigo.

—¿A la calle? Hace un poco de frío, señor. ¿No podemos seguir charlando tranquilamente desde…?

Cuando escuchó que su interlocutor cortaba la llamada se giró hacia

Fajardo con brusquedad.

—Volverá a llamar, no se preocupe.

—Me bajo a la calle —anunció José Antonio, perturbado.

—No es buena idea.

—¡La vida de mi nieta está en juego!

La Triple Efe no insistió. Sacó el auricular y se lo colocó en el oído.

—No se lo quite por ningún motivo —le advirtió—. Solo me dirigiré a usted si es sumamente necesario. El objetivo es la cita, no lo olvide. Súbase el cuello del abrigo. No se aleje demasiado y, sobre todo, conserve la calma. Déjele hablar a él.

En el ascensor, José Antonio podía escuchar el bombeo del corazón, como suenan los tambores de guerra, enérgicos y acuciados. Minutos después seguía recorriendo la acera sin levantar la mirada del móvil, tentado de devolver la llamada, azorado. El número apareció en la pantalla sin avisar.

—Aquí estoy —contestó timorato.

—Escúcheme, culero, si se me vuelve a revolver empiezo a cortar en trozos a la chamaquita, ¿sí?

—Entendido. Ya estoy en la calle, señor.

—Eso es, mi amigo. Ahora quítese la mierda que le hayan puesto los puercos. Este desmadre es entre usted y yo, no más. Lo estamos vigilando, no me vaya a hacer ninguna mamada, ¿me explico?

José Antonio se detuvo en seco. Por el auricular escuchó a Fajardo con voz sosegada.

—Dígale que no lleva nada encima. Es imposible que lo sepa.

—¡Órale, cabrón! ¡Quíteselo o doy orden de empezar a descuartizar a la chamaquita! ¡¡Órale!! —le gritó.

José Antonio claudicó.

—Ya está, mi comandante. ¿Qué quiere que haga con él?

—Arrójelo al suelo y píselo hasta desmadrarlo.

Jose Antonio Pérez no se lo pensó. Fajardo chasqueó la lengua, todavía escuchaba la conversación pero no podía hablar con el abuelo.

—Ya está, señor.

—Eso es, mi amigo. Camine.

—Estoy caminando.

—Ya veo —mintió—. Ahorita, vaya al Niccola Caffe, calle Constitución a la derecha.

—Sí, sé dónde está.

—¡Apúrese!

—Bravo, no lo pierdas —le exhortó Fajardo al subinspector—. El cabrón dice que lo está viendo. Será un farol, pero ándate al loro no sea que tenga algún capullo siguiéndole.

—Lo tengo a la vista.

—Entre en el café y vaya directito al baño de hombres. Le he dejado

un regalito tras la cisterna, mi amigo. Avíseme en cuanto lo tenga y no salga a la calle hasta que yo se lo ordene, ¿sí?

José Antonio hizo lo que le indicó.

—Está tardando mucho —avisó el subinspector Bravo—. Demasiado.

—Aguanta ahí fuera, saldrá.

—Lo tengo en mi poder, mi comandante —le avisó José Antonio cuando salió de nuevo a la calle.

—Anote este nuevo número y llámeme inmediatamente.

—Es uno de los intervenidos —anunció Nacho Ávila tras la comprobación.

La mueca de Fajardo era de regocijo.

—Pínchamelo cagando leches.

La voz del comandante se volvió a escuchar nítida y limpia en los equipos instalados en el domicilio de la familia.

—Ya tiene un celular tope chingón con saldo hasta la madre, mi amigo. Siga moviéndose.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde le dé la chingada gana. ¿Tiene la lana?

—¿Cómo dice?

—La puta madre, sordo pendejo…, ¡le digo que si ya reunió mi dinero!

—He conseguido casi ochocientos mil euros en efectivo —respondió dubitativo.

—¡¿Cuánto dijo, cabrón?!

—Ochocientos mil euros.

No mentía, el valor de los paquetes de acciones era lo único que había podido ingresar en su cuenta corriente y recuperar en efectivo tras convencer al director del Banco Popular, sin darle detalles de los motivos, de que era cuestión de vida o muerte.

—¡No mames, güey! ¿En eso valora la vida de su pinche nietecita? ¿Le pido cuatro millones y me ofrece ochocientos?

—Es todo lo que he podido reunir pero hasta mañana no puedo ir a retirarlo de la cuenta. ¡No disponemos de más dinero en efectivo! —se defendió—. Hemos hecho todo lo que hemos podido en el plazo que nos ha dado.

—¡Escúcheme bien, mi amigo! Le acepto esos ochocientos mil. Ahora dígame qué partes de su nietecita le interesan más. ¿La tatema? ¿Los brazos? ¿Mejor las piernas? Por ese dinero me la cojo ochocientas veces y no encuentran ni la guedeja. ¡Órele, ojete! ¡Responda!

—Por favor, señor. Tiene que entender que cuatro millones de euros es una cantidad imposible de reunir. Quizá podríamos llegar al millón si alargamos el plazo, pero le aseguro que no disponemos de más.

—Me está dejando muy abajo, pinche miserable, no me da chance. Volveré a llamar. Adiós.

—¡Espere, por favor, no cuelgue! —le rogó José Antonio al pitido continuo.

Los edificios que flanqueaban la calle Santiago se vinieron sobre él. Los viandantes transitaban indiferentes, como si pertenecieran a un mundo paralelo, ajeno a la realidad. El sonido de su móvil personal le hizo recuperar el aliento. Era Fajardo.

—Lo ha hecho muy bien. Vuelva aquí, tenemos algo que contarle.

Residencia de Ramiro Sancho

Vagos recuerdos. Imágenes difusas implantadas en su histórico vital sin ningún propósito, como esas que estaban recogiendo sus pupilas. La luz que se filtraba por las lamas de la persiana, exigua pero suficiente, le permitió reconocerse en un entorno irreconocible, tumbado en una cama grande, vestido con la misma ropa que se puso cuando salió de Reikiavik. Tratando de ajustar los engranajes de una maquinaria que no lograba poner en marcha, sintió las primeras dentelladas.

Así reclamaba la jauría su primera ración del día.

Ólafur Olafsson se incorporó pesarosamente y logró encender la luz sobreponiéndose a la habitual presión craneal matutina. Se sentó sobre el colchón mientras se masajeaba las sienes con las palmas, temblorosas y humedecidas, al tiempo que ordenaba a su lengua que se despegara del paladar. «Petaca» era la única palabra que se escribía en su cerebro. Dio con ella en el bolsillo de su gabardina, tirada a los pies de la cama junto a sus zapatos. La manada protestó con uñas y dientes al agitarla y no producirse sonido alguno. Salió de la habitación con un único objetivo por cumplir. La intuición carburada por la necesidad física guio sus atrevidos pasos hasta el salón. Tras el vidrio mateado de un compartimento lateral del mueble de pared reconoció las sinuosas formas y suntuosos perfiles que bosquejan cualquier botellero. Las fieras brincaron jubilosas. El islandés alargó el brazo para agarrar el embellecedor esférico que hacía las veces de tirador, pero un espasmódico movimiento de la mano imposibilitó la rutinaria tarea. Ólafur Olafsson se mordió con fuerza el labio inferior y emitió un agudo gemido fruto de la desesperación. Los elementos confabulados contra él, una conjura global para hacerle más complicada su febril existencia.

Y las alimañas fuera de sí.

Abrió y cerró el puño en repetidas ocasiones antes de intentarlo de nuevo. Sujetándose tenazmente la muñeca con la mano menos diestra

para mitigar el temblor, pegó la palma extendida al cristal y ascendió muy despacio hasta la escurridiza bolita. En cuanto la tuvo al alcance, se abalanzó sobre ella como una tarántula de cinco patas sobre su presa. El botín compensó el esfuerzo. El ansia viva se alió con la codicia para pisotear sus preferencias alcohólicas. Apresó una de ellas por el cuello de forma aleatoria y bebió.

Algo después, ya recuperado el control, resolvió que debía comunicarse con Sancho.

—Espero que te hayas levantado con una buena resaca —fue lo primero que escuchó Ólafur Olafsson.

—Así ha sido, pero ya está muerta y enterrada. No recuerdo nada, pero supongo que debo pedirte disculpas y agradecerte que me hayas aceptado en tu casa.

—No te preocupes, me lo cobraré cuando te vea. Tengo poco tiempo, ando con un lío cojonudo entre manos. Espero que no le hayas cogido demasiado cariño a la casa porque sobre las doce del mediodía va a presentarse allí una empresa de mudanzas.

El islandés carraspeó con inusitada pujanza.

—Ya. ¿Te cambias de casa?

—Así es. En la entrada he dejado un plano de la nueva casa, un juego de llaves y una hoja con las instrucciones que tienen que seguir para colocarlo todo. Solo tienes que abrirles la puerta y dejarles trabajar. Te nombro responsable de la seguridad de mi colección de cedés, no quiero que se extravíe ninguno, ya sabes.

—Ya. Colección de cedés. Entendido.

—Me gustaría comer contigo, pero no voy a poder. Te veo más tarde en la nueva dirección.

—No te preocupes por mí, me las arreglaré. Luego hablamos y gracias otra vez.

Nada más colgar, recorrió el escenario donde sabía que había finalizado un capítulo importante en la vida de su colega pelirrojo. No tardó en comprender el motivo por el que se cambiaba de vivienda. Definitivamente, no había tanta diferencia entre los dos, pero no era menos cierto que una casa no era un hogar si no contenía un par de botellas de Four Roses en algún armario.

Comprobó la hora y se puso la gabardina para deshacer el entuerto.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Lo había barruntado mucho antes de golpear la puerta. Sin embargo, tras la visita de Gorka durante la fase de oscuridad, Rita terminó imponiéndose a Marga y juntas empezaron a amasar un plan que, una vez horneado, estaba a la espera de ser cortado en rebanadas.

Y la primera era atraer a su cancerbero.

«Vamos, cerdo asqueroso, baja de una vez», se repetía entre dientes.

Al escuchar el sonido de sus pesadas botas bajando las escaleras, teniendo todavía fresco el bofetón que le había propinado, ganó toda la distancia que pudo respecto a la entrada.

Reconoció el chirrido de la rejilla y quiso anticiparse.

—¡Necesito asearme! —declamó.

No hubo respuesta.

—Por favor, llevo días sin lavarme y… me ha bajado. Lo necesito.

Silencio.

—¡Me siento asquerosa! ¡Esto es repugnante!

—¡No grites, hostias! ¡No grites! Ahora vuelvo.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Cada minuto que tardó en regresar era una tonelada de arena en su reloj de impaciencia.

—Quédate muy quietecita donde estás —le advirtió desde fuera—. No me la líes o te vuelvo a poner el bozal y las cadenas.

—No me muevo, no me muevo —aseguró Margarita.

La puerta se abrió. Gorka, cubierto con el pasamontañas y su atuendo habitual, transportaba un barreño azul con ambas manos. Bajo el brazo asomaba algo que concentró toda su atención.

—¿Eso es ropa limpia? ¡Ropa limpia!

Gorka emitió un gruñido antes de dejar en el suelo el recipiente con agua y la esponja.

—¡Gracias, gracias de verdad! ¡Ropa limpia! —repitió ella emocionada.

—Te he traído un par de trapos para que…, para que te pongas ahí. Si tú te portas bien conmigo, yo me porto bien contigo. ¿Entiendes? Esa es la única norma —apuntó arrojando las prendas sobre el colchón —. El agua ya tiene jabón. La toalla está limpia. Estaré aquí fuera esperando.

Todo era parte del plan de Rita. Margarita no alcanzaba a verlo, pero podía sentir la lujuriosa mirada de Gorka a través de la rendija. Se situó donde pudiera verla bien, evitando la zona sombría antes de empezar a desnudarse, muy despacio, a la velocidad con la que emergen las burbujas en una copa de cava. Primero se despojó de la condenada camiseta de la peña Bagur. Hundió la esponja en el barreño y se la pasó con delicadeza por las axilas y el cuello. Para ganar en credibilidad, empezó a tararear la primera canción que le vino a la cabeza. Curiosamente, en su disquetera mental solo aparecían los portorriqueños de Calle 13 y, de forma aleatoria, le salió *Latinoamérica.* Aquella era una de sus preferidas y, como sucedía con el resto, se sabía la letra de memoria. Sin embargo, en aquella comprometida tesitura, solo fue capaz de verbalizar el estribillo.

Rehuyendo entrar en contacto visual con la ranura, se quitó el sujetador. Introdujo las manos en el agua tibia y se acarició la piel, enfatizando en los senos. El aire del ventilador y la propia naturaleza hicieron que los pezones cobraran vigor. Reconoció el sonido metálico de la hebilla del cinturón golpeando contra el suelo. Era el momento. Dando intencionadamente la espalda a su espectador, se desabotonó el pantalón y en el mismo movimiento se desnudó por completo. Antes de girarse, recurrió a la esponja para tapar su sexo, aunque, si hubiera sabido que Gorka ya había eyaculado contra la puerta, habría terminado con la función. Sin embargo, quiso ser fiel al libreto establecido y terminar la escena mostrando a cámara cómo se aseaba el pubis con férvida vehemencia.

Casi podía escuchar cómo salivaba.

Residencia de los Zúñiga Pérez

Gabriela les abrió la puerta con el rostro demudado y pronunció algo que ninguno alcanzó a entender. Podía respirarse la tensión a pesar de que la casa estaba bañada en una fragancia cítrica dulzona, una pócima confitada a base de mandarina sanguina, canela y bergamota.

—¿A qué huele aquí? —preguntó Sancho avanzando por el pasillo, dejándose guiar por el fragor de las voces provenientes del salón.

—A ambientador de hogares pudientes —calificó Sara Robles.

José Antonio estaba fuera de sí. Enrojecido de ira, parecía que el inminente estallido de la vena que descendía por la sien salpicaría la cara de Fajardo, que se limitaba a aguantar estoicamente sus gritos y aspavientos. Azucena y Alfredo, sentados en el sofá, se agarraban con fuerza las manos, lacrimógenos, susurrándose dogmas aprendidos tan recurrentes como yermos.

En un alarde de paciencia, Sancho esperó confiando en que su irrupción provocara un efecto balsámico. En cuanto se percató de ello, Fajardo supo exprimir la coyuntura.

—Después discutimos eso —le dijo el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones a José Antonio—. Ahora me urge informar al inspector Sancho. Solo le pido un voto de confianza, sé muy bien lo que hago, créame.

Fajardo hizo un gesto a los recién llegados para que le siguieran a la habitación de la quinceañera. Tras reproducir varias veces la conversación, se aclaró la voz.

—Tenemos un candidato, máquina —dijo bajando la voz para contener la euforia—. A primera hora he recibido noticias de nuestros amigos mexicanos —anunció abriendo una carpeta— y la comparación de las grabaciones no deja lugar a dudas. Es su voz.

Servando Garay, alias el Chimuelo, conocido también como comandante Chimuelo o comandante 54. Creemos que pertenece o ha pertenecido a los Zetas. Nació en el D. F., pero es de ascendencia española y tiene pasaporte español. Entró en España en marzo del 2010. Fue detenido a los pocos días por un delito de tenencia de drogas y enviado de cabeza al centro penitenciario de Botafuegos, en Algeciras. Salió en julio del 2011 y no sabemos nada más. Tomad y leed —le previno entregándole su expediente.

Sancho y Sara lo leyeron detenidamente.

—Hay que joderse… —calificó el pelirrojo luego de verificar el nivel delictivo del sujeto.

La inspectora Robles resopló.

—Chimuelo —dijo Sancho—. ¿Qué coño significa eso de Chimuelo?

—Desdentado —se apresuró a responder la Triple Efe.

—¿Y cómo es posible que este tío haya entrado en España? —se preguntó Sara Robles en voz alta.

—Eso sucede en las mejores familias, pero la cagada gorda es que lo soltaran sin empaquetarlo a México. Lo típico, el clásico error del funcionario de turno que no se percata de que el tal Servando Garay tiene la doble nacionalidad y no manda comprobar sus antecedentes en el momento de la detención. Se le perdió la pista. No hay registros de salida del país, ninguna dirección conocida, nada a su nombre. Aquí lo tenéis.

Sancho puso a trabajar su *gyrus fusiforme*.

Tenía un rostro demasiado común, adocenado en general, corriente en particular; con rasgos indígenas muy difuminados, como si no hubieran arraigado en sus genes y se hubieran ido borrando con el paso del tiempo. La barba cerrada sombreaba el mentón, ancho y apaisado, constituyendo el único rasgo de fiereza contenida en la pose frontal. Las de perfil denotaban cierta deformidad en el maxilar superior como corolario de la escasez de piezas dentales. En la mejilla izquierda presentaba una cicatriz fea, un siete mal trazado, un tajo incómodo en el que no crecía el vello facial.

—Por lo menos ha tenido la deferencia de hacerse la foto con la boca cerrada.

—Tiene toda la cara de mierdecilla de suburbio, un auténtico «chupatermómetros» —calificó el pelirrojo.

Sara Robles no pudo contener una sonrisa tan manifiesta como silente. Fajardo fijó su atención en la foto y asintió varias veces.

—Esa me gusta. Operación bautizada. Al lío —apremió Fajardo disminuyendo ostensiblemente el volumen de su voz—. Gracias al papaíto ya ha prendido la mecha de la alarma social. El colegio de la niña ha anunciado concentraciones diarias en el patio y cada viernes en la plaza Mayor hasta que Margarita regrese a las aulas. Todos los

periódicos se hacen eco de la noticia y supongo que en este preciso momento estarán debatiendo si publicar la foto del comandante Chimuelo en las portadas de los periódicos. Peor no podría presentarse el asunto, con esto nos toca lidiar. Sabemos que Garay le ha dado otro terminal al abuelo para comunicarse con él y el último número desde el que le ha llamado se corresponde con uno de los que compró el yonki. Lo tenemos intervenido, pero eso él no lo sabe.

—¿Cómo podemos estar seguros? —quiso saber la inspectora.

—No lo estamos ni lo estaremos, pero si usáramos la cabeza —dijo con retintín señalándose las sienes con los índices— la lógica nos diría que si supiera que está intervenido no se habría arriesgado a montar el «pifostio» de esta mañana con el abuelito, ¿no le parece, inspectora? De cualquier manera, no tenemos más remedio que funcionar a base de hipótesis. Ni siquiera sabemos con certeza si la niña está viva en estos momentos.

Fajardo retomó inmediatamente la palabra negándole el turno de réplica.

—Yo estaba empezando en esto cuando me tocó acompañar a mi predecesor en un asunto francamente complicado en México. Una banda de hijos de puta sin escrúpulos agarraron al hijo de un empresario español cerca de Morelia, capital de Michoacán, uno de los estados más peligrosos del país. Pagaron tres millones de dólares en dos plazos y cuando por fin encontramos el cuerpo descubrimos que llevaba muerto y enterrado más de dos meses. Lo mataron a golpes a las primeras de cambio. Así y todo siguieron extorsionando a la familia. Es una práctica muy común allí.

Sancho sitió el impulso de interrumpirle para aclarar algo que no le cuadraba en el relato, sin embargo, prefirió guardárselo mientras se rascaba la barba con avidez.

—Tenemos que tener preparado el dispositivo en cuanto vuelva a comunicarse con la familia. Me apuesto la casa de muñecas de mi hija a que muy pronto le pondremos el collar al galgo.

—A la larga, el galgo a la liebre mata —apuntó Sancho.

—Seguro, Sanchito, seguro, pero a la Triple Efe le han autorizado una unidad cóndor y le va a tirar de la correa solo con que abra el hocico. Y como me toque los cojones lo ahorco en un árbol del paseo Zorrilla. ¿Has visto? Ya me conozco la vía principal de tu pueblo.

Sancho no entró al trapo y los gritos desesperados de Azucena provenientes del salón hicieron que los tres tragaran saliva.

—Espero que tu hija no pierda su casa de muñecas porque ahí fuera no van a aguantar mucho más —cerró Sancho.

—Por ahora la foto no sale de aquí —advirtió Fajardo—, hagamos lo posible para que no trascienda a los medios o empezarán a llover llamadas de decenas de malnacidos diciendo que tienen a la niña.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Jugueteaba con una lata de refresco que había cedido a la oxidación del abandono. Llevaba tanto tiempo contemplándola que casi le dio pena arrojarla desde el desvencijado sofá en el que estaba recostado al montón de escombros.

Teniendo ya acondicionada la *suite*, Servando Garay no había hecho otra cosa a lo largo de la jornada que barruntar sobre lo que había descubierto la noche anterior. El vasco no estaba jugando del todo limpio y, aunque podía comprender que le hubiera ocultado el hecho de que estuviera participando una tercera persona en el papel de carcelero, no dejaba de preguntarse qué había de cierto en aquella historia que le había motivado a pergeñar aquel plan tan enrevesado. Y si algo aprendió del Mochaorejas era que cuanto más se simplificaba menos probabilidades existían de cometer errores. Controlar todos los hilos era una tarea harto complicada pero esta se tornaba imposible cuando había algunos que él desconocía, como era el caso.

En unas horas iban a tener que alimentar la caldera con una buena palada de carbón y, a pesar de que el mexicano tenía decidido que si algo se torcía él no se iba a quedar a enderezarlo, presentía que aquella era su gran oportunidad para volver a casa. Y no estaba dispuesto a desperdiciarla. Por eso se empeñó en que debía averiguar el paradero de la niña.

Tanto cavilar le dio hambre. Recordó que había guardado un buen trozo del bocadillo de tortilla de patatas que acostumbraba a almorzar en una gasolinera de mala muerte emplazada en la carretera con menos tránsito que había visto jamás, y efectivamente, lo halló en el fondo de la mochila. Nada sobra en casa del necesitado.

Poco más tarde, solo quedaban las migas que se arrojaron al vacío en cada mordisco, prefiriendo cualquier desventura a terminar en aquella estremecedora y repulsiva masticadera.

Fortalecido en sus convicciones, Servando Garay se levantó decidido para incorporarse a su puesto de vigilancia nocturna.

Residencia de Ramiro Sancho

Chispeaba. Pocos fenómenos atmosféricos le resultaban más molestos que aquella fina y fría llovizna que traía el final de la estación estival y el principio del otoño. «Peor que arrancar una nueva etapa de forma forzada es hacerlo arrastrando el recuerdo del agónico final de la anterior», pensó el inspector al bajarse del coche.

Horas antes, cuando lograron calmar el ataque de nervios de Azucena y salieron de la vivienda de los Zúñiga, se dirigió a comisaría junto a Sara Robles con el objeto de preparar el dispositivo de la operación Chupatermómetros en el caso de que se activara alguno de los teléfonos intervenidos. El jefe del Grupo de Homicidios también quería analizar los posibles avances que se hubieran producido en cada uno de los frentes abiertos de la investigación, por lo que allí les esperaban los subinspectores Matesanz y Peteira, si bien el gallego mantuvo una actitud más ausente que presente durante las más de tres horas que estuvieron picando piedra. Álvaro Peteira pareció adivinar las intenciones de Sancho y, antes de que este le pidiera que se quedara unos minutos para charlar con él sobre sus asuntos personales, se excusó y desapareció. El pelirrojo permaneció un rato más en comisaría tratando de exprimir unos frutos que ya no soltaban una gota de zumo: seco del todo el de la reconstrucción del momento del secuestro; agotado el del círculo íntimo de la víctima, y muy poco maduro el de la actividad de Helios. Así, en la cesta solo quedaba la posibilidad de hincarle el diente al pasado político del padre. Para ello, tendrían que traspasar una cáscara demasiado dura y recubierta de toxinas altamente nocivas para la salud.

De regreso, recibió una llamada de Gracia Galo que terminó extinguiéndose en una sucesión de pitidos continuos. Parado delante de la puerta metálica que daba acceso al porche de entrada de la que ya era su nueva casa, se preguntó si habría alguna forma de impedir el paso a los demonios que le acompañaban, de dejarlos fuera, calándose, arrugándose como el cartón bajo la lluvia. La respuesta la obtuvo cuando descubrió la figura de Ólafur Olafsson, sentado en las escaleras del patio inglés.

—*Mélcomin* —sonó la bienvenida en islandés.

Sancho se paró para darle tiempo a que se incorporara. El primer abrazo fue algo escarchado pero tras sacudirse el hielo a base de manotazos en la espalda llegó otro menos timorato, más templado. El pelirrojo agarró de la cara a su amigo y lo zarandeó con fuerza.

—¡Me alegro de verte, cabrón! —dijo en castellano.

Ólafur contuvo las lágrimas y se giró impetuosamente para evitar que se desparramaran sus flaquezas en el encuentro.

—Se han marchado hace un par de horas —introdujo cambiando de tercio y de idioma—. Espero que esté todo al gusto del señor.

Sancho recorrió el pasillo hasta el salón guiado por la luz artificial que bañaba la estancia. Bajo la moldura del arco que marcaba la entrada examinó el entorno y meneó la cabeza.

—Sorprendente —calificó.

—Esos chicos eran unos auténticos profesionales, aunque hemos tenido que hacer diversos cambios respecto al plano para encajar esos

muebles. No me he atrevido con algunos objetos de decoración —dijo refiriéndose al revólver del calibre 38 que reposaba encima de la mesa del comedor.

—Joder, ni me acordaba. ¿Todo eso es el correo? —preguntó Sancho señalando el montón de papeles amontonados junto al arma.

—Era lo que había en la otra casa más la correspondencia que no habías recogido del buzón.

—Será publicidad y cartas de admiradoras secretas, mañana lo tiro todo a tomar por el culo. ¿Mis discos? —quiso saber, impaciente.

—Allí —señaló.

El inspector desembaló la caja y capturó uno de forma aleatoria.

—¿Te gustan The Rolling Stones?

Ólafur hizo una mueca poco esclarecedora.

—Cojonudo. ¿Esto funciona? —se preguntó refiriéndose al equipo de sonido.

Los ritmos tribales de *Sympathy for the devil* sirvieron de respuesta.

Please allow me to introduce myself,
I'm a man of wealth and taste.
I've been around for a long long year,
stole many man's soul and faith.
I was around when Jesus Christ
had his moment of doubt and pain.
Made damn sure that Pilate
washed his hands and sealed his fate.

—Eso significa que vamos a celebrar el reencuentro como nos merecemos —propuso el islandés.

Sancho no supo negarse a pesar de que lo que le pedía el cuerpo era exiliarse en la cama hasta primavera.

—Como nos merecemos…, esto tiene visos de convertirse en un desastre de dimensiones colosales —advirtió—. Además, estamos de suerte. No hace mucho que hice mi ruta del vino particular. Pillo la carretera de Tudela de Duero hasta Peñafiel haciendo paradas estratégicas en Sardón de Duero y Quintanilla de Onésimo. Tiene que haber Mauro, Abadía Retuerta, Arzuaga, Pinna Fidelis, Pago de Carraovejas, Finca Resalso, Protos, Pesquera…, coño, la ocasión merece un Pingus, pero no me da el presupuesto. Lo que no tengo es una mísera cuña de Flor de Esgueva, mierda.

El islandés le escuchaba atentamente tratando de entender algo de lo que salía de la boca del pelirrojo solapado por la voz de Mick Jagger.

Pleased to meet you hope you guess my name.

But what's puzzling you is the nature of my game.

—Ahora solo me falta encontrarlo —dijo mirando en derredor.

—El vino está donde tiene que estar: en la bodega.

En la primera ronda de la conversación, Sancho se centró en desembrollar la madeja del secuestro ante la atenta mirada de su interlocutor, que apenas le interrumpió para hacerle algunas observaciones. Coincidiendo con la apertura de la segunda de Pago de Carraovejas crianza del 2010, Sancho se frotó la barba y destapó el interrogante:

—¿Qué demonios te está pasando?

La respuesta podría haberse extendido hasta terminar con las existencias del botellero, pero fue más corta que el siguiente trago que tuvo que dar el islandés para digerirla.

—Para saber cómo vivir, primero hay que tener un porqué y no encuentro ningún motivo para seguir arrastrándome —confesó.

—Arrastrarse ya es un motivo.

—No si acarreas una deuda. O mejor dicho, si eres consciente de cargar con el peso de la deuda. Todos somos culpables pero solo unos pocos cargamos con ese estigma.

Sancho rellenó las copas y Ólafur interpretó el gesto como una invitación a profundizar en aquel argumento.

—Los cambios se producen independientemente de que uno quiera o no ser partícipe de ello. El concepto del castigo es un buen ejemplo. Antes, quien causaba un perjuicio a un tercero era merecedor de una pena cuya severidad solía ser proporcional al daño ocasionado. Ese y no otro era el punto de partida desde el que se trazaba una línea recta. Existía una percepción armónica entre daño y condena. Sin embargo, no se sabe cuándo, este concepto de justicia ha sido sustituido en el empeño de los hombres que dictan las leyes por conseguir mayor equivalencia. Hablo de encontrar la forma de compensar el dolor. Pero ¿acaso es esto posible, Sancho? No, desde luego que no. No lo conseguiríamos aunque nos encerráramos en nuestro solipsismo y tiráramos la llave. Porque los grados de percepción son distintos para cada individuo y porque uno no puede ser libre cuando se limita a juzgar las acciones de los demás. La existencia en sí misma es angustiosa y consecuentemente resulta inevitable provocar dolor a los que nos rodean. El problema radica en que nunca se da la reciprocidad perfecta y, por tanto, las condenas son siempre injustas. Es indefectible y ni siquiera nos preocupa. No pagamos nuestras deudas en cien vidas, Sancho, porque en cada vida que malvivimos contraemos más y más obligaciones. Así, todos somos culpables, a pesar de que evitemos a toda costa reconocerlo para no aparentar nuestra vulnerabilidad. Tan fácil como reconocerlo, Sancho, tan fácil

como admitirlo.

Perdido en la traducción, Sancho optó por terminar su vino de un trago y batirse en retirada.

—Compañero, mi intelecto me pide una tregua y no quiero contraer una deuda que no pueda pagar. Así que, antes de que me dé por recitar líricas cristianas, me voy a desconectar de la realidad en este momento. Buenas noches.

—Que el cielo te guarde, yo me quedaré un rato más en este infierno.

—Me alegro de que hayas venido, aunque todo parece indicar que no tardaré demasiado en arrepentirme.

—Solo una cosa más.

El pelirrojo se giró haciendo visible su agotamiento.

—¿Te importa si enciendo la chimenea? —preguntó incorporándose de la silla.

—No, claro que no, lo que no sé es qué vas a utilizar para…

Ólafur se anticipó mostrándole *La obra de Augusto Ledesma.*

—Que se consuma en el fuego purificador —propuso el islandés.

Sancho no podía despegar la mirada de la cubierta del libro.

—Que se consuma en el fuego purificador —consintió a modo de despedida.

En el salón seguían sonando The Rolling Stones, pero no reconoció la canción. Subió las escaleras remolcando mucho más que el peso de su cuerpo y, sin importarle que la cama no estuviera vestida, se descalzó antes de cubrirse con una manta y dejarse caer sobre el colchón, su colchón. Con los ojos cerrados vio cómo el poemario de Augusto quedaba reducido a cenizas y se dejó engullir por un sueño tan conciliador como extraño, tan breve como infausto.

QUIEN CON NIÑOS SE ACUESTA MEADO SE LEVANTA

Estación de autobuses de Valladolid
C/ Puente Colgante, 2
6 de septiembre de 2012, 6:20

Las manillas del reloj provocaron que las mariposas que creía aletargadas en su estómago echaran a volar al unísono. Se ajustó la capucha, escondió la cabeza entre los hombros y apretó el paso. Se encaminó a los baños y se encerró en el de minusválidos para hacer la llamada. En cuanto se cercioró de que la conexión era correcta soltó el aire que había retenido en sus pulmones.

Invisible.

Lo había elaborado al detalle, a partir de aquel instante, cualquier fallo, por ínfimo que fuera, provocaría que todo se descontrolara, como una barca sin remos arrastrada por la marea contra las rocas. Tenía que acercarse a ese autobús pasando totalmente desapercibido para las cámaras, igual que antaño, cuando se tiraba días enteros siguiendo a sus objetivos sin que la escolta se percatara de su presencia.

Invisible.

Levantó la mirada una décima de segundo para verificar que ya empezaban a subir algunos pasajeros y el portaequipajes estaba abierto. Tal y como esperaba, el conductor, un hombre fornido, de mediana edad y la típica cara de autobusero somnoliento, estaba chequeando los billetes a los últimos viajeros con destino a Madrid. Inspiró antes de relajar el ritmo de la zancada.

Invisible.

Residencia de Ramiro Sancho

La vibración y el sonido del móvil se confabularon con el objeto de que se le dispararan las pulsaciones. Por suerte, no había bajado la

persiana y la luz artificial que entraba desde el exterior le ayudó a ubicarse en su nuevo dormitorio. El ruido venía del bolsillo del pantalón vaquero que había hecho las veces de pijama.

—Sancho —acertó a pronunciar.

—Sanchitooo, ¡ya puedes salir cagando leches de la cama, que no llegas a la boda! —vociferó Fajardo—. Ya te dije que ese mamón no tardaría en dar señales de vida. Tenemos enganchado el móvil. De momento no se escucha nada, pero ilumina nuestros pasos.

—¿Con quién ha comunicado?

—Un móvil en la provincia de Zamora. La llamada ha sido corta, tres segundos, sin decir nada, pero se le ha quedado pillado al cabrón.

—¿Pillado? ¿Cómo coño es eso? —quiso saber el inspector a la vez que se calzaba las botas.

—Sucede a veces. Tú llamas, hablas, cuelgas, pero el otro no corta la llamada y se queda pillada. Pillada, Sanchito, pillada.

Sancho resopló dudando.

—Que sí, máquina, tú haz caso a la Triple Efe, que sabe lo que se hace. Se desplaza muy rápido así que seguro que va en un vehículo; segurísimo —enfatizó—. La última ubicación que me ha dado Nacho es de un repetidor localizado en… Boecillo —leyó—. Ya puedes darle cera a la montura porque no llegas al banquete y me termino follando yo solito a la novia. Estoy con Bravo camino de la iglesia y este no se corta picando espuelas. Encárgate de avisar a tu gente, que se pongan el chaqué, metan una muda limpia en el maletero de los «K» y que abran los equipos de transmisión, pero que no se les ocurra poner los pirulos que la cagamos. Yo me encargo del cóndor. ¿Estás ahí?

—Saliendo de casa —No mentía—. Escucha, ¿has dicho Boecillo?

—Eso he dicho. Nacho dice que va por la N-601 dirección Madrid y si Nacho dice que va por allí, es que va por allí.

—¡La puta que me parió! Va a pasar por delante de mi casa —exclamó subiéndose al coche.

—Bueeeno. No te pongas la goma que todavía no tenemos identificado el vehículo. No intervenimos, recuérdaselo a tu gente. Continuamos por los equipos de transmisión, vamos por el canal 10.

Sancho alertó a los suyos para que se pusieran en marcha. Antes de pasar Mojados, a la espera de recibir nuevas noticias del posicionamiento, escuchó la voz de Fajardo.

—Identificad vehículos implicados y localizaciones.

—Focus azul, con Botello por la avenida de Madrid, a la altura del Colegio San Agustín —informó Peteira.

—Mondeo negro, pasando Laguna de Duero —dijo la inspectora Robles.

—Ya podéis pisarle a fondo —exhortó Sancho.

—Venga. Para comunicaciones usamos modelo y color —indicó

Fajardo, al mando del dispositivo—. La última posición emplaza el objetivo entre los kilómetros 163 y 140 de la N-601. Canal 8 abierto para pasar placas. No sobrepasamos vehículos ni hacemos identificaciones visuales de los ocupantes hasta comprobar propietario y domicilio. Cóndor, ¿me recibe?

—Le recibimos. Acabamos de despegar. Diez minutos para llegar a la zona. A su disposición.

Apenas había tráfico en ninguno de los dos sentidos. En la oscuridad de la noche, las luces traseras que buscaba Sancho brillaban por su ausencia. En esa franja horaria, aún era pronto para los primeros madrugadores y tarde para los últimos trasnochadores. El inspector miró el velocímetro al pasar por el desvío de Alcazarén: 171 kilómetros por hora. Pocos segundos después, se oía su voz en los micros de los equipos de transmisión.

—Tengo a la vista un vehículo. Voy a acercarme más.

—¡Matrícula, máquina, solo matrícula! —le reprendió el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

El pelirrojo soltó el acelerador y acarició el freno.

—Es un Citroën Pallas. Atención: Víctor, Alfa, 8845, Sierra. Diría que van dos ocupantes.

—Esperamos confirmación desde la base.

Esperó a escuchar la información para sobrepasarlo. No le hizo falta más de una décima para descartarlo.

—Dos ancianos. Sigo.

—Cóndor sobrevolando el área. Divisamos una berlina oscura, posiblemente un Audi A4 circulando a 165 kilómetros por hora. ¿Requiere aproximación para confirmar modelo?

—Negativo. Es mi vehículo. El objetivo tiene que estar por delante de mí —informó Sancho.

—Entendido. Vemos otro vehículo a dos kilómetros aproximadamente. Nos acercamos.

Sancho agarró fuerte el volante y hundió el acelerador aprovechando los seis kilómetros de recta que tenía por delante hasta llegar a Olmedo. Ni siquiera los densos y elegantes penachos de vapor que se levantaban a su derecha al pasar por las instalaciones de la azucarera Acor desviaron su atención del asfalto.

—Mondeo negro llegando a Mojados.

—Aquí Focus azul. Te tenemos a la vista —indicó Peteira.

—Astra gris pasando desvío de Alcazarén —informó Fajardo.

—Cóndor. Vemos otro vehículo entrando en Olmedo. Es un utilitario rojo de pequeñas dimensiones.

Haciendo caso omiso de las señales de control de velocidad, Sancho entró en la población castellana y se situó a pocos metros del nuevo objetivo.

—Es un Toyota Yaris: 9173, Foxtrot, Hotel, Kilo —dictó Sancho—. Un ocupante. Una mujer.

Sancho aceleró en cuanto llegó la identificación.

—Confirmado: es una mujer joven. Sigo.

—A todos los indicativos —intervino de nuevo Nacho Ávila—. Nueva ubicación del objetivo entre los kilómetros 142 y 118 de la N-601.

—Cóndor. Divisamos un autobús y dos vehículos detrás a dos kilómetros saliendo de Olmedo.

—Ya los veo. Un autobús —repitió el pelirrojo—. ¿Algún otro indicativo próximo?

—Focus azul y Mondeo negro entrando en Olmedo —dijo Sara Robles.

—Cóndor. ¿Tenéis algo más delante? —quiso saber Fajardo.

—Un camión, pero está a la altura de Martín Muñoz de las Posadas. Dígame si requiere aproximación para confirmar objetivo.

—Está fuera del rango —apreció Nacho Ávila.

—Negativo, cóndor. Apoye a los equipos que van tras el autobús y los dos turismos —ordenó Fajardo.

—Para mí el autobús —eligió Sancho—. Tengo una corazonada.

—Todo tuyo, máquina —dijo Fajardo—. El Focus, que se quede con Sancho. El Mondeo con el vehículo blanco, ahora os doy más detalles. Nosotros seguimos al X6, que también tengo un pálpito. Porque eso es un X6, ¿verdad, Sancho?

—Afirmativo. Está con el intermitente puesto, va a adelantar —avisó Sancho.

—Lo tenemos a la vista —avisó Fajardo—. El vehículo blanco es un Megane Coupé, 4567, Uniform, Tango, Mike.

—Sin conexión con la base de tráfico —anunció Nacho Ávila.

—¡A tomar por el culo! —protestó el jefe del operativo—. Un ocupante, hombre, de cuarenta o cuarenta y cinco años. Necesitamos saber la ruta de ese autobús y si tiene prevista alguna parada. Que alguien de la central se comunique con ALSA, anota la matrícula —le previno antes de dictársela.

—Anotada —confirmó Peteira—. Nos ponemos con ello.

—El X6 le está zurrando de lo lindo. Acabamos de pasar por el kilómetro 122.

—Cóndor. Tomamos altura pero seguimos con los objetivos a la vista.

—¿Cómo vamos con el teléfono? —quiso saber Sancho.

—Nacho, confirma y refresca la ubicación —le pidió Fajardo.

—Kilómetros 138 y 114. Solo se escucha un ruido de fondo, como de motor. No se registra ninguna conversación.

A Sancho no se le oyó resoplar a través de los equipos de

transmisión. Agarró el móvil y llamó a Peteira.

—Dime.

—¿Puedes hablar?

—Voy con Botello.

—Vale. ¿Qué te parece todo esto? ¿No te huele a mierda desde que metiste primera?

—No sé qué decirte. Es raro, sí, pero ¿qué hacemos?, ¿le dejamos correr a ver hasta dónde llega? No nos quedan más cojones que salir detrás —valoró el gallego.

—Tú y yo sabemos que ese cartón que nos han vendido no lleva premio, pero vamos a seguir tachando números hasta que alguien cante el puto bingo. Continuamos.

—El X6 se desvía por la N-403, dirección Pajares de Adaja. Le seguimos a distancia —reportó Fajardo por el equipo de transmisión —. Atento todo el mundo porque enseguida sabremos si es nuestra liebre. Nacho, cuéntanos.

—Estoy en ello.

—El Megane Coupé está adelantando al autobús, nos vamos con él —informó Sara Robles.

—A la espera de recibir noticias de la ruta del ALSA —reportó Botello.

—El Megane Coupé va a coger el desvío a la A6 —avisó de nuevo la inspectora.

—El autobús está aminorando la velocidad —intervino Sancho—. Tiene toda la pinta de que también va a Madrid por la autopista.

—Este sigue con prisa. A punto de llegar a Pajares de Adaja. Nacho, ¿qué? Dinos algo.

El silencio se adueñó de la comunicación unos segundos.

—Descartado el X6. Fuera de rango.

—Enterado. Volvemos hacia la autopista —dijo Fajardo sin ocultar la decepción.

—Sea lo que sea que estemos siguiendo, se encuentra en ese autobús —auguró el pelirrojo.

Durante los siguientes cuatro minutos no se escuchó nada por los equipos de transmisión.

—Atención a todos los indicativos —se pudo oír a Botello—. Ese ALSA va directo a Madrid, sin paradas.

—Nacho, nuevo posicionamiento.

—Kilómetros 118 y 89.

—Megane Coupé en el kilómetro 81, a punto de llegar a Villacastín. Fuera de rango, no es él.

—Muy bien. Ya tenemos ganador. A todos los equipos: nos vamos a Madrid sin hacer paradas, no nos queda otra —certificó Fajardo—. Cagando leches a Méndez Álvaro. Yo me encargo de avisar al séptimo

de caballería, vosotros no lo perdáis.

Una hora y doce minutos más tarde el ALSA entraba a su dársena en la estación madrileña.

—Para toda la malla —se escuchó decir a Fajardo—, si hay algún equipo ajeno a la operación en este canal, que salga inmediatamente. Tenéis la descripción del candidato. Solo marcamos. No se identifica a nadie ni se practican detenciones a no ser que yo lo diga. Nacho, vas a tener que afinar mucho, quiero información continua.

El despliegue lo conformaban ocho agentes de la Brigada de Información, cinco de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, y cuatro del Grupo de Homicidios de Valladolid repartidos por la estación en distintas posiciones, todas con buena visibilidad sobre el objetivo. Dos más del Grupo de Sistemas Especiales estaban apostados dispuestos a grabar a cuantos viajeros descendieran del autobús.

—Cazadora roja corta con capucha blanca por fuera, pantalón vaquero y mochila de deporte azul. Rasgos sudamericanos. Unos treinta y cinco años —se escuchó decir a alguien por los auriculares—. Parece que tiene prisa. Le sigo. Atentos fuera por si pilla un taxi.

—Avísanos cuando salga y canta la puerta.

—Atención —dijo otro—. Estoy viendo un tío de rasgos sudamericanos, con gorra de béisbol y chándal Adidas blanco. Está pillando su equipaje. Le noto nervioso. Me quedo con este.

—¿Nadie más? —quiso saber Fajardo.

—Sí. Tengo uno que encaja en la descripción. Cazadora de cuero negra, pantalón oscuro y mochila a la espalda. Unos cuarenta. Va hablando por el móvil hacia la boca del metro.

—¡Mierda puta! Nacho, ¿se registra alguna conversación?

—Negativo.

—No va a ser ese, pero síguele. ¿Alguien más?

Nadie contestó.

—Tenemos tres posibles candidatos: capucha blanca, gorra de béisbol y cazadora de cuero. Nos lo vais contando —ordenó el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones—. Que no nos muerdan, ¿de acuerdo?

—Gorra de béisbol se ha metido en el servicio. Entro.

Mientras, Sancho no quitaba ojo del autobús. A su lado, la inspectora Robles seguía examinando a los viajeros que, sin prisa, aún estaban en la dársena.

—Capucha blanca va a salir por la puerta lateral que da a Méndez Álvaro. Atentos fuera.

—K-1. Veo a capucha blanca. Preparados por si pilla un taxi.

—Cazadora de cuero hacia línea 6.

—Nacho, dime algo.

—Sin novedad. No hay movimiento, creo.

—Venga, no me jodas…

—No se puede ajustar tanto. Si va a pie tarda en registrar un nuevo posicionamiento, pero diría que está parado.

Sancho frunció los labios y se rascó la barba mientras sacaba su móvil y se quitaba el micrófono del equipo de transmisión.

—Álvaro, acércate a ver si queda algún bulto en el portaequipajes.

—Capucha blanca va a pie por Méndez Álvaro en dirección Atocha.

—El mío sigue aquí —se escuchó decir por el equipo de transmisión en voz queda.

—¡Qué tuyo ni qué hostias! —le reprendió la Triple Efe—. ¿Y dónde cojones es «aquí»?

—Gorra de béisbol en el baño —rectificó.

—Llegando el metro. Voy con cazadora de cuero, va a subir.

—Aquí no quedó nada —informó Peteira por el móvil echando un vistazo al portaequipajes.

—Revísalo a fondo —le pidió Sancho.

—Gorra de béisbol saliendo del baño.

—Vamos con él —dijo una voz que Fajardo reconoció como uno de los integrantes de su Unidad.

—Pedro, mejor engánchale tú.

—Entendido, me retiro —confirmó el anterior agente arrastrando cierta frustración.

—Sancho, vente para acá, anda —le exhortó el subinspector por el móvil.

—Nacho, ¿sigue sin moverse?

—Nada. Quieto.

—Con cazadora de cuero llegando a Pacífico.

—Cazadora de cuero, descartado —dijo Fajardo.

—Recibido. Vuelvo.

Ramiro Sancho lo leyó en los ojos claros de Peteira, más apesadumbrados que de costumbre.

—Ahí —le indicó haciendo un gesto con la mano—, adherido a la pared del fondo.

Sancho se agachó.

—¿Buscan algo? —les preguntó el conductor con cara de autobusero somnoliento.

—No —pronunció el pelirrojo con rotundidad al tiempo que le mostraba la placa—. Ya lo hemos encontrado. ¿Tienes un pañuelo a mano? —le pidió al subinspector Peteira.

El móvil estaba dentro de una caja de metacrilato transparente que se había mantenido sujeta en el interior del portaequipajes gracias a la cinta de doble cara. Seguía encendido, aunque en la pantalla parpadeaba el indicativo de batería baja.

—Quien con niños se acuesta meado se levanta —sentenció el

pelirrojo.

—En la cara, nos mearon en la puta cara —añadió el gallego encendiendo un cigarro.

—Hablando de caras, esta noche me gustaría tener un cara a cara contigo, si es posible.

Peteira no respondió, no era necesario. Sancho le regaló una palmada en el hombro antes de hablar por el equipo de transmisión.

—Atención a todos los indicativos, aquí el inspector Sancho. Suspendemos la operación. Hemos encontrado el móvil en cuestión en el portaequipajes del autobús. Era un señuelo —añadió.

Fajardo se mordió el interior de los carrillos y, aunque era consciente de que aquel fracaso daría mucho que hablar entre los detractores de la Triple Efe, no dejaba de preguntarse la razón por la que no había hecho caso a su intuición, esa voz que le advertía de que aquello olía muy mal. Repentinamente, sintió una fuerte contracción en la boca del estómago, como si alguien le hubiera cogido desprevenido y dado un buen puntapié.

Sacó el teléfono y marcó el número intuyendo que el destinatario no iba a atender la llamada.

El destinatario no atendió la llamada.

Estación de trenes de Pozaldez (provincia de Valladolid)

Al bajar del regional exprés procedente de Valladolid todavía le temblaban las piernas y el corazón le latía con fuerza inusitada. José Antonio Pérez Pérez se vio en la necesidad de sentarse en uno de los dos bancos de piedra anclados en el andén.

Desde que arrojó la bolsa por la ventanilla no dejaba de preguntarse: «¿Y ahora qué?».

Había seguido sus instrucciones al pie de la letra desde que le llegó el primero de los mensajes a uno de los dos teléfonos móviles que recogió en el Niccola Caffe, justo al que no estaba intervenido por la policía: «Prepárese para recoger el dinero del banco a primera hora. Métalo en una bolsa grande de deporte y espere instrucciones».

El director de Banca Privada del Popular, el señor Manso, le había encerrado en una sala, donde le sometió al tercer grado de forma sutil, a pesar de que estaba muy al corriente de los acontecimientos que acuciaban a la familia por los titulares aparecidos en prensa. José Antonio se vio forzado a rogarle —cosa inédita en su manual de procedimientos— cuando el director le avisó de que la normativa interna de la entidad le obligaba a dar parte al departamento de prevención contra el fraude. Finalmente, los doce años de antigüedad y el volumen de transacciones que realizaba su empresa pesaron

mucho más que las normas y el director Manso le dio su palabra de que no activaría tal protocolo.

Ni siquiera contó el dinero. Envió el mensaje de confirmación en cuanto puso los pies en la calle y no tardó en recibir otro que le decía que se dirigiera a la estación de trenes. Allí debía subirse al regional exprés que tenía prevista su salida a las 10:25 con destino a Ávila. Prácticamente viajaba solo y, nada más ponerse en marcha, el secuestrador le indicó que fuera al último vagón, advirtiéndole que le estarían vigilando y que cualquier error le costaría la vida de su nieta. Poco más tarde, consumido por las amenazas y sumido en un calamitoso estado de nervios, José Antonio leyó en la pantalla del móvil:

«En dos minutos esté preparado para arrojar la bolsa por la ventanilla. Yo le aviso».

El último mensaje tardó en aparecer una eternidad y tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido a pesar de que las imágenes que recogían sus retinas dijeran lo contrario.

«Meta el teléfono en la bolsa y arrójela al pasar por la estructura metálica».

Enseguida la reconoció por el ofensivo color verde que deslucía en los hierros. Al pasar por el puente sobre el Duero, el convoy redujo drásticamente la velocidad. Le costó levantar con ambas manos los más de siete kilos en papel moneda que contenía, pero suplió sus carencias físicas propias de la edad aliándose con su colérico estado de nervios. No había ni un alma en las proximidades y nadie le vio hacerlo, aunque eso a José Antonio Pérez ya le importaba poco. En cuanto la soltó se perdió en el vacío como si jamás hubiera pasado por sus manos, como si aquello, en realidad, no estuviera sucediendo.

No se apeó en la estación de Viana de Cega por el bloqueo de su sistema nervioso. En Valdestillas y Matapozuelos le sucedió tres cuartos de lo mismo y no se vio capacitado para reaccionar hasta que llegaron a Pozaldez.

Ya en el andén, carcomido por la incertidumbre, se atrevió a encender su móvil particular con la esperanza de encontrarse un mensaje del hombre que mantenía retenida a su única nieta.

A falta de uno llegaron tres. Fajardo estaba tratando de localizarle.

Carretera de Boecillo, 29 (Viana de Cega, Valladolid)

Todavía no había sacado las llaves del bolsillo cuando la puerta de casa se abrió como por arte de magia. El truco se explicaba tras el mandil de cuadros de su esposa, escondido en el puño que asía el picaporte y reflejado en sus facciones. Un truco que, por esperado, no

dejó de inquietar a Arturo Parrado.

—Qué, ¿es extraño o no es extraño? —le preguntó la Reme.

Parrado esperó a entrar en la casa antes de abrir la boca.

—¿Es que no vas a decir nada?

—Va a refrescar.

—Que sí, que yo también he visto el parte de esta mañana. Te digo que si has ido a comprobar lo que te dije.

—He ido, claro que he ido. ¿Queda algo de caldo?

—Algo quedará. Abre el frigorífico, que para eso Dios nos hizo las manos además de para jugar a las cartas —le recriminó.

Ese día, como todos los jueves desde que se jubilara del Cuerpo Nacional de Policía, Parrado tenía partida de julepe. Era el mejor día de la semana con diferencia del siguiente, pues se aseguraba de no tener que escuchar las monsergas de su mujer desde las cuatro de la tarde hasta las diez. Ahora bien, después de cenar y hasta la comida del día siguiente tocaba pagar la penitencia en el jardín.

—¿Es de verdura o de pollo?

—¡«Po-yo» qué sé! ¿Alguna vez te he hecho yo caldo de pollo? Que esa era tu madre, Arturo, que hervía hasta el pico y los espolones. De pollo, dice… Anda, trae que te lo caliento, no sea que se te vaya a caer y me toque sacar la fregona otra vez, que la acabo de guardar, que me paso todo el santo día con ella de la mano. Bueno, y ¿qué?, ¿has visto lo que te dije? —insistió la Reme.

—¿Y qué se supone que tenía que ver?

—¡Ay, este hombre…! Si ya lo decía mi hermana, que te faltaba un hervor, que me muero y no te educo, que no. ¡Válgame Dios!

El sonido de los cacharros golpeando entre sí rebotaba contra las paredes de la cocina.

—Y dónde demonios estará ahora el cazo de servir… —murmuró la Reme.

—¿Rosa o Paquita?

—¡¿Qué dices?!

—Que quién lo decía, Rosa o Paquita.

—¿Que quién decía qué?

—Eso de que me faltaba un hervor, cuál de tus hermanas lo decía, ¿la víbora de Rosa o la mala pécora de Paquita?

—¡Las dos! —estalló—. Una lo decía los días pares y la otra los impares. Madre del Amor Hermoso. ¡Qué cruz! ¡Qué vía crucis con este hombre!

—En esa casa ni se ve ni se escucha nada.

—¡Precisamente! Que no te enteras. Que podríamos estar rodeados de «calibanes» y tú, mientras jueguen a las cartas, tan contento.

—Talibanes, Remedios, se dice talibanes.

—Que rima con musulmanes, y de esos cuanto más lejos, mejor.

Aquí tiene el señor su caldo calentito.

Si hubiera tenido elección, a Arturo Parrado le habría gustado agarrar el caldo e irse al salón a tomárselo tranquilamente o, mejor aún, al pinar, pero la voz de la experiencia adquirida durante los cuarenta años de matrimonio le decía que huir no tenía sentido cuando se encontraba inmerso en el fragor de una batalla con su mujer. Así pues, prefirió hacer acopio de energía y escuchar lo que ella estaba a punto de decir.

—Tienen las persianas bajadas las veinticuatro horas del día. Cerrado a cal y canto. Dos hombres que rara vez salen de casa y un perro asesino cuidando la trasera. Ni un ruido. ¿Y qué me dices de los escombros que han dejado en el contenedor del Raimundo? ¿Eso también es normal? Yo te digo que habría que llamar a Fernando y a Ruth y averiguar qué calaña nos han metido en el vecindario. Que un día vuelves de la partida y me encuentras con la cabeza separada de los hombros.

Arturo soplaba ligeramente sobre la superficie del cazo, provocando un leve oleaje al tiempo que removía el fondo con la cuchara.

—Si quisieran que les llamaras te habrían dado su teléfono, ¿no crees? Me parece a mí que en ese sitio de Portugal al que se han ido a vivir no están muy preocupados por si sus inquilinos tiran o no tiran escombros al contenedor de obra del vecino. Mejor que dejarlos en la calle…

—Claro, claro. Mucho mejor. Y de lo demás… ¿qué tiene que decir el inspector Clouseau?

—Que no quieren que nadie les vea ni les moleste, Remedios. Nada más. Lo mismo son una pareja gay y han venido a encerrarse en su habitación. El mundo ha cambiado.

—Madre mía, madre mía, madre mía. La que me ha caído. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que podrían estar tramando algún atentado o algo? ¿No te he dicho y relatado cómo me trató ese sinvergüenza?

—Siete veces.

—¡Y otras setenta que te lo voy a decir hasta que averigües qué demonios sucede en esa casa!

Arturo Parrado encontró la salida.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Cuando vuelva de la partida me pasaré por allí con calma a ver qué pasa.

—¡Claro, hombre, claro! Con botella y media de clarete en el cuerpo vas a ver tú tres en un burro. ¿O crees que no sé lo que os sopláis tú y esos gañanes del Isra, el Canito y el Manteca? Si la pobre Marisa, que ya se ha ganado una plaza en el cielo a perpetuidad, me ha dicho que el Canito llega hecho un eccehomo…, por favor, que hay noches que ni atina con las llaves.

Arturo no pudo evitar sonreír; por dentro.

—Te pasas por allí antes de juntarte con esos «sacacuartos». A plena luz del día, no sea que te confunda la noche.

—De acuerdo, Remedios. Cuando salga para allá me paso y le doy una vuelta a la casa a ver si veo algo extraño.

—Pues eso. Virgen Santa, lo complicadas que resultan las cosas con este hombre. Al terminar deja el cacharro en el fregadero, que no me lo encuentre por ahí tirado, que llevo toda la mañana dale que te pego y no veo la hora de sentarme.

Arturo esperó a que la Reme desapareciera por la puerta para probar el caldo.

Le supo a pollo.

Comisaría de distrito de las Delicias

Durante el viaje de regreso de Madrid, tragando kilómetros fútiles, el inspector Sancho se había dedicado a tapiar la frustración colocando los adoquines que tenía tras cuatro jornadas de investigación: un rival con mucha más experiencia en el oficio de la que se reseñaba en su expediente delictivo; un yonki en el calabozo del que no iban a poder sacar nada más; la alarma social; la presión de los mandos; una familia destrozada; una operación fallida; y la sospecha de que José Antonio Pérez había actuado por su cuenta. Y lo que no tenía: la conexión entre los secuestradores y la víctima; ninguna pista sobre el posible paradero de la niña; la confianza de una familia desesperada por despertar de la pesadilla; y la cabeza despejada de otros nombres como el de Gracia Galo, Álvaro Peteira, Ólafur Olafsson y Augusto Ledesma.

Mucho que escribir y poco papel.

Como colofón, la llamada del comisario Herranz-Alfageme convocándole a una reunión a las seis de la tarde a instancias del comisario provincial Travieso en la Jefatura Superior. «Peor epílogo no podría tener la jornada», juzgó equivocadamente Sancho.

Cuando entró en las dependencias del Grupo, Matesanz le dio la bienvenida con una mueca que encerraba un «estas cosas pasan», un ungüento que resultó poco cicatrizante. Sara Robles y Jacinto Garrido estaban intercambiando opiniones acerca de los caminos que les iba a abrir el terminal utilizado de señuelo, ella postulaba por ninguno mientras que él apostaba que los mismos que había aportado el cliente del calabozo. Al veterano agente se le notaba extrañamente exaltado.

—¿Algún avance? —lanzó al aire el jefe del Grupo.

La inspectora le hizo un breve resumen.

—Los movimientos de una de las cuentas de las que es titular José Antonio Pérez refleja que ha sacado ochocientos mil euros de la venta

de varios paquetes de acciones que ordenó ayer mismo, pero no tenemos ni idea de qué ha hecho con ello, Fajardo está intentando averiguarlo.

—Estoy enterado. Lo ha citado aquí. Pronto despejaremos esa incógnita.

—¿Crees que les habrá pagado?

El pelirrojo elevó sus pobladas cejas casi hasta la mitad de la frente.

—Es más que probable —concluyó tratando de encontrar la forma de ordenar los montones de papeles que poblaban su mesa como tribus indomables en territorio hostil.

—O sea, que cabe la posibilidad de que la chica aparezca de un momento a otro —se aventuró Garrido.

—Podría, pero para eso la suerte nos tiene que venir de cara, no de culo. ¿Tenemos alguna novedad en la investigación sobre el pasado del concejal?

—Nada interesante. Menos de lo que parecía y, bajo mi punto de vista, no vamos a encontrar ninguna evidencia que se pueda relacionar con el secuestro.

—¿Y sobre la actividad del Grupo Helios? —le preguntó a Garrido.

—Montes ha dado con un exdirectivo, miembro del consejo de administración, que fue despedido en febrero. Tiene el caso en los tribunales, a ver si nos cuenta algo que no sepamos.

—¿Botello y Gómez?

—Áxel está rascando en el historial del comandante Chimuelo y Gómez estaba al habla con el director del penitenciario de Botafuegos, a ver si por ahí sale algo.

Sancho se tiró de los pelos del bigote en un intento de ordeñar la tensión.

—Hemos distribuido la foto del mexicano por cada comisaría y cuartel de la Guardia Civil, no nos extrañemos si aparece en los telediarios del mediodía —comentó Matesanz.

—Esperemos que no —escenificó la inspectora con las manos—. Como ese cabrón se vea acorralado, puede darnos un buen disgusto.

Al inspector le vibró el móvil.

—Sancho.

—Ya lo tenemos aquí —le avisó Fajardo-. Si te parece, baja tú a buscarlo, yo os espero en la sala de arriba.

—De acuerdo. Oye, apriétale, pero no le trates como a un delincuente cualquiera porque no te lo voy a consentir.

—Tranquilo, máquina, tranquilo, dejaré las corrientes eléctricas para otro día.

Cuando bajó las escaleras lo reconoció caminando en círculos. En su expresión no quedaban atisbos de la gallardía del empresario que hacía unos días se había puesto al frente de su familia para enfrentarse

al peor negocio de su dilatada existencia.

—Acompáñeme, por favor —le conminó el inspector estrechándole la mano. El abuelo evitó el escrutinio de la mirada del policía.

—¡Sancho, disculpa! —le gritó Sonsoles desde la garita de recepción.

El pelirrojo tuvo que doblar sus ciento ochenta y siete centímetros para atender a la llamada de la agente peinada a lo presentadora de magacín vespertino.

—Perdona, te he visto varias veces entrar y salir y me he quedado siempre con las ganas de preguntártelo.

—Dispara.

—¿Te localizó ya tu amigo? ¿Ese tal José de «nosequé»?

Sancho arrugó el semblante.

—Estuvo llamando durante semanas, día sí, día también. Necesitaba hablar contigo. Lo sé porque Esteban y Elena también hablaron con él varias veces. Evidentemente no le dijimos nada sobre tu… —Sonsoles buscó la palabra.

—Suspensión —le facilitó Sancho.

—Eso. A todos nos contaba lo mismo, que era un amigo tuyo y que tenía que tratar contigo un asunto personal. Alguna vez me dijo el apellido, sonaba a navarro o vasco, pero siempre que le pedía que me lo repitiera se despedía y me colgaba. Le preguntaré a alguno de estos si anotó su apellido.

—De acuerdo.

—El caso es que esta mañana —prosiguió ella—, en el cambio de turno, Esteban me ha preguntado si había vuelto a hablar con él y, como me he dado cuenta de que desde la semana pasada no tenía noticias suyas, he pensado que te habría localizado.

—Pues no.

—Pero… ¿sabes de quién te hablo?

—Tampoco, pero gracias.

Cuando Sancho entró en la sala, aquella conversación ya la había archivado en el departamento de la intrascendencia, sección de la irrelevancia, letra «O» de olvido.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Ni siquiera comprobó que estuviera todo el dinero.

El Chimuelo lo había hecho y se había llevado su mitad despidiéndose con una mueca sombría.

«Con buena lana se zurce cualquier descosido, hermano», afirmó desluciendo su despoblada sonrisa.

Con la cantidad que le correspondía, tenía suficiente para zanjar la

deuda con los Zetas y volver a su país, aunque ciertamente eso le preocupaba más bien poco. Lo único que le importaba en aquel momento era guardar la bolsa sin que Gorka se percatara de ello, así que esperó fuera hasta las tres y cinco en punto para entrar en la casa. Otra cosa no se le podía pedir, pero, si se le marcaban las pautas con órdenes concisas y sencillas, cumplía.

Rodeó la casa por el lateral hasta llegar a la caseta de Karatu. Apenas tenía que inclinar el cuerpo para compensar los casi cuatro kilos de papel moneda que acarreaba.

—¡Aúpa, Karatu!

El animal supo agradecer las carantoñas de su dueño moviendo el rabo con descontrolado fervor y buscando el contacto físico con sus patas delanteras.

—¿Ese retrasado te ha atado otra vez? Le voy a dejar suave con la somanta de hostias que le voy a meter. Anda, ve a correr por aquí, enseguida nos vamos a dar un paseo tú y yo.

En cuanto le soltó la cadena, el dogo argentino realizó varios *sprints* cortos, como si se estuviera preparando para alguna prueba de velocidad.

El vasco se puso de rodillas, introdujo medio cuerpo dentro de la caseta de Karatu y metió la bolsa muy al fondo.

Aquello no pasó desapercibido para los adiestrados ojos de un policía retirado que, apostado tras los setos que delimitaban la parcela del vecino, observaba la escena con cierta incredulidad. Remedios no se equivocaba, en esa casa estaba pasando algo; algo raro.

—Y ya sabes —continuó diciéndole a Karatu mientras rascaba tras las pequeñas y puntiagudas orejas del can—, al que asome por aquí el hocico…, te lo ñascas sin pedirme permiso. Buen perro. Ahora vengo, voy a ver qué hace el «tontolapolla» ese.

Retrocedió sobre sus pasos para entrar por la puerta principal e hizo todo el ruido que pudo para anunciar su llegada.

—¡Aúpa! Ya estás aquí —observó subiendo las escaleras del sótano.

—Eso parece.

—¿Y cómo fue, pues?

—Según el plan —dijo encendiendo un cigarro.

—Como Hannibal Smith de *El Equipo A*.

El comentario le colmó de tanto desprecio que no supo cómo reaccionar.

—¿Entonces? ¿Ahora cómo va la vaina? —quiso saber Gorka.

—Como teníamos establecido —introdujo recordando la sarta de mentiras que debía contarle—. Esta noche recojo los doscientos mil euros, traigo la talegada, la repartimos, me llevo a la niñata para soltarla y tú y yo no nos volvemos a ver el careto en la puta vida.

—Hombre, unos zuritos por el casco viejo lo mismo sí nos tomamos,

¿no?

—Ni zuritos ni hostias, y no me cuentes tus planes, porque, si nos enganchan, es mejor que no sepamos nada del otro, ¿entiendes?

—A mí no me vuelven a agarrar, antes me vuelo la cabeza, «cagüendiós». Eso lo saben hasta en Rusia.

Y era cierto, Gorka Arizmendi lo había pasado tan mal en la trena que se había jurado a sí mismo que, ocurriera lo que ocurriera, jamás volvería a pasar por allí.

—Te digo una cosa —continuó—: Si hay que quedarse aquí más tiempo para sacarles más tela, por mí no hay problema, que la tengo bien controlada, ¿eh? Que nos entendemos a la perfección.

Una conexión primitiva le hizo tocarse los genitales, gesto que no pasó desapercibido para su compañero.

—¿Le estás haciendo algo a la niña?

A Gorka se le descontrolaron algunos músculos de la cara y se volvió transparente a los enfurecidos ojos de su cómplice. Él mismo se dio cuenta y huyó con la mirada hacia ningún sitio.

—¡Me cago en tu puta madre! ¡¡Mírame!! —le gritó mordiendo la boquilla del cigarro mientras sacaba la automática del cinturón—. ¡¿Qué hostias le estás haciendo a la niña?!

Gorka hizo el ademán de levantarse del sofá, pero el cañón de la pistola en la frente se lo impidió.

—¡No le he tocado un pelo, te lo juro! ¡Nunca!

—¿Seguro? Mira que bajo cagando hostias y se lo pregunto. ¡¿Le has hecho algo a la niña?! —insistió—. Como te hayas pasado con ella te juro por mi alma que te meto dos tiros. ¡Te lo juro por Dios y por su puta madre!

—¡Baja si quieres! ¡Baja! —se defendió a voces.

El de Getaria quiso creerle, algo le decía que aquellos ojos saltones e insustanciales no mentían. Decidió liquidar el asunto y le retiró el arma de la cara.

—Deberías darte una ducha. Hueles a jabalí muerto.

Gorka no supo qué decir, notaba la garganta seca y las axilas humedecidas.

—¿Ya comió? —prosiguió. El humo azulado salía de su boca con cada palabra como si estuviera evadiéndose de su particular prisión pulmonar.

—¿El Karatu o la chavala? —quiso asegurar esta vez, todavía en proceso de recomposición.

—Ella, cojones.

—Yo le he bajado la comida. En una hora se lo recojo, como siempre.

—Pues aprovecha para asearte un poco, la hostia, que no vives en una cueva. Me voy fuera con el Karatu a respirar aire puro. Y, por

cierto, no me lo vuelvas a atar de día, que el animal tiene derecho a moverse. Que sea la última vez que te lo digo.

—Es que se pasa el día subido a la valla, ladrando a todo ser vivo que pasa por la acera. Está dando un cante del copón bendito.

—Como el resto de putos perros del vecindario. Tú ves la tele, el perro ladra.

Gorka declinó el enfrentamiento.

—*Agur*.

No se había alejado ni cien metros de la casa cuando vio que un hombre de sesenta años, chaleco verde y boina castellana al estilo Pío Baroja venía a su encuentro.

—Bonito animal, sí señor, un dogo argentino, ¿verdad?

—Así es —confirmó tajante.

—Estos perros son muy nobles si se les educa correctamente. Mi mujer haría las maletas si me viera entrar con uno de estos en casa.

—Hombre, pues si es por una buena causa, yo se lo presto unos días —bromeó el vasco para ocultar su incomodidad.

—Me lo voy a pensar, no crea. Arturo Parrado, para servirle —se presentó ofreciéndole la mano—. Vivimos unos números más arriba. Antes era nuestra casa de verano, pero desde que me jubilé nos hemos trasladado aquí. En invierno esto está más muerto que el cementerio de Las Contiendas.

—Justo eso fue lo que me hizo decidirme. Soy escultor y necesito tranquilidad para trabajar.

—Sí, ya me contó mi mujer.

Al oírlo, inclinó la cara para ganar campo de visión con su ojo izquierdo.

—Me dijo que habló con usted, o puede que con otra persona, a través de la puerta.

—Sería con mi socio. Trabajamos juntos en un encargo.

—Ya entiendo. Son del norte, ¿no? Déjeme adivinar… ¿Del País Vasco?

—Premio. Somos de Arrigorriaga, en Vizcaya.

—Curioso, habría apostado a que su acento era más de la zona de San Sebastián, pero, claro, uno si no es de allá no los distingue bien. Y, bueno, ¿hasta cuándo piensan quedarse? Nos gustaría invitarles a conocer nuestra gastronomía, que no le va a la zaga de la suya.

—Ya nos gustaría, pero trabajamos contrarreloj. Puede que en un par de semanas nos hayamos ido.

—Qué lástima. Mi mujer se va a llevar un buen disgusto, ya estaba pensando en el menú que les iba a ofrecer.

—Una pena, sí. Bueno, sigo con el paseo, que este tiene ganas de juerga.

—Muy bien. Encantado. Espero que podamos coincidir de nuevo

antes de que se marchen y cuidado, que tiene pinta de jarrear en un par de horas.

—Gracias, tomaremos precauciones —dijo al despedirse.

Cuando se subió al coche, Antonio Parrado buscó el número de teléfono de su antiguo compañero, un tipo de fiar que le debía un par de favores y que siempre respondía.

Jacinto Garrido resopló con hastío antes de descolgar el teléfono.

—¿Qué pasa, Parrado? ¡Cuánto tiempo!

—Voy al grano, Garri, que no quiero quitarte mucho tiempo —contestó el policía jubilado—. Tienes que venirte para acá en cuanto puedas. Están sucediendo cosas extrañas en casa de un vecino.

—¿Qué cosas extrañas?

—Cosas que no se ajustan al comportamiento lógico de las personas.

—Joder, Parrado, ¿otra paranoia de la Reme?

—Dos tíos con acento guipuchi y con un perro de presa encerrados en una casa, con las persianas bajadas y las ventanas cerradas. A uno de ellos acabo de verle escondiendo una mochila en la caseta del perro y se pasea por aquí con un hierro encima. Ojalá fuera otra de sus paranoias, Garri.

—¿Le has visto el arma?

—El arma no, pero sé distinguir el bulto. Iba empalmado, créeme.

—Está bien, Parrado. Ahora no puedo acercarme, andamos hasta arriba con un asunto, pero a última hora me paso por allí. Avisa a la Reme para que me tenga preparadas unas cuantas de sus especialidades.

—Cuenta con ello.

Llegaba tarde a la partida, pero le preocupaba mucho más cómo explicarle a su mujer lo que había visto que inventarse una excusa ante sus compañeros de cartas por llegar con retraso.

No estaba seguro de si su instinto le estaría o no jugando una mala pasada, pero lo cierto era que el paladar le pedía un whisky, no un clarete, y eso era una prueba irrebatible de que algo raro estaba sucediendo.

Pronto sabría qué.

LA CRUZ EN EL PECHO Y LA ESPADA EN LOS HECHOS

Caffriccio
Terminal 4 del aeropuerto de Madrid-Barajas
6 de septiembre de 2012, 16:05

Jaap Keergaard reconoció la cruz de tau de madera con los cuatro soles colgando de un sobrio cordón sobre el pecho del arcángel Zadkiel. Se trataba del emblema de honor que concedía la Congregación de los Hombres Puros a sus fieles más devotos, lo que provocó que se encendiera la chispa de la envidia en alguna parte de su alma e inmediatamente se propagara un incendio que no supo apagar. Nunca antes había coincidido con él en persona y, como dictaba la norma, desconocía su verdadero nombre. Lo único que había sido capaz de averiguar tenía que ver con su origen, natural de Ciudad del Cabo, y que su hoja de servicios era, cuando menos, igual de brillante que la suya.

Su compañero de espada estaba ojeando la prensa. Tenía sobre la mesa una taza de café solo y una botella de agua con gas ya terciada. El arcángel Uriel se detuvo a una distancia prudencial y se agarró las manos por detrás de la espalda como muestra de respeto.

—Uriel, siéntate, por favor —le invitó sin levantar la mirada—. ¿Te interesa el mundo de las finanzas?

—En absoluto.

—Lo imaginaba —pronunció con marcado aire socarrón pero sosteniendo un tono cálido y meloso.

Zadkiel tenía facciones sutiles, aniñadas. La extrema delgadez y la forma ovalada del rostro unido al corte con raya al medio le daban un aspecto de pastor presbiteriano de viudas descarriadas. Era el que menos experiencia atesoraba de todos y, sin embargo, era sabido que Zadkiel era el arcángel al que los guardianes de la Congregación recurrían con mayor frecuencia en los últimos meses. Uriel supo sacar partido de su parquedad para no caer en la provocación.

—Acabo de tomar tierra. Un café no me vendría nada mal —

comentó Uriel.

—Yo llevo aquí treinta y cinco minutos, veinte más de lo que debería después de mis dieciocho horas de viaje.

—Mi tardanza es consecuencia del retraso del vuelo —se justificó.

—La mentira no está dentro de los valores que afilan nuestras espadas, Uriel. Por cierto, ¿aún sigues utilizando esa radiografía falsa para pasarla por el arco?

—Mi prótesis de rodilla siempre me ha funcionado —aseveró Uriel, más molesto por la soberbia contenida en la pregunta que por el hecho de que estuviera al corriente del sistema que utilizaba.

—Existen otras formas de hacer, otros métodos menos arcaicos, más seguros, como el mío.

—Existen solo dos métodos: los que funcionan y los que no. Y el mío está entre los primeros.

Zadkiel asintió, condescendiente.

—He de decirte que he tenido el privilegio de verte en acción hace escasos minutos. Una interpretación maravillosa, incluso la forma de apoyar la pierna derecha resulta creíble.

—La experiencia suele imponerse a la ciencia. Yo también te he visto, hermano. ¿Te gusta la esencia de jazmín? —preguntó Uriel con notable acedo, humedeciéndose los labios con la lengua.

—Más a las mujeres que me persiguen que a mí, pero es una concesión que acostumbro a hacer. Y a ti…, ¿quién te persigue?

Jaap Keergaard se mesó lentamente la coleta, como siempre hacía para descargar el cúmulo de ansiedad. Luego levantó la mano para llamar la atención del camarero y pidió un café americano.

—Dejémonos de estupideces, la naturaleza de nuestra misión así lo requiere.

—Peter Frei lo requiere —concretó Zadkiel.

—No deberías pronunciar su nombre.

—Me hago cargo. Hasta donde yo sé, no llegaste a tiempo de cortar la cabeza a la serpiente antes de que inoculara su veneno en otros.

—Actué cuando me llegó el encargo —se defendió Uriel sin pretender excusarse.

—Lo sé. Erika Lopategui y Ramiro Sancho son nuestros objetivos. Ella es hija de un antiguo amigo y colaborador de Aarjen de Bruyn. Un exagente de la KGB y la Stasi, un psicólogo criminalista que murió no hace mucho en extrañas circunstancias.

—Armando Lopategui —completó Uriel—. Yo también he leído el informe.

—En Belgrado. Estaba metido en el asunto de los gemelos asesinos que tantos titulares han llenado los últimos meses.

—Conozco la historia —corroboró—, pero ahora no viene al caso.

—Siempre se puede aprender, la vanidad es el peor de nuestros

defectos.

Al arcángel Uriel empezó a palpitarle una vena en la vertical del ojo derecho.

—Y la ira nuestra peor consejera —añadió Zadkiel.

—«La cruz en el pecho y la espada en los hechos» —dijo Uriel citando una máxima de la Congregación.

—Ramiro Sancho.

—Inspector de Homicidios en Valladolid —completó Uriel exprimiendo el escaso remanente de paciencia que le quedaba—. Trabajó con Armando Lopategui en el caso que has mencionado y fue él quien lo resolvió de manera…

—Concluyente —completó—. Tenemos las dos direcciones. Lo que no nos dicen es cómo hemos de actuar. Individualmente o en equipo, aunque ambos ya hemos tomado esta decisión.

Uriel asintió levemente.

—Por mi parte no tengo preferencia alguna a la hora de elegir objetivo —reconoció Jaap Keergaard.

—Yo sí. Me gustaría enfrentarme con la mujer. Su fotografía me ha embaucado por algún motivo que no alcanzo a entender.

«¿Porque eres misógino, padeces del síndrome de Electra y te encanta provocar el sufrimiento de las mujeres? Yo también conozco tus debilidades», pensó Uriel.

—Entonces ya está decidido. Yo a Valladolid y tú a Bilbao. Suerte —le deseó al sudafricano levantándose de la mesa.

—Igualmente, hermano.

—El que llega tarde paga.

Jaap Keergaard se echó la mano a la billetera y tiró veinte euros sobre la mesa.

—Ya nos veremos —se despidió.

—Eso, hermano, es muy improbable.

CUANDO UNO ES PERRO VIEJO, PREFIERE ROER EL HUESO QUE SALIR CORRIENDO

Comisaría de distrito de las Delicias
C/ Gerona, s/n
6 de septiembre de 2012, 17:40

El interrogatorio se estaba dilatando más de lo que Fajardo esperaba; infinitamente más de lo que el pelirrojo habría querido. Desde el mismo momento en el que José Antonio Pérez Pérez ocupó su silla, comenzó a relatar con todo lujo de detalles lo acontecido aquella mañana. El inspector Sancho permitió que Fajardo llevara el peso del interrogatorio limitándose a hacer anotaciones durante la exposición del abuelo, que, lejos de mostrar arrepentimiento, no dejaba de repetir que volvería a hacerlo a modo de viga maestra para apuntalar su propia inseguridad. Sin embargo, esa robusta y firme edificación inicial se fue debilitando con el transcurso de los minutos como una cabaña de madera infestada de termitas; condenada a derrumbarse.

El de la Unidad de Secuestros y Extorsiones paseó la mirada por el techo antes de contestar la sempiterna e indefectible pregunta.

—Esperar y confiar —respondió el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones—, eso es lo único que podemos hacer en estas circunstancias.

—¡¿Es que aún no tienen nada?! ¿En todos estos días no han averiguado nada —recalcó— sobre esos malnacidos que tienen secuestrada a mi nieta? ¿Es que tenemos que cerrar los ojos y encomendarnos a la Divina Providencia? ¡Mi hija está al borde del colapso y yo también!

—Antes tenían la sartén por el mango, ahora, gracias a sus actos, tienen la sartén, el aceite y los huevos.

—¡No se atreva a culparme de la situación! ¡No se lo consiento! ¡Presentaré una queja ante sus superiores!

—Trate de ponerla en la parte de arriba del montón.

—¡Es usted un miserable! ¡¡Un miserable!!

—Cálmese. Yo no he dicho que vayamos a quedarnos cruzados de brazos. Esperar y confiar es lo único —remarcó— que les queda a ustedes por hacer, porque o liberan a Margarita en las próximas horas, o volverán a ponerse en contacto con usted para pedirle más dinero. Se lo advertí: pagar no es una opción.

—Señor, no pierda la esperanza —intercedió Sancho—. Nosotros seguimos estrechando el cerco y la información que nos ha proporcionado seguro que nos resultará de utilidad. Sin embargo, el inspector jefe Fajardo tiene razón. La situación actual es incierta.

Un silencio pegajoso impregnó las paredes de la sala.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueden tener retenida a mi nieta? —balbuceó José Antonio.

«Barajamos varias posibilidades y tenemos a toda nuestra gente inspeccionando el terreno. Ahora bien, si no nos alumbra la fortuna jamás daremos con su paradero», fue la siguiente frase que pensó el pelirrojo, aunque sus cuerdas vocales no la fabricaron.

—Lo mejor que puede hacer es estar al lado de quien más le necesita. Tendrán muchas preguntas que hacerle —le instó Fajardo—. Aquí ya no hacemos nada productivo.

Sancho lo acompañó hasta la salida y le pidió un taxi. Cuando lo vio desaparecer por la calle Gerona, contagiado por la desdicha ajena, se acordó de aquella vez en la que, teniendo veinte años y estudiando Derecho, un contacto le ofreció un puesto de cobrador de autopista. Nunca se había vuelto a acordar de aquello, pero en aquel preciso instante el pelirrojo deseaba ser cobrador de autopista, tranquilo, sentado en su garita, viendo los turismos pasar.

Levantó la vista y observó que el cielo se había cubierto a brochazos de nubes que amenazaban con un cambio brusco de la climatología. Sin entender muy bien por qué, sintió la necesidad de hablar con su inquilino islandés. Al segundo tono escuchó el tono grave y compacto de Ólafur Olafsson.

—Has leído mis intenciones, precisamente iba a llamarte yo.

—Somos almas gemelas. Quería saber si está todo en orden —le dijo Sancho.

—Un desorden equilibrado y armonioso —calificó—. Estoy bien, tratando de mantener a raya a la jauría, dándoles de comer lo justo para que no se rebelen contra su amo. ¿Qué tal tu jornada?

—Mejor no te lo cuento. ¿Has comido?

—Comer no está entre mis prioridades.

—Dijo el finado. ¿De qué querías hablarme?

—Espero que no te siente mal —introdujo como medida preventiva —. Esta mañana, para evitar que toda tu correspondencia terminara en el contenedor y motivado por el aburrimiento, me he atrevido a separar el ganado. Un rebaño muy pobre como bien intuías. Sin

embargo, había un ejemplar que me ha llamado la atención. Un sobre grande algo deteriorado que, cuando lo he ido a examinar, se me ha deshecho en la mano y desparramado todo el contenido por el suelo.

—No deberías haber arriesgado así tu vida, podría haberse tratado de una carta bomba —bromeó el español.

—No vas desencaminado. El remitente es un tal Aarjen de Bruyn, ¿te suena?

—¿Delantero holandés?

—Casi. Este era belga, pero no tiene nada que ver con el fútbol.

—¿Era?

—Este viejo sigue conservando el olfato y la curiosidad me ha llevado a darme una vuelta por la red. Mi francés no da para demasiado, pero el traductor de Google me ha servido para enterarme de lo que hay publicado sobre el asunto.

—Suéltalo de una vez.

—Este tal Aarjen de Bruyn, fiscal de profesión, se hizo famoso en su país por sostener durante muchos años que, tras el escándalo de Marc Dutroux, había una red pedófila a escala europea en la que involucraba a altos dignatarios políticos, empresariales e incluso eclesiásticos. Aquello terminó con su carrera, pero, a la vista de los acontecimientos, no con su investigación. El caso es que, en agosto, se le ha dado por desaparecido y no hay indicios de que haya sido algo voluntario, no sé si me explico.

—Te explicas, pero no sé dónde quieres ir a parar.

—Que el matasellos del sobre es del 4 agosto y que el último día que alguien lo vio respirando fue el día 14. Según las noticias que he leído sobre el caso, la policía ha certificado que el hombre no ha salido del país y en su apartamento no encontraron ningún indicio que les invite a pensar que haya hecho algún viaje. Pinta mal, ¿no crees?

—¿Qué contiene el sobre?

—Te leo el título: *La Congregación de los Hombres Puros. La puerta terrenal del infierno.*

—¿Y qué coño es eso? ¿Una novela satánica?

—Tiene ese grosor, pero no lo parece. No me he atrevido a meterle mano sin tu permiso.

—Amigo mío, no estoy para más asuntos diabólicos, que bastante tengo ya con lo cotidiano.

Ólafur se aclaró la garganta.

—Me gustaría echarle un vistazo.

—Todo tuyo.

—Gracias.

—Ya me contarás cómo termina y si averiguas por qué cojones ese tipo me ha enviado a mí esa mierda, por favor, no dejes de decírmelo. Otra cosa, esta noche tengo una conversación pendiente con un

compañero, no sé a qué hora llegaré a casa, pero prometo sacarte de paseo en cuanto pueda.

—No te preocupes por mí, sabré entretenerme —dijo pasando la primera página del informe.

En cuanto hubo colgado, Sancho barajó la posibilidad de devolver la llamada a Gracia Galo, pero finalmente guardó el móvil y volvió a desviar la mirada hacia el firmamento.

Ya no había rastro del azul.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Era el color que más echaba de menos.

Azul clarito.

Del que se pintaban las mañanas en Baqueira Beret cuando amanecía totalmente despejado. Entonces, le encantaba salir al porche de la cabaña que alquilaban sus padres todos los años aprovechando las vacaciones de Navidad y cargarse los pulmones con aquel aire frío y puro. A Margarita se le daba bien el esquí, a pesar de que no estaba entre sus aficiones preferidas. Le gustaba practicarlo, pero el envoltorio que adornaba lo demás le generaba rechazo. Aparentar era el deporte más practicado en la estación, pero en aquellas circunstancias hubiera dado lo que fuera por estar allí desayunando junto a su familia, aunque hubiera tenido que tragarse el discurso político matutino de su padre, las quejas de su madre por el desorden y las bromas carentes de gracia de Josean.

Principalmente por respirar azul clarito, como decía la canción de Calle 13.

Calculaba que había transcurrido un par de horas desde que el cerdo de su carcelero le había dejado la comida junto a la puerta y ahí se había quedado. Detestaba ese sabor de la legumbre precocinada y enlatada, le asqueaba la textura del pan reblandecido por la humedad, el maldito yogur de macedonia y el agua tibia. Pero sobre todo le repugnaba la idea de meterse en la boca cualquier cosa que hubiera pasado por las manos de aquel puerco asqueroso. Odiaba el sonido de sus pisadas, su repelente tono de voz, sus antiestéticos ojos saltones, odiaba hasta su ropa por tener contacto con su piel. Sin embargo, si algo le provocaba arcadas era ese penetrante olor, mezcla de sudor seco y musgo purulento, que enrarecía la pureza del aire cuando él lo invadía, intoxicando la atmósfera de su reino hasta hacerla miasmática. El ventilador, aliado natural a la fuerza, se encargaba de esparcirlo con un ritmo flemático pero suficiente para ensuciarlo todo. Tardaba demasiado en desaparecer. Era insoportable, porque durante ese espacio de tiempo tenía la impresión de que el alma de su

carcelero estuviera allí presente, vigilándola.

—Te vendría bien recordar las palabras del padre Damián sobre el perdón —le susurró la voz de Marga—. El rencor es un veneno que actúa lentamente, carcomiéndote por dentro, destruyendo tu espíritu.

—Al padre Damián nunca le han secuestrado ni se le han corrido encima —intervino Rita—. Bueno, lo mismo sí, pero consentido.

—¡Por Dios santo!

—¡Y por la Virgen María! Margarita y yo tenemos un plan. La próxima vez que ese cerdo venga a pajearse se va a llevar una sorpresa.

—Y tanto que sí —corroboró ella secándose las lágrimas—. Y tanto que sí.

Pronto la oscuridad lo devoraría todo, llegarían las tinieblas y con ellas su oportunidad. Mientras tanto, azul clarito.

Respirar azul clarito.

Calles del centro de Valladolid

Daba la sensación de que quería hacer frío, pero la temperatura era lo de menos en el aire festivo que se respiraba a esa hora en los aledaños de la plaza de San Benito. Aquel no era el mejor lugar para mantener una charla con Álvaro Peteira, principalmente porque el nivel de contaminación acústica superaba con creces la tolerancia de las palabras.

—Hay reliquias en los museos más modernas que esa —dijo Peteira señalando el discman que portaba Sancho en la mano.

—Ya, pero en esas mierdas modernas no caben mis joyas; escucha esta, mamón, que son paisanos tuyos —le dijo poniéndole los cascos.

El azul del mar inunda mis ojos,
el aroma de las flores me envuelve,
contra las rocas se estrellan mis enojos
y así toda esperanza me devuelve.

Malos tiempos para la lírica.

—¡Golpes Bajos, carallo! Germán Coppini, qué fenómeno. Y sí, la canción nos viene que ni pintada.

—Cuando quieras te lo presto —le ofreció Sancho guardando el artefacto en el bolsillo interior de la cazadora vaquera.

—¿Cómo fue? —preguntó Peteira casi sin querer.

El subinspector se refería a la reunión de urgencia convocada por el comisario provincial Travieso en las instalaciones de la Jefatura

Superior, encuentro que a Sancho le recordó mucho al que mantuvieron cuando atisbaron lo que se les venía encima en el caso de Augusto Ledesma.

Porque no hacía tanto de aquello.

Durante las más de dos horas que duró, el subdelegado del Gobierno, Pemán, había interpretado el papel de portavoz y altavoz de Alfredo Zúñiga, padre de la víctima, compañero de partido y amigo político. Fernando Fajardo Feix, despojado forzosamente de su socarronería, había defendido y justificado cada una de sus decisiones casi con la misma vehemencia con la que poco después lo haría el comisario Herranz-Alfageme respecto al desarrollo de la investigación. Travieso, en su afán mediador, había estado brillante en el arte de asentir y corroborar las intervenciones ajenas ante la perplejidad de la jueza Miralles, que no dejaba de preguntarse el motivo por el que el comisario provincial estaba sentado en aquella mesa, cuestión que inmediatamente se aplicaría a sí misma dado lo poco que pudo aportar. Sancho no participó más que en un puñado de ocasiones, siempre a requerimiento de alguno de los presentes o por alusiones, y estuvo conciso rayano en lo escueto. En el capítulo de conclusiones, para sorpresa de todos, fue Travieso el que más se acercó a la realidad de los hechos con una última intervención cultivada en lo más profundo de su despoblada cabeza que floreció en la boca tras prologar innecesariamente los labios: «"Oséase", que más nos vale a todos que mañana nos despertemos con la noticia de que la niña ha aparecido, porque de lo contrario los de arriba nos van a crujir como tostadas integrales; íntegramente, vaya». Asumiendo que ninguno iba a ser capaz de superar tan prolija cosecha, el silencio precedió a la paulatina retirada de los asistentes.

—De puta pena, así, en general —resumió el inspector.

—Tenemos que encontrar a esa niña —le conminó Peteira.

—No pienso en otra cosa, pero no he quedado contigo para hablar del asunto.

—Me lo temía.

—¿Adónde vamos?

—Decide tú: Manuel Carrasco en la plaza Mayor o bien OBK en las Delicias.

—¿Conoces al Tragaldabas?

Su expresión era un no rotundo.

—Antes lo he visto en la plaza de Portugalete y me he acordado de ti. Se trata de un personaje de la mitología castellana que…

—Mitología castellana, mitología castellana —repitió Peteira con aire socarrón.

—No es el momento, pero un día, si quieres, te hablo de la rica y profusa tradición mitológica de los castellanos: el Sacamantecas, los

malismos, los ojancos, los trasgos, el Bú, el Diablo Cojuelo, el Martinillo, el…

—Ya valió, ya valió —le cortó el subinspector, abrumado.

—No solo los gallegos y los vascos tienen raíces mitológicas en su cultura popular, que te quede claro, compañero.

—Para ti la perra gorda.

—Me la quedo. Mi padre estará muy orgulloso de mí en este instante, esté donde esté. Como te decía, el Tragaldabas es una especie de ogro con la boca enorme y una voracidad insaciable —calificó acompañando las palabras con mímica— cuya representación amigable se saca en ferias para disfrute de los niños. No hay un vallisoletano que no haya sido engullido por el tío Tragaldabas o la tía Melitona para ser expulsado por el culo.

—Precioso —calificó.

—Lo dicho: al verlo me he acordado de ti por tu capacidad para tragar y tragar con todo lo que te echen. Esta noche te toca escupirlo o cagarlo —le advirtió Sancho acompañando el aviso con varias palmaditas en la espalda.

—Vale —claudicó el gallego—. Pero yo paso de jugarme el careto con toda la chavalería por un pincho y una caña. Busquemos un garito tranquilo.

—¿Un garito tranquilo en plenas ferias? Complicado.

—Entonces uno cerca de la catedral, que tengo el coche en ese parking.

—¿El Farolito te cuadra?

—No, pero vamos.

Y fueron.

Lo recordaba más grande. Aquel había sido uno de los sitios más frecuentados por Sancho durante los años de universidad, por cercanía o borreguismo, por moda o costumbre, cuando los botellines costaban cien pesetas y todavía podía peinarse. Las tonalidades rojizas bien hermanadas con los revestimientos de madera se habían aliado para sumar puntos de confortabilidad en un ambiente sonoro dominado por el jazz y el rumor de las cálidas conversaciones.

—Salud —propuso Sancho levantando el tercio de cerveza.

Las pupilas de Peteira se destiñeron durante el trago.

—Precisamente de eso se trata, de la maldita salud —desveló al fin.

—Te escucho.

—Es Marcos. ¿Recuerdas que te comenté que estábamos pendientes de unas pruebas de Marquiños?

El pelirrojo asintió, Peteira dio otro sorbo a la cerveza para aclararse la voz.

—Adrenoleucodistrofia ligada al cromosoma X. Lo he repetido tantas veces que al final me aprendí el maldito nombre. Es una

enfermedad hereditaria que no tiene tratamiento y que se va a llevar a Marquiños por delante, Sancho, se lo va a llevar —dijo inclinando la cabeza como si no pudiera sostener el peso de la culpabilidad paterna.

Sancho le agarró un hombro y le zarandeó suavemente ahogando el conato de llanto que estaba a punto de propagarse entre los ocupantes de aquellos dos taburetes. Peteira dispuso del tiempo que necesitaba para rehacerse.

—El neuropediatra del Río Hortega nos dice que lo tienen que ingresar para hacerle un trasplante de médula ósea, pero solo como medida paliativa, carallo, para evitar que la enfermedad siga avanzando a ese ritmo. Además, implica un alto riesgo de sufrir complicaciones infecciosas graves.

—¡Hay que joderse! —murmuró Sancho apretando los dientes.

—Mucho, Sancho. Hay que joderse mucho.

—Tiene que existir una solución, siempre la hay.

—Puede. El doctor nos habló de una terapia génica que consiste en extraerle células para luego introducirle una versión sana del gen afectado o algo así, que tampoco es que nos enteremos del todo con los términos que utiliza esta gente. La terapia experimental en cuestión se probó en la Universidad de París y los resultados, que fueron bastante alentadores, se publicaron en una revista científica de renombre. Ahora bien, el problema es que la curación es solo para ricos, carallo.

—¿Entonces es cuestión de dinero?

—Precisamente, de doscientos mil para arriba, Sancho, y ni nosotros ni mis padres ni los de Patricia disponemos de esa cantidad. El caso es que en unos dos años Marquiños quedará en estado vegetativo. Podría aguantar hasta diez años así, imagínate el calvario; y luego morirá. Así nos lo dijeron. ¡Morirá y yo no sé qué puedo hacer! No tengo ni puta idea, Sancho. ¡Estoy acojonado, Sancho, acojonado de verdad! ¿Sabes qué me preguntó Santi el otro día?

Sancho se limitó a sostenerle la mirada. El subinspector descargó la suya en el botellero antes de coger aire por la boca.

—Si se muere mi hermano, ¿con quién voy a jugar yo? No me jodas, Sancho, se me partió el alma. No le pude ni contestar. Me tuve que ir a dar una vuelta. A llorar por las esquinas, como un idiota. Te juro que me he planteado agarrar la Franchi y pegarle el palo a quienes tú y yo sabemos…, te lo juro, Sancho, te lo juro. Tanto dinero sucio que pasó por nuestras manos y no agarramos nunca un billete y ahora, ahora quién me va a poner el fajo encima de la mesa para que podamos curar a Marquiños, ¿eh? Contéstame, Sancho.

Esta vez nada pudo hacer el inspector para evitar que las lágrimas hicieran acto de presencia.

—Algo haremos —logró pronunciar—. Algo haremos.

Pero en aquella tesitura no hicieron más que pedir otra ronda.

Carretera de Boecillo, 29 (*Viana de Cega, Valladolid)*

—Y, bueno, entonces ¿vas a seguir comiéndote mis mantecados o les vas a poner las esposas a esos maleantes?

Jacinto Garrido levantó la mirada del vaso del leche, donde se podían ver flotando algunas migas solitarias, naufragadas en un blanco mar acristalado.

—Tranquila, mujer, tranquila. Que si resulta que, como dice Arturo —recalcó dejando claro el criterio que tenía valor para él—, ahí están pasando cosas raras, no van a dejar de pasar en los próximos cinco minutos.

—¿Vas a avisar a la central?

«Inmediatamente, para que me manden a tomar por el culo sin billete de vuelta y pierda la poca credibilidad que me queda», pensó para sí. Pero, cuando uno es perro viejo, prefiere roer el hueso que salir corriendo.

—No creo que sea necesario movilizar a los GEO, pero si lo veo muy mal, doy la alerta —contestó terminando de saborear el último bocado.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Arturo.

—No, tranquilo, supongo que sabré manejarlo yo solo. ¿Dónde decíais que era?

—En el 37, la última casa antes de llegar a esos bloques nuevos.

Pensando en lo estúpido que había sido prestando oídos a la llamada de Parrado, se vio sentado en su sofá de casa en menos de media hora con el mando de la televisión como único acompañante; eso lo tenía Garrido más que claro.

Pero se equivocaba.

En el sótano de la última casa antes de llegar a esos bloques nuevos que mencionaba la Reme, Gorka iluminaba con su linterna un cuerpo de mujer con apariencia de niña. Era su última noche con ella. Antes de encerrarse en su habitación para descansar unas horas, su socio le había informado de que ya había acordado el lugar donde se iba a producir el rescate. Todo terminaría en breve y ya tenía trazada la ruta de los clubes donde se iba a aliviar con unas cuantas profesionales del sexo en cuanto tuviera los bolsillos llenos. Entretanto, pensó que no le vendría nada mal descargar unas pocas hormonas. Le habría encantado sentir esa piel pálida y tersa, esas carnes apretadas, virginales, pero no quería arriesgarse a perder su

parte del botín, a pesar de que estaba seguro de que habría sido un polvo inolvidable como colofón.

Ella respiraba de forma cadenciosa, ajena como siempre a su presencia, como un cisne luciendo su dulce ingenuidad junto a un lago. No quería despertarla enfocándola directamente a los ojos, así que alumbró sus pálidas piernas como la porcelana sin pintar al tiempo que se desabrochaba el cinturón. Dormía de costado, con las manos bajo la cabeza y las piernas recogidas, ligera de ropa como era su costumbre, pero esta vez lo hacía sobre su lado derecho. Se fijó en esa boquita, remarcada por unos labios carnosos, sensuales, que bien podrían estar dando cobijo a su polla. Acompañó la bajada del calzoncillo y del pantalón para que la hebilla no golpeara contra el suelo y liberó el miembro, ya firme, preparado. Gorka decidió no dejarse llevar por la impaciencia, era su despedida y quería conservar un buen recuerdo. Se salivó la mano y acudió a las imágenes que tenía archivadas de ella, aseándose reticente ese coñito a estrenar; preparándose para él. Y rememorando aquellas instantáneas tan recientes y estimulantes se vio obligado a dejar de acariciarse el capullo con el pulgar y a disminuir la cadencia del masaje. Se la imaginó lamiéndoselo por fuera, deleitándose con su sabor, limpio, verdadero. Apretó los párpados y cambió la mano de posición, porque en su metraje particular ya se estaba viendo montándola por detrás, embistiendo a aquella pequeña zorrita mientras emitía gemidos que en sus oídos sonaban a «Me estás haciendo daño, pero no pares». Porque él conocía cómo funcionaban todas las mujeres y sabía muy bien cómo interpretar las señales, como la que le estaba llegando directamente desde lo más profundo de su polla. La sacudida era inminente, insostenible, e inclinó hacia atrás la cabeza al mismo tiempo que aumentaba la presión de sus dedos, porque era su última corrida con ella y se lo iba a dar todo. Llegaba el gran momento.

Justo el que ella había estado esperando.

Margarita aguardaba vigilante, con el ojo derecho entreabierto, parcialmente oculto entre los dedos de las manos; como la hoja de la lata que había escondido para castigar a ese cerdo asqueroso. Esta vez no la pringaría con su mierda.

Velocidad, sigilo y precisión. Velocidad para incorporarse del colchón valiéndose de las piernas como elemento de impulsión y de los codos como punto de apoyo; sigilo para no llamar su atención mientras estaba con los ojos cerrados a punto de correrse sobre ella y precisión para herirle en el cuello. Un único tajo, profundo y concluyente, en la misma yugular.

Mortal en no sabía cuánto tiempo, pero mortal.

Rita la avisó en cuanto vio que inclinaba la cabeza hacia atrás.

—¡Vamos! ¡¡Hazlo ahora!! Velocidad, sigilo y precisión —escuchó

en su cabeza.

Fue veloz y sigilosa, como en los ensayos, y tampoco le tembló el pulso a la hora de agarrar firmemente la hoja entre el índice y el pulgar, pero muy precisa no fue por la falta de luz, errando en el corte previsto por varios centímetros.

Gorka notó que se le abría la carne, pero el placer del orgasmo devoró al dolor; fugazmente, porque cuando su sistema nervioso procesó la alarma y se echó la mano a la cara, junto a la boca, notó que esta se había prolongado hasta el final de la mandíbula.

El alarido le sirvió de más desahogo que la propia eyaculación.

Dio dos pasos hacia atrás tratando de alumbrar hacia el lugar que su cerebro le exigía, el sitio del que procedía la amenaza. Entonces, lo descubrió. El rostro horroroso de un espectro que nada tenía que ver con la expresión angelical de la niña. Repentinamente se había transformado en el de una bruja en el punto más álgido de un aquelarre: los ojos incandescentes por el reflejo del haz de luz de la linterna; las cejas describiendo un arco imposible; mostrando sus fauces, con la mandíbula desencajada y con todos sus rasgos faciales convergiendo en el entrecejo.

Aullaba.

Gorka paró los dos siguientes ataques de la bruja con el antebrazo izquierdo y se valió del derecho para contraatacar contundentemente. La linterna impactó contra algo duro y los gritos cesaron en el acto. La arpía se tambaleaba con ambas manos agarrándose la sien. Tenía que sacar partido de la ventaja y se fue hacia ella proyectando ambas manos hacia delante para agarrarla del cuello. Sin embargo, con los pantalones por los tobillos, no pudo evitar perder la verticalidad y caer sobre ella.

Margarita no podía respirar, aunque no tenía forma de saber si era por el peso de Gorka o porque sus enormes manos le estaban oprimiendo la tráquea impidiendo el paso del oxígeno. Había fallado, eso era un hecho, pero no pensaba rendirse tan fácilmente y contaba con el aliento de Rita. Tenía las manos libres, así que concentró la fuerza que le quedaba en sus falanges distales, la multiplicó por la ira y la elevó a la enésima potencia que le regaló su instinto de supervivencia. Notó que las uñas se hundían con asombrosa facilidad en la cara de su agresor siguiendo el recorrido del corte que acababa de hacerle. Prácticamente sin resuello, notó que las puntas de los dedos se habían topado con algo duro y húmedo, los dientes, y enseguida encajó las piezas. Agarró el tejido con fuerza y tiró.

El pinchazo nació del nervio maxilar y los neurotransmisores hicieron su labor para llevarlo hasta la región postcentral de la corteza cerebral, donde superó con creces su umbral del dolor. Jamás había sentido un suplicio igual, pero, ciertamente, nunca le habían

desgarrado el músculo masetero. Tenía que terminar con esa fiera antes de que le desollara, pero la escasa iluminación que partía del lugar en el que había dejado caer la linterna resultaba insuficiente para localizar su objetivo con precisión. Entonces, de forma indeliberada ganó algo de distancia echando la cabeza hacia atrás. El primer cabezazo impactó en la frente de la niña con mucha menos violencia de la que le habría gustado, pero el siguiente sería definitivo.

Fue como si un meteorito hubiera colisionado con su frente y concluyó que nada podía hacer contra las fuerzas malignas del universo. El empobrecimiento gradual del nivel de oxígeno en la sangre estaba provocando la ralentización de sus funciones vitales. Casi no podía distinguir a su enemigo en la penumbra, a pesar de que aún podía percibir su fétido aliento mezclado con el olor de la sangre que le manaba de la boca. Margarita entendió y asumió que no volvería a respirar azul clarito.

Justo entonces, un resplandor lo bañó todo de un fulgor maravilloso, una claridad armónica, premonitoria.

Una quietud que se rompió en dos tiempos.

Garrido se paralizó al reconocer el sonido de los disparos, pero los treinta y seis años en el Cuerpo de Policía le hicieron reaccionar con prontitud y la secuencia de actuación correcta apareció en su cerebro: dar aviso a la sala del 091, ponerse el chaleco y acercarse cautelosamente a echar un vistazo.

Mientras deshacía el camino que le llevaba hasta su vehículo marcó los tres dígitos. No dejó que el agente pronunciara una sola palabra.

—Aquí Jacinto Garrido en la localidad de Viana de Cega. He escuchado dos disparos. ¡Enviad gente cagando leches!

—¿Dirección?

Hizo un esfuerzo por recordar el nombre de la calle que no hacía ni una hora que le había indicado su excompañero y el número que le había recalcado la Reme antes de salir de su casa.

—Carretera de Boecillo, el número… —se fijó en el de la casa que tenía enfrente y calculó—, el número 37.

—De acuerdo. Espere instrucciones.

Jadeando, más por la tensión que por el cansancio físico, abrió el maletero del coche y sacó el chaleco. Los veteranos siempre lo llevaban precisamente por eso, porque la experiencia les decía que nunca se sabe cuándo te vas a encontrar con una bala en el pecho; eso lo tenía Garrido más que claro. Se lo ajustó y emprendió la marcha empuñando con fuerza el 38 especial. La última vez que había desenfundado el Astra fue por un asunto de drogas en Madrid y ni siquiera estaba en el Grupo de Homicidios.

Se apostó junto a la verja. No detectó movimiento alguno y tampoco se escuchaba nada más allá de los sonidos propios de la nocturnidad que envolvía aquella casa. Le costaba tragar saliva, pero lo justificó aduciendo que tener los cojones en la garganta no ayudaba en una situación así. Calculó que los zetas llegarían en quince minutos, menos si había suerte, y elucubrando teorías sobre qué podría estar sucediendo allí dentro escuchó los gritos.

Chillidos de una mujer o un niño.

Aquello lo cambiaba todo. Tenía que entrar. Se incorporó para llegar hasta la puerta. Cerrada. Examinó la altura de los barrotes y los asió con fuerza para comprobar que no iban a ceder ante su peso. Garrido era consciente de que no estaba en su mejor momento, pero de ninguna forma esos hierros oxidados le iban a impedir llegar al otro lado; eso lo tenía Garrido más que claro.

Más quejidos, ahogados. Una niña. Sin duda era la voz de una niña. Como la de su nieta Silvia cuando le entraban esas rabietas que su hija no sabía aplacar. La adrenalina le ayudó a saltar el obstáculo con mucha más agilidad de la que se podría esperar de una persona mayor de cincuenta y cinco. Corrió los cuatro metros que le separaban de la fachada y volvió a sacar el Astra. Trató de inspeccionar el interior a través de dos hermosas ventanas afeadas por el paso del tiempo y la falta de cuidado; como él, pero la opacidad de las contraventanas no se lo permitió.

Más lamentos y gimoteos.

Espoleado por la incertidumbre, recorrió el lateral de la casa y asomó la cabeza al llegar al final de aquella pared plagada de desconchones. Distinguió la caseta del perro que le había mencionado Parrado y al enorme inquilino que le gruñía a menos de tres metros de distancia: un dogo argentino que, por suerte, estaba atado con una cadena. En ese momento maldijo haberle conocido, haber atendido su llamada y haberse plegado a su insistencia, pero sobre todo profirió insultos varios contra la Reme, por fisgona, entrometida y cotilla de pueblo. El animal no ladraba, lo cual acrecentaba todavía más su desconfianza. Era como si no le quisiera asustar y le estuviera invitando con un «Vamos, acércate un poquito más, que no te voy a hacer nada…». Descartó dispararle para no perder su única ventaja, ya que no sabía a cuántos se iba a encontrar dentro —si finalmente decidía entrar—. Lo que sí sabía era que uno, por lo menos uno, estaba armado y que la voz de la niña sonaba cada vez más apagada. Calculó por la longitud de la cadena que, si se pegaba al muro, aquella bestia no le alcanzaría, pero así y todo amartilló el revólver. Forzado por la acelerada sintonía de su latido, comenzó a dar pequeños pasos, precavidos, sin despegar la espalda de la pared ni la mirada de los diminutos ojos del dogo, porque si lo veía muy mal le iba a dejar

tieso; eso lo tenía Garrido más que claro.

—¡Ya voy, Karatu! ¡Tranquilo, amigo, que ya nos vamos! —escuchó decir Garrido desde dentro del porche. La voz estaba cargada de angustia, de prisa contenida. De inmediato reconoció el sonido de la puerta e instintivamente levantó el revólver a dos manos y adoptó la posición de disparo. En cuanto vio aparecer al tipo y comprobó que iba desarmado, le voceó con todo el ímpetu que había germinado en su propio miedo:

—¡Policía! ¡Tírate al suelo! ¡¡Ahora!!

Parking público de la plaza de Portugalete

Álvaro Peteira escrutaba la fachada de la catedral como si en alguna de las piedras que conformaban el gran arco de orden dórico de la fachada sur fueran a estar talladas las respuestas que buscaba. Minutos antes, intuyendo que era poco probable que la solución al problema de Marquiños se encontrara dentro de alguno, decidieron no seguir alineando cadáveres de botellines de Mahou sobre la barra del Farolito y dar por concluida la jornada.

Ninguno de los dos podía imaginar lo lejos que estaban de hacerlo.

—Álvaro, si en algún momento ves que no estás para…

—Olvídate. Si me quedara en casa, Patricia y yo terminaríamos a machetazos y ahora más que nunca necesitamos el uno del otro. Está muy nerviosa, lógicamente, y yo, yo estoy acojonado perdido, Sancho —le repitió el subinspector a punto de bajar las escaleras del parking.

—Paso a paso. Lo primero es obtener más información del tratamiento experimental, a saber: en qué consiste, duración, probabilidades de éxito, fechas y coste aproximado. Con todo ello tomáis una decisión y si esa pasa por París, entonces nos ponemos en marcha.

Álvaro Peteira le observaba con el recelo propio de su idiosincrasia galaica mezclada con esa lealtad con la que se tratan dos camaradas en serios apuros.

—Gracias.

—Para eso están los amigos, para ponerse hombro con hombro cuando llegan mal dadas.

—¿Y a ti? —comentó mientras encendía un pitillo mirando al cielo sin estrellas—, ¿a ti quién te cuida, Sancho?

—Mi gato islandés —respondió sacando el teléfono del bolsillo—. Me llaman de la sala. ¡Su puta madre! Verás cómo hay jarana.

—Sancho.

Silencio.

—Vamos para allá. Que me avisen en cuanto lleguen las primeras

unidades.

Colgó.

—¡Hay que rejoderse! Garrido está metido en un tiroteo en Viana de Cega. ¡A correr!

El gallego no hizo preguntas. Las ruedas del Ford Focus chillaron enloquecidas como si ese sonido agudo fuera su grito de guerra. Cuando salieron del aparcamiento subterráneo, la cara del subinspector Peteira ya no daba pena, daba miedo.

—¡Sus putos muertos! ¡¿Pero qué coño hace Garrido en Viana de Cega?! —se preguntó el inspector rascándose la barba con avidez—. Pon el pirulo y dale gas.

Pasaron por López Gómez sorteando el tráfico; por Miguel Íscar casi ni pasaron y en pleno paseo de Zorrilla los radares no eran más que cajitas metálicas que emitían un fogonazo a su paso.

—¿Carretera de Madrid o Puenteduero? —preguntó Peteira.

—Vete por Puenteduero, habrá menos gente. No me coge el puto teléfono, joder. No tiene cobertura. Pero ¿qué coño hace Garrido en Viana de Cega metido en un tiroteo? —volvió a preguntarse.

—Ni puta idea, allí no tenemos nada raro, que sepamos. ¿Disputa familiar?

—Podría ser, pero está muy cerca del lugar en el que el abuelo tiró la bolsa con el dinero. Demasiado cerca.

—Ya.

—Las casualidades existen pero, como me sucede con la Iglesia, yo no comulgo con ellas.

—Amén —concluyó el subinspector entrando en la carretera de Rueda.

Carretera de Boecillo, 37 (Viana de Cega, Valladolid)

Garrido se lo había repetido dos veces más.

—¡Vamos, cabrón! ¡Al puto suelo! —repitió con firmeza.

Era de estatura media, vestía un plumífero y tenía la cabeza cubierta por un gorro de lana oscuro. El hombre permaneció inmóvil un segundo más antes de girarse para enfrentarse con él. Tenía un párpado notablemente caído, pero, aun así, el veterano agente de policía sintió cómo el odio con el que le miraba le taladraba de parte a parte. En ese punto, supo que para detenerlo no le iba a quedar más remedio que bajárselo. Y cuando un policía tiene la certeza de que es así, lo mejor es que así sea cuanto antes; eso lo tenía Garrido más que claro.

Esta vez no se equivocaba.

La mano del sujeto desapareció tras la espalda para encontrarse con

la culata del arma que sujetaba en el cinturón. El movimiento fue rápido, pero no tanto como el del índice de Garrido presionando el gatillo. La bala le impactó en el pecho, cerca del hombro izquierdo, justo en el lugar al que estaba apuntando. La inercia del disparo a esa distancia lo empujó un metro hacia atrás antes de caer al suelo de costado. El objeto que se desprendió de su mano y que reposaba sobre las losetas del porche era una pistola, un arma con la que pretendía quitarle de en medio; eso lo tenía Garrido más que claro.

Tampoco esta vez se equivocaba.

Sorprendentemente, el animal cesó en su actitud agresiva, se sentó sobre sus cuartos traseros y observó la escena como si algo no le encajara bien en todo aquello. Aun así, Garrido se aproximó extremando la precaución hacia donde había caído el hierro y lo pateó lo más lejos que pudo sin dejar de apuntar al hombre, que, mientras se retorcía, balbuceaba palabras que le sonaron a euskera.

—Dime, cabrón, ¡¿cuántos más estáis dentro?! —preguntó endureciendo el tono pero sin levantar la voz.

Garrido se percató de que el perro lo examinaba con detenimiento, pero al ladear su enorme cabeza entendió que no lo miraba a él, sino que estaba siguiendo algo que se movía detrás de él. Cuando notó la dureza y la frialdad del cañón apoyado en su alopécico cogote, supo que estaba a punto de bajarse el telón; eso lo tenía Garrido más que claro.

El sonido del percutor al hacer estallar la carga de la bala se lo confirmó.

Ocho minutos después llegaba la primera dotación de uniformados: Águila 4, la pareja de la Unidad Motorizada conformada por Rubén Aguado y Daniel Navarro.

Dos vecinos marcaban el sitio exacto.

—¡A ver, señores! —gritó Navarro—. Vuelvan a sus casas inmediatamente.

—¿Qué está pasando? —quiso saber una señora de avanzada edad.

—Pasa que ustedes no pueden estar aquí. Hagan el favor de meterse en sus casas.

—Estamos en el lugar. No se escucha ni se ve nada extraño. La puerta de la verja y la principal están abiertas, esperamos instrucciones —dijo Aguado por el equipo de transmisión.

El jefe de la sala del 091 se comunicó con Sancho y acto seguido con Aguado.

—Valoren la situación. Entren solo si lo estiman necesario y extremen las precauciones. Unidades de apoyo en camino. Denme el recibido.

—Águila 4. Recibido. Vamos a entrar. Nano, yo voy por detrás —le indicó Navarro a su compañero con la reglamentaria en la mano y el doble acción seleccionado—. Mucho ojo, que esto es serio. Acabemos esto en el mismo estado en el que lo empezamos.

Navarro se arrepintió entonces de no haber seguido el repetido consejo de Cris y haberse comprado esos chalecos especiales con los que se habían blindado el resto de parejas de águilas. Rubén Aguado se acercó con cautela a la puerta de la casa en el momento en el que escucharon llegar a un zeta. Los agentes bajaron del coche con celeridad. Uno se quedó con Aguado y el otro rodeó la casa por el lado contrario al que lo había hecho Navarro. El de la motorizada fue el primero en encontrarse con un escenario tétrico iluminado parcialmente por un plafón de luz cerosa incrustado en el techo del porche: un hombre malherido apoyado en una caseta de perro, acariciando al animal, cuyo pelaje corto se había teñido de rojo por paños; unos metros más atrás, otro cuerpo boca abajo, inmóvil en el suelo sobre un gran charco oscuro y denso.

—Atención. ¡Aquí atrás tenemos un buen cristo! Dos hombres heridos. Enviad ambulancias medicalizadas cagando leches.

Sin dejar de apuntar al desconocido, el agente Navarro se aproximó al cuerpo que yacía inerte con un pésimo presentimiento.

—¡¿Qué cojones ha pasado aquí?! —preguntó el agente del zeta.

—Échame un ojo a ese —le dijo Navarro—. Cuidado, no pises por ahí —le señaló.

El águila reconoció al compañero a pesar de que la cabeza había perdido su configuración natural. Se observaba claramente un orificio de entrada en zona posterior y otro de salida por la parte frontal. El disparo a bocajarro con un calibre medio le había hecho perder mucha masa encefálica, desperdigada por las losetas. Algo descompuesto, Navarro se aproximó sin pisar un rastro de sangre que marcaba el camino que había seguido el hombre de la caseta. Se agachó para confirmar lo que ya sabía.

—¡Me cago en Dios!

—¡¿Es Garrido?! —preguntó el agente del zeta—. Joder, ¿se lo han cargado?

Navarro asintió con la cabeza, todavía en cuclillas.

—¡No paséis! —les gritó Navarro, muy alterado—. Vamos a intoxicar todo esto.

—Dentro no hay nadie, pero tenéis que bajar al sótano —se escuchó decir al otro policía que había entrado en la casa—. Creo que hemos encontrado dónde tenían retenida a esa chavalita.

—Y tú ¡¿qué?! ¡¿Has sido tú?! —inquirió Navarro sacando de nuevo la H&K USP—. ¡¿Has sido tú?!

—Tranquilo, guarda el hierro, Dani, no me jodas —le pidió su

compañero, Rubén Aguado.

—Ni tranquilo ni hostias, Nano.

El águila le presionó la herida buscando un efecto más desengrasante de la lengua que cauterizador.

—¡¿Has sido tú, hijo de la gran puta?! ¡Contesta, cojones!

El vasco aullaba de dolor al tiempo que negaba con la cabeza, pálido por la pérdida de sangre, casi como el pelaje de Karatu.

—Él me disparó a mí —se refirió a Garrido con la mirada— pero luego apareció el Chimuelo y lo mató.

—¡¿Quién cojones dices?!

—El Chimuelo, mi socio.

—¿Y qué lío teníais aquí montado?

El herido se encogió de hombros y se apoyó en el lomo del animal mientras le acariciaba la mandíbula.

—Claro, hijo de puta, tú solo pasabas por aquí, ¿no te jode? ¡Me cago en Dios! —vociferó.

Enseguida llegaron las ambulancias, luego más coches patrulla, vecinos y curiosos, entrometidos varios y cazadores de rumores que empezaron a saturar el lugar. El ulular de las sirenas anaranjadas y azules, las voces cada vez más exaltadas y los gritos encolerizados de los policías que acudían al escenario componían la acústica con la que se encontraron Sancho y Peteira al bajar del Focus.

El rostro demudado y la expresión compungida del agente Navarro era un manifiesto que contenía la respuesta a la pregunta que Sancho no llegó a formular. La garra le oprimió el estómago hincándole las uñas cuando siguió la indicación con la cabeza que le hizo otro agente. Asistió a la retirada en camilla del herido, ya inconsciente, al tiempo que el personal médico trataba de detener la hemorragia y le administraban oxígeno a través de la mascarilla. Por un instante pensó que aquella cara le resultaba familiar, pero, siendo consciente de sus habilidades para reconstruir rasgos faciales, concluyó que el *gyrus fusiforme* le estaba jugando una mala pasada. Inmediatamente, reconoció el cuerpo de su compañero, que se disponían a cubrir con una manta térmica.

Sancho contuvo el alarido mordiéndose el puño hasta que una orden de su cerebro le obligó a dejar de hacer presión con los dientes.

—Se lo cargaron, Sancho. Se cargaron al Garri —escuchó decir a Peteira a su espalda.

Al pelirrojo le temblaba el labio inferior.

—¿La niña? —preguntó en voz queda.

El subinspector negó con la cabeza. Sancho inspiró con vehemencia e inclinó la cabeza hacia atrás buscando cargarse de la serenidad necesaria para enderezar aquel caos.

—¿Quién ha llegado primero?

—Los águilas —respondió alguien.

Navarro estaba alejado unos metros, inmóvil como un jarrón decorativo, con la mirada descolgada en algún punto muerto del entorno.

—Dani, escúchame —le pidió el inspector posando la mano en el hombro del águila.

Dani Navarro le miró; ambos tenían una altura similar, aunque al águila se le veía más corpulento.

—Cuéntame.

—Nada más entrar, yo vine por detrás y Rubén entró en la casa con otro compañero que llegó después. Había un tipo herido —continuó llevándose la mano a la zona donde tenía localizado el disparo—, sentado ahí —le indicó—. Le pregunté. Me dijo que él recibió un disparo de Garrido pero que luego un tal Chimuelo se lo cargó. Le han volado la cabeza, Sancho. Toda esa mierda que hay por el suelo es su cerebro. Se lo han cargado. ¡Tenemos que hacer algo!

—Vale, cálmate. Lo agarraremos, pero tenemos que mantener la cabeza fría. Hay que montar un dispositivo de carreteras inmediatamente, no puede andar muy lejos. Interrogad a toda esa gente de ahí fuera, alguien tiene que haber visto el coche u oído algo. Dadme lo que sea para empezar, Dani. Tenemos que saber por dónde buscar.

Sancho tuvo que retirarse unos metros para conseguir cobertura y poder comunicar las terribles noticias al comisario Herranz-Alfageme. Cuando colgó, le sobrevino un vahído que a punto estuvo de hacerle perder la verticalidad. Apoyado en un muro vio llegar a Patricio Matesanz, Sara Robles, Montes y Áxel Botello, conocedores a todas luces de la noticia por cómo desfilaban hacia el lugar de los hechos: como una procesión de ánimas en pena, la Santa Compaña del Cuerpo Nacional de Policía.

«LA MUERTE SE ESTÁ FUMANDO MIS CIGARROS»

En algún lugar de la provincia de Valladolid
6 de septiembre de 2012, 23:04

Conducía extrañamente calmado. Con su seguro de vida sedada en el maletero y ninguna prisa por llegar, Servando Garay había dado unas cuantas vueltas hasta asegurarse de que nadie le seguía antes de dirigirse al lugar en el que había estado malviviendo semanas antes de que empezara el secuestro y donde tenía dispuesto un espacio «bien acondicionado» para su invitada.

No lo habían planeado así, ni mucho menos, pero a veces el destino no es equitativo repartiendo los triunfos. En aquella partida cuyo fin estaba ya cerca, todos parecían caer en sus manos y el Chimuelo había demostrado sobradamente que sabía bien cómo jugarlos. Y, si venían mal dadas, no se arrugaba a la hora de romper la baraja si había que romperla.

Ya le había pasado antes algo similar.

Cuando se planteó empezar con el negocio de los secuestros, no pretendía conseguir la exclusividad, pero lo que no estuvo dispuesto a permitir en ningún caso fue que otro lobo foráneo mordiera una sola oveja de las que pastaban en su territorio, perfectamente delimitado en los estados de Guerrero y Michoacán. Ganarse el respeto de los demás no fue tarea sencilla pero tenía asumido que era un paso ineludible. Así, no aceptó la propuesta de los Beltrán Leyva de compartir los beneficios, para eso ya pagaba tributo a los Zetas. Por un golpe del azar se enteró de que los hermanitos le habían enviado cuatro pelones para que le hicieran cambiar de opinión. No se arrugó. Los encontraron desmembrados a golpe de motosierra en dos cubos de basura en un parque de Zihuatanejo. Para que los pacos se entretuvieran recomponiendo los cuerpos, en uno metieron los troncos y en otro las extremidades. Las cabezas aparecieron en las puertas de sus familiares algunos días después, tal y como establecía el manual del narco.

Esa noche nada había salido como habían previsto, pero la situación no podía ser más favorable para sus intereses.

La suerte es para quien la busca.

No se precipitó al escuchar los dos disparos y tampoco intervino de inmediato conforme veía al poli saltar la valla en plan Charles Bronson. Casi no podía dar crédito a sus ojos, pero asistió entre bambalinas a la escena final y supo esperar pacientemente el momento de actuar. Volarle la cabeza le resultó gratificante a pesar de que se manchó el rostro y parte de la ropa. Un asco. Apenas tuvo oportunidad de intercambiar algunas palabras con el vasco, de alguna forma él entendió que la fortuna tiene que dar la espalda a unos para sonreír a otros y asumió dignamente el papel que le tocó interpretar. Admiraba su forma de adaptarse a las circunstancias.

Encontró a la niña maniatada en un radiador de la cocina y sintió algo similar al orgullo al verla con el bozal puesto, ese artilugio que él mismo había diseñado y manufacturado con esmero para impedir que las personas ladraran. Lo que no se esperaba era encontrarse al otro tipo del sótano, con la cara destrozada y dos tiros en la espalda. Sin tiempo que perder, la llevó en volandas hasta el maletero del coche y puso asfalto de por medio. En cuanto vio la oportunidad se paró en una zona deshabitada y poco iluminada, sacó el neceser de la guantera y le inyectó la ampolla de midazolam. Luego condujo hasta su guarida, pensando en lo mucho que le gustaría pasar una temporada larga en el Cerro Nube, al sur de Oaxaca, alejado de todo, como aquella vez en la que se vio obligado a desaparecer.

Servando Garay apagó las luces, descendió del vehículo con el motor en ralentí y permaneció estático durante unos minutos para cerciorarse de que la calma que solía reinar en aquel apartado emplazamiento seguía intacta. El Chimuelo se percató de que las temperaturas habían descendido de forma dramática mientras cubría el coche con las ramas y la hojarasca que tenía acumuladas para tal propósito. A continuación cargó con la niña y, prácticamente a oscuras, entró por el boquete que había practicado en el maltrecho vallado metálico que cercaba el perímetro. No alcanzaría los cincuenta kilos, pero le costó ríos de sudor bajarla hasta allí. No se sintió aliviado hasta que conectó el generador y pudo sentarse a horcajadas en la gruesa tubería que salía del depósito. Necesitaba concederse un pequeño respiro. Agarró la botella de Gusano Rojo que había previsto para festejar la ocasión y bebió directamente de ella. El mezcal le calentó el esófago y, sin saber muy bien por qué, empezó a silbar *Altar de muertos* entre trago y trago. Ponerse un poco a tono no le vendría mal para afrontar la siguiente tarea. Había decidido subir las apuestas y qué mejor momento que aprovechar que la niña estaba inconsciente para «redactar» el mensaje que iba a enviar a la familia.

Como enseña el maestro, ejecuta el aprendiz.

Comisaría de distrito de las Delicias

El improvisado y precipitado dispositivo de cierre de carreteras no había funcionado. En los controles de la Guardia Civil se habían practicado identificaciones selectivas en busca de un sospechoso de rasgos latinoamericanos, pero, en la medida en que seguían sin obtenerse resultados a las dos y media de la madrugada, se amplió el rango a casi cualquier ser humano capaz de conducir un vehículo. El único testimonio válido era el de una mujer septuagenaria que, desde la ventana del dormitorio, situada a unos cuarenta metros del lugar de los hechos, aseguraba haber visto a un hombre que salía de la casa con una niña en brazos. Le llamó la atención el comportamiento de ella, pero resolvió que debía de tratarse de una de esas jovencitas revoltosas de ahora. No obstante, su campo de visión iba acorde con la agudeza visual —escaso— y su declaración no aportó nada más. La Policía Científica ya estaba trabajando sobre el terreno y, aunque evitaban sacar conclusiones precipitadas, era más que evidente que Margarita había estado retenida en aquel sótano.

Media hora más tarde, tras la dilatada conversación telefónica que mantuvo con Fajardo, Sancho convocó en la comisaría a los miembros del Grupo de Homicidios de Valladolid. El último en llegar fue Botello. Arrastraba muestras evidentes de perplejidad, como si no alcanzara a entender la naturaleza de los acontecimientos que acababan de suceder. El inspector Sancho cerró la puerta, bajó las persianas antes de dirigirse a ellos y los miró a todos sin decir nada. A todos no, faltaba Garrido. No habló, no porque no tuviera nada que decir, sino porque las palabras no querían salir de su boca y sospechaba que, si lo conseguía, estas iban a ser fabricadas de forma harto defectuosa por sus cuerdas vocales.

Y la garra, la maldita garra ensañándose con su estómago.

Así que se concedió unos instantes mientras sus compañeros soltaban improperios, sembraban el aire con injurias y blasfemias, se desahogaban contra el mobiliario o liberaban la rabia en forma de lágrimas, densas y amargas, rebozadas en cólera y rellenas de frustración. Se fijó en la actitud de la inspectora Robles, apoyada en la mesa en la que se solía sentar Garrido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión blindada. Se percibían signos de dolor, pero principalmente en su semblante se reflejaba enfado. Un cabreo sincero, un torrente de furia contenida; malsana.

Sancho carraspeó varias veces y el sonido ambiente fue disminuyendo al tiempo que las miradas confluyeron en los irritados

ojos del pelirrojo.

—Toca joderse —arrancó al fin—. No queda otra porque, cuando a uno le joden vivo, primero, se lo come; luego, reacciona. Esta noche toca zamparse esta mierda entre todos. Cada uno la parte que le toque o, mejor aún, cada uno que se trague todo lo que pueda tragarse, así facilitará la labor a algún compañero. Ahora no corresponde buscar culpables ni sacar los malditos «y si» que siempre llevamos en la cartera. Sabemos que Garrido estaba allí por casualidad, que fue a ver a un excompañero, un tal Parrado, y que el destino quiso que fuera a hacer una comprobación rutinaria en el lugar donde tenían retenida a Margarita Zúñiga. Todavía no hemos identificado a ninguno de los dos sujetos, supongo que mañana mismo tendremos algún resultado. También estamos hurgando en el registro de propiedad de la vivienda a ver si sacamos algo. Matesanz ha hecho la primera inspección ocular del escenario. —Sancho le cedió la palabra con un movimiento de las cejas.

—Habrá que contrastar la teoría con los resultados de balística —introdujo el subinspector—, pero todo apunta a que el arma con la que han matado al del sótano es la que portaba el tipo del jardín en el momento en que Garrido le disparó. Una Beretta de .9 mm Parabellum.

—¿Sabemos cómo está ese cabrón? —preguntó Montes.

—Lo están interviniendo —contestó Sancho—, ha perdido mucha sangre y no saben si saldrá de esta; esperemos que sí y pronto, porque tiene un montón de cosas que contarnos. Sigue —le indicó a Matesanz.

—También parece claro que el impacto que recibió Garrido en la cabeza fue realizado a bocajarro por una tercera persona con un arma distinta, de calibre mayor, un revólver del .357 o un .38 especial, me atrevería a decir, por la violencia de la lesión y porque no se ha encontrado la vaina. Por la declaración del herido que tomó el agente Navarro, debemos pensar que la empuñaba el mexicano, que es el único que nos falta en la ecuación.

—Habrá que resolver esa incógnita pagándole con la misma moneda —profirió Gómez—. Yo mismo trincharé a ese puto sudaca si hace falta.

—Sudamericano —corrigió Sancho sin más—, y ya habrá tiempo para conjuras. Ahora es momento para la serenidad. Tenemos que estar tranquilos porque de otra manera no vamos a ser capaces de pensar y ese tío nos va a volver a joder. Os recuerdo que sigue teniendo a la niña o, lo que es lo mismo, sigue teniendo la sartén por el mango, el aceite y los huevos —dijo recordando la frase de Fajardo.

—Una vez, al principio, estando con Garri en un operativo de seguimiento —empezó a contar Matesanz, con la mirada en el suelo y la voz apagada—, nos quedamos los dos dormidos en el coche. Fuera

hacía un frío de cojones y teníamos la calefacción a tope, ya sabéis, demasiado café malo y escasas horas de descanso. El caso es que el prenda se puso en movimiento y, claro, lo perdimos. Días después lo pillamos en un puticlub cerca de Tomelloso, pero eso viene a cuento. Cuando Garri me despertó, porque era mi turno de vigilancia, me dijo: «Patricio, la hemos cagado». El cabrón estaba seguro de que el tío se había marchado, pero apenas me había quedado dormido media hora. En cuanto nos agarró Mejía por banda nos cayó una gorda, como es lógico, y luego tomando una birra me dijo: «Tengo la puta virtud de estar en el sitio equivocado en el instante menos propicio». Y eso es precisamente lo que le ha pasado.

Botello luchó por contener las lágrimas. Matesanz levantó la cabeza y prosiguió.

—Hace un par de días me confesó que estaba angustiado por la familia de Margarita. Ya sabéis que Garri se quedó viudo hace unos años y que tenía una hija y una nieta, Silvia, de trece o catorce años. Temblaba solo de pensar en la situación por la que está atravesando esa familia y no sé si os habíais dado cuenta, pero estaba trabajando muy duro en el caso. El jefe tiene razón —certificó mirando a Sancho —. Hoy toca joderse, pero mañana todos debemos tener una única idea en la cabeza: devolver a esa niña a sus padres. Eso es lo que nuestro compañero habría querido.

Tras un silencio cargado de gestos y muecas, Carmen Montes recogió el testigo.

—Yo no conocía mucho a Garrido, ya sabéis que no era un hombre precisamente extravertido ni simpático. Pero a raíz de trabajar codo con codo en la investigación del entorno empresarial de la familia he podido constatar que era un auténtico profesional. Amaba este maldito trabajo —apostilló—. Y es cierto, estaba obsesionado con encontrar algo en esos números que nos llevara a los secuestradores. Se llevaba montones de papeles a casa y cuando nos veíamos al día siguiente tenía un careto que no me hacía falta preguntarle qué tal había dormido. Esta misma mañana —la agente hizo una pausa al percatarse de lo rápido que se puede pasar de estar vivo a dejar de estarlo— me dijo que, si no se podía demostrar que hubiera una motivación económica, la elección de la víctima debía responder necesariamente a motivos personales. Una venganza por algún motivo que se nos escapa, no sé. Por eso creía que no se estaba haciendo todo lo necesario por quitarle la careta al concejal. Lo siento, inspectora, pero es lo que él pensaba y me he sentido en la obligación de decirlo. Un asunto personal —remarcó.

A Sancho le parpadeó una luz en el hipocampo, donde se almacenan los recuerdos, pero la voz de Sara Robles hizo que se fundiera el filamento.

—Has hecho lo correcto, Carmen —intervino la inspectora por alusiones—, y te lo agradezco. Tomo nota, aunque yo ya no sé por dónde buscar, sinceramente. No he encontrado ninguna conexión en el caso «trituradora» con redes internacionales, es más bien regional. Sin embargo, me comprometo a darle las vueltas que haga falta.

—La motivación —barruntó Sancho recuperando las palabras de la agente—. Tenemos que averiguar los motivos por los que un mexicano con el historial de Garay aparece en Valladolid. No parece muy probable que haya venido a montarse una sucursal de secuestros en nuestra ciudad, habría elegido otra, eso está claro. ¿Por qué en Valladolid? ¿Por qué Margarita Zúñiga? ¿Por qué un mexicano?

—Asumen demasiados riesgos, luego el premio que buscan debe ser gordo —intervino Botello.

—Puede que solo sea la distracción —conjeturó la inspectora.

—Explícate —dijo Sancho con marcado interés.

—Para que lo entendamos todos: es como si un equipo de tercera división fichara a Iniesta, por ejemplo. Sus rivales dejarían de fijarse en lo habitual, no analizarían su juego, si por las bandas o al pelotazo, porque, coño, tienen a Iniesta. Cubramos a Iniesta y olvidémonos del resto. Pues igual. Estos tienen a Garay, un mexicano experto en el asunto que enseguida hemos identificado porque quizá a ellos les interesaba mucho que supiéramos que cuentan con el Iniesta de los secuestros.

—No sabía que te gustaba el fútbol, jefa —comentó Gómez.

—No me gusta, pero Iniesta me cae bien.

Matesanz buscó al pelirrojo con la mirada. Asentía como un perro de salpicadero cuando le sonó el teléfono. Era Herranz-Alfageme.

—Sancho. Ya. Sí, estamos todos aquí. Entiendo.

Silencio.

—Muy bien, yo me encargo. Buenas noches.

Sancho se rascó la barba y se frotó la cara haciendo especial hincapié en aliviar el picor que se le acumulaba bajo las pestañas. Su organismo le mandaba señales inequívocas con un único mensaje: descansar.

—Tengo que marcharme al Anatómico Forense. A partir de mañana montarán la capilla ardiente en no sé dónde me ha dicho el comisario y ya sabéis: pompas fúnebres, medalla de reconocimiento y… —omitió lo siguiente que le pasó por la cabeza—. Mañana nos vemos. Tratad de dormir o no, me da igual, pero que mañana nos funcione a todos el tarro.

Al subir al coche se sobresaltó cuando sonó inesperadamente *Livin' on the edge,* de Aerosmith. Le pareció una pésima broma macabra y fue cuando se dio cuenta de que tenía las manos agarrotadas.

Había estado demasiado tiempo con los puños apretados.

We're livin on the edge,
you can't help yourself from fallin',
livin' on the edge,
you can't help yourself at all,
livin' on the edge,
you can't stop yourself from fallin',
livin' on the edge.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

La niña se estaba espabilando. Había tenido que aguardar casi dos horas a que se le pasara el efecto de la anestesia, pero gracias al mezcal y su inagotable repertorio de canciones populares había conseguido amenizar la espera. Quería evitar que sufriera un colapso al ponerle la morfina, como le ocurriera con aquel empresario de Chilapa cuyo nombre no llegó a memorizar jamás.

Desplegó el neceser de tela en una esquina de la manta sobre la que había tumbado a Margarita. La había cubierto con otra igual de andrajosa, porque cuando la sacó de la casa no llevaba ropa de abrigo y allí dentro la temperatura, aunque era estable, no superaba los doce grados. Hacerse con el material que requería le había resultado tan sencillo como lo era en su patria. Mismo procedimiento: localizar una farmacia en un pueblo perdido; esperar hasta altas horas de la madrugada; entrar y salir con el clásico botín del heroinómano apremiado. Aquello lo hizo pocas semanas después de que el vasco le incluyera en sus planes porque intuía que, más pronto que tarde, lo iba a necesitar.

La niña todavía llevaba puesto el bozal y no pensaba quitárselo por si terminaba de despertar, aunque, allí abajo, gritar era como enviar una carta sin sello ni destinatario: inútil. Además, las correas no le molestaban en absoluto para llevar a cabo la amputación. Con la yema de los dedos comprobó que el *cutter* estaba bien afilado y seguidamente exprimió el zumo de dos limones en el cuenco. Hubiera preferido utilizar dos verdaderas limas mexicanas, pero en la tienda solo tenían esas piezas amarillas e insulsas que en Europa denominan limón. Con ello conseguiría cortar la hemorragia y al mismo tiempo cumpliría su función cicatrizante y desinfectante. O eso esperaba. Servando Garay pinchó la aguja subcutánea en la ampolla de morfina y absorbió el mililitro del analgésico, suficiente para que ella no sintiera más que una ligera molestia. O eso pensaba, porque era un hecho incuestionable que una vez que el opiáceo recorría el organismo apenas se revolvían durante la operación. Le levantó ligeramente la

camiseta para clavarle la aguja en el deltoides, presionó con lentitud el émbolo y el contenido fue desapareciendo del estrecho cuerpo de la jeringuilla para aparecer en el estrecho cuerpo de la adolescente.

Aguantó pacientemente mientras se entretenía bañando la hoja retráctil en el zumo de los cítricos. Cuando notó que Margarita se sumergía de nuevo en un estado hipnótico ejercitó la mano antes de proceder. Con la mano izquierda estiró el pabellón auricular y con la derecha marcó el corte.

Un único tajo, firme y sereno, fue suficiente.

N-601

Conducía exangüe. Ni el agua, ni los caramelos, ni el chicle fueron eficaces enmascarando el sabor de la bilis que Sancho notaba adherido al paladar. Previamente, se había sugestionado frente a la puerta de la sala del Instituto Anatómico Forense, pero la garra cobró vida al enfrentarse con la cadavérica imagen de su compañero, desfigurado, como un rostro de cera mal copiado, pésimamente rematado. Las náuseas le invitaban a apartar la vista pero sostuvo la mirada en el cuerpo sin vida de su compañero hasta que Villamil volvió a cubrirlo. No cruzó palabra con él y tampoco el doctor hizo comentario alguno, sabedor de la vacuidad del verbo en aquellas circunstancias. Solo intercambiaron muecas cargadas de conmiseración y aquiescencia, y en ese estado irreflexivo se dispuso a regresar a casa sin saber muy bien a qué.

El reloj marcaba las 4:38 de la madrugada cuando se detuvo en el arcén de la autovía, a la altura de ningún sitio, con la desatención puesta en la espesura y los labios moviéndose de forma inconsciente sin pronunciar un solo fonema.

«Un asunto personal».

Lo había dicho Montes rememorando la teoría de Garrido: «Un asunto personal».

Y antes se lo había dicho Sonsoles, la agente que le informó de las llamadas recibidas de un supuesto amigo: «Un asunto personal».

Pero mucho antes aún se lo había dicho el Chupao: «Algún día, tú y yo, Urtzi. Porque tú y yo tenemos un asunto personal que resolver».

Aquello sucedió en el año 2000 en el calabozo de la comisaría de San Sebastián donde estaba adscrita su unidad dentro de la Brigada de Información. El Chupao, así le llamaban, fue uno de los grandes logros de Sancho durante su etapa en el País Vasco. Empleó bastantes meses en ganarse la confianza de uno de los integrantes del núcleo duro del Comando Donosti, encargado de buscar candidatos para llenar las «cárceles del pueblo» y de llenar las arcas de la organización a través

de las extorsiones a empresarios y los secuestros.

—¡Hay que joderse! —verbalizó al fin.

Repitió la misma frase hasta que se agotó el aire dentro del habitáculo y tuvo que salir fuera para compartirla con el mundo exterior.

Una y otra vez, como un mantra axiomático.

Extenuado, arremetió violentamente contra la carrocería del A4 y solo paró cuando notó que el dolor en puños y pies superaba los límites de lo irracional. Jadeaba, pero no por el cansancio. En el exterior también se había enrarecido el aire. No podía respirar, pero todo empezaba a cobrar sentido.

«Maldita sea mi puta vida… Era él, joder, era el Chupao. Aitzol…, ¿cómo se apellidaba? ¡¡Aitzol!! Su puta madre. Habrá salido de la cárcel y tenía que saldar esa cuenta pendiente. Me habrá reconocido por el puto vídeo que grabó Augusto Ledesma. Otra vez tú, hijo de puta, otra vez tú. Maldita sea mi puta vida… Garrido, joder. Pero, claro, el Chupao debía esperar a que me incorporara a mi puesto tras la suspensión, por eso llamaba tanto a comisaría y por eso dejó de llamar cuando regresé. Porque el muy cabrón todavía tenía un asunto que resolver conmigo; un asunto personal. Porque logré engañarle y le conseguí alojamiento en…, joder, no recuerdo dónde lo encerraron. ¿Y todo esto lo ha montado para joderme? No, no puede ser. Lo que no puede ser es que se trate de una puta coincidencia. No, no lo es. Nunca lo es. Seguro que no. Pero… ¿por qué secuestrar a una niña? ¿Por qué? Porque es su especialidad, joder. Y se ha ocupado de distraernos con el puto mexicano, el Iniesta de los secuestros, manda cojones. Por supuesto, es lo que mejor sabe hacer el cabrón y se ha llevado por delante a Garrido. Porque se trata del cabrón del Chupao, de eso no hay ninguna duda; es él. ¿Cómo cojones se apellidaba? Aitzol ¿qué? ¡Me cago en mi vida! ¡¿Y quién era el mierda de su socio?! ¿Y por qué se lo ha cepillado? ¿Qué ha pasado esta noche en esa casa? Algo no ha salido como él esperaba. Tengo que averiguarlo. Tengo que saber qué ha pasado y dónde está la niña. ¿Qué hora es? No. Ahora no me dejarán pasar a verlo. Mierda puta, necesito saberlo. Mañana me lo vas a contar, por mis cojones que me lo vas a contar desde el principio aunque tenga que arrancarte las palabras a hostias. No se te ocurra palmarla, cabrón, que me lo tienes que contar todo. Me cago en mi puta vida… ¿Cómo pensabas castigarme? No te mueras, hijo de puta, aguanta un poco, que me tienes contar quién es ese cadáver y dónde está la niña. ¿Dónde la tiene tu socio el mexicano? Me lo vas a contar, claro que sí. Me vas a devolver a esa niña por mis cojones, hijo de puta. Pero Garrido ya no vuelve. Maldita sea mi puta vida… Cabrón, has montado toda esta mierda para joderme y te has llevado por delante a otro. Me importa tres cojones

que no le hayas disparado tú, pero vas a pagar por ello. Mañana me lo vas a contar todo bien clarito, cabrón. No ha sido una coincidencia, ¿verdad? Tenías que saldar esa cuenta conmigo… Un asunto personal».

En algún momento Sancho tomó conciencia de que sus interrogantes no encontrarían respuesta esa noche. Sabía que no iba a poder conciliar el sueño, así que deseó que Ólafur todavía estuviera despierto, borracho a poder ser, para aguantar la deyección verbal que estaba a punto de reventar en el cráter de su cavidad bucal. Se subió al coche. No podía borrar de su mente la imagen de Garrido postrado en la camilla metálica, la expresión de Villamil antes de practicar la obligada y dolorosa autopsia, y la cara del Chupao. Por suerte, pocos minutos más tarde estaba entrando en la urbanización. Le costó dar con las llaves de casa. Todo estaba oscuro y, sin embargo, al final del pasillo detectó tímidos destellos, resplandores intermitentes que se reflejaban en las paredes del salón.

—¿Ólafur?

Nadie respondió, pero un sonido que no fue capaz de identificar precedió a la desaparición de los centelleos.

Encendió la luz y volvió a pronunciar su nombre, esta vez más alto.

—Aquí, en el salón —escuchó.

La voz era la del islandés, pero sonaba extraña, como agrietada. Olía a humo de tabaco estancado.

Las retinas de Sancho reconocieron el lugar, pero no así la composición: sobre la mesa, su portátil, un montón de papeles, dos ceniceros rebosantes de colillas y dos botellas sobre la mesa: una de Four Roses, vacía, y otra de Jameson, mediada. Sentado en su sofá amarillo de pensar reconoció a Ólafur Olafsson con la cabeza escondida entre las piernas mientras se masajeaba el cuero cabelludo con notable ensañamiento.

—¡¿Qué cojones pasa?! —quiso saber el pelirrojo, bastante más alterado que desconcertado.

—He comprado tabaco —respondió sin cambiar de postura.

—Si abres una ventana lo mismo tardas en morir un poco más.

—«La muerte se está fumando mis cigarros».

Sancho no abrió la boca.

—Es una frase de Bukowski, yo estoy tratando de revertir el proceso. Me estoy fumando la muerte.

—¡Me cago en mi puta vida! ¡Hoy no estoy para más hostias! Te prometo que no aguanto un gramo más de mierda. Dime, ¡¿qué cojones está pasando aquí?! —vociferó.

Ólafur sacó la cabeza y se giró. Tenía la esclerótica enrojecida pero demasiado húmeda para tratarse de un efecto de la ingesta alcohólica. Sancho nunca había visto esa expresión en el islandés; ciertamente,

parecía desvencijado.

—¿De verdad quieres saberlo?

Sancho dio un paso adelante e hizo prisionera la botella de Jameson. Un trago largo y un silencio prolongado sirvieron de confirmación.

Ólafur asintió.

Acto seguido estiró los brazos para abrir la tapa del portátil y orientar la pantalla hacia el pelirrojo. Apretó una tecla. En la pantalla apareció una imagen congelada de un vídeo rodado en blanco y negro. Luego acarició el panel táctil del teclado para llevar el cursor hasta el principio del vídeo.

El islandés le pidió con la mirada que ratificara su deseo de verlo.

Sancho bebió.

—Lo siento mucho, amigo mío —musitó Ólafur.

La exigua luz que emanaba del monitor se proyectaba sobre el gesto contraído del inspector. Según iban transcurriendo los segundos de la filmación, el semblante se descompuso en incredulidad, luego en negación y rechazo para mutar definitivamente en la más absoluta repulsión. Tal aborrecimiento se hizo presente en una única arcada; tangible en el vómito.

Sancho se desgarró las cuerdas vocales al tiempo que arrojaba la botella de Jameson contra la pared. Antes de que esta se hiciera añicos, él ya se había roto por dentro.

Tapándose la cara con ambas manos se deshizo en una llantina infantil sin posibilidad de consuelo. Infantil, como la protagonista de aquel vídeo atroz rodado en blanco y negro.

DIOS APRIETA PERO NO AHOGA

Siberia. Residencia de Erika Lopategui
Plentzia (Vizcaya)
7 de septiembre de 2012, 8:40

Disfrutaba del vigor de los elementos tras la cortina que adornaba la ventana del salón, en la planta baja. El contumaz calabobos que llevaba cayendo durante toda la noche se había tornado en aguacero con las primeras luces del día, como si hubiera estado aguardando a que los humanos salieran de sus refugios para cubrirlos con su manto purificador, conteniendo su ira para purgar a los pecadores en el momento señalado.

Exactamente lo mismo que hacía Zadkiel, el arcángel de la Congregación de los Hombres Puros: esperando para cumplir con su acendrada misión.

Le había resultado más sencillo colarse en la casa que encontrarla. Faltaban ocho minutos para las diez de la noche cuando el vuelo procedente de Madrid tomó tierra en el aeropuerto de Bilbao. A esa hora, era patente que el personal de las agencias de alquiler de vehículos ya estaba pensando en concluir la jornada laboral, pero la necesidad de ingresos pudo con el cansancio y finalmente logró hacerse con uno. El GPS le había guiado sin problemas hasta la población vizcaína, pero, tras estacionarlo en una zona poco concurrida, había resuelto esperar unas horas para llegar a pie hasta la dirección que figuraba en el informe que le habían facilitado los custodios. Se había calado, pero, lejos de contrariarle, le generó una sensación placentera que le recordó las tardes de verano en Durban, la ciudad en la que creció. Además, los últimos meses los había pasado en Dallas, donde le había costado mucho más adaptarse a los cuarenta grados de temperatura media que finiquitar los dos trabajos que la Congregación le había encomendado. Resolvió entrar sobre las tres de la madrugada luego de constatar que en el exterior todo estaba tan tranquilo como aparentaba el interior de esa vivienda de planta

rectangular. Buscó el mejor punto para saltar el muro de piedra que rodeaba la finca y, sin salirse de las zonas ocultas por la penumbra, llegó hasta la ventana de la cocina, acceso idóneo para colarse dentro. En cuanto puso los pies en ese suelo de rombos, su instinto le anunció que no iba a encontrar a Erika Lopategui. Acertó, pero supo sobreponerse a la decepción inicial bebiendo de un argumento que no solía fallar: Dios proveería.

Lo que no podía esperar era que lo hiciera en aquel preciso instante.

La luz parpadeante del *router* al procesar la conexión wifi con un dispositivo enlazado le anunció que se aproximaba la dueña de la casa. Caminaba deprisa, tratando de no tropezar, escondiendo la cabeza bajo un paraguas negro a juego con el color de su atuendo, botas, pantalón ajustado y jersey. Era de talla menuda y avanzaba con un manojo de llaves en la mano que parecía guiar su camino. Zadkiel empezó a notar cómo la adrenalina se iba extendiendo por su organismo hasta conquistar cada una de sus fibras y, sin embargo, mantenía el ritmo cardíaco aletargado y la respiración controlada. Cuestión de veces. Se colocó tras la puerta y retuvo el aire en los pulmones a la vez que escuchaba cómo la mujer sacudía el agua del paraguas como preludio al sonido de la llave empujando los pernos de la cerradura. Dejó que pusiera ambos pies en el interior de la casa antes de rodear su cuello con el brazo izquierdo y apretar lo suficiente como para impedir que pasara el oxígeno, pero con sumo cuidado de no romper la tráquea. Un tímido gimoteo fue la única reacción de la mujer, que ya había doblado sumisamente las rodillas cediendo a la fuerza tractora de su agresor. Cuando empezó a notar la relajación de los músculos de Erika Lopategui, contó tres segundos más y soltó a su presa.

Dios aprieta pero no ahoga.

Zadkiel nunca ajusticiaba sin cerciorarse de que el veneno moría con la serpiente, era su marca personal y por eso se había erigido como uno de los arcángeles más solicitados. Tenía que saber si había mordido a alguien más. Erika se desplomó en el suelo y quedó tendida boca abajo, adoptando una postura grotesca, harto ridícula para una persona. Metió el pie bajo el tórax para voltearla.

Un relámpago le entró por los ojos haciendo saltar por los aires toda su vanidad. Aquel rostro amoratado de rasgos zafios y varoniles no era el de Erika Lopategui.

Dos horas y cincuenta minutos después, Zadkiel salía de la casa sin completar su objetivo, pero con una dirección. Había empeñado más tiempo y esfuerzo en limpiar las evidencias que atestiguaban su paso por aquel escenario que en sacar la información que necesitaba a la empleada de la limpieza. «Los caminos del Señor son tan inescrutables como espinosos», concluyó el arcángel mientras cerraba la puerta de

la valla y se paraba unas décimas de segundo a leer el rótulo en el que venía escrito «Siberia». El ejemplo de esa mujer, Idoia Gurpegui, era una muestra evidente. Cuando la hizo volver en sí y se vio maniatada le contó toda su vida y milagros. Era profesora de secundaria, pero llevaba en paro más de dos años por los recortes en educación del Gobierno Vasco. Dos años menos que su marido, albañil, que no encontraba una empresa que le quisiera contratar para colocar un ladrillo. Con dos niños de cuatro y seis años, un padre enfermo de Alzheimer y una hipoteca muy por encima de sus posibilidades, llegó el ofrecimiento de Txus, un antiguo compañero del instituto que gerenciaba el restaurante Milagros. Una botella de oxígeno. Las veinte horas semanales no alcanzaban para casi nada, pero complementaba las jornadas gracias a los trabajos que le salían de los propios clientes del restaurante. Y de esta forma fue como había contactado con Armando Lopategui, un tipo extraño que apenas pasaba por casa, con una hija más extraña aún a la que solo había visto un par de veces. Las diez horas por semana sumaban poco, pero precisamente eso, sumar, era lo que su familia necesitaba. Resultaba un tanto inescrutable que Idoia Gurpegui tuviera que morir como consecuencia de los pecados cometidos por otra mujer, una de pelo corto cobrizo y ojos azules, casi grises, con la que nunca había intercambiado una palabra en persona; circunstancia muy espinosa sin lugar a dudas. Por ello, Zadkiel fue misericordioso y no la decapitó.

No era del todo necesario.

El arcángel se sabía poseedor de muchas y variadas habilidades, pero si de una estaba orgulloso era de detectar cuándo la persona que tenía delante decía o no la verdad. Y esa mujer no le había mentido. Erika se había trasladado a casa de su madre por tiempo indefinido.

De nuevo en el coche camino del aeropuerto se preguntó si operarían vuelos directos a Ámsterdam o le tocaría hacer transbordo en Madrid o Barcelona. En cierta forma, el arcángel Zadkiel estaba de buen humor, regresar a la ciudad holandesa le traía muy buenos recuerdos.

Su máxima volvía a cumplirse: Dios aprieta pero no ahoga.

Hotel Roma (Valladolid)

Se precisa acceder al sistema de la empresa Mudanzas Gallego.

Uriel

Se había hecho a la idea de terminar el trabajo con la diligencia y premura a la que había acostumbrado a la Congregación y verse en el brete de tener que pedir ayuda le irritaba casi tanto como pensar que, muy probablemente, Zadkiel ya habría concluido su misión. Y esa

ansiedad por demostrar a sus hermanos y a los centinelas que, a pesar de la edad, seguía siendo un activo fiable y eficaz era el motivo por el que había dejado en un segundo plano su estricto protocolo de actuación.

Así, según se bajó del tren se encaminó a la dirección indicada. Aún no había oscurecido cuando tuvo la impresión de que el piso estaba desocupado, pero decidió esperar unas horas más para comprobarlo. Estaba tan vacío como el corazón de los impíos, pero en el pasillo encontró una caja de cartón marcada con el nombre de la empresa con la que dedujo que había realizado una mudanza no hacía demasiado tiempo. Ahora bien, ¿adónde?

Esa noche le costó encontrar alojamiento dada la elevada ocupación hotelera durante las fiestas de la ciudad. Finalmente, dio con una habitación discreta en un céntrico y económico hotel de dos estrellas al que le llevó un taxista. Para más inri, había olvidado poner la alarma y se despertó mucho más tarde de lo que en él era habitual. No bajó a desayunar a modo de autoimpuesta penitencia y, empujado por la ansiedad, decidió enviar el e-mail por el canal encriptado de comunicación.

Sensiblemente alterado, Jaap Keergaard cerró la tapa del portátil y se incorporó para contemplar la solidez y sobriedad con la que se habían levantado los muros de la iglesia de Santiago Apóstol, atributos con los que se sentía identificado, valores afines a una personalidad cimentada en una fe inquebrantable. Y como solía hacer en cuanto notaba que la zozobra empezaba a dominarle, acudió al recuerdo del padre Claude, la primera persona que realmente se interesó por él.

Tenía dieciséis cuando sus padres, de raíces danesas, le internaron en un colegio de los frailes Siervos de María a las afueras de Vorselaar, al norte de la región de Flandes, donde la climatología no invitaba a otra cosa que a meditar encerrado entre cuatro paredes. Aunque ellos lo negaron con empecinada vehemencia, él siempre lo consideró un castigo por dejar embarazada a Sophie Clement, la hija de la cocinera. Aquella fue la única vez que la tentación de la carne logró imponerse a la castidad, pero él era joven e impulsivo; ella, inocente y pura. Se amaron una vez y el Creador quiso que en el vientre de ella arraigara el fruto de su semilla. Nadie aceptó la situación, los catorce años de Sophie pesaron demasiado. Tardaría mucho tiempo en volver a verla y el hecho de desconocer la suerte que había corrido la criatura le consumía por dentro. Entonces, cuando el mundo le señalaba con el dedo, el padre Claude le tendió la mano y le enseñó a ser un buen devoto de María, a comunicarse con ella. Con la mayoría de edad ingresó en el prenoviciado de la orden con el único objetivo de seguir purificando su espíritu. Cuando heredó la propiedad de las acerías de la familia nadie entendió que donara parte de aquella fortuna a la

orden, porque lo material no tenía ningún valor para él si no atendía a razones espirituales. Pero menos aún comprendieron que entregara una importante suma al padre Claude con el fin de que no le faltara nada al hijo que pensaba que nunca llegaría a conocer. Lo único que pidió a cambio fue que adoptara su apellido. La madre aceptó sin contemplaciones, puesto que asegurar el futuro económico de Frederik valía mucho más que un cambio en el registro civil.

Los años pasaron y Jaap seguía recorriendo el camino de la reflexión que alumbraba su mentor. Y nada le habría desviado de él si el padre Claude no hubiera hecho frente a aquel ladrón que asaltó su parroquia. Jaap Keergaard hizo suya la agonía por la que pasó el tonsurado durante las tres semanas que tardó en morir y aquel dolor cristalizó en un sentimiento hasta entonces oculto: la necesidad de justicia. Invirtió ocho meses en averiguar quién era, ocho días en dar con su paradero y ocho minutos en arrebatarle lo que no era suyo. Porque su alma pertenecía al purgatorio y allí la envió tras asfixiarlo con sus todavía inexpertas pero robustas manos. Nunca llegaron a condenarle. El juez que instruía el caso alegó no contar con pruebas concluyentes como para dictaminar la cadena perpetua que pedía el ministerio fiscal. Lo único concluyente y definitivo fue que, desde ese momento, aquel joven de origen danés contrajo una deuda de por vida con la Congregación de los Hombres Puros y él asumió su nueva labor como una tarea divina.

Justiciador, como los arcángeles.

Purificador, como Uriel: «El fuego de Dios».

Observando con displicencia el lozano caminar de un grupo de quinceañeras que cargaban con bolsas de plástico repletas de botellas, echó en falta su Arca de la Sinceridad, donde descansaban sus habituales herramientas de trabajo. Le habría gustado poder contar con ellas, pero el viaje en avión era incompatible con el traslado de las mismas. Ensimismado en sus pensamientos, escuchó la voz del padre Claude: «Nada hay más recto que el camino que establece la Divina Providencia. Rectitud como primer paso para alcanzar la probidad».

Solidez, sobriedad y rectitud: las cualidades de la Piadosa, su espada.

Necesitaba tocarla. Levantó el colchón y la asió por la sobria empuñadura de cuero labrado. Hoja de acero forjado de sesenta y seis centímetros de largo por seis de ancho para tener siempre presente al Ángel Caído; sólida, templada de forma artesanal en agua y aceite hasta alcanzar los cincuenta y dos Rockwell de dureza; pulida al espejo en doble filo —la fe y la razón— y terminación en punta.

Jaap Keergaard amaba a la Piadosa.

Acarició el frío metal de la cruceta rematada en dos cubos en cuyas caras opuestas se representaba la yuxtaposición de la bóveda celeste

con la esfera terrenal. La firmeza de lo espiritual frente a la ligereza de lo material.

No se percató de que estaba sudando hasta que una gota impactó contra el acero. La acompañó con la mirada en su travesía por el filo hasta que la recogió con la yema del dedo índice, evitando que se precipitara al vacío y fuera absorbida por aquella envilecida moqueta. El gesto le provocó un pequeño corte minúsculo del que brotó la sangre.

Y Jaap Keergaard interpretó la señal.

LA RISA NO SE ENSAYA, SE IMPROVISA

Residencia de Ramiro Sancho
Aldeamayor de San Martín (Valladolid)
7 de septiembre de 2012, 9:30

La alarma del móvil seguía gritando.

Estaba despierto sin querer estarlo.

Y esas imágenes en blanco y negro, atroces, deshumanizadas.

Forzosamente consciente.

Y el cuerpo inerte de Garrido, tirado como un muñeco de un niño caprichoso; abandonado.

Meditabundo por obligación, tratando de encontrar un motivo para moverse del sofá.

Y una niña de quince años en paradero desconocido, un cordero en las fauces de un lobo. Una familia destrozada, desamparada. Como la de Peteira.

Con los ojos abiertos, pretendiendo no ver nada más allá del techo.

—Sancho.

«Tengo que volver allí, tengo que contactar con la hija de Garrido, tengo que acudir a los actos fúnebres, tengo que retomar la investigación. Debo avanzar sin mirar atrás, sin mirar dónde piso. Progresar».

—Sancho.

«Solo necesito que el Aitzol haya pasado la noche, que no haya palmado, todavía no. No hasta que haya hablado con él. Luego puede morirse mil veces».

El móvil dejó de emitir aquel incómodo berreo.

—¡Sancho! Muévete de una puta vez. Reacciona.

El tono de Ólafur Olaffson, elevado y reprobatorio, interrumpió sus cavilaciones. Giró el cuello hacia el lugar del que, según captaba su nervio auditivo, provenía la voz.

—Tienes que ponerte en marcha. Tenemos bastante por hacer —insistió el islandés, extrañamente despejado y luciendo traza

remozada.

—¡¿A qué coño te refieres?! —inquirió Sancho no sin esfuerzo para vocalizar.

—¿Ya has olvidado lo que te mostré anoche?

El inspector se incorporó sin prisa. Apenas había estado unas horas tumbado, pero podría decirse que durante ese tiempo se había producido una relación parasitaria entre los músculos de la espalda y la tapicería. Al frotarse la cara, sus manos se empeñaron en recordarle que hacía pocas horas que las había utilizado en una tarea distinta que para la que fueron diseñadas: golpear. Se examinó los nudillos y se rascó la barba antes de contestar.

—No me toques los cojones. Esa mierda ya forma parte de mí, lo cual te agradeceré toda mi miserable vida. ¿Serías tan amable de traerme un vaso de agua? O mejor aún, la botella del frigorífico.

—Te lo advertí varias veces, ¿recuerdas? —dijo desde la cocina.

Sancho no respondió. Esperó a que volviera con el botín, líquido botiquín, y tras haberse medicado, retomó la palabra.

—Ayer falleció un compañero; asesinado —matizó—. Miembro de mi grupo, con tu edad, más o menos. Le volaron la cabeza y el tipo que lo hizo ahora tiene a la niña de la que ya te he hablado.

Quería expresarse con mayor claridad, pero en aquellas condiciones era lo mejor a lo que podía aspirar. Ólafur se parapetó tras un semblante hierático, antinatural. Segundos después introdujo medio bigote de morsa en la boca y se balanceó sobre sus talones.

—Lo siento mucho. Sé por lo que estás pasando, puedes estar seguro. Y si piensas que es cuestión de tiempo, estás equivocado. Funciona como la sal en la herida: al principio es un leve escozor que sientes de forma continua; luego, al sanar, únicamente te mueres de dolor cuando te ves la cicatriz.

Sancho barruntó aquellas palabras y concluyó que podría ser el argumento más solido que había escuchado en los últimos meses.

—No puedes ayudarme, ahora no —continuó el islandés.

—¿Ayudarte a qué? No sé de qué me estás hablando, compañero. Dame un segundo. Necesito una ducha fría, ordenar esto —señaló golpeándose varias veces la cabeza con la palma abierta—, enterrar a un compañero y encontrar a Margarita sana y salva.

—Lo entiendo. Es tu obligación.

El pelirrojo se volvió muy despacio.

—Una necesidad, Ólafur, es una necesidad.

—Entonces estás en el buen camino. Yo necesito recorrer el mío y empieza justo allí —le indicó con el brazo en dirección al informe de De Bruyn.

Sancho se limitó a leer lo que estaba impreso en las retinas del excomisario. Compuso a duras penas una mueca de conformidad y sin

mediar palabra subió las escaleras. Cuando las bajó nueve minutos más tarde, Ólafur no estaba allí y la acumulación de propósitos se impuso a la despedida. No tardaría en arrepentirse de ello.

Estacionó en la acera mucho antes de llegar al inmueble y bajó del coche tratando de contener la excitación que le había generado la noticia que acababa de recibir vía telefónica.

Sancho aprovechó el trayecto hasta Viana de Cega para hablar con Herranz-Alfageme, con Fajardo y con Matesanz, por ese orden. El comisario le convocó a una reunión operativa a última hora de la mañana con el fin de analizar la crítica situación, coordinar la búsqueda del sospechoso y afilar las puntas de lanza de la investigación. También le hizo partícipe de la hoja de ruta funeraria. A partir de las doce quedaría instalada la capilla ardiente en las instalaciones de la Delegación del Gobierno y a primera hora del día siguiente los restos mortales se trasladarían hasta Los Corrales de Buelna, en la provincia de Cantabria, de donde procedía la familia de Garrido. Su única hija, que vivía en Torrelavega, había comunicado a la Jefatura Superior de Policía su deseo de oficiar el último acto en la parroquia de San Vicente Mártir y de que sus restos reposaran en el cementerio de la misma localidad. Aquel trago de acíbar, doble y sin hielo, solo podría causar dos posibles efectos en el Grupo: que lo terminara de hundir en el légamo del desánimo o que lo sacara del atolladero de la autocompasión en el que se encontraba sumido. De la charla con Fajardo extrajo otras dos conclusiones: que las reservas de fortaleza anímica de la familia estaban completamente agotadas y que la lectura del jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones acerca del desenlace del secuestro era francamente pesimista. Según el diagnóstico de la Triple Efe, el problema radicaba en que el interlocutor de la familia, José Antonio Pérez Pérez, se había atrincherado en su propia irascibilidad, lo cual imposibilitaba mantener la fluidez de diálogo que requería la situación. En su predicción cortoplacista auguraba la inminente llamada del mexicano elevando sus pretensiones hasta el infinito, proporcionalmente a las amenazas. En tales circunstancias, el objetivo prioritario de Fajardo no era otro que conseguir una nueva prueba de vida; un nuevo punto de partida. Irritado por la evaluación y el dejo del madrileño, Sancho le dejó con el «máquina» en la boca y cortó la comunicación. No obstante, fue la última llamada, la que recibió del subinspector Matesanz, la que le provocó la alteración de su sistema metabólico. Ya habían obtenido la identificación del herido y, como ya sabía, se trataba de Aitzol Etxeandia —así se apellidaba—, estaba fuera de peligro y permanecía en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico Universitario bajo custodia policial. Sancho le encomendó una única tarea antes de colgar:

—Habla con el médico, con el jefe de la UCI o con el puto director del Clínico si es necesario, pero quiero que esta misma tarde ese hijo de puta esté en el módulo policial del hospital para que yo pueda mantener una charla con él.

Con el ceño fruncido y la tensión patente en cada uno de los músculos de la cara, Ramiro Sancho se encaminó hacia la casa donde habían tenido encerrada a Margarita. Distinguió las batas blancas de la gente de Salcedo y la coleta de Sara Robles.

—Buenos días, por decir algo.

La inspectora, que estaba examinando el exterior de la finca, se giró repentinamente.

—Joder, Sancho, si padeciera del corazón tendríamos otro funeral en ciernes.

—Es el careto que tengo.

—Y las manos —se fijó—. No quiero saber contra qué.

—Mejor.

—¿Has dormido algo?

—Algo, creo. ¿Tenemos alguna novedad?

—Me temo que sí, pero mejor que te lo cuente Salcedo —dijo asqueada—, porque a mí me dan ganas de vomitar.

La garra le recordó a Sancho que seguía ahí, donde siempre, atenta, muy dispuesta a aprovechar las oportunidades que a buen seguro se iban a presentar.

—¿Qué han hecho con él? —le preguntó a la inspectora señalando la caseta del perro.

—No lo sé. ¿Qué se supone que se hace en un caso así?

—Averiguadlo —contestó tajante antes de dirigirse hacia la puerta principal.

Hacía pocas horas que había recorrido la casa y sin embargo, bien por la diferencia de iluminación o por la conmoción en la que estaba sumido la noche anterior, le pareció estar en un escenario distinto. Hacía frío. Dos radiadores eléctricos evidenciaron la falta de un sistema de calefacción que templara la vivienda. La altura del techo tampoco ayudaba. Las paredes estaban revestidas en su parte inferior con azulejos que poco tenían que ver con las formas geométricas que destacaban en el suelo. En la estancia rectangular que hacía las veces de salón reinaba el desorden propio de su condición de habitabilidad pasajera. Echó un vistazo al primer dormitorio sin demasiado interés.

—Sancho —le dijo Mateo de la Científica—, si buscas al jefe lo encontrarás abajo. Al final de ese pasillo. Ponte las calzas, por favor.

La luz extensiva de los focos hacía de aquel reducido espacio una suerte de enorme frigorífico sin refrigerar. La atmósfera cautiva estaba cargada de la fétida esencia que emanaba de la variedad de restos biológicos presentes. El inspector esperó a que Santiago Salcedo

terminara de hablar por teléfono antes de acercarse.

—Menuda hura de mierda —comentó el inspector.

Salcedo se aclaró la garganta.

—La típica despensa excavada con posterioridad, sin permisos ni leches.

—Ya veo. ¿Qué sabemos?

—Al grano, claro. Podemos asegurar sin riesgo a equivocarnos que Margarita ha estado aquí. Hemos cotejado las muestras de sangre con la prueba paterna indubitada que le hicimos en su día.

—¿Ya?

—Cuando te ponen una autopista y te permiten correr, corres.

Ramiro Sancho seguía examinando el entorno.

—Los marcadores biológicos coinciden.

—¿Me estás diciendo que toda esa sangre pertenece a ella? —quiso saber el pelirrojo refiriéndose al enorme charco que había absorbido el colchón más una parte coagulada que teñía el suelo de un rojo cobrizo.

—No. Diría que es del tipo que tenía dos agujeros en la espalda. Estas las acabamos de enviar por la vía rápida a Madrid, por si tenemos suerte y obtenemos una identificación. No sé si lo llegaste a ver, pero presentaba un corte profundo en la mejilla practicado seguramente con la hoja de una lata de conserva que hemos encontrado en la que se apreciaban restos de sangre. La niña se defendió, de eso no cabe duda, porque el tipo tenía unos desgarros *premortem* muy pero que muy feos. También tenía arañazos en el cuello.

—¿Entonces?

—Perdona, me voy por las ramas. La sangre de la niña la encontramos en unos trapos que queremos pensar que cumplían la función de compresa. Estaban ahí, junto a la palangana.

—Hay que joderse —masculló.

—Espera, que todavía no lo has oído todo.

Sancho le miró fijamente mientras el jefe de la Científica se pasaba el dorso de la mano por la comisura de los labios, como queriendo poner medidas preventivas ante la porquería que iba a salir de su boca.

—Hemos encontrado lo que parece semen.

Las imágenes en blanco y negro del vídeo que le mostró Ólafur se mezclaron con la realidad del entorno. Sancho compró más información con monedas de silencio, porque, en realidad, no disponía de otro tipo de cambio.

—Al ver que el tipo tenía los pantalones por los tobillos nos pusimos a buscar y, efectivamente, hemos encontrado restos en esta parte del colchón —señaló— y también en unos trozos de papel higiénico, unas

bolas muy estrujadas acumuladas de forma nada casual en aquella esquina —señaló.

—El punto más alejado tomando el colchón como referencia —observó el pelirrojo acertadamente—. ¿Crees que la estaba violando justo cuando le dispararon?

—Eso no podemos saberlo hasta que encontremos a la muchacha.

—¡Qué pena que esté muerto, joder! ¡Qué pena! —profirió enrabietado—. ¡Me cago en su putísima madre!

—Aquí todos estamos muy afectados, Sancho. Vamos a tratar de calmarnos.

El pelirrojo metió las manos en los bolsillos de la cazadora para autocontenerse.

—Que no trascienda a los medios, por favor, ocúpate de decírselo a tu equipo. Que no trascienda —insistió— o todo se va a complicar mucho más, si cabe. ¡Me cago en mi puta vida, Salcedo! ¡¿Qué más van a hacerle a esa niña?! ¡¿Qué más?!

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Soñaba.

Se vio caminando descalza por una pradera envuelta en una fragancia fresca de marcado aroma floral. Los pies desnudos se le hundían casi hasta los tobillos en una hierba de tacto aterciopelado que se dejaba acariciar por una leve y seductora brisa. Una mariposa revoloteaba a su alrededor, como si fuera su escolta o su guía. Se movía con gracilidad batiendo velozmente las alas, haciendo que el color butano y las motas negras se fundieran en un tono más cadmio. Siguiendo esa estela anaranjada que describía el lepidóptero no se percató de que la superficie alfombrada sobre la que andaba se había ido transformando en un manto viscoso del cual empezaba a costarle despegar las plantas de los pies. El viento roló bruscamente; soplaba de cara y era más frío, más húmedo, algo pegajoso. Cada paso suponía un notable esfuerzo, porque sus piernas se estaban hundiendo poco a poco en esa gelatina crujiente. Margarita concentró toda su atención en sus oídos para percibir una sucesión infinita de cientos, miles, millones de casi imperceptibles chasquidos que se estaban produciendo a ras de suelo. De inmediato, buscó a la mariposa como si el insecto fuera a ayudarla a despejar el interrogante. La encontró en un tronco de árbol con las ramas desnudas, inmóvil, como un espectador disfrutando desde el palco de butacas. Y fue al verse reflejada en sus ojos compuestos cuando se dio cuenta de que su cuerpo sobresalía del manto herbal solo de cintura para arriba. Las ráfagas de aire cesaron a modo de trágico presagio y al mismo tiempo

dejó de percibir olor alguno. Ni siquiera pudo escuchar el aleteo de la mariposa antes de posarse sobre su oreja derecha y justo después llegó un dolor acerado que se fue extendiendo por ese lado de la cabeza de la misma forma en que se comporta el fuego en un campo de cereal seco. Margarita trató de espantarla, pero la longitud de la cadena que de repente le sujetaba por las muñecas no se lo permitía. En un acto desesperado alargó el brazo y se llenó la mano con esa masa viva y mucilaginosa que la estaba engullendo. Reconocer el contenido le generó una sacudida que estalló en la base del cráneo: huevos de mariposa en plena eclosión. Sin poder despegar la vista vio cómo las bolitas blancas mutaban en larvas que se contorneaban en la cuenca de su mano. En el siguiente pestañeo ya eran orugas. Notó un pinchazo en la yema del dedo corazón y, sin ocasión para quejarse, llegó otro en la base del pulgar. Entonces comprendió que se estaban retorciendo de hambre y guiada por su instinto apretó el puño con toda la fuerza que nacía de la angustia y la repugnancia. Un líquido amarillento y legamoso se escapó entre los dedos salpicándole la cara.

Quiso mover las piernas, pero los gusanos ya conformaban una argamasa sólida; un cemento empecinado cuyos dientes podía notar clavándose en su piel.

Quiso gritar, pero el bozal no le permitía abrir la boca.

Quiso despertar, pero seguía hundiéndose.

Quiso llorar y se despertó llorando.

Tiritaba de frío a pesar de estar enroscada en una manta raída que olía a polvo y naftalina. La escasa luz natural que se colaba más allá del enorme depósito de combustible conformaba una atmósfera tenebrosa y hostil. Apenas se podía vislumbrar el entorno, pero, en realidad, carecía de interés para ella. No se notaba con la energía necesaria para moverse ni el ánimo para intentarlo y le dolía tanto la cabeza que declinó siquiera tocarse. La confusión reinaba en su empeño por reconstruir los acontecimientos. Recordaba el episodio con su carcelero; la encarnizada pelea, el cabezazo y la agonía de la asfixia hasta que sonaron los disparos. Y toda esa sangre. Luego, todavía aturdida, pudo reconocer al hombre que se hizo pasar por policía el día que empezó todo, hacía siglos de aquello. El tipo del párpado caído la consiguió sacar de debajo de aquella saca inerte de carne y hueso, un peso muerto que no le permitía respirar. Fugazmente pensó que la iba a liberar, que todo aquel delirio había terminado, pero aquella quimera se esfumó cuando se vio maniatada al radiador. Lo siguiente ya no sabía cómo encajarlo. Voces de un desconocido en el exterior; un disparo; otro disparo. Y luego llegó él, el sudamericano con la mirada más horrenda y alquitranada que había visto jamás. La violencia con la que la sacó de la casa y con la que la metió en el maletero la dejó profundamente marcada. No era capaz de

calcular el tiempo que transcurrió hasta que el coche se detuvo y le inyectó algo en el brazo. A partir de ahí se sumió en un estado comatoso que se fue transmutando en suplicio físico localizado principalmente en el lado derecho de su cabeza, igual que lo que sucedía en el sueño del cual había logrado salir para regresar a la pesadilla de la realidad.

Un fuerte picor de las piernas la obligó a reactivarse. Necesitaba rascarse. Tiró de la cadena para alcanzar la pantorrilla y cuando se despojó de la manta descubrió una multitud de ronchones enrojecidos, pequeños abultamientos en los que se concentraba toda la desazón del universo. Se empleó a fondo con las uñas a pesar del daño que le provocaban en las muñecas los malditos grilletes. Toda la piel estaba salpicada por aquellas marcas que no podían ser sino las mordeduras de las orugas; cientos, miles, millones.

Margarita jipiaba colérica mientras era testigo de cómo se autoinfligía más daño sin poder contenerse.

Rascarse.

Canjear picor por dolor era la mejor opción.

Cuando al fin se detuvo, la piel de sus extremidades inferiores presentaba un aspecto lastimoso, como el de su propia existencia. Ya no gimoteaba; gruñía.

Así fue como determinó que los muertos no padecen, solo descansan.

Y ella necesitaba precisamente eso: descansar.

Comisaría de distrito de las Delicias

Miraba la caja de cartón llena de trastos como quien mira una caja de cartón llena de trastos. Seguía con ganas de vomitar, pero los dos cafés cortados se resistían a abandonar el cuerpo de Ramiro Sancho.

Acababa de recoger los efectos personales de Garrido y los había depositado en una suerte de arca fúnebre que debía entregar como jefe de Grupo a la hija del fallecido. Lo había hecho rápido, casi con indiferencia, como el que afronta un 14 de febrero sin pareja, como él. Todavía le faltaba vaciar la taquilla y queriendo terminar cuanto antes con el trámite se trasladó hasta allí mirando la hora. En cincuenta minutos comenzaba el acto oficial en la capilla ardiente instalada en la Delegación del Gobierno, pero previamente tenía que conseguir hablar con Bonifacio Socorro, aunque solo fuera por apagar la alarma que le llevaba sonando en la cabeza desde el fracaso de la operación Chupatermómetros.

El móvil le vibró en el bolsillo del pantalón. Posó la caja en el suelo para contestar.

—Sancho.

—Acabo de salir del hospital —le informó Patricio Matesanz—. He conseguido que lo trasladen esta misma tarde pero el doctor me ha pedido que esperemos unas horas para empezar con el interrogatorio.

—Que no se preocupe demasiado el del estetoscopio. Buen trabajo. Nos vemos ahora.

Colgó.

—¿No te jode el doctor de los cojones? Lo mismo se piensa que me va a poner horas de visita —murmuró. El olor a cementerio de elefantes le avisó de que, sin saber cómo, había llegado a las taquillas, el rincón más deprimente de la comisaría.

Más morralla y cachivaches varios, una novela de Lorenzo Silva, fotos de un pasado nada reciente y un paquete de Ducados blando sin abrir. El tabaco le habló con la voz de su compañero:

«Llevo más de cinco años sin fumar, pero tengo uno guardado para la ocasión, vamos, para cuando se me terminen de hinchar las pelotas».

Sancho se dejó vencer por esa sensación tan molesta que se experimenta cuando uno acaba de salir de un estado de ensoñación pero no logra recuperar las imágenes clave. Parece que van a aparecer en alguna parte del cerebro de un momento a otro, pero jamás llegan. Están ahí, inalcanzablemente cerca. Así se sentía en el preciso instante en el que resolvió que tenía una deuda pendiente con el paquete de tabaco que sostenía entre el índice y el pulgar. Se sentó en la bancada de madera y se masajeó el mentón. Nunca le había atraído, ni siquiera en los años en los que fumar no solo no estaba mal visto sino que aportaba un plus de madurez y rebeldía. En la caja encontró un mechero de publicidad del Mesón Castellano. La primera calada le hizo toser más que la segunda pero menos que la tercera. En la cuarta retuvo el humo en los pulmones y lo soltó despacio. El sabor le resultó harto desagradable, sin embargo, percibió cierta relajación en las uñas de la garra.

—Estamos cojonudos —escuchó.

El agente Navarro le observaba con asombro.

—Ya ves. Somos lo que cabe dentro de una miserable caja de cartón —expresó Sancho verbalizando un pensamiento que le llevaba rondando la cabeza toda la mañana.

—Si eso fuera un purito de los que fuma mi colega el representante lo mismo te pedía una calada, pero esas tizas las fumaba mi abuelo y sé que provocan ganas de todo menos de reír.

—La risa no se ensaya, se improvisa —afirmó el inspector rodeado por una evanescente nube grisácea que parecía emanar de su cabeza.

—El personal anda muy jodido, Sancho. Tenemos que agarrarlo cuanto antes —se conjuró mirando la foto de Servando Garay que

circulaba por todas la comisarías y cuarteles de la Guardia Civil—. Menudo careto de hijo de mil madres tiene.

—Que no te quepa duda. Este bastardo no se nos escapa.

—Ojalá no sea yo quien se tope con él. No sabría decirte cómo reaccionaría llegado el caso.

Sancho mezcló el dilema con la nicotina y el alquitrán.

—Nunca me he leído las instrucciones, pero tengo entendido que la boquilla no se fuma —avinagró Navarro en tono dulce.

Sancho asintió varias veces y, por un instante, creyó que le iba a nacer una carcajada en la garganta. Todo quedó en una risotada nonata.

—Te veo luego. Cuídate —se despidió.

—Eso intento —se dijo a sí mismo.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

—Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas.

—¿Cuándo vas a parar de decir estupideces? —le recriminó la voz de Rita.

—Ea pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos; y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

—Virgen del Amor Hermoso, guapa. Menuda pedrada tienes.

—Cállate —le reprendió Marga—. Margarita y yo estamos rezando, déjanos tranquilas.

—¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María! Ruega por nosotros, santa madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro señor Jesucristo.

—Lo mismo te piensas que el Altísimo se va a personar aquí con un ejército de ángeles y que van a cortar esas cadenas con sus espadas de fuego —percutió de nuevo Rita.

—Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas.

—No, si al final vais a conseguir que llore como una imbécil…

—¿Quieres hacer el favor de dejarnos en paz? —la reprendió Marga en su versión más medrosa—. Mira cómo estamos por tu culpa. Tú le metiste en la cabeza esa absurda idea y casi nos matan. Estábamos mejor antes que ahora; estamos mejor sin ti y estaremos mejor si no

vuelves.

—¡¿Y tú qué hubieras propuesto, abrirnos las venas con la hoja de la lata?! No, claro que no, el suicidio no lo consiente la santa Iglesia católica, apostólica y romana. ¡Mira la mosquita muerta, ahora da señales de vida! Cuando las cosas se ponen feas, ¿verdad? Entonces sí recurrimos al rosario. Dios te salve, Dios te salve…, ¡Dios no va a mover un dedo para salvarnos!

—Por lo menos ella estará en paz con su alma.

—¿Mientras se pudre su cuerpo?

—¡Callaos! ¡¡Callaos las dos de una vez!! ¡¡No os aguanto más!! Malditas seáis las dos. Desapareced de mi cabeza —gritó entre dientes, ya que el bozal no le permitía abrir la boca—. ¡Desapareced de mi cabeza! ¡Desapareced! —repitió.

Un ruido que provenía del nivel superior hizo que se detuvieran sus constantes vitales. Un sonido de interruptor terminó con las tinieblas y, cuando las pupilas lograron acostumbrarse a la luz, aparecieron las formas definidas de su entorno. En ese momento, Margarita dio un brinco y se sentó agarrándose con fuerza a las piernas a modo de escudo protector.

—¡Órale! Me había parecido oírte. La nenita despertó. ¿Qué onda?

Reconoció de inmediato al tipo que la había sacado de la casa y metido en un maletero. Rompió a gimotear.

—Bueeeeno. Tranquilízate, que no voy a hacerte ni madres. Déjame ver.

El hombre dio algunos pasos y se inclinó sobre ella con exagerada obsecuencia. Ella reaccionó escondiendo la cabeza en sí misma, lo más profundo que pudo.

—No parece que esté curando mal —mintió—. Espero que sepas perdonarme. Seguro que tu papito encontrará una solución. El mensaje ya está en camino así que verás cómo pronto tendremos noticias.

Margarita, aterrada, no procesaba las palabras del mexicano.

—Te traje comida y agüita fresca. Ahorita te voy a quitar este invento que te tiene tapadito el hocico. No me vayas a hacer ninguna mamada porque te mocho la otra.

Hablaba como Benicio del Toro en *Traffic,* una de las películas del top de Marga.

—Bueno, pues ya está. Si te portas bien te dejo prendida la luz aquí abajo. Bebe —le ordenó desenroscando el tapón.

Pero no se atrevía a levantar la cabeza.

—¡Apúrate, gringa!

Agarró la botella con ambas manos y despegó los labios. Un aguijonazo en el lado derecho de la cabeza hizo que se le dislocara el semblante.

—Me duele mucho la cabeza.

—Claro, nenita. Se te pasará —le aseguró con forzada ternura—. Yo te lo curaré cuando comas, no temas. Bebe.

Bebió un sorbo.

—Más.

Y bebió más.

—Ahora, come.

Le costó hincar los dientes en la manzana y mucho más aún masticar aquel pedacito que consiguió separar de la pieza, pero se concentró en la tarea con el fin de evitar aquella vitriólica mirada. Nada más terminar le volvió a ajustar el bozal.

—Al bajar a recoger los enseres vi el estropicio que le hiciste en la jeta a ese pinche rubito. Tienes ovarios, güei. Solo quiero que tengas presente que, si intentas cualquier pendejada, te despedazo. ¿Me oíste, putita? Te despedazo —repitió separando las sílabas.

Residencia de Ramiro Sancho

Las anotaciones del cuaderno componían un jeroglífico descifrable únicamente para las excitadas neuronas de Ólafur Olafsson. Decenas de nombres, fechas, diagramas y esquemas para entender la estructura y funcionamiento de una asociación delictiva con infinitas ramificaciones internacionales cuyas raíces se remontaban hasta el siglo XVI. Según su investigación, varios miembros de la hermandad Fede Santa crearon otra corte ocultista conocida como Gran Logia de los Puros que, en las primeras décadas del siglo XX, se refundó bajo el nombre de la Congregación de los Hombres Puros.

El emblema estaba conformado por la imagen de la Boca de la Verdad como elemento principal gravitando entre dos símbolos masónicos fácilmente reconocibles: la escuadra y el compás. Ocupando las esquinas superiores destacaban un sol radiante y una luna rodeada de estrellas que aportaban el ingrediente celestial del que hacía alarde la organización. En la parte inferior rezaba la inscripción *Coelestes sequitur motus,* cuyo significado, «Sigue los movimientos celestes», no podía ser más apropiado, dado que toda la nomenclatura utilizada para diferenciar los distintos niveles hacía referencia al ordenamiento del cosmos.

En la cúspide se encontraba la Asamblea integrada por los custodios, un único órgano directivo conformado por nueve personas cuyas identidades no se revelaban en el informe. Su responsabilidad principal era mantener el equilibrio y la invisibilidad de aquel universo tenebroso. Su lema lo definía a la perfección: «Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo».

En el siguiente estrato se localizaban las galaxias, al frente de las cuales estaban los guardianes, ejecutores de las directrices establecidas por la Asamblea en un ámbito territorial concreto, subdividido a su vez en sistemas protegidos por los centinelas. Todos departamentos estancos y anónimos en los que la información y las directrices fluían en sentido descendente y donde las constelaciones eran las distintas vías de financiación necesarias para perpetuar su poder en el tiempo.

La primera constelación estaba constituida por agrupaciones de estrellas o, dicho de otro modo, por las múltiples conexiones con distintos grupos del crimen organizado de todo el mundo conforme a la especialización de cada uno. El informe dejaba patentes los acuerdos existentes con cárteles mexicanos y colombianos, con la *bratva* rusa, con la mafia italiana, con las tríadas chinas e incluso con los yakuza japoneses. De esta manera, la Congregación era partícipe en mayor o menor medida de todas las actividades ilegales concebidas por el ser humano: narcotráfico, tráfico de armas, extorsión, falsificación, contrabando de mercancías y blanqueo de capitales, obteniendo unos beneficios anuales que superaban los tres mil millones de dólares. Sin embargo, de entre todas estas constelaciones, De Bruyn señalaba una que brillaba con luz propia. Una en la que se habían especializado y que controlaban directamente sin la necesidad de recurrir a colaboraciones externas: la trata de personas. Su actividad se remontaba a la época del auge del comercio de esclavos y había ido evolucionando con el paso de los siglos hasta dominar esta práctica adaptándola a las distintas modalidades contemporáneas. Desde los puntos geográficos que denominaban «los manantiales» —países del África subsahariana, del sudeste asiático, de Latinoamérica y del este de Europa—, nutrían las principales redes de prostitución del planeta en todas sus modalidades. Además, controlaban los negocios de la inmigración ilegal, de la explotación laboral, así como el tráfico de órganos mundial. Una constelación de más de veinte mil millones de dólares con los que mantenían el fulgor de su opulencia.

Esclavistas modernos con prácticas ancestrales como esas que se recogían en las imágenes del vídeo en blanco y negro; esas que le habían sobrecogido: sacrificios humanos.

Aarjen de Bruyn involucraba a pocos nombres, pero aseguraba que todos esos «hombres puros» pertenecían a las capas más altas de la sociedad, ocupando importantes cargos directivos en multinacionales de renombre y butacas del poder ejecutivo, legislativo y judicial, repartidos por todos los rincones del mundo. Para salvaguardar la pervivencia de toda esta macroestructura contaban con una fuerza casi divina: los arcángeles, la espada ejecutora de la Congregación para actuar contra las amenazas externas e internas que desafiaban el equilibrio del universo; de su universo. Implacables asesinos por

encargo y devoción. Implacables, según aseguraba De Bruyn y, a tenor de las circunstancias que rodeaban su desaparición, no parecía que el belga estuviera muy equivocado.

Las conclusiones del informe eran tan escuetas y pesimistas como concisas: el único camino para desarticular a la Congregación de los Hombres Puros pasaba por encontrar una suerte de libro sagrado conocido como El Cartapacio de Minos. También hablaba de un hombre llamado Alcides Bujalesky, considerado una eminencia en el campo de la masonería y las sociedades secretas y que, según aseguraba De Bruyn, había sido asesinado por orden de la Congregación tras citar El Cartapacio de Minos en un artículo de investigación que nunca pudo encontrar.

Ólafur Olafsson se quitó las gafas defectuosamente reparadas y se frotó los ojos. Cuando desapareció el picor bajo los párpados reparó en que no había dado de comer a la jauría. Miró el reloj. Eran más de la doce: inconcebible a la par que inaudito. Se incorporó como un autómata y se encaminó a la cocina. La botella de Four Roses que descansaba sin estrenar sobre la mesa le estaba gritando desesperadamente y las fieras prestaron sus lobunos oídos a las súplicas. Sintió las primeras dentelladas abstémicas. El pulso, tembloroso pero sostenible hasta hacía unos minutos, se volvió del todo inestable, dubitativo, pero no lo suficiente como para que no pudiera agarrarla por el cuello y desenroscar el tapón. Los efluvios caramelizados de la destilación malteada alimentaron la agitación de toda la manada, que peleaba entre sí disputándose las mejores posiciones para hincar el diente a la inminente tajada. Al asistir a través de los ojos del islandés a cómo el ansiado líquido se perdía por el sumidero reaccionaron con total virulencia. Mordiscos, zarpazos, aullidos encolerizados y toda clase de reacciones que desembocaron en una arcada seca y un vómito profuso. Le suplicaron que no arrojara lo que quedaba en la botella, le rogaron que dejara al menos un trago, pero Ólafur no cedió hasta que vio rebotar la última gota contra el acero satinado de la cubeta, manchado por una argamasa de jugos gástricos sin restos alimenticios. Abrió el grifo, dejó correr el agua y aprovechó para enjuagarse la boca tratando de despojarse del sabor del ácido clorhídrico que le tapizaba el cielo de la boca. Evitó tragar, pues sabía perfectamente que le provocaría una nueva náusea de peores y más lacerantes consecuencias. Se mojó la cara y la nuca, y sin erguirse del todo les anunció a las bestias:

—Os vais a joder bien jodidos. En esta fiesta no sois bienvenidos.

Los lamentos se oían cada vez más lejos en la medida en la que se acercaba al modo de contactar con el difunto Aarjen de Bruyn.

DE CUMPLIDORES Y CUMPLIDOS ESTÁN TEJIDOS LOS MALENTENDIDOS

Jefatura Superior de Policía
C/ Felipe II, 11
7 de septiembre de 2012, 16:25

Un auténtico mindundi».

Así había etiquetado el jefe superior de la policía de Castilla y León, Francisco Javier Caño Olavarría, al finado. Gorka Arizmendi, de treinta y siete años y natural de Zarautz. «Un auténtico mindundi» con un largo historial de delitos menores a su espalda, paradójicamente el lugar en el que recibió los dos balazos de su socio.

Se habían movido con celeridad para identificar al detenido y el cadáver encontrado en la casa de Viana de Cega, un indicativo más de que el caso había llegado hasta las más altas instancias en Madrid. Muy al contrario, su cómplice, Aitzol Etxeandia, era una pieza de caza mayor. Nacido en Getaria hacía cuarenta y cuatro años, su vinculación al entorno radical vasco estaba más que probada desde los quince. En el 2003 había sido condenado a doce años de prisión por pertenencia a banda armada, de los cuales había cumplido casi diez en el penitenciario de Algeciras. Allí había coincidido con Servando Garay. La conexión estaba clara; sin embargo, ninguno de los presentes fue capaz de discernir los motivos que les habían llevado a organizar el secuestro de una niña de Valladolid. La familia tenía dinero, sí, pero había otros muchos objetivos más suculentos, más cerca de su entorno natural y sin el lastre que suponía para ellos fijarse en la hija de un político. Indagaron en posibles vínculos de Alfredo Zúñiga con el País Vasco, pero este nunca había trabajado allí como abogado ni mantuvo relación alguna en su posterior carrera política. De entre todas las hipótesis que barajaron, ninguna se acercó a la verdad. Una verdad que tan solo Sancho conocía y que no tuvo la ocasión de desvelar, porque el comisario provincial Travieso finalmente había decidido no convocarle a la reunión alegando razones ligadas al expediente abierto

sobre la actuación de Garrido. Al margen de ello, el inspector pelirrojo no tenía ninguna intención de hacerlo si pretendía seguir dirigiendo la investigación del secuestro.

La compacta tensión vivida durante las honras fúnebres del agente fallecido en acto de servicio estaba empezando a licuarse entre aquellas cuatro paredes.

—Señores, tenemos que trazar una línea y mirar hacia delante —intervino por primera vez el subdelegado del Gobierno, Pemán—. Tenemos a todos los medios de comunicación calentando el caldo a la espera de que empiece a hervir para echar la carne. No les demos ni una sola tajada más, se lo ruego. A mí me exigen respuestas concisas y la pregunta que me van a hacer tendrá mucho más que ver con lo que vamos a hacer en las próximas horas.

Las miradas convergieron en Fernando Fajardo Feix, que desde que había tomado asiento en aquella mesa supo que aquellos nubarrones descargarían pedrizo sobre su sembrado. Sin embargo, fue su inmediato superior, el comisario jefe de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV), Juan Carlos Prieto, recién llegado de la capital junto al jefe del Grupo Especial Operativo (GEO), Julio Santamaría, el que recogió el guante. El mando dio varios golpecitos en la mesa con la montura de sus gafas antes de hablar.

—El mayor problema radica en que no sabemos dónde tiene a la niña ni cuál es su estado. Ni siquiera podemos asegurar que esté viva en este preciso instante, pero tenemos que operar pensando que sí lo está, siendo nuestro objetivo prioritario devolvérsela a sus padres. Vamos a seguir escarbando, faltaría más, pero me temo que hasta que Garay no se comunique con la familia no vamos a poder hacer ningún movimiento al margen de lo que ya estamos haciendo —se lio.

—Según su experiencia, ¿cuándo cree que se producirá esa nueva llamada? —quiso saber Herranz-Alfageme.

Santamaría cogió el rebote y se la pasó a Fajardo.

—No podemos saberlo con seguridad, aunque, si yo estuviera en la piel del secuestrador, trataría de que no pasara mucho tiempo. Solo él sabe cómo y cuándo utilizar la poca gasolina que le queda en el depósito. Es consciente de que lo tenemos identificado y si quiere seguir sacando dinero a la familia actuará de inmediato.

—¿Y qué le invita a pensar eso? —cuestionó Travieso.

—El hecho de que se haya llevado a la niña es un claro indicativo. Tras el tiroteo podría haberse largado con la suma que consiguieron en el primer pago, pero no fue así. Quiere más.

—Entonces, cuando se produzca esa llamada, ¿cómo vamos a actuar? —prosiguió el subdelegado. El político se estaba acercando al punto que quería tratar; así, Pablo Pemán se reacomodó en la silla preparándose para contraatacar en cuanto la respuesta que esperaba

llegara a sus oídos.

—Tenemos el operativo bien diseñado y estamos preparados para actuar. Vamos a controlar muy de cerca al pagador sin comprometer su seguridad, para ello contamos con equipos de seguimiento apoyados por sistemas técnicos que nos van a proporcionar una gran ventaja sobre nuestro rival. La situación requiere que nuestro desempeño sea excelente; eximio —aderezó.

La última palabra llamó la atención de Travieso, que se preguntó si Fajardo había insultado al político calificándole de «exsimio».

—¿Qué pasa si les detectan?

—Eso no sucederá, señor subdelegado.

Pero Pemán no pareció conformarse y quiso hacerlo constar con una mirada oblicua cargada de dudas.

—Muy bien. ¿Podría hacernos una evaluación pormenorizada de riesgos? ¿Qué pasa si vuelve a salir mal? —atacó Pemán.

Fajardo puso todo el empeño en que nadie notara su ofuscación contenida pero no consiguió evitar que los presentes se percataran de la rigidez que se apoderó de los músculos de la cara. Todos menos el comisario provincial Travieso, entretenido con la tapa del bolígrafo.

—Si se refiere a lo que sucedió con el primer pago, nosotros no intervenimos, fue una decisión unilateral de la familia.

—Decisión de la que no quisieron hacerles partícipes. ¿Quién nos asegura que esto no vuelva a suceder? ¿Qué garantías tiene de que el desenlace vaya a ser satisfactorio?

—Ninguna. Nunca las hay; sin embargo, las personas aquí presentes y las que participarán en el operativo están suficientemente cualificadas para conseguir nuestros objetivos. Vamos a dejar que se produzca el pago y tejeremos una red alrededor de quien se lleve el dinero. No lo detendremos hasta que nos lleve al paradero de la niña. Créame, sabemos muy bien lo que hacemos.

—No lo pongo en duda, pero no puedo evitar pensar en que, si hubiéramos accedido a pagar lo que pidió el secuestrador, Margarita Zúñiga podría estar ahora con sus padres.

La aventurada observación del político requería una respuesta a la altura, pero la presencia de los mandos policiales hizo que tirara con brusquedad del freno de mano y que su lengua patinara en el paladar antes de abrir la boca.

—Si nos hubiéramos plegado a sus pretensiones iniciales, seguramente nos habría pedido más dinero porque esta gente interpreta la sumisión en dólares, señor subdelegado. Además, habríamos hipotecado el futuro de esta familia convirtiéndoles en el próximo objetivo de muchos delincuentes dispuestos a sacar tajada.

—Señores, creo que, como bien ha dicho antes el subdelegado, tenemos que trazar una línea y mirar hacia delante —intervino

oportunamente Olavarría—. La Unidad de Secuestros y Extorsiones presenta unos ratios de eficacia que son la envidia de cualquier cuerpo de policía, así que debemos confiar y confiamos en su criterio.

—En ningún momento he dicho lo contrario. Estoy convencido de que sabremos demostrar a la ciudadanía que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado están siempre a su disposición.

La aseveración de Pemán fue interpretada como el punto y final de la reunión, pero no fue así.

—Por cierto —prosiguió Olavarría—, ¿cuál es el motivo por el que la persona al mando de la investigación, el inspector Sancho, no ha acudido a esta reunión?

Cuando Travieso se acomodó en su asiento tras recoger la tapa del bolígrafo del suelo tenía cuatro pares de ojos apuntando a su entrecejo y ninguna palabra en la recámara.

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Mientras aspiraba el olor de la asepsia clínica, Sancho debatía internamente la mejor forma de abordar el interrogatorio con Aitzol Etxeandia. Tenía mil caminos para llegar hasta él, pero fue descartándolos uno a uno hasta quedarse con dos: el atajo de las amenazas o el tortuoso sendero de la cooperación, válidos ambos si a la postre le llevaban a averiguar el paradero de Margarita Zúñiga. Lo que todavía no era capaz de encajar era la información que le había facilitado Bonifacio Socorro. No dejaba de preguntarse el motivo por el que Fajardo le había ocultado que las autoridades mexicanas sí habían advertido a las españolas sobre la llegada a España de Servando Garay; se le ocurrían varios, pero ninguno tenía el peso suficiente como para justificarlo. De cualquier manera, en aquel preciso instante tenía otros asuntos mucho más urgentes que atender y concluyó que abordaría aquel dilema cuando surgiera la ocasión.

Minutos más tarde, el pelirrojo mostraba su placa al agente que custodiaba la puerta metálica de acceso al módulo policial del céntrico hospital vallisoletano. En el pasillo se encontró con el subinspector Matesanz.

—¿Sabes si ha dicho algo? —le preguntó.

—No.

—¿No sabes o no ha abierto la boca?

—No he querido entrar para no estropearte la función. Si necesitas algo, avísame. Estaré aquí fuera —se ofreció al modo de Castilla la Vieja.

—Gracias.

Inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones antes de

empujar la puerta.

Estaba tumbado sobre el costado derecho, con los párpados cerrados, la máscara de oxígeno y con una vía en la muñeca que le conectaba al suero. La otra lo hacía con la cama a través de las esposas. La luz cenagosa que entraba a través del enrejado de la ventana hacía aún más claustrofóbico aquel entorno carcelario. Con un ademán del brazo Sancho le indicó al agente que saliera de la habitación y este acató la orden componiendo un rictus propio de una ardilla a punto de ser atropellada. El pelirrojo permaneció inmóvil, registrando los rasgos faciales con la fútil esperanza de que el hombre que estaba postrado en la cama no fuera el mismo que un día conoció como el Chupao.

Repentinamente, el detenido abrió los ojos como si el peso de la observación ajena le hubiera alertado, aunque no podía decirse que lo consiguiera del todo con el izquierdo. Se sostuvieron la mirada unos segundos antes de que Sancho agarrara una silla por el respaldo y se sentara junto a la cama.

—Te has dado prisa, Urtzi —se anticipó el convaleciente tras quitarse la máscara de oxígeno.

Escuchar el pseudónimo con el que trabajó aquellos años en la Brigada de Información fue una clara declaración de intenciones.

—No andamos bien de tiempo, José.

—Todavía te acuerdas, pues.

—José de Ariztimuño, alias Aitzol. El clérigo que fue fusilado durante la Guerra Civil. Ese mártir —calificó con retintín— que inspiró a tus padres a la hora de bautizarte. Sí, claro que lo recuerdo, podría decirte hasta lo que bebimos esa noche, pero, como te decía anteriormente, no estamos sobrados de tiempo. Mi supuesto amigo José con un apellido vasco imposible de recordar —comentó.

—No hacía mucho esfuerzo para que lo recordaran. Fue una estupidez por mi parte, pero no esperaba que te fueras a acordar de aquella conversación. Han pasado unos cuantos años de aquello, *txakurra*.

Sancho pasó por alto el descalificativo en euskera, cuyo significado conocía a la perfección: «perro».

—Desde el verano de 1999, para ser exactos, pero no llegamos hasta vosotros tirando de ese hilo, eso ya lo habrás intuido. En realidad todo se desencadenó por una comprobación rutinaria. Se llamaba Jacinto Garrido, el policía que vosotros —remarcó— habéis asesinado.

—Yo no disparé al viejo, fue al revés.

—Lo sabemos y si te soy sincero me alegro de que sigas en el mundo de los vivos, porque vas a tener que explicarme unas cuantas cosas que no alcanzo a comprender.

Aitzol Etxeandia se retrepó en la cama y estiró el brazo para tratar

de alcanzar el mando. Sancho leyó sus intenciones y dejó pulsado el botón hasta que el colchón dibujó un ángulo de comodidad.

—¿Y por qué hostias crees que yo te lo voy a contar?

Sancho chasqueó la lengua.

—No lo creo, lo sé. Mira, no tengo ni puta idea del motivo por el que has montado todo esto, pero tengo claro que tú eres el cerebro de toda la operación. Un trabajo que ya se ha cobrado la vida de tu socio y la de un buen compañero además de joderle la vida a una niña que todavía sigue en paradero desconocido; una niña que si logramos rescatar jamás será la misma; una niña que habéis marcado para el resto de sus días; una niña de quince años, cabrón.

Aitzol no mostró conmoción alguna y Sancho retomó rápidamente la palabra.

—Ya me lo advertiste en aquel calabozo. Lo preparaste con el único propósito de cobrarte tu venganza. Te asociaste con un tipo fácil de manejar: Gorka Arizmendi, en el rol de carcelero, y con un experto, Servando Garay, para que fuera la voz del secuestro. Un especialista en la materia, ¿verdad? Así no tenías que pringarte. Luego el asunto de los móviles con el yonki ese. Otro pringado. Todo bien calculado para sacar unos miles de euros y joder al pelirrojo ¡¿Me equivoco?! No, cabrón, no. El que te has equivocado de lleno has sido tú. Porque, en cuanto se han torcido las cosas, el mexicano te ha dejado con el culo al aire, se ha llevado el dinero del rescate y a la niña. Estás bien jodido. Me voy a asegurar de que si le pasa algo a Margarita Zúñiga Pérez no salgas en lo que te queda de vida de la cárcel. Nunca, ¿entiendes?

—¡Me engañaste! —le interrumpió encadenando una serie de toses secas, ahogadas. Sancho dejó que se recuperara—. Me utilizaste como a una puta y no ha pasado ni un solo día en el que no me haya acordado de tu asquerosa cara de *maketo* implicado con la lucha; acudiendo a los *batzokis* por tu cuenta para demostrar tu afinidad con la causa; cómo te fuiste acercando a mí sin que me diera cuenta de que eras una maldita rata. Tú me has jodido la vida, *txakurra*.

—¡O te la salvé, imbécil! Podrían haberte volado esta cabeza tan privilegiada que crees que tienes —dijo Sancho sin poder evitar golpearle varias veces en la frente, cada una de forma más impetuosa que la anterior.

—Si me vuelves a poner una mano encima doy por terminada esta conversación. Yo cargaré con la muerte de Gorka, sí, pero tú tendrás que vivir con lo que le pase a esa niñata. Vuelve a tocarme si tienes cojones.

El inspector se levantó impetuosamente de la silla y se dio media vuelta. Tenía que recobrar el control. El cuerpo le pedía algo incompatible con el objetivo del interrogatorio, por lo que no le quedó

más remedio que apretar los dientes y tragar bilis. Se concedió unos segundos más antes de levantar las palmas de las manos y girarse de nuevo.

—Ya está. Sabré contenerme.

—Como me he contenido yo estos diez años.

—Era mi trabajo. Me asignaron varios candidatos y tú eras uno de ellos. Te seguían la pista, sabían que pertenecías al Comando Donosti y si no te agarraron antes fue porque pensábamos que tú o algún otro de los muchos a los que habíamos puesto cola podríais llevarnos hasta Txapote. Conocíamos tu círculo de amistades y cuando descubrimos que Jon alquilaba una habitación decidí intentarlo. Tardé meses en ganarme su confianza y en que me invitara a salir de potes por el casco viejo con sus colegas. Yo iba de estudiante pringado con ganas de quemar un par de cajeros y el bueno de Jon se la tragó enterita. Recuerdo la primera vez que nos presentaron, en esa *herriko taberna* en la que solíais parar.

—El Aurresku, sí, pero allí no hablamos de nada.

—Ya, pero pagué las tres rondas de zuritos y me gané un sitio para el siguiente fin de semana.

—Jamás preguntabas nada, solo escuchabas. ¡Qué hijoputa, la hostia! Reconozco que supiste llevarme al huerto, a tu huerto. Una vez allí, te limitaste a esperar a que la fruta madurara y cayera por su propio peso para recogerla. Bravo, *txakurra,* bravo.

—No fue tan sencillo. No tienes ni puta idea de lo que significa para un policía estar nadando entre pirañas que sabes que te devorarían con solo intuir que no eres una de ellas. Cada día me jugaba el pescuezo porque creía, y creo, que luchaba contra un hatajo de indeseables bajo el disfraz de grupo terrorista, defensor de la idiosincrasia vasca, de su cultura e ideales —ironizó—. ¡Una mierda! Si alguien te engañó fue tu propia gente —aseguró Sancho señalándole con el dedo y bajando el tono—. Esos ideólogos a los que seguíais ciegamente…, grandes mesías como Pakito, Txelis o Iñaki de Rentería… Basura. Os utilizaron, a ti, Chupao, y a otros muchos, llenando de ideas huecas vuestros cerebros hambrientos de independencia.

—¡No sigas por ahí! Mi problema eres tú, no esos que citas y que hoy llenan las cárceles de tu país. Sé que perdimos la guerra, pero batallamos. A mí no tuvieron que convencerme de nada, yo estaba orgulloso de formar parte de la lucha armada de mi pueblo y sé que volvería a participar si se diera la ocasión. Pero, como te digo, ese ya no es mi problema.

—Exacto. Tu problema es que te vamos a enchufar dos homicidios y un secuestro como no empieces a rajar de tu socio el mexicano. Quiero recuperar a esa niña antes de que el daño sea irreversible y tú

me vas a decir dónde está.

—¿Y yo qué gano? ¿Ahora es cuando vas a jurar que vas a convencer al juez para que me rebaje la condena por colaborar?

Aitzol soltó una carcajada que canceló de inmediato con una fuerte mueca llena de dolor.

—¿Aviso al médico?

—No, estoy bien. Tu compañero pudo haberme matado, ¿sabes? Apuntó al hombro, estoy seguro.

—Lo sé, era un tirador con mucha experiencia, pero nosotros no matamos a sangre fría —dijo arrepintiéndose en el momento.

Aitzol también se acordó de las imágenes de Sancho empuñando un Colt Anaconda, apretando dos veces el gatillo a una distancia letal.

—No le oí llegar —rememoró el vasco—. El cabrón del Chimuelo no debía estar allí, nunca le dije dónde tenía a la chica, pero el caso es que apareció por detrás y le disparó en la cabeza.

—Lo sabemos. Como también sabemos que fuiste tú quien se cepilló a Gorka Arizmendi cuando le pillaste violando a Margarita. Eso me lo tienes que explicar muy bien, porque no lo entiendo.

—Que quiera despellejarte vivo a ti no significa que sea un cerdo desalmado. Se lo advertí: «No toques a la niña». Estaba durmiendo cuando oí los gritos de la niña y bajé cagando hostias. Al abrir la puerta me lo encontré encima de ella con los pantalones bajados y gritando como un animal. Ni me lo pensé.

—Hemos encontrado semen. No lo hemos cotejado, pero seguro que es de él.

—No podía imaginar que estuviera violándola. Jamás lo habría consentido.

Sancho le creyó.

—¿Y qué pasó luego?

—Agarré a la niña y tiré para arriba. Quería pirarme de allí cuanto antes, pero fui a buscar…

—El botín, claro —se anticipó Sancho.

—Pues no, te equivocas, *txakurra*. Fui a buscar al Karatu.

Sancho arrugó el entrecejo e introdujo los dedos en la frondosidad de la barba.

—Mi perro. No podía irme de allí sin él.

—¿El dogo argentino? Un perro precioso.

Aitzol Etxeandia asintió y, ante el silencio de su interlocutor, no le quedó más remedio que preguntar.

—¿Qué es de él?

El inspector elevó las cejas conformando un pelirrojo arco ojival.

—Lo habrán llevado a la perrera municipal a la espera de ser sacrificado, supongo.

Entonces, Sancho supo leer la oportunidad en el demudado rostro

del interrogado.

—¿Le tenías mucho cariño? —preguntó utilizando intencionadamente el tiempo pretérito.

Aitzol volvió la cara.

—No sé, quizá pueda hacer algo…

El Campo Grande

José Antonio Pérez caminaba por el paseo del Príncipe con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina. Era, muy posiblemente, el lugar que más odiaba del mundo por los dolorosos recuerdos que, como emociones recurrentes, le asaltaban y se adherían a él cada vez que entraba en la zona verde más notable de Valladolid. Podía sentir la fragancia melosa de los barquillos; podía escuchar el rumor continuo de la algarabía de niños que jugaban entre esos mismos árboles que aún proyectaban su sombra sobre la hierba; podía contemplar los matrimonios jóvenes paseando agarrados del brazo camino de la Pérgola, un espacio de cita obligada cada domingo después del oficio de las doce para las clases acomodadas. Precisamente allí se dirigía, a la Pérgola del Campo Grande, arrastrando con paso inquebrantable su alma resquebrajada.

Ella estaba sentada en la terraza, con las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo. Tenía el gesto contraído y la mirada puesta en algún punto indeterminado del cosmos. Sin embargo, José Antonio notó un cambio tras la capa de maquillaje con la que trataba de camuflar el desgaste psíquico al que había estado sometida los últimos días, aunque principalmente pretendía esconder la resolución a la que había llegado.

—Hija, ¿llevas mucho tiempo esperando? Hace demasiado frío para estar aquí fuera.

Azucena tardó en activarse. Ella también tenía la impronta de aquel lugar. Se vio con ocho años, luciendo uno de esos vestidos de comunión que se agolpaban en su armario, comiendo un helado sin mancharse para evitar que su madre le riñera, persiguiendo palomas, tirando piedrecitas a la fuente a escondidas, jugando con su amiga Laura a imitar los movimientos de las parejas de baile que felizmente se concentraban delante de la banda de música.

Se preguntó dónde habría enterrado aquellos días tan intensos, ahora desabridos. Una existencia insulsa, como recibir un beso de tu amante en la frente.

—Me gusta el aire fresco en la cara, hace que me sienta viva. Tengo la sensación de haber estado aletargada.

—¿Estás tomando café? El médico te dijo que nada de estimulantes.

¿Te has tomado los anti…

—No me estás escuchando. Jamás lo haces —dijo ella sin levantar la voz, sosteniendo un tono firme que contrastaba con la temblorosa mirada de su padre—. Piensas que no estoy a tu altura, que nadie lo está. Se acabó, papá.

—Hija, estamos pasando por momentos terribles, tenemos que mantenernos muy unidos o no lo superaremos.

—¿Superar qué? ¿Tú crees que con el paso del tiempo seremos capaces de olvidarlo? Te recuerdo que es mi hija, tu nieta, la que está secuestrada. Es Margarita la que sufre cada hora, cada minuto y cada segundo que pasa sola, encerrada en algún oscuro y sucio agujero de este asqueroso mundo. Lo mismo te piensas que, si logramos recuperarla —recalcó—, va a borrarlo todo con un viaje a Disneyland París. ¿En quién estabas pensando cuando decidiste actuar por tu cuenta? ¿Pensabas en ella o en tu orgullo herido?

—Hija, por favor, no seas cruel. Todo lo que he hecho ha sido por traer de nuevo a casa a nuestra pequeña. Por abrazarla. Por devolvértela. Nunca podré perdonarme haberte fallado. Nunca. Pero tengo que contarte algo que va a darle un giro de ciento ochenta grados a esta la situación, hija mía. Escucha.

Azucena removió el café, ya frío, como si pretendiera avanzar en el tiempo para ahorrarse las palabras de su padre.

—He hablado con ellos esta misma mañana. Grupo Fénix de Seguridad Privada, paramilitares o algo así. Auténticos profesionales. Especialistas en resolver, a su modo, asuntos como al que nos enfrentamos nosotros.

—Asuntos —repitió ella sin dejar de dar vueltas a la cucharilla.

—Déjame que te lo explique. Tienen experiencia en casos similares en cualquier latitud del planeta. Conocen muy bien la forma de actuar de los secuestradores, ellos se encargan de todo y me garantizan que nos devolverán a Marga.

—Eso lo tenemos garantizado desde el principio, pero de lo que se trata es de recuperarla viva. Viva, papá, viva. Si han asesinado a un policía, ¿crees que no se atreverán a matar a Marga?

José Antonio aumentó la distancia como tratando de alejarse de las palabras que acababa de pronunciar su hija.

—Por Dios bendito, eso es lo que quería decir. De hecho, cobran una parte al principio y otra al final solo si nos la devuelven sana y salva.

—Es decir, que asumen que existe la posibilidad de que…

—¡Tenemos que…!

—¡No! —gritó ella—. ¡Es lo que te estoy intentando decir desde el principio! Se terminó el «tenemos», se terminó. A partir de este momento yo tomaré las decisiones. Yo y solo yo. ¡¿Entiendes?! Nadie

más va a jugar con la vida de mi hija. ¡Nadie!

Una pareja joven que ocupaba la mesa contigua se giró alarmada. José Antonio tragó saliva.

—¿Y qué opina tu marido sobre este cambio tan drástico?

—Alfredo no opina —zanjó Azucena—, ya ha gastado todas las balas que tenía y estando desarmado lo mejor que puede hacer es ocuparse de su hijo, que bastante mal lo está pasando. Porque también tienes otro nieto, se llama Josean, ¿te acuerdas de él? Es ese por el que nunca preguntas porque te recuerda a su padre y sé muy bien la opinión que tienes de Alfredo, mi marido —recalcó.

José Antonio admitió la crítica como un hecho irrefutable y eso hizo que Azucena detectara la forma de tomar la fortaleza. Con cada frase superaba un foso, cruzaba un puente levadizo, derrumbaba los matacanes y destruía las barbacanas.

—Antes de venir se lo he comunicado a Fajardo —le informó conforme se veía asaltando de la torre del homenaje, el último reducto de resistencia del enemigo—. A partir de este momento yo me encargaré de la negociación. Dame tu teléfono, por favor. Cuando se pongan en contacto quiero ser yo quien atienda la llamada.

José Antonio seguía aturdido cuando obedeció la orden de su hija, tratando de asimilar un papel que no estaba acostumbrado a interpretar en ningún escenario. El móvil de Azucena irrumpió en la discusión.

—Diga —respondió ella.

—Soy Fajardo. Tiene que venir ahora mismo.

—¿Ha sucedido algo? ¡¿Tiene noticias de mi hija?! ¡¿Está bien?!

—Será mejor que venga.

—¡Dígame si mi hija está bien!

—Su hija está viva. La espero en su casa, no tarde.

Azucena no recordaba la dirección de su casa cuando se sentó en el primer taxi que consiguió parar.

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

En cuanto terminó de hablar con Sara Robles entró de nuevo en la habitación. La cara de Aitzol era un interrogante deseoso de dejar de serlo. Se frotó el párpado caído como si así fuera a repartir la rigidez que se estaba apoderando de su cuerpo.

—Efectivamente, está en la perrera. Hasta mañana.

—Qué significa eso de «hasta mañana».

—Significa que si mañana no tiene un adoptante, lo sacrifican. La crisis ha golpeado a todos por igual, humanos y perros —comunicó en tono aséptico, como quien liquida verdades en terceras rebajas.

—Algo se podrá hacer. Eso dijiste antes. Me lo debes, *txakurra*.

—Este guardia lo único que te debe es un cartuchazo en la cabeza y si todavía no te lo he pegado es por no manchar estas sábanas con tu mierda. No me andes tocando los cojones, te he hecho el favor de averiguar qué pasa con tu perro, pero no me pidas más. A mí también me gustan mucho los perros, y más de ese tipo —añadió cebando el anzuelo—, pero aún más me gustan mis compañeros y hoy tengo uno menos por tu puta culpa.

—Te repito que yo no le maté.

—¡Y yo te repito que eso ya lo sé, pero que tres cojones me importa! Que tú lo has organizado todo y que eres tan responsable como el comemierda mexicano que apretó el gatillo.

—¿No quieres encontrar a la niña, pues? —preguntó antes de toser repetidamente.

Al tiempo que tomaba asiento muy despacio, Sancho fijó su mirada en los ojos vidriosos del herido. Su tez, macilenta, había desmejorado con el transcurso de los segundos y con la mano que no tenía esposada arrebujaba las sábanas con fuerza.

—Saca al Karatu de la perrera y te ayudaré a dar con ella.

—¿Cómo vas a ayudarme?

—Tú saca al Karatu.

—Lo hacen salchichas antes de que yo mueva un dedo por ti. Dame algo.

Aitzol Etxeandia hizo un gesto de repulsa, pero sabía que, cuando el viento no era favorable, lo único que se puede hacer es arriar las velas.

—No me había dado cuenta hasta esta noche, pero el jodido Chimuelo lo tenía todo pensado desde el principio. Necesita mucha tela para arreglar una deuda que tiene en México y establecerse por su cuenta, pero este nunca tiene suficiente. Lo conocí hará dos años en Botafuegos, la cárcel de Algeciras —aclaró—. Nosotros, los *makos,* siempre estuvimos separados del resto, pero a mediados del 2010 el Ministerio del Interior dio la orden de que nos empezaran a mezclar con los comunes. Al principio no nos gustó a nadie, sin embargo, tardamos muy poco en hacernos a la nueva situación. Allí no quedan más cojones que adaptarte —valoró tratando de encontrar una postura cómoda—. A él acababan de pillarle con algo de mierda encima, pero en apenas unas semanas parecía que llevara una vida allí dentro. Sabía cómo tratar a los funcionarios, a quién acercarse, de quién alejarse, qué tecla tocar cuando se podía tocar la tecla. En un mes ya estaba trapicheando y tengo que reconocer que me llamó la atención. Mantuvimos algunas conversaciones en el patio. Para ser exactos, él hablaba y yo escuchaba. Me contó su puta vida y milagros. El jodido Chimuelo podía ser un charlatán, sí, pero no fanfarroneaba cuando me

relataba detalladamente cómo funcionaba en México el negocio de los secuestros. Él estaba de paso y no sé si llegó a cumplir siquiera un año, pero me proporcionó la vía de contactar con él cuando cumpliera con mi condena. En aquel momento solo pensaba en qué hostias hacer cuando saliera de allí, pero un día vi tu careto en el periódico… Te reconocí al instante a pesar de la barba. Ese domingo todo cambió para mí. Resultaba que *Urtzi* era Ramiro Sancho, el jefe del Grupo de Homicidios de Valladolid, el *txakurra* que se ganó mi confianza, que me engañó y me utilizó para sacarme información. El puto *txakurra* —repitió apretando los dientes como para impedir que se le desbordara la inquina por la boca— que me metió en la trena y que se había hecho famoso al protagonizar un vídeo que estaba siendo lo más visto en Internet. ¡Famoso! Me empecé a pudrir por dentro, a consumirme por un veneno que había estado circulando por mis venas sin hacer efecto. No pegaba ojo. Tenía que hacer algo. Y algo hice, pues.

«Cagarla de nuevo, eso hiciste», infirió Sancho evitando verbalizar sus pensamientos para no interrumpirle.

—Tenía todo amarrado. La idea era contar con tres personas, pero solo yo era conocedor de ello. De forma independiente contacté con el Chimuelo y con Gorka —puntualizó.

—Y a cada uno le contaste una película.

—Era la misma, pero con un guion distinto. Con el Chimuelo el único argumento era el dinero. Yo me encargaba de elegir al objetivo del secuestro, de custodiarlo y de liberarlo. Él de la negociación y el cobro del rescate. Mi seguro era que solo yo sabía dónde tenía a la chica. Así lo acordamos y el hijoputa aceptó. Sin preguntas ni hostias.

—Entonces, según tú, ¿Servando Garay desconocía el paradero donde tenías encerrada a Margarita?

—Eso es.

—¿Y cómo es posible que estuviera en la casa cuando intervino Garrido?

—Ahora te lo explico. Déjame continuar.

Sancho se rascó profusamente la barba y asintió.

—De cara a Gorka, yo me encargaba de todo y él de la custodia, nada más. Tras cobrar el rescate yo le pagaría la parte acordada y *agur*.

—¿Qué relación tenías con Gorka Arizmendi?

—Lo conocía de toda la vida. Él es de Zarautz, era —corrigió—, y yo de Getaria, a cinco kilómetros. De pequeños jugábamos a pelota, siempre en contra. Era tan buen zaguero como idiota. Se creía una estrella, se metió en mil movidas y empezó a coquetear con las drogas. Primero unos canutos, luego unos tiritos… Pringado. Feo de cojones y grande como su puta madre, pero fácil de manejar. Perfecto para el papel de carcelero y así librarme de estar veinticuatro horas en la casa

para tener vigilada a la chavalita. Necesitaba tiempo para controlar al Chimuelo, a la familia y a ti. Nunca imaginé que fuera a ponerle sus manazas encima, tienes que creerme, no lo hubiera permitido.

—Te creo, pero ya poco importa. El mal ya está hecho. Sigue.

—Alquilé la casa a través de un anuncio en Internet. Con la excusa de que la necesitaba temporalmente para concentrarme en mi obra como escultor, le pagué seis meses por adelantado en vez de los dos que pedía a cambio de que no hiciéramos contratos ni demás hostias legales. Tragó. Adecué la despensa del sótano y me aseguré de que no llamáramos la atención entre el escaso vecindario de la zona. Solo me faltaba un detalle para ponerlo en marcha.

—Mi fecha de reincorporación.

Aitzol cambió de postura.

—Estas putas esposas…

—Ni por asomo. Continúa.

—No lo había previsto. Tuvimos que esperar tres semanas y estos dos se me estaban empezando a poner nerviosos. A punto estuve de cancelarlo todo, porque mi objetivo seguías siendo tú y solo tú. El resto ya lo conoces, porque lo has vivido en primera persona desde el otro lado.

—¿Cómo coño sabías que me asignarían a mí el caso?

Aitzol sonrió por primera vez como lo hacen los niños a los que les preguntan una lección que se saben.

—Tu intimidad dejó de pertenecerte cuando te cargaste al Augusto ese. Después de leer ese artículo busqué más información sobre ti en Internet. En uno publicaban tu maravilloso expediente, en el que figuraba que pertenecías a esa red de especialistas en la gestión de secuestros y extorsiones que había creado el Ministerio del Interior.

—Hay que joderse con los putos medios de comunicación —comentó en voz alta—. ¿Y qué planes tenías para mí?

—Esa parte me la guardo. No entra en el trato.

—¿Qué trato?

—Tú cuidas del Karatu y yo te ayudo a agarrar al Chimuelo.

—Todavía no he escuchado nada interesante y se me están terminando de hinchar las pelotas. No creo que el señor de la bata blanca tarde mucho en entrar para pitar el final del partido —dijo el pelirrojo mirando su reloj—. Y no voy a cometer un golpe de castigo con el tiempo cumplido. Dime algo que no sepa ya.

Aitzol Etxeandia se pasó la mano por la nuca.

—Me veía con el Chimuelo en lugares que yo elegía para evitar que supiera dónde tenía a la chica.

—Luego me detallas exactamente qué lugares fueron esos —le interrumpió Sancho.

—No tienen mayor relevancia, pero te los detallaré en un mapa.

Una noche, poco antes de que todo empezara, quedé con él en un garito de carretera, cerca de Segovia. Mientras él se fue al servicio revisé unos papeles entre los que estaba una hoja de periódico. —A Aitzol le sobrevino otro ataque de tos—. Tenía marcados los anuncios de alquiler de naves industriales.

—Naves industriales —repitió sin atisbo de euforia.

—El hijoputa lo tenía decidido desde el principio, la hostia. Pillar toda la pasta del primer rescate y seguir extorsionando a la familia por su cuenta. Exprimir la naranja hasta que quedara una sola gota de zumo. En algún momento debió de seguirme sin que yo me diera cuenta. El día que entró tu compañero estaría vigilando la casa, le vería intervenir o qué sé yo. Te aseguro que el primer sorprendido fui yo cuando le vi aparecer por detrás del viejo.

—Garrido. Se llamaba Jacinto Garrido, cojones, apréndetelo de una puta vez. Tenía nombre, apellidos, era viudo y tenía una hija y una nieta. Precisamente vengo de verle metido en el ataúd que le habéis encargado vosotros y todavía no alcanzo a entender cómo estoy logrando contenerme teniéndote aquí delante.

—No pude hacer nada. Estaba en el suelo, retorciéndome de dolor por el tiro que me metió Garrido —pronunció con inquina—. Cuando le voló la cabeza, el hijo de puta me dijo algo así como: «Lo siento, mi cuate, pero así no puedo llevarte conmigo. Suerte». Incluso llegué a pensar que iba a rematarme. Luego escuché cómo se llevaba a la chavala y se largó, sin más.

—¿En serio piensas que esa información sobre las naves industriales me va a hacer mover un dedo para salvar el pellejo a tu perro? —preguntó Sancho levantándose de la silla.

—Karatu, se llama Karatu.

—Salchichas Karatu, buenísimas. Dame algo más —le conminó desde la puerta.

—Sé qué características ha de tener esa nave.

Sancho pestañeó dos veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo contó en una de sus conversaciones. Era un tipo muy organizado, pero sobre todo era muy meticuloso con la forma de tratar a los secuestrados. Digamos… diferente a lo convencional.

Sancho puso a funcionar su detector de mentiras facial.

—Tiene que haber cientos de naves industriales en alquiler en un radio de cien kilómetros o ciento cincuenta. Ya sabes, la crisis. Y como bien dices, el tiempo juega en vuestra contra. Sin embargo, si yo te guío reduciremos la búsqueda hasta dar con la chavala.

El inspector paseó la mirada por la habitación, como tratando de localizar en el aire los restos que siempre deja la mentira.

—Hay algo más —continuó el vasco.

—No tientes a la suerte si no has comprado boletos.

El vasco pasó por alto el refrán.

—Quiero hablar con mi padre. Hace años que no hablo con él, ni siquiera sé si está vivo.

—Eso es harto complicado.

—Tanto como que deis con la niña sin mi ayuda.

Sancho masticó la propuesta.

—No puedo autorizarte a que te comuniques con nadie, pero podría dejarte mi teléfono aduciendo tener un corazón que no me cabe en el pecho. Pero eso será cuando estés fuera.

—Te tomo la palabra, pues. Si tú cumples, yo cumplo.

—De cumplidores y cumplidos están tejidos los malentendidos —murmuró el inspector—. Todo esto queda entre nosotros. Si alguien se entera de nuestra conexión del pasado, no conseguiré la orden y tu perro será carne picada antes de que vuelvas a poner los pies en la trena.

—Yo cumplo —insistió.

Ya en el pasillo, sacó el teléfono para llamar a la inspectora Robles, pero cuatro llamadas perdidas le hicieron cambiar de opinión. Devolvió la llamada a Fajardo. Cuando terminó de hablar el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, no supo qué decir.

Ni qué hacer.

Hasta que superó el bloqueo y volvió a entrar en la habitación.

C/ Menéndez Pelayo

Se bajó del taxi torpemente. Durante aquel interminable trayecto, el bloqueo al que estaba sometida ni siquiera le permitió conjeturar con el objeto de la llamada de Fajardo, pero su tono de voz y su instinto le anticiparon que no podía tratarse de nada esperanzador.

Respiraba con la boca abierta y los temblores de las manos eran incompatibles con la rutinaria tarea de introducir la llave en la cerradura del portal. Pulsó el timbre y no levantó el dedo hasta que la voz de Gabriela preguntó quién era.

—¡Yo! —vociferó.

Empujó la puerta con tanta violencia que golpeó contra el tope haciendo que vibrara el cristal. Azucena imitó el procedimiento anterior pero pulsando infinitas veces el botón de llamada del ascensor. Notaba la sangre agolpándose en las sienes mientras aguardaba, desesperada, a que se abrieran las puertas. Sus labios se movían pronunciando una plegaria silenciosa. Dentro se encontró con su reflejo distorsionado, porque sus rasgos faciales componían un rostro que podría inspirar un nuevo movimiento pictórico, un «ismo»

vanguardista de la congoja. Cuando salió del ascensor y leyó la mirada de Gabriela aguardándola bajo el quicio de la puerta, le sobrevino una parálisis que afectó a su capacidad motora. Su psique quería avanzar pero su tren inferior no obedecía. Fajardo salió a su encuentro justo en el momento en el que comenzaban a flojearle las piernas.

—Acompáñeme —le dijo agarrándola por la cintura.

Cuando pasó junto a la asistenta se percató de que había estado llorado recientemente. Alfredo lo hacía en completo silencio apoyado sobre el respaldo de una silla, asistido por uno de los policías que convivían con ellos de cuyo apellido no lograba acordarse. Todos aquellos estímulos giraban en su cabeza como un carrusel de malos presagios. Azucena quiso exigir a Fajardo que le explicara lo que estaba sucediendo antes de que se le parara el corazón. Necesitaba saberlo, pero las palabras fueron devoradas por el miedo. Miedo a saber; miedo a enfrentarse con lo calamitoso; miedo al dolor.

Aturdida, se encontró sentada en la cama de Margarita, tratando de quitarse el sudor de las manos como si aquella incomodidad fuera el mayor de sus problemas.

—Señora —introdujo Fajardo para captar su atención—, hace unos minutos ha llegado un mensajero con un sobre. Es grave, pero a su vez nos indica que Marga…

—¡Dígame de una maldita vez qué le ha sucedido! —se desgañitó.

El sudor se secó; los temblores cesaron, el agarrotamiento desapareció y el corazón ralentizó su latido.

—Nos han enviado una oreja de su hija.

Silencio.

Fajardo alargó el brazo para alcanzar el hombro de aquella madre a punto de derrumbarse, como si así fuera a conseguir apuntalar sus cimientos. Sin embargo, la interpretación de los gestos de Azucena no encajaba, precisamente por la ausencia de estos.

—¿Cómo saben que es de Marga? —quiso saber con pulcritud extrema.

—Su marido la ha identificado.

—Quiero verla.

—Escuche…, no es necesario, créame. Sabemos que es de ella y no le va a proporcionar ningún beneficio.

—Quiero verla.

Fajardo miró a su alrededor, se frotó la cara con ambas manos y admitió que no tenía nada que hacer. Asomó la cabeza por la puerta y chasqueó los dedos varias veces para llamar la atención de Bravo.

—Tráela.

Los segundos que necesitó para cumplir la orden fueron invertidos por Azucena para recomponer su vestuario. Cuando entró por la puerta se puso en pie, con la espalda muy recta y los brazos cruzados.

Fajardo se puso los guantes y agarró la bolsa de plástico opaca que habían guardado en el frigorífico a la espera de que viniera la Científica a recogerlo.

—¿Está segura?

—Enséñemela.

El de la Unidad de Secuestros y Extorsiones la ahuecó e introdujo la mano. Presentaba un aspecto deslucido, como si eso que sujetaba entre el índice y el pulgar con tanta tibieza no tuviera sentido por sí mismo. Toda la zona en la que se había practicado la disección estaba recubierta por una capa de sangre ya reseca, maciza, insustancial. El lóbulo conservaba un pendiente de Tous con un osito de oro blanco que ella misma le había regalado al rematar el curso anterior con sobresaliente de nota media. Además, reconoció el lunar que adornaba el hélix del pabellón auricular de su hija.

—Efectivamente, es de Marga. Ya puede guardarla. ¿Hay algo más que no sepa?

Él lo valoró durante el tiempo suficiente como para que ella supiera que había algo más. Fajardo no estaba seguro de si aquello la rompería en mil pedazos o la endurecería, pero sí estaba plenamente convencido de que ocultárselo no era una opción.

—Efectivamente —le anticipó, avergonzado.

Ella inspiró por la boca como pretendiendo levantar un escudo protector, pero el aire entró de forma intermitente, fruto de la angustia.

—Hemos hallado restos de semen en el lugar donde tenían retenida a Margarita. Pertenece al secuestrador muerto.

Azucena se dio media vuelta y apretó los párpados con fuerza. Luego asintió varias veces con la cabeza, entrecruzó los dedos y los retorció para concentrar toda su rabia en esas articulaciones.

—Respóndame con sinceridad, ¿cree que sigue viva? —le preguntó sin girarse.

Fajardo midió las palabras antes de pronunciarlas.

—Sabemos que la amputación se realizó estando viva, de otro modo no hubiera sangrado. Debemos pensar que sigue viva, no valoramos otra opción.

—No le he preguntado eso —insistió ella.

Fajardo se tomó su tiempo.

—Sí, creo que su hija sigue viva.

Azucena asintió varias veces con la cabeza a la vez que se quitaba las lágrimas que humedecían las mejillas.

—El siguiente paso es esperar, ¿es así?

—Así es.

—Entonces, esperemos.

—Se acabó la espera —se dijo Jaap Keergaard a sí mismo.

Sus ojos repasaban una y otra vez las mismas líneas de texto.

Cliente: Ramiro Sancho.
Fecha: 5 de septiembre, 12:30 h.
Dirección de recogida: C/ Juan García Hortelano, 16, 8.º D.
Dirección de destino: C/ Las Cercas, 8. Urb. Aldeamayor Golf (Aldeamayor de San Martín, Valladolid).

Borró el archivo y cerró la tapa del portátil.

La ducha con agua fría era parte del ritual. Con ello conseguía poner en estado de alerta todas y cada una de las fibras de su cuerpo. Prosiguió vistiéndose frente a aquel miserable espejo atornillado en la cara interna de una de las lamas del armario. Al abotonarse la camisa infirió que la holgura de otros tiempos la había rellenado de templanza, y que esa y no otra era su mayor virtud. Se ajustó bien las correas con las que sujetaba a la Piadosa pegada a su costado izquierdo antes de ponerse el traje de levita negro. Se sentó en la cama para atarse los zapatos y volvió a incorporarse para inspeccionar su siniestra figura.

Abandonó la habitación sabiendo que, pasara lo que pasara en las próximas horas, no regresaría al hotel.

TUERTO QUE A CIEGO GUÍA, NI DE NOCHE NI DE DÍA

Residencia de Ramiro Sancho
Aldeamayor de San Martín (Valladolid)
7 de septiembre de 2012, 21:45

Se trataba de una guerra de posiciones en la que la manada trataba de conquistar el terreno perdido mientras que Ólafur, atrincherado en sí mismo, peleaba por mantenerla a raya. El terreno era poco propicio para los defensores, aun así había declinado parapetarse en la cama y no hacerle frente en campo abierto. El islandés contaba con las armas secretas en forma de fármacos que le había proporcionado en su día el jefe de la Científica, Magnus Arason. Las instrucciones estaban claras. Clometiazol, un sedante hipnótico y anticonvulsionante, para castigar las líneas enemigas sistemáticamente cada cuatro horas. Los efectos de la artillería pesada resultaban más eficaces al combinarlos con periódicos contraataques de caballería comandados por los beta bloqueadores y la tenaz resistencia de la infantería, bien armada con munición de naltrexona.

Y quién sabe si, empujado por los efectos secundarios que le provocaba tal cóctel farmacológico o por la ostensible disminución de los temblores, el excomisario aprovechó para operar en la pantalla táctil de su teléfono móvil. Connor Murphy no tardó en contestar.

—Santo Dios, Ólafur, ¿eres tú?

—Eso creo, o por lo menos lo que queda de él.

—¿Sucede algo?

—No; bueno, sí, estoy tratando de…, en fin, de retomar el control de mis actos.

—Escuché que habías dejado el Cuerpo.

—Ya veo que los cuervos vuelan más rápido que las palomas. Me invitaron a abandonarlo y no pude resistirme —aclaró.

—Leena me pregunta mucho por ti. ¿Dónde estás? ¿Sigues en esa isla plagada de volcanes?

—No. Para escapar de mí mismo tenía que salir de allí. Estoy en

España con un amigo.

—Sabes que aquí tienes tu casa para cuando la necesites.

—Lo sé, eres muy amable, Connor.

Ólafur Olafsson se aclaró la garganta.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Dios bendito, Ólafur, ¿en qué andas metido?

—Todavía en nada.

—No me gusta cómo ha sonado eso.

—Ya. Te voy a pedir que hurgues un poco en vuestro maravilloso archivo y saques del SICI todo lo que encuentres de…, ¿tienes para anotar?

—Tengo.

Ólafur le deletreó varios nombres que aparecían en el informe de De Bruyn.

—Anotados. Algunos me suenan, pero no sé de qué. No me vas a decir nada más, ¿verdad?

—Sí, que es muy urgente.

—Estaba a punto de marcharme a casa.

—Es importante, Connor. Si realmente esto es lo que parece, te prometo que lo compartiré contigo. Por ahora no es más que una grieta diminuta en una enorme placa de hielo.

—Dame un par de horas.

—Te lo agradezco.

El miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol dejó que transcurrieran unos segundos.

—Ólafur, solo te pido que antes de tomar ninguna decisión que pueda arruinar la vida que te queda valores las consecuencias.

—Ya, las consecuencias —repitió—. Espero tu llamada.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

En las últimas horas, las imágenes que tanto la atormentaban se habían vuelto más nítidas, los sonidos más perceptibles y los aromas más tangibles. La secuencia se repetía una y otra vez: la expresión desencajada de Gorka mientras le apretaba el cuello con sus enormes manos; sus alaridos histéricos al desgarrarle la cara; los golpes recibidos; el olor de su sangre; la certeza de estar a punto de morir; el ruido de los disparos; el peso muerto de su carcelero aplastándola; la efímera esperanza de que todo había terminado, y, finalmente, la irrupción en escena del mexicano.

Aquella sucesión de acontecimientos era su mecanismo de defensa para tratar de librarse del dolor físico en forma de latido lacerante que seguía fustigándola. Margarita tenía la sensación de que la molestia se

había ido concentrando al final del maxilar, junto a la oreja. Era consciente de que le había provocado heridas durante el desequilibrado forcejeo que mantuvo con él, pero no se había atrevido a palpárselas con sus dedos mugrientos para evitar que se le infectaran; o puede que su subconsciente rehuyera conocer el alcance de las mismas. Además, los grilletes le concedían un estrecho margen de movimiento y tener puesto ese artilugio para perros adaptado a las personas tampoco invitaba a adentrarse en el campo de las averiguaciones táctiles.

Sin embargo, algo le empujaba a satisfacer su curiosidad, a despejar esa incógnita.

Decidió cambiar de postura. Abandonó la seguridad que le proporcionaba la posición fetal para adoptar otra sedente. Se pasó la cadena entre las piernas e inclinó la cabeza para ganar en maniobrabilidad. El sonido de los eslabones contra el metal rebotó en aquellas paredes húmedas. Utilizando el dorso de los dedos descubrió un abultamiento en la frente que de inmediato vinculó al cabezazo que casi le hizo perder la consciencia. Siguiendo la ruta trazada por las localizaciones más dolorosas, llegó hasta la sien, donde detectó una cicatriz de unos tres centímetros que relacionó con el impacto de la linterna. En su descenso hacia la zona cero se topó con la correa del bozal, pero no se detuvo demasiado y continuó hasta la oreja.

Su primera reacción fue chillar, pero no podía abrir la boca.

Buscó con la yema de los dedos lo que ya sabía que no iba a encontrar.

Gruñó hasta lastimarse las cuerdas vocales.

Luego agitó la cabeza bruscamente como queriendo negar un hecho irrefutable.

Irreparable.

La ansiedad se apoderó de Margarita y, aunque quería desprenderse de ella a través de los lacrimales su cuerpo, resolvió contenerla dentro y transformarla en veneno.

Residencia de Ramiro Sancho

Eran más de la once cuando oyó el sonido de la puerta del garaje. A duras penas consiguió ajustarse la gabardina y cubrirse con la bufanda antes de ir a su encuentro. Temblaba, pero no por la baja temperatura, que había logrado estabilizar su caída libre hasta los cinco grados. El islandés trataba de aclimatarse a los efectos de la abstinencia y a esa fina capa de sudor frío que ejercía de segunda piel. Tras superar el impulso de entregarse al alcohol tras escuchar los resultados de las averiguaciones que hizo su excompañero en la Policía Real del Úlster,

Connor Murphy, empezó a notar un vigor remozado que hacía años que no fluía en su interior. La situación era crítica, tanto como la conversación que tenía previsto mantener con su amigo pelirrojo.

Tardaba en aparecer pero desde donde estaba podía escuchar unos acordes de música céltica que le hicieron rememorar esas noches que pasaba bebiendo cerveza en los pubs de Belfast mientras actuaban bandas locales.

Ólafur no entendía el significado de la letra de *La senda del tiempo,* de Celtas Cortos, pero, así y todo, disfrutó del momento hasta el final de la canción.

A veces llega un momento en que te haces viejo de repente,
sin arrugas en la frente, pero con ganas de morir.
Paseando por las calles todo tiene igual color.
Siento que algo echo en falta, no sé si será el amor.

—¡Qué susto, joder! —exclamó Sancho nada más salir del garaje al distinguir la figura de Ólafur recortada en la penumbra—. Pareces el maldito Nosferatu. ¿Te encuentras bien?

—No, pero es el precio que tengo que pagar.

Sancho le agarró por los hombros y le zarandeó suavemente.

—Te vendrá bien un poco de aire. Vamos a dar un paseo, quiero presentarte a alguien.

—Ya. Un paseo —repitió con desdén—. Quizá tengas razón.

Sancho entró de nuevo en el garaje y salió arrastrado por Karatu.

Bajo el bigote del islandés creció una gran sonrisa.

—Es una auténtica preciosidad. ¿Cómo te llamas? —le preguntó inclinándose para acariciar el robusto cuello del animal. La mano le temblaba ostensiblemente—. ¿De dónde lo has sacado?

Sancho le resumió la historia y aprovechó para ponerle al día de los últimos acontecimientos. Tras un silencio prolongado, Ólafur dictó sentencia.

—Pinta mal. Eres una auténtica aspiradora de marrones. Algún día te reventará la bolsa.

—Hace tiempo que lo hizo.

—Cojonudo —calificó Ólafur tirando de su escaso conocimiento del idiotismo castellano.

Los jadeos de Karatu rompían la calma que reinaba en las calles vacías de la urbanización.

—En serio, no tienes buen aspecto —le dijo Sancho—. No serás tan cabrón de morirte en mi casa, ¿no?

—Esta mañana lo pensé más de una vez, no creas. Pero tú no estás mucho mejor, amigo. Al menos yo cuento con la ayuda de estas píldoras mágicas —se las mostró— y mi absoluta determinación por

autoinfligirme una prolongada y dolorosa penitencia antes de reunirme con mis antepasados. Tengo que recomponerme para poder enfrentarme con lo que se nos viene encima.

—¿Nos? Yo tengo más que suficiente con lo mío.

—Déjame que te cuente las novedades y veremos si te queda espacio en el depósito.

El islandés se aclaró con vehemencia la garganta.

—He hablado con Connor Murphy.

—Tu contacto en las altas esferas de la Interpol.

—Tienes buena memoria. Le he pedido que indagara en el listado de nombres que figura en el informe. Pero antes de eso, será mejor que sepas el motivo por el que Aarjen de Bruyn te lo envió.

Sancho sacó las manos de los bolsillos para rascarse la barba.

—Había una carta dirigida a ti que no había visto hasta hoy —reveló sacando una cuartilla doblada del mismo sitio en el que guardaba las pastillas—. Toma, léela si quieres, pero yo te voy haciendo una síntesis. Primero te pide disculpas por hacerte partícipe de sus averiguaciones y se justifica diciendo que teme por su vida y que no puede permitir que, si desaparece, es sintomático que utilice este término —añadió—, el mal termine triunfando. Utiliza términos apocalípticos que me hacen pensar que el tipo no andaba muy bien de la sesera, pero bueno. Luego explica que te conoce a través de la única persona en la que De Bruyn confiaba de verdad: Armando Lopategui.

Los repentinos ladridos provenientes del otro lado de la verja provocaron el sobrecogimiento de los paseantes. Karatu respondió de la misma manera.

—¡La puta madre que lo parió! Incluso después de muerto… ¡Jodido Carapocha! —exclamó sin rastro alguno de rencor.

Ólafur Olafsson hizo un gesto fruto del agotamiento físico.

—La carta continúa diciendo que le habló de ti en varias ocasiones y que ponía la mano en el fuego por tu, y cito textualmente, «incorruptible honestidad y testarudez» —rememoró con la voz casi extinguida.

—¡Hay que joderse con la honestidad! Si ya lo decía mi padre: donde no hay harina todo es mohína —expresó en castellano.

El excomisario pasó por alto el refrán y continuó hablando.

—La buena noticia es que no estás solo en esto.

Sancho se paró en seco.

—¿Erika?

Ólafur asintió.

—Pero ahora déjame que enlace con lo anterior antes de que me desplome aquí mismo —dijo concediéndose un respiro. El islandés miró al cielo en busca de alguna señal, pero desistió al sobrevenirle un vahído. Sancho contribuyó a que retomara la verticalidad—. Los

nombres que mencionaba al principio que he pedido que comprobara corresponden a…, cómo decirlo, altos dignatarios. Eso es, personas insignes del mundo empresarial, político, policial, judicial y hasta de la Iglesia, de varias Iglesias. De muchos países: Bélgica, Francia, Reino Unido, Alemania, España, Estados Unidos, Argentina, México…, por citar los que me vienen a la cabeza. Limpios todos, faltaría más. Ni un pequeño borrón, ni uno. Sin embargo, hay algunos nombres que sí han saltado en el sistema. ¿Conoces el SICI?

—No tengo el placer —contestó cabreado.

—Ya. Digamos que es la materia gris de la Interpol. Se alimenta con todas las bases de datos de sus Estados miembros. Una maravilla. El SICI ha encontrado tres nombres, tres identidades que De Bruyn menciona como tres de los siete arcángeles de la Congregación de los Hombres Puros. Sicarios —definió—. Pero no unos matones cualquiera, son profesionales con un historial delictivo extraordinario. A mí me ha impresionado —añadió al tiempo que se agarraba al muro que delimitaba la propiedad de una vivienda que hacía esquina.

—Volvamos. No estás tú como para muchas caminatas, amigo.

Sancho le echó la mano a la cintura mientras que sujetaba el ímpetu del dogo argentino. El islandés se agarró al hombro del pelirrojo.

—Solo necesito tumbarme un rato. Déjame que llegue al final de esto, Sancho, es importante.

—Tranquilo. Estamos cerca de casa.

—Ya termino. Dos de estos tipos, Jaap Keergaard y un tal Bismark Kruger, han entrado en España el día 6 utilizando documentación falsa que la Interpol tiene controlada. A un asesino se le pilla antes por su pasaporte que por dejar huellas en el escenario del crimen —comentó el islandés a modo de chascarrillo—. Son dos hijos de puta de mucho cuidado.

Pero Sancho ya no le escuchaba. Se quedó en la frase anterior y su cerebro se negó a procesar más palabras.

—¡Hay que joderse! ¡Lo conocía! —gritó Sancho—. ¡Fajardo conocía a Garay!

Ólafur le miró abatatado.

—¡¿Me estás escuchando?! Esos tipos han venido para cumplir un encargo.

—No me jodas, Ólafur…, ahora no.

—¡Escúchame! —gritó haciendo añicos la tranquilidad de la noche —. ¡Escúchame, por favor! Estáis en peligro. Esos dos se encargan de limpiar el buen nombre de sus amos. Créeme, tienen medios suficientes como para seguir los envíos que haya hecho De Bruyn. Van a por vosotros, Sancho. Han venido a España para ocuparse de ti y de Erika.

Al pelirrojo le costaba menos guiar los pasos del can que los del

islandés, carente de energía para recorrer los últimos metros que les faltaban para llegar. Se concentró en la tarea, pero, sumido en la perplejidad y ante tal acumulación de infortunio, terminó por claudicar. Sentó con cuidado a Ólafur con la espalda apoyada en un muro de ladrillo antes de dejarse caer junto a él. Karatu se tumbó entre ambos. Tras unos minutos de silencio, buscó el paquete de tabaco de Garrido y su mechero. Prendió uno y se lo puso en los labios a su compañero. A continuación, encendió otro para él y dio dos caladas seguidas. Tosió con rabia.

—Es lo peor que he fumado en mi vida —valoró el islandés, desfondado—. No consigo dar con ella. Lo he intentado varias veces, pero su teléfono está siempre apagado. Me temo lo peor, Sancho.

—Erika sabe cuidar de sí misma —deseó el pelirrojo.

—Necesitará ayuda.

—Yo no puedo aspirar ni una mota más de polvo. Debo resolver el asunto que tengo entre manos. ¿Lo entiendes?

—Hablaba de mí.

—La madre que me parió… ¿pero tú te has visto? Estás hecho una mierda, tienes que descansar. Aquí estarás seguro. Nadie sabe que me he trasladado a esta dirección, nadie —enfatizó equivocadamente—, ni siquiera he tenido la oportunidad de comunicarlo en comisaría. Es imposible que ese par de sicarios, por mucho que sean la flor y nata de los asesinos a sueldo, la jodida *crème de la crème,* consigan dar con esta casa. Desconecta de todo unos cuantos días. Recupérate y después decides. Mírate, amigo mío, si apenas puedes ponerte en pie.

—Mañana estaré mejor. Solo espero que no sea tarde. Tengo que hacerlo.

Sancho retuvo el humo del tabaco en los pulmones y lo fue soltando por la comisura de los labios.

—Tuerto que a ciego guía, ni de noche ni de día.

Residencia de los Zúñiga

Como un autorretrato de Frida Kahlo; hermética, solemne.

A primera hora de la tarde, Azucena había mantenido una larga conversación con Alfredo en la que, contra todo pronóstico, no hubo reproches ni críticas veladas. La charla se había centrado en el errático estado de ánimo de Josean y los esfuerzos de su padre por mantenerle alejado del dolor sin apartarle de la cruda realidad. Esa fue la primera vez desde que Margarita desapareció en la que el matrimonio se encontró empujando en la misma dirección, lo cual dotó a Azucena de la energía que requería para sujetar con firmeza el estandarte familiar. Acto seguido, resolvió conceder a Gabriela un permiso indefinido que

incluía una clara definición de desahogo para la empleada del hogar.

Antes de empezar, se sentó en ascética compostura, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, casi sin pestañear, mientras asistía dócilmente al adoctrinamiento de Fajardo.

La frecuencia cardíaca pasó de sesenta pulsaciones por minuto a sesenta y una cuando sonó el timbre del teléfono fijo de la casa.

—Espere que suene dos veces más. Mantenga la calma, siga las instrucciones que le he dado y todo saldrá bien.

—¿Sí? —contestó ella en tono soporífero, carente de interés.

—¿Y quién chingados habla?

—La señora de la casa.

—¡No mames, güey! ¡Ándele en chinga a buscar al abuelo, no me haga perder el tiempo!

—A partir de ahora solo hablará conmigo.

—¡Vale madres! ¡¿Siguen interesados en recuperar a la chavita o no?!

—Seguimos interesados —le confirmó manteniendo una línea de expresividad tediosa.

—¡Entonces déjese de pendejadas y páseme al viejito!

—Le repito que de ahora en adelante solo hablará conmigo.

—Me está cagando los tanates, jodinche culera. Va a conseguir que me encabrone de verdad. ¿Acaso no recibió mi mensaje?

—Sí, lo recibimos. ¿Está mi hija con usted en este momento?

—No, por suerte para ella, porque si así fuera ya habría tenido que desprendérsela de la vida, panochuda.

—¿Cómo me va a demostrar que mi hija sigue viva?

Fajardo y Bravo intercambiaron miradas atónitas, pero el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones no quiso distraer a Azucena. Por los auriculares se escuchaba la respiración acelerada del comandante.

—¡Ya me hartó, vieja jodinche, pendeja, mamona y culera, hija de toda su reputísima madre! ¡Ya déjese de chingaderas!

Azucena apretó la tecla de colgar y dejó el teléfono sobre la mesa con sumo cuidado, como si estuviera fabricado de un material extremadamente explosivo. Fajardo invirtió unos segundos en cerrar la boca, pero, cuando estaba a punto de pronunciar algo, el timbre del teléfono sonó de nuevo.

Azucena esperó cinco tonos.

—¿Sí?

—Escúcheme bien, señora. Hablaré con usted, pero le voy a pedir que deje de hacer pendejadas o me obligará a hacer lo que no quiero hacer.

—Le escucho, pero si vuelve a faltarme al respeto colgaré de nuevo.

El comandante murmuró algo ininteligible.

—¿Ya ha reunido la segunda parte del rescate de su hija?

—Ya le dimos lo que pidió y no liberó a mi hija.

—Ese era el primer pago, falta el segundo.

Azucena movió los ojos hacia su derecha evidenciando que estaba maquinando algo.

—He podido reunir 238.440 euros más.

—No es suficiente, señora.

—No hay más.

—Consígalo.

—No tengo más joyas que vender.

El comandante suspendió repentinamente la conversación.

—250.000 euros.

—Creo que podré llegar a esa cifra —confirmó ella en voz queda tras unos segundos de fingida reflexión.

—Reúna mi dinero. Volveré a llamar.

—¡Espere! —dijo ella elevando el tono por primera vez.

—Sea breve.

—No habrá rescate hasta que escuche la voz de mi hija.

—Ni de broma, señora.

—Entonces no tenemos más que hablar.

Y colgó.

Fajardo seguía sin dar crédito a lo que registraban sus oídos. La siguiente llamada se produjo de inmediato.

—Mañana le enviaré la otra oreja de su hija, ¿es eso lo que quiere?

—Si vuelve a hacer daño a mi hija no habrá rescate. Invertiré esa cantidad en pagar a alguien para que le ampute todos y cada uno de los apéndices de su cuerpo.

La grabación registró una carcajada artificiosa y luego un silencio prolongado.

—Reúna mi dinero. Volveré a llamar.

Residencia de Ramiro Sancho

Había transcurrido una hora desde que regresaron del perturbador paseo. Sancho acababa de colgar el teléfono a Sara Robles y Ólafur, parcialmente recuperado, declinó la oferta que incluía una cena liviana y cama por otra que solo contemplaba tabaco y conversación.

Reclinado en el sillón de pensar del inspector y tapado con una manta, el islandés carraspeó a modo de llamada de atención. Karatu, recostado a sus pies, giró la cabeza.

—¿Por qué estamos aquí, Sancho? ¿Te lo has planteado alguna vez? Es decir, ¿por qué cometemos la osadía de robar un alma para convertirnos en carne? ¿Cuál es nuestro propósito como especie? Ninguno —se contestó a sí mismo.

El pelirrojo se sentó en la mesa baja que había frente al islandés y se pasó las manos por el cuero cabelludo detectando que tocaba pasarse la cuchilla; y escuchar.

—La existencia humana no tiene ningún propósito esencial, carece de significado por sí misma, y es justo el motivo por el cual tendemos a la autodestrucción. Porque no estamos programados para admitir que estamos vacíos. Porque queremos terminar con el drama, con la agonía del tiempo que nos queda, con el sufrimiento que supone vivir mientras nos amarramos obstinada y cobardemente a la ilusión de subsistir; de perpetuarnos. ¡Cuánta arrogancia encierra la reproducción! Carecemos de valores comunes, de un objetivo que compartir. Nada nos une excepto el interés por la supervivencia de la especie, Sancho, solo eso. Egoísmo colectivo. Somos monolitos que teatralizamos relaciones porque nos aterra la soledad, ese agónico momento en el que uno toma conciencia de que no hay nada más; de que no hay nadie más.

—Esos fármacos van a aniquilar el último reducto útil de tu cerebro.

Ólafur Olafsson inspiró por las fosas nasales, como si saboreara el aire que estaba hinchando sus pulmones.

—Pero en ocasiones surge el rayo, el maldito rayo de esperanza, Sancho. ¿Recuerdas el día que nos presentó Michelson en la OCN de Londres?

Sancho se limitó a sonreír y afirmar con la cabeza.

—Cuando mencionó que habías trabajado tres años como infiltrado supe que entre tú y yo existía una conexión, un vínculo muy tangible, indubitable, fundamentado en la aflicción que ha manchado nuestros destinos. La misma caótica travesía pero recorrida en direcciones opuestas. Sin embargo, he aquí la paradoja, tú has conseguido encontrar el propósito; yo no.

—No sé si te sigo, compañero.

—Tú eres un guardián de las normas. Un caballero andante, y tu propósito es luchar, enfrentarte con quienes las quebrantan sin plantearte si son o no correctas, si son o no necesarias. Esas normas nos vienen impuestas por otros y las aceptamos hasta el punto de inculcárselas a nuestros hijos. ¡Qué irresponsabilidad!

El excomisario se concedió unos segundos antes de proseguir.

—Voy a confesarte algo —dijo a modo de prefacio—. El 17 de mayo de 1974 cumplía mi vigésimo cumpleaños y, aprovechando que disponía de unos días libres, fui a Dublín con mi compañero, Connor Murphy. Eran años complicados.

—El conflicto irlandés —encuadró el pelirrojo.

—Exacto, el conflicto —corroboró mesándose el bigote—. Las mentiras bien regadas años atrás germinaron y el fruto del odio brotó abundante, inagotable. Las armas sustituyeron a las palabras y el

diálogo se construía con el intercambio de víctimas. Aquel día todo cambió para mí.

Sancho detectó que al islandés le costaba construir las frases.

—¿Quieres que lo hablemos otro día?

—No. Necesito soltarlo ahora o puede que nunca lo consiga.

Un gesto de conformidad le dio pie a continuar.

—Sobre las siete y media de la tarde detonaron tres coches bomba. Uno de ellos, el de la calle Talbot, nos pilló cerca de donde estábamos. Fue una carnicería. Todavía puedo ver los restos humanos, escuchar los gritos y oler el aroma de la destrucción; sangre y cenizas. Todos los muertos resultaron ser civiles. Personas que se levantaron un día sin imaginarse que iba a ser el último. El atentado fue obra de la Fuerza Voluntaria del Úlster. Unionistas cuyo único objetivo era compensar el número de muertos de ambos bandos.

—Y tú pertenecías a ese.

—Eso decía mi placa, pero ya te conté el motivo por el que acabé en el RUC.

—Me acuerdo de esa parte de la conversación que mantuvimos en aquel garito de Praga, del resto… no.

Ólafur sonrió por primera vez.

—Al día siguiente no era capaz de encontrar un solo motivo por el que debiera vestirme con el uniforme de la Policía Real del Úlster. Sin embargo, tenía dos palabras que me revoloteaban en la cabeza continuamente.

Se concedió un respiro antes de proseguir.

—*Sapere aude,* «Atrévete a saber». Lo dijo Leena, una mujer compacta, sin fisuras, una mujer de verdad que poco después contrajo matrimonio de mentira con Connor. De nuevo la paradoja —divagó—. Le hice caso y me atreví a saber. Entonces me alcanzó el rayo. Duró apenas un segundo, pero en ocasiones un segundo es lo primero.

Sancho elevó sus pobladas cejas, desconcertado.

—Me lo tomé como un reto personal, puede que para elevar mi autoestima, ¿quién sabe? Empecé a indagar en las raíces del conflicto, a informarme por mí mismo, a no aceptar lo que otros nos contaban. Y cuando consideré que sabía lo suficiente, tomé partido creyendo que me acercaba a ese propósito. A veces, uno no sabe lo que busca hasta que lo encuentra.

Sancho se anotó la frase, pero quiso indagar en un detalle anterior.

—¿Tomaste partido?

—No fue ni rápido ni sencillo. Como integrante del RUC no podía contactar con ellos, tenía que hacer que ellos contactaran conmigo.

—¿Ellos?

—El IRA, Sancho, me refiero al IRA.

—¿Cambiaste de bando?

—En realidad no, porque antes no era consciente de pertenecer a ninguno. Estaba por estar sin saber dónde estaba. Por favor, espera, no emitas tu veredicto todavía —le pidió al ver cómo se contraían los músculos de la cara del inspector—; déjame que concluya.

Sancho consintió.

—Logré llamar su atención y me integraron dentro de su estructura de informadores. Estuvieron meses probándome hasta que se cercioraron, pero finalmente lo que hizo que la balanza se declinara a mi favor fue el potencial que suponía tener un infiltrado en las filas del enemigo. Tú sabes muy bien de lo que hablo.

—Lo sé muy bien, pero con los papeles intercambiados —remarcó —, que no es lo mismo.

—Ya. Es lo que te decía antes: la misma travesía sinuosa pero transitada en dirección opuesta. El mismo dolor. No conozco bien el conflicto en el que tú te involucraste, pero en el mío te puedo asegurar que no había distinción entre el bien y el mal. Terrorismo libertario y terrorismo estatal. Londres utilizaba las mismas tácticas, igual o más salvajes e inhumanas que los irlandeses separatistas. Yo fui testigo directo de una el día que cumplí veinte años.

Sancho se mantuvo a la expectativa.

—Mi contacto dentro era Martin Quinn, un buen tipo que, además de ser mi enlace, era el único que conocía mi verdadera identidad. Mi labor consistía en avisarle de las operaciones de inteligencia del RUC. No de todas, solo de las más importantes en las que peligraba alguno de los dirigentes del momento. De una de ellas te hablé en Praga.

Sancho hizo un esfuerzo por encontrarla en su memoria.

—Esa en la que resultó muerto un niño de quince años —le desveló a modo de pista.

—Por los disparos de tu compañero, ya recuerdo.

—Exacto. Les avisé dos horas antes y cuando llegamos allí, como esperaba, no quedaba ninguno de los objetivos que fuimos a buscar. Pero ocurrió aquella desgracia y anotaron el nombre de Connor Murphy en una lista. En 1991, Martin, mi enlace, murió en una operación de las SAS y aproveché mi regreso al anonimato para alejarme de todo. Poco después conocí a Sinéad y nos largamos del Úlster a Liverpool con la intención de empezar de cero. Y justo cuando todo parecía que empezaba a cobrar sentido llegó el secuestro de Connor. Quise ayudarle, tienes que creerme, pero el IRA ya era una estructura blindada para mí y no pude hacer nada por él. Sufrió mucho y aquello terminó por hundirme. Mi amargura era tanta que devoró la dulzura de Sinéad. No tenía otra alternativa que marcharse de mi lado y, en cuanto se decidió, yo me encerré en Reikiavik. Otra vez dejándome llevar por la corriente, sin presentar batalla, ahogando mi cobardía en el alcohol.

Ólafur se llevó las manos al estómago, donde se localizaban los ataques más feroces de la jauría.

—He reflexionado mucho estos días, Sancho. Necesito hallar un propósito y hacerlo mío. Compensar el sufrimiento con la ilusión de sentirme partícipe de un objetivo claro y definido. Como tú. Ser coherente, armónico.

—¿Y te parece que yo estoy disfrutando de algo parecido a la armonía de la que hablas? Mírame bien, Ólafur, estoy hecho una mierda.

—Puede ser, pero tu existencia tiene sentido. Eres irracionalmente tenaz y yo racionalmente cobarde. Quizá por eso el destino me haya traído hasta aquí, o mi subconsciente, lo mismo me da. Tu vida tiene una razón de ser, la mía ni siquiera es. Por primera vez tengo la sensación de que he encontrado mi propósito: evitar que se cultive más sufrimiento. Tengo que rescatar las almas de esas niñas, Sancho. No consigo borrar esas miradas, condenadas por su inocencia, almas quebrantadas por la vileza de los hombres poderosos que vendieron la suya a cambio de… nada. A cambio de nada.

—¿Y qué planes tienes? —quiso saber Sancho, algo aturdido.

—En cuanto pueda valerme por mí mismo voy a buscar a Erika y a retomar la investigación de Aarjen de Bruyn —anunció entrecerrando los ojos, vencido por el agotamiento—. Hasta donde llegue, solo o acompañado.

Sancho se quedó mirándolo mientras el islandés se dejaba atrapar por el sueño. Al incorporarse se notó acartonado, anquilosado, y se le ocurrió combatirlo con ejercicio.

—Karatu, cuida de él —le encomendó al animal, a pesar de que este ya se había solidarizado con su nuevo amo.

Mientras se calzaba las zapatillas, Sancho barruntaba el sentido de las palabras y, con la esperanza de sacar algún provecho de ellas, se impuso un ritmo de carrera pausado para compensar su frenética actividad neuronal.

Calma total.

«¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve y quién nos conoce?!». «¿Adónde me iré de tu espíritu? ¿Y adónde me iré de tu presencia? Ciertamente las tinieblas me encubrirán. Y la noche resplandecerá como el día».

Isaías 29, 15, zanjó el arcángel. Sin embargo, no eran las tinieblas sino los muros de la casa del vecino los que ocultaban su presencia. Como era su costumbre, nunca actuaba sin evaluar cada una de las opciones. El hecho de que la vivienda contigua estuviera desocupada y

que ambas compartieran una pequeña zona ajardinada eliminó cualquier alternativa posible. Tan solo tenía que elegir bien el momento luego de confirmar la identidad del objetivo primario. La muerte del secundario ayudaría a consolidar la tapadera del robo: un ladrón que irrumpe en un domicilio pensando erróneamente que está vacío, sus ocupantes se despiertan y se produce la tragedia. La única cuestión que le preocupaba era que no debía ser muy pulcro para que no pareciera la obra de un profesional de su talla.

Tras una dilatada espera, había dejado de escuchar ruidos y voces hacía unos minutos. Tocaba visualizar las escenas que habrían de producirse inminentemente: acceder a través del jardín desplazándose junto al muro para evitar así el haz de luz artificial que proyectaba una farola del alumbrado público; forzar la puerta corredera de acceso trasero a la vivienda; ubicarse; localizar dormitorios; ejecutar al objetivo secundario; anular, interrogar y ejecutar al objetivo primario; preparar el escenario; deshacer el camino; dirigirse al piso franco, limpiarlo y al aeropuerto.

Dificultad nula.

Sigilo.

Dos minutos y dieciséis segundos más tarde, había accedido al interior de la casa y localizado al objetivo secundario durmiendo plácidamente en un sofá del salón. Un pequeño foco de lectura le trazó el camino. Más fácil imposible. Esperó a que las pupilas se adecuaran a la escasez de luz y se puso en marcha. Solo tenía que hacer que se incorporara para que no pareciera una ejecución. Ya lo había visto en la cara interna de sus párpados: un primer disparo errado a esa distancia provocaría el efecto despertador que buscaba, a pesar de que el sonido de la detonación se vería muy amortiguado por el uso conjunto del supresor y la munición subsónica de la Walther P22, el arma que la Congregación había dejado en el piso franco a requerimiento suyo. Acto seguido, dos directos al corazón y a por la siguiente.

Se incorporó para repartir mejor el peso y rodear por la derecha el pilar central evitando hacer ruido, ya que el otro lado estaba bloqueado por un objeto de gran tamaño que no tardó en identificar como una silla de ruedas. Avanzaba sin despegar la mirada de su rostro, conteniendo la respiración, regulando el consumo de oxígeno, ralentizando las pulsaciones.

Se detuvo a dos metros. Soltó el dióxido de carbono al tiempo que levantaba el arma con ambas manos.

Los cincuenta mil voltios y los 2,1 miliamperios interrumpieron la exhalación del arcángel Zadkiel.

—¡Ahora! —le alentó Erika a su madre.

Magda Voosen se incorporó súbitamente y encendió la luz a la

misma velocidad con la que el intruso cayó desplomado. La parálisis muscular no evitó que Bismark Kruger fuera consciente de lo comprometido de su situación justo antes de que sintiera el pinchazo en el cuello. Su último pensamiento se lo dedicó a la profecía de Amós: «Aquel día, dice Jehová, el Señor, haré que se ponga el sol a mediodía y cubriré de tinieblas la tierra en el día claro».

No era de día, sin embargo, el arcángel ya estaba sumido en la más absoluta oscuridad.

PUES MI ALMA OS ABORRECERÁ

Piso franco de Bismark Kruger
Ámsterdam (Países Bajos)
8 de septiembre de 2012, 2:20

El organismo de Bismark Kruger empezaba a sobreponerse al efecto anestésico de la ketamina. Era el momento de abrirle las venas antes de que se despertara por completo.

Como miembro del equipo médico responsable de la salud mental de los acusados por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, Erika Lopategui no se había encontrado con demasiados contratiempos a la hora de conseguir el fármaco, así como el resto de herramientas que necesitaba para consumar su plan. A caballo entre La Haya y Ámsterdam, había asumido que el cumplimiento de su objetivo primario se iba a dilatar en el tiempo más de lo que había previsto.

En su particular escala emocional, el oleaje no había pasado de mar rizada hasta que recibió aquel informe en el paquete mensual con la correspondencia de Siberia, su casa de Plentzia. Al principio no dio crédito a las revelaciones de Aarjen de Bruyn, pero su naturaleza inconformista la empujó a realizar algunas averiguaciones. Y progresivamente la amplitud y la altura de las olas fue aumentando hasta alcanzar la mar arbolada. Y luego el vídeo con esas imágenes, las mismas en blanco y negro que atormentaban sin ella saberlo a Ólafur Olafsson y Ramiro Sancho. A pesar de todo ello, Erika no fue consciente de la amenaza que se cernía sobre ella hasta que recibió la llamada de la Ertzaintza como propietaria de la vivienda en la que se había cometido un homicidio. Las primeras investigaciones apuntaban a un robo con violencia cuyo desenlace había sido fatal para Idoia, la mujer que cuidaba de la propiedad de la familia durante sus prolongadas ausencias. No tardó en juntar las piezas y en cierta medida se culpó por no haber vaticinado que aquella macroasociación criminal podría haber rastreado el envío del sobre.

Estaba tan alterada como decidida a intervenir, pero resolvió que necesitaba ayuda para completar la primera parte de su programa de actuación. Así, supo aprovechar el saldo a su favor en una cuenta abierta con su madre para obtener la información que precisaba. El recientemente retirado jefe de la Unidad Internacional de Búsqueda de Prófugos, Robert J. Michelson, no puso demasiadas pegas y en pocas horas recibió los resultados. Dispuso de once horas para prepararlo todo antes de que el arcángel aterrizara en Schiphol. Desde allí lo siguió hasta el número 183 de la calle Oudezijds Voorburgwal e hizo guardia hasta que lo vio salir pocas horas después en dirección a la casa de su madre, tal y como esperaba. Erika asistió desde la distancia a la fase de reconocimiento del terreno por parte del sicario y acertó de lleno cuando intuyó que detectaría los patios traseros como zona más vulnerable. El buzón rebosante de panfletos publicitarios haciendo evidente la desocupación de la vivienda contigua funcionó como reclamo. El difunto señor Sprenger sabría disculpar la intromisión allá donde estuviera. Erika supo que la treta había dado sus frutos tras ver a Bismark Kruger entrar en el portal a plena luz del día y no salir. La segunda fase era la más delicada. Estuvieron haciendo más ruido de lo normal hasta bien entrada la madrugada, convencidas de que el arcángel no actuaría hasta que reinara el silencio. Más comprometido era el papel de Magda como señuelo, pero había que asumir riesgos. El sonido de la puerta corredera era la señal; la paupérrima luz de lectura de Magda, la llamada de atención; la silla de ruedas marcaba el camino a seguir, y la forzada penumbra del salón proporcionaba la invisibilidad que requería Erika para sorprender a Kruger. La última parte, no menos arriesgada, incluía el traslado del intruso hasta el coche, para lo cual se valieron de la silla de ruedas y de la misma manera lo subieron hasta el piso en el que se alojaba. Ya en el interior y todavía inconsciente, movieron al arcángel a otra silla pero sin ruedas, previamente amarrada a un radiador. Seguidamente encintó el torso de Kruger al respaldo, le introdujo un paño húmedo en la boca y lo descalzó. Desde ese punto en adelante, Erika resolvió continuar en solitario. Magda Voosen se resistió inicialmente, pero las razones de su hija fueron de tanto peso que no tuvo más remedio que ceder. Aquel «Cuídate mucho, hija» cargado de pesadumbre todavía resonaba en sus oídos.

Soltó aire con el objeto de evacuar el estrés y repitió la operación hasta que se notó preparada. Emplazó los pies desnudos del arcángel Zadkiel sobre un taburete y de inmediato se centró en el trazado curvilíneo del arco venoso dorsal antes de guiar a la mano ajena. Acto seguido colocó la cuchilla entre sus dedos y presionó con fuerza sobre la piel. Logró esa perfecta imperfección de los suicidas en la ejecución del corte y un manto de color rojo desoxigenado empezó a derramarse

sobre el suelo alfombrado del piso franco. La misma suerte le esperaba a su otro par. Después de apartar el taburete, le encintó los brazos por detrás del respaldo y por encima de la ropa para evitar dejar marcas, exactamente lo mismo que hizo con las piernas en las patas de la silla, evitando así que tuviera contacto con el suelo.

Solo restaba despertar al arcángel y en ese empeño se hallaba Erika a base de repetidas bofetadas que iban ganando en intensidad.

Bismark Kruger abrió los ojos y mientras su cerebro recién activado trataba de recoger datos para recomponer la situación, su cuerpo se retorcía en la silla, rebelándose contra una situación a todas luces desfavorable. Inspiraba y espiraba frenéticamente por las fosas nasales acompasando el ritmo con la velocidad a la que se le movían los glóbulos oculares. Apenas se consumieron unos segundos más hasta que su sistema nervioso le alertó del escozor localizado en el dorso de los pies. De los profundos e irregulares tajos emanaba el fluido vital de forma continua y no poco abundante. Los gritos de protesta fueron amortiguados por el trapo húmedo. Erika ganó algo de distancia empuñando la Walter P22 como medida disuasoria.

—Miguel, Rafael, Zadkiel, Samael, Jofiel, Uriel o Gabriel. ¿Qué arcángel eres tú? —preguntó ella en inglés, pronunciando cada nombre como si la fueran a evaluar por ello.

Kruger se fijó por primera vez en Erika reconociendo en aquellos ojos azules casi grises a la mujer impía infectada por la mordedura de la serpiente, esa de pelo rojo a la que debía decapitar.

—¿Quién sabe lo que pasa por la mente de alguien que decide terminar con su vida? —continuó Erika. Seguidamente se mordió el labio inferior, pensativa—. Cuando el olor alerte a alguno de los vecinos y acuda la policía se preguntarán el motivo por el que se ha suicidado un asesino a sueldo. Puede que barajen incluso un ajuste de cuentas, pero yo en tu lugar no me preocuparía mucho por ello. Calculo que te quedan unos veinte minutos antes de que pierdas el conocimiento y lo que yo preciso saber no te llevará más de diez. Cuanto antes me prestes atención, más probabilidades tendrás. Entonces…, ¿te ves con ganas de hablar conmigo? —preguntó ella elevando las cejas.

El arcángel no movió ni un músculo.

—Y si me lo complicas me quitaré el problema por la vía rápida —le advirtió moviendo el arma.

Cuando ella extrajo el trapo de la boca aspiró impetuosamente y pronunció algo en afrikáner. Ella le repitió la pregunta.

—Jeremías 13, 26. «Pues yo descubriré también tus faldas delante de tu cara, y se manifestará tu ignominia».

Erika Lopategui teatralizó una expresión tediosa.

—¿Me vas a decir quién eres o me quedo aquí disfrutando del

espectáculo? Si me cuentas lo que necesito saber, te haré dos torniquetes y avisaré a la policía antes de marcharme para que te las arregles con ellos. Tú decides.

Bismark Kruger concluyó que no mentía.

—Zadkiel.

Erika consultó el informe de De Bruyn.

—¿Cómo te comunicas con ellos?

—Ellos lo hacen conmigo. Nunca al revés.

—Por supuesto. ¿Cuál era tu mesiánica misión?

—Terminar con los impíos.

—Doy por hecho que esto es el motivo —dijo levantando los papeles.

Él asintió.

—Lo cual me hace pensar que os compromete demasiado. Sobre todo a los citados. ¿Verdad, señor Kruger? Alias Francis J. Pearson, alias Michael Morrison y otros tres alias más. Y ni que decir tiene lo nerviosos que estarán el resto de protagonistas. Vaya, vaya, vaya…

El arcángel se enfureció notablemente, pero declinó hacer cualquier intento por liberarse.

—Antes o después darán con vosotros y os aplastarán.

Erika sonrió.

—Vosotros —repitió.

—No importa que uno de nosotros fracase. Otro retomará la tarea que le fue encomendada y la hará suya. «Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios y se les dieron siete trompetas».

—Así que somos más. ¿Cuántos más?

Zadkiel valoró la respuesta.

—Solo uno más, pero es más que probable que ya esté vagando por el infierno. Dicen que Uriel nunca ha fallado.

—Siempre hay una primera vez para todo. ¿Quién es el otro objetivo?

Erika fijó los ojos en las heridas, intencionadamente, y compuso una mueca de fingido pesar. El olor del plasma sanguíneo ya predominaba en aquella reducida atmósfera.

—A mi padre le hubiera encantado dialogar contigo, pero no nos queda mucho tiempo…

—Un policía español. No recuerdo el nombre —mintió.

A Erika le recorrió una sensación extraña.

—Ramiro Sancho.

El sicario asintió.

—Al igual que nuestra fe en nuestro señor Jesucristo, nuestra lealtad es inquebrantable. Estamos preparados para levantarnos, lo llevamos haciendo desde la noche de los tiempos. «Entonces hubo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón»

—citó—. No tienes capacidad para entender su dimensión y poder. De cada cabeza cortada surgirán siete que devorarán a nuestros enemigos y…

—¡¿Las niñas son vuestros enemigos?! ¡¿Esas niñas que torturáis y sacrificáis como animales son vuestros enemigos?!

El arcángel frunció el ceño.

—No sé de qué estás hablando, pero tus palabras no corromperán mi espíritu.

—Quizá mi lengua no, pero puede que esto sí.

Erika había preparado el vídeo en su portátil justo en uno de los instantes más atroces. Bismark Kruger tuvo que retirar la mirada.

—Yo no sé nada de… eso —logró decir.

—Te queda poco tiempo. Dame la clave de acceso —le indicó apuntando con el arma al portátil que descansaba sobre la mesa que tenía a su derecha.

Pero aquella era una información que el arcángel no pensaba canjear por su vida.

—Dispones de unos minutos antes de que empieces a marearte. Sobrepasado ese límite ya no habrá vuelta atrás.

Bismark Kruger empezaba a palidecer.

—Dame la clave de acceso y vivirás.

—«Entonces yo procederé con hostilidad airada contra vosotros, y yo mismo os castigaré siete veces por vuestros pecados. Comeréis la carne de vuestros hijos, y la carne de vuestras hijas comeréis. Y destruiré vuestros lugares altos, derribaré vuestros altares de incienso y amontonaré vuestros cadáveres sobre los cadáveres de vuestros ídolos, pues mi alma os aborrecerá».

Erika dejó escapar un suspiro.

Un automatismo que abogaba por su supervivencia le incitó a la rebelión pero las reservas de energía seguían perdiéndose por debajo de los tobillos y apenas pudo moverse.

—¿Quién es Corteza de Roble?

Bismark Kruger la miró sorprendido, como si acabara de verla por primera vez. De inmediato, una sonrisa jovial y sincera empezó a inflarse en su rostro hasta estallar en una carcajada furibunda, carente de vitalidad.

—No vivirás para averiguarlo —respondió altivo.

—En tus circunstancias, yo no apostaría por ti en una competición de longevidad. Pronto se te marchitarán las alas a no ser que yo lo impida.

—Ya puedo sentir su gélido aliento. Mi cuerpo no me pertenece pues mi espíritu vivirá eternamente. He servido bien a la causa y caeré batallando. Me reuniré con mis hermanos que me precedieron y esperaré a los que llegarán después. Así ha sido y así será.

Erika comprendió que no iba a sacar nada de provecho de aquel interrogatorio y, en cierto modo, llegó a empatizar con el hombre al que se le estaban agotando los últimos minutos de vida. Cosas de la bipolaridad, concluyó Erika.

La misericordia no tenía cabida en aquellas circunstancias.

El arcángel cerró los ojos y, de forma progresiva, los músculos faciales se fueron relajando. Tal circunstancia unida a sus predominantes rasgos infantiles le otorgaba la apariencia de un niño que acababa de entrar en el jardín de los sueños.

SIEMPRE QUE UNO GANA OTRO PIERDE

A-67 a 8 km de Reinosa (Cantabria)
8 de septiembre de 2012, 13:12

El funeral duró lo que tardó en empezar el entierro.

Las exequias habían congregado a buena parte de la población de Los Corrales de Buelna en los alrededores de la iglesia de San Vicente Mártir. La mezcla visual de uniformados y civiles dentro del templo se antojaba entre incompatible e imposible, como un traje de Armani con riñonera.

Incómodo. Ese era el término que mejor resumía el estado de ánimo de Sancho desde que se vistió con el traje de gala a las siete de la mañana y se subió al coche en compañía de la inspectora Robles y el subinspector Peteira. Durante las tres horas y media que duró el trayecto las palabras no supieron imponerse a los silencios y Sancho decidió rellenarlos con una selección de la discografía de El Último de la Fila. Nadie se opuso. La única charla que se prolongó durante más de quince minutos fue la incómoda conversación que mantuvo por teléfono con la jueza Miralles. Porque convencer a Aurora de la necesidad de que le firmara el auto le había resultado francamente incómodo.

—Es el camino más rápido para devolver esa niña a sus padres —le había argumentado el pelirrojo.

—No me gusta, Sancho, conlleva un riesgo muy elevado. Ese tipo es peligroso, además, ya he decretado su ingreso en prisión provisional y sin fianza en cuanto reciba el alta médica.

—Si no damos con su paradero, Margarita Zúñiga va a seguir sufriendo, Aurora.

—¡No se te ocurra ponerme entre la espada y la pared tirando de sentimentalismos! Mis decisiones obedecen solo a los hechos, no a conjeturas. También puede ayudarte desde la cárcel de Villanubla, ¿no crees?

—No. Tiene que ver los lugares. El zulo no estará a la vista y, a

pesar de que tenemos a un ejército registrando las ciento cuarenta y cuatro naves y almacenes disponibles en alquiler en la provincia de Valladolid que han salido en el archivo, no disponemos de tiempo suficiente. Además, ¿quién nos asegura que la tenga encerrada en una que no figure en ese archivo? Una abandonada, o fuera de la provincia, o…

—¿Y si sucede algo imprevisto? —le cortó la jueza.

—Iré siempre acompañado y no haré ninguna estupidez, tienes mi palabra.

—¡Son tus palabras las que me ponen en el disparador, Sancho!

La jueza claudicó minutos más tarde, no sin antes advertirle de que no pensaba cubrirle si finalmente algo se torcía. Tras repetírselo de varias formas distintas, le confirmó:

—A última hora tendrás la orden en el juzgado; no hace falta que pases a saludarme.

Y colgó.

No menos incómodo que el viaje fue el propio acto religioso partiendo del hecho de que al inspector Sancho le desagradaba de por sí todo lo que tuviera ese apellido: «religioso». Compartir el dolor verdadero de los familiares y amigos frente a la forzada y forzosa presencia de los mandos; las lágrimas sinceras frente a los hipócritas intercambios de muestras de apoyo. Todo ello condimentado por el engolado y ampuloso verbo del oficiante en su cruzada por defender una máxima: «La muerte no es más que el principio de la vida eterna». Sancho se alegró varias veces de no llevar encima el Colt Anaconda durante la ceremonia.

Igual de incómoda fue la breve conversación que mantuvo con Álvaro Peteira sobre el comprometido estado de su hijo Marcos y lo poco halagüeño que se podía extraer del último informe de los especialistas sobre su enfermedad.

E incómodo fue el monólogo que tuvo que aguantar de un demudado comisario Herranz-Alfageme sobre la responsabilidad de las decisiones que uno toma. Otro modo de insistir en el mismo mensaje que le había recalcado la jueza Miralles:

«Si algo sale mal te van a enterrar», dilapidó Copito con un comentario escasamente afortunado pero no por ello exento de verdad.

Y como no podía ser de otra manera, incómodo estaba resultando el viaje de regreso tras el debate suscitado por la llamada de Fajardo. Este les había contado que la última llamada del mexicano a la familia se había realizado desde un teléfono no intervenido y se había localizado en el repetidor que daba servicio a la población segoviana de Cantalejo. Saberlo no significaba nada más allá de lo circunstancial, como nada iban a encontrar los agentes de la Guardia

Civil que ya estaban actuando sobre la zona. Sancho tuvo la certeza de que Fajardo le estaba dosificando la información, práctica que él mismo llevaba a cabo cuando no quería que nadie metiera la nariz en los asuntos del Grupo. Aquello, sumado a las averiguaciones que había realizado Sara Robles en relación a las revelaciones de Bonifacio Socorro, lo llevó a aplazar esa charla para otro momento «más propicio». Así, aduciendo razones de carácter extraoficial, terminó convenciéndole para mantener un encuentro en cuanto llegara a Valladolid.

La sensación de que una cuenta atrás iba a precipitar el desarrollo de los acontecimientos alimentó el drama entre los ocupantes del vehículo. Que empezara a sonar por tercera vez *Lápiz y tinta* tampoco ayudaba a disminuir el estrés.

Tela, cinta, otra vez a empezar.
Lápiz, tinta y al paisaje a robar.
Y al placer de reencontrar
el limbo de un tiempo que se nos va.

—¡Qué ganas tengo de sacar a ese cabrón de paseo! —comentó Sancho superponiéndose a la voz de Manolo García en el estribillo—. Aunque, para ser sincero, no tengo ni puta idea de por dónde empezar a buscar.

—Se supone que para eso vas a sacarlo, para que él nos guíe —opinó Peteira.

—Puede que no pretenda otra cosa que hacernos perder el tiempo… —repuso Sara Robles.

—¿Se te ocurre alguna otra forma mejor de invertirlo? —le preguntó el inspector sin retirar la mirada de la carretera y rascándose la barba casi con desesperación.

—En el punto en el que estamos, no, pero eso no quita para que no obviemos la posibilidad de que no estemos en el camino correcto.

Sancho chasqueó la lengua como muestra de ofuscación por el circunloquio.

—Vosotros dos vendréis conmigo, le he dado mi palabra a la jueza de que tomaría precauciones. Hay que tenerlo todo dispuesto. Sara, encárgate de actualizar el informe con los registros del listado de almacenes, naves y demás localizaciones que elaboró la gente de Fajardo, no vayamos a buscar donde ya han estado los del tricornio.

—Entendido.

—Álvaro, ahora nos vendría bien una de tus enrevesadas teorías —propuso buscando su mirada a través del espejo del retrovisor.

Peteira miraba a través del cristal de la ventanilla.

—El color verde —introdujo—. El verde es la expresión de la vida

en su máximo esplendor. Uno nace pensando que va a florecer, que antes o después llega el momento culmen para el que nos prepararon nuestros padres, igual que les sucediera a ellos en el pasado. Pero resulta que nadie nos advirtió de los peligros, de las adversidades que, cuando llegan, no sabemos cómo afrontar. Es la crueldad del destino —sentenció y ninguno quiso intervenir en aquella reflexión en voz alta —. Quizá estuviera escrito en el destino de esa chica y nada pudo hacerse. Sin embargo, yo siempre creí que cada uno cumple un papel que justifica su propia existencia. Yo no sé cuál es el de los demás, pero quiero creer que el mío consiste en compensar las desgracias que se producen en nuestro entorno. Si no recuperamos a Margarita mi verde será menos verde.

Sancho no estaba seguro del mensaje que había querido lanzar el subinspector, pero algo le hizo relacionar el discurso con el que no hacía mucho había escuchado de boca de Ólafur Olafsson. Se preguntó si estaría propagándose una plaga de existencialismo a su alrededor y, quizá conmovido por ello, sopesó la posibilidad de desvelar los detalles de su relación con el Chupao. Y en eso se quedó, en una posibilidad, porque lo único que se escuchó durante los siguientes kilómetros fue el sereno rugido del motor del BMW. Pasando Aguilar de Campoo el teléfono volvió a reclamar la atención del inspector, esta vez era el águila, Dani Navarro.

—Sancho.

—Lo mismo no es el mejor momento, pero me veo en la obligación de comunicarte que esta tarde, a partir de las diecisiete horas, este guardia estará en los campos de rugby de Pepe Rojo. Por si te animas.

—No es mal plan, pero tengo… Espera, espera. ¿Contra quién jugamos?

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Examinaba sus piernas como si pertenecieran a otra persona pero cuando pasaba la yema de los dedos por encima de esas protuberancias rojas sentía un escozor agudo, muy suyo, irritante pero a la vez adictivo. Las pápulas más maduras estaban reventadas tras el inclemente paso de las uñas. Soltaban un líquido transparente mezclado con sangre que despedía un olor fétido que Margarita adjudicó al de un cadáver en fase de putrefacción. Algunas heridas empezaban a curar y las costras, abultadas también, se confundían con los efectos de las picaduras de los chinches. Bien pensado, podrían considerarse una consecuencia en su último estadio. La buena noticia era que el bozal apenas le molestaba. Aquel artilugio ya formaba parte de ella; o ella del artilugio. No había vuelto a palparse la herida que

marcaba la zona donde no hace mucho una oreja se unía a su cuerpo. Le seguía doliendo intensamente y hacía todo lo posible por no pensar en ello, pero cada cierto tiempo volvía a preguntarse cómo habrían reaccionado sus padres al recibirla.

«Mamá se habrá puesto a llorar como una histérica y papá habrá sido incapaz de articular palabra, como cuando vio escritos los tres insuficientes en las notas de la primera evaluación de Josean. Pero ¿qué mierda están haciendo por sacarme de este agujero? Lo mismo piensan que me tienen en un sofá, plantada delante de la televisión, comiendo hamburguesas y patatas fritas… ¡No te fastidia! No, no, de ninguna manera. No son estúpidos. Al recibir la oreja se habrán imaginado lo que estoy pasando. Porque la habrán recibido, ¿no? ¿Y si ha ocurrido alguna incidencia de esas tan habituales del servicio de correos y está rulando por toda España? ¿Y si se ha quedado en alguna oficina pudriéndose a la espera de ser recogida? ¿Y si la ha olfateado algún perro de esos que revisan la correspondencia en busca de drogas y se la ha zampado? No creo, los perros no comen esas mierdas. Daría la oreja izquierda por saber qué coño le ha pasado a la derecha. Por lo menos así dejaría de ser asimétrica. Ese sería un buen mote: "la Asimétrica". ¿Cómo me apodarán en clase? "¿El Calabacín?". "¿Miss Potato?". "¡Jarrón Roto!". Ese mola. Soy como un jarrón al que se le ha roto un asa. *Broken vase…,* no; mola más "Jarrón Roto". "Jarroto". ¡Ya está! La Jarroto. ¡Pasa de mí, Jarroto, no me comas la oreja! La jodida Jarroto menuda mala baba tiene, siempre con la mosca detrás de la oreja. ¡Hoy es el cumpleaños de la Jarroto, vamos a tirarle de la oreja! En cuanto me vea Toño va a borrar mi teléfono de sus contactos. Ya puedo olvidarme de los tíos, porque ninguno va a querer acercarse a la Jarroto. ¡Salir con la Jarroto es toda una experiencia! Le susurras algo al oído y cae rendida. Me veo con unos auriculares de futbolista a perpetuidad o con un peinado como la princesa Leia. ¡Preciosa! ¿Existirán prótesis? Si se pude elegir me pido unas orejas élficas, como Galadriel. Bien guapa. Jarrodriel no suena mal…».

El sonido de la trampilla interrumpió el soliloquio.

Pavor.

Urbanización Aldeamayor Golf

Se fijó en una que tenía forma de bote de judías; o eso interpretó.

Karatu tiraba vigorosamente de la cadena y, aunque se encontraba algo mejor, a Ólafur Olafsson le costaba imponerse al ímpetu del animal, deseoso por acceder al cercado en el que pastaban decenas de caballos.

Había asistido al tránsito entre la noche y el día como si aquel

amanecer fuera el primero y el último. La batalla era lenta, casi estática, pero cada segundo que transcurría la luz iba conquistando terreno a la oscuridad sin cobrarse una sola víctima. Se trataba de un avance tan imperceptible como cierto, similar al que se estaba produciendo en su interior. Igual de pausado aunque mucho más doloroso. A media mañana había logrado ingerir alimentos y agua sin que su cuerpo los expulsara y tal hazaña quiso celebrarla dando un paseo con su nuevo acompañante.

No sabía muy bien cómo había llegado hasta esa otra zona de pinar acotada por una valla metálica, pero enseguida resolvió que podría ser un buen lugar para dejar suelto a Karatu. En cuanto lo hizo, el animal empezó a esprintar de un lado a otro como si estuviera persiguiendo algún espíritu leporino. Observando el alarde físico del dogo argentino, notó que el móvil se agitaba en el bolsillo interior de la gabardina. Cuando fue a cogerlo reparó en que tenía los dedos agarrotados por el frío y la tensión a la que había sometido a los tendones en su empeño por no soltar la correa. Carraspeó con potencia inusitada al verse anegado por un torrente de emociones.

—Erika, ¡por fin!

—Comisario.

—No sabes cuánto me alegro de escuchar tu voz.

—Me acaban de entrar tus llamadas perdidas, he tenido el teléfono apagado un par de días.

—Ya. Apagado. Estaba preocupado por ti. Tengo razones para pensar que estás en peligro.

Erika invirtió unos segundos en dar con las palabras.

—Precisamente por eso estaba fuera de cobertura. Me estaba ocupando de…, ¿cómo decirlo?

—Has recibido el informe de De Bruyn, ¿no es así? —se adelantó Ólafur.

—¡Mierda! ¿Tú también?

—Yo no, Sancho. Ahora mismo estoy en su casa.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Tienes que salir de ahí! —gritó—. ¡Tenéis que marcharos de inmediato! Esos tipos son profesionales. Yo he tenido mucha suerte.

—¿Qué has hecho?

—Ahora no tiene importancia. Ese tipo asesinó a la persona que cuidaba de mi casa de Plentzia y luego vino a buscarme a Ámsterdam. Irán a por Sancho. Le he llamado antes que a ti, pero también tiene el teléfono apagado.

—Esta mañana se ha marchado al funeral de un compañero. Está pasando por días…, o semanas —rectificó—, complicados.

—¿Está al corriente?

—Sí, pero, como te decía, está con el agua al cuello y tiene el foco

de atención en otros asuntos.

—¡Mierda, Ólafur! ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¡Sé que van a por él y tienen las direcciones de los remitentes! Tenéis que anticiparos.

—Escucha, por favor. Sancho ya no vive en la dirección a la que le envió el informe. De todos modos, en cuanto consiga hablar con él le pondré sobre aviso. Sabremos cuidarnos.

—No se trata de que toméis precauciones, se trata de tomar la iniciativa.

—Ya. La iniciativa. Justo de eso quería hablarte, Erika…, verás, no me encuentro en plenitud de condiciones físicas. Me estoy recuperando, pero aún tardaré unos días. No sé cómo pedírtelo, maldita sea.

—Acabas de hacerlo.

—Gracias.

—No me las des, me vendrá bien dejar esta ciudad una temporada.

—Erika, ¿has llegado a ver…?

—Sí, lo he visto. Terrible.

—Tenemos que hacer algo.

—Estoy contigo, pero para hacer algo hay que seguir en el mundo de los vivos. Preocúpate por ello. Voy a comprar un billete de avión. Te aviso. Nos vemos pronto, comisario.

Antes de guardar el teléfono, Ólafur Olafsson se apoyó en un tronco para coger aire. Lo soltó en forma de silbido y Karatu acudió a su lado.

Campos de rugby de Pepe Rojo

Apenas le dio tiempo a pasar por casa para darse una ducha con la que despojarse del sinsabor que le había dejado la jornada matutina. Colgó el traje de gala deseando no volver a ponérselo jamás y se vistió con prenda de abrigo para protegerse del gélido hálito que en esa estación del año empezaba a adueñarse del valle de Renedo. Ólafur estaba dormido cuando llegó y seguía dormido, tumbado en su sofá amarillo de pensar, cuando se marchó. No quiso despertarle. Tumbado a sus pies, Karatu le dedicó una mirada triste de sesgo infractor, como si no se atreviera a confesarle algo terrible.

No se veía demasiado público. La oferta de ocio y gastronómica del centro de la ciudad en el último sábado de feria superaba con creces a la deportiva. Sin embargo, nada más entrar en el recinto, el pelirrojo sintió que un cable muy grueso se desconectaba de su cerebro; temporalmente. A continuación divisó al agente Navarro, que le saludó desde la distancia levantando dos cachis de cerveza. Sancho se

esforzó por corresponder con un gesto risueño, con escasos matices de risa y abundantes de sueño.

—Uno con bastante limón y otro con bastante poco limón, como manda la tradición —se anticipó el águila.

—Para este guardia el que está al lado del que tiene bastante limón, gracias. Casi no te he visto en el funeral, había mucha tropa.

—Demasiada para la simpatía que estilaba el Garri e insuficiente para lo buen poli que era.

Sancho bebió un trago largo para digerir aquella afirmación, tan tendenciosa como acertada.

—La última vez que vine al Pepe Rojo estuve a punto de meterte un cartuchazo en el pecho, compañero —recordó el inspector—. Si aplicamos esa teoría a tu futurible funeral…, no nos juntamos ni para echar un mus.

—Ni más cojones. Oye, no te he preguntado. ¿Qué tal en la casa del representante?

—El escritor, querrás decir —le rectificó.

—Cuando publique algo, ¿o acaso yo era policía antes de tener la placa? Pues eso: si yo no era nada, él tampoco.

El inspector soltó una carcajada que una ráfaga de aire se encargó de repartir entre los aficionados.

—Vamos donde siempre, ¿no?

—A tu edad, cuanto más moderados sean los cambios, mejor —bromeó Navarro, punzante.

—Lo que te decía, hoy no te libras del disparo. No sé ni contra quién coño jugamos —reconoció.

—Es un cuadrangular. Partido de pretemporada, ya sabes.

—Sí, sobredosis de fases estáticas. Vamos a ver cuánto tiempo lo disfruto antes de que venga Fajardo.

Navarro le miró sorprendido.

—¿Has quedado aquí con la Triple Efe?

En la grada pequeña se encontró con las caras habituales. El sanedrín blanquinegro con las uñas bien afiladas.

Aún no se habían visto los primeros placajes en el campo cuando la pantalla del móvil anunció la llegada del jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones. No le concedió la oportunidad de contestar.

—¿Dónde coño estás, máquina?

—Salgo a buscarte.

No hubo problema en encontrar un lugar apartado entre los muchos asientos vacíos. Dani Navarro asumió deportivamente su apartada coyuntura.

—Ya me dirás por qué has querido que nos viéramos aquí.

—Necesitaba desconectar, aunque solo hayan sido unos minutos. ¿Habías estado alguna vez en un partido de rugby?

—Ni por la tele.

—Colectividad, Fernando, esa es la clave. Los ojos profanos pueden interpretar que es un deporte en el que los delanteros se parten la jeta para que los tres cuartos se luzcan, pero no es así. Si uno de esos estilizados figurines de ahí —señaló moviendo el brazo— no placa, todo el trabajo de los gordos no habrá servido para nada.

—Déjate de mensajitos velados, coño, que no está la cosa para andarnos con rodeos. Escupe de una vez lo que tengas que decir.

—Compromiso —continuó, haciendo caso omiso de su observación —. ¿Tú te pondrías enfrente del número 3? Debe de pesar ciento veinte kilos. Imagínatelo en carrera viniendo hacia ti. Tu objetivo es pararlo, ¿qué harías?

—Disparar al búfalo.

—Tu mente te dice: «Apártate», pero el compromiso con el colectivo es más fuerte y te acabas tirando a los tobillos para frenar la carga. En el mejor de los casos el búfalo caerá encima de ti y sus compañeros te pasarán por cima para ganar la línea de la ventaja. Pero cuando todo termine tendrás que levantarte, recolocarte y prepararte para seguir defendiendo. En el campo las individualidades no cuentan, todos tienen que aportar, sumar algo para su equipo. Nadie se quita. Yo —enfatizó— no me quito.

—Ecuador. No te jode.

Sancho se giró repentinamente y le agarró por las solapas del abrigo. Fajardo trató de oponer resistencia pero el pelirrojo ya estaba sobre él.

—¡Yo no me quito! ¡¿Entiendes?! ¡Yo no me quito! —le repitió con obstinación ante las miradas atónitas de los aficionados más próximos.

El agente Navarro intervino a tiempo. El inspector volvió a colocar en su asiento al jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, que todavía no sabía cómo reaccionar. El de la motorizada volvió a su sitio al ver que Sancho recobraba el control y sacaba un cigarro de los de Garrido. Tosió cuando el humo llegó a sus pulmones.

—Estás para que te encierren, cabrón.

—Escúchame bien, no sea que me vuelva a dar un ataque. Hablas demasiado y, aunque te resulte difícil de entender, existimos otros que nos dedicamos a procesar lo que sale de la boca de los demás. Me dijiste que solo habías tenido que intervenir una vez en México y que saliste… escaldado, esa fue la palabra que utilizaste. Sin embargo, días después mencionaste que habías estado allí al poco tiempo de formar parte de la Unidad. Podría deberse a un simple error de tu memoria, pero tu memoria no suele cometer errores y menos simples. Igual que cuando se te escapó el 54 cuando todavía no sabíamos que era el rango que tenía. No obstante, fue tu forma de actuar en el dispositivo fallido lo que me hizo saltar la alarma. Para ser una eminencia en la

materia te comportaste como un adolescente en su primer polvo. Te pudo la ansiedad y te corriste en el primer empujón.

—No tengo ni puta idea de adónde quieres llegar.

—Hasta ayer no pude llamar a Bonifacio Socorro —le adelantó.

Fajardo bajó la cabeza.

—No le gustas una mierda, por cierto, pero aun así quiso ayudarte; de nuevo —recalcó—. Me contó que había hablado contigo en relación con Servando Garay, alias el comandante Chimuelo. Recordaba perfectamente el día y la hora: el día 5, entre las once y las doce del mediodía. Contando las siete de diferencia con Distrito Federal, quiere decir que ya tenías identificada la voz antes de poner en marcha la operación Chupatermómetros. Le he dado muchas vueltas al motivo por el que podrías haber ocultado esa información.

—Sancho, déjame que te explique —le rogó con la mirada clavada en el campo de juego por primera vez.

—¡No! ¡Ahora me escuchas tú a mí, hablarás cuando yo termine! Para tu tranquilidad te diré que nunca he pensado que tuvieras un arreglo con él, si hubiera sido así creo que no hubiera podido evitar meterte una bala del calibre 44, créeme. Como tú has dicho, estoy para que me encierren, pero tengo mis momentos lúcidos. Uno de esos me llegó cuando un amigo mencionó que pillan más asesinos por el pasaporte que por las huellas dactilares. Pasaporte —repitió—. Entonces me acordé de cómo justificaste la entrada en España de un tipo tan peligroso como Garay. «El clásico error del funcionario de turno», dijiste. No, cabronazo, no, por tu puto error. Por algún motivo que me vas a detallar, se lo permitisteis. Tú en concreto lo autorizaste. Lo hemos comprobado. Empieza a soltar la lengua y que no se te olvide ni una coma.

Fajardo negó con la cabeza como preludio a su intervención.

—Solo estoy tratando de borrar la única mancha que figura en mi expediente. Fue uno de esos casos en los que ni siquiera llegamos a intervenir. Sucedió a finales del 2007. Unos tipos secuestraron al hijo del director de una sucursal del Banco Santander en Chilpancingo. Mario Alonso Revuelta se llamaba el chaval, no había cumplido los dieciocho. Le amputaron un dedo antes de empezar a negociar, pero tardaron diez días en comunicarse con la familia. Pagaron dos rescates, en el primero lograron despistar a los federales, o vete tú a saber si les tenían en nómina. El caso es que en el segundo intento sí consiguieron detener al correo. Empeñaron cinco días en arrancarle una palabra, pero al llegar al lugar donde lo retenían, encontraron a Mario en estado de descomposición. Los forenses confirmaron que había muerto hacía más de una semana a consecuencia de un fallo multiorgánico provocado por el agravamiento de unas lesiones internas no tratadas. El chaval debió de resistirse durante su captura y

sus guardianes se lo hicieron pagar muy caro. Esta gente no se anda con tonterías. Y esa fue la primera vez que escuché hablar del comandante 54, que era quien dirigía a ese grupo de desalmados.

Sancho no quiso interrumpirlo, solo fumaba.

—Según parece, las autoridades de México lo tenían controlado, pero estaban absolutamente desbordados con el volumen de secuestros que se producían en todos los estados. Se cursó la orden internacional de búsqueda, pero no obtuvimos ningún resultado. Pensé que me había olvidado del asunto, pero su nombre saltó en el sistema cuando compró el billete para volar a España. Teníamos todo preparado para detenerlo en el momento en el que pusiera los pies en Barajas, pero llegó una notificación del Ministerio del Interior paralizando el operativo a instancias de su homónimo mexicano. Según me enteré más tarde, los Zetas le habían encomendado entablar relaciones con otras organizaciones para extender sus tentáculos en Europa. Intenté oponerme, pero me hicieron desistir argumentando que la lucha contra el crimen organizado era prioridad absoluta. Me rendí enseguida, lo reconozco. Luego me enteré de que estaba en prisión y me olvidé completamente de Servando Garay y de su puta sombra.

—Claro. Así que cuando te dieron los resultados de la acústica forense, la Triple Efe se ajustó el antifaz del llanero solitario y se imaginó cabalgando solo montado sobre Silver para administrar justicia.

—Puedes meterte tu sorna en el mismo sitio que guardas tus refranes, metáforas y alegorías. Lo cierto fue que no confiaba en el poli *superstar* con el que me tocaba currar y ese fue el motivo por el que decidí guardarme esa información.

—Una mierda —masculló entre dientes—. Lo que querías evitar a toda costa era que esa mancha eclipsara el brillo del astro rey.

Durante el silencio que vino después, Sancho se percató de que la actitud de Fajardo distaba muy poco de la suya, ocultando su pasado común con el ideólogo del secuestro. Sin embargo, no valoró ni por una décima de segundo desvelárselo al hombre que tenía sentado a su lado. El motivo era del todo coincidente: no confiaba en él.

—Muy bien. Se acabó el día y se jodió la romería. Vamos a olvidarnos de nuestros ombligos y a trabajar juntos —propuso el pelirrojo—. Dime en qué situación nos encontramos.

A Fajardo no le pareció mala idea.

—Travieso está revolviendo en la mierda y el olor ha llegado hasta Hernández Santiago. En Madrid están apretando tuercas y mi jefe me ha trasladado a mí toda la responsabilidad de la operación. Me ha ordenado que te mantenga informado solo en la parte imprescindible. No quieren más errores y si algo sale mal…, si la cosa se tuerce te aseguro que van a hacer un burruño con los dos y a tirarnos a la

basura.

—Sé aceptar mi papel en el equipo, pero necesito conocer la jugada.

—Te lo cuento, pero deja ya los símiles rugbísticos o te voy a vomitar encima —le advirtió—. Tenemos que controlar las condiciones de entrega sin que Garay se percate de ello. No va a ser fácil, lo sé —añadió al ver la mueca de incredulidad de su interlocutor —. Es vital que acertemos con el lugar correcto para que el despliegue operativo funcione.

—¿Cuándo crees que se producirá?

—En breve. Él sabe que cuanto más tiempo nos dé menos oportunidades tendrá de llevarse el premio, pero antes tiene que enviar otra prueba de vida que le ha exigido Azucena. La mujer no está actuando según los parámetros normales. Parece ajena a sus propias emociones pero es una bomba de relojería que podría estallar en el momento más inoportuno. Nos hemos movido muy rápido para balizar el dinero y ella irá barnizada de arriba abajo. El propósito de la operación es hacer la entrega y seguir al correo hasta que nos lleve a la voz. No lo detendremos hasta que lo hayamos identificado.

—¿Dónde entramos nosotros?

—El operativo está conformado por tres líneas de control con el indicativo «lince». El grupo táctico del GEO solo contactará conmigo en cerrado y el equipo Cóndor en abierto para toda la malla. Yo recibo, canalizo y distribuyo órdenes a los responsables de los indicativos. Los canales de trabajo ya están asignados, el principal y dos de emergencia. Los «telecos» se han ganado la paga y tanto los vehículos como equipos de transmisión están listos. Garay nos va a tratar de chulear, eso lo tenemos claro. Nos llevará de un sitio a otro para ver si hemos puesto cola al pagador, pero estamos preparados para seguirle el juego. No queremos trincarle, queremos que nos lleve hasta la niña. Una vez que localicemos su paradero los enganchamos a todos y se los empaquetamos al juez para regalo.

La Triple Efe hizo un parón para rellenar los pulmones. Sancho soltó el humo que tenía retenido en los suyos y apagó la colilla contra el hormigón.

—Si insistes en formar parte del operativo os puedo meter en los equipos de reacción, no me pidas que te incluya en los de aprimación —se anticipó—. Te quiero lejos, muy lejos del escenario, seguramente te haya visto el careto en alguna revista del corazón y…, ¡joder, Sancho!, que a ti se te reconoce hasta embutido en el disfraz del puto Espinete.

El inspector contuvo la sonrisa.

—¿Algo más? —preguntó el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

Sancho se introdujo los dedos en la barba y los movió despacio.

—Sí.

Fajardo no disimuló su incomodidad.

—Siento haberte arrugado la corbata.

—Disfruta del partido y cuídate, que estás para que te encierren —insistió propinándole unas palmaditas en la espalda antes de marcharse.

Residencia de los Zúñiga

Encerrada en el baño, Azucena comprobó por enésima vez que el teléfono tenía cobertura. El reflejo en la pantalla le devolvió la imagen de una mujer que se parecía poco a esa que hacía justo una semana se maquillaba frente a ese mismo espejo, arreglándose para disfrutar de una velada prometedora en el club social de la Hípica junto a David y Valeria.

Siete días.

Un calvario concentrado en apenas un suspiro de tiempo; un vía crucis para el que ninguna madre estaba preparada; una reclusión domiciliaria sin fecha de puesta en libertad y un teléfono inalámbrico como carcelero.

La aflicción y el odio circulaban por sus venas entremezclándose en un compuesto explosivo altamente inestable.

Había confiado en una intervención celestial y acudido a su fe para encontrar la explicación que diera sentido a tantos interrogantes; infinidad de cuestiones que su parte racional no dejaba de formular. Incluso había consultado al padre Damián, segura de que él alumbraría las respuestas: «El Señor nos prueba de infinitas formas, hija, pero normalmente hay un propósito», le había dicho. ¿Qué propósito puede contenerse en el sufrimiento? ¿Qué había hecho su hija para ser el centro de la ira de Dios? Ni ella era Abraham ni Margarita era Isaac y desde luego lo que no iba a hacer era quedarse de brazos cruzados a esperar a que apareciera una mano salvadora.

Ya no.

Había confiado en el criterio de su padre empujada por la cobardía. Sin tacharle de culpable, era un hecho que sus decisiones no habían dado el resultado que esperaba, más bien todo lo contrario. Él representaba la fortaleza absoluta, la protección con la que siempre había contado, su certificado de seguridad.

Pero ya no.

Porque nada era como antes. Hacía menos de una semana que sus abúlicas preocupaciones basculaban en torno a las apariencias, a lo trivial. Vacuos propósitos de una vida insustancial como la suya, como la de su marido. Se había visto con él esa mañana. Se estaba ocupando

de mantener alejado de toda la vorágine mediática a Josean, en cuyos valores superficiales se proyectaban esos que le habían inculcado sus padres. El adolescente parecía que hubiera experimentado una regresión emocional hasta la infancia. Prácticamente no abría la boca más que para quejarse de las incomodidades que tenía que sufrir y solo en ciertas ocasiones tomaba conciencia de la realidad. Y cuando sucedía, se desarmaba por completo, como un recién nacido a merced del entorno.

Siete días.

Un suspiro.

Por delante otra noche en vela, pendiente de que sonara el maldito teléfono y de escuchar la fatídica voz del hombre que retenía a su hija. Presentía que el desenlace se aproximaba, deseaba que así fuera, aunque un pálpito le decía que no se trataría de un final feliz.

Y no andaba muy desencaminada.

Hospital Clínico Universitario

El aviso le llegó entrando en la rotonda de la urbanización y, sin necesidad de enderezar el volante dio la vuelta por donde había venido. Ya tenían la orden de Miralles, por lo que al día siguiente podría sacar a Aitzol Etxeandia del módulo policial. Sin embargo, se le ocurrió otra vía de ganar tiempo y, tras realizar una llamada a la inspectora Robles, se dirigió al hospital.

Sara llegó un cuarto de hora más tarde que él.

—¿Lo tienes?

—Calentito.

—Ven conmigo, que lo mismo se me pone tonto el médico de guardia y no estoy yo para convencer a nadie por las buenas.

No fue así, pero le dijo que disponía solo de cinco minutos para hablar con el paciente.

—Me sobran cuatro —dijo frotándose los ojos, enrojecidos por la falta de descanso.

El detenido tenía mejor aspecto. Esta vez no le hizo falta hacer ninguna indicación al agente con cara de ardilla a punto de ser atropellada para que saliera de la habitación.

—No esperaba verte tan pronto. ¿Cómo está el Karatu?

—Vivo.

Sancho le arrojó la carpeta sobre las piernas.

—Para que te entretengas. Ahí tienes todas las ubicaciones con sus características. En rojo están marcadas las que ya hemos inspeccionado. Prepara la ruta. No te acuestes muy tarde, que mañana paso a recogerte a las ocho en punto —le dijo antes de marcharse.

Sara le estaba esperando fuera.

—Fugaz —calificó ella.

—Como un matrimonio de Enrique VIII. Te invito a una cerveza, hay algo que debes saber.

—No acepto menos de tres.

—Andando.

En previsión de la densidad de tráfico en las vías del centro, Sancho decidió dejar su coche estacionado en las calles aledañas del hospital. Trató de comunicarse con Ólafur pero una grabación en islandés le hizo desistir.

El Zero Café acababa de abrir y, sin embargo, ya tenía la barra poblada de clientes. En la pantalla el inicio acústico de «El estanque», del *Tour 2007* de Héroes del Silencio. Las siluetas de Enrique Bunbury y Juan Valdivia recortadas sobre dos grandes pantallas blancas hacían del montaje escénico una enorme cara de gato.

Sancho canturreó el inicio de la canción.

Las leyes salvajes empañan mi vida.
El estanque no para de crecer.
Tanto sube el nivel.
El mar se derrama ahogándome.
Ahogándome.
Solo hay arena.

—Me alegro de volver a verte —le saludó Luis—. ¿Qué va a ser?

—Dos cervezas.

Sancho le explicó a la inspectora dónde estaban, pero no por qué. Ella escrutaba la decoración del bar al tiempo que escuchaba a su compañero. El pelo suelto suavizaba el corte aristado de los pómulos ablandando su habitual berroqueño semblante.

—Toda esta mierda es por mi culpa —soltó sin más preámbulos—. Conozco a Aitzol Etxeandia, es decir, lo conocía de antes.

Sara bebió para tragar su desconcierto. Una ronda más tarde seguía confundida, sin saber muy bien qué decir. A Sancho se le veía agotado físicamente y anímicamente consumido.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? No me estás haciendo ningún favor, Sancho.

—Quería que lo supieras antes de montarte en el coche con ese cabrón. Si decides quedarte al margen, lo entenderé. A Álvaro se lo diré mañana, hoy no he tenido oportunidad. Mejor dicho, no he tenido cojones de contárselo.

—Sabes que terminará trascendiendo. Antes o después, de una forma u otra se acabará sabiendo y cuando eso suceda no va a existir un mando desde el comisario hasta el director general que no quiera

patearte el culo.

—No pienso esconderme, nunca lo he hecho. En lo único que pienso ahora es en encontrar a esa niña, lo que venga después me importa poco.

—Valóralo bien. Si lo cuentas nadie podrá recriminarte nada. Todos arrastramos un pasado pero el tuyo es…, francamente, no sé cómo definirlo. El caso es que en el mismo momento en el que Travieso se entere de que ocultaste esa información para seguir al frente de la investigación no va a parar hasta que te entierre.

—Esa misma palabra empleó el comisario.

—Por algo será. ¿Y si sale mal? Es decir, ¿has pensado qué harán contigo si finalmente no damos a tiempo con Margarita? Ni siquiera tenemos la certeza de que esté viva, Sancho.

—Está viva —certificó terminando el botellín y deslizándolo por la superficie pulida de la barra para llamar la atención de Luis—. Tiene que estarlo.

—¿Otros dos? —preguntó con una amplia sonrisa.

—No. Para mí un Jameson con hielo.

—Yo sigo con cerveza —dijo ella—. ¿Confías en él?

—No, en absoluto, pero no me queda otra —alegó de forma poco convincente.

—¿Y si intenta algo?

—Por eso quiero que estés tú conmigo. Tienes criterio y a mí se me han agotado las últimas reservas.

—Y cuando me pregunten si era conocedora de tu relación anterior con el detenido, ¿con qué criterio les digo que sí pero que decidí continuar adelante?

—Por eso te lo estoy contando, para que consideres la posibilidad de no hacerlo.

—Claro. Muchas gracias, inspector. Hubiera preferido no saber nada.

—No hubiera sido honesto contigo.

—Honesto… Si te hubieras plantado delante de Herranz-Alfageme y asumido la posibilidad de que te hubieran retirado del caso habrías sido honesto. Conozco bien al comisario y es una persona razonable que defiende a los suyos por encima de todo, y esto lo digo con conocimiento de causa. Lo que sucede es que no confías en que esta tía que tienes delante sea capaz de hacerse cargo de la investigación, tanto que prefieres arriesgar tu puesto.

—Eso no es cierto. Confío en ti, pero no puedo arriesgarme a que me aparten. O no quiero, como prefieras. Soy consciente de que no soy culpable de estar pagando las consecuencias de una herencia que no elegí. Cuando estuve en San Sebastián, solo hacía mi trabajo y como infiltrado llegué mucho más lejos de lo que cabía esperarse.

Arriesgué mi propia integridad y mi matrimonio se rompió en el empeño. Tampoco tengo la culpa de que este careto haya trascendido en los medios de comunicación y ello haya provocado que este hijo de puta haya buscado la forma de vengarse, soy consciente —repitió moviendo lentamente los hielos con el índice—. No soy culpable pero sí responsable. Es evidente que existe una relación de causa efecto. La causa soy yo y el efecto…, de momento dos: una niña inocente secuestrada y la muerte de un compañero.

Sancho se mojó los labios con el whisky irlandés antes de dar el primer trago. Sara quiso intervenir pero el inspector no se lo permitió.

—Espera que termine, por favor. Lo de Garrido ya no tiene solución, pero, mientras tú y yo hablamos, hay una niña que necesita nuestra ayuda, Sara. No puedo borrarme de la alineación. ¿Entiendes?

—Podría comprenderlo solo si lo hicieras pensando en Margarita.

—Si estuviera anteponiendo mis intereses ya habría hablado con Copito y ahora estaría durmiendo en mi cama; o intentándolo al menos —adujo él.

Sara Robles se puso la cerveza en la boca y desvió su atención hacia el techo.

—Nos van a colgar como a esos dos… lo que sean esos bichos.

—No mientes la soga en casa del ahorcado.

Ella asintió.

—Pero ¿qué tipo de garito es este?

—Uno raro —definió él.

—Como tú.

—Como ese que baila —comparó refiriéndose a un tipo menudo de camisa blanca que protagonizaba el vídeo *Lonely boy* de The Black Keys—. Si no estuviera tan jodidamente cansado me arrancaría a moverme como él —bromeó.

—Espera que saco el móvil.

Sus miradas convergieron en la pantalla gigante.

—Exacto, un chico solitario —tradujo ella del estribillo de la canción.

—No por decisión propia.

—Ya me extraña, eres todo un partidazo —ironizó la inspectora.

—De regional preferente en lucha por evitar el descenso, sí.

Sancho soltó una ruidosa carcajada recordando la conversación con Fajardo. Sara no puso medidas para evitar infectarse con la risa.

—Tiene toda la pinta de que vas a perder en el descuento, por un gol de penalti que no era.

—No, esta vez me toca ganar.

—Siempre que uno gana hay otro que pierde.

Sancho trituró la frase hasta desmenuzarla.

—Ni más cojones —concluyó.

Sara le regaló un gesto afectuoso que a Sancho le supo a gloria, como la cálida amargura que le dejó el licor a su paso por la garganta.

—Te toca. ¿Qué pasó en Zaragoza?

La inspectora jugueteó con el botellín.

—Discrepancias con la superioridad —zanjó.

Él prefirió hundir la mirada en el Jameson a profundizar en el asunto.

—Deberíamos marcharnos —sugirió ella un tiempo después, cuando detectó que el diálogo corría riesgo de estancarse en la ambigüedad.

Sancho cabeceó, no se sabe si por el exceso de alcohol, la falta de sueño o la suma de ambos. La calle San Blas estaba tomada por decenas de grupos contagiados por la jarana colectiva.

—Pillar un taxi un fin de semana de ferias va a ser como cruzar el Rubicón —comentó el pelirrojo.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—Creo que he formulado la pregunta adecuada —gesticuló ella—. ¿Dónde se localiza tu domicilio actual?

—En Aldeamayor de San Martín.

Ella elevó las cejas, dibujando una tímida curvatura.

—A quince kilómetros.

—Aislado de la civilización, como un buen *lonely boy*.

El cerebro de Sancho patinó en la búsqueda de alguna ocurrencia con la que contestar mientras que el de Sara asfaltó una propuesta.

—No estás para conducir y las probabilidades de montarte en un taxi parecen nulas. Puedes dormir en mi casa si quieres. Vivo en un piso en la calle Torrecilla, aquí cerca, y tengo una habitación libre.

Sancho intuía que debía contestar con una negativa, pero no fue eso lo que hizo.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Tenía mucho peor aspecto que cuando le hizo la foto. Calculó que no habrían transcurrido más de ocho horas desde que le bajó la comida y se la encontró bañada en sudor y tiritando. No tardó en detectar el motivo que le provocaba la fiebre. El corte presentaba un color rojizo brillante del que supuraba ese humor lechoso amarillento que enseguida reconoció como pus. Toda la zona se había inflamado considerablemente y se podía percibir el aroma hediondo del suero infestado de bacterias y células muertas. El absceso activó su memoria.

No era la primera vez que le sucedía, de hecho, la muerte de aquel muchacho cuyo nombre había olvidado a la misma velocidad con la

que le amputó el dedo fue el principio de la mala racha que estaba a punto de terminar. En 2007 habían encadenado una serie de secuestros cortos con *happy end,* como él calificaba cuando cobraba el rescate sin tener que matar al plagiado. La nieta de un empresario en Cuajinicuilapa, la mujer de un terrateniente de San Miguel Totolapan y un joyero de Zitlala les habían proporcionado más de siete millones de pesos, de los cuales casi dos habían ido a parar a sus bolsillos tras repartir el pastel con su gente y entregar la parte que le había impuesto Heriberto Lazcano, líder de los Zetas. De seguir así, conjeturó que se podría retirar en menos de cinco años. No obstante, la codicia le empujó a querer rematar el año con una operación especial y se fijaron en el hijo del director de una oficina bancaria de Chilpancingo cuya familia acostumbraba a hacer ostentación de su poderío económico. Además, eran de esos pocos que todavía se movían sin escolta. Todo cuadraba, pero la ambición y el exceso de confianza hicieron que no comprobara personalmente la información que en ningún momento mencionaba un detalle «insignificante»: el banquero era español. Aquella nimiedad lo cambiaba todo. Lo agarraron en plena calle, como hacían de forma habitual, y a las pocas horas se desencadenaron todos los infiernos. La presión de la Embajada española provocó que los federales se pusieran nerviosos, les entraban las prisas y, peor aún, hizo que los que ponían la mano empezaran a centrar su atención en el bello atardecer de Acapulco. En tales circunstancias no podían contar con ellos y cuando eso acontecía las posibilidades de alcanzar el *happy end* se reducían ostensiblemente. Para complicar, si cabe, más la situación, el muchacho empezó a perder color, a amustiarse, y en apenas tres días se quedó tiesito como la suela de un zapato. Para enviar la prueba de vida tuvieron que coserle los párpados y hacerle la foto desde lejos para que no se apreciaran las puntadas. Cobraron, sí, pero en cuanto encontraron el cuerpo se les echó encima hasta el ejército y no le quedó más remedio que esconderse una temporada larga.

La historia se repetía, pero, por suerte, esta vez había hecho y enviado la foto antes de que se presentara la fiebre y, aunque la niña no tenía buena cara, aún mantenía cierto fulgor en los ojos.

Margarita balbuceaba palabras ininteligibles que le recordaron a los conjuros que le escuchaba a la bruja de Catemaco cuando entraba en trance. Su padre recurría a aquella curandera cada vez que se le terminaba el remedio casero para combatir las migrañas. Ningún miembro de la familia se oponía al suplicio que implicaba el viaje, hacinados en una camioneta que se averiaba cada doscientos kilómetros a la ida y cada cien a la vuelta, puesto que aquel mejunje aliviaba su dolor y disminuía de modo considerable el del resto; proporcionalmente al número de palizas. Servando Garay se preguntó

si la bruja podría salvarla con alguno de sus ungüentos porque él, aunque tratara de limpiarle la herida, iba a necesitar antibióticos para combatir la infección y no podía arriesgarse a que alguien lo reconociera en una farmacia. No en aquel momento tan cerca del final. Si todo salía como lo habían planeado, en una semana habría saldado su deuda con los Zetas y podría regresar a su tierra para no volver a pisar Europa. Tocar aquel horizonte bien valía una vida, o las que fueran.

Solo tenía que esperar a recibir la señal.

«Respirar azul clarito», le pareció que pronunciaba la niña sumida en un delirio febril.

EL VINO AGUADO Y LA CONFIANZA GUÁRDATELOS PARA SANCHO PANZA

Frente al Hospital Clínico Universitario
C/ Ramón y Cajal (Valladolid)
9 de septiembre de 2012, 8:09

Tú dirás —le instó Sancho sentado junto al detenido en la parte trasera del vehículo.

Aitzol se inclinó sobre los papeles que le puso delante. Tenía puestas las esposas a pesar de llevar el brazo izquierdo en cabestrillo. Sancho le colocó el cinturón de seguridad y ató entre sí los cordones de las botas.

—¿Es necesario todo esto, la hostia?

—El que escribió el reglamento pensó que sí evitándonos a los demás perder el tiempo cavilando sobre ello. Habla.

El vasco desvió la mirada hacia el exterior antes de arrancarse.

—No muy grande, aislado pero bien accesible, con sótano y sin ventanas. Esas fueron las características de las que me habló el jodido Chimuelo. He visto doce que se ajustan a esta descripción. Cuatro ya han sido registrados por los picoletos, así que nos quedan ocho. He doblado las esquinas de las hojas en las que hay alguno, el funcionario no quiso darme ni un lápiz, como si pudiera fabricar un explosivo con él…

Sancho resopló mientras revisaba la documentación.

—Anoche me vino algo a la cabeza —retomó Aitzol—. Puede que no sea nada, pero eso valóralo tú.

—Te escucho.

—En varias ocasiones, durante la preparación del asunto, hablamos por teléfono. En dos de ellas recuerdo que se escuchaban vacas de fondo.

—Vacas.

—Sí, hostias, mugidos de vacas. Ya te dije que era una tontería.

—Mugidos de vacas —repitió.

—El Chimuelo mencionó en una ocasión que algunas noches no le dejaban dormir.

El pelirrojo mantuvo el ceño fruncido durante unos segundos hasta que metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el teléfono. Contactó con Matesanz.

—Necesito que hagas una comprobación urgente —dijo sin quitar la vista de los papeles—. ¿Tienes a mano el listado? Estupendo. Comprueba si alguna de estas direcciones está situada cerca de una explotación ganadera o algo similar. Sí, eso es, una explotación ganadera —le repitió— o un lugar en el que puedan pastar vacas, que esto no es Asturias, no puede haber tanto verde. Avísame. Gracias.

Sancho ya estaba señalando una página antes de colgar.

—En el polígono de La Mora hay dos marcados.

—¿Y eso dónde queda? —preguntó la inspectora.

—En la Cistérniga. Yo te indico.

Sara arrancó y tras ellos Álvaro Peteira, que les seguía a cierta distancia en otro vehículo camuflado. Antes de entrar en el hospital, Sancho le contó lo mismo que le había confesado a la inspectora la noche anterior. Peteira asintió varias veces y encendió un pitillo a modo de contestación.

—Si tenemos tiempo, me gustaría pasar a ver al Karatu en algún momento —comentó Aitzol.

—Mal empezamos la jornada: pidiendo. No voy a enseñarte mi casa, así que elimínalo de tu listado de peticiones, súplicas y plegarias. Si te portas bien y, sobre todo, si no me tocas demasiado los cojones, te enviaré una foto suya con el periódico del día.

El vasco murmuró algo en su idioma materno y durante algunos minutos cesó el intercambio de palabras.

—La inspectora Robles está al corriente de nuestro pasado en común, así que podemos hablar con total libertad —observó Sancho.

—El madero tiene ganas de palique, pues.

—Preferiría soplarte dos hostias bien dadas, por repartir este veneno que me corroe por dentro, pero voy a tratar de mantener las formas.

Aitzol trató de encontrar una postura más cómoda.

—Te recordaba más templado —observó el detenido.

—Llevo una temporada muy larga masticando clavos, eso le agria el carácter hasta al santo Job.

—Un efecto parecido al que se cría cuando se está metido en el talego.

—A todo se acostumbra uno.

—Eso no es cierto. Si pudiera elegir te aseguro que preferiría que Garrido hubiera apuntado ligeramente más abajo y a la derecha. No tienes ni puta idea de lo que significa levantarse cada día rodeado de toda esa escoria humana.

—Resulta irónico escucharte decir eso siendo precisamente tu especialidad privar de libertad a las personas. Estoy seguro de que a todos ellos les hubiera gustado poder dar un paseo de una hora diaria aunque fuera en el patio de cualquier penitenciaría, o darse una ducha, o recibir la visita de sus seres queridos, o…

—Estábamos en guerra —le cortó.

—Eso te dijeron, tú les creíste y tú te alistaste de voluntario. Pero no vamos a abrir de nuevo el debate; hoy no.

Una valla publicitaria de White Label protagonizada por Tarantino le hizo acordarse de Ólafur. De inmediato, buscó el móvil y marcó el número. Seguía apagado. Hizo un esfuerzo por recordar la última vez que había hablado con él y encuadró la conversación el viernes por la noche. Al día siguiente se marchó al funeral y cuando regresó para cambiarse de ropa le vio dormido en el salón y no quiso molestarle. La noche anterior tampoco le había cogido el teléfono. Un mal presentimiento se apoderó de él justo en el momento en el que entraban en el polígono industrial.

Mal que le pesara, todo indicaba que más pronto que tarde iba a terminar complaciendo al vasco para comprobar que el islandés estaba correctamente o se había roto el cuello bajando las escaleras.

Residencia de los Zúñiga

Desde que la recibió buscaba cualquier pretexto para esconderse en algún rincón de la casa y apretar la fotografía de su hija contra su pecho; tan fuerte que daba la impresión de que pretendía que el terminal ocupara el enorme vacío que crecía en su interior con cada minuto que pasaba sin noticias de Margarita. Azucena aprovechaba esos instantes para aliviarse en silencio, amargamente, sin buscar consuelo, solo por librarse de parte de la congoja antes de volver junto a Fajardo para seguir escuchando sus instrucciones.

La miró una vez más. Estaba demacrada, con la mirada huidiza, ajada, pero a la vez rozagante. Pasó el dedo índice por su rostro anticipándose a la oscuridad que se adueñó de la pantalla.

—Sigo creyendo que nos sobran todos estos dispositivos —comentó en cuanto regresó al cuarto de operaciones.

—Ya le he dicho que era una condición *sine qua non* para que me autorizaran que usted hiciera la entrega. La microcámara, el micrófono y la radio baliza son absolutamente indispensables. Además, también llevará otro móvil que le daremos nosotros y esto —le informó mostrándole el chaleco antibalas—. Es por su seguridad.

—Mi seguridad es lo que menos me preocupa ahora.

—A nosotros sí. No es negociable, y no dispondremos de mucho

margen para colocárselos desde que recibamos la llamada, por eso es vital que conozca todo lo que va a llevar encima. Estaremos escuchando la conversación y le iremos dando instrucciones a través del auricular. Siempre, vaya donde vaya, tendrá cerca a un agente dispuesto para intervenir. Su objetivo es hacer la entrega, luego ya nos encargamos nosotros.

—¿Y qué pasa si él se da cuenta de que hay todo un circo montado para atraparlo?

—Eso no sucederá. Las personas implicadas son auténticos profesionales con experiencia en situaciones… delicadas —calificó sustituyendo la palabra «extremas», que era la que mejor se adecuaba al contexto.

—Pero vamos a ver: ¿y si fija la entrega en un lugar solitario?

Fajardo se armó de paciencia.

—Él va a llevar la batuta, o eso es lo que le haremos creer. Es probable que le diga incluso cómo tiene que ir vestida y el medio de locomoción en el que desplazarse. Tenemos que conseguir que le permita ir en su vehículo, es lo más cómodo y seguro para usted. Ya lo hemos balizado, por cierto. Puede ser que en un principio la lleve a una zona apartada para ver si le hemos puesto cola.

Azucena arrugó la cara.

—Para comprobar si la estamos vigilando. Si eso sucede podría presentarse para nosotros una buena oportunidad porque él, o quien sea, se situará donde tenga una buena visual. Vamos, donde nos colocaríamos nosotros si tuviéramos que estar mirando.

—Pero no estarán, ¿no?

—Estaremos, pero ni usted ni ellos nos verán. Además, la tendremos siempre controlada a través de los monitores. Debemos estar preparados para cualquier circunstancia. La incluyo a usted —especificó—. Puede que le haga esperar en alguna parte o que le haga ir de un sitio a otro durante horas, pero sigo pensando que elegirá un lugar concurrido para recoger el dinero; uno en el que pueda confundirse entre la gente. En este juego, el que resiste gana. ¿Entiende?

—Entiendo, sí. Lo único que quiero es recuperar a mi hija —recalcó.

—Siga nuestras instrucciones y todo saldrá bien, créame. Comprendo sus dudas, pero esta vez tiene que confiar ciegamente en nosotros. Es nuestra única baza y no podemos desperdiciarla.

—Nuestra única baza —repitió ella estrujándose los dedos.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Acurrucada sobre el costado izquierdo, notaba que el viento silbaba

cada vez con menos fuerza; que la silueta del depósito se estaba difuminando fagocitada por las tinieblas; que la mezcolanza del hedor a orín seco, del sudor febril y del aroma bacteriano apenas podía percibirla; que la desazón en las piernas no era más que un leve picor, y que la cabeza había dejado de palpitar.

Se estaba apagando, esa era la buena noticia.

El tiempo era una variable que había escapado a su control desde que el mexicano la metió en aquel agujero. No era capaz de recordar cuánto hacía que no bebía pero sentía la lengua recubierta de velcro, adherida para siempre al paladar. Margarita especuló con los días que tarda un ser humano en morir, pero eran tantas las variables que modificaban el resultado que finalmente buscó otro acertijo con el que entretenerse: ¿cuánto dinero habrían pedido por el rescate? ¿Treinta mil euros? ¿Cien mil? ¿Un millón? ¿Cuánto dinero tenía su familia? ¿Quién puede pagar un millón de euros? ¿Qué precio tiene la vida de una persona? ¿Se puede poner precio a la vida? No tener a nadie con quien compartir sus pensamientos le hizo retroceder varios pasos para no entrar en otro oscuro callejón sin salida. Mejor permanecer en su guarida. Ofuscada, recurrió de nuevo a la música y, recorriendo mentalmente el *track list* «Favoritas Calle 13», no tardó en encontrar el antídoto: *Llégale a mi guarida.* La percusión y las primeras notas de una guitarra española seguidas por acordes de mandolina los acompasó golpeando con las puntas de sus dedos sobre la tubería. La voz de Residente sonó clara y nítida en su cabeza.

Tengo ganas de cogerte, estrujarte, romperte,
morderte, odiarte, el hígado comerte.
Sacarte los ojos, mancharte de rojo,
abrirte las tripas a lo Jack the Ripper.

Animada por el mensaje que contenían las palabras, Margarita se vio con fuerzas para ponerse de rodillas y tirar de la cadena con rabia, gritando por dentro, enajenada; despellejándose las muñecas sin sentir dolor; descontrolada, clavándose el frío hierro en el fino hueso; orate, expulsando la ira por la comisura de una boca enclaustrada; encolerizada, perdida, íngrima.

La joven no tardó en plegarse de nuevo ante la extenuación y la derrota. Así, retomando el estribillo de la canción, se dejó vencer por el sueño deseando no despertar jamás, anhelando que llegara por fin el fin.

Llégale aquí, a mi guarida.
Juro a tol' mundo aquí es pura vida.

Volvió a intentarlo.

Misma locución; mismas maldiciones pronunciadas en alemán.

Dos taxis, dos aviones, metro y tren era la combinación de transportes a la que Erika Lopategui había recurrido para llegar a Valladolid a la hora que marcaba el reloj de la estación: las 12:14.

Había tratado de contactar con Ólafur desde el aeropuerto de Ámsterdam y desde Barajas, pero siempre salía la misma voz átona femenina. Teniendo en cuenta la coyuntura, todas las hipótesis convergían en una misma conclusión: algo no iba bien.

Solo entonces decidió probar con otro número.

—Sancho —contestó al cuarto tono.

—Soy Erika.

Silencio.

—Dame un segundo —le pidió él.

Fueron algunos más.

—Me alegro de escuchar tu voz, pero me pillas con un buen marrón entre manos.

—No te quitaré mucho tiempo. He charlado con Ólafur sobre el informe de De Bruyn, ¿sabes de lo que te estoy hablando?

—Lo sé, pero yo ahora no puedo…

—Sancho —le cortó—, estoy en Valladolid, solo dime dónde puedo encontrar a Ólafur, tiene el teléfono apagado y no consigo hablar con él.

—¡En Valladolid! —repitió con asombro—. ¿Cuándo ha sido la última vez que habéis hablado?

—Ayer a mediodía —concretó—. ¿Tú?

—A primera hora de la tarde le vi tirado en mi sofá, durmiendo, pero tenía el tiempo pegado al culo y me marché sin más. ¿Crees que le ha podido pasar algo?

Erika tardó en contestar lo suficiente como para que el inspector se arrepintiera de no haberle despertado aquel día.

—No lo sé, Sancho. Alguien fue a buscarme a Plentzia y asesinó a la mujer que limpiaba en casa, pero antes le sacó la dirección de Ámsterdam donde podía encontrarme. Me he librado por los pelos y sé que también van a por ti. Si no han dado contigo es porque te has cambiado de casa, según me dijo Ólafur.

—¡Hay que rejoderse! ¡¡Ahora no, por favor, más mierda no!! —rogó destilando inquina.

—Solo dame tu dirección.

El pelirrojo se la dictó.

—Voy a hacer todo lo posible por pasarme por casa, pero no te

aseguro que lo consiga. Si no das con él, hay un juego de llaves en la jardinera del porche. Mete la mano a través de la reja, pero ten cuidado porque está mal atornillada al ladrillo. Las encontrarás a la derecha.

—Gracias.

—Por favor, avísame en cuanto sepas… cualquier cosa —divagó.

—Lo haré. Cuídate, Sancho.

—Lo mismo te digo.

Erika se mordió el labio inferior antes de volver a intentarlo ya dentro del taxi.

Misma locución; mismas maldiciones pronunciadas en alemán.

Algo no iba bien.

Polígono industrial de Íscar

—¿Sucede algo? —le preguntó Sara Robles al ver el semblante contrariado de su compañero.

—Me crecen los jodidos enanos. Otro asunto personal. Voy a tener que dar un salto por casa para verificar algo.

Sara sintió el impulso de calmarle, pero enseguida tomó medidas para que desapareciera de su mente.

—Aquí no vamos a encontrar nada —auguró ella.

—Empiezo a pensar que todo esto es una gran pérdida de tiempo.

—Solo si tuviéramos otras vías de investigación abiertas, pero no es el caso. Resuelve lo que tengas que resolver y prosigamos. Es domingo, los solteros no tenemos planes mejores —le animó.

—¡Sancho! —gritó Peteira. El gallego se acercó al trote—. Era Matesanz, te llamó, pero tenías la línea ocupada. El Raso de Portillo. ¡Carallo, qué pispo anduvo el abuelo!

—Álvaro, por tu padre…

—Este almacén cutre —le señaló en el listado—. Debe de estar cerca de la finca El Raso de Portillo. Matesanz lo conoce bien porque dice que es la primera ganadería de toros de lidia de España y ya sabes lo aficionado que es a la tauromaquia.

—Los toros —repitió apático.

—Los toros también mugen. Como las vacas, carallo, pero más fuerte. Matesanz dice que por allí andan sueltos, pastando. Pero espera, que hay más. Resulta que llamó al número y el tipo le dijo que llevaba sin ocupar desde que abrieron el polígono industrial de El Brizo, pero que hace dos meses se lo alquiló un tal Pedro, no recuerda el apellido, que le contactó por Internet. Le hizo una transferencia del valor de tres mensualidades y punto. ¿Te suena? Son demasiadas coincidencias, Sancho.

El inspector se giró hacia el BMW y se encontró con la mirada de Aitzol que observaba la escena desde el interior.

—Demasiadas coincidencias, efectivamente. Vamos para allá cagando leches.

Nada más subir al coche, el detenido detectó la tensión en los rostros de los policías y supo interpretarlo con acierto.

—Si tú cumples, yo cumplo —dijo—. Quiero hacer mi llamada, inspector —pronunció con acritud.

Sara miró por el retrovisor, sorprendida.

—Es parte del trato —adujo Sancho dejando su teléfono personal entre las manos del vasco. El vasco aguardó con impostado semblante bovino.

—Ni lo intentes. Si quieres intimidad búscate una cabina en cuanto cumplas la condena.

Aitzol Etxeandia musitó algunos fonemas antes de empezar a marcar con el pulgar. A los dos pitidos colgó y tiró el terminal a las piernas del pelirrojo.

—No puedo. Ahora no, luego…, ya veremos.

—Tú mismo. Tira por la de Segovia —le indicó a la inspectora.

Inmediatamente, Sancho le envió un wasap a Áxel Botello para que chequeara el número de teléfono al que acababa de llamar el detenido.

—Eres desconfiado, *txakurra*.

—El vino aguado y la confianza guárdatelos para Sancho Panza.

Cuando pasaron por el desvío de Megeces, el teléfono le vibró en la mano. Era Fajardo.

—Sancho.

—El mexicano acaba de llamar. Estamos en marcha —le informó.

—La puta madre…

—Precisamente, a la madre la ha citado en quince minutos en el aparcamiento de Leroy Merlin en el centro comercial Equinoccio. Hoy domingo solo abren los cines, así que allí no habrá un alma. Quiere cerciorarse de que va sola, como habíamos previsto. La cosa va para largo, me temo. A vosotros os quiero preparados en Zaratán. ¿Cuánto tardáis?

—Desde aquí a Zaratán, un cuarto de hora aproximadamente.

—¿Dónde estás?

—De paseo.

—Así me gusta, que te diviertas. Abrimos los equipos de transmisión, canal 10.

—Entendido —dijo al apretar el icono rojo con saña y en repetidas ocasiones.

—Tenía que ser ahora, tiene cojones la cosa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sara Robles.

Sancho tenía los dientes demasiado apretados como para que saliera alguna palabra de la boca.

—¡Sancho! —insistió ella.

—Después de la chapa que le he pegado para que no nos dejaran fuera del operativo no podemos fallar.

—¿A Zaratán, entonces?

—No. Me dejas en el almacén y te vas con Peteira a Zaratán. Ya hablaré yo con Fajardo.

—No es buena idea, Sancho.

—Tengo que ver ese sitio.

—No puedes entrar sin una orden.

—No entraré a no ser que tenga que entrar.

—Entonces nos quedamos los tres.

—No quiero que nos unamos tarde al dispositivo y darles la razón a Fajardo, a Travieso y a su reputa madre.

—Pero no sabemos qué nos vamos a encontrar allí dentro.

—¡Confía en mí! Si es la nave que andamos buscando, Garay se habrá marchado para controlar el lugar de la cita. Si encuentro a la niña cambiaremos la estrategia del dispositivo, ¿entiendes? De seguimiento a detención. Le trincamos en cuanto recoja el dinero y nos olvidamos del asunto. Todos a casa.

Sara aceleró como única muestra de disconformidad.

Avenida de Gijón (Valladolid)

Azucena agarraba vigorosamente el volante como si así fuera a sujetar su desbocado estado de nervios. Miró de reojo la mochila con el dinero antes de fijar su atención en los retrovisores, buscando indicios sospechosos en alguno de los coches que tenía a la vista. Movió la lengua dentro de la boca para combatir la sequedad.

—¿Siguen ahí? —quiso saber.

—Aquí seguimos —escuchó decir a Fajardo por el auricular que le habían colocado en la oreja derecha, oculto bajo su rubia melena—. Todo está bajo control. En cuanto aparque, apague el motor y aguarde instrucciones. Seguramente le haga esperar hasta que se convenza de que está sola. Tendrá que armarse de paciencia.

—Paciencia… ¡Santo Dios! —protestó Azucena—. ¡¿Paciencia?!

—Va a salir bien. Trate de tranquilizarse. Estamos con usted.

—Lo intento, bien sabe Dios que lo intento.

Estacionó el Audi Q3 color rojo misano efecto perla sin respetar las líneas blancas pintadas en el suelo. Notaba agarrotados los músculos de la espalda y trató de encontrar sin éxito una postura cómoda en el asiento de cuero. Acto seguido buscó el teléfono y lo agarró con las

dos manos deseando que sonara en ese preciso instante; deseando que no sonara jamás.

«Paciencia», se repitió mentalmente.

Almacén de pinturas Sánchez

No les había resultado sencillo encontrar aquella nave de ladrillo siguiendo una carretera sin asfaltar, tapizada de baches. Sara Robles se despidió con una mirada colmada de incertidumbre antes de subirse en el coche del subinspector Peteira. Incertidumbre y algo más, como consecuencia de lo que solo ella y el pelirrojo sabían. Inmóviles, ambos observaron sin cruzar palabra cómo los neumáticos patinaban en el barro acumulado en el camino. Cuando lo perdieron de vista, le desató los cordones de las botas y se aseguró de que se percataba de la presencia del Colt Anaconda en la funda sobaquera bajo la cazadora vaquera. Con un fugaz movimiento de la cabeza le indicó la dirección a seguir y caminó tras él al tiempo que comprobaba el wasap de Botello.

«Tarjeta asignada a usuario desconocido», leyó.

Chasqueó la lengua sin importarle que el detenido se percatara de la onomatopeya de la frustración.

Frente a ellos, un portón de chapa metálica visiblemente deteriorada en la que se recortaba otra rectangular pensada para la entrada de personas. El pelirrojo afinó el oído, pero no registró ningún mugido, bramido ni nada que se le pareciera.

—¿Qué opinas? —preguntó Sancho paseando la mirada por la fachada.

Aitzol se encogió de hombros.

—¿Y qué, nos animamos a entrar, pues?

—Solo si nos invitan —dijo poniendo la mano sobre el picaporte recubierto de óxido—. Como es el caso —continuó diciendo cuando la puerta se abrió.

La luz que entraba del exterior se adentró tímidamente en la basta oscuridad que dominaba aquel indeterminado espacio. Su aliento, materializado en forma de vaho, desaparecía de inmediato delante de sus ojos como apólogo de un mal presagio. Sancho le hizo una indicación al detenido para que pasara delante de él y desenfundó el Anaconda.

—No se ve una miaja, la hostia, pero aquí parece que está el cuadro de luces —advirtió el vasco al tiempo que con un clic accionaba el encendido de la luminaria que colgaba del techo. Concretamente, de los dos primeros focos; esos que estaban orientados en una dirección nada habitual, de modo muy poco inteligente a no ser que lo que se

pretenda sea deslumbrar a los visitantes. Concretamente, al único invitado de los dos —alto, de profusa barba pelirroja e inspector de Homicidios para más señas—, que no esperaba ese repentino flujo de más de mil lúmenes colisionando contra sus pupilas.

De forma instintiva, Sancho se giró hacia su derecha protegiéndose la cara bajo el brazo izquierdo. El palazo en la muñeca que le hizo soltar el revólver no le dolió tanto como sentir el cañón de un arma ejerciendo presión sobre su sien. Pero mucho menos aún que la contradictoria sensación que le invadió al reconocer a su espalda el marcado acento mexicano del comandante Chimuelo.

—No me hagas ninguna mamada, pinche rojito, o te vuelo la sesera en este preciso momento.

Residencia de Ramiro Sancho

Algo no iba bien.

Había examinado el perímetro de la casa.

Calma absoluta, silencio agorero.

Un tranquilo mutismo quebrado tan solo por algún tímido piar. Y el estómago empeñado en advertirla de que entrar con las llaves que tenía en la mano era una auténtica temeridad, una estupidez impropia de ella.

Silencio absoluto, calma agorera.

«¡Vamos, Erika! No seas niñata, entra de una vez. Se trata de Ólafur, joder, puede que esté en peligro. ¿Y qué vas a hacer si te encuentras dentro al arcángel? Mierda, mierda, mierda. La improvisación suele ser el primer acto de un trágico final. Ya, pero… ¿te vas a quedar sentada a esperar a que regrese Sancho? Tienes que entrar. Tienes que entrar, ahora».

Introduce la llave en la cerradura de la puerta de la cancela exterior. Ladridos; enérgicos pero distantes. Parálisis transitoria.

Análisis.

«Ya estás dentro, no puedes volver atrás. ¡Vamos, Erika! ¿Y esos ladridos? Parece que provienen de dentro de la casa. Sancho no me ha hablado de ningún perro. Lo que es evidente es que no son los de un perrito faldero. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡¿Dónde coño estás, Ólafur?! ¡Vamos, Erika, muévete!».

El corazón desbocado. Siguiente cerradura, misma fórmula, idéntico resultado. Penumbra. Ladridos, más enérgicos, menos distantes. Un largo pasillo por delante. Varias puertas, tres en la pared de la derecha, dos en la de la izquierda. Al fondo, un salón; antes, unas escaleras que suben. Aguza el oído en busca de sonidos delatores. Solo ladridos.

Análisis.

«Podría callarse el maldito perro, joder. No parece que haya nadie en casa. ¡¿Dónde mierda estás, Ólafur?! ¿Arriba? ¿Durmiendo? ¿Te has caído por las escaleras? No, la puerta está cerrada. ¡Mierda, mierda, mierda! Me dan ganas de gritar. No, sería una tontería, estoy desarmada. ¡Vamos, Erika, muévete!».

La sangre en las sienes. Avanza muy pegada a la pared contraria de donde podía partir la amenaza. Puerta abierta a la derecha; habitación vacía. Ladridos; mucho más enérgicos, mucho menos distantes. Puerta de armario cerrada. Siguiente reto: la cocina. Se cambia de pared y contiene la respiración. Se concede unos segundos.

Análisis.

«¡Venga, Erika, usa la cabeza! No va a estar ahí dentro haciéndose un sándwich o bebiéndose un vaso de leche. Entra y pilla un cuchillo o un algo que te sirva para defenderte. ¡Entra ya, niñata!».

Nadie. Suelta el aire. Cocina nueva, muebles modernos. Expositor de cuchillería sobre la encimera. La regla se cumple: empuñadura grande, hoja grande. Vuelve al pasillo. Ladridos; misma intensidad. Puerta de la derecha cerrada. Avanza siguiendo el camino que marca la punta del cuchillo.

Análisis.

«Venga, Erika. Termina de una vez, aquí no hay nadie. ¿Dónde mierda estás, Ólafur? Cuando te encuentre te vas a enterar, joder. Tres pasos más, solo tres».

Un tresillo rojo y unas botas viejas junto a un sofá que, a pesar del desgaste que evidenciaba, conservaba una amarillez que le hizo relacionarlo con el que citó Sancho por teléfono; donde vio tumbado al islandés por última vez. Nueva parálisis transitoria. La yugular late enérgica. Los ladridos cesan repentinamente. Mala señal. Siente la necesidad de gritar.

Análisis.

«Ahí es donde Sancho lo vio por última vez. ¿Sigues ahí, Ólafur? No puede seguir dormido. Dormido no. ¿Y si no estaba dormido? ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Averígualo! ¡Entra de una vez, Erika!».

Inclina el cuerpo para ganar en perspectiva. Efectivamente, hay alguien tumbado, pero no alcanza a distinguir si es Ólafur o no. Se aferra al utensilio de cocina antes de cambiarse de pared. Desde ahí sí puede verlo: un dogo argentino tras el cristal de la puerta de doble hoja que separa el salón del jardín. La observa, curioso, extrañado. De forma repentina, se levanta sobre sus cuartos traseros y araña el cristal con las pezuñas; ansioso, como ella.

Está al borde del colapso; Erika también.

Erika olvida el análisis y deja que lo irracional tome el mando pero, previamente a dar la orden al sistema nervioso concentra toda la

ansiedad en las cuerdas vocales y la libera en forma de grito; feroz.

El corazón de Ólafur Olafsson está a punto de detenerse cuando se despabila a causa de los alaridos y ve una mujer de mirada alienada que se precipitaba hacia él blandiendo un enorme objeto punzante.

Nunca alguien estuvo tan cerca de perder la vida por perder el móvil.

Almacén de pinturas Sánchez

—¿A qué sabe la traición, *txakurra?* —le preguntó Aitzol apuntándole con el Anaconda.

Desarmado, le habían conducido a la segunda planta de la oficina construida en ladrillo como una estructura independiente dentro de la propia nave. Allí le obligaron a entregar las llaves de las esposas y, tras liberar al vasco, las utilizaron para amarrarle a una tubería vertical de buen grosor que descendía por la pared más alejada de la puerta. A pesar de que tenía el dorso de la mano derecha notablemente tumefacto y amoratado, Sancho no exteriorizó muestra alguna de dolor.

—Si ahora es cuando viene la charla, mejor pégame un tiro, porque no pienso darte bola, puto mierda.

—Órale cómo se rebela, tiene huevos el puerco rojito, güey —se mofó el mexicano.

Aitzol le hizo un gesto acezado que el mexicano entendió sin necesidad de intérprete.

—Dale, cabrón, tú mandas. Sílbame en cuanto quieras que suba con la máquina.

Servando Garay le tiró un beso al inspector, se guardó el arma por dentro del cinturón y bajó las escaleras canturreando El son de la negra.

—Tú mandas… —repitió Sancho—. Así que este era el plan desde el principio…, hacerme creer que ibas a colaborar con nosotros, ganarte mi confianza como hice yo en su día para luego traicionarme. Si pudiera hacerlo te aplaudiría.

Al vasco le rodeó un halo de triunfalismo que alcanzaba su máximo esplendor en la expresión de su cara.

—Ese era el fin último, aunque no estaba planeado así. Después de cobrar el secuestro yo debía encender uno de los teléfonos que teníais intervenidos, porque sabía que ibais a pillar al yonki que usó Gorka. Me sé el manual que usan los de Secuestros y Extorsiones antes de que lo redactaran —presumió destilando ínfulas.

—Siendo tan inteligente no me termino de explicar cómo coño has pasado tanto tiempo a la sombra, puto mierda.

Sancho pudo evitar que la culata del revólver le rompiera la nariz, pero el poco margen de movimiento con el que contaba no le permitió esquivar el golpe. De la brecha que se le abrió en la frente empezó a brotar la sangre.

—No podemos extendernos demasiado y de una forma u otra voy a lograr que me escuches. Mi premio consiste en demostrarte que todos somos manipulables. ¿Entiendes? Y me lo voy a cobrar. Esa noche habíamos previsto trasladar a la chica a otro lugar, así que avisé a mi socio y le desvelé dónde la tenía, porque mira si seré desconfiado que hasta ese momento no le conté dónde la tenía. Es más, ni Gorka sabía de la participación del Chimuelo ni el Chimuelo conocía la de Gorka —aseguró Aitzol equivocadamente, aunque aquello ya carecía de importancia—. A lo que iba. La segunda parte del plan establecía que esa noche yo encendería ese móvil y me sentaría a esperarte. Esa era la vía prevista para conseguir que recurrieras a mí, pero, mira, a veces el destino compensa el infortunio del pasado. Al escuchar los gritos del sótano ya sabía que la cosa no iba a acabar como lo había previsto, pero no imaginé que el maldito imbécil se la estuviera tirando. Le metí dos tiros, pero le hubiera metido dos mil a ese degenerado hijo de la gran puta. Acto seguido llegó la feliz intervención de Garrido —continuó acompañando las palabras con una mueca dolorosa al mover su hombro herido—. Y fíjate tú, sin pretenderlo, me resultó mucho más sencillo ganarme tu confianza, la hostia. Una estrategia muy parecida a la que tú seguiste al acercarte a mí de la mano de un camarada, *txakurra*.

—¿Y para demostrarme lo listísimo que eres has provocado el sufrimiento de una niña de quince años y el de toda su familia?

—Dieciséis años tenía mi sobrino Mikel cuando yo ingresé en prisión. Dieciséis recién cumplidos. Mi hermana estaba soltera y la pobre desgraciada curraba todo el santo día limpiando escaleras. Apenas podía cuidar de su hijo. Con catorce, Mikel empezó a meterse mierda, pero yo logré sacarle de ese mundo a base de hostias. Meses después vino a vivir conmigo y le mantuve alejado de todo, incluso del núcleo duro de la organización. Pero en cuanto entré en la puta trena todo se jodió. A Mikel no le quedó otra que volver a casa de mi hermana e inmediatamente después a las drogas. No duró ni un año. Me acordé mucho de ti cuando me dieron la noticia. De ti y de tu putísima madre. Ni siquiera me dejaron ir a su entierro.

—¡¿Me vas a cargar a mí con la muerte de tu sobrino?! —le gritó Sancho—. Si tanto necesitaba a su tío, ¡que su puto tío se hubiera apartado de ETA!

—¡No podía!

—¡Siempre hay elección! Pero tú no te atreviste y buscas la redención culpando a terceros… Eres basura. Puedes hacer conmigo lo

que quieras, puto mierda, pero la vamos a encontrar viva, de eso estoy seguro.

Aitzol Etxeandia se rio.

—Yo no estaría muy seguro de ello. El Chimuelo dice que en el estado en el que se encuentra y la infección que tiene… Que conste que lo de cortarle la oreja ha sido iniciativa suya —añadió bajando el tono varias octavas—. Hace días que no come ni bebe. Vamos, que yo no me jugaría todos los amarracos en esa mano. No habrás pensado por un solo instante que la tenemos aquí, ¿no? —rio de nuevo—. Busqué este lugar solo para atraparte y, si te llegas a presentar con tus colegas, ahora estarían muy muertos. Esta es tu jaula y pronto será tu tumba. Te vas a ir para el otro barrio sin saber dónde está, *txakurra*.

—Yo tuve los cojones de ir a verte a comisaría, hablé contigo cara a cara saltándome el procedimiento. Dime dónde la tienes y déjame dar aviso. Luego me coses a tiros si quieres, pero deja de hacer sufrir a Margarita, es solo una niña.

A Aitzol le fue creciendo una sonrisa sardónica difícil de interpretar.

—A tiros, dice…

El vasco se metió los dedos en la boca y silbó.

—Mira tú, a mí eso de «Al pan pan y al madero pum» nunca terminó de convencerme.

El crujido de la estructura metálica deficientemente adosada al ladrillo anunció la llegada del mexicano. Los ojos de Sancho se fijaron en el nombre que venía impreso en el espadín. Hacía no mucho que había escuchado decir a alguien que las motosierras de la marca Husqvarna eran las mejores del mundo.

Residencia de Ramiro Sancho

Jaap Keergaard todavía estaba tratando de administrar la sorpresa que le provocó ver cómo la mujer de la que debía haberse encargado Zadkiel entraba en la casa de su objetivo. Había instalado su puesto de observación en la vivienda de la acera de los impares que hacía esquina con la avenida principal de la urbanización. No tardó en concluir que su compañero había fracasado en la misión y, tras superar su perplejidad inicial, dio gracias a María por ello. Para colmo de fortuna la joven había dejado la puerta principal abierta.

«Muéstrame el camino, Madre, guíame por la senda de la sencillez, por causa del mal que me acecha», recitó Uriel.

Solo tenía que seguir la senda y eso hizo.

Nada más cruzar la puerta de entrada desenfundó la Piadosa y la cerró tras de sí suavemente, empujándola con el talón.

Se sentía amparado por un escudo de naturaleza divina.

No anduvo con miramientos ni cautela a la hora de recorrer las estancias de aquella planta. No dio con ella y cuando estaba dilucidando si subir a la planta superior o bajar a la bodega unos sonidos de vajilla le hicieron tomar la decisión. Abrió la puerta y aguzó el oído: platos y cubertería. Luz artificial.

Una senda iluminada.

Se notaba abrigado por una coraza de corte celestial.

Bajó el primer tramo con la Piadosa por delante, dejando atrás la precaución; amparado, abrigado, pero nada atento al ruido de unas pezuñas que descendían por las escaleras a tumba abierta. Al arcángel no le dio tiempo ni a girarse antes de que Karatu se abalanzara sobre su espalda haciendo que perdiera el equilibrio y se precipitara sobre un botellero premeditadamente colocado junto al último peldaño. Magullado por los cristales rotos, lo primero que vio tras incorporarse fue a la mujer de pelo rojo apuntándole con un arma.

—Ni te muevas.

Almacén de pinturas Sánchez

—¿Conoces narcotube o el blog del narco, *txakurra?*

Sancho no logró articular palabra.

—Es una web que utilizan los distintos cárteles en México para enviarse mensajes unos a otros. Cada uno tiene su firma propia que los identifica. Torturas de todo tipo y ajusticiamientos atroces en vivo. Millones de visitas. El Chimuelo te va a hacer más famoso que con el otro vídeo.

—Y tanto —refrendó Servando Garay—. Vas a quedar bien chido.

—¡Dime dónde tienes a la niña! —insistió el pelirrojo, desesperado —. Concédeme ese último deseo.

—En cuanto llegues al infierno se lo podrás preguntar a uno de los Cartwright —se mofó Garay mientras cambiaba de posición el pulsador de arranque de la máquina—. Te concedo el derecho a elegir si quieres que comience con los brazos o las piernas y el privilegio de ser el primero que la estrene…

Con el índice presionó varias veces el cebador inyectando la mezcla de gasolina y aceite en el carburador. Al tirar de la cuerda el motor de dos tiempos empezó a rugir.

—Aquí es donde yo me despido —anunció Aitzol—. Nunca me ha gustado la sangre y menos que me salpique en la cara. Jugador de chica, perdedor de mus.

—Entonces habrá que envidar y puede que mucho —contestó Sancho sosteniéndole la mirada como si así fuera a arañar algunos segundos más a la partida. El vasco asintió varias veces antes de dar

media vuelta.

—*Agur*. Todo tuyo —le indicó al verdugo desde la puerta.

—¡Vamos! ¡Ahora!—gritó Sancho.

El mexicano interpretó la orden correctamente. Levantó el espadín y presionó dos veces el acelerador. Sonaba como una motocicleta de trial antes de soltar el freno, rabiosa pero contenida. Servando Garay lucía una mueca delatora, a medio camino entre la ansiedad que le producía el momento y el disfrute que sabía que le iba a proporcionar. Porque aquella no era la primera vez que lo hacía. Recortó la distancia con su presa muy despacio. Guiaba la motosierra con soltura utilizando la mano izquierda sobre el agarre frontal mientras que con la otra sujetaba firmemente la empuñadura y el gatillo.

Sancho empezó a emitir un sonido gutural muy primario, como los lobos cuando se sienten acorralados, como si así fuera a amedrentar a la herramienta.

—¡Te va a dar igual, rojito! —le advirtió elevando el tono—. Si te resistes tendré que hacerte muchos cortes feos. Sentir cómo penetra la cadena en la carne una y otra vez no tiene que ser nada agradable.

El inspector cambió a modo alarido al tiempo que reculaba todo lo que podía contra la pared y tiraba de brazos lacerándose la piel de las muñecas con las esposas.

Los gritos agónicos de Ramiro Sancho se solaparon con el rugido del motor a ocho mil cien revoluciones por minuto, pero ambos sucumbieron ante los ciento sesenta decibelios de las tres detonaciones que se oyeron fuera.

Sancho activó la coctelera. Ingrediente primero: mexicano con motosierra dispuesto a descuartizarme a un metro y medio de distancia. Ingrediente segundo: sin posibilidad de escapatoria. Ingrediente tercero: los disparos han desviado su atención de forma momentánea. Conclusión primera: se requiere reacción inmediata. Conclusión segunda: hay que tomar la iniciativa con el fin de ganar tiempo. Conclusión tercera: Sara y Álvaro se han encargado del vasco. Receta: aprovechar el instante de confusión. Estirar la pierna para impactar enérgicamente en el plexo solar y robarle el aire. Cuando esté doblado, noquearlo golpeándole con el dorso del pie en la mandíbula.

El inspector se movió con presteza convirtiendo su colérico estado en potencia. Servando Garay se dobló por la mitad ejecutando una reverencia imposible de igualar. Sin embargo, dio tres pasos hacia atrás sin soltar la motosierra imposibilitando que Sancho le alcanzara con el pie en la cara. El mexicano no tardó en recuperar el aliento y, alzando la motosierra por encima de la cabeza con el índice hundido en el gatillo, arremetió contra su objetivo como si se tratara de un soldado tomando una trinchera enemiga con la bayoneta calada.

Sancho se bloqueó.

Tanto que ni siquiera advirtió la presencia de la inspectora Robles. La nube roja que surgió de la nada junto a la cabeza del mexicano hizo que saliera del trance, pero no comprendió la situación hasta que Garay cayó al suelo como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. La motosierra enmudeció y el exceso de oxitocina impuso la dictadura momentánea del silencio durante los segundos que empleó para comunicarse con la inspectora sin necesidad de pronunciar palabra.

—¡Sancho! —gritó Peteira al irrumpir en la oficina—. ¿Estás bien? Estás sangrando.

—Estoy bien. La llave de las esposas, rápido, la tiene él —dijo señalando al mexicano.

—¡Joder! No se te escuchaba nada con el ruido que había aquí dentro —se quejó Sara—. ¿Has podido averiguarlo?

—¡No! ¡¿Dónde está el otro cabrón?! —quiso saber el inspector Sancho.

—Herido, en las escaleras. Él disparó primero, no nos dejó otra opción.

—Avisa a Fajardo para que desmonte el operativo. Como imaginábamos, el pago del rescate era solo otro elemento de distracción.

Un reguero de sangre le guio hasta el último peldaño. La tez nacarada de Aitzol Etxeandia le proporcionó un diagnóstico que corroboró de inmediato al observar que el vasco se presionaba la ingle con ambas manos. La vida se le estaba escapando borbotón a borbotón por la vena femoral.

—Eres desconfiado, madero.

—No me hagas repetirte el refrán. Aquí se acaba todo, Aitzol. Dime dónde tienes a la niña.

El vasco quiso huir con la mirada, pero se topó con el techo. Tenía la frente perlada de sudor y los ojos se le estaban hundiendo en las cuencas en un naufragio fatal.

—Vamos, Aitzol, muestra algo de humanidad. Devuelve a esa niña a sus padres.

El vasco meneó la cabeza muy despacio.

—Lleva dos días sin alimentarse y está enferma, así que no sufrirá mucho más. Acarrearás su muerte mientras vivas, *txakurra* —dijo con un hilo de voz.

A Ramiro Sancho se le nubló la razón.

—¡Me vas a decir dónde está, hijo de puta! ¡Me lo vas a decir! ¡¿Dónde está la niña?! ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?!

El inspector sellaba cada interrogante con los nudillos del puño izquierdo haciendo buena la sentencia de Pérez-Reverte: «No hay nada

más peligroso que un español acorralado».

El rostro de Aitzol Etxeandia se fue deformando sin que este opusiera resistencia. Peteira sujetó del brazo a la inspectora Robles cuando hizo el ademán de intervenir.

—¡Me lo vas a decir! —se conjuró enajenado. Acto seguido subió las escaleras de dos en dos y las bajó de una en una para evitar que se le cayera la motosierra.

—Se acabó —le anunció Sara Robles.

Semblante reposado, granítico.

Mirada hueca, mate.

No hizo falta tomarle el pulso para saber que su corazón había dejado de latir y, de la misma forma que las aguas torrenciales arrasan con todo lo que encuentran a su paso, la vesania asoló cualquier brote de raciocinio que pudiera estar creciendo en el interior de Sancho.

Arremetió contra el cadáver con tal brutalidad que sus compañeros se vieron en la obligación de detenerle. Ellos no lo consiguieron; el agotamiento sí.

Arrodillado, con la frente apoyada en el suelo y los dedos entrelazados en la nuca, Sancho se deshizo en un llanto agostado y silente en un acto de contrición tan vivo como inútil.

ENTENDER ES SOLO UN VERBO

Almacén de pinturas Sánchez
A 2 km del polígono industrial El Brizo
9 de septiembre de 2012, 13:14

Fajardo había encajado la noticia como un mazazo en la boca del estómago. En cuanto recibió la llamada de la inspectora, canceló el operativo con inmediatez y él mismo se encargó de comunicar la nueva situación a Azucena. Incrédula y exasperada, no fue capaz de conformar una sola frase coherente. Sumida en la desesperación de una madre atrapada en la más absoluta impotencia, se encerró en el coche como si fuera una burbuja de aislamiento.

Sabía que aquello significaría su cese como jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones y quién sabe si algo más, pero, según descendió del vehículo frente al almacén en el que se había producido el trágico desenlace, aquellos temores fueron sustituidos por otros. Lo primero que hizo fue buscar a Sancho entre el personal sanitario y policial que ya poblaba el escenario. Lo encontró fumando, apartado del mundo, o eso le pareció, porque, aunque las facciones sí correspondían al rostro del pelirrojo, estas no se encontraban en su sitio natural.

Se dirigió a su encuentro muy despacio, con las manos recogidas a la espalda y una primera pregunta pululando en su cabeza.

—Que te echen un vistazo a eso —sugirió Fajardo refiriéndose a la brecha que tenía en la frente.

Sancho dio una calada al Ducados y su interlocutor no pudo evitar fijarse en las marcas que presentaba en los nudillos.

—¿Lo oyes? —preguntó Sancho.

—¿El qué?

—Los toros. Se oyen los bramidos de los toros.

—No entiendo una mierda, Sancho.

—Entender es solo un verbo.

—¿Qué coño ha pasado aquí?

—Culpa mía. He tratado de solucionarlo a mi manera, pero me ha salido mal. Cuando hablé con él en el hospital sospeché que quería jugármela y le dejé hacer con la intención de averiguar dónde la tienen. Además, no me cuadraba que el mexicano no le hubiera picado el billete cuando tuvo la oportunidad. Tenía que haber algo detrás. Luego esa llamadita a su padre para avisar a su socio justo después de que encajáramos la pieza de los toros…, demasiadas casualidades.

—Deja de decir estupideces —le cortó sin comprender nada de lo que le decía el inspector—. Los únicos culpables son los dos que van a llevar al depósito. Nos van a crucificar, pero en este preciso instante lo único que tenemos que hacer es centrarnos en seguir buscando a Margarita. Martirizarte no va a ayudarla.

—No lo entiendes. Yo conocía a Aitzol. Él ha organizado el secuestro por venganza. Tenía un asunto personal pendiente conmigo.

Fajardo escuchó todo lo que el inspector Sancho tenía que contarle.

—Te van a joder vivo, pero eso no cambia las cosas —concluyó—. Seguimos sin saber dónde está la niña.

—Primero Garrido y ahora Margarita… ¡Hay que joderse! —musitó dejando escapar el humo entre los dientes.

—No conocemos su estado, tenemos que continuar buscándola.

—Sin comida ni bebida y con la infección que le provocaron al amputarle la oreja, no durará mucho, si es que todavía está viva.

—A nosotros tampoco nos van a conceder más tiempo. Mañana a estas horas nos habrán apartado del caso, así que pongámonos en marcha de una puta vez —insistió Fajardo—. ¿Habéis registrado dentro? —preguntó señalando el almacén.

—Están en ello, pero no la encontraremos aquí. Estoy seguro de que la tienen en otro lugar.

—No estará muy lejos, te lo aseguro. Esta gente también sigue su manual.

—Ya —apuntaló con saña, enterrando con el pie la colilla del Ducados—, pero seguro que no la tienen en ninguna nave con esas características que…

—Perdonad que os interrumpa —dijo la inspectora Robles al unirse atropelladamente a la conversación—. Antes de que arrancara la motosierra y dejáramos de entender nada, el mexicano dijo algo que no supe a qué venía. Le he estado dando vueltas desde entonces y probando nombres en Internet me ha salido esto. Bonanza —dijo mostrando la pantalla de su móvil.

—¿Bonanza? —preguntaron ellos al unísono.

—La serie de televisión. Estaba citando a los Cartwright, que eran la familia protagonista. Debe tener algo que ver.

—¿Qué mierda fue lo que me dijo? —se preguntó Sancho estrujándose las sienes con las palmas de las manos—. Sí, eso es. Yo le

estaba preguntando dónde estaba la niña y Garay me dijo que cuando llegara al infierno se lo preguntara a los Cartwright.

—¿Lo tenéis grabado? —quiso saber Fajardo.

—No, fue algo que improvisamos anoche —contestó Sancho—. No había tiempo ni recursos estando nuestros esfuerzos concentrados en el pago del rescate.

Fajardo omitió verbalizar sus pensamientos.

—Estoy segura de que significa algo. De otra forma…, ¿por qué te lo habría dicho?

—Estoy de acuerdo con la inspectora —dijo Fajardo.

—Bonanza, Bonanza, Bonanza…, los Cartwright, Bonanza, los putos Cartwright y la mierda de Bonanza. ¡No me viene nada a la cabeza! ¡Me cago en mi puta vida!

—Pero tenemos algo. Vamos a exprimirlo hasta que nos confiese lo que necesitamos —propuso Sara Robles.

—Déjame ver —le pidió Sancho arrebatándole el móvil de la mano.

El pelirrojo se acercó el teléfono a veinte centímetros de la nariz para poder leer la diminuta letra de la página web en la pantalla. El índice se detuvo a mitad de camino. Los pelos de sus pobladas cejas se abrazaron.

Sancho levantó la cara y empezó a otear el horizonte.

—¡Me cago en mi puta vida!

—¿Qué? ¡¿Qué tienes?!

—¡¡Me cago en mi puta vida mil millones de putas veces!! —gritó con la voz tomada.

—¡Sancho! —le gritó Fajardo.

—¡Ya sé dónde está!

Residencia de Ramiro Sancho

A pesar de las amenazas del hombre del profuso bigote con aspecto de mendigo, Jaap Keergaard había tenido que apretar con fuerza los párpados. El alma empieza a corromperse por los ojos, pero lo que acababan de ver los suyos estaba desintegrando sus convicciones, descomponiendo uno a uno todos sus dogmas y, del mismo modo que actúa el ácido sulfúrico sobre la carne, notaba como esas imágenes en blanco y negro corroían progresivamente su interior. Y de todas ellas, conservaba latente la expresión de la niña, descargada, ausente, entregada plácidamente al sacrificio.

—Esto lo hace la gente para la que tú trabajas.

La mujer de pelo rojo no mentía. En alguna de esas macabras escenas había reconocido los emblemas de la Congregación de los Hombres Puros; insignias dignatarias que tan solo podían portar

guardianes y custodios. Tendría que revisarlo con más detenimiento, pero le había parecido ver el blasón del Gran Maestre; y si eso era así, todos arderían en el infierno, incluido él.

—«He aquí que todas las almas son mías. Como lo es el alma del padre, así el alma del hijo es mía y el alma que pecare, esa morirá» —citó el arcángel Uriel.

—Aún estás a tiempo de salvar la tuya —interpretó correctamente Erika.

—Arderemos todos en el infierno —aseguró como preludio de una adjuración.

Entonces, Erika Lopategui vio claro que aquel siervo de María le iba a resultar más útil vivo que muerto.

—Es muy posible, pero los hombres que se esconden bajo esas máscaras convierten las vidas de muchos niños en algo más horrendo que el peor de los infiernos. Te estoy ofreciendo la posibilidad de redimirte de tus pecados.

El acángel levantó la mirada del suelo y estuvo a punto de sonreír.

Antigua piscina La Ponderosa

Los recuerdos que tenía almacenados en la mente de aquellos días veraniegos apenas se correspondían con las imágenes que estaban captando sus retinas. La torre, coronada con un letrero rojo en el que se podía ver y leer la palabra «BAR» centró su atención; esa palabra que había visto y leído todos los días al pasar por la autovía desde que se mudó a la nueva casa en Aldeamayor de San Martín; esa que tendría que ver y leer el resto de días mientras estuviera viviendo allí.

Las hojas de los árboles que señalizaban la entrada a la piscina estaban empezando a oscurecerse. Pronto terminarían tapizando los montones de escombros esparcidos por el suelo.

—La Ponderosa, el rancho de la maldita familia Cartwright —repitió Sancho por enésima vez.

—Dime que vamos a encontrar algún acceso abierto —escuchó decir a Fajardo.

—Claro, lo tienes delante —respondió Ramiro Sancho visiblemente acelerado.

El inspector señaló la malla metálica que impedía el paso entre los vanos de la estructura principal que delimitaba el recinto. El efecto corrosivo del óxido y las tres patadas frontales sobre los puntos de soldadura fueron suficientes para abrir un buen boquete.

—Adelante.

Nada más poner un pie en el interior, su mirada convergió en el punto exacto en el que estuvo a punto de morir. Sancho tenía doce

años y los fines de semana de agosto su tía los llevaba a él y a su hermana para sacarlos momentáneamente de la crudeza estival de Castrillo de la Guareña. Aquella mañana, al joven Ramiro se le ocurrió la feliz idea de bucear hasta el fondo y salir a la superficie por el interior de los barrotes que hacían las veces de escaleras. En la parte más profunda había holgura más que suficiente, pero en la medida en la que ascendía aquella se estrechaba. Años después todavía se estremecía rememorando aquella vivencia, atrapado entre la pared y los barrotes, con el anhelado oxígeno a escasos centímetros de la nariz pero sin una mínima opción de alcanzarlo. Un postrero chispazo de raciocinio le hizo deshacer el camino para salir por donde había entrado. Salió mareado, sangrando por la nariz, con un buen raspón en la espalda y una lección indeleble: no te metas donde no conoces la salida.

—Dividámonos —propuso la inspectora—. Solo tenemos dos linternas.

—Ve tú al restaurante —indicó Sancho hacia su izquierda abarcando un espacio sotechado en el que las plaquetas que en su día conformaron el techo eran ahora parte del suelo, y lo que quedaba de un toldo naranja ponía la única nota de color vivo en un escenario muy muerto—. Tú echa un vistazo a la taquilla y la zona arbolada —le sugirió a Fajardo—. Yo buscaré allí enfrente —apuntó con la linterna refiriéndose a la zona del botiquín, vestuarios y merendero—. Está aquí, encontrémosla de una puta vez.

El inspector rodeó el perímetro rectangular de la cubeta que fue una de las piscinas más concurridas de Valladolid, convertida en un improvisado lienzo para grafiteros. La maleza había invadido el terreno pero avanzaba con paso firme hacia la puerta amarilla marcada con una enorme cruz roja. La empujó con el pie antes de entrar. El olor a humedad enclaustrada le golpeó en la cara mientras sus pupilas se habituaban a la escasez lumínica. El cuarto estaba repleto de objetos de toda clase y condición colocados de forma anárquica, como si allí dentro se hubiera producido un tornado devastador. Sancho encendió la linterna y la apagó pocos minutos después tras convencerse de que allí no había lugar para nada más que el caos. La estancia contigua presentaba similares características, aunque allí parecía que el huracán había sido más benevolente. Al fondo, otra puerta daba acceso a un patio de una vivienda adosada que Sancho inmediatamente adjudicó al personal que mantenía las instalaciones durante los meses de actividad del negocio. Salvó como pudo los restos del antiguo mobiliario que dificultaban el acceso al interior para colarse dentro. El sol se filtraba aprovechando los desperfectos en la techumbre, formando doradas, estrechas y oblicuas columnas de luz que daban la sensación de ser las encargadas de

mantener en pie aquellos inestables muros. De entre todo aquel revoltijo inanimado, un sofá desvencijado atrajo la curiosidad del investigador. Se arrodilló frente a él y pasó el dedo índice por la superficie del material sintético con el que estaba tapizado. Le escamó comprobar que casi no había restos de polvo ni de las otras partículas que colonizaban todo a su alrededor. El corazón empezó a bombearle de forma arrítmica y vigorosa al tiempo que examinaba el solado. Dos surcos evidenciaban que aquel trasto había sido arrastrado desde otro lugar y junto a los tacos de madera que hacían de patas descubrió algo que le amustió el semblante: migas de pan. Recientemente alguien se había acomodado en el sofá para comer —concluyó—. Podría tratarse de un indigente o incluso de alguna pareja desesperada en busca de intimidad, pero también podría haber servido de puesto de vigilancia. Invirtió los siguientes minutos en inspeccionar con detenimiento cada rincón de la casa, pero no encontró nada más que le llamara la atención. Salió fuera espoleado por la ansiedad y examinó lo que quedaba de los vestuarios aledaños, golpeando puertas y retretes para liberar su frustración.

Sin saber muy bien cómo, se encontró de nuevo en el punto de partida, paseando la mirada por aquel decorado apocalíptico con la vacua esperanza de detectar una señal. Saliendo de la zona del restaurante divisó a Sara Robles con cara de no tener buenas noticias y seguidamente buscó a Fajardo caminando por la arboleda con la cabeza gacha mientras hablaba por teléfono. Sancho vació los pulmones por la boca como método de autocontrol, siendo muy consciente de que se encontraba a punto de perderlo. A unos diez metros para llegar hasta él, la inspectora negó con la cabeza y apretó los labios conformando un gesto que el pelirrojo supo interpretar con acierto.

—Nada —calificó al llegar.

Él se rascó la barba y se retorció los dedos sacándole partido a todo el dolor concentrado en sus nudillos.

—¡Hay que joderse!

—Sancho…

—Sé que está aquí —se anticipó para no tener que escucharla—. Tiene que estar en algún sitio. ¿Has buscado bien?

—Sancho, allí no hay más que escombros, he gritado su nombre varias veces y…, en fin. Nada.

Fajardo se acercó a paso ligero con cara de circunstancias.

—Era Prieto, mi jefe. Me ordena que me presente de inmediato en la jefatura, y no va a ser para ponerme una medalla precisamente. Lo tenemos mal, muy mal.

Sancho apretó con fuerza los puños y giró trescientos sesenta grados sobre sus pies. La imperiosa necesidad de expresarse le sobrevino

como una arcada.

El horrísono alarido provocó que algunos pájaros levantaran el vuelo.

—Sancho… —intervino la inspectora Robles posando la mano en el hombro de su desquiciado compañero.

—¡Tiene que estar aquí! ¡Venid a ver lo que he encontrado! Hay un sofá y migas de pan en el que…

—Tenemos que marcharnos —se opuso Fajardo.

—¡No! ¡Venid a verlo! —insistió—. ¡¡Vamos!!

Sara Robles cedió primero.

Las siluetas de los tres policías se recortaban en la penumbra frente al sofá. El silencio que se generó tras las explicaciones de Sancho, tan irritante como demoledor, no hizo sino alimentar su desolación.

—Tenemos que irnos ya, Sancho. Si sigues pensando que puede estar aquí y eres capaz de convencer a los que nos están esperando con los cuchillos afilados, volveremos.

Sancho no fue capaz de encontrar un argumento diferente.

—Tiene que estar aquí.

Fajardo hizo un aspaviento antes de dar media vuelta.

—¡Tiene que estar aquí! —reiteró pateando el lateral de una estantería carcomida por la humedad que se desplomó con gran estrépito. Inmediatamente, se levantó una polvareda que les obligó a protegerse los ojos durante unos instantes.

—Sancho, trata de sosegarte —le pidió Sara Robles.

Pero el pelirrojo no estaba procesando sus palabras. Tenía la atención puesta en un tabique de ladrillo que se hizo visible parcialmente tras caer encima varios de los objetos mal apilados en la estantería y arrastrar al suelo la sábana que lo cubría. No hacía falta ser albañil para darse cuenta de que esa pared había sido añadida con posterioridad. Sin pensárselo dos veces, agarró una esquina de la tela y tiró de ella con mucha más rabia que fuerza.

Una plancha metálica sin signos de oxidación.

Una cadena uniendo el tirador con una argolla perfectamente incrustada en el cemento.

Un candado cerrado que aún mantenía un brillo plateado que reflejaba una reciente fabricación.

—¡Tiene que estar aquí! —insistió.

Sancho empezó a gritar el nombre de la niña mientras agarraba un hermoso pedrusco con ambas manos como si se tratara de un objeto de cartón pluma. Lo alzó por encima de la cabeza y allí lo sostuvo durante el tiempo que necesitó para concentrarse en un eslabón concreto de la cadena. Acompañando el movimiento de sus brazos con un gruñido salvaje, impactó violentamente contra su objetivo. Saltaron chispas las cuatro veces que repitió la operación hasta que se

partió el metal. Jadeando como un animal acosado, tiró de la argolla dejando al desnudo un profundo agujero negro de un metro cuadrado. Sara se apresuró a iluminar el fondo por encima del hombro de su compañero.

—¡Es un cuarto de calderas! —identificó Sancho con la voz tomada por la turbación—. ¡Ya bajo, ya bajo! Descendió casi sin tocar los barrotes y una vez que hubo tocado el suelo encendió la linterna. El haz de luz chocó contra un gran depósito de gasoil que dominaba ese espacio cargado de aromas insalubres. Guiado por la zozobra emocional, el pelirrojo avanzó sin tomar precauciones. Un bulto junto a una tubería de buen grosor le llamó la atención.

—¡Margarita! —gritó mientras recorría los escasos metros que le faltaban para llegar.

Lo primero que distinguió fueron sus manos, engrilletadas y encadenadas a una de las dos llaves de paso del circuito.

—¡Está aquí! —vociferó— ¡La he encontrado! ¡¡La niña está aquí!! ¡¡Llamad a una ambulancia y bajadme la cizalla del coche!! —se desgañitó.

El inspector se dejó caer de rodillas junto a ella. Temblaba y por momentos creyó que iba a perder el conocimiento. De forma timorata, retiró la manta con la que se cubría completamente para destaparle la cara y prestarle los primeros auxilios.

Tenía los ojos entrecerrados.

Un malévolo artilugio incrustado en la cabeza; el repulsivo estado de la herida supurando pus; el macilento color que deslustraba su piel y el tono azulado que le pintaba los labios fueron los primeros signos que le hicieron presagiar lo peor. La baja temperatura de su cuerpo, cierta rigidez muscular, pero, sobre todo, el hecho de no encontrarle el pulso provocó que a Sancho se le nublara la vista.

—¿Qué te han hecho, pequeña? Dime, ¿qué te han hecho? —le susurró sin esperar una respuesta. Trató de liberarla del bozal, pero con los dedos temblorosos no acertaba a quitar la correa de la hebilla.

—¡La ambulancia está de camino! —escuchó decir a Fajardo desde arriba.

La abrazó y la apretó contra su cuerpo mientras las primeras lágrimas se perdían en la frondosidad de su barba. Imbuido por aquella terrible sospecha pero sin perder del todo la esperanza, acercó la oreja a sus labios y reunió toda su capacidad cognitiva en los diminutos filamentos que recubrían el trago del pabellón auditivo, dispuestos a percibir cualquier leve brizna de aire; el mínimo indicio que le hiciera creer que aún respiraba.

Cuando Sara Robles bajó con la cizalla se encontró a su compañero acunando el cuerpo de la niña, absolutamente deshecho, sumido en un sollozo desconsolado.

—No respira —creyó entender.

SARNA CON GUSTO

Estudios de Mediaset España
Carretera de Fuencarral-Alcobendas, 4
29 de octubre de 2012, 21:35

La maquilladora acababa de marcharse y Ramiro Sancho volvió a ponerse los auriculares del vetusto reproductor. Buscó la canción que quería escuchar en ese momento de tensa espera. *Coge el viento* de La Dama se Esconde irrumpió con fuerza en sus oídos.

El camino que seguiste
ha cruzado toda la ciudad
y aún intentas descubrir amor.
Eres solo un viajero
yendo en busca de algún lugar
donde el cielo siempre sea azul.

Coge el viento en una mano
y en la otra ten tu libertad,
es la luna un gran amigo
con el que poder hablar.
Demasiado tiempo lejos
de tus manos y al volver atrás…

Los últimos veinte días habían significado el inicio de su particular travesía por el desierto, que el propio Sancho preveía larga y penosa. Y el lugar donde conducía irremediablemente no tenía mucha pinta de tener un cielo siempre azul.

El expediente abierto por su actuación estaba por resolverse, pero, habida cuenta de la gravedad de los hechos, la conmoción que había generado el trágico desenlace en la ciudad y, teniendo en cuenta sus antecedentes, las posibilidades de ser expulsado del Cuerpo o, en el mejor de los casos, de ser enterrado bajo el escritorio de alguna

comisaría muy lejana eran bastante elevadas. Pero mucho más grave aún era el trauma que le había ocasionado la muerte de Margarita. Según dictaminó la autopsia, el fallecimiento le sobrevino algunas horas antes de que la encontraran a causa de un *shock* séptico provocado por una infección que se transmitió por todo su organismo a través del torrente sanguíneo. Ólafur y Erika entendieron la necesidad de aislamiento del pelirrojo. Se marcharon junto con Karatu a la espera de recibir noticias suyas. Lo cierto era que no recordaba con nitidez cómo habían transcurrido los días inmediatamente posteriores, sumido en un estado catatónico autoinducido con el fin de alejarse lo máximo posible de la realidad. Cuando logró salir de él, lo primero que hizo fue hablar con Azucena, y aquella dilatada conversación le sirvió para atreverse a emerger del fango.

Las palabras de Azucena se mantenían frescas en su memoria.

—Inspector, a través de la culpabilidad no conseguirá recuperar su vida y tampoco nos devolverá la de mi hija —le dijo ella rompiendo con la actitud distante que había mantenido hasta ese momento—. De nada vale martirizarse pensando en lo que se pudo hacer y no se hizo porque el pasado nunca vuelve. Se trata de aprender a convivir con él. Usted encontró a mi hija pero Cristo Nuestro Señor se le adelantó. Tratar de entender los designios divinos desde la óptica de los hombres solo puede llevar a la autodestrucción.

Sancho no encontró calor en sus palabras, pero tampoco ningún atisbo de odio ni rencor hacia él, lo cual le hizo pensar que quizá en el futuro pudiera perdonarle; perdonarse. Sentado frente a aquel espejo, el pelirrojo envidió y repudió a partes iguales la capacidad de los católicos para tragarse las desgracias con agua bendita. Al preguntar el resto de la familia, ella se mostró confusa y dubitativa y Sancho conjeturó con la posibilidad de que Dios Todopoderoso aún no le hubiera indicado a Azucena cómo sanar las heridas del corazón.

Algunos días después se atrevió a atender una de las muchas llamadas que le había hecho Sara Robles. Pasaron la noche de barra en barra para terminar en el Zero Café, rememorando las horas que compartieron en su casa, planificando la forma de salir airosos de la trampa tendida por Aitzol Etxeandia, porque a esas alturas, Sancho ya sabía perfectamente que cuando las piezas encajan demasiado bien es que alguien está poniendo masilla. Ninguno de los dos lo verbalizó, pero ambos pensaron en lo que habría sucedido si en vez de devanarse los sesos y dormir escasamente dos horas se hubieran arrancado la ropa y plegado al deseo copiosamente. Nunca lo sabrían.

La inspectora había aceptado de nuevo la jefatura accidental del Grupo de Homicidios de Valladolid y, a pesar de que Sancho ocultó los derroteros por los que iba a transcurrir su nueva vida, ella intuyó acertadamente que, fuera lo que fuese, tenía muy poco que ver con el

placer. Se despidieron con abrazos sinceros y palabras vacías, mala combinación para quienes se buscan más de lo que podrán encontrarse. La asociación de ideas le llevó a recordar que tenía una conversación pendiente con Gracia Galo y se conjuró para hacerlo cuando se sintiera preparado para ello. También había hablado brevemente por teléfono con Fernando Fajardo Feix, no recordaba cuándo, pero lo encontró bastante animado tras recibir la confirmación de la tramitación de su solicitud de traslado a la Brigada Central de Crimen Organizado. Interpretando el cambio como un ascenso relevante de su calidad de vida, Fajardo le colgó con un «hasta pronto, máquina. Y suerte» que arrastraba un marcado aroma de «hasta nunca. Y púdrete».

Esa misma mañana había hecho el viaje a Madrid acompañado por Peteira. Sancho le pidió que no compartiera en la comisaría los motivos que le habían llevado a aceptar la propuesta de la cadena de televisión. El subinspector no dejó de repetirle que su familia contraía con él una deuda a perpetuidad y que, estuviera donde estuviera y pasara lo que pasara, su hijo Marcos ya formaba parte de su existencia. Pensar en eso le reconfortaba, quizá egoístamente en ese afán compensatorio y justificativo tan propio del ser humano, pero, observando la cicatriz de la frente y las marcas de sus manos, determinó que no era el infortunio sino sus propias decisiones las causantes directas de su desdicha. El «cuídate mucho» de Peteira le hizo conmoverse antes de bajarse del coche; como si tuviera alguna opción de conseguirlo.

Con el terreno de juego tan embarrado y el oval en las manos, no le quedaba otra opción que morder el protector bucal y correr hacia delante. Sabía que iba a tener escasas posibilidades de alcanzar la línea de ensayo, casi ni de pisar el campo del rival. Solo contaba con su firme determinación de no dejarse placar. Y el DAO también lo sabía. Por ello, Hernández Santiago, metido en el papel del entrenador que conoce bien sus bazas, le había ofrecido protagonizar una última jugada. O posaba el balón bajo palos o no volvería a ponerse la camiseta del equipo. Ese era el pacto que el pelirrojo no tuvo más remedio que aceptar, y el partido empezaba en once minutos, los que restaban para que la coordinadora del programa viniera a buscarle.

En esa tesitura, Sancho no encontró un modo mejor de diluir la espera que devolver una de las muchas llamadas que le habían realizado días atrás. Apretó el *pause* y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Al segundo tono escuchó su voz.

—Hola, Erika.

—¿Cómo va todo?

Tardó en contestar.

—Va. Creo que he tocado fondo, pero sigo cavando por si acaso hay

más mierda.

Dada la respuesta que escuchó, Erika descartó la idea de compartir con él la información que había recibido recientemente. El alumbramiento se había producido el pasado 13 de agosto en el hospital infantil Nieklanska de Varsovia, donde, debido a su comatoso estado, fue trasladada Ludka Opieczonek a dar a luz. Olek había venido al mundo pesando tres kilos justos y, según decían, tenía los ojos pequeños, negros y afilados, como los de su padre. Su madre fue desconectada tres días más tarde, quedando la criatura bajo la custodia de sus abuelos.

—Saldrás, estoy segura de ello —respondió ella.

—Eso espero.

Un silencio atronador precedió al tono de voz cavernoso del todavía inspector de Homicidios.

—Erika…, voy a desaparecer durante un tiempo.

—Lo comprendo.

—No sé cuánto, quizá se trate de una larga temporada.

—Lo que necesites, Sancho.

De nuevo el mutismo.

—Si te digo la verdad: estoy algo acojonado. Bastante acojonado —matizó.

—¡Claro! ¡Hoy es el gran día! —dijo con el propósito de aligerar el tono de la conversación.

—Sí. Al final, todo llega.

La risa limpia y espontánea de Erika Lopategui se contagió en los labios del pelirrojo.

—Sí, tú ríete. Ya me gustaría verte a ti en esta situación. Son cincuenta minutos en directo, con una audiencia estimada de más de dos millones de espectadores.

—Todo sea por la pasta, en este caso, para lo que se va a emplear. ¿Cómo era el refrán ese? Sarna con gusto…

—Los cojones —le interrumpió Sancho—. Sarna con gusto, los cojones.

—Piensa en todo el bien que van a proporcionar esos miles de euros.

—Eso intento, te lo aseguro, pero no funciona. ¿Cómo está Ólafur? —quiso saber para cambiar de tercio.

—Controlado, sigue sin probar gota. Parece que el tratamiento funciona. Cuando no está paseando a su nuevo mejor amigo está discutiendo de religión y filosofía con Jaap Keergaard. Asistir a esa competición por el cetro de filosofastro es un auténtico coñazo.

—¿Es de fiar?

—Ya le conoces, ni sereno ni borracho.

Sancho soltó una carcajada que hasta a él mismo le cogió por

sorpresa.

—Me refería al tipo de la coleta.

—Lo sé, lo sé. Pero en este momento es nuestro valor principal. Llevamos días exprimiendo toda la información que nos ha proporcionado así como la que hemos podido extraer del equipo de Kruger gracias a él. Ólafur y yo estamos convencidos de que su arrepentimiento es sincero.

—Por muy sincero que sea, no deja de ser un sicario. Tened mucho cuidado con él.

—Lo tendremos, pero en las circunstancias en las que nos encontramos, tampoco contamos con alternativas menos arriesgadas, Sancho.

Aquella última frase le hizo henchir los pulmones de oxígeno cargado de aroma a cosmético.

—Alternativas…, esa es la cuestión. En este momento no puedo ofrecerte… Quizá algo más adelante, cuando esté en condiciones de…, en fin, tú ya me entiendes.

—No suele ser únicamente cuestión de tiempo.

—Ya. Puede que tengas razón.

—Puede.

—No obstante, las ganas que tengo de darle al islandés una buena patada en las pelotas juega a favor de obra.

—¿Y a mí? ¿No tienes ganas de verme? —soltó ella de forma capciosa.

—Claro que sí, pero primero tengo que intentar ordenar lo que queda de mí —respondió en tono mortecino—. Ahora tengo que dejarte, en dos minutos empieza la romería y ya sabes eso que dicen: a las romerías y a las bodas van las locas todas.

—Entonces yo no puedo faltar.

Sancho se rio a gusto.

—Suerte —se despidió ella.

—Dos minutos —maldijo Sancho.

No fueron dos, fueron cinco, como las sílabas que más de dos millones de espectadores pudieron leer en los labios del barbudo pelirrojo en cuanto puso los pies en el plató aclamado por el público asistente al programa.

—¡Hay que joderse…!

NOTA DEL AUTOR

Tiene que creerme, no estaba premeditado.

Empecé a escribir *Sarna con gusto* en junio del año 2014 con el propósito de recuperar uno de los personajes principales de *Versos, canciones y trocitos de carne* enlazando temporalmente con el final de la trilogía y, al mismo tiempo, dar las primeras puntadas del paño que envuelve a la Congregación de los Hombres Puros (cuya sombra, como ya habrá intuido, oscurecerá unas cuantas páginas más en futuras entregas). No voy a ocultarlo, a priori, la idea de interpretar de nuevo al pelirrojo inspector de Homicidios me resultaba tan sugerente como sencilla tras los treinta meses que vivió dentro de mi cabeza. Y, en efecto, he disfrutado, sí, pero he de reconocer que ha sido complejo interpretar a algunos. No sabría decir cuál de todos me ha costado más, paradójicamente puede que haya sido el de Sancho, pero si algo tengo claro en esta fría mañana de febrero del año 2015, es que no me gustaría volver a meterme en la piel de ninguna Margarita.

Como le decía al principio, no tenía ninguna intención de construir una historia tan dura como esta que acaba usted de terminar. Visto en perspectiva, diría que el resultado responde a mi método de creación literaria, ese del que no consigo ni intento escapar y que consiste en aporrear teclas sin seguir método alguno. No pretendo excusarme, no creo que tenga que hacerlo, pero si le invade la necesidad de señalar a un culpable, le invito a que elija uno entre el listado de personajes, o dos, quizá lo sean todos, lo dejo a su criterio.

También quiero aprovechar este espacio en blanco para comentar con usted un aspecto que me dejó algo tocado cuando empecé a bucear en el sórdido mundo que rodea al secuestro. Por suerte, en nuestro país es una práctica poco frecuente y son contadísimos los casos que la gente de Fajardo —la de carne y hueso— no resuelve positivamente. Por el contrario, en otros puntos del planeta se produce con tanta frecuencia que, como citaba en la novela el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, uno tiene más probabilidades de

sufrir un secuestro que un robo. Pocos delitos me parecen más horribles que aquel que atenta contra la libertad de las personas, porque el espectro de sufrimiento que provoca es tan amplio y tan profundo que aquellos que lo padecen y logran contarlo difícilmente vuelven a entender la vida de la misma manera. Mi objetivo era contar la historia de un secuestro ofreciendo una óptica global que incluyera todas las perspectivas: la de la propia víctima, la de su entorno más cercano, la de los secuestradores y, por supuesto, la de la Policía. Con tales ingredientes, el caldo no podía tener un sabor distinto a ese amargo que confío que desaparezca lo antes posible.

Por último, quiero confesar a modo de anécdota que el recuerdo que le asalta a Ramiro Sancho cuando entra en la piscina La Ponderosa no está extraído de su ficticio histórico vital, sino que es fruto de una experiencia real vivida en primera persona por este autor. Al recorrer el escenario y verme de nuevo atrapado entre los barrotes de aquella escalera concluí que la estupidez no está enfrentada con la suerte y que aquel día tuve tanta suerte como estúpido fui.

Habiendo dejado constancia del hecho, corresponde ahora dar las gracias a las siguientes personas:

A Olga, amor mío, y a Hugo, mi amor. Siempre en primer lugar porque vosotros sois lo primero.

A Urtzi, te dedico esta novela, no solo por tu inestimable ayuda en lo relativo a la documentación acerca del proceso de investigación y negociación de un secuestro (hasta donde permite la placa), principalmente, por tu total disponibilidad y apoyo. Si este relato existe, se debe a ti. Aprovecho para pedirte disculpas por lo que viene. Toca escarbar, amigo.

A Ricardo Almanza, que estando al otro lado del Atlántico pusiste tu voz a Servando Garay en una adaptación soberbia del lenguaje suburbial de México, D. F. Mezcal o tequila, tú eliges, cabrón, que convida este pinche calvito.

A Chevi, por tu empeño y acierto a la hora de plasmar en imágenes el contenido de esta novela. Bravo.

A mi querido amigo Fernando, por cederme tu casa de Viana de Cega para escenificar este secuestro. Prometo no abrir ese zulo nunca más.

A todos los que han sufrido un secuestro y han tenido el coraje de compartir tan dramática experiencia. El alma de Margarita se alimenta de sus relatos.

A los caídos en acto de servicio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, que su recuerdo perdure en esta novela a falta de un reconocimiento mayor que incomprensiblemente se les niega desde las instituciones.

A mis editores de Suma de Letras y a todo Penguin Random House,

por vuestra confianza y saber hacer. Y muy especialmente a ti, Mónica, que me sufres con más frecuencia.

Y, cómo no, a usted, lectora o lector, por convertir en realidad el oficio de quienes nos dedicamos a crear ficción con la palabra escrita. En nuestro próximo encuentro trataré de ser más benevolente con sus emociones, aunque no puedo prometerle que lo consiga.

Hasta pronto.

César Pérez Gellida

Madrid-Valladolid

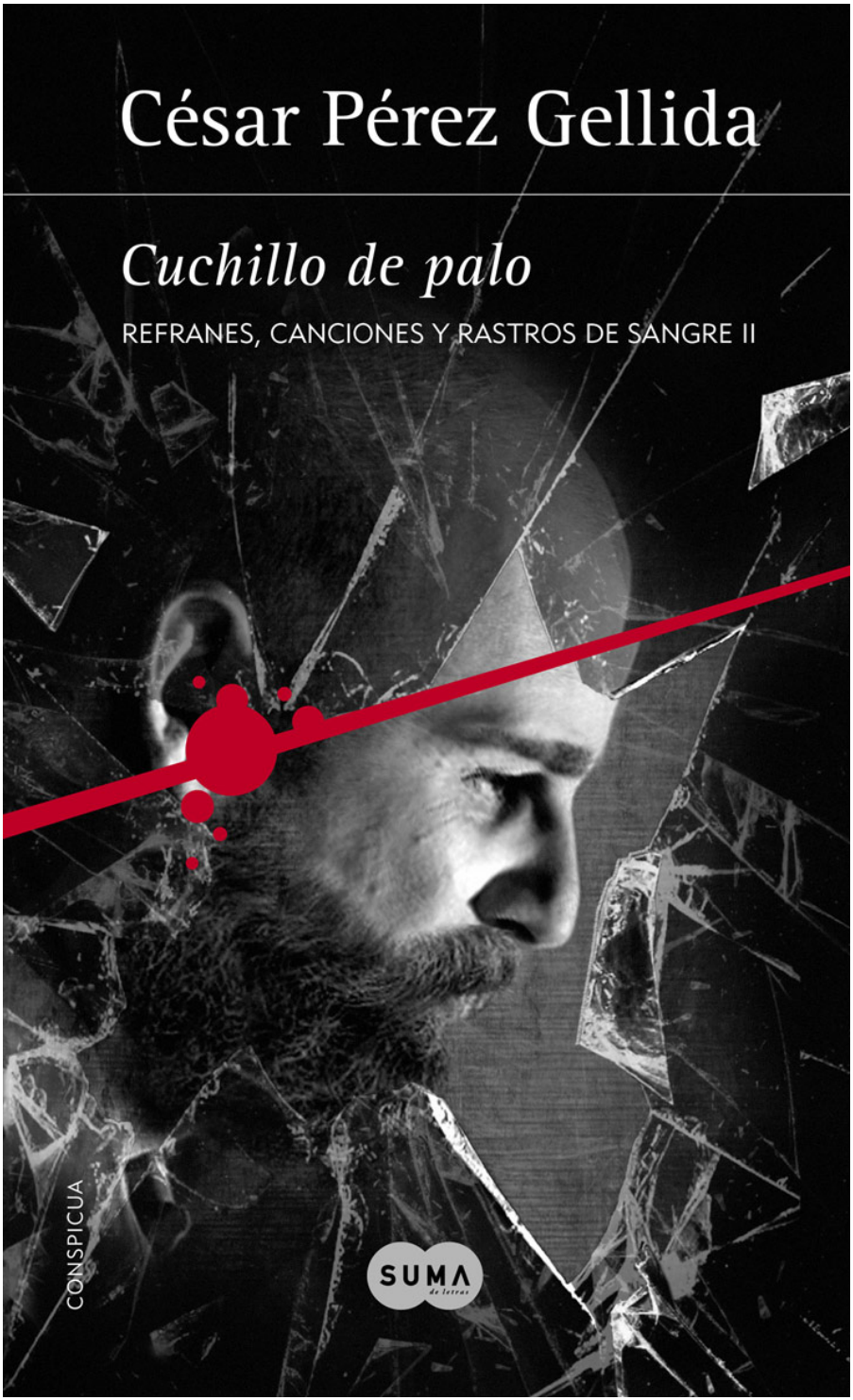
BANDA SONORA

Guns N'Roses: *November rain.*
Los Piratas: *Promesas que no valen nada.*
Nirvana: *Come as you are.*
Extremoduro: *Locura transitoria.*
Ilegales: *Ángel exterminador.*
The Smiths: *There is a light that never goes out.*
The Rolling Stones: *Sympathy for the devil.*
Golpes Bajos: *Malos tiempos para la lírica.*
Aerosmith: *Living on the edge.*
El Último de la Fila: *Lápiz y tinta.*
Héroes del Silencio: *El estanque.*
Calle 13: *Llégale a mi guarida.*
La Dama se Esconde: *Coge el viento.*

César Pérez Gellida

Cuchillo de palo

REFRANES, CANCIONES Y RASTROS DE SANGRE II



CONSPICUA

SUMA de letras

César Pérez Gellida

Cuchillo de palo

SUMA de letras

A Belén, la chica de la eterna sonrisa

«En ocasiones, huir solo sirve para morir un poco más tarde y mucho más cansado».

RAMIRO SANCHO,
Inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid

PERSONAJES

Personajes principales:

Ramiro Sancho. Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Erika Lopategui. Doctora en Psicología.
Ólafur Olafsson. Excomisario de policía de la Brigada de Homicidios de Reikiavik.
Jaap Keergaard. Arcángel Uriel de la Congregación de los Hombres Puros.
Álvaro Peteira. Subinspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Joseph Onazi. Gerente del club El Pensador.
Vincent Dare. Mano derecha de Joseph Onazi.
Solomon Akindele. Mano izquierda de Joseph Onazi.
Ike Bakare. Responsable de la red de trata de personas que suministra al club El Pensador.
Juliet Akide. Prostituta del club El Pensador.
Santiago Cabarcos. Camarero del club El Pensador.
Corteza de Roble. Gran Maestre de la Congregación de los Hombres Puros.
Vlade Ilić. Arcángel Miguel de la Congregación de los Hombres Puros.
Nikita Dzhelíev. Arcángel Rafael de la Congregación de los Hombres Puros.
La estatua de mármol. Arcángel Gabriel de la Congregación de los Hombres Puros.

Otros personajes:

Áxel Botello. Agente de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Daniel Navarro. Agente de la Unidad Motorizada.
Patricio Matesanz. Subinspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Sara Robles. Inspectora de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Santiago Salcedo. Jefe de la Brigada de la Policía Científica de Valladolid.

Aurora Miralles. Titular del Juzgado de Instrucción nº 1 de Valladolid.
Manuel Villamil. Médico forense.
Carlos Herranz-Alfageme, «Copito». Comisario de la comisaría de distrito de las Delicias.
Carmen Montes. Agente de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Carlos Gómez. Agente de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Azubuike Makila. Inspector General de la Interpol.
Connor Murphy. Miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol.
Morgan Ekiang. Trabajador chadiano del polígono industrial A Granxa.
Peter Frei, «Alderamin». Guardián de la Congregación de los Hombres Puros.
Rosemarie Slosse, «Deneb». Guardián de la Congregación de los Hombres Puros.
Zoltán Szabó, «Altarf». Guardián de la Congregación de los Hombres Puros.
Cerbero. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Flegias. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Minotauro. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Anteo. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Pluto. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Gerión. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Efialtes. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Caronte. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Nasidio. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Karatu. Dogo argentino.
Txus. Gerente del restaurante Milagros.
Luis. Encargado del Zero Café.
Paco, «Devotion». Pincha del Zero Café.

PRÓLOGO

Tras leer *Cuchillo de palo* acudí al viejo rito que me acompaña al finalizar cualquier novela de Pérez Gellida; esto es, deambular silencioso en el trabajo y en el hogar con semblante de pasmo, cavilar largo y tendido mientras finjo cumplir con las rutinas y, en definitiva, ofrecerme un margen de tres o cuatro días algo nebulosos para que el impacto recibido pueda diluirse sin perjudicar mi equilibrio mental. Nada nuevo bajo el sol, pues. O todo nuevo, porque muy poco o nada tiene que ver lo que aún estoy digiriendo con la obra precedente de este ya consagrado artista *noir*.

Es esta, sin duda alguna, la novela de Ramiro Sancho. Ese castellano seco, austero y pelirrojo que nos distrae con sus refranes de Sancho Panza para golpearnos con ímpetu de Quijote. En esta ocasión, lo vamos a acompañar directamente a los infiernos tanto en lo personal como en lo profesional. Sospecho a estas alturas que su barba cobriza no es sino el símbolo de las abrasivas calderas del averno, y por eso, cuando se la mesa, está jugando no solo con el diablo, sino que también trata de apaciguar esos demonios interiores que nutren sus rincones oscuros. Sancho bebe, Sancho folla –cuando puede–, Sancho dispara, Sancho esnifa, Sancho sufre, Sancho investiga, Sancho busca, Sancho llora. Sancho es ese corcho que flota a duras penas entre la violenta espuma de nuestros días, fruto de sus tempestades de acero y fuego. Pero esta vez el corcho se hunde, y nosotros con él. Por eso amamos a Sancho. Por eso admiramos a Sancho. Y luego, el formidable elenco que lo acompaña; viejos conocidos como su inseparable amigo Peteira, el pasma gallego, expresión máxima de la camaradería, o ese otro madero nórdico, Ólafur Olafsson, que pelea contra su aulladora jauría al tiempo que nos regala reflexiones de corte existencialista, perlas negras dignas de coleccionar en la memoria. Y, cómo no, Erika Lopategui, un personaje femenino imposible de recrear en una mente masculina y paradójicamente tan real y trascendente. Tan gellidista.

Pérez Gellida, pertinaz y preñado de talento, continúa apretándonos las tuercas con notable furia. Ha forjado un universo tenebroso,

cercano, cruel, salvaje, creíble y, sobre todo, perturbador, muy perturbador. En este vertiginoso *Cuchillo de palo* se machihembra el terrible poder de una sociedad secreta que nos inquieta precisamente porque intuimos que nosotros, los vulgares mortales, somos la carne de cañón para esas organizaciones criminales hoy llamadas grandes corporaciones, con la barbarie de ese otro mal más reconocible por cercano pero igualmente perverso: el de las mafias que trafican con mujeres para reconvertirlas en mera mercancía de taxímetro entre las ingles.

Como habrás supuesto, mi estimado e imprudente lector, en estas páginas te vas a enfrentar de nuevo al mal con mayúsculas representado en sus múltiples formas. Sin paños calientes, inmisericorde, ni falta que hace. Y permíteme añadir que si no estás dispuesto a ser partícipe del malévolo juego que propone Gellida, te has equivocado de novela. No es *Cuchillo de palo* una simple novela de buenos, malos y regulares. Va más allá. Hunde sus raíces en la lamentable condición humana que devasta a sus semejantes y florece en estas páginas que estás a punto de deshojar.

Querido lector, sumérgete en el papel o en tu pantalla y déjate arrastrar por la prosa gellidista hasta que te acuchille las meninges. Si al acabar la lectura precisas de varias jornadas para hacer la digestión es que aún tienes alma.

Ojalá sea así.

Ramón Palomar
Periodista y autor de *Sesenta kilos* (Grijalbo)

EL SUFRIMIENTO NO DISTINGUE ENTRE CULPABLES E INOCENTES

Residencia de Peter Frei
Gutach (Alemania)
Febrero de 2013

A esas alturas, colgado por los pies de la viga maestra, maniatado y amordazado, tenía la certeza de que iba a morir. Las únicas incógnitas que le faltaban por despejar eran cuándo y, sobre todo, cómo.

No eran asuntos menores.

Y esa insoportable presión craneal en aumento.

En tales circunstancias, la verdadera dificultad radicaba en exprimir su intelecto atendiendo a razones de índole espacial. Podría decirse que Peter Frei se encontraba en una posición comprometida. Y tanto era así que ni siquiera reconocía los muebles del salón. Su extraordinaria estufa de porcelana se había convertido en un vulgar armatoste blanco en el que la portezuela de hierro fundido era un gran bostezo; la mesa de nogal parecía estar custodiada por las sillas, presa, retenida en un injusto cautiverio. Como él. El plano invertido hacía que la decoración —barroca, pero de corte modernista y que en origen adornaba las paredes con notable acierto y mesura— configurase una grotesca salpicadura de objetos inservibles, mal perfilados, casi pueriles.

Y seguía sin saber nada de Rosemarie.

Aunque quizá esa fuera la única buena noticia, porque, aunque desconocía cuánto tiempo había transcurrido, que no hubiera dado señales de vida implicaba necesariamente que su destino ya había sido sellado. Ningún arcángel deja testigos. Paradójicamente, aquella evidencia le reconfortaba. No angustiarse barajando hipótesis sobre la suerte que habría corrido su esposa le ahorraba un tormento innecesario. Como cada noche, había asistido al ritual de la ingesta de pastillas que garantizaban a Rosemarie una inmediata y larga estancia en los dominios de Morfeo. Así, convino consigo mismo que no habría sufrido y que ya estaría ocupando el puesto que le correspondía en el más allá, donde muy pronto se reencontrarían. La técnica de

autosugestión había funcionado y, en consecuencia, lo único que preocupaba a Peter Frei era la incertidumbre que rodeaba al tipo de suplicio que más pronto que tarde le tocaría vivir. Eso era un hecho, porque nadie que hubiera estampado su firma en El Cartapacio de Minos podía quebrar uno de los nueve pilares sobre los que se asentaba el Templo, normas perfectamente recogidas en el *Novem Regulas*. Nueve prefectos que habían sido dictados por el Gran Arquitecto, el primer Gran Maestre de la Congregación. Y el primero de ellos establecía que la permanencia era indubitable: *Ex nunc ad eternum* («Desde ahora hasta siempre»). Él había atentado contra uno de esos pilares y los arcángeles eran los encargados de proteger la pureza del Templo de las amenazas, tanto externas como internas.

El expresidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco supuso que el trabajo se lo habrían asignado a alguno de los arcángeles mayores; a Gabriel o a Rafael, aunque en su fuero interno deseaba que hubiera caído en las manos de Miguel, por la dosis de dignidad que tal honor aportaría a su ineludible cita con la muerte. Fuera quien fuere su verdugo, lo estaba escuchando revolver en la planta superior. Necesitaba evadirse de la realidad, pero esa sensación de aplastamiento localizada en el entrecejo no le permitía concentrarse. De forma inconsciente, abrió la boca todo lo que pudo como si con la maniobra fuera a lograr que el dolor se escabullera por la comisura de los labios. Sorprendentemente funcionó y el momento de alivio le dio pie a escarbar en su pasado reciente.

Su implicación en la nefasta resolución del caso de De Bruyn provocó que la Asamblea lo señalara como único responsable. No tuvo otra alternativa que desaparecer. Apenas dispuso de tiempo para vaciar las cuentas de las entidades locales y, sin necesidad de entrar en vacuas explicaciones con Rosemarie, abandonaron con lo puesto su lujosa residencia de Bruselas. Peter Frei condujo sin descanso hasta el lugar más recóndito que encontró en su memoria: los frondosos bosques de abetos plateados de la Selva Negra. A pesar de que hacía mucho tiempo que no visitaba la zona, conservaba muy turgentes esas imágenes cultivadas durante los largos veranos en los que sus padres lo dejaban a cargo de los abuelos maternos en Gengenbach. Años de constantes descubrimientos, de felicidad inocente y sincera. Debía de tener dieciséis cuando falleció el abuelo y ocho meses después le siguió su fiel esposa, los mismos que tardaron sus padres en vender la casa empujados por la golosa revalorización inmobiliaria que trajo el estallido del negocio turístico de la región. Al principio no le dio importancia, pero cuando llegó el primer junio echó en falta el contacto con las fuerzas vivas de la naturaleza, el aire puro, los olores agrestes, la intensidad de los colores y el grado de veracidad de los sabores. Se acordaba perfectamente de esa sensación porque fue la

primera vez que probó la amargura del deseo insatisfecho. En aquellos días, Peter Frei no podía imaginar lo que sería capaz de conseguir a lo largo de una vida exenta de trabas morales. Y sin embargo, aún era menos predecible que, con setenta y uno ya cumplidos, ocupando un escalafón de poder más que privilegiado en el seno de la Congregación, se viera forzado a tener que esconderse de los suyos. Aunque fuera en aquel idílico paraje. Peter Frei empleó varias jornadas en encontrar una casa amueblada decentemente en alguna de las poblaciones que se fueron encontrando en el camino. A la postre se decidieron por una de apariencia humilde en Gutach, a unos treinta kilómetros del espacio vital del que partían sus recuerdos. No se podía equiparar con la de sus abuelos en ningún aspecto, pero todas las carencias se compensaban con su perfecta localización en las mismas entrañas de la Selva Negra, apartada del circuito turístico básico. Al margen del mundo, pero, sobre todo, fuera del alcance de la Asamblea.

O por lo menos así lo había creído hasta hacía solo unas horas, cuando salió al cobertizo a por algo de leña y alguien le atacó por la espalda.

Una repentina punción en la parte posterior de la cabeza le forzó a apretar los párpados. Trataba de abrirlos al tiempo que se retorcía buscando la forma de aminorar el sufrimiento que le provocaba la gravedad. En aquella expuesta tesitura, su instinto le exigía estar bien atento a lo que estaba sucediendo a su alrededor, pero sus ojos se negaron a continuar procesando imágenes de aquel entorno desordenado.

Necesitaba descansar.

Peter Frei se pasó la lengua por los labios. Los notó ásperos, algo abultados y, aunque no podía verse la cara, intuyó con acierto que la tendría inflamada a causa de la acumulación de sangre.

Y ese leve e incesable balanceo, casi imperceptible pero agobiante por ser imposible de controlar.

Un crujido provocó la inmediata rigidez de todas las fibras de su cuerpo. El quejido de la madera carcomida de la escalera era una alarma indubitable. Fijó la mirada en el punto en el que su cerebro, presionado y anegado por el exceso de flujo sanguíneo, había calculado el encuentro visual con el arcángel.

Retuvo involuntariamente el aliento; contuvo voluntariosamente el miedo.

No por esperada, la protesta acústica del primer peldaño resultó menos angustiosa. Un hombre corpulento metido en una edad impropia para el oficio se detuvo al pie de la escalera. Posó la mano sobre el remate del balaustre y le dedicó una mirada mohína, cansada. Un profuso bigote ocultaba la frontera labial acrecentando la apatía de

un rostro expectante, libre de expresividad. Al notar que un impulso eléctrico le iba conquistando el espinazo, Peter Frei tuvo la sensación de que iba a ser la chispa que haría estallar definitivamente su cabeza, pero no tuvo esa ventura y, motivado por la contrariedad, soltó un vigoroso gruñido que murió amortiguado en la mordaza. Tal esfuerzo se hizo patente en las sienes y en las cavidades oculares, al límite del descorche. Apretó con fuerza los párpados albergando la esperanza de retener los ojos en su sitio y no aflojó hasta que un cercano olor acerbo le obligó a hacerlo. Su reacción fue tan cotidiana como antinatural, pero se explicaba por la imposibilidad de su sistema nervioso para administrar un nuevo sobresalto.

El hombre de profuso mostacho carraspeó con vehemencia.

—Voy a retirarle esto —anunció—. No haga ninguna estupidez que pueda lamentar.

El arcángel dejó su arma sobre la mesa y se despojó de la gabardina raída y arrugada, en sintonía con el resto de su poco decoroso atuendo. Sus movimientos eran lentos, desesperadamente adormecidos para el estado frenético en el que Peter Frei volvía a estar sumido. Este invirtió unos segundos en recobrar la movilidad de la lengua, que se comportaba torpemente, como si no reconociera su hábitat natural, mucho más árido que de costumbre.

El arcángel agarró una de las sillas del comedor por el respaldo y se sentó frente a él aguardando pacientemente a que recobrara el habla.

—Tenemos dos vías para resolver esto: la rápida y la dolorosa, usted elige —le expuso en perfecto inglés, pero arrastrando un dejo que su interlocutor no fue capaz de identificar. El tono era calmado, extrañamente sosegado y nada hostil.

Peter Frei balbuceó algo ininteligible que obtuvo un fastidioso resoplido por respuesta. Acto seguido, el hombre se incorporó y desapareció de su campo de visión antes de regresar con un trapo húmedo con el que le empapó los labios y el cielo de la boca sin ninguna delicadeza.

—Le diré qué necesito y lo que puedo ofrecerle a cambio —prosiguió—. Quiero que me facilite la ubicación exacta del equipo con el que se comunica con sus hermanos de la Congregación y las claves de acceso. A cambio le ofrezco su vida y la de su esposa.

Peter Frei frunció el ceño de manera exagerada para dejar constancia de su desconcierto. Consecuentemente, sus facciones, descolocadas y deformes por los efectos de la gravedad y la acumulación sanguínea, conformaron una caricatura tragicómica.

—Su mujer está arriba —certificó el arcángel interpretando la mueca—; no obstante, me temo que ni ella está en disposición de bajar ni usted de subir, así que va a tener que hacer un acto de fe.

Pero Peter Frei no estaba sorprendido por el hecho de que

Rosemarie siguiera viva. Lo que no le encajaba era que un arcángel quisiera algo que supuestamente ya tenía. Aquello no tenía ningún sentido.

—¿Quién es usted? —logró verbalizar.

—No está en disposición de hacer ninguna pregunta. Le estoy dando la oportunidad de…

Un ruido proveniente de la planta superior interrumpió la frase.

—¡¿Quiénes son ustedes?!

El hombre se volvió a sentar, se mordió el bigote y se frotó la cara con ambas manos.

—Claro…, qué estúpido. Ya entiendo. Ustedes son los que terminaron con Zadkiel. Y, por lo que veo, también han conseguido librarse de Uriel —conjeturó—. ¡Por supuesto! Usted es el inspector de Homicidios y arriba está la chica del pelo rojo, ¿me equivoco? —preguntó dando paso a una carcajada estentórea que terminó extinguiéndose en una concatenación de toses secas y agónicas. Cuando recobró el aliento su expresión había cambiado.

»¡Ustedes y yo estamos en el mismo barco! Cerbero habrá tenido que pagar una fortuna por mi cabeza, pero también habrá pagado por las suyas, téngalo por seguro. ¡Bájenme de aquí y les contaré todo lo que necesiten saber! —añadió eufórico.

Cincuenta minutos más tarde Peter Frei estaba sentado en una silla y Ólafur Olafsson tenía lo que habían venido a buscar. Aquella información les permitiría seguir escalando hasta la cúspide de la Congregación de los Hombres Puros.

—Bueno, señor…

—Dejémoslo ahí.

—Bueno, señor «Dejemosloahí» —bromeó Peter Frei—. He cumplido mi parte. Ya pueden marcharse, pero antes le agradecería que me liberara de mis ataduras y me permitiera reunirme con mi esposa —sugirió amablemente mostrándole las muñecas.

—Eso no va a ser posible.

La voz provenía de lo alto de la escalera; del mismo lugar desde el que cayeron dos objetos que terminaron rebotando varias veces contra el suelo sin producir apenas ruido. Ólafur Olafsson clavó los ojos en el que aterrizó a escasos centímetros de sus deslucidas botas.

Una máscara.

Una máscara de fauno.

Una máscara de fauno que reconoció de inmediato.

Una máscara de fauno que reconoció de inmediato porque era una de esas que aparecían en las imágenes en blanco y negro, en esas escenas que seguían atormentándolo desde que las viera por primera vez en casa del inspector Sancho, en Valladolid.

Ólafur alargó el brazo para recogerla y la colocó en su regazo para

observarla de cerca detenidamente, como haría un artesano empeñado en revisar la calidad de su obra. Estaba fabricada en látex y predominaban los rasgos humanoides, a pesar de que de la frente partían unos discretos cuernos de corte diablesco. La piel era rugosa al tacto y estaba adornada por implantes de pelo animal; los ojos eran incrustaciones semitraslúcidas; tenía el hocico chato y largas orejas terminadas en punta. Ensimismado en los detalles, se generó un silencio pastoso en el que el islandés solo escuchaba sus propios latidos como premonitorios timbales de una marcha fúnebre.

Y de nuevo esos fotogramas a modo de flashes intermitentes pero inagotables, del todo insufribles.

Ólafur Olafsson volvió en sí antes de que en su mente viera cómo la daga de empuñadura templaria se hundía en el abdomen de la joven. Apretó con vigor los puños para tratar de detener el temblor de sus manos e inhaló profundamente echando la cabeza hacia atrás para facilitar la entrada de oxígeno.

Peter Frei supo leer las señales de la ira reprimida.

—Puedo explicarlo…

No pudo continuar. Ólafur se abalanzó sobre él mascullando fonemas en su lengua materna al tiempo que trataba de ponerle la máscara. Sin embargo, por más que estiraba la abertura inferior no lograba pasársela por la cabeza. Hasta que comprendió el entuerto: esa máscara no era la suya.

Recogió la otra, muy similar pero con los cuernos de talla mayor, y se la ajustó en el primer intento a pesar de la enconada oposición de su dueño.

—Como el zapato de la maldita Cenicienta —valoró entre dientes.

—¡Escúcheme, por favor!

—¡Baja aquí a la mujer! —le gritó a Jaap Keergaard—. ¡Ahora!

—¡Puedo explicárselo! Se trata solo de un juego. ¡Un juego inocente!

Las palabras sonaban mortecinas por el efecto atenuante del látex; muy en cambio, el material sintético no logró atemperar el primer puñetazo.

Los siguientes tampoco.

Cuando los gritos ahogados de una mujer en camisón le hicieron detenerse, Ólafur Olafsson ya tenía el corazón en los nudillos.

—Siéntala ahí —le indicó a su compañero entre jadeos—. Inmovilízala.

En su bien conservado cutis se podía apreciar la huella de la crispación. Cada arruga era un profundo surco labrado por el miedo, cada gesto una declaración de culpabilidad. Porque si algo tenía claro Rosemarie Slosse era que el hombre que había golpeado brutalmente a su marido no iba a reconsiderar la sentencia.

—Esto es suyo, señora —le dijo Ólafur Olafsson antes de colocarle la máscara sin miramiento alguno—. Ahora vamos a ver juntos una película —anunció al matrimonio antes de hacer una indicación a su compañero, un hombre con una larga coleta rubia que le caía inerte sobre una espalda ancha como Castilla y cubierta por una elegante levita negra—. Y trae también lo tuyo mientras yo reanimo a este despojo miserable.

—¿Seguro?

—Completamente.

No hubo intercambio de palabras durante el tiempo que necesitó Jaap Keergaard, arcángel de la Congregación redimido, para llegar hasta donde habían ocultado el vehículo y regresar al salón acarreando la bolsa de un portátil en una mano y lo que él llamaba «el arca de la sinceridad» en la otra. En realidad, esta no era más que una sencilla caja de madera de pequeñas dimensiones, con refuerzos de latón en las juntas, cien veces lijada y mil barnizada. De la tapa brotaba una rudimentaria asa de cobre colocada con posterioridad para facilitar su traslado. Peter Frei y Rosemarie Slosse se estremecieron al percibir el ruido de cacharrería que salió de su interior al posarla en el suelo.

Ólafur Olafsson encontró sus gafas en el bolsillo interior de la gabardina y, tras ajustárselas con el dedo índice, no perdió un solo segundo en poner en marcha el ordenador y ejecutar el vídeo. Transcurridos unos minutos, eternos para unos, efímeros para otros, señaló la pantalla con el índice.

—Aquí estáis, hijos de puta. Inseparables —murmuró parando la imagen al reconocer las máscaras. No lo habría conseguido tan rápido de no estar una al lado de la otra—. ¿Este es el juego inocente que me mencionaba? Seguro que ella no opina lo mismo. ¡Una niña!

Ninguno de los dos se atrevió a hablar.

—¿Qué me aconsejas? —le preguntó a su compañero, que permanecía inmóvil y con los brazos cruzados. El islandés se quitó las gafas, ya no las necesitaba.

—Depende de cuáles sean tus propósitos —respondió Jaap abriendo la tapa del arca.

El matrimonio se removió en su silla, a pesar de que no alcanzaban a comprender el cometido de los artilugios que contenía.

—Si alguno se mueve o grita, dispárale en la cara.

Ólafur se puso en cuclillas dando la espalda a los reos.

—Las sandalias del pescador con el tenedor del hereje siempre dan resultado —sugirió el propietario del arca.

Ambos utensilios habían sido diseñados y fabricados por Jaap Keergaard, inspirándose en artilugios de tortura medievales. Las sandalias del pescador eran dos zapatos de hierro unidos al tobillo con

grilletes y rematados con nueve largos clavos, distribuidos convenientemente por la suela excepto en la parte delantera. El desafortunado portador del calzado tenía que permanecer de puntillas mientras era interrogado si quería evitar ensartarse en las puntas. El tenedor era aún más simple. Una barra de metal regulable en extensión y rematada en sus extremos por dos afilados tridentes. Se fijaba en la base del cuello, apoyado entre las clavículas y la barbilla, forzando al sujeto a inclinar la cabeza hacia atrás para que no le perforara la carne.

La combinación de los artilugios resultaba casi diabólica. El peso de la cabeza hacía que fuera harto complicado conseguir no apoyarse sobre los talones.

—Colócaselo.

—No será agradable —le advirtió.

—Colócaselo —insistió Ólafur.

Jaap Keergaard asintió antes de girarse y dirigirse a la silla en la que Peter Frei estaba bien amarrado.

—A él no, a ella —le corrigió—. Y no le quites la máscara.

La mujer temblaba tanto que casi no se sostenía en pie, lo cual no era nada aconsejable para la prueba de equilibrio y aguante a la que se iba a someter. Sumida en una extraña mansedumbre, no opuso resistencia alguna. Apenas gimoteaba.

Peter Frei asistía con ojos incrédulos al proceso de preparación de su esposa.

—¡Dígame qué más quiere saber! ¡Maldita sea! ¡Se lo he contado todo! ¡¡Absolutamente todo!!

—No todo —repuso Ólafur Olafsson visiblemente alterado—. ¿Cuándo y dónde aconteció… eso? —quiso saber señalando hacia el portátil.

Peter Frei dejó caer la mirada al suelo.

—Yo en su situación me daría prisa si pretende evitar el martirio de su querida esposa.

—Es un acto de purificación —desveló sin levantar la vista.

—En qué consiste.

—Es cosa de Corteza de Roble. Él los instauró, ¿qué podíamos hacer nosotros?

—Ustedes no sé, pero usted debería contarme lo que necesito saber antes de que se le agoten las fuerzas a su esposa.

—Tiene su origen en una celebración pagana, creo. Los antiguos griegos pensaban que durante los solsticios se abría una puerta de comunicación entre los dioses y los hombres a través de la cual nos eran desvelados los enigmas de la creación, el orden y el caos, la configuración del firmamento…, cosas así.

Peter Frei pronunciaba todo lo rápido que era capaz sin despegar la

mirada de una temblorosa Rosemarie.

—Ya, cosas así. Y se ofrecía un sacrificio humano para honrar a los dioses, ¿verdad? —conjeturó Ólafur Olafsson.

—No, a los dioses no. El Gran Arquitecto solo se manifiesta a través de los movimientos de la doncella durante el tránsito entre la vida y la muerte. El custodio elegido aplica el remedio en el abdomen de la doncella y, solo entonces, el Gran Maestre descifra el trance.

—El remedio es la daga que porta ese animal.

—Sagitta es su nombre.

—Sagitta —repitió con hastío—. ¿Quién es el verdugo?

—Lo decide Corteza de Roble —dijo sin quitar los ojos de su esposa —, el Gran Maestre de la Congregación. Es… un privilegio, un reconocimiento a su trayectoria.

—Un premio.

—¡Reservado a los nueve custodios! Nosotros solo somos guardianes. Tenemos la obligación de asistir, según se establece en El Cartapacio de Minos —aclaró en tono exculpatorio.

—Claro, claro…, inocentes guardianes forzados por los dictámenes de un viejo cuaderno que nadie sabe si existe.

—¡No lo entiende! ¡Él cuenta con los arcángeles! ¡Y existe, por supuesto que El Cartapacio existe! —rebatió indignado—. Todos lo hemos visto al estampar nuestra rúbrica en él. Así se sella el compro…

Los gemidos de su esposa interrumpieron la frase.

—¡Aguanta, Rosemarie! ¡Sé fuerte! —la animó.

—Céntrese —le recriminó el islandés chasqueando los dedos para llamar su atención—. Yo soy un hombre impío y carezco de fe. Necesito ver. ¿Dónde podría ojear esa reliquia?

El guardián compuso un gesto de incredulidad.

—Solo el Gran Maestre y Damocles lo saben. Cuando accede al cargo jura custodiar El Cartapacio de Minos, porque…, digámoslo así, resultaría un tanto comprometido para la Congregación que cayera en las manos equivocadas.

—Ya. Un tanto comprometido. Háble me ahora de Damocles, ese al que llaman el protector y vigilante —preguntó recordando una parte del informe de De Bruyn.

—Era el encargado de proteger el Templo con su ejército de arcángeles y de vigilar el tesoro más preciado de la Congregación.

—¿Era?

—Era, sí, porque hace tiempo que desapareció. Es un asunto considerado tabú, pero todos pensamos que Corteza de Roble tuvo que ver en ello.

—Ya. Se lo quitó del medio.

—Para controlar directamente a los arcángeles —completó—. Pero nadie lo sabe con certeza.

—Así que si él ya no está, ¿quién vigila el Cartapacio?

Peter Frei negó con la cabeza.

—Esos asuntos no nos competen a los guardianes. También he escuchado que, en realidad, la función de Damocles era vigilar las cenizas de Dante, el primer Gran Maestre de la Congregación.

Ólafur resopló con notable amargura.

—Es una vieja leyenda. No sé qué hay de verdad en todo ello. Dicen que, en algún momento, la Congregación se hizo con las cenizas del poeta, o parte de ellas, y las ocultaron en el mismo sitio donde esconden El Cartapacio.

Un lamento prolongado volvió a desviar la atención del interrogado.

—¡Atiéndame a mí! —le recriminó el islandés—. Vamos a obviar el asunto de Dante, lo dejamos para otra novela, ¿de acuerdo? Ahora dígame, ¿dónde tienen lugar estas atrocidades?

—¡Se va a clavar eso en el cuello! ¡Tengan piedad!

—Conteste —dijo Ólafur, piadoso.

—¡Por Dios…! Nunca se celebran en el mismo lugar y es el propio Corteza de Roble quien lo determina. A los asistentes nos llega la notificación solo veinticuatro horas antes. Son emplazamientos sagrados, mágicos. Ese, en concreto, creo que se celebró hace varios años, demasiados, en una ermita abandonada cerca del río Celeste en Costa Rica, pero otras veces ha tenido lugar en sitios diferentes.

—¿Como cuáles?

—¡¿Qué importa eso?! Ya le he dicho que jamás se repiten.

—¡Responda!

—Bajo el puente Overtoun en Escocia, o en la Terraza de Minerva en pleno parque Yellowstone, o en el bosque Aokigahara en Japón, o en los castillos de Gondar en Etiopía…; sitios así, cargados de misticismo y espiritualidad.

Un grito desesperado anunció el agotamiento de la resistencia de Rosemarie.

—¿Dónde tendrá lugar el siguiente?

—¡Por Dios bendito! —profirió Frei—. ¡No aguanta más! ¿No lo ve? ¡No puede más!

Rosemarie corroboró sus palabras emitiendo un ruido lastimoso que sonaba a preludio de una rendición. Ólafur le hizo una indicación a Jaap Keergaard y este retiró el tenedor del hereje de la barbilla antes de sujetar a la mujer por las axilas y sentarla en el suelo.

—¡Continúe!

—Se rumorea que el siguiente acto de purificación se celebrará en algún lugar de Budapest.

—Ya. Se rumorea.

—Sí, solo son habladurías que se producen en las capas bajas de la organización. Dicen que en Budapest hay un lugar muy especial para

Corteza de Roble y, según parece, quiere conmemorar por todo lo alto los veinte años que va a cumplir vistiendo la túnica de Dante.

—Dígame dónde va a celebrarse esa atrocidad.

—Lo desconozco, tiene que creerme —aseguró Frei.

—¡Ponla de nuevo en pie!

—¡No, no, no! ¡Tiene que creerme! —insistió—. ¡No lo sé! ¡Por favor! Si lo supiera se lo diría, se lo juro por lo más sagrado. ¡Por favor! ¡Ayúdenla, se lo ruego!

Ólafur le hizo una seña a su compañero.

—Gracias —balbuceó.

—¿De dónde parten esas habladurías? Siempre hay un origen.

No podían verlo, pero el sudor empapaba el rostro de Frei.

—Ya da lo mismo —reflexionó para sí—. El compromiso de organizar los actos de purificación recae sobre el custodio responsable de la zona en la que va a tener lugar y, consecuentemente, se traslada hacia abajo, a los guardianes que dependen de él. En concreto, hay uno afincado en Budapest que ha debido de hablar más de la cuenta.

—Su nombre.

Peter Frei chasqueó la lengua.

—Nadie utiliza su nombre, a todos nos bautizan con nombres de estrellas y constelaciones. Las reuniones son anónimas, de ahí las máscaras de faunos, sátiros y silvanos. El contacto verbal entre los asistentes está terminantemente prohibido y no solo durante el acto. Ya se lo he dicho antes, los guardianes solo recibimos instrucciones del custodio que nos protege.

—Su nombre.

—Cerbero, Cerbero es mi custodio. Como le digo, el sentido de la comunicación es siempre vertical y descendente, nunca horizontal ni ascendente.

—¿Cómo os hacéis llamar vosotros?

El resoplido se amplificó dentro de la máscara.

—Deneb —desveló señalando a Rosemarie— y Alderamin.

—Preciosos. ¿Y el guardián ese que vive en Budapest?

—Altarf, se llama Altarf.

—Altarf —memorizó—. Háblame de él.

—¡No sé nada! ¡Tiene que creerme! Nada de nada.

Jaap Keergaard posó una mano en el hombro del islandés y se inclinó para susurrarle algo al oído. Cuando terminó, Ólafur asintió antes de proseguir con el interrogatorio.

—¿Quién de todos estos malnacidos es Cerbero y quién es Altarf?

—¡No hay forma de saberlo! Solo distinguimos quién es custodio o guardián por la túnica, nada más. Además, el acto de purificación en sí tan solo dura unos minutos.

—Ya. Los que tarda la niña en morir mientras agoniza.

Peter Frei hizo caso omiso al comentario.

—Cuando eso ocurre, él se dirige a los presentes y al terminar nos vamos por el mismo sitio por el que llegamos. No volvemos a juntarnos hasta el siguiente solsticio.

—¿Este es Corteza de Roble? —Señaló al hombre sentado en un trono a escasos metros del altar.

El fauno asintió.

—¿Por qué lleva esa túnica? Es distinta a todas las demás.

—¡Ya se lo he dicho antes! Es la túnica de Dante.

—La túnica de Dante… ¿Esa roja con la que aparece en los cuadros de la época? ¿También la robaron? —se mofó.

—Puede. No sabe hasta dónde se remonta la sombra de la Congregación.

—Quizá más de lo que usted cree. ¿Y el que está junto a él con máscara de… lo que sea? Este —precisó deteniendo la imagen en un fotograma en el que se podía distinguir a un segundo hombre con un tatuaje de un sol en el antebrazo derecho.

—Es el símbolo alquímico que distingue a Miguel, cada arcángel lleva el suyo. Es el protector del Templo y del Gran Maestre de la Congregación de los Hombres Puros.

—De los hombres y las mujeres.

—Rosemarie fue de las primeras —reconoció orgulloso tras unos segundos de silencio.

—¡Mi más sincera enhorabuena! —ironizó al tiempo que se incorporaba para darle unas enérgicas palmadas en el hombro—. Muy bien. No trago ni un bocado más de su basura mística de regusto masónico. Ha llegado el momento de hacer las presentaciones. Seguramente no ha reconocido a mi compañero, pero le aseguro que sí lo conoce. ¿Verdad que ha recurrido al arcángel Uriel en varias ocasiones?

Ólafur dejó que madurara la revelación.

—Llámelo redención. Y yo, por mi parte, no soy más que un cordero extraviado en busca de lobos que ajusticiar.

No pudieron verlo, pero en el interior de la máscara se descomponía el rostro del guardián de la Congregación mientras observaba cómo el hombre de la larga coleta rubia extraía la Piadosa del interior de su levita. Reflejadas en el acero vio la solidez, la sobriedad y la rectitud, las cualidades de su espada, valores exentos en aquel par de almas impías.

—La cruz en el pecho y la espada en los hechos —citó Keergaard.

—El descanso eterno —se anticipó Peter Frei.

—Por supuesto. ¿Cómo quieres que sea? —le consultó a Ólafur Olafsson.

Este se giró muy despacio hacia el portátil y accionó el *play* de

nuevo.

—Igual.

El islandés esperó pacientemente a que el arcángel redimido lo dispusiera todo antes de acercarse al matrimonio, que, inmóvil, permanecía tumbado en el suelo completamente desnudo a excepción de las máscaras.

—Que el brillo de las estrellas ciegue a los que os miran desde abajo —les susurró el islandés—. ¿No es ese vuestro lema?

—El sufrimiento es la única forma de reconciliación con el pecado —repuso Frei.

—Amén. Por desgracia para vosotros dos, esta noche el sufrimiento no distingue entre culpables e inocentes —afirmó el islandés incorporándose con dificultad—. Te espero fuera —le avisó a Keergaard.

Karatu movía el rabo frenéticamente, como si intuyera la tensión que había reinado en el interior de la casa. Su amo se agachó para acariciarle el lomo y rascarle en el cuello y la mandíbula.

—Tranquilo, ya hemos terminado aquí. En cuanto salga el vikingo nos volvemos a casa.

El dogo argentino gruñó de placer y agitó su robusta cabeza. Ólafur Olafsson se apoyó contra la balaustrada del porche mientras buscaba el paquete de tabaco del bolsillo interior de la gabardina. Antes de prender el cigarro trató de enderezarlo, pero fracasó en el intento a causa de la tumefacción y los temblores que se habían adueñado de sus dedos. Elevó la mirada al cielo y se fijó en una que tenía forma de monstruo marino; o eso interpretó.

—«El sufrimiento es la única forma de reconciliación con el pecado» —citó tras expulsar el humo con parsimonia—. Solemne estupidez.

El tiempo se ralentizó durante una espera que sirvió para que Ólafur Olafsson recobrara el control de sus emociones. Aquel tránsito habría sido más sencillo si lo hubiera pasado con unos tragos de *bourbon,* pero esa noche le había dado su palabra al danés y tenía controlada a la jauría gracias a las pastillas mágicas de las que le continuaba surtiendo su antiguo compañero y todavía amigo Magnus Arason.

Pronto amanecería.

El repentino estado de alerta que adoptó Karatu anticipó el regreso de Jaap Keergaard. Este cerró la puerta con suma cautela, como un padre que sale del dormitorio de su hijo después de contarle un cuento.

—Está hecho. Tenemos que marcharnos, pronto las lenguas de fuego lo purificarán todo.

Y no fueron necesarias más palabras hasta que llegaron al coche.

—Estoy de acuerdo con eso que has dicho antes —comentó Keergaard—. Por esta vez.

—Especifica, por favor.

—Has dicho que el sufrimiento no hace distinciones entre culpables e inocentes.

—Exacto. Resulta que desde que aquel nazareno se dejara crucificar, algunos piensan que el dolor es una moneda de cambio para purgar sus almas. Como si existiera un tribunal donde se nos juzgara por nuestros actos y se cuantificara el sufrimiento del individuo con afán compensatorio.

—El ser humano necesita una luz que le ilumine y un juez que le juzgue —opinó Jaap Keergaard.

—En eso se sustentan todas las religiones, en la esperanza y el miedo. Si haces lo que yo establezco, vivirás eternamente en el reino de los cielos; si no…, prepárate para arder eternamente en el infierno.

—En el infierno hace frío, deberías leer *La Divina Comedia*.

—No acostumbro a leer cómic, pero lo haré cuando tú leas algo de Nietzsche, Bukowski o de tu compatriota Kierkegaard. Desconozco la confesión religiosa de esos dos miserables, solo espero que lo último que hayan saboreado haya sido miedo, no esperanza.

—En sus ojos solo había pavor, créeme —le aseguró.

—¿Como en los de la niña?

—Igual. Lo he visto muchas veces. Sé reconocer el miedo que asoma tras las pupilas de quien está mirando de frente a la muerte.

—Ya. No sabes cuánto me reconforta saberlo.

Ólafur Olafsson y Jaap Keergaard dejaron que el silencio les acompañara durante los siguientes kilómetros. En el horizonte empezaban a aparecer las primeras tonalidades cromáticas.

—¿Has logrado hablar con ella? —quiso saber Keergaard sin levantar la vista del asfalto.

—La última vez que lo hice fue antes de que decidiera encerrarse en su dormitorio y desde eso han transcurrido unas cuantas semanas.

—¿Cuándo crees que se recuperará?

El islandés se encogió de hombros.

—Todavía no comprendo por qué dejó de medicarse —continuó el arcángel redimido—. A veces cometemos actos del todo inexplicables.

La carcajada de su compañero tuvo su reflejo en el signo de interrogación que se configuró en la cara del arcángel redimido.

—Los actos inexplicables se entienden eliminando el raciocinio de la incógnita moral. Pero tiene gracia que seas tú quien haga esa reflexión, amigo mío. Tiene mucha gracia —expuso Ólafur.

Y Jaap Keergaard estuvo a punto de sonreír.

EL QUE LIMPIO APUESTA LIMPIO SE QUEDA

En algún lugar de la comarca del Val Miñor
Pontevedra
Febrero de 2013

Juliet se giró mientras se ajustaba las medias y lo observó con inusitado interés. Su silueta desnuda se perfilaba a contraluz, magra pero esbelta, tan estilizada por fuera como estropeada por dentro. Corrompida. No podía negar que aquel hombre le transmitía cierta ternura, lo cual, en su oficio, era algo muy poco aconsejable.

Se veían con la frecuencia que marcaba la suerte que hubiera tenido con los naipes, normalmente tres veces por semana, pero siempre ajustándose al mismo procedimiento: recibía la llamada sobre las seis de la tarde y se citaban dos horas después en el mismo hotel, uno discreto y sin estrellas pero sobre todo imparcial, porque, en materia de sexo a palo seco, él prefería una cama neutral para disfrutar del dulce sabor de la derrota, de la amargura de la victoria. Aquel tipo no era de los que necesitaban conversar antes de quitarse la ropa. Le gustaba que se la comiera despacio, habitualmente de rodillas, y solía follársela duro pero sin cruzar la línea. El único intercambio de palabras llegaba antes de recibir el dinero. Nunca le pedía nada extraño, el extraño era él. En su comportamiento imperaba una cruenta dulzura de origen natural, como la de una fiera salvaje que anhelara vivir en cautividad, ser domesticada para ser observada y comprendida.

En poco más de tres meses se había convertido en su mejor cliente y su peor amante, porque amar a quien paga por ser amado era mal negocio en ese negocio. De aquel hombre solo sabía lo que él le había ido contando a cuentagotas en sus repetidos encuentros, pero era evidente que estaba en pleno proceso de autodestrucción. Ya había estado con otros así, relaciones con carné de extrema peligrosidad y fecha de caducidad inminente; de las que siempre terminan mal. Pero esa tenía un nivel de toxicidad más elevado, por adictivo e irrechazable, sobre todo para ella, que todavía debía muchos billetes de cincuenta como el que descansaba en la mesilla.

En su situación solo cabía el presente y el dinero que pudiera pagarlo.

Le había costado mucho dejar de refugiarse en los recuerdos y mirar hacia delante como para volver a excusarse en el pasado. Tampoco le atraía demasiado ningún futuro que implicara tener que pensar más allá del día siguiente. Había aprendido tanto de no hacer proyectos a largo plazo como de hacer cuentas, porque de nada le valían los cálculos cuando ya tenía asumido que no podría recuperar su libertad mientras Joseph Onazi considerara su cuerpo como mercancía apta para el consumo. Solo el sueño de montar un centro de estética con Romina y poder ofrecerle otra vida al pequeño Michael mantenía viva la llama de su esperanza.

—Voy a necesitar más mierda de esta —le escuchó decir con su voz cavernosa y agrietada antes de esnifar otra raya—. ¿Llevas algo encima?

Ella se calzó los zapatos de tacón y caminó lenta y elegantemente hasta él. Le rascó suavemente la cabeza con las uñas, igual que le hacía a su gata.

—¿De verdad lo necesitas, cariño?

Tras seis años en España, sus expresiones en castellano tenían más dejo gallego que africano. Él le contestó en silencio, entornando esos ojos azules carentes de destello, furibundos.

—Creo que algo me queda, pero ya conoces la norma.

—Sírvete tú misma. Ahí tienes la cartera.

La duda duró lo que tardó en hacerse con los dos billetes de cincuenta. Juliet dejó caer la papelina para que aterrizara en su campo de visión.

—Esta noche tengo un buen presentimiento —aseguró él conforme facturaba una generosa raya sobre el cristal de la mesilla de noche.

—Eso mismo dijiste el viernes pasado, mi amor, y te limpiaron bien.

—Porque el que limpio apuesta limpio se queda.

—Ten cuidado, esos tipos son peligrosos. Me dijeron que la otra noche sacaron de allí a un rumano medio muerto que se pasó de listo. No soportaría que te hicieran daño.

Sonaba veraz, aunque no por ello menos contradictorio, dado que había sido ella quien le había abierto las puertas de esas interminables partidas de póquer en las que perdía más dinero del que era capaz de recordar.

—No hablo de hacer trampas, hablo de jugar fuerte.

—Si te quedas sin dinero, no podremos volver a vernos, ¿entiendes? —le advirtió ella tirando hacia sí del respaldo para ganar el espacio que necesitaba—. Guarda al menos un billete para la despedida.

—El dinero no me preocupa, se consigue —aseguró él.

—No me gustaría tener que dejar de verte —dijo arrodillándose

entre sus piernas y buscándolo con la mirada.

Las yemas de los dedos le dijeron que sus reservas de vigor no estaban del todo agotadas. Le apetecía regalarle el postre y lo que tenía entre manos no tardó en responder a sus estímulos.

—No me queda más dinero —advirtió él.

—Lo sé, cariño.

Cuando apretó el glande entre sus labios y le agarró los testículos escuchó un lamento, reticente o lujurioso, pendiente de clasificar. Ni siquiera le desagradó el sabor del látex que se le adhirió al paladar, superado por la insólita necesidad de proporcionarle placer exento de transacciones monetarias. En su profesión, ser consciente de estar cometiendo un error no minimizaba el tamaño del mismo y, sin embargo, le pudo más el deseo que las previsibles consecuencias del error que estaba cometiendo. No disponía de demasiado tiempo, pero eliminó las prisas de la ecuación para que el resultante llegara cuando tuviera que llegar.

Un gemido casi inocente se anticipó al final y con una caricia limpia e indecente certificó la despedida.

Antes de agarrar el picaporte, Juliet se volvió. Él permanecía en la misma postura, repantingado en la silla con los brazos inertes y la cabeza hacia atrás, sin oponer resistencia alguna a la atracción gravitatoria.

—Cuídate —le dijo.

El sonido de la puerta le hizo reaccionar. Se pasó las manos por la cara e introdujo los dedos en la frondosidad de una barba que crecía agreste desde el día en el que puso distancia con su vida anterior.

Habían transcurrido cinco meses desde aquello.

Cuidadosamente, devolvió el polvo blanco a su envoltorio y agarró la botella de Jameson por el cuello. Dejó que el líquido golpeara con fuerza el fondo del vaso. No lo degustó, solo pretendía humedecerse la garganta para vocalizar correctamente un conjuro expiatorio:

—¡Hay que joderse!

Lo siguiente que hizo Sancho fue ponerse los auriculares y apretar el *play* de su todavía operativo *discman* de Sony. Los primeros acordes de guitarra con los que despierta *Otherside* le hicieron recordar que estaba escuchando Red Hot Chili Peppers cuando Juliet llegó a la habitación, como de costumbre, con algo más de diez minutos de retraso.

La clave estaba justo en el principio de la letra de la canción, ¿cuánto tiempo iba a poder deslizarse de sí mismo?

How long, how long will I slide.
Separate my side, I don't,
I don't believe it's bad.
Slit my throat it's all I ever.

I heard your voice through a photograph.
I thought it up, it brought up the past.

LA CELEBRIDAD SE ESFUMA CON CELERIDAD

Cafetería Patton
Zona centro (Valladolid)
Febrero de 2013

Álvaro Peteira lo vio entrar arrastrando un semblante que basculaba entre la media vergüenza y la completa irritación.

—Joder, compañero, ¿no había otro sitio? —se quejó Áxel Botello.

—Me pillaba cerca de la jefatura y es un sitio tranquilo. Travieso nos ha citado en poco más de media hora a Matesanz, a Robles, a Copito y a mí.

—¿Para? —se apresuró a preguntar el agente.

—Para tocarnos los cojones como medida cautelar, supongo, que ya se va aproximando la temporada de joder al prójimo y todo indica que Travieso quiere inaugurar hoy la veda. A ver quién asoma el hocico, porque yo no estoy dispuesto a recibir el primer escopetazo.

—¿Cuántos de esos te has tomado ya? Te noto algo tenso —observó.

—Como la goma de la braga de María Cicuta.

—¿De quién?

—De una que decían en mi pueblo y que debía de ser muy puta, yo qué sé. ¡Que sí, que estoy fuera de mis casillas! ¿No decían que Travieso se iba a retirar en breve? Lo largo que se me está haciendo. ¿Y qué coño te pasa a ti con este sitio? Hacen buen café y tiene un aire distinto.

No le faltaba razón al gallego. Distinto era.

La cafetería Patton había abierto sus puertas en enero de 1977 y era de esos negocios en los que cuando uno entra tiene la certeza de que nada ha cambiado desde el día que se inauguró. La fachada, revestida en carpintería de madera pintada en un sonrojante burdeos y en la que se intercalaban unas llamativas cristaleras con forma ovalada, hacía del local un lugar sin par en la ciudad.

Y hacían buen café.

—No, si diferente sí es, porque le zumba el bolo la decoración que se han cascado. No sé si me apetece un *bourbon* de Kentucky y escuchar la discografía completa de Louis Armstrong o pedirme un

perojimén y cantarme unas de Manolo Escobar.

Peteira le dio una palmada en el hombro y terminó su café.

—Yo voy a pedir otro, a ver si logro despertarme, que anoche estaba entrando en casa a las tantas.

—Lo mismo te venía mejor una tila.

—Una polla.

—Entonces ronda de pollas. Bueno, ¿y qué tal os ha ido el viaje? ¿Qué os han dicho?

—Que va mejor. Parece que Marcos está respondiendo bien al tratamiento y ya hace una vida medio normal. ¿Cortado?

—Sí.

—Casi me alegro del trayecto que nos dieron los gemelos desde París, casi —recalcó—. Patricia se empeñó en pasar por Barcelona para visitar a unos familiares, así que fuimos en coche y no veas…, no había forma humana de que se estuvieran quietos un segundo.

—Esa es una gran noticia. Me alegro mucho.

—Hacía mucho que no veía sonreír a Patricia así —comentó el subinspector a la vez que agitaba el sobre de azúcar.

—¿Y tú? ¿No piensas dejarte llevar un poco por la felicidad del momento?

—Debería, lo sé.

—¿Pero?

El subinspector se tomó su tiempo.

—Es Sancho. Sigo sin poder contactar con él.

—Ya me imaginaba que iban por ahí los tiros.

—Es que siempre fuiste un tipo muy *pispo*.

—Lo mismo necesita estar solo y se ha aislado en algún rincón. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —quiso saber Botello.

—El día que Travieso le comunicó la resolución del expediente. Nos agarramos una buena y terminó tirando el móvil al Pisuerga.

—Sí, ya me contaste.

—Pasaron cinco meses, Bote, cinco meses. Es demasiado tiempo para estar masticando mierda, ¿no crees?

—Pues qué quieres que te diga, después de todo lo que largó en el programa de televisión y teniendo en cuenta los antecedentes, la suspensión de empleo y sueldo por dos años no me parece tan grave. Debería tomárselo como un descanso que, además, se ha ganado a pulso. Puede que sea lo que esté haciendo, ¿no crees? Desconectar de todo y de todos.

—¡Es que no se trata solo de la sanción disciplinaria, carallo! Se trata de las hostias que se llevó estos años, todas seguiditas. ¡Pim, pam, pum! Eso no hay cabeza que lo resista. Y aunque uno quiera, la conciencia, que es muy cabrona, no para de repetir que podía haberse evitado…, no sé, alguna de las muertes. ¿Entendiste?

—Sí, claro que lo entiendo, pero torturarse no le va a conducir a ningún sitio.

—Ya. Eso es muy fácil decirlo desde la barrera, pero hay que llevar la mochila que le han colocado a Sancho para saber lo que le pesa.

—Tienes razón. Estoy hablando de más.

El siseo del resto de conversaciones simultáneas y el tintineo de las cucharillas contra la porcelana se erigió en banda sonora del incómodo silencio que siguió a continuación.

—Estaba muy jodido. Y muy solo —añadió Peteira—. No quiero ni pensar en lo que puede estar pasando por su cabeza en estos momentos.

Hotel Club El Pensador (A 10,5 km de Vigo)

En aquel momento, lo que pasaba por la cabeza de Sancho era la letra de *Annabel Lee,* la canción de Radio Futura. Aquel poema de Edgar Allan Poe musicalizado le traía tristes recuerdos y no encontró mejor forma de ocultar su estado eufórico a sus contrincantes que recurriendo a ella.

No luce la luna sin traérmela en sueños
ni brilla una estrella sin que vea sus ojos.
Y así paso la noche acostado con ella,
mi querida hermosa, mi vida, mi esposa.

En aquel sepulcro junto al mar,
en su tumba junto al mar ruidoso.

Había amanecido, aunque, en aquella habitación estanca y apartada del mundo exterior, las salidas y puestas de sol no eran más que anécdotas irrelevantes. Se iban a cumplir seis horas desde que repartieron las primeras cartas y ya solo aguantaban tres jugadores. Los otros dos se habían retirado, pero el pelirrojo no era capaz de calcular si de eso hacía una hora o cuatro, porque lo único de lo que se ocupaba su cerebro en ese preciso instante era de controlar el caudal de emociones que estaba a punto de desbordarse. Era la jugada que llevaba esperando desde el momento en que había entrado en aquel cuartucho sin ventanas en el que se mezclaban tantos efluvios que el olor cargaba sin llegar a ser desagradable, como si los hedores se neutralizaran entre sí.

La modalidad Omaha del póquer tenía esas cosas. De mano le habían entrado la reina de tréboles y la de corazones y, aunque

ninguna de las otras tres cartas que descansaban sobre el tapete le casaba bien, decidió arrancar fuerte con cien euros. En la primera descubierta apareció la tercera, la de diamantes, y Sancho subió hasta los trescientos. En la segunda descubierta, el cuatro de tréboles calentó la cartera del Patizambo —como lo conocían por allí—, haciéndole tirar el último de quinientos. Sancho no se lo pensó demasiado y Solomon no quiso ser menos. Al aparecer la señora que le faltaba, la de picas, dejó de escuchar su propio latido unas décimas de segundo antes de que el corazón empezara a palpitar de forma descontrolada.

Y en esas estaba Sancho, atrincherando sus emociones tras las estrofas de una canción, cuando la voz del Patizambo lo devolvió a la mesa de juego.

—¿Y qué dice el señor de la barba?

Sancho apuró el vaso sin dejar de mirar sus cartas.

—Que necesito tres mil.

Se lo decía a Solomon, el tipo que organizaba la timba y cuya ocupación consistía en nutrir los prostíbulos de la zona con carne africana, preferiblemente de su país, Nigeria.

—Y si tú pierde, ¿cómo tú paga?

Esa era la frase más larga que había pronunciado en toda la noche.

—El cómo no te interesa, preocúpate por el cuándo.

—Yo no me preocupa de nada. Tú paga hoy entonces.

No era una pregunta. A Solomon Akindele no se le veía muy amigo de bromas ni fanfarronadas. Tenía las facciones características de la etnia yoruba, proporcionales y poco agresivas. Sin embargo, su rictus en perpetua dislocación aderezado con unos pómulos excesivamente marcados le confería un aspecto nada abordable. El Patizambo asistía a la escena adoptando gustosamente el papel de espectador de primera fila.

—Yo paga hoy entonces —se comprometió Sancho imitando su forma de expresarse.

Solomon no movía los ojos, hundidos en sus órbitas, agazapados. Los de Sancho eran menos azules y más negros que nunca por la dilatación pupilar que le provocaba la cocaína. El nigeriano hizo un gesto al hombre que permanecía junto a la puerta, uno que a Sancho le parecía que podía ser familiar suyo atendiendo a criterios morfológicos. Sin mover un solo músculo de la cara, Solomon cogió los billetes por encima del hombro, los puso sobre la mesa y los arrastró bajo su dedo índice hasta los dominios del pelirrojo. Este utilizó el mismo medio de locomoción para trasladarlos al centro de la mesa, junto a sus hermanos de distintos tamaños y colores.

—Tres mil.

Si perdía, se metía en un lío importante. No había cuenta corriente

que aguantara el ritmo al que había vivido Sancho durante los últimos meses. El Patizambo ya no podía echarse atrás y largó lo suyo. A continuación, Solomon, que seguía sin despegar la mirada de Sancho, repitió el gesto para igualar la apuesta.

Sancho esperó poco más de un segundo para descubrir su jugada y esta vez no quiso contener la sonrisa que se hizo hueco en medio de su barba cobriza. El Patizambo emitió la onomatopeya del chasco apuntalando la expresión jubilosa del inspector, que, inmediatamente después, buscó refrendo en la del nigeriano.

Ninguna. Ni rastro de frustración, ni siquiera un mínimo de decepción. Nada.

Antes de mostrar la escalera de color al seis, Sancho ya sabía que esa partida acababa de terminar y empezaba otra.

—Ahora es cuando yo me despido —anunció el Patizambo.

Su puesto lo ocupó el falso gemelo de Solomon Akindele. La luz reveló que no eran tan parecidos, de hecho tenía una expresión mucho más fiera que su jefe.

—Tú pierde, tú paga. ¿Dónde tu dinero? ¿Casa o cajero?

Puede que las siguientes palabras que salieron de la boca de Sancho fueran fruto de la valentía del que nada tiene que perder o quizá fuera la droga la que habló, pero sonaron firmes y concluyentes.

—Deuda no pagada, palabra hipotecada —le dijo a Solomon.

Ninguno de los nigerianos entendió el significado de la frase, pero quedó patente que el contexto no les agradó. Por si hubiera dudas, Sancho agregó:

—En ningún sitio.

Con una parsimonia que lo habría llevado a la tumba en el Salvaje Oeste, el nigeriano se echó la mano a la espalda y sacó un revólver de dos pulgadas con el que describió un ocho en el aire frente a los ojos del pelirrojo. El poco efecto que obtuvo le llevó a buscar otra fórmula intimidatoria. Apoyó el cañón en la mejilla, justo bajo el pómulo, y presionó ligeramente.

—Tú pierde, tú paga o tú palma.

Sancho se fijó entonces en su cabello recogido en infinitas trenzas, que para él no eran sino los surcos de un campo de labranza recién arado.

—Voy a pagar, pero será mejor que dejes de apuntarme con eso antes de que se me hinchen las pelotas.

—Sabemos tú eres madero de mierda. Pero tú no me acojona mierda. Dime cómo tú paga.

—Necesito tiempo.

Solomon sonrió por primera vez mostrando una hilera de dientes que haría salivar a cualquier anunciante de dentífricos.

—No tiempo, madero. Tú ir con Julius al banco ahora.

—Lo último que tenía está sobre la mesa.

El resoplido era una señal, pero Sancho no lo supo hasta que notó que la culata le golpeaba unos dedos por encima de la oreja derecha. El dolor apareció un poco después que la sangre.

—¡Vale, vale! —gritó Sancho levantando la mano con la que no se tapaba la brecha—. Quiero pagar, voy a pagar. ¡¿Entendido?! Solo necesito algo de tiempo. ¡Conseguiré el dinero, cojones!

—¿Cómo tú consigue?

A Sancho no se le ocurrió otra alternativa.

—Mi coche vale al menos cinco mil.

El nigeriano soltó una carcajada estridente y ofensiva.

—Tu asqueroso coche no interesa a nadie. Tú espera aquí.

Sancho intuyó que había llegado el momento de callar. Solomon comprobó su reloj antes de sacar el teléfono y hacer la llamada. Tres frases en yoruba fueron suficientes.

—Tardará. Tú ponte cómodo —le aconsejó agarrando la botella de JB para servirle.

Sancho tapó el vaso de whisky con la mano.

—Prefiero Jameson.

Cafetería Patton

El tercer café lo había pedido descafeinado. Botello, cansado de esperar a que su compañero le desvelara de una vez el motivo por el que lo había citado allí, decidió tomar la iniciativa:

—Ya sé que concretar no va con vuestra idiosincrasia galaica, pero te agradecería que soltaras de una vez eso que se te está atrancando en la garganta.

—Déjame que pague y te lo cuento fuera, que quiero chupar algo de nicotina antes de meterme en la reunión.

Lloviznaba.

—Quiero encontrar a Sancho, necesito saber que está bien.

—Y quieres que yo te ayude —completó.

—Eso es.

—Pero vamos a ver…, ¿por qué estás tan seguro de que no está a su bola en lo alto de una montaña o en alguna isla del Caribe gastándose la talegada que le dieron en el programa de televisión?

—*Nin arre nin xo!* ¡Que no te enteras, carallo! Esa talegada me la dio a mí para sufragar los gastos del tratamiento de Marquiños. Sancho era muy consciente de lo que iba a suponer acudir a ese matadero televisivo, pero así y todo decidió ir. ¿Entendiste? —reveló antes de dar dos caladas seguidas al cigarro.

—Ahora que has tenido los santos cojones de explicármelo, sí.

—Me pidió que no se lo contara a nadie. Así es el cabrón.

—Las verdades del barquero, que decía mi abuela.

—No lo pillo.

—Pues estamos jodidos, porque yo nunca comprendí lo que quería decir con ello, pero me ha venido a la cabeza, mira tú.

El subinspector tosió, pero no se sabía si era por el humo o porque se le atragantó la memez de su compañero.

—Se lo debo. Tengo que saber dónde está y que se encuentra bien, pero necesito tu ayuda, porque andamos hasta arriba de curro y…

—Y me lo dices como si yo trabajara en una oficina de Correos, mamón.

A Peteira se le recalentó la boquilla del cigarro.

—Cuenta conmigo.

—Gracias, Bote —dijo aliviado—. Ahora marcho, que tengo que marchar. Nos vemos luego.

Con el pitillo entre los dientes, cruzó la calle.

Seguía lloviznando.

Hotel Club El Pensador

Sancho lucubraba sobre lo que sucedería a continuación. Sabía que estaba en una situación espinosa y que, de una forma u otra, para saldar la deuda tendría que pagar un precio más elevado que el valor de lo que acababa de perder. Le resultaba curioso comprobar lo poco que le estaba costando comprometer su futuro exprimiendo al máximo el presente. Con el permanente gusto del licor irlandés tapizando la boca empezó a notar los primeros síntomas de agotamiento. Los efectos de la coca se estaban diluyendo en el alcohol, pero, por suerte, supo que la espera había concluido en cuanto vio aparecer al jefe de Solomon y, por tanto, la persona con la que había contraído la deuda. Con un suspiro exánime agradeció que diera comienzo el siguiente asalto.

Joseph Onazi vestía al estilo tradicional nigeriano, con una túnica azulona bordada en blanco y un *abeti aja* a juego calado hasta las cejas con el que cubría su enorme cabeza. Tenía un cuello de pilier tongano y, a pesar de la holgura de la prenda, era notorio que le sobraban más de treinta kilos. Le calculó algo más de cincuenta años, aunque lo cierto era que presentaba menos arrugas que el pelirrojo. Su frente huidiza y su nariz prolongada hacían de su perfil un trampolín perfecto y su expresión era de esas que componen los que se creen personas adelantadas al tiempo que les ha tocado vivir. Venía acompañado por su hombre de confianza, su compatriota Vincent Dare. Aquella no era la primera vez que lo veía, de hecho tenía sus

proporcionados rasgos faciales retenidos en el *gyrus fusiforme*. De entre todos ellos destacaba una gruesa cicatriz que nacía poderosa en el entrecejo y descendía por la vertiente occidental del tabique nasal como un afluente agostado que buscaba su desembocadura en la comisura de la boca. Siempre iba recién rapado al cero y era tan alto como Sancho, pero de mayor envergadura, porte que sabía aderezar con elegantes trajes de corte entallado. Con un gesto suyo, Solomon y su falso hermano gemelo salieron del cuartucho.

—Inspector Ramiro Sancho —fue lo primero que dijo Onazi al sentarse. Sancho trató de concentrar sus desgastadas habilidades cognitivas en su capacidad verbal.

—Ex —precisó el pelirrojo.

—De momento, si mi información es correcta, solo está suspendido de empleo y sueldo por un periodo no inferior a dos años.

El tamaño de su boca, pero sobre todo el grosor de sus labios, proporcional al de los dedos, era lo más llamativo en aquella composición circunspecta pero nada afrentosa. Hablaba despacio, haciendo alarde de una dicción casi académica, como si sus palabras fueran a pasar a la posteridad.

—Está usted bien asesorado, señor…

—Sabe perfectamente quién soy, no me trate como a uno de esos estúpidos que trabajan para mí, se lo ruego.

Sancho asintió.

—Mire…, a mí me gusta conocer a mi parroquia y usted no pasa desapercibido aunque pretenda esconderse en esa casa *redondita* de Gondomar.

—Recóndita, señor Onazi —le corrigió Sancho sin poder evitarlo.

—Recóndita, eso es. Gracias —dijo sin que pareciera que le hubiera ofendido la corrección—. Llevo bastantes años en su país, pero hay palabras que no termino de utilizar correctamente.

—Habla usted mejor que algunos ministros y pronuncia mejor que nuestro presidente del Gobierno, señor Onazi —le halagó con sorna cosechada del whisky irlandés que había desaparecido de la botella.

—Si me lo permite, voy a concretar. Como le decía, desde que empezó a frecuentar mis locales y alguien lo reconoció, le hemos estado observando. Es usted una *cerebridad,* inspector.

Sancho declinó hacer más correcciones de palabras parónimas.

—Efímera, espero. Tengo todas mis esperanzas depositadas en esa máxima que asegura que la celebridad se esfuma con celeridad.

—Sin embargo, parece que le gusta alimentar su fama, inspector.

—A veces uno no tiene el control de su destino —admitió.

Joseph Onazi sonrió satisfecho antes de proseguir.

—Me han informado de que ha construido una deuda, una pequeña cantidad que no puede afrontar.

—Solo necesito unos días.

—Inspector, soy un hombre de negocios. Yo no he venido hasta aquí para cobrar esa miseria. He venido a proponerle un trato. Usted puede ser de mucha utilidad para mi empresa y yo puedo ofrecerle una suculenta vía de ingresos a cambio de muy poco. ¿Está interesado en escuchar mi propuesta?

—Señor Onazi, puede que me haya convertido en un despojo, pero se está equivocando conmigo si piensa que voy a empezar a trapichear con drogas como hace Solomon.

—Ese es un servicio que ofrecemos a nuestros clientes, clientes como usted, inspector —precisó, alardeando de manejar información —, pero no es mi negocio. No es esa la actividad que había pensado para usted. Insisto, ¿está interesado en escuchar mi propuesta?

Sancho ya había fabricado su respuesta, solo estaba esperando a que Joseph Onazi terminara de hablar. Sin embargo, decidió consultarlo con Jameson, su asesor personal, directamente de la botella. Luego la volvió a dejar en su sitio con parsimonia y delicadeza.

—Se ha equivocado de persona.

Visiblemente decepcionado, apretó los labios y se recolocó el *abeti aja*.

—Usted sabrá, inspector. Le doy hasta el viernes para que me reintegre mi dinero. Usted sabrá.

Pero en aquel momento no parecía que Ramiro Sancho supiera mucho de nada.

CUANDO NO SE HUYE DE NADA SE PERSIGUE DE TODO

Restaurante O Portiño
Saiáns (Vigo)
Marzo de 2013

Le habían insistido en que fuera puntual, porque si había algo que enervara al señor Onazi era que le hicieran esperar.

Una hora antes, Vincent Dare le había citado a las nueve en punto en aquel lugar pegado a la costa. Faltaban seis minutos cuando Sancho estacionó su Audi A4. Se planteó venderlo, pero finalmente declinó la opción para no dejar rastro en los registros de compraventa de vehículos y, aunque disponía de la cantidad suficiente para saldar la deuda con Solomon, prefirió seguir viendo a Juliet cuatro días por semana durante los siete días que le duró el dinero. Porque en aquella tesitura ella ocupaba el primer escalón en su particular pirámide de Maslow y muy poco importaban los niveles superiores, como la alimentación, el descanso, los recursos o la salud. Así, cuando vio que lo único que quedaba en el frigorífico era el frío y que sus bolsillos estaban llenos de tela, no le quedó más remedio que recurrir de nuevo a Joseph Onazi.

La teoría estaba avalada por su padre, al que tantas veces había escuchado decir que cuando uno se cae a un pozo agarrarse a la cuerda es la mejor opción. Y en aquel agujero en el que no se atisbaba el fondo, la soga nigeriana era la única alternativa.

Sancho dio el primer y último trago de Jameson y lo arrojó en el asiento de atrás, donde se unió con los otros cadáveres de color verde botella. El rumor de las olas le invitó a caminar en la dirección opuesta a la puerta del restaurante, hipnotizado por ese olor que él identificaba con la fragancia de aquellos días felices que vivió en Trieste con Gracia Galo. El pelirrojo quiso espantar su recuerdo sustituyéndolo por las palabras que un tipo le había explicado recientemente en la barra de un puticlub. Aquel capitán jubilado de la marina mercante alardeaba de conocer los secretos que escondía el océano y decidió explicarle que ese aroma que tanto le atraía no era más que el sulfuro de dimetilo liberado de la descomposición de las

algas y el plancton. Sancho se sintió como un niño al que le hubieran descubierto un truco de magia y se alegró de no tener a mano el Colt Anaconda para agradecerle la revelación.

El cielo bruno estaba manchado por paños de nubes agotadas tras una dura e intensa jornada de lluvia. La luna en cuarto menguante parecía querer desaparecer del firmamento, como si se avergonzara de la futilidad de su estado. Sancho se identificó con ella y se vió asaltado por la melodía de *Moonlight shadow*. Podía escuchar una voz femenina en su cabeza, pero no fue capaz de identificar a la cantante. Algo frustrado, se encaminó hacia el restaurante. La aguja que marcaba los minutos en su reloj le confirmó que llegaba con retraso.

El hombre de confianza de Joseph Onazi lo estaba esperando embutido en un traje oscuro sin corbata que le caía mejor que al maniquí de la tienda de lujo donde lo compró.

—Llegas tarde —le recriminó Vincent Dare en inglés.

—Hoy estás muy elegante —le susurró—, deberías haber sido modelo, compañero, que se gana más dinero y dicen que los desfiles comienzan a la hora establecida.

Vincent, en perpetuo estado de sitio, le indicó con el brazo las escaleras que ascendían al comedor. Mientras se alejaba, deseó no haberse equivocado con él. Se estaba jugando cinco años de duro trabajo para que aquel pelirrojo se lo estropeara en la recta final, pero oportunidades así no aparecían tan fácilmente.

Había pocas mesas y solo tres estaban ocupadas. Al fondo, junto al ventanal que daba al exterior se encontró con la mirada poco amable pero jubilosa del señor Onazi. Se acercó a la mesa sin prisa, como si se estuviese dejando arrastrar por una corriente de aire invisible. Se fijó en el diseño estridente y multicolor de la túnica de su anfitrión y enseguida resolvió que bien pudiera compartir modisto y dietista con Alberto Chicote.

—Buenas noches —saludó Sancho con poco entusiasmo.

—Llega tarde.

—Si, eso me han dicho.

—También le dijeron que no me gusta la impuntualidad.

—También.

Casi podía escucharse cómo Joseph Onazi se tragaba su irritación.

—Está bien —claudicó—. ¿Qué le apetece para beber?

Sancho alargó el brazo para examinar la botella que descansaba en la cubitera.

—Preferiría un verdejo, un Cuatro Rayas Viñedos Centenarios, por ejemplo, pero supongo que este se dejará beber —valoró antes de servirse.

—La Comtesse, dicen que es el mejor albariño.

—El mejor albariño es caldo de gallina frío al lado del que yo le he

mencionado, créame.

—Por lo que cuesta, espero que esté equivocado.

Onazi levantó la copa y Sancho fue al encuentro con la suya.

—Después hablaremos de negocios, primero saciemos nuestros *atepitos*. Conozco bien esta cocina, así que, si me lo permite, yo ordeno.

Y el orden fue: ración de pulpo a feira, navajas a la plancha y almejas a la marinera, otra botella de albariño de la misma marca y, para finalizar, un sargo al horno. Sancho habría disfrutado más de la comida si su acompañante se hubiera chupado los dedos con menos sonoridad o en menor número de ocasiones.

No hubo postre y Sancho decidió dar por finalizada la parte ociosa de la reunión.

—Supongo que ya sabe a qué he venido.

—Supongo que tiene que ver con sus problemas de liquidez. La buena vida cuesta dinero, ¿verdad?

—Dígame qué necesita de mí.

—No se equivoque: es usted el que me necesita a mí.

—Dejémonos de juegos, señor Onazi. Usted tenía una propuesta y doy por hecho que sigue en vigor, porque de otra forma no estaríamos aquí sentados.

El nigeriano se limpió la boca con la servilleta.

—Visados —le reveló.

El pelirrojo desvió su atención hacia la derecha perdiéndose en la hilera de puntos iluminados, luces artificiales que delimitaban la frontera entre el hombre y la naturaleza a lo largo de la costa. Al cabo de unos segundos regresó a su cuerpo.

—Eso no va a ser nada sencillo.

—Si lo fuera no estaríamos aquí sentados, ¿no cree? —parafraseó—. Estoy buscando la forma de hacer crecer mi negocio y todo depende de que mis chicas trabajen de forma legal. Además, a ellas les permitiría vivir con menos *atarudas,* ya me entiende. Para nosotros hay puertas que están siempre cerradas, pero Vincent está convencido de que usted sabrá cómo abrirlas. Exprima su molleja.

—Mi molleja, claro. ¿Y de qué volumen estamos hablando?

—Eso depende del dinero que quiera ganar, inspector.

—Sea más concreto, por favor.

—Suficiente como para permitirse disfrutar de mis chicas veinticuatro siete. Cualquiera de ellas, incluida Juliet.

Nombrarla despertó algo primitivo en su interior. Era evidente que le habían estado controlando su descontrol. Sancho se rascó la barba para tratar de mitigar la quemazón.

—No va a resultar barato y habrá que contar con la parte que se lleven otros.

—Soy *constante* de ello, inspector, pero antes de hablar de cifras va a tener que demostrarme que es capaz de hacerlo. A la salida, Vincent le dará la documentación de dos de nuestras chicas, a ver qué puede hacer. Contacte con Solomon cuando tenga algo que enseñarme.

Sancho comprendió que la reunión había terminado. Se incorporó sin perder el contacto visual con el señor Onazi, que entrecruzó los dedos de las manos y adoptó una postura de escucha pasiva intuyendo que el pelirrojo iba a decir algo.

No se equivocaba.

—Tendrá noticias mías.

—Espero que sea pronto.

—Y una cosa más: deje de llamarme inspector.

Comisaría de distrito de las Delicias (Valladolid)

A esa hora, los pobladores de las dependencias policiales del Grupo de Homicidios de Valladolid no sumaban tres.

—El cabrón debió de meterse en una gruta muy profunda —protestó amargamente Peteira.

Botello, que llevaba un rato observando cómo su compañero se descomponía en pesares, se mantuvo a la expectativa de forma premeditada y capciosa.

—Nada en la base de datos de control de alquileres; nada en el registro de hoteles, pensiones y albergues; y nada en aeropuertos, estaciones de autobuses ni alquileres de vehículos. No ha utilizado su tarjeta sanitaria y tampoco aparece su nombre en los ficheros de altas de servicio de ninguna compañía de luz y gas o de telecomunicaciones y, aunque sigue manteniendo su número, no tiene ni una llamada desde el 5 de noviembre, el día que su teléfono terminó en el fondo del Pisuerga; lo he comprobado.

—¿En tráfico? —quiso saber Botello.

—Agua. Por no tener, no tiene ni multas. Joder, que he mirado hasta cuándo tiene que pasar la ITV por si le podíamos enganchar por ahí, pero ni por esas.

—Ya.

—Pero lo que más me escamó fue lo que me dijo ayer el tipo del banco.

—¿Qué banco?

—El de la plaza, no te jode —respondió alterado—. El de Sancho, carallo, el de Sancho.

—Vale, vale.

—Después de identificarme, de explicarle que se trataba de una situación límite, algo personal y delicado, el director accedió a hacer

las comprobaciones de las tarjetas.

—¿Y?

—Y si te callas, te lo cuento. Resulta que liquidó la cuenta el día 6 de noviembre. A tomar por culo todo. Tampoco abrió otra cuenta ni contrató producto financiero alguno con otra entidad. ¿Para qué coño quería el dinero en efectivo?

—No pinta nada bien —valoró—. ¿Y qué más has averiguado?

Peteira levantó la cabeza y atravesó a su compañero con una mirada cargada de inquina.

—Ahora mismo estoy averiguando que me he buscado un colaborador que no hace otra cosa que tocarme los cojones. ¡No se me ocurre *onde carallo cavar!*

Los siguientes vocablos que salieron de su boca fueron en castrapo cerrado.

—¿Empresas de mudanza, por ejemplo?

El gallego mudó el semblante, pasando de la indignación a la curiosidad sin pasos intermedios. Botello disfrutó de aquello unos segundos antes de hacerle partícipe de sus pesquisas.

—Esta mañana he conseguido hablar con el propietario de la última vivienda que alquiló Sancho, en la urbanización Aldeamayor Golf. Resulta que es colega de Dani Navarro o eso dice. Resumiendo, que me ha contado que por allí pasaron dos empresas, una que se llevó la mayoría de sus cosas a un guardamuebles de Valladolid y otra de paquetería que transportó una sola caja —desveló el agente elevando varias veces la cejas.

—Por mis hijos que saco el hierro y te vacío el cargador en el estómago —le amenazó abriendo el primer cajón del escritorio.

Áxel Botello sacó un papel arrugado del bolsillo trasero del pantalón vaquero.

—Una dirección de un apartado de correos en Vigo.

—¡En Vigo! —repitió el subinspector—. ¡Me estás tomando el pelo! ¡En Vigo, carallo, lo mismo se esconde en casa de mis padres! —aventuró desesperado—. Dime que sabes qué se llevó.

—Lo sé, el tipo que se encargó de empaquetarlo se acordaba perfectamente.

—Bote, te juro por lo más sagrado que te dejo seco aquí mismo.

—Su magnífica colección de música, esa de la que tanto alardeaba y con la que nos torturó el día que volvimos del funeral de Garri, ¿recuerdas?

—¡La dichosa colección! Entonces seguro que anda por allí, porque con la perra que le ha dado por escuchar esas mierdas…

—No me lo agradezcas, no hace falta, estoy acostumbrado a vivir en la sombra. No es necesario que reconozcas mi talento.

—En Vigo… —farfulló para sí Peteira, todavía impactado—. Este

cabrón no deja de sorprenderme. ¿Sabes lo que me dejó muy frío de toda esta movida?

—Paso palabra.

—Que, al margen de Navarro, el de la motorizada, que me persigue todas las semanas a ver si sé algo de Sancho, casi nadie me preguntó por él. Miento, la inspectora Robles de vez en cuando. Y allá por el mes de diciembre me llamó Erika Lopategui, la chica del pelo rojo, la hija del psicólogo aquel, Carapocha, ¿sabes quién te digo?

—¡Cómo olvidar a semejante bombón!

—Joder, Bote, estás enfermito con las hormonas esas de quinceañero que gastas.

—Si está buena, está buena, coño, que tienes cuarenta y estás de geriátrico.

—*Vai o carallo*.

—Donde quieras, pero ojito con esa tía, que está zumbada de cojones. No descartemos nada.

El subinspector fijó su atención en algún punto muerto y ahí se quedó.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Botello—. ¿Montamos guardia a la puerta de la oficina de Correos?

—Algo se me ocurrirá, no te preocupes, algo se me ocurrirá.

—Pero ya será otro día, porque este menda se va a casa, que ya es hora. Mañana, menos. Cuídate.

—Descansa, Bote. Y… escucha.

El subinspector esperó a que el agente se girara.

—Gracias, cabronazo.

A punto de entrar en su domicilio, la materia gris de Álvaro Peteira alcanzaba su máximo estado de ebullición. No conseguía recordar ningún vínculo que Sancho mantuviera con Vigo, ni familiar, ni de amigos o exnovias. Nada. Otro lugar podría escapársele, pero no dentro de los límites geográficos de su Galicia. El pelirrojo era reservado, pero después de tantos años juntos, tantas conversaciones y tantas confidencias no le encajaba que hubiera elegido Vigo para ocultarse del mundo sin un motivo.

—Pero ¿qué coño estás haciendo en Vigo? —se preguntó al girar la llave.

Hotel Club El Pensador

Habían transcurrido algunos días desde que Sancho se reuniera con Joseph Onazi y, siguiendo sus instrucciones, había quedado con Solomon para demostrarle que podría serle útil a la organización.

—Solicitud de visado nacional —leyó el nigeriano no sin dificultad.

—Solicitud de visado nacional —repitió Sancho.

—¿Y todo esto qué mierda es?

—La mierda que necesita el señor Onazi. Son los documentos que Aina y Bosede tienen que cumplimentar, rellenar con sus datos —rectificó para facilitar la comprensión del nigeriano—. Cuando lo hagan, en el plazo de un mes obtendrán un visado de estudios en regla que les permitirá residir en España durante seis meses. Del resto ya me he ocupado yo —aseguró recogiendo todos los papeles y volviéndolos a meter en la carpeta.

—Esto mucha mierda. No sirve.

Sancho se tiró de los pelos de la barba a modo de inyección de paciencia.

—Formulario de solicitud del visado, pasaporte vigente, seguro médico y reserva de vuelo. Eso es sencillo, se consigue a cambio de dinero. Pero el certificado de estudios del país de origen, la carta de admisión y el plan docente de un centro de estudios público o privado reconocido por las autoridades españolas más el documento acreditativo de solvencia económica y alojamiento, no. Para conseguir esto necesitas contactos; contactos que yo tengo y por los que el señor Onazi, tu jefe, me va a pagar. ¿Y sabes por qué?

Casi podía escucharse pensar a Solomon en aquella estancia reconvertida de salón ilegal de juegos de azar a sala de reuniones.

—Porque yo voy a hacer que no existan limitaciones a la hora de traer chicas desde todos los rincones de África; porque el visado de seis meses que yo les voy a conseguir proporcionará un plazo suficientemente razonable para que el señor Onazi, tu jefe, pueda exportar su mercancía a cualquier país de la Comunidad Económica Europea; porque gracias a esta mierda —enfatizó golpeando con los nudillos sobre la carpeta— su mercado se multiplicará por cien y sus ganancias por mil. ¿Y tú vas a tener los cojones de negarle esa posibilidad a tu jefe? No, claro que no.

Sancho hizo una pausa, pero Solomon no sabía cómo reaccionar.

—Entrégale esta carpeta a Vincent, él comprobará y entenderá —enfatizó con alevosía— que es cierto lo que te he dicho. Cuando tengas la documentación cumplimentada de Aina y Bosede me vienes a buscar. Ya sabes dónde encontrarme.

—Yo entrega —se manifestó al fin—. Espero tú no equivoca. Tú no cae nada bien, madero mierda.

—Muy bien, majete, asumo que nunca pasearemos agarrados de la mano. Ahora dame mi dinero.

—¿Qué dinero?

—Lo acordado: mil euros —mintió el pelirrojo.

Solomon empleó unos segundos en meter la mano en el bolsillo y sacar el fajo.

—No te preocupes por esto, muy pronto volverán al mismo sitio de donde los sacaste —aseguró Sancho contando los billetes—. No te levantes, conozco el camino.

Y el camino lo llevó directamente a la barra del club.

Sancho solía ocupar la banqueta de la esquina de la izquierda porque desde allí tenía una perspectiva completa de la sala y porque, en el caso de que Santiago —el barman más veterano de El Pensador — no estuviera muy ocupado, podría mantener una conversación que solía rozar lo interesante. Había hecho buenas migas con él, quizá porque sabía ser discreto y nunca le había molestado con ninguna pregunta personal; o puede que se debiera a que acudía a ver al Universidade Vigo Rugby siempre que podía; o porque le espantaba a las chicas cuando detectaba que estas empezaban a ponerse pesadas con él; porque le había fiado una vez que se quedó sin blanca, o simplemente puede que fuera porque su acento le recordaba al de Peteira.

Igual daba.

No sabía muy bien qué hora era, pero le apetecía una copa. Dedujo que no debía de estar muy avanzada la noche, ya que apenas se contaban diez prostitutas y un número similar de clientes, todos desperdigados a lo largo de aquella barra de cuya base se desprendía un azul eléctrico elegante a la par que indiscreto. Juliet no estaba, su turno empezaba más tarde, pero lo que ella aún no sabía era que esa noche no iba a tener que aguantar a ningún otro cliente.

—¿Jameson con hielo? —escuchó preguntar a Santiago.

—Por favor.

—Cargadito de lo primero y sin escatimar de lo segundo, señor Sancho.

—Para qué cambiar a nuestras edades.

Sancho observó con atención cómo el líquido dorado anegaba el terreno helado hasta que las piedras perdieron contacto con la superficie del vaso ancho.

—¿Y qué tal estamos hoy?

—Estamos mejor que nunca —respondió Sancho largando un billete de cien.

—Ya veo.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con ese rollo que me contaste el otro día? No recuerdo cómo iba la movida esa de esconder cosas para luego encontrarlas. Creo que iba un poco pasado de esto —reconoció catándolo por alusiones.

—Geocaching.

—Eso.

—Es una maravilla. Ayer, que libré, salí con los hijos de una vecina que los tiene todo el santo día encerrados en casa y no vea cómo

gozaron los nenos. Se los devolví totalmente excitados, hablando todo el rato de tesoros. Una maravilla —recalcó—. Tiene que probarlo.

—No lo descarto.

—Es un vicio y lo único que necesita es un móvil.

Sancho asintió maliciosamente.

—¿Este cacharro vale?

—*Arre carallo!* No sabía que aún existieran modelos así. Debe tener GPS al menos.

—Me lo temía…

—Pero no se preocupe, que si se anima usted, se viene conmigo y tiramos del mío por el mismo precio. La mayor parte de las veces salgo solo y tengo ya localizada una ruta aquí cerca, en Monteferro, para hacer con luna llena. Arrancamos al *luscofusco* y…

El ceño fruncido de Sancho le hizo darse cuenta de que precisaba una aclaración.

—Cuando empieza a atardecer.

—*Luscofusco,* me lo anoto y tengo en cuenta la propuesta, pero con una condición: no me trate de usted.

—De puertas para fuera, señor Sancho, de puertas para fuera. Que son ya muchos años y ya uno no sabe cómo cambiar. Me disculpe un segundo —le pidió para atender a un cliente con cara de profesor de física y química.

Sancho se entretuvo durante los siguientes minutos observando el comportamiento de los clientes, la mayoría experimentados pilotos en esas pistas de aterrizaje. Sin darse cuenta, su mirada se detuvo en un objeto que ya había visto antes, aunque hasta entonces no le había llamado la atención: una *jukebox* moderna tipo retro. Con la copa como rehén, se dirigió hacia el pilar donde se apoyaba la máquina y la examinó con detenimiento, guardando una innecesaria distancia de seguridad, como si el artilugio musical supusiera alguna amenaza. Superada la barrera del contacto visual, se atrevió a acariciar la moldura de plástico siguiendo la curva que descendía hasta los refuerzos decorativos de color plata. Sin más preámbulos, extendió la mano para interactuar con la pantalla táctil y desnudar el alma contenida en aquel armazón. El listado de canciones estaba ordenado alfabéticamente y de forma aleatoria seleccionó la letra ese. Casi todos eran temas conocidos, demasiado pachangueros para su disgusto, sin embargo, cuando ya estaba a punto de bucear en otra letra leyó un título que sí estaba incluido en su biblioteca sonora: *Suicide blonde,* de INXS.

Un euro.

El sonido de la armónica ya le hizo contornearse; levemente. Y con los primeros acordes se trasladó al pub Shadrack's sin necesidad de cerrar los ojos. Era su lugar de reunión en la zona de El Cuadro, en

Valladolid, donde se tomaba las primeras cervezas con sus colegas. Si Nacho estaba en la cabina siempre la terminaba pinchando; si no, él se la pedía a Paulino, el dueño, con el que mantenía buena relación como cliente habitual. El estribillo era la única parte de la canción que se sabía.

You want to make her
suicide blonde,
love devastation,
suicide blonde.
You want to make her
suicide blonde,
love devastation,
suicide blonde.

Cuando la banda australiana dejó de sonar solo quedaban los hielos. Necesitaba más monedas y combustible, por lo que buscó a Santiago con la mirada sin perder de vista la *jukebox,* no fuera a ocurrir que alguien profanara su descubrimiento.

La noche apuntaba alto.

Residencia de Juliet Akide (Baiona)

A pesar del lamentable estado en el que se había presentado, Sancho había logrado retener la sangre en los cuerpos cavernosos durante el tiempo suficiente como para disfrutar de las habilidades amatorias de Juliet. Apoyada sobre el hombro en el marco de la puerta del baño, su figura se recortaba sinuosa en una composición erótica de difícil olvido.

—Eres un cerdo —aseguró ella.

—Lo siento, no debí de interpretar bien las señales —repuso Sancho con voz grave y ronca, sentado contra el cabecero.

—Me encanta lo que me haces y cómo me lo haces, pero ya me conoces demasiado bien y te aprovechas de mí.

Juliet caminó con paso sugerente en dirección a la cama.

—Nunca me has dicho cómo te gusta a ti.

Sancho se frotó la barba, dubitativo.

—Me gustas más tú que tu forma de follar —aseguró él.

Juliet se detuvo en seco.

—Muchas gracias, hijo de puta. —La mala pronunciación de la jota, aspirada en vez de consonante fricativa, delataba su procedencia.

—Era un cumplido o por lo menos pretendía serlo.

—Un piropo de mierda.

—Te lo diré de otra forma: me encanta follar contigo, pero me gustas más tú.

Juliet le sostuvo la mirada, pero enseguida la dejó caer, ruborizada.

—Romina dice que si me alisara el pelo y tuviera la piel más clara sería igual que Rosario Dawson. ¿Sabes quién es?

—No, pero seguro que es una mujer preciosa.

—Es una actriz —aclaró encogiéndose de hombros.

—Ven —la invitó Sancho.

Desplazándose como un felino sobre una sabana de sábanas arrebujadas y empapadas en sudor, llegó a su altura y recostó la cabeza sobre el muslo de su amante antes de hacerse un ovillo.

—Mi padre siempre decía que era la más bonita de todas. Todavía no comprendo por qué me marché. Allí tenía a la gente que me quería, pero no supe darme cuenta…

—Cuando no se huye de nada se persigue de todo —sentenció Sancho hundiendo los dedos en la maraña de hilos de un azabache brillante que componía la cabellera de Juliet—. ¿Tú qué perseguías?

—Te avergonzarías de mí, pensarías que soy la mujer más estúpida de este mundo.

—No tienes que contármelo si no quieres.

Ella pareció valorarlo durante unos instantes.

—Nací en Owerri, el corazón del este la llaman. Soy la mayor de siete hermanos, pero yo sí tuve la suerte de poder estudiar; algo —especificó—. Soy peluquera, ¿entiendes? Y muy buena. Trabajé durante algunos años para otros, pero yo quería tener mi propio negocio, prosperar para ayudar en casa, para demostrarle a mi padre que su esfuerzo para pagarme los estudios había merecido la pena. Mi madre murió en el tercer parto, pero mi padre se casó otra vez. Yo, a esa mujer, no la podía ni mirar a la cara, la odiaba y ella me odiaba a mí. Un día, mi prima Romina me dijo que un cuñado suyo que vivía en Benin City sabía cómo conseguir buenos trabajos en el extranjero. Fuimos a hablar con él. Nos contó que él y sus socios estaban montando una red de centros de estética en Francia, en París ni más ni menos, y que necesitaban gente. Nos pidieron una pequeña cantidad de dinero para el viaje y nos dijeron que en dos días salía un barco desde Lagos. Fue todo muy rápido. Ni siquiera se lo conté a mi padre, no me atrevía y decidí que le escribiría cuando estuviera en París. El maldito barco era un carguero; un carguero repleto de chicas igual que nosotras, igual de estúpidas. No nos dimos cuenta de nada hasta que zarpamos y nos metieron a la fuerza en un contenedor en la bodega. Olía a pis y a mierda. Allí nos agarraron dos mamis, nos quitaron la ropa y nos cortaron mechones de pelo y también de aquí —dijo avergonzada señalándose el pubis— y trozos de uñas. Luego…, luego apareció el brujo y se fue apoderando del alma de todas las

chicas. Una a una, del alma de todas.

Juliet empezó a temblar.

—Déjalo —le sugirió Sancho—. Tranquila.

—No. Quiero hacerlo, nunca he tenido valor para contárselo a nadie. Quiero hacerlo, necesito hacerlo.

Sancho posó la mano en su hombro y la deslizó en sentido descendente hasta encontrarse con los alargados y trémulos dedos de Juliet. Al notar el contacto, estos se cerraron, atrapando la caricia con inusitada avidez. Transcurridos unos segundos, se incorporó sin soltar su captura.

—Casi no nos daban de comer. A las que protestaban las golpeaban con cinturones y cuerdas o les hacían cortes en las piernas con un machete. Romina no pronunció una sola palabra hasta que llegamos a Ras Lanuf, un puerto de Libia. Todavía en el buque, nos separaron en grupos y nos dijeron que si causábamos problemas destruirían nuestras almas y a nuestras familias, ¿entiendes? Ellos tenían las direcciones de todas las chicas, de todas. Recuerdo que venían de las distintas regiones del país e incluso de fuera, de Níger, Chad, Camerún… Por suerte, a Romina y a mí nos tocó juntas con otras cuatro desgraciadas. Nos subieron a una furgoneta y recorrimos muchos kilómetros hasta un lugar de la costa. No nos dijeron dónde estábamos. Algunos días más tarde llegó otra embarcación muy pequeña y nos encerraron en la sala de máquinas. Creíamos que nos íbamos a morir de calor, pero las mamis nos bajaban agua cada poco tiempo para evitar que nos deshidratáramos. Fue horrible. No sé cuántos días estuvimos allí tiradas, muertas de miedo, asadas, sin poder dormir por el ruido de las máquinas, sin saber adónde nos llevaban ni para qué. Una de las chicas estaba muy débil, tenía fiebre y no paraba de sudar y sudar, pero no podíamos hacer nada por ella. Una noche vinieron a por nosotras otros tipos que no habíamos visto antes. Estaban muy colocados. Eran animales. Nos sacaron del barco y nos llevaron a unas naves. Allí fue cuando vi por primera vez a Solomon. Nos dijo que les debíamos cincuenta mil euros por el viaje y que teníamos que trabajar para devolverles el dinero. Yo no sabía cuánto era eso ni a qué trabajo se referían esos hijos de puta, pero te juro que en ese momento me sentí aliviada, porque si nos querían para trabajar es que no nos iban a matar. Otra vez nos metieron en una furgoneta hasta Madrid, pero ya éramos una menos. Nunca supimos qué pasó con la chica enferma, solo sé que era de Port Harcourt, nada más. Ni siquiera le preguntamos por su nombre. Nada. Nunca más.

Sancho notó que aumentaba la presión en la mano.

—No hace falta que sigas —sugirió con firmeza—, de verdad.

—No. No pasa nada —mintió secándose la primera lágrima con la palma de la mano.

El pelirrojo atrajo su cuerpo contra él.

—Llegamos a un polígono que luego supimos que estaba en Getafe. ¿Sabes dónde está Getafe?

Sancho asintió.

—Claro. Bueno, allí pasamos un par de días encerradas en un piso, custodiadas por Solomon y dos más.

Juliet hizo una pausa y tragó saliva para evitar que se le acartonara la voz.

—Allí mismo nos violaron a todas. Estaban probando la mercancía, decían. Si te resistías, era peor. A Romina le hicieron mucho daño, mucho, y a otra chica que se llamaba Lucy casi la matan a puñetazos. Eran unos animales. Yo opté por apretar los dientes y pensar en otra cosa mientras lo hacían. Así pasaron varios días, probando la mercancía.

Sancho se esforzaba por contener el ataque de ira. Era como si le hubieran inyectado un potente veneno que se estuviera haciendo dueño de su organismo, pudriéndolo con cada palabra que conformaba aquel testimonio.

—No sé qué me dolió más —continuó ella—, eso o enterarme así del trabajo que me iba a tocar hacer para recuperar el dinero. Pero lo peor fue cuando nos entregaron a los bebés.

—Los bebés —repitió frunciendo el ceño.

—Otra de las mamis que trabaja en la organización los fue trayendo uno a uno. Cuatro chicas, cuatro bebés. Había uno recién nacido. Los otros estaban algo más crecidos, pero todos con menos de un año. Son los hijos de otras chicas que se quedan embarazadas en los clubes y… molestan. Se los quitan a sus madres y nos los dan a las recién llegadas para que, si nos pilla la policía, no nos puedan repatriar, ¿entiendes? Es muy sencillo. Solo tienes que decir que el niño es tuyo y ya está. Somos tantas que no hacen análisis de ADN ni nada de eso. A mí me tocó Michael, tendría cinco o seis meses, no sé. Yo sabía cómo cuidar un bebé, lo había hecho con mis hermanos, pero ¡yo no quería un bebé! ¡Yo solo quería tener una peluquería! ¡Una peluquería, ¿entiendes?!

—Vale, vale. Tranquilízate. Ya me lo seguirás contando otro día, ¿vale? Tranquila.

—¡No! ¡Déjame terminar! —gritó Juliet entre sollozos—. Por favor, déjame terminar.

—Está bien, pero trata de calmarte. Respira profundamente y suelta el aire muy despacio. Eso es. Así.

Esta vez tuvo que recurrir a las sábanas para enjugarse el llanto.

—Nos separaron. Romina y yo pertenecíamos a Solomon, éramos la mercancía que venían a recoger para llevársela a su propietario, el señor Onazi. Nada más llegar nos trasladaron a un club de Ferrol, nos

compraron ropa de noche y nos dijeron cuánto teníamos que recaudar al día si no queríamos que nuestra vida fuera un infierno: doscientos euros, y si sacas más te lo quedas.

Sancho hizo un rápido cálculo mental, pero decidió que aquel no era el momento de compartir sus conclusiones.

—Un día nos llevaron de paseo a ver cómo trabajaban otras chicas en la calle y aquello…, aquello era terrible. Follando en cualquier esquina con drogatas de mierda por diez euros y chupándosela a los viejos asquerosos por cinco en los polígonos para poder pillar un chute y aguantar para pagar a sus chulos. Terrible —repitió apretando con fuerza los párpados como si no quisiera que las imágenes que tenía en su mente salieran al exterior—. Estuvimos en Ferrol como dos años y luego nos trasladaron aquí, a El Pensador. No nos podemos quejar. El señor Onazi no permite que Solomon nos pegue ni que nos folle; sin pagar, claro. Pero él se encarga de toda la mercancía que llega nueva, no necesita pagar nada. Es un animal, una bestia. Cariño, ten mucho cuidado con él. En el club estamos protegidas y los clientes son tipos normales y corrientes; bueno, casi todos —rectificó tirando de los pelos de la cobriza y asilvestrada barba de Sancho—. A las veteranas incluso se nos permite descansar cuando estamos malas, dos días al mes. Entre Romina y yo nos arreglamos para trabajar y cuidar a los niños y con lo que saco puedo dar de comer a Michael, comprarle algo de ropa, juguetes y esas cosas, ¿entiendes? Él es lo único que me importa, pero está creciendo muy rápido, demasiado rápido, y… no quiero que sepa a qué se dedica su madre; pero sobre todo no quiero que me lo quiten, no lo soportaría.

En sus labios carnosos se construyó una sonrisa efímera cimentada en la amargura.

—Ya está —determinó el pelirrojo.

Las caricias sustituyeron a las palabras hasta que Juliet se vio en la necesidad de romper el silencio para expresar un pensamiento.

—Eres un hombre bueno, cariño, no me gustaría que te pasara nada malo.

—No tienes que preocuparte por mí. Está claro que no sabes juzgar a las personas, esa es tu gran debilidad.

Ella se lo tomó a broma.

—Tú tienes un buen corazón. No sé qué te ha podido traer hasta aquí, pero deberías dejar de mezclarte con esos hijos de puta. No tienes ni idea de lo peligrosos que pueden ser. Una vez…

La frase se cortó ahí.

—Una vez ¿qué? —quiso saber él.

—Nada. Mejor que no lo sepas, solo te digo que cuanto más lejos estés de Solomon, mejor.

—Ese tipo es basura, el típico cobarde que solo se crece cuando

detecta el miedo. Que tenga él cuidado conmigo, no sea que un día se me vayan a hinchar las pelotas y le reviente su puta cara de camello del Bronx —se envalentonó Sancho.

Juliet chasqueó la lengua y se incorporó para ver la hora en el reloj despertador que descansaba sobre la mesilla.

—Ya me marcho —se anticipó él.

—No, si tú no quieres. Romina puede quedarse toda la noche con Michael —le informó paseándole el dedo índice por el abdomen—. Ahora me vas a dejar que sea yo quien lleve el mando —le susurró colocándose encima de él y succionándole el lóbulo de la oreja.

La confirmación le llegó al instante en forma de presión en los glúteos. No le hizo falta dilatar demasiado la fase preliminar para notar que su amante compartía la misma impaciencia. Aun así, prefirió alimentar el deseo y se contorneó friccionando el pubis contra el muslo de Sancho, que cerró los ojos para no tener que abrir la boca cuando notó que ella le agarraba la polla con firmeza. No tardó en penetrar su húmeda calidez, pero eso fue lo último que encontró reconocible comparado con las veces anteriores. La propia postura ya era inédita: aferrada por completo a su cuerpo, con la cara hundida en la almohada, ahogando los ruidos del placer como si se avergonzara de sus propios gemidos. Juliet se movía con ansiado sosiego, despojada de la celeridad del oficio, del procedimiento aprendido. Priorizando el roce sobre la penetración, anteponiendo el contacto de la piel, dilatando el placentero tránsito hacia el clímax de forma premeditada. Sancho no encontró razones para oponerse, ni siquiera cuando ella fue al encuentro de su boca con los labios y la invadió con la lengua.

Y si no hubiera estado cegado por la pasión, se habría percatado de que aquella era la primera vez que se besaban.

EL MAL SIEMPRE ENCUENTRA A LOS MALVADOS

Isla Malden
Islas de la Línea (República de Kiribati)
Marzo de 2013

Solo le ocurría cuando avistaba el condenado perfil de la isla. Era como si el estómago simpatizara con el entorno y redujera su tamaño para adecuarse a las minúsculas proporciones del lugar, que no superaban los cuarenta kilómetros cuadrados de superficie. Maldecía el hecho de que aquella molesta chincheta clavada en medio del océano no hubiera desaparecido tras las pruebas nucleares que hicieron los británicos en 1957. El planeta habría sido un lugar más habitable.

Igual que en ocasiones precedentes, había empleado tres jornadas completas en recorrer las casi setecientas millas de distancia que la separaban de la isla de Navidad. La embarcación había apagado los motores a varias millas de la costa, evitando así encallar en los peligrosos arrecifes coralinos que protegían el atolón; y desde ahí, con un esquife impulsado a remo por dos indígenas mestizos había bordeado el litoral hasta llegar al punto exacto que había dispuesto su anfitrión. Esa vez había tenido suerte y la caminata hasta los restos megalíticos no le supondría más de una hora. Otras veces le habían dejado en la zona sur, lo cual le obligaba a recorrer casi todo el perímetro para bordear la laguna salada que ocupaba el centro. Todo formaba parte del mensaje en el que Corteza de Roble le insistía una y otra vez: «Tu voluntad me pertenece».

Antes de emprender la marcha se giró para comprobar cómo se alejaba la canoa, pero su atención se centró en la línea del horizonte que dividía nítidamente el azul pálido que tintaba el cielo del verde cristalino del Pacífico. Porque mirara hacia donde mirara todo era agua, limpia y transparente, como si actuara de frontera natural encargada de retener lo antinatural que moraba en esa minúscula porción de tierra.

Pero no había límites que contuvieran al depravado ser humano o como quiera que pudiera catalogarse al único habitante de la isla.

Ese engendro a quien él servía.

La vida de Vlade Ilić era un amasijo de pésimas consecuencias. Se había criado en el seno de una humilde familia en Potočari, en la parte oriental de Bosnia y Herzegovina. Contra todo pronóstico, consiguió terminar sus estudios de secundaria, pero en cuanto cumplió la mayoría de edad ingresó en el Ejército Popular Yugoslavo, durante dos años, experiencia que le sirvió como plataforma para acceder al cuerpo de policía. En 1990 ya comandaba una unidad especial bajo la tutela directa del Ministerio del Interior destinada a mantener el orden en la provincia de Kosovo. Allí fue la primera vez que probó en sus carnes el odio que se estaba propagando por todo el país contra los que profesaban el islam. Una persecución velada hacia los musulmanes como él, como su familia y sus amigos, que hasta ese momento convivían en paz con católicos y ortodoxos. Así, cuando empezaron a producirse los primeros signos de desintegración de la unidad estatal, Vlade Ilić tuvo muy claro el bando por el que debía luchar y en abril del año 1992 juró lealtad al nuevo ejército de la República de Bosnia y Herzegovina. Fue durante los años siguientes, en los que vivió las múltiples y variadas atrocidades de las que eran capaces sus vecinos, cuando se convenció de que la vida de las personas tiene un valor relativo; relativamente poco valor en general, ninguno según el rasero de los serbios.

Y así fue como, siendo brigadier de la Armija, le concedieron el mando del 8.º Grupo Operativo de Srebrenica, integrado mayoritariamente por patriotas y muyahidines voluntarios llegados de todos los confines del planeta —muy bien armados gracias a los frecuentes cargamentos de armas y munición que les servía un hombre que se hacía llamar Flegias—, y se dedicó en cuerpo y alma a purificar la tierra de sus padres con la sangre de sus enemigos. Sus incursiones nocturnas en territorio hostil eran sinónimo de masacre y su distintivo —una cabeza de pantera con las fauces abiertas— se convirtió en la pesadilla de todos los serbios que habían usurpado su tierra. Sus órdenes eran bien sencillas: no dejar a nadie con vida y que el fuego lo arrasara todo. Su sello, muy en cambio, era harto engorroso: decapitar y clavar en picas las cabezas de los infieles. Poco le importaba que sobre la suya pesara una jugosa recompensa, ya se ocuparía él de que nadie la cobrara.

Sin embargo, al terminar el conflicto, Vlade Ilić cambió de perseguidor. La comunidad internacional le acusaba de perpetrar crímenes de lesa humanidad, por lo que no le quedó más alternativa que buscar cobijo en los bosques de coníferas que recubren el ramal de los Alpes Dináricos que arraiga en el corazón de su patria.

Y allí fue donde él lo encontró.

Porque no había agujero en la tierra ni debajo de ella en el que

alguien pudiera esconderse de Corteza de Roble si Corteza de Roble quería encontrarlo. Según se enteraría mucho más tarde, fue su particular y ejemplarizante forma de castigar a sus enemigos lo que llamó la atención de Flegias, que resultó ser uno de los integrantes de la Congregación de los Hombres Puros con más influencia en la Asamblea. Pronto se convirtió en su brazo ejecutor. El custodio le hacía llegar encargos a través de terceros que hacía desaparecer inmediatamente después de cumplirlos. Cobraba bien y poco le importaba averiguar quién era el pagador. Los años pasaron y podría decirse que Vlade Ilić llevaba una vida de eremita y anacoreta si no fuera porque su rutina no contemplaba la penitencia. Y quizá se debiera a esa sensación de impune inmunidad el error de acudir desarmado a honrar la tumba de sus padres, como hacía cada 25 de julio, fecha de su aniversario de boda. Su detención por parte de la SFOR y la inmediata inculpación por crímenes de guerra lo llevaron al banquillo de acusados del Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia en marzo de 2003. Los ciento cuatro cargos de asesinato que pesaban contra él implicaban una condena de cadena perpetua a la que ya se había resignado durante los ocho meses que tardó en celebrarse el juicio. Sin embargo, ni la mismísima Carla Ponte —fiscal jefe de la ONU encargada del caso— lograría hacer valer el peso de las incontables pruebas y testimonios de los que disponía frente al valor de las intangibles influencias políticas de la Congregación de los Hombres Puros. La primera vez que Vlade Ilić oyó hablar de ellos fue el día en el que Flegias fue a buscarlo a la salida de las instalaciones carcelarias de La Haya y lo metió en un avión.

La siguiente tendría lugar en aquella condenada isla.

Allí se ganó el tatuaje del sol, símbolo alquímico del oro, que con tanto orgullo lucía en el antebrazo derecho. Allí murió Vlade Ilić y nació el arcángel Miguel. Recuperar las tradiciones escritas en El Cartapacio de Minos —dogmas que se habían ido perdiendo con el transcurso de los años— se había convertido en la gran obsesión del Gran Maestre desde que se ganara el privilegio de vestir la túnica de Dante. Y para lograrlo contaba con Damocles, protector del Templo y vigilante de El Cartapacio de Minos además de ser el responsable de adiestrar a las espadas de la Congregación en tácticas de infiltración, camuflaje, distintas técnicas de combate cuerpo a cuerpo y el manejo de toda clase de armas. De él se sabía tan poco como de su misteriosa desaparición, un asunto que convenía eludir en presencia de Corteza de Roble.

Una ráfaga de aire se llevó aquellos recuerdos. Vlade Ilić se sacudió la arena de la mochila y se dirigió al camino que llevaba hasta la pirámide escalonada, una vía milenaria tapizada por completo de *Sida fallax* y otras especies de hierbas rastreras. Aún disponía de cincuenta

minutos para llegar y se alegró de tener que recorrer ese trecho para disfrutar de la salinidad que poblaba el aire y del calor de los primeros rayos del sol. Corteza de Roble lo había convocado a la isla en una decena de ocasiones y, desde la primera vez que tuvo contacto directo con él, siempre le invadían las mismas emociones: las que cabían en el abanico de sentimientos que hay entre la repulsión y el miedo. Repulsión, por tener que enfrentarse de nuevo a su monstruosa presencia, y miedo, el que le generaba tener la certeza de que en unos instantes tendría que cruzar su mirada con la de la criatura más perversa que había salido del útero de una mujer. Y tanto era así que Miguel estaba convencido de que, tras cada encuentro que mantenía con el Gran Maestre, el pelo se le volvía más canoso.

Y el que se avecinaba era especialmente delicado.

Miró el reloj. Se acercaba la hora, pero ya podía divisar la silueta de lo que quedaba de la pirámide escalonada de cuyo origen muy poco se sabía. Se especulaba con la posibilidad de que hubiera sido levantada por una cultura prepolinesia que habría poblado el islote en tiempos pretéritos, incógnita que le interesaba tanto como el valor del guano que manchaba las rocas. Lo único que le preocupaba era encontrar las palabras que apaciguaran los ánimos de Corteza de Roble.

Aceleró el paso espoleado por la ansiedad que empezaba a apoderarse de su espíritu. Confiaba en poder identificar el monolito que indicaba el lugar en el que se ocultaba la trampilla de acceso a la galería principal. Tenía la firme sospecha de que la tumba contaría con otras entradas y salidas, aunque su principal objetivo en aquel momento era llegar hasta la cámara funeraria y salir en el menor tiempo posible. Cuando alcanzó la agrupación más abundante de restos se aupó al segundo nivel y consultó la hora. Restaban algunos minutos, pero no pudo evitar recurrir a su memoria para dar con el maldito pedrusco clavado en la tierra. Lo localizó casi de inmediato y siguió con la mirada la sombra proyectada en el suelo. Donde terminaba debía de estar la dichosa plancha metálica. Ayudándose de una piedra, retiró sin miramientos la vegetación que la cubría por completo y se quitó la mochila para sacar la palanca y la linterna. El chirriar de la portezuela le produjo un estremecimiento que se hizo permanente cuando lo envolvió una bocanada de aire enrarecido proveniente del interior. Era como si algo enfermizo le estuviera invitando a entrar para ser devorado en lo más profundo de aquella garganta fétida y oscura.

No tenía más remedio que aceptar.

Accionó la linterna antes de tirar de la argolla y cerrar la trampilla. El haz de luz le iba abriendo paso entre las tinieblas mientras descendía agachado, ayudándose de la cuerda que hacía las funciones de improvisado pasamanos. La inclinación no era muy pronunciada,

pero con cada paso que daba crecía la sensación de inseguridad, algo poco frecuente para el arcángel Miguel. Antes de llegar al final de la galería percibió el olor a queroseno, combustible con el que se alimentaban las antorchas que iluminaban el salón de la reina. Agradeció el hecho de poder estirar la espalda, aunque la comodidad iba a ser efímera. Los tres pasadizos excavados en la roca que se abrían frente a él presentaban sus aberturas a distintas alturas. Desconocía adónde llevaban los otros dos, pero sí sabía que por el que tenía que arrastrarse era el de la izquierda. Con la linterna entre los dientes reptó los veintidós metros que desembocaban en la cámara funeraria. Aquella última estancia tenía un perfil troncocónico en forma de colmena. Los sillares se presentaban bien pulidos y perfectamente encajados. Los de los niveles inferiores lucían colosales proporciones que se iban reduciendo según se ganaba altura para rematar la estancia en una falsa bóveda.

—Bienvenido, Miguel.

Era su voz, de eso no tenía la menor duda. Era dulce y melódica, y provenía del lado opuesto, junto al altar. Allí reconoció su siniestra figura, sentado con las piernas cruzadas, los brazos ocultos en las mangas y la cabeza cubierta por la capucha del manto de color carmesí con el que ocultaba su abominable apariencia. En torno a él, decenas de cirios rojos salpicaban el mármol a modo de muralla infranqueable, delimitando un terreno en el que no podían entrar más que las palabras.

—Acércate, hijo mío.

—Gran Maestre —dijo sacudiéndose el polvo adherido a su cuerpo.

—¿Notas cómo fluye la energía?

El arcángel no contestó.

—El miedo es una de las energías vitales más potentes, tan solo superado por el odio.

Se detuvo a escasos cinco metros de su anfitrión. Estaban solos, pero siempre que mantenían un encuentro allí Vlade Ilić tenía la sensación de que había alguien más observando.

—Dime, ¿cuándo corremos el riesgo de desviarnos del buen camino?

—Cuando no sabemos adónde queremos llegar.

Corteza de Roble asintió sin levantar la cabeza.

—Las dificultades que nos encontramos son parte del recorrido, no debemos modificar la ruta prevista para evitarlas. Solo hay que discernir la forma correcta de superarlas.

—Así me enseñaste a obrar y así obro.

—Lo sé, por eso eres mi escudo y el portador de mi espada.

—Gracias, Gran Maestre.

—Sin embargo…, no es menos cierto que tenemos un obstáculo que

no nos está permitiendo avanzar.

El arcángel sabía muy bien a qué se refería. La muerte de Zadkiel suponía una mancha inédita desde que él empuñara la espada flamígera, el estandarte del mayor de los arcángeles, y el hecho de que Uriel aún no hubiera sellado la filtración de De Bruyn le causaba un profundo malestar. A pesar de que habían transcurrido más de cuatro años, todavía le sudaban las manos cuando le venían a la cabeza las consecuencias que desencadenó el caso Bujalesky.

—No se están produciendo avances en Tokio.

El arcángel arrugó el semblante. No era lo que se esperaba, pero supo reaccionar con celeridad para no dar señales de debilidad.

—No está resultando sencillo acercar posturas entre los Yamaguchi-gumi y los Bratski Krug. Los japoneses y los rusos nunca se han entendido, manejan códigos de comportamiento muy diferentes y ya ha habido derramamiento de sangre en ambos bandos.

—No nos conviene llamar la atención.

—Lo sé, Gran Maestre, pero nuestro universo es tan inabarcable que se nos hace complicado controlar todas las constelaciones.

El silencio de Corteza de Roble le obligó a continuar hablando.

—Rafael, en coordinación con nuestro custodio en la zona, Alioth, está tratando de conseguir que Shinobu Tsukasa entre en razón antes de tomar medidas más drásticas. Sin embargo, Valeri Klepinin solo se muestra favorable a colaborar si saca algo provechoso del acuerdo.

—¿Cuál es el origen del litigio?

—El acercamiento de los rusos a la rama Macao de la tríada 14K.

—¿Con qué objeto?

—Necesitan material para nutrir los territorios que están ganando a los chechenos. Opio de calidad. Pero los Yamaguchi-gumi rivalizan con los chinos en el sudeste asiático y temen que el negocio con los Bratski Krug les haga más fuertes.

Corteza de Roble se tomó unos segundos de deliberación.

—Entiendo. Eliminando el origen, el problema suele desaparecer enterrado en las arenas del tiempo. ¿Quién está ahora al frente de la rama Macao?

—Wang Wei-Zhu. Acaba de salir de la cárcel y, según afirma Rafael, se ha vuelto a hacer con el control. Este no respeta ningún acuerdo en el que no haya participado y se ha perdido muchos durante estos últimos catorce años que ha pasado encerrado.

—Así que el viejo quiere volver a ser el Cabeza de Dragón.

—Eso parece.

—No va a poder ser. Tú te encargarás de separársela del cuerpo y eliminar su linaje completo. Mientras, que Alioth prosiga con la vía diplomática, no queremos que se les encienda una alarma. Cuando todo termine, ofrece a los rusos un acuerdo ventajoso con los Sun Yee

On, que siempre nos han sido leales y podrán suministrarles lo que necesiten para cubrir su demanda. En cuanto a Shinobu Tsukasa, regálale la red de casinos que controla Wang Wei-Zhu. Eso les apaciguará.

—Eso podría provocar un desequilibrio en la zona, Gran Maestre. Los 14K no aceptarán que los Yakuza les metan la mano en el bolsillo. Además, tienen una alianza con los Wo Shing Wo que…

El Gran Maestre levantó la mano o lo que fuera ese amasijo de raíces retorcidas que tenía por apéndice.

Vlade Ilić tragó saliva.

Epidermodisplasia verruciforme, así se denominaba la rara enfermedad que se había adueñado del cuerpo del Gran Maestre de la Congregación. Al parecer, estaba ocasionada por una infección crónica del virus del papiloma humano. Su desarrollo se caracterizaba por el brote imparable de máculas y pápulas en la piel que se manifestaban fundamentalmente en las extremidades, cubriéndolas de protuberancias verrugosas cuya apariencia se confundía con la corteza de un árbol. Su caso era extremo y hacía años que se había extendido por el tronco, el cuello y la cara. Sin embargo, él había revertido aquella singularidad física para fortalecer su espíritu y reafirmarse en su convicción de que era un ser único. Nadie conocía su verdadero nombre, si es que alguna vez tuvo uno.

—Aceptarán, porque tú habrás dejado patente cómo responde la Congregación cuando se actúa en contra de nuestros intereses, pero fundamentalmente lo harán porque tú les vas a dejar muy claro que Corteza de Roble quiere que acepten.

—Partiré mañana mismo hacia Macao —certificó.

—Quiero que hagas algo más allí.

Miguel se mantuvo a la expectativa.

—El guardián que tenemos no nos sirve, no controla su galaxia y Macao es una estrella que tiene que seguir brillando para nosotros. Liu Qishan lleva una temporada demasiado larga ocupándose solo de lo que sucede de puertas adentro del Partido Comunista Chino. Necesitamos otro guardián dentro del partido, un aliado con miras más amplias. Tráeme nombres.

Miguel asintió con convencida apariencia.

—Mantén el pulso firme, recuerda quién eres y quién te envía.

—Así lo haré.

—Y ahora, desvélame qué es eso que agita tu espíritu.

El arcángel mayor se pasó la lengua por los labios y se aclaró la garganta.

—Seguimos sin resolver el asunto de De Bruyn.

—Estoy al corriente. ¿Qué te preocupa?

—Zadkiel fracasó y hace algún tiempo que he perdido el contacto

con Uriel. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

—La tierra solo se traga a los muertos, nunca a los vivos. Si tu hermano no está muerto, está necesariamente vivo y, por tanto, antes o después aparecerá para responder ante tu espada, que es la mía. Si Uriel está muerto, ya no podemos hacer nada por él. Sustitúyelos si es necesario. ¿Qué sentido tiene invertir energía en resolver un problema si no va a influir en nuestros actos? Las preocupaciones innecesarias desvían la atención de los necios.

—Faltando Damocles, ¿quién se encargará de su instrucción? —preguntó arrepintiéndose en el momento de haber mencionado un asunto considerado tabú.

Corteza de Roble tardó unos segundos en contestar.

—Cuando tengas algún candidato que amerite el honor de portar una de nuestras espadas, volveremos a hablar de ello.

—Entendido, Gran Maestre.

—¿Necesitas compartir conmigo alguna inquietud más?

—En realidad sí. Puede que sea irrelevante, pero el custodio responsable de zanjar el problema de De Bruyn es… Cerbero.

—Ya veo dónde arraigan tus preocupaciones. Cerbero ha sido ungido con el privilegio de organizar el próximo acto de purificación y de empuñar a Sagitta. Temes que no sea capaz de cumplir con ambas tareas, ¿no es así, hijo mío?

—Así es. Organizar el acto de purificación podría llegar a cegarlo y con el problema sin resolver…

—Tu empeño te dignifica —lo interrumpió—, pero en ocasiones puede obstaculizar el desempeño. Estamos ante un problema menor —calificó.

—Puede que ahora lo sea, pero quién sabe si podría llegar a convertirse en algo más. Quizá lo más prudente sea que yo mismo me ocupe de ello, como hice con el caso Bujalesky.

Pronunciar aquel apellido hizo que el Gran Maestre perdiera el control.

—¡No! ¡Se trata de un problema menor! —repitió enderezando el cuello de forma repentina.

La luz de las velas bañó su rostro por primera vez.

Las ramificaciones se habían extendido por los pómulos cercando peligrosamente las cuencas orbitales y la boca. El arcángel se esforzó en no retirar la mirada, a pesar de la repugnancia que le provocaba contemplar tales malformaciones, y descartó hacer más comentarios al respecto.

—Cerbero ya tiene asignado su arcángel —prosiguió Corteza de Roble—. A Uriel se le encargó solucionarlo por el método tradicional y, si no estoy mal informado, ya castigó al matrimonio de guardianes responsable de la negligencia.

Abriéndoles las entrañas, sí, un método que tenía muy poco que ver con la forma de ejecutar de Uriel, pensó Vlade Ilić.

—Lo único que le resta por hacer a Uriel es purificar a los que han sido envenenados. Nunca nos ha fallado. Estoy seguro de que muy pronto concluirá su tarea y tú serás el primero en enterarte. Y más nos vale que sea así, porque bajo las sólidas estructuras del Templo nuestros enemigos siguen esperando agazapados a que cometamos otro error. Y no todos están fuera.

Vlade Ilić compuso un gesto que denotaba extrañeza.

—¿Crees que no estoy al corriente de la oposición que ejercen algunos miembros de la Asamblea ante mis métodos? ¿Que no he evaluado el riesgo que supone tener tan cerca a dos custodios como Nasidio y Gerión, que ansían vestir la túnica de Dante? Eso es lo que realmente debe preocuparnos.

—Yo soy sus ojos y sus oídos, Gran Maestre, y mi deber es informarle de…

—Ya, ya, ya… —lo interrumpió agitando las manos—. Siempre que se acerca la fecha de un acto de purificación sucede lo mismo: cunde el pánico por tener que salir de las madrigueras. Ya hemos dedicado demasiado tiempo a esto, ahora quiero que tratemos otro asunto —le previno Corteza de Roble—. Es sobre Flegias. El nuevo Flegias. Lo noto muy activo.

Vlade Ilić intuyó con acierto que tocaba escuchar.

—En la última reunión de la Asamblea me llamó la atención que mantuviera tantas y tan dilatadas conversaciones con otros custodios, teniendo en cuenta que todavía no ha cumplido un año dentro de la Congregación.

Su caso no era frecuente, pero tampoco era inédito. El nuevo custodio había heredado el rango de su padre por expreso deseo de este. La posibilidad estaba debidamente recogida en el *Novem Regulas,* y el reglamento de la hermandad prevalecía incluso sobre los designios del Gran Maestre. Miguel no pudo evitar recordar con cariño al antiguo Flegias, su mentor y benefactor en aquellos años en los que trabajó mano a mano con él durante la guerra de los Balcanes. Si no hubiera sido por el flujo interminable de armamento que él le proporcionó, su pueblo habría sido aniquilado por los serbios. Y eso era algo que nunca podría borrar de su memoria.

—Estaré atento, Gran Maestre.

Corteza de Roble sostuvo la mirada del arcángel y luego asintió.

—Ahora, arrodíllate —le conminó volviendo a adoptar la posición inicial para alivio de los ojos de Vlade Ilić.

»San Miguel arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y las acechanzas del mal. Que el Gran Arquitecto manifieste sobre ti su poder, esa es nuestra humilde súplica; y tú,

príncipe de la milicia celestial, con la fuerza que se te ha conferido, arroja al infierno a los espíritus malignos que vagan por el mundo amenazando el reinado de las almas puras.

Con aquella oración se cerraban siempre sus encuentros. Una suerte ritual que era correspondida a regañadientes con una última frase del arcángel.

—Gran Arquitecto, guíanos —se despidió.

Mientras deshacía el camino, Vlade Ilić se preguntaba si es el mal el que busca a las personas o son las personas las que encuentran la maldad.

En el exterior, el día se había entumecido, difuminado por una luz tenebrosa que anunciaba alteraciones climáticas; alteraciones, en definitiva. Alzó la mirada y se encontró con el cielo ennegrecido, electrificado, a punto de descargar toda la ira acumulada en su ausencia. Una gota densa y fría, cargada de malicia, impactó contra su frente.

Y así obtuvo la respuesta que buscaba: el mal siempre encuentra a los malvados.

DE CASTA LE VIENE AL GALGO

Café bar Rosabel
Barrio de las Delicias (Valladolid)
Marzo de 2013

Áxel Botello mataba el tiempo hojeando un ejemplar de *El Norte de Castilla* mientras aguardaba la llegada de Álvaro Peteira. La noticia que centraba su interés remarcaba que España había alcanzado la escalofriante cifra de cinco millones de parados, alarma que sofocó con un trago largo que terció el tercio de Mahou. El subinspector le había llamado a mediodía para hablar del asunto de Sancho y o mucho le fallaba la intuición, o auguraba alguna novedad importante.

La expresión ambigua que traía puesta el gallego no le sacó de dudas.

—Segismundo Lemos Fuerte —le soltó a modo de saludo.

Botello cerró el periódico y llamó la atención del dueño.

—Cuqui, ponle una a Alvarito, que viene agitado.

Aquel bar diurno de cañas y tapas que se metamorfoseaba en karaoke durante las noches del fin de semana se había hecho con toda la clientela del barrio, incluso con los moradores de la comisaría situada a menos de doscientos metros. Por suerte para los dos policías, era jueves.

—El muy cabrón… —introdujo sacando unos folios de la carpeta que llevaba bajo el brazo y esparciéndolos sobre la barra—. Le pedí a un compañero del Grupo de Estupefacientes de allí, de Vigo, que me sacara algunos listados. Llevo dos noches punteando en busca del nombre de Sancho, pero sin leer nada más. En el segundo o tercer repaso, ya ni me acuerdo, me di de bruces con este —le indicó sobre el papel—: Segismundo Lemos Fuerte, que Dios lo tenga en su seno —añadió.

—Un primo tuyo.

—No, un fiambre. Resulta que este tipo, segoviano para más señas, no tuvo más cojones que venir a visitar a un familiar a Valladolid y abrirse las venas pocos días después en su salón.

—En señal de agradecimiento.

—Sería. El caso es que ya sabes la coña que nos traemos Sancho y yo con los nombrecitos, ¿no? Segismundo Lemos Fuerte, ¿lo pillas?

—Lo pillo, lo pillo, pero los he oído mejores. Elber Galarga es uno de mis preferidos.

—Sin duda, pero este, además, se parecía a Sancho. Le saca años, pero en la foto del pasaporte que tenía el menda aparecía con barba de rabino y ojos claros. Te juro que se tiraba un aire.

—No me digas más: os quedasteis con el pasaporte de recuerdo.

—Bueno, en realidad me lo quedé yo. Alguna vez, cuando me tocaba mucho los cojones se lo sacaba y nos echábamos unas risas, ya sabes.

—Ya, ya sé.

—Pues eso, carallo, que Sancho se llevó el jodido pasaporte y lo está utilizando por allí arriba.

—Al inspector se le ha ido la pinza.

—Totalmente, Bote, totalmente. Pero mira, en cuanto lo cacé, lancé de nuevo las búsquedas con ese nombre y, al margen de otras mierdas, me salió esto —le volvió a indicar en otro folio.

—Un contrato de alquiler en Gondomar, Pontevedra.

—Exacto. Alquilada con fecha de 12 de noviembre. Pero mira esto también. Se alojó los días anteriores con ese nombre en estas dos pensiones, ¿ves? Se lo tomó con calma, pero iba camino de Vigo, claramente. Bote, le he dado unas cuantas vueltas a todo esto…

Peteira interrumpió la frase para dar un trago largo al tercio. Su compañero supo leer que significaba el preludio de una de sus teorías, por lo que se preparó para escucharla de la misma forma.

—Vamos a ver si me explico. Puedo entender que Sancho haya querido desaparecer por una temporada, romper con los lazos que le unen a esos recuerdos, alejarse de todo y de todos, como tú decías. Pero… ¿qué sentido tiene hacerse pasar por otro?

—Que no lo encuentren, está claro.

—Que no lo encuentre ¿quién? Está feo que yo lo diga, pero no creo que haya muchos amigos y familiares buscándolo. ¿Y si se metió en algún lío gordo que no nos contó? Después de decirte el otro día que me había llamado Erika, me puse a pensar y es posible que tengas razón. Esa tía está como un cencerro. Lo mismo recogió el legado de su padre y va por el mundo de justiciera de la noche.

—Pues no te diría yo que no.

—De casta le viene al galgo, que diría Sancho.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ni idea, porque lo mismo necesita ayuda o puede que lo último que necesite sea verme el careto. Tengo que pensarlo.

—Tú mandas.

—Independientemente, si decido ir a buscarlo, será mejor que lo

haga solo.

—Lo que te digo: tú mandas —consintió.

Residencia de Ramiro Sancho (Pontevedra)

Lo había visto salir hacía unos minutos, pero decidió aguardar por si acaso era de esos que siempre se olvidan algo. Desde el exterior no daba la impresión de que entrar en la casa fuera a suponer un reto, más bien lo contrario. La vivienda, ubicada en una loma a las afueras de Gondomar, estaba construida con muros de mampostería en piedra tallada irregularmente. Como el resto de las casas, se había levantado a cierta distancia de las aledañas aprovechando las generosas proporciones del terreno que rodeaba la edificación, bien nutrido por las copiosas lluvias que caracterizan el inicio de la primavera en la comarca del Val Miñor. La vegetación presentaba un aspecto nada adecentado, desidioso en su conjunto, más propio de las casas deshabitadas.

Solomon Akindele alzó la mirada para deleitarse con el descenso de aquella esfera naranja que pronto se ocultaría tras los montes de la sierra de Galiñeiro. Pocas cosas le llamaban más la atención que los misterios por resolver que se escondían tras ese arcano que era el firmamento. La de veces que le había lanzado preguntas a Harry sobre los astros, incógnitas nunca resueltas, siempre incómodas de responder para su hermano mayor, cuya única preocupación era encontrar algo con lo que alimentarse y proteger a Solomon, su fastidiosa carga, que con trece años aún se comportaba como un niño. Él tenía quince y hacía cuatro que vagabundeaban por las calles de Okigwe, la segunda ciudad más grande del estado de Imo. Con el cambio de siglo, las obras del ferrocarril atrajeron una oleada de mano de obra desde los estados vecinos y la ciudad empezó a crecer por encima de sus posibilidades de abastecimiento y servicios. Circunstancia que provocó que el índice de criminalidad se disparara. La policía se veía incapaz de mantener unos mínimos de seguridad y así empezaron a surgir agrupaciones vecinales armadas principalmente con machetes que se autoasignaron la defensa de las calles. Uno de estos grupos se hacía llamar los Bakassi Boys, nombre que no tardaría en convertirse en sinónimo de crueldad por el uso de la extrema violencia en las medidas correctoras que aplicaban. No había noche que no dieran caza a algún desgraciado que trataba de hacerse con su mísero botín o que, simplemente, estaba en el sitio equivocado. Sus cuerpos aparecían terriblemente mutilados con las primeras horas del día a modo de escarnio público y advertencia. Dos de aquellas víctimas fueron Harry y Solomon. Ocurrió muy rápido.

Merodeaban cerca de una fábrica en busca de los desechos de material que pudieran vender al día siguiente. En cuanto saltaron la valla aparecieron de la nada, como si les hubieran estado acechando. Ni siquiera hubo intercambio de palabras. Se cebaron con la presa mayor, pero fueron compasivos con el pequeño, al que apalearon hasta la inconsciencia antes de orinarle encima. Solomon nunca supo qué pasó con el cuerpo de su hermano. Simplemente no lo volvió a ver y los últimos recuerdos que conservaba de él fueron sus desgarrados y vanos gritos pidiendo clemencia.

Ese día, Solomon salvó la vida, pero al niño que llevaba dentro lo mataron a machetazos y, durante los años sucesivos, él se empeñó en rellenar ese vacío con todo el odio que pudo encontrar. Un objetivo francamente sencillo en aquel continente acostumbrado a vomitar varios conflictos armados de forma simultánea. A Solomon nunca le faltó una milicia a la que unirse, armas que empuñar, enemigos que matar, mujeres a las que poseer, recompensas que cobrar y drogas para olvidar. Con veinte años llamó la atención de uno de sus mandos, el comandante Yobo, un compatriota que se encargaba de captar nuevos soldados para Ike Bakare y que le propuso cambiar de escenario bélico. Así, pasó de la frondosidad de las exuberantes montañas de El Congo al inhóspito asfalto de Benin City para integrarse dentro de una de las organizaciones criminales con más futuro del país. Su único cometido era cumplir órdenes y eso no encerraba ningún secreto para él, ni siquiera cuando lo mandaron a Madrid sin billete de vuelta en el año 2007 para apoyar el proyecto de expansión en Europa.

Cumplir órdenes, ese era su cometido, su especialidad, y la de esa noche consistía en entrar en la casa del policía barbudo y colocarle unos micros. De haber podido elegir, habría preferido encargarse de él a su manera, pero eso no era lo que le había indicado Vincent Dare, la voz de su amo. Intuía que el pelirrojo significaba una amenaza para sus intereses, bien por los problemas que podría traerles si se equivocaban con él, bien por la sombra que podrían generar sus éxitos sobre el prometedor futuro de Solomon. Porque alguien sin nada que perder es alguien peligroso; peligroso como él. Y Solomon tenía ya decidido que en ese corral no había espacio para dos gallos, y menos con lo que costaba conseguir buenas gallinas y mantenerlas.

Ensimismado en sus pensamientos, no se percató de que la noche había envuelto el valle con su apacible manto. Como si hubiera entrado en un estado hipnótico, se puso en marcha de forma mecánica, dejándose guiar por sus automatismos internos. No llegó al minuto el tiempo que tardó en colarse dentro a través del portón trasero. Encendió la linterna y se dirigió a la primera puerta que encontró cerrada. Una habitación completamente vacía, igual que la

siguiente. Llegó a pensar que se había equivocado de dirección hasta que dio con el dormitorio principal, ocupado únicamente por un colchón tirado en el suelo y algunas prendas que cubrían una silla de escasa calidad. Ya en el salón, el haz de luz alumbró una composición igual de precaria: un tresillo desvencijado, una mesa sobre la que reposaban dos botellas vacías y tres sillas de idéntica factura que la anterior. Por último, inspeccionó la cocina, equipada con lo básico e imprescindible, aunque el lavaplatos no debía de funcionar habida cuenta de la vajilla acumulada en la pila. No se sorprendió con el contenido del frigorífico, paupérrimo en alimentos y rico en bebidas alcohólicas. Tras la inspección, a Solomon se le planteaba una dificultad que no había previsto: elegir el lugar en el que esconder los micrófonos, dada la escasez de opciones. Finalmente se decidió por la lámpara del dormitorio, el hueco de un azulejo roto de la cocina y el dobladillo de tela de la funda del tresillo. Entonces sacó el teléfono y escribió el wasap.

Solomon recorrió el itinerario en sentido inverso pronunciando palabras en voz baja hasta que vio el último «ok» en la pantalla. Seguidamente salió por donde había entrado y ya en el coche marcó el número de Vincent Dare.

—Ya está todo —le confirmó en su idioma.

—Quiero a alguien escuchando las veinticuatro horas. Y no pongas a ningún yonqui de mierda en esto. ¿Está claro?

—Muy claro —contestó sumiso, aunque le habría gustado decir otra cosa.

—Mantenme informado. Por cierto, ¿has visto algo extraño en la casa?

—Lo extraño es lo que no he visto —le dijo a modo de preludio.

—No importa. Pronto sabremos a qué está jugando y con quién —sentenció Vincent Dare antes de colgar.

En algún lugar de la comarca del Val Miñor

El viento y el batir de las olas; eso era lo único que se oía.

Y el sonido de unos pasos rezagados persiguiendo los suyos.

Por suerte, la noche era limpia y la luz que reverberaba en la superficie lunar le concedía la licencia de saber por dónde andaba. Con la mirada fija en el terreno escarpado, huía de pisar las rocas invadidas por el musgo. Dos resbalones le habían dotado de la experiencia necesaria y era consciente de que perder el equilibrio podría hacerle rodar loma abajo.

La pantalla decía que lo tenía a veinticuatro metros hacia su derecha.

—¡Hay que joderse! —masculló al intuir el desnivel.

Pero no pensaba rendirse. No ahora que estaba tan cerca.

Se dio media vuelta y dobló el espinazo para agarrarse al saliente, libre de musgos y líquenes que dificultaran la sujeción. Con tanta cautela como le dictaba su sentido común, se descolgó de espaldas al mar, concentrando sus fuerzas en los ocho dedos que sujetaban sus ciento ochenta y siete centímetros. Miró hacia abajo y calculó el salto. No debía de haber más de metro y medio, o dos y medio como mucho, máximo tres —estimó—. Lo que no alcanzaba a distinguir era la inclinación del firme sobre el que iba a caer ni la profundidad del siguiente desnivel. Eso le hizo dudar, pero los calambres en las articulaciones de las falanges le transmitieron un mensaje irrefutable: ya no había marcha atrás.

Se soltó.

Al tomar contacto con el suelo reparó en que el salto había sido poco menos que ridículo y notar el corazón desbocado le provocó cierto bochorno. Acelerado, se puso en marcha en la única dirección posible mientras comprobaba la distancia: nueve metros, ocho, siete, seis… El cinco ya no pudo verlo desde el suelo e inmediatamente notó un calambrazo en la rabadilla que fue ganando en magnitud con la misma velocidad con la que pronunciaba todo tipo de blasfemias y execraciones varias. Cuando el dolor empezó a remitir no quedaba un santo sin su anatema. Se incorporó con dificultad y recogió el móvil. Cuatro metros.

Ya solo restaba localizarlo. Tenía que estar a la vista. Un poco más de intensidad lumínica no le vendría mal, pero las reglas eran las reglas y no pensaba saltárselas. Quería alcanzar la gloria del triunfo sin autoengañarse, eso nunca. Rotó trescientos sesenta grados sobre su eje y concluyó que debía estar en un plano visual inferior. Y no se equivocaba. Una piedra lisa de buen tamaño destacaba del resto por su forzada colocación.

Sancho se aproximó sigilosamente, como se acerca un cazador a su presa, como si aquello fuera a cobrar vida y escapar. En cuclillas, retiró la piedra y apareció la oquedad a ras de suelo, lo cual invitaba a tirarse cuerpo a tierra para examinarla antes de introducir la mano.

Había algo.

—¡Ya es suyo! ¡Enhorabuena!

En aquel estado de ansiedad, el simple ulular de un búho le habría provocado un paro cardíaco, pero aquel grito inesperado hizo que se incorporara en un acto reflejo digno de un felino.

—¡Su puta madre!

—Perdón, perdón —se disculpó Santiago—. Pensé que habría notado mi presencia. Llevo aquí un buen rato.

Sancho todavía se agarraba el pecho para evitar que se le saliera el

corazón.

—¡Joder! ¿Y cómo has llegado tan rápido hasta aquí?

—Siempre hay dos caminos para llegar al *cache:* el sencillo y el otro. Cuando uno conoce el primero, descarta el segundo.

—¡Hay que rejoderse!

—¡Venga! Es su primer tesoro. ¡A por él, que no muerde!

Sancho lo agarró del plástico que recubría el cilindro y buscó un lugar para sentarse. Desenroscó el tapón y con sumo cuidado volcó el contenido en la mano. Enseguida empezaron a caer pequeños objetos: dos canicas, una moneda, un sacapuntas, un dado, un soldadito de plomo, un llavero de Naranjito, una chapa y un lápiz. Sancho los estudió uno a uno, como si nunca hubiera visto nada parecido.

—Tiene que haber un papel —anticipó Santiago.

Sancho lo verificó antes de extraerlo. El pliego se había adaptado al espacio. Lo estiró para leer los nombres y las fechas de las personas que, antes que él, habían encontrado el tesoro. Se interesó por la primera línea y la última, entre las que había más de dos años de diferencia.

—Mire —le marcó Santiago con el índice—. Aquí está el menda.

—¿Atila, rey de los doses? —leyó.

—Cada uno elige su *nick;* si quiere, claro. Ale, le toca.

Sancho caviló unos segundos con la mirada clavada en el gran boquete blanco que dibujaba la luna sobre la tela negra con la que la bóveda celeste cubría sus vergüenzas.

«Urtzi», escribió.

—Me gusta —valoró el camarero—. Puede llevarse algo; si aporta algo, claro está. ¿Trajo algo?

El pelirrojo se ayudó del índice y el pulgar para sacar del bolsillo monedero del vaquero la bala del calibre 44.

Santiago no quiso hacer ningún comentario.

—¿Qué escoge?

No se lo pensó mucho y se guardó el soldadito de plomo en el mismo sitio en el que traía el proyectil.

—Ahora hay que dejarlo todo como estaba.

El camino de regreso hasta el coche aparcado a los pies del monumento a la Marina Universal fue infinitamente menos accidentado. Santiago sacó un par de cervezas de la nevera que había metido en el maletero e invitó a su acompañante a que lo siguiera hasta el mirador.

—Maravilloso —juzgó Sancho.

—Ahí tiene las islas Estelas y allí las Cíes —indicó adoptando la pose de un descubridor—. Todo aquello que está iluminado es Baiona.

—Tenéis una tierra estupenda.

—Sí, lástima por quienes la desgobernaron y la desgobiernan.

—Lo mismo podrían decir desde todos los rincones del país.

—Son todos unos ladrones. Les importamos una mierda. Aquí siempre fuimos gente sencilla, quizá por eso nos dejamos pisar tan fácilmente. Un caso evidente es el de Cristóbal Colón, que está sobradamente probado que era gallego, pero, incluso aquí, en los colegios siguen enseñando que era un marino genovés. Ignorantes.

El pelirrojo lo miró incrédulo.

—Era gallego, sí. Originario de Poio, para más señas, al ladito de Pontevedra.

—Venga ya…

—Pero que no lo digo yo, *arre carallo*, que lo dicen cientos de historiadores. Se trata de la primera gran conspiración de la que se guardan testimonios escritos. Ahora no me queda otro remedio que explicárselo al detalle —avisó. Santiago se aclaró la garganta como introducción—. Para empezar, en esa época el único lugar documentado donde realmente existía el apellido Colón está aquí, en Pontevedra. Colón; ni Colombo, ni Colonne, ni Colom, ni leches benditas. Lo que pasa es que su nombre real no era Cristóbal Colón, era Pedro Álvarez de Sotomayor y Colón, conde de Camiña, conocido popularmente como Pedro Madruga porque al pájaro le gustaba atacar a sus enemigos de madrugada para pillarlos desprevenidos.

Santiago consiguió ganarse la atención de Sancho.

—Pero hay más, mucho más. Existen pruebas caligráficas analizadas por expertos que afirman sin género de dudas que los documentos comparados, firmados de puño y letra por Cristóbal Colón y por Pedro Madruga, estaban redactados por una única persona. La propia firma del descubridor está compuesta por varias iniciales que se corresponden con las de la línea de descendencia de los Sotomayor. Ya con eso debería bastar, pero, como le dije, hay mucho más. Otra prueba evidente es la de los nombres que utilizó el almirante para bautizar los lugares que fue descubriendo. La mayor parte de ellos son topónimos originarios de aquí, de las Rías Baixas. Cerca de un centenar ni más ni menos, ni menos ni más. Qué coincidencia, ¿no?

El pelirrojo elevó sus pobladas cejas.

—Mire, la cosa sucedió así. Pedro Madruga, como noble que era, pidió audiencia a los Reyes Católicos para reclamar la devolución de sus posesiones, tierras y otros bienes que le habían arrebatado como castigo por haber luchado a favor de Juana la Beltraneja durante la guerra de sucesión. En aquella época, los monarcas no recibían a cualquiera, por lo que ese argumento que explica que un marino de origen italiano se presentó, así por las buenas, ante Isabel la Católica y que esta le atendió encantada carece de rigor histórico. Como le decía, a cambio de que le reintegraran lo suyo, el truhan les ofreció compartir los secretos de la navegación portuguesa con la corona de

Castilla, ya que él era experto navegante y está atestiguado que había trabajado como corsario para el reino de Portugal. Veintitrés años de experiencia acreditada, veintitrés, los mismos que dicen los italianos que esgrime Colón cuando llega a la corte. Otra casualidad. El asunto es que Isabel y Fernando accedieron, pero no podían dejar constancia de ello en los papeles por el Cristo bendito que se les podía preparar con otros nobles que sí eran de su cuerda, ¿me explico?

A Sancho le pareció que se explicaba muy bien.

—Por ello, le obligaron a utilizar un nombre falso, pero él quiso utilizar el apellido de la madre y de esta forma fue como nació por primera vez el nombre de Cristóbal Colón. Y no lo dice Santiago Cabarcos, ojo, lo dicen los libros de Historia. Fíjese: el mismo día que tuvo lugar la primera audiencia de Cristóbal Colón con Isabel la Católica, aparece anotado el nombre de Pedro Madruga en el libro de registro, no el de Colón. Inmediatamente después, vaya por Dios, el conde de Camiña desaparece de la faz de la tierra al tiempo que Colón hereda milagrosamente sus mismos apoyos. Y enemigos, claro está. Bluf —gesticuló con ambas manos—, desapareció. Así, sin más. Y, sin embargo, no está atestiguado su fallecimiento, ni documentado el entierro, ni nada de nada. Ahora bien, el de Colón sí, en Valladolid, precisamente en la misma iglesia en la que estaba y está enterrado el padre de Pedro Madruga, propiedad de una familia emparentada con los Sotomayor y que fue una de las grandes valedoras del proyecto colombino. Todo así.

—¡Hay que joderse!

—¡Espere, espere, que no he terminado! El mismo cronista de los Reyes Católicos cometió varias veces el «error» de escribir Pedro Colón para referirse al descubridor de las Américas en vez de Cristóbal Colón, ¿se imagina por qué?

—Porque conocía su verdadera identidad.

—¡Ahí estamos! Está probado que el cronista ya lo conocía personalmente y lo llamaba por su nombre verdadero: Pedro. Luego está lo del asunto de la *Santa María,* una nao que había sido botada originariamente como la *Gallega;* o la orden del almirante durante el primer viaje de engalanar las naves y conceder como único día festivo el 18 de diciembre de 1492, día en el que se conmemora la Virgen de la O, patrona de Pontevedra; o la elección de Baiona como puerto de llegada de la *Pinta* para traer a la corte las buenas nuevas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Otro hecho fruto del azar, ¡no te fastidia! También se sabe que Colón escribía usando construcciones propias del portugués, muy similar al gallego de la época, lengua vernácula de Pedro Madruga. Y que no se me olvide la coincidencia en los nombres de los hijos de ambos: Diego y Hernando… Pues todo esto son casualidades sin importancia según los defensores de la tesis

genovesa. Pero… ¡si incluso los primeros indígenas americanos bautizados en España y apadrinados por Colón se llamaron Cristóbal y Pedro!

—Está claro que su intención fue dejar un rastro de cara al futuro —aportó Sancho.

—Rastro que no ha seguido ni el tato. ¡Ni los gallegos mismos! Aquí no sabemos explotar lo nuestro y dejamos que los italianos nos roben los méritos presentando un solo papel que, para más inri, se ha demostrado que era la copia de un original que no se ha encontrado y por tanto posterior a la muerte de Colón. ¡Venga, por favor!

A esas alturas, Santiago parecía descendiente directo de Pedro Madruga, el auténtico descubridor.

—No sabemos apreciar lo de la tierra ni valorar nuestros méritos, nuestra gente, nuestras mujeres. Que teniendo lo que aquí tenemos pastando preferimos a las que nos vienen de otros campos hasta para meterla en caliente, a pesar de las condiciones en las que las traen…

—¿Qué condiciones? —se interesó Sancho.

—Hay de todo, pero la mayoría, sobre todo las africanas… Bah, mejor no se lo cuento.

—Joder, pues se las ve la mar de contentas a todas —exageró el pelirrojo.

—Por la cuenta que les tiene, pobres. Las traen engañadas, les dicen que tienen un trabajillo para ellas y cuando llegan las obligan a poner el coño para pagar la deuda. Un pastizal del recopón bendito. Son unos auténticos *trapalleiros* hijos de puta. Disculpe el lenguaje, no puedo evitar encenderme.

El camarero hizo una pausa para tragar saliva antes de continuar.

—Sé que no es asunto mío, pero le vi hablar un par de veces con Solomon —dijo bajando la voz, como si pronunciar su nombre fuera tabú— y de verdad le digo que ese tipo es peligroso. No es ningún *papahostias* ni un *prea* y las chicas le tienen auténtico pavor. Y el otro, el Vincent, ese de la cicatriz que le cruza la cara y que siempre se le ve tan fachendoso…, ¡menudo cabrón! Dicen que es el que le quita de en medio los problemas al señor Onazi. El puto señor Lobo pero en negro, ya me entiende. Y ya me callo, que se me está calentando la boca.

—¿Llevas mucho trabajando en El Pensador?

—Va para nueve años y, ya se imaginará, vi de todo ahí dentro. Es duro, pero me permite pagar las facturas.

—Siempre hay trabajos peores.

—Y mejores, pero ya sé por dónde vas. El que usted tiene, por ejemplo.

—Tenía —corrigió Sancho con aire nostálgico.

—O sea, que es cierto eso que se escucha por ahí. Ya sabe, habladurías de borrachos en la barra de un bar.

—No sé si quiero escucharlo, la verdad.

Santiago supo interpretar el comentario correctamente.

—Que usted es el poli que se hizo famoso por el vídeo en el que se le veía matando al asesino en serie ese…; coño, no me viene su nombre.

—Me estás empezando a caer muy bien, Santiago —aseguró al ver que no recordaba el nombre de Augusto—. No seré yo quien lo pronuncie. ¿Y qué más se dice?

—Que le pusieron en la calle por el último caso, el secuestro de una niña que… acabó mal —zanjó al asistir al derrumbe de las facciones del pelirrojo.

—Acabó mal, sí —reconoció entre dientes.

—Es lo que se escucha —añadió a modo de disculpa.

—Tranquilo.

Sancho inspiró profundamente, como si las siguientes palabras que iba a pronunciar estuvieran flotando en el aire y tuviera que inhalarlas.

—Llevo una temporada muy difícil y necesitaba desconectar de todo aquello. No me han largado del Cuerpo, estoy inhabilitado temporalmente, aunque no sé si podré volver cuando me toque. Desconozco el motivo, pero me encuentro bien por aquí.

—Lo mismo Juliet tiene algo que ver —sugirió en tono jocoso—. La conozco desde el día que llegó y diría que es buena chica, de las pocas que hay de fiar. Quizá sean almas gemelas.

Pensar en ella le generó un efecto lenitivo inmediato. Quizá esa fuera la respuesta: Juliet era su calmante.

Santiago dio un trago a la lata de cerveza y la sacudió. No sonaba nada en su interior.

—¿Otra?

Ramiro Sancho asintió con la mirada puesta en los puntos luminosos que ilustraban la estampa nocturna de Baiona. Decidió que uno de ellos era Juliet, así que buscó la señal más resplandeciente, la más brillante, pero encontró una que parpadeaba como queriendo llamar su atención.

Y decidió que era Gracia Galo.

UNO HACE LO QUE TIENE QUE HACER CUANDO NO TIENE OTRA ALTERNATIVA

Residencia de Ramiro Sancho
Gondomar (Pontevedra)
Abril de 2013

El rendimiento de la maquinaria superaba todas la expectativas previstas, como si las piezas que constituían aquel complicado engranaje llevaran funcionando toda una vida. Solomon le entregaba la documentación de las chicas y él se la devolvía transcurridas dos o tres semanas con el visado de estudios. La mayoría de ellas no pasaban por El Pensador, ni siquiera sabía si llegaban a quedarse en España o terminaban directamente en otros tugurios. De seguir su rastro se encargaban otros. Joseph Onazi le pagaba lo acordado y Sancho disponía de fondos suficientes para costearse sus vicios y verse con Juliet cada vez con menos frecuencia. Ya no tenía tanta necesidad.

El pelirrojo había aprendido a huir de celebrar innecesarios juicios morales y, cuando notaba que podía estar creciendo una querella contra sus formas de actuar, recurría a una frase que le había escuchado decir a su padre y que hasta entonces le había parecido una de esas citas vacías: «Uno hace lo que tiene que hacer cuando no tiene otra alternativa».

Y realmente Sancho no tenía más opción que esa.

Hacerlo y esperar.

Lo que no esperaba era que sonara el timbre a esa hora; pero no porque fuera temprano, que no lo era, sino porque era la primera vez que lo escuchaba. Lo primero que pensó fue que debía de tratarse de algún obstinado vendedor, cartero hacendoso o funcionario extraviado, dado que nunca se veía en su casa con Juliet ni recibía allí los encargos de Solomon. Confió en que el menosprecio agotaría la paciencia del incómodo visitante, pero no contaba con un factor clave: la persistencia era uno de los principales valores de la persona que tenía el dedo pegado al timbre. Sancho encontró el antídoto tirado en el suelo, justo al lado del colchón. Alargó el brazo para alcanzarlo y, mientras se incrustaba los auriculares en el canal auditivo, trató de

recordar sin éxito qué disco había seleccionado cuando se metió en la cama. No hacía de eso más de cuatro horas. La consumida voz de Rosendo entonando *Masculino singular* no parecía lo más aconsejable para la resaca que arrastraba el pelirrojo, pero era la idea para derrocar el alzamiento sonoro antes de que el timbre consumara aquel golpe de Estado.

Picaporte, no es que yo me meta ni me importe,
pero si pierdes el norte,
no va a haber un dios que te soporte.
Berberecho, te pasas el día sacando pecho,
debes estar satisfecho,
un hombre debe ser hecho y derecho.

Para su desgracia y por increíble que pudiera parecer, los condenados decibelios alcistas seguían empeñados en conquistar sus tímpanos.

Un arrebato tiró de él llevándole en volandas hasta el picaporte. Cerca estuvo de quedarse con él en la mano.

—¡¿Quién cojones…?! —El resto de la frase naufragó en el insondable azul, limpio y cristalino, de los ojos del visitante.

—No es la primera vez que te veo en pelotas, pero tengo que decirte que tienes un aspecto más que lamentable, amigo. Y buenos días.

Sancho se rascó la barba con ambas manos para proceder del mismo modo con la cara.

—Joder, Álvaro, ¿qué coño haces tú aquí?

—Yo también me alegro de verte y sí, me encantaría tomar un café, gracias.

El pelirrojo se echó a un lado, reticente. Peteira omitió hacer ninguna valoración sobre el enrarecimiento del aire y la falta de iluminación; no obstante, no pudo tragarse el comentario sobre la falta de mobiliario.

—La decoración minimalista de interiores en su máxima expresión; o mínima, mejor dicho. Es para no limpiar, ¿verdad?

—Es lo que se lleva por aquí. Ponte cómodo si puedes, voy a ponerme algo de ropa. A ver si me queda café.

Algo le quedaba.

Se sentaron en torno a la mesa.

—No me resultó nada sencillo dar contigo —introdujo el subinspector—. Entiendo que era lo que querías, pero comprenderás que algunos nos preocupemos por ti.

—Estoy bien —aseguró mirando cómo el humo escapaba de la taza.

—Pues no lo parece. No lo parece en absoluto. Y no lo digo solo por los kilos que has perdido. Tienes un careto que acojonaría al mismo

Nosferatu. Vaya, muy parecido al que debe de tener ahora nuestro común amigo Olemos Fuerte, que, dicho sea de paso, te va como anillo al dedo —aprovechó Peteira.

Sancho embuchó la indirecta y la directa con sendos sorbos de café.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí, Sancho? —abordó Peteira.

—Lo que con tanto acierto has intuido, alejarme de todo.

—Esconderte.

—Defínelo como quieras.

—No me jodas, me cago en mi padre, que no le he robado el domingo a mi familia para escuchar chorradas.

—¿En serio? ¿Es domingo?

—Sancho, ¡cojones! ¡No me trates como si fuera un cualquiera porque te arreo dos hostias y me voy por donde he venido!

—¡¿Y qué quieres que te cuente?! ¿Qué has venido a averiguar? ¡¿Que estoy hecho una mierda?! ¡¿Que estoy al borde del abismo?! Ya estaba así la última vez que me viste, así que nada ha cambiado.

—Solo quiero saber si necesitas ayuda, nada más —dijo Álvaro Peteira ablandando el tono.

—Quiero estar solo. No me aguanto a mí mismo, como para aguantar a otros.

—¿En qué mierda andas metido?

—En un laberinto del que, por el momento, no me apetece salir.

—Déjate de metáforas y aforismos.

—Alcohol, coca y putas, aunque no por ese orden ni en la misma cantidad. Ya lo sabes, ¿estás más tranquilo?

—No, para nada. ¿Y por qué aquí?

—Se me acabó la carretera.

—Vale, eso me lo trago, pero… ¿por qué sigues aquí?

—Porque hay alcohol, coca y putas.

—No te creo.

—Me la suda.

—¿Por qué aquí? —insistió Peteira—. Respóndeme y te dejaré en paz.

—La madre que te parió… —se lamentó Sancho—. He conocido a alguien —confesó azorado.

El subinspector pasó la revelación por el tamiz de la mentira.

—Ya, te has enamorado. ¿Y se puede saber quién es la dama?

—Una.

—Vete a tomar por el culo, hombre.

—No, vete tú de una puta vez y déjame vivir.

—¿Me estás echando?

—Eso mismo.

El subinspector golpeó la mesa con el puño cerrado antes de incorporarse.

—¿Tienes los santos cojones de echarme de tu casa después de venir hasta aquí para saber de ti?

Sancho replicó el mismo gesto.

—¡Me has encontrado y demostrado lo buen investigador que eres! ¡Enhorabuena, claro que sí! ¿Eso era lo que querías? ¡¿Demostrarme lo buenísimo que eres siguiendo el rastro?!

El pelirrojo empezó a aplaudir y a gesticular pidiendo una gran ovación para un público inexistente.

—Dos hostias, eso es lo que mereces —diagnosticó el gallego.

Sancho se detuvo en seco y se dirigió hacia su invitado. Se paró a escasos centímetros y acercó la frente hasta rozar la del subinspector.

—Aquí me tienes —le retó.

El olor acre que salía de la boca del pelirrojo era una invitación a ganar distancia con respecto al origen. El empujón resultó más fuerte de lo que pretendía Peteira y Sancho estuvo a punto de caer de espalda. Casi más sorprendido que cabreado, se acercó de nuevo, esta vez para lanzar su puño contra el rostro del molesto visitante. Sin embargo, con sus facultades todavía mermadas, Peteira lo vio venir, lo esquivó fácilmente y lanzó un contraataque que resultó tremendamente eficaz.

Sancho estaba aturdido, no se sabe si por la esperpéntica situación o por el impacto. Un corte de un par de centímetros se pintaba en el pómulo izquierdo.

—¡Se acabó! —dijo el subinspector—. Me largo. Siento haber venido. Ahí te quedas.

—Eso es. ¡Pírate de una puta vez! —le gritó antes de escuchar el portazo.

Minutos después, se contaban dos sillas menos y muchos trozos de madera esparcidos por el salón.

Horas más tarde, tras escuchar las grabaciones registradas en casa del expolicía pelirrojo, el señor Onazi llegaba a la conclusión de que lo tenía bien amarrado del cuello y pensó que a las fieras domesticadas se les puede sacar mucho más provecho.

Hostal de los Reyes Católicos (Santiago de Compostela)

Siempre que él pasaba por España se veían allí. Joseph Onazi conocía a Ike Bakare desde que llegara al puerto de Nápoles con lo puesto tras apoyar el fallido golpe de Estado del mayor Gideon Gwaza Orkar contra el régimen del general Ibrahim Babangida. Ike Bakare, excoronel de las Fuerzas Armadas de Nigeria, vivía en una lujosa mansión en Benin City, pero visitaba Europa con cierta frecuencia para supervisar personalmente sus negocios.

De aquello habían transcurrido más de dos décadas, pero aún tenía muy presente que, si debía algo a alguna persona, esa era Ike Bakare. Porque gracias a él había conseguido sobrevivir los primeros años en Italia y legalizar su situación, la de su mujer y sus cuatro hijos, trasladarse a España y levantar su negocio. La relación con Ike Bakare rozaba la amistad y, a pesar de que Joseph Onazi sabía detectar y exprimir las oportunidades como nadie, no había decisión importante que tomara sin consultarla previamente con él. Para Onazi, Ike Bakare era el espejo donde mirarse. Aspiraba a formar parte de esa organización de la que tanto le había hablado sin contarle nada. Y presentía que, gracias al salto cualitativo que le proporcionaría el barbudo pelirrojo, por fin tendría algo importante que ofrecerle. Por tal motivo, afrontaba el encuentro igual que un novio su despedida de soltero, con incuestionable impaciencia.

El pavimento de la plaza del Obradoiro todavía estaba mojado a pesar de que la tormenta ya había cesado cuando salió de su casa. Le encantaba respirar ese aire puro que dejaban las lluvias, oxígeno renovado, a estrenar. Normalmente accedía a la plaza desde la calle Franco y, como era habitual a esa hora, se veían decenas de grupos de peregrinos absortos en el imponente conjunto monumental, atrapados por la belleza arquitectónica. Muy al contrario que ellos, Joseph Onazi trazó una línea recta hasta la puerta del Parador y caminó presuroso sin levantar la mirada de las losetas de piedra, sin pasearla siquiera por la fachada de la Catedral, actitud del todo improcedente para un católico practicante como él. La ornamentación plateresca del antiguo Hospital Real reconvertido en hotel tampoco le llamó la atención y ni siquiera devolvió el saludo al instruido personal que atendía la llegada de clientes. Esa mañana se había vestido con su mejor traje, uno negro de corte americano que, según su mujer, era el que mejor se adaptaba a su generoso volumen. Bajo el brazo portaba una cartera de piel en la que había depositado todas sus esperanzas. Se desabotonó la chaqueta en cuanto entró en la cafetería y localizó a Ike Bakare ocupando la mesa del fondo. Un abrazo de bienvenida hizo que descargara algo la tensión acumulada. Tras acomodarse en el butacón aterciopelado, detectó leves signos de envejecimiento tras los cristales graduados de las gafas de su compatriota. Así y todo, lucía un aspecto impecable: bigote recto perfectamente recortado, corte de pelo reciente y dentadura bien cuidada a juego con la blancura de la esclerótica.

—Amigo mío —introdujo Onazi en su lengua madre—, no sabes cuánto me alegro de verte. ¿Cómo están Esther y las niñas?

—Esther sigue ganando con el paso del tiempo y las niñas…, las niñas son un regalo.

—Mi mujer y yo nos alegramos mucho cuando nos enteramos de lo de Florence y en las últimas fotos que nos enviaste se la veía preciosa,

como su madre.

—Durante el trasplante se dieron algunas complicaciones, pero tuvimos suerte de estar en manos del equipo médico del doctor Evaristo Varo.

—Señor, ¿va a tomar algo? —preguntó amablemente el camarero.

—Té con leche, por favor.

—Para qué cambiar, ¿verdad?

Joseph Onazi asintió.

—¿Y tu vuelo?

—Largo, pero el motivo, por lo que me adelantaste, intuyo que merecerá el esfuerzo.

—No lo dudes.

—Siendo así, no lo alarguemos más.

Los ojos escrutadores del excoronel acrecentaron la impaciencia de Joseph Onazi.

—¿Recuerdas que, en nuestra última conversación, estuvimos hablando de las limitaciones que tenía nuestro negocio?

—Por supuesto, sigo teniendo buena memoria a pesar de haber cumplido ya medio siglo. Las leyes de mercado son las mismas para todas las empresas.

—Muy cierto, pero nuestra materia prima es la mejor y sabes tan bien como yo que podríamos importar mucho más producto si lográramos eliminar las taras administrativas —definió Onazi—. Y no me estoy refiriendo solo a aumentar nuestra presencia dentro del mercado español.

Ike Bakare se pasó la lengua por los labios y se sirvió más agua.

—Si consiguiéramos entrar en el de otros países, como Francia, Holanda, Alemania o Reino Unido, nuestros ingresos se dispararían.

—Para ello no solo necesitamos buen producto; además, ya llegamos a esos países a través de los acuerdos que tenemos con nuestros socios.

—Intermediarios, bolsillos ajenos que lo único que hacen es encarecer las operaciones. Tú tienes los contactos y yo el producto —enfatizó dejando patente cierta ansiedad—, no hay por qué repartir los beneficios.

—Esos intermediarios son los que nutren nuestros locales de mercancía y, aunque estoy de acuerdo en que la nuestra es mejor, la suya viene limpia y preparada para el consumo.

—¿Y si yo pudiera traerla en esas mismas condiciones?

A Ike Bakare se le desbordaron las muestras de interés, lo cual satisfizo las expectativas de Onazi.

—Tengo a alguien que se encarga de ello. Un especialista.

—Un especialista —repitió con obligado escepticismo.

Onazi sabía que no podía pronunciar la palabra «policía».

—Tienes que confiar en mí, Ike. Ya me ha demostrado que sabe hacerlo, pero no puedo decirte cómo ni quién; le he dado mi palabra.

Bakare acarició su perfilado bigote con las yemas de los dedos.

—Lo comprendo. Te conozco muy bien y sé que nunca te comprometes a algo que no puedas cumplir, pero mi organización se fía más de los hechos que de las palabras.

—Puedo mostrarte la documentación en regla de algunas de mis chicas.

—Eso ayudaría bastante.

Joseph Onazi sacó algunos papeles de la cartera y empleó los siguientes minutos en detallarle el procedimiento.

—¿Qué es lo que necesitas que haga por ti? —preguntó Bakare al fin.

Onazi supo contener la euforia sin que se le notara demasiado.

—Tu apoyo. He pensado en hacerlo de forma progresiva. En el plazo de una semana podría traer un cargamento con doce o quince, máximo veinte. Yo no puedo colocarlo por aquí, pero si te lo entrego limpio seguro que tú puedes contactar con esos socios de los que me has hablado para…

—Cuidado —le cortó, tajante.

Onazi tragó saliva.

—Quiero que seas consciente de algo: ellos trabajan fundamentalmente con producto del este de Europa, que no es el mejor, es cierto, pero viene limpio de fábrica. Estoy seguro de que podría convencerles de que sus clientes van a agradecer probar nuestros manjares, pero tenemos que asegurarles que, además de ser de primera calidad, vamos a poder suministrarles de forma continuada. ¿Cuánto podrías traer en… digamos un mes?

—El primero podría llegar a cincuenta, quizá sesenta, pero estoy seguro de que podría duplicar esa cantidad en cuanto tuviéramos la estructura montada.

—¿Por dónde?

—Por el puerto de Vigo.

—Demasiado arriesgado.

—No. Ya lo tengo estudiado, pasarán.

Bakare ladeó la cabeza ante lo contundentes que sonaban las palabras de Onazi.

—¿Tu especialista?

Onazi sonrió.

—¿Con cuántas casas de acogida cuentas?

—Más que suficientes y todas regentadas por personas de mi total confianza.

—Los rumanos no se van a poner muy contentos en cuanto averigüen por qué ha bajado la demanda de su producto —objetó

Bakare por el mero hecho de objetar.

—Les leyes de mercado son las mismas para todos.

El excoronel soltó una carcajada y aplaudió efusivamente.

—Amigo mío…, creo que en este tiempo has ganado muchos enteros, quizá más de lo que deberías —bromeó poniendo a funcionar el dedo índice en modo limpiaparabrisas—. Dime qué esperas conseguir con todo esto.

Ike Bakare detectó los primeros signos de zozobra en el rostro de su compatriota; sin embargo, lejos de facilitarle la tarea, reaccionó ganando algo de distancia para cruzar las piernas y adoptar una postura claramente defensiva.

—Me gustaría contar con la protección de…, de ya sabes quién.

—Sí, ya sé. Pero para eso hay que estar dentro.

—Ike, amigo mío, precisamente eso es lo que busco. Deseo con todas mis fuerzas formar parte de ello.

—No funciona así. Uno no elige pertenecer a la organización, la organización es la que decide quiénes forman parte.

—Pero tú podrías hablarle de mí a…

—No —dijo sin levantar la voz—. No puedo hacer eso.

La decepción se apoderó del semblante de Joseph Onazi.

—No digo que no pueda conseguirlo en un futuro —mintió—, pero antes, amigo mío, antes tienes que demostrarme que puedes resultar un miembro interesante, ¿entiendes?

—Claro que sí. Me ocuparé de ello, ya sabes que no me doy por vencido tan fácilmente.

—Lo sé.

—Creo que voy a ser capaz de sorprenderte muy pronto. Mantén los ojos muy abiertos.

—Lo haré. Solo una cosa más —prosiguió—. ¿Cómo sabes que ese especialista tuyo va a seguir colaborando contigo y no se va a vender al mejor postor?

Onazi se esperaba aquella pregunta.

—En primer lugar porque son muy pocos los que saben que existe. Además, porque le pago muy bien y eso siempre ayuda, ¿no crees? No obstante, es otro el motivo por el que sé que no me dará la espalda.

—¿Otro motivo?

—El amor.

Una nueva risotada espontánea y repentina asustó a los clientes de las mesas contiguas.

—El amor es más poderoso que el dinero —repitió Bakare cuando recuperó la compostura.

—Nosotros somos dos buenos ejemplos, Ike.

—Y tanto. Así que tu especialista se ha encaprichado de una de tus chicas —dijo bajando notablemente el tono de voz, a pesar de que no

había nadie en varios kilómetros a la redonda que pudiera entender una palabra de yoruba.

—No de una cualquiera; de Juliet, ya te he hablado de ella —le informó adecuando el volumen.

—Claro, la chica con la que enganchaste a aquel desgraciado, el político que se negaba a darte aquellos permisos, ¿cierto?

—La misma. Muy pronto la querrá para él solo y eso implica un coste muy elevado. No le quedará otra que cumplir.

—Cumplir…, bonita palabra —juzgó para sí antes de cultivar un silencio que cosechó casi de inmediato—. De acuerdo, Joseph, te voy a dar esa oportunidad que me estás pidiendo. Abriré algunas puertas para ti. Ya conoces las condiciones.

Onazi no quiso ocultar su satisfacción.

—¿Cuándo tienes el vuelo de regreso?

—Mañana a mediodía.

—Estupendo. Lo celebraremos esta noche.

—No esperaba menos, aunque… se me está ocurriendo que quizá podrías traerme a esa Juliet para entretenerme esta tarde. Quiero conocer a esa joya.

A Joseph Onazi se le demudó el rostro. Todavía se acordaba del estado en el que se encontraron a Clarisa luego de pasar la noche con el excoronel y las dos semanas de hospitalización que fueron necesarias para que se recuperara. Quince días sin trabajar implicaban demasiado dinero, pero ese no era un impedimento si se trataba de satisfacer a Ike Bakare. El problema era que no podía arriesgarse a tener un enfrentamiento con Ramiro Sancho, porque sobre él gravitaba toda su planificación de futuro.

—Te traeré cualquier otra. Pídeme la que quieras, recientemente ha llegado una que…

—No quiero una cualquiera, Joseph, quiero a Juliet —insistió endureciendo el tono.

—Pero con Juliet no puedes…

—¡¿Que no puedo qué?! —le volvió a cortar—. ¡¿Me haces venir hasta aquí para pedirme un favor y te atreves a decirme lo que puedo o no puedo hacer con una de tus zorras?!

Varias gotas de saliva se posaron sobre la mesa para certificar el grado de indignación. Joseph Onazi se arrepentía de haber nombrado a Juliet conociendo la querencia por la depravación de la que hacía gala su compatriota.

—Claro, discúlpame, amigo mío. ¿A qué hora quieres que te la envíe?

—Ya hemos terminado, ¿verdad?

—Sí.

—Lo que tarde. Luego tú y yo nos veremos para cenar —se despidió

regalándole una última mueca de lobo con las llaves del corral.

Joseph Onazi aguardó a que desapareciera la espigada figura de Bakare para hacer la llamada. Al primer tono, contestó.

—Vincent, localiza a Romina.

POR CODICIA LO MUCHO ES POCO, POR NECESIDAD LO POCO ES MUCHO

Hotel Club El Pensador
(A 10,5 km de Vigo)
Abril de 2013

La llamada de Vincent Dare le había pillado por sorpresa. En teoría, no tenía que volver a verse con ellos hasta la siguiente semana, que era cuando había quedado en entregarle la remesa de visados pendientes. Santiago le acababa de servir otro Jameson con hielo. Sonaba *Some might say* de Oasis y algunas chicas bailaban sin mucho entusiasmo junto a la *jukebox*.

Todo en orden.

Solo el malestar que le provocaba tener que ver la cara de Onazi contrarrestaba el peso del buen momento del que estaba disfrutando sentado sobre aquel taburete.

Some might say they don't believe in heaven.
Go and tell it to the man who lives in hell.
Some might say you get what you've been given.
If you don't get yours I won't get mine as well.

Some might say we will find a brighter day.
Some might say we will find a brighter day.

Sancho evitaba darle demasiadas vueltas al reciente desencuentro con Peteira. No conseguía recordar con nitidez los detalles, era como si algunas partes hubieran desaparecido de su memoria, pero su subconsciente le decía que no iba a ser del todo necesario para emitir un veredicto de culpabilidad. La mera presencia de su compañero le había molestado; el simple hecho de que le hubiera podido seguir la pista ya significaba una razón de peso para no recibirle con los brazos abiertos, pero lo que realmente le había dolido era que Álvaro quisiera regalarle consejos de saldo a cambio de respuestas.

Sancho valoró si esa forma de actuar correspondía a la de un

verdadero amigo lanzando un salvavidas, pero terminó por ahogar la incógnita en un trago largo de amargo licor.

Todo bajo control.

Llevaba un par de días sin ver a Juliet y notaba algo extraño en el estómago, parecido a lo que sentía cuando aparecía la garra para estrujarle las vísceras. Sancho lo interpretó como una visceral manifestación del deseo más primitivo del ser humano y decidió aliviarse en cuanto terminara la reunión con Onazi.

Se fijó en una de las chicas, también africana, que movía los labios como si se supiera el estribillo de la canción. Iba ofreciendo su estudiada pose lujuriosa a quien quisiera comprársela, pero muy a pesar suyo, su ajustado vestido rojo no lograba ser el centro de atención de la noche. Solo un tipo con pinta de haber estrenado la última colonia que le había regalado su mujer la observaba con ojos babosos. Sancho alivió el asco que le invadió pensando en que la supuesta esposa esa noche se libraría de tener encima a semejante fulano.

—Disculpe. Me dicen que ya puede pasar —escuchó decir a Santiago.

—Gracias, amigo. Tírame una lágrima, no sea que me dé por llorar ahí dentro y no tenga con qué. Y cóbrate de aquí.

—Hoy paga la casa.

—Se agradece.

—No me dé las gracias, déselas al jefe.

—Vaya, mala señal. Algo querrá.

—Suele pasar. Suerte.

Conocía bien el camino, pero Solomon decidió escoltarle desde que cruzó la puerta rotulada con un «Prohibido el paso». No le negó el saludo porque no hubo saludo que negar. Dentro le estaba esperando Joseph Onazi, que levantó la mirada de unos papeles para posarla sobre los enrojecidos ojos de Sancho. Algo más retirado, Vincent Dare ya estaba metido en su papel de ángel de la guarda.

—Gracias por venir —lo saludó invitándole a tomar asiento con la mano.

—Usted dirá.

—Números. Siempre me gustaron los números, porque nunca mienten.

—Sí. Son maravillosos. Solo hace falta torturarlos lo suficiente para que terminen confesando lo que uno quiere. Yo soy más de letras, resisten más.

Onazi compuso un gesto forzadamente afectuoso.

—Usted y yo terminaremos entendiéndonos muy bien. ¿Cómo va todo?

—Cumpliendo con mi cometido.

—Me consta.

El nigeriano tomó aire antes de entrecruzar los dedos como preludio afable de las siguientes palabras que iba a pronunciar.

—Un buen hombre de negocios lleva dentro un gran jugador. Hay que saber cuándo incrementar la apuesta conforme a las cartas que tiene y las del resto de los jugadores. Usted sabe bien de lo que le hablo. Yo tengo una muy buena mano, pero necesito saber las que tienen mis oponentes.

—Eso es jugar con cierta ventaja. Alguien podría enfadarse, ¿no cree?

—Esta partida no es entre amigos.

—Casi nunca lo es.

—En unos días me van a llegar unas cuantas chicas de golpe y quiero que usted se encargue de que no nos encontremos con una sorpresa desagradable cuando pongamos las cartas boca arriba.

—Explíquese —solicitó Sancho sin demostrar demasiado interés.

Onazi se mostró algo incómodo por lo directa que sonó la pregunta.

—Quiero que averigüe qué tipo de sistemas de control nos vamos a encontrar en el puerto de Vigo y que me sugiera la mejor forma de descargar un contenedor sin llamar la atención de las autorizaciones portuarias.

—Con todos mis respetos, señor Onazi, yo nunca le he dicho que quisiera jugar en esa mesa. Las apuestas son demasiado fuertes para mí y ni siquiera conozco las reglas.

—En esa mesa es donde está el dinero. Además, no correrá ningún riesgo, solo tiene que hacer unas cuantas preguntas; «pesquisas», se dice, ¿no?

—Hay determinadas preguntas que más que respuestas conllevan problemas. No tengo ningún contacto en el Servicio de Vigilancia Aduanera y si empiezo a tocar teclas podría levantar sospechas, ¿entiende? No debería subestimar a esta gente.

—No los subestimo. Precisamente por ello estoy dispuesto a ofrecerle una importante suma. Y un incentivo —añadió—. Normalmente las chicas nos llegan por otras vías, pero es un goteo demasiado lento. Quiero abrir más el grifo; poco a poco, pero que caiga más agua, ya me entiende.

Sancho se rascó la barba a dos manos.

—Le entiendo, pero usted a mí no. Yo sé medir muy bien los riesgos y los tipos de delitos. Si algo saliera mal, me pasaría unos cuantos años en el talego.

—Entonces, asegúrese de que nada sale mal. Solo le estoy pidiendo información, no tendrá que intervenir en la operación si así lo desea. Diez mil por chica más la tarifa habitual por los visados. Eche la cuenta.

—¿De cuántas está hablando?

—Catorce.

—¿Cuándo?

—Todavía no lo sé, pero calcule unas dos semanas.

—Dos semanas. Eso es pasado mañana.

—No, son quince días. Y si todo sale bien podrá tenerla a ella para usted solo.

Sancho no se lo esperaba, pero reaccionó con indiferencia.

—Liberaré a Juliet de sus responsabilidades. Será suya y solo suya durante el tiempo que quiera.

—No veo ninguna ventaja con respecto a la situación actual —se resistió Sancho.

Onazi se relamió antes de fabricar la contestación.

—Voy a tratar de explicárselo con un ejemplo práctico. ¿Sabe dónde está ahora Juliet?

Sancho se mantuvo a la expectativa.

—En un hospital —desveló. Luego llegó una pausa eterna durante la cual Sancho notó cómo algo se agitaba en su interior—. Y la única razón por la que no está postrada en la cama en lugar de estar de visita es porque yo lo quise así. No todos los clientes se comportan de una forma… civilizada —definió—. Si usted me ayuda, yo le ayudo a usted; y a ella.

Sancho había oído algo sobre una paliza que había recibido una de las chicas, pero no le había prestado demasiada atención.

Ya no quedaba Jameson en el vaso.

Ni objeciones.

Sin embargo, no quiso dejar pasar la oportunidad de ilustrar al nigeriano.

—¿Sabe lo que decía Quevedo sobre la codicia?

Onazi no contestó.

—Por codicia lo mucho es poco, por necesidad lo poco es mucho. El buen jugador de cartas sabe cuándo parar, nunca se deja llevar por la codicia.

El nigeriano hizo como si hubiera entendido la cita.

—Vincent le proporcionará los detalles que necesita saber. Tenemos un acuerdo, no me falle.

—Quince mil por chica más lo acordado por los papeles. De repente me he vuelto codicioso.

—Doce mil.

—Doce mil.

Mientras observaba el lento caminar del señor Onazi hacia la puerta, el cerebro de Sancho procesaba cientos de posibilidades cuyo orden no importaba y no existía la probabilidad de repetir. Permutaciones imposibles con un resultante verbalizado en cinco

sílabas.

—¡Hay que joderse!

Algo más tarde, mientras esperaba junto a su vehículo a que Vincent Dare regresara para llevarlo de vuelta a Santiago de Compostela, Joseph Onazi hacía una llamada.

—¿Cómo está Romina? —preguntó él en su idioma.

—Se recuperará —le informó Juliet.

—Me alegro, me encargaré de que reciba lo acordado. Acabo de ver a tu Romeo. No me falles ahora, estás a punto de saldar tu deuda.

—Nunca lo he hecho.

—Quiero saber qué hace y, sobre todo, con quién habla. Necesito ese contacto.

—Conozco mi labor.

—Lo sé, preciosa. Confío en ti.

—Joseph —dijo ella antes de que colgara—, muchas gracias por no permitir que…

—Yo protejo a mi gente.

Residencia de Álvaro Peteira (Valladolid)

—Érase una vez un hombre que iba por una carretera acompañado por su caballo y su perro. Repentinamente, les cayó un rayo encima y se murieron los tres.

—Joé, papá, pues sí que empieza bien el cuento —protestó Marcos desde la litera de abajo, tapado con el edredón hasta el cuello.

—Los cuentos comienzan como comienzan y, si escucharas en vez de comentar la jugada, lo mismo llegamos al final antes de que se me enfríe la cena.

—Vaaaale —consintió.

—Pues eso, que los tres siguieron caminando, porque hay veces que los muertos no se dan cuenta de que lo están —prosiguió Peteira—. Llevaban todo el día de viaje, hacía mucho calor y se sintieron sedientos.

—¿No llevaban cantimplora? —quiso saber Santi incorporándose en la litera superior.

—Pues no.

—¡Menudos pringaos! —calificó arrancando la carcajada de su hermano gemelo.

—Otro comentario más y os quedáis sin saber cómo termina —advirtió Peteira, tratando sin éxito de dotar a sus palabras de credibilidad.

Hasta que las risitas no se apagaron, no continuó.

—Un rato más tarde, llegaron a una puerta de oro y mármol con

incrustaciones de piedras preciosas custodiada por un guardián todo cachas. El hombre le preguntó que cuál era ese lugar y el guardián le respondió que era el cielo. El caminante se puso muy contento, porque estaba seguro de que allí podrían beber agua; pero el guardián le dijo que solo podía pasar él, que los animales debían quedarse fuera.

—Que hubieran puesto un cartel —comentó de nuevo Marcos.

Su padre obvió la observación.

—Muy decepcionado, el hombre se marchó con los animales y continuó su camino. Muertos de sed, se encontraron con otra puerta, esta de madera carcomida custodiada por un viejo sentado en el suelo. El hombre le dijo que estaban muertos de sed y el anciano les invitó a beber en una fuente hasta que se hartaron.

—¿Y no les dio una cantimplora? —insistió Santi.

—Y dale con las cantimploras.

—¡Qué rata!

—A lo mejor no tenía —lucubró Marcos.

—Pues menudo cielo de eme.

Peteira consumió las últimas reservas de paciencia.

—El hombre le dio las gracias y antes de marcharse quiso saber dónde estaban. El viejo le reveló que se encontraban en el cielo y el hombre, sorprendido, le informó de que más abajo había otro lugar donde les habían dicho lo mismo. Este se rio antes de desvelar el secreto: «El anterior sitio era el infierno y se situaba antes de llegar al cielo porque es el lugar donde se quedan las personas que son capaces de dejar tirados a sus compañeros de viaje». Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—Y colorín colorete, de mi culo sale un cohete —replicó Santi como era su costumbre.

—Buenas noches. Y no nos deis la tabarra como ayer, que os jugáis la propina del fin de semana y probablemente del mes. ¿Entendido? —les amenazó Peteira.

—Vale, papá.

—Papá —intervino Marcos—, ¿cuál es la moraleja del cuento?

—Pues, hijo, está más que claro —respondió al tiempo que apagaba la luz—. Que en los momentos difíciles no puedes abandonar a tus mejores amigos, ¿entendiste?

Marcos asintió.

—Vale.

—Buenas noches, chicos.

Según cerró la puerta, notó que se le arrugaba el corazón.

—Me cago en mi puta vida —murmuró para sí.

El filete de ternera estaba casi intacto y Patricia supo leer entre las líneas que conformaban sus contrariados rasgos faciales.

—¿Qué pasó, Álvaro? Arrastras una cara de *ferreiro* que no puedes

con ella.

—Nada, solo que no tengo mucho apetito esta noche.

—Y una leche. Hace un rato te habrías comido la vaca entera. ¿Ha pasado algo con los nenos?

—No, ¿qué va a pasar? Son unos tocapelotas, como su madre, pero eso ya lo sabíamos.

—Sigues rumiando el tema de Sancho.

Peteira dejó caer los cubiertos sobre el plato.

—Sigo. Porque manda carallo que les cuento a los chicos el de Coelho, la fábula sobre el hombre con el caballo y el perro que llegan al cielo y…

—Me lo sé, Álvaro —le cortó.

—¡Pues eso! Que a los niños les insisto en el rollo de lo importante que es la amistad, cuidar de tus amigos, no abandonarlos cuando están jodidos, y mira lo que he hecho yo con Sancho. ¡Joder! Que fue el único que nos ayudó con Marquiños, que se jugó el pescuezo para conseguir el dinero y ya viste cómo se lo pagué: dándole una hostia y dejándolo allí tirado, ahogándose en su mierda, más solo que la puta una.

Patricia sabía que cualquier comentario que hiciera no iba a ser acertado y decidió adoptar una postura de escucha activa.

—Le he dado mil vueltas. No me cuadra. Es que no era él, era otra persona. Yo sé cómo es Sancho. Lo conozco muy bien y estoy seguro de que algo le pasa, pero por algún motivo no quiso contármelo. Me echó de allí a la primera de cambio. Sin más. Algo le pasa —insistió.

—Averígualo.

—¿Y qué crees que llevo haciendo estos meses atrás? Ya sabes lo que me costó encontrarlo.

—Tú lo conoces mejor que nadie y si no lo reconoces es que hay cosas que se te han escapado. Hay dos formas de afrontar un problema: abriendo una hoja de Excel o abriéndose paso; y a ti, los únicos números que te vienen a la cabeza son los dorsales de los jugadores del Celta. Ábrete paso, mueve el culo. Vuelve allí y averigua qué diantres le pasa a Sancho.

Álvaro Peteira levantó la vista. Sus pupilas oscilaban levemente, ruborizadas por una sensación de vergüenza que no había dejado de acompañarle desde que salió derrapando de Gondomar.

—Lo mismo tienes razón.

—Lo mismo.

El subinspector resopló.

—¿No tienes unos días pendientes que te deben? Habla con Robles, ella lo entenderá y es posible que hasta te eche una mano.

—Pero los tenía ahí guardados para subirnos a La Guardia en verano.

—¡Déjate de *caralladas!* Tal y como estás, no me subo yo contigo y con los niños a ningún sitio. Resuelve tus cosas con Sancho. *¡Morra o conto!*

Hacía tiempo que no le escuchaba esa expresión gallega con la que Patricia solía zanjar las discusiones.

—Hablaré con Robles en cuanto pueda.

—Muy bien. Y ahora termínate el filete, que no los regalan —dijo ella.

La carne, ya fría, se le hizo bola, pero, acostumbrado a tragar con todo, la masticó concienzudamente.

Playa América (Nigrán, Pontevedra)

El viento del suroeste había arrastrado el orvallo, invisible y pertinaz; inagotable. Caminaba descalzo, cabizbajo, sintiendo el tacto de la arena bajo los pies. El agua resbalaba sin oposición por el cuero cabelludo recién afeitado antes de encontrarse con la frondosidad de una barba abandonada a su agreste fatalidad.

Sancho levantó la vista para comprobar que la playa estaba vacía, llena de lluvia. Se preguntó cuántos tesoros estarían ocultos en las proximidades y, por primera vez, echó en falta tener un móvil con GPS para localizar algún *cache*. La divagación le llevó a concluir que el geocatching podría revolucionar el mundo de los videojuegos con solo aprovechar el entorno como un infinito escenario virtual donde desarrollar las misiones.

Los últimos días habían transcurrido con extrema lentitud, muy densos, como si quisieran resistirse a la voracidad del paso del tiempo. Pasaba las horas muertas con Juliet interpretando el papel de adicto al sexo, un cometido con el que empezaba a sentirse ciertamente incómodo. Sin embargo, era muy consciente de que nada podía hacer por modificar su situación, atrapado entre la obligación y los sentimientos, aferrado a su propia desventura, igual que un náufrago agarrado a un tablón de madera podrida, a merced de las corrientes, asumiendo que más pronto que tarde terminará siendo devorado por el océano; uno idéntico a ese tan bravío que le estaba mojando hasta los tobillos.

Y quizá no fuera un mal epílogo para él.

Sancho se quitó el agua de la cara antes de girarse para comprobar que estaba a la altura de su destino. Trazó una línea recta para llegar al paseo marítimo y adecentarse un poco, lo suficiente para no llamar la atención en la cafetería del hotel Miramar. Mientras se sacudía los pantalones se fijó en un tipo que lo observaba desde una ventana de un bloque de viviendas en primera línea de playa. Su cara le resultaba

familiar, más bien sus ojos, tristes pero vivos, pesarosos por defecto o por exceso. Sin saber muy bien por qué, Sancho levantó la mano y el hombre le correspondió regalándole un gesto amable de trazas chanceras. Seguidamente, el desconocido desvió su atención hacia el horizonte, expectante, como si fuera a pasar algún cometa o a bajar un platillo volante.

Aquello mejoró su estado de ánimo.

La decoración de la cafetería era monótona, acorde con la música que ambientaba el local. Las mesas estaban ocupadas por los clientes acostumbrados a desayunos tardíos, a mañanas sin obligaciones que se funden con las tardes que se confunden con noches. La barra estaba ocupada por los pocos que tomaban el segundo café del día. Su contacto lo hacía en el extremo más alejado de la ventana. Sancho se acercó sin ninguna prisa y de camino hizo preso un ejemplar del *Faro de Vigo* que andaba sin dueño aparente. Lo desplegó sobre la barra en el espacio limítrofe al del hombre del pelo cano.

—Uno solo, por favor —pidió Sancho.

—Llegas tarde.

—Últimamente me lo dicen mucho —respondió en voz queda, sin levantar la vista de un artículo en la página de cultura que hablaba del empeoramiento del estado de salud de Ray Manzarek, teclista y miembro fundador de The Doors.

—Aquí tienes todo lo que has pedido —indicó tamborileando con los dedos de la mano izquierda sobre una carpeta de tapas marrones —. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Es curioso. The Doors ha vendido más de cien millones de discos en todo el mundo y yo creo que no he escuchado ni un solo tema suyo de forma voluntaria —comentó.

Una mirada de desprecio rebotó en el espejo que tenían frente a ellos, pero se perdió por encima de la cabeza del pelirrojo.

—El de arriba es la matrícula del contenedor, el de abajo es el teléfono.

Un trozo de papel doblado apareció entre los dedos del pelirrojo y desapareció entre los de su contacto.

—¿Hasta dónde piensas llegar?

—Hasta donde me dejen.

—Tú mismo, pero la próxima vez trata de ahorrarme el hecho de tener que verte, busca otra forma. ¿Entendido? —dijo el hombre tirando un par de monedas sobre la barra—. Cuídate —se despidió.

Sancho no abrió la boca y, nada más ver cómo se alejaba a través del cristal, llamó la atención del camarero.

—¿Sabe si hay alguna tienda de discos por aquí cerca?

Una hora más tarde estaba frente a Elepé, la tienda de discos con más solera de Vigo. El rótulo cumplió con su propósito sugerente. Las

letras corpóreas fabricadas en acero destacaban sobre el fondo oscuro de la carpintería como una sonrisa seductora en un funeral.

Decenas de carteles cubrían el escaparate y miles de vinilos y cedés hacían lo propio en mesas, expositores y estanterías.

Un único cliente: uno pelirrojo.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle? —le preguntó a Sancho un hombre corpulento de frente despejada mientras se limpiaba los cristales de las gafas con una camiseta negra de Guns N'Roses.

—Estoy buscando la discografía de The Doors.

—¿Cedé o vinilo?

—Cedé.

—Soy Suso, acompáñeme, por favor. Nuevo no hay nada. Lo último que se publicó fue una recopilación remasterizada de esas, hará un par de años calculo yo. Vamos a ver si en la sección de producto de segunda mano encontramos alguno. Tiene que haber por aquí —se dijo como si aquello supusiera un reto personal. El empeño le hizo colegir a Sancho que el hombre debía de ser el dueño del negocio. No se equivocaba—. Aquí está. Y aquí hay otro, ambos son recopilatorios. Este —le mostró— es más reciente.

—Me lo llevo.

—Muy bien. ¿Necesita algo más?

Sancho se metió las manos en los bolsillos traseros del vaquero y dio rienda suelta a la mirada para que recorriera el interior de la tienda.

—Dos vidas para poder disfrutar de todo esto.

—No crea, solo hay que saber elegir bien en qué invertimos nuestro tiempo. Yo he escuchado todo o casi todo lo que tiene a la vista y mucho más, pero, claro, llevo dedicado a esto desde antes de lo que soy capaz de recordar.

—Efectivamente. Todo es cuestión de tiempo y, por lo que veo, en esto de la música volvemos al pasado.

—¿Lo dice por los vinilos?

Sancho asintió.

—Yo nunca dejé de tenerlos, pero sí, hace unos años ha renacido el interés por los elepés. El formato digital trajo nuestra destrucción.

—¿Por la piratería? —se adelantó Sancho.

—Eso fue la puntilla, pero antes hubo más. Primero llegó el dinero fácil, billetes y billetes, y con ello la proliferación de tiendas que…, dicho rápido y mal, no tenían ni puta idea de nada. Lo mismo te despachaban una barra de pan que plástico empaquetado —dijo Suso sacando un disco de la caja—. Entonces, las discográficas necesitaban más mierda para vender y cualquier grupito que te hacía un tema bueno lo explotaban en las radio fórmulas hasta la saciedad y te enchufaban otras nueve canciones de relleno. Durante un tiempo el cliente tragó, pero cuando despertó les dio la espalda a la industria, al

artista, al tendero y hasta a su puta madre. Disculpe el lenguaje, pero no controlo la húmeda cuando hablo del asunto.

—No se preocupe, entiendo que se le remuevan las tripas.

—Todos asistimos a la agonía de la industria de brazos cruzados. Y solo cuando comenzaron a caer las ventas nos empezamos a preguntar qué coño estaba sucediendo. Antes, un disco de platino eran cuarenta mil copias colocadas, ahora si alguien vende siete mil es número uno y a partir de quinientos entras en el top de ventas.

—Quinientos los vendemos usted y yo, y sin instrumentos —propuso Sancho en tono jocoso para tratar de enfriar el discurso.

—En el top manta, puede, pero no espere recaudar mucho en El Corte Inglés, que ya habrá visto qué secciones tienen dedicadas a la música, ¿no? La de bragas triplica el espacio.

—La braga ya no se lleva, hombre. Aunque lo mismo vuelve, como el vinilo.

Suso soltó una sonora carcajada.

—Una vez, se me plantaron dos tíos ahí fuera con sus mantas. Llamé a la municipal y tardaron cuarenta minutos en aparecer. Lo cojonudo es que yo he visto clientes míos de toda la vida comprando esa basura y luego se me quejaban porque se escuchaba mal. Ya no se venden ni a un euro y los negritos se han pasado a los bolsos, que les renta más. Las discográficas se dedicaron a pelearse entre ellas en vez de crear un frente común y al gobierno le importó un auténtico carajo que cerraran cientos de tiendas porque las empresas de telecomunicaciones los tenían bien agarrados por los huevos. Había que vender muchas ADSL con un canuto así de gordo —escenificó con ambas manos— y con tarifa plana para descargar música, películas y videojuegos a toda leche. Todo gratis bajo el argumento de compartir la cultura. Y pronto caerán los libros, se lo digo yo, que van por el mismo camino. El otro día, una vecina me enseñó su biblioteca: un pincho con dos mil novelas. ¡Dos mil! Ni en mil vidas se lee esa dos mil novelas.

—A dos novelas por vida, lo mismo sí.

—Que no, que no…, que es solo por fardar. Sus hijos están descargando cosas las veinticuatro horas del día, así les va, que no aprueban un examen ni con el libro delante.

—Futuros ministros de Cultura —auguró Sancho.

—Que les vayan dando la cartera. El caso es que hoy quedamos menos de trescientos puntos de venta especializados, básicamente los cuatro gatos que amamos la música. Y aquí estamos, tratando de sobrevivir —concluyó.

La ausencia de clientes hizo que la conversación se prolongara algunos minutos más. Hablar de asuntos triviales supuso un bálsamo de efecto inmediato para elevar el ánimo de Sancho.

Finalmente hicieron una *tournée* por la tienda.

—¿Y este? —preguntó curioso Sancho.

—Ese es Nick Cave, rock & roll de muchos quilates. El tipo tiene un vozarrón maravilloso y firmó algunos trabajos dignos de colección.

—Pues en la mía no está.

—Eso se puede arreglar, ¿no cree?

—Por la vía rápida, además.

Pero se tomaron su tiempo.

—¿Y qué hay de nuevo en el panorama nacional? —se interesó Sancho.

—*¿Indie?*

—O vaqueros, lo mismo me da.

—Es que ahora si no vas con la etiqueta de *indie* no suenas ni en el salón de tu casa. Los que están pegando son Vetusta Morla, Supersubmarina, Lori Meyers, Sidonie, Love of Lesbian y, cómo no, mi paisano, Iván Ferreiro.

—A ese sí lo conozco, claro, pero los otros…; creo que ando un tanto desfasado.

—Mire: hay un grupo que se llama Izal con el que mi sobrina, que vive en Madrid, está loca, pero loca de verdad. El otro día me llamó desde no sé dónde coño estaba para ponerme no sé qué coño de canción suya que estaban haciendo en directo. Como si se escuchara algo. El caso es que la niña no suele confundirse y cuando un grupo le entusiasma de esa manera es que algo tiene.

—¿Y cuántos años tiene su sobrina?

—Veintisiete o veintiocho, por ahí —estimó Suso.

—No se hable más, *Magia y efectos especiales* —leyó en la portada—. Se viene conmigo

—Tendría que trasladarse a vivir por aquí, amigo. Déjeme que le regale uno de mi cosecha. No son superpopulares, pero para mí estos catalanes son una de las mejores bandas que hay ahora mismo en España. Son distintos y eso, en los tiempos que corren, ya es muy meritorio. Standstill, se llaman. A finales de año sacan un nuevo trabajo, así que llévese el anterior, *Adelante, Bonaparte,* es una auténtica joya.

Cuando Sancho se vio de nuevo en su casa, su cuerpo le pedía una buena sesión, una ingesta inminente. Sin preámbulos, abrió una cerveza y se ajustó los cascos del *discman*.

De las once nuevas adquisiciones con las que había salido de Elepé, se decantó inicialmente por The Doors por ser la que había originado el terremoto. Le sonaban muchas canciones, como: *L. A. Woman, Riders on the storm, Brake on through (to the other side), Light my fire* o *Hello, I love you. The end* la degustó cuatro veces. Seguidamente, le quitó el plástico al regalo que Suso le había hecho. Era un triple cedé,

la cuenta estaba clara: a cerveza por compacto. En el segundo ya había llegado a la misma conclusión que Suso. Standstill eran distintos y cuando introdujo el tercero en su reproductor, supo que al terminar tendría que volver a poner el primero. El estribillo del último corte, *Canción sin fin (epílogo),* se hizo hueco en su memoria a codazos.

La vida es domingo,
canción sin fin,
noche de estrellas
y un rato en el jardín.

—Si hay una canción para cada momento y un momento para cada canción, ¿en qué momento me sitúa esta, hijo de puta? —le preguntó a Augusto.

LA CRUZ EN EL PECHO Y LA ESPADA EN LOS HECHOS

Casino The Venetian
Macao (China)
Abril de 2013

No estaba de humor para aguantar el bullicio que reinaba en uno de los complejos hoteleros más lujosos de Asia.

Se podía respirar la adulterada opulencia que supuraba de los poros de la nueva clase pudiente china, deseosa de alardear de prodigalidad en cualquiera de las más de trescientas tiendas repartidas por la zona de canales artificiales surcados por gondoleros ficticios o directamente en los infinitos salones de juego del segundo casino más grande del mundo.

Murales y frescos colosales vestían los techos abovedados, inalcanzables cielos de los que se descolgaban lámparas de araña como si fueran a dejarse caer sobre sus presas de un momento a otro; iluminación engañosamente cálida; molduras muy doradas; tonos pastel, esmeraldas y azules; superficies deslumbrantes; tapices y alfombras; espejos por doquier y mobiliario tallado de estilo barroco. Todo agigantado, recargado y agobiante para alguien de costumbres austeras con una tarea muy sobria por realizar.

El arcángel mayor de la Congregación de los Hombres Puros detestaba tener que ir a lugares como ese. Porque para él todo eso no era más que el engranaje de una inmensa Torre de Babel cimentada en el vacío de la ostentación, donde la esencia se explicaba a través de la exaltación del dinero y el despilfarro era el único idioma.

En el ascensor que le llevaba hasta la trigésima novena planta se vio forzado a enterrar su mirada en el suelo marmóreo para evitar encontrarse con las de sus cuatro acompañantes, ávidas y lujuriosas, del todo aberrantes.

Vlade Ilić trató de centrarse en el encuentro que iba a mantener con Wang Wei-Zhu, el líder del ramal de una importante tríada china en Macao. Y no era baladí, pues aquella gran Las Vegas de Asia era el único reducto en el país más poblado del planeta donde se permitía el juego. Se contaban más de cuarenta casinos, muchos de ellos

considerados entre los mejores del mundo, como era el caso de The Venetian. Aquel ingente volumen de facturación, cinco veces superior al recaudado en Nevada, atraía todo tipo de negocios. Negocios para los que no se expedían licencias, pero que generaban tantos beneficios que la disputa por el reparto de la tarta entre las principales organizaciones delictivas que operaban en la zona era feroz. De entre ellas, la de Wang Wei-Zhu se alimentaba principalmente del tráfico de estupefacientes. El viejo Cabeza de Dragón recientemente puesto en libertad trataba de recuperar el tiempo perdido en la cárcel, desde donde había seguido controlando su red criminal mientras trataba de no ceder espacio a quienes ansiaban ampliar su territorio a costa suya.

El arcángel Miguel no solía tratar directamente con ellos, pero las órdenes de Corteza de Roble no eran discutibles: tenía que salir de allí con la solución bajo el brazo.

El pitido del ascensor lo devolvió a la realidad. No se percató de que los clientes del hotel se habían apeado en plantas inferiores hasta que se abrieron las puertas. Se secó el sudor de las palmas de las manos en la chaqueta del incómodo traje gris marengo que se había comprado para la ocasión. La primera muestra de respeto empezaba en el atuendo y su interlocutor así tenía que percibirlo. El pasillo presentaba la misma decoración suntuosa de corte veneciano, excesivamente abigarrada, como las expresiones de los dos desgraciados que le aguardaban para conducirlo a presencia de su amo. Uno de ellos, el más veterano, le cacheó antes de echar a andar y el otro lo siguió a un metro de distancia. El primero se detuvo frente a una puerta y pasó la tarjeta de acceso por el lector. Las escaleras ascendían al último piso, donde se ubicaban las suites que no figuraban entre las tres mil de que disponía el hotel. Enseguida identificó en cuál se iba a producir la reunión con Wang Wei-Zhu, esa cuya puerta custodiaban otros dos desventurados que lucían idéntico semblante que sus compañeros. Vlade Ilić no quiso contener el esbozo de sonrisa que fue ganando terreno a la solemnidad, porque, en realidad, disfrutaba de esos momentos de tensión.

La puerta se cerró tras él. La habitación tenía más de cincuenta metros cuadrados distribuidos en una planta rectangular y diáfana a los que se añadía el espacio de una generosa terraza parcialmente cubierta por vegetación exótica. Estaba claramente decorada al gusto del ocupante, pues los motivos de corte barroco habían sido reemplazados por otros de estilo oriental. La predominancia cromática del rojo y el amarillo le resultó cargante, pero enseguida le envolvió una sensación extrañamente relajante. Una mesa baja con dos cojines enclavada en el epicentro de la sala atrajo sus pasos, marcha que fue interrumpida por la aparición en escena de Wang Wei-Zhu. Caminaba ligero, encorvado, con la cabeza agachada, las manos agarradas a la

espalda y seguido por dos de sus hombres con poco aspecto de desgraciados; más bien de causar desgracias. A pesar de rondar los sesenta, su cabello lucía un aspecto vigoroso, negro y brillante, lo cual despertó la envidia en el arcángel. El Cabeza de Dragón se dejó caer de rodillas sobre uno de los cojines y, sin quitar la vista del cuenco de fruta y la tetera, le señaló el lugar que debía ocupar.

—He accedido a recibirle porque viene usted en calidad de emisario de la Congregación —dijo en un inglés poco afortunado.

—Se lo agradezco.

—Déjeme decirle algo: en el lugar en el que crecí, distinguimos entre conversaciones y discusiones. Las primeras son amistosas porque existe respeto mutuo entre las partes; las segundas no, porque se produce un desequilibrio en este punto, es decir, que una parte no respeta a la otra.

—Yo le respeto profundamente.

—Yo a usted no.

Vlade Ilić no se esperaba aquello, pero, más que sentirse ofendido por la afrenta, le despertó un interés que no tenía.

—Discutamos entonces —le retó.

—Sea. Usted ha venido a mi casa para decirme con quién me autorizan hacer negocios y con quién no. A la organización que representa le interesa mantener la hegemonía de los Yamaguchi-gumi en la zona porque ellos nutren de carne fresca sus repugnantes redes de prostitución. En ningún momento han tenido la gentileza de preguntarnos qué es lo que nos conviene a nosotros, sin embargo, se permiten el lujo de…

—¿Son frescos? —le interrumpió.

—¿Cómo dice?

—Los melocotones. Me encantan los melocotones y hace tiempo que…, ¿le importa que pruebe uno?

Wang Wei-Zhu no supo cómo reaccionar. Vlade Ilić alargó el brazo, agarró una pieza y se la acercó a la nariz.

—Huele de maravilla. En el lugar en el que crecí, distinguimos entre dos tipos de melocotones: los que están buenos y los que no lo están. Este parece del primer grupo. Continúe, se lo ruego.

El chino se aclaró la garganta, más por la necesidad de aclarar sus pensamientos que porque lo requiriera la garganta.

—El trato ya está cerrado con Valeri Klepinin. Recibimos su dinero y ellos recibirán la mercancía. Nosotros siempre cumplimos y vamos a continuar…

—¿Está lavado? —intervino de nuevo.

Esta vez Wang Wei-Zhu soltó una carcajada estridente.

—Ya sé lo que pretende, pero le aseguro que conmigo no le va a funcionar.

—No me malinterprete, señor. Como sabe, los cultivos los fumigan con productos que son perniciosos para los seres humanos y no me gustaría pasarme las doce horas de vuelo de regreso a casa en el baño del avión. Si fuera tan amable de facilitarme un cuchillo para pelar este melocotón, le estaría eternamente agradecido.

El mafioso chino accedió, sin duda por desconocimiento de la verdadera identidad del emisario de la Congregación. Durante los siguientes minutos se entretuvo pelando la pieza de fruta mientras Wang Wei-Zhu seguía fabricando palabras cargadas de amenazas y reproches hacia la organización que, indirectamente, le daba de comer. Al terminar, dejó el cuchillo sobre la mesa y mordió el melocotón teatralizando un intenso placer al tiempo que se ponía de pie.

—Me va a disculpar, pero estoy operado de las dos rodillas y no aguanto un segundo más en esta postura.

Uno de los hombres de Wang Wei-Zhu tomó contacto con su arma automática, un subfusil de culata plegable. El otro se contagió por simpatía y le imitó segundos después. El arcángel no dio muestras de sentirse incómodo por ello.

—Hace una tarde maravillosa. Supongo que desde aquí podrá disfrutar de una puesta de sol increíble —dijo con la boca llena al tiempo que se aproximaba a la terraza—. El ocaso del día es siempre distinto —juzgó después de tragar—. Debo ser sincero con usted: comprendo su postura, por eso le respeto. Como sabe, la Asamblea me ha enviado para tratar de hacerle cambiar de opinión, pero sé discernir si existen posibilidades con solo mirar a la otra parte. Además, tiene que creerme si le digo que entiendo sus razones. ¿Puedo? —preguntó asiendo el tirador de la puerta corredera de cristal que le separaba de la terraza. El arcángel no espero la respuesta y, sin poner un pie fuera, inspiró profundamente.

—El aire del exterior está más contaminado que el que se respira aquí dentro —observó Wang Wei-Zhu en un tono menos agresivo, mitigado por lo que acababa de escuchar de boca del emisario.

—Puede, pero es aire —improvisó dando los dos últimos mordiscos al melocotón—. Excelente.

—Entonces…, ¿qué les va a decir a los de la Asamblea?

Vlade Ilić se sacó el hueso del melocotón de la boca y lo arrojó al vacío apretándolo con los dedos índice y pulgar, como hacía cuando era un niño con las guerras de huesos de las aceitunas. Luego se volvió muy despacio y fue acercándose de nuevo a la mesa de la que Wang Wei-Zhu no se había movido. Algo en su semblante había cambiado: los músculos de la cara empezaban a verse tomados por la crispación.

—Yo solo rindo cuentas a una persona —recalcó como preludio—. Pero ya que tiene tanto interés le diré lo que va a pasar: le comunicaré

que he solucionado el problema que teníamos en Macao.

El Cabeza de Dragón no sabía si alegrarse o no, pero no pudo contener la pregunta.

—¿Cuál es la solución, a su juicio?

—En realidad la solución me la proporcionó nuestro Gran Maestre, Corteza de Roble: eliminar el problema.

Dos fuertes chasquidos provenientes del exterior le hicieron dirigir su atención hacia la terraza. Sonaron como el crujir de ramas secas, lo cual no encajaba, dado el vigor de las plantas que había allí fuera. La reflexión fue interrumpida al escuchar algo que se desplomaba detrás de él. Al girarse y ver que sus hombres yacían en el suelo y que parte de su masa encefálica no estaba contenida dentro del cráneo, entendió desde dónde provenía la amenaza.

Se equivocaba, pero no fue consciente de ello hasta que notó la hoja del cuchillo de la fruta penetrando el tejido bajo la nuez.

Instintivamente, Wang Wei-Zhu buscó agarrar el mango con ambas manos, pero el arcángel Miguel se lo impidió sujetándole con fuerza por las muñecas.

—Si se lo saca, se ahogará en su propia sangre —le informó con cierta candidez, como el tono que usa una madre para advertir a sus hijos sin querer reprenderlos—. Es posible que el corte le haya afectado las cuerdas vocales, por eso no puede gritar, pero le aseguro que no le ha tocado ninguna vena ni arteria vital. Notará que le cuesta respirar, pero es solo por la hoja, que está impidiendo parcialmente que el aire circule por la tráquea. Voy a soltarle, usted decide si puede soportar esa molestia o prefiere morir como un cerdo, desangrado.

La mirada errática de Wang Wei-Zhu evidenciaba su estado de desesperación. Un silbido agudo acompañaba su irregular ingesta de oxígeno al tiempo que un fino afluente carmesí descendía hacia su pecho siguiendo el cauce de la gravedad. Quería arrancarse el cuchillo, pero algo le decía que el emisario de la Congregación no mentía. En ese momento, un hombre embutido en una suerte de maillot negro hizo acto de presencia desde la terraza. Era de complexión más bien delgada, pero fue la cara lo que atrajo su atención. Tenía los ojos enormes, muy oscuros y bastante separados entre sí, como si no se fiaran el uno del otro, y el tabique nasal, ancho y corcovado, hiciera de separación amistosa. De frente estrecha y huidiza, llevaba tatuada una corona de espinas que se perdía tras una maraña de pelo grueso. Bajo su bigote de oficial cosaco trataba de disimular el labio leporino al tiempo que equilibraba el pronunciado prognatismo mandibular con el que se remataba la fealdad de un rostro netamente agresivo. Lo único que destacaba positivamente en su maltrecha morfología lo guardaba a buen recaudo dentro de la boca, como si fuera su tesoro más preciado: las piezas dentales, todas

implantadas, perfectas. Una obra digna del mejor arquitecto renacentista.

—Le presento a mi hermano Rafael, arcángel de la Congregación. Creo que no hace falta que profundice en sus virtudes, su reputación le precede. Como le venía diciendo, ser desleal a la organización que le protege y vivir para contarlo es del todo incompatible —sentenció —. Mírelo por el lado positivo, ya no tendrá que preocuparse por la aparición de las canas.

Pero el viejo Cabeza de Dragón ya no le prestaba atención. Arrodillado, con las manos sobre los muslos, no quitaba ojo de las grimosas facciones del recién llegado.

—¿Está despejado? —le preguntó al recién llegado.

Este asintió.

—Terminemos de una vez —dijo extendiendo la mano para recoger su espada flamígera de empuñadura corta en forma de cruz bañada en oro. Damocles le había enseñado bien cómo cercenar una cabeza, pero Vlade Ilić odiaba tener que cumplir con aquel ritual impuesto por Corteza de Roble. Un adorno del todo innecesario y tremendamente engorroso. La firma de los arcángeles de La Congregación—. Hazlo tú —le ordenó a Rafael.

A Wang Wei-Zhu se le empezaba a nublar la vista, aunque eso no le impidió vislumbrar lo que iba a suceder. Cerró los ojos esperando que el corte fuera limpio.

—La cruz en el pecho y la espada en los hechos —fue lo último que escuchó.

Los arcángeles no se toparon con ninguna dificultad a la hora de deshacer el camino que había seguido Rafael desde la azotea para acceder a la terraza de la habitación que ocupaba el Cabeza de Dragón, aunque, en ese momento, ya solo fuera cabeza: la solución que Miguel tenía que llevarse bajo el brazo.

—Hermano, a partir de aquí me encargo yo directamente —le informó—. Voy a viajar a Kobe para reunirme con Shinobu Tsukasa y Valeri Klepinin. Conseguiré sellar un acuerdo favorable para ambas partes. Mientras, quiero que hagas algo por mí.

El arcángel se giró interesado.

—Encuentra a Uriel y averigua qué está haciendo.

Rafael no hizo preguntas antes de desaparecer.

DESPUÉS DEL CONEJO IDO, PALOS A LA MADRIGUERA

Monumento a la Marina Universal
Monteferro, Nigrán (Pontevedra)
Abril de 2013

Una oración por los navegantes que, en la lucha por la existencia, hallaron en el mar su sepultura. Por los que han perecido luchando por el honor de su patria o por el ideal. Por tantas tragedias, en fin, sepultadas en el fondo del Atlántico» —leyó Sancho en la inscripción —. Conmovedor —juzgó dándose media vuelta.

Descendió unos cuantos peldaños y se sentó. Desde aquella posición elevada la panorámica era de postal. Las islas Cíes se recortaban sobre un azul intenso que solo se distinguía del que tintaba las aguas del océano por esas delgadas líneas horizontales que dibujaban las olas, finos trazos que se veían como blancos rasguños, heridas leves de inmediata curación.

Subió el volumen de los cascos para volver a escuchar *Creep,* de Radiohead. *Pablo Honey* era una de esas capturas que habían pasado a engrosar su colección de compactos luego de su paso por Elepé. Hasta el momento, todas habían cumplido sus expectativas con creces y ya estaba pensando en volver a hacer una visita a la tienda.

But I'm a creep,
I'm a weirdo.
What the hell am I doing here?
I don't belong here.

Eso mismo se preguntó Sancho: ¿qué demonios estaba haciendo allí? Él no pertenecía a ese mundo, pero, como decía Thom Yorke, él también se había convertido en un bicho raro; un ser despreciable, porque despreciable era su cometido.

La operación estaba en marcha. El buque portacontenedores de bandera danesa, *Marchen Maersk,* arribaba a Vigo en menos de cuarenta y ocho horas procedente del puerto de Dakar. Según la información que le había facilitado Vincent Dare, atracaría entre las

seis y las ocho de la mañana en el muelle de Guixar, la terminal del puerto especializada en la gestión de contenedores. Allí se debía proceder a la descarga de los mil seiscientos cuatro contenedores que se quedaban almacenados en la campa de transporte para su posterior distribución terrestre por carretera o ferrocarril. De ellos, uno de tipo seco y ventilado cuyo destino era una empresa cafetera situada en Tineo, Asturias, contenía veintidós seres humanos además de las veinte toneladas de grano de café que figuraban en el registro de porte. El trabajo sucio se había realizado en el puerto de carga, donde habían clonado la codificación del precinto electrónico del contenedor para introducir a las chicas sin que quedara registrada la apertura en el chip. Al mismo tiempo, habían extraído los mil ciento veintiséis kilos de café para que la báscula de control no detectara el sobrepeso en carne fresca lista para la explotación sexual. Dentro, la mercancía quedaba bajo el cuidado y supervisión de una mami de confianza con un único cometido: asegurar que las chicas llegaban en buen estado al puerto de destino tras las seis jornadas de navegación por alta mar. El último escollo que debían salvar era la inspección del portal espectrométrico instalado en la aduana de salida de camiones del puerto de Vigo. Este realizaba un minucioso escaneo de la carga por rayos X en busca de formas extrañas, espacios sospechosos o mercancías no declaradas. La selección de los camiones se hacía de forma aleatoria más aquellos que los funcionarios decidían basándose en su experiencia, fundamentalmente por el origen. En total, más de dos mil controles al día, demasiados como para dejarlo en manos del caprichoso azar.

Justo ahí entraba Sancho, comprando todos los boletos para que el código alfanumérico de once cifras que identificaba su contenedor no fuera uno de los elegidos.

Si todo salía como lo había estudiado, el transportista contratado por la organización llevaría el camión hasta el lugar convenido, donde abrirían el precinto de la misma forma que en Dakar y extraerían la carne fresca para su ulterior alojamiento en las casas establecidas a la espera de recibir los papeles y ser entregada a sus futuros dueños. Finalmente, con algo de retraso y una ridícula pérdida de producto, la mercancía legal sería entregada en su destino sin levantar sospecha alguna.

El negocio era redondo. Sancho había averiguado las cifras que se manejaban. Valorándolo en términos de marketing, habría que decir que, durante la vida del producto, se tasaba en doscientos mil euros el beneficio neto medio que el proxeneta podía obtener por cabeza o, dicho de forma más apropiada, por cuerpo, su verdadera herramienta de trabajo. Joseph Onazi había establecido su precio de venta unitario en sesenta mil euros, cincuenta mil si se compraba de forma

paquetizada. El cálculo decía que iba a sacar más de treinta mil euros limpios de media por cada una y, habida cuenta de que tenía capacidad suficiente para introducir un mínimo de cien chicas nuevas al mes, el resultante era más que prometedor. El nigeriano era consciente de que iba por encima de lo que establecía el mercado, pero él traía un producto de primerísima calidad por mediación de su experimentada red de captadores y su valor añadido era que lo entregaba exento de taras, limpio, impoluto, gracias a un exinspector de Homicidios pelirrojo que ni siquiera tenía que mancharse las manos para recoger la parte que le tocaba.

Un ser despreciable, como cantaba Thom Yorke.

Ver aparecer el coche de Santiago le sacó de aquellos lúgubres pensamientos. Un poco de compañía y encontrar algunos tesoros le iba a venir muy bien para aligerar su contaminada conciencia.

—Es usted muy puntual, lo cual no se estila mucho en estos tiempos —fue lo primero que dijo el camarero.

—Solo cuando me interesa. Por cierto, ¿cuándo me vas a empezar a tratar de tú?

—Eso me tiene que salir de forma natural. La costumbre, ya sabe.

—Y la costumbre se convierte en ley, que dice el refrán.

—No seré yo quien lo ponga en solfa, que chivo que rompió *o tambor* con su pellejo lo paga.

Sancho se anotó mentalmente el refrán.

—Antes de que nos metamos en harina, le he traído algo —dijo el camarero—. Es un libro que escribió Rodrigo Cota sobre el origen gallego de Cristóbal Colón, para que compruebe que lo que le conté es todo cierto. Hay alguno más que trata el asunto, pero este es el que más claro lo expone y demuestra.

—Muchas gracias, hombre. Me comprometo a leerlo.

—Bueno. Vamos al lío, que el primero no anda muy lejos —le animó.

Dos hallazgos más tarde, ambos regresaban al punto de encuentro.

—Se me fue un poco la hora —comentó Santiago—. ¿Le veré hoy por allí?

—No creo, esta noche tengo una cita.

—¿Así que lo que rumorean las chicas es cierto?

—Sorpréndeme.

—Que anda emparentado con Juliet.

—Emparentado.

—Claro, *arre carallo,* que le han colocado a la chica solo para usted.

—Las habladurías siempre llevan algo de verdad, la cuestión es saber distinguirla del resto de mentiras.

—Se está volviendo muy gallego. Tenga cuidado. Recientemente le he preguntado a Bernardo sobre Juliet y textualmente me dijo que

sabe bien *facer as beiras.*

—Traduce.

—Que se deja querer, pero de forma interesada.

—Después del conejo ido, palos a la madriguera —sentenció dando una patada a una piedra como si quisiera alejar de él aquella advertencia.

—¿Y eso significa?

—Que de poco valen las medidas que uno tome cuando ya no se puede hacer nada.

—¿Eso cree?

—Me temo que sí. A todo esto —retomó Sancho—, Bernardo es el propietario del negocio, ¿no?

—Del local más bien, el negocio como tal lo manejan otros. Ya sabe a quién me refiero.

—Pero supongo que pondrá la mano.

—Digo yo, pero resulta que por allí pasa cada vez menos. Tiene un restaurante en O Porriño, La Caverna se llama, que no es el mejor, ni mucho menos, ni da tanto dinero como el club, pero es menos problemático. Ya me entiende.

Sancho se rascó la barba por debajo del mentón.

—Claro.

—Lo dicho, ándese con ojo —retomó Santiago.

—Lo haré, pero no te preocupes demasiado por mí, sé cuidarme.

—Eso creen los peces antes de caer en la red —bromeó.

—Ya nos veremos. Dos tesoros más —rememoró.

—Urtzi va camino de convertirse en una leyenda —dijo dándole una palmada en el hombro—. Me marcho, que desde que me hice cargo de las trincheras no falté a una sola batalla ni llegué tarde jamás. Cuídese, amigo, todavía está a tiempo.

Un apretón de manos sirvió de despedida. Escena a la que alguien asistía desde una zona suficientemente alejada. Le habría gustado escuchar lo que decían y, aunque podría imaginárselo, ya no se consolaba solo con ello. A partir de ese momento podrían escuchar sus conversaciones dentro del coche, pero tenía que averiguar qué clase de información le estaba filtrando aquel barman charlatán.

Y eso sabía muy bien cómo hacerlo.

Café bar Rosabel, barrio de las Delicias (Valladolid)

La inspectora Robles presentía que la charla que Álvaro Peteira le había solicitado mantener fuera de la comisaría iba a tener relación con Sancho. Las últimas semanas le había notado alterado y, aunque no había afectado a la profesionalidad que caracterizaba el desempeño

del gallego en el Grupo, sabía que tarde o temprano acabaría haciéndolo.

Al igual que sucedía con el resto de compañeros, Sara Robles no había logrado hablar con Sancho desde que le cayera encima la sanción. Al comisario Herranz-Alfageme le había manifestado en persona lo que pensaba al respecto, pero, al no existir disparidad de opiniones, la queja terminó por convertirse en un ataque conjunto contra las formas de hacer de la superioridad. Fue poco fructífero, pero a ambos les produjo un pasajero efecto consolador. De nada iba a servirles la protesta, así que la inspectora siguió el consejo de Copito y concentró sus esfuerzos en los casos que tenían abiertos, que no eran pocos. En lo personal, Sara Robles acababa de empezar una relación con un tipo que conoció durante un fin de semana de escalada en los Picos de Europa. Pedro era divertido, sin taras aparentes ni pasados ocultos, lo cual le hacía sumar todos los requisitos mínimos que ella buscaba en una pareja. Además, compartían la afición por la montaña y eso era un plus difícilmente rechazable. A pesar de ello, de vez en cuando la asaltaban sentimientos relacionados con el pelirrojo que, por imposibles de descifrar, siempre terminaban en el cajón de sastre del afecto.

—Gracias por venir —le dijo el subinspector nada más verla—. ¿Quieres que nos sentemos?

—Depende de la gravedad de lo que me vayas a contar.

—Entonces, aquí mismo.

Tras relatarle los hechos vividos en casa de Sancho, omitiendo algunos detalles que no consideró necesarios como el asunto del pasaporte, Peteira atacó directamente el asunto.

—Necesito algunos días para volver allí y arreglarlo.

La inspectora meditó la respuesta.

—No hay ningún problema, pero no termino de entender por qué necesitas varios días.

La observación incomodó al gallego, pero había decidido que no le iba a mentir más de la cuenta a su jefa.

—Tengo la sensación de que Sancho anda metido en algún lío que no me quiere contar, así que pienso averiguarlo.

—¿Qué tipo de lío?

—Ni idea.

—Ya.

—Si lo supiera, ya te lo habría dicho —añadió de forma convincente.

—Sancho es una buena persona y si tú crees que le pasa algo no seré yo quien te lleve la contraria ni te ponga dificultades. Solo te voy a pedir que, cuando vuelvas, me dejes ver la peli sin cortes ni censuras.

Peteira no quiso alargarlo más y consintió con un ademán casi imperceptible pero suficiente.

—¿Tienes prisa? —le preguntó ella.

—La verdad es que no.

—Entonces te dejo que me invites a una cerveza mientras cuadramos esos días en el calendario y así me cuentas lo que me has ocultado antes.

Exterior del Hotel Club El Pensador

Eran más de las cinco de la madrugada cuando se dirigía a su vehículo para volver a casa. No recordaba una noche tan poco ajetreada detrás de la barra.

Santiago Cabarcos llevaba una vida al servicio de los demás. Le venía de cuna. Sus padres regentaban un negocio familiar de ultramarinos en Redondela y desde los catorce ayudaba a despachar los fines de semana. No fue buen estudiante ni malo tampoco, simplemente no fue. Porque en su casa los libros de texto no estaban bien vistos teniendo un negocio que atender. Tampoco se aceptaba que le atrajeran más los pantalones que las faldas, así que mantuvo oculta su condición sexual, encerrada en el mismo sitio en el que guardaba sus ambiciones y sueños. No salió de la comarca hasta que le tocó hacer la mili en La Coruña y aquello significó, igual que para Frodo Bolsón, un antes y un después. Antes no había tenido contacto con las drogas; después ya no pudo separarse de ellas. A Santiago le engulló la marea blanca que asoló las costas gallegas a principios de los ochenta con la *fariña* proveniente de Colombia. Estaba escrito que, en aquella tierra que tanto trabajo había dado a estraperlistas y contrabandistas, bien podrían arraigar las raíces del vigoroso nuevo ramal europeo de la coca. Se decía que no enganchaba, que no era como el caballo que consumían los colgados esos de las jeringuillas, pero lo cierto fue que llegó a los treinta sin apenas recuerdos de la década anterior. Lo máximo que alcanzaba a recuperar de aquella época eran imágenes distorsionadas, amontonadas en un horizonte temporal confuso, divergente. Trabajos esporádicos, relaciones sexuales fortuitas y otras eventualidades que giraban en torno a la farlopa, acontecimientos sin espacio propio, hechos que no lograba encuadrar en la línea del tiempo.

Pero las manecillas del reloj se detuvieron en seco cuando marcaron el inicio de la operación Nécora.

Los narcos empezaron a caer y la coca a escasear, subieron los precios y bajaron las posibilidades de colocarse. Santiago se percató de su nivel de dependencia en las dependencias policiales de

Villagarcía de Arosa una noche en la que se vio envuelto en un altercado antes de poder meterse la primera raya. Cuando salió de allí y fue consciente de que estaba casi tan asustado como enganchado de verdad, buscó ayuda. Y como amigos de verdad no tenía, volvió a casa.

De nuevo en Redondela, las agujas del reloj volvieron a caminar y, en la medida en la que fue acumulando vivencias cotidianas de las que permanecían en la memoria, le resultaba más sencillo olvidarse de aquella euforia que solía meterse por la nariz. No tardó en asumir que aquella trivialidad era beneficiosa para su supervivencia y se parapetó del exterior en la trinchera del ultramarinos. Trabajaba de apertura a cierre y mataba las horas de ocio con munición de novelas. Bien muertas. La lectura se convirtió en su nueva adicción, primero con los libros que habían pasado por las manos de su madre y que conservaba en una estantería hasta entonces nunca visitada por Santiago, y después con su cita semanal con la librería del pueblo. Un año más tarde no quedaba ni rastro de la adicción a la cocaína ni espacio en las paredes de su cuarto para colocar más ejemplares. Fue entonces cuando resolvió que debía independizarse y así, de dependiente independiente, pasó otra década.

Recién estrenada la viudedad, su madre decidió que había llegado la hora de sucumbir a la miserable oferta de compra del local de una entidad bancaria, por lo que a Santiago no le quedó otro remedio que abandonar la seguridad de su trinchera para buscar trabajo detrás de las líneas enemigas. Pensó que le iba a resultar más sencillo, pero la hostelería gallega buscaba personal con experiencia en el sector y él no la tenía, por lo menos del lado de la barra en el que se cobraban las nóminas. Sin fondos para atender sus vicios literarios, se topó con la oferta de El Pensador, que ni siquiera sabía que era un club de alterne, y se presentó allí con su mejor sonrisa, visaje que era, con diferencia, el peor de todos los demás candidatos que se encontró en la cola. Desesperado, se marchó al bar más cercano a calmar los nervios con una tila mientras esperaba las dos horas que le habían calculado que tenía que aguardar para hacer la entrevista. Allí sacó la novela que le acompañaba en esos días: *Las sorprendentes aventuras del barón Münchhausen,* hecho que llamó la atención de otro cliente, Bernardo Castro, propietario de El Pensador.

Aquella conversación le dio el puesto. Y hasta entonces.

—Santiago —escuchó. No le hizo falta girarse para reconocer el timbre de voz cuarteado de Solomon.

—¿Qué pasa ahora? —le contestó el camarero de malas maneras.

—El jefe quiere verte.

—Mi jefe lleva dormido unas cuantas horas, no creo que le apetezca verme el careto ahora.

—Mi refiero al jefe de tu jefe y no gusta que un mierda como tú haga esperar —dijo recortando la distancia con él.

—Venga ya… —cedió guardando de nuevo la llave del coche en el bolsillo y encaminándose de vuelta hacia la puerta del local.

—No. Él no esta aquí. Yo te lleva. Vamos con tu coche.

—¡Ni loco me voy yo contigo a ninguna parte!

—Si tú me obliga, peor para ti —le amenazó.

Santiago saboreó el odio que rebosaba en la mirada del nigeriano. Maldijo en voz baja y subió al coche.

—Tú dirás —dijo tratando de ocultar el miedo que ya empezaba a circular por sus venas.

—Tira hacia Carreira, luego yo te dice.

En cuanto entraron en la pequeña población pontevedresa, le mandó desviarse en la bifurcación de la izquierda y avanzar por la carretera que se adentraba en el bosque. Santiago presumía de ser un gran conocedor de la zona; sin embargo, juraría que nunca había transitado por allí.

—Tú conduce despacio, yo no quiere matar contra tronco.

Al barman le habría gustado decir algo, pero notaba la boca seca y seguía empecinado en no dar muestras de temor a su acompañante. El velocímetro no superaba los cuarenta kilómetros por hora cuando tuvo que frenar para afrontar una pronunciada curva de herradura a la izquierda.

—¡La Virgen santa! Pero ¡¿adónde demonios vamos?!

—Ya muy cerca. Tú sigue.

Pocos minutos más cerca, le indicó que se desviara por un camino de tierra que salía a la derecha.

—Tú para.

—¿Dónde? ¿Dónde carallo quieres que pare?

—¡Tú para aquí ya!

Santiago frenó. Fuera apenas se distinguían las formas de la vegetación, que, como siniestras bailarinas, se mecían agitadas por el viento.

—Tú apaga motor y luces —le ordenó.

Cuando lo hizo ya no pudo ocultar que estaba temblando. Solomon aprovechó el momento de bloqueo para quitar las llaves del contacto y salir del coche.

—Tú espera. Él viene ahora.

En cuanto cerró la puerta, Solomon desapareció en la oscuridad. Engullido sin masticar. Santiago oteó a través de su ventanilla, pero no alcanzaba a ver absolutamente nada. Afinó el oído, mas solo escuchaba el leve crujir de su asiento. Tenía la camisa totalmente adherida a la espalda. Su instinto le decía que tenía que salir corriendo de allí, pero no hubo consenso con los músculos de las

piernas.

Un ruido proveniente de la parte trasera del coche le hizo girarse, pero cuando quiso darse cuenta el cinturón ya le oprimía el cuello. Instintivamente, se aferró a él con ambas manos como si fuera ese objeto el que pudiera salvarle la vida cuando, en realidad, su función era otra bien distinta.

—¡Ahora tú me cuenta todo! —escuchó decir a Solomon.

Santiago notó que cedía la presión.

—¡Suéltame, por favor! ¡Casi no puedo respirar!

—¿Qué tú dices al poli? ¿Por qué tú reúnes tanto con poli en sitio extraño? ¿Por qué os escondéis? ¿Qué quiere saber el poli?

Santiago no podía creer que su relación con Sancho fuera el objeto de la agresión. No sabía si alegrarse o darse por jodido.

—¡Nada! —trató de gritar—. Nunca me preguntó sobre el negocio. Solo hacemos geocaching juntos, nada más.

—¿Geo… qué? —preguntó aumentando de nuevo la presión sobre el cuello.

—¡Geocaching, recristo, geocaching! —logró pronunciar—. Un juego. Consiste… en… encontrar… tesoros… Suéltame…, por… favor.

Santiago tenía que hacer una pausa para aspirar con fuerza por la boca, pero el aplastamiento que estaba sufriendo la tráquea apenas dejaba pasar algo de aire.

Solomon estaba desconcertado.

—¿Tú piensa soy gilipollas? ¿Eh? ¿Tú piensa soy negro gilipollas?

—¡No!

Santiago empezó a sentirse algo mareado.

—¡Me asfixio!

—¿Qué quiere saber el poli?

—¡Vale! ¡Vale! Suéltame. Déjame hablar.

Solomon aflojó. En eso consistía la tortura: en saber cuándo se había superado la capacidad de aguante del oponente. Él sabía del oficio: a mayor intensidad, menor tiempo de resistencia.

Santiago supo aprovechar esos instantes para llenar los pulmones, aunque seguía sin poder librarse del cinturón.

—¡Vamos! ¡Tú habla! —le apremió el nigeriano.

El barman respiró un par de veces más.

—Nos gusta chuparnos las pollas. Pero lo hacemos a escondidas. Por eso nos vemos en sitios apartados, ¿entiendes?

—¿Él es maricona? —se preguntó.

—No, el maricón soy yo, él hace a todo. Nos gusta follar juntos, nada más.

Pocas personas le generaban tanto rechazo a Solomon Akindele como los depravados sexuales. Como aquellos compañeros de armas que convertían a los recién incorporados, normalmente a los más

pequeños, en sus juguetes de descarga sexual cuando no encontraban mujeres a las que violar. Y sucedía con frecuencia. Sobre todo durante esas largas temporadas en las que se veían obligados a ocultarse del ejército o de otras facciones enemigas en las entrañas de la selva. Pero Solomon ya había matado a uno de aquellos hundiéndole el machete en el estómago. La imagen de aquel tipo, retorciéndose en el suelo con los pantalones bajados, gritando al tiempo que trataba de colocarse las tripas, se proyectó en el retrovisor.

El odio de aquellos días se concentró dentro del habitáculo y se manifestó a través de sus brazos.

—Degenerados de la mierda —dijo apretando los dientes.

Santiago trató de revolverse en el asiento y producir algún sonido de alerta, pero no pasó de las arcadas. Ni siquiera lograba despegar la nuca del reposacabezas. Probó a hacer fuerza con el tren inferior, pero solo consiguió el efecto contrario al que buscaba. La oclusión de las vías respiratorias y vasos sanguíneos se materializó en forma de destellos luminosos e inmediatamente le sobrevino una sensación sofocante en las sienes que parecía querer liberarse a través de las cuencas orbitales. Un intenso zumbido era lo único que registraba su sistema auditivo hasta que escuchó la fractura del hueso hioides. Deseó que terminara cuanto antes aquella agonía, pero las arterias cervicales aún nutrían su cerebro impidiendo que se produjera la isquemia cerebral.

A Santiago no le quedaba otra que esperar a que le sobreviniera la muerte por anoxia.

Los espasmos previos a la relajación muscular hicieron que Solomon regresara de la selva. Se asustó al reconocer sus rasgos faciales en el espejo, crispados, contraídos de furia extrema, y eso le hizo reaccionar soltando los extremos del cinturón como si le ardieran en las manos. Aún emplearía unos segundos en reponerse antes de darse cuenta de la situación. No era ese su propósito. Solo quería apretarle un poco para comprobar si el pelirrojo estaba jugando limpio o no. Desde el principio, había detectado algo en su interior que no le gustaba y acababa de descubrir qué era: depravación. Sin embargo, eso no le iba a servir para justificar su actuación delante del señor Onazi. No podía aparecer un cuerpo justo en aquel momento tan crítico en el que el negocio iba a pasar a una segunda fase. Una investigación por homicidio lo echaría todo a perder y seguramente él terminaría pagando el arrebato con su vida. Vincent Dare se encargaría gustoso de ello. Por suerte, nadie sabía que esa noche había planeado tener una charla particular con el barman y estaba seguro de que no los habían visto juntos. Tampoco había contado que fue testigo de sus reuniones, por lo que no existía la forma de que lo relacionaran con su muerte —se autoconvenció—. En realidad, solo tenía que hacer

desaparecer el cuerpo y el coche. Simular que se había marchado sin decir nada. Un cambio de aires repentino, como hacen tantos otros. Igual que con la chica aquella que se ponía una peluca rubia para trabajar que les amenazó con ir a la policía; igual que con la otra que quiso escaparse.

Y eso sabía muy bien cómo hacerlo.

Un fuerte olor a excrementos interrumpió sus lucubraciones y su atención se dirigió hacia el despojo humano que yacía en la parte delantera.

A través del parabrisas vio cómo el cielo empezaba a clarear.

Tenía que apresurarse.

Casco histórico de Baiona (Pontevedra)

Paseaba agarrada del brazo de su amante. Se sentía protegida, querida, incluso respetada, y todo ello podía verse reflejado en su rostro: jubiloso, laxo. El día acompañaba y la noche había sido como solían ser: apasionadas.

Se anunciaban lluvias para el resto de la semana, razón por la que se notaba bastante animación en el centro del pequeño municipio costero, como si los baioneses estuvieran haciendo acopio de horas de ocio en previsión de la inminente llegada de días de recogimiento.

Adaptación al medio.

Igual que dos hojas secas que se dejan arrastrar por las caprichosas corrientes, caminaron sin itinerario por el intrincado trazado callejero heredado del medievo y, sin saber cómo, fueron a desembocar frente a la capilla de Santa Liberata. Sancho examinó con cierto interés los escudos de la fachada, enmarcada por dos torres gemelas de distinguida factura.

—Dicen que nació aquí, en Baiona —aportó Juliet.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? La mártir, santa Liberata, la primera mujer crucificada.

—Mucho antes que a ella ya crucificaban a mujeres sin necesidad de clavarlas en una cruz —certificó con sequedad sin quitar la mirada de la imagen esculpida en piedra.

Escuchar tal afirmación le hizo blindar su expresión.

—Romina es un claro ejemplo de ello —aportó ella.

—¿Cómo está?

—Mañana le dan el alta, creo.

—¿Y finalmente tiene intención de denunciar a su agresor?

—No. Ya te dije que no lo haría.

—Pues nada, que ese malnacido siga reventando otras mujeres por

ahí. Nosotros seremos unos jodidos animales, pero vosotras…

—¡¿Crees que ella puede decidirlo?! —replicó Juliet, indignada—. ¿Sabes lo que le pasará si va a la policía con el cuento?

—No hace falta, el hospital habrá formulado ya la denuncia por agresión y se abrirá una investigación.

—¿Contra quién?

Ella fabricó una carcajada histérica.

—¿A quién van a investigar, cariño? ¿A todos los que van de putas? Porque Romina no va a abrir la boca para que la tiren por un barranco como hicieron con Asali. Un suicidio más, una inmigrante menos. Caso cerrado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió él.

—Porque es lo que les pasa a las ilusas que creen que pueden marcharse cuando quieran. No es la primera ni la última chica que se cargan esos hijos de puta. Son peligrosos, ya te lo he dicho mil veces, ¿entiendes? Muy peligrosos. —Juliet se pegó a su pecho y se abrazó enérgicamente—. Yo no quiero que te pase nada malo. Debes tener mucho cuidado, cariño. ¿Me lo prometes?

Sancho articuló un vocablo ininteligible que ella interpretó como un sí. Acto seguido, él se preguntó cómo sabía que estaba colaborando con ellos.

—Sé que trabajas para Onazi porque de otra forma no me permitirían estar contigo todo el día —argumentó Juliet como si hubiera leído sus pensamientos—. Conozco perfectamente cómo funciona esto y por eso te agradezco tanto lo que estás haciendo por mí.

—No correré ningún riesgo innecesario. Está todo bajo control —aseguró el pelirrojo profundizando en su cabello rizado hasta masajear el cuero cabelludo con las yemas de los dedos.

Era cierto. De hecho, en aquel momento estaban terminando de descargar los contenedores del *Marchen Maersk* y muy pronto sabría si la operación se había completado con éxito.

—Eres el hombre más tierno del mundo —susurró—. El más dulce. Si hasta cuando hacemos el viaje del salmón eres sensible y delicado —afirmó ella introduciendo la mano por dentro del pantalón.

—Vamos a tomar algo, tengo la garganta seca —propuso él.

—Y yo estoy muy mojada y, por lo que noto aquí…, tú también tienes hambre. Estamos a diez minutos de casa.

Sancho tiró con suavidad del brazo algo azorado.

—Faltan veinte minutos para que tu hijo salga del colegio.

—Tienes razón, cariño. ¿Sabes qué? Serías un padre excelente para Michael.

La erección ya había desaparecido antes de que terminara la frase.

—Quizá esta noche te apetezca quedarte a dormir en casa.

El pacto recogía que cada uno pernoctaba en la suya.

—Vamos a tomar algo —insistió agarrándola por la cintura.

Ella se dejó llevar sin rechistar. Estaba acostumbrada a hacer lo que le ordenaban los hombres, pero con aquel era distinto, lo hacía voluntariamente.

La tarde de asueto terminó cuando Sancho recibió la llamada de Vincent Dare. Pocos minutos más tarde estaba entrando en El Pensador. Le extrañó no ver a Santiago, recordaba que le había dicho que hasta el lunes no libraba y, de las pocas cosas claras que tenía el pelirrojo en aquel instante, una era que no era lunes.

Nada más sentarse frente al señor Onazi supo leer en su ufana expresión que todo había salido como estaba planeado. Cuando se levantó, tenía el bolsillo lleno de billetes y otro compromiso adquirido.

Sancho se dispuso a celebrarlo, pero sin la conversación de Santiago y estando la *jukebox* ocupada por un cliente en plena diarrea de ritmos latinos, el Jameson no le supo igual.

—Disculpa —se dirigió a otro de los camareros, el más joven de todos y con cara de futbolista retirado antes de tiempo.

—¿Otro?

—No, gracias. Quería preguntarte si sabes dónde está Santiago.

—Por aquí nos preguntamos lo mismo. No ha avisado, su teléfono no da señal y, según dicen los veteranos, es la primera vez que falta al trabajo.

—Eso he oído. Verás, soy amigo suyo y estoy algo preocupado. ¿Me podrías dar su dirección para acercarme a su casa a ver si está bien?

El camarero respondió tajante.

—Eso no puedo hacerlo, señor.

—Entiendo, pero tenemos razones para preocuparnos, ¿no es así? Si le ha ocurrido algo, cuanto antes podamos socorrerle, más probabilidades tendrá de salir vivo —dramatizó.

El camarero dudó.

—¿Le importa si se lo pregunto a alguien?

—Adelante.

Sancho le siguió con la mirada durante el trayecto de ida, consulta, fase de deliberaciones y vuelta.

—Por favor, avísenos en cuanto sepa algo, por aquí estimamos mucho a Santiaguiño. ¿Tiene para anotar?

Condujo hasta Ponteareas acompañado por las canciones de Izal. Sonaba *Tu continente* cuando se disponía a estacionar en una empinada calle de sentido único.

Será fácil cerrar los párpados,
sellarlos para no tener que vernos.

Lo difícil será que por los poros
penetren dentro.
Será fácil separar la mente de los actos
y olvidar a los extraños.
Lo difícil será recordar lo que perdimos
por hacernos daño.

Jugando con el llavero del coche descendió por una acera vacía de almas mientras chequeaba el número de los portales.

Cuando lo vio salir se detuvo en seco.

Contuvo la respiración y, durante ese intervalo infinito de apenas unas décimas, deseó con todas sus fuerzas que no le viera, que no se percatara de su presencia. Sancho se mimetizó con la penumbra, adoptando la apariencia de un objeto inanimado carente de interés.

Pero no funcionó.

Solomon Akindele levantó la mirada muy despacio y, como si hubiera intuido que se iba a encontrar con algo, no mostró reacción alguna al reconocer al hombre que le estaba observando totalmente inmóvil a unos quince metros de distancia. Solo inclinó ligeramente la cabeza y, de la misma forma que hacen las fieras, mostró los dientes a su rival con afán intimidatorio. La boca conformó una fina línea cóncava, nívea y lustrosa que se sostuvo flotando en el aire hasta que desapareció engullida por el ruido de las ruedas de la maleta que arrastraba el nigeriano.

Eso hizo reaccionar a Sancho.

Tenía que decidir entre perseguir a Solomon para averiguar el motivo de la visita o subir a casa de Santiago y corroborar que los malos presagios estaban fundamentados. Caminaba a paso ligero mientras valoraba ambas opciones. El sonido de un motor se lo puso fácil al eliminar una opción. El todoterreno oscuro redujo la velocidad al llegar a su altura y de nuevo apareció la fina línea cóncava al volante, dejándose guiar por unos ojos desafiantes que irrigaban odio. El pelirrojo empujó la puerta de aluminio y subió las escaleras de tres en tres hasta el segundo piso. Apretó varias veces el timbre y golpeó con insistencia la puerta bajo la letra C gritando el nombre del propietario de la vivienda. A punto estaba de dar una patada frontal a la cerradura cuando escuchó una voz de mujer que provenía de su izquierda.

—Oiga, ¿pasó algo? —quiso saber una señora de mediana edad asomando la cabeza.

—Disculpe la escandalera; soy amigo de Santiago y necesito entrar en su casa.

—¿Le sucedió algo a Santiago?

—Es lo que trato de averiguar.

Ella evaluó la situación.

—Yo tengo llaves. Aguarde un segundo.

Sancho sudaba.

—Abra usted, por favor —le pidió a la señora.

Encendió la luz y entró voceando su nombre. No hubo respuesta. Recorrió los sesenta metros cuadrados en apenas unos segundos para verificar que allí no había nadie. Desde el salón regresó al dormitorio y abrió el armario. Faltaba ropa, la que se había llevado Solomon en la maleta, dedujo acertadamente.

De nuevo en su coche, quitó el volumen de la música para evitar que la voz de Mikel Izal se confundiera con sus pensamientos y condujo de regreso a Gondomar dando golpecitos al salpicadero, como si estuviera transcribiendo en morse todas las incógnitas que se apilaban en su cabeza. Tenía dos cosas meridianamente claras: que a Santiago le había ocurrido algo y que acudir a la policía estaba descartado. Necesitaba ordenar las ideas, un paso en falso en aquella zona pantanosa por la que transitaba su vida podría hacerle caer en arenas movedizas o, peor aún, terminar siendo pasto de los caimanes.

Comenzó a chispear justo en el momento en el que se bajaba del coche.

—¡Hay que joderse! —farfulló.

Pronto sabría hasta qué punto.

DURANTE LA MADRUGADA, CUALQUIER IMPREVISTO ES MIERDA ASEGURADA

Residencia de Ramiro Sancho
Gondomar (Pontevedra)
Abril de 2013

Las gotas, como plúmbea munición atmosférica, se estrellaban contra el cristal empujadas por las inclementes ráfagas de viento que escoltaban a la tormenta. Durante los minutos que permaneció mirando a través de la ventana contó seis relámpagos y cuatro truenos.

Faltaban dos, los que habrían de sonar en el interior de su salón.

Había permanecido a remojo demasiado tiempo. La ducha le había sentado bien, no tanto a los macarrones, que habían perdido su forma y hasta su nombre aguardando en la cazuela a que Sancho se decidiera a rescatarlos del agua hirviendo. Aun así, se sirvió un plato y empezó a removerlos con el tenedor proyectando el movimiento de lo que estaba ocurriendo en su cerebro, dando vueltas y más vueltas al asunto de Santiago.

El estentóreo sonido del timbre hizo que se incorporara de la silla como si alguien hubiera tirado de él. No eran horas. Caminó por el pasillo siendo muy consciente de que, durante la madrugada, cualquier imprevisto es mierda asegurada.

—¡Sancho! ¡Abre, por favor! ¡Abre!

Reconoció la voz de Juliet superponiéndose a la llantina desconsolada de Michael. Bajó el picaporte justo después de preguntarse cómo había llegado hasta allí bajo esa intensa lluvia sin disponer de coche propio, pero, sobre todo, sin haber estado nunca antes en su casa. Sendas incógnitas se despejaron cuando notó el frío metal de un arma ejerciendo presión justo bajo el pómulo.

Otra vez.

—¡Tú tira para dentro! —le dijo Solomon intercalando palabras con empujones.

Los ojos anegados de lágrimas de Juliet le contaron la parte precedente del capítulo que se había perdido. Sostenía en brazos a

Michael, que no cesaba de gimotear aferrado a su cuello en modo koala. Sancho anduvo el trecho que le separaba del pasillo al ritmo de la acelerada respiración del nigeriano.

—¡Tú sienta ahí! —le indicó con el revólver. Tenía las pupilas tremendamente dilatadas por los efectos de la cocaína—. Tranquilito. Y tú, zorra, en esta silla, frente a tu novio.

—Solomon, no sé qué cojones quieres, pero te estás metiendo en un lío del que no vas a poder salir —improvisó el pelirrojo.

—Ya estoy en lío y tú sabes, maricona. Tu camarero chupapollas ya te espera al otro lado.

La confirmación a su sospecha fue la chispa que encendió la mecha dentro de Sancho, pero la dinamita descansaba bajo el fregadero. Tenía que ganar tiempo para hallar la forma de llegar hasta donde escondía el Colt Anaconda.

—Yo sabía tú trae problemas desde la primera vez que yo veo a ti. ¡Yo sabía! Pero yo soluciona problemas, es mi especialidad.

Solomon se contorsionaba y gesticulaba en exceso al hablar, parecía que con cada frase que pronunciaba le estuvieran arrancando un matojo de vello púbico.

—Lo que hayas hecho con Santiago me importa una mierda. ¿Te queda claro? Una puta mierda. Trabajo con vosotros. Hace unos minutos el señor Onazi me ha encargado que…

—¡Tú calla, maricona! ¡Tú miente todo el rato! —le cortó—. Tú engaña a todos, pero no a mí. A mí no se puede mentir —aseguró golpeándose en el pecho con el puño.

—Está bien, Solomon, está bien —dijo Sancho levantando las manos —. Llama a Vincent, él te dirá.

—Vincent no dice nada a mí. Vincent es solo perro faldero. ¡Yo manda aquí! ¿Tú entiende?

—Vale, entiendo. Esto es entre tú y yo, deja que Juliet y el crío se marchen.

—¡No! ¡Ellos quedan aquí!

—Por favor —rogó Juliet sin dejar de acariciar con vehemencia la cabeza de Michael, sentado a horcajadas sobre su madre con la cabeza escondida en su pecho.

—¡Tú calla, zorra! ¡Tú con boca cerrada todo el rato! ¡Boquita cerrada!

Estaba fuera de sí y Sancho asumió que no existía ninguna posibilidad de que aquello tuviera un final feliz.

Solomon sacó un pañuelo blanco del bolsillo para agarrar la automática que ocultaba bajo la camisa y se la ofreció a Juliet sin dejar de apuntar a Sancho con el revólver.

Juliet negó con la cabeza, temblorosa. Sancho comprendió entonces el propósito del nigeriano.

Este le gritó algo en yoruba.

—¡No! ¡Por favor, no! ¡El niño no! —gritó Juliet.

Solomon insistió. No hacía falta traductor para saber que estaba amenazando a Juliet con la vida del niño para que apretara el gatillo.

Ella le rogó a Sancho con la mirada antes de volver al redil del pánico. El pelirrojo consintió con la mirada. Juliet cerró los ojos y alargó el brazo. El nigeriano sonrió a la vez que depositaba el arma en su mano, pero ella la soltó como si la culata acabara de salir de una fragua. Contrariado, Solomon empezó a vocear a Juliet en su lengua y Sancho aprovechó para enchufar la coctelera.

«Ingrediente primero: Solomon pretende conseguir que Juliet me dispare. Ingrediente segundo: desconozco si Juliet será capaz de hacerlo, pero, pase lo que pase, Solomon matará a Juliet y al niño. Ingrediente tercero: Solomon está muy colocado, tengo que sacar partido de esa ventaja. Conclusión primera: convencer a Solomon de que la policía no se tragará el montaje. Conclusión segunda: ganarme la confianza de Juliet haciéndole ver que tengo la situación controlada. Conclusión tercera: aprovecharme del estado de nervios de Solomon para recortar la distancia sin que se percate de ello. Receta: salirme del guion escrito por Solomon y encontrar la forma de abalanzarme sobre él».

—Eres más estúpido de lo que parece si crees que la policía se va a tragar esta historia. ¡¿Y qué vas a hacer luego con ellos?! Dime, cabrón, ¿qué tienes pensado? Además, tenéis toda la casa plagada de micrófonos.

—Pero esta noche todos mudos.

La afirmación iba acompañada por una mueca en la que no cabía lugar a la duda. Sancho prosiguió en el intento.

—¡Juliet tiene que estar muerta para que no cuente que tú la obligaste a disparar! ¿También te vas a cargar al crío? ¡Mátame tú, puto mierda! ¡Vamos! ¡Dispárame, cabrón!

Pero el nigeriano parecía no estar registrando sus palabras. Muy en cambio, mitigó progresivamente el tono de voz y se dirigió a ella amistosamente.

Amartilló el revólver y apuntó a la cabeza del niño sin dejar de hablarle en su lengua. Juliet gritó y se revolvió en la silla contagiando la histeria a su hijo, pero su compatriota reaccionó con celeridad arrebatándole violentamente a Michael y apartándose unos metros de ella.

Juliet se dejó caer de rodillas, pidiendo compasión.

Solomon introdujo el cañón en la boca del niño.

Sancho continuaba hablando, pero nadie le escuchaba.

Juliet agarró el arma con las dos manos, apuntó a Sancho y cerró los ojos.

Iba a ser harto complicado cocinar la receta. Solomon estaba aún más lejos que antes, aunque, y esa era la única buena noticia, ya no le apuntaba a él. Concentró todas sus fuerzas en las piernas para arremeter contra Solomon como si del último placaje de su vida se tratara.

Arrancó al tiempo que sonaron los dos truenos que faltaban.

Un muerto.

Residencia de Juliet Akide (Baiona)
Una hora y siete minutos antes de los disparos

Michael se le había dormido en brazos. Se le había pasado completamente la hora en compañía de Sandra, su compañera del club, contándole las últimas novedades que habían provocado un giro de ciento ochenta grados en su vida. Había sido un día maravilloso, para el recuerdo.

Y así sería, pero no por el aterciopelado sabor que todavía podía paladear.

Empujó la puerta del ascensor con el pie, pero le sorprendió la poca resistencia que esta le ofrecía. Lo entendió cuando descubrió a Solomon al otro lado de la puerta.

—Buenas noches —le dijo en yoruba.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué quieres?

—Tranquila, mujer, no tienes que ponerte nerviosa. Deja que te ayude con el niño.

—¡No le pongas las manos encima!

Juliet sí vio venir el bofetón, pero nada pudo hacer por pararlo o esquivarlo.

El grito de su madre despertó al niño.

—Te lo iba a pedir por las buenas, pero ahora vas a venir conmigo por las malas, zorra —dijo agarrándola fuerte del brazo.

Durante el trayecto en el coche le contó que tenía órdenes del señor Onazi de conducirla a casa de su amante, pero no le detalló el motivo. Juliet sabía que algo no iba bien, porque si Joseph Onazi quería algo de ella no utilizaba emisarios y si se veía forzado a hacerlo, lo haría a través de Vincent, no por mediación de un lacayo como Solomon. Valoró la idea de enviar un mensaje a Sancho, pero no tuvo arrestos.

Los malos augurios se repitieron a lo largo del viaje en una sucesión interminable de señales. Pero más que por ellos, temía un fatal desenlace de la situación por la cantidad de coca que se estaba metiendo aquel animal desbocado. Cada pocos kilómetros, Solomon soltaba una mano del volante para abrir una cajita que tenía entre las piernas y coger un pellizco de polvo blanco que desaparecía en el

abismo de sus orificios nasales.

Juliet no sabía cuándo había empezado a llover, pero cuando bajaron del coche ya lo hacía de forma intensa, desatada, y los fogonazos intermitentes que alumbraban el horizonte eran un claro síntoma de que la tormenta no iba a ser pasajera.

Juliet supo que estaban pasando por delante de la casa de Sancho porque Solomon redujo ostensiblemente la velocidad con el objeto de traspasar con la mirada la opacidad del muro de piedra que rodeaba la finca. Sin embargo, condujo unos minutos más en sentido ascendente buscando un lugar suficientemente cercano, necesariamente alejado. Al pasar junto a otro vehículo estacionado, a Juliet le pareció que despertaban a un hombre que dormitaba en el asiento del conductor. Le sobrevino el impulso de pedir auxilio, pero el pánico que la atenazaba se lo impidió. Finalmente, Solomon pisó el freno con brusquedad junto a una hilera de árboles. Mientras rumiaba su turbación aprovechó para prepararse la penúltima raya, coyuntura que ella aprovechó para lanzar su penúltima tentativa.

—Si va a ser para un rato, mejor dejo al niño aquí recostado. Es muy tarde y necesita…

—Ni lo sueñes —zanjó—. El niño viene.

Juliet cubrió al niño con su chaqueta y caminó ligera cargando con el peso de Michael bajo la intensa cortina de agua, aunque le pesaban mucho más el fardo de la incertidumbre y el lastre del miedo.

—Escúchame bien —le advirtió él antes de llegar agarrándola con fuerza del antebrazo—. Si quieres salir bien parada, haz lo que yo te diga. Como te pases de lista, voy a tener que usar esto. —Solomon se levantó la camiseta.

—Por favor, deja que nos marchemos, por favor. Pídeme lo que quieras, pero no…

—Tú no tienes nada que me interese —dijo esnifando lo que quedaba en la papelina—. Llama a la puerta y consigue que te abra, del resto me ocupo yo.

Ese sería su último intento de disuadir a Solomon. El resto fueron súplicas.

Dentro de la casa todos los malos presagios se cumplieron y cuando Solomon le arrancó a Michael de sus brazos y se vio de rodillas rogando, supo que no tenía más elección que decidir entre la vida de Sancho y la de su hijo.

Eligió en el momento en el que Solomon introdujo el cañón del revólver en la boca de Michael.

Entonces sujetó el arma con toda la firmeza que fue capaz, la levantó y apuntó al cuerpo de Sancho. Apretó con fuerza los párpados antes de accionar el gatillo.

Sonaron dos disparos, aunque ella habría jurado que no había

ejercido la presión necesaria. Al abrir los ojos se lo encontró ahí tirado, con los suyos bien abiertos y otro tercero sobre la ceja derecha por el que empezaba a asomar una masa viscosa de un color pardusco.

Ni siquiera pudo gritar.

Residencia de Santiago Cabarcos (Ponteareas)
Tres horas y catorce minutos antes de los disparos

Solomon Akindele salió del portal tirando de la maleta con esa sensación de alivio inquietante que hace que todas las fibras del cuerpo se mantengan en tensión y no exista tregua para los sentidos.

El cuerpo del barman ya era alimento para la fauna marítima que habitaba a los pies de los acantilados del cabo Silleiro y el coche se lo había colocado a uno de sus camellos que trabajaba en el desguace del polígono industrial de A Granxa, en O Porriño. Un desgraciado que no hacía preguntas y que, como un chiste macabro, le pagó trescientos doce euros por el vehículo. Tan solo le quedaba un detalle para lubricar la teoría de la desaparición voluntaria: llevarse ropa y algunos efectos personales de casa del finado para esparcirlos en el vertedero de O Zondal. Tenía las llaves y le resultó sencillo averiguar su dirección revisando las nóminas del club; sin embargo, debía hacerlo de inmediato, antes de que alguien denunciara su ausencia prolongada y se le adelantara la policía. Todo iba bien, pero no podía bajar los brazos hasta completar su plan.

Fue ese estado de alerta el que le hizo mirar a ambos lados de la calle antes de dirigirse a su coche.

Durante unas décimas de segundo se negó a dar crédito a sus ojos. No podía ser cierto que el maldito pelirrojo estuviera allí, parado, observándolo con esa mirada fría, del todo acusadora. Sin embargo, supo reaccionar con celeridad porque así estaba programado su instinto: para combatir a las amenazas con firme presteza. Cargó la maleta en su todoterreno y le regaló una sonrisa desafiante al pasar junto a él. Antes de salir del término municipal de Ponteareas ya sabía lo que tenía que hacer.

Pero primero debía pasar por el vertedero.

Cincuenta minutos más tarde estaba esperando a Juliet en el descansillo de su vivienda. Le gustó comprobar que llegaba con su hijo, eso le facilitaba la tarea. Había encajado todas las piezas a base de cocaína y el estado de euforia en el que se encontraba hizo de engranaje perfecto. Obligaría a Juliet a disparar a Sancho amenazándola con la vida de Michael y luego él se encargaría de no dejar testigos que esclarecieran quién había apretado el gatillo primero y por qué. Una pareja atormentada con un final trágico, como

tantos otros, aunque en este se llevaría por delante la vida de un niño.

Una artimaña perfecta, aunque el barbudo pelirrojo se esforzara por convencerle de lo contrario.

—Eres más estúpido de lo que parece si crees que la policía se va a tragar esta historia. ¡¿Y qué vas a hacer luego con ellos?! Dime, cabrón, ¿qué tienes pensado?

Solomon dejó de escucharle para dirigirse a Juliet en su idioma natal usando un tono algo más sosegado.

—Coge el arma y métele dos tiros en el pecho. Te juro que no os pasará nada. ¿Vas a cambiar la vida del niño por la de ese blanco? Es solo un cliente más. Aprieta el gatillo. Mata a este mentiroso. Demuéstrame en qué bando estás y yo mismo os llevaré a casa. El señor Onazi estará muy orgulloso de ti, créeme. Yo me ocuparé de explicarle lo sucedido. No te pasará nada y podrás ver crecer a tu hijo. ¡Vamos, mujer, no tenemos toda la noche! ¡Decide en qué lado estás! —insistió apretando el cañón del revólver contra la cabeza del niño, lo que provocó que Juliet hiciera un movimiento brusco. Solomon reaccionó arrebatándole a su pequeño y retirándose unos metros del alcance de sus manos, que agarraban el aire con total desesperación.

Ella se arrodilló para implorarle y él respondió al ruego escondiendo el cañón en la boca de su hijo. El gesto fue definitivo para inclinar la balanza a su favor. Juliet agarró el arma y la levantó con las dos manos. A pesar de que tenía los ojos cerrados y le temblaba el pulso, estaba decidida a disparar.

A esa distancia no podía fallar.

El primer proyectil le entró por la parte posterior del cuello, entre la primera y la segunda cervical, seccionando limpiamente la médula espinal antes de escapar por debajo del pómulo derecho. El segundo, siguiendo una trayectoria similar a la de su predecesora, atravesó sin esfuerzo el parietal, abriéndose camino a través de la masa encefálica para salir provocando un serio boquete en el hueso frontal.

Término municipal de Gondomar (Pontevedra)
Cinco horas y cuatro minutos antes de los disparos

Recordaba el itinerario perfectamente, igual que las palabras de su mujer, que le acompañaron desde que partió de Valladolid: «Tú lo conoces mejor que nadie y si no lo reconoces es que hay cosas que se te han escapado».

Como las noches precedentes, había dormido poco y mal, y acumulaba casi tanto cansancio como malestar. Álvaro Peteira no pensaba en otra cosa que en despojarse de esa pegajosa desazón que le oprimía el pecho y le taponaba la boca del estómago. Tenía muy claro

que no iba a repetir el mismo error. Seguiría el consejo de su mujer. El primer paso era saber en qué andaba metido Sancho y los siguientes los daría de acuerdo a lo que se encontrara. Se había estado preparando mentalmente para ello durante el viaje, o eso creía el subinspector, porque ninguna de las teorías que con tanto esmero había elaborado se acercaba a la realidad.

Al llegar a la loma separada del pueblo donde Sancho había resuelto esconderse, circuló con precaución para no dejar la pintura en los puntiagudos sillares que sobresalían de las paredes verticales que conformaban aquel laberíntico trazado urbano. Por fortuna, en aquella zona escarpada, las parcelas se habían distribuido aprovechando las terrazas naturales que dibujaban su perfil montañoso, por lo que no tardó en dar con el emplazamiento elevado que buscaba. A pesar de la poca luz que se filtraba a través de un cielo totalmente acerado, tenía un buen ángulo de visión para controlar el acceso principal de la vivienda. Bajó del coche para estirar las piernas y encendió un cigarro. Su organismo dio la bienvenida a la nicotina pagándole en monedas de sosiego; calderilla, si se comparaba con la absoluta quietud que reinaba a su alrededor. Pero, como buen gallego que era, sabía que aquella no era sino la calma que precede a la tormenta.

No se equivocaba.

Pocas cosas le asqueaban tanto a Peteira como las fases de vigilancia. Y no era solo por la dura batalla que le esperaba contra el tedio. Su experiencia le decía que había que alimentar constantemente la débil llama que ilumina la probabilidad de que algo ocurra en esa oscura realidad en la que nada acontece. Lo detestaba porque no era capaz de gestionar la velocidad de gestación de sus pensamientos frente a la pausa prolongada con la que mueren los minutos.

Las colillas empezaban a hacinarse en el cenicero cuando se conjuró para no fumar ni uno más durante los veinticuatro minutos que restaban hasta las nueve de la noche. Notaba las neuronas agolpándose a la entrada del túnel de vestuarios aguardando el debut y la vista marchita de tanto mirar sin ver nada. Amusgó los ojos un instante y las pestañas aprovecharon la tesitura para abrazarse sin su permiso. El achuchón se prolongó hasta que dos chorros de luz proyectados desde unos faros xenón traspasaron la fina piel de los párpados tras la que se parapetaban sus adormiladas pupilas. Peteira se despertó alterado, como si acabara de recibir una descarga de alto voltaje. Con las uñas clavadas en el volante, todavía empleó unos segundos en enfocar los cuatro dígitos rojos que indicaban las once menos veinte. Le costó despegar la lengua del paladar. Fuera jarreaba y, aun así, un destello a través del parabrisas le llamó la atención. Había luz en casa de Sancho. Presuroso, salió en busca de una mejor perspectiva sin importarle si llovía o granizaba. No se veía

movimiento a través de las ventanas, pero enseguida divisó a la pareja de raza negra que descendía por el camino tratando de guarecerse del aguacero. Se fijó en que la mujer llevaba un niño en brazos y frunció el ceño al ver que el hombre la agarraba violentamente del antebrazo y la forzaba a caminar delante de él en dirección a la casa de Sancho. Sosteniendo esa misma expresión, asistió al momento en el que el hombre sacaba un arma y se pegaba a la pared junto a la puerta principal.

—¡Sus putos muertos!

Ya no vio más.

Abrió el maletero, dudó si coger la Franchi, pero finalmente se decidió por la pistola reglamentaria. Empuñándola con firmeza, salió corriendo colina abajo mientras se ajustaba el chaleco como respuesta automática de un procedimiento aprendido. En su cabeza se dibujó el trazado más corto gracias a las horas empleadas en la aparentemente fútil contemplación del entorno. Avanzaba con determinación y fiereza huyendo de las zonas en penumbra para evitar inoportunas caídas al tiempo que se iba quitando el agua que le discurría por la cara.

Gruñía.

Alcanzó el muro sin cruzarse con un alma. La puerta estaba abierta de par en par y mientras recobraba el resuello concentró toda su atención en captar sonidos. Una voz masculina que gritaba en un idioma que no reconoció se superponía al llanto de un niño y a las palabras de Sancho. Filtró ese registro para entender lo que decía:

—Eres más estúpido de lo que parece si crees que la policía se va a tragar esta historia. ¡¿Y qué vas a hacer luego con ellos?! Dime, cabrón, ¿qué tienes pensado?

Aquello le hizo ponerse en marcha de nuevo. Recorrió los metros del pasillo pegado a la pared de la izquierda dejándose guiar por las voces, alteradas.

—¡Juliet tiene que estar muerta para que no cuente que tú la obligaste a disparar! ¿También te vas a cargar al crío? ¡Mátame tú, puto mierda! ¡Vamos! ¡Dispárame, cabrón!

Quitó el seguro de la HK USP Compact y se agachó antes de dar los últimos pasos. A pesar de que el ritmo frenético de su corazón le pedía irrumpir en la estancia repartiendo disparos, Peteira supo frenar ese impulso.

Lo primero que entró en su campo de visión fue el sofá en el que estaba Sancho, visiblemente expuesto y con las manos por delante de la cara. En ese instante, su cerebro dejó de procesar palabras para dedicarse por completo a la información que le llegaba por el nervio óptico: una mujer con los ojos cerrados sosteniendo torpemente un arma con la que apuntaba a su amigo; un hombre de espaldas

sujetando un niño que se revolvía en sus brazos.

El objetivo estaba claro, no así tanto que fuera capaz de vencer la resistencia del gatillo.

El subinspector clavó la rodilla derecha en el suelo y adelantó ligeramente el pie izquierdo para equilibrar el peso. El resto del cuerpo adoptó la posición Weaver de disparo de forma natural antes de seleccionar el modo de disparo acción simple. Montó el martillo, apuntó a la base del cráneo y retuvo el aire.

Antes de que el niño se le escurriera de los brazos a Solomon Akindele y cayera de culo sobre el suelo, el de este ya era un cuerpo sin vida. El silencio devoró al ruido durante los segundos que Michael concedió un descanso a sus pulmones.

Peteira mantuvo la misma posición al tiempo que asistía al desplome de su objetivo. Su derrumbe no tardaría en llegar coincidiendo con una prolongada exhalación durante la cual tomó conciencia de que acababa de matar a un desconocido. Quería incorporarse, pero los músculos de las piernas, presos por el agarrotamiento, se negaron a atender órdenes de ningún tipo. Manteniendo aquella postura por obligación, el gallego intentó protegerse de la avalancha de estímulos que empezaban a conformar un colapso del cual no existía forma de escapar.

Sancho fue el primero en llamar su atención.

—¡La madre que te parió, Álvaro!, ¡la madre que te parió! —repetía todavía encorvado y con las manos descansando sobre los muslos.

Pero el subinspector ya no se dejaba empapar por la voz de un conocido, ni por el llanto desconsolado de un bebé, ni por los gritos desesperados de una madre fuera de sí. Solo le interesaba ver cómo crecía una laguna roja y espesa que se nutría de la vida que se escapaba de aquel cuerpo tendido en el suelo.

—Tranquilo, amigo mío, tranquilo. Baja el arma —le conminó Sancho—. Todo va a salir bien. Tranquilo, compañero. Baja el arma —insistió posando la mano delicadamente en su antebrazo.

El contacto físico le arrancó bruscamente del trance.

El estallido de adrenalina contenida en estado de ebullición se propagó por sus vasos sanguíneos haciendo de su entorno el lugar ideal para liberar la onda expansiva. Sancho salió despedido hacia atrás como preludio a una concatenación de movimientos incontrolados, tras los cuales el escaso mobiliario del salón perdió sus atributos. Cuando pareció que remitían los efectos, Sancho se acercó timorato a Peteira, pronunciando su nombre y con los brazos abiertos.

Temblaba.

Los siguientes minutos los dedicaron a restablecer la calma y no fue hasta que el subinspector dio muestras de haber retomado el control de sus actos que Sancho liberó un pensamiento.

—Hay que joderse, creí que no lo contaba.

—¡Pues ahora me lo vas a contar a mí!, ¡vaya que me lo vas a contar! —exigió Álvaro Peteira.

—Ahora mismo. No sé qué cojones estás haciendo aquí, pero…

Sancho terminó la frase abrazándose de nuevo a su compañero y este le devolvió los golpes en la espalda con la misma intensidad.

—¡¿Se puede saber quién es este?! —quiso saber Juliet apretando contra el pecho a Michael, que seguía con su llantina desconsolada.

Sancho se giró hacia ella y se rascó la barba con ambas manos.

—Un amigo —respondió con aspereza—. Llévate a Michael a mi habitación y consigue que se calme. Yo me ocupo de esto.

Juliet tardó unos segundos en reaccionar, sumisa, y en cuanto enfiló el pasillo el pelirrojo se volvió hacia Peteira y le puso una mano en el hombro.

—Siéntate, lo vas a necesitar.

La cara del subinspector reflejaba incredulidad, incapaz de asimilar la confesión de alguien a quien creía conocer.

—Pero ¿cómo carallo te metiste en toda esta mierda? ¿Perdiste el juicio? —fue lo primero que dijo el gallego por lo que acababa de escuchar.

—Otro día con tiempo hablamos de ello, pero ahora debo solucionar esto. Tienes que marcharte.

—Sancho, no me toques los cojones. ¡¿Qué vas a hacer ahora?!

—Confía en mí. Limpiaré toda esta mierda; en algún sitio estarán las balas, porque ahí dentro —señaló al cuerpo de Solomon— no se han quedado. Sé cómo arreglar este tinglado, pero tú tienes que desaparecer cuanto antes. Te llamo en cuanto lo haya hecho. ¡Confía en mí! —le rogó repetidamente agarrándole con ambas manos del cuello—. Yo me encargo de todo.

—¡La madre que me parió, Sancho!

—Lo sé, Álvaro, lo sé. Tranquilo.

Peteira le sostuvo la mirada antes de asentir una sola vez. Luego se incorporó del sofá sin decir nada.

—Te debo una gorda.

—*¡Vai o carallo!*

Un nuevo abrazo más prolongado que el anterior selló la despedida en el porche de entrada. Sancho le siguió con la mirada hasta que desapareció tras la oscura cortina de agua que seguía castigando aquella noche.

Antes de marcar el número de Vincent Dare, Sancho tuvo muy claro que no solo las lluvias del invierno vienen del infierno.

CONFÍA EN LAS MALAS PERSONAS: NUNCA CAMBIAN

Restaurante O Portiño
Saiáns (Vigo)
Mayo de 2013

La brisa transportaba la esencia de aquella tierra abrupta y Sancho quiso apoderarse de la parte que le correspondía por legítimo derecho, derecho que le asistía por el simple hecho de estar allí.

Aunque muy derecho no caminaba, con el vaivén del whisky irlandés zarandeándose por sus venas, mientras escuchaba el estribillo de *Nellie the elephant* de The Toy Dolls. Esa canción había sido el himno oficioso de la Unidad Territorial de Información durante los años que pasó en San Sebastián y, por algún motivo, Sancho quiso recuperarla para musicalizar aquel momento.

Nellie the elephant packed her trunk
and said goodbye to the circus
off she rode with a trumpety-trump.
Trump, trump, trump!

El encuentro con Joseph Onazi tardó tres días en tener lugar. Tres jornadas en las que Vincent Dare demostró por qué ocupaba ese lugar privilegiado en la organización. En cuanto se presentó en la casa de Sancho y este le explicó lo sucedido se puso manos a la obra. Sin necesidad de verbalizarlo, quedó patente que entre Vincent y Solomon existía un largo historial de cuentas pendientes, rencillas que enterraron a dos metros de profundidad en algún lugar del Parque Natural del Monte Aloia, cerca del cauce del río Louro. A todos los efectos, Solomon había regresado a Nigeria mientras que Santiago Cabarcos, sencillamente, se había marchado sin despedirse de nadie. Sancho no alcanzaba a entender los motivos que habían llevado a Solomon a asesinarlo y realmente sentía un profundo pesar por el infortunio de aquel hombre de espíritu aventurero amarrado siempre en tierra; en aquella, su tierra.

El pelirrojo había aleccionado convenientemente a Juliet, aunque

sospechaba que no iba a ser del todo necesario, puesto que lo único que ella quería era permanecer junto a Michael y fortalecer su estatus de seguridad. Convinieron concederse unos días, aunque ambos intuían que podrían ser semanas o quizá meses.

Finalmente, tal y como le había prometido, Sancho mantuvo una prolongada conversación telefónica con Peteira en la que empezó haciéndole partícipe de la forma en la que habían resuelto la situación. El subinspector le confesó que, de alguna forma, le haría pagar el hecho de tener que convivir con lo sucedido, sobre todo por la imperiosa necesidad de ocultar la verdad a Patricia. En la medida en la que pasaron los minutos, hablaron de los asuntos menos escabrosos, como los que se habían cocinado los últimos meses en comisaría y del esperanzador estado de salud de su hijo Marcos. Charlando de la cotidianidad, Sancho reparó en que echaba de menos los aspectos insignificantes, lo corriente y ordinario que rodea la vida de las personas, matices que ya no estaban presentes en la suya. Dada la idiosincrasia semitransparente del gallego, era difícil saber si Sancho había conseguido aquietar parte de la agitación que le había regalado en su última visita. Peteira no quiso despedirse sin pedirle, rogarle, implorarle que tratara de alejarse de la ciénaga en la que se había metido. La frase que obtuvo por respuesta no era la que esperaba escuchar el subinspector: «Uno solo sale por su propio pie de donde quiere salir, del resto de sitios o lo echan o se queda».

Dos Jameson más tarde, Sancho se subía en el coche en dirección al restaurante. Le sorprendió ver que Vincent Dare acompañaba en la mesa al señor Onazi, pero le extrañó aún más que este último lo recibiera con un gesto amable, forzosamente risueño. Sobre los platos, los restos de una buena mariscada.

—No le hemos esperado para cenar, dada su costumbre de no llegar a la hora establecida. Unos días agitados, ¿verdad? —comentó de forma accidental invitándole a tomar asiento.

—Podría decirse así —admitió Sancho, indiferente.

—Vincent y yo hemos hablado sobre el asunto y hemos constituido nuestra propia teoría. Como ya habrá deducido, Solomon se encargaba de tenerle vigilado; llámeme desconfiado. Pensamos que Solomon sospechaba que ese barman podría estar pasándole información sobre las actividades de la empresa y quizá por ello quiso cerciorarse por su cuenta siguiendo sus propios métodos, que no son muy diplomáticos —aclaró tirando de eufemismo—. Pecó de…, ¿cómo lo llaman? Sí, exceso de celo.

Onazi hizo una pausa mientras jugueteaba con los cubiertos.

—Solomon era un buen soldado —prosiguió—, pero tenía pretensiones, sueños fuera de su alcance. Cada uno tiene que asumir el papel que le corresponde, ¿no cree? Cometió un grave error que

podría haber puesto en jaque nuestros planes de futuro. Ahora veo que debería haberme encargado de él, como en su día hice con Marlon. Un tiro y fuera.

A Sancho le escamó que Joseph Onazi acabara de admitir un asesinato, pero no quiso exteriorizarlo y elevó las cejas en un gesto neutral, flemático.

—Marlon era de una raza especial. Desde el principio destacó entre los demás: era el más valiente, el que tenía mayor instinto y valentía, pero, sobre todo, era el más obediente. Además, se conformaba con poco. Yo estaba muy orgulloso de él y cometí el error de prestarle más atención que al resto. Con el tiempo él se percató de tal circunstancia y un día se atrevió a hincarle el diente a una pieza. No recuerdo bien qué era… —dijo mirando a Vincent.

—Era una liebre —reveló su mano derecha.

—Eso, una liebre. Marlon ya era el líder y el hecho de que se comiera las entrañas de aquella mísera liebre podía provocar que los otros perros creyeran que estaba permitido zamparse mis piezas, ¿me explico?

Sancho levantó la mano y ordenó un Jameson con hielo.

—A Marlon supe castigarlo a tiempo; a Solomon no. Pero, bueno, según parece, la madre naturaleza —bromeó señalando con el cuchillo a Sancho— se ha encargado de enmendar mi equivocación. Nadie echa de menos a un perro que muerde la mano de su amo, ¿verdad? —le preguntó a Vincent posando la mano sobre su hombro izquierdo. Este asintió bajando la mirada.

Sancho comprendió entonces que aquella última observación iba dirigida al nigeriano. O puede que también a él.

—Vincent sabe muy bien de lo que hablo. Lo tiene presente cada vez que se mira al espejo, no hace falta que se lo recuerde. ¿Por qué no le cuentas tu historia a nuestro amigo? De ahora en adelante vais a tener que trabajar codo con codo y es bueno que os conozcáis a fondo. Adelante, no seas tímido —le animó gozoso.

Vincent Dare enderezó la espalda y se estiró la chaqueta del traje. Bebió un trago de agua y apretó los labios en un gesto contenido, cargado de resignación.

—Tenía doce años cuando mi padre murió de gripe. Éramos cuatro hermanos y mi madre no podía mantenernos sola, así que se buscó otro marido. Allí es algo habitual —aclaró de un modo preventivo—. Charles, así se llamaba, se ganaba la vida con un pequeño negocio de repuestos de automóvil en un barrio de la periferia de Benin City. Era un hombre bueno, demasiado bueno. Cuando la tienda empezó a flojear, tuvo que pedir dinero prestado. Allí no se acude a un banco cuando se necesita dinero, se pide a los que lo tienen y lo manejan. Un día aparecieron en casa dos hombres que venían a cobrar. Mi madre

no tenía nada para darles, así que me cogieron a mí, que era el mayor, como garantía de pago y me obligaron a trabajar con ellos como cobrador. Yo era muy grande y muy fuerte, y me enseñaron a hacer bien el trabajo. Una vez conseguí que un tipo pagara mucho, pero decidí quedarme con una parte, que entregué a mi madre. Ellos se enteraron y me hicieron esto. —Se señaló con el índice recorriendo muy despacio el trazado de la cicatriz—. Un recordatorio de lo que significa la lealtad —definió Vincent.

Ramiro Sancho agarró el vaso y dibujó varios círculos concéntricos en el aire observando el movimiento de los hielos con aspecto lacónico.

—La puta vida tiene estas cosas —concluyó Sancho.

—Y usted ¿qué nos cuenta? Seguro que oculta algo, todo el mundo lo hace.

—Así es.

Onazi apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. El pelirrojo bebió un trago largo y lo posó sobre la mesa sin dejar de mirarle.

—Sé cosas.

—¿Qué cosas sabe?

—Sé algo que casi nadie conoce. Sé que Cristóbal Colón era de aquí, de Pontevedra, y que su verdadera identidad era Pedro Madruga.

Joseph Onazi y Vincent Dare se miraron perplejos luego de escuchar la extensa argumentación de Sancho. Acababa de terminar el libro que le había regalado Santiago y tenía frescas las ideas.

—¿Y quiere saber por qué manejo esa información tan sensible? Porque Santiago Cabarcos, que así se llamaba el barman que asesinó Solomon, me lo contó —reveló sin dar tiempo a que contestaran—. Esta y otras historias de navegantes, grandes descubrimientos, cruentas batallas y otras aventuras increíbles eran el tipo de información que me estaba pasando. Información altamente sensible —subrayó con irónica acidez—. Ese fue su gran pecado y por ello Solomon, su fiero perro guardián, como buen perro que era —continuó con la voz cada vez más agrietada—, al verse acorralado arremetió a mordiscos contra los que consideraba una amenaza. Solomon estuvo a punto de matarnos a mí, a Juliet y a su hijo de seis años y usted me dice que quizá, puede, a lo mejor debería haberle puesto un bozal. ¡Controle a su puta jauría! —dijo entre dientes.

Un silencio cargado con armas de destrucción masiva invadió el espacio aéreo del mantel.

El carraspeo del señor Onazi sonó a defensa aérea mal calibrada.

—Si lo que pretende es escuchar una disculpa, me temo que…

—¡No quiero una disculpa! —le cortó—. Lo que quiero es retirarme con los bolsillos llenos, si puede ser mañana mejor que pasado, pero

sobre todo quiero retirarme vivo. Tengo memorizado el número de serie de ese contenedor y la fecha de arribo, pero no hablaré con mi contacto hasta que no me quite a sus putos perros de encima. A todos —matizó mirando a Vincent, que se revolvió en la silla como un pit bull a la espera de que su amo le soltara la cadena.

—Muy bien. Le comprendo, pero todavía no se ha ganado mi confianza. Haga que la siguiente mercancía llegue a su destino y tiene mi palabra de que le consideraré uno de los nuestros.

—Creo que no me ha entendido. No me interesa ser otro perro más —dijo levantándose de la mesa.

Joseph Onazi golpeó el tablero con ambas manos provocando que la cubertería se despegara de la superficie. Vincent Dare se incorporó raudo con la intención de detener la huida de Sancho, pero su jefe le agarró del brazo. Sancho se dispuso a descargar su puño contra Vincent.

—¡Siéntese! Por favor —dijo Onazi.

Sancho se apoyó sobre el respaldo de la silla y negó con la cabeza.

—Confíe en las malas personas: nunca cambian. Llámeme cuando esté de acuerdo conmigo.

La llamada de Vincent se produjo dos horas más tarde.

Sancho se acostó esa noche siendo consciente de que había dado un paso de gigante, pero que aún tendría que dar otro más para alcanzar la cumbre y clavar su bandera.

Y sabía cómo hacerlo.

Islas Cíes

Esa mañana había ido de compras: un *smartphone* de tarjeta y cinco nuevos discos en Elepé entre los que estaba otro de Standstill, *Vivalaguerra*. Además de nutrir su colección, Suso, el gerente de la tienda, le había proporcionado el contacto para conseguir una embarcación privada con el permiso pertinente para fondear en las islas. A las cuatro y media de la tarde llegaba al embarcadero de la playa de Rodas con el único objetivo de desconectar de una realidad empeñada en consumir sus últimas reservas de serenidad.

En la pantalla de su nuevo móvil aparecieron veinte *caches,* ordenados según el criterio de cercanía desde el punto en el que se encontraba. El primero estaba a seiscientos noventa metros. Sancho se acomodó la mochila a la espalda y emprendió la marcha a través de una pasarela de madera que discurría en paralelo al mar sobre la arena más fina y blanca que había visto jamás. La aplicación le indicaba que tenía que seguir ese estrecho camino asfaltado que se abría paso entre los pinos, pero no quiso perderse en la vegetación sin

antes volverse para disfrutar de la maravillosa estampa que le ofrecía la naturaleza desde esa posición. El perfil montañoso se recortaba sobre el azul del cielo, muy deslavado en comparación con la intensidad de la que alardeaba el mar. Suspendida en la nada, una solitaria nube le llamó la atención por su forma acorazonada.

—Otro corazón abandonado —pronunció en voz alta antes de emprender la marcha. La gaviota patiamarilla con la que se cruzó no hizo ninguna observación al respecto.

En esa época del año no se veían demasiados excursionistas, aunque cada pocos minutos se cruzaba con alguna pareja o grupo que lo saludaba como si acabaran de compartir mesa y mantel. Eso le gustó. Llevaba su reproductor en la mochila, pero prefirió escuchar el hilo musical que llenaba de matices acústicos aquel paraje natural. Para hallar el primer *cache* solo tuvo que ascender unos metros la ladera y levantar dos piedras claramente colocadas junto a la base de un árbol. Examinó con calma el contenido de la caja, aunque enseguida buscó la libreta y el lápiz. Iba a escribir su nombre, pero se detuvo antes de hacer el primer trazo de «Urtzi».

—No jodas, hombre —se recriminó.

Alzó la mirada y consintió que esta se perdiera libremente hasta encontrar el punto de fuga más lejano. Era como si, verecunda, quisiera alejarse lo más rápido posible de su cuerpo. Regresó deshaciendo el camino hasta llegar al lugar de encuentro entre la mina del lápiz y el papel en blanco. Se tomó unos segundos para el recuerdo y escribió: «Atila, rey de los doses».

Lo dejó todo como estaba y se encaminó hacia el segundo hito, localizado en el mapa a un kilómetro y cuatrocientos veinte metros.

Tres horas más tarde, Atila, rey de los doses, había localizado dos tesoros más y el hambre se había instalado en el estómago de Sancho. Se sentó en una roca plana cerca de la vertiente occidental de la isla, más abrupta que su hermanastra oriental debido a la acción erosiva de las olas. El bocadillo de lomo ibérico le duró el tiempo que necesitó para elegir una de sus últimas adquisiciones. Se decantó por Thin Lizzy, un grupo irlandés de los setenta que, según le había asegurado Suso, hacía un rock que no le iba a defraudar. «Producto garantizado», apostilló. Tres canciones fueron suficientes para estar de acuerdo con su camello musical y cuando llegó al corte de *Cowboy Song* la letra le hizo navegar por otras aguas, dejándose arrastrar por las corrientes del Adriático hasta que se vio varado frente a las costas de Trieste.

I am just a cowboy, lonesome on the trail.
Lord, I'm just thinking about a certain female
and the nights we spent together riding on the range.
Looking back, it doesn't seem so strange.

Efectivamente, si hacía un ejercicio de retrospectiva, las noches que pasó con Gracia Galo no parecían tan extrañas, pero ahora no era más que un *cowboy* solitario, como esa nube suspendida en la nada cuyo ineludible destino no era otro que deshacerse en gotas de lluvia y desaparecer. Alcanzada tal certeza, dejó de atender a las palabras para centrarse en sus pensamientos. Una ráfaga de aire que debía de portar un arrebato de coraje le pilló desprevenido e indefenso y solo así resolvió saldar una cuenta que tenía pendiente desde el mes de septiembre. Sancho se trasladó a aquel día en el que no tuvo coraje para atender la llamada de Gracia Galo, y desde entonces había estado eludiendo la posibilidad de volver a hablar con ella. Miró el reloj y deseó que siguiera con la sana costumbre de ir a comer a casa para pasar más tiempo con Alessandro. No fue necesario escarbar en su memoria para encontrar el número y, sin prestarse a más cábalas, lo tecleó.

Para su corazón, pulsar el botón de llamada hizo de acelerador y los latidos multiplicaron por dos la cadencia de los tonos de la línea.

—*Pronto?* —escuchó.

Para su lengua, reconocer aquella voz hizo de freno y las palabras le patinaron en las curvas de las cuerdas vocales.

—*Pronto?*

Pero justo antes de estrellarse contra el muro de la cobardía, el pelirrojo enderezó el volante.

—Gracia, soy yo, Sancho.

El ocaso del día se empezaba a manifestar a través de la pérdida progresiva de luz, que, ya cansada y débil, apenas si podía reflejarse en el espejo del Atlántico. La embarcación había llegado puntual y las únicas palabras que habían salido de la boca de Sancho fueron las que conformaron un tímido «buenas tardes» con el que saludó al capitán. El pelirrojo se había empeñado en reproducir una y otra vez la larga conversación que había mantenido con la inspectora triestina. La frialdad del inicio nada había tenido que ver con la calidez de la última frase que precedió a la despedida:

—Aquí me tienes para cuando me necesites.

La misma que le dijo antes de marcharse de Trieste; antes de que la fatalidad volviera a cebarse con él; antes de que decidiera tirarse a un pozo que creía conocer pero del que no sabía cómo salir. Igual que hizo con Peteira, Sancho le contó toda la verdad evitando que pareciera un acto de contrición. Ella tampoco se compadeció, muy al contrario, escuchó muestras de apoyo que le sirvieron para apuntalar su ruinosa voluntad. También ayudó el hecho de que ella no

mencionara a ninguna persona que hubiera aparecido en su vida más allá de Sandro y de su padre, que seguía dándole soporte en los cuidados de su hijo. Todavía había posibilidades de amarrar en aquel puerto, algún día.

Divisando el de Baiona, Sancho se imaginó interpretando otro papel, en otras circunstancias bien diferentes, pero enseguida regresó a los hechos que contaminaban su presente, con una importante operación en marcha que muy pronto —intuía, deseaba— iba a dar un giro importante.

Su instinto no iba a fallar, aunque el desenlace nada tendría que ver con sus deseos.

SI LLEVAS MUCHO TIEMPO SIN CRECER EN LA MISMA MACETA, CAMBIA DE MACETA

Residencia de Jaap Keergaard
Vicolo del Bologna, 16 (Roma)
Mayo de 2013

Sabía que estaba dentro de un sueño. O eso quería creer, porque todo a su alrededor parecía un decorado extraído del metraje de una Super-8: con una calidad de definición media y una más que evidente mala sincronización con el audio. El único sonido que registraban sus oídos era el alborotado piar de los pájaros, pero este no provenía del jardín en el que se veía a sí misma paseando, sino de las ramas de los castaños que poblaban el patio interior. De hecho, no existía una correspondencia lógica entre lo que sucedía en el sueño y lo que percibían sus oídos conectados a la realidad. Pero así son los sueños lúcidos.

Erika Lopategui necesitaba ordenar la situación.

Para ello, la mejor opción era regresar al cuerpo de la niña de pelo largo vestida de vivos colores y hacer *zoom* a cámara lenta desde la perspectiva que le ofrecían sus ojos. En consecuencia, dejó de percibir sonido alguno, pero era la forma más acertada de inspeccionar detenidamente el entorno. No le hicieron falta demasiados fotogramas para identificar y enclavar con precisión el lugar. Se trataba de los exteriores del Palacio de Oriol, donde tantas y tantas veces había estado en compañía de sus padres durante la infancia. En efecto, su parte consciente sabía que se trataba de sus recuerdos de familia más nítidos y por ese motivo acudía de forma tan recurrente a ellos, igual que hace un director repartiendo los papeles entre sus actores fetiche o rodando esos guiones que no se salen de sus estándares de comodidad. En su sueño solo había tres personajes: su padre, su madre y ella; y el argumento era de telefilme de media tarde con final feliz. Como una cineasta con patente de corso especializada en ensoñaciones, salió del cuerpo de la niña y recorrió la distancia que la separaba de sus padres, quienes paseaban unos metros por delante de ella agarrados de la mano. Invisible, los acompañó durante unos

segundos y, en un alarde de oficio, activó el sonido ambiente.

—No es algo por lo que debamos preocuparnos ahora —comentó su padre, cuyas sienes ya habían sido tomadas por el color níveo de las canas.

—Si no nos preocupamos por la salud de nuestra hija, ya me dirás de qué otra cosa tenemos que hacerlo.

—Cariño, hay una enorme diferencia entre preocuparse y ocuparse.

—No me vengas con esas, que me conozco el discurso —le recriminó su madre con ternura—. Simplemente te digo que esos cambios de ánimo son muy…

—¿Cambiantes? —se adelantó él siguiendo con el tono jovial de la conversación.

—No, frecuentes; pero para eso hay que vivir el día a día con ella —le increpó cáusticamente, esta vez malhumorada.

Su padre se detuvo y la agarró de la cintura con ambas manos.

—Vale, perdona, tienes razón. Lo seguiré de cerca si así te quedas más tranquila y, en cuanto a pasar más tiempo con vosotras…, no hay nada que desee más que eso.

Cuando los labios de ella empezaban a conformar una tímida sonrisa, él los besó.

—Escúchame con atención, Erika Eisemberg: no pienso permitir que a nuestra pequeña le ocurra nada malo y puedes estar segura de que, si lo necesitara, su padre regresaría del mismísimo infierno para ayudarla.

Detuvo la imagen y rebobinó unos segundos, justo hasta donde su padre la besaba.

—Escúchame con atención, Erika Eisemberg: no pienso permitir que a nuestra pequeña le ocurra nada malo y puedes estar segura de que, si lo necesitara, su padre regresaría del mismísimo infierno para ayudarla.

Otra vez.

—Escúchame con atención, Erika Eisemberg: no pienso permitir que a nuestra pequeña le ocurra nada malo y puedes estar segura de que, si lo necesitara, su padre regresaría del mismísimo infierno para ayudarla.

Erika decidió que era el momento de despertar.

Y de nuevo el piar alocado y contagioso de los pájaros. Realmente sabía la hora que era gracias a ellos, pero no era algo que les fuera a agradecer especialmente, porque ello significaba que estaba naciendo un nuevo día y que tendría que volver a afrontar la primera de las batallas de la jornada: levantarse de la cama. Habida cuenta de que, al igual que las noches precedentes, había dormido poco y mal, preveía una nueva derrota, una victoria repetitiva de su lado depresivo. Abrió los ojos no sin esfuerzo, pues incluso esa acción mecánica requería el

uso de una parte de su remanente energético, que, tras cinco semanas de aislamiento, rozaba la escasez. Tumbada boca arriba, giró el cuello en dirección a la única ventana de la habitación, atraída por la exigua luz que conseguía zafarse de la criba de la persiana y el filtro de la cortina. Así permaneció los siguientes minutos, ensimismada por ese haz que bañaba el dormitorio de forma tan pobre que la llevó a pensar que sería la ambientación perfecta para el rodaje de una escena vampírica. Y por asociación de ideas regresó a la escena en la que había interrumpido el rodaje.

—Papá, ayúdame —pronunció antes de volver a sumirse en ese estado hipnótico. Quería regresar allí, necesitaba decirle algo más a su padre.

Minutos después se incorporó sin valerse de los brazos, como si Béla Lugosi hubiera tomado el control de su cuerpo y hubiera olido un rastro de sangre. Sus facciones habían cambiado, sobre todo los labios, que eran una réplica perfecta de la sonrisa de su madre. Se frotó la cara con avidez y se dispuso a saltar de la cama, pero algo le decía que activar el tren inferior le costaría mucho más. Resolvió masajearse los muslos para estimular la circulación antes de ponerse en pie. Inmediatamente después, alargó el brazo para asir la cinta primero y tirar de ella con renovado y quizá un tanto desproporcionado vigor. Erika se vio forzada a girar la cara tras la bofetada que le propinó la claridad, pero en cuanto sus pupilas se acostumbraron repitió el gesto hasta que la última lama de la persiana desapareció en el cajetín.

Lo siguiente que pudo ver fue a un hombre en calzoncillos que entraba precipitadamente en el dormitorio empuñando un arma y seguido por un dogo argentino.

—¡Erika! —vociferó Ólafur Olafsson transfiriendo a la aludida el turno de gritar. Acto seguido llegaron los ladridos de Karatu, contagiado por la alteración mancomunada.

—¡Mierda, mierda, mierda! —repetía ella agarrándose a la colcha que cubría la cama. Estaba totalmente desnuda, pero en aquel momento lo único que le importaba era evitar que el corazón se fugara de su cuerpo.

—Lo siento —se disculpó el islandés bajando el arma y la mirada hacia el suelo—. He escuchado un fuerte ruido y me he asustado.

—Era la maldita persiana, pero que conste en acta que la que se ha asustado de verdad he sido yo.

—Ya. ¿Te encuentras bien?

—Teniendo en cuenta las imágenes que está procesando mi cerebro después de un largo periodo de ausencia de estímulos, no, no estoy nada bien.

Una carcajada sirvió para romper el pegajoso silencio con el que se estaban embadurnando las paredes y de bálsamo para calmar el

bochorno de Ólafur.

—Siento haber violado tu intimidad, pero me alegro mucho de verte de nuevo en la vertical.

—Y yo —dijo una voz proveniente del pasillo.

—Hombre, Jaap, pasa y únete a la fiesta. ¿Tú también estás en calzoncillos?

—No. No me ha dado tiempo a ponérmelos.

—Te daría un beso si no estuvieras…, ya sabes —intervino de nuevo Ólafur.

—Sí, ya sé. Pero si tenéis a bien concederme unos minutos, me doy una ducha, me visto y salgo. Y si no os parece mal, podríais tomar ejemplo.

—Se me ocurre que podríamos salir a desayunar fuera —propuso Ólafur—. Esto hay que celebrarlo y lo cierto es que necesitas comer algo, porque pareces una de esas modelos…

El resto de la frase chocó contra la puerta.

—Jodidos abuelos degenerados —murmuró Erika mientras comprobaba frente al espejo que el islandés tenía razón. Estaba asquerosamente delgada.

Mientras dejaba que el agua empapara bien su cabello aprovechó para liberar las últimas lágrimas que quedaban en lo más profundo del pozo de la amargura.

—Gracias, papá.

Polígono industrial A Granxa (O Porriño)

Bajó del coche y corrió hacia la puerta del almacén como si hubiera robado un balón en su línea de veintidós y quisiera ensayar bajo palos. En plena carrera reconoció a dos de los hombres de Onazi fumando, los cuales adoptaron sendas posturas defensivas al ver que un barbudo pelirrojo rapado al cero se dirigía hacia ellos con las facciones desencajadas.

—¡Vincent! ¡¿Dónde cojones está Vincent?!

El más joven de los dos, un camerunés con camiseta de los Chicago Bulls, tomó la iniciativa.

—Ni puta idea, tío. Vincent llega cuando llega. ¿Y tú quién coño eres, tío?

—Soy el que te va a soplar dos hostias como no me digas cómo localizar a Vincent.

—Vale, tío, tranqui. Coño, no sé. ¿Tú sabes?

El otro, por no saber, no sabía ni hablar castellano.

—¡Hay que joderse!

—Tranqui, tío. Entra y pregunta por Morgan, él te dirá.

Dentro había escasa luz, poco ruido y ninguna actividad. El pelirrojo gritó el nombre que le habían dado al tiempo que recorría los metros cuadrados de la nave sin que pareciera que allí pudiera haber un alma en kilómetros a la redonda. El sonido de un caminar calmoso, cachazudo, le hizo girarse. Era enorme y muy negro. De hecho, era el negro más oscuro y verdadero que había visto jamás. Negro brillante, como la noche más romántica. Pero aún era más enorme que negro y brillante. Le vino la palabra «nigersaurus» a pesar de que no sabía si el ser vivo que se aproximaba sosegadamente era o no de Nigeria. Se movía a cámara lenta, a miles de *frames* por segundo, como si su organismo estuviera programado en modo ahorro de energía máximo para minimizar el consumo calórico.

Sancho, absorto en la contemplación de aquel prodigio de la evolución o involución de la especie, no articuló vocablo.

Los chuletones que tenía por labios se movieron.

—¿Quién eres tú?

Su registro era grave y sombrío como la voz de un bajo profundo con cientos de óperas a su espalda.

—El tipo que organiza todo este tinglado —contestó Sancho al fin —. ¿Eres Morgan?

—Yo soy. ¿Y tú? ¿Tienes nombre?

—Mi nombre no importa, importa que localicemos a Vincent cuanto antes.

—Yo he hablado con él hace un rato.

—¿Hace un rato? ¡¿Cuánto rato hace de eso?! —preguntó Sancho exaltado.

—Un rato largo.

—¡¿Puedes especificar un poco, por favor?! ¿Sobre qué hora?

Morgan le estudió en oblicuo con la indiferencia y recelo con la que debían mirar los grandes herbívoros a los primeros humanos con lanza.

—Sobre las nueve de la mañana y cuatro minutos —dijo mirándose la palma de la mano. Sancho dedujo que dentro debía de tener un móvil y que había consultado el registro de llamadas.

—¿Y sabrías decirme a qué hora viene?

—Hoy no viene.

—¿No viene?

—Eso es, no viene.

—¿Y por qué cojones no viene?

—Porque no puede o no quiere, supongo. Yo no pregunto, solo trabajo.

—Tengo que hablar con él inmediatamente.

—Eso va a ser difícil.

—¿Por qué?

—Porque me ha dicho que hasta las 14:30 no va a estar disponible.

—Pues estamos bien jodidos.

De repente, Sancho se percató de que se había contagiado del estado de paz y sosiego que emanaba Morgan. Era una sensación primigenia, reconocible tal vez, pero olvidada. Era como si la paz espiritual concentrada en todos los templos budistas le rodeara.

—Tenemos un problema —retomó Sancho—. Me han informado de que el Servicio de Vigilancia Aduanera de Vigo va a realizar una inspección de las mercancías procedentes de orígenes marcados como de alto riesgo. Dakar es uno de ellos, ¿comprendes?

—Comprendo —aseguró.

—Nuestro buque va a llegar a puerto en menos de una hora y, si eso ocurre, en cuanto abran nuestro contenedor se van a encontrar con un bonito regalo. Luego comprobarán el registro de destino y esto se va a llenar de sirenas.

—Comprendo.

Sancho inspiró profundamente.

—Morgan, ¿se te ocurre algo que podamos hacer para evitar que acabemos todos detenidos?

—Sí.

—¿Sí?

—Claro. Contactar con el capitán del buque y decirle que retrase su llegada al puerto hasta la tarde.

La solución le pareció tan evidente como absurda.

—¿El capitán trabaja para nosotros?

—No, que yo sepa.

—¿Entonces?

—Entonces a él le conviene que no encuentren nada ilegal si quiere conservar su gorra de capitán. Hasta que comprueben si forma parte o no de la organización los de aduanas le van a retener la licencia. ¿Comprendes?

Sancho sonrió.

—Muy bien. Ahora dime que sabes cómo contactar con el buque.

Morgan abrió la palma de la mano y, efectivamente, apareció un teléfono.

Minutos después, el *Leonie P.* abanderado en Antigua y Barbuda, de 9.991 toneladas brutas, 140 metros de eslora total, 24 de manga y 6,20 metros de calado, comunicaba al práctico del puerto de Vigo un fallo en el sistema de navegación cuya reparación iba a retrasar la entrada prevista en el muelle asignado.

Sancho no lo valoró convenientemente antes de invitar a almorzar a Morgan Ekiang en el restaurante Río Tinto, situado en el mismo polígono. Los espaguetis a la carbonara eran fideo fino para su estómago y los dos entrecot, pinchos morunos. Era notorio que aquella no era la primera vez que iba a comer allí, puesto que el camarero le puso doble ración de todo sin consultarlo. Antes de hincar el cuchillo en la rodaja de melón le sonó el móvil. Cuando terminó la llamada, Morgan le informó de las novedades.

—Les han dado hora de atraque a las 16:45.

—Perfecto, pero yo ya no estaré aquí.

—Muy bien.

—¿Puedo preguntarte algo, Morgan?

—Es lo que llevas haciendo desde que te conozco —bromeó por primera vez.

Sancho terminó la cerveza.

—¿Por qué te dedicas a esto?

—Mis hijos tienen la mala costumbre de comer todos los días y los plátanos, aunque no son muy caros, cuestan dinero.

—Claro —admitió Sancho.

—Yo no sé qué hay dentro de esos contenedores. Solo controlo que lo que entra en el almacén sale a las direcciones que Vincent me proporciona el día antes. Nada más.

—Pero eres consciente de que es ilegal y a lo que te arriesgas, ¿verdad?

—Soy consciente de que yo —enfatizó— soy ilegal. Llegué aquí hace seis años y aún no tengo los papeles. Sin trabajo no comen mis hijos y yo no puedo volver a mi país. Tengo que mirar por los míos, eso es lo único que sé.

—¿A qué te dedicabas en tu país?

—Era guardia forestal en el Parque Nacional de Zakouma. Amo la naturaleza, por eso acabé en esta zona; es lo más parecido a aquello, pero sin mis elefantes.

—Lo siento, pero no lo ubico en el mapa.

—En Chad, mi país.

Sancho maduró una propuesta mientras pagaba la cuenta.

—Así que eres un amante de la naturaleza —masculló—. Morgan, ¿has oído hablar del geocaching?

Barrio del Trastévere (Roma)

La recordaba tal cual. Con los mismos desconchones de pintura consecuencia del repetitivo golpeo de los postigos contra la fachada; con las enredaderas descendiendo desde el tejado, apropiándose en

silencio del edificio, sin molestar, furtivas y vigilantes; como las algas.

Como él.

—¿Una antigua novia? —inquirió maliciosamente Ólafur Olafsson, que agarraba con fuerza la correa con la que sujetaba a Karatu.

Jaap no contestó, aunque no andaba muy desencaminado.

Las costumbres itinerantes que exigían sus obligaciones como arcángel de la Congregación de los Hombres Puros no eran en absoluto compatibles con la idea de tener una residencia fija. Sin embargo, el danés arrastraba consigo el peso de una carga con la que sus padres le obligaron a acarrear, paradójicamente, en el momento en que le forzaron a librarse de él: su hijo. Una criatura que engendró con dieciséis años, fruto de su única relación sexual con Sophie Clement, la hija de la cocinera de la familia.

Aquel desafortunado e inoportuno alumbramiento hizo que el joven Jaap se exiliara en el purgatorio convencido de su segura admisión en el infierno. Y, sin embargo, no sucedió así. Alguien le abrió las puertas del paraíso y le ofreció la redención a cambio de su alma. Sin advertirlo, se convirtió en paladín del Templo, en defensor a ultranza de sus dogmas, en ejecutor de los dictámenes de quienes entendían bien los motivos. Porque tratar de comprender los misterios que rodean lo indescifrable no era su tarea, su única labor era empuñar la espada con determinación y firmeza. Ese era el único compromiso de los arcángeles: defender lo establecido en El Cartapacio de Minos, el código dictado por el Gran Arquitecto.

Preservar la Verdad.

Pero antes de convertirse en uno de los siete tenía que superar el adoctrinamiento en la isla Malden. Meses aislado del exterior, en un entorno donde solo existían la abnegación y la disciplina bajo la estricta tutela de Damocles. Allí comprendió que debía despojarse de los fraudulentos valores morales que le habían sido impuestos en su vida anterior para ser capaz de discernir entre el falso bien y el bien verdadero. Enterrar antiguos conceptos diseñados por otros con el propósito de confundir a los puros. Pero para alcanzar ese cenit de pureza había que hacer un sacrificio, ya que Uriel solo sería cuando Jaap Keergaard dejara de ser. Damocles se encargó de atravesarle el alma de parte a parte.

Así se ganó su espada, su nombre y su tatuaje.

Cuando salió de la isla estaba preparado para guardar en el cajón del olvido las caras de aquellos cuya existencia carecía de sentido. Esos que vagaban por los nueve círculos del infierno: los indiferentes, los lujuriosos, los avaros, los iracundos, los violentos, los traidores…, tantos y tantos otros pecadores que atentaban contra la Gran Verdad. La única. Enemigos del Templo. Matar y olvidar, por ese orden, eran sus principales destrezas, pero aquella virtud nunca le sirvió para

detener una obsesión creciente contra la que no podía luchar. Una necesidad que sobrevivió a su paso por la isla de Malden porque era tan profunda que ni siquiera estaba al alcance de Damocles.

Tenía que conocer al detalle las facciones de la única vida que había dado y, con ese fin, utilizó los medios con los que contaba para reconstruir el pasado de su madre, Sophie Clement. Y la última pieza la colocaba en Roma. Recordaba perfectamente la fecha: el día después de Navidad del año 1981, cuando, tras una larga vigilancia, los vio salir del mismo portal en el que ahora tenía su atención empantanada. Ella se había teñido de rubio, quizá para ir en sintonía con el color del cabello del niño que la agarraba de la mano. Se llamaba Frederik y aquella no sería la única vez que les vería.

Ólafur Olafsson no le permitió seguir ahondando en su memoria.

—¿Y bien? ¿Nos vas a conducir hasta ese sitio tan maravilloso que conoces o posponemos el desayuno para otro día?

El danés reemprendió la marcha sin mediar palabra. Le seguía Erika, que caminaba con la mirada ausente, evitando cualquier atisbo de conversación. De esta forma, en silencio, los tres fueron serpenteando por las a veces estrechas y otras angostas callejuelas empedradas del barrio más castizo y menos romano de Roma.

—Cada vez vienen más temprano —protestó Jaap Keergaard al cruzar por la plaza de Santa María—. Cuando compré esta casa los únicos turistas que venían por aquí a esta hora eran los que se habían perdido la noche anterior. Antes era un lugar relativamente tranquilo, ahora es la Sodoma y Gomorra de los turoperadores.

—Tampoco vendría mal que regaran las calles con mayor asiduidad —observó el islandés aludiendo a los efluvios hediondos que emanaban de las esquinas animados por los primeros rayos de sol—. En días como hoy maldigo que mi sentido más desarrollado, muy por encima de los demás, sea el olfato.

—Pequeños contratiempos de vivir en un lugar como este.

—Ya. Comprendo. Para un devoto de María vivir aquí, tan cerca del epicentro del catolicismo, debe de ser como vivir en estado de éxtasis prolongado —aprovechó Ólafur Olafsson.

—Lo admito, pero para que lo entiendas, sería como que tú vivieras cerca de una destilería de *bourbon*.

—Los católicos nunca habéis tenido sentido del humor. Si os rierais más y odiarais menos, este mundo sería más apacible. Después de hacer la comunión os tendrían que obligar a ver *La vida de Brian* de los Monty Python setenta veces siete.

Jaap Keergaard lo observó con cierto interés y se mesó la coleta.

—¡Venga ya! ¿No la has visto? Tranquilo, yo me ocupo de solucionarlo.

Los siguientes minutos no hablaron, no había por qué.

—Es aquí —indicó el danés.

El letrero decía que estaban en el Antico Caffè, un local que hacía honor a su nombre: antiguo. No se habían percatado de ello, pero Jaap les había llevado a una zona algo alejada del interés de la horda de visitantes y peregrinos. La temperatura, más que agradable para la época del año, invitaba a ocupar una de las dos mesas libres que conformaban la terraza.

Erika lio un cigarro antes de tomar la palabra.

—Creo que os debo una disculpa —introdujo antes de soltar el humo—. No lo creo, lo sé. Sí, os debo una disculpa. Estas semanas no he cumplido con el compromiso que nos une, pero, de alguna forma, necesitaba tocar fondo para salir a la superficie y os puedo asegurar que esta vez he buceado muy profundo. Pero ya estoy fuera. He retomado el tratamiento y quiero pensar que en unos días volveré a estar cien por cien operativa. Solo necesito un poco más de tiempo. Un poco más —enfatizó.

—Lo que necesites —aseguró Ólafur Olafsson.

—Gracias. No obstante, me gustaría ir tomando contacto poco a poco con nuestro cometido. Por ello, por favor, ponedme al día de lo sucedido en vuestro viaje a Alemania, que es lo último que recuerdo.

Jaap transfirió la responsabilidad al islandés, cuyo semblante se fue agriando en la medida en la que relataba los hechos y el desenlace del matrimonio de guardianes.

—No estoy orgulloso, pero no merecían otro final —concluyó mientras acariciaba el lomo de Karatu, sentado a su derecha sobre los cuartos traseros.

Erika cogió aire. Sus ojos azules, casi grises, volvieron a perderse en algún recoveco de la plaza.

—¿Cuál es el siguiente movimiento? —quiso saber ella.

—Lo ideal sería hacernos con el dichoso Cartapacio de Minos, pero aquí el amigo asegura que eso es tarea imposible.

—Lo menciona De Bruyn en su informe. ¿De verdad existe?

Jaap Keergaard lo confirmó con un monosílabo afirmativo. Y no fue necesario nada más.

—Simplificando al máximo podría decirse que es el manual de instrucciones de la Congregación —prosiguió el islandés—, pero además funciona como compromiso vinculante entre la cúpula de la hermandad y sus miembros. Peter Frei nos lo confirmó. Todos deben cumplir las normas establecidas o morir en el intento de saltárselas. Los arcángeles se ocupan de ello.

—De Bruyn cita a un tipo que estuvo cerca de encontrarlo.

—Alcides Edgardo Bujalesky —identificó Keergaard—. Todos tenemos grabado ese nombre en la memoria. Sucedió en el año 2009. Era un profesor de universidad de Buenos Aires, una eminencia en

masonería y sociedades secretas con una decena de libros publicados sobre el asunto.

—Y dantista —añadió Ólafur.

—Especialista en el universo de Dante —definió ella—. Yo también he leído varias veces el informe. Contadme algo nuevo.

El islandés volvió a descargar la responsabilidad sobre Jaap.

—Se dice que, en un artículo que nunca he logrado encontrar, cita por primera vez el nombre de la Congregación de los Hombres Puros. Habla de los orígenes de la hermandad, remontándose al siglo XIV, como una derivación templaria de la Fede Santa que con el transcurso de los siglos se ha ido transformando en una peligrosa organización criminal.

—Perdóname si soy demasiado abrupta, pero lo cuentas como si tú no lo supieras, como si hablaras de un pariente lejano de Boston.

—A nosotros nadie nos ilustró con el pasado. Solo nos proporcionaron la información necesaria para que pudiéramos sujetar la espada. Nos elegían por nuestro turbulento pasado. Todos éramos ya asesinos, en menor o mayor medida, pero asesinos, antes de convertirnos en arcángeles. Simplemente se encargaban de alimentar esa parte y no daban de comer a la otra.

—Entendido. Volvamos al asunto de Bujalesky.

—Bien. Por sí sola, la mención del nombre ya justificaba el hecho de que Corteza de Roble ordenara enterrar el problema, pero resulta que el experto afirmaba que podía demostrar su existencia. Es decir, que podía encontrar El Cartapacio de Minos.

—¿Sabía dónde estaba?

Keergaard se encogió de hombros.

—Eso nadie lo sabe. Según se cuenta, la única forma de llegar hasta El Cartapacio es siguiendo un mapa oculto en los cantos de *La Divina Comedia,* pero yo no sé hasta qué punto es esto verdad. Lo que resulta sintomático es que Corteza de Roble le encargara el trabajo directamente a Miguel, lo que no había sucedido jamás, por lo menos que sepa yo, que soy, que era —corrigió— el más veterano de los arcángeles.

—Y por lo que parece, cumplió con su cometido.

—Llevándose por delante a su hijo —añadió Ólafur.

—Cumplió —zanjó Keergaard—. Nada quedó de sus investigaciones, así que no estamos en disposición de plantearnos continuar por ese camino.

—¿Entonces? —preguntó Erika.

—Entonces nos toca recorrer otro menos recto, pero quizá más definitivo —retomó el danés—: terminar de un solo golpe con la Asamblea, que son los que manejan los designios de la Congregación. Deja que te explique. Ya sabemos que su estructura es piramidal pero

estanca. Varios centinelas responden ante un solo guardián, que, a su vez, solo se comunica con un custodio, cuya identidad, por norma, desconocen. Hay nueve custodios que, junto con el Gran Maestre, conforman la Asamblea. Creemos que podemos llegar a uno de ellos si sabemos aprovechar la valiosa información que nos proporcionó Peter Frei.

—Muy valiosa —corroboró Ólafur.

—¿Y vais a ser tan amables de compartirla conmigo?

Ólafur se aclaró la garganta y se ajustó las gafas con el dedo índice.

—El custodio responsable de zanjar la filtración de De Bruyn utiliza el nombre de Cerbero y controla casi todo el norte de Europa.

—¿Y ya?

—Ya.

—No parece que esa información nos vaya a ayudar demasiado a averiguar su identidad —valoró ella—. ¿Y cómo podemos saber que la información es buena?

—Sobre eso no cabe ninguna duda. Peter Frei sabía que Cerbero era el custodio responsable de eliminarlo por fracasar en su misión de quitaros de en medio a Sancho y a ti. Cuando entendió quiénes éramos nosotros y a qué habíamos ido a su casa, en alguna parte de su cerebro fabricó la posibilidad de que pudiéramos ayudarle a quitarse el problema de encima. La información que nos dio era buena.

—Insisto, no veo adónde nos lleva todo esto.

—Tu turno —le dijo al danés.

Jaap Keergaard se acomodó la coleta.

—Tenemos que aprovechar lo que sabemos que sabe la Asamblea.

—Te escucho.

—Saben que Peter Frei encargó el trabajo de limpiar el problema que inició De Bruyn a dos arcángeles: Zadkiel y Uriel. Saben que Zadkiel fracasó en el intento pero que Uriel ha continuado con la labor, porque ha sido quien ajustició a De Bruyn y posteriormente al matrimonio Frei —dijo con total asepsia, como si se refiriera a una tercera persona—. Ellos siguen pensando que Uriel es un activo. Esa es nuestra baza principal.

—Sigo sin entender cuál es el plan.

—Porque todavía no te lo hemos contado. De la misma forma que los guardianes pueden contactar con nosotros, los arcángeles podemos recurrir a ellos si necesitamos soporte para cumplir con un encargo determinado. Nuestro objetivo es llegar a Cerbero, el custodio responsable de la organización del acto de purificación del próximo 21 de junio y el único, junto al Gran Maestre, que conoce la localización exacta. Sin embargo, no tendremos otra forma de hacerlo que a través del guardián que le da soporte en la ciudad donde tendrá lugar. Desde que regresamos de Alemania no hemos hecho otra cosa que investigar

a Altarf y pensamos que ya estamos en condiciones de contactar con él.

—¿Así lo llaman esos hijos de puta? ¿Acto de purificación?

Cuando terminaron de detallar todo lo que habían averiguado sobre el ritual se contaban otras tres colillas en el cenicero.

—¿Y por qué no lanzar el señuelo directamente al custodio? —sugirió Erika.

—No es tan sencillo. La comunicación entre los miembros de la Congregación se realiza a través de los equipos que se les entregan, pero estos solo disponen de permisos para conectarse con otros atendiendo siempre a las normas jerárquicas: un escalafón en vertical y en sentido descendente. Solo los miembros de la Asamblea pueden contactar directamente. Se dice que únicamente durante las reuniones los custodios se ven las caras como muestra de confianza entre hermanos, pero no podría asegurarlo. Las normas limitan las reuniones bilaterales entre guardianes y custodios solo a casos excepcionales y siempre que pertenezcan a la misma galaxia, es decir, cuando exista relación de dependencia.

—Entiendo. Así funcionaban la NKVD, la Stasi y otros servicios secretos —aportó Erika—. Muy propio.

—Los arcángeles menores —prosiguió Keergaard—, Zadkiel, Jofiel, Samael y Uriel, atendemos las solicitudes de servicio que nos llegan de los guardianes y centinelas. Las de los custodios se encomiendan directamente a los arcángeles mayores, Gabriel, Rafael y en ocasiones muy excepcionales a Miguel. Dicho esto, la idea es que yo siga operando con normalidad, haciéndoles creer que aún estoy empeñado en cumplir con mi cometido. El problema que ello conlleva es que el protocolo de actuación implica que yo no debo separarme de mi equipo y, consecuentemente, Miguel sabrá en todo momento cuál es mi ubicación. No tiene ningún motivo para desconfiar de mí, nunca les he fallado, pero debo ser muy cauteloso en este aspecto.

Erika resopló y se agarró la cabeza con ambas manos. Sus dedos quedaron ocultos entre mechones de cabello rojizo visiblemente necesitado de tinte en las raíces.

—Vale. ¿Cuándo empezamos y a qué rincón del planeta tenemos que ir? —quiso saber Erika.

—A Budapest. Y el cuándo… depende de ti —contestó Ólafur.

—¿Budapest? —repitió ella, agitada.

—¿Algún problema?

La estampa iluminada del castillo de Buda apareció ante sus ojos y en el siguiente pestañeo se vio a sí misma siguiendo a Dominic en el peligroso e irresponsable ascenso hasta lo más alto de la estructura metálica del puente Szabadság, el puente de la Libertad.

—No, ningún problema —mintió Erika—, pero dadme unos días

para que lo asimile antes de que termine por colapsarme.

—Ya. Unos días. Cuenta con ello, pero tengamos en mente la fecha del 21 de junio. Nos queda un mes y un día —calculó Ólafur mientras hacía una carantoña a Karatu, que no quitaba ojo de las palomas que buscaban algo que llevarse al pico entre los adoquines.

—Un mes y un día —repitió Erika mecánicamente—. Solo una cosa más. ¿Habéis tenido alguna noticia de Sancho?

Ólafur carraspeó con vehemencia.

—Lo mismo que la última vez: nada.

Erika se mordió el labio inferior y en esa postura permaneció pensativa durante unos segundos. Luego se incorporó.

—Si me disculpáis, voy a dar una vuelta por ahí. Luego os veo.

Ambos la siguieron con la mirada hasta que su consumida figura desapareció engullida por las callejuelas del barrio del Trastévere.

—No está bien —diagnosticó Jaap Keergaard.

—Dijo el doctor…

—No hace falta haber estudiado medicina para darse cuenta de que esa chica no anda fina de aquí arriba —se señaló la cabeza—. Las verdades son verdades aunque las disfracemos de mentiras.

—Ya. La verdad: ese arcano indescifrable —teatralizó—. ¿Qué se entiende por verdad?, ¿cómo se define? ¿Nuestros conocimientos son innatos o solo pueden adquirirse mediante la experiencia y por tanto proceden de la realidad que nos rodea?

—No sé si ahora tengo ganas de afrontar ese debate…

—Peor para ti, si no intervienes tendrás que escuchar mis postulados desde tiempos de Epicuro de Samos.

Jaap Keergaard resopló.

—Así me gusta. Respóndeme a esta pregunta: ¿cómo distinguimos la verdad de la mentira? ¿Admites que la verdad se esconde detrás de infinitos matices?

—Maldita sea, Ólafur, solo existe una verdad, la que sea, un hecho, y todo lo que difiera es mentira.

—Ya. Esa afirmación es una gran mentira. Permíteme que trate de explicártelo y después te dejo turno de réplica.

El danés se tiró de la coleta, impaciente.

—La verdad está torturada por el prisma del individuo —arrancó Ólafur—. Una verdad siempre es subjetiva y relativa, aunque creamos y pretendamos que sea objetiva y absoluta. Una mierda. El ser humano no está preparado para decir la verdad, lo cual no deja de ser paradójico, porque a veces hay más verdad contenida en la mentira que en la propia verdad.

—No te sigo, sinceramente.

—Esa es otra, la sinceridad: un atributo que se tiene o no se tiene. La sinceridad no se puede fingir aunque no contenga ni un gramo de

verdad, ¿comprendes?

—No mucho —se sinceró Keergaard.

—Ya. Te pongo un ejemplo. Tú has afirmado que Erika no está bien. Lo has dicho con sinceridad porque es lo que tú crees, pero ello no implica que ese juicio de valor, esa sentencia, contenga algo de verdad. Es una opinión basada en un criterio equivocado y, sin embargo, no me cabe ninguna duda de que has sido sincero. —A Jaap no le gustó escucharlo y valoró si intervenir o no, pero algo le decía que al islandés no le faltaba razón—. La realidad y por tanto la única verdad en torno a Erika es que ella no puede estar bien entendiendo el término «bien» como sana, mentalmente hablando. Sin embargo, reconociendo eso como un hecho innegable, como una asquerosa verdad incuestionable, Erika está mejor que la mayoría de seres humanos porque su innata distorsión le hace estar más cerca de la realidad que cualquiera de nosotros. Por tanto, tu afirmación es una puta basura porque está cargada de mentira a pesar de que has sido sincero.

—Eso es cierto.

—¿Cómo?

—Que tienes razón.

—¿Te convencen mis argumentos?

—Diría que sí, en este caso.

—¿Ahora también estás siendo sincero? —quiso saber Ólafur sin ocultar su excitación.

—Sí.

—¿Admites entonces que cualquier mentira disfrazada de verdad puede convertirse en verdad?

Jaap analizó la frase dejando la mirada perdida.

—Podría darse —juzgó.

—¡Maldita sea! ¡Hoy puede ser un gran día!

Hotel Club El Pensador

Hacía tiempo que no pisaba por allí. No encontrar a Santiago detrás de la barra le provocó una sensación angustiosa, opresiva, porque la garra siempre estaba atenta para clavar bien hondo sus sucias uñas en el estómago cuando presentía que algo no iba bien.

Tampoco estaba Juliet. La relación seguía con el freno de mano puesto después de los traumáticos acontecimientos vividos. Además, ella había obtenido el permiso del señor Onazi para volcarse en los cuidados y atenciones de Michael, del que no se separaba en ningún momento. El niño había dejado de ir al colegio aduciendo razones médicas y prácticamente no salían de casa. Por su parte, Sancho no

había hecho mucho por revertir esa situación de aislamiento. Tenía muy claro que, de no ser por la intervención de Peteira, ella habría apretado el gatillo. No se lo reprochaba, en su fuero interno pesaba demasiado el hecho de haberla utilizado para alcanzar sus propósitos, pero no por ello dejaba de ser una barricada difícil de tomar.

El merengue que sonaba en aquel momento fue interpretado por Sancho como una ofensa y pasó junto a la *jukebox* con inmerecido desdén, como si aquel cuerpo de metacrilato con alma musical pudiera ser dueño de sus canciones. Al levantar la vista apreció que las miradas femeninas que se cruzaban con la suya ya no estaban aromatizadas de falsa seducción ni sabían a intercambio de fluidos, notaba un regusto a distanciamiento rebozado de recelo, lo cual le hizo colegir con acierto que las chicas habían dejado de verlo como cliente para temerlo como temían a Solomon o a Vincent.

Empujó malhumorado la puerta de acceso a la zona privada y mientras avanzaba por el pasillo fue sembrando el aire de blasfemias y exabruptos que no llegaron a calar en terreno sembrado.

Vincent Dare lo esperaba fuera de la sala.

—Ha llegado tu momento —le dijo en voz queda—. No la cagues ahora.

—¡Vete a tomar por el puto culo! —respondió él elevando la voz para que llegara a los oídos de Joseph Onazi.

—¡Aquí está el hombre de moda!

El nigeriano se levantó del sofá para recibirlo. Vestía, como siempre, al estilo tradicional, de un blanco impoluto tan casto e inocente que al pelirrojo le provocó un severo retortijón. Sobre la mesa, un sobre.

—Lo primero es lo primero, como dicen por aquí.

«Y los principios al principio», pensó Sancho.

—Ahí está su parte con un suculento plus por su oportuna gestión en la última entrega. Estuvo usted muy resoluto; se dice así, ¿verdad?

Sancho hizo un leve ademán con la cabeza y se lo guardó en el bolsillo interior de la cazadora vaquera.

—Y ahora, lo importante —abordó frotándose las manos. Joseph Onazi no era capaz de contener la euforia—. Vamos a hacer un viaje a mi país.

La expresión hierática que cubrió el rostro del pelirrojo no era la reacción que esperaba.

—Con todos mis respetos, señor Onazi, pero no se me ha perdido nada en Nigeria.

—No, claro que no, pero allí vas a encontrar lo que buscas.

Aquella afirmación le hizo abrir el congelador de las citas robadas.

—A veces, uno no sabe lo que busca hasta que lo encuentra —aseveró rememorando a Ólafur Olafsson cuando le habló de los nubarrones que cubrían su pasado.

—¡Exacto! Eso mismo —supo aprovechar Onazi.

—Solo estoy repitiendo una frase que un día escuché a un buen amigo. Todavía tengo que encontrarle el significado.

Joseph Onazi se arrellanó para acomodar sus carnes en el sofá, entrelazó los dedos y se colocó las manos en el regazo.

—Voy a ser muy sincero. Se me presenta una oportunidad a la que no puedo dar la espalda. Mi socio, mi futuro socio —corrigió—, está impresionado con nuestra actividad de las últimas semanas y está dispuesto a abrirnos las puertas de una organización que nos permitiría crecer mucho más allá de donde alcanza nuestra imaginación y que, además, nos protegería de posibles «eventualizaciones».

—¿Y qué pinto yo en ese cuadro tan bonito?

—Él quiere conocerle.

—¿Y por qué allí?

—Él vive allí, en Benin City.

—¿Benin City tiene aeropuerto?

—Por supuesto. Es una ciudad que cobija más de un millón de almas.

—Y supongo que ese aeropuerto tiene una terminal de llegadas y otra de salidas, ¿no?

Joseph Onazi se estiró la túnica para evitar dar muestras de impaciencia.

—Vamos a ser razonables, por favor. Si él quiere que nosotros vayamos allí, nosotros vamos allí y no preguntamos.

—Eso no es muy razonable, es sumisión.

—¡Es saber aceptar las reglas del juego!

Las primeras gotas de sudor aparecieron en la frente del nigeriano.

—¿Cuántos días?

Onazi se regaló unos segundos para recobrar el control.

—No sabemos con precisión, puede que una semana o diez días. Más no puedo, tengo muchos asuntos que atender aquí. Pero no se preocupe por eso, vamos a viajar como califas.

—Me mareo en camello.

—Me gusta su sentido del humor. Creo que podría acostumbrarme.

Con su silencio, Sancho fabricó una breve escena de suspense.

—Muy bien —claudicó—. Les acompañaré en ese viaje de ensueño, pero ya le adelanto que no le va a salir barato. Yo cobro por mi tiempo, desde que salga por la puerta hasta que vuelva a entrar. Tengo muchos gastos que atender aquí, señor Onazi.

La boca del nigeriano dibujó una línea quebrada, poco acostumbrada a ceder y nada a tragar.

—¿Cuándo partimos? —quiso saber el pelirrojo.

—Pasado mañana. Vincent le llamará con los detalles.

—¿Vamos con niñera?

Onazi le señaló varias veces con el dedo índice.

—Yo no retaría demasiado a Vincent, tiene mal perder.

—Me lo anoto.

Sancho miró su reloj.

—¿Tiene prisa?

—En realidad, sí.

—¿Juliet?

El pelirrojo se limitó a alargar el brazo para despedirse.

—En mi país decimos que hay que tener cuidado con dónde mete uno la mano, donde cabe un dedo cabe una araña.

Sancho se detuvo.

—Precioso. Aquí decimos algo parecido —introdujo rascándose con fiereza la barba—. Tiene que ver con dónde se mete la polla, pero me gusta más este: si llevas mucho tiempo sin crecer en la misma maceta, cambia de maceta.

A 34 kilómetros de El Calafate (Argentina)

Desde el momento en que pronunció su nombre ya sabía que le iba a traer complicaciones, pero lo que acababa de leer en la pantalla agravaba aún más la situación. Flegias se frotó los ojos y apartó la mirada del expediente de la Interpol como si así fuera a desaparecer.

A través de la ventana, sus pensamientos comenzaron a proyectarse sobre las lechosas y gélidas aguas del lago Argentino. No dejaba de preguntarse cómo maniobrar sin desvelar sus verdaderas intenciones, porque, como ocurre en cualquier lago, cualquier piedra, por muy pequeña que sea, provoca ondas. Pero aquella, para su desgracia, era un pedrusco, una roca enorme, un maldito meteorito.

Le resultaba muy difícil dar crédito a lo fácil que se podían torcer las cosas, toda vez que estaba casi seguro de que había valorado minuciosamente todas y cada una de las posibilidades. Sin embargo, analizando en perspectiva cómo se habían entrelazado los hilos, maldecía el hecho de no haber prestado más atención a eso que Cerbero había calificado como «una molesta filtración que está a punto de arreglarse». Enterrar el asunto de De Bruyn no estaba dentro de sus responsabilidades ni se había producido dentro de su ámbito de actuación, pero lo que era del todo incuestionable era que en la tesitura actual corría el riesgo de que todo quedara en agua de borrajas.

Tenía que encontrar la forma de solucionarlo o perdería todo el crédito ganado.

El plan se iría al traste.

El plan de su bisabuelo.

Llevaba horas recluido en aquel centro de operaciones, tan lejos de todo lo que le importaba y a la vez tan cerca del fin del mundo que no podía existir un lugar sobre la faz de la tierra donde pudiera encontrarse mejor. La casa la había mandado construir su bisabuelo cuando la Congregación le destinó a Buenos Aires en 1929, una guarida que su padre heredó junto a su fortuna, su túnica de guardián y su obsesión. Desvió la mirada hacia el cuadro en el que su bisabuelo aparecía ataviado con el uniforme de general de brigada del Cuerpo de Caballería del Ejército de Su Majestad. Alardeando de condecoraciones para la posteridad. Debía de rondar los sesenta años cuando encargó aquel retrato y, aunque se conservaba en buen estado, el paso del tiempo había oscurecido el lienzo provocando que las escasas tonalidades vivas lucieran mortecinas. La pose, circunspecta, del todo castrense, parecía tener el propósito de amedrentar a quien osara mirarle a los ojos; él siempre había creído que estaba ahí colgado precisamente para vigilar aquellos papeles.

Reconocía el mobiliario que le rodeaba porque en su niñez había pasado horas muertas en aquel despacho originariamente ubicado en su casa de Londres que un día, sin saber por qué, su padre decidió trasladar a ese «otro sitio». Casi podía escuchar su voz contándole que los muebles habían sido adquiridos por su bisabuelo en una tienda de El Cairo en la que solo permitían la entrada a altos dignatarios de la Corona británica. Aquello sucedió cuando Egipto todavía era una próspera colonia y él lucía sus galones con tanto orgullo como lo hacía al vestirse la túnica de la Congregación de los Hombres Puros. Primero la de centinela, luego la del guardián Cepheus, prenda que pasó a manos de su nieto, su padre, y que este había cambiado por la del custodio Flegias. La misma que él portaba en aquel momento con tanto deshonor.

Ahora sabía que el ficticio retiro de su padre en aquel rincón no era fruto de la casualidad, era la forma de seguir cerca de lo que fue su verdadero propósito en la vida: localizar El Cartapacio de Minos. Y lo habría conseguido de no ser porque el alzhéimer le robó la capacidad de manejarse por sí mismo. Con su muerte el compromiso de la familia recayó sobre él: ser fiel a los dictámenes del *Novem Regulas,* construir ladrillo a ladrillo el Templo que cobijaba a quienes habían sido llamados para decidir el rumbo de la humanidad.

Ser consecuente con sus responsabilidades.

Lo cierto es que él jamás sospechó nada sobre la pertenencia de su padre a una organización de ese calado. Tampoco él se lo confesó en vida y ya nunca sabría si se debía a que su enfermedad se presentó sin avisar convirtiéndolo en un vegetal antes de que pudiera hacerle partícipe de sus secretos o si respondía a razones de otra índole.

Esclarecerlo carecía de interés, porque en aquella carta manuscrita que le entregó el abogado de Baker & McKenzie se lo explicaba todo: los lazos que unían a su familia con la Congregación, las razones por las que él consideraba que hacía lo correcto, pero, sobre todo, le contaba al detalle cómo realizar la empresa que le encomendaba, dado que él no iba a ser capaz de consumarla. Todavía recordaba la frase con la que se despedía en la misiva.

«El mundo de hoy es lo que nosotros quisimos ayer. Construye tú el de mañana. Honra tu apellido. Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo».

Al margen de una ingente fortuna, le había traspasado la responsabilidad de liderar el cambio desde dentro y, para lograrlo, la única forma posible pasaba por alcanzar el grado de Gran Maestre. Y para ello solo había dos caminos: ser elegido por la Asamblea por unanimidad o averiguar la localización de El Cartapacio de Minos y forzar su nombramiento. Su padre emprendió ambos al mismo tiempo. Por una parte, se empeñó en encontrar El Cartapacio de Minos, pero para ello necesitaba descifrar el mapa obligatoriamente.

El condenado mapa. Un cianotipo, copia del original, con una interminable sucesión de coordenadas geográficas, localizaciones que no eran tales sino enigmas contenidos en *La Divina Comedia* de Dante Alighieri. Aquello se escapaba totalmente de los conocimientos de su padre, razón por la que terminó recurriendo a Alcides Edgardo Bujalesky, un dantista reconocido. Pero salió mal, rematadamente mal. Y tanto fue así que a punto estuvo de hacer caer los pilares del Templo. Agotada esa vía, a su padre no le quedó otro remedio que avanzar únicamente por la que pasaba por la Asamblea, personificando la figura de la modernidad y de la seguridad que requería la organización para permanecer oculta en las sombras. La enfermedad no se lo permitió, pero dejó allanado el camino ganando para su causa renovadora los apoyos de cuatro custodios de mucho peso.

El siguiente paso le tocaba darlo a él y era el más delicado: lograr que Miguel se pusiera de su lado sin que Corteza de Roble se percatara de ello. Porque conseguir el amparo del arcángel mayor y del resto de espadas era indispensable para lograr los votos del resto de custodios, que, con el tiempo, caerían por su propio peso.

O caerían ellos junto con el lastre masónico.

Ningún obstáculo iba a impedir que Flegias se hiciera con la túnica de Dante. Cumpliría con el último deseo de su padre. Él se encargaría de construir un nuevo mundo sobre las cenizas del anterior.

A su modo.

Miguel era el camino más recto, pero antes debía tomar una determinación con respecto al nombre que seguía escrito en su

pantalla.

Inmediatamente.

Un gin tonic facilitaría las cavilaciones.

HUIR SOLO SIRVE PARA MORIR ALGO MÁS TARDE Y MUCHO MÁS CANSADO

Aeropuerto Internacional Murtala Muhammed
Lagos (Nigeria)
Junio de 2013

Malas noticias: el vuelo se retrasa hasta mañana a las 9:40 —informó Vincent.

—¡Mierda de país! —protestó el señor Onazi.

—La compañía nos paga un hotel en…

—¡Un hotel de mierda! —le interrumpió elevando la voz—. Si tenemos que quedarnos en Lagos una noche, no nos vamos a alojar en un nido de cucarachas para turistas. Papá Onazi lo soluciona con una llamada —le dijo a Sancho sacando su móvil y separándose unos metros.

—No se te ve muy contento de volver a casa —comentó el pelirrojo en voz baja a Vincent.

Este tenía la atención puesta en dos policías armados.

—Deberíamos salir del aeropuerto cuanto antes, alguien podría reconocerme.

—¡Venga ya, Justin Bieber! Esta ciudad tiene más de veinte millones de habitantes. Tranquilízate.

—Así es, veinte millones de pobres y veinte mil multimillonarios. Pero tú no te preocupes, que la verdadera Lagos no la vas a conocer. Apostaría a que nos va a llevar a isla Victoria. Allí están levantando otra ciudad para ricos separada de la miseria. Eko Atlantic City, así han bautizado a la nueva Shanghái africana. Aquí el que tiene dinero tiene mucho dinero y el que no tiene no tiene una mierda. El noventa por ciento de la población vive hacinada en barrios marginales que se inundan cada vez que llueve o sube la marea y, cuando esto sucede, se lleva las vidas de varias decenas. Los cortes de luz se producen a diario, eso si tienes suerte y llega algún cable a tu casa, porque en muchas por no llegar no llega ni el agua corriente. Esto es África y este es mi país, uno de los lugares del planeta con más recursos naturales y con más miseria. Así lo quisisteis vosotros, los europeos.

—Bueno, cuidado, que los españoles tenemos las manos limpias en este continente, estábamos muy ocupados exprimiendo América Latina junto a nuestros vecinos portugueses.

—En España os quejáis de corrupción —rio con amargura—. No tenéis ni idea de lo que es la verdadera corrupción. Nuestro querido gobierno ha vendido la patria a las multinacionales del petróleo. Ellos dictan las normas y nosotros las acatamos bajando la cabeza. Nos están desangrando poco a poco para regalarnos una muerte lenta y miserable.

—Sí, eso he leído.

—Lo que cuentan los periódicos tiene poco que ver con la realidad. Nigeria es un país artificial compuesto por cientos de etnias distintas con su idioma, costumbres y cultura particular que llevan matándose entre sí desde que empezamos a caminar erguidos. Antes de que llegaran los portugueses, esta ciudad se llamaba Eko, que en yoruba significa «campo de guerra», y a nosotros nos encanta hacer honor a ese nombre.

—Sintomático, desde luego.

—En el siglo XVII desde aquí se nutrían las redes esclavistas de todo el planeta, pero lo curioso es que el negocio lo organizaban y controlaban los caciques locales, no los colonos. Aquí decimos que nuestro semen ha…, ¿cómo se dice?, ¡fecundado!…, fecundado el planeta —dijo con amargura—. ¿Has estado alguna vez en África? —quiso saber.

—En Marruecos y Egipto. A mi exmujer le atraía mucho la cultura árabe.

—No sabía que hubieras estado casado.

—Aunque te cueste admitirlo, todavía hay muchas cosas que no sabes de mí.

Vincent se frotó la cara.

—Sé lo que necesito saber.

—¡Andando! —intervino el señor Onazi—. En diez minutos nos recoge un chófer y nos lleva al Sheraton. Y esta noche vamos a isla Victoria, al… Mejor no te lo cuento —le dijo a Sancho.

El tratamiento de usted se había quedado en suelo español. Vincent construyó una mueca cimentada en los celos que no pasó desapercibida para su jefe.

Tenía que ser así: era parte del guion.

Sancho ni siquiera se fijó en el nombre del local. El hombre de sonrisa perenne y pajarita roja que salió a recibirlos les acompañó al reservado. El señor Onazi, orondo, encabezaba el grupo repartiendo saludos a desconocidos que, centrados en otras conquistas, le

ignoraron sin que a este pareciera importarle. Muy pocos fueron los que se preguntaron quién demonios sería aquel gordo impertinente.

Sobre la mesa relucía una cubitera con dos botellas de Pernod Ricard, cuyos aristocráticos cuellos parecían estirarse tratando de escapar del hielo. El hombre de la pajarita descorchó una y se dispuso a regar las tres copas. Cuando fue a escanciar sobre la de Vincent, este hizo un gesto para detenerle.

—Su religión se lo prohíbe —se mofó Onazi.

—No sabía que fueras musulmán, compañero —comentó Sancho.

—Aunque te cueste admitirlo, todavía hay muchas cosas que no sabes de mí.

El pelirrojo aceptó la réplica de buen grado.

—Los señores están invitados —les informó el encargado en perfecto inglés—; a todo —apostilló antes de marcharse.

—El club es de mi amigo Ike, como tantos otros de por aquí —informó Onazi—. Mañana podréis conocerlo en persona, pero, en realidad, no es a él a quien hemos venido a ver.

—¡Cuánta intriga! —comentó Sancho.

—Ya os he dicho que nuestras últimas operaciones han despertado el interés de mucha gente. Pronto estaremos participando dentro de un negocio que ni siquiera seremos capaces de abarcar.

—¿Y cuándo se producirá tal evento? No es que tenga prisa —añadió el pelirrojo elevando su copa—, es pura curiosidad.

—Lo único que sé es que mañana nos alojamos en casa de Ike Bakare y que esta noche…, esta noche voy a recordar viejos tiempos —anunció clavando su apetente mirada en el trasero de una de las chicas.

—Brindemos por ello —propuso el español.

—Por nuestro anfitrión —dijo él alzando su copa.

La primera botella duró lo que tardaron en acostumbrarse a la comodidad: muy poco.

—Yo, si no os importa, voy a pasar al whisky. Tanta burbuja me ataca el cerebro.

Onazi levantó la mano y a los pocos segundos se acercó una camarera que parecía haberse escapado de una película porno sin límite de presupuesto.

—El caballero desea el mejor whisky de la carta —se anticipó Onazi.

—Jameson con hielo —dijo Sancho sin poder evitar recrearse en las curvas de la joven.

—Luego, si te apetece, puedes cabalgar esa yegua —le susurró el nigeriano al oído—. Arriba están las habitaciones. —Sancho no contestó—. Nuestras mujeres son nuestro mayor tesoro.

—Pensé que era el petróleo.

—Al oro negro solo acceden cuatro y tres son extranjeros. Sin embargo, aquí todos tenemos hijas.

El comentario le revolvió las tripas al pelirrojo, circunstancia que no pasó desapercibida para su interlocutor.

—Ya sé que desde vuestra óptica occidental esto está muy mal visto, pero vosotros sabéis lo que es la pobreza porque lo pone en el diccionario. Y la dignidad no alimenta estómagos hambrientos. Aquí siempre se ha llamado «hacer el trabajo». Muchas lo hacen por necesidad, algunas forzadas por sus padres porque no tienen con qué alimentar a sus hijos, pero también hay otras que lo hacen por decisión propia, buscando un futuro mejor. O por ambición, porque ven cómo han progresado las chicas que vuelven del extranjero con los bolsillos llenos y, claro, ¿quién no quiere mudarse a un buen barrio y comer carne todos los días?

—Claro, claro…, pero se le olvidan esas otras que son engañadas —añadió Sancho sin acritud antes de probar el licor.

—Algunas hay, pero te aseguro que la mayoría sabe muy bien a qué debe atenerse cuando recurre a algún patrocinador para que le financie el viaje. Nosotros, en cierta medida, lo único que hacemos es canalizar ese flujo, darles un techo, protegerlas.

—Una especie de ONG, claro.

—Pero ¡con ánimo de lucro! —se carcajeó Onazi.

—¿Y tú que opinas, Vincent? —le comprometió Sancho.

—Lo que dice es cierto —refrendó—. La pobreza lleva a la ignorancia y de ahí a la desesperación absoluta, pero hay muchas familias que prefieren pasar hambre antes que perder su dignidad.

—Algunas quedan —remarcó Joseph Onazi con sorna—. Déjame que te cuente algo: cuando estuve en Italia nuestras mujeres trabajaban en la calle, peleándose entre ellas por la mejor esquina, aceptando limosnas para sobrevivir, arriesgándose a recibir una paliza de cualquier chulo desgraciado que se terminaba quedando con su dinero a cambio de nada. Era penoso. Cuando empezamos a ofrecer a las chicas un sitio fijo para hacer su trabajo nos enfrentamos con un problema: nos faltaba espacio. Todas querían nuestra protección, pero, claro, eso tiene un precio que ellas estaban y están muy dispuestas a pagar. Luego les abrimos las puertas de otros países y ahora, gracias a ti, les podemos ofrecer una póliza con máxima *cobertoria,* ¿entiendes? Pero, como es lógico, el precio del seguro tiene que aumentar. El objetivo es que entre más dinero para repartir y todos contentos. Ahora dime, ¿qué mal estamos haciendo?

Por la cabeza de Sancho pasaron algunas respuestas, pero de su boca no salió una palabra, tan solo entró otro trago de Jameson.

La velada se convirtió en un sainete en el que Joseph Onazi hablaba, Ramiro Sancho escuchaba y Vincent Dare observaba.

Rozando la medianoche, Onazi resolvió que había llegado el momento de dejar de mover la lengua para ejercitar otro apéndice y tras una fuerte palmada se incorporó con dificultad.

—¡Se agotó tu tiempo, amigo mío! Serán estos —dijo agarrándose los testículos— quienes descarguen en los cuartos traseros de esa yegua. Supongo que sabréis volver solitos a casa sin meteros en líos, ¿verdad? Vincent, te hago responsable a ti.

Ayudándose de las paredes para mantener la verticalidad, Joseph Onazi descendió los tres escalones del reservado en busca de los favores de la camarera.

Vincent esperó unos segundos para murmurar algo en su idioma que Sancho supo contextualizar con acierto.

—¡No vuelvas a llamarme compañero delante de él! —le advirtió.

—Tranquilo, hombre, que te va a dar un ictus cerebral.

El nigeriano asintió varias veces y se tapó la cara. Cuando se quitó las manos tenía los ojos humedecidos y le temblaba ligeramente el maxilar inferior.

—Mejor nos vamos ya —anunció Sancho—. Aquí no hacemos nada, compañero.

Mansión de Ike Bakare. Benin City (Nigeria)

La humedad estaba tan presente como el personal de seguridad que, Kalashnikov en ristre, lo seguía a distancia desde el momento en el que decidió salir a dar un paseo por los jardines del complejo. El camino estaba flanqueado por unos árboles de tronco robusto con copa ancha e irregular tejida por ramas nudosas, retorcidas y anudadas, de las que nacían hojas panduriformes que proporcionaban poca sombra.

Ajeno a sus pensamientos, Sancho escuchaba *Let love in,* de Nick Cave & the Bad Seeds, tratando de perderse en aquel recinto cerrado de extensión desconocida.

Durante el trayecto desde el aeropuerto hasta la formidable morada de Ike Bakare, Sancho había preferido dedicar su atención a lo que ocurría en el exterior frente a la palabrería de Joseph Onazi, que, habiendo adoptado el papel de guía turístico local, no cejaba en su empeño hospitalario, obsequioso. El tráfico era la exaltación de la anarquía circulatoria. Un caótico maremágnum de vehículos en el que las motos eran la especie dominante campando a sus anchas en un hábitat en el que no existían leyes ni asfalto. Un caos prodigioso. El ruido de los cláxones y el rugir de los motores, aliados en su empeño acústico con los decibelios que escupían los radiocasetes de las tiendas, contaminaban infinitamente más que el denso humo que salía

de los tubos de escape. El paisaje urbano era un lienzo de hormigón desarmado bajo un techo de chapa mal pintado. Un cuadro sin enmarcar en el que predominaba claramente la paleta de marrones y grises. Todo era tan precario como animoso, tan vivo como febril, exudando la agitación de lo cotidiano en esa velada obligación que tienen los más necesitados de sacar el máximo provecho de la jornada.

Y en ese entorno, parangón de la lucha por la supervivencia en un medio francamente hostil, Sancho se encontraba muy cómodo, por paradójico que resultara.

En la medida en la que se fueron alejando del centro, todo se fue apagando hasta que murió por causas naturales y dejó espacio a otro espacio diferente: uno vacuo copado por el silencio. El horizonte se nubló de un glauco marisma a ambos lados de la carretera y los baches atravesaron el chasis del coche inundando de incomodidad el interior del vehículo. Joseph Onazi no dejó de hablar por teléfono en francés mientras Vincent comprobaba algo en unos papeles que extrajo del maletín. Veinte minutos más tarde aparecieron los muros que delimitaban la propiedad de su anfitrión, Ike Bakare, del cual Sancho solo sabía lo poco que Vincent le había contado. Se alojaron en habitaciones individuales de la segunda planta a la espera de que llegara la hora del almuerzo para reunirse con él. El pelirrojo dejó su mochila sobre la cama y salió a renovar el aire de sus pulmones, contaminados con la incertidumbre del momento.

A través de los auriculares le llegó el sonido de la campana para recordarle que el paseo tocaba a su fin. La letra de *Red right hand* no podía ser más acertada describiendo la comprometida y enigmática situación en la que se había dejado envolver Sancho.

Hey man, you know
you're never coming back.
Past the square, past the bridge,
past the mills, past the stacks.
On a gathering storm comes
a tall handsome man,
in a dusty black coat with
a red right hand.

Desde el porche trasero, Vincent le hacía señas con ambos brazos para que se apresurara, pero Ramiro Sancho no se debió de dar por aludido porque no modificó un ápice la cadencia de zancada.

—Ya estamos todos sentados, solo faltas tú —le informó aquel visiblemente azorado.

—Que no cunda el pánico, que más esperaron otros la llegada del Mesías y mira cómo se lo agradecieron los cabrones.

En el interior se respiraba el clasicismo que exudaba de los poros del mármol que ejercía de elemento decorativo predominante. Las paredes estaban cubiertas de estuco con cenefas pintadas a mano y otros motivos geométricos que se prolongaban hasta los techos a partir de molduras de yeso como elemento de ensamble. No resultaba sencillo distinguir el personal de seguridad del de servicio, todos armados con gesto circunspecto y actitud severa. Atravesaron varias estancias que atrajeron la atención de Sancho hasta que llegaron al salón principal. Allí, cerca de un gran ventanal, destacaba una mesa rectangular para al menos diez comensales ocupada solo por dos. El que la presidía en el extremo opuesto se incorporó sin prisa adoptando una pose castrense, con ambas manos recogidas a la espalda y el pecho sobresaliendo sobre el plano vertical que nacía de la barbilla de Ike Bakare, elevada y distinguida.

—Aquí tiene a nuestro hombre, ¡Ramiro Sancho! —le presentó Onazi.

Ike Bakare le ofreció la mano y Sancho la tomó con estudiada firmeza.

—Últimamente he oído hablar mucho de usted. No voy a negar que me ha despertado la curiosidad.

Se expresaba en un inglés de alta alcurnia anunciando cuál iba a ser el idioma oficial del encuentro. Vestía traje marrón sobre camisa blanca y corbata de seda rivalizando con el porte siempre elegante de Vincent Dare. Onazi, por su parte, hacía uso del atuendo tradicional nigeriano.

—Muchas gracias —dijo Sancho.

—¿Ha disfrutado del paseo? —le preguntó en cuanto se acomodó.

—Sin duda. Echaba de menos respirar aire puro y tiene usted un jardín que se presta a ello.

—Lo cual me recuerda que debo agradecerle que haya accedido a venir hasta aquí. Sé que su tiempo es muy valioso.

—Joseph Onazi sabe ser persuasivo cuando lo necesita —le halagó intencionadamente el pelirrojo.

—Veo que se conocen bien.

Bakare desvió la mirada e inmediatamente un camarero procedió a servir el vino.

—Pingus 2004, lo he hecho traer en su honor.

Sancho no ocultó su sorpresa, lo cual satisfizo enormemente a su anfitrión.

—Todo un detalle que le aseguro que sabré valorar en su justa medida. Es un vino excelente que no había tenido la oportunidad de probar.

—Los cien puntos en la escala de Parker así lo certifican. Por las nuevas amistades —brindó. Los presentes lo siguieron.

Hasta que sirvieron el maafe —un estofado de carne roja acompañado de verduras hervidas y patatas—, no salieron de los asuntos triviales.

—Verá —introdujo Bakare—: la persona con la que nos vamos a reunir mañana va a necesitar ciertos detalles para autorizarnos a ampliar nuestras fronteras. Entiendo que hay información delicada que no va a poder facilitarnos, pero, de alguna forma, tenemos que dar la sensación de estar remando en la misma dirección. No sé si me explico.

Joseph Onazi estuvo a punto de intervenir para apostillar sus palabras, pero este se lo impidió con un rápido movimiento de su mano izquierda.

—Se explica perfectamente. Solo necesito saber qué papel desempeña cada uno y lo que voy a percibir por ello.

—El suyo no cambia con respecto a lo que viene haciendo últimamente. Se encargará de la seguridad de los envíos así como de limpiar nuestra mercancía para que la podamos vender fuera a mejor precio. Él se encarga de conseguir el mejor producto y yo de colocarlo en mi red de clientes. Vincent actuará de enlace entre las partes.

—Entendido. Siendo así, ¿para qué necesitamos ver a esa persona cuya identidad se me oculta?

Bakare se limpió los labios con la servilleta. Sancho aprovechó para beber más vino.

—Es mi contacto dentro de una organización cuyo nombre no me está permitido pronunciar y a quien tenemos que pedir autorización antes de ponernos en marcha. Desconocemos su identidad y, para que se haga una idea de la importancia que tiene la cita de mañana, le diré que yo todavía no lo conozco en persona.

Sancho no se dio por satisfecho.

—¿Y qué quiere ese hombre de mí?

Ike Bakare levantó lentamente la mirada del plato y dejó los cubiertos en paralelo.

—Mañana lo sabremos. Entretanto, disfrute de la carne de jirafa, no creo que vaya a tener muchas más oportunidades de probarla. ¿Sabía usted que los altos dignatarios romanos consideraban este plato como un manjar? Se han encontrado restos arqueológicos en Pompeya que lo prueban.

Sancho se vio tentado de ilustrar a su anfitrión con la historia que rodeaba a la verdadera identidad de Cristóbal Colón, pero finalmente declinó la posibilidad.

—No lo sabía. Está excelente, felicite a su servicio de cocina.

—¿Le gusta la caza?

—No está entre mis aficiones.

—Esta tarde dicen que no va a llover, así que he preparado una

pequeña excursión y me sentiría muy honrado si usted quisiera acompañarme. La idea es bajar hasta Warri, a unos noventa kilómetros al sur, donde cogeremos unas embarcaciones para descender el curso del Níger hasta que demos con alguno que asome las orejas por encima del agua.

—Le acompañaré encantado. ¿Puedo preguntarle qué vamos a cazar?

Ike Bakare sonrió satisfecho.

—Hipopótamos, mi estimado amigo, hipopótamos.

El curso del río se reducía de forma considerable al tiempo que desaparecía el olor a queroseno que les había acompañado desde que salieran de Warri. Sancho se sentía un tanto incómodo y ridículo ataviado con ropa de caza prestada y un rifle semiautomático de caza mayor que confiaba en no tener que usar. Según le había contado Bakare, cada vez era más complicado encontrarse con una manada de hipopótamos debido a que los vertidos de las compañías petrolíferas los habían ido empujando a otras áreas menos contaminadas por el crudo. No quedaba más remedio que buscar una zona más apartada y, en consecuencia, era aconsejable remontar alguno de los brazales secundarios en busca de los artiodáctilos.

La temperatura no se mostraba demasiado hostil, pero la humedad impregnada en el ambiente aliada con la propia de los humedales hacían del hecho de respirar una difícil conquista.

Abriendo la expedición estaba la canoa ocupada por Ike Bakare, Ramiro Sancho y un muchacho que no había cumplido los quince cuya función se ceñía a gobernar la embarcación en silencio. A unos metros les seguían la embarcación ocupada por Joseph Onazi y Vincent Dare y, algo más retrasadas, otras dos con cinco tripulantes cada una, que eran las encargadas de recoger el ansiado ejemplar abatido.

—Cerca de aquí, entre esos palmerales estaba el campamento de John Togo, pero supongo que nunca habrá oído hablar de él.

—Supone bien.

—Fue uno de los señores de la guerra que más quebraderos ocasionó al gobierno hace unos años. Era el líder del Frente de Liberación del Delta del Níger, un grupo que luchaba para expulsar a las grandes multinacionales establecidas aquí desde los años cincuenta. Se dedicaban a atentar contra los intereses extranjeros, sabotajes, secuestros…, esas tonterías —resumió—. Yo me entrevisté una vez con él. Era un cabronazo con suerte, escapó de varios ataques del ejército y sobrevivió a múltiples heridas, incluso a un disparo en la cara. Pero era un idealista y los idealistas tienen una cita concertada con el Creador. Alguien de su entorno, al parecer más contagiado por

el materialismo que por el idealismo de su líder, reveló su localización al ejército a cambio de algunas monedas. Lo frieron en un ataque aéreo.

—Y adiós al problema —aportó Sancho.

—A ese problema, porque en Nigeria existen decenas de grupos armados como ese y piratas que asaltan buques cargueros y plantas petrolíferas. Y ahora tenemos a esos malnacidos de Boko Haram desangrando el norte del país en nombré de Alá. Ni siquiera el ejército se atreve a adentrarse en sus dominios. Si me dieran a mí la oportunidad de resolver el conflicto, le aseguro que en dos meses no quedaría uno solo en pie. En estas tierras la violencia se combate con más violencia. Las palabras nunca funcionan.

—Bonito panorama —juzgó Sancho.

—Por aquí tenemos de todo, menos recursos para los ogoni.

La cínica reivindicación de Bakare hizo que a Sancho le surgiera una observación, pero dejó que se perdiera en la corriente del río dando la impresión de estar interesado por la conversación.

—¿Los ogoni?

—Los pueblos asentados en el delta. Llevan décadas luchando por sus derechos. Como le decía antes, por aquí hay mucho idealista.

Bakare se mojó los labios con la lengua.

—¿Y usted? ¿Qué tipo de persona es? —quiso saber el nigeriano.

—Poco idealista, me temo.

El comentario le hizo gracia.

—He de confesarle que no deja de resultarme extraño el giro radical que le ha dado a su vida: de ser un ferviente defensor de la ley y el orden a luchar por otros intereses menos altruistas.

—Llámelo supervivencia. O agotamiento. Quizá me haya cansado de jugarme el pellejo por los demás y haya decidido broncearme la piel, aunque, si le soy sincero…, últimamente he tomado pocas decisiones consciente, más bien me he dejado llevar por mis instintos más primarios.

—Sin embargo, comprenderá que no podamos depositar nuestra confianza en alguien que se deja llevar por la corriente o, lo que es lo mismo, las putas, el alcohol y las drogas. Podría ocasionarnos muchos problemas.

El pelirrojo se esforzó por no parecer ofendido.

—Doy por hecho que Joseph Onazi le ha actualizado esa información y le ha dicho que durante las últimas semanas he follado casi tan poco como probado la cocaína. Del whisky no hablamos, esas son palabras mayores.

—Está usted en lo cierto, aunque se equivoca de persona.

Sancho no tardó en atar cabos.

—Claro, Vincent.

—Es nuestros ojos y nuestros oídos. ¿O pensaba que íbamos a dejar que un hombre con las limitaciones de Joseph Onazi controlara nuestros asuntos en España? Nosotros lo colocamos allí, pero él ni siquiera lo sabe. Vincent es su mayor valedor, aunque no lo parezca por las tiranteces que mantienen ustedes dos.

—Intuía que escondía algo, quizá por ello no he congeniado con él.

—Seré muy franco con usted —introdujo clavando sus ojos oscuros en los azules de Sancho—. La decisión sobre la ampliación del negocio está tomada, pero Joseph Onazi no será la persona que lo dirija aunque sea la cabeza visible.

—Comprendo. Alguien tiene que figurar por si las cosas se ponen feas, ¿no?

—Así es. Usted dependerá directamente de mí y acatará las órdenes que le transmita por mediación de Vincent. Le aseguro que en muy poco tiempo disfrutará de una vida de comodidades que ni siquiera es capaz de imaginar. Solo le pediré una cosa: lealtad.

Un grito del timonel le ahorró a Sancho la necesidad de decir algo. El joven señalaba algo que asomaba a babor a unos treinta metros de distancia.

—Allí tenemos uno —anunció Bakare—. A ver si asoma la cabeza y puedo ver qué es —dijo acercando la mirilla telescópica del rifle a su ojo derecho.

El muchacho, con la mano sobre las cejas para evitar que el sol de poniente le cegara, seguía hablando en su idioma.

—Allí hay más. Ocho o diez, ¿los ve? —Bakare señaló con el brazo en dirección a unos cañaverales que sobresalían de la orilla.

—Los veo.

Las otras canoas pararon los motores a cierta distancia.

—El chico dice que debe de ser el macho dominante de la manada y que se ha separado del resto para defender su territorio. Está nervioso porque conoce lo peligrosos que son estos bichos cuando se sienten amenazados. Ahí donde los ve, son responsables de más muertes en África que los grandes felinos o los cocodrilos. ¡Allí está! Es un ejemplar bien hermoso —valoró—. Al menos cuatro toneladas. ¡Escuche cómo relincha! Está cabreado el caballo de río. Seguro que ya has partido en dos a más de uno con esas mandíbulas, ¿verdad, bonito? —le dijo al animal—. Mire cómo nos desafía con su mirada.

—Se está acercando —observó Sancho.

—Sí —corroboró—. Ese cabrón no tiene buenas intenciones. Este se lo dejo a usted.

—Le agradezco el gesto, pero esa pieza lleva su nombre.

—En Nigeria somos muy orgullosos, no aceptamos bien que rechacen nuestra hospitalidad —comentó—. Además, quiero ver con mis propios ojos de qué pasta está hecho.

Sancho sabía que iba a ser inútil oponerse. Se descolgó el rifle del hombro y quitó el seguro antes de acariciar el gatillo. El hipopótamo se encontraba a menos de veinte metros de la embarcación. Tenía los orificios nasales fuera del agua y lo único que lo diferenciaba de un cocodrilo eran los redondeados pabellones auriculares orientados hacia el objetivo. Sus minúsculos ojos, de un negro acuoso, delataban su propósito ofensivo.

—Como no le meta una bala en la cabeza, se nos va a echar encima —le advirtió— y puede estar seguro de que yo no voy a disparar.

Sancho apuntó a la cabeza y afianzó los pies sobre el suelo de la embarcación para evitar que el retroceso le hiciera caer al agua.

El muchacho comenzó a repetir la misma palabra cada vez con más fuerza, con más angustia.

—¡Dispare! —vociferó Bakare al tiempo que el hipopótamo abría sus fauces mostrando unos prodigiosos caninos cilíndricos. No habría más de diez metros.

El bramido grave y lastimero que salía de aquel abismo sonrosado se interrumpió por el chasquido seco que emitió el rifle. El paquidermo desapareció entre las aguas parduscas del Níger y se hizo el silencio que acompaña las tensas y dilatadas esperas.

—¿Le ha dado?

Sancho no contestó, con el latido acelerado y el aire todavía preso en sus pulmones.

—Más nos vale a todos, pero pronto lo sabremos porque si no lo ha matado acabaremos en el agua —anunció Bakare.

Todos buscaban temerosos en las proximidades de la barcaza hasta que emergió una enorme roca gris. Los gritos de júbilo precedieron a las palmadas en el hombro que le regaló el anfitrión.

—Buen disparo —juzgó—. Le ha entrado por la boca y salido por el cráneo, ¿lo ve? Tiene usted mucha sangre fría.

—La suerte del principiante. ¿Y ahora cómo sigue esto?

—Ellos lo recuperarán del agua y buscarán un lugar para despiezarlo. Nosotros nos quedaremos con los dientes y ellos con la carne, ese es el reparto. Usted no podrá sacarlos del país, así que no tendremos otro remedio que depositarlos en mi sala de trofeos.

—¡Enhorabuena! —le gritó Onazi en español desde la otra embarcación—. Ya puedes hacer tu primera *mueca* en el rifle.

—Se dice «muesca», jodido ignorante —murmuró Sancho.

—No le veo muy contento —juzgó Bakare.

—Matar a un animal a distancia no me hace sentirme especialmente bien.

—¿Habría preferido enfrentarse al hipopótamo con el capote y la espada? Por lo menos el animal no sufre desangrándose como hacen ustedes en su país.

Cierto bochorno le hizo renunciar a su turno de réplica. Sancho se limitó a sostener la mirada de un agigantado Ike Bakare.

Sapele. Estado del Delta (Nigeria)

El viaje por carretera se le hizo muy corto.

El día se había levantado con el cielo cubierto por unos fieros nubarrones que no tardaron en empezar a despojarse lentamente de su carga; sin prisa, recreándose en la tarea, esmerándose. Sin embargo, Sancho eligió no encerrarse en su habitación y, protegido por un rudimentario chubasquero que le proporcionó el personal de servicio, recorrió la finca seguido en todo momento y muy a su pesar por dos miembros del equipo de seguridad de Ike Bakare. La música de Standstill y la imagen de Gracia Galo lo acompañaron durante buena parte del recorrido. Desde que volviera a hablar con ella por teléfono no se moría una jornada sin que le asaltara algún recuerdo compartido con la inspectora. El de ese instante tenía mucho que ver con la lluvia, como la que les cayó tantas veces encima durante aquellos largos paseos por el Carso triestino en los que llegaron a plantearse una vida compartida, un proyecto que, a la postre, se reveló tan idílico como imposible.

Sancho borró aquellos pensamientos para centrarse en el asunto que le había llevado hasta allí. Se sacudió el agua que le empapaba la cara y prosiguió con su caminata por el sendero que discurría junto al vallado de la finca. Se fijó en una zona donde la malla metálica había sido levantada por una raíz que, de forma furtiva y concienzuda, se había adentrado sin permiso en la propiedad de Bakare.

—Siempre hay un punto débil —verbalizó justo cuando reparó en que estaba lloviendo con más fuerza y que la barba ya no absorbía más agua.

Durante el almuerzo, apenas abrió la boca, ni para hablar ni para comer, cediendo ambas suertes a Joseph Onazi, acelerado en todos sus procesos debido a la ansiedad que le provocaba la cercanía del encuentro con aquel ente superior. El nigeriano se veía tan cerca de hacer cumbre que no se atrevía a mirar hacia abajo por si el vértigo le jugaba una mala pasada. Había derrochado tanto esfuerzo en ascender hasta allí que su principal miedo lo generaba la incertidumbre de poder descender sin percances acarreando una mochila repleta de éxitos venideros. Por su parte, Vincent seguía atormentado desde que pisara tierra patria. Se le veía agonizante, como un globo que va a estallar en el siguiente soplido sabiendo que aún quedaba mucho aire que insuflar. Sancho entendía bien su situación porque era conocedor de hasta qué punto desgasta el escenario ante el público más exigente

y sin apuntador. Y día tras día transcurren las semanas hasta que se maquillan de meses para fundirse con los años.

A todos ellos les extrañó el hecho de no ver a Ike Bakare. Según les comunicó el jefe de seguridad, le había surgido un imprevisto que le obligaba a ausentarse. El sudafricano se encargaría de conducirles al lugar de la cita a la hora convenida.

Sobrepasadas las seis de la tarde, los tres montaron en el Land Rover Defender que los llevaría de nuevo hacia el sur. Sancho pensaba que aquel modelo estaba reservado para los que rodaban documentales en África y se anticipó a sus compañeros ocupando el asiento del copiloto. La llantina del cielo había cesado y el sol empezaba a insinuarse entre los estratocúmulos ya agostados y blanqueados, como si hubieran palidecido con la aparición de los primeros paños azules a su alrededor.

Ocho kilómetros antes de entrar en Sapele, una ciudad levantada en ambas orillas del río Benín cuyo puerto maderero había sido el orgullo de sus pobladores —según relató Onazi—, el chófer tomó el desvío de la derecha y prosiguió por una pista forestal que se abría paso entre la vegetación propia del manglar, conquistador de aquel ecosistema.

Sancho se sorprendió al ver un grupo de personas adentrándose entre aquella maraña de raíces aéreas.

—Son drogadictos —desveló Vincent Dare—. En cuanto cae el sol, el manglar se llena de gente que viene a ponerse. En los noventa, Nigeria solo era un país de tránsito de la droga desde Sudamérica; hoy es el principal puerto de entrada de África y eso ha disparado el consumo. Aquí, si te pillan metiéndote mierda te meten en la cárcel de quince a veinticinco años, así que no les queda otra que esconderse muy lejos de la policía. Lo que ocurre allí dentro es un misterio, muchos entran pero no todos salen.

—Dicen que hay comunidades enteras de esos despojos viviendo a perpetuidad en esa ciénaga —aportó Onazi—. Así se conviertan en alimento para los cocodrilos —porfió.

Algunos desvíos más tarde, una severa disminución de la velocidad precedió a la aparición de las verjas de más de dos metros que delimitaban el acceso principal a las instalaciones del club social The Gallery, un oasis de opulencia pensado para el disfrute de foráneos y de la clase nigeriana más pudiente. El guardia comprobó las credenciales que le mostró el chófer y les dedicó una mirada codiciosa antes de subir la barrera de entrada al complejo. Una bofetada húmeda abordó el habitáculo en cuanto abrieron las puertas del todoterreno. El aire se había transformado en algo pegajoso y sucio conformando una atmósfera del todo premonitoria como anticipo de los hechos que habrían de acontecer entre aquellos pantanos.

Sancho, ajeno al mal augurio que se contagió en los rostros de sus

compañeros de ruta, observó en derredor con notable curiosidad.

—Les esperan en el salón de cristal —informó el sudafricano antes de volver al asiento del conductor—. Yo les esperaré aquí fuera.

Se cruzaron con decenas de rostros bien alimentados, de poca arruga, sonrisa garantizada y mirada escrutadora. Al aristocrático salón se accedía subiendo unas escaleras palaciegas que morían en un recibidor donde les esperaba un hombre de talla menuda. Cortésmente, les guio hasta la mesa, la única que había montada en aquella estancia tan acogedora como vacía. Joseph Onazi no se guardó la pregunta.

—¿Estaremos solos?

—El señor Bakare ha reservado hace días todo el salón. Sus acompañantes han avisado de que llegarán en unos minutos. Entretanto, disfruten de las vistas. Pronto será la puesta de sol y desde aquí van a poder asistir a un espectáculo único —informó el encargado.

Vincent Dare dejó que sus ojos se cargaran de la fotografía salvaje que ofrecía aquel paraje indómito. Al fondo se distinguía el curso del río Benín describiendo una uve doble en aquel bosque pantanoso a modo de cicatriz oscurecida por el paso del tiempo sobre una epidermis verde oxigenada. Una marca de por vida como la que a él le ayudaba a recordar quién era y cuál era su cometido.

—De pequeño solía venir aquí a cazar bichos con mis amigos. Por aquel entonces estaba limpia de vertidos, hoy no sé cómo estará —rememoró el nigeriano.

—Desde el coche no parecía un lugar muy acogedor —opinó Sancho.

—No. Pero era toda una aventura. Nos fabricábamos nuestras armas de caza, cuchillos, lanzas y hasta arcos. El secreto era saber muy bien dónde se pisaba.

—¿Y no teníais miedo de encontraros con cocodrilos o caimanes?

—En estos manglares no hay por la alta concentración de salinidad en el agua. Pero había otras especies igual de peligrosas, serpientes, arañas y otros insectos venenosos.

—Ya están aquí —avisó Onazi, que no se había movido de la mesa, visiblemente nervioso.

Ike Bakare traía el semblante descompuesto, acorazado, como si hubiera sido exhumado recientemente. Sin embargo, no fue él, sino su acompañante, quien atrajo todas las miradas. Una estatua viviente de mármol bien pulido, rasgos negroides delicados, muy femeninos, y ojos enormes de un gris rojizo desconcertante. Las rastas albúreas se asomaban por detrás de la cintura al compás de un caminar más propio de un espectro que de un humano.

Superando los momentos de confusión iniciales, el señor Onazi se

incorporó con premura y salió a su encuentro. Bakare le estrechó la mano fríamente y le conminó a que tomara asiento. Sancho y Vincent hicieron lo propio.

—Buenas tardes, señores, y disculpen por el retraso —saludó acomodándose de mala gana. La mujer albina se quedó de pie a su derecha, firme y estática como buena estatua que era—. No ha sido una jornada sencilla para mí, créanme. Más bien ha sido una pesadilla —masculló rezumando inquina—, pero enseguida entenderán. La persona a la que estábamos esperando no va a venir esta noche —anunció—. Y tampoco vamos a emprender ningún negocio juntos —informó a Joseph Onazi, que se limitó a tragar saliva.

Acto seguido se dirigió a Sancho.

—Has estado muy cerca de conseguirlo, Urtzi. Muy cerca.

Sancho reaccionó por instinto, porque sus constantes vitales suspendieron cualquier actividad.

—No sé de qué demonios me está hablando.

—De esto.

Bakare alargó el brazo para alcanzar la bolsa de viaje de cuero marrón que había posado a sus pies. Apartó la cubertería sin contemplaciones y en su sitio dejó caer una carpeta. Al abrirla y reconocer aquel distintivo de la Boca de la Verdad, Sancho supo que allí se acababa todo. El filo de una espada que descansaba sobre su clavícula lo corroboró. Sin saber cómo, la mujer albina se había colocado detrás de él, pero Sancho seguía con los ojos clavados en el emblema de la Congregación de los Hombres Puros, ese que había visto en el dossier que meses antes le había enviado Aarjen de Bruyn.

—Pero… ¿alguien me puede explicar qué pasa? —demandó Onazi, alterado y temeroso a partes iguales.

Vincent se removió en el asiento y se cubrió la cara con ambas manos, avergonzado.

—¡Se te ha colado una rata, maldito imbécil! La organización de la que nunca formarás parte ha investigado a fondo a este cabrón. Él y otra mujer llamada Erika Lopategui son dos de sus objetivos desde que se produjo una filtración en uno de los ramales. Le has abierto la puerta de mi casa y me has hecho quedar como un auténtico principiante delante de mi gente.

El informe estaba en lo cierto. La operación Termita había nacido en los despachos del CITCO, el Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado, que, en coordinación con el Cuerpo Nacional de Policía, había emprendido una lucha sin cuartel contra las organizaciones de trata de personas que operaban en España. Dentro de los distintos frentes abiertos, uno de los más importantes consistía en desarticular la red nigeriana, una trama delictiva extremadamente compleja de la que poco se conocía, dada su

reciente actividad y su hermetismo. Necesitaban saber cómo funcionaba internamente antes de plantearse siquiera cómo combatirla. Así, resolvieron estudiarla desde dentro y averiguar hasta dónde abarcaba su sombra dentro y fuera de nuestras fronteras. Necesitaban una termita y Ramiro Sancho era el candidato ideal. Un policía experimentado en cuya hoja de servicios figuraba una mención de mérito por su desempeño durante los años que pasó infiltrado en el entorno de Jarrai. Sin cargas familiares y con un nuevo expediente que amenazaba con poner fin a su carrera como principal baza en la negociación, los responsables del CITCO subrayaron su nombre en rojo. El acuerdo no había sido tal, porque, en realidad, Sancho no podía negarse y tampoco le pareció tan descabellado siendo consciente de la alternativa que le ofrecía el futuro: la inactividad por un periodo no inferior a dos años. El desenlace del secuestro de Margarita Zúñiga lo había terminado de hundir tras los muchos impactos que había recibido en la línea de flotación durante la interminable y obstinada persecución de Augusto Ledesma. La operación había arrancado el día que acudió a aquel plató de televisión para interpretar el papel que le había marcado el director. Debía verter acusaciones contra sus mandos para que fueran los medios de comunicación quienes le cerraran las puertas de la Policía y le abrieran las de la desesperación. Tenía que resultar creíble y lo cierto fue que el incentivo de atacar en público a Travieso y que con ello pudiera financiar el tratamiento del hijo de Peteira era del todo irresistible. El siguiente paso consistía en romper con su vida anterior, desaparecer sin dejar rastro, momento que escenificó arrojando su móvil al Pisuerga delante de su compañero Álvaro Peteira. El CITCO tenía localizado un ramal de la red nigeriana en la zona de Vigo, por lo que allí se dirigió muy metido ya en el papel de expolicía en proceso de autodestrucción, desesperado por quemar sus naves para no regresar jamás. Las primeras semanas fueron de análisis, escondiendo sus rapaces intenciones bajo un plumaje de cliente adicto a todo: alcohol, coca, sexo y naipes. Porque, antes de elegir cuál era el huevo que había que cascar, debía identificar a la mejor de las gallinas ponedoras —Juliet— y al gallo que más cantaba —Solomon—, aunque enseguida tuvo claro que el dueño del corral era otro. La clave estaba en conseguir que le invitaran a pasar y Juliet le marcó el camino que debía seguir al mencionar esas partidas clandestinas de póquer en las que se iba a jugar algo más que los cuartos. Tenía que lograr adquirir una deuda que no pudiera pagar con dinero y, aunque la mano que esperaba se hizo de rogar, aquellas reinas aparecieron en el momento más oportuno. Ya solo tenía que aguardar a que llegara el momento de ver qué le pedían y quién se lo pedía. El CITCO, en coordinación con la Interpol, tardó en aprobarlo, porque nadie podía saber que

Urtzi estaba trabajando desde dentro y no resultaría sencillo tocar tantas teclas sin que terminara por escaparse alguna nota. Sancho estaba avanzando bien, pero sus métodos no eran compartidos por todos, ya que legalizar la situación de algunas prostitutas era muy distinto a facilitar la trata de personas que en todo momento debían tener controladas y protegidas para reconducir su situación cuando llegara el momento. Seguir la pista de decenas de mujeres implicaba el uso de muchos recursos para el Ministerio del Interior. La apuesta era muy elevada, pero desde el principio se intuía que el premio podía merecer la pena y ello terminó por inclinar la balanza a su favor. Solo era cuestión de tiempo que los servicios de Sancho hicieran salivar a otros dentro de la organización, pero debía acelerarlo al máximo porque su rédito se deterioraba con el paso de los días. Así fue como se le ocurrió el paripé de la inspección en el puerto de Vigo, que obtuvo el resultado que esperaba: subir un peldaño más.

Pero lo que no estaba dentro de las muchas posibilidades que barajó el pelirrojo era que aquella escalera llegara hasta la maldita Congregación de los Hombres Puros, que, como una pesadilla recurrente, le perseguía desde que De Bruyn decidiera involucrarle o, para ser más precisos, desde que Carapocha le hablara a su amigo y colaborador de las aptitudes de un pelirrojo inspector de Homicidios de Valladolid. La diferencia era que en un mal sueño uno logra despertar antes de encontrarse con la muerte. Y precisamente eso, la muerte, era lo que personificaba el arcángel Gabriel tras su apariencia marmórea.

—Creo que aquí hay un mal entendido. ¡Eso forma parte de mi pasado como policía! —trató de defenderse Sancho.

—¡Ni se te ocurra intentarlo! No tienes ni idea de hasta dónde llega la organización a la que pertenezco. Tenemos gente en la Interpol. Lo sabemos todo sobre ti y la operación Termita, Urtzi. Aquí se explica con todo lujo de detalles —aseguró golpeando con el puño en el informe.

De forma inesperada, Vincent soltó el codo derecho violentamente impactando en el rostro del pelirrojo antes de abalanzarse sobre él y agarrarle con ambas manos del cuello. Sancho, sumido en un profundo estado de aletargamiento, no puso oposición alguna.

—¡No! ¡Aquí no! —gritó Bakare.

Pero los puñetazos no cesaron hasta que el arcángel de la Congregación le puso la espada delante de los ojos.

—¡Ya está bien! Sentadlo —ordenó Ike Bakare.

Sancho tenía el rostro ensangrentado y empezaba a deformarse el tercio superior, que era la zona que más golpes había recibido. En tal estado, quiso poner a funcionar la coctelera, pero, con la batería agotada y sin lugar donde enchufarla, desistió rendido a su suerte.

—Maldito cabrón —repetía constantemente un sudoroso Joseph Onazi, conocedor de que aquello iba a suponer un importante revés en sus planes—. Tú avalaste esta operación —le recriminó a Vincent Dare.

—Así es —reconoció limpiándose la sangre de los nudillos con una servilleta—. Y yo mismo me voy a encargar de solucionarlo —propuso Vincent.

Ike Bakare caviló unos segundos. Flegias, su custodio, le había ordenado que lo llevaran vivo hasta él, pero el excoronel tenía otros planes para equilibrar la afrenta. Ya construiría una historia creíble que justificara la muerte del infiltrado. Visiblemente alterado, se levantó para dirigirse a la cristalera. Vincent lo siguió.

—¿Ves aquel claro que se abre entre esos cañaverales? —le preguntó modulando la voz—. Quiero que lo hagas allí para poder verlo desde aquí. Deshazte del cuerpo, que se lo coman las alimañas, pero tráeme la cabeza. Ahí encontrarás lo que necesitas. —Señaló la bolsa—. Pensaba hacerlo yo mismo, pero te concederé tu deseo como forma de redención.

—Gracias, señor, no le defraudaré.

—Baja por el montacargas hasta la planta menos dos. No te encontrarás con nadie, ya están avisados. A la izquierda hay una puerta con un letrero que pone «Salida de emergencia». Enseguida verás el sendero que lleva al manglar. En menos de quince minutos llegarás al claro. Cuando lo hagas, vuelve al sendero, te recogeremos allí. Y no te olvides: quiero asistir al espectáculo.

Vincent Dare permaneció aún algunos segundos contemplando cómo el sol comenzaba su descenso antes de hacer un gesto afirmativo. Acto seguido empuñó la Browning y se colgó la bolsa del hombro. Entretanto, Gabriel permanecía a la expectativa.

—Así se explica la muerte de Solomon, ¿verdad? —le preguntó Joseph Onazi—. Te descubrió y tuviste que deshacerte de él. Luego montaste ese numerito con Juliet para taparlo todo. Ya le ajustaré yo las cuentas a esa zorra desagradecida.

—Te equivocas —pronunció Sancho con dificultad—. Lo de Solomon sucedió tal y como te lo he contado. Ese retrasado solo tenía celos de mí, pero nunca sospechó nada. Nada, igual que tú, maldito imbécil.

—Claro, claro…, lo que tú digas. ¡Ahora nos toca reírnos a nosotros! —le dijo escupiéndole a la cara—. De esta no sales vivo.

—Huir solo sirve para morir algo más tarde y mucho más cansado —se dijo Sancho en voz alta verbalizando aquel único pensamiento a modo de mantra.

—Ahora me lo demuestras a mí —le invitó Vincent Dare agarrándole con fuerza del brazo.

Apenas tardaron unos minutos en verlos aparecer desde aquella macabra tribuna. Vincent caminaba apuntando con la Browning 9 milímetros metida dentro del bolso de la cazadora, guardando cierta distancia con el reo, que avanzaba cabizbajo hacia su muerte, sumiso. Todavía estaba vivo, pero su mente se estaba preparando para abandonar ese cuerpo sentenciado gracias a *The end*, la canción de The Doors que en aquel momento sonaba en su cabeza, un refugio excavado en lo más profundo para afrontar su destino con dignidad. El significado de la letra no podía ser más acertado: «Este es el fin, hermoso amigo. Este es el fin, mi único amigo. De nuestros elaborados planes, el fin. De todo lo que permanece, el fin. Sin seguridad o sorpresa, el fin. Nunca te miraré a los ojos de nuevo. ¿Puedes proyectar lo que será? Tan ilimitado y libre. Necesitando desesperadamente la mano de un extraño en una tierra desesperada». Aquellas estrofas le ayudaron a asumir el final, su final. Lo tenía tan claro como que no se iba a arrodillar esperando a que Vincent Dare lo ejecutara.

Ike Bakare contempló tras la cristalera cómo desaparecían entre la profusa vegetación que crecía fuera de control.

—Lamento muchísimo lo ocurrido, Ike, te aseguro que en ningún momento…

—¡Cierra la boca! —le gritó a Joseph Onazi sin volver la cabeza—. Ciérrala antes de que ordene que te saquen las tripas como a un cerdo. Como guardián, me has hecho quedar como un imbécil descuidado ante Flegias y todavía no sé valorar cómo afectará tu maldita negligencia a mis negocios. Nunca debí confiar en ti, un gordo repugnante que ni siquiera sabe cuidar de sí mismo.

—Pero, Ike, esto le podría pasar a cualquiera, tú mismo estuviste ayer con él y no te percataste de…

Esta vez sí se giró. Lo suficiente para abofetear a Joseph Onazi en ambas mejillas, la primera con la palma bien abierta y la segunda con el dorso.

—¡Unas horas! Estuve con él unas horas. ¡¿Me estás acusando de que no me percaté de nada en unas horas cuando tú te lo has tragado durante meses?! No detectaste nada porque tu ambición no te dejaba ver, maldito muerto de hambre. ¡Y no vuelvas a hablar hasta que yo te pregunte o te prometo por mis hijos que no vuelves a ver a los tuyos!

Y Joseph Onazi no habló más.

Los minutos transcurrían demasiado despacio para el estado de ansiedad de Bakare. Caminaba en círculos tratando de aislar su agitación, pero sin quitar la vista del claro donde esperaba ver a Vincent de un momento a otro. Iba a terminar de cerrar el sexto cuando se escucharon dos detonaciones.

—¡¿Eso han sido disparos?! —preguntó afirmando.

Localizó su teléfono encima de la mesa. Vincent respondió al tercer tono.

—¡Ha intentado escapar! —se anticipó—. Pero no se preocupe, que todavía respira. Empieza el espectáculo. No se aparten de la ventana —dijo antes de cortar la comunicación, privando a Bakare de la oportunidad de pedir explicaciones.

Minutos después vieron a Vincent arrastrando por los pies el cuerpo de Sancho. Vincent levantó la mirada buscando la sala acristalada de The Gallery. Desde aquella distancia no distinguía las siluetas de quienes, a buen seguro, estaban deleitándose con la macabra función, pero aún faltaba el plato fuerte. Todavía jadeando por el esfuerzo de acarrear un cuerpo con una complexión física como la del pelirrojo, buscó y encontró la piedra adecuada para acomodarla bajo el cuello. Lo colocó de costado y extrajo el machete de la bolsa.

—¡Vamos, sepárasela de una vez del cuerpo! ¡Quiero su cabeza! ¡Tráemela! —profirió Bakare entre dientes llevado por el ansia.

Vincent se colocó de espaldas al sol para que los espectadores no perdieran detalle de la decapitación. Clavó una rodilla en la tierra y dibujó varias veces la trayectoria en el aire antes de hacer el primer corte. No lo había hecho nunca, pero intuía que cortar la columna vertebral no sería fácil.

Y no se equivocaba.

Bakare contó cinco intentos hasta que vio rodar la cabeza de Sancho por el suelo. Onazi solo aguantó el primero. Al arcángel de la Congregación parecía no despertarle demasiado interés, porque ni siquiera estaba mirando. En realidad, ello se debía a que el ocaso del sol amplificado por el efecto lupa de los ventanales superaba con creces la tolerancia lumínica de su grado extremo de albinismo.

Vincent se limpió las salpicaduras de la cara con la camisa del difunto antes de agarrar la cabeza de la barba y mostrarla brevemente a modo de trofeo. Finalmente la introdujo en una bolsa de plástico y esta en la que le había dado Ike Bakare.

—Que sea la última vez que tengo que resolver tus asuntos —le advirtió a Joseph Onazi—. Nos vamos.

Esperando en el sendero, vieron aparecer a Vincent Dare empapado en sudor.

—Ahí llega mi botín —musitó Ike Bakare.

—¡¿Escucháis eso?! —preguntó Onazi—. ¿Son sirenas?

—¡Mierda! ¡La policía! —acertó Bakare.

Vincent, que también advirtió el peligro, esprintó hacia el coche.

—Pero ¡¿qué demonios haces?! Tira eso —le ordenó Bakare señalando su bolsa de viaje. ¿Es que quieres pasarte el resto de tu miserable vida en la cárcel?

—Pero…, ¡señor!

Las sirenas se escuchaban cada vez más cerca.

—¡Tírala por ahí! ¡¡Vamos!!

Vincent obedeció a regañadientes. Se alejó unos metros corriendo y ayudándose de la correa acertó a arrojarla entre unas raíces que se elevaban varios metros del suelo. Luego regresó al coche y se perdieron sendero arriba dejando una gran polvareda a su paso.

No hubo intercambio de palabras hasta que se desvaneció la sensación de peligro.

—Métete por ahí —ordenó Bakare al jefe de seguridad sudafricano indicando un desvío. La carretera se adentraba sinuosamente en el ecosistema palustre que se extendía a ambos márgenes del río Benín.

—Detén el motor.

Bakare descendió del todoterreno y caminó unos metros. Brazos en jarra, dejó que su mirada se perdiera en el bosque. Joseph Onazi resolvió que ese era un buen momento para tratar de acercar posturas con su valedor y se acercó hasta él.

—Ike.

Este se giró para encontrarse con el conato de mueca conciliadora tras la que se ocultaba aquel gordo descuidado. No dejaba de pensar en lo comprometida que había quedado su posición como guardián de la Congregación. Hasta entonces Sextans siempre había sido sinónimo de pulcritud.

—Me habría encantado entregarle su cabeza —reflexionó en alto Ike Bakare.

—Podemos ir a buscarla mañana. Lo más seguro es que la policía no la encuentre y, si tú me lo pides, yo me encargaré de recuperarla.

—No va a ser necesario.

Onazi no lo llegó a comprender porque el filo de la espada falcata interrumpió el proceso y la incógnita rodó por el suelo. Bakare habría preferido darle una muerte menos rápida, más sufrida y prolongada, pero Gabriel trabajaba así: rápida y limpiamente.

Se deleitó observando el premio de consolación que le iba a entregar a su custodio, Flegias.

POR BRAVO QUE SEA, NO HAY TORO QUE AGUANTE CIEN BANDERILLAS

Residencia de Jaap Keergaard
Vicolo del Bologna, 16 (Roma)
Junio de 2013

El billete decía que el vuelo salía a las 13:10 y, sin previsión aproximada de regreso, el danés se había levantado temprano para dejar la casa como se la encontró: ordenada. Mientras preparaba el desayuno en la cocina, podía escuchar los ronquidos de Ólafur solapando el alborotado piar de los pájaros. A través de la ventana observó cómo Erika se alejaba calle abajo sujetando a duras penas el ímpetu de Karatu.

La escena estuvo muy cerca de hacerle sonreír.

El paseo matutino se había convertido en una costumbre desde que logró salir de la depresión y su evolución, aunque lenta, podría calificarse de favorable. El islandés y él rivalizaban en atenciones hacia Erika, produciéndose algunas situaciones que, más allá de la ternura, oscilaban entre lo paternal y lo esperpéntico. El hecho resultaba insólito, dado que él siempre había sido un hombre solitario, huraño y experto en el arte de esquivar las relaciones personales. Jaap Keergaard no podía negar que se encontraba muy cómodo compartiendo el día a día con esos individuos que, sin su consentimiento pero sin oposición, se habían convertido en su improvisada familia. Algo de lo que siempre había carecido por obra y gracia de la Congregación. Desde que Ólafur y Erika le abrieran los ojos, no pasaba un solo día sin que renovara sus votos de rencor hacia las personas que tan fácilmente le habían arrebatado su alma. ¿O fue él quien se la entregó? No importaba. Ahora que volvía a ver estaba decidido a hacer lo que fuera necesario por recuperarla. Tal objetivo unido a los lazos afectivos que empezaban a estrecharse con Erika y Ólafur explicaba que hubieran conformado un grupo tan irracionalmente compacto.

Colocó la cafetera en el fuego y se dirigió al salón, donde descansaba su portátil. A pesar de ser consciente de que hacerlo

siempre dejaba huella, Jaap se conectaba con cierta asiduidad a la aplicación, más con el objeto de no levantar sospechas que por el interés en mantenerse vinculado a la organización. Tras identificarse con la clave de Uriel, chequeó la bandeja de entrada y para su sorpresa encontró un mensaje de Miguel dirigido a todos los arcángeles. Al terminar de leerlo sintió que le invadía un profundo pesar y cerró la tapa del portátil malhumorado, casi indispuesto.

Odiaba ser el portador de malas noticias, pero tenía que despertar a Ólafur, dado que aquello iba a suponer un golpe anímico que podría hacer tambalear sus planes.

Entró sin llamar.

Algo más tarde, los jadeos de Karatu anunciaron el regreso de Erika anticipándose al sonido de la puerta. El olor del café recién hecho la atrajo a la cocina, pero antes de llegar la voz de Ólafur la condujo hasta el salón. Sus semblantes eran el titular de una crónica necrológica.

—Se trata de Sancho —expuso el islandés con un hilo de voz mortecino.

Ella tomó asiento.

—Ha muerto, Erika. Sancho está muerto y han sido ellos. Ellos lo han matado.

La noticia le provocó una fuerte sacudida que decidió administrar en completo silencio. Luego recogió las piernas y escondió la cabeza entre los muslos tratando de retener la llegada de la onda expansiva. Ólafur se aproximó cauteloso, como un artificiero experimentado que conoce el comportamiento de los explosivos a los que se tiene que enfrentar. Alargó el brazo para tomar contacto con la nuca, húmeda y fría, y se coló entre sus brazos ofreciendo la protección de su pecho ante la inminente deflagración.

El estallido les alcanzó abrazados, compartiendo el mismo dolor, licuando la metralla en llanto, despedazándose en bloque. Y así permanecieron el tiempo que precisaron mientras Jaap Keergaard languidecía inmóvil y respetuoso.

—Ya está —dijo ella poniendo un fin artificioso al duelo.

Ólafur Olafsson se separó de ella y se secó las mejillas con el dorso de la mano. Erika aguardó unos segundos más.

—¿Cómo ha sido?

Ólafur le trasladó la pregunta al danés.

—No dispongo de los detalles. Según parece, se había infiltrado en uno de los ramales de la Congregación, pero lo descubrieron en Nigeria y allí mismo lo han… ejecutado —definió.

—Supongo que lo habéis comprobado.

Jaap Keergaard afirmó.

—La información nos ha llegado a todos los arcángeles por

mediación de Miguel. Tiene que ser cierto. Al margen, algún periódico local de Valladolid se ha hecho eco de la noticia, mira.

Jaap Keergaard giró la pantalla del portátil.

«Los análisis de ADN realizados en España confirman la muerte en Nigeria del inspector de Homicidios Ramiro Sancho —rezaba el titular de la noticia en la edición digital de *El Norte de Castilla.* Erika hizo acopio de fuerzas para seguir leyendo—. Expertos enviados por el Ministerio del Interior han zanjado cualquier atisbo de duda sobre la identificación de la cabeza encontrada el pasado viernes en una zona pantanosa al sur del país africano. La embajada está trabajando en la repatriación de los restos mortales mientras que la policía sigue investigando las extrañas circunstancias que rodean el caso. La familia ha manifestado su expreso deseo de despedirlo en la más absoluta intimidad».

Erika no quiso seguir leyendo.

—Tenemos que tomar una decisión —dijo Ólafur Olafsson.

Ella lo miró confundida.

—¿Con respecto a qué?

—Tenemos un vuelo que sale en menos de tres horas.

—Y nos vamos a subir en él, que no te quepa ninguna duda.

—Si seguimos adelante, tenemos que estar en plenitud de condiciones. Todos —añadió Jaap Keergaard.

—Estoy de acuerdo —corroboró ella—. El que no lo esté puede quedarse.

Y así se dio por zanjado el debate.

Exterior de la iglesia de San Martín (Valladolid)

Había pasado por allí cientos de veces y, sin embargo, esa era la primera vez que se fijaba en la fachada. Era sobria, discreta, quizá demasiado austera, rayana en esa sencillez que tantas veces se confunde con la simpleza. Estaba levantada en dos cuerpos bien diferenciados, uno inferior de piedra y otro de ladrillo, que, como el agua y el aceite, parecían no querer entenderse. El único alarde ornamental de todo el conjunto, si podía considerarse como tal, era el altorrelieve del santo que cedía su nombre al templo, en el que se mostraba a san Martín entregando su capa a un mendigo.

Dani Navarro encontró representados los valores de Sancho en aquella fachada, pero trató de no profundizar demasiado en ello para evitar que afloraran de nuevo las lágrimas. Allí no. Se había prometido que sabría contenerse, que iba a ser fuerte.

—Llegas temprano —escuchó.

En cualquier otra circunstancia, el agente Navarro habría

respondido con una rima obscena, pero aquel momento era más de abrazos que de respuestas ingeniosas y el semblante de Áxel Botello tampoco daba pie a ello.

—Sí, por esta zona se aparca fatal. Estoy esperando a Cris. Me han dicho que la noticia te ha pillado fuera.

—Estaba de vacaciones en la India cuando me llamó Matesanz. Todavía no me he hecho a la idea.

—Estamos todos muy jodidos. La comisaría parece…, qué sé yo qué cojones parece. —Los ojos se le humedecieron—. Me enteré estando de servicio y me tuve que bajar de la moto.

—No he hablado con nadie, pero lo que me ha llegado me parece tan difícil de creer… ¿Qué cojones hacía Sancho en Nigeria? Lo último que supe de él es que estaba perdido en alguna parte de Galicia.

—Nadie lo sabe. Desde que lo apartaron del Cuerpo no mantenía contacto con nadie. Yo lo llamé varias veces, pero nunca tenía el teléfono operativo. El único que consiguió verlo fue Peteira.

—Ya, eso sí lo sé. Álvaro estaba muy preocupado por él y se empeñó en averiguar dónde coño se había metido. Yo le eché una mano. Me contó que estaba hecho una mierda y que acabaron discutiendo. ¿Lo has visto por aquí?

—No. De Homicidios solo he visto a Montes y a Gómez. Peteira tiene que estar muy tocado, se ha comido un buen marrón teniendo que viajar hasta allí para identificar la… Me ahorro los detalles.

Dani se apretó los lacrimales queriendo evitar lo inevitable. El efecto contagio actuó sobre Botello. Ambos se concedieron unos segundos de silencio.

—No hay novedades con respecto al cuerpo, ¿no? —retomó Botello.

—No, que yo sepa. Parece que todo ocurrió en una zona pantanosa del sur del país donde resultan muy complicadas las labores de búsqueda. La versión oficial, o por lo menos la que le contaron a Peteira, apunta a una disputa por drogas. ¡Me cago en todo! —farfulló con rabia—. ¡Yo esa historia no me la trago ni troceada!

—Se quieren quitar el problema de encima, Dani. Un extranjero decapitado les supone demasiado trabajo a esos cabrones y supongo que desde aquí tampoco se les puede presionar mucho.

—Dicen que Peteira quería quedarse allí para remover el asunto, pero se ha tenido que volver con las manos vacías. Para más cojones, al estar Sancho apartado del Cuerpo y por la forma en la que se han producido los hechos, no le pueden hacer ningún acto oficial. Sé que Copito va a venir, pero de ahí para arriba no creo que veamos a nadie.

—Mejor. ¡Que les den mucho por ahí! Oye, ¿es cierto eso que dicen de que alguien llamó desde Nigeria para dar el aviso?

—Lo han comprobado. La llamada la recibieron en la comisaría de Enrique Cubero. Supongo que fue el primer número que aparecía en

Internet. Era una voz masculina hablando en inglés que se jactaba de la muerte de Sancho y afirmaba que si querían comprobarlo contactaran con la policía nigeriana. Al principio no le hicieron mucho caso, pero el comisario de allí contactó con Herranz-Alfageme y… el resto ya lo conoces.

—¡Qué puta mierda!

—Mira, ahí llega Matesanz.

El veterano subinspector caminó hacia ellos con el rostro demudado y las manos recogidas tras la espalda.

Se respetó el orden: abrazos primero, maldiciones después.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó Matesanz al agente Botello.

—Ayer por la tarde. Y gracias, porque no me ha resultado nada sencillo pillar un vuelo desde Madrás. Estábamos hablando sobre el tema de la investigación, lo mismo tú sabes si es posible montar una comisión para meterle mano sobre el terreno. Aquí nadie se traga lo del asunto de drogas.

Matesanz se encogió de hombros.

—Eso suena muy complicado. Tendría que existir el interés por parte de la embajada o del Ministerio del Interior, o de María santísima, y aquí ni Dios quiere saber más de lo que nos han contado. También te digo, os digo —rectificó mirando a Navarro—, que habléis con Peteira, porque cuando regresó de Galicia me dijo que encontró a Sancho colocado de cojones y con una actitud autodestructiva. Acabaron a hostias.

—¡Estaba hecho polvo, coño! —intervino el de la motorizada—. Que en poco más de un año le llegaron mil desgracias. Por bravo que sea, no hay toro que aguante cien banderillas. ¿Os las enumero? Las treinta y tantas correspondientes a las personas que se cepilló Augusto Ledesma, incluidas su madre y la chica esa con la que estaba empezando. Sancho termina con él y en vez de una medalla le regalan un expediente. Y como descabello lo de Garrido y la niña… ¡¿Por qué se empeña todo el mundo en señalar a Sancho?!

—Tranquilo, hombre, tranquilo —le dijo Matesanz—. Que aquí todos pensamos igual que tú. Lo único que digo es que todo eso lo fue destrozando y así, hecho una mierda, fue como se lo encontró Peteira.

—Vale. Estaba muy jodido, sí, había tocado fondo. Pero ¿vosotros veis a Sancho vagabundeando por ahí, metiéndose mierda rodeado de yonquis? Porque yo no. No tengo ni zorra idea de lo que andaría haciendo en Nigeria, pero no voy a admitir esa teoría en mil vidas.

La inspectora Robles se sumó al grupo en ese momento.

—Están entrando —anunció tajante.

Dani Navarro permaneció de pie con los brazos cruzados a la altura del pecho junto a *La quinta angustia,* escoltando la talla de Gregorio Fernández que tan bien recogía sus emociones en aquel instante.

Desconectó de las palabras del oficiante para escuchar con mayor claridad sus pensamientos. Evitaba navegar por los recuerdos compartidos con el pelirrojo, un tipo honesto y de fiar, de gran corazón y en ocasiones hasta divertido. Un compañero al que no había sabido ayudar cuando más lo necesitaba y eso sí era un hecho del cual no podía escapar ni esconderse, ni siquiera refugiándose en suelo sagrado.

El aforo del templo no llegaba al centenar de personas, casi todos rostros conocidos, rostros afligidos con claras muestras de inesperado abatimiento, lastrados por el doloroso proceso que conlleva la repentina y forzosa asunción de una pérdida. Sin embargo, había uno que no cumplía los cánones. Álvaro Peteira se mostraba irritado, como queriendo contener un torrente de ira a punto de desbordarse. El de la motorizada se preguntó qué imágenes estaría procesando su cerebro para hacer que los músculos faciales estuvieran tan crispados. Enseguida encontró la respuesta imaginándose el momento en el que un tipo con bata blanca destapaba una sábana para mostrarle la cabeza de su mejor amigo.

Notó que se le resquebrajaba el estómago.

—¿Estás bien? —quiso saber Cristina, su mujer.

Navarro volvió en sí.

—No. Necesito aire.

—Te acompaño.

Pero esas últimas palabras no las oyó, inmerso en su huida de la iglesia. Ya fuera, buscó una pared en la que apoyarse y por fortuna la halló antes de la primera arcada. Con la segunda se vació y tal debilidad fue aprovechada de forma cobarde y ruin por los lacrimales.

Algún lugar en los Alpes Dináricos

Vlade Ilić esperaba pacientemente a que el icono que indicaba la actividad de su interlocutor se volviera verde, color predominante en aquel paraje durante esa época del año. Sentía debilidad por la tonalidad esmeralda con matices acetrinados con la que se forraba la vertiente occidental de los Alpes Dináricos. La profusa vegetación conformaba una masa informe, responsable de generar y mantener la pureza del aire que respiraba. Aquella antigua casona rehabilitada por él se había convertido en su santuario sagrado, y la terraza era el rincón favorito del arcángel de los arcángeles de la Congregación. Ensimismado en la comunión de las fuerzas de la naturaleza de la que hacía alarde el entorno, se fijó en la contumaz resistencia de las ramas de los árboles ante la acometida de las fuertes rachas de viento que soplaban en las cotas más altas. Enseguida encontró el paralelismo con

su situación luego de su paso por China y Japón.

Porque al final todo tiende a enderezarse si las raíces han penetrado profundamente en la tierra.

Tras castigar la insurgencia de Wang Wei-Zhu, la reunión con Valeri Klepinin y Shinobu Tsukasa se había desarrollado por los cauces previstos y el acuerdo entre los Bratski Krug y los Yamaguchi-gumi se había cerrado según los términos dictados por Corteza de Roble. Tampoco le costó mucho esfuerzo sustituir al guardián responsable de permitir el enfrentamiento en la zona y cuando cogió el vuelo desde Kobe tenía la certeza de que la calma volvería a reinar sobre los negocios que pivotaban en Macao. Al fruto de su esfuerzo se había unido un guiño de la diosa Fortuna, un golpe de suerte que le devolvía el optimismo en la pronta resolución del caso de De Bruyn. Una consulta rutinaria de Flegias había terminado destapando al inspector de Homicidios español en su intento por colarse en la organización desde las alcantarillas. El nuevo custodio mantenía contactos en las capas más altas de la Interpol y a través de estos supo que el inspector español formaba parte de una operación para desentrañar la red de captación nigeriana. Las pruebas que aportaba en el informe forense eran más que concluyentes, por lo que se dispuso a oficializarlo. Tenía que reconocer que Flegias estaba siguiendo la meritoria estela que dejó su padre, con quien había compartido ideales y proyectos de futuro que, lamentablemente, nunca pudieron concretarse. Maldito alzhéimer.

Solo quedaba eliminar a la mujer para zanjar definitivamente la filtración y, a pesar de ello, seguía notando un leve zumbido en su cabeza, como esa alarma encendida que de tanto oírla se deja de escuchar. Precisamente por ello le había encargado a Rafael que interviniera en el asunto, porque algo le decía que no podía fiarse de Uriel y si alguien estaba capacitado para resolver aquel nudo gordiano era él.

Conocía muy bien a Nikita Dzhelíev y, aunque no lo consideraba uno de sus hermanos predilectos, admiraba el modo con el que afrontaba los encargos, trazando una línea recta entre el dilema y la solución. No siempre compartía sus métodos, pero los consentía por entenderlos como lógicos y coherentes dentro de su histórico vital. Una trayectoria que, en cierta medida, tenía puntos coincidentes con la suya, sobre todo por compartir un conflicto bélico como punto de inflexión. Si el suyo había sido el de la guerra de los Balcanes, el de Nikita Dzhelíev fue el que enfrentó a Osetia del Sur y Georgia durante los años 1991 y 1992. A las pocas semanas de producirse los primeros enfrentamientos armados, alguien le acusó de colaborar con las fuerzas invasoras cuando sus únicos pecados habían consistido en cortejar a una muchacha que vivía en la parte oriental de la capital,

Tsjinvali, controlada por los georgianos, y seguir acudiendo a sus clases de chidaoba —la lucha tradicional georgiana— en esa misma parte de la ciudad. Sus idas y venidas al lado invasor causaron recelo entre sus vecinos y no tardó en dar con sus huesos en los calabozos del cuartel militar de los secesionistas osetios. Sus interrogadores no parecieron quedar muy conformes con la justificación amoroso-deportiva del joven Nikita y prefirieron descargar sobre él y el resto de detenidos la frustración del asedio al que estaban siendo sometidos por la Guardia Nacional Georgiana. En junio de 1992 la intervención militar y diplomática de la Federación Rusa llevó al cese de las hostilidades, aunque de rejas para dentro aquello no tuviera demasiado efecto. Y fue precisamente durante aquellos veinte días de duras negociaciones en los despachos y de brutalidad carcelaria cuando se fraguó el destino de Nikita Dzhelíev. Tras su puesta en libertad, pasó otros cinco meses encerrado en una minúscula habitación bajo los cuidados de su familia. Se esmeraron en sanar sus múltiples fracturas y heridas, aunque las más graves eran los agravios imposibles de cicatrizar. Cuando pudo ponerse en pie y caminar ya estaban operativas las fuerzas de paz constituidas por patrullas conjuntas de soldados osetios y georgianos. Cruzarse por la calle con los mismos uniformes que tanto habían disfrutado de su dolor le hizo recetarse su propio tratamiento terapéutico. Al principio la dosis consistía en uno al mes, pero, viendo los efectos rehabilitadores que conseguía, la fue aumentando progresivamente. Los restos solían aparecer en las orillas del Gran Liakhvi: un brazo a la altura del puente viejo, un torso retenido en las esclusas de la presa o una pierna a la altura de la fábrica de harinas. Nikita planificaba cada uno de sus movimientos y los ejecutaba conforme a lo establecido, sin asumir riesgos innecesarios, sin dejarse llevar por la voracidad, administrando el placer de la venganza. En medio año fueron capaces de identificar los restos de catorce víctimas, todos varones relacionados con el ejército o la policía osetia. Como era de esperar, los hechos despertaron la indignación de las autoridades de Tiflis, a quienes se les consintió enviar un equipo de investigadores a la ciudad. No tardaron en descubrir, gracias a los análisis forenses, que las porciones de tejido que faltaban en varios de los miembros hallados no habían sido sustraídas por alimañas, sino por dientes humanos. Al comparar las mordeduras, determinaron sin posibilidad de error que pertenecían a la misma persona, si ese era el término con el que podía calificarse a aquella bestia que ya empezaban a conocer como el Lobo del Gran Liakhvi. Su leyenda siguió creciendo ante la impotencia de las autoridades, trascendiendo los límites fronterizos de ambos territorios hasta llegar a los pasillos del Kremlin, que, presionado por la prensa, decidió tomar cartas en el asunto. Configuraron un listado de

sospechosos con los nombres de aquellos que, como él, habían sufrido tormentos y vejaciones en los sótanos de aquel acuartelamiento militar y consecuentemente no tardaron en llegar las primeras detenciones. Cuando se supo que a todos ellos se les sometía a una prueba dental, Nikita tuvo claro qué debía hacer. Un canto rodado de buen tamaño con el que hacerse añicos los dientes fue suficiente, pero no así el argumento que usó ante los investigadores, porque no había percance sobre dos ruedas que provocara tales daños en la boca. Con lo que no contaban era con que Nikita ya era un experto en superar la presión psicológica y física de los interrogatorios a los que fue sometido y, sabedor de que no existían pruebas contra él, dejó que el tiempo jugara a su favor. Sin embargo, no sería este factor lo que le libraría de la pena capital, sino la repentina detención del Lobo —que resultó ser un indigente con antecedentes psiquiátricos—, hallado en coma etílico junto al cuerpo de su última víctima. Los trocitos de carne del muslo de la víctima que le extrajeron de la boca fueron determinantes y la necesidad de dar carpetazo al caso hizo el resto. Ni siquiera fue sometido a la prueba de la mordedura y el juicio se celebró con la misma celeridad con la que aquel desgraciado fue ejecutado en su celda de un tiro en la nuca.

Tres días antes del ajusticiamiento, Nikita Dzhelíev recibió la visita de una persona que decía representar a otros y que le demostró lo sencillo que les había resultado inculpar a aquel indigente; casi tanto como lo que les supondría desmontar aquella teoría y demostrar quién era el verdadero Lobo. El acuerdo garantizaba el silencio y su protección siempre que pusiera sus habilidades a disposición de los intereses de la organización y, aunque no tenía otra alternativa, aceptó gustosamente.

Damocles terminó de pulir y vaciar aquella gema que acabaría ganándose el tatuaje del símbolo alquímico del cobre. Como arcángel, muy pronto destacó en su empeño, convirtiéndose en uno de los más solicitados. No era el más rápido ni el más limpio, pero desde luego sí era el que más huella dejaba en sus enemigos. Así, cuando algún custodio quería castigar con algo más que la muerte, el encargo terminaba en las cualificadas manos de Rafael y su remozada dentadura.

Y aquel «problema menor», como lo había definido Corteza de Roble, seguía robándole horas de sueño a Miguel. Así, con la idea de recibir las últimas novedades al respecto, envió una notificación de videoconferencia a Rafael.

—Hermano —lo saludó al fin.

—Aquí me tienes, Miguel.

—Te escucho.

—Me temo que no tengo muy buenas noticias. Uriel se ha marchado

de Roma.

—¿Cuándo?

—No hace mucho, un vecino asegura haberlo visto anteayer. El último día que se conectó fue el pasado martes desde el punto en el que me encuentro ahora mismo, un apartamento en el barrio del Trastévere. El problema es que no sabemos si volverá a hacerlo.

—Y Uriel sabe que podemos rastrear la señal cada vez que se conecte.

—Lo sabemos todos.

—Por tanto no lo encontraremos si él no quiere.

—Exacto.

—A no ser que yo le invite a que lo haga. Si no lo atiende, sabremos definitivamente de qué lado está.

—Eso podría valer; sin embargo, hay algo que me inquieta.

Vlade Ilić se mantuvo a la expectativa.

—La persona con la que he hablado me ha contado que lo ha visto en compañía de otro hombre, pero su descripción no cuadra con esto que he encontrado en un lavabo de la casa.

Rafael acercó algo a la cámara de su portátil.

El rostro de Miguel enrojeció de ira, como el color que tenía lo que estaba ante sus ojos.

La conversación no se dilató mucho más. Miguel le impuso la forma de afrontar el asunto y, aunque él lo habría hecho de otra manera, no se planteaba discutir las órdenes de su hermano mayor. Si era el portador de la espada flamígera, no era por casualidad. De Uriel le preocupaba su experiencia. Se decía que conocía los métodos de todos sus hermanos y que su arma principal era la anticipación. Rafael debería contrarrestarla con algo más que con su determinación y precisamente en ello estaba pensando mientras recorría la casa cuando un crujido a sus pies le hizo detenerse.

Minutos después ya tenía ese «algo más».

Esa noche, Miguel seguía sin moverse de su terraza cuando le sorprendió una solicitud de comunicación inusual. Flegias estaba al otro lado y, aunque aquel era el momento menos propicio para mantener una conversación de trabajo, terminó aceptando la llamada.

Veinticinco minutos más tarde, el nombre de Alcides Edgardo Bujalesky volvía a palpitar en su cabeza. Le sudaban las manos y tenía la sensación de que la pureza del aire alpino no era tal.

No dudaba de que el camino que le estaba invitando a recorrer Flegias fuera el correcto, de hecho era el que había empezado a

pavimentar él junto a su padre; ahora bien, las consecuencias de aceptar la propuesta del custodio eran del todo irreversibles.

Necesitaba vaciar su mente.

Avenida Andrássy (Budapest)

Caminaba sin levantar la cabeza, como si no se atreviera a disfrutar de la prodigiosa arquitectura neorrenacentista con la que se acicalaba la arteria más importante de la ciudad. No le hacía falta mirar. Erika conocía cada edificio, cada fachada y cada piedra que conformaba aquella joya urbanística que nada tenía que envidiar a los bulevares más señoriales de París o Viena; porque sabía el número exacto de pasos que la separaban desde el principio del trazado en la plaza de Isabel hasta llegar a la plaza de los Héroes; porque había bautizado cada uno de los palacios y mansiones que flanqueaban ambas aceras; porque, a pesar de que habían pasado unos cuántos años desde la última vez que la recorrió, recordaba perfectamente que le quedaban noventa pasos para llegar a la Ópera.

Justamente donde no quería llegar.

En el verano de 2004, Erika acompañaba a su padre durante los periodos de baja actividad universitaria en su obstinada carrera por comprender el funcionamiento de la mente criminal. Sus estudios de psicología en Berlín estaban perfectamente encaminados; ella no. A pesar de que la bipolaridad ya le había sido detectada y seguía el tratamiento bajo la exhaustiva supervisión paternal, los episodios maníacos continuaban apareciendo con relativa frecuencia, principalmente cuando se olvidaba, voluntariamente, de tomar la medicación. Uno de aquellos aconteció en Budapest, donde llegaron siguiendo la estela de cadáveres que dejaba Volker Eckert, el camionero alemán al que años más tarde se le imputarían diecinueve cargos de asesinato y que, por aquel entonces, no estaba relacionado con el caso, porque ni siquiera se había establecido una conexión entre los distintos homicidios y desapariciones repartidos por sus rutas de transporte. Una de las víctimas era de origen húngaro y Armando Lopategui quiso entrevistarse con sus allegados en busca de alguna pista que le ayudara a probar que existía una conexión entre los crímenes a partir del *modus operandi* habitual de un asesino en serie itinerante.

Una de aquellas tardes, huyendo del calor húmedo que azotaba la ciudad, Erika decidió buscar refugio entre los fríos muros de la Ópera. Se acercó a la taquilla sin demasiadas esperanzas de encontrar entradas, pero tuvo la fortuna de comprar una de esas que nadie quería por el hecho de estar ubicada bajo la enorme lámpara de araña

de tres toneladas que, según establecía la leyenda, estaba abocada a desplomarse sobre las cabezas de los espectadores menos pudientes. Ella desconocía el riesgo, pero de igual modo habría preferido morir aplastada que asfixiada en aquel cuartucho alquilado. Se representaba *Fausto:* cinco actos, más de tres horas; absolutamente incompatible con su estado de ansiedad. Aguantó a duras penas los dos primeros, pero en cuanto llegó el descanso Erika escapó atropelladamente del patio de butacas en busca de más espacio, provocando que su corta melena roja absorbiera muchas de las miradas del público. Una de estas, la de Dominic Papp, era la de un virtuoso del violín cuyo único anhelo pasaba por ser uno de los miembros de la prestigiosa orquesta residente del edificio: la Filarmónica de Budapest. No era necesario ser un gran rastreador para ser capaz de seguir aquel señuelo colorado hasta las postrimerías del vestíbulo principal. Allí se topó por primera vez con ese rostro dulce pero nada acaramelado de Erika, entre obnubilada y confundida por la maravillosa ornamentación interior del edificio.

—Al final, Mefistófeles arrastra a Fausto al infierno —fue su carta de presentación.

Y no hubo tercer acto para ellos.

A doce pasos para llegar a la escalinata de acceso al pórtico principal, Erika ralentizó la marcha para detenerse justo en la esquina desde la que solía deleitarse con la magnificencia de aquel coliseo de la lírica que, durante un tiempo, hizo sombra a su hermana mayor de Viena.

Y de nuevo la voz de Dominic fingiendo el tono de un guía turístico y acompañando la explicación de la fachada con movimientos bruscos del brazo.

—A la derecha les presento a Ferenc Liszt, el más grande de los compositores patrios y maravilloso intérprete; a su izquierda, Ferenc Erkel, primer director de la Ópera y padre de nuestro himno nacional. En las esquinas del piso superior encontramos la representación de las musas de la música y coronando la fachada, las estatuas de los maestros de la época: Monteverdi, Scarlatti, Gluck, Mozart, Beethoven, Rossini, Donizetti, Glinka, Wagner, Verdi, Gounod, Bizet, Músorgski, Chaikovski, Moniuszko y Smetana.

Cada uno de los nombres sonaba con asombrosa nitidez en su cabeza y, como si quisiera removerlos de ahí dentro, Erika se apretó las sienes con fuerza al tiempo que sostenía la pétrea pero desafiante mirada de Mozart, que parecía retarla desde las alturas.

Pero no era el día para aceptar nuevos desafíos.

Repentinamente, emprendió la marcha y la cuenta sin levantar la cabeza del suelo. Ya quedaban menos pasos para llegar a la plaza de los Héroes.

Dos horas después llegaba a Gozsdu Udvar, un pasaje en pleno barrio judío en el que se concentraba buena parte de la vida nocturna de la ciudad. Erika eligió aquel lugar para verse con Ólafur Olafsson y Jaap Keergaard porque aquel verano lo estaban rehabilitando y consecuentemente no le traía recuerdos de su anterior etapa en la ciudad. La reciente pérdida de Sancho copaba su desbordada capacidad para filtrar más gotas de sufrimiento.

Sentados en una terraza bien pertrechada con estufas y calefactores contra el frío que ya empezaba a dejarse notar a esas horas de la tarde, distinguió a sus dos compañeros de viaje, que, enfrascados en uno de sus infinitos y nada concluyentes debates, apenas le dedicaron un mínimo de atención a su llegada. En cuanto se sentó apareció un camarero que tomó nota de una cerveza.

—La realidad que nos rodea es solo una, cierto, pero cada uno la interpreta libremente en función de su experiencia. Si aceptamos esto como un hecho incuestionable, llegamos a la conclusión de que no existe nada que desconozcamos —expuso Keergaard.

—Ya, no obstante existen a pesar de la ignorancia de las personas, a pesar de tu razonamiento mariano, a pesar de todo. Te lo ilustro con un ejemplo: ¿has estado alguna vez en el Polo Norte?

—No.

—Ya. Pero eres consciente de que está allí arriba y que hace un frío de cojones; y de que un noruego con poco apego a la vida y con muchos perros clavó su banderita en el hielo. ¿Eso lo sabes o no lo sabes? —preguntó Ólafur mesándose el mostacho.

—Amundsen conquistó el Polo Sur.

—Me sirve igual. El Polo Sur existe a pesar de que tal verdad no ha sido compulsada debidamente por tus ojos, que es lo mismo que decir que la desconoces.

—Existe porque viene en los libros, la conozco a través del papel y doy veracidad al hecho sin necesidad de haber pisado el hielo de la Antártida en mi vida. No es necesario.

—Es decir, que todo lo que te cuenten existe.

—No. Solo existe el conocimiento.

—Ese argumento tiene tanta base científica como la explicación de la divina concepción de la Virgen María —fue la primera frase que escuchó Erika. Se armó de paciencia.

Al danés se le endureció la expresión.

—Disculpa, no quería ofenderte, pero siempre que llegamos a ese punto recurres a argumentos pasajeros que solo se sujetan en falsas creencias populares.

—Santa Claus.

—Jaap, no me jodas…

—Santa Claus es un buen ejemplo, porque existe en la mente de los

niños sin haberlo visto jamás. Es muy real hasta que descubren que es una invención de los padres, en ese momento deja de existir para ellos —expuso Keergaard.

—El puto gordo de barba existe porque lo ven en la televisión y eso es más real que cualquier argumento que puedan exponer sus progenitores y mucho más tangible que cualquiera de estas vagas disertaciones que no llegan a ningún sitio.

—No te falta razón, pero, hasta donde yo sé, el objetivo de estas conversaciones no es convencer a la parte contraria ni alcanzar un consenso entre los dos; ni siquiera consiste en lograr un acercamiento de posturas o entender una forma de pensar radicalmente diferente. El objetivo de estas conversaciones es…

Jaap dejó la frase suspendida en el aire mientras se colocaba la coleta.

—Realmente no sé qué sentido tienen estas conversaciones —concluyó.

—¿Entretenernos no es suficiente? —se aventuró Ólafur.

—A tu edad, entretenerse justifica la propia existencia.

El islandés dio rienda suelta a la risa, Jaap Keergaard estuvo a punto de contagiarse.

—Lamento interrumpir el consejo de sabios —terció Erika—. ¿Os importa si os robo unos minutos de vuestro valioso tiempo?

—Perdona —dijo el islandés en tono conciliador—. ¿Qué tal tu día?

—Espantando fantasmas. Estoy algo cansada, si os parece…

Keergaard se mojó los labios con un vino blanco de Tokaji.

—Tenemos novedades —anunció Jaap—. Esta mañana he recibido un mensaje de Miguel pidiéndome explicaciones sobre los progresos realizados. Tenía que contestar o habría puesto mis cartas boca arriba. Le he contado que te he seguido la pista hasta Budapest y le he dado mi palabra de que zanjaré este asunto antes de que tenga lugar el acto de purificación.

El gesto de preocupación de Erika le conminó a seguir hablando.

—No hay por qué preocuparse. Seguramente deba encontrarme con él y querrá conocer todos los detalles de los que dispongo, pero sabré manejarlo. No es la primera vez que trato con Miguel, conozco sus métodos.

Erika no pareció tranquilizarse mucho con la aclaración, pero Jaap Keergaard decidió seguir avanzando.

—También he recibido noticias de Altarf.

—Ese es el guardián, ¿no?

—Exacto. Su nombre es Zoltán Szabó. Estamos recopilando toda la información que podemos sobre él a marchas forzadas, pero de momento no sabemos mucho más que eso, su nombre y que su patrimonio bebe del negocio inmobiliario principalmente. La cita será

en el New York Café y me avisará con una hora de antelación, por lo que debemos estar preparados. La idea es meterle el miedo en el cuerpo para conseguir colarme dentro de su círculo cercano y aguardar a que Cerbero, su custodio, contacte con él. Antes o después tendrá que hacerlo para organizar todo lo que rodea al evento. Intuyo que garantizar la seguridad e intimidad de los nueve custodios y un número indeterminado de guardianes no será nada sencillo. Recordad que el código prohíbe el contacto previo entre los asistentes, así que no les resultará sencillo operativizar el asunto.

Erika no se mostró muy entusiasta, ni siquiera cuando apareció en escena el recipiente alargado de medio litro de cerveza húngara.

—En este momento no podemos hacer otra cosa —intervino Ólafur —. Tenemos que medir nuestros pasos y ser cautelosos, si nos precipitamos podemos echarlo todo a perder.

Los oídos de Erika recogieron esa última frase, pero las palabras se perdieron en algún recoveco de su memoria, donde había vuelto a refugiarse.

Aquellos meses de verano en Budapest dejaron una impronta indeleble en el corazón de Erika. Progresivamente, Dominic le había ido descubriendo los rincones en los que estaban enterradas emociones hasta entonces inéditas, iluminando espacios en los que nunca se había atrevido a entrar, pintando la vida con colores distintos, alegres, atrevidos, esperanzadores. Dominic era su bálsamo, pero también su droga y, en la medida en la que se aproximaban las fechas en las que ella tendría que volver a Berlín, esas tonalidades fueron perdiendo viveza. Ambos sabían que el tipo de relación que habían cultivado no podría alimentarse a distancia y que, con el paso del tiempo, terminaría marchitándose. Así, inconscientemente, Erika se fue preparando para el dolor que supondría la separación y consecuentemente volvieron a aparecer los primeros síntomas depresivos, signos que no pasaron desapercibidos para Dominic. El músico decidió tocar algunas teclas y por mediación de uno de sus profesores logró que le concedieran una plaza en el Julius-Stern-Institut de Berlín, uno de los conservatorios más prestigiosos de Europa. La partitura sonaría a la perfección, porque ello le permitiría continuar con su formación sin tener que separarse de Erika. Solo había un problema, trasladarse implicaba renunciar a formar parte algún día de la Filarmónica de Budapest.

—En esta fase de enamoramiento la percepción que tenemos de la realidad es un espejismo. No voy a permitir que entierres tus sueños, porque nunca voy a ser capaz de compensar esa pérdida. Lo siento, pero las decisiones importantes que se toman con el corazón nunca terminan bien —fue el razonamiento de Erika ante un consternado Dominic.

—¿Qué tal si regresas con nosotros? —le pidió Ólafur moderando el tono.

—Disculpad, no consigo controlarlo.

—Tranquila, estás en proceso de recuperación, no te fuerces. ¿Has hablado con tu madre? —preguntó el islandés con la clara intención de cambiar el sesgo de la conversación.

—Me llama de vez en cuando —contestó Erika—. Está aparentemente tranquila y aunque ha insistido en que nos veamos, de momento he logrado disuadirla. Tiene previsto iniciar un viaje por el sudeste asiático, así que muy mal no se lo monta.

—Ya. Tu madre es una mujer estupenda. Deberías conocerla —le dijo a Jaap—, lo mismo te hacía entender la vida de forma diferente.

—Lo mismo. Ahora me tengo que marchar. Tengo cosas que hacer —se justificó. En realidad, aquella huida repentina respondía a lo pactado anteriormente con Ólafur. En cuanto desapareció la coleta del arcángel redimido entre la multitud, el islandés agarró la mano de Erika con suavidad.

—Todavía no hemos hablado de Sancho y creo que a ninguno nos conviene dejar que se pudra dentro.

—No sé si estoy capacitada para cavar tan hondo. Tengo la sospecha de que le hemos fallado y realmente no quiero llegar a esa conclusión, porque cualquier chispa puede hacer que esto estalle definitivamente —reconoció agarrándose la cabeza.

—Si alguien está en deuda con Sancho, ese soy yo. Me tendió la mano cuando más lo necesitaba y no consigo recordar si llegué a darle las gracias por ello. Sin embargo, él decidió enfrentarse a sus demonios en solitario y, si queremos honrar su memoria, debemos despojarnos de la culpabilidad para salir airosos del propósito que nos ha traído a Budapest.

—Sancho ha muerto porque un día mi padre decidió hablarle de él a su amigo Aarjen de Bruyn, a quien, mucho antes, se encargó de intoxicar con sus teorías.

—El informe sobre la Congregación es obra de De Bruyn, no de tu padre. Independientemente, tu padre era una persona y tú eres otra. No puedes cargar con las consecuencias de los actos de terceros, no debes —enfatizó el islandés—. Te propongo algo —prosiguió, dulcificando el semblante—. Cuando terminemos aquí, averiguaremos las circunstancias de la muerte de nuestro querido amigo pelirrojo y nos daremos el gusto de compensar la ofensa con creces.

Erika bebió para macerar la propuesta.

—Me motiva el incentivo.

Zero Café (Valladolid)

La iniciativa había partido de Áxel Botello.

El agente Navarro entró con paso timorato, como si entrara en algún lugar prohibido o peligroso. Enseguida lo reconoció agarrado a un botellín de cerveza que no era de Mahou.

—¿Y esa mierda? —lo saludó.

—No tienen otra cosa.

—Pues empieza cojonuda la velada.

—Ya salió el vinagre. Pide una y métetela en la boca.

—Si no hay más cojones… ¿Llevas mucho?

—Una.

Un gesto fue suficiente para que Luis multiplicara por dos las unidades existentes sobre la barra. El de la motorizada hizo lo que le propuso su compañero.

—No sé si esto es buena idea —observó Navarro después de tragarse la mitad del tercio.

—No te creas que no lo he pensado. Parece una de esas escenas de serie de polis ambientada en Nueva York en las que beben whisky a palo seco por la memoria del caído.

—Antes está la del entierro en una explanada muy verde tipo prado de Asturias pero sin vacas, con salvas al aire, uniformes de gala y la jodida bandera de las barras y estrellas cubriendo el féretro mientras suena esa balada triste de trompeta. Sancho resucitaría para meter dos cartuchazos al trompetista.

Botello rio, evidenciando los restos de una subyacente amargura.

—No se merecía este final, joder, pero al menos le podían haber organizado una despedida oficial; no sé, algo.

—Pero sin bandera —trató de aligerar Botello.

—Y sin trompeta ni trompetista.

—Precisamente esa es una de las razones por las que me he lanzado a organizar este lío. Si en Madrid consideran que su trayectoria profesional no se merece nada oficial, pues ya le hacemos sus colegas algo extraoficial.

—No es mala razón. ¿Y las otras?

—¿Qué otras?

—Has dicho: «Una de las razones».

—Ah, sí, pero el resto las puedes englobar en una: porque me ha salido de las pelotas.

—Esa es muy convincente. Solo una cosa más. ¿Por qué en este garito? —quiso saber el de la motorizada—. Aquí es donde solía venir el hijo de puta de Augusto Ledesma, ¿no?

—Sí, pero resulta que fue el último sitio en el que me tomé unas birras con él, justo la noche en la que desapareció la niña.

—Ya es coincidencia.

—Sí. Cuando se lo comenté a la inspectora Robles no le pareció mal. Según me ha contado esta mañana, aquí fue donde lo vio la última vez.

—No, si al final va a ser este el centro de reunión de todos los guardias de la ciudad.

—Por lo menos la música mola bastante y no hay riesgo de sufrir una sesión de karaoke.

—Eso es avanzar. Brindemos por ello. ¡Y por Sancho, cojones!

—¡Por Sancho! —le siguió Botello.

—¿Ya habéis empezado? —se incorporó Matesanz.

—Los jóvenes pecamos de impaciencia, pero tú de eso ya no te acuerdas —le despachó Botello—. ¿Qué tomas?

—Agua de Vichy, ¡no te jode!

—Que sean tres.

—Cuatro, que está entrando Robles —advirtió Matesanz.

—Pues venga. De esta me encargo yo —se apresuró Botello.

El resto de los integrantes del Grupo de Homicidios de Valladolid y otros compañeros con los que Sancho guardaba una relación más estrecha se fueron sumando al improvisado cortejo fúnebre.

Sara Robles se aproximó a Botello en cuanto vio la oportunidad.

—¿Has hablado con Peteira?

—Sí, pero me salió con evasivas. Que si los gemelos para arriba, que si los gemelos para abajo.

—Está muy afectado —le disculpó la inspectora—, tenemos que respetarlo.

—Sin duda. Pero aquí estamos los demás compartiendo el dolor entre todos, que así tocamos a menos. Estoy seguro de que a Álvaro le habría venido bien.

—Lo mismo nos sorprende y aparece.

—Ojalá. Por cierto…, ¿Copito lo sabe?

—Nadie se lo ha dicho, pero saberlo lo sabe —respondió ella.

—Creo que se lo tendríamos que haber contado.

—No sé. Igual lo metíamos en un compromiso.

—Si te digo la verdad, me la suda. ¿Tú cómo estás? —quiso saber el agente Botello.

—Haciéndome a la idea. Ya sabes que no coincidí mucho con él, pero aquellos días de septiembre no los podré olvidar en lo que me queda de vida. Aprendí mucho de Sancho, pero hay que reconocer que le perseguía el infortunio.

—Alguna vez le escuché decir eso de que unos nacen con estrella y otros estrellados. Él y sus putos refranes. Los voy a echar de menos, joder.

—En el poco tiempo que llevo en Valladolid, he asistido a la pérdida de dos compañeros; estoy por pedir el traslado —comentó la

inspectora amargamente.

—Yo te lo firmo.

Sara Robles le fulminó con la mirada mientras él apuraba su cerveza.

—¿Otra? —preguntó Botello.

—Otra —corroboró ella.

Algunos metros más alejado de la barra, Patricio Matesanz conversaba con Santiago Salcedo, inspector de la Científica; Manuel Villamil, médico forense; y la jueza Miralles.

—No es que no nos fiáramos de los resultados que nos llegaban desde Nigeria, es que no nos los queríamos creer —dijo Salcedo—. En mi caso por lo menos.

—No, si yo lo que digo es que, si teníamos una coincidencia absoluta con una muestra indubitable…, ¿para qué coño enviaron a Peteira a reconocer los restos de Sancho?

—No quiero imaginarme cómo tiene que estar el chaval —aportó Villamil.

—Pues destrozado, ¿cómo va a estar? Insisto, aprovechando que está usted presente: ¿era necesario que Peteira viajara a Nigeria? —preguntó el de la Científica a la jueza.

—Desde el punto de vista legal, habría bastado con una foto, pero tampoco conozco la legislación nigeriana. Además, en el lugar de los hechos encontraron su cartera y su teléfono móvil. Mi sentido común me dice lo mismo que a ti: Peteira se podría haber ahorrado el mal trago. Al margen de ello, lo que más me cuesta entender es qué llevó a Sancho hasta allí. Espero que no suene muy maternal, pero yo conocía bien a Sancho y es de esos que tienen tragaderas para dar y tomar. Testarudo como una mula, pero con unos valores que ya quisieran algunos. Era de los que se levantan cada vez que los tiran al suelo y me niego a pensar que acabara en el culo del mundo metiéndose heroína por las venas como concluye el informe que nos ha enviado la oficina de Interpol de allí.

—Por desgracia, me temo que eso nunca lo averiguaremos —opinó Salcedo—. Aquí lo que corresponde es guardar los buenos recuerdos que conservemos de él.

—Que son muchos —aportó Matesanz.

—Bueno, en mi caso cada vez que tenía que verlo era con un cadáver como testigo, así que…

Los cuatro dejaron escapar risas a medias que fueron absorbidas por la música que Paco estaba inyectando en las venas del Zero.

En el lado opuesto de la barra, Luis se acercó a Dani Navarro con gesto serio, muy poco frecuente en el camarero.

—Perdona. No he podido evitar escuchar alguno de los comentarios y enseguida los he relacionado con lo que ha aparecido en los medios

esta semana. Sentimos mucho lo sucedido y nos gustaría aportar una ronda en esta despedida que le estáis haciendo; si no es molestia —añadió.

El de la motorizada no supo negarse.

—Él bebía Jameson, así que si no te parece mal ponemos unos chupitos para todos. ¿Cuántos sois?

—Ni puta idea, espera.

Dani empezó a contar rostros conocidos, incluido el del comisario Herranz-Alfageme, al que no había visto entrar.

—Diecisiete o dieciocho.

—Más los nuestros, veinte. Yo te aviso.

La ronda se repitió tres veces, si bien cada vez con menos vasos.

Avanzada la noche, eran pocos los que permanecían en pie. Dos de ellos eran los mismos que habían protagonizado el inicio de la velada.

—Te voy a decir algo —introdujo Navarro zarandeando a Botello por el hombro—. Has tenido una idea cojonuda.

—Gracias, hombre, gracias. ¿A que no hay huevos a tomarse el penúltimo?

El de la motorizada se notaba espeso.

—Hay que joderse, que diría Sancho.

LA REFLEXIÓN ES LA MADRASTRA DEL EQUILIBRIO

New York Café
Erzsébet krt., 9-11 (Budapest)
Junio de 2013

El mensaje solo decía que tenía que preguntar por el señor Szabó.

Lo habían calificado como el café más hermoso del mundo. Pretensiones no le faltaban. Inaugurado en el año 1894 como centro de reuniones de la compañía de seguros propietaria del solar, New York Life Insurance Company, se ganó el derecho de ser considerado el principal punto de encuentro literario de Europa central durante el periodo de entreguerras. Caer al otro lado del telón de acero lo condenó al ostracismo, pero supo resistir a la gama de grises con la que Moscú se empeñó en colorear la ciudad hasta que regresaron los tonos dorados.

Y si había un color que molestaba a Jaap Keergaard era precisamente ese, el dorado.

Faltaban cuatro minutos para las cinco de la tarde y en la entrada se agolpaban los turistas a la espera de que el responsable de sala les asignara una mesa. Apartó del modo más galante que pudo a un grupo de japoneses, aunque ellos no lo percibieron con ese matiz a la vista de las protestas que fue dejando a su paso. Un tipo espigado y con cara de ser muy amigo de organizar personas se interpuso cortésmente.

—Tengo una cita con el señor Szabó —anunció el danés.

—Le está esperando. Si es tan amable de acompañarme a su mesa, señor.

Encajonada entre dos columnas salomónicas, intencionadamente apartada del resto de los clientes, se hallaba la mesa ocupada por un hombre enjuto de pose aristocrática y gesto narciso. Zoltán Szabó destilaba ampulosidad y distinción a partes iguales, a juego con la decoración, más propia de un palacio real, recargada por defecto, barroca en exceso. Tenía los ojos enterrados a los pies de unos pómulos exageradamente prominentes. La piel se veía fina y estirada, tanto que resultaba complicado calcular la edad; seguramente más de

la que aparentaba, mucha más de la que debería haber disfrutado a juicio de Jaap Keergaard.

Una porción de tarta húngara a la que le faltaba el pico acompañaba la taza de café humeante que reposaba directamente sobre un mantel de tela blanco, austero e impoluto. Jaap Keergaard no permitió que se llevaran su levita al ropero y pidió uno solo antes de tomar asiento frente a Altarf, guardián de la Congregación de los Hombres Puros.

—Bienvenido a mi ciudad, Uriel.

—Gracias por su tiempo, señor Szabó.

—Dispone de veintinueve minutos. Dígame a qué responde esa insistencia en mantener este encuentro.

—Su seguridad está en peligro.

—En peligro —repitió como si aquella fuera una palabra vacía de contenido para él.

—Doy por hecho que está al corriente del caso de De Bruyn y las nefastas consecuencias que está acarreando.

Un sorbo de café le conminó a seguir hablando.

—Nuestros enemigos ya han dado sobradas muestras de la amenaza que suponen para nuestros intereses.

—Según tengo entendido, ya no corresponde hablar en plural.

—Cierto. Uno ha caído, pero la mujer sigue viva y sabemos que alguien la está ayudando. Menospreciarlos podría acarrear fatales consecuencias para todos. Sabemos que ellos neutralizaron a mi hermano Zadkiel y que Peter Frei habló más de la cuenta antes de que yo pusiera fin a su felonía. Creo firmemente que su siguiente objetivo es usted.

—Entiendo. Y Uriel está aquí para protegerme —se anticipó Szabó, presuntuoso.

—Me temo que no. Mi misión consiste en detener la hemorragia y eliminar la causa. De su seguridad tendrá que encargarse usted.

—Entiendo —repitió con mucho menos entusiasmo.

—Me temo que no del todo, señor Szabó.

Llevarle la contraria hizo que se disparara el interés de su interlocutor.

—Digamos que no es el mejor momento para llamar la atención de las autoridades —prosiguió Uriel—, por lo que me siento en la obligación de aconsejarle que abandone la ciudad durante un tiempo.

—Eso no va a ser posible e intuyo que conoce muy bien los motivos.

—Los conozco, pero estoy convencido de que su custodio sabría entender la situación.

Una risa devorada por los primeros signos de nerviosismo le hizo concluir que era el momento de ceder la palabra al guardián de la Congregación.

—Mi custodio entiende poco de huidas —comentó—. Ahora le pido

que sea totalmente sincero conmigo. ¿Qué garantías tiene de que se consiga…, digamos, neutralizar la amenaza antes de que llegue la fecha?

Jaap Keergaard dejó que la pregunta macerara en el aire. Desvió la mirada a su derecha para encontrarse con un tapiz de grandes dimensiones en el que se representaba a dos ninfas desnudas tratando de escapar de las garras de un ser malévolo. La escena alegórica le produjo cierto estremecimiento, que pasó desapercibido para Szabó.

—Ninguna —zanjó categóricamente—. Lo único que sé es que aterrizaron en un vuelo procedente de Múnich hace cuatro días. Se trata de profesionales y no será sencillo dar con ellos, se lo aseguro.

—¿Y qué le hace pensar que vienen a por mí?

—Que están haciendo lo que yo haría: seguir el rastro.

Szabó sorbió lo que le quedaba de café. Trató de recordar si le había puesto edulcorante o no, porque le supo más amargo de lo habitual.

—Verá, yo tengo mi propio servicio de seguridad, pero me sentiría más cómodo si pudiera contar con sus servicios para protegerme. La cantidad no será un problema.

—No será necesario. El dinero no es lo que me ha llevado a ser quien soy. Sin embargo…, puede que sea una buena solución: estando próximo a usted estaré cerca de ellos y de esta forma tendré más probabilidades de cumplir con mi cometido.

—Es decir, que me va a utilizar como cebo.

—Defínalo como prefiera.

—Muy bien. Alguien contactará con usted para darle instrucciones, dígame cómo puedo encon…

—No. Solo hablaré con usted. A eso me refería cuando le hablaba de estar cerca.

Altarf, guardián de la Congregación, lo escudriñó con ojos mustélidos.

—Seguro que su chófer necesita unas vacaciones —añadió el danés.

Mercado Central (Budapest)

Había llegado hasta allí recorriendo involuntariamente el mismo itinerario que seguía antaño con Dominic: callejeando por Pest cerca del Museo Nacional Húngaro para desembocar en el bulevar Vámház, que, como un afluente de ladrillo y asfalto, iba a morir a las orillas del Danubio. A última hora de la tarde descendía notablemente la densidad de turistas en uno de los lugares más concurridos de la ciudad y ese, concretamente ese, ejercía un irrefrenable poder de atracción sobre ella.

Erika pensaba que, si viviera de forma permanente en Budapest,

alquilaría un apartamento que estuviera situado en un radio máximo de cinco minutos a pie desde la puerta del mercado. La visita tenía como excusa abastecerse de guisantes frescos, aunque, en realidad, ella sabía que había ido a comprar otros productos, esos que no se pueden pagar con dinero: voluntad y valor, al menos cuarto y mitad. El litio cumplía su tarea estabilizadora, pero no le había devuelto esos atributos que parecían seguir adormilados, como si no hubiesen despertado del letargo depresivo en el que había estado sumida. ¿Cómo iba a ser útil si carecía de coraje? ¿Cómo iba a poder afrontar la tarea que tenía por delante si no era capaz de enfrentarse a sí misma? Aquellas preguntas sin respuesta eran ácido sulfuroso a la espera de convertirse en la lluvia ácida que lo arrasara todo. Erika conocía muy bien sus efectos.

Litio y azufre.

Transitó entre los puestos de frutas sin prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor, valorando muchas opciones entre las cuales no estaba seguir siendo un lastre para Ólafur y Jaap. En menos de una hora tendría que verse con ellos para esbozar el plan que les debería llevar a dar el golpe definitivo a la Congregación y, para entonces, Erika tenía que haber tomado una determinación: avanzar o retroceder, sin ambages. Era consciente de que no podía pasar del abatimiento absoluto a la plenitud de condiciones de la noche a la mañana, pero se iban a cumplir cuatro semanas desde que saliera de la tumba en la que decidió enterrarse en Roma y no iba a delegar en manos del tiempo la curación de sus heridas. Tampoco podía ser ajena al hecho de que la muerte de Sancho no la ayudaba en absoluto a recuperar su parte enérgica y decidida, pero si algo había aprendido del pelirrojo era que la capacidad del ser humano para superar calamidades era ilimitada.

Enfrascada en tales cuitas, se vio fuera del mercado, parada, con la mano metida en la bolsa de guisantes y sin saber hacia dónde ir. A la derecha, el camino de regreso al apartamento; a la izquierda, el puente de la Libertad. Le quedaban cuatro vainas para decidir. Había oscurecido y la luz artificial que ensalzaba su perfil metálico parecía exudar de los poros de aquel esqueleto de hierro fundido tendido sobre el Danubio.

Y como una polilla atraída por el filamento incandescente de una bombilla, se encaminó hacia allí con la mente en blanco.

Erika progresaba muy despacio por la zona peatonal de la estructura, acariciando su atornillada piel fría y verdosa, sintiendo su robustez, su resistencia, tratando de contagiarse. En un acto reflejo, se sentó en una gran viga transversal dando la espalda al flujo de vehículos que lo atravesaban y, remontando la corriente con la mirada, llegó hasta la gran mancha dorada que generaba el reflejo de

la iluminación del Parlamento sobre el río. El contraste que producía sobre las oscuras y sosegadas aguas le hizo valorar la posibilidad de encontrar lo que estaba buscando si conseguía una mejor perspectiva.

Una más elevada.

Se dejó invadir de nuevo por aquel maravilloso y temerario recuerdo.

Dominic fue el responsable de cometer tamaña irresponsabilidad. Lo justificó como parte de la terapia para ayudar a Erika a superar los límites que coartaban su floración, como él solía decir. La meta consistía en ver de cerca al Turul, un ave mitológica con la que se coronaba cada uno de los cuatro mástiles que prolongaban en altura los pilares enterrados en el lecho del Danubio. Según contaba la leyenda, el Turul vivía en lo más alto del árbol de la vida y su función principal era proporcionar orden y equilibrio al universo y precisamente eso, equilibrio, era lo que necesitaba Erika. O, por lo menos, así lo justificaba Dominic.

—¡Tú solo sígueme! —rememoró—. Y no me quites la mirada del culo. Vamos, Erika, apenas quedan unos metros para llegar al Turul —la animaba él.

El sonido de un tranvía la devolvió a la realidad.

Aquella hazaña le sirvió para apuntalar su personalidad, hasta entonces voluble y cambiante. Se preguntó si lo que un día actuó de remedio podría volver a funcionar. Giró el cuello para visualizar el ascenso por el tirante rígido y evaluó la situación. Calculó unos treinta metros hasta la plataforma en la que se sentó aquella noche junto a Dominic. La pendiente no era demasiado pronunciada, más tendida al principio, lo cual animaba a emprender la subida.

—Vamos, Erika, no seas cagona —murmuró—. Ahora no viene nadie. ¡Vamos, Erika! Por lo menos llega hasta la siguiente farola. ¡Ponte en pie de una vez!

Avanzaba temerosa, ligeramente encorvada, abarcando con los brazos el ancho del armazón por si perdía el equilibrio. Iba con la mirada al frente, ni hacia arriba ni mucho menos hacia abajo, siempre al frente. Un paso tras otro y solo contaba ese, el siguiente. El anterior carecía de importancia y los que le quedaban también. Solo el siguiente. Concentrada, no se percató de que había superado la farola que marcaba el comienzo de la curvatura. La física la forzó a inclinarse más hacia delante para compensar el peso. Cada metro era una victoria y sentirse más próxima a la meta hizo que se le descargara el semblante.

—No queda nada. Vamos, Erika, un poco más —se animó.

El tramo final requería una dosis extra de arrojo; así, arrojó la cordura que le quedaba por lastre y siguió avanzando.

—Solo cuenta el siguiente —se repetía.

Equilibrio.

Cuando alcanzó su objetivo no le quedaba un solo neurotransmisor inactivo y, estando la mecha encendida, la euforia no tardó en explosionar. La frecuencia cardíaca superó niveles casi obscenos y respiraba como si hubiera escalado un ochomil sin oxígeno. Sin embargo, se empeñó con denuedo en serenarse y poco a poco recobró el control de su biorritmo. Buena parte del mérito se debía a las imágenes que estaban captando sus retinas en un plano secuencia único, excepcional. De frente, en lo alto de la colina Gellért, la ciudadela coronada por la Estatua de la Libertad; justo a su derecha resplandecía el castillo de Buda y a sus pies, como si de un sendero mágico se tratara, brillaba el puente de las Cadenas. Más allá, todo se difuminaba en grandes borrones áureos acorralados por un sinfín de minúsculos destellos, pero aun así fue capaz de reconocer la iglesia de Matías y el Bastión de los Pescadores. Desde esa posición no alcanzaba a ver el Parlamento, pero Erika no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad. Se levantó sin perder contacto con el metal y enseguida lo localizó. Poderoso, opulento y majestuoso; irradiando energía, como ella.

Permaneció unos segundos más disfrutando de aquello, pero era consciente de que cuanto más tiempo pasara allí arriba más se arriesgaba a que apareciera la policía. Y eso no le convenía en absoluto.

Prudencia.

Descendió de espaldas, sin paradas, resuelta, con tantas ganas de encontrarse con Ólafur y Jaap que apenas se atrevía a dar crédito a sus emociones. En cuando puso los pies en el suelo, empezó a correr sin entender muy bien por qué, era lo que le pedía el cuerpo y Erika no estaba dispuesta a decepcionar a nadie. Ni siquiera a sí misma.

La entrada del Szimpla Kertmozi hacía honor al más afamado de los ruinpubs de Budapest. La fachada era más propia de un edificio en ruinas con fecha de demolición que de un edificio habitable. En el mejor de los casos, y si se veía con poca luz, podría pasar por una casa okupa sin ocupar. Este tipo de locales nocturnos tenían un denominador común que giraba en torno a esa atmósfera urbanita con toques retro y aspiraciones *kitsch* llevada al extremo. El secreto residía en la decoración. Debía aparentar que todo era casual y transitorio cuando, en realidad, cada uno de los infinitos objetos inservibles que conformaban tal decorado *vintage* tenía un propósito concreto, una función específica, un cometido. Aparentemente, daba la impresión de entrar en un enorme vertedero en el que servían copas y comida rápida al ritmo de música electropunk; sin embargo, detrás de aquella representación obsesiva del reciclaje estaban las cajas registradoras.

Y a esa hora en concreto, ardían.

Decenas de personas se agolpaban en torno a alguna de las incontables barras y las que ya estaban servidas bailaban, o más bien se movían, tratando de no chocar demasiadas veces contra los mismos congéneres.

Erika ya había estado allí varias veces, pero aun así, obnubilada por los detalles, zozobró en aquellas corrientes. Porque todo allí era una galerna de estímulos para ella: una bañera reconvertida en sofá; dos sillones de peluquería con sus secadores de pelo de los sesenta; televisores retro en blanco y negro; luces multicolores dispersas con orden y desconcierto; cables colgando… Y gente, hordas de seres humanos gritando al unísono. Llegaba veinte minutos tarde, pero había avisado a Ólafur y este le había devuelto un mensaje indicándole, a modo de mapa del tesoro de cien mil caracteres, dónde encontrarlos. Cruzó el patio interior que hacía las veces de zona exterior y subió una escalera de caracol unipersonal de parque de bomberos para llegar a la segunda planta, tan asolada como la primera pero menos concurrida. Ólafur estaba sentado en un sillón hecho con dos neumáticos de excavadora y Jaap en una enclenque silla de madera que sudaba astillas para soportar su peso.

—¡Bienvenida! —la saludó el islandés—. Un garito muy propio de ti. Maravilloso, aunque el siervo de María no opine lo mismo.

Su expresión circunspecta ya lo decía, pero Ólafur quiso subrayarlo salpimentando la herida.

—¡Así quedaron las murallas de Jericó cuando el pueblo de Dios hizo sonar sus trompetas! —insistió el islandés.

Erika soltó una carcajada que dejó en evidencia su metamorfosis anímica.

—¡Vaya! ¿De dónde vienes, caperucita? No habrás tenido algún encuentro amoroso sin nuestro consentimiento, ¿verdad?

—Vengo de tocar el cielo.

—Y ahora bajas a los infiernos… —completó el arcángel redimido.

—Entonces, tomaré una cerveza bien fría para aplacar el calor luciferino.

—Yo me encargo. —Jaap se levantó.

—Me encanta verte así —se sinceró Ólafur Olafsson—. Me alegro de que hayas vuelto, te vamos a necesitar.

—No te he preguntado, ¿cómo llevas…? —quiso saber Erika desviando la mirada hacia la pinta de cerveza que sostenía en la mano.

—Trato de convivir con la jauría. Hemos llegado a un pacto de no agresión. Yo les alimento, ellos lo saben y así no me piden comida continuamente. Cuando noto que están saciados, les corto el grifo, nunca mejor dicho —aliñó—, y tiro de las pociones mágicas del druida Arason. Tengo que estar sereno, o medianamente, si pretendo

aportar algo en esta locura en la que nos hemos metido. Estamos cerca, Erika. Mi compañero el vikingo beato te contará cómo ha ido su encuentro con el guardián. Está dentro, estamos dentro, y si llegamos al custodio… —el islandés bebió más para calmar su ira que su sed—, te aseguro que le haremos cantar la traviata completa.

Jaap regresó con dos cervezas.

—¡He aquí un pecador! —exageró Ólafur señalando al danés con el índice.

Este se vio con ánimo para entrar al trapo.

—Hasta el buen Adán mordió la manzana. Este mundo está lleno de serpientes —se justificó el arcángel redimido.

—Ya. Es curioso. Hace poco leí unas declaraciones de un alto cargo de la Iglesia comparando el sistema capitalista con la manzana prohibida —arrancó Ólafur—. Argumentaba que la moneda es un ente de goma, una equivalencia ficticia que el diablo encoge y estira cambiando la medida de todas las cosas, y que el ser humano solo ambiciona alcanzar esa manzana para poder hincarle el diente.

—Hace tiempo que la civilización fue secuestrada por los mercados, no sé por qué te sorprendes.

—Me sorprende que lo diga alguien que pertenece a la organización más rica y poderosa del planeta, que tiene plantados millones y millones de árboles repletos de esas inalcanzables manzanas.

—Te equivocas. Las manzanas de la Iglesia católica son mucho más apetitosas y peligrosas —expuso Keergaard— porque saben a redención, a vida eterna. Y no hay veneno más poderoso que ese.

Ólafur se ajustó las gafas con el dedo índice.

—Estoy a punto de desmayarme —teatralizó—. ¡Semejante atrición! ¿Cuándo te has convertido en un humano? Por menos de eso muchas almas se han consumido en las lenguas del fuego eterno, amigo. Pero volvamos a la cuestión en sí. ¿Reconoces que, de entre todas las religiones, la católica ha sido la principal encargada de sembrar ese mensaje cargado de odio y discriminación cuyas nefastas consecuencias aún hoy día seguimos cosechando?

—Puede, pero tiene más que ver con la calidad del terreno, que era, es y siempre será propicio para ese cultivo.

—¿Qué terreno?

—El de la ignorancia. Las religiones sobreviven al paso de los siglos y de los hombres gracias a esa amalgama que conforman la estupidez y la cobardía.

—¿Y lo dices tú, querido?

—Lo digo yo, sí. Aunque tú también sabes de lo que estoy hablando. ¿Qué diferencia existe entre matar por un Dios, el que sea, y matar por una idea política, la que sea? Ambos tienen el mismo común denominador: el fanatismo.

El islandés estuvo a punto de arrepentirse de haberle hablado de su pasado.

—Eso ha sido un golpe bajo. Déjame que me recupere y algún día te daré la respuesta.

—Si os parece —intervino Erika—, me ponéis al día y luego, si queréis, seguís jugando a las excomuniones y beatificaciones.

Jaap relató el encuentro con Altarf y el plazo máximo en el que esperaba poder enterarse de algo que los llevara hasta Cerbero. Erika escuchó con atención, buscando grietas en un planteamiento ya de por sí arriesgado.

—Creo que sé la respuesta, pero necesito estar segura. ¿Qué vamos a hacer en el caso de que averigüemos dónde se va a celebrar el acto de purificación?

Los dos hombres se miraron, pero fue Ólafur Olafsson el que tomó la palabra.

—Estos días no me he dedicado solo a sacar de paseo a Karatu. He conseguido armas y los ingredientes que necesita el chef —calificó dando una palmada en la espalda de Jaap Keergaard— para cocinar una receta explosiva. Habrá metralla para todos.

—No podemos acudir a las autoridades porque ellos son las autoridades —secundó el danés—. Esos hombres puros serán juzgados por el Creador.

—Amén —corroboró el islandés.

Erika bebió.

—Por eso es vital que consigamos la información con la suficiente antelación para preparar la cocina —dijo Ólafur.

—Estamos pasando por alto un pequeño detalle —advirtió Erika—. ¿Qué pasa con la niña que van a sacrificar?

El islandés se mesó el bigote.

—Trataremos de sacarla de allí si tenemos oportunidad, pero debemos pensar en las otras víctimas que salvaremos si hacemos saltar por los aires toda la cúpula de la maldita organización.

Los ojos azules casi grises de Erika se oscurecieron.

—Hagamos más de lo posible.

—Lo haremos —certificó Ólafur antes de apurar la pinta—. Y ahora, con vuestro permiso, me voy a retirar. Karatu tiene que estar mordiéndose las pezuñas y tenemos muchas cosas de qué hablar él y yo. Karatu no me pone tantas objeciones a mis planteamientos como el de la coleta. Te hago responsable de la seguridad de esta preciosidad —le dijo a Keergaard—; y de la cuenta.

—Mañana volveré a ser penitente, pero esta noche quiero caer en el abismo de las tentaciones.

—Cuidado, amigo, que puede resultar imposible salir de él.

—Veamos cuán profundo es —expuso levantándose de nuevo en

dirección a la barra.

Palacete de Zoltán Szabó (Budapest)

Parecía abandonada, pero aun así Nikita Dzhelíev quiso supervisar el perímetro para asegurarse de que no existían vulnerabilidades.

El vuelo desde Roma le había servido para entender el plan de Miguel y la conversación que había mantenido con Altarf corroboraba las sospechas de su hermano mayor acerca de la lealtad de Uriel. La información de la que disponía sobre el guardián de la Congregación le había ayudado a bosquejar el perfil de Zoltán Szabó como empresario de éxito. Descendía de una familia de la alta nobleza húngara vinculada con la casa de Habsburgo, gracias a lo cual había heredado un patrimonio inmobiliario muy sólido sobre el que había levantado su imperio empresarial. Llevaba integrado en la organización veintidós años y su historial no presentaba ni un solo borrón. Su custodio, Cerbero, avalaba su gestión y confiaba en su desempeño y lealtad, por lo que todo indicaba que no pondría problemas al nuevo enfoque, en el cual debía funcionar como engranaje. Miguel se encargaría de informar debidamente al custodio de las modificaciones que, con toda probabilidad, no serían de su agrado, pero todos sabían que la voz del arcángel mayor era el eco de la del Gran Maestre, por lo que no cabía otra posibilidad que acatar sus designios.

Rafael dobló la esquina, satisfecho, y se dirigió al acceso que daba a la avenida principal, la cual, a esas horas de la madrugada, parecía que estuviera cerrada al tráfico. Un hombre del servicio de seguridad de Zoltán Szabó le esperaba en el punto acordado. Le indicó la dirección que debía seguir sin necesidad de mediar palabra, lo cual agradeció. La falta de cuidado había favorecido el avance de la vegetación, que tapizaba casi por completo el empedrado del camino que conducía hasta la entrada de aquel palacete deshabitado. Otro tipo trajeado le abrió la puerta. Este sí habló.

—Bienvenido. El señor Szabó le espera en la biblioteca. Segunda planta, tercera habitación del pasillo de la derecha.

Las velas alumbraban tímidamente la ruta, pero aún se podía intuir el linaje solariego impreso en la genética del inmueble. Golpeó con los nudillos antes de entrar.

—Adelante —escuchó.

Una lámpara de escritorio marcaba la última etapa hasta la mesa donde lo estaba esperando el guardián. En el ambiente reinaba el olor de la descomposición de la lignina, esencia que emanaba de la muerte lenta a la que estaban abocados los miles de libros aprisionados que

llenaban las estanterías. Rafael tomó asiento frente al rostro rígido y poco accesible de Szabó.

—Un honor —lo saludó este con cordialidad sin poder evitar fijar su mirada en la corona de espinas tatuada en la frente del arcángel.

Rafael asintió.

—Espero que sepa disculpar mi falta de hospitalidad, aquí no dispongo de nada que poder ofrecerle.

—No se preocupe, así no dilatamos el encuentro más de lo estrictamente necesario.

—Estoy de acuerdo. Si le parece, empieza usted explicándome el porqué de los cambios en la programación que, con tanto esmero, habíamos establecido Cerbero y un servidor.

—No. Primero necesito saber cómo tienen organizada la recepción, alojamiento y traslado de los invitados. Quiero asegurarme de que su protección e intimidad están garantizadas.

Zoltán Szabó se esforzó por disminuir el nivel de irritación que aquello le produjo.

—Como prefiera. Los asistentes llegarán en una horquilla que abarca las doce y las ocho horas antes del acontecimiento. Solo Cerbero y yo disponemos de esa información y de dónde se alojarán los sesenta y tres invitados.

—¿Me está queriendo decir que han previsto alojarlos a todos en el mismo lugar?

—Exactamente.

—Eso es una auténtica locura. ¿Está Miguel al corriente de esta circunstancia?

—De hecho, partió de él. Permítame que le explique.

El arcángel, desconcertado, dejó que le expusiera los detalles.

—Brillante —calificó tras escuchar al guardián.

—Lo sé.

—Sin embargo, sigue latente una amenaza que todavía no han sido capaces de resolver.

—Esa amenaza no ha sido provocada por nosotros —se defendió el guardián—. Nos ha venido impuesta.

—Por eso estamos hablando, Altarf. Los culpables ya han sido castigados, como bien sabe, pero eso no le exime de la responsabilidad que ahora le atañe.

Szabó fabricó una mueca de falsa conmiseración.

—Cuénteme con todo lujo de detalles la reunión que ha mantenido con mi hermano Uriel.

Cuando terminó, podía apreciarse el rastro que había dejado el regocijo en el semblante del arcángel.

—Entendido —concluyó el guardián cuando escuchó las instrucciones de Rafael.

—Por último —prosiguió el arcángel—, como ya sabe, el Gran Maestre desea que esta edición sea única por motivos que solo le atañen a él y, en consecuencia, mi hermano Miguel me ha transmitido órdenes precisas al respecto hace unas horas.

Altarf frunció los labios en señal de protesta.

—Tiene que ver con la doncella —le adelantó.

Szimpla Kermotzi. Antiguo barrio judío (Budapest)

Aquella estaba siendo, con diferencia, la conversación más larga que Erika había mantenido con Jaap Keergaard, aunque, más que un intercambio de impresiones, se había limitado a escuchar a una persona que necesitaba sacar de su pasado más basura que la que nadie puede recoger. Erika se limitó a ir apartándola para que no oliera sin que él se percatara de ello.

—Lo que todavía me cuesta encajar, Jaap, es que no hayas tratado de recuperar la relación con tu hijo.

El danés se colocó la coleta por encima de la levita.

—¿Y qué podía ofrecerle? Mi vida no me pertenecía. Él tenía la suya, tiene la suya, créeme porque lo sé, lo he seguido de cerca siempre que he podido. Irrumpir en ella no le habría traído más que desgracias —aseguró muy calmado—. Es ingeniero y vive en Eindhoven. Se casó con una preciosa mujer en el año 2000 y dos años más tarde nació su hijo, al que han bautizado como el padre, Frederik.

Erika sonrió.

—¡Eres abuelo!

—Soy abuelo de un nieto que solo he visto de lejos, furtivamente, y sí, no hay nada que anhele tanto como poder ver crecer a mi nieto Frederik y cuidar de que no florezca dentro de él esa semilla maligna que todos llevamos oculta en alguna parte de nuestro ADN.

La frase hizo pensar a Erika en el hijo de Augusto, cuyo nombre, Olek Opieczonek, no había conseguido borrar de su mente.

—Pero eso no será, si finalmente llego a atreverme, hasta que terminemos nuestro cometido. La única forma en la que me presentaré ante mi hijo y mi nieto será cuando haya compensado todos los pecados que he cometido.

—Brindo por ello.

El sonido del encuentro del vidrio quedó totalmente amortiguado en el bullicio del local.

—Jaap, quería preguntarte algo.

El danés consintió con un casi imperceptible gesto de la cabeza.

—En Roma me fijé en el tatuaje que llevas en el pecho y me recordó al que llevaba Zadkiel. ¿Tienen alguna relación?

Jaap Keergaard se desabrochó la camisa y mostró una circunferencia de la que nacía una flecha que, si se tratara de un reloj, marcaría las dos.

—No siempre puede uno desprenderse del pasado. Es el símbolo alquímico del hierro, que tiene su correspondencia con el metal planetario pertinente. En mi caso, Marte. Cada uno de los siete arcángeles de la Congregación está consagrado a uno de los siete metales planetarios que coinciden exactamente con las siete primeras esferas que describe Dante en el Paraíso. Cuando nos ganamos la espada, el propio Damocles sella el compromiso vitalicio dejando constancia en la piel del arcángel. A cada uno en su lugar correspondiente. Zadkiel era Mercurio y el símbolo alquímico que da nombre al planeta era este —lo dibujó con el dedo encima de la mesa —. Lo llevaba en el tobillo derecho.

Erika lo confirmó.

—Miguel es el oro, representado con el sol que lleva tatuado en el antebrazo derecho; Gabriel la plata, la luna tatuada en el hombro izquierdo; Rafael el cobre, Venus en el gemelo derecho; Jofiel es el estaño, Júpiter en el tobillo izquierdo; y Samael el plomo, Saturno en la espalda.

—¿Quién es Damocles?

Jaap desvió la mirada e hinchó los pulmones.

—Sabemos poco sobre su pasado. En la mitología griega es un titán hijo de Urano y Gea, pero él debe su nombre a uno de los personajes con los que Dante se encuentra en la séptima esfera del Paraíso. Él es la piedra filosofal, una sustancia de origen desconocido que contiene el secreto de la eterna juventud entre otros. Es la suma perfección desde la óptica alquímica y se representa con el anagrama de la cuadratura del círculo.

El danés se mojó el dedo en la cerveza y lo dibujó sobre la mesa.

—Ya veo.

—Es, digamos, el protector de protectores y lleva su tatuaje en la nuca. A él se le encarga la custodia de El Cartapacio de Minos y el adiestramiento de la legión de arcángeles para defender al Templo de nuestros, sus —enmendó— enemigos.

—Entiendo.

—En términos prácticos, Damocles era el que les lavaba el cerebro a los elegidos para que no tuviéramos dificultades a la hora de ejecutar las órdenes de la Asamblea. A mí me dejó francamente marcado. Era un hombre duro, pero a la vez calmado; te exigía y sin embargo te respetaba. Yo tenía la sensación de aprender cada día que estaba con él. Todos lo admirábamos. Sufrimos un duro golpe cuando se nos comunicó su pérdida.

—¿Murió? —preguntó algo desconcertada al ver la aflicción que

invadía a Keergaard.

—Desapareció. Sin más. De él se decía que desempeñaba otro papel: asegurarse de que se cumplían las *Novem Regulas* por encima de los designios del Gran Maestre. Puede que sean solo habladurías, pero se rumoreaba que Damocles y Corteza de Roble estaban enfrentados por el control de las espadas de la Congregación. Lo cierto es que su figura existe desde que se tienen las primeras noticias de los arcángeles y a todos nos extrañó que Corteza de Roble no nombrara otro Damocles.

—Cambiemos de tema —propuso ella, superada por el discurso masónico.

Sin embargo, Jaap no quería dejar pasar la oportunidad de decirle algo a Erika que llevaba deseando contarle desde el día que ella le ofreció una alternativa que no merecía.

—Erika, yo… Yo quería agradecerte que me hayas regalado la oportunidad de salvarme. Vivía entre tinieblas y tú lograste abrirme los ojos. Tienes un gran corazón y estás tocada por la bondad.

—La bondad es prima hermana de la estupidez —afirmó ella.

—Estúpida es la forma de actuar de los seres humanos. Vivimos pensando que somos libres cuando en realidad lo hacemos presos de nuestras ambiciones.

—Jaap, creo que esta noche has bebido más de la cuenta.

—Sí, y eso es tan cierto como lo que te acabo de decir.

—Si no quieres no me contestes, Jaap, pero me inquieta el hecho de que una persona pueda convertirse en un monstruo y sea capaz de recorrer el camino contrario, como es tu caso.

—Estaría encantado de contestarte si conociera la respuesta, pero me temo que tendrás que seguir indagando en el funcionamiento de la mente humana. Creo que es un error dar por hecho que el comportamiento de un individuo puede o debe ser explicado conforme a la lógica de la ciencia. El pensamiento no puede probarse ni demostrarse, solo puede mostrarse, y basándonos en los hechos confrontados con las leyes morales logramos distinguir lo que está bien y lo que está mal.

—Te lo compro.

—Una última cosa, Erika. Yo… quisiera pedirte algo —dijo ruborizado introduciendo la mano en un bolsillo interior de la levita —. No sé cómo va a terminar esto —introdujo—, pero si algo me sucediera, te ruego que te encargues de que mi hijo reciba esto.

Un sobre.

Erika se detuvo a mirarlo vagamente.

—Cuenta con ello.

—Gracias.

—No me las des —repuso ella—, que ya no me queda cerveza ni dinero.

Y Jaap Keergaard estuvo a punto de sonreír.

LA MANZANA NUNCA CAE LEJOS DEL ÁRBOL

Balneario Széchenyi (Budapest)
Állatkerti krt., 9-11
Junio de 2013

La M1 que le transportaba hasta uno de los recintos termales más grandes e imponentes de Europa tenía el mérito de haber sido declarada Patrimonio de la Humanidad por ser la segunda línea de metro más antigua del mundo después de la mítica Metropolitan Railway de Londres. Fue inaugurada en 1896 y Ólafur Olafsson habría jurado que, desde entonces, lo único que había cambiado allí abajo eran los pasajeros. Y no demasiado.

Tan solo quedaban seis días para la celebración del acto de purificación, pero, tras cultivar con esmero la flor de la paciencia en el tiesto de la constancia, esta empezaba a lucir las primeras trazas de colorido en sus pétalos.

Zoltán Szabó había sido citado por su custodio en aquel emblemático escenario de la ciudad y, a pesar de que la mayor garantía de seguridad la ofrecía el hecho de albergar en cualquier franja horaria más de dos mil personas, el guardián se empeñó en que su nuevo arcángel de la guarda, Uriel, lo protegiera a distancia de posibles eventualidades. Era la oportunidad que llevaban aguardando para conocer a Cerbero, uno de los nueve custodios de la Congregación de los Hombres Puros y a través de quien tenían pensado averiguar dónde tendría lugar la macabra ceremonia.

En cuanto leyó el nombre de la parada que tenía memorizada, el islandés descendió con premura. No porque estuviera nervioso, más bien porque notaba que el traqueteo del vagón le había removido y descolocado las neuronas. En el exterior aguardaba Erika al volante de un coche alquilado para seguir a Cerbero en cuanto abandonara el complejo. Identificar y localizar su vivienda era el paso previo antes del asalto definitivo y, a partir de ahí, depositaban todas sus esperanzas en el arca de la sinceridad de Jaap Keergaard.

El edificio era simplemente magnífico. Se había levantado en la primera década del siglo xx aunando la clásica elegancia del estilo

renacentista moderno con la esencia romántica y la distinción del neobarroco. El equilibrio y la coherencia del conjunto lo aportaba el color mostaza que lucía en la fachada. Ólafur se sumó al torrente de turistas que, abducidos por el poderoso efecto relajante que parecía emanar del interior, se dejaban engullir por la escalinata del acceso principal. Ya en la taquilla, el islandés tecleó lo acordado en la pantalla de su teléfono.

«Estoy dentro», leyó Jaap Keergaard, que aguardaba a que el guardián, Altarf, saliera del vestuario. Inmediatamente le respondió.

«Ok. El encuentro es en alguno de los tableros de ajedrez de la piscina exterior que está a 38º C. Yo estaré apoyado en la curva de la balaustrada que recorre el largo de la piscina olímpica. Retrata bien a ese miserable».

Durante el trayecto, Jaap había notado algo alterado a Zoltán Szabó. Prácticamente no había pronunciado una palabra y se tuvo que secar el sudor de las manos en varias ocasiones. Antes de entrar en las cabinas individuales le había comunicado dónde se había citado con Cerbero y el sitio exacto desde donde quería que los vigilara sin que este lo advirtiera. Cuando apareció Szabó, vestía el albornoz con suma presuntuosidad. Descendió cada uno de los peldaños que llevaban a la piscina como si fuera el protagonista de una escena en la que tenía que destacar del resto de figurantes: manos en los bolsillos y pose seductora. Todo aquel *glamour* se esfumó en el momento en el que se desabrochó el cinturón y su cuerpo pellejudo sostenido por los dos juncos quebradizos que tenía por piernas quedó a la vista de todos. Ruborizado, el guardián activó una marcha más para escaldar sus vergüenzas dentro de las aguas termales. Aquello estuvo a punto de hacer sonreír a Jaap Keergaard, pero el impulso se perdió en la curiosidad de saber si alguno de los hombres de avanzada edad que se agolpaban en torno a los tableros arlequinados era Cerbero. Momentáneamente, desvió su atención hacia el centro de la otra piscina exterior en la que los bañistas se dejaban llevar por la corriente artificial.

—No va a venir, hermano —escuchó a su izquierda.

Reconocer el intimidatorio rostro de Rafael a tan poca distancia le causó un profundo estupor.

—Te recordaba con la capacidad de hablar —se mofó el arcángel.

—Y yo a ti con un inglés más precario, te felicito —reaccionó Keergaard—. Estoy trabajando, intuyo que igual que tú.

—Hace tiempo que no acepto encargos de guardianes ni custodios —alardeó—, únicamente me ocupo de seguir la voz de Miguel.

—Siendo así, debo entender que estás aquí por motivos relacionados con el ocio, así que te voy a tener que pedir que no me molestes.

—Precisamente te quería invitar a que me hicieras compañía.

Tenemos tanto de qué hablar…

—Me encantaría, pero ahora no puedo. Estoy protegiendo a Altarf, todavía no he zanjado el asunto de…

—No te molestes, hermano.

Rafael hizo una señal al guardián que, desde su posición, había asistido al reencuentro entre los dos arcángeles. Este salió del agua mientras le dedicaba a Uriel una mirada cargada de veneno.

—Dime qué quieres —le dijo Jaap Keergaard endureciendo el tono.

—Ya te lo he dicho, hermano, quiero que te mojes la coleta.

—Otra vez será.

—No, será ahora.

Ni siquiera le vio sacarlo y apenas notó la presión de la hoja sobre la muñeca. Jaap sabía que en el cuerpo a cuerpo podría tener una oportunidad contra Rafael, pero con un escalpelo en sus manos, las posibilidades de Jaap Keergaard de salir victorioso de un posible enfrentamiento se reducían al mínimo.

Ólafur Olafsson no supo qué hacer. Desconcertado, había contemplado desde un banco del lado opuesto cómo se torcían los planes sin que pudiera hacer nada por evitarlo. No sabía quién podría ser aquel tipo con cara de enfermo mental no diagnosticado, pero intuía que era peligroso por la turbación que se había apoderado del semblante de Jaap. Sin quitarles la vista de encima, contactó con Erika.

—Dime —contestó de inmediato.

—Tenemos problemas. No sé muy bien qué está pasando, pero algo no va bien. Un tipo con aspecto de cabronazo ha sorprendido a Jaap y Altarf ha aprovechado para esfumarse. Yo no me muevo de aquí hasta que no averigüe qué está sucediendo.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras?!

—Quiero que te quites ese albornoz. Vamos, Uriel, no seas tímido —se mofó Rafael mientras se despojaba del suyo.

Su piel era un campo cultivado de tinta en surcos de aguja cuya cosecha era una amalgama de escenas épicas, motivos religiosos y caracteres cirílicos. A pesar de su complexión delgada, se percibía el corte muscular de un cuerpo trabajado en el gimnasio.

—No te conservas mal del todo, hermano —observó Rafael.

Y era cierto. A pesar del exceso de tejido adiposo concentrado en la zona ventral, Uriel guardaba una más que aceptable forma física para un hombre que había superado la cincuentena. La diferencia de kilos y envergadura era favorable al danés, pero siendo conocedor de la

destreza que atesoraba el arcángel mayor con las armas blancas no podría arriesgarse a recibir una herida mortal en un único y fugaz movimiento de su rival. Tenía que conservar la calma y averiguar sus intenciones.

—Se hace lo que se puede —respondió Jaap Keergaard introduciéndose en las cálidas aguas termales seguido muy de cerca por Rafael, cuyo cuerpo tatuado se convirtió en un imán para las miradas de los que les rodeaban.

—Vamos a apartarnos de estos vejestorios para charlar más tranquilos —le sugirió mientras señalaba hacia una zona menos concurrida con la punta del escalpelo asomando entre los dedos.

—Dejémonos de estupideces y dime de una vez qué es lo que quieres saber —le conminó Keergaard.

—¡Quiero que me cuentes lo que está pasando ahí dentro! —exigió Erika.

—Se han metido en una de las piscinas exteriores. Creo que solo quieren hablar y que como no se fían el uno del otro están a la vista de todo el mundo. Al menos hay cuarenta personas a su alrededor.

—¿Dónde estás tú?

—Cerca, pero me estoy moviendo continuamente.

—¿Crees que podría ser otro arcángel?

—No lo sé, Erika, no lo sé. No tengo forma de averiguarlo, pero, si se han olido algo, ya nos podemos olvidar de que aparezca Cerbero.

—Lo importante ahora es Jaap. Cuida de que no le pase nada.

—En ello estoy, tranquila.

—Estaría más tranquila si pudiera ver lo que está sucediendo, pero metida en este coche no me entero de nada. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Vamos a jugar al juego de las verdades —propuso Rafael—. Pero antes permíteme que te exponga mi punto de vista sobre los últimos acontecimientos que te incumben, hermano; porque últimamente están sucediendo cosas muy extrañas y todas tienen que ver con la filtración de De Bruyn. Primero desaparece nuestro hermano Zadkiel y tú no vuelves a dar señales de vida hasta que te encargas de los dos guardianes rompiendo con la ortodoxia del protocolo, que exige la aprobación final de la Asamblea. Supuestamente sigues trabajando en el encargo, pero uno de tus objetivos aparece decapitado en Nigeria gracias a la intervención de Flegias mientras tú le pisas los talones a la mujer… ¿desde la confortabilidad de tu apartamento de Roma? Extraño, ¿no te parece? Finalmente la persecución te trae hasta aquí,

donde, aunque tú no deberías saberlo y sin embargo lo sabes, va a tener lugar el próximo acto de purificación. Entonces, decides contactar directamente con Altarf bajo el pretexto de ofrecerle una protección que nuestro guardián no nos ha solicitado. ¿No es cierto, querido hermano, que desde mi óptica resulta todo un tanto alarmante?

—Muy cierto, pero tu óptica puede estar desenfocada por la falta de uso. En primer lugar…

—Pssshh, espera, espera. Es muy importante que conozcas las reglas del juego, Uriel. No me gané el tatuaje de Venus siendo confiado, así que mide muy bien tus palabras, porque cada vez que piense que me estás mintiendo te haré un corte.

Jaap Keergaard se mesó la coleta fingiendo no haber escuchado la amenaza.

—La desaparición de Zadkiel se explica solo por su exceso de vanidad y escasa experiencia. Menospreció a su presa y terminó pagándolo con su vida. Actué con el matrimonio de guardianes sin pedir el permiso de la Asamblea porque mi experiencia dictaminó que era lo mejor. No es la primera vez que actúo así, puedes pedir a Miguel que lo compruebe en mi historial.

—Ya lo he hecho yo y, efectivamente, hay dos casos similares registrados, uno en São Paulo en el año 1996 y otro en Camberra algunos años más tarde. Prosigue.

—Desconocía que mis dos objetivos se habían separado, yo me he centrado en la mujer porque la considero más peligrosa para la organización.

—¿En qué te basas?

—Es solo intuición, Erika, pero aquí está pasando algo raro. ¿De qué demonios estarán hablando? Creo que el tipo lleva algo escondido en la mano, necesito acercarme más.

—Ten mucho cuidado, Ólafur. ¿Desde donde estás puedes ver la cara de Jaap?

—No, a él lo tengo de espaldas. Veo la jeta de ese cabrón y te aseguro que no es plato de buen gusto.

—Me pregunto quién será…

—Es la hija de Armando Lopategui. Por si no lo sabes, era una eminencia en el estudio y comportamiento de la mente criminal. Pero, más en concreto, fue el primero que intuyó que detrás de Marc Dutroux había mucho más que un degenerado sexual que operaba en solitario.

—Una oveja descarriada.

—Dutroux era centinela de la Congregación, por si no lo recuerdas —repuso Keergaard.

—Lo sé, lo sé. No nos desviemos. Prosigue con tus alegaciones, hermano, de momento no vas mal.

—En el informe de De Bruyn viene perfectamente explicado por el propio autor, pero, claro, lo mismo ni te lo has leído, tú solo sigues la voz de Miguel —le provocó Keergaard—. Si Erika Lopategui ha salido a su padre, no parará hasta que alguien la detenga. La manzana nunca cae lejos del árbol —apostilló.

—Muy bonito. Continúa.

—Antes de entregar las almas de Deneb y Alderamin al fuego purificador, me revelaron, digamos que les motivé a ello —aclaró—, que se me había adelantado una mujer y que no habían tenido otra salida que contarle los rumores sobre la celebración del acto de purificación aquí, en Budapest. Conseguir la confesión de los impíos es una de mis mayores virtudes, eso deberías saberlo.

Rafael le escuchaba con atención; sin embargo, Uriel se percató de que cada vez con mayor frecuencia desviaba la mirada. Aquello le extrañó, ya que, sin mirarlo directamente a los ojos, difícilmente iba a averiguar si estaba o no mintiendo.

—Si he estado algo más desconectado de lo habitual, es porque tengo un asunto personal al que dedico parte de mi jornada y, a veces, pierdo la noción de la realidad.

—¿Un asunto personal?

—Eso he dicho: personal. Y por último, el hecho de contactar directamente con Altarf: puede que haya sido la desesperación por atrapar a esa arpía antes de que tenga lugar ese acontecimiento tan importante para nuestra organización. Estoy seguro de que ella tratará de llegar hasta él, incluso es posible que esté aprovechando este preciso instante en el que lo he perdido de vista porque Rafael, arcángel mayor de la Congregación, me tiene ocupado en un balneario obligándome a defenderme de absurdas acusaciones. —Jaap, crecido por su brillante argumentación, fue elevando el tono de voz progresivamente.

Rafael sonreía.

—Apoteósico. En serio, fantástico. Estoy impresionado. Has dedicado toda tu vida a separar el grano de la paja, a encontrar la única verdad entre un millón de mentiras, y ahora no te resulta complicado disfrazar las mentiras de verdades.

A Jaap le vino a la cabeza la conversación con Ólafur y se preguntó dónde estaría.

—Estoy empezando a cansarme de este juego —protestó enérgicamente el danés—. He aguantado hasta este punto, pero no

estoy dispuesto a…

Rafael recortó la distancia con Jaap Keergaard y sacó la mano del agua para recordarle que llevaba el escalpelo.

—Solo una pregunta más, hermano. ¿Quién es el tipo con el que se te ha visto varias veces en Roma?

Jaap Keergaard frunció el ceño.

—Me refiero a ese con bigote de morsa que en estos momentos nos vigila y que no ha dejado de hablar por teléfono. Me pregunto con quién…

—Con él, Erika. Sigue hablando con él, pero la conversación se está acalorando. Voy a tener que intervenir. ¿Me estás oyendo?

Pero lo que escuchó fue una sucesión de ruidos y un grito desesperado.

—¡Mierda! ¡Ólafur! ¡Mier…!

El islandés reaccionó con celeridad. Se descalzó para correr sin el lastre de las chanclas y desapareció de la zona exterior del balneario en dirección al punto en el que Erika había estacionado el vehículo. Rafael interpretó correctamente la reacción, no así Jaap Keergaard, que no se atrevió a perder contacto visual con el filo del objeto que el arcángel sostenía con firmeza.

—¿Te ha gustado el juego? Era solo una distracción, querido hermano. Lo entendí todo cuando encontré un cabello de color rojo en tu piso de Roma. ¿De verdad pensaste que podías enfrentarte a la Congregación y salir victorioso? ¿Que Miguel no sospecharía?

Jaap Keergaard resolvió que ya no cabía la posibilidad de eludir la confrontación. Sus músculos y tendones reaccionaron en consonancia.

—Ni siquiera me interesa saber cuándo ni por qué decidiste abandonar a tus hermanos, pero ya sabes las consecuencias que han de tener tus actos.

—Yo te lo diré. Cuando vi con mis propios ojos la atrocidad de los actos de purificación. ¡Hijos de Satanás! En ese momento supe que había entregado mi alma al servicio del bando equivocado y decidí poner mi espada al servicio de los que luchan contra vosotros.

La carcajada, histérica e histriónica, de Rafael le dolió como si le hubieran arrancado la piel.

—Ingenuo y estúpido… Entonces…, ¿me quieres decir que creías que con cada trabajo que aceptabas y ejecutabas estabas ayudando a construir un mundo mejor? —ironizó sin poder refrenar la risa.

Ólafur Olafsson dobló la esquina al límite de su capacidad aeróbica. Trotaba a un ritmo constante, constantemente fatigado. Unos metros

más adelante, justo donde debía estar, divisó el vehículo que habían alquilado esa misma mañana. Los transeúntes se apartaban de aquel hombre con las facciones descompuestas, bañado en sudor, descalzo y ataviado con un albornoz. Unos metros antes de llegar vio que la puerta del conductor estaba abierta y el habitáculo vacío.

Entonces, le sobrevino un vahído fruto del desconcierto y la desesperación que le obligó a apoyarse en el capó con ambas manos. Cuando recuperó el aliento apretó los puños y descargó su frustración contra la chapa, pero enseguida determinó que allí ya no era útil y donde podría serlo, no estaba. Hinchó los pulmones antes de emprender el camino de regreso al balneario.

—Así que planeaste junto a tus nuevos amigos tirar del hilo de Altarf para llegar a Cerbero y, de alguna forma, averiguar dónde se va a celebrar el acto de purificación para administrar tu justicia divina. Qué mejor momento, ¿no? —se mofó—. Bien pensado. De esa forma te librabas de tus pecados de golpe. Así de sencillo. No creo que tú puedas asistir, pero la chica del pelo rojo te aseguro que va a desempeñar un papel muy importante en la celebración: doncella. Lo ha decidido el mismísimo Gran Maestre y yo se la voy a servir en bandeja. Deberías estar orgulloso de tu amiguita. —En ese momento, Jaap Keergaard se ahogó en aquellas aguas termales y emergió el arcángel Uriel—. Te confieso que todavía no he tenido la oportunidad de averiguar la relación que mantienes con esas criaturas que aparecen en las fotos que encontré en el falso suelo de tu casa, pero puedes estar seguro de que lo haré. Ese es el asunto personal al que te referías, ¿verdad? En ese punto no mentías, hermano.

Uriel no esperó más. Alargó su pierna derecha para impactar en los testículos de su oponente y, aunque la resistencia del agua frenó considerablemente el golpe, logró su propósito: sorprender a Rafael para inmovilizar su mano derecha. Acto seguido le retorció la muñeca y se colocó a su espalda, donde quería estar.

Aquellos bruscos movimientos, aunque ejecutados con presteza y destreza, llamaron la atención de los bañistas, que se apartaron instintivamente.

Uriel pasó su brazo diestro por debajo de la mandíbula de su oponente sin soltarle el antebrazo y aprovechó la fuerza de su músculo lumbar para tirar de él hacia atrás y hundirlo completamente.

Se escucharon los primeros gritos al tiempo que se vaciaba la piscina.

Superado el desconcierto inicial, Rafael tiró del manual de chidaoba con el único objetivo de liberar la mano que aún sostenía el escalpelo. Sumergido, flexionó las rodillas y giró la cadera, logrando así bajar su

punto de gravedad y desequilibrar el tren inferior de su oponente. Lo siguiente fue un codazo en el plexo solar de Uriel al tiempo que se retorcía para desengancharse de la presa.

El golpe le robó el aire y, en consecuencia, no pudo conservar el amarre de la muñeca. Sintió el primer corte por detrás de la rodilla e inmediatamente llegó el siguiente a la altura del tobillo. El plasma sanguíneo pasó a ser un componente más de aquellas aguas tan salubres, confundiéndose con el sulfato de calcio, el magnesio y el flúor. A pesar de ello, Uriel no modificó un ápice su estrategia primigenia. El cálculo era bien sencillo: se tarda más en morir desangrado que ahogado. Apretó los dientes para no ceder al dolor.

Rafael seguía practicando cortes bajo el agua, pero, zarandeado continuamente desde arriba, no lograba encontrar las arterias principales. Cuando sintió por primera vez la presión de los pulmones, su instinto de supervivencia le forzó a buscar oxígeno en la superficie, pero cada intento por salir era anulado por la mayor intensidad de la fuerza opuesta. El pánico comenzó a adueñarse de sus decisiones y, a ciegas, buscó el brazo responsable de su comprometida situación. Los primeros intentos no pasaron de arañazos, pero con el último sí acertó a trazar un surco largo y profundo que cercenó tejidos, venas y arterias.

El rojo iba camino de convertirse en el color predominante de la piscina.

Uriel rugió más de rabia que de dolor y, sabiendo que su brazo derecho no aguantaría hasta el final, decidió adoptar una medida temeraria confiando en que fuera definitiva. Se encomendó a la Virgen María antes de inspirar por la boca, engancharse con ambas piernas al cuerpo del arcángel y sumergirse con él.

El peso llevó a este a acariciar los azulejos del fondo con la frente. Envuelto en una nebulosa carmesí, empleó sus últimas reservas de oxígeno en apuñalar el costado de Uriel, pero apenas tenía energía para mover el brazo. Rafael no pudo refrenar el impulso de abrir la boca y respirar dentro del agua.

Una vez.

Dos.

Casi tres.

Uriel no aflojó hasta que notó que el cuerpo del arcángel mayor de la Congregación se relajaba por completo. Exhausto, emergió para coger aire ante la atónita mirada de quienes todavía permanecían observando desde una prudencial distancia de seguridad. Logró alcanzar los primeros peldaños junto al bordillo, dejando tras de sí una estela mortal que se le escapaba por los múltiples cortes que laceraban sus carnes. Su rostro ceroso no reflejaba dolor, solo la resignación de quien aguarda el final.

Ólafur trataba de abrirse paso a contracorriente, esquivando la riada de personas que, despavoridas, huían en sentido contrario por los corredores del balneario. Los gritos se amplificaban entre las paredes de un lugar que, hasta hacía unos instantes, era sinónimo de quietud y relajación. Cuando logró salir a las instalaciones al aire libre, lo primero que le llamó la atención fue el silencio, pero enseguida se fijó en la cruz ortodoxa alada que flotaba en el agua. El rastro de sangre le llevó hasta Jaap Keergaard, que yacía tirado en las escaleras.

Corrió desesperadamente gritando su nombre.

Cuando llegó junto a él se quedó paralizado conforme examinaba su cuerpo. Presentaba infinidad de cortes y punzadas de distinta consideración, pero fue sin duda el tajo que le surcaba el brazo lo que le llevó a concluir que no había nada que hacer. Tembloroso, se dejó caer de rodillas y le agarró el rostro con las manos. Estaba demudado y aterido, pero de sus labios entrecerrados salían palabras que parecían formar parte de una ininteligible última plegaria.

—Jaap, amigo mío —le susurró—. Estoy aquí, contigo. Estoy aquí.

El danés abrió tímidamente los ojos.

—Erika, ¿dónde está?

Ólafur se limitó a negar con la cabeza, avergonzado. Jaap Keergaard supo leer lo que el otro no se atrevía a decir.

—La tienen ellos. Quieren que sea la doncella en el acto de… —tuvo que parar a coger aire— de purificación. Tienes que impedirlo, Ólafur. Tienes que…

—No se lo voy a consentir, amigo mío.

—Cuida de ella, tiene el corazón puro. Cuida de ella.

—Tendrán que matarme mil veces antes de que yo permita que le hagan daño. ¿Quién era ese tipo?

—Rafael. Sospechaban de mí y han seguido mis pasos. Lo siento.

—No importa.

—No saben quién eres tú. ¡Tienes que aprovecharlo!

Jaap notó que le abandonaban las fuerzas y dejó que se le cerraran los párpados.

—Lo haré. Puedes estar seguro, amigo.

Ólafur le retiró el pelo de la cara. A través de su piel, fría y cerosa, supo que se le agotaba el tiempo.

—Ninguna. No hay ninguna diferencia.

Jaap logró abrir los párpados de nuevo.

—Tenías razón. No hay ninguna diferencia entre matar por una idea religiosa y matar por una idea política. Todo converge en el fanatismo.

En el rostro del danés se fue construyendo una mueca insólita que derivó en una sonrisa completa de acabado inmejorable.

—Aprovecha para descansar en paz, amigo mío, porque pronto me reuniré contigo. Tenemos pendiente ver *La vida de Brian* y muchos

asuntos de los que discutir —fue lo último que escuchó Jaap Keergaard—. Muchos asuntos de los que discutir —repitió con la voz quebrada.

A LAS ROMERÍAS Y A LAS BODAS VAN LAS LOCAS TODAS

Exterior de la comisaría general de la Rendőrség
Stefánia út, 83-85 (Budapest)
Junio de 2013

Se fijó en una que tenía forma de calavera invertida; o eso interpretó.

Ólafur Olafsson no sabía qué le dolía más, si los zarpazos y las dentelladas de la jauría ensañándose con las paredes de su estómago, el profundo pesar que le taladraba el cerebro cada vez que pensaba en Jaap y en Sancho o la punzada de incertidumbre que le atravesaba el corazón cuando lucubraba sobre la suerte que habría corrido Erika.

Habían transcurrido dieciocho horas desde que la Policía de la República lo llevara a comisaría en calidad de testigo tras los hechos acaecidos en el balneario Széchenyi. El islandés no se había movido un ápice de su versión, limitándose a repetirla el número de veces que fuera necesario. Reconoció su relación con una de las víctimas, un viejo amigo con el que se había reencontrado en Roma después de muchos años y que le había propuesto recorrer algunos países de Europa central con el objeto de dilapidar sus pensiones. Aseguró no haber visto el inicio de la reyerta, lo cual fue corroborado por otros testimonios que le vieron aparecer cuando ya se había producido el desenlace, y negó conocer al hombre de los tatuajes con el que su amigo había mantenido la lucha a muerte en el agua. Sobre el pasado de Jaap Keergaard se inventó una breve historia exenta de detalles con el objeto de que le resultara sencillo recordarla con exactitud en el futuro. En el registro del piso cuya dirección les facilitó no encontraron nada de interés, porque Jaap sabía bien cómo y dónde esconder eso que nadie debía encontrar. Tras permanecer tres horas en la sala de interrogatorios, el islandés supo hacer valer su condición de excomisario de policía para ganarse la confianza de los dos oficiales y salir indemne. Sobre Erika nada preguntaron y nada contó. Finalmente, bajo el compromiso de no salir de la ciudad durante las próximas setenta y dos horas, abandonó la comisaría aturdido y desolado, sentimientos que no tuvo la necesidad de fingir.

Tras un breve análisis de prioridades, resolvió que lo primero era

dar de comer a la manada para aplacar sus ánimos y poder pensar con claridad. El menú consistió en dos pintas de cerveza y un Four Roses doble con hielo. Los tres cafés le ayudaron a mantenerse despierto antes de subirse a un taxi que lo llevó al piso que, hacía tan solo unas horas, compartía con Jaap y con Erika. Encontrárselo tan vacío y tan lleno de interrogantes para los que no tenía respuestas hizo que le flaquearan las piernas. Se sentó en el suelo del recibidor, donde acudió raudo Karatu para tumbarse en su regazo.

—Perdona por no haber estado en todo este tiempo, amigo —se disculpó Ólafur agarrándole con fuerza de la piel del cuello—. Ahora bajamos a dar una vuelta a ver si entre los dos ordenamos las ideas, pero antes déjame que te ponga al día. Ha ocurrido una desgracia, algo terrible. Ya no volverás a ver al vikingo gruñón y alguien se ha llevado a nuestra Erika. Tenemos que hacer algo, ¿entiendes? Debemos encontrarla y tú me vas a ayudar. La buena noticia es que esos hijos de la gran puta la mantendrán con vida hasta el día 21. ¿A qué día estamos? ¿Qué día es hoy, joder? Vale, aún nos quedan cinco días. Cinco días son más que suficientes para encontrarla, ¿verdad? Porque si es necesario vamos a levantar los cimientos de esta maldita ciudad para dar con ella. Tenemos que decidir por dónde empezamos. No hay muchas alternativas, porque todas pasan por localizar a ese guardián. Eso es bueno, claro que sí. Un único camino, un solo propósito. ¡Eso es! Disponemos de toda esa información que averiguamos sobre su entramado empresarial, sus propiedades inmobiliarias… y los lugares que frecuenta. ¿Cómo era eso que decía Jaap? ¿Te acuerdas? «Encontrar a alguien que sabes dónde va a estar carece de mérito». Además, él no nos conoce, ni siquiera sabe que existimos. Él piensa que ya está a salvo. Se va a tener que joder. Esa es nuestra mejor baza, compañero. Debemos dar con ese malnacido y despellejarlo vivo hasta que nos diga dónde tienen a Erika. Así de sencillo. ¡Claro que sí! Lo vamos a encontrar y sabemos de uno que se lo va a pasar muy bien desde el infierno cuando me vea utilizar sus juguetes para hacerle hablar. ¡Vamos, muchacho, en marcha!

El paseo del dogo argentino se prolongó el tiempo que necesitó para hacer sus necesidades y, en cuanto regresaron, Ólafur pasó por la cocina para coger un cuchillo con el que ayudarse a retirar el rodapié de la terraza tras el que habían excavado un agujero donde ocultaban las armas, el equipo informático de Jaap y la carpeta con toda la información que habían obtenido de Zoltán Szabó. Metió la mano hasta el fondo y lo extrajo todo. Movido por la necesidad de no perder un solo segundo, empezó a revisar allí mismo cada uno de los papeles y anotaciones haciendo especial énfasis en aquellas que hablaban de su rutina.

Hasta que dio con ello.

—¡Ya puede darse por jodido! ¡¿Verdad, muchacho?! ¡¿Verdad?! —le repitió a Karatu el número de veces que necesitó para convencerse.

Isla Malden

Lo único que le preocupaba a Vlade Ilić era esconder sus cavilaciones de la mirada escrutadora de Corteza de Roble.

Aparentar normalidad absoluta. Cumplir con lo establecido, con las normas.

Y si había una que podía considerarse una tradición, era el hecho de encontrarse con el Gran Maestre en la isla Malden para emprender juntos el viaje hacia donde fuera a tener lugar el acto de purificación.

Quedaban tres días y las noticias que llevaba en la mochila no podían ser más halagüeñas. En apenas tres meses había conseguido enterrar el problema en Asia y aplacar de una vez por todas el seísmo que había provocado Aarjen de Bruyn con sus investigaciones. El acuerdo entre los Bratski Krug y los Yamaguchi-gumi no solo había devuelto las aguas a su cauce. El buen entendimiento las había llenado de peces que se dejaban atrapar con las manos. Aunque estaba satisfecho, no podía negar la existencia de un dato calamitoso: el precio que había tenido que pagar era muy elevado: tres hermanos y, por primera vez desde que él asumiera la espada flamígera, un arcángel mayor. Tenía que aprender de aquello y ser aún más precavido con los procedimientos de seguridad. Permanecer en la sombra era la clave para mantener su poder hegemónico y, precisamente, ese era su cometido. Así y todo, podía estar orgulloso de la forma en la que había actuado y, aunque no debía mostrarse vanidoso ni arrogante ante el Gran Maestre, quizá ese sentimiento le valdría para ocultar otro más poderoso que seguía agitándole cada noche desde que recibiera la propuesta de Flegias.

El arcángel reptó los últimos metros por el pasadizo que le llevaba hasta la cámara funeraria preguntándose, como siempre, adónde llevarían los otros dos.

—Bienvenido, Miguel.

Su voz almibarada.

El olor que se desprendía de los cirios rojos.

El perfil recortado de la túnica de Dante sobre el altar ocultando su deforme y siniestra figura.

—Gran Maestre.

—Acércate, hijo mío, necesito sentir tu energía.

Su respiración sonaba algo más forzada que otras veces, como si le costara inhalar.

Y de nuevo esa otra presencia.

—Puedo notar tu fortaleza renovada.

—Así es, Gran Maestre. Hemos perdido un gran guerrero en esta batalla, pero sabremos honrar su espada.

—Honrar su espada… Me han llegado los detalles de su muerte y me surgen algunas dudas que me gustaría que el mayor y más destacado de todos mis arcángeles me resolviera. Doy por hecho que la acción fue planificada por ti y ejecutada por Rafael.

El nombre de Cerbero apareció escrito en el aire. Estaba claro que Corteza de Roble se había comunicado con él.

—Contéstame.

—Está en lo cierto. Averiguamos que Uriel había abandonado la senda de la pureza y que estaba caminando entre tinieblas junto con nuestros enemigos. Mis órdenes eran atrapar con vida a la mujer y neutralizar a Uriel.

—Y elegiste un lugar público para ello. Dime, hijo mío, ¿pensaste que Uriel iba a entregar su vida sin luchar?

El aire se espesó.

—Rafael no midió correctamente los riesgos. Debía ejecutarlo en una zona más apartada, fuera del alcance de…

Corteza de Roble levantó los brazos y se descubrió la cara. Apenas le quedaba piel que no hubiera sido tomada por las ramificaciones, pero su pérfida mirada logró abrirse paso entre aquella maleza haciendo que Miguel se viera obligado a retirar la suya.

—¡Mírame!

Vlade Ilić notaba cómo aquellas pupilas enormemente dilatadas absorbían toda su vitalidad como dos enormes agujeros negros devorando planetas enteros en el universo.

—Una negligencia impropia de mi primera espada. La Congregación de los Hombres Puros vive porque no existe. Así ha sido, así es y así debe seguir siendo durante el paso de los siglos. Esa es la labor principal que se le encomienda al Gran Maestre: «Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo». Pero no es eso lo que más me irrita. ¿Acaso no te pareció relevante el hecho de que uno de tus hermanos te traicionara? ¿En ningún momento pensaste que yo habría querido conocer los motivos que le llevaron a pudrirse por dentro? Uriel era el más veterano de mis arcángeles y ya nunca sabremos qué fue lo que le llevó a corromper su alma.

Miguel resolvió que no era el momento de amedrentarse.

—El informe de De Bruyn, Gran Maestre. Conocer al detalle el alcance de nuestra organización fue lo que lo corrompió. De hecho, traté de trasladarle mis preocupaciones la última vez que lo visité —expuso con tono firme obviando repetir las palabras con las que Corteza de Roble calificó la filtración: «un problema menor».

—En menos de un año has perdido a tres de tus seis hermanos y sin

Damocles no tenemos posibilidad de sustituirlos inmediatamente. Nunca hemos sido más débiles que ahora y los custodios no van a dejar pasar la oportunidad de denunciarlo en la próxima reunión de la Asamblea. ¿Tengo que repetirte que son muchos los que ambicionan vestirse con la túnica de Dante?

—Eso nunca ocurrirá mientras yo siga a su lado. Mi lealtad es inquebrantable. Todavía no he podido trabajar en rehacer nuestra estructura, pero me pondré con ello en cuanto pase el acto de purificación. Además, tengo algo que va a ser del agrado de los custodios.

—La arpía del pelo rojo —dijo sin demasiado entusiasmo.

Cerbero le había estropeado la sorpresa. Miguel deseó con todas sus fuerzas hundirle la espada en el estómago y pisotearle las tripas desparramadas ante sus ojos.

—Guárdate tu odio para nuestros enemigos, Miguel. Todavía te queda trabajo por hacer.

El arcángel se mantuvo a la expectativa.

—Quiero que Altarf pague por su vanidad. Él fue quien destapó el secreto de Budapest a otros guardianes y este ha sido el hilo que han seguido para mostrarnos nuestras debilidades, para demostrarnos que no somos impunes.

—Me encargaré personalmente.

—No. Quiero que lo haga Gabriel, tú partirás conmigo esta misma madrugada, como estaba previsto. Albergo la esperanza de poder encontrarme con tu espíritu y reconducir tus erráticos pasos. Entretanto, únete a mí en la meditación, despójate de tus miedos.

Corteza de Roble extendió su brazo cubierto de raíces hacia el arcángel en un claro gesto de reconciliación. La extremidad le temblaba por el peso de las protuberancias verrugosas, pero se esforzó en mantenerla erguida para ofrecérsela a su arcángel mayor. Este no supo cómo reaccionar, pues el primer impulso solo contenía repugnancia. Tras superarlo, eligió un apéndice robusto temiendo que chascara como una rama seca. Era duro y áspero al tacto, pero a la vez esponjoso y laxo ante la presión.

Miguel dejó que una sensación contradictoria lo invadiera y, admitiendo la cautivadora atracción que Corteza de Roble ejercía sobre él, se sumió en un estado meditabundo.

Cuando salió de él ya tenía decidida la respuesta que le iba a dar a Flegias, tan solo esperaba poder mantenerla oculta de la mirada omnipresente de Corteza de Roble.

Palacete de Zoltán Szabó (Budapest)

Se bajó del vehículo arrastrando el peso de las órdenes que acababa de recibir de Cerbero mientras cenaba, como cada jueves, en su restaurante favorito de la ciudad. La llamada a punto estuvo de estropearle el segundo plato, pero lo que no pudo salvar fue la habitual caminata nocturna que solía hacer con la excusa de bajar el postre por la zona verde más tranquila de la ciudad: isla Margarita.

Según le había informado su custodio, el Gran Maestre solo quería una doncella y, puestos a elegir, prefería a la mujer de pelo rojo que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado a la organización. Por tanto, a menos de veinticuatro horas para que tuviera lugar el acto de purificación, tenía que deshacerse de la muchacha que él se había encargado de seleccionar, pagar, ocultar y mantener sana hasta la fecha señalada. Matarla no era el problema y menos aún en ese estado de semiinconsciencia en el que se encontraba, pero desembarazarse del cadáver siempre conllevaba un riesgo, que ahora debía asumir él en solitario, sin implicar a ninguno de sus hombres para evitar futuras filtraciones. Así, cuando salió del restaurante, no le quedó otra opción que decirles a Vilmos y Ádám que se retiraran hasta el día siguiente.

Malhumorado, entró en la villa que un día habitaron sus bisabuelos y que hasta la fecha no se había decidido a vender por motivos sentimentales. Pasó por el escritorio de la biblioteca para coger la pistola y subió las escaleras que llevaban a la última planta abuhardillada donde había mandado habilitar la estancia para la doncella, ahora ocupada por dos inquilinas. Desplazó la placa que hacía de mirilla, pero dentro había tan poca luz que resultó inútil tratar de atisbar algo más allá de esos dos bultos tirados en el suelo. Accionó la palanca para abrir el pestillo que bloqueaba la puerta y tiró de ella. La iluminación del corredor penetró sutilmente en el cuartucho mientras él permanecía inmóvil esperando la reacción de sus huéspedes.

Solo una se movió, la que no había bebido agua durante las últimas horas para mantenerse despierta, aunque Zoltán Szabó no era conocedor de ese detalle. Su compañera, bajo los efectos de la glutetimida, permanecía en estado de letargo.

Erika hizo fuerza con las palmas para alzarse. Se notaba escasa de fuerzas e instintivamente reculó hasta apoyar la espalda contra la pared sin quitar la vista del intruso. En cuanto sus pupilas se acostumbraron a la luz reconoció el rostro de Altarf, el hombre que debía llevarlos hasta Cerbero.

—¿Y tú eres la responsable de tanto quebradero de cabeza? —preguntó Szabó con aire incrédulo—. Las Sagradas Escrituras están en lo cierto cuando nos advierten de las múltiples apariencias bajo las que se puede esconder el Maligno.

—Tiene gracia que lo diga alguien que ejecuta niñas en un ritual

satánico —repuso ella. Su voz sonaba débil y su tono cansado.

Szabó dejó escapar una risotada que fue ganando intensidad mientras recortaba la distancia con Erika.

—No te equivoques, pequeña. El acto de purificación es un ritual que, bajo variadas denominaciones, se remonta en el tiempo mucho antes de que Jesucristo se hiciera carne. El sacrificio humano forma parte de muchas culturas, pero poco tiene que ver con el hecho de honrar a los dioses. Poder, de eso se trata. De demostrar el poder que ejercen unos pocos sobre el resto. Y eso, querida, es consustancial a nuestra raza.

—Y una mierda, cabrón. Es propio de mentes degeneradas como la tuya, que disfrutan saboreando el sufrimiento de los demás.

—¿Así fue como convenciste a Uriel? ¿Con esos argumentos bucólicos de cuento de hadas?

—A Uriel no hizo falta convencerlo. Él extrajo sus propias conclusiones cuando descubrió que trabajaba para un puñado de asesinos de mierda.

—Sí. He oído que el Vaticano está valorando la posibilidad de canonizarlo ahora que ha subido a los altares —ironizó.

El guardián de la Congregación interpretó con acierto la repentina expresión afligida que se adueñó de la cara de Erika.

—¡Oh! Lamento mucho que te hayas enterado así. Quizá te guste saber que antes de morir desangrado como un cerdo se llevó por delante a Rafael.

Ella no contestó.

—Te voy a dar otra buena noticia: has sido elegida. Vas a tener el honor de ser nuestra doncella, sí. Por tanto, esta ya no nos sirve y ahora tengo que tirarla a la basura —dijo fingiendo estar apenado al tiempo que movía el arma.

Repentinamente, Erika se abalanzó sobre él avanzando a cuatro patas, pero un fuerte tirón en el cuello le hizo saber que la longitud de la cadena no le iba a permitir alcanzar su objetivo. Sin cejar en su propósito, se incorporó sobre sus rodillas y estiró los brazos al máximo atrapando el aire que se interponía entre ella y Zoltán Szabó. El guardián disfrutó del momento hasta que se cansó de escuchar aquellos gruñidos desesperados. Entonces levantó la pierna y con la suela del zapato la devolvió al lugar de origen haciendo que se golpeara violentamente en la parte posterior de la cabeza.

—¡Vamos, fierecilla, inténtalo de nuevo! —la retó cobardemente—. Creo que en cuanto termine con esta subiré a divertirme un rato más contigo.

Aturdida en el suelo, Erika no lograba enfocar bien a su agresor. Desde su posición distinguía nítidamente la silueta del guardián pero tenía la sensación de que había algo a la espalda de este que antes no

estaba.

Una estatua de mármol.

Una estatua de mármol viviente.

Szabó tiró hacia atrás de la corredera, quitó el seguro y se giró hacia la muchacha que seguía inmóvil, ajena a todo lo que estaba ocurriendo. El guardián se aseguró de que Erika seguía mirando antes de levantar el brazo derecho para apuntar a la cabeza de la primera doncella, pero ni siquiera llegó a alcanzar los cuarenta y cinco grados. Se detuvo cuando se dio cuenta de que él no era el centro de atención, sino el espacio que tenía a su espalda. Al girarse se topó con dos iris carentes de melanina tras los que se podía ver una infinita y enrojecida red de vasos capilares. Ensimismado, apenas sintió el pinchazo en el cuello. La estatua de mármol viviente le arrebató el arma con un movimiento más propio de una bailarina que de una talla marmórea. Aquel alarde de virtuosismo contrastó con la vulgaridad de los espasmos y convulsiones que Zoltán Szabó practicaba en el suelo bajo los efectos del cóctel de cloruro de potasio, tiopental sódico y bromuro de pancuronio que corría por sus venas. Repentinamente se detuvo, como un juguete al que le hubieran quitado las pilas, conformando una postura tan ridícula que, de estar aún vivo, moriría de vergüenza.

Erika se centró entonces en la otra presencia y la descubrió examinándola a ella, observándola de la forma en la que observan las estatuas de mármol pero con aire curioso, podría decirse que humano, como si aquella fuera la primera vez que se topaba con un mortal. Pasados unos segundos, agarró por los tobillos al difunto y lo arrastró fuera.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Erika tuvo que hacer el esfuerzo de discernir si aquel pasaje había sido fruto de la conmoción o había sucedido realmente. Agotada, cerró los ojos y se dejó envolver por el efecto balsámico de las tinieblas.

Se había dejado guiar por su instinto para llegar hasta allí arriba, pero antes fue la rutina de Zoltán Szabó la que le atrajo hasta aquel palacete abandonado. Tenía que ocurrir una verdadera desgracia para que el guardián de la Congregación no acudiera un jueves por la noche al restaurante Gundel, en Pest. Y si de algo le sirvieron a Ólafur Olafsson sus dieciocho años de experiencia en la Real Policía del Úlster fue para consagrarse como un experto en los servicios de vigilancia. Sabía esperar, pero, sobre todo, seguía rigurosamente el factor clave que tantas veces repetía su instructor: estar sin estar. Su idea primaria consistía en seleccionar un lugar donde asaltarlo y, una vez sometido, abrir el arca de la sinceridad para que le confesara

dónde retenían a Erika. Incluso había elegido el elemento que iba a utilizar. Jaap lo llamaba la flor. El artilugio construido en bronce tenía forma de pera, medía diez centímetros de largo por ocho de diámetro en su parte más ancha y su funcionamiento era bien sencillo: se introducía en la boca con la precaución de dejar fuera la parte más estrecha, en la que se localizaba el mecanismo que, al accionarse, hacía que se abrieran los pétalos. La expansión provocaba daños severos en la cavidad bucal y, dependiendo de la profundidad a la que se introdujera, la muerte. Para conseguir el efecto deseado había que mostrar su funcionamiento un par de veces al interesado para que él mismo reconstruyera el efecto. Con cierto esmero, también podía introducirse en otras cavidades menos dignas, donde, según testimonio del danés, la eficacia de la flor estaba totalmente garantizada. A partir de ahí, valoraba incluso la posibilidad de acudir a la policía o lo que hiciera falta y fuera necesario para arrancarla de las garras de la Congregación.

Lo vio entrar pero no salir y, tras superar un nuevo intervalo de espera que terminó superándolo a él, resolvió que tenía que arriesgarse a infiltrarse en aquella mansión con la esperanza de agarrar por sorpresa a Szabó. Se lanzó al asalto empuñando una Glock 31 y con la flor en el bolsillo.

Lo que no se podía esperar era que tras esa plancha de metal oxidado se fuera a encontrar con ella.

—¡Erika! —gritó susurrando—. ¡Erika! ¡Estás aquí! ¿Estás bien?

—¡Ólafur! ¿Eres tú?

—¡Soy yo, pequeña, soy yo! Baja la voz. ¿¡Dónde está ese hijo de perra!? —preguntó mientras trataba de despabilarla sin quitar ojo de la puerta.

—Se lo ha cargado ella —le pareció entender.

Ólafur dedujo que estaba bajo los efectos de alguna droga.

—Szabó, ¿dónde está Szabó? —insistió—. Le he visto entrar, tiene que estar por aquí.

—Te estoy diciendo que se lo ha llevado ella. Szabó ha venido a matarla —señaló a su vecina de confinamiento—, pero ha aparecido una estatua, le ha inyectado algo que lo ha dejado tieso y se lo ha llevado. Eso ha pasado.

Ólafur hizo un esfuerzo por comprender lo que decía Erika al tiempo que comprobaba el grosor de los eslabones de la cadena, la solidez del collar que le aprisionaba el cuello y la firmeza del anclaje a la pared.

—Ya. Luego me lo explicas. Ahora tengo que encontrar la forma de sacarte de aquí —dijo mientras rebuscaba mentalmente entre los artilugios que contenía el arca de Jaap Keergaard. Encontró unas tenazas, pero eran demasiado pequeñas porque habían sido pensadas

para otras funciones.

—Si esto fuera una peli americana, dispararías a la cadena y listo —bromeó Erika.

—Tú tranquila, que yo te saco de aquí.

—Ólafur, escucha…

—Déjame pensar, Erika.

—Escúchame, por favor —le rogó agarrando su mano entre las de ella. El islandés adoptó el semblante de un bulldog, arrugado, de triste fiereza, de fiera tristeza.

—Mira…, va a ser imposible que me saques de aquí y, al margen, ahora se nos presenta una gran oportunidad.

—¿Qué oportunidad? ¿De qué hablas?

—Soy la invitada principal de la fiesta que tienen montada estos malnacidos. No va a pasarme nada hasta que tenga lugar el acto de purificación.

—¡No, no, no, no! Erika, estás más loca de lo que pensaba si crees que te voy a dejar…

—Por favor, atiéndeme. ¡Por favor! Ahora no podemos echarnos atrás. Piensa en Sancho, en Jaap y en todas las chicas como esta que van a caer en manos de la Congregación si no conseguimos pararles los pies.

Ólafur se incorporó súbitamente y comenzó a caminar en círculos propinándose golpecitos en la cabeza con la culata de la pistola, apretando los dientes, murmurando expresiones en su lengua materna.

—Alguien vendrá a buscarme y ahí estarás tú para seguirnos hasta el lugar donde se vaya a celebrar. Es la única forma que tenemos para averiguarlo, Ólafur. Tú y yo les vamos a joder la romería. ¿Cómo era ese refrán que me dijo Sancho? —Trató de recordar—. ¿Te acuerdas? ¡Eso es! A las romerías y a las bodas van las locas todas.

Ólafur intentó reírse.

—Todavía no son conscientes del error que han cometido invitando a esta loca a su fiesta —expuso Erika verbalizando su último pensamiento.

—Es demasiado arriesgado, Erika, demasiado. Pueden ocurrir infinidad de circunstancias que ahora no somos capaces de prever. ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Lo sé muy bien. Ven aquí —le pidió estirando los brazos.

Y Ólafur fue. La abrazó como si nunca hubiera abrazado a nadie, sin querer despegarse de aquel reducido cuerpo, deseando que el tiempo se detuviera para siempre.

—Tienes que marcharte. Ya te has aprovechado bastante de la situación ¿o crees que no me he dado cuenta? —bromeó ella.

—No voy a permitir que te suceda nada malo, te lo prometo.

Erika le agarró de la camiseta, lo atrajo hacia sí y lo besó en los

labios.

No se escucharon más palabras en aquella improvisada celda, solo el sonido burdo y conciso del pestillo.

Ya en el interior del vehículo, acariciando a Karatu con la mirada al frente y sin pestañear, Ólafur no parecía un bulldog, parecía un dóberman.

CUCHILLO DE PALO

Exterior del palacete de Zoltán Szabó
Városligeti fasor, 13 (Budapest)
Junio de 2013

Había mantenido a raya a la jauría con periódicas pero moderadas raciones de *bourbon* que le permitían estar atento y sereno. Combatía la modorra a base de cafeína y evitaba mirar a Karatu, que, tumbado en los asientos traseros del coche, dormitaba plácidamente. Solo escuchar su respiración, cadenciosa y laxa, era una empecinada invitación a dejarse vencer por el sueño.

No dejaba de preguntarse si el acto de purificación se celebraría coincidiendo con el solsticio, cuyo horario astronómico estaba fijado a las 5:04, o no. Pero, sobre todo, especulaba sobre qué haría cuando llegara el momento. La prioridad era asegurarse de no perder contacto visual con Erika y si de algo estaba seguro Ólafur Olafsson a las tres menos ocho minutos de la madrugada del día 21 de junio era de que, desde que él había salido de la casa, nadie había entrado.

Agitó el termo para comprobar cuánto le quedaba y, como por arte de magia, la agitación se contagió a su organismo. El truco residía en la limusina negra con cristales tintados que acababa de estacionar en un lateral del palacete.

—Una limusina, los hijos de puta. No parece que les importe mucho la discreción. ¡Despierta, Karatu, ya están aquí!

Dos tipos trajeados descendieron del vehículo y uno de ellos se apresuró a abrir el portón habilitado para la entrada de vehículos. Inmediatamente después apareció un tercer hombre con el pelo canoso y corte de teniente coronel de la Marina estadounidense que oteó el entorno más por costumbre que por desconfianza. Su constitución era un tanto quimérica: cuerpo de veinteañero y cabeza de cincuentón. Este se acercó al más alto de los dos y le dio instrucciones.

—¿Qué opinas, amigo? —le consultó a Karatu, que se había pasado al asiento del copiloto—. Ese cabrón tiene pinta de mandar. Apuesto a que esos dos monigotes han ido a buscar a Erika.

No tardó en aparecer la pareja de doncellas guiadas por los dos hombres trajeados. Iban ataviadas con una túnica oscura y capucha ancha que les cubría la cabeza por completo. Desde donde estaba, Ólafur no tuvo oportunidad de distinguir cuál de las dos era Erika.

—¡Ahí los tenemos! Nos ponemos en marcha.

Apenas había tráfico a esa hora de la madrugada, por lo que dejó que su objetivo se distanciara unos metros antes de meter la primera. Tratando de contener el ligero temblor que se había adueñado de sus manos, se preguntó qué estaría sucediendo dentro de la limusina.

—Mi nombre es Miguel y voy a ser vuestro acompañante en esta vuestra gran noche. Los efectos del psicotrópico de asimilación rápida que os acaban de administrar os ayudarán a superar el tránsito, pero debéis ser conscientes de que habéis sido elegidas para consagrar una ceremonia que se viene realizando desde que el ser humano entendió que estaba supeditado a las fuerzas de la naturaleza. Tu familia —le dijo a la muchacha de rasgos latinos— recibirá lo acordado y a partir de este día jamás volverá a sufrir penurias de ningún tipo. En cuanto a ti —se dirigió a Erika—, considéralo un premio como reconocimiento por tu empeño en perseguir a nuestra hermandad. He de reconocer que me habría gustado conocerte más a fondo, pero no me ha sido posible por falta de tiempo. Una pena.

Afectada por el opiáceo, Erika no era del todo consciente de lo que estaba sucediendo, mucho menos aún del significado de las palabras que el hombre que tenía frente a ella estaba pronunciando tan dulce y cortésmente. Se sentía bien, liberada, como si estuviera fuera de su cuerpo, despojada del peso de la propia voluntad, excarcelada de sí misma.

—No tardaremos en llegar a la iglesia de Matías. Allí os vestirán y prepararán adecuadamente. El Gran Maestre ha dispuesto un ritual diferente para conmemorar sus veinte años al frente de la Congregación y me ha insistido en que os haga partícipes de la importancia que tiene para él.

Embelesada, Erika prestaba atención como una niña que escucha boquiabierta un cuento de hadas de su abuelo.

—El templo fue levantado por san Esteban, primer rey húngaro, pero fue otro rey, Matías Corvino, el que entregó su alma para que tuviera el maravilloso aspecto que vais a ver. Matías llegó a ser custodio de la Congregación de los Hombres Puros, aunque antes se llamaba de otra forma que ahora no recuerdo. Nos han conocido de muchas formas, pero el manual se ha mantenido inalterado. Se dice que Cerbero, el hombre al que queríais llegar —le dijo a Erika—, es descendiente directo de Matías Corvino, pero yo creo que no son más

que habladurías.

Erika sonrió al reconocer el puente de la Libertad a través de los cristales tintados. Mientras lo cruzaban en dirección a Buda creyó escuchar en su cabeza un susurro de advertencia, pero enseguida enmudeció eclipsado por la voz del arcángel Miguel.

—Pero, sin duda, lo que más os va a impresionar es lo que hay bajo sus cimientos. Yo lo conocí ayer y me quedé absolutamente maravillado. Aquí lo conocen como el laberinto del castillo de Buda y lo más curioso es que está abierto al público. Una parte —aclaró—. Son mil doscientos metros de galerías, pasadizos y cuevas subterráneas, todo creado de forma natural por las aguas termales que abundan en esta ciudad. Es obra de las fuerzas vivas de la naturaleza. Un espacio único en el mundo. Existen pruebas de que el hombre lo ha habitado desde la prehistoria. Con el paso de los siglos se le ha dado muchos usos, como almacén, prisión o cámaras de tortura, y se dice que aquí pasó encerrado muchos años el príncipe Vlad Tepes. Pero quizá os suene más Vlad el Empalador. ¿Ya sabéis de quién os hablo?

Ninguna contestó, pero Miguel se divertía igualmente.

—¡Hay que leer más! Es el nombre real del que inspiró la leyenda del despiadado conde que empalaba a sus enemigos y se bebía su sangre. Al igual que su padre, él pertenecía a la Orden del Dragón, que en su idioma se pronuncia Dracul, y su historia inspiró a Bram Stoker para crear al personaje del conde Drácula. Se especula con la posibilidad de que un antepasado de Corteza de Roble perteneciera a la Orden del Dragón y quizá por ello ha querido celebrar aquí sus veinte años de mandato, qué se yo. Y ahora os voy a contar otro secreto que no debéis desvelar jamás, ¿entendido? —dijo dramatizando el momento al tiempo que bajaba el tono de voz. El arcángel mayor se estaba divirtiendo—. No cumplirá los veintiuno…

—Ya estamos llegando —anunció el chófer.

La había visto muchas veces, pero aquella le causó más impresión que la primera. La torre principal que nacía de la fachada oeste emergía como una punta de lanza que hubiera atravesado la oscuridad. Los azulejos vidriados que revestían el tejado le hicieron pensar que aquel edificio neogótico formaba parte de un decorado de película de fantasía.

Y, en parte, no se equivocaba.

Una mueca de incredulidad se cinceló en el rostro de Ólafur Olafsson. Había logrado seguir a la limusina hasta la otra parte de la ciudad, pero al llegar a las calles aledañas al recinto del castillo de Buda esta se detuvo frente a un control policial y, tras unos segundos, prosiguió

su camino. Superado el instante de indecisión, el islandés se aproximó conteniendo el aire en sus pulmones, como queriendo evitar que aflorara su ansiedad. Al llegar a la altura del primer uniformado bajó la ventanilla.

—Buenas noches, agentes. Tengo que pasar —expuso sin más.

—¿Es usted residente?

—No, pero tengo que pasar —insistió.

—¿Es usted del equipo de rodaje?

Ólafur no supo qué decir.

—Lo siento, pero todo el recinto del castillo está acotado desde las doce de esta noche hasta las ocho de la mañana. Llevamos varios días informando de esta circunstancia. Están grabando una escena en la iglesia de Matías y tenemos orden de no dejar pasar a nadie que no sea residente o no pertenezca al equipo de producción de la película, como los señores que acaban de subir.

—Una película —repitió bloqueado.

—Eso es, pero ya nos han dicho que no contratan a más figurantes —bromeó—. Dé marcha atrás allí —le indicó— y baje por la calle paralela. Buenas noches y disculpe las molestias.

El islandés no contestó, enmudecido al ver que el rastro de las luces traseras de la limusina se perdía en la oscuridad.

Se detuvo antes de ingresar en una zona acotada con vallas e iluminada con focos halógenos de gran potencia. Las cámaras montadas en grúas móviles y trípodes completaban con notable acierto el paripé cinematográfico.

Miguel no consiguió retener la risa cuando abrió la puerta a las condenadas con impostada galantería.

—Aquí están las estrellas. Hoy seréis vosotras las protagonistas. ¡Adelante, disfrutad del momento!

Erika salió la primera. El exceso de lúmenes superaba con creces la tolerancia de sus pupilas, a pesar de tenerlas contraídas por los efectos que ejercían los opiáceos en el sistema nervioso central. La disforia imperaba en aquel letargo inducido en el que estaba sumida, del cual ni siquiera era consciente.

—Vamos, nos están esperando.

Ellas lo siguieron sumisas hasta la Portada de María. Allí los esperaba un hombre ataviado con una túnica de tisú de plata bordada en hilo de oro y cubierto con una intimidatoria máscara de fauno cuyos cuernos eran desproporcionadamente grandes.

—Os dejo a cargo de Cerbero, obedecedlo en todo lo que os diga. Yo os veré luego. Aquí le entrego a sus corderillos, señor. Les veré abajo —se despidió Miguel sin ningún entusiasmo.

—Acompañadme —las invitó este con un versallesco movimiento del brazo—. Cubríos y bajad la cabeza.

Las notas de un órgano tubular, prolongadas, inmortales, parecían querer regocijarse en la excelente acústica con la que habían dotado al templo. El exceso de luz artificial proveniente del exterior se filtraba a través de las vidrieras laterales y el rosetón principal resaltando el colorido de la pintura que adornaba las paredes, los pilares y el techo. Las escenas bíblicas, motivos geométricos y demás imaginería parecían cobrar vida. El templo lucía con esplendor inusitado.

Caminaban por la nave central en dirección al altar mayor de forma acompasada, concentradas, pasando junto al púlpito —un antiguo mimbar heredado de la época de ocupación musulmana— sin reparar en su belleza, como si lo hubieran ensayado mil veces. Cuando los pies de Cerbero interrumpieron el paso, Erika alzó fugazmente la vista. Fueron unas décimas de segundo, las suficientes para que una descarga eléctrica le recorriera la columna vertebral desde el coxis hasta su adormilado hipotálamo. Sentados en la sillería del coro aguardaban inmóviles decenas de faunos y sátiros vestidos con idénticas túnicas negras de terciopelo; bordadas para los custodios, lisas para los guardianes. Organizados jerárquicamente en dos filas enfrentadas entre sí, daba la sensación de que formaran un todo con los estalos, recostados en los baldaquinos de sus asientos, inertes, pero con los ojos exuberantes de impaciencia. De entre todos ellos, un guardián llamado Sextans empezaba a notarse alterado.

La música cesó. Cerbero se colocó en medio de las mujeres y recogió las manos a la altura del pecho antes de dirigirse a los presentes. Lo hizo en latín, según dictaba la fórmula de bienvenida del acto de purificación. Murmuraba más que hablaba. Cuando terminó, las puertas de una capilla lateral se abrieron y un guardián de nombre Apus indicó a sus compañeros el camino que tenían que seguir. Ordenadamente, los guardianes y custodios fueron abandonando sus asientos para formar una fila que, lentamente, fue desapareciendo en la capilla lateral. En un principio estaba previsto que Altarf hiciera las labores de guía hasta la Cámara de Salomón, pero, lamentablemente, el día anterior lo habían encontrado muerto en su cama, víctima de un repentino ataque al corazón.

El caprichoso destino hará que ese título de guardián vaya a parar a manos de Benjamin Harding, un norteamericano perteneciente a la NSA que, muchos años más tarde, reciclaría aquellas prácticas para conformar su propia Asamblea y dirigir los designios del cadáver del planeta tras la Guerra de Devastación Global.

Pero esa ya es otra historia.

Apus, como sustituto de última hora que era, se había instruido en secreto y a marchas forzadas en el itinerario que habrían de seguir a

través del laberinto. Había memorizado la ruta un millón de veces, las mismas que había deseado no equivocarse ni una sola vez. Tras un tapiz que cubría la pared opuesta al oratorio se ocultaba el acceso a la cripta que hacía las veces de antesala del laberinto. Treinta y tres escalones se adentraban en la oscuridad tímidamente horadada por la luz de las velas que descansaban en el pasamanos.

El cortejo lo cerraba Cerbero escoltando el infausto pero sosegado deambular de las doncellas.

El miedo disuelto en sudor empapaba la espalda de Ólafur con cada segundo transcurrido de un reloj que corría en su contra.

Había dejado el coche en la zona alta del recinto del castillo a cargo de Karatu, que, obediente, le dedicó una mirada triste de despedida. Sin perder en ningún momento la referencia que suponía la torre de la iglesia de Matías, atravesó a pie una zona verde exenta de controles policiales que limitaba con el Bastión de los Pescadores. Escalar el nudoso tronco del árbol no fue tan complicado como el aterrizaje en la terraza de una de las siete atalayas que representan las siete tribus magiares. Parapetado tras la estatua ecuestre de san Esteban, examinó el perímetro empuñando la Glock 31, muy dispuesto a usarla si fuera necesario.

Circunstancia que no iba a tardar en presentarse.

No divisó a nadie, pero igualmente corrió los quince metros que le separaban de los muros del templo cristiano y buscó las zonas de sombra que le proporcionaban los salientes del ábside. Desplazándose lateralmente alcanzó una puerta secundaria que, tal y como le anticipaba su sentido común, se encontró cerrada. Exprimiendo al máximo su tozudez, llegó hasta otra entrada de mayor calado, que para su sorpresa encontró abierta. A pesar de que el corazón le pedía acción inmediata, no se precipitó. Asomó el bigote antes de pisar suelo sagrado y enseguida detectó el movimiento de un hombre trajeado que caminaba despacio hacia el tríptico gótico que embellecía y cerraba el hemiciclo de cabecera.

«A algún sitio irá», pensó.

Era su única baza. Se descalzó y ocultó la pistola bajo la camisa al tiempo que emprendía la sigilosa persecución. A unos diez metros de distancia, su presa extrajo un manojo de llaves del bolsillo y modificó la trayectoria. Ólafur no sabía muy bien qué propósito tenía su plan, pero era un plan y tenía que ejecutarlo ya. Aceleró el paso antes de elevar la voz.

—Disculpe, caballero.

El hombre se volvió asustado. Su desencajada expresión de sorpresa no impidió a Ólafur reconocerlo como uno de los tipos que habían ido

a buscar a Erika y quizá por ello resultara tan violento como efectivo el golpe que le dio en la sien con la culata. Atolondrado, se tambaleó llevándose las manos a la cabeza, hecho que el islandés supo aprovechar para castigarle duramente la bolsa escrotal con el empeine. Al doblarse dejó desprotegida la nuca, donde descargó otros dos culatazos.

El traje se arrugó sobre la superficie alfombrada.

—Muchas gracias, hijo de puta —le dijo mientras recogía el manojo de llaves del suelo.

Sin recrearse en su obra, Ólafur entró en la capilla.

El tapiz que seguía retirado le indicó el camino a seguir. El encargado de volver a colocarlo no había llegado a cumplir con su cometido.

—Ya voy, pequeña, ya voy.

La procesión masónica progresaba en completo silencio entre los estrechos pasillos excavados en la roca. Habían repartido lámparas de aceite con las que apenas conseguían alumbrar la espalda del hermano que les precedía. Uno de ellos, Sextans, se las había arreglado para ocupar uno de los últimos puestos con el propósito de controlar a Cerbero y a las doncellas, pero lo que no lograba controlar era el ritmo frenético de su respiración, desbocada desde el momento en el que fue consciente de que se iban a adentrar en la profundidad de la tierra.

Erika se encontraba cómoda en ese estatus de desventura aséptica. Era consciente de que su vida corría peligro, pero no era algo que le preocupara en absoluto. Se conformaba con flotar eternamente en aquella nube, dichosa, desprendida de lastres, inmune a todo.

Las etapas de aquella ruta subterránea se repetían en un bucle inagotable en el que se sucedía la misma secuencia. Pasadizos estrechos y húmedos que confluían en salas abovedadas de las que partían tres corredores, de los cuales solo uno era el correcto si se quería llegar a la Cámara de Salomón, donde ya les esperaba el Gran Maestre. Un leve susurro que se transmitió como la pólvora desde la cabecera hasta el final solo podía indicar una cosa: por fin habían llegado.

A tientas. Así trataba de avanzar Ólafur Olafsson, apostándolo todo al contacto de las yemas de los dedos con la fría roca que revestía aquel condenado laberinto.

Había tratado de iluminar el camino con la linterna del móvil, pero la batería no le había durado más de un minuto, agotada después del

tiempo transcurrido desde que saliera de casa con la esperanza de encontrarse con Zoltán Szabó en aquel restaurante.

La desesperación hizo acto de presencia. La oscuridad lo llenaba todo y las imágenes en blanco y negro del acto de purificación que tenía grabado en su memoria no dejaban de atormentarlo. Veía el rostro relajado de aquella niña declarada doncella, entregada plácidamente a su trágico final antes de deshacerse en una mueca desgarradora cuando le hundieron la daga en el abdomen para extraerle las entrañas.

Más pared. Roca fría y húmeda. Pared. Solo pared.

Desorientado.

Desorientado y bloqueado por la angustia.

Y así, desorientado, bloqueado por la angustia y derrotado por aquellas terribles escenas, gritó el nombre de Erika.

Pero la oscuridad no respondía.

El islandés liberó otro alarido que estuvo cerca de superar la capacidad de sus cuerdas vocales. Como recompensa a la hazaña, surgió de la nada un chorro de luz que parecía querer encontrarse con el causante de tales berridos.

Y cuando lo encontró lo premió con disparos.

El instinto le hizo arrojarse al suelo y reptar huyendo del haz de una linterna. Tumbado, sacó su arma y apuntó unos centímetros por encima del germen luminoso. Apretó cuatro veces el gatillo. La parálisis repentina de la luz, fija en un punto del techo, precedió al sonido metálico de un objeto rebotando contra el irregular pavimento. El islandés dejó pasar unos segundos antes de aproximarse sin dejar de apuntar al objeto que había quedado tendido en el suelo.

La sangre se escapaba por los cuatro agujeros del traje arrugado.

—Muchas gracias, hijo de puta —le agradeció de nuevo al recoger la linterna del suelo.

Ya veía dónde estaba, ahora solo tenía que averiguar hacia dónde iba.

En la Cámara de Salomón estaba concluyendo la ceremonia de pleitesía, durante la cual cada guardián y custodio recitaba la fórmula de presentación con el Gran Maestre.

—¿Quién sois? —preguntó Corteza de Roble al penúltimo de los asistentes, arrodillado ante el Gran Maestre con la cabeza agachada en señal de sumisión.

—Gerión, mi señor, custodio de esta gran logia.

—¿Sois compañero masón?

—Lo soy.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Gerión, compañero masón?

—La purificación de las almas.

—¿Y qué buscáis?

—Busco el remedio, mi señor.

—Aquí lo tenéis.

El Gran Maestre depositó a Sagitta en las palmas de sus manos, la daga con la que debían sacrificar a la doncella. Corteza de Roble, completamente cubierto con la túnica de Dante, había adoptado una pose eminente que contrastaba con la sencillez del solio de piedra en el que estaba sentado —conocido como el trono de Ezequías—, flanqueado por dos columnas dóricas y sobre un podio que levantaba treinta y tres centímetros del suelo. A su derecha, bajo una máscara de sátiro con rasgos pícaros, se encontraba Miguel empuñando su espada flamígera. Detrás de ellos, aderezando el decorado, una gran tela blanca oscurecida por el paso del tiempo con el emblema de la Congregación de los Hombres Puros bordado en el centro. La imponente presencia de la Boca de la Verdad ejercía un efecto amenazante para los asistentes.

—¿Seré yo el comendador? —preguntó el custodio sabiendo de antemano la respuesta.

—Hoy no, pero eres bienvenido, Gerión, compañero masón.

—Ningún juez más justo que el autor de la obra.

—¡Ningún juez más justo que el autor de la obra! —repitieron al unísono.

—La unidad es el molde de toda obra de arte.

—¡La unidad es el molde de toda obra de arte!

—Que el Gran Arquitecto santifique este templo, purifique a la doncella, ilumine el remedio, purgue nuestras almas y guíe la mano del comendador.

—Alabado sea.

El último era Cerbero, el elegido para desempeñar el papel de comendador, quien debía oficiar el acto de purificación y sacrificar en último término a la doncella. Con él repitió el ritual hasta el punto crítico.

—¿Seré yo el comendador?

—¿Eres puro?

—Lo soy.

—¿Puedes demostrarlo?

—Puedo.

—Gnosis.

—Conocimiento.

—Germinación.

—Sabiduría.

—Generación.

—Firmeza.

—*Gaudeamus*.

—*Gaudeamus*.

—Alabado sea. Que el Gran Arquitecto guíe tu mano. Traed a la primera doncella.

Dos custodios la invitaron a levantarse del asiento corrido de piedra que ocupaba junto a la otra muchacha y la acompañaron hasta el altar: una gran plancha de mármol en la que se había esculpido un pentáculo y que se sostenía sobre los hombros de dos gárgolas con cabeza de perro. De cada esquina emergía una cruz griega con una argolla cuya función era amarrar con cuerdas las extremidades de la doncella durante el sacrificio. Los asistentes se dispusieron detrás dibujando una media luna para no entorpecer la lectura de Corteza de Roble.

—Desnudadla —ordenó Cerbero.

Erika sonrió al sentirse liberada completamente de lo material.

Sextans, perplejo y asustado, ganó posiciones sin llamar la atención de sus compañeros masones.

Necesitaba estar más cerca.

Aceite quemado.

Ólafur Olafsson se dejaba guiar por su olfato. Se había percatado de que había zonas que olían más y otras menos. Así, cuando llegaba a alguna de las salas abovedadas, escogía un corredor y lo apostaba todo a la pericia de su nariz. Si percibía que la intensidad disminuía, deshacía el camino y elegía otro hasta que volvía a encontrarse con el rastro olfativo. Así había ido avanzando en la dirección acertada, o eso creía el islandés.

Tenía la boca seca y seguía notando que algo le oprimía el pecho. Era el peso de un mal presagio, una corazonada horrible empeñada en provocarle un ataque cardíaco.

Respiraba como un búfalo.

—Aguanta un poco más, pequeña, que ya llego. Aguanta.

Bien atada de pies y manos sobre el altar, Erika tenía la mirada perdida en algún punto de fuga invisible que traspasaba los límites del techo. Cerbero se había colocado junto al ara y sostenía fervorosamente a Sagitta con ambas manos a la altura del pecho, con el filo apuntando hacia el suelo. Inclinó la cabeza hacia atrás y apretó los párpados antes de empezar a recitar la fórmula del sacrificio como corolario del acto de purificación.

—Gran Arquitecto, creador: santifica este templo en el que te demostramos la lealtad que esta logia te profesa.

—¡Santifícanos! —continuaron los presentes con devoción.

—Gran Arquitecto, creador: purifica a esta doncella, despójala de los metales para que pueda desvelarnos los misterios que en su interior encierra.

—¡Purifícanos!

—Gran Arquitecto, creador: ilumina el remedio para que favorezca la cátedra de nuestro Gran Maestre.

—¡Ilumínanos!

—Gran Arquitecto, creador: purga las almas de mis hermanos, hijos de la luz, para que sean dignos de portar tu blasón.

—¡Púrganos!

—Gran Arquitecto, creador: guía estas manos obedientes, que son las tuyas, en el ejercicio que se me ha encomendado.

—¡Guíanos!

Cerbero elevó muy despacio a Sagitta mientras repetía por segunda vez la última frase de la fórmula. Todos esperaban expectantes la tercera y última, la definitiva, momento en el que Sagitta penetraría en el abdomen de la doncella. Pero si uno de ellos se mostraba especialmente ansioso, ese era Sextans, que incluso había roto la formación de sus compañeros.

—¡Guíanos! —escuchó Ólafur por primera vez.

Paralizado en medio de la última sala abovedada, portando la linterna en una mano y la pistola en la otra, aguzó el oído para tratar de discernir cuál era el camino que debía seguir.

—Gran Arquitecto, creador: guía estas manos obedientes, que son las tuyas, en el ejercicio que se me ha encomendado.

—¡Guíanos!

Ólafur eligió el del centro y echó a correr mientras emitía un gruñido que era fruto de la más absoluta desesperación.

—Gran Arquitecto, creador: guía estas manos obedientes, que son las tuyas, en el ejercicio que se me ha encomendado —escuchó por tercera vez, más lejos.

No era por allí.

Se dio media vuelta y regresó sobre sus pasos, consternado.

El centro de las miradas de los presentes ya no era Sagitta, sino el arma que portaba un guardián que había interrumpido el clímax del acto de purificación. Los ojos del resto de hermanos masones se salían por fuera de las máscaras de faunos, sátiros y silvanos.

—¡Tíralo al suelo! ¡Ya! Tira el puñal o te prometo que te vuelo la puta cabeza.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó el Gran Maestre.

Miguel desenvainó la espada, aunque más como acto reflejo que porque estuviera pensando en intervenir. Su experiencia le decía que aquella no era la primera vez que ese guardián sedicioso empuñaba un arma. No pensaba intervenir. Fuera cual fuere la explicación que diera sentido a lo que estaba sucediendo, favorecía los intereses del proyecto que había esbozado con Flegias. Solo tenía que aguardar a que se presentara la oportunidad de escapar de allí.

—¡Cumple con tu cometido, comendador! —exigió Corteza de Roble señalando a Cerbero con sus apéndices ramificados.

El custodio reaccionó ante la orden explícita del Gran Maestre y elevó de nuevo los brazos.

Su magnífica túnica de tisú de plata bordada en hilo de oro no fue obstáculo para la bala del 38 Special.

El sonido del disparo venía del fondo del corredor, de eso no había ninguna duda. El corazón asomaba por la boca de Ólafur Olafsson, pero apretó los dientes siguiendo el haz de luz de la linterna hasta que este colisionó con una puerta.

Cuando logró abrirla estaba al borde del colapso.

Sextans se situó junto al altar amenazando a los presentes con el revólver, aunque ninguno de los pocos que no se habían arrojado al suelo aún parecía muy dispuesto a terciar en el asunto, dada la puntería demostrada por su hermano. Algunos habían ganado distancia y se agolpaban en las proximidades de la salida.

Sextans se agachó súbitamente para recoger a Sagitta junto al cuerpo de Cerbero, que se retorcía en el suelo sin emitir sonido alguno.

—¡El primero que se acerque recibirá el siguiente disparo! —gritó al tiempo que miraba a Erika. Su cuerpo podía estar allí, pero era patente que su conciencia no. Cuando iba a proceder a cortar la primera ligadura, un ruido que provenía de la puerta de acceso a la Cámara de Salomón lo sobrecogió.

—¡Hay que joderse! —fue lo único que dijo Sextans cuando vio entrar armado a Ólafur Olafsson con el rostro totalmente desencajado y emitiendo vocablos indescifrables. Sus rasgos faciales parecían haber sido tallados con gubias de ira, pulidos con lijas de angustia, barnizados de confusión y lacados por el agotamiento.

El cerebro del islandés no daba abasto registrando las imágenes que

recogían sus nervios ópticos: una suerte de templo excavado en la roca plagado por decenas de seres mitológicos, inmóviles sobre el suelo; Erika desnuda sobre un altar y un fauno portando la daga que tantas veces había visto en aquel vídeo en blanco y negro junto a ella.

Dos disparos al aire fueron suficiente para que los pocos que permanecían en pie imitaran a sus hermanos reptantes.

Todos menos el que estaba junto al altar. Un sátiro que empuñaba una espada flamígera. Durante unas milésimas de segundo el islandés se fijó en el tatuaje de su antebrazo derecho: un sol. El mismo que aparecía en el vídeo.

Inmediatamente se centró de nuevo en el guardián que sostenía la daga.

—¡Tira eso, maldito cabrón! —le ordenó Ólafur.

Miguel supo que aquel era el momento y su instinto hizo el resto.

—Ólafur, ¡soy yo, cojones!

El islandés creyó reconocer la voz de un amigo, pero no bajó el arma.

—Tranquilo, compañero —dijo Sextans aliviando el tono—. Voy a dejar esto aquí y me voy a quitar la máscara, ¿de acuerdo? —repetía incesantemente conforme dejaba el arma sobre el altar y tiraba con fuerza de uno de los cuernos.

Un fantasma pelirrojo.

Las neuronas del islandés se negaban a procesar más información y aquel momento de indecisión, eterno para unos, efímero para otros, fue lo que necesitaron algunos guardianes para arrastrarse hasta la puerta que Ólafur había dejado abierta tras su gloriosa irrupción.

—Apártate de ella.

El pelirrojo obedeció al tiempo que veía cómo guardianes y custodios abandonaban impunemente la Cámara de Salomón.

—¡Mierda puta, Ólafur, se escapan!

—Primero Erika —le exigió.

Sancho dudó, pero finalmente eligió no contrariar al dueño de la pistola que tenía a escasos centímetros de la cara. Invirtió más tiempo en cortar las ataduras dado que la soga estaba húmeda y que Sagitta había sido diseñada más como arma punzante que cortante. Cuando terminó la tarea bajo la atenta supervisión del islandés, los últimos hermanos masones ni siquiera se agachaban al salir.

—Se nos han escapado —se lamentó amargamente Sancho sabiendo que el equipo de intervención no iba a hacer honor a su nombre sin recibir la señal convenida—. ¿Cómo está?

—Muy drogada, pero viva. Pensé que no lo lograba, pensé que la perdía —confesó evidenciando el sufrimiento por el que acababa de

pasar.

—Ya está a salvo.

—Están a salvo. —Ólafur se refería a la otra mujer, que aún permanecía sentada en el banco, inmóvil, consciente de nada, ajena a todo. Como Erika—. Alcánzame eso —dijo señalando la túnica.

—¿Se puede saber cómo…? Es decir, ¿qué cojones hacéis aquí?

—Maldita sea, Sancho, se supone que tú estás muerto. Ya habrá tiempo para preguntas y respuestas —dijo vistiéndola—. Ahora ayúdame a sacarlas de aquí.

—¿Sabes cómo encontrar la salida? —preguntó intuyendo la respuesta.

—No, pero habrá que intentarlo. ¿Y este? —se preguntó comprobando con el pie el estado de Cerbero, que hacía rato que permanecía inmóvil sobre su costado derecho.

Sancho comprobó sus constantes vitales.

—Creo que uno de nosotros va a tener que tratar de salir de aquí. No es que me importe demasiado, pero a este cabrón no le queda mucho. Que no sea por no intentarlo.

—Ya. Puede que tengas razón.

El tiempo pareció congelarse en aquel templo ganado a la roca, nunca consagrado. Ólafur no se separaba de Erika, que seguía con los ojos abiertos y sin ver nada más allá del cristalino mientras que Sancho barruntaba algo al tiempo que examinaba a la otra joven.

—Ólafur, tengo que contarte algo antes de salir de aquí, no sea que me pase alguna desgracia y me tenga que llevar el secreto a la tumba. Es importante.

El islandés entendió que aquello que tenía que decirle no era baladí. Recostó a Erika sobre el altar y se preparó para recibir las buenas malas nuevas.

Que fueron mucho peor de lo que esperaba.

—¡¿Estás seguro de ello?! —preguntó el islandés todavía aturdido.

—Completamente.

—Ya —carraspeó—. ¿Sabes lo que eso implica?

—Sí, lo sé.

—El muy hijo de puta… Va a ser un golpe muy duro para Erika, tenemos que esperar a que esté totalmente restablecida. Acaba de salir de una depresión y, si se lo contamos…, podría hundirla para siempre.

—Tú mandas.

El islandés carraspeó con fuerza y caminó lentamente hasta el trono de Ezequías. Se sentó y se mesó el bigote.

—¿Cómo era ese maldito refrán? ¿Ese que un día me explicaste el significado?

El pelirrojo enarcó sus pobladas cejas.

—Como no me des más pistas…

—Ese que hacía alusión a los hijos y los padres, o algo así.
—De tal palo tal astilla.
—No, ese no. Otro.
—De casta le viene al galgo.
—Otro.
—Ni puta idea.
—Decía algo de una cuchara de madera…
A Sancho le nació una carcajada que creció y murió entre aquellas paredes de roca.
—Cuchillo de palo, querrás decir.
—Ese, ese. ¿Cómo era?

NOTA DEL AUTOR (PREVIA)

Estimada lectora o lector:

Como sabe, lo habitual es que, de existir, la nota del autor se la encuentre en las últimas páginas de una novela. Cuento con que ya se habrá percatado de que, tras esta, hay unas cuantas más. Permítame esta intrusión para exponerle brevemente por qué.

Es verdad que la trama de *Cuchillo de palo* concluye donde la he dejado, o casi, pero no es menos cierto que hay un hilo argumental que aún no le he contado y que he querido mantener oculto con el objeto de alimentar esa tensión que tanto me gusta compartir con usted. En cierta ocasión dije que los escritores tenemos la suerte de contar con una varita mágica cargada de tinta que nos permite realizar trucos —que no trampas— con palabras, con el fin de interactuar con esos que están al otro lado del papel o de la pantalla de un dispositivo de lectura. Si en algún momento ha sopesado la posibilidad de que este autor se hubiera deshecho de nuestro querido inspector pelirrojo, consideraré que he salido airoso en el intento. Así y todo, no estaba premeditado, créame. La idea me intoxicó la mente en la medida en la que fui avanzando en el argumento y decidí asumir ilusionado el reto ilusionista.

Dicho esto, convendrá conmigo en que no sería del todo honesto por mi parte que consintiera que su imaginación se encargara de tejer todo el ardid. Por tanto, le invito a que me acompañe de nuevo a Nigeria, al instante en el que Sancho es descubierto y Vincent Dare lo conduce hacia los manglares con el propósito de ajusticiarlo, y permita que se lo narre.

O mejor aún, que se lo cuente el pelirrojo directamente.

Disfrute del artificio.

Nos leemos, esta vez sí, al final.

César Pérez Gellida

NADIE MUERE DOS VECES

Sapele
Estado del Delta (Nigeria)
Junio de 2013

Caminaba cabizbajo, sumiso. Lo reconozco, mi mente se había rendido a su suerte y había abandonado aquel cuerpo sentenciado. No pensaba en lo cerca que habíamos estado de lograrlo y tal era mi capitulación que ni siquiera pensaba en cómo eludir la muerte. Consciente, pero bloqueado. Quizá esa fuera mi forma de reaccionar ante la derrota, aceptándola, como cuando el equipo contrario te ha ganado en buena lid. Enhorabuena y al tercer tiempo. Elegí resignarme con dignidad y, sumido en aquel estado contemplativo, empezó a sonar *The end,* de The Doors, en mi cabeza.

This is the end,
beautiful friend.
This is the end,
my only friend, the end
of our elaborate plans, the end
of everything that stands, the end.
No safety or surprise, the end
…

—Estamos bien jodidos —le escuché protestar a Vincent, que seguía mis pasos desde una distancia prudencial.

No me quedó más remedio que regresar.

—Algunos más que otros —respondí sin girarme, consciente de que nos estaban observando desde el ventanal del restaurante. No quería comprometerlo más—. La paliza ha resultado más que creíble, compañero. Seguro que algo has disfrutado.

—La otra opción era dejar que esa mujer albina de ojos rojos te ensartara en su espada. Y ahora… ¿qué hacemos?

—Nada. No podemos hacer nada. Te quedas solo en esto.

—Cinco años, Sancho. Llevo cinco malditos años esperando a que

llegara este día. ¡Ya lo teníamos, maldita sea, ya lo teníamos! —se lamentó.

—La Congregación de los Hombres Puros, ¿recuerdas que te hablé de ella en un par de ocasiones?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Resulta que esos tipos a los que llevas persiguiendo cinco años deben de formar parte de un ramal de la organización. ¡¿Cómo no me he dado cuenta antes?! —me pregunté desesperado.

—¿A eso se refería Bakare?

—Exacto. Todo lo que creemos haber destapado es solo la punta del iceberg. Tú sigues dentro, tienes que continuar con lo que has empezado. Cumple con tu cometido. Continúa revolviéndoles las entrañas. Yo ya no te sirvo. Encuentra a alguien de fiar a quien puedas acudir y sigue el rastro de Bakare; tarde o temprano te llevará hasta el siguiente en el orden jerárquico.

—¿Me estás pidiendo que haga lo que ellos quieren ver? ¡¿Has perdido la maldita cabeza?! Solo tengo que hacer una llamada a la policía y todo esto habrá acabado.

—Si aparece ahora la policía, ya puedes darte por jodido y el sacrificio que has realizado en estos años no habrá servido para nada. Además, yo ya no tengo fuerzas para continuar tragando mierda. Hasta aquí he llegado, no doy más de mí. Se acabó.

El camino empezaba a adentrarse entre la profusa vegetación que crecía fuera de control. Cuando Vincent estuvo seguro de que los espectadores no alcanzaban a vernos desde la acristalada tribuna de The Gallery, se abalanzó sobre mí y me empujó con ambas manos. Me costó mantener la verticalidad.

—¡¿Qué estás diciendo?! ¡¿Sabes lo que me han pedido?! ¡Quieren ver cómo te corto la cabeza con esto! —dijo sacando un machete del interior de la bolsa que Bakare había traído a la reunión.

—¡Hay que joderse! —murmuré—. Al hijo de puta no le basta con verme muerto…

—¡Quiere llevársela y ofrecérsela como trofeo al tipo que nunca vamos a atrapar!

—No tenemos alternativa. ¡Acéptalo de una vez! Yo asumí el riesgo cuando decidí formar parte de esta operación. Si no lo haces, será cuestión de tiempo que se den cuenta de quién eres. Y no solo irán a por ti, buscarán hasta el último integrante de tu familia. Esta gente es muy poderosa, Vincent, mucho más de lo que crees. Piensa en todo el daño que están haciendo, piensa en tu hermana y en todas las chicas a las que explotan para…

—¡Calla! —me interrumpió, alterado—. ¡Tiene que haber otra forma!

—No la hay y se nos agota el tiempo. Solo te pido que me dispares

antes. Luego haz lo que tengas que hacer con mi cuerpo. La puta vida tiene estas cosas.

Vincent Dare, oficial de policía nigeriano perteneciente a la *National Agency for the Prohibition of Trafficking in Persons* (NAPTIP), levantó la mirada buscando una idea, pero se topó con los rayos del sol en su declive diario e instintivamente se protegió usando la mano de parasol.

La historia de Vincent, la que llevaba escrita en la cara, esa que Joseph Onazi le animó a relatarme, era cierta. Pero aquella no fue la primera vez que compartía conmigo sus miserias. Durante los tres días en los que nos juntamos en un pueblo perdido de la provincia de Orense con el objeto de conocernos y trazar la estrategia conjunta de actuación, convinimos en desnudarnos completamente. En realidad, él lo necesitaba mucho más que yo. Acababa de cumplir su quinto año infiltrado en la organización de Ike Bakare. Yo sabía muy bien el deterioro estructural que ello produce por mis años de experiencia infiltrado en el entorno de Jarrai, viviendo una vida ajena, luchando día a día contra esa voz que te dice y te repite que ese no eres tú, que te recuerda que en cualquier instante alguien se va a dar cuenta de que estás interpretando un papel. Así murió mi relación con Nagore; así maté yo mi matrimonio. Los días tienen ochenta y seis mil cuatrocientos segundos. Ochenta y seis mil cuatrocientas oportunidades de cagarla.

Y si mi caso fue extraño por dilatado, el suyo era extremo por arriesgado.

Durante buena parte de su adolescencia, Vincent se vio inmerso en un mundo de violencia del que no se podía salir de una pieza. Él era consciente y, cada vez que se miraba al espejo, su cicatriz le susurraba que debía considerarse un afortunado si al día siguiente lograba verse de nuevo. En algún momento tuvo la determinación de frenar y frenó. Pero la deuda que había contraído su padrastro era una cadena difícil de romper, por lo que decidió ahorrar cada billete que ganaba en la calle hasta juntar lo suficiente para saldar esa cuenta. Cuando lo hizo desapareció de la faz de Benin City sin despedirse de nadie y se trasladó a la capital, donde le resultaría más sencillo pasar desapercibido entre los otros veinte millones de congéneres.

Toda aquella hoja de ruta solo tenía un propósito: ingresar en la Nigeria Police Force.

Tres años más tarde, cuando alcanzó el grado de oficial, lo destinaron a la Unidad Especial Contra el Fraude, sección reservada a candidatos con expedientes inmaculados como el suyo. Y allí habría consagrado su carrera policial si no hubiera acontecido una desgracia que, como antes sucediera con el acontecimiento de la cicatriz, marcaría su futuro. Su única hermana, Joy, que todavía vivía en Benin

City, estaba empeñada en emprender la aventura europea igual que otras muchas veinteañeras con más sueños que prudencia. Su viaje terminó en el fondo del Mediterráneo tras naufragar la patera en la que trataban de cruzar el estrecho de Gibraltar. Vincent era conocedor de la amenaza que se cernía sobre las jóvenes de su país como Joy, pero estaba tan ocupado luchando contra timadores y defraudadores que no fue capaz de mantenerla alejada del peligro.

Nunca se lo perdonó.

No tardó en pedir el traslado a la recién creada NAPTIP que, en coordinación con la Interpol, había puesto en marcha un plan que tenía como objetivo entender primero y combatir después esas estructuras criminales tan sofisticadas y herméticas que se habían convertido en una lacra para su país. Pero él necesitaba ocupar la primera línea de fuego; así, cuando solicitaron voluntarios para infiltrarse en estas organizaciones, Vincent Dare no escondió la mano. Desapareció de los archivos de la policía y apareció en los del Ministerio de Justicia como titular de una condena de ocho años por tráfico de drogas que habría cumplido íntegramente en la cárcel de Minna. Esa fue su tapadera y su disfraz para regresar a Benin City sin alimentar suspicacias, engaño que también le serviría para llamar la atención de una de las bandas callejeras que trabajaba indirectamente para la organización que dirigía el excoronel de las Fuerzas Armadas Ike Bakare desde Benin City, la ciudad natal de Vincent. De allí partía una red que había logrado un crecimiento espectacular desde mediados de los años noventa. Dicha expansión se había convertido en una de las mayores preocupaciones de las autoridades nigerianas que, consecuentemente, dispusieron lo necesario para hacer frente a un negocio que se nutría del futuro de Nigeria. Los dos años siguientes hizo méritos para crecer dentro de la organización a la espera de que le llegara la oportunidad de dar el salto. Esta se presentó cuando Bakare se vio en la necesidad de colocar a alguien de su confianza en el proyecto de expansión que Joseph Onazi iba a liderar, supuestamente, en España.

Todo seguía el curso establecido hasta que la policía española apareció en escena con la operación Termita, cuyo guion le obligaba a compartir cámara con su actor principal: un inspector pelirrojo con un historial más que comprometido con quien estaba condenado a entenderse.

Y condenados estábamos cuando a Vincent le pareció ver una solución escrita en el cielo. La muerte lenta del astro rey le había inspirado una idea.

—¡Ya sé! ¡Sígueme, tenemos poco tiempo! —me gritó repentinamente antes de ponerse en marcha. Me resultaba muy difícil avanzar al ritmo del nigeriano, acostumbrado a moverse entre los

manglares conforme iba escrutando el entorno. El lodo adherido en la suela de mis botas pesaba casi tanto como mi desconcierto.

—¡¿Qué coño estamos buscando?! —quise saber entre jadeos.

No contestó. Enseguida comprendería por qué.

Algo más adelante empezaron a aparecer. Solos, por parejas o en grupo; tirados en el suelo, inmóviles, sentados o deambulando. Decenas de heroinómanos que se concentraban en aquel lugar apartado con el propósito de conquistar el metro cuadrado que necesitaban para que despegara su vuelo diario lejos de la realidad.

A Vincent solo le interesaba uno que cumpliera con unos requisitos determinados.

No supe interpretar sus intenciones hasta que vi cómo quitaba el seguro de la pistola.

—¡No, no, no! ¡Espera, Vincent! ¡No! —le pedí infructuosamente.

El hombre, de una edad difícil de calcular, estaba sentado, apoyado en un tronco, inconsciente, sumido en su aletargamiento voluntario. Era espigado y de complexión delgada, con rastas y una profusa barba que, con total seguridad, fue lo que le hizo candidato y merecedor de las dos balas que recibió en el pecho. Eso y estar apartado del resto.

No era capaz de pronunciar ninguna palabra que tuviera sentido, por lo que tiré de recursos.

—¡Hay que joderse!

—¡No te quedes ahí mirando! —me apremió—. Quítate la ropa y pónsela a él.

Acto seguido sacó el machete y empezó a cortarle las rastas con la misma delicadeza con la que se despluma una gallina.

—¡¿Qué cojones has hecho?! ¡¿Qué cojones has hecho?! —insistí absurdamente.

No me respondió, con toda su atención concentrada en la pantalla del móvil, donde podía leer el nombre de Ike Bakare.

—¡Ha intentado escapar! —se justificó antes de que el excoronel dijera algo—. Pero no se preocupe, que todavía respira. Empieza el espectáculo. No se aparte de la ventana —lo avisó cortando de inmediato la comunicación.

—¿Quieren ver cómo te corto la cabeza? Pues eso es lo que van a ver.

—Alguien habrá escuchado los disparos —deduje en voz alta.

—Aquí, cuando eso sucede, nadie se acerca a averiguar qué ha pasado. ¡Vamos, no te quedes ahí parado! ¡¡Quítate la ropa de una vez!!

—¡Hay que rejoderse!

—Pagaré por esto cuando llegue el momento —se dijo a sí mismo—. Tú ocúpate de aprovechar esta segunda oportunidad.

—¡¿Y cómo coño quieres que…?!

—¡No lo sé! ¡Eso ahora es tu problema! Encuentra la forma de joderlos. ¡Haz lo que te digo, maldita sea, o su muerte —enfatizó al tiempo que utilizaba el filo para rasurarle la cabeza— no habrá valido para nada!

Intercambié camisa y pantalones con el yonqui. Me avergüenza reconocer que no tuve reparo en hacerlo. De barbudo a barbudo.

—Ya estaba muerto aunque no lo supiera —argumentó—. Solo lo echará de menos su camello.

La frase podría haberla firmado mi excompañero Paco el Rata.

—¿Y cómo cojones vas a cambiarle el color de la piel?

—Con eso que estás pisando. Y él también nos ayudará si nos damos prisa —aseguró señalando con la punta del machete hacia la bola anaranjada, a la que apenas le quedaban unos minutos para ocultarse —. Desde esa distancia, con la cara embadurnada de barro y con el sol de poniente solo verán una silueta de un barbudo de tu misma complexión física y vestido como tú.

—¿Y cuando te pida su trofeo?

—Hay un acuartelamiento de policía cerca de aquí. Los llamaré para decirles que se han escuchado disparos y confío en que, cuando escuche las sirenas, Bakare no querrá llevar encima la cabeza de nadie y menos la de un poli extranjero. Pero seguro que querrán asegurarse —lucubraba para sí—, así que en un par de días me pondré en contacto con tu comisaría para avisar de que han encontrado tu cabeza. Del resto se ocupará nuestro enlace en la Interpol, el inspector general Makila.

—¿Está limpio? Recuerda lo que ha dicho Bakare allí arriba: tienen gente en la Interpol.

—Puede que la tengan, pero te aseguro que Makila no es uno de ellos —certificó con rotundidad—. Él se encargará de alimentar el engaño.

—Es muy probable que envíen a alguien desde España para identificar los restos —objeté sin querer hacerlo.

—Cierto. Encárgate de que sea el mismo que le voló la cabeza a Solomon. Me dijiste que él sabe en qué estás metido, ¿no?

—Así es, Álvaro está al tanto de todo.

—¿Es de fiar?

—Mucho más que el puto inspector general Makila.

—Estupendo. Que entre a formar parte del juego, porque ante los ojos del mundo tienes que estar muy muerto. Y si todo va bien —añadió—, resucitarás algún día. Ahora dame tu móvil y tu cartera, diremos que se ha tratado de un robo que ha terminado en tragedia. Agarra esto —añadió sacando unos cuantos billetes del bolsillo—, bastará para ir tirando. ¿Qué más?

—El puto señor Lobo pero en negro —murmuré rememorando las

palabras que un día utilizó Santiago para definirle. Y aquella no era la primera vez que hacía alarde de sus dotes para solucionar problemas. Cuando tuve que recurrir a Vincent luego del incidente con Solomon en mi casa, ya me demostró en vivo y en directo que, con sangre fría y creatividad, era capaz de elaborar un cóctel del gusto de cualquier paladar.

—¿Me ayudas o te vas a quedar ahí mirando? Tenemos que llevarlo hasta el claro. Está allí, a unos doscientos metros.

Cuando lo tuvimos a la vista, Vincent se detuvo. Cogió un puñado de tierra arcillosa húmeda y cubrió la cara del sustituto.

—Aquí nos despedimos. Espera a que anochezca y sigue a alguno de esos tipos. Ellos te sacarán de aquí. Cuando llegues a Benin City, deja pasar un par de días y contacta conmigo, a ver qué puedo hacer. A partir de ahí, compañero…

Me resultó chocante que utilizara esa palabra. Vincent odiaba que lo llamara así delante de Joseph Onazi, pero era parte del juego y reconozco que disfrutaba tensando la cuerda.

—¿Qué vas a hacer con el cuerpo?

—Tranquilo, eso no será complicado. Esta noche las alimañas darán buena cuenta de él.

Por primera vez pensé que aquello podía terminar saliendo bien.

—Un último favor —le dije agarrándolo por los hombros—. Asegúrate de que no les pase nada a Juliet y a Michael.

—Haré lo que pueda.

—Gracias por todo, compañero.

Vincent solo me sostuvo la mirada. Fue suficiente.

—Espero tus noticias —me advirtió.

—Las tendrás.

—*Ori're* —me deseó finalmente en yoruba.

Permanecí unos segundos observando cómo lo agarraba por los tobillos y lo arrastraba boca abajo hasta el plató en el que convergían las miradas expectantes de aquellos a quienes tenía que parar los pies.

Renuncié a presenciar el resto del espectáculo, no lo vi del todo necesario.

Calles de la periferia de Benin City (Nigeria)

No me resultó complicado salir del manglar siguiendo las recomendaciones de Vincent. Ya en la carretera —si es que aquella pista forestal por la que circulaban vehículos a motor podía ser merecedora del título—, aprovechando el brusco descenso de velocidad con el que los conductores debían trazar una curva tan cerrada como la noche, logré colarme bajo la lona de una destartalada

camioneta que transportaba bananas. Durante el trayecto hacia no sabía bien dónde, el hedor a sangre que emanaba de la camiseta se encargó de revolverme la conciencia. Me torturaba el hecho de haber canjeado mi vida —voluntaria o involuntariamente, lo mismo daba— por la de aquel heroinómano; un desconocido que a buen seguro tendría sueños que cumplir y pesadillas de las que huir, como cualquier otro. Una persona a la que yo había usurpado su existencia. Me asfixiaba cada fracción de tiempo que se consumía sin lograr avances, porque avanzar se había convertido en la única forma de escapar de esos dedos acusadores que tanto me hostigaban.

Por suerte, la mercancía que transportaba la camioneta tenía como destino algún mercado callejero de Benin City. Descendí en cuanto se detuvo en el primer semáforo del cinturón periférico de la ciudad y, guiado por la asustadiza iluminación que salpicaba las calles, llegué hasta un callejón en el que me rendí al agotamiento. Acurrucado, trataba de evitar que se celebrara el juicio en el que se dictaminaran las consecuencias que acarrearía mi muerte ficticia para mis seres queridos, que no eran muchos, pero eran. Mi hermana, mi ex, mis compañeros y amigos. Y Gracia Galo. Me pregunté si le llegaría la noticia y, de ser así, cómo la digeriría. Y en el caso de «resucitar», como había mencionado Vincent, ¿quién estaría dispuesto a abrirme de nuevo su corazón? Porque era un hecho que debía ser considerado y tratado como un ser perjudicial para la salud de los que me rodeaban, un imán para las desgracias, un ventilador calamitoso que no aireaba más que miseria y fatalidad. El jurado decretó una condena en la que se coloreaba un futuro nada halagüeño. Y eso era tan obvio como que, en las circunstancias en las que me encontraba, era bastante mejor estar muerto y enterrado que vivo o resucitado.

O, cuando menos, más sencillo.

Alguien tendría que pagarlo y en ese angustioso momento y en ese solitario lugar solo tenía un candidato: Ike Bakare. Su rostro me acompañó durante aquel estado de vigilia hasta que debí quedarme dormido, porque no recuerdo haber presenciado el amanecer mi primer día como difunto. Ahora bien, olía como tal. Tenía que ponerme en marcha de inmediato, pero no reuní las fuerzas que necesitaba para salir de aquel callejón hasta bien entrada la mañana y si pude hacerlo fue gracias a que el odio terminó devorando al desánimo. Una poción que extraía gota a gota exprimiendo la aversión que sentía cada vez que se dibujaba en mi mente el emblema de la Congregación de los Hombres Puros. El informe de De Bruyn no exageraba cuando mencionaba la profundidad de sus raíces, la robustez de su tronco y la extensión de sus ramificaciones, pero lo cierto era que en un primer momento no había valorado ni de lejos la posibilidad de que la pequeña organización que dirigía Joseph Onazi

formara parte de aquella perniciosa enredadera. Haciendo un esfuerzo por ser positivo, resolví que tenía al alcance de mi mano la oportunidad de dar un buen hachazo a una de sus ramas y esta perspectiva tiró de mí con ánimo renovado.

En cuanto las calles se fueron poblando, aproveché para deshacerme de la ropa del difunto sustituyéndola por prendas de segunda mano en el primer mercadillo que encontré. Comí algo con lo que engañar a mi estómago y busqué un lugar donde cobijarme en aquel barrio conformado por viviendas de chapa, ladrillo reciclado y adobe cuyo ordenamiento parecía responder al plan urbanístico de una mente divergente. Una habitación con baño individual en una pensión cuyo único requisito para registrarme era el pago anticipado de los cinco mil doscientos naira que me pidió la dueña fue más que suficiente. Notaba los párpados pesados, pero, antes siquiera de pensar en recuperar alguna de las horas de sueño extraviadas en aquel tortuoso periplo, debía encontrar un locutorio para hacer la llamada que no quería hacer.

Se me encogió el alma antes de marcar los números de uno de los pocos móviles que me sabía de memoria. El de un amigo que muy posiblemente ya se habría arrepentido de serlo.

—Dígame.

—Álvaro, soy yo.

—¡Sancho! ¿Desde dónde carallo llamas? Se escucha medio mal.

—Estoy en Nigeria.

—En Nigeria —repitió sin ocultar su asombro—. Me da hasta miedo preguntarte qué haces allí.

—Siempre has tenido buena intuición, amigo. Déjame que me disculpe por anticipado. Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero no tengo a nadie a quien recurrir.

—Dispara de una santa vez.

Y Sancho vació el cargador.

—¿Sigues ahí? —preguntó el pelirrojo cuando terminó.

—Aquí sigo —confirmó—. No sé ni qué decirte. Me estás pidiendo que engañe a los mandos, que mienta a mi mujer, a los compañeros. Sancho…, ¡esto no puede salir bien! ¡La puta madre…!

—No tenemos más cojones.

—Sé que no debería preocuparme mucho por ello, porque no parece que existan muchas posibilidades de que salgas vivo de esta, pero… ¿qué pasará cuando aparezcas emulando al puto Lázaro? Lo mismo la gente se alegra y todo, pero acto seguido me mirarán a mí y me pedirán alguna explicación, ¿no te parece? Oye, Peteira, hijo de la gran puta, ¿no nos dijiste que viste la cabeza de Sancho? ¿O resulta que era la de un negro que se le daba un aire? ¿Y a Patricia? Sabes que te tiene mucho aprecio, joder. Y a mis hijos: escucha, Marquiños,

cuando te conté que el tío Sancho la había palmado era una bromita. ¿A que es graciosa? ¡No me jodas! Y eso por no pensar en Herranz-Alfageme o Travieso… ¡Es que se van a partir la caja de risa!

—Si consigo volver, cosa poco probable en este momento, como bien dices, habrá sido gracias a ti. La gente lo entenderá, espero —dudé.

—Si vuelves, la manada de hostias que te voy a dar va a ser de campeonato del mundo de manadas de hostias, ¿entendiste?

—Lo asumo.

—La puta madre, Sancho, la reputa madre… ¿Y cuándo dices que van a llamar a comisaría para avisar de tu muerte?

—En cualquier momento.

—Es decir, que me tengo que meter ya en el papel y presentarme voluntario para hacer la identificación, ¿no?

—Yo diría que te lo van a pedir a ti directamente, eres la persona más cercana que…

—Lo mismo piensas que me voy a poner a llorar y todo —lo interrumpió el subinspector—. Soy un actor pésimo, Sancho, nefasto. ¡Y sin apuntador! Patricia me va a pillar en el minuto uno, en cuanto diga la primera frase. ¡Qué carallo, en cuanto me suba al escenario y me mire a la cara!

—Lo harás bien. Aquí te facilitarán todo. Cuando aterrices pregunta por el inspector general Makila.

Una carcajada histriónica, nerviosa y descontrolada le hizo separarse del auricular.

—Makila, no te jode… ¡Makila Gorila! Se le reconoce por sus tirantes verdes, su pajarita y su sombrerito de bombín. ¡¿Le llevo unas bananas en señal de respeto?!

—Se me ocurre que puede que sea mejor que le traigas unos plátanos de Canarias —propuse empatizando con su estado nervioso.

—¡Me voy a descojonar vivo en cuanto vea a Makila Gorila!

Su respiración acelerada me hizo ver que tenía que ir poniendo fin a la conversación.

—Álvaro, no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Ya se me ocurrirá algo, tú no te preocupes por ello. Trata de no hacer más locuras. Supongo que no, pero ¿existe alguna forma de localizarte?

—Supones bien. Yo te llamaré a ti cuando pueda.

—De acuerdo, pero llámame, no permitas que me coma la cabeza, que para mí tengo.

—Cuenta con ello, hermano.

—Cuídate mucho, aunque no sé por qué carallo te lo digo si haces justo lo contrario.

—Eso decía mi madre. Gracias, de verdad.

En cuanto regresé a la pensión me despojé de la ropa de mercadillo y me encerré en el baño con el kit que acababa de comprar. Hice un esfuerzo por recordar la última vez que una cuchilla había tomado contacto con mi piel. No era difícil. Fue horas antes de salir de la prisión de Sremska Mitrovica, en Serbia, donde me encerraron de forma preventiva a la espera de esclarecer las muertes de Orestes y Carapocha. Hacía casi dos años de aquello y no lo habría hecho de no verme en la obligación de afeitarme. Un pelirrojo barbudo de casi un metro noventa llamaría mucho la atención en una ciudad donde los turistas eran una especie en vías de extinción. Cuando terminé la tarea, a pesar de que aún estaban patentes las marcas de los puñetazos de Vincent, presentaba un aspecto menos fiero, de pastor anglicano de una parroquia perdida en el condado de Limerick. Tenía las costillas y las clavículas a ras de pellejo y mis abultadas cuencas orbitales eran las de la canción de Fito & Fitipaldis *Un buen castigo:* «Los ojos como el coyote cuando ve al correcaminos». Sin bendecir mi reflejo, más bien lo contrario, me regalé una ducha fría y me dejé caer a plomo sobre el camastro, que cerca estuvo de ceder ante un acto tan poco considerado. Con la mirada fija en una mancha de humedad que cubría buena parte del techo, sustituí la tendencia de proseguir elaborando vanas reflexiones por una búsqueda mental en mi colección de cedés. Mientras elegía, me conjuré para regresar a Gondomar y recuperarla. Solo por ello ya merecía la pena cruzar la meta.

Finalmente acabé tirando de memoria a corto plazo.

¿Qué te metes, don Quijote, pa' *flipar con los molinos?*
Los ojos como el coyote cuando ve al correcaminos
y cuidar de las estrellas puede ser un buen castigo.

Sin entender muy bien por qué, me acordé de Makila Gorila y me dejé llevar por una risa atormentada en origen, agónica en destino.

Zona este de Benin City (Nigeria)

Habíamos quedado en vernos en una tetería ubicada frente a una estación de servicio de la única gran avenida que cruzaba uno de los barrios más poblados de la ciudad. La reconocí al instante por la cantidad de vehículos que se agolpaban a la espera de poder repostar sus añosos motores ávidos de combustible.

Mi cotidianidad se centraba en seguir al pie de la letra el manual del buen infiltrado con el atenuante, o agravante, de estar muerto. Me

dejaba ver muy poco y no permanecía más de cuarenta y ocho horas alojado en el mismo lugar.

Dos días antes había contactado con Vincent desde un locutorio y había aguardado con impaciencia a que me devolviera la llamada. El nigeriano tardó en hacerlo casi quince minutos con todos sus segundos. La conversación no se prolongó más de veinte, los que necesitó para concretar fecha y lugar.

Yo lucía una gorra de las Águilas Verdes, como denominaban a la selección de fútbol de Nigeria, y unas gafas de sol que había adquirido en el mismo puesto del mismo mercadillo en el que me llevaba abasteciendo de comida casi una semana. Cuando entró, Vincent me dedicó un gesto de extrañeza al ver el cambio de aspecto.

—Gracias por venir —le dije al tomar asiento—. Soy muy consciente del riesgo que asumes.

—Tranquilo. Parece que las cosas están más calmadas después de que hayan comprobado que, efectivamente, estás bien muerto; igual que Joseph Onazi —me informó.

No me esforcé por ocultar mi sorpresa.

—Se lo cargó la mujer albina de los ojos rojos; siguiendo órdenes de Bakare, por supuesto. Es uno de esos asesinos a sueldo que llaman arcángeles. Estaba empeñado en llevarle una cabeza al tal Flegias… y al final se la llevó.

—No voy a decir que sienta un profundo pesar.

—No, pero eso ha desembocado en que Bakare haya decidido ponerme al frente del negocio en España, aunque… no va a poder ser.

Me mantuve a la expectativa.

—Voy a ingresar en prisión, Sancho. Debo pagar por lo que hice en los manglares antes de volver a colgarme la placa.

—¡No hombre, no! —me lamenté.

—De dos a cinco años, homicidio imprudente. Así ha logrado vestirlo Makila. Para proteger mi identidad, la fiscalía me procesará por un delito menor de posesión de drogas. La detención la vamos a escenificar en el aeropuerto para alimentar mi currículo delictivo de cara a estos malnacidos. Sobreviviré.

No encontré palabras a la altura de las circunstancias. Me notaba algo azorado, porque, aunque la decisión de disparar al yonqui había partido de Vincent, no era menos cierto que lo hizo para salvarme la vida y que pudiera continuar con la misión. O en orden inverso, lo mismo me daba.

—No sé qué coño decir —dije al fin.

Vincent se pasó la lengua por los labios antes de proseguir.

—La puta vida tiene estas cosas, ¿no? Eso es lo que tú sueles decir.

—La puta vida tiene estas cosas —repetí.

Esas cosas tenía la puta vida que llevaba yo. Cosas que se

contagiaban a los que me rodeaban, como la peor de las pandemias.

—Aquí tienes algo de dinero y tu nueva documentación, por si tienes que abandonar el país.

Lo guardé sin abrirlo.

—También traigo novedades —anticipó Vincent—. Es la oportunidad que estábamos esperando.

Traté de encontrar sosiego rebuscando en las profundidades de mi barba, pero solo encontré una antipática e insulsa piel rasurada poco apta para el alivio.

—Ayer estuve en casa de Bakare con el propósito de recibir la instrucción pertinente para desempeñar mi nuevo puesto en España y, hablando con François Botha, su jefe de seguridad, un sudafricano tan robusto como ligero de lengua, me enteré de que el viernes recibirá la visita del gran jefe.

—Flegias.

—No puede ser otro.

—¿A qué viene?

—No pude sacarle más información sin arriesgarme a que sospechara algo. Tendremos que averiguarlo.

Me froté la cara con ambas manos como si quisiera liberar algún genio que me concediera tres deseos. En realidad solo necesitaba uno.

—Tendremos que averiguarlo —insistí innecesariamente.

—Se me ha ocurrido una forma, pero no va a ser fácil y si te descubren…

—Yo ya estoy muerto. Cuéntame.

Vincent metió la mano en el bolsillo interior de su americana y me mostró unos cuantos dispositivos de escucha.

—No son como los que Solomon colocó en tu casa —me previno—. Son algo más grandes porque llevan una tarjeta nano SIM conectada a este teléfono móvil. Tienen función cuatribanda con alcance ilimitado, que te garantiza el funcionamiento desde cualquier lugar de la casa. En cuanto detecte sonido, lo podrás escuchar a través de los auriculares. Cuentan con un alcance de quince metros cuadrados, autonomía de ciento cincuenta horas y ocho de almacenamiento. No creo que necesites tanto. Se adhieren muy bien a superficies lisas, no tanto a rugosas. Pensé en colocarlos yo mismo, pero todas las mañanas hacen un barrido de frecuencias y si los detectan…

—… Te comprometería un poco —completé.

—Por decirlo de alguna forma. La única manera que se me ocurre es que consigas colarte en su casa, colocarlos en los lugares donde creas que pueden hablar del asunto y recogerlos antes de marcharte.

—Es un plan cojonudo, compañero —valoré con sorna—. La única experiencia que atesoro en infiltración son las veces que he tenido que aguantar a uno de los agentes del Grupo, mamado, contándome cómo

ha superado la última misión en el Splinter Cell —expuse refiriéndome a Áxel Botello.

—El recinto no estará vacío —prosiguió—, pero el grueso del personal de seguridad acompañará a Bakare al aeropuerto. Quiere impresionar a Flegias.

—¿A qué hora llega?

—Por la tarde, pero no lo sabemos con certeza porque aterrizará en un jet privado en una pista apartada, donde le recogerán. Me encargaré de averiguarlo, no te preocupes.

Pero muy tranquilo no estaba.

—La ventaja radica en que conoces la casa —prosiguió Vincent— y pensamos que puede haber una oportunidad de introducirte aprovechando el furgón que recoge la ropa diariamente de la lavandería a las nueve de la mañana. El problema es que a esa hora hay tres guardias que podrían…

—Hay otra forma menos arriesgada —lo corté.

Vincent me escuchó atentamente.

—Podría funcionar —valoró cuando terminé de exponerle mi idea.

—Siempre hay un punto débil —rememoré.

—Que estar desarmado no sea el tuyo —dijo al tiempo que dejaba algo envuelto en un trapo sobre la silla—. Tú eras más de revólver, ¿no?

La sonrisa que se conformó en mi boca se lo confirmó.

—Cuídate. O inténtalo al menos, que nadie resucita dos veces —se despidió el nigeriano.

—Porque nadie muere dos veces —repuse yo—. Tú cuídate allí dentro y antes de que te des cuenta volverás a perseguir a los malos.

—Si me fallas, me escaparé del agujero en el que me encuentre para ajustarte las cuentas.

—No sé por qué, pero te creo —reconocí.

Vincent rio como un niño al que acaban de imponer una medalla.

Esa es la última imagen que conservo de él.

Mansión de Ike Bakare. Benin City (Nigeria)

Me había trasladado hasta allí a pie con objeto de ir soltando miguitas de excitación por el camino, un lastre que no necesitaba si pretendía regresar por donde había llegado con la información que buscaba en mi poder. Oculto en un altozano, había visto salir al cortejo que había dispuesto Ike Bakare para recibir a Flegias, su custodio. El trayecto por carretera hasta el aeropuerto les llevaría no menos de treinta minutos, calculé, por lo que me concedí una hora para asaltar la vivienda, colocar las escuchas y ocultarme.

El punto débil que había mencionado a Vincent y que me había propuesto aprovechar estaba en la parte del vallado que daba a la fachada sur de la mansión y que, afortunadamente, implicaba que solo tendría que recorrer unos veinticinco metros para llegar hasta el porche trasero, donde se encontraba una puerta nada principal por la que accedía el personal que atendía la casa. Solo la cocinera y el mayordomo pernoctaban allí, el resto iban y venían todos los días para realizar su cometido, razón por la que permanecía siempre abierta. Tenía tres micros para colocar en tres ubicaciones críticas donde poder captar las palabras que precisaba oír.

Inspiré profundamente y me arrodillé junto a la raíz que se había aliado con mi causa elevando la estructura metálica sobre la que se asentaba el cercado de la propiedad de Bakare. Extraje la pala plegable de la mochila y la hinqué vigorosamente en la tierra, blanda y humedecida por el comienzo de la temporada de lluvias en el golfo de Benín. Los árboles que me rodeaban ocultaban mi labor desde la distancia, pero estaba totalmente expuesto a los ojos de quien paseara por esa zona del jardín. Tenía que apresurarme. En cuanto calculé que había cavado lo suficiente como para deslizarme por debajo de la valla, guardé la pala en la mochila y pasé el bulto al otro lado. Tocaba correr. Con la mirada fija en el rectángulo blanco que se recortaba en la lustrosa fachada del mismo color, apenas me hicieron falta unas pocas zancadas para alcanzar mi destino.

Nadie diría que estuviera muerto.

El ala de la casa reservada para el servicio estaba desnuda de la ampulosidad ornamental que recordaba que vestían el resto de estancias. Sin embargo, la distribución de los espacios era muy similar, por lo que no me costó moverme por allí confiando en que sus ocupantes estuvieran enfrascados en sus tareas. Tenía que llegar hasta la otra parte, donde, no hacía mucho, había sido cómodamente alojado en calidad de invitado. No existía otra manera de conseguirlo que cruzando un vestíbulo que hacía las veces de recibidor principal. Arriesgado. Entreabrí la puerta por si captaba algún sonido. Nada. Tampoco se veía a nadie y aquello me animó a atravesarlo entre las dos grandes columnas corintias hasta llegar a la sala de fumadores, lugar en el que ya tenía previsto dejar el primero de los dispositivos. Invertí unos segundos en estudiar el entorno: paredes forradas con listones de madera y suelo de parqué bien abrillantado y pulido; dos tresillos enfrentados y un sofá esquinero, todos tapizados en capitoné de cuero marrón; alfombra de Kashmir de seda bajo una mesa baja de diseño pretencioso y discutible ejecución sobre la que descansaba una caja de habanos. No quise complicarme demasiado y lo adherí en el armazón del sofá individual. La siguiente estancia, la de lectura, no me resultó del todo interesante, por lo que pasé directamente al

comedor en el que vi por primera vez a Ike Bakare. Palpé bajo la mesa para comprobar la rugosidad de la superficie. Le faltaba la excelencia del lijado de la cara vista, pero tampoco disponía de tiempo como para andar con exquisiteces. Un ruido lejano de cubertería provocó la parálisis temporal de mi sistema locomotor a pesar de que mi instinto me exigía que saliera de allí siguiendo el ritmo que marcaba el corazón: presuroso. Tenía que calmarme. Y pensar. Recordaba la cocina al final del pasillo, ocupando la esquina noreste de la mansión. Debía evitar a toda costa esa ruta, habida cuenta de las altas probabilidades que existían de darme de bruces con el personal encargado de atender la cena. El miedo me sugirió que dos escuchas podían ser suficientes, así que me guardé la tercera en el bolsillo trasero y busqué la escalera que llevaba al piso superior, donde se localizaban los seis dormitorios repartidos a lo largo de una amplia galería abovedada. La sensación de peligro constante me acompañó hasta arriba y supongo que un automatismo primigenio fue el que me empujó a refugiarme en la misma estancia que había ocupado la vez anterior. Tomé posesión con el sigilo por bandera y una vez dentro me regalé unos minutos de sosiego. Desde allí pude registrar cómo, efectivamente, varias personas se encargaban de montar la mesa, momento que aproveché para verificar que el sonido llegaba con nitidez. Comprobarlo hizo que disminuyera el agarrotamiento que se había apoderado de mis músculos. Tocaba pensar en la ubicación idónea para permanecer escondido mientras se producía la reunión dentro del rango máximo de alcance de los dispositivos. Mi cerebro me pedía salir al exterior y alejarme de la casa aprovechando que los hombres de seguridad de Bakare aún no habían regresado, pero no quería arriesgarme a perder calidad de audio. Giré sobre un eje trescientos sesenta grados mientras valoraba quedarme allí. Aquel lugar no parecía, ni mucho menos, el más apropiado para acoger a tan ilustre huésped. Sin embargo, aunque tenía muchos más motivos para preocuparme, era reticente a permanecer allí atendiendo a los infinitos imponderables que escapaban de mi control. Todas estas cábalas se esfumaron en el momento en el que vi a través de la ventana la polvareda que se estaba levantando en el camino de tierra que conducía hasta la mansión. Consulté extrañado mi reloj: habían transcurrido menos de cuarenta minutos y el primer vehículo de la comitiva llegaba a la altura de la garita del control de acceso principal.

—¡Hay que joderse! —murmuré.

Noté las uñas de la garra más afiladas que nunca al tiempo que inspeccionaba atropelladamente el dormitorio.

Bajo la cama.

Dentro del armario empotrado.

En el baño.

Muy manidas, lo sé, pero esas eran las opciones. Lo aposté todo a la última de ellas y eché el cerrojo, como si aquello fuera a ofrecerme alguna protección. Allí dentro, los azulejos debían supurar esencia de vainilla y canela, porque tuve que enmendarme las ganas de lamerlos uno a uno. Me notaba acelerado, así que extraje de la mochila el treinta y ocho que me había dado Vincent y comprobé que estaba cargado. Ene veces. Algo conseguí calmarme.

Los siguientes minutos los pasé tratando de entender algo de lo que recogía a través de los auriculares del teléfono móvil. Los distintos registros vocales se multiplicaron, pero no fue hasta que empecé a reconocer palabras en inglés cuando concentré todo mi intelecto en esa zona del cerebro que se encarga del cribado de los estímulos sonoros, dando por hecho que hubiera una. No encontré en mis archivos correspondencia alguna para esa voz dominante que impartía órdenes, por lo que deduje que sería la de François Botha, el jefe de seguridad sudafricano del que me había hablado Vincent. Algo más tarde sí reconocí la de Bakare.

Contuve la respiración como si así fuera a escuchar mejor.

En su rol de perfecto anfitrión, hacía alarde de la calidad de los materiales que había utilizado para levantar su morada. La progresiva mejora en la intensidad y limpieza del sonido me llevó a concluir que se estaban acercando a la sala de fumadores.

—Venga, venga. Invítale a uno de esos puros —verbalicé ansioso.

En algún lugar del firmamento debió de caer una estrella fugaz, porque mi deseo se cumplió en el acto.

—Eso es, disfrutad de los habanos, relajaos.

La primera vez que escuché hablar a Flegias se me encendió una alarma. Pronunciaba cada palabra como si fuera a ser escuchada por última vez por la humanidad. Usaba un tono suave, en ocasiones tórrido, pero siempre consistente y nada dubitativo.

Su forma de expresarse era única.

Y si no hubiera estado ya muerto me habría jugado la vida a que aquella no era la primera vez que oía esa voz.

Cada fonema pronunciado era una pieza facial para el retrato que ya se empezaba a bosquejar en mi *gyrus fusiforme:* ojos claros y atrevidos tras unas gafas de diseño; amplia y trabajada sonrisa perfilada por unos labios femeninos que, celosos, apenas permitían asomarse a la fila superior de dientes. Nariz pequeña, frente despejada y sienes plateadas. La horizontalidad de la barbilla y la prominencia mofletuda remataban un rostro de corte netamente cuadrangular.

Me incorporé súbitamente, como si algo me hubiera asustado. Notaba la garganta seca y me sudaban las palmas de las manos.

Era él.

No podía ser y, sin embargo, era.

Cientos de flashes deslumbraron mi capacidad de razonamiento, pero al mismo tiempo iban iluminando un proceso cabal de posibles improbables; de probables imposibles. Aquello explicaba que Flegias me hubiera desenmascarado, ¿quién mejor que él para obtener esa información de las mismas tripas de la Interpol?

Sacudí la cabeza tratando de abstraerme de aquellas lucubraciones y zambullirme de nuevo en la conversación. Necesitaba averiguar algo que alimentara el interés de Makila. Tenía que centrarme.

Me ajusté los auriculares, cerré los ojos y volví a meterme en el papel de espectador invisible. Casi podía percibir la atmósfera condensada por el humo que salía de sus sucias bocas durante aquel intercambio de gestos condescendientes, risas forzadas y silencios escrutadores. El tiempo se deshacía lentamente mientras aguardaba con suma impaciencia a que mencionaran algo relacionado con la maldita Congregación de los Hombres Puros, pero la conversación discurría por derroteros nada comprometedores y lo único que había sacado en claro hasta el momento era que Ike Bakare se hacía llamar Sextans. Cuando pasaron al comedor la situación no cambió y todas mis esperanzas fueron desapareciendo al ritmo que lo hacían los distintos manjares sobre el mantel. Tras servir el postre, Bakare ordenó retirarse al servicio y él mismo se ofreció a servir las copas: whisky con agua para el guardián y gin tonic de Tanqueray para el custodio, como acertadamente anticipé. La ingesta alcohólica avivó su locuacidad. Cada trago era un soplido en las brasas que aún desprendían algo de optimismo. Por suerte para mi estado de nervios, no tardé demasiado en empezar a escuchar el crepitar de las palabras que, como lenguas de fuego voraces, dejaron huella indeleble en mi memoria.

—Lo que realmente necesitamos es afrontar cuanto antes una profunda renovación —soltó Flegias a modo introductorio.

Un prudente silencio fue la señal que estaba esperando el custodio para construir su argumento.

—La supervivencia de nuestra organización debe prevalecer por encima de otros discursos, incluso de los dictámenes masónicos escritos hace siglos en El Cartapacio de Minos. Esas ataduras no nos permiten movernos con la agilidad y presteza que requieren nuestros negocios. Tenemos que minimizar los riesgos, permanecer ocultos a los ojos del mundo. No existir es el pilar sobre el que se sustenta nuestro poder y la celebración del acto de purificación…, mi estimado amigo, no facilita demasiado las cosas. ¿Qué opina al respecto?

Casi podía escuchar cómo subía y bajaba la nuez de Bakare, valorando su respuesta, midiendo muy bien lo que tenía que fabricar en sus cuerdas vocales.

—Puede ser, sí —dijo tímidamente.

—Claro. Me va a permitir que le revele algo: no me he arriesgado a venir hasta aquí contradiciendo las directrices de comunicación para disfrutar de una estupenda cena, ni siquiera por lo altamente motivante que me pueda resultar la jornada de caza que nos aguarda mañana. Estoy en su salón para hacerle partícipe personalmente de una propuesta que ya tienen sobre la mesa algunos de nuestros hermanos. Se trata de una idea que he retomado del legado que me dejó mi padre y que me he propuesto llevar a cabo junto con aquellos que compartan mi parecer.

—Le escucho.

—Permítame que antes recurra a la historia. Con el paso del tiempo nos hemos percatado de que el ocaso y ulterior desintegración de otras sociedades secretas que en su día fueron nuestras competidoras se explica, precisamente, a partir del momento en el que dejaron de serlo. Así les sucedió al Ordo Templi Orientis, al Templo de la Rosa Cruz, a la Orden Martinista, a la Hermandad de la Muerte o a la Gran Logia masónica, por citar algunos ejemplos que seguro conoce. Dicho esto, no es menos cierto que los últimos años de mandato de Corteza de Roble, en su obsesiva intención por ser fiel a unos métodos que ya son arcaicos en nuestros días, nos han traído un serio debilitamiento de nuestras estructuras.

El maldito Flegias se expresaba con notable precisión y nitidez, como si estuviera hablando en la Cámara de los Lores.

—El caso Bujalesky puso al descubierto eso que llevaba oculto tantos siglos: nuestro nombre. Y a pesar de que juró y perjuró que la filtración había quedado definitiva y completamente sellada, las consecuencias del informe de Aarjen de Bruyn prueban que no era cierto. Supongo que no le resultará ofensivo que diga que, de no haber sido por mi intervención, es muy posible que hoy estuviera entre rejas, en el mejor de los casos —añadió con notable desdén.

Casi podía ver el rostro de Bakare convertido en una bola incandescente.

—Porque…, aunque no es momento para debatir sobre las responsabilidades de unos y otros, debería tener muy presente que si aún sigue vivo es porque no he pedido su cabeza a la Asamblea.

—Soy consciente de ello y sabré devolverle el favor —certificó Bakare.

—Eso lo veremos muy pronto y, sin embargo, el favor se lo estoy haciendo yo. Como le decía, llevo un tiempo trabajando con algunos hermanos que aún son fieles a los postulados de mi padre y que siguen apostando por renovar la organización. Yo estoy decidido a liderar ese cambio, pero antes de presentar la moción al próximo comité de la Asamblea necesitamos saber con quién contamos y con quién no.

—Comprendo.

—Le seré franco. Solo estoy haciendo partícipes a los custodios, pero sé que me encontraré con alguna oposición que tendremos que… sustituir, por utilizar un término poco agresivo. No le prometo nada, tendrá que evaluar usted si merece o no la pena subirse a este tren; no sé si me explico.

—Perfectamente. ¿Y qué pasa con los arcángeles?

—Está contemplado, pero no puedo compartirlo con usted hasta saber de qué lado está.

—Por supuesto.

Llegaba el turno de Bakare. Él lo sabía y se preparó regalándose un trago largo.

—Asumo que dispongo de tiempo para tomar la decisión —retomó el exmilitar—. Se me ocurre que podríamos mantener otro encuentro el mismo día 21 en Budapest con el resto de personas que…, en fin, que…

Al guardián le costaba encontrar las palabras.

—¿Que se han subido ya al tren? —le ayudó Flegias.

—¡Eso es! Cuando termine el acto de purificación todos regresarán a sus casas, por lo que los pasajeros podríamos charlar tranquilamente del asunto sin tener que movernos del hotel Hilton.

Escuchar aquello me colmó de euforia; felicidad que duró el tiempo que tardó Flegias en volver a intervenir.

—Los pasajeros, bonito nombre, pero es demasiado arriesgado. Además, debería saber que yo no he sido invitado; las normas dicen que no cuento con la antigüedad necesaria, aunque, si le soy sincero, me alegro de no tener que estar presente en un acto tan macabro, primitivo y cobarde.

—Es cierto, disculpe mi torpeza. Yo tampoco disfruto del espectáculo, pero tengo la obligación de asistir.

—¡Porque esas normas bajo las que nos regimos son estúpidas! —estalló inesperadamente—. Y si no somos capaces de cambiarlas de inmediato nos veremos abocados a desaparecer, como lo hicieron otros antes. Cada día que pasa somos más débiles, ¿cuánto tiempo cree que tardarán en darse cuenta de ello nuestros enemigos?

El sonido de los hielos sustituyó a la respuesta de Bakare.

—Me temo que tendrá que valorarlo entre esta noche y mañana, porque cuando me suba a mi vuelo necesito tener claro si cuento o no con usted. Y no le daré más oportunidades de unirse a la causa. Ya me ha decepcionado una vez con la torpe manera en que ha zanjado la infiltración de ese policía español en su red.

No sé qué me hizo más daño, si que lo definiera como torpe o que el malnacido ni siquiera se dignara a pronunciar mi nombre. Me volví a tragar las ganas de joderles la fiesta a cartuchazos.

El resto de la conversación se convirtió en un monólogo en el que Flegias se encargó de hacer salivar a su anfitrión con los beneficios que obtendría en el caso de sumarse a su causa revolucionaria. Yo me mantuve a la escucha, pero notaba cómo ese incendio que se estaba propagando dentro de mi cabeza no se extinguía. Me quemaba el hecho de que Flegias no acudiera al acto de purificación y quedara impune.

Porque hay fuegos que con agua no se apagan.

No podía marcharme así.

A las cuatro y cuarenta de la madrugada, había perdido la cuenta de las veces que Sextans y Flegias se habían rellenado las copas y, aunque seguía con los auriculares colocados, apenas procesaba el intercambio de frases maceradas en alcohol. Sentado en aquel retrete, con la mirada hueca y las entrañas macizas, aguardaba a que llegara el momento entreteniéndome con el tambor del treinta y ocho.

Un «creo que va siendo hora de batirse en retirada» de Flegias me hizo reaccionar. Minutos después, no necesité los dispositivos de escucha para oírlos pasar junto a mi puerta. Fue en ese momento cuando me percaté de que el miedo había desaparecido. Conforme el silencio se fue adueñando de la casa, me vi de nuevo en la necesidad de tirar de las riendas para contener a esos dos corceles, ímpetu y arrebato, que, espoleados por la ira, estaban deseosos de galopar campo a traviesa tirando de mi carruaje. Cuando creí recobrar el control, amartillé el revólver, agarré el pomo y lo giré muy despacio. Agucé el oído.

Ronquidos.

Avancé despacio, pegado a la pared de la derecha, con la mirada al frente y empuñando el arma a dos manos apuntando al suelo. Intuí con acierto que Bakare habría ofrecido a su custodio la habitación que en su día ocupó Joseph Onazi, pero fue el volumen creciente del resuello nocturno lo que guio mis pasos hasta la puerta. El pestillo se sumó al pacto de discreción, aunque daba la impresión de que ningún estímulo acústico podría interrumpir el sueño de Flegias.

Una bala tal vez.

Dormía boca arriba, pero la mortecina luz que conseguía penetrar en la estancia era insuficiente para que pudiera constatar mi sospecha. Debía acercarme un poco más. Tres pasos fueron suficientes.

Era él.

Quería volarle la cara. Necesitaba borrarle sus repugnantes facciones. Matar a sangre fría se justifica cuando a uno le hierve la sangre, me justifiqué. Acaricié el gatillo, pero lo único que se disparó en aquel dormitorio fue mi frecuencia cardíaca. Las consecuencias que conllevaba el hecho de darme el gusto de esparcir sus sesos por la almohada me hicieron tragar bilis.

Doble ración.

—Otro día será, hijo de puta —le prometí en voz queda.

Deshice el camino.

Recoger los dispositivos de escucha y salir del recinto por el mismo sitio por el que había entrado no me supuso ninguna dificultad.

Lo complicado empezaba a partir de entonces.

Exteriores del hotel Hilton (Budapest)

Mi acreditación decía que formaba parte de la empresa encargada del mantenimiento de los ascensores. Contaba con dos horas antes de que la cúpula de la Congregación empezara a ocupar la cuarta y última planta reservada al completo con casi tres meses de antelación por una productora fantasma.

El lujoso hotel estaba emplazado en el mismo distrito del Castillo, junto al Bastión de los Pescadores y la iglesia de Matías, donde se iba a celebrar el acto de purificación. El operativo lo había diseñado el inspector general Makila, responsable directo de Vincent Dare y a todas luces su maestro e instructor en el delicado arte de hacer posible lo imposible.

Como pude averiguar, Azubuike Makila se había criado en el seno de una familia de cazadores y, según decían, nada le atraía más que la posibilidad de abatir piezas cotizadas; como hacían sus antepasados, pero sustituyendo lanzas y flechas por ardides y tretas. Lo había pergeñado todo con la precisión y celeridad de un chaval que ha hecho y rehecho el mismo rompecabezas de cuatro piezas. Primera pieza: sacarme de Nigeria sin percances gracias a la documentación falsa de ciudadano canadiense que me había hecho llegar a través de Vincent. Segunda pieza: organizar un reducido equipo de intervención compuesto por hombres de su confianza y preparado para actuar en Budapest el día 21 de junio. Tercera pieza: facilitarme la entrada en el hotel Hilton, donde se iba a rodar la primera escena del inicuo metraje que la Congregación había preparado para encubrir el ritual. La cuarta pieza, la más delicada, me tocaba encajarla a mí, reto al que estaba a punto de enfrentarme embutido en un mono azul y un gorro de lana que me servía más para tapar el auricular que para protegerme del frío inexistente de aquel recién estrenado verano. También portaba una caja de herramientas que contenía utensilios poco útiles para arreglar maquinaria de naturaleza inorgánica.

Empujé la puerta de servicio cuando me lo indicó la luz verde del lector de tarjetas.

—Estoy dentro —avisé por el micro que llevaba oculto en la solapa.

—Al final del pasillo, las escaleras que bajan al almacén de

intendencia —me guio mi enlace.

—Bajando.

—Montacargas. Usa tu tarjeta de empleado. Tercer piso.

—Subiendo.

—Salida de incendios y pasillo de la izquierda. Impares. Habitación 331. Usa la otra tarjeta.

—Entendido.

Como habíamos previsto, no me crucé con ningún cliente, dado que la productora había puesto como condición no negociable que se mantuviera en estricto secreto la identidad de los actores. El protocolo que habían firmado con la dirección de la cadena hotelera establecía que los huéspedes llegarían de forma escalonada y accederían a las habitaciones directamente desde el garaje sin pasar por recepción. Cuando cerré la puerta tras de mí, el reloj marcaba las once menos diez. Examiné el entorno e hice una rápida evaluación.

—Estoy dentro.

Para amenizar la espera decidí acudir a las estanterías de mi memoria musical. Para ello tenía que remontarme casi a los orígenes, cuando era capaz de retener las letras de las canciones aunque no terminara de comprender su significado. Porque, en ocasiones, las palabras solo cobran sentido cuando se convierten en prolongación de alguna vivencia. *Hechizo,* de Héroes del Silencio, era una de esas.

No es la primera vez que me encuentro tan cerca
de conocer la locura.
Y ahora, por fin, ya sé qué es no poder controlar
ni siquiera tus brazos.
Y sientes que están completamente agotados
y no entiendes por qué.
…

Me gustó comprobar que recordaba la letra entera. La canté hasta el final.

Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

Avenida Raoul Wallenberg (Budapest)

Tras los cristales tintados de la berlina que le había recogido en el aeropuerto Ferenc Liszt de Budapest, Ike Bakare hacía balance de las jornadas que había compartido con su nuevo custodio. Resultaba paradójico que el hecho de haber estado tan cerca de rozar la debacle hubiera propiciado el acercamiento. Con su padre, el antiguo Flegias,

nunca lo logró. El viejo era un hombre reservado, extremadamente desconfiado y con una marcada querencia a fortalecer a los guardianes que, como él, se dedicaban al negocio de las armas. El de Bakare era otro negocio y, aunque no hacía ascos a los beneficios que proporcionaba el tráfico de personas, su custodio nunca le había mirado con buenos ojos. Su hijo, muy en cambio, se había mostrado de una forma muy diferente, si bien reconocía en él muchos de los rasgos que hicieron de su padre uno de los miembros con más peso de la Asamblea. Tanto fue así que durante los años en los que el agravamiento de la rara enfermedad de Corteza de Roble parecía que terminaría por bajar el telón del mandato, se hablaba de Flegias como el principal candidato para ocupar el cargo de Gran Maestre. Por aquel entonces, la imagen de Corteza de Roble estaba muy tocada por los daños que provocó el escándalo Bujalesky y todo parecía indicar que se produciría el mencionado cambio de ciclo. Sin embargo, la caprichosa muerte decidió visitar al candidato antes que al Gran Maestre, llevándose consigo toda la rumorología pero no las intenciones de su hijo, decidido a continuar la escalada dinástica hasta lo más alto de la Congregación.

Así funcionaban los fastidiosos vaivenes del destino y, aunque Ike Bakare no reconociera el azar como una variable, no podía negar que los vientos le estaban resultando muy favorables a pesar de todo. De tal forma que, cuando le llegó el mensaje de Flegias proponiéndole mantener un encuentro en su casa, se temió lo peor. Aquello chocaba frontalmente contra las normas e incluso valoró la posibilidad de que su custodio quisiera quitarlo de en medio como castigo por no cumplir su deseo de llevar ante él al policía pelirrojo para interrogarlo. O incluso para cumplir un encargo de la Asamblea. Lo cierto es que pareció conformarse con la historia —avalada por Vincent Dare— de la muerte accidental como consecuencia de su desesperado intento de huida y le había felicitado por la determinación con la que había obrado a la hora de hacer pagar a Onazi por su torpeza.

Era un hecho: su custodio necesitaba a su lado personas como él si quería alcanzar la meta que se había propuesto.

Hombres ambiciosos y decididos.

Hombres como él.

Tenía que dar un paso al frente y así, tras una primera noche de evaluación, Bakare le confirmó su apoyo durante la cacería que tuvo lugar al día siguiente. Porque era verdad que en los últimos años del mandato de Corteza de Roble se habían producido hechos muy graves que habían provocado fuertes temblores en la estructura de la Congregación. Él siempre había sabido ponerse del lado de los ganadores y ser uno de los hombres de confianza del futuro Gran Maestre le dejaría pingües beneficios. Por el momento, ya había

conseguido el beneplácito para ampliar su red en Europa y la posibilidad de vestir la túnica de custodio superaba cualquier expectativa que pudiera soñar.

A punto de llegar al hotel Hilton, Ike Bakare presentía que su vida estaba a punto de dar un giro importante.

Lo que no sabía era en qué sentido se iba a producir ese giro.

Aquel iba a ser el cuarto acto de purificación al que asistía y, aunque no se atrevió a reconocerlo ante su custodio, lo cierto era que durante el ritual sentía algo único, difícil de explicar pero tremendamente poderoso. Compartir esa energía no le parecía tan aberrante como había calificado Flegias, más bien todo lo contrario, y por ello él esperaba la celebración del ritual con suma avidez.

Bakare tenía muy presente el reglamento plagado de normas inviolables que había aceptado cumplir cuando estampó su firma en El Cartapacio, como esa que le impedía mantener contacto alguno con el resto de asistentes, sus hermanos. Una hoja de ruta que nunca había puesto en tela de juicio porque simplemente había que acatarlo y, en ocasiones, como ocurría en el ejército, es mucho más sencillo ejecutar órdenes que pensar. Y lo que correspondía en aquel momento era aguardar en su *suite* hasta recibir el siguiente aviso por parte de la organización que comandaba Cerbero.

No le venía mal un poco de relajación y, pensando en ello, escuchó la voz del chófer tras la luna opaca que les separaba.

—Señor, hemos llegado. En el compartimento que tiene a su derecha encontrará la documentación que necesita con las instrucciones que ha de seguir. Que tenga usted un buen día.

El ascensor le llevó a la última planta sin hacer paradas. Arrastraba una pequeña maleta y un enorme deseo de sumergirse en el *jacuzzi,* dando por hecho que la habitación dispondría de tal equipamiento. Cuando abrió la puerta casi podía sentir el efecto lenitivo del hidromasaje en sus carnes; pero no fueron burbujas, sino voltios y amperios los que ablandaron su cuerpo.

Le dio tiempo a girarse antes de que se colapsara su sistema motor.

Un fantasma pelirrojo.

—Sorpresa —le dije mostrándole orgulloso la Taser X26.

Había aprovechado los instantes de mansedumbre que le causó el colapso nervioso para reproducir el escenario de un crimen que había tenido que investigar no hacía tanto en la calle Ecuador, 9, de Valladolid. Manos esposadas a la espalda y estas, a su vez, amarradas al respaldo de la silla, igual que los tobillos a las patas delanteras. Calcetín en la boca bien sujeto por cinta aislante y bolsa de plástico transparente cubriéndole la cabeza. Desnudarle de cintura para abajo

fue una variante de mi cosecha fruto de mi inspiración.

Bakare respiraba de forma arrítmica por la nariz.

Sudaba.

—Está claro que sabes elegir a tus amigos, no así a tus enemigos. Conmigo te has equivocado, Ike —expuse sentándome a horcajadas en otra silla frente a él.

El guardián de la Congregación profirió algunos sonidos guturales seguidos de infructuosos intentos por liberarse de la bolsa. Yo me limité a aguardar pacientemente, porque, en realidad, no tenía ninguna prisa.

—Me la he probado —proseguí cuando cesó—. La túnica me queda algo corta, pero no creo que nadie se percate de ello. Lo fundamental es esto.

Me coloqué la máscara de fauno, pero inmediatamente me la tuve que quitar como si el látex me estuviera abrasando la piel.

—Ni siquiera se distingue el color de los ojos. El celo por mantener en secreto vuestra identidad juega a mi favor. Apuesto a que a estas alturas ya has adivinado mis intenciones, ¿verdad, Sextans? Os voy a joder la fiesta de disfraces. Controla la respiración, no te alteres —le conminé al ver su reacción—, no te conviene, Ike. No te conviene nada de nada.

Le regalé unas tranquilizadoras palmaditas en la cara que fueron creciendo en intensidad en la medida en la que notaba que disfrutaba con ello. No me avergüenza reconocerlo. El vaho que se acumulaba en la cara interior del plástico hizo que este quedara adherido a la piel y el guardián agitó bruscamente la cabeza tratando de deshacerse estérilmente de la bolsa. El dióxido de carbono empezaba a ganar la partida al oxígeno en aquel microuniverso claustrofóbico en el que las únicas estrellas que brillaban eran las que lo hacían tras el telón de sus pestañas. Breves destellos, fugaces.

—Puede incluso que ya hayas deducido que no pretendo mantener ninguna conversación contigo. Sé todo lo que necesito saber —afirmé con toda la rotundidad que pude—. No olvides que estoy muerto y como espíritu libre que soy puedo estar donde quiera y cuando quiera sin que mi presencia altere a los vivos.

Hice una pausa para regalarle la oportunidad de entender cómo era posible que estuviera allí delante, pero cambié rápidamente de opinión al apreciar los primeros síntomas de mareo. Venciendo la tentación de regocijarme con la agonía ajena, tiré de la bolsa. Cada gota de sudor que perlaba la deslavada piel de Bakare era una moneda de resarcimiento. El exmilitar nigeriano inclinó la cabeza para favorecer la entrada de aire e inspiró profundamente por las fosas nasales. Con los pulmones llenos, no pudo evitar desviar la mirada hacia sus genitales, inocentes, tan acobardados como expuestos.

Cuando noté que volvía a ser el centro de atención de sus pupilas le quité la cinta aislante, extraje el calcetín y le ofrecí agua. Cuando bebió continué.

—Regresé a tu casa en busca de información. Me llevé una desagradable sorpresa con Flegias, pero confío en poder devolvérsela dentro de unas horas. ¿Te contó algo sobre mí? ¿Sobre nuestra relación en el pasado?

Bakare permaneció inmóvil. En su mirada había más ira que miedo.

—Responde si no quieres que me deje guiar por mis instintos.

—No me habló de ti más de cinco minutos. Simplemente me pidió que te encerrara hasta que él pudiera entrevistarse contigo, porque para él eras más valioso vivo que muerto. Quería averiguar cuánto sabías y hasta dónde había llegado la filtración. Pero en mi casa nadie me dice lo que tengo que hacer, ¡¿entiendes?! —se envalentonó—. Su padre no se habría andado con tantas contemplaciones…

Todo encajaba.

—Su padre, ya veo… ¡Su puto padre! ¡El hijo de la gran puta de su padre!

Él parecía divertirse con mi reacción.

—Los cargos permanecen, son las personas las que cambian. Siempre habrá un Flegias, un Cerbero, un Gran Maestre y un Sextans, por eso da igual lo que le pase a alguno de nosotros, porque siempre hay alguien dispuesto a ocupar esa vacante. ¡Siempre!

No tuve ninguna duda sobre la veracidad de sus palabras. Noté que me palpitaban las sienes, pero en un momento de lucidez reconocí que me estaba desviando de mi objetivo. Me estaba desestabilizando peligrosamente. Decidí cortar e ir directamente al grano.

—Ya veo que no confiaba plenamente en ti, pero no es momento para conversaciones. Solo necesito una cosa de ti —le anticipé antes de desviar la mirada hacia el portátil que había sobre la mesa del comedor.

Bakare acorazó el semblante, gesto que interpreté con acierto: iba a tener que traspasar el blindaje de mi rival y para ello tendría que usar munición de mayor calibre que el verbo.

—Esto es muy sencillo. Tú me proporcionas la contraseña y te aseguro que conservarás intactas tus pelotas para que puedas divertirte en la cárcel con el resto de tus compañeros. La alternativa es esta.

Apreté el botón rojo del soplete de cocina y lo dejé pulsado a la altura de sus ojos. La llama azulada, erecta, vigorosa, hizo que su pene emulara la estrategia de la tortuga cuando se siente amenazada. La ausencia de caparazón hizo inútil la maniobra.

—A mí me gustan muy hechos, ¿a ti?

Bakare dio muestras de querer ahorrarse el suplicio. El alivio

floreció en la habitación 331. Yo, por no tener que asistir a tan desagradable proceso culinario y el propietario de los ingredientes por mantenerlos crudos.

—Si me la juegas, no tendrás otra oportunidad —le advertí con las manos sobre el teclado—. ¿Usuario?

—Sextans —pronunció mal debido a la sequedad de la cavidad bucal.

Antes de teclearlo me pasé la mano por el mentón.

—Oparanozie Ifeanyi. El apellido y nombre de mi madre. Todo en minúsculas y sin espacios.

—Deletréalo. Despacio, no nos vayamos a confundir.

Mis labios conformaron una sonrisa al presionar el *enter* y ver aparecer la imagen de la Boca de la Verdad.

—No tienes muchos motivos para sonreír, te lo aseguro. Tener acceso no te va a servir de nada. Ahí no hay más que la herramienta de comunicación interna, que desactivarán en cuanto adviertan que está sucediendo algo extraño. Nada de nombres; nada de nada. ¿O piensas que vas a encontrar una copia de El Cartapacio de Minos? Nadie, excepto el Gran Maestre, sabe dónde está y te aseguro que moriría antes de revelarlo.

En aquel momento aquello me sonó a novela de Dan Brown y a mí eso de jugar al mapa del tesoro nunca me había llamado la atención, así que ahogué la incipiente carcajada de Bakare con el calcetín y la precinté dentro de la boca con la cinta aislante.

—Algo encontrarán los cerebritos de la Interpol, tú no te preocupes por ello, pero… ¿para qué necesito nombres cuando dentro de unas pocas horas voy a tener a los hombres? Los Hombres Puros. Y todo habrá sido gracias a ti —le recordé señalando la máscara de fauno—. Solo nos queda por resolver un asunto que tengo aquí pendiente —dije golpeándome varias veces en el pecho— y que me anda carcomiendo las vísceras desde que me obligaras a disparar a ese hipopótamo.

Apreté el puño con fuerza y repartí entre los nudillos de la mano derecha toda la inquina que tenía acumulada.

La cuádruple impronta perduraría en el pómulo del guardián muchas horas después de que el equipo de intervención lo encontrara tirado en el suelo del baño, silla incluida.

A mí el dolor se me pasó enseguida.

Hotel Hilton (Budapest)

Siguiendo las instrucciones que alguien pasó por debajo de la puerta de mi habitación —la de Bakare, más bien—, me personé en el vestíbulo a la hora indicada, ataviado con la vestimenta de deidad

mitológica, muy metido en el papel de Sextans.

Enseguida me percaté de que todo aquello no era más que una pantomima cinematográfica. En el ficticio plató me topé con más seres del mismo pelaje que, como entes autómatas, seguían las directrices de un líder que se diferenciaba del resto por el tamaño de su cornamenta de ciervo y el color de su túnica. Le adjudiqué tan rápida como equivocadamente el rol de Gran Maestre, error del que no tardaría mucho en salir. Aquella puesta en escena de largometraje de cine mudo lo hacía todo más sencillo. Mi cometido era participar en el acto de purificación y dar aviso al equipo de intervención cuando, a mi juicio, se dieran las «circunstancias inculpatorias suficientes», como definió Makila. El plan diseñado por él tenía como fin último abrir una investigación a los participantes de la macabra ceremonia con el fin de profundizar en el entramado delictivo de la Congregación de los Hombres Puros, de la cual, me dio la impresión, el cargo de la Interpol sabía más de lo que contaba.

—Seremos como Frank J. Wilson y Eliot Ness tratando de tumbar el imperio de Al Capone —me dijo Makila cuando estábamos finiquitando los detalles del operativo—. Si ellos lo lograron antaño gracias a una rutinaria condena por evasión fiscal, ¿por qué no lo vamos a conseguir nosotros partiendo de un delito de asociación criminal?

No me pareció mal el enfoque.

Cumpliendo con el guion, el falso equipo de producción grababa tomas y planos mientras recorríamos los escasos doscientos metros que nos separaban desde la puerta del hotel hasta la iglesia de Matías. Caminábamos con la cabeza inclinada y las manos recogidas a la altura del pecho en actitud oferente. La escena me hizo recordar aquellos días de Semana Santa en los que mis padres nos sacaban de casa de madrugada a mi hermana y a mí para seguir con renuencia el silencioso procesionar de los cofrades de Nuestro Padre Jesús Nazareno portando el Santísimo Cristo de la Agonía hasta la Catedral de Valladolid. Levanté la vista para ver cómo la cabecera de la funesta comparsa desaparecía en el interior del templo cristiano. Las ganas que tenía de desvelar las identidades de todos aquellos depravados empezaron a manifestarse en forma de gotas de sudor. Cuando llegó mi turno me recorrió un escalofrío que me obligó a palparme con obligado disimulo el Smith & Wesson que llevaba en la muslera, oculto bajo la túnica negra. Habría preferido ir acompañado por el Colt Anaconda, pero, al margen de que me había visto obligado a dejarlo en la casa de Gondomar, sus proporciones no eran las más indicadas para la ocasión. Acto seguido sentí la malévola presencia de la garra recordándome que los planes, por muy bien diseñados que estén, raramente se desarrollan por los cauces previstos.

Al pasar junto al púlpito, me encontré con la acusatoria mirada de los apóstoles tallados en la madera. Me sentí algo intimidado primero, muy absurdo después, pero lo cierto fue que cuando tomé asiento en la sillería del coro me noté aún más agitado, como si la máscara se hubiera vuelto transparente. Traté de hallar la calma concentrándome en los colegas de ritual que tenía enfrente. Fue una grata sorpresa comprobar que mi habilidad para registrar y reconocer rasgos faciales funcionaba también con la fisionomía de corte mitológico. Así al igual que sucede con un rostro humano, donde varían los tamaños, las formas, las distancias, los ejes y las simetrías, me llamaron la atención los distintos tipos de cornamentas: las había de ciervo, de macho cabrío y otras más pequeñas tipo diablillo. No tardé en percatarme de que los que ocupaban los asientos de la fila superior lucían las túnicas bordadas y no así los que estaban sentados en las inferiores, como era mi caso. Jerarquía. Custodios arriba, nueve en total, por treinta guardianes ubicados en las bancadas inferiores. Sin mover excesivamente la cabeza escruté a los custodios con la absurda esperanza de retener sus rasgos. El sonido del órgano se encargó de interrumpir aquel empeño y la atención de los presentes convergió al unísono hacia la nave principal. No tardó en aparecer el fauno de los cuernos desproporcionados seguido por dos mujeres cuyos rostros se mantenían ocultos bajo sendas capuchas. Las muestras de sorpresa se hicieron evidentes en leves murmullos que se escaparon a través de las máscaras. Deduje que nadie esperaba que en aquel acto de purificación especial fueran a tener lugar dos sacrificios y a partir de ahí empecé a fabricar decenas de «y si» que, igual que cuervos sobre un campo recién cultivado, amenazaban las semillas de mi confianza, tan preciadas como escasas en aquel sembrado. Sin embargo, de todas aquellas aves de mal agüero, ninguna planeaba sobre la posibilidad de que el ritual no fuera a tener lugar allí mismo y menos aún de que una de las desdichadas protagonistas fuera Erika. La solemne alocución en latín oficiada por el fauno a quien yo había adjudicado el papel de Gran Maestre provocó que todos aquellos pensamientos levantaran el vuelo. En cuanto finalizó, se abrieron las puertas de la capilla lateral y un guardián que se presentó como Apus invitó a ser seguido por sus compañeros.

«¿Adónde cojones vamos?», me pregunté.

Custodios y guardianes fueron abandonando sus asientos para conformar ordenadamente una fila. Dirigí la mirada hacia el altar mayor, donde permanecían inmóviles las dos muchachas. Reconozco que no sabía muy bien qué hacer. Así, no encontré mejor alternativa que ocupar discretamente uno de los últimos puestos con el objeto de no perder el contacto visual con las posibles víctimas. Valoré la posibilidad de dar aviso al grupo de intervención, pero lo descarté de

inmediato al no haberse producido esas «circunstancias inculpatorias suficientes». Ni esas ni ninguna, a no ser que disfrazarse de ser mitológico fuera delito en Hungría.

De esa guisa y algo turbado por esas incógnitas irresolutas, me fui adentrando en el trazado de aquella profunda herida abierta en las entrañas de la tierra. Las lámparas de aceite pintaban los muros tímidamente de tonalidades anaranjadas al paso de la expedición masónica en su lento progresar a través de los intrincados corredores de piedra. A duras penas lograba sujetar las ganas de girarme para comprobar a cada metro recorrido que las encapuchadas continuaban acompañándonos en aquel peregrinaje hacia lo desconocido. Apenas se escuchaban sus pasos y el olor del aceite quemado se mezclaba con el de la humedad, dueña por causas naturales de aquel reino subterráneo. Enseguida me fijé en que los pasadizos siempre iban a morir en una gran sala abovedada donde la luz apenas acariciaba los techos y de la que nacían tres nuevos itinerarios. En algún momento eché de menos ese leve y molesto zumbido en mi oreja, consecuencia de haber perdido la conexión con el exterior. Estaba solo, así que comencé a memorizar la ruta sabiendo que, si tenía que regresar, tendría que reproducir la secuencia a la inversa y cambiando la izquierda por la derecha y viceversa:

«Centro, derecha, derecha, izquierda, centro, centro, izquierda, derecha, derecha, centro, izquierda, izquierda. No. Centro, derecha, derecha, izquierda, centro, centro, izquierda, derecha, centro, centro, izquierda, izquierda. No. Centro, centro, derecha, izquierda… ¿o izquierda, derecha? ¡Hay que joderse!».

Supe que habíamos llegado a nuestro destino por los rumores con sabor a euforia que se fueron propagando entre faunos, sátiros y silvanos. La estancia era tan espaciosa como lúgubre. La primera sorpresa, que no la mayor de las tres que me aguardaban, me la llevé al darme cuenta de que la persona que esperaba la llegada de la comitiva, sentada en un trono flanqueado por dos columnas, era el Gran Maestre y no quien cerraba la comitiva. Junto a él, un sátiro de gesto granuja, casi soez, blandía una espada de gran tamaño en su mano derecha. Una tela blanca con el emblema de la Congregación cubría la pared opuesta a la entrada. La boca me sabía a aceite quemado y de nuevo me sobrevino la necesidad de comprobar que el revólver seguía en su sitio.

Los asistentes se colocaron en torno a un altar que reconocí de inmediato por las imágenes del vídeo que nos hizo llegar De Bruyn. Alterado, ni siquiera me pregunté cómo habían sido capaces de transportarlo hasta allí. Mi principal preocupación era situarme en un lugar que me ofreciera una posición óptima en línea de fuego. Y en ello estaba cuando el Gran Maestre de la Congregación de los

Hombres Puros entendió que debía dar comienzo la ceremonia.

—Constituido el Templo, ¡hágase la luz!

Su tono de voz sonó agrio, forzadamente gemebundo, al recitar en un inglés arcaico la fórmula masónica de bienvenida.

—¡Que el secreto nos guarde! —respondieron todos menos yo.

—Que la sabiduría, la fuerza y la belleza estén presentes en esta tenida. Que el Gran Arquitecto, creador, nos santifique, nos purifique, nos ilumine, nos purgue y nos guíe en este proceso.

—Gran Arquitecto, creador, ¡guíanos!

—Decidme, ¿sois compañeros masones?

—¡Lo somos, Gran Maestre!

—Guardianes y custodios, hijos todos de este blasón, hermanos de la sangre derramada. Quien hizo la obra la conoce tal como es y así es como él la preferiría.

—¡Lealtad!

—Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo.

—¡Lealtad y discreción!

—Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo.

—¡Lealtad, discreción y ciencia!

—Como las estrellas, ¡que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo!

—Como las estrellas, ¡que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo! —repitieron con fervor.

—¡Que comience el acto de purificación! Sean los guardianes, protectores de nuestras galaxias, los primeros en compartir su compromiso.

Uno de ellos dio un paso al frente.

—Fornax, mi señor, guardián de esta gran logia.

—¿Sois compañero masón?

—Lo soy.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Fornax, compañero masón?

—La purificación de las almas.

—¿Y qué buscáis?

—Busco el remedio, mi señor.

—Aquí lo tenéis.

—¿Seré yo el comendador?

—Hoy no, pero eres bienvenido, Fornax, compañero masón.

—Ningún juez más justo que el autor de la obra.

—¡Ningún juez más justo que el autor de la obra! —repitieron todos.

—La unidad es el molde de toda obra de arte.

—¡La unidad es el molde de toda obra de arte!

—Que el Gran Arquitecto santifique este templo, purifique a la doncella, ilumine el remedio, purgue nuestras almas y guíe la mano del comendador.

—Alabado sea.

Uno a uno fueron repitiendo el ritual hasta que consideré que estaba preparado. No había un orden establecido, simplemente se daba un paso adelante y se elevaba el tono. A pesar de que confiaba ciegamente en el filtro del látex, imposté un tanto la voz. Cerré los ojos antes de recitar la fórmula que ya había escuchado veintiocho veces antes.

Cuando terminaron los últimos guardianes llegó el turno de los custodios, integrantes junto al Gran Maestre del único órgano directivo de la Congregación: la Asamblea. Memoricé sus nombres: Caronte, Nasidio, Minotauro, Pluto, Efialtes, Anteo y Gerión, al que agregué el de Flegias. El custodio que faltaba para completar el elenco de hijos de puta que tenía que detener se hacía llamar Cerbero y había sido ungido con el privilegio de ejecutar a las doncellas.

Lo cual no iba a consentir.

Mucho menos cuando descubrí la identidad de la primera que fue conducida hasta el altar. Llegaba la segunda sorpresa.

—Desnudadla —ordenó Cerbero.

La garra clavó sus uñas con inusitada fiereza y un vergonzante tembleque se apoderó de mis piernas cuando reconocí a Erika. No daba crédito. ¿Cómo era posible? No conseguía recuperar de mi memoria la última vez que había mantenido contacto con ella, por lo que me resultaba imposible construir una hipótesis que explicara lo que tenía delante de mis ojos. No era consciente de lo que ocurría a mi alrededor. Tenía que enchufar la coctelera, pero un cortocircuito nervioso me lo impedía.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí en estado de *shock,* pero sí sé que fueron los vínculos afectivos con Erika los que se encargaron de reparar la avería.

«Ingrediente primero: el ritual está llegando a su cenit. Ingrediente segundo: todos los que me rodean son mis enemigos, pero estoy convencido de que solo aquel va armado y es una espada. Ingrediente tercero: no tengo comunicación con el equipo de intervención de la Interpol. Conclusión primera: Erika va a morir si no intervengo inmediatamente. Conclusión segunda: intuyo que los presentes serán fáciles de intimidar, veremos qué pasa con el tipo de la espada. Conclusión tercera: tengo que actuar por mi cuenta y riesgo. Receta: sacar el arma y gritar para que todos la vean bien. Objetivo primario, Cerbero; objetivo secundario, el portador de la espada y el Gran Maestre. Disparar si la situación lo requiere, pero sin malgastar munición».

—Gran Arquitecto, creador: guía estas manos obedientes, que son las tuyas, en el ejercicio que se me ha encomendado.

—¡Guíanos!

Aquella era la tercera vez que escuchaba la frase.

En cuanto vi que Cerbero elevaba ambas manos por encima de la cabeza sujetando la daga, supe que había llegado el momento de intervenir. Lo hice exprimiendo toda la capacidad de mis cuerdas vocales al tiempo que me remangaba la túnica y sacaba el revólver. Luego me abrí paso a empujones recortando la distancia con el altar. A escasos cinco metros de Cerbero, empuñé con fuerza el revólver y lo amartillé.

—¡Tíralo al suelo! ¡Ya! Tira el puñal o te prometo que te vuelo la puta cabeza.

—¡¿Cómo te atreves?! —escuché gritar al Gran Maestre.

Por el rabillo del ojo vi que el sátiro había desenvainado la espada. A partir de ese punto, todo se ralentizó.

—¡Cumple con tu cometido, comendador!

Cerbero pareció reaccionar ante la orden del Gran Maestre.

Y yo también. Quería abrirle un boquete en aquel entrecejo peludo, pero apunté al hombro y, desde esa distancia, la bala no podía terminar en otro sitio distinto.

Los decibelios de la detonación se multiplicaron por mil en aquel recinto cerrado. Los pocos que se movieron fue para arrojarse al suelo, donde ya se retorcía el custodio en completo silencio. Muy digno él.

—¡El primero que se acerque recibirá el siguiente disparo! —aseguré a un metro del altar en el que reposaba Erika, ajena a lo que estaba ocurriendo. Aproveché el momento de confusión para recoger la daga, que descansaba en el suelo junto a su último dueño, con la idea de usarla para cortar las ataduras.

Inmerso en la tarea, explotó la tercera y última de las sorpresas.

Ólafur hizo su aparición estelar. Presentaba un aspecto terrorífico. Me asusté. Tras unos segundos de desconcierto generalizado, el islandés disparó dos veces al aire y avanzó hacia mí apuntándome con su arma. Por un instante pensé que iba a meterme un cartuchazo en el pecho.

—¡Tira eso, maldito cabrón! —me exigió Ólafur. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que todavía llevaba puesta la máscara de fauno.

—Ólafur, ¡soy yo, cojones!

Arrugó el semblante, pero no parecía reaccionar o por lo menos no como yo esperaba. Supongo que aquel fue el momento que aprovecharon para huir de allí, arrastrándose por el suelo como serpientes que eran.

—Tranquilo, compañero —dije aliviando el tono—. Voy a dejar esto

aquí y me voy a quitar la máscara, ¿de acuerdo? Soy yo, ¿ves? Soy yo —repetí varias veces en castellano.

—Apártate de ella —me ordenó algo más calmado; totalmente extrañado.

Obedecí al tiempo que veía cómo un grupo de guardianes cruzaba a gatas la puerta por la que había entrado Ólafur.

—¡Mierda puta, Ólafur, se escapan!

—Primero Erika —me exigió.

De nada me iba a servir, dadas las circunstancias, tratar de convencer al islandés, muy poco propenso a atender a razones. Contrariado, corté sus ataduras al tiempo que asistía a la impune salida de los últimos faunos, sátiros y silvanos que quedaban. Cerbero había dejado de moverse, pero no me preocupé demasiado por ello. Dirigí una última mirada hacia el trono, completamente vacío, y mi primer impulso fue perseguirlos a través del laberinto, opción que mi sentido común se encargó de pisotear. Deseé con todas mis fuerzas que en el exterior se toparan con el equipo de intervención, pero en mi fuero interno sabía perfectamente que los hombres de Makila seguirían en posición, aguardando a recibir mi orden como dictaba el operativo.

—Se nos han escapado —le dije a Ólafur, que trataba de lograr que Erika volviera en sí. No pareció escucharme—. ¿Cómo está?

—Muy drogada, pero viva. Pensé que no lo lograba, pensé que la perdía —dijo con la voz tomada.

—Ya está a salvo.

—Están a salvo —precisó refiriéndose a la otra joven, que permanecía sentada en el banco con las manos apoyadas sobre las rodillas y la cabeza agachada todavía cubierta por la capucha—. Alcánzame eso —dijo señalando la túnica de Erika.

—¿Se puede saber cómo…? Es decir, ¿qué cojones hacéis aquí?

—Maldita sea, Sancho, se supone que tú estás muerto. Ya habrá tiempo para preguntas y respuestas —dijo vistiéndola—. Ahora, ayúdame a sacarlas de aquí.

—¿Tú sabes cómo encontrar la salida?

—No, pero habrá que intentarlo. ¿Y este? —preguntó moviendo con la punta del pie el cuerpo de Cerbero. Me agaché para comprobar que todavía tenía latido, débil, pero vivía.

—Creo que uno de nosotros va a tener que tratar de salir de aquí. No es que me importe demasiado, pero a este cabrón no le queda mucho. Que no sea por no intentarlo.

—Ya. Puede que tengas razón.

Iba a marcharme cuando me percaté de algo.

—Ólafur, tengo que contarte algo antes de salir de aquí, no sea que me pase alguna desgracia y me tenga que llevar el secreto a la tumba.

Es importante.

El islandés me miró como miran los que desean saber pero no quieren escucharlo. Acomodó todo lo bien que pudo a Erika sobre el altar y se irguió ante mí, expectante. Antes de hablarle de Flegias me pasé la lengua por los labios como medida higiénica para evitar contagiarlo de inquina al desvelarle su identidad. La fórmula no debió de surtir efecto, porque Ólafur Olafsson dio todas las muestras de haberse infectado al escuchar su nombre.

—¡¿Estás seguro de ello?! —preguntó aturdido.

—Completamente.

—Ya —carraspeó—. ¿Sabes lo que eso implica?

—Sí, lo sé.

—El muy hijo de puta… Va a ser un golpe muy duro para Erika, tenemos que esperar a que esté totalmente restablecida. Acaba de salir de una depresión y, si se lo contamos…, podría hundirla para siempre.

—Tú mandas.

A Ólafur le fue cambiando el semblante de agotado y aturdido a agotado y colérico. Antes de marcharme, el islandés me agarró del hombro.

—¿Cómo era ese maldito refrán? ¿Ese que un día me explicaste el significado?

Enarqué las cejas.

—Como no me des más pistas…

—Ese que hacía alusión a los hijos y los padres, o algo así.

—De tal palo tal astilla.

—No, ese no. Otro.

—De casta le viene al galgo.

—Otro.

—Ni puta idea.

—Decía algo de una cuchara de madera.

Aquello me provocó una carcajada que se envalentonó entre aquellas paredes.

—Cuchillo de palo, querrás decir.

—Ese, ese. ¿Cómo era?

Le respondí antes de enfrentarme de nuevo al laberinto.

TANTA PAZ LLEVES COMO DESCANSO DEJAS

Siberia. Residencia de los Lopategui
Plentzia (Vizcaya)
Agosto de 2013

Lleva semanas en Siberia. En la casa de sus padres, Erika ha recuperado el placer de lo cotidiano, el sabor de lo reconocible en un modo de vida que no por elegido le resulta sencillo identificar.

Como de costumbre, Ólafur ha sacado a Karatu a pasear por alguna de las playas que salpican de arena la zigzagueante línea que dibuja la costa de Uribe. Ella suele acompañarle en esas caminatas terapéuticas en las que las palabras son fármacos y los silencios antídotos. Sin embargo, la dosis de esa mañana de sábado tendrá que esperar. Tiene otra cita, un encuentro que el islandés ha estado posponiendo y que no ha organizado hasta que se ha asegurado de que ella esté preparada para escuchar lo que Sancho tiene que desvelarle. Porque, aunque ella todavía no puede saberlo, todas las comprobaciones que han realizado —gracias principalmente al último nuevo favor que le ha pedido a su viejo amigo, el todavía miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol, Connor Murphy— vienen a cerciorar la revelación que Sancho le hizo en la Cámara de Salomón.

Se ha levantado algo alterada. Intuye que eso que Ólafur ha mantenido en secreto no le va a gustar; así pues, en cuanto termina de desayunar, decide quemar la ansiedad en el antiguo despacho de su padre, un santuario donde impera el desorden ordenado y en el que solo entra cuando se siente acorralada.

Como es el caso.

Es una práctica que lleva haciendo desde que es capaz de conservar recuerdos; no en vano, fue allí donde encontró, siendo todavía una niña, aquel cuaderno de tapas negras en el que aparecían los nombres de los monstruos. Seres abominables que, bajo apariencia humana, cometían atrocidades tan difíciles de comprender como fáciles de imaginar. Porque Erika tenía la endemoniada habilidad de empatizar con las víctimas, de meterse en su piel y compartir su sufrimiento, de absorber su dolor. Una condena transmitida por vía genética, una

herencia irrechazable, indeleble en su ADN.

Lo primero que hace al adentrarse en aquel territorio inhóspito para el sosiego es abrir el único cajón cerrado con llave; el último del escritorio donde guarda el cofre de plata. El dichoso cofre en el que su padre aseguraba tener encerrada el alma de un ser inmortal llamado Koschéi, aunque, en realidad, lo único que contiene son las cenizas que no arrojó al mar desde la ermita de San Juan de Gaztelugatxe. A pesar de su necrológico uso —o quién sabe si debido a ello—, a Erika le reconforta entrar en contacto con su noble y fría dermis, un efecto lenitivo similar al que sentía cuando él le leía aquella vieja leyenda rusa de caballeros legendarios que representan al bien en su sempiterna lucha contra el mal.

En el instante en el que toma contacto con el cofre nota que algo se descose en su estómago y, sin embargo, lejos de intentar zurcirlo, Erika permite que aquel desgarro avance libremente. Minutos más tarde, con los ojos humedecidos, se conjura para confeccionar una prenda distinta a partir de los retales que quedan de su apolillada voluntad.

Un atuendo muy ceñido a aquella imperiosa necesidad.

Convencida, mira en derredor justo en el momento en el que los cientos de libros y volúmenes que pueblan las estanterías se abalanzan sobre ella como en una carga suicida de caballería ligera. Un ataque estéril, porque ya no existe nada más importante para ella que encontrarlo.

Tiene que estar allí, escondido, camuflado. En ningún otro sitio. Al alcance de su mano.

Con tal certeza elabora una ambiciosa y compleja estratagema que consiste en revisar uno a uno cada ejemplar de cada balda, de cada estantería, cada rincón y cada hueco, cada espacio susceptible de albergar esas páginas encuadernadas en pasta dura recubierta de piel con refuerzos metálicos en las esquinas. Mientras empieza a revisar los muebles que cubren la pared opuesta a la entrada, recuerda lo orgulloso que estaba su padre de tener un volumen tan especial: una primera edición fechada en octubre de 1917, mes y año de la revolución bolchevique. Además, las ilustraciones venían firmadas por el gran Iván Bilibin, uno de los más influyentes ilustradores del siglo, según aseguraba su padre. Se lo compró a un judío nonagenario que regentaba un puesto diminuto en el mercadillo de antigüedades de Moscú al que solía acudir cuando visitaba la ciudad. Según el vendedor, había pertenecido al propio Bilibin, hecho poco probable y nunca probado, aunque dicha posibilidad encareció un precio que su padre no regateó.

Rebasada la hora de infructuosa búsqueda, su dedo índice sigue acariciando esas cubiertas, algunas muy deterioradas por el uso, otras

con apenas vestigios del paso de los años. Erika arquea la espalda para combatir el agarrotamiento de los músculos elevando necesariamente la mirada en el escorzo. Se fija entonces en que en la parte superior de la estantería yacen algunos ejemplares de periódicos apilados entre álbumes de fotos y otros cuadernos. Aquello le hace morderse el labio, porque no recuerda que haya más álbumes que los que guardaba su madre en el salón, los mismos que había decidido llevarse a Ámsterdam la última vez que pasó por Siberia. Utiliza la butaca en la que se sentaba su padre para alcanzar aquella altura. Aún no ha subido el segundo pie cuando sus ojos azules casi grises se clavan en un lomo de piel con caracteres cirílicos grabados a fuego cuya traducción es: *La leyenda del primer bogatyr*.

—¡Ya eres mío, joder! —le dice eufórica cuando lo sostiene entre sus manos.

No quiere bajarse sin practicar antes un breve examen preliminar. Se conserva tal y como lo recordaba, aunque la piel es algo más oscura que la imagen que tiene cautiva en la memoria. En la portada aparece el nombre de Koschéi Bessmertnii a pesar de que el título de la obra es el que figura en el lomo y en la primera página, dentro de una ilustración figurativa de Bilibin. La siguiente representa el palacio en el que vivía el príncipe Iván, más allá de los treinta y nueve reinos, recuerda Erika.

Desempolva su ruso para traducir el texto y cuando lee no escucha su voz, escucha la de su padre; atemperada pero firme.

> Cuenta la leyenda que en aquel reino vivía el príncipe Iván, el último de tres hermanos pero el más aguerrido y audaz.
>
> Una aciaga noche, el cruel Koschéi Bessmertnii se valió de trucos y argucias para raptar a su madre y llevársela más allá de los treinta y nueve reinos. Impotente, el zar enloqueció, y todos sus dominios se vieron contagiados por el caos y las tinieblas.

Se detiene para examinar una de sus páginas preferidas. Esa en la que aparece Koschéi representado como un fornido anciano de larga barba blanca descendiendo por una ladera a lomos de un caballo y empuñando una cimitarra de grandes proporciones. Hay algo poderosamente atractivo en su fealdad, algo que le llama la atención incluso más que el propio príncipe Iván.

Algo inexplicable, pero no por ello inexistente.

Continúa pasando páginas, exprimiendo el significado de cada palabra, sacando el jugo a cada ilustración; aproximándose a un final que, intuye, la va a conmover tanto como la primera vez.

> El bogatyr dudó, pero rememoró las palabras de Rusalka: «No permitas que tus ojos y tus oídos te traicionen». Entonces, sin pensárselo dos veces, arrojó el huevo a la chimenea. Viendo cómo se consumía el cuerpo del malvado al tiempo que se quemaba su alma, el bogatyr sintió un gran vacío.

Cuando va a abordar la lectura de la última página, una cuartilla de papel se desliza planeando grácilmente hasta aterrizar en el suelo. Desde allí arriba reconoce los caracteres cirílicos: es la letra manuscrita de su padre. Se apresura a bajar para recogerla. La agitación se expresa a través del temblor de sus manos y tiene que aguardar unos segundos a que cese antes de empezar a leerla.

Plentzia, 10 de enero de 2011

Mi querida hija:

Teniendo en cuenta los acontecimientos que hemos vivido juntos estos últimos meses, te escribo estas líneas con la esperanza de que algún día caigan en tus manos y te sirvan para entender parte de lo que no soy capaz de explicarte de viva voz.

He de reconocer que de un tiempo a esta parte mis decisiones no se ajustan a los parámetros que dicta la razón. Estos años atrás he tratado de demostrarte que el camino que un día elegí solo lleva a la infelicidad, pero tú nunca has prestado oídos a mis advertencias, así que me voy a evitar el intento por disuadirte de lo que sé que vas a hacer cuando termines de leer esta nota, si es que no lo has hecho ya. Todo lo que hay en esta balda no es más que el alimento de mi negro cuaderno de bitácora. Sí, ese que tantas veces has leído a escondidas. Los álbumes contienen recortes de periódico, recortes que fueron indicios prehistóricos que utilizaba para ponerme tras la pista de algún «tapado». No pierdas demasiado el tiempo con ellos, la mayoría de los aludidos ya estarán entre rejas o, mejor aún, muertos. Sin embargo, en los cuadernos te vas a encontrar el detalle de mis investigaciones, hipótesis, teorías y conclusiones de todos los casos en los que he tenido la fortuna y desdicha de trabajar. Te pueden resultar de utilidad si, como creo, decides continuar avanzando por este sendero tenebroso que es tratar de descifrar el funcionamiento de la mente criminal.

La leyenda del primer bogatyr contiene el secreto para que puedas convivir con tus decisiones más allá de la moraleja. Encuentra la forma de escribir *konets,* pero, principalmente, decide cuándo. Esa es la clave.

Tu enfermedad es solo el otro plato de la balanza, lo que compensa el don con el que has sido señalada. No permitas que pese más, ya sabes cómo aligerarlo. Que no te puedan la voracidad ni la presuntuosidad, mi mayor defecto. Y ten siempre presente que el entendimiento es nuestra arma más letal y la anticipación nuestra mejor estrategia. Encuentra eso que dé sentido a tus acciones y conviértelo en algo inviolable. Todo lo demás gravitará sobre ese dogma y entonces comprenderás que eres necesaria. Porque lo eres.

Solo espero que aún puedas creerme cuando te digo que eres lo más importante que me ha sucedido en mi vida. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

Tu padre, que te quiere con locura.

P. D.: Si el malévolo destino ha querido que cuando leas esta carta todavía esté deambulando por el mundo de los vivos, te ruego que hagas como si no la hubieras encontrado, ahórrale el bochorno a tu anciano padre.

Esas últimas líneas se tornan borrosas.

Erika inspira profundamente y se seca las mejillas coléricamente con el dorso de la mano. Repite la operación tantas veces como necesita hasta que recobra el control de sí misma. No le hace falta consultar de nuevo la fecha para encuadrar el momento en el que su padre escribió la nota. Enero del año 2011, cuando ya era conocedor de que la ataxia de Friedreich le dejaría postrado más pronto que tarde en una silla de ruedas y justo después de dejar escapar a Augusto Ledesma de su

propia casa, aun sabiendo que se trataba de una de las mentes criminales más peligrosas con las que se había enfrentado jamás. Ser consciente de ello le impidió acabar con él a sangre fría. Porque profesaba cierta admiración irracional e irreversible.

Igual que le sucede a ella con Koschéi.

Percatarse del hecho es lo que la motiva para afrontar el final de la leyenda.

Apesadumbrado, bajó a las mazmorras a buscar a su madre y allí se encontró con otras muchas mujeres que procedían de distintos reinos. Con su espada rompió el cerrojo y las liberó a todas. Finalmente encontró a su madre y juntos emprendieron el camino de regreso.

Pasadas varias jornadas, su madre le preguntó:

—¿Por qué estás tan apenado, hijo querido?

—He dedicado toda mi vida a buscar a Koschéi y ahora que ha muerto no creo que pueda encontrar el sentido de mi existencia —contestó—. ¿De qué me servirán ahora mi caballo, mi armadura y mi espada?

Su madre le acarició una mejilla y le besó en la frente antes de responderle:

—No has de preocuparte por ello, mientras haya una madre que raptar siempre tendrás un Koschéi que perseguir.

Konets

La moraleja está clara: la lucha contra el mal no tiene fin porque siempre existirá un Koschéi a quien perseguir. Sin embargo, su padre le estaba diciendo que el secreto para convivir con ello era saber cuándo escribir la palabra «fin»; y entretanto, dar la cara.

Erika naufraga en un mar de contradicciones. Por una parte la animaba a conocer los detalles de sus investigaciones con el objeto de estar preparada para continuar con su cometido, y por otra le advertía que debía saber cuándo parar.

Acordarse de Augusto le hace pensar en Olek, ese hijo de cuya existencia afortunadamente nunca estuvo al tanto. Un bebé que cumplirá su primer año de vida en apenas unos días, el 13 de agosto. Su cerebro elabora un proyecto a largo plazo en una milésima de segundo.

Mira la hora en el reloj de pared. Aún dispone de dos horas antes de la cita con Sancho.

Quizá en los cuadernos en los que ya tiene posada su mirada encuentre las otras respuestas que busca.

Quizá.

Restaurante Milagros (carretera Barrika-Sopelana)

No logro despegarme de los hechos que acontecieron tan cerca de este lugar. No ha transcurrido tanto tiempo de aquello y, sin embargo, la

sucesión de desgracias ha sido tan demencial desde entonces que aquella ha pasado a ser solo una muesca más en mi particular *ranking* de calamidades.

El regreso a Valladolid no había sido todo lo sencillo que me habría gustado. Solo el hecho de salir del laberinto me costó agotar mi variado repertorio de maldiciones e injurias cada vez que me tocaba deshacer el camino. Pero más aún les costó salir del estado hipnótico en el que estaban sumidas a Erika y María Cecilia —así resultó llamarse la joven ecuatoriana que rescatamos del filo de aquella daga —. Durante las jornadas que siguieron a esa, mis amigos de la Interpol tuvieron que lidiar con las autoridades húngaras con el fin de justificar una operación que terminó con la detención de una sola persona en el hotel Hilton, acusada de pertenencia a organización criminal y la muerte de dos personas. El hecho de que existiera una salida que desembocaba fuera del recinto del propio laberinto y más allá del cordón de vigilancia que había previsto Makila hacía que el resultado de la operación pudiera parecer muy pobre.

No me corresponde a mí evaluarlo.

No recuerdo cuánto tiempo invertí en encontrar la maldita salida de aquel diabólico entramado bajo el castillo de Buda, pero fue más de lo que aguantó el sexagenario cuerpo del ciudadano alemán Ernst-Wilhelm Bormann, el presidente honorífico y fundador de una de las empresas siderúrgicas más importantes de Europa. Ese era Cerbero y espero que, si hay un infierno, todavía le quede una eternidad para que pueda consumirse en sus llamas.

Pensar en ello no me provoca ningún conflicto.

El aire es más puro desde que ese depravado hombre puro dejó de respirar.

Del otro difunto poco se sabe aún, se le halló con cuatro impactos de bala en el laberinto y su prolijo historial delictivo decía que la policía magiar no le iba a echar demasiado de menos. Yo tenía una teoría al respecto que les habría ayudado a dar carpetazo a este asunto, pero nadie se interesó en ella.

Las diligencias elaboradas por el inspector general Makila, apoyadas por los turbios testimonios de Erika Lopategui, Ólafur Olafsson y María Cecilia González, no fueron suficientes para que la fiscalía de Budapest asumiera la entidad de un caso en el que no convenía profundizar demasiado. Aquella historia de corte masónico resultó ser una piedra imposible de masticar para los húngaros. Tanto, que decidieron escupirla lo más lejos posible de sus fronteras junto con el inspector ese pelirrojo, en cuyas declaraciones no modificó una coma del libreto que Makila le había hecho memorizar.

No todo el esfuerzo resultó baldío, dado que la Interpol está valorando la creación de un comité de investigación con el objeto de

rascar la costra que recubre el nombre de la Congregación de los Hombres Puros.

Algo es.

De mí depende, en parte, que algo más llegue a ser.

De regreso en España, previamente a que llegue la fecha en la que debo incorporarme a mi puesto de trabajo como jefe del Grupo de Homicidios de Valladolid, me he dedicado a ofrecer las explicaciones pertinentes acerca de lo sucedido en Nigeria a mi entorno más cercano. Individualmente o en grupo, por teléfono o de cuerpo presente, repitiendo una y otra vez el mismo argumento: que a la fuerza ahorcan y que eso que decía Shakespeare: «El destino reparte las cartas, pero somos nosotros los que las jugamos» es una solemne soplapollez. No todos han comulgado con esas piedras de molino, pero he sabido refugiarme en la experiencia cervantina para no confundir molinos con gigantes; y este particular bálsamo de Fierabrás ha funcionado. Tanto es así que en apenas quince días he recobrado parcialmente la normalidad. Vuelvo a tener en mi poder mi colección de cedés —aunque últimamente no escucho nada que no sea de Standstill— y el Colt Anaconda, e incluso he vuelto a alquilarle la casa de Aldeamayor al amigo de Dani Navarro, el exrepresentante de jugadores de rugby y ahora autor debutante de una novela cuyo título en latín no logro retener en mi memoria.

Así, he pasado las pesarosas jornadas estivales sin salir mucho de casa, entretenido con el trabajo de investigación clandestino que he compartido en la distancia con Ólafur. Cuando empieza a mitigar el calor diurno aprovecho para hacer algo de deporte en dos modalidades: carrera continua por los pinares aledaños o barra fija en el Zero Café, normalmente acompañado de Peteira, Dani Navarro o Botello. Una resacosa mañana de esas noches prolongadas, me despertó el que había sido mi enlace con el CITCO para avisarme del hallazgo del cuerpo de Santiago. Su identificación había sido posible luego de cotejar el registro dental, dado el pésimo estado de descomposición del cadáver. Nadie había buscado una explicación al suicidio, por lo que Santiago Cabarcos, defensor del origen gallego de Cristóbal Colón, mi maestro y mentor en geocaching, había pasado a engrosar el listado de desdichados que han decidido quitarse la vida dejándose caer desde los acantilados del cabo Silleiro. A modo de homenaje póstumo, me conjuré para transmitir su legado colombino. El entierro en su Redondela natal fue más que discreto, pero me gustó comprobar que no faltó ninguno de sus compañeros de El Pensador. Con el único con el que crucé alguna palabra fue con el camarero con cara de futbolista retirado antes de tiempo, que, tras darme el pésame, me informó de que la policía había cerrado el local de forma cautelar y que Juliet había regresado a Nigeria con Michael. Aquello me hizo

pensar que el trabajo merecía la pena; una conclusión que tuvo validez durante el tiempo en el que tardé en enterarme de que Vincent había estado cerca de morir en la cárcel a manos de otros reclusos. Digerir la noticia no fue fácil, teniendo en cuenta las razones que le habían llevado a cumplir esa condena y lo que aún le quedaba por vivir en aquella penitenciaría nigeriana. Por un momento valoré la posibilidad de hacerle una visita, pero se quedó en eso, en un momento de valoración, porque mucho tenían que conjurarse los astros para que yo volviera a poner los pies en aquel país. Algunos días más tarde fue el propio inspector general Makila quien se encargó de comunicarme que Ike Bakare había aparecido colgado de una cuerda en su mansión de Benin City tan solo cuatro días más tarde de su puesta en libertad con cargos. Nunca se sabrá si fue él quien se puso la soga al cuello o fue un tercero, pero realmente me importa poco. Más bien nada.

Tanta paz lleves como descanso dejas, recuerdo que pensé. La comunidad de hipopótamos del delta del Níger también estaba de enhorabuena.

Todavía tengo unos cuántos asuntos pendientes que necesito resolver si pretendo dejar atrás la zona de rápidos y cascadas para remar en meandros y otras aguas menos peligrosas durante una temporada que se atisba fugaz si finalmente la Interpol —con el beneplácito del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado— aprueba y pone en marcha el plan que Makila tiene en su cabeza.

La cuenta sigue estando muy a su favor, me temo.

Uno de esos que sigue pendiente o en punto muerto es mi relación con Gracia, si es que esto que mantenemos puede calificarse así. Afortunadamente, no estaba al tanto de mi muerte y resurrección, lo cual viene a apuntalar la tesis anterior: nuestra relación no es tal. El caso es que nos hemos comprometido a mantener un contacto más frecuente y hemos dejado abiertas las puertas a un posible reencuentro. O dicho con otras palabras: sin forzar. Ahora no estoy seguro de que la interpretación de mi papel con Juliet me haya convertido en un adicto al sexo, puede que ya lo fuera antes, pero he de reconocer que cruzaría el maldito Adriático a nado solo por encontrarme con Gracia y tener un par de sesiones de cama. O tres. O todas.

Pero es sin duda el asunto que hoy me ha traído hasta esta tierra que tanto me atrae lo que más me preocupa. Para ser honesto, lo que de verdad me preocupa es Erika. Después de su paso por el hospital, nos vimos brevemente en las dependencias policiales de Budapest, donde convinimos que lo más inteligente era aplazar las explicaciones. Desde ese día no he vuelto a tener contacto con ella, aunque he

seguido su evolución a través de Ólafur. Así pues, el islandés ha decidido la fecha, el lugar lo eligió Erika y mi rol ha quedado constreñido al de portador de malas noticias. Quizá por ello, al bajarme del coche en el aparcamiento del restaurante Milagros he notado la presencia de la garra tras varias semanas de ausencia sin que la echara demasiado de menos.

En cuanto empujo la puerta, colisiono con una profusa oleada de estímulos que en su conjunto conforman una suerte de decoración ecléctica, por definirla de algún modo. Aquel efecto barrera se torna inmediatamente después en atracción y, sin posibilidad de enfrentarme con aquella poderosa entelequia, me dejo arrastrar hacia la barra como un insecto atraído por los motivos florales que la adornan.

Una cabellera roja brillante hace que modifique mi trayectoria hacia una mesa montada para dos personas junto a la ventana.

Me acerco por detrás y poso suavemente la mano en su hombro desnudo. Ella se gira y me observa durante unos segundos como si estuviera comprobando que realmente soy yo. Luego me regala una bonita sonrisa de bienvenida como preludio de un cálido y prolongado abrazo.

Luce un vestido de gasa, a juego con el pelo, que le cae hasta los tobillos resaltando su refinada silueta de adolescente entrada en años.

—Estás preciosa —observo a bote pronto.

—Gracias por el cumplido. Ya veo que tú vuelves a las andadas —dice ella pasándome la mano por el mentón, donde ya campa a sus anchas una incipiente barba pelirroja.

—Las cosas que desaparecen por obligación regresan obligadas. ¿Qué tal está el islandés? Todavía tengo sudores fríos cuando me viene a la mente la cara con la que irrumpió allí. De verdad creí que me iba a agujerear el pecho.

—Ya me lo contó. Estaba fuera de sí. El pobre sufrió mucho por mi culpa.

—Me alegro de que lo tengas cerca.

—Sí, y yo, menos cuando le da por soltar amarras al transatlántico filosofal que lleva dentro o le invade la necesidad de compartir conmigo sus maravillosas teorías conspiranoicas. Ayer, sin ir más lejos, trató de convencerme durante casi una hora de que Scooby Doo era solo una alucinación de un grupo de *hippies* que recorren el país dentro de una furgoneta consumiendo sustancias psicotrópicas.

—Yo estoy muy de acuerdo con ello. Shaggy es el camello, claramente.

Erika resopla.

—También me ha relatado tus andanzas, así que te ahorraré el suplicio de rememorar todo aquello. Doy por sentado que no ha tenido

que ser fácil meterse hasta el cuello en ese mundo de mierda.

—No. Siempre es distinto. Esta vez me tocaba meterme en la piel de un personaje que odio interpretar. No esperamos a Ólafur, ¿verdad?

—Bien sabes tú que no… Está empeñado en esconderme eso que tenéis entre manos, pero se le da fatal. Como a ti. Luego se incorpora, a los cafés o lo que se tercie.

—Y hablando de lo que se tercia y se deja de terciar, ¿qué tal lleva lo suyo? No me atrevo a preguntárselo directamente.

—Lo tiene más o menos controlado gracias al cóctel ese de pastillas que se toma. Y algún día que otro bebe. Y bebe bien, pero es soportable. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Cómo ha sido tu vuelta a casa? —se interesa ella.

—Podía haber sido peor. Todavía estoy en pleno proceso de adaptación, pero el hecho de que Peteira aún siga dirigiéndome la palabra me hace creer que todavía hay esperanza. Tu turno.

Erika se muerde el labio inferior. Me distrae.

—Hay días y días, pero en general, cuando estoy bien, bien.

—No sé cómo interpretar eso. Es como cuando le preguntan a uno qué tal la comida y responde que bien; lo frío, frío y lo caliente, caliente.

—Es exactamente eso: cuando estoy bien, bien; cuando estoy mal, mal.

Aquello me hace reír.

Un tipo armado con un bloc de notas y un gesto de granuja camuflado en la cara se acerca a nuestra mesa. Se trata de Txus, el gerente del restaurante, con quien, al parecer, Carapocha guardaba una excelente relación.

—Me alegro un montonazo de volver a verte —le dice a Erika.

—Igualmente.

—¿Y qué? ¿Cómo va todo?

—Va —zanja.

—Eso es bueno. Ya habrás visto que hemos cambiado la carta.

—Lo siento, pero no… Mejor nos ponemos en tus manos.

—Asumo el reto. ¿Cómo andáis de hambre? ¿Os va bien algo para compartir y un segundo?

Ambos sincronizamos el mismo gesto de asentimiento.

—¡Venga pues! —se anima Txus—. Os puedo traer una degustación de nigiri, de salmón, anguila y langostino, flambeados, buenísimos. Y unos tamales, que es masa kataifi, lleva calabaza, calabacín, gambón y navaja. O si preferís probar el foie a la brasa marinado en ponzu, pues también acertáis porque lo bordamos.

—Eso suena muy bien para empezar —valoro yo hablando con el estómago.

—Claro que sí. Y de segundo ¿qué? ¿Carne o pescado?

—Teniendo en cuenta el banquete que lo va a preceder, yo pescado —razona Erika.

—Carnaza para mí. —Ni me lo pienso.

—A la señorita del vestido rojo de tirantes le voy a sacar un bacalao a la brasa que viene acompañado con un *risotto* de tripas de bacalao y oreja de Judas. Maravilloso —remata interpretando correctamente la mueca torcida de Erika—. Es un alga con un sabor espectacular.

—Vendido —dice ella.

—Y para el caballero, un rabo de buey que sale deshuesado en bloque, hecho a baja temperatura y viene con salsa de *txakolin* de Hondarribi Beltza, que es una delicia difícil de igualar.

—Dos.

—¡Epa! ¿Y de beber?

—Un Ribera del Duero en condiciones —se adelanta el pelirrojo.

—¿Conoces Semele?

—No está en mi top, pero sé que es buen vino —juzgo por juzgar.

—Muy bien. Nos ponemos en marcha, pues —se despide Txus.

Nos sostenemos la mirada. No sé qué está pensando ella, pero creo atisbar un fulgor en sus ojos que nada tiene que ver con el apocamiento del que me ha hablado Ólafur.

—Todavía no he tenido la oportunidad de darte las gracias —rompe ella.

Declino mi turno de intervención.

—Menuda locura. Era consciente de estar allí, pero no tenía el control sobre mi voluntad. Es difícil de explicar. Te debo una gorda —decreta con sinceridad.

—Te arriesgaste demasiado, Erika —juzgo, ahora sí, con conocimiento de causa. Ella compone un gesto difícil de interpretar.

—Resulta un tanto paradójico que tú digas eso, ¿no crees?

—Puede ser…, sí —reconozco—. Pero yo tenía el respaldo de…, en fin. Cortemos por lo sano, que dice la hembra de mantis religiosa.

—Tenemos que pensar que, de un modo u otro, hemos avanzado.

—Por lo menos les jodimos la fiesta. Conseguimos demostrarles que no son impunes. Ni inmortales —añado.

—Sancho…, ¿por qué no sueltas de una vez lo que has venido a contarme? —me pide antes de rellenar las copas de vino.

Tomo aire antes de entrar a robar el balón en ese *ruck,* esa melé abierta donde sé que voy a salir mal parado.

—Vamos allá —me animo—. He venido a hablarte de un custodio llamado Flegias.

Erika se vuelve a morder el labio inferior y me vuelve a distraer.

—Es el tipo que descubrió mi tapadera y ordenó que acabaran conmigo. Es un viejo conocido —anticipo.

Ella se prepara para el impacto, pero antes resuelvo que es

importante relatarle lo acontecido en casa de Ike Bakare con el mismo propósito que tiene un cirujano cuando le explica a su paciente los detalles de una operación a corazón abierto. Los nigiri ya están sobre la mesa cuando me dispongo a desvelar su identidad. Ella mantiene la compostura con digna dificultad.

—Flegias es Robert J. Michelson.

Erika pestañea una vez, vacía la copa y pestañea de nuevo.

—¿Michelson?

—El jodido Robert J. Michelson —defino.

Erika desvía la mirada hacia la ventana. El cielo está totalmente despejado, impoluto, pero las respuestas que está buscando no se encuentran bajo esa gran costra azul.

—Doy por hecho que tienes la certeza absoluta, que no existe ningún tipo de duda…

—Ninguna —la corto—. Mis ojos y mis oídos lo atestiguan. Al margen de lo que te he contado, hemos hecho algunas comprobaciones. Dos días antes de que se produjera en Nigeria el encuentro que nunca llegó a producirse, Michelson accedió a la base de datos de la Interpol para comprobar que…

—Pero ¿no había dejado su cargo después de la muerte de su padre? —me interrumpe.

—Sí, pero lo siguen teniendo en nómina como asesor externo, lo cual es más que comprensible teniendo en cuenta la red de contactos que maneja el cabrón.

—Eso explicaría que me facilitara la información sobre Uriel y Zadkiel cuando descubrimos que estaban tras nuestros pasos.

—¿Recurriste a él? ¿Cuándo fue eso?

—Sí, le hice la consulta para saber a quién nos enfrentábamos. Principios del mes de septiembre, pero… ¿qué podía saber yo?

—No, si no te recrimino nada, es que esto que me cuentas tiene mucho sentido con respecto a lo que escuché en casa de Bakare. Michelson tiene la intención de subir el último peldaño de la pirámide para completar así la tarea que comenzó su padre. De este mejor no hablamos, ya sabemos la clase de hijo de puta que fue y todas las atrocidades que cometió. El caso es que Michelson ha considerado que la forma más rápida de ascender es debilitando desde dentro al actual Gran Maestre —teorizo acelerado—. Vamos a reconstruir la línea temporal. La última vez que le vimos, y estoy muy seguro de la fecha, fue en el mes de enero de 2012 después de lo de Augusto. No acudió al acto de purificación porque le faltaba un mes para cumplir el primer año dentro de la organización, así que esto debió de acontecer en el mes de junio de ese mismo año. Sí que se ha dado prisa el jodido *gentleman* —valoré—. Tú contactaste con él en septiembre y estando ya dentro te facilitó esos datos de dos de sus asesinos… Está claro que

lleva planeando el asalto desde hace tiempo.

—Eso parece —observa ella.

Es evidente que mantiene la compostura a duras penas. Tiene que separar la paja del grano.

—Te sigo contando —retomo—. Connor Murphy le ha confirmado a Ólafur que Michelson accedió al expediente de la operación Termita, un operativo cuyo objetivo era luchar contra la trata de personas en el cual este que te habla era la termita. Ya sabes que a mí me persigue la buena suerte, ¿verdad? Pues resulta que fuimos a dar con un ramal de la maldita Congregación. Erika, no hay ninguna duda.

Bebo vino para humedecerme la garganta antes de proseguir.

—Es el poder, Erika, el maldito poder que corrompe a las personas. Además, recuerda que Michelson no era el más ortodoxo cumpliendo con los procedimientos. Lo importante era atrapar a la presa de la forma que fuera. ¿Sabías que estuvieron a punto de expulsarle de la ISUF? Al menos en dos ocasiones, según Connor Murphy. Él siempre pensó que no era trigo limpio y ahora Ólafur cree que es muy posible que Michelson trabajara para la Congregación cumpliendo los encargos de papá desde dentro, quitando de en medio a los que hacían sombra o entorpecían sus negocios. ¿Quién mejor que el jefe de la Unidad Internacional de Búsqueda de Prófugos? No parece una idea muy descabellada a la vista de las circunstancias, ¿no crees? Porque no nos olvidemos de que mucho ritual y mucha mierda masónica, pero al final estos hijos de puta no son más que un grupo de criminales de alto *standing* que comparten objetivos comunes. Nada más.

He ido subiendo el tono de voz sin darme cuenta. Me noto exaltado y el bombardeo de palabras está causando demasiados daños colaterales. Tengo que concederle un descanso. Erika se refugia de nuevo en el paisaje.

—¿En qué piensas? —le pregunto al cabo de un tiempo.

—En que si algo tengo claro es que todavía no ha llegado el momento —responde ella.

—¿Qué momento?

—El de escribir *konets*.

—*Konets* —repito.

—Cosas mías. Comamos.

Y comemos. El sonido de los cubiertos y el murmullo proveniente de las otras mesas es lo único que se escucha durante los siguientes minutos hasta que a Erika le puede la necesidad de verbalizar un pensamiento.

—Mi madre no puede enterarse, ya ha sufrido bastante.

—Estoy de acuerdo. Está muy bueno todo —valoro sinceramente con el sincero propósito de aligerar la conversación.

—Tienen una gran cocina. Cuando no estaba fuera, mi padre venía

tres o cuatro veces por semana.

Intuyo que va a llegar una pregunta comprometida antes de que Erika pronuncie la primera palabra.

—Nunca te lo he preguntado, pero me gustaría saber qué opinión tienes sobre mi padre.

Mastico la respuesta junto con un generoso bocado de tamal.

—Tuve trato con él apenas unos meses, Erika.

—Pero conoces su trayectoria lo suficiente como para generarte una opinión personal —insiste—. ¿Qué sientes cuando piensas en él?

—Pena.

—Define pena.

—La pena es eso con lo que nos damos de bruces cuando tratamos de huir de ella.

—Te lo compro.

—Es gratis.

Erika inspira profundamente apenada.

—Tu padre era un buen hombre con una percepción de la realidad… digamos que algo confusa —prosigo evitando parecer condescendiente.

Su atenta mirada era una invitación forzosa a seguir hablando.

—Armando estaba obcecado en entender el funcionamiento de la mente criminal y, hasta cierto punto, yo diría que lo consiguió. Pero su obsesión lo llevó a cruzar los límites de lo que se puede y no se puede hacer. Siempre hay una frontera, Erika.

—¿Una frontera? ¿Qué delimita? Pero, sobre todo, ¿quién la establece?

Sopeso lo que voy a decir frente a lo que Erika quiere escuchar.

—Esa frontera delimita las consecuencias de las decisiones y la establece el sentido común. Todos sabemos distinguir lo que está bien de lo que está mal. Excepto algunos enfermos mentales —añado anticipándome a su corrección—. A tu padre le importaba muy poco lo que sucediera con tal de seguir adelante con sus propósitos. ¿O debo mencionarte lo que pasó aquí cerca hace no demasiado tiempo? Pudo terminar con la andadura de Augusto Ledesma y no le salió de sus santas pelotas.

—No, no hace falta que me lo recuerdes. Yo estaba allí y no fue cuestión de no querer, sino de no poder.

—Independientemente, estarás de acuerdo conmigo en que las consecuencias fueron nefastas.

—Lo fueron —reconoce dejando los cubiertos sobre el mantel, abochornada.

—Erika, ¿qué te parece si disfrutamos de estos manjares y esperamos a los licores para abordar materias más peliagudas?

Ella asintió.

No queda ni rastro del rabo de toro en mi plato cuando decido afrontar el último punto.

—Me da miedo preguntártelo, pero tengo que hacerlo. ¿Qué tienes pensado hacer ahora?

Ella finiquita el vino que le queda en la copa.

—A corto plazo he de cumplir con el compromiso que adquirí con Jaap y también tengo proyectado un viaje a Varsovia. Quiero visitar a… un amigo. —La falta de definición no me pasa desapercibida, pero no quiero complicarlo más.

—Muy bien. ¿Y después de eso?

—Si tengo que responderte a esa pregunta, es que no me conoces tan bien como pensaba.

—Te equivocas. Solo quería asegurarme. Mira si te conozco bien que voy a dejar pasar la oportunidad de intentar hacerte cambiar de opinión. Y fíjate si te tengo en buena estima —formulo irónicamente — que te he traído un regalo. Bueno, es mío y de Ólafur.

Introduzco la mano en el bolsillo del pantalón vaquero y extraigo una memoria USB que sostengo entre el índice y el corazón.

—¿Las fotos de tu boda? —bromea ella.

—Peor aún. Es una copia del último expediente al que accedió Michelson. ¿Te suena de algo el apellido Bujalesky?

—Sí, yo también he leído el informe de De Bruyn, y Ólafur y Uriel me hablaron de él. El tipo que aseguraba que había descifrado cómo encontrar el famoso Cartapacio de Minos a partir de los versos de *La Divina Comedia*.

—Ese.

—El que murió junto a su hijo en un desgraciado accidente en las cataratas del Iguazú —precisa haciendo alarde de información.

—El mismo. Michelson quiere encontrarlo.

Erika frunce el ceño. Me gusta más cuando se muerde el labio.

—Creemos que no está muerto. Te resumo rápidamente lo que vas a encontrar aquí —le anuncio golpeando el *pendrive* con el índice—. En las diligencias del caso, el responsable de la investigación, el comisario de la unidad regional V de la policía provincial de Misiones, Carlos Alfredo Ramírez, concluye sin género de dudas que murieron ahogados tras sufrir un accidente por causas sin determinar. Lo argumenta basándose en los testimonios de tres personas que aseguran haber visto a dos hombres arrastrados por la corriente unos doscientos metros antes del salto San Martín, uno de ellos inconsciente y el otro consciente, pero desde el mirador donde están no alcanzan a distinguir quién es quién. El cuerpo de su hijo Néstor fue recuperado cinco días más tarde a unos cuarenta kilómetros de distancia del punto en el que fueron vistos por última vez la mañana de los hechos. Como te puedes imaginar, el estado del mismo era lamentable por las

múltiples contusiones contra las rocas. El cadáver lo reconoce Antonio di Benedetto, abuelo materno del niño, pero nada se dice de Alcides Edgardo Bujalesky. Se las trae el nombrecito…

Durante la breve pausa que necesito para tomar aire, me parece que a Erika le empiezan a centellear los ojos.

—Vale. Puede que no encontraran el cuerpo de Bujalesky, como tampoco ha aparecido el de De Bruyn y sabemos que Jaap…

—Parece que no es algo extraño. En las cataratas se han dado casos de suicidios con testigos oculares en los que nunca se llegaron a recuperar los cuerpos, pero en el que nos atañe hay algo más que nos ha llamado poderosamente la atención —anticipo—. Ólafur le ha pedido a Connor Murphy que siga el rastro de los movimientos que deje Michelson en el sistema de la Interpol. Uno de estos le ha llevado hasta una residencia de ancianos en Buenos Aires en la que vivía la madre de Bujalesky hasta que falleció en diciembre del año pasado y… ¿a que no adivinas quién pagaba las facturas?

Por el gesto que me hizo no parecía muy dispuesta a jugar a las adivinanzas.

—Carlos Alfredo Ramírez, el mismo que firma las diligencias de la investigación del accidente.

—¿El comisario de Misiones?

—Efectivamente. Según parece, el comisario y Bujalesky eran muy amigos; de hecho, Ólafur ha comprobado que Bujalesky había colaborado con él en un caso bastante sonado de tráfico de obras de arte entre Brasil y Argentina, además de que el nombre de Carlos Alfredo Ramírez aparece en los agradecimientos de dos de sus libros publicados. También lo encontrarás en el informe.

—¿Sugieres que Bujalesky sobrevivió al accidente y que el comisario fabricó la muerte de su amigo para protegerlo?

—Eso es lo que ese señor que veo aparecer por allí arrastrado por un dogo argentino está empeñado en ir a comprobar sobre el terreno.

A Erika le crece una sonrisa aviesa tan bonita como clarificadora.

—¿Y tú qué piensas hacer? —quiere saber ella pasados unos segundos.

Necesito algo de tiempo para contestar.

—A estas alturas…, hasta caminar en llano da vértigo. Yo tengo un maravilloso puesto de trabajo —exagero teatralmente— al que debo incorporarme en la mejor ciudad del universo. Pero, además, tengo que tener en cuenta que no soy del todo dueño de mis decisiones.

—Eres un tipo extraño, Sancho.

—Eso me dicen todas.

—¿Esto no es cruzar la frontera? —pregunta refiriéndose al *pendrive* que ya descansaba dentro de su bolso.

—Ni mucho menos —me burlo—. Las consecuencias están

totalmente valoradas y asumidas.

—Por supuesto. Entonces deja que formule bien la pregunta. ¿En qué lado de la frontera estarás?

—En el mío, Erika, siempre en el mío.

—No me trates como a una rubia quinceañera, corazón.

Esta vez no tengo que meditar la respuesta.

—En el de la ley y el desorden. Y desde ahí me voy a ocupar de atrapar al jodido comemierda de Michelson.

Otra vez esa sonrisa.

Erika recorta la distancia conmigo y me acaricia dulcemente la mejilla.

—Incluso desde ese lado puede que nos resultes de utilidad. Voy al baño. No te molestes en pagar, no te van a dejar. Te veo fuera.

Me limito a permanecer sentado, disfrutando de su sugerente caminar.

—Hay que joderse, Sanchito, hay que rejoderse —certifico.

NOTA DEL AUTOR (DEFINITIVA)

Le saludo de nuevo.

En primer lugar, espero que haya disfrutado del tramo final de este viaje a través de los ojos de Sancho.

Ahora me va a permitir que le robe un poco de tiempo para aclarar algo relacionado con la Congregación de los Hombres Puros. Llegados a este punto, me parece necesario.

En mi deseo por vestir esta asociación criminal, opté por usar ropajes de corte masónico y ocultista con el único propósito de hacer más tangible una organización del todo ficticia. No querría que este atuendo le llevara a pensar, estimada lectora o lector, que la masonería es algo pernicioso o que le lleve a confundir este tipo de agrupaciones —que aún hoy día conviven en nuestra sociedad en todos los rincones del planeta y cuyos miembros se cuentan por millones— con sociedades secretas de corte siniestro o, peor aún, con sectas religiosas. Nada que ver.

Los propósitos que defiende la masonería, simplificando al máximo, giran en torno a la búsqueda de la verdad a través de la conducta humana y, en consecuencia, sus bases están cimentadas en criterios filantrópicos y humanistas. Es más, durante muchas etapas de la historia, la masonería, en sus múltiples y diversas versiones, ha representado un papel muy importante como catalizadora del librepensamiento frente a otras corrientes reaccionarias. Si todavía hoy arrastra una imagen que no le corresponde, es debido al enfrentamiento que ha mantenido durante siglos con la Iglesia —por su reconocida naturaleza laica y su posicionamiento anticlerical— y con formas de gobierno autoritarias, como fueron las monarquías en la Edad Moderna y las dictaduras fascistas y comunistas en la Contemporánea.

Algunos opinan que gracias a la masonería los seres humanos han sido capaces de sobrevivir a sí mismos. Sirvan algunos nombres de reconocidos masones para argumentar esta teoría: George Washington y otros catorce presidentes de Estados Unidos, Voltaire, Montesquieu, Lafayette, Simón Bolívar, José de San Martín, José Martí, Napoleón

Bonaparte, Josefina de Beauharnais, Federico II el Grande, Alejandro I de Rusia, Giuseppe Garibaldi, Manuel Azaña, Anwar el-Sadat, Winston Churchill, Porfirio Díaz, Salvador Allende, Raúl Alfonsín, Juan de la Cierva, Henry Ford, André Citroën, Alexander Fleming, Isaac Peral, Benjamin Franklin, Sigmund Freud, Santiago Ramón y Cajal, José Hernández, Dante Alighieri, Alejandro Dumas, Julio Verne, Rubén Darío, Oscar Wilde, Victor Hugo, León Tolstoi, Rudyard Kipling, Mark Twain, sir Arthur Conan Doyle, Wolfgang Amadeus Mozart, Ludwig van Beethoven, Franz —o Ferenc— Liszt, Johann Sebastian Bach, Louis Armstrong, Nat King Cole, Walt Disney, Mario Moreno *Cantinflas,* Harry Houdini, Shaquille O'Neal o Martin Luther King, por citar unas pocas decenas de personas ilustres (ahora bien, casi todos varones, sintomático y dramático a partes iguales) de un listado interminable de nombres que, perteneciendo a distintas órdenes, logias, fraternidades o hermandades masónicas, han dejado un legado que ha trascendido al paso de los siglos.

Dicho esto, no es menos cierto que estas logias nacieron con unos genes determinados que, si bien admitían variantes en función del rito que adoptaran, marcaron su desarrollo como agrupaciones elitistas, jerárquicas y secretas. Tales actitudes sirvieron para alimentar los recelos de quienes no formaban parte de las mismas y veían desde la distancia cómo jugueteaban con los hilos del poder. Bajo mi punto de vista, discutible, por supuesto, de lo único de lo que puede acusarse a estos grupos es de tráfico de influencias, práctica de la que muchos han tomado buena nota en la actualidad sin necesidad de ser masones.

Por concluir ya, insisto en que la Congregación de los Hombres Puros solo existe en estas páginas y que cualquier parecido con la realidad ¿es pura coincidencia?

Para compensar esta aburrida elucidación, quiero compartir con usted un hecho real fechado el 29 de julio de 2011 y acontecido en uno de los escenarios que he utilizado para envolver esta trama: el laberinto del castillo de Buda. Ese día, sábado para más señas y siendo este uno de los puntos de la ciudad donde se concentran más turistas, se presentó sin previo aviso un contingente policial con la orden de desalojar el laberinto. Horas después, las autoridades decretaron el cierre inmediato de las instalaciones sin ofrecer explicación alguna a la entidad que gestionaba el recinto.

Hasta la fecha no ha trascendido el hecho que motivó la intervención de las fuerzas de seguridad, lo cual, como ya habrá imaginado, ha incentivado la floración de múltiples teorías, a cuál más siniestra.

Yo no alimentaré el misterio elaborando otra, pero sí puedo decirle que el laberinto del castillo de Buda es uno de los lugares más tétricos que he visitado en mi vida. No deje de conocerlo si le surge la

oportunidad.

En este caluroso 10 de diciembre de 2015, llega el momento de acordarse de las personas que han hecho que nazca este mi sexto hijo de papel y tinta.

A Olga, mi chica, por continuar alimentando la caldera del día a día con ambiciosos proyectos y concienzudos cuidados. Contigo los números siempre cuadran, *amore*.

A Hugo, por desarrollarte de esa forma. No dejas de sorprenderme y deslumbrarme. Algún día llegaré a ser como tú.

A Urtzi, por seguir acompañándome en cada viaje. Te seguiré robando el alma siempre que me lo permitas. Muerte y resurrección.

Al señor X, por su inestimable ayuda a la hora de conocer el funcionamiento de la mafia nigeriana. Ojalá no existiera tu trabajo, pero, mientras estas redes de malnacidos sigan actuando, me alegro de que haya personas como tú.

Al equipo editorial de Suma de letras. Pablo, Mónica, Gonzalo, sois los mejores prostitutos de la industria. Resistid, aunque solo sea por el bien de la cultura.

A Chevi, por aceptar los retos y hacerlos tuyos. Eres un fenómeno y lo sabes.

A mis colegas de toda la vida, que nunca me acuerdo de ellos cuando llego a esta parte porque, en realidad, no se lo merecen. Sin embargo, me considero un auténtico afortunado por seguir contando con vosotros cada vez que paso por casa y nos juntamos para cagarnos de risa recordando aquellas fechorías del pasado. Cucón, Min, Pollo, Jose, Cuevas, Manso, Quino, Suso, Roovel, Zafi, Pitu, Sambu, Mon, Aza y Casco: os fusilaba a todos, pero no tiene por qué ser en este orden.

Y por supuesto a usted, estimada lectora o lector, por seguir siendo fiel a este autor que ahora se despide hasta la siguiente. Porque, como ya habrá intuido, habrá más.

César Pérez Gellida
Madrid-Valladolid-Buenos Aires

BANDA SONORA

Red Hot Chili Peppers: *Otherside.*
Radio Futura: *Annabel Lee.*
INXS: *Suicide blonde.*
Rosendo: *Masculino singular.*
Oasis: *Some might say.*
Standstill: *Canción sin fin (epílogo)*
Radiohead: *Creep.*
Izal: *Tu continente.*
The Toy Dolls: *Nellie the elephant.*
Thin lizzy: *Cowboy Song.*
Nick Cave & the Bad Seeds: *Red right hand.*
The Doors: *The end.*
Fito & Fitipaldis: *Un buen castigo.*
Héroes del Silencio: *Hechizo.*

César Pérez Gellida

A grandes males

REFRANES, CANCIONES Y RASTROS DE SANGRE III

CONSPICUA

SUMA de letras

César Pérez Gellida

A grandes males

A mis padres, por todo eso que nada parece y que todo es

«Cuando el infortunio encuentra una víctima
solo la muerte es afortunada».

RAMIRO SANCHO,
Inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid

PERSONAJES

Personajes principales:

Ramiro Sancho: Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Erika Lopategui. Doctora en Psicología.
Ólafur Olafsson. Excomisario de policía de la Brigada de Homicidios de Reikiavik.
Robert J. Michelson, «Flegias». Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Alcides Edgardo Bujalesky. Dantista reconocido y experto en masonería.
Telmo. Encargado de mantenimiento del Palacio Barolo.
La estatua de mármol. Arcángel Gabriel de la Congregación de los Hombres Puros.
Corteza de Roble. Gran Maestre de la Congregación de los Hombres Puros.
Vlade Ilić. Arcángel Miguel de la Congregación de los Hombres Puros.

Personajes en color sepia:

Matthew J. Michelson, «Cepheus». Guardián de la Gran Logia de los Puros.
Mario Palanti. Arquitecto responsable de proyectar la construcción del Palacio Barolo.
Luis Barolo. Empresario responsable de financiar la construcción del Palacio Barolo.
Conde Colli di Felizzano, «Flegias». Custodio de la Gran Logia de los Puros.
Ciacco. Gran Maestre de la Gran Logia de los Puros.

Otros personajes:

Sara Robles. Inspectora de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.
Azubuike Makila. Inspector general de la Interpol.
Vincent Dare. Oficial de policía de la *National Agency for the Prohibition of Trafficking in Persons* (NAPTIP).

Carlos Alfredo Ramírez. Excomisario de la policía de la provincia de Misiones.
Martín. Joven vecino de Villa 31.
Sebastián Aranda. Funcionario en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.
Jorge Aguayo. Miembro de la banda de los Sampedranos.
Minotauro. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Anteo. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Pluto. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Gerión. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Efialtes. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Caronte. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Nasidio. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.
Justo. Guía turístico en el Perito Moreno.
Mario. Guía turístico en el Perito Moreno.
Sergio. Conserje del Palacio Barolo.
Karatu. Dogo argentino.
Ainara. Camarera del restaurante Milagros.
Luis. Encargado del Zero Café.
Paco, «Devotion». Pincha del Zero Café.

PRÓLOGO DE DOLORES REDONDO
«VALLADOLID»

Valladolid. Llovía. Desde la cristalera del restaurante podía ver que el viento amenazaba con llevarse la carpa acristalada donde daríamos la rueda de prensa. Frente a mí, un tipo calvo y atlético que insistió en comerse el pescado sin salsa. Yo le firmé *El guardián invisible*, el me firmó *Memento mori*. Reproduzco aquí su dedicatoria:

29-IV-2013
Para Dolores, admirada compañera. Es un placer y un privilegio compartir este comienzo contigo. Te auguro un futuro cojonudo. Estamos obligados a mantener el contacto. Besos. César.

Con cada novela de César han ido desapareciendo las dudas que pudiera albergar sobre su capacidad visionaria. Del augurio no voy a decir nada, pero la sentencia, la obligación de mantener el contacto, se ha revelado en una sólida amistad cimentada en aquel comienzo común, basada en la admiración, el respeto y en la suerte loca que ha hecho que nuestras familias se caigan bien y encajen en gustos musicales y culinarios, que nos "obligan" a encuentros, ya institucionalizados, en torno a la mesa, el vino y el mar.

Cuando leí Memento Mori pensé que era un tipo talentoso, trabajador y apasionado de la escritura. Me gustó desde el principio, porque entre todas las peculiaridades y tormentos de un escritor, admiro el espíritu, la pasión por lo que se hace y esa especie de fiebre que domina al que crea desde dentro, esa hambre y esa sed que solo se sacia temporalmente escribiendo. Una suerte de rabia que te despierta de madrugada, que no te deja dormir. Creo que de insomnios, César y yo, sabemos un poco.

Cuando llegó la segunda novela, *Dies irae*, me pareció soberbia, y desde entonces no he dejado de quitarme el sombrero con cada libro y ante uno de esos autores que casi asusta por su poderosa narrativa y el dominio que ejerce sobre ella, un dominio que los que nos dedicamos a esto distinguimos y codiciamos. Al contrario que con otros autores, a los que descubres y en los que aprecias su evolución en cada libro, César Pérez Gellida me ha producido siempre la sensación de hallarme

ante un grandioso prestidigitador, alguien que controla cada pase desde el génesis, desde aquel *Memento mori* germinal. Y cuando decide mostrarte más, te das cuenta de que no es que haya aprendido, de que no estás viendo una evolución, que el muy cabrón tenía esos ases desde el principio, y no en la manga. Te los ha mostrado, los ha paseado ante tus ojos distrayendo tu atención como solo un mago sabe hacerlo; que no es solo un buen jugador, que es un maestro. Domina la técnica, la dosis exacta, la medida del lector. Rabioso, feroz. Siempre me pregunto por qué no ha ganado ya todos los premios de novela negra de este país. La respuesta está unas líneas más atrás.

Sé que se espera que diga que con *A grandes males* nos encontramos ante la mejor novela de César Pérez Gellida, que ha alcanzado unas cotas, respecto a estructura y contenido, que no había tocado en sus anteriores novelas. Sin duda esta segunda trilogía nos conduce a un nivel superior, subyace el objetivo claro de escapar de la estética del homicidio como eje principal de la novela negra logrando que el componente de investigación de un asesinato no sea lo único que justifica una novela. *Sarna con gusto* tiene una trama principal y vertical sobre un secuestro, y al mismo tiempo esboza otra horizontal que es la que va creciendo en *Cuchillo de palo* (cuya trama vertical se centra en la evolución del personaje de Sancho) y desemboca en *A grandes males* como único argumento.

Decir que esta es la mejor novela que César Pérez Gellida ha escrito hasta la fecha sería injusto, como injusto sería calificar de superior el número final de un artificio, de una prodigiosa puesta en escena que culmina en una magistral conclusión. Alcanzar la cumbre no tendría objeto si careciese de la aspiración de hacer algo extraordinario, de no estar cimentada sobre la cuidadísima estructura que a cada paso ha ido componiendo el autor. Leerlo es como escalar los niveles del emblemático palacio Barolo de Buenos Aires, diseñado y construido por la masonería con el propósito de albergar los restos de Dante y que el autor introduce con acierto en la trama. ¿Tendría objeto una cúpula sin cimientos? ¿No es tan importante la primera piedra como la última? Tengo la certeza de que el propósito que movió a los masones, desde el principio del proyecto hasta su cúspide, es el mismo que guía a Gellida en su obra, y me produce la misma sensación, la de hallarme ante la culminación de un misterio que el autor ha ido haciendo crecer ante mis ojos y que alcanzo a ver ahora, en toda su plenitud.

Aclarado esto, creo, entre tú y yo, lector, que estamos ante la mejor novela que César ha escrito hasta la fecha y, aunque suene un poco elitista, opino que, en manos de otro autor, esta obra habría quedado al alcance de muy pocos por su estructura y contenido. De mayor dimensión literaria, un ejercicio de equilibrio al borde del abismo

sobre el que se tambalea la feroz condición humana, entretejida en dosis perfectas y terroríficas con una ficción tan vibrante, analítica, predictiva, e intuitiva de la realidad que subyace tras las noticias que leemos a diario en la prensa y que, solo a algunos, nos lleva a afianzarnos en la opinión de que hay mucho más detrás de lo que alcanzamos a ver.

Disfrutemos.

DOLORES REDONDO

INTROITO

En los albores del siglo XX, el primer mundo había pisado el acelerador de la industrialización convencido de que las naciones vencedoras de aquella agónica carrera serían las que se repartirían los futuros recursos del planeta. Con el fin de afrontar el reto, los gobiernos de las grandes potencias reclutaron a sus conciudadanos más preparados en todos los ámbitos del conocimiento.

Muchos de ellos eran masones.

Este período crucial de la historia es considerado por muchos la edad de oro de la masonería, dado que su influencia desde las sombras llegó a superar la que ejercían otros poderes fácticos sobre el Estado, como eran la Iglesia, la banca o las oligarquías aristocráticas. Y si se puede hablar de un país en el que la supremacía de la masonería era más que patente, ese fue Argentina, por aquel entonces una de las economías más fuertes y con más posibilidades de desarrollo.

En este contexto histórico y en el citado escenario tuvo lugar un hecho insólito que ha suscitado multitud de preguntas que todavía hoy carecen de respuesta. Se trata de la construcción de dos rascacielos gemelos en Buenos Aires y en Montevideo que debían comunicarse a través de sendos faros que coronaban sus más de cien metros de altura. Los dos proyectos fueron desarrollados por Mario Palanti, un prometedor arquitecto milanés influenciado por la imaginería de Dante y muy bien relacionado con la masonería, como lo estaban los dos exitosos empresarios, también de origen italiano, que financiaron ambas construcciones. Los patrocinadores Luis Barolo y José Salvo lograrían asociar sus apellidos a tan augustos edificios, pero tristemente ninguno de los dos disfrutaría en vida de ello, dado que tanto el uno como el otro encontrarían una muerte prematura en extrañas circunstancias.

Los hechos que a continuación se narran contienen algunas de esas respuestas basadas en datos reales puestos al servicio de la creatividad del autor. Por tal motivo, esta historia debemos considerarla dentro del ámbito de la ficción.

Aunque bien podría ser cierta.

VIVIR ETERNAMENTE EN EL RECUERDO O VIVIR CONDENADO AL OLVIDO

Residencia de Luis Barolo
Calle Perú, 1363. Buenos Aires (Argentina)
14 de junio de 1922

Con la atención puesta en el plano de la sección vertical de su imponente obra, Luis Barolo no dejaba de repetir la frase con la que se despedía Cepheus, su guardián, en la misiva que le habían enviado esa misma mañana.

«Vivir eternamente en el recuerdo o vivir condenado al olvido».

El hecho de poder elegir ya era de por sí un privilegio. Una prebenda por la que tenía que decidir si pagaba su precio.

La tarde languidecía serena. Las bajas temperaturas habían provocado una reducción considerable de la vocería que caracterizaba un barrio tan escandaloso como el de San Telmo, en el que la actividad cotidiana era directamente proporcional a la altura que alcanzara el mercurio en el termómetro. La escasez de luz era una invitación a accionar el interruptor de su recién instalado servicio doméstico de electricidad, solo al alcance de bolsillos aventajados como los suyos. El filamento de la lámpara se fue contagiando de incandescencia para bañar el documento de una amarillenta nitidez. Su mirada avanzó siguiendo el trazado de las líneas que convergían en la cúpula proyectada por Mario Palanti, cuya inspiración bebía de la del templo Rajarani de Bhubaneshwar. El voluptuoso diseño era una metáfora de la red invisible que atrapa las vidas de los necios y los incautos.

Pero ese no era su caso.

Porque ningún necio tiene un lugar reservado en los libros de historia; ningún incauto logra que su apellido trascienda al paso del tiempo. Esos eran los argumentos con los que intentaba justificar la idea de quitarse la vida, tal y como le estaban ordenando hacer.

La segunda fosa del séptimo círculo del infierno le estaba esperando.

Con cincuenta y tres cumplidos, el bagaje de Luis Barolo no podía ser más brillante, habida cuenta de la forma en la que había llegado al nuevo continente hacía treinta y dos años. Era entonces un inmigrante italiano procedente del Piamonte que buscaba al otro lado del Atlántico lo que no había sido capaz de conseguir en su tierra natal. Otro más. Arrancar no le había resultado nada sencillo. Los primeros meses de estancia le hicieron concluir que la distancia entre la realidad y los sueños era aún mayor que la que había recorrido a bordo de aquel transatlántico. Así y todo, resistiéndose a ser derrotado por el desánimo y tras entender las normas sobre las que se cimentaban los prósperos negocios en Argentina, se dispuso a poner los primeros ladrillos del suyo. Para ello lo primero que hizo fue contactar con el nutrido círculo de compatriotas que habían logrado establecerse con éxito en Buenos Aires. Muy a su pesar, no valía con estar bien relacionado, tenía que formar parte de él, y para ello contrajo matrimonio con Luisa Molteni, hija de un hombre de negocios consolidado en el país que le ayudó a abrir las primeras puertas del sector textil, industria que estaba despegando en Sudamérica. Luis Barolo no tardaría en percatarse de que la pertenencia a la élite no bastaba para competir con otras empresas más arraigadas, por lo que resolvió que debía diferenciarse del resto implantando nuevos métodos de producción. La oportunidad le surgió cuando oyó hablar por primera vez de las máquinas hiladoras de lana peinada, unos ingenios con los que catapultaría su nombre a lo más alto. Solo había un problema: necesitaba financiación. Disponía de la iniciativa y los contactos en la vieja Europa para importar tejidos de calidad, pero sin el capital para invertir en maquinaria todo quedaría reducido a una compañía más con altas pretensiones y nulas posibilidades de crecer. Con tal empeño como carta de presentación, el empresario acudió a las entidades bancarias más importantes primero y a las emergentes después, pero en el mejor de los casos, cuando conseguía convencer a aquellos que poseían los dólares, le imponían unas condiciones leoninas que le condenarían a trabajar toda una vida solo para devolver los intereses con los que gravaban el préstamo.

Sus últimas esperanzas se hundían en el Río de la Plata cuando apareció él.

Se hacía llamar Cepheus, tenía marcado acento británico y decía representar a un grupo cuyo nombre no le desveló. Poco le importaba a Barolo el misterio cuando aquel hombre traía bajo el brazo el doble de la cantidad que venía mendigando a los bancos. Dos únicas condiciones: devolver el montante en un plazo no superior a veinte años y formar parte de la organización. Esa fue la primera vez que escuchó pronunciar su nombre: Gran Logia de los Puros. Ingresar en

una orden masónica no suponía ningún inconveniente, habida cuenta de que él ya tenía contacto directo con el tejido masónico por mediación de su suegro. El acuerdo se oficializó al estampar su rúbrica en el folio que le correspondió de El Cartapacio de Minos, donde aceptaba cumplir los preceptos dispuestos por la hermandad en el *Novem Regulas*. Inmediatamente recibió los cuatro millones de pesos, con los que no solo pudo comprar aquellos maravillosos artilugios de factura alemana, también le alcanzó para adquirir unos terrenos en El Chaco donde producir su propio algodón y así dejar de depender de la costosa importación de materia prima. En cinco años triplicó sus beneficios y el único requerimiento que tuvo que atender de sus nuevos hermanos consistió en completar el primer grado de iniciación para convertirse en centinela. A partir de ese momento, de manera periódica, Cepheus le hacía entrega de importantes sumas que debía incluir en sus libros de contabilidad antes de depositarlas en distintas entidades.

Nunca preguntó por qué ni para qué.

En 1910, durante la celebración de la Exposición del Centenario de la Revolución de Mayo, Cepheus le citó en el pabellón italiano para presentarle a la persona con quien iba a emprender un proyecto que Luis Barolo y Cía. debía costear con la cantidad adeudada. Su nombre era Mario Palanti, un talentoso y joven arquitecto milanés con un futuro más que prometedor y un presente comprometido con la Gran Logia de los Puros. El elegido por Cepheus para ser el compañero de viaje de Luis Barolo era un iniciado con el grado de aprendiz en la logia masónica Fratelli Bandiera de Milán, por lo que, *a priori,* su perfil personal y profesional encajaba como un guante en lo que el guardián andaba buscando.

No tardaría en arrepentirse.

La empresa que Luis Barolo y Mario Palanti debían poner en marcha consistía en la construcción de un imponente edificio que rivalizara con los rascacielos que empezaban a levantarse en Nueva York y Chicago, las únicas urbes que, en el amanecer del nuevo siglo, podían hacer sombra al esplendor de Buenos Aires. Una construcción de estilo inclasificable lejos del entendimiento arquitectónico del empresario, pero muy cerca de su visión empresarial, dado que solo tenía que encargarse de administrar un montante que, en realidad, ni siquiera le pertenecía. Otro negocio redondo.

En las sucesivas reuniones que mantuvo con Mario Palanti, este le expuso las líneas maestras de un diseño que estaba llamado a convertirse en la edificación más alta e imponente de toda Latinoamérica. Esto ya suponía un reto a la altura de las expectativas de Barolo, pero, en la medida en la que fue creciendo la confianza entre ellos y el arquitecto le fue desgranando el verdadero propósito

que tendría el edificio una vez terminado, el proyecto fagocitó todo lo demás.

El contenido superaba con creces al continente.

Su edificio sería mucho más que un rascacielos: las puertas del cielo en el mismo corazón de Buenos Aires, un templo oculto a la vista de todos, un colosal mausoleo donde albergar los restos del más grande de los poetas y padre de su lengua materna. La idea fue arraigando en el cerebro del empresario hasta apoderarse por completo de su voluntad y, desde entonces, la única verdad pasó a ser la que estaba contenida en los versos de *La Divina Comedia.* Su realidad se ciñó exactamente a la distorsión del universo de Dante Alighieri y, sin ser siquiera consciente de ello, todo su mundo quedó constreñido entre el infierno, el purgatorio y el paraíso.

El estallido de la Primera Guerra Mundial provocó que se dilataran los preparativos más de lo que habían previsto, pero Luis Barolo supo aprovechar ese período para seguir escarbando en los misterios contenidos en la obra de Dante. En 1919, ya con Mario Palanti de regreso en Buenos Aires, se iniciaron las obras con el ambicioso objetivo de inaugurarlo dos años más tarde, haciendo coincidir la fecha con el aniversario del sexto centenario de la muerte del poeta italiano. Pero el empeño del arquitecto por importar materiales nobles desde Italia originó el incumplimiento del hito. Este fracaso supuso un duro revés para un empresario malacostumbrado al éxito; sin embargo, no era esa la razón por la que la Gran Logia de los Puros le estaba condenando. La increíble desaparición de la estatua —o, para ser más exactos, de lo que esta albergaba en su interior— había supuesto un estigma insuperable. Tenía fundadas sospechas sobre la autoría del robo; no obstante, sin forma de demostrarlo, tales conjeturas se quedaban en meras suposiciones.

Luego de fracasar en sus pertinaces intentos por recuperar la *Ascensión,* todo indicaba que Luis Barolo vagaría por el infierno sin ver completada su obra, pero al menos su nombre no quedaría condenado al olvido.

De vuelta al aciago presente, su errática mirada se vio arrastrada hacia el punto de fuga que debía prolongarse desde la cota más alta del edificio hasta el infinito, pero a medio camino se tropezó con la ampolla de cristal del tamaño de una alubia que descansaba sobre su escritorio. Un regalo de sus hermanos. La pinzó con el índice y el pulgar y se la colocó en la palma de la mano. Luego de examinarla durante el tiempo que estimó oportuno, cerró el puño y la depositó en el bolsillo relojero del chaleco.

«Vivir eternamente en el recuerdo o vivir condenado al olvido».

La solución al dilema estaba en la solución de sales de cianuro que le aseguraba un tránsito fugaz y, según tenía entendido, poco agónico.

Una muerte barata para tan distinguido premio.

Luis Barolo se ajustó la pajarita y se incorporó lentamente. Dio cuatro pasos para colocarse frente al gramófono de trompeta que había ordenado traer desde París, al que apenas había dado uso. De hecho, no recordaba cuándo había sido la última vez, pero sí lo que había escuchado. Seleccionó el corte y posó la aguja con extrema delicadeza sobre el canal ancho del vinilo.

Las primeras notas de piano de *El carretero* precedieron a la voz de Carlos Gardel.

No hay vida más desgraciada
que la del pobre carretero,
con la picana en la mano
picando al buey delantero.

El empresario giró sobre sus talones para revisar de hito en hito la imagen de cuerpo entero que le devolvía el espejo. Presentaba un aspecto impecable, como no podía ser de otra forma. Metió la mano en el bolsillo, agarró la ampolla y se la introdujo en la boca. Con la lengua la colocó entre los molares del lado derecho e inspiró profundamente.

—Yo te maldigo, Mario Palanti, y, como a Judas, te condeno a congelarte en el noveno círculo del infierno, donde nunca encontrarás el descanso junto a los traidores a sus bienhechores. Traidores como tú —profirió en piamontés.

Y con un leve crujido se selló la conjura.

CUALQUIER MENTIRA DISFRAZADA DE VERDAD

Sobrevolando la provincia de Misiones (Argentina)
Septiembre de 2013

Se fija en una que tiene forma de cara de payaso siniestro; o eso interpreta.

Ólafur Olafsson se percata de que nunca antes había observado las nubes desde arriba, siempre lo hace desde tierra firme; pero el islandés concluye que, en ese caso y solo en ese caso, la perspectiva no influye en la percepción.

Según acaba de anunciar el comandante Rodríguez, tienen previsto tomar tierra en el Aeropuerto Internacional de Puerto Iguazú en veinticinco minutos, donde les esperan unas temperaturas máximas de 24 ºC y una humedad relativa del 73 %; relativamente demasiado para un hombre de las nieves como es el excomisario. Durante los dos días que han pasado en Buenos Aires preparando el viaje a Iguazú, Ólafur ha tomado contacto con el espeso clima porteño en un septiembre muy caluroso para esa época del año. De hecho, el mismo día 10, fecha en la que aterrizaron en Ezeiza, se registraron 35,3 ºC, temperatura que se coronó como la máxima histórica alcanzada en ese mes. Y si algo le agriaba el humor, era eso de romper a sudar según ponía el pie en la calle recién duchado. Otra cosa que le irritaba sobremanera era esa moda, llámese manía, de molestar continuamente a los pasajeros; ora una azafata que te importuna y en compensación te ofrece una bebida; ora un azafato que te despierta para corregir la inclinación del asiento; ora la voz del comandante por megafonía en el papel de guía turístico.

Ólafur Olafsson se mesa el bigote y gira la cabeza a su izquierda para encontrarse con el rostro de Erika. Duerme plácidamente; o eso interpreta. Desde luego, los músculos de la cara están distendidos y respira por la nariz de forma rítmica y profunda. El corte de pelo que luce, tipo *pixie,* favorece sus facciones. El islandés se siente afortunado por compartir asiento con ella, a pesar de que es muy probable que sean los dos únicos pasajeros del avión que no han incluido

intenciones turísticas ni ociosas en el equipaje. Han retrasado el plan de viaje el tiempo que ha necesitado ella para cumplir con un compromiso personal que la ha llevado a Varsovia. Ólafur sabe que tiene que ver con Olek Opieczonek, el hijo que dejó Augusto Ledesma en su sangriento paso por Europa; no obstante, no ha querido indagar mucho más allá para no provocar ningún desequilibrio que les distraiga de lo que les ha traído a Argentina. Antes de partir, muy a su pesar, ha tenido que dejar a Karatu a cargo de Txus, el gerente del Milagros, quien muy amablemente se había ofrecido a cuidarlo durante las semanas que fuera necesario. Un lapso indeterminado, porque ni Erika ni él se han visto capaces de precisar cuánto les va a llevar dar con el paradero de un hombre que ni siquiera pueden asegurar a ciencia cierta que siga vivo. Lo único que saben de Alcides Edgardo Bujalesky es que representa una seria amenaza para los intereses de la Congregación de los Hombres Puros y que Michelson también lo está buscando. Y son esas, justo esas preguntas sin responder, las que les han empujado a cruzar el Atlántico. ¿Qué clase de información contiene El Cartapacio de Minos? ¿Hasta qué nivel compromete a la organización criminal? ¿Realmente Bujalesky sabe cómo encontrarlo?

La información que le había proporcionado su amigo y miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol, Connor Murphy, no ayudaba a despejar ninguna de estas incógnitas, más allá de certificar que Bujalesky era una auténtica eminencia. El currículo que atesoraba constituía una prueba irrefutable: profesor titular de Historia Medieval en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; miembro académico de número de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina; exdirector del Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas; premio Konex de Humanidades y ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires. Pero todo ello no es más que perendengue y oropel para Ólafur, cuando lo único que de verdad les interesa es que sea, como se decía de él, uno de los mayores expertos del planeta en el estudio de la masonería y las sociedades secretas. Además, Bujalesky había firmado varios ensayos que versaban sobre la interpretación de la imaginería de Dante Alighieri, contenidos que le habían encumbrado a ocupar un puesto privilegiado entre los dantistas más reconocidos.

Su objetivo es encontrarlo antes de que lo haga la Congregación y para ello la única pista que tienen es la que ha dejado Carlos Alfredo Ramírez, un comisario ya retirado de la policía de Misiones que mantenía una estrecha relación con Bujalesky. Según concluía el informe de la Interpol que les proporcionó Sancho en el restaurante Milagros, este le habría ayudado a desaparecer de la faz de la tierra

luego del enfrentamiento que había sostenido el dantista con la Congregación, que se zanjó con la muerte de Néstor Bujalesky, su hijo. Connor Murphy les ha facilitado su último paradero conocido, un pequeño complejo de cabañas turísticas que gerencia junto a su mujer y a sus dos hijos a las afueras de Puerto Iguazú, en cuyo aeropuerto están a punto de aterrizar.

—¿En qué piensas? —Oye preguntar a Erika.

—¡Por fin despertó la Bella Durmiente!

Ella se frota los párpados.

—¿Esa quién era? ¿La imbécil que mordió la manzana o la boba que se pinchó con algo?

Ólafur se limita a sonreír.

—Déjalo, eran la misma tontita en situaciones diferentes. ¿Cuánto falta?

—Poco, creo —concreta él.

Erika se retrepa tratando de recuperar la elasticidad en la estrechez de su asiento.

—No sé por qué, pero me encuentro como atolondrada. Antes no lograba quedarme dormida en los aviones y ahora a los pocos minutos de despegar ya estoy soñando.

—Será que tienes la conciencia tranquila.

—Será eso o quizá tenga más que ver con esto —dice levantando el libro que reposa sobre sus piernas.

—¿Cuántos de esos te has leído ya?

—He perdido la cuenta y lo único que he sacado en claro es que la interpretación del universo de Dante es libre e infinita.

—*Oremus.*

—Hasta ahora el único nexo de unión que he encontrado con la Congregación de los Hombres Puros es que en *La Divina Comedia* el infierno está estructurado en nueve círculos, como nueve son los custodios, y que Dante se refiere a ellos como los encargados de que las almas impías que vagan perdidas no salgan del círculo al que han sido condenadas.

—Y treinta y tres los guardianes —se apresura a añadir él al tiempo que se ajusta las gafas con el índice—, como los cantos en los que se divide cada parte: *Infierno, Purgatorio* y *Paraíso*.

—Sí, eso también.

—Pues ya son dos, además de Minos. El hecho de que hayan bautizado su libro sagrado, por definirlo de alguna forma, El Cartapacio de Minos y que este aparezca en *La Divina Comedia* como un juez severo que se encarga de recibir y condenar a los pecadores no puede ser fruto de una mera coincidencia.

—Muy bien, pero… ¿adónde nos lleva?

—A encontrar al hombre que se supone que está capacitado para

interpretar toda esta mierda, porque yo no me trago ni una sola línea más de esos mamotretos cabalísticos.

—Me subo a ese tren. A mí también me ha superado —confiesa Erika dejando caer el libro—. Antes no me has contestado. ¿En qué pensabas?

Ólafur conecta con esos ojos azules casi grises.

—En las ganas que tengo de dar de comer a la jauría, que, lamentablemente, se va a tener que conformar con un menú a base de pastillas.

En algún lugar del cerebro del islandés se produce una asociación de ideas.

—Creo que echo de menos a Karatu.

—Está mucho más feliz correteando por ahí que metido en la bodega de un avión, ¿no crees?

—Ya. Pero no hablaba de él, hablaba de mí.

Erika ríe.

—¿Tú no echas de menos a nadie? —Quiere saber Ólafur.

—Evito pensar en ello.

—Eso no es un no.

—No, no lo es. A veces me gustaría tener cerca a mi padre o poder conversar horas y horas con mi madre sin hablar de nada, pero… ¿qué sentido tiene? Es decir, ¿qué beneficio se obtiene echando de menos a alguien?

—Ninguno, pero tampoco es necesario que lo tenga. La añoranza está ahí queramos o no, lo importante es contar siempre con alguien cuando uno lo necesita, ¿no crees?

Erika busca la respuesta a través de la ventanilla.

—¡Qué maravilla! Mira. —Señala dejando un hueco para que mire su compañero de asiento.

Desde el aire, las cataratas parecen un gigantesco desagüe por el que se escapa el selvático paisaje que las rodea. El efecto parece contagiarlos y la falla geológica se traga las palabras de Erika Lopategui y Ólafur Olafsson hasta que el sonido del tren de aterrizaje les devuelve a los asientos A y B de la fila catorce.

—En este momento solo contamos el uno con el otro —concluye Erika.

Hotel Bilderberg
Oosterbeek (Holanda)

A pesar de que el complejo ha sido pensado para ello, no puede decirse que Robert J. Michelson se encuentre muy relajado.

Ni mucho menos.

Los pasos suenan mudos a lo largo del alfombrado pasillo por el que se accede a la sala de reuniones. Es consciente de que del resultado de la reunión depende lo demás. Si no logra el apoyo unánime de los miembros de la Asamblea, todo el proyecto se vendrá abajo. Y el plan B dista bastante de ser un plan.

Pensando en positivo, se aferra al hecho de que sus hermanos hayan aceptado la invitación, teniendo en cuenta las implicaciones que conlleva mantener una reunión sin el conocimiento del Gran Maestre. Cuenta con el apoyo de los cuatro custodios que, junto a su padre, un día conformaron una corriente renovadora que no llegó a cuajar al aparecer los primeros síntomas de una enfermedad que terminaría por llevarse a la tumba las aspiraciones del antiguo Flegias. Robert J. Michelson, el nuevo Flegias, está llamado a completar aquella labor y, por ello, se ha reunido previamente, en secreto y de manera individual, con los cuatro para conocer sus intenciones y hacerles partícipes de su programa. Gerión y Nasidio eran los aliados más firmes de su padre y conseguir la renovación de sus votos no le ha resultado complicado. Ha detectado algo personal que sostiene el respaldo de ambos hacia su causa, aunque no sabe discernir si se debe a que están a favor de sus postulados o en contra de los de Corteza de Roble. Por su parte, Pluto y Anteo se han mostrado inicialmente menos entusiastas con sus ideas renovadoras. Sin embargo, Michelson ha sabido aprovechar muy bien el hecho de que todavía no hayan logrado desprenderse del miedo y la tensión que se apoderó de sus achacosos cuerpos durante la celebración del último acto de purificación en Budapest. Aquel atávico ritual que tanto detesta ha cargado sus alforjas de remozados argumentos y ha sido precisamente el caótico desenlace del mismo lo que ha empujado a Michelson a acelerar el proceso. Enfrente se va a encontrar con la más que esperada oposición de Minotauro y Efialtes, que, para su desgracia, son los miembros más antiguos de la Asamblea y más firmes defensores de la línea conservadora establecida por el actual Gran Maestre. Todavía no sabe cómo va a contrarrestar sus intervenciones, pero confía en que la experiencia adquirida en los numerosos comités de seguimiento de la Interpol le proporcione ese plus que va a necesitar. Caronte es la gran incógnita y, sabiendo el peso que tiene su opinión —proporcional al de sus empresas de extracción de crudo—, significa una equis demasiado importante como para no tenerla controlada; pero no le ha dado tiempo a trazar un acercamiento con el custodio. Por último, Cerbero, uno de los grandes apoyos de Corteza de Roble, es solo un cuerpo en descomposición gracias al disparo que recibió del pelirrojo inspector de Homicidios de Valladolid, Ramiro Sancho.

Sumido en estas cábalas, Michelson ha llegado frente a la puerta de

la sala donde a buen seguro ya le están aguardando el resto de miembros de la Asamblea. Antes de entrar se presiona los lacrimales, siguiendo una suerte de ceremonia que le ayuda a afrontar situaciones críticas como esta.

El rostro de su padre se dibuja en la cara interna de los párpados.

—Allá vamos —se alienta.

Ocho miradas se posan sobre él: las hay torvas y desconfiadas, conminatorias y expectantes, alguna cordial, pocas neutrales.

—Buenas tardes, señores —saluda con voz firme.

Nadie responde.

Mala señal. Hay demasiada hostilidad. Lógico por otra parte, dada la naturaleza del encuentro.

En el extremo más alejado de la mesa localiza una silla vacía, destinada a ser ocupada por el convocante de la reunión; sin embargo, para sorpresa de los presentes, Michelson se sienta en otra vacía, a la derecha de Nasidio y frente a Minotauro. Antes de tomar la palabra, se regala unos segundos para fijarse en la disposición de los asistentes.

Frente a él, los enfrentados; a su lado, los alineados.

—Buenos días a todos. En primer lugar, querría empezar esta reunión extraordinaria, si es que me corresponde a mí el honor de hacerlo, con una mención a nuestro hermano Cerbero, víctima del infortunio y, permítanme que lo añada, de la insensatez.

Un rumor de encendidas opiniones incendiarias chisporrotea en el ambiente. Todavía no es el momento, por lo que Michelson deja que el frío mármol rosáceo que lustra las paredes mitigue la deflagración.

—Sí, compañeros —prosigue—. Porque si hoy estamos aquí reunidos es porque, en mayor o menor medida, a todos nos preocupa el estado actual de nuestra organización. Por eso no quiero dejar pasar la oportunidad de agradecerles el hecho de que hayan aceptado mi invitación para evaluar el estado en el que nos encontramos. Crítico —define—, si calificamos en su justa medida los recientes acontecimientos que han hecho tambalear los pilares sobre los que se asientan nuestros negocios.

Michelson ha estudiado cada una de las palabras que va a utilizar, pero sobre todo las que no quiere pronunciar. Considera vital huir de los términos de corte masónico que forman parte del discurso de Corteza de Roble para ofrecer una perspectiva tangible de lo que son en realidad: un grupo de poder cuyo único objetivo es mantenerse. Por ello debe emplear un lenguaje netamente empresarial, alejado de lo esotérico. El poder es un valor que no cotiza en ninguna bolsa, pero que siempre está al alza y cada día cuesta más comprarlo.

En esta idea se basará su discurso: alguien tiene que pagar el precio.

—Ha llegado la hora de dar un giro radical, aunque progresivo, al enfoque de nuestra organización. Los tiempos han cambiado y

nosotros seguimos anclados en formas de hacer encorsetadas; válidas en otras épocas, sí, pero que hoy son altamente comprometedoras. Este atavismo demencial no es en absoluto favorable a nuestros intereses —sentencia.

—Hemos llegado hasta aquí gracias a esas formas de hacer encorsetadas —parafrasea Minotauro—. Porque contamos con unos principios inviolables, un reglamento que está por encima de los intereses particulares y que siempre nos ha protegido del exterior, desde que el primer Gran Maestre escribiera el *Novem Regulas*.

Michelson ya ha previsto ese primer argumento opositor: la tradición.

—Muy cierto, pero permítame que le haga una observación que, intuyo, es probable que no haya tenido en cuenta. El exterior ha evolucionado, nuestro reglamento no. Por tanto, cada día que transcurre nos vamos alejando de la realidad y nos resulta más complicado mantener nuestro escudo principal: el anonimato.

—¡Esa es nuestra gran debilidad! Nuestra única debilidad —precisa Gerión—. Y de un tiempo a esta parte nuestro nombre está en boca de todos —exagera el custodio interpretando bien su papel—. Flegias, igual que lo fue su padre y antes que él su bisabuelo, es experto en el arte de hacer invisible lo visible, que es, precisamente, lo que necesitamos en estos momentos. Él sabe lo que dice y dice lo que muchos pensamos. ¿Recuerdan la asamblea de Edimburgo del año 2002? Su padre lo predijo. Nos advirtió a todos de que cada vez éramos más vulnerables, que nos habíamos vuelto descuidados y vanidosos, que necesitábamos cambiar nuestros hábitos… ¿Lo recuerdan? Porque yo sí.

—¡Eso es oportunismo, nada más! —protesta Efialtes—. A lo largo de nuestra historia hemos vivido episodios críticos que hemos sabido superar gracias a que nos mantenemos firmes y unidos. ¡Unidos!

—Podemos terminar muy unidos en la cárcel, donde hemos estado muy cerca de acabar tras el acto de purificación de Budapest. O, si nuestro compañero lo prefiere, muy firmes bajo tierra, como nuestro hermano Cerbero —interviene Pluto en tono jocoso para disimular sus miedos.

—El mayor peligro nos acecha desde dentro, ¡no viene de fuera! —contraataca Efialtes, acusador.

—¡Estoy de acuerdo! —se le une Minotauro—. ¿Cuándo hemos mantenido una reunión de este tipo, por muy extraordinaria que sea, sin el conocimiento de nuestro Gran Maestre? Gerión, hermano, que tan buena memoria tiene, respóndanos si es usted tan amable. ¡¿Cuándo?!

El custodio aludido frunce el ceño, pero desvía la pregunta hacia Michelson.

—El hecho de que nuestro Gran Maestre no esté presente se debe a que nosotros, como custodios de esta gran empresa, somos los únicos responsables de velar por la pervivencia de la misma. Y no lo digo yo, viene escrito en El Cartapacio —remarca—. No creo que sea necesario que les recuerde su juramento, ¿verdad? —les lanza a todos—. Sé que si no prospera la proposición que tengo que hacerles tendré los días contados. Sin embargo, he decidido arriesgarme por el bien general y no pensando en mis intereses.

—¿Y en qué consiste esa propuesta, si puede saberse? Aunque estoy seguro de que algunos de los presentes ya están al corriente… —deja caer Efialtes.

—Enseguida. Previamente, como decía al principio, quisiera hacer una breve evaluación de la coyuntura en la que nos encontramos para que ustedes mismos se labren su propia opinión más allá de la postura que han adoptado antes de entrar en esta sala.

Michelson compone un rictus cargado de solemnidad.

—En apenas una década hemos sufrido dos filtraciones importantes que todos conocen, por lo que voy a obviar los detalles. Primero la de Bujalesky y recientemente la de De Bruyn. Pero de lo que no sé si somos conscientes es de que la segunda es consecuencia de la primera. ¿Lo somos?

—¿Qué más da? Antes que esas hubo otras y otras llegarán —le interrumpe Minotauro—. Y sin embargo, todas ellas, todas sin excepción, se sellaron debidamente gracias a nuestros arcángeles. Bujalesky ya ni siquiera forma parte del recuerdo y la de De Bruyn está a punto de resolverse. En la próxima asamblea ni siquiera será digna de mención. No trate de asustarnos, su inexperiencia es lo que de verdad nos asusta.

—No me ofenderé por eso —esquiva Michelson haciendo alarde de la flema cargada en su ADN—. Mi reciente incorporación a esta organización es una fortaleza, no una debilidad.

Pausa.

—Aunque no me esté permitido mencionarlo, todos ustedes conocen el pasado profesional de mi padre. Y el mío. Dicho esto, si me permite unos minutos, le demostraré lo equivocado que está.

Y lo hace.

Esa es su especialidad, encender la mecha y esperar el momento propicio para estallar la dinamita. El objetivo no es otro que causar el mayor número posible de víctimas. Tras la detonación, los rostros de los custodios afines reflejan verdadera ira y fingida perplejidad. Los documentos que prueban que Alcides Edgardo Bujalesky sigue con vida circulan entre los miembros de la Asamblea.

—Corteza de Roble nos engañó a todos —concluye Michelson sin necesidad de endurecer el tono. El contenido de la frase es suficiente.

Otra pausa.

—Si esto es cierto —interviene por primera vez Caronte—, el hermano Efialtes tiene razón. El mayor peligro nos acecha desde dentro, sí, y ocupa el cargo de Gran Maestre.

Michelson sabe en ese momento que esta batalla está ganada.

Es hora de enarbolar su estandarte.

Puerto Iguazú
Provincia de Misiones (Argentina)

En las cabañas les han informado de que el señor Ramírez ha partido por la mañana con un grupo de turistas hacia el Parque Nacional Iguazú y que no tiene previsto regresar hasta dentro de tres días. La recepcionista —que en realidad es su hija Fernanda— no ha querido facilitarles el número de su teléfono móvil, a pesar de que están seguros de que se ha tragado la historia de la entrevista para una revista especializada en viajes. No les ha quedado otra opción que ir a su encuentro.

Con la planificación de las excursiones en el bolsillo, Erika sigue las indicaciones del navegador del Ford Focus que acaban de alquilar mientras escucha por enésima vez las imprecaciones de Ólafur Olafsson contra Robert J. Michelson.

—A Connor nunca le pareció trigo limpio. Me lo advirtió muchas veces. Decía de él que era un camaleón araña, porque sabía camuflarse tras un rostro amable para tejer pacientemente una red sin que sus presas se percataran de ello. Lo cierto es que a mí nunca me jugó ninguna. Yo sabía lo que era jugar sucio, o no jugar limpio del todo para ser más exactos, y quizá por ello Michelson se empeñó en que formara parte de su equipo. Nos conocíamos antes de que le encargaran formar el grupo para atrapar a Augusto. En el año 2000 o 2001, ya no recuerdo, colaboré con la ISUF con el objeto de desmantelar la red de tráfico de armas que se creó al finalizar el conflicto irlandés. Y como yo había estado en los dos lados, le serví de bastante ayuda. El bastardo se sabía mi historial mejor que yo, aunque, bien pensado, creo que eso carece de mérito, porque soy incapaz de acordarme de lo que hice antes de ayer…

—De lo que no me acordaba yo era de que fueras capaz de producir tantas palabras por minuto. Está claro que las personas evolucionan y casi siempre a peor —bromea ella.

—Ya. Tu caso es un claro ejemplo.

—Sin duda.

—Y no digamos el de Sancho. De mosquita muerta a matamoscas. Y no quiero decir que antes fuera un desgraciado y ahora un malnacido,

a lo que me refiero es a que se ha pasado al lado oscuro del bien con mucha facilidad.

—¿El lado oscuro de la fuerza? —define Erika, jocosa—. Ese es el bando en el que estamos tú y yo, pero discrepo en que haya sido con facilidad. No creo que Sancho haya tenido una existencia, digamos…, fácil.

—Ya. Pero esos son matices que no cambian el hecho —objeta él.

—¿Qué hecho?

—Que el pelirrojo cruza la frontera como y cuando quiere; con mucha facilidad —concreta.

—Ya estamos. Este es el tipo de conversación trampa que mantenías con Jaap, ¿verdad?

—No, las nuestras eran más profundas.

—Gracias, cabronazo.

—De nada.

—Te vas a enterar, abuelo —vuelve Erika—. Una vez te oí decir que una mentira puede convertirse en verdad. Eso es una chorrada.

—No. Lo que sostenía ante Jaap era que cualquier mentira disfrazada de verdad puede convertirse en verdad.

—Lo mismo me da que me da lo mismo. Es una perogrullada —califica ella al tiempo que trata de no superar el límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora que establecen las señales.

—Arguméntamelo.

—Pues eso, que la verdad es única. Argumentado.

—Depende de la naturaleza de la misma. Independientemente, insisto, cualquier mentira bien disfrazada de verdad puede convertirse en verdad.

—Arguméntamelo.

—Otro día.

Erika resopla al volante.

—Volviendo al asunto de Sancho —retoma él—, ¿qué fue eso que te dijo la última vez que hablaste con él?

—Que iba a estar en el lado de la ley y el desorden, pero no fue la última vez que hablé con Sancho.

—¿Has vuelto a hablar con él y no me lo has contado?

—Sí te lo he contado.

—No, me acordaría.

—Fue el día de autos —recalca ella, sibilina.

—Ya. No pienso avergonzarme por ello, la jauría necesita carne fresca de vez en cuando.

—Claro, claro.

—El entorno es precioso —observa el islandés mirando a través de la ventanilla. Inmediatamente, deja pulsado el botón para bajar el cristal.

—No te avergüenzas de ello, pero siempre cambias de tercio —le recrimina Erika.

—Huele a naturaleza agreste.

—Otros lo llaman humedad.

—No, hay muchos más matices que tu poco entrenado sentido del olfato no está apreciando.

Erika deja escapar una carcajada.

—¿Más matices?

—En la vida todo son matices y en materia olfativa más, si cabe.

—Algún día esa gran virtud que posees —se mofa Erika— te jugará alguna mala pasada.

—Ya. Gracias a mi olfato pude llegar hasta ti en el maldito laberinto del castillo de Buda, así que deberías rendir cumplido homenaje a esta —dice tocándose la nariz con el índice.

Erika declina «matizar» que, si no hubiera aparecido Sancho, aquel fauno de enorme cornamenta le habría hundido la daga ritual en las tripas.

—Los olores nos narran acontecimientos —insiste Ólafur—. Hace no mucho que aquí ha caído una buena tormenta, todavía se pueden apreciar las trazas de la electricidad en el aire.

—La acumulación de agua en los márgenes de esta carretera ya me susurró ese secreto hace varios kilómetros.

—Ya. Pero la vista no te lo cuenta todo. La vista siempre engaña, porque se ciñe a lo que tenemos delante de los ojos. Te voy a contar lo que nunca te confesará esa pérfida traidora —dice quitándose las gafas.

—Sorpréndeme.

—Percibo el aroma que se desprende de las rocas secas de origen granítico, por lo que debemos de estar cerca de un…

—¡Venga ya! —le interrumpe—. Estamos cerca del conjunto de saltos de agua más importante del globo terráqueo. ¡Por supuesto que debemos de estar cerca de…!

—No. Esas rocas no desprenden ningún aroma, porque están permanentemente mojadas y no acumulan los componentes químicos ni otros organismos de origen natural que reaccionan con el agua produciendo este maravilloso olor. Las rocas a las que me refiero son de origen volcánico, granítico, diría yo, y si no me equivoco deben de ser aquellas que se empiezan a ver allí a lo lejos.

Erika le miró sorprendida.

—No sabía que fueras un experto en geología.

—Ni yo. En realidad sé tanto de la materia como de la *nouvelle cuisine,* pero, como ves, cualquier mentira bien disfrazada de verdad puede convertirse en verdad.

Erika no le vuelve a dirigir la palabra hasta que estacionan en un

aparcamiento donde el transporte colectivo para turistas es la especie dominante.

—«Recorrido por las pasarelas del circuito superior» —lee Erika—. Luego visita a la Garganta del Diablo y después de almorzar la ruta por el circuito inferior. Voy a preguntar a ese conductor, a ver si me traduce esto.

Cuando regresa, su humor, lejos de mejorar, parece haber empeorado.

—¿Qué te ha dicho el tipo?

—Que sigamos a la gente.

—¿Qué gente?

—A todos esos.

Erika señala un ejército de excursionistas que, organizados en distintos destacamentos y escuadrones, se pierden en el horizonte en dirección a la estación Garganta del Diablo, el punto en el que nacen los tres itinerarios.

—Esto va a ser como encontrar a Wally —observa Ólafur.

—Peor, mucho peor. Todo el mundo sabe cómo viste Wally y nosotros lo único que tenemos es una foto de Ramírez de hace catorce años.

—Disfrutemos entonces de esta maravilla. En el peor de los casos, en tres días podremos encontrarlo en las cabañas.

Erika no contesta. Tiene demudado el rostro y su expresión ausente le recuerda a aquella que lucía tumbada sobre el altar de sacrificios bajo los efectos de los opiáceos. Paralizada por completo, solo mueve los ojos, que siguen un objeto en la lejanía.

Ólafur Olafsson se ajusta las gafas con el dedo índice.

Una estatua de mármol viviente.

Hotel Bilderberg
Oosterbeek (Holanda)

Ha aguardado pacientemente a que la fruta madure antes de sacudir el árbol. Solamente Minotauro parece seguir aferrándose a las ramas, aunque desde hace minutos ha optado por permanecer callado, a cobijo como el resto de sus hermanos.

—Señores, ha llegado el momento de tomar decisiones —expone Michelson.

Y de nuevo las miradas confluyendo en la suya. Aprecia, o quiere apreciar, menos carga hostil.

—Tenemos que determinar si esta Asamblea quiere que un nuevo Gran Maestre tome las riendas de nuestra organización.

Silencio.

—El reglamento dicta que el cargo de Gran Maestre es de carácter vitalicio a no ser que se produzca una renuncia justificada y aceptada por la Asamblea o bien que exista la voluntad de elegir otro candidato, que deberá, en todo caso, ostentar el cargo de custodio.

Pausa.

—Siendo este último el caso que nos atañe, se especifica que para ser aprobada la moción deberá existir unanimidad de criterio entre los miembros de la Asamblea. La fórmula establece que la consulta debe hacerse de viva voz a cada uno de los miembros presentes en orden inverso a la antigüedad del mismo. Por lo consiguiente, me corresponde a mí ser el primero en expresarme.

Mutismo generalizado.

Michelson se incorpora con calma y eleva una octava la voz.

—Yo, Flegias, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

Se sienta y cede el turno con la mirada al siguiente custodio. Sabe cómo se va a pronunciar. No se equivoca.

—Yo, Anteo, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

Con el siguiente tampoco.

—Yo, Pluto, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

A partir de aquí la sombra de la duda tiñe su optimismo.

—Yo, Gerión, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

Michelson trata de contener la euforia.

—Yo, Nasidio, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

El siguiente pronunciamiento es de vital importancia.

—Yo, Caronte, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

Llega el turno de los opositores.

Efialtes declina ponerse en pie. Es el acto de rebeldía más osado al que puede aspirar en ese momento.

—Yo, Efialtes, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

Falta Minotauro. En sus setenta y tres años nunca se ha visto en una situación como esta. Como máximo accionista del mayor grupo de comunicación del planeta, está acostumbrado a sembrar pensamientos y cosechar opiniones. Nunca imaginó que a estas alturas se iba a ver forzado a regalar la suya. Lo que no puede anticipar el veterano magnate de la comunicación es lo rápido que se va a arrepentir de haberse manifestado en contra de su criterio.

Aún falta el voto del más veterano de los custodios. Antes de que abra la boca, Michelson interpreta su mirada y libera el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

—Yo, Minotauro, digo sí al nombramiento de un nuevo Gran Maestre.

Michelson regala un prolongado silencio a sus hermanos con el propósito de que digieran bien la decisión que acaban de tomar.

—Señores, la Asamblea se ha manifestado —dictamina al fin.

Pero esta vez sus palabras no logran captar la atención de sus compañeros.

La presencia del mayor de los arcángeles convierte la ya de por sí enrarecida atmósfera de la sala en una ciénaga infecta en la que nadie quiere permanecer un solo minuto más. A pesar de que Miguel tiene el pelo cada vez más cano, sigue manteniendo un estado físico impecable y su expresión turbadora siembra el desconcierto entre los custodios.

Empieza el segundo acto.

—Yo respetaba a tu padre.

La voz agrietada de Corteza de Roble precede a su siniestra figura. Viste la túnica de Dante para recordar quién es el Gran Maestre. Se sirve de dos bastones para caminar, bastones que parecen apéndices de sus ramificadas manos. A pesar de que los presentes ya están habituados a su deformidad, ninguno puede evitar contraer el semblante cuando se despoja de la capucha.

Gerión, que ocupa la silla más próxima a la puerta, se levanta de inmediato para cedérselo al, todavía, máximo exponente de la hermandad. Miguel le ofrece su brazo y este lo toma más por motivos ornamentales que por necesidad. Seguidamente, el arcángel se sitúa a su derecha y adopta una pose hierática, blindada.

—Tienes que creerme, Flegias: yo respetaba a tu padre —repite clavando su mirada en Michelson. Sus ojos son dos minúsculas esferas; perfectas y negras, como las de un tucán. A pesar de que estén parapetados tras las protuberancias verrugosas, se percibe la ira contenida—. Él estaba hecho de madera noble; tú, sin embargo, solo eres carcoma. ¿De verdad pensabas que podías organizar una reunión de este calado sin que el Gran Maestre se enterara? ¡Una confabulación para asaltar el cargo que legítimamente obtuve y que ostento por derecho! ¿En algún momento llegaste a creer que mis arcángeles no iban a enterarse de tus ambiciones sediciosas, de tu sed de poder?

Michelson bebe un trago de agua para aplacar la sed. O puede que sea para paliar la sequedad que de forma repentina le ha tapizado el interior de la boca.

—Eres un necio, no estás a la altura de tus antepasados —sentencia Corteza de Roble—. Siempre estuve al corriente de las discrepancias de tu padre con respecto a los peligros derivados de mi forma de dirigir esta hermandad. ¿Y sabes por qué? Porque él me lo contaba. Acudía a mí para compartir sus cuitas con su Gran Maestre. Sin duda, era un hombre honesto y valiente, preocupado por la seguridad de sus hermanos, sí, pero nunca se desvió del camino.

Robert J. Michelson podría discutir tal afirmación, pero sabe que no va a sacar ningún provecho de ello. En esa tesitura conviene aguantar a que cese el bombardeo antes de salir corriendo hacia ningún lugar.

—Yo le respetaba —insiste— y por ello consentí que su túnica de custodio fuera traspasada a su único hijo tras su fallecimiento, tal y como él deseaba. Ser magnánimo puede confundirse con debilidad —reflexiona en voz alta—. En cuanto a vosotros, hermanos, habéis de saber que he asistido a esta ilegítima reunión sin necesidad de estar presente. No estoy sorprendido, aunque sí decepcionado. Entiendo que esta situación es consecuencia directa de los últimos acontecimientos y como pilar del Templo asumo mi responsabilidad y me comprometo a revisar mis métodos. A cambio solamente os pido, os exijo —rectifica—, que hagáis honor a la palabra que un día dejasteis escrita en El Cartapacio de Minos.

Miguel hace un leve movimiento y la atención de los custodios se concentra en la empuñadura en forma de cruz bañada en oro que asoma a la altura de la cadera del arcángel mayor; el arcángel de los arcángeles, ese a quien tantas veces han recurrido para quitarse de encima un problema, ese cuya función principal es defender al Gran Maestre de la Congregación de los Hombres Puros.

—¡Hermanos! Yo soy el defensor de las nueve normas escritas de puño y letra por el Gran Arquitecto —insiste con el tono crispado—. ¡Yo, Corteza de Roble! ¡Y ninguno de los que hoy estáis aquí sentados está preparado para siquiera comprender el compromiso que eso conlleva! ¡Ninguno! —subraya mientras los va señalando uno a uno.

—La Asamblea se ha manifestado —pronuncia Michelson, extrañamente calmado.

—¡La Asamblea no se manifiesta si no está presente su Gran Maestre!

—No es cierto, hay precedentes —replica Michelson—. Corteza de Roble no es el primero ni será el último Gran Maestre que no termina su mandato por decisión de la Asamblea.

—¡Yo soy la Asamblea y tú no eres más que un maldito traidor! Y contra los traidores solo existe un antídoto.

Corteza de Roble apoya sus manos deformes sobre la mesa y trata de ponerse en pie, pero la falta de sujeción hace que el intento quede solo en eso. Miguel se apremia para asistirle, pero él declina la ayuda con un grito que le nace desde lo más recóndito de su estómago. En la segunda tentativa quiere valerse únicamente de los bastones, que apenas logra asir con firmeza dado el avanzado desarrollo de la epidermodisplasia verruciforme. Así y todo, consigue enderezarse luego de algunos interminables segundos durante los cuales nadie apuesta por que lo vaya a conseguir.

Pero la dignidad supera cualquier barrera y de eso Corteza de Roble tiene de sobra.

—Los traidores no merecen ser juzgados —sentencia al tiempo que derrocha esfuerzo y orgullo en rodear la mesa en dirección a su

objetivo.

Los custodios aprietan los párpados a su paso o se giran atemorizados. Tal es el efecto que provoca ver desenvainada la espada flamígera.

—Los traidores solo merecen ser ajusticiados.

Michelson se gira muy despacio.

Sabe cómo va a terminar la escena. En realidad, todos lo intuyen desde el momento en que han visto entrar a Corteza de Roble en la sala acompañado de su fiel escudero.

—La Asamblea se ha manifestado —repite Michelson—. Nadie puede oponerse a las decisiones tomadas libremente por unanimidad. Elegiremos un nuevo Gran Maestre.

A Corteza de Roble le sorprende la entereza con la que Flegias afronta su final. Incluso cuando suelta uno de los bastones para extraer una daga que logra aferrar con sorprendente presteza entre sus dedos cubiertos de máculas endurecidas, no detecta atisbo alguno de miedo ni súplica en su expresión.

—¡Gran Arquitecto, Creador, guía estas manos obedientes, que son las tuyas, en el ejercicio que se me ha encomendado! —declama el Gran Maestre elevando la empuñadura por encima de la cabeza.

Llega el acto final.

Michelson da la orden con un leve movimiento de la cabeza.

Y Miguel actúa.

La espada flamígera choca contra el filo de la daga arrancándosela de las manos a Corteza de Roble. Este, siguiendo su instinto, se gira para tratar de comprender qué está pasando. Lo ve escrito en la mirada del arcángel justo antes de perder el equilibrio y dar con su ajado cuerpo contra el suelo.

La sala se llena de exclamaciones hasta que un alarido las entierra a todas.

—¡Juuudas! Maldito seas, Judas. ¡Tú, mi primera espada!

—La primera de la hermandad —replica Miguel señalándolo con la punta de la espada flamígera.

—Damocles me lo advirtió, ¡pero no quise escucharle! —reflexiona en voz alta—. Él me lo advirtió. ¡Lucifer te devorará junto con Casio y Bruto por toda la eternidad!

Michelson se incorpora justo entonces y golpea la mesa con el puño cerrado.

—La Asamblea se ha manifestado. ¡Elegiremos un nuevo Gran Maestre!

Entretanto, Efialtes y Pluto, movidos por sentimientos humanitarios más que asistenciales, ayudan a Corteza de Roble a levantarse del suelo. Nadie se lo impide.

—Es evidente que me equivoqué contigo —balbucea este

refiriéndose a Michelson—. No eres un necio. «Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» —cita.

—Es hora de asumir la derrota —le conmina Michelson.

Corteza de Roble cierra los ojos y asiente, pero no porque esté en absoluto de acuerdo con Michelson, lo hace porque acaba de darse cuenta del propósito que tiene el sainete que han preparado Flegias y Miguel.

—El Maligno se presenta ante nosotros bajo múltiples apariencias —dice en voz queda—, pero yo sé reconocer todas sus formas. El futuro Gran Maestre nunca tendrá lo que tanto ansía.

Michelson no sabe leer sus intenciones en estas palabras. Miguel tampoco.

La reacción de Corteza de Roble no está en el libreto.

Convierte el odio en energía para abalanzarse sobre el arcángel, que, ocupado en controlar los alborotados movimientos de los custodios, no puede evitar que agarre la noble empuñadura y tire de ella hacia sí.

Y ninguna corteza de roble es lo suficientemente dura para detener la afilada punta de la espada flamígera.

—¡No! ¡No! ¡Nooo! —chilla Michelson.

Solo el Gran Maestre conoce la ubicación de El Cartapacio de Minos.

Un griterío vuelve a adueñarse de la sala.

Cuando Miguel extrae la espada, esta se ha teñido de sangre apenas unos pocos centímetros, los necesarios para alcanzar la aorta y seccionarla a la altura del ventrículo izquierdo.

A Michelson le da tiempo a sostener y acompañar el desvanecimiento del ya relegado Gran Maestre.

Los músculos de la cara, contraídos hasta el extremo en una contrahecha configuración facial, conforman una expresión agónica, monstruosa. Michelson trata de conectar con esos ojos moribundos que se resisten a parpadear por última vez. Desiste al escuchar unas palabras que escapan furtivas entre sus dientes teñidos de rojo escarlata.

—Tus sucias manos nunca tocarán El Cartapacio, traidor —susurra.

—Yo no estaría tan seguro de eso, siempre me quedará Bujalesky —le revela Michelson al oído.

Corteza de Roble, muy lejos de verse sorprendido, esboza una mueca parecida a una sonrisa. Seguidamente, toma aire con la intención de decir algo, pero su cerebro se queda sin riego sanguíneo y deja de transmitir órdenes.

Muere.

El Gran Maestre yace tirado en el suelo manteniendo cierto vigor, como una rama que acaba de ser arrancada de un árbol. Tras unos

segundos de respetuoso silencio, Caronte, que es el único custodio que ha permanecido en su sitio, se levanta.

—Señores, compañeros, hermanos, procede ahora fijar el lugar para la celebración de la próxima asamblea, donde debemos elegir un sucesor dentro de veintiún días, como establece la norma.

Un nuevo murmullo.

—Será un acto protocolario, porque… o mucho me equivoco o solo tenemos una candidatura.

Efectivamente: se equivoca.

LO CORRECTO MATA

Parque Nacional Iguazú
Provincia de Misiones (Argentina)
Septiembre de 2013

Erika tarda en reaccionar.

No sabe lo que le ha provocado esa parálisis, pero diría que no ha sido causada por el miedo. Las difusas reminiscencias del fugaz encuentro con la mujer albina en Budapest siguen pendientes de catalogar. Recuerda vagamente que aquel guardián de la Congregación la tenía retenida en un agujero junto con la otra doncella como coprotagonistas del acto de purificación. Cuando Zoltan Szabó pretendía deshacerse de su compañera, ella apareció de la nada, le arrebató la vida como si nada y en la nada desapareció.

Es como si su subconsciente se resistiera a reconocer unos hechos de los que tiene constancia de que han sucedido tal cual los recuerda.

—Tenemos que movernos —escucha decir a Ólafur tras aclararse la garganta—. Si ella está aquí, es porque o nos está siguiendo a nosotros, o viene a buscar a la misma persona, pero con fines distintos.

—Me decanto por la segunda opción —reacciona ella con la mirada puesta en la estatua.

—Coincido.

—Y entonces, ¿qué?

—No la perdamos de vista.

El arcángel viste un mono de licra negro y, a pesar de que sus largas rastas albúreas le tapan parcialmente la espalda, se puede distinguir una mochila de contenido tan incierto como inquietante. Se cubre los ojos con gafas oscuras y camina ligera, pero sin prisa. Flota.

La siguen a unos cincuenta metros de distancia al tiempo que serpentean entre los turistas que se dirigen a la estación Garganta del Diablo. Una incómoda gota de sudor desciende por la sien de Ólafur.

—Jaap me habló de todos los arcángeles —introduce este—. No era extraño escucharle alardear de que conocía a fondo las habilidades de

sus compañeros. Sentía mucho respeto por Rafael y diría que admiración por Miguel, pero de Gabriel…, de Gabriel no sabía más que el hecho de que era una mujer. No sé si te enteraste de que Sancho también se topó con ella en Nigeria. Se ha parado. Espera.

—Sí, ya me contó. ¿Qué está mirando desde ahí?

—Ni idea.

—No dejo de pensar en algo…

Ólafur se mantiene a la expectativa sin despegar la mirada del arcángel.

—¿Qué mierda vamos a hacer si tenemos que enfrentarnos con ella?

—Ya. Buena pregunta. Llegado el caso, si se pone a tiro, no le voy a dar opción a que me envíe al Valhalla —asegura haciendo rotar el tobillo de la pierna derecha.

Erika arruga la cara.

—¿Cómo es posible?

—Uno tiene sus métodos. ¿Recuerdas que cuando aterrizamos en Ezeiza tardé más de la cuenta en volver del baño?

—Lo tuyo para conseguir armas es un arte. Pensaba que llevabas esos pantalones de campana por decisión propia.

—Y así es.

—Los setenta murieron en cuanto empezaron los ochenta, hace treinta y tres años. Siento ser yo quien te lo diga.

—Se pone en marcha —advierte él. En su tono de voz se aprecia cierta alteración que, para su sorpresa, no encuentra reciprocidad en su compañera.

—Vamos.

Decenas de personas esperan a que llegue el tren turístico que les acercará hasta las pasarelas sobre el río Iguazú que mueren en el mirador de la Garganta del Diablo. Sin embargo, el arcángel pasa de largo siguiendo los letreros que señalizan el circuito inferior.

—Parece que no tiene la misma información que nosotros —comenta Erika.

—O puede que sí la tenga y haya decidido esperar a que Ramírez pase por allí. Es lo que haría yo.

—Mierda, mierda, mierda —califica ella—. No será capaz de intentar algo a la vista de cientos de personas, ¿verdad? —se cuestiona, más como un deseo que como una incógnita.

—Yo no apostaría mi jubilación.

—No podemos permitirlo. Si elimina a Ramírez, nos corta de raíz la posibilidad de encontrar a Bujalesky. Adiós al maldito Cartapacio. Al margen, si me reconoce, creo que nos vamos a meter en un lío importante.

—Ya. ¿Y qué propones?

—Que nos separemos. Tú la sigues a ella y yo trato de dar con

Ramírez.

Ólafur se mesa el mostacho con la atención puesta en su objetivo.

—No sé si es buena idea, pero a estas alturas…

—Hasta caminar en llano da vértigo —completa ella.

—Pues eso, no te tropieces.

—Lo mismo te digo. Estamos en contacto por móvil. Me vas contando, ¿ok?

—Suerte.

Erika posa la mano sobre su hombro y le menea levemente antes de dar media vuelta. El islandés la ve perderse entre el resto de congéneres que avanzan en dirección a los distintos miradores desde los que contemplar los distintos saltos de agua. Cuatro ejemplares de coatí parecen escoltar su marcha.

Se le arruga el estómago cuando sus ojos regresan al punto en el que debían encontrarse con el arcángel.

Ha desaparecido.

Cafetería restaurante Schoonoord
Oosterbeek (Holanda)

La expresión de Robert J. Michelson está cincelada por la frustración de quien se ha quedado con la miel en los labios. Ver morir a un hombre no resulta agradable, ser el responsable de esa muerte, menos; pero no son esos los tragos amargos que le han impulsado a sofocarlos con el amargor de un gin tonic. O varios.

El plan consistía en quitar de en medio a Corteza de Roble, pero nunca antes de haber realizado la ceremonia del traspaso de la túnica de Dante, con lo que ello implica. Sabe que el Gran Maestre es el único que dispone de todos los permisos para acceder a la información clasificada de la organización, que no es más que la que genera durante su mandato; aun así, le habría resultado de gran utilidad. Ahora no tiene nada más que muchas opciones para ser nombrado su sucesor —más por miedo que por méritos personales—, pero de nada le servirá el cargo sin los privilegios. Corteza de Roble interpretó correctamente sus reales intenciones y por eso decidió llevarse a la tumba el secreto de la localización de El Cartapacio de Minos. A la tumba o allá donde se estuviera descomponiendo su monstruoso organismo, porque Michelson no se ha interesado por ello. El hecho de que Nasidio sea el propietario del hotel ha facilitado la retirada del cadáver siguiendo la misma metodología con la que trabajaba su servicio de habitaciones: con absoluta discreción. Al custodio le ha incomodado tener que pedir la devolución de algún favor a las autoridades pertinentes para conseguir la incineración inmediata del

cuerpo de un indocumentado que se les había colado en el hotel y que había resuelto morirse sin permiso. Hasta cierto punto es cierto, pues casi nada se sabe sobre la persona que había detrás de su nombre masónico. De igual forma, a estas alturas ya será ceniza y los problemas pierden fuelle cuando carecen de nombre propio.

—Hay un vuelo esta noche —le informa Miguel.

—Excelente. ¿Has informado a tu gente?

—No, todavía no. Lo haré de camino al aeropuerto, pero he de decir que nunca se me han dado bien los comunicados. De ningún tipo —especifica.

—Los custodios se encargarán de hacerlo con sus guardianes y estos, a su vez, con los centinelas. Solo diremos que el Gran Maestre ha muerto y que la Asamblea ya está trabajando en la sucesión.

—La norma establece que los candidatos deben presentarse a la elección con su futuro nombre. ¿Has pensado ya en ello?

Michelson bebe un trago largo del Tanqueray con tónica e inspira profundamente buscando inspiración.

—Xellos.

Miguel lo mira extrañado.

—Mi padre me regaló un caballo que se llamaba así: Xellos.

La ausencia de reacción por parte del arcángel le hace creer a Michelson que desea escuchar toda la historia.

Nada más lejos de la realidad.

—Durante unos años vivimos a las afueras de Derby, en una hacienda que perteneció a mi bisabuelo Matthew J. Michelson y que todavía puedo ver con nitidez si cierro los ojos. Mi padre pasaba largas temporadas fuera y cuando regresaba lo primero que hacía antes de entrar en casa era pasar por el establo a saludar a sus caballos. Los había comprado casi todos siendo potros y los criaba, se los criaban —rectifica—, para competir. Lo cierto es que jamás consiguió tener ninguno que ganara algo importante, pero la que más destacaba era una yegua de pelaje castaño claro que se llamaba Ayris. Se empeñó en cruzarla con un semental que debía de ser el Usain Bolt equino, porque cubrirla le costó una millonada. Once meses después nació Xellos. Recuerdo que mi padre lloró al verlo levantarse por primera vez, algo que no hizo cuando nací yo, su único hijo, porque ni siquiera estuvo presente. Estaba emocionado. No hablaba de otra cosa que de Xellos y, por muy absurdo que te pueda parecer, empecé a sentir celos de aquel potrillo.

Otro trago.

—Para mi sorpresa, cuando cumplí los doce años mi padre me lo regaló. Era mío y sin embargo no podía montarlo porque Xellos tenía que cumplir un protocolo de adiestramiento específico para convertirse en un gran campeón. Un día, aprovechando que él estaba

de viaje, decidí hacerlo por mi cuenta y riesgo. Yo no era un gran jinete, pero estaba acostumbrado a montar desde los seis años. Xellos no debía de pensar lo mismo, porque a las primeras de cambio me hizo descabalgar. Me fracturé la clavícula. No me atreví a contarle la verdad a mi padre. Meses después lo volví a intentar con la misma suerte, pero sin fracturas. Creo que insistí un par de veces más, pero jamás conseguí cabalgar a lomos de Xellos. Un tiempo después, un domingo que hacía mucho calor, en una de aquellas sesiones de entrenamiento el animal se rompió una pata. El veterinario le dijo a mi padre que podía operarse, pero no garantizaba que fuera a recuperarse por completo y que lo seguro era que en esas condiciones nunca podría llegar a competir. La intervención y el tratamiento posterior eran muy caros; no obstante, no fue el dinero lo que llevó a mi padre a tomar la decisión de sacrificarlo. Fue porque, para él, el mero hecho de que no pudiera llegar a cumplir el propósito para el que había nacido era una tortura que ningún ser vivo debería soportar.

Miguel no sabe qué decir, ni siquiera sabe si ha de decir algo o no. Duda si la historia de Xellos contiene una advertencia velada hacia él o simplemente es una aburrida historia cuya moraleja se ha escapado a su entendimiento. Lo único que sabe es que lo que más le apetece en ese momento es estrellarle a Michelson un vaso en la cara y ver cómo se retuerce de dolor. El arcángel oculta su estado de confusión llamando la atención del camarero.

—Todos tenemos un propósito al nacer y el mío es vestir la túnica de Dante. Así me lo dejó escrito mi padre y así lo cumpliré.

Miguel se piensa dos veces si le conviene o no alimentar esa conversación.

—Pero Xellos no lo logró —se arriesga, valiente.

—Por eso mismo quiero usar su nombre, para acordarme de su fracaso y no repetirlo.

El arcángel da por zanjado el asunto del condenado caballo.

—Y ahora, como único candidato hasta la fecha —aclara—, me corresponde a mí decidir dónde tendrá lugar la Asamblea de nombramiento. Hay un enclave que tiene mucha importancia para mí y creo que tú sabes por qué.

—¿El refugio de tu bisabuelo en el fin del mundo?

Michelson lo confirma con un fugaz movimiento de la cabeza.

—¿Y por qué arriesgarse a celebrarla allí? Nadie más que yo tiene que saber dónde establece su Templo el Gran Maestre. Corteza de Roble lo tenía en la isla Malden, que no era el fin del mundo pero sí el lugar más apartado.

—Mi padre dejó escrito que observando el movimiento de los glaciares y escuchando sus sonidos había comprendido que la

velocidad es relativa siempre que no se interrumpa el avance. Solía decir que la línea recta es el camino más corto, pero no siempre es el más rápido. Esta es mi forma de homenajear el esfuerzo de mi familia. Si he llegado hasta aquí, es gracias a ellos. De cualquier forma, no estoy pensando en organizarlo en mi casa. Digamos que por la zona, ya te informaré cuando llegue el momento.

—Usted manda.

Miguel se frota la cara.

—Hay algo que quería comentarle acerca de mis hermanos: necesitamos suplir las bajas que hemos sufrido estos meses.

—Tengo decenas de candidatos que tú evaluarás y formarás a su debido tiempo.

—Damocles se encargaba de ello, pero ya sabe que Gabriel fue su último discípulo.

—Sí, eso es lo único que se sabe. Lo interesante es lo que no se sabe.

—Me temo que, sea lo que fuera lo que provocara la ruptura entre ambos, ya nunca lo averiguaremos —apunta el arcángel—. Corteza de Roble jamás hablaba de ello, ni siquiera a mí.

—Realmente no importa. No quiero que permanezcan la simbología arcaica ni las tradiciones ancestrales y Damocles era su máximo exponente.

—En parte sí.

—Tenemos que modernizar nuestros procesos. A su debido tiempo —recalca de nuevo—. Aparte de los arcángeles, tendremos que nombrar un nuevo Cerbero y, si no se tuerce nada más, un nuevo Flegias.

—Candidaturas no van a faltar entre los guardianes.

—De eso estoy convencido, pero ahora la prioridad es otra. Sin la argamasa de El Cartapacio, pronto empezarán a hacerse visibles las grietas en nuestra organización. En ausencia de compromiso, el Gran Maestre pierde la fuerza que otorga tener amarrados a los miembros de la Asamblea. Estoy convencido de que algunos de los custodios están viendo la gran oportunidad de desvincular su nombre de la hermandad aprovechando este momento de debilidad. En situaciones así, solo hace falta que uno tome la decisión para que todo se derrumbe como un vulgar castillo de naipes. La situación es francamente delicada —califica Michelson.

Miguel asiente convencido.

—A mí no me queda otro remedio que trabajar hacia dentro, tengo que fortalecer las alianzas con los custodios que me han apoyado y calibrar la lealtad de Efialtes y Minotauro. De todos, me temo —rectifica—. No dispongo de mucho tiempo y estoy seguro de que alguno de mis queridos hermanos se pondrá la máscara antes de que empiece el baile de disfraces. Tú ocúpate de encontrar a Bujalesky y,

cuando lo hagas, avísame. Se esconde en algún rincón de Buenos Aires, pero no vas a tener que ir casa por casa para encontrarle.

Michelson desliza unos folios sobre la mesa.

—¿Canciones? —pregunta conforme los examina.

—Eso parece: canciones registradas con un nombre ficticio, supongo, pero con una dirección como punto de partida. No puede tratarse de otro.

—A esto le llamo yo allanar el camino.

—Si presento mi candidatura con El Cartapacio bajo el brazo, tendré asegurada la investidura.

—Y sin él también, mientras cuente con las espadas de los arcángeles.

Michelson pasa la maniobra de autoafirmación de Miguel con un trago largo.

—Mejor asegurarse. Es muy importante que Bujalesky esté en condiciones de hablar cuando yo llegue, ¿de acuerdo? Lo único que tienes que hacer es encontrarlo y llevarlo a un sitio seguro.

—Sé hacer mi trabajo.

—No lo pongo en duda. Lo que te quiero decir es que puede que otro u otros estén pensando lo mismo que nosotros en este momento, pero con intenciones distintas. No podremos hacerlo sin él, mi padre estaba convencido de que Bujalesky lo llevaría hasta El Cartapacio, pero el alzhéimer le impidió demostrarlo.

—Lo sé, cierta vez compartió conmigo sus progresos. Bujalesky no debió escribir ese artículo. Si no lo hubiera publicado, Corteza de Roble jamás habría tenido conocimiento de nada y no me habría ordenado…

—Por eso es tan importante que tú lo encuentres primero. Necesito poder jugar esa baza. Al margen, mientras tú estés ocupado, quiero tener a mi disposición al mejor de los arcángeles disponibles. ¿Quién es?

—Gabriel, sin lugar a dudas, pero me temo que no está disponible. Le encomendé que sellara de una vez por todas la filtración de De Bruyn y lo último que sé es que estaba tras los pasos de Erika Lopategui y del otro tipo que irrumpió en el acto de purificación. El borracho islandés —califica.

—Excomisario islandés. Lo conozco. No cometas el error de subestimarlo. De esos me ocupo yo personalmente, a la vieja usanza —define Michelson.

—¿Qué significa a la vieja usanza? —quiere saber Miguel, algo molesto.

—Siguiendo mis propios métodos —zanja, arisco. Miguel se encoge de hombros.

—Muy bien. Puedo asignarte la protección de Samael o a Jofiel, o a

ambos si así lo precisas, pero permíteme que Gabriel termine su trabajo.

—En otras circunstancias lo haría, pero quiero al mejor de los tuyos a mi lado si tú no vas a estar cerca. No me fío de nadie. Tú céntrate y ocúpate de lo importante, porque, insisto, si no nos hacemos pronto con El Cartapacio de Minos, no nos quedará nada por lo que preocuparnos.

Parque Nacional Iguazú
Provincia de Misiones (Argentina)

Suda copiosamente, pero poco tiene que ver con la alta temperatura y el elevado índice de humedad que imperan e impregnan el ambiente.

El latido desbocado y la garganta seca.

Con la mirada barre una y otra vez las pasarelas desde el último punto en el que ha visto al arcángel Gabriel hasta el extremo que se pierde entre la profusa vegetación que tapiza la zona, tratando de localizar unas rastas de color níveo entre la gente.

Ólafur Olafsson se ajusta de nuevo las gafas, nervioso.

Desde donde está, calcula unos doscientos metros hasta el trazado artificial. Es físicamente imposible que lo haya recorrido en los escasos segundos en los que la ha perdido de vista. Tampoco es probable que se haya descolgado sin llamar la atención de ningún grupo de turistas. Tiene que estar ahí. En algún sitio.

Pero no está.

Sin contacto visual con Gabriel, todas las opciones que le propone su intelecto son malas.

Descarta las más arriesgadas.

Sin cejar en su empeño, saca el móvil del bolsillo del pantalón dispuesto a contactar con Erika para que regrese de inmediato. Intuitivamente, su cerebro modifica los criterios de búsqueda sustituyendo los anteriores: mujer con largas y blancas rastas en movimiento por mujer que viste licra negra con mochila. A punto está de poner el dedo en el icono de llamada cuando sus ojos se posan sobre un objeto inanimado. Desde allí parece uno de los postes informativos que van salpicando el itinerario o un tronco de árbol seco, pero no cabe ninguna duda de que es ella. Se ha recogido y cubierto el pelo con un pañuelo negro, redecilla o similar, y permanece inmóvil a pocos metros del lugar en el que la había perdido de vista.

Quieta como le corresponde a la naturaleza de una estatua.

Aunque no del todo.

Mueve ligeramente la cabeza. Es casi imperceptible.

Ólafur Olafsson prolonga su mirada en línea recta.

Está siguiendo a una mujer de pelo rojo que se aleja por la ruta que lleva hasta el primer mirador del Salto Dos Hermanas.

De improviso, la estatua cobra vida y se pone en movimiento en dirección opuesta al flujo de personas que van.

Gabriel está regresando para tomar la misma pasarela que Erika.

Nota que la sangre se le acumula en las sienes.

El arcángel se mueve con rapidez y presteza mientras esquiva los obstáculos que se va encontrando en el camino. A esa velocidad, en pocos segundos pasará a su lado. Ólafur quiere contactar con Erika, pero décimas después cambia de opinión y lo hace con el treinta y ocho. Se agacha sin perder de vista la amenaza y extrae discretamente el arma de la tobillera. Lo amartilla antes de ocultarlo tras la solapa de la americana de lino y se apoya en la baranda.

Cincuenta metros.

Cuarenta.

Aeropuerto de Róterdam (Holanda)

Cuarenta minutos restan para embarcar.

La decisión está tomada y la sala de espera para clientes platino es el lugar propicio. No en vano, la compañía aérea está participada mayoritariamente por una de sus empresas, así que se encuentra como en casa. Deja la bolsa de viaje en el suelo y se acomoda en el sofá más alejado del resto de pasajeros. Se moja los labios en un tequila sunrise, aunque de tequila apenas lleva el nombre del cóctel. A su edad el alcohol no es una opción, pero es la única forma de aligerar el agarrotamiento generalizado que se ha apoderado de sus músculos.

Augura que el dramático e inesperado desenlace de la reunión tendrá consecuencias irreversibles, nefastas para la organización y, por consiguiente, para sus negocios. Sin embargo, el custodio no está pensando en dólares, está tratando de salvaguardar el buen nombre de su familia y la oportunidad que tiene al alcance de la mano no puede desperdiciarla. No está del todo seguro de haber sido el único que se ha percatado del juego de Flegias, pero poco importa eso ya. No va a ser él quien debata con sus hermanos aquella sospecha convertida en evidencia.

Siempre es tarde para intentar dar la vuelta a lo irreversible.

Debe ser el primero en mover ficha, porque, como reza en la tumba de su abuelo, «El que rompe la bolsa se queda con el pozo». Luego solo consiste en perforar y perforar —añade él mentalmente—. Es muy consciente de lo que está a punto de desencadenar, teniendo en cuenta el debilitamiento interno de la Congregación. No obstante, ahora lo

único que le preocupa —que es de lo que va a ocuparse— es hacer desaparecer su nombre y el de su familia de El Cartapacio de Minos. Y para ello lo único que tiene que hacer es asegurarse de que nadie lo encuentre.

Nunca.

Es el momento de empezar a perforar el terreno.

Cuanto antes mejor.

Anticiparse es la clave.

Extrae su portátil de la bolsa de mano y, tras identificarse, se conecta a la red encriptada de la Congregación. Sus permisos de custodio le habilitan para establecer comunicación directa con la única persona en la que puede confiar en este momento. Está tranquilo, porque es consciente de que no dejará rastro alguno en el sistema. Para eso pagó aquella fortuna a un especialista con aspecto de fontanero; y el doble de esa cantidad a Rafael para que eliminara al *hacker* inmediatamente después sin reportarlo a la organización.

Selecciona el destinatario y teclea:

Lamento tener que ser yo quien te traslade estas pésimas noticias: han asesinado al Gran Maestre.

No he podido hacer nada por impedir la confabulación orquestada por Flegias y secundada por Miguel y algunos de nuestros hermanos. Mi corazón está roto y, sin embargo, nuestro compromiso debe prevalecer por encima de todo. Hicimos un juramento y ambos conocemos las normas. No lo hemos buscado, pero sin duda es el momento de agarrar con fuerza el timón de esta nave que navega a la deriva. No seré capaz de enderezar el rumbo sin tu ayuda.

Confiamos en ti.

No nos falles.

El custodio envía el mensaje y marca la casilla que le explicó en su día el fontanero. Flegias tiene a Miguel, sí, pero él cuenta con una baza mejor.

Comprueba su reloj. Todavía dispone de media hora, tiempo suficiente para escribir al que todos ven como el nuevo Gran Maestre. Y él no será quien diga lo contrario.

Flegias:

Tengo razones de peso para creer que dentro de la Asamblea se está fraguando una confabulación contra sus intereses.

Selecciona «sus» y lo cambia por «nuestros».

Sin El Cartapacio de Minos, estamos indefensos. Hermano, tenemos que vernos con la máxima urgencia pero con cautela.

Quedo a la espera de recibir tus instrucciones.

Atentamente.

—Caballero, ¿desea usted algo más? —oye decir.

La camarera es una hermosa joven de color con sonrisa amable y pose sugerente. En otra época habría intentado seducirla. Bien pensado, parte de esa belleza exótica es de su propiedad, pero ya no le resulta tan sencillo encontrar el vigor que requieren situaciones como esta.

—En otro momento. Gracias.

El custodio se está recreando en su trasero cuando escucha el sonido de confirmación de lectura.

Mejor que el mejor de los orgasmos.

Poder.

Nota que algo crece bajo el cinturón.

Mira el reloj, aunque le importa muy poco la hora.

Hace una señal a la camarera.

El vuelo con destino a Dallas saldrá con retraso.

Parque Nacional Iguazú
Provincia de Misiones (Argentina)

Cuando el arcángel ha pasado junto a él se ha notado extrañamente calmado. El tacto de la culata del Taurus ha actuado de balsámico.

Ahora la sigue a cierta distancia, pero no por prudencia, sino porque le resulta casi imposible seguir el ritmo del arcángel. A Erika no la ve; no obstante, si algo tiene claro el expolicía islandés, es que no le va a conceder ni la más mínima ventaja. De improviso, observa cómo Gabriel consulta su terminal e instantes después se detiene en seco. Ólafur avanza unos metros buscando una diagonal óptima desde donde observarla sin llamar su atención. Desde ahí asiste al proceso de descomposición de su, hasta ese momento, flemática expresividad. Primero frunce el ceño como si no diera crédito a lo que está leyendo en la pantalla, seguidamente arruga la nariz y aprieta los puños.

Le falta el aire.

Una mujer se acerca a interesarse por su estado, pero al interpretar su semblante desiste de su compasiva actitud. Tras unos segundos de indecisión, el arcángel endereza el cuerpo, recupera su vacua expresión y tira de las correas para ajustarse la mochila a la espalda antes de emprender la carrera hacia la zona de aparcamiento.

Aun después de comprobar que Gabriel se ha subido a un todoterreno y ha desaparecido, el islandés sigue agarrotado. Han sido centésimas, quizá menos, pero está plenamente convencido de que, al llegar a su altura, aquellos iris incandescentes le han atravesado de parte a parte.

Con la mirada le ha dicho que le conoce, que sabe quién es.

La vibración del móvil le saca del trance. Es Erika.

—¿Dónde estás?

—En la entrada. Gabriel acaba de irse.

—¿Se ha marchado? ¡Hoy debe de ser nuestro día de suerte!

—Ya. Nuestro día de suerte —repite—. Te noto eufórica.

—¿Y cómo no? ¡He localizado a Ramírez y ha accedido a hablar con nosotros después de la visita nocturna! Es más, nos ha invitado a acompañarles y le he dicho que sí. Hoy es plenilunio y debe de ser algo mágico.

—Así que estamos de turismo.

—No te pongas en plan abuelo gruñón. Ven hacia aquí, tienes que ver esto antes de reunirte con tus antepasados.

Ólafur Olafsson evita verbalizarlo, pero en determinados momentos, como el que acababa de vivir, preferiría mucho más estar muerto que vivo.

Cafetería restaurante Schoonoord
Oosterbeek (Holanda)

Michelson ordena su cuarto gin tonic de Tanqueray. Miguel no quiere nada, porque lo que realmente le apetece, marcharse, no está en la carta de cócteles. Sin embargo, sabe que lo que ahora conviene no es retirarse a sus cuarteles de invierno, sino dar cuartelillo al nuevo hombre fuerte de la organización.

Las mesas han empezado a llenarse de comensales sexagenarios que ni siquiera confunden el hambre con las ganas de comer. Acuden por costumbre. Miguel no quiere llegar a viejo, quiere disfrutar mientras es joven, pero eso no significa que no esté pensando en el futuro. De hecho, esa es la razón que le ha llevado a estar sentado a esa mesa junto a Robert J. Michelson.

Todo vuelve a apuntar al mismo nombre: Alcides Edgardo Bujalesky. Este nombre es sinónimo de fracaso para la primera espada de la Congregación. Sabía que estaba colaborando estrechamente con su mentor, el antiguo Flegias, con el único propósito de descifrar el mapa que llevaba a El Cartapacio de Minos. El custodio lo necesitaba para continuar el asalto a la cabeza de la hermandad. Lo que Miguel desconocía era que la relación entre ambos se había enquistado. El artículo debió de ser demoledor, pero Corteza de Roble supo reaccionar con presteza para detener la repercusión mediática del escrito. Y como no podía ser de otra forma, el Gran Maestre le encomendó hacer callar a aquel loco temerario con un solo condicionante: tenía que parecer un accidente. Y un accidente fue, porque encontrarse a su hijo con él en las cataratas fue algo accidental.

Y no se puede esperar del diablo que actúe con misericordia cuando ni siquiera conoce el significado de esa palabra.

Otra tragedia más.

Le costó creer que Bujalesky hubiera sobrevivido a la caída, pero las pruebas que le presentó Michelson eran del todo concluyentes. Haber fracasado en una misión encomendada directamente por el Gran Maestre significaba su condena y no le importó que el custodio se aprovechara de ello, porque él habría hecho lo mismo. Ese mismo día le demostró que era un digno sucesor de su padre y que había trazado una ruta entre el punto en el que estaba y el escalafón al que quería llegar sin importarle por encima de qué o quién pasara. Eso le gustó. No le quedó otra alternativa que cambiar su apuesta.

Xellos es el nuevo caballo ganador.

Michelson representa el futuro; Corteza de Roble el pasado.

Lo cierto e innegable es que siente algo de admiración hacia él, como en su día la sintiera por Corteza de Roble, pero el viejo se había ido pudriendo a la misma velocidad a la que avanzaba su enfermedad y Miguel intuyó, con acierto, que su final no estaba muy lejos. Había llegado el turno de demostrar que seguía siendo digno de empuñar la espada flamígera o, mejor dicho, de deshacerse de ella y volver a usar sus armas. Volver a ser Vlade Ilić.

—Pronto empieza la partida —comenta Michelson girando la pantalla del portátil para que el arcángel pueda leer el mensaje que acaba de recibir.

—Se ha apresurado a colocar las piezas en el tablero antes que nadie —aprecia el arcángel después de leer el mensaje del custodio.

—Si hubiera apostado por él, habría perdido; aunque…

—Siempre ha tenido mucho peso en la Asamblea. Este sabe pescar con y sin anzuelo.

—Y por lo que veo tiene prisa por asegurarse de que no llega a puerto con la cesta vacía. Me mostraré favorable, necesito saber hasta dónde está dispuesto a llegar. Mi padre decía de él que debía tenerlo cerca. Seguiré su recomendación.

Miguel asiente.

—Tengo que marcharme ya, me esperan un par de horas hasta Schiphol y catorce hasta Buenos Aires.

—Solo una última cuestión. En tus conversaciones con Corteza de Roble, ¿te mencionó alguna vez algo relacionado con las cenizas de Dante?

Miguel navegó en sus recuerdos.

—Una vez me narró una historia sobre un edificio y una estatua que debía contener sus restos, pero que esta desapareció sin dejar rastro y que nunca más se supo.

—Resumiendo mucho… —apreció.

—¿A qué se debe el interés, si es que puedo preguntarlo?

—A que me extraña que jamás se hable de ello. Me llama la atención, nada más.

Penúltimo trago.

—Te dejo que te marches. Yo aún tengo que meditar sobre algunos asuntos y este mejunje me ayuda a diseccionarlos sin anestesia. Mañana me marcho a primera hora. Mantenme informado de cualquier novedad. Y no te olvides de contactar con Gabriel, necesito a alguien a mi lado.

—Así lo haré. Xellos vestirá la túnica de Dante dentro de veintiún días.

—Miguel…

Pausa.

—Buen trabajo; sabré premiar tu lealtad, puedes estar seguro.

El arcángel abandona el local arrastrando una sensación parecida a la que le embargaba cuando daba la orden de arrasar una población serbia. Estaba convencido de que hacía lo correcto y, sin embargo, algo le decía que acabaría pagando por ello. Y hasta cierto punto el mal augurio se había cumplido.

Miguel se pregunta qué precio tendrá que pagar por la traición, pero no tiene a nadie que le conteste.

Parque Nacional Iguazú
Provincia de Misiones (Argentina)

El recorrido bajo la luz de la luna llena le ha robado el habla a Ólafur Olafsson. Toda su capacidad emocional ha sido devorada por sus sentidos. El arcoíris nocturno difuminado sobre la blanca cortina que cubre los saltos le ha regalado instantes de paz que tenía completamente desterrados de su memoria. El estruendo del agua al precipitarse contra las rocas todavía retumba en sus oídos cuando Carlos Alfredo Ramírez se sienta con ellos en el porche del hotel en el que ha alojado al grupo de turistas.

—Muchas gracias por la invitación, ha sido especial, memorable —arranca Erika.

—Ustedes dirán.

El excomisario de la unidad regional V de la policía provincial de Misiones es un hombre robusto que conserva los rasgos guaraníes de sus antepasados. A pesar de estar cerca de los sesenta, mantiene un negro y vigoroso cabello que tapa parte de su rostro esférico de piel acetrinada.

—Bien —prosigue ella—. Lo primero que tenemos que confesarle es que no trabajamos en ninguna revista de viajes y que el motivo por el

que hemos venido a hablar con usted es otro muy distinto. Enseguida entenderá las razones que nos han traído hasta aquí.

Ramírez esboza una mueca de desaprobación antes de adoptar una postura defensiva cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Queremos hablarle de su amigo Alcides Edgardo Bujalesky.

—¡¿Quiénes son ustedes, carajo?!

—Amigos, somos amigos, puede estar tranquilo.

—Tengo tan pocos amigos que todavía puedo distinguirlos. Mañana debo levantarme temprano y no pienso perder mi jornada de descanso hablando con dos *aña mem'bu* —calificó en guaraní correntino. Su significado: «hijos del diablo» pasó desapercibida para sus invitados—. Con su permiso.

Ni siquiera le concede la oportunidad de hacer el ademán de levantarse, el brazo de Ólafur sobre su pecho se lo impide.

—Siéntese —dice el islandés en su castellano nórdico.

—No le robaremos demasiado tiempo, señor Ramírez. Pero es necesario que nos escuche, porque su vida y la de su amigo pueden estar en peligro. Si nosotros pretendiéramos hacerle daño, ya se lo habríamos hecho, ¿no cree? Tranquilícese, se lo ruego.

Erika habla en un tono sosegado y meloso, necesita ganarse la confianza de aquel hombre. Los siguientes minutos los emplea en relatarle quiénes son y cómo han llegado hasta él. El expolicía escucha con atención calibrando las palabras de esa mujer de mirada sagaz e inquietante como la del yaguareté.

—Sabemos que Bujalesky sobrevivió, no nos haga demostrarle lo que usted ya conoce. El problema radica en que ellos también lo saben.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Los que estuvieron cerca de asesinar a su amigo y en el intento se llevaron a su hijo de veinte años por el camino —responde, cáustica —. Esos de los que Bujalesky se esconde desde el año 2009.

—Muy bien, ya me tienen las pelotas por el suelo con estas boludeces. Escúchenme con atención. Me chupa un huevo y la mitad del otro lo que crean ustedes y los de más allá. Mi amigo murió aquel año en estas aguas. Es verdad que no fuimos capaces de encontrar sus restos y que yo mismo arreglé los papeles para terminar de una vez el asunto. También es cierto que me ocupé de pagar el geriátrico en el que vivía su madre, porque de otra forma la Obra Social la habría trasladado a otro en mucho peores condiciones. Fue algo personal que hice como amigo, nada más, pero eso no significa que Buja esté vivo. Y ahora, por favor, déjenme que me vaya, para mí es muy penoso hablar sobre esos días.

—Está mintiendo —le dice Ólafur Olafsson a Erika en inglés—. Estoy seguro de que está mintiendo.

—Pero…, me cago en la mierda. ¡No les estoy mintiendo, carajo!

—Ya. Entonces, aprovechando que habla mi idioma, explíqueme por qué hemos visto a uno de los arcángeles de la Congregación de los Hombres Puros paseando por las pasarelas esta misma mañana. ¿Turismo?

Ramírez palidece mostrando las primeras grietas de la sólida muralla que se ha conjurado defender.

—Le repito que nosotros hemos llegado hasta usted porque sabemos lo que ellos saben. Y mucho me temo que ellos buscan lo mismo que nosotros: la forma de llegar a su amigo Bujalesky.

—Señor Ramírez —interviene ahora Erika—, tiene que confiar en nosotros. La Congregación no se detendrá hasta terminar lo que empezó. Ayúdenos a dar con él y nos marcharemos inmediatamente.

—La concha de la lora… ¡Aunque quisiera no podría! Está vivo, sí. Buja está vivo, si es que puede calificarse así el estado en el que quedó después de aquello.

—Díganos dónde podemos encontrarlo —le pide Erika.

—No creo que les vaya a servir, pero… —valora para sí— en alguna parte dentro de Villa 31.

Erika eleva la cejas.

—Es la villa miseria más importante de Capital Federal. Allí viven apretujadas cuarenta o cincuenta mil personas, nadie lo sabe. No la encontrarán en los mapas, ni en el Google aparecía. No hay agua potable, ni gas ni cloacas, solo hay mugre y miseria; miseria que se reparten las bandas de chorros que se matan entre sí a diario. No tengo ninguna dirección que darles, ni siquiera sé si hay direcciones. Las personas que malviven en las villas no existen para nadie, por eso decidió cavar allí su tumba. ¡No lo van a poder hallar nunca!, ¡ni ustedes ni ellos! Hace meses que no sé nada de él —reconoce Ramírez bajando el tono—. En realidad, apenas nos vimos en un par de ocasiones después de la tragedia. Si antes de aquello era el tipo más pirado que conocí en mi vida, después…, después no quedó más que un despojo humano. Se culpaba de lo sucedido por su vanidad, por su empeño en demostrar al mundo sus infinitos conocimientos. Yo se lo advertí, les juro que traté de convencerlo. ¡Por Dios! —exclama agarrándose la cabeza con las manos, como queriendo evitar un estallido inevitable—. Es un pelotudo, un idealista desgraciado. El loco estaba convencido de que tenía la obligación moral de sacar a la luz su investigación.

Ramírez aprieta los párpados con fuerza, pero ya está reviviendo aquel momento.

«Es una obligación moral, negro, y tú como hombre de ley tenés que entenderlo y bancarme», le había recriminado Buja.

«¡Ni qué mierda! No pienso seguirte en algo que te podría llevar a la

tumba. No sabés en el quilombo que te estás metiendo. Si esos locos de mierda son tan jodidos como decís vos, ¿en serio pensás que se van a quedar de brazos cruzados mientras vos los señalás con el dedo?».

«¡La cobardía es la peor de nuestras enfermedades! Sabemos lo que ocurre a nuestro alrededor, pero no nos atrevemos a denunciarlo por miedo al qué pasará. Así nace la impunidad de los poderosos, porque nos dejamos pisotear por esos forros. El mundo tiene que saber que existen personas que, bajo sus dignas apariencias, ocultan tanta indecencia que resulta imposible juntarlo todo en un artículo».

«Escúchame bien, Buja, por lo que más quieras. Pará la pelota un cachito, ¿qué ganás?, ¿qué podés perder? Hacete estas preguntas antes de entregar los papeles a esa revista. ¿Qué podés perder?», había insistido Ramírez.

—Se lo advertí —repite regresando al presente.

—Hizo lo que creyó que era correcto —afirma Erika—. Nosotros también nos jugamos el cuello por el mismo motivo: porque es lo correcto.

—Lo correcto mata.

—Hay personas dispuestas a dar su vida por hacer lo correcto. Dígame, ¿hay algún detalle más que nos pueda ayudar a dar con él en Villa 31?

Ramírez se lo piensa.

—Sé que por allá lo llaman el Ruso, pero no me pregunte por qué. No sé más. Por favor, mándense a mudar.

Erika no quiere prolongar más el sufrimiento de aquel hombre.

—Este es mi número de teléfono por si se le ocurre algo que nos pueda servir de ayuda. Le agradecemos enormemente su colaboración, señor Ramírez.

—Sí…, por mí pueden irse a la mismísima mierda.

Eso es lo último que dice. Podría darles la dirección de la casa de Avellaneda en la que Buja vivió de joven, adonde se trasladó su hijo Néstor cuando murió la abuela; pero no lo hace.

Poco más tarde, Ólafur Olafsson está buscando la forma de acomodarse en el asiento del copiloto.

—No tardaremos mucho en llegar. Espero que podamos encontrar un par de habitaciones a estas horas. Y mañana en cuanto nos despertemos nos vamos de cabeza al aeropuerto.

—No le faltaba razón —comenta el islandés.

—¿A quién?

—A Ramírez. No le faltaba razón.

Ella espera a que desvele el misterio.

—Lo correcto mata.

LA LÍNEA RECTA ES EL CAMINO MÁS CORTO, PERO NO SIEMPRE ES EL MÁS RÁPIDO

Avenida de Mayo
Buenos Aires (Argentina)
15 de marzo de 1923

Avanzaba cabizbajo, alicaído, evitando tener que enfrentarse con las miradas de esos extraños, ignorantes todos, que se paraban delante de su obra para intercambiar comentarios jocosos. Chascarrillos que no por estar exentos de verdad resultaban menos hirientes para sus oídos: «Está torcido, se va a caer». «Su estilo es de remordimiento italiano». «¿En la Norte a Sud hay sitio para que atraquen los barcos que atraiga ese faro?».

El eco de sus necias risotadas era un escarnio cruel para un arquitecto de la talla de Mario Palanti, pero más daño si cabe le hacía pensar en la celada que le habían tendido los que creía sus hermanos. Años atrás, ese que se hacía llamar Cepheus, guardián de la Gran Logia de los Puros, le había hecho un encargo muy especial: una estatua con la que iba a poner el broche de oro al Palacio Barolo, su obra más insigne. Tenía previsto ubicar la *Ascensión* en el eje central del edificio, bajo la cúpula, para que todos los visitantes pudieran participar del último viaje del alma de Dante al paraíso. Había exprimido todo su talento y el resultado era deslumbrante tanto por la calidad en la ejecución como por la carga alegórica contenida en cada golpe de cincel.

Para nada.

Bien era cierto que ya le había escamado el hecho de que le ordenaran fundirla en Trieste pudiendo completar el vaciado en Buenos Aires, pero nunca sospechó que el verdadero propósito de la *Ascensión* fuera convertirse en un mero recipiente para ocultar el traslado de algo mucho más importante para la hermandad; algo que no consideraron siquiera compartir con él.

El tesoro mejor guardado de la Gran Logia de los Puros.

Con lo que no contaron ellos fue con la indiscreción de uno de los

trabajadores del estudio de Trieste, un antiguo aprendiz con escaso ingenio pero con notable lealtad. ¿Un vano en el basamento? Él no lo había diseñado así y no estaba dispuesto a permitir que su obra fuera modificada sin su consentimiento.

Tenía que recuperarla a toda costa.

Dos experimentados ladrones y unos cuantos billetes fueron suficientes para rescatar lo que era suyo legítimamente de la bodega de carga del *Calabria* antes de que Luis Barolo fuera a buscarla al puerto de Mar del Plata. No fue testigo de ello, pero solo imaginarse la cara que habría puesto Cepheus, su guardián, le provocaba una sensación tan placentera que por sí misma resarcía la afrenta. Sensación que perduró hasta que supo que la desaparición de la estatua había llevado a Luis Barolo a la tumba. Es verdad que tenían sus diferencias, pero, no obstante, nunca llegó a pensar que la *Ascensión* tuviera tanta importancia para él como para que el hecho desencadenara su suicidio. Al fin y al cabo, era él quien la había parido, no el empresario. Palanti era consciente de que estaba bajo la perpetua vigilancia de la Gran Logia de los Puros y por ello todavía no había tenido la oportunidad de comprobar qué contenía. Tampoco estaba seguro de querer averiguarlo si ello implicaba, como temía, la destrucción parcial de la talla.

No tardaría en cambiar de opinión.

El sonido de un claxon le devolvió a la avenida de Mayo. Tuvo que emplear unos segundos en ubicarse para localizar el café Tortoni. A esa hora el tráfico era intenso en una de las vías principales de la capital porteña. Esa misma mañana había leído en el diario *La Nación* que el incremento del parque automovilístico de Buenos Aires era un claro indicativo de la prosperidad que imperaba en la urbe, que ya se situaba entre las diez ciudades más pobladas del mundo, superando ampliamente el millón y medio de habitantes. «Demasiados estúpidos concentrados en tan poco espacio», pensó Palanti.

Sorteando vehículos a motor, carretas y tranvías, cruzó de acera para llegar al café Tortoni. Sobre la vereda, como venía siendo habitual, todas las mesas estaban ocupadas por gentilhombres que lucían sus atuendos de empresarios de éxito: trajes de tres piezas con chaqueta de talle alto, solapas estrechas y abotonado superior; chaleco ceñido, como los pantalones, de corte recto hasta el tobillo para no tapar el elegante calzado más de lo estrictamente necesario. La mayoría se cubrían la cabeza con el indispensable sombrero fedora de copa baja encintada y ala ancha, rebautizado por los porteños como «gacho».

Los felices años veinte. Para algunos.

—Caballero, ¿le lustro el calzado? Parece que se hubiera marcado un tango en una harinera —observó jocoso Alejandro, un limpiabotas

de origen turco.

—Es polvo de cemento, cretino. Los que no vivimos del laburo de los demás nos ensuciamos los zapatos. Y no nos avergonzamos de ello, ¡¿entendés?! —se encaró Palanti.

—Le pido excusas, señor. No pretendía ofenderle.

El arquitecto pareció aceptar las disculpas, pero en cuanto cruzó la puerta agarró una de las servilletas de tela de la primera mesa que vio desocupada y se dirigió presto al baño. Cuando salió unos minutos después, no había una mota de polvo en sus mocasines bicolores. Necesitaba recobrar el control para afrontar una nueva reunión con aquel tipo que tanto detestaba. No sabía el motivo exacto por el que le había citado allí, pero sospechaba que podría tener que ver con la desaparición de la estatua, así que se había preparado para negar la mayor tantas veces como fuera necesario. Era imposible que tuvieran pruebas en su contra, por lo que bastaba con interpretar el papel de hombre honesto ultrajado ante tamañas acusaciones.

Representación que dominaba a la perfección.

La suave y cálida atmósfera del Tortoni sumada a la amalgama de aromas, entre los que podía apreciarse lo exótico del café molido bien tostado, lo tentador del dulce de leche y lo cautivador de la bollería recién horneada, aplacó los ánimos de Mario Palanti. Intuyó con acierto que lo encontraría al fondo, donde siempre, en esa mesa de la esquina más alejada de la barra. Su pelo perfectamente engominado hacia atrás, su pose castrense y su refinada compostura británica le repugnaban tanto como reconocer que se había convertido en siervo de aquel hombre sin nombre.

—Llega tarde, arquitecto —le recibió sin levantarse de la silla—. Diecisiete minutos de retraso para ser precisos —concretó levantando la mirada hacia el reloj que dictaba las horas en el local.

—Ya le advertí a su lacayo de que acudiría cuando me lo permitieran mis obligaciones. Cada día surge un nuevo problema que solo yo, en persona, puedo solucionar.

—Problemas, problemas…, usted no tiene la menor idea de lo que son los problemas —le dijo levantando el brazo con teatralizada elegancia para atraer la atención del mozo de sala.

—Agua —pidió Palanti.

—Si quiere que hablemos de problemas, señor mío, empecemos por el que supone haber sobrepasado con creces el límite del presupuesto asignado. Debería controlar más sus números.

Palanti se retorció en la silla y recortó la distancia con el guardián.

—Mis números son estos: mil trescientos sesenta y cinco, los metros cuadrados sobre los que se asienta el edificio; cien, los metros de altura que levanta sobre el suelo; veintidós, los pisos sin contar los subsuelos ni subterráneos; siete, los ascensores, más otros dos que

permanecen ocultos; setenta mil, los sacos de cemento Portland; seiscientas cincuenta, las toneladas de hierro.

Cepheus parecía divertirse.

—Tres millones y medio, los ladrillos que uno a uno se han colocado bajo mi supervisión; mil cuatrocientos diez, los peldaños de mármol de Carrara que tiene la escalera de doscientos treinta y seis metros; trescientas mil, las bujías del faro con las que bañaremos de luz esta ciudad; cuatrocientas treinta y una, las oficinas que alberga la construcción, con cuya renta podrá recuperar en poco tiempo la inversión realizada; y finalmente, nueve, las bóvedas de acceso, como nueve son las jerarquías infernales —recalcó.

—Esas cifras las tengo anotadas en mi diario —dijo Cepheus introduciendo su mano en el interior de la chaqueta—. Memorizar números nunca ha sido mi especialidad.

—¿Podría decirme cuál es su especialidad, si puede saberse?

El guardián elevó la barbilla y ladeó la cabeza como si quisiera esquivar la ofensa.

—Le aconsejo que renuncie a usar ese tono cuando se dirija a mí, no soy uno de esos capataces a los que habitúa a tratar con tanto desdén. No se equivoque conmigo o me veré obligado a recurrir a Rafael. Él mejor que nadie sabe cómo enderezar comportamientos desviados.

Su mirada le guio hasta un hombre de espalda ancha y frente estrecha que los observaba con inquietante interés desde la mesa contigua.

—Es uno de nuestros mejores protectores. Ya habrá oído hablar de ellos, ¿verdad? Tráteme con respeto, no volveré a advertírselo. Ahora, actualíceme el calendario de los próximos meses. ¿Sigue pensando en el mes de julio para la inauguración?

Palanti necesitaba mojarse la garganta.

—Podría incluso llegar a junio; no obstante, prefiero no arriesgarme. No conviene a nadie. Todavía tienen que llegar materiales para rematar los niveles no visibles. El sistema oculto del elevador del subsuelo ya funciona, pero, como ya sabe, la enorme humedad que provoca el nivel freático nos dificulta la maniobra de sellado y aislamiento de esas dependencias. He aplicado un tratamiento secante para los muros, pero desgraciadamente el resultado no es inmediato y no me atrevo a instalar el tendido eléctrico con los depósitos de combustible tan cerca.

—El material es ignífugo.

—Eso dice el papel, pero yo no me he atrevido a probarlo.

Cepheus se acarició el bigote con refinada elegancia.

—Estamos seguros de que sabrá solventar esos y otros inconvenientes. Háblenos ahora de las llaves.

El guardián se refería a los artilugios diseñados y fabricados en

bronce por el propio arquitecto siguiendo la técnica del vaciado. Las llamaban así por la funcionalidad para la que habían sido diseñadas, a pesar de que no se parecían en absoluto a una llave convencional.

—Están en su poder, bien lo sabe usted. ¿De qué quiere que le hable exactamente?

—He de asegurarme de que hacen funcionar los ingenios para los que fueron creadas.

—Las tres funcionan. Fue lo primero que comprobé cuando descargaron la mercancía. Además, ya se lo demostré a dos de sus… hombres —definió, aunque no era esa la primera palabra que le vino a la cabeza al arquitecto.

—Sí. Ya me informaron de eso, pero ahora quiero comprobarlo con mis propios ojos.

—Los mecanismos los diseñé yo mismo, ¿cómo no iban a funcionar?

—No funcionando.

—Funcionan.

—Quiero verlo.

Mario Palanti tuvo que tragarse las ganas de romperle la botella de cristal en la cabeza.

—Cuando usted lo desee. Sin embargo, como sabe, el mecanismo diseñado para la llave del paraíso…

—Precisamente ese es el que más me interesa.

Palanti se rindió.

—Como usted quiera.

Cepheus terminó la copa de agua carbonatada y saborizada, una consumición que se había puesto de moda en los locales de alterne de la ciudad. A Palanti le asqueaba casi tanto como el hombre que tenía delante.

—Antes de que termine el presente mes quiero que fije una fecha para la inauguración; una que pueda cumplir —apostilló—. Nos han confirmado la asistencia de monseñor Beda Cardinale, el canciller Gallardo y su ilustre embajador, el conde Colli di Felizzano. Esto último presumo que le llenará de gozo.

—Por supuesto.

Una algarabía se fue contagiando por las mesas hasta que estallaron los vítores y aplausos. En el epicentro del local una pareja procuraba administrar las alabanzas con discreta distinción.

—¿Quiénes son? —quiso saber Palanti.

—Debería cuidar más sus relaciones sociales, arquitecto. Si quiere ser alguien en esta ciudad, primero tiene que saber quién es alguien. Se trata de Pascual Carcavallo, empresario del mundo del teatro. Ayer mismo volvió a ser aclamado en El Nacional. Los diarios de hoy no hablan de otra cosa.

—Cierto, lo he leído, pero no le he reconocido. ¿Y la dama?

—Tiene pinta de porteña de alta cuna, pero desconozco su nombre. Si está interesado, puedo presentárselo.

—No, gracias.

Repentinamente, apareció un fotógrafo de los muchos que se ganaban la vida recorriendo los puntos calientes de la ciudad en busca de una buena captura que malvender a algún diario para pagar su alquiler semanal.

A Cepheus no le hizo falta ordenárselo. En un suspiro, Rafael se había abierto paso entre la multitud y había interpuesto su volumen corporal entre la Kodak Brownie y la pareja. No podía arriesgarse a que en aquel plano quedara inmortalizado un guardián de la Gran Logia de los Puros. Para eso, entre otras cosas, le pagaban lo que le pagaban al arcángel. De nada le valieron las protestas al propietario de la cámara de cajón, que no logró impedir encontrarse unos segundos después a la puerta del Tortoni con la amenaza de acabar flotando boca abajo en el Río de la Plata. Y sin los negativos.

Cuando volvió a su sitio, la pareja ya había tomado asiento en el lugar reservado a las personas ilustres y la calma había regresado al Tortoni.

—Malditos fotógrafos.

—Yo soy un gran aficionado a la fotografía. No tardando mucho, será considerado un arte a la altura de otros más reconocidos.

—Reitero: malditos fotógrafos.

—En cuanto tenga una fecha se lo haré saber —zanjó el arquitecto.

Palanti hizo el ademán de levantarse.

—Aguarde, no tenga tanta prisa, que el Barolo va a seguir donde está cuando regrese. Aún tengo otra noticia que darle, acomódese.

Cepheus, marrajo e inmisericorde, dejó que la ansiedad creciera en su interlocutor.

—Tenemos vía libre para empezar a construir el gemelo de Montevideo. Finalmente, podrá levantar las Columnas de Hércules sobre el Río de la Plata que mencionaba Dante, arquitecto.

Palanti no alcanzaba a contener la euforia. Meses antes se había anunciado la adjudicación del concurso a su favor, pero, por problemas que se alejaban de su entendimiento arquitectónico, la concesión de la licencia de obra estaba paralizada. El descontrolado latido del corazón era una cuenta atrás que parecía querer estallar en su estómago.

—¿De veras? —fue lo único que pudo pronunciar.

—El acuerdo con los hermanos Salvo no ha resultado tan sencillo como lo fue con el malogrado Luis Barolo, pero financiarán la totalidad del proyecto. Al parecer, el sector textil da para mucho —comentó alevosamente.

—¿Cuándo?

—De inmediato. Viajará a Montevideo la semana que viene. Tiene una cita con José Salvo, que será con quien tendrá que lidiar esta vez. Muy a su pesar, va a tener que quedarse unos años más por estas tierras.

—Si es por motivos como este, podría quedarme… la vida entera.

—Contenga el entusiasmo, aún le queda bastante trabajo por hacer.

—Lo sé, lo haré. No sé cómo agradecerles…

—Ya tendrá ocasión de agradecerlo, no se preocupe ahora por eso.

El tono de estas palabras consiguió que la sonrisa de Mario Palanti se desvirtuara.

—Ahora, no querría ser grosero, pero está por llegar otra persona que sí suele ser puntual. Espero sus noticias.

El arquitecto estaba a punto de marcharse en ese instante, pero algo le dijo que irse sin mencionar el asunto del robo de la *Ascensión* podría invitar a pensar al guardián que él tenía algo que ver. En décimas de segundo preparó otro papel: el de artista ofendido.

—Antes de marcharme, si me lo permite, querría saber si hay alguna novedad con respecto a la búsqueda de mi talla.

—Querrá decir de nuestra talla —le corrigió—. Porque, hasta donde yo sé, no ha devuelto el dinero que le pagamos, ¿verdad?

—No creía que…

—No se preocupe, no es el dinero lo que queremos recuperar.

—El valor artístico de la obra es incalculable. Infinitamente mayor que…

El guardián levantó la mano.

—Tampoco es eso lo que más nos interesa, así que ahórrese el ejercicio de autocrítica. Estamos cerca, muy cerca —precisó—. Rafael ha avanzado mucho y ya tiene identificados a los dos ladrones de poca monta que se la llevaron del puerto. En breve sabremos quién les hizo el encargo. Él sabe muy bien cómo sacarles toda la información que necesitamos.

Mario Palanti hizo todo lo posible para que no se le demudara el semblante.

—¿Por qué piensan que fue un robo por encargo?

Cepheus compuso una sonrisa de hiena antes de hurgarse los dientes disimuladamente con un palillo.

—Porque en esa bodega había otras muchas obras de arte con bastante más valor en el mercado negro que su fantástica estatua, arquitecto. Y solo se llevaron la caja que estaba marcada con nuestro emblema. Sabían que llegaba a puerto ese día y que, como era tarde para iniciar la descarga de la mercancía, simplemente tendrían que esperar a que se hiciera de noche para entrar y llevársela. Sencillo. Pero no se preocupe, arquitecto, le doy mi palabra de que muy pronto daremos con ella.

—Excelente —calificó—. Hoy todo son grandes noticias. Me ha alegrado el día.

—Pues no lo parece. ¿O es que tiene mucho calor?

—¿Disculpe?

—Lo digo porque tiene la frente empapada en sudor.

—Sí, estos últimos días no me encuentro demasiado bien del vientre —improvisó—. Algo que me ha debido de sentar mal.

—Claro. Pase al escusado antes de marcharse.

Otra vez la sonrisa de hiena.

—Creo que podré aguantar. Que tenga un buen día.

—Igualmente, arquitecto, igualmente.

Matthew J. Michelson, general de brigada retirado del Segundo Cuerpo de Caballería del Ejército de Su Majestad, observó a Mario Palanti zigzaguear azorado entre los clientes que abarrotaban el Tortoni tratando de salir del local con tanta premura como torpeza.

«La línea recta es el camino más corto, pero no siempre es el más rápido», anotó el guardián en su recién estrenado diario.

LO QUE NO SE SOLUCIONA CON PLATA SE ARREGLA CON MÁS PLATA

Avenida de Mayo
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Achaca su mal humor al *jet lag* que se ha apoderado de él, aunque, en realidad, responde a las malas noticias que ha recibido del guardián encargado de darle cobertura durante su estadía en el país. Según le ha explicado ese incompetente, el paquete que ha solicitado el arcángel va a tardar en llegar algunas horas más, por lo que solo le han quedado dos opciones: o permanece de brazos cruzados en el hotel o sale «desnudo» a la calle. Se ha decantado por la segunda con el objeto de licuar ese compendio de descabalados interrogantes e incómodas sospechas que corretean entre sus neuronas. Quiere librarse de esos pensamientos, pero le persiguen con insistencia y ha llegado a la conclusión de que tiene que zanjar cuanto antes el asunto que cuatro años atrás dejó sin rematar; literalmente.

Con el objeto de mitigar aquel desasosiego, ha caminado desde el hotel, sito a pocos metros de la plaza de Mayo, hasta su primer destino: la Dirección Nacional del Derecho de Autor, en la avenida de Belgrano, 1580. Según dicen los informes que le ha facilitado Michelson, alguien ha estado registrando letras y canciones a nombre de Néstor Bujalesky. El organismo oficial remitía al solicitante la resolución del trámite en cuestión por correo ordinario. Por tanto, el arcángel solo tiene que averiguar el nombre y la dirección a la que se envían esas notificaciones para llegar hasta Bujalesky, que, por lógica, es quien se está encargando de registrar el legado musical póstumo de su hijo.

Precioso.

Igual que el marco arquitectónico que le rodea y que, efectivamente, le está ayudando a licuar su malestar.

Da la sensación de que el cielo va a descargar de un momento a otro. Sopla el pampero y esas corrientes de aire frío proveniente del

sur han originado que los mercurios caigan hasta los doce grados. Miguel deduce que durante la noche ha llovido en abundancia por la cantidad de charcos que inundan los desperfectos del solado de las aceras. Al pasar por la puerta del café Tortoni se ve tentado a hacer una parada, pero le disuade comprobar que una fila de turistas esperan estoicamente a que les permitan la entrada. No conoce los nombres de los edificios ni lo que está viendo, pero sí sabe apreciar la sobriedad del edificio Siemens, la exquisitez del Palacio Municipal, la distinción del Pasaje Urquiza Anchorena, la velada atracción que parece escaparse de las recepciones de los hoteles con solera, como el Windsor, el Astoria o el Castelar, incluso puede imaginarse el aura ceremoniosa contenida en el teatro Avenida. Sin embargo, cuando pasa frente al Palacio Barolo le invade una sensación que no sabe catalogar. Se detiene para examinar una fachada que se prolonga en otra torre cuyo final no es capaz de atisbar. Un halo enigmático le incita a adentrarse en las tripas de esta mole de hormigón armado, pero finalmente declina la invitación para cumplir con sus obligaciones.

Se conjura para interesarse por esta construcción en otro momento y prosigue su camino.

El paseo ha surtido el efecto esperado. Se siente con ánimo renovado, tanto que juega con la dulce posibilidad de dar con el paradero de Bujalesky al final de la jornada. Estas reservas de optimismo repostadas durante el itinerario se evaporan como una gota de gasolina sobre el asfalto cuando empuja la puerta de la oficina, en la que impera un caos ordenado o un desorden organizado.

Difícil de analizar; imposible de administrar.

Así y todo, Vlade Ilić se arma de paciencia, aprieta los puños y se coloca al final de la fila de solicitantes con menos integrantes.

Pero el problema no es el número, es la velocidad.

Esta fila no avanza ni se reduce, solo permanece.

Cuando por fin le toca su turno, muchos minutos después de lo que él está acostumbrado a esperar, se ve en la obligación de atemperar el tono de voz para no parecer violento.

Pero el problema no es el tono, es el idioma.

A través de la mímica, la funcionaria le hace entender que la compañera que atiende la ventanilla de su derecha está capacitada para mantener una conversación con él. El arcángel se coloca impaciente al final de esa otra fila. No hace falta ser un gran observador para percatarse de que las expresiones de las personas que allí están, sufridoras igual que él, no tienen rasgos de enojo ni desesperación. Muy al contrario, parecen sosegadas, impasibles ante la fuerza de la costumbre. Eso no hace sino alimentar su irritación. Cuando está seguro de que ahí mismo va a contemplar cómo se

consume la eternidad, descubre la sonrisa de la funcionaria, que le invita a sentarse como un rayo de esperanza.

—Entendido, señor —le dice ella en inglés tras escuchar lo que Miguel le está solicitando—. Ahora bien, siento comunicarle que esa gestión no la podemos realizar aquí. En esta oficina solo cursamos nuevas solicitudes. Tiene usted que dirigirse a la que está en Moreno, 1228. A tres cuadras de aquí —se apresura a aclarar al ver la tonalidad violácea que se apropia del rostro de este hombre fornido de pelo cano.

—Gracias —es lo único que logra responder.

Miguel nota que le falta el aire cuando cruza la puerta. Sale de forma atropellada hacia el exterior y emplea unos segundos en sosegarse antes de buscar la dirección en su *smartphone*. Trata de hacer memoria.

Pero el problema no es la memoria, es la falta de cobertura de datos.

Los primeros exabruptos en bosnio chocan contra la pantalla táctil de su inútil terminal. Solo entonces resuelve preguntar.

Pero el problema no es a quién preguntar, es qué preguntar.

La calle Morrueno no la conoce nadie y nadie quiere pararse demasiado a ayudar a este hombre con cara de haber asesinado mucho y de estar decidido a continuar con esa labor sobre esa misma acera.

El arcángel se muerde el interior de los carrillos para aliviar su solivianto.

Decide parar un taxi. Invierte más tiempo en hacerse entender que en llegar a su destino y, por fortuna para el propietario de la licencia, Vlade Ilić no comprende el significado de «Andate bien a la reconcha de tu hermana, pelotudo».

En la oficina se topa con el mismo entorno hostil: ira en aumento.

Incontenible.

La reciente experiencia sufrida en semejante atmósfera bélica le hace estudiar las trincheras enemigas antes de lanzarse al asalto. Cuatro funcionarios, una sola opción. Tirando de intuición, descarta al calvo por calvo, al de gafas modernas por moderno y a la del gesto rancio por rancia. Infiere y apuesta que el treintañero con aspecto de ejecutivo promesa de empresa tecnológica puntera debe, por fuerza, dominar el inglés. Además parece resolutivo y diligente.

Tarda más de lo esperado en comprobar que ha acertado; concretamente cuarenta y cuatro minutos y treinta y ocho segundos. Pero, en efecto, Sebastián Aranda habla un inglés fluido, es resolutivo y diligente.

Hasta el extremo.

—¿Me entrega los formularios, por favor? —le pregunta el

funcionario luego de escuchar el caso que Miguel le acaba de exponer con suma vehemencia.

Al arcángel le tiemblan las manos. Necesita disparar a alguien. Muchas veces.

—¿Qué formularios?

—Los necesarios para que pueda atender su solicitud. En aquella columna dice: «Se ruega a los solicitantes cumplimentar los formularios requeridos antes de ser atendidos» —lee—. Justo debajo encontrará los papeles, señor.

El temblor se extiende por el cuello contagiando la cabeza de sismicidad imperceptible a unos ojos profanos.

—No hablo español. Tampoco lo leo y mucho menos lo sé escribir —alega tragando inquina—. ¿Sería usted tan amable de ayudarme a realizar esa gestión?

Sebastián Aranda suspira.

—Hagamos una cosa: recoja el formulario 01A300, espere su turno y veremos lo que se puede hacer.

Miguel no pone objeciones, valora la complicidad del funcionario como un paso de gigante.

La vida pasa mientras el tiempo hiberna entre los muros de esta oficina. *Tempus fugit* pierde su significado.

—Hola de nuevo —le saluda el arcángel exprimiendo sus últimas dosis de mansedumbre—. Aquí tiene el formulario 01A300.

—Perfecto —valora Sebastián Aranda muy a la ligera—. Permítame, si es tan amable, algún documento identificativo.

Miguel le muestra su pasaporte falso de ciudadano de la República Checa. El funcionario invierte una era glacial en cumplimentar todas las casillas del formulario.

—Bien. Si no recuerdo mal, usted necesita modificar la dirección de envío, ¿es así?

—Sí. No. Más o menos —define.

Sebastián Aranda eleva las cejas.

—Vamos de nuevo. ¿Me dice el nombre del titular de los derechos sobre los que quiere hacer la consulta?

—Néstor Bujalesky.

Para su sorpresa, apenas tarda tres o cuatro minutos en completar la operación de búsqueda.

—Efectivamente, aquí se han cursado varias solicitudes de registro a favor de Néstor Bujalesky.

Miguel ya puede ver su bandera ondeando detrás de las líneas enemigas cuando escucha el chasquido de la lengua del funcionario.

La onomatopeya de la traba burocrática; de la zancadilla administrativa.

No se equivoca.

—No obstante, aquí figura el nombre y DNI de una persona que es la única autorizada para realizar modificaciones en este expediente y no corresponde con el suyo, señor…

—Jellinek. Sí, me hago cargo. Verá…, yo represento a un sello discográfico de ámbito internacional, lamento no poder enseñarle ninguna acreditación. Como le decía, estas canciones han llegado a nuestros oídos de manera casual y mi compañía me ha enviado a Buenos Aires para contactar con el propietario de los derechos, dado que el interesado, como ya sabrá, ha fallecido.

—No, tal circunstancia no me costa en el expediente, porque, en realidad, para el asunto que nos concierne, no supone ninguna incidencia. La Ley de Protección de Datos Personales, sin embargo, sí. Y el reglamento es lo suficientemente explícito para que le tenga que decir que no puedo ayudarlo, señor Jellinek.

De llevar consigo la Desert Storm, Sebastián Aranda no habría podido pronunciar más allá de la primera frase. Extrañamente, el arcángel se toma la renuencia del funcionario como si de un reto vital se tratara y compone una mueca de domador de leones amaestrados.

—Lo comprendo y admiro su profesionalidad; no obstante, no puedo dejar de pensar en el perjuicio que esa ley va a provocar en el seno de esa familia que *jamás* —enfatiza— escuchará las canciones de su difunto hijo en un disco.

—No le voy a llevar la contraria en eso, señor, pero este país está construido sobre las injusticias sociales. Mi caso es un claro ejemplo: llevo desde los ocho años yendo a la cancha de San Lorenzo, pero este año tuve que hacer frente a unos gastos inesperados y con mi sueldo no pude pagar la cuota de socio. A usted le puede parecer una estupidez, pero bajo mi piel le aseguro que no existe nada más trágico que eso.

Miguel sabe leer entre líneas.

—Ya comprendo. Quizá esto pueda ayudarle a reparar ese daño…

El arcángel se echa mano a la cartera y saca un billete de cien dólares. Los ojos de Sebastián Aranda se encuentran con la displicente mirada de Benjamin Franklin.

Pero el problema no es el dinero, es la decencia.

—Señor, mi dignidad personal está por encima de mi pasión por el fútbol. Hágame el favor de marcharse, no me obligue a llamar a seguridad.

El primer impulso es extender los brazos, agarrar del cuello al funcionario y apretar hasta arrebatarle el último soplo de aire. La ensoñación por sí misma le reconforta, pero no lo suficiente. Sebastián Aranda, ajeno al peligro, sostiene un semblante altivo con trazas retadoras de quien se sabe avalado por la honestidad. El arcángel gira sobre sus talones y camina muy despacio imaginándose en modo bucle

los últimos estertores del funcionario mientras escupe espuma por la boca.

De nuevo en el exterior, con las manos vacías y colmado de realidad, Miguel se encuentra desorientado, sin saber qué hacer ni hacia dónde ir. Nunca se ha encontrado más indefenso que entre aquellas cuatro paredes.

Tiembla de rabia e indefensión.

—Señor —oye a su espalda.

Todavía atolondrado, puede reconocer las facciones de la funcionaria rancia. Que rancia es, pero tiene buen oído.

—Acá, lo que no se soluciona con plata se arregla con más plata. Trescientos dólares —le dice primero en castellano y luego en perfecto inglés.

Miguel no se lo piensa. La cantidad es una ganga y el papel arrugado que le entrega, un regalo del cielo. Vienen escritos un nombre y una dirección. Está tan agradecido que haría el amor muy despacio a esa mujer si ella se lo pidiera. Y en plena calle si fuera necesario.

—Ese es el nombre del tipo que ha registrado las canciones y la dirección corresponde a una oficina de entrega postal en Villa 31. Usted sabrá dónde se mete. Suerte.

El arcángel no es creyente, pero en ese instante tiene la certeza de que una instancia superior ha intervenido a su favor.

Ya sabe adónde tiene que ir.

De lo que todavía no es consciente es de que el problema es precisamente ese: el sitio al que tiene que ir.

Estación Retiro Belgrano
Buenos Aires (Argentina)

Han viajado embutidos en el Subte y se desplazan esquivando la marabunta de personas que se desplazan en dirección opuesta a la suya.

En previsión del tiempo que van a emplear en dar con el paradero de Bujalesky y siendo coherentes con la escasa información con la que cuentan, han decidido alojarse en un modesto hotel sobre la avenida Nueve de Julio a la altura del obelisco. Han pagado una semana de alojamiento, porque es mucho más económico que hacerlo por días. Apenas se han concedido unos minutos para dejar las maletas y pasar por la ducha antes de lanzarse de nuevo a la calle. Se han vestido con sus peores galas para tratar de pasar desapercibidos en la villa miseria y sus semblantes van a juego gracias a la falta de sueño. En la intimidad, ambos han recurrido a sus botiquines particulares; ella para

controlar los vaivenes de la bipolaridad; él para mantener a raya a la jauría, que, desde lo más recóndito de su estómago, sigue reclamando su ración diaria de alcohol. Pero el islandés sabe imponerse.

De momento.

Cuando se ven fuera de la estación, Ólafur Olafsson carraspea con vehemencia.

—He estado investigando sobre Villa 31 —introduce—. Por completar lo poco que nos contó Ramírez.

—Te escucho.

—Resulta que es un asentamiento ilegal en tierra de nadie o, para ser más exactos, en el suelo más caro del país. Es el reflejo alegórico de lo que ocurre en este asqueroso mundo: miles de personas viviendo en condiciones infrahumanas a los pies de los hoteles más lujosos de la ciudad. Ese es el futuro que nos espera a la humanidad: una mayoría hacinada en colmenas subyugada ante los poderosos que habitan las alturas.

—Modo intenso en progreso —interviene ella jocosa.

—Modo realidad. También encontré una noticia reciente que explicaba cómo había crecido la ocupación desde que un político, cuyo nombre me he esforzado en no recordar, anunció que iba a urbanizarlo. Es decir, que les iba a dar suministros como si fueran personas. Y los pobres, nunca mejor dicho, se lo tragaron. Les han intentado echar varias veces, pero llevan ahí desde la década de los cuarenta y yo creo que los de enfrente habrán llegado a la conclusión de que es peor el remedio que la enfermedad.

—Claro, cuarenta mil personas deambulando por las calles del centro no dan buena imagen para los turistas —completa Erika.

—No saben ni cuántos viven ahí dentro, porque evidentemente nadie se ha preocupado de hacer un censo. En algunos sitios he leído que son más de ochenta mil, pero de lo único que se preocupa la policía es de controlar que no introduzcan materiales de construcción en la villa, porque, como ya no les queda espacio para expandirse, solo lo pueden hacer en altura. Hay algunas viviendas que superan los cuatro y cinco pisos. Es por allí —indica con el brazo.

—Sin seguir la normativa municipal vigente —aliña ella.

—Ni la anterior. El periodista aseguraba que visitó la zona con un arquitecto y que al señor de los planos se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Y realmente es tan peligroso como nos dio a entender Ramírez?

—Pues no sabría decirte. Ocurre algo que dice mucho de cómo funciona este país. Los terrenos pertenecen al Estado, por lo que las competencias relativas a la seguridad están en manos de la policía federal, a quienes intuyo que les preocupa entre poco y nada lo que suceda en Villa 31. Se limitan a controlar de vez en cuando a los que

salen, que no lleven armas, drogas… La policía metropolitana ni se asoma.

El islandés se aclara la garganta antes de retomar la palabra.

—Ya. Y cuando no hay ley se da el libertinaje en todas sus variantes —sentencia—. Yo supongo que habrá de todo: delincuentes que viven de lo que roban fuera; malnacidos que se aprovechan de la miseria de los que les rodean; gente que lo único que busca es sobrevivir… De todo —resume—. El día a día tiene que ser muy duro, por lo que su instinto les empujará a aprovechar cualquier oportunidad que se les presente.

—Ahí empieza, por lo que veo.

—Eso parece uno de los accesos, sí.

Un callejón estrecho custodiado por una pareja de la policía federal se pierde en aquel territorio inhóspito.

Lo primero que les llama la atención es la algarabía de gente que va y viene por aquella calle más mojada que asfaltada, repleta de objetos inservibles a primera vista y sin embargo muy servibles en segunda, tercera e infinitas instancias después. Toldos de loneta y plástico hacen las veces de parasoles o paraguas; para nada, en realidad.

Parece el acceso a una galería comercial postapocalíptica.

Y ruido. El sonido de las herramientas compite con el rugir de los motores, las voces humanas se confunden con ladridos que se funden con la miseria. El fragor de la penuria cotidiana ensañándose con quienes la sufren para recordarles que la van a seguir sufriendo. Villa 31 es un enorme organismo con esqueleto de ladrillo y cemento, cableado anárquico por sistema nervioso y órganos vitales de chapa oxidada sin pintar. Una criatura tan artificial como viva con un latido constante a golpe de martillo.

—Hay más perros que humanos —observa Erika—. Lógico por otra parte, con toda esa cantidad de basura… El Disneyland París canino.

—Ya. Y niños. Fíjate la cantidad de ellos que hay pululando por ahí. Aquí empiezan las diferencias sociales del futuro. ¡Maldita sea! Son caldo de cultivo de centro penitenciario. Mira —señala—, justo por ahí arriba cruza la autopista. Leí que la gente arroja objetos desde los coches y que, a esa velocidad, se convierten en proyectiles letales para los que malviven aquí abajo. Otro artículo también mencionaba que, en cierta ocasión, un policía fue atropellado en la autopista con tan mala suerte que cayó en el foso de los cocodrilos —enfatiza señalando el entorno—. Cuando bajaron a buscarlo lo encontraron muerto, como era de esperar, y completamente desnudo.

—Te noto muy tocado —observa ella.

—Puede. Ver esto hace que me reafirme en mi desesperanza hacia el ser inhumano.

—Al margen, sí que te ha dado tiempo a documentarte, sí.

—Más o menos el mismo que tú dormitabas en el avión —precisa él soltando lastre.

—Tienes razón. No sé qué me pasa, pero me acompaña el sueño de forma perpetua. No sé si es por la medicación o qué…

—Será por el «o qué».

—Será.

Las intrincadas calles y callejuelas les llevan a un callejón en el que no se atisba salida alguna.

—Mis Doc Martens me obligan a dar media vuelta —dice Erika.

A unos veinte metros se perfilan tres siluetas con el clásico atuendo villero: sudadera con capucha amplia que cubre la gorra de un equipo cualquiera de la NBA, pantalón ancho raído y zapatillas deportivas robadas.

—Mierda, mierda, mierda. El de verde se ha cruzado con nosotros cuando nos hemos parado bajo la autopista.

—El de rojo nos ha seguido desde que entramos. Tranquila, camina con normalidad.

—Estoy tranquila —miente o exagera Erika. O las dos cosas.

Entre los tres no suman los años del islandés, pero sí ocupan el ancho de la calzada. El de negro es el único que lleva las manos a la vista.

Se detienen dos metros antes de colisionar.

—¡Eh, ameo! ¿Se perdieron? —pregunta el de negro asumiendo el rol de portavoz. Los otros dos lo escoltan componiendo un gesto fiero que no encaja en sus rasgos pubescentes.

—No queremos problemas —dice Erika—. Dejadnos pasar.

—¡Mirá la guacha cómo salta! ¿Qué son? ¿Gallegos?

Ólafur se mesa el mostacho y espira.

—¿Te aburrís, jefe? Escuchame, boludo —dice recortando la distancia con él—. Estáis en nuestra vereda y entrasteis de arriba sin poner un mango. No me gusta que me tomen de logi, ¿entendés? Aflojen un sope y estamos todos piola, ¿está claro?

—No.

Ólafur comprende bien el castellano, pero el idioma en el que aquel tipo se expresa es otra cosa.

—¡¿Qué?! ¿Vos sos regil? ¡Te recabió, pelotudo! Cerrá el orto o te cago a corchazos acá nomás! ¡Dale, dale, dale! —le apremia balanceando su cuerpo.

—No.

—Me cago en la mierda…

El portavoz busca el consenso que no necesita en las miradas de sus subalternos antes de llevarse la mano a la espalda.

—¡Mierda, mierda, mierda! —se anticipa Erika.

El islandés da un paso atrás y en el mismo movimiento saca el

revólver del cinturón. El culatazo abre una brecha en la ceja del portavoz antes de que caiga al suelo de rodillas tapándose el rostro con ambas manos. Una pistola de pequeño calibre golpea contra el empedrado. A Ólafur no le gusta comprobar que había más peligro del que ha calibrado y manifiesta su malestar regalándole al de negro una patada en la boca del estómago que le roba el aire a él y a sus escoltas las pocas intenciones de contraatacar con las navajas que empuñan. El islandés les apunta alternativamente a la cara haciendo indicaciones para que arrojen las armas. Lo hacen y se echan a un lado mientras el de negro trata de capturar oxígeno como un pez fuera del agua. Erika se apresura a recoger el arsenal del atracador callejero. Es una Glock 19 de nueve milímetros semiautomática.

—¡No nos tocar los cojones, hijos puta! —les advierte Ólafur en castellano deficiente.

Erika lo mira sorprendida. No les quitan la vista de encima hasta que doblan la esquina.

—¡Vamos! ¡Salgamos de aquí! —le alienta Erika.

Corren intentando recordar el camino de salida, pero en Villa 31 no hay elementos distintivos que ayuden a revivir itinerarios recorridos.

Es una tela de araña en tres dimensiones.

Erika se deshace de las navajas en uno de los montones de basura que encuentra a su paso, no así de la pistola.

—¡Por aquí! —señala Ólafur Olafsson.

—Yo diría que era recto.

—Yo no tengo ni puta idea de hacia dónde es —reconoce entre jadeos—, pero necesito recobrar el aliento unos segundos, vamos.

Se meten por una callejuela de ancho unipersonal y nada transferible que va a morir en un espacio acotado por contenedores de barco apilados. Han llegado a uno de los límites artificiales de Villa 31. Una muralla de acero con el fin de evitar que el asentamiento se extienda.

—¡Por aquí no hay salida! —observa Erika.

—No —corrobora él exaltado—. Pero los contenedores no están sellados, quizá podamos meternos ahí dentro.

—Ni lo sueñes.

Erika examina el entorno girando sobre su eje trescientos sesenta grados.

—¿Crees que nos estarán buscando?

—Lo prudente es pensar que sí.

—Lo prudente…

Erika posa la mirada en una presencia que los observa desde una tercera altura, tras unos barrotes. Aguza la vista. Es un niño de pelo rizado con ojos de adulto y cuerpo sin formar.

Los gritos exaltados provenientes del callejón interrumpen la

comunicación visual antes de sentir un fuerte tirón del brazo.

—¡Vamos! Muévete —la apremia en voz baja el islandés.

Tienen suerte con el primero que prueban y sin pensárselo dos veces se cuelan dentro. Deslizan la puerta corredera hasta dejar una rendija a través de la cual pueden controlar el exterior.

Guardan silencio.

—¡Acá no están! —escuchan gritar instantes después.

—¡Buscá bien! —dice otro—. ¡Mirá dentro!

El islandés amartilla el Taurus.

—No me jodas, Ólafur —susurra Erika.

—No, te aseguro que esos mierdas no nos van a joder.

Fugazmente, ven pasar a un tipo que no lleva sudadera negra ni verde ni roja, lo cual les imbuye de que otros se han sumado a la caza.

—¡Eh, vos, guachín! El de ahí arriba. Sí, vos, gato. ¿No viste parar a una turrita de pelo rojo y a un viejo choto por acá? —escuchan.

Desde donde están no pueden ver al niño, pero sí pueden oír el sonido de unas garritas arañando el metal.

—Por favor…

—Son solo ratas —define él sin quitar la atención del exterior—. No se acercarán, tranquila.

Sus oídos dicen lo contrario, aunque en algo sí tiene razón el islandés: son plural.

—Me dan un ascazo…

Erika empieza a percibir el olor a rata y su cerebro reacciona amplificando los ruiditos, aumentando el tamaño de sus peludos cuerpos, alargando las colas y afilando los dientes y las garras de los roedores. Los segundos se hacen eternos.

—Tengo que salir de aquí.

—Espera un poco más, tenemos que asegurarnos.

—No, no puedo… Déjame salir.

—Espera, alguien se acerca.

—¡Mierda! —Erika empuña el arma con fuerza.

—Ya pueden salir. Ya se fueron —oyen decir desde el exterior. Es una voz de niño.

Erika no necesita más incentivos.

—Muchas gracias, de verdad, me estaba asfixiando ahí metida —reconoce tras recuperar el control.

Ólafur se asoma a la callejuela para comprobar que no hay nadie.

—Esto un nido de ratas, acá todo el mundo lo sabe, por eso el cagón del Piedrita no ha tenido huevos para meterse.

—¿Cómo te llamas?

—Martín…, ¿qué les hicieron a los de la diez para armar tanto bondi?

—Intentaron robarnos y nos hemos defendido —explica Erika—.

¿Los de la diez?

—Así se hacen llamar porque bancan en esa calle. Laburan para el «Aguja» Martínez, que está limado. Dicen que se cargó a unos cuantos, pero yo no le tengo miedo.

—¿El «Aguja» Martínez?

—Es el jefe de los peruanos y andan repodridos porque últimamente los Sampedranos les están pateando el culo. Dicen que es muy puto, por eso le llaman así, porque por un lado pincha pero por el otro se la ponen.

Erika le sonríe y Martín se pierde entre esos labios.

—¿Cuántos años tienes? —se interesa ella.

—Dentro de tres o cuatro días cumplo los doce. Es que ahora no sé bien…

—¿Estás solo?

—Mi mamá trabaja ahora y papá no tengo.

Ólafur le hace señas a Erika para que se apresure.

—Por ahí no salgan, los van a agarrar.

—¿Por dónde saldrías tú, Martín?

—A ver…, no sé. Está difícil. Yo no puedo llevarlos. Si nos ven juntos…

Martín hace el gesto de degollar con su escuálido dedo índice.

—No te preocupes, ya nos las arreglaremos. Solo dime más o menos por dónde.

El niño parece pensárselo y Erika deduce que le está pidiendo un incentivo. Saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrae un billete de cien pesos. Pero Martín está mirando otra cosa.

—¿Por qué tenés ahí una foto del Ruso?

Se refiere a la única foto que Erika había podido obtener de Alcides Bujalesky posando en algún acto ceremonioso.

—¿Del Ruso?

—Ese es el Ruso, es amigo mío. Ahora tiene el pelo largo y está más viejo, pero es él.

—¡¿Lo conoces?! ¡¿Sabes dónde vive?!

—Acá lo conocemos todos. Nos enseña a tocar la viola. ¿Sos amiga de él?

—Algo parecido. Hemos venido a ayudarle, porque unos hombres malos lo están buscando. Por eso nos hemos metido en este lío.

Martín se rasca la cabeza con insistencia.

—No sé, no sé. Igual se va a calentar conmigo.

—Martín, te prometo que…

—¿Vos tenés novio? —la asalta.

Erika lo mira con inquietante ternura.

—Martín…

—Y bueno…, está bien. Pero tenemos que esperar a que se haga de

noche. ¡Dale! ¡Vení!

Y van.

FLOR DE PELOTUDO

Villa 31
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

El taxista le ha mirado primero con verdadera incredulidad y luego con falsa conmiseración cuando ha leído el papel arrugado en el que viene escrita la dirección a la que quiere ir.

Lo acontecido en la Dirección Nacional del Derecho de Autor le ha empujado a pasar por el hotel para recoger el paquete que tanto ansiaba recibir. Antes de echarse a la calle, se ha colocado la IMI Desert Eagle, calibre .50 AE, modelo The Mark XIX, en la funda rígida de sobaquera y se ha ajustado el chaleco de corte militar, pantalones anchos de loneta y unas botas negras de cordones. Por precaución, ha guardado su viejo pasamontañas de la Armija en un bolsillo interior del chaleco.

Nunca se sabe en aquel infierno.

Tiene el estómago vacío, pero al arcángel Miguel le ha podido más el ansia por restablecer su orgullo herido que las alertas estomacales. Hambriento pero decidido a resolver el asunto por la vía rápida, se ha plantado en uno de los accesos de Villa 31.

En cuanto se percata de que se trata de un asentamiento marginal, entiende la expresión del taxista y se alegra de notar la presencia de la Desert Eagle en su costado izquierdo. Lo siguiente consiste en dar con alguien que le indique dónde está el punto de recogida de correos y, una vez allí, ya sabe que será cuestión de billetes que algún funcionario le diga quién es el tal Andréi Berzachtzky que se encarga de registrar las canciones y dónde vive. Se arma de buena voluntad antes de abordar a la primera persona por la que apuesta que puede entender su idioma.

No acertará hasta la undécima.

Pero el problema, esta vez, no es el idioma, es la persona.

—Claro, señor —le responde un hombre de unos cuarenta años, chaparro y de gesto afable—. Pero aquí no sirven de nada las

indicaciones, se perdería un millón de veces.

Para su sorpresa, habla un inglés más que correcto.

—Podría pagarle.

Esta vez salió a relucir la cara de Ulysses S. Grant y, aunque Jorge Aguayo no sabe identificar al personaje, el cinco seguido del cero y el símbolo del dólar los reconoce al instante. El billete descansa en su bolsillo antes de articular la siguiente palabra.

—Sígame.

Este lugar le parece harto deprimente, pero ha estado en otros que, teniendo una apariencia mucho mejor, resultaron ser más peligrosos.

—En esta selva hay que andarse con cien mil ojos, amigo.

—¿Puedo preguntarle de dónde es usted?

—De Asunción, Paraguay.

—Una vez estuve allí. Recuerdo que hacía mucho calor. Solo salía a la calle de noche.

—Sí. En mi país hace tanto calor…, pero tiene hermosas mujeres —compensa.

El arcángel hace un esfuerzo por recordar. A él las mujeres le gustan esbeltas, con curvas y, a poder ser, rubias. Y de esas no vio muchas en Asunción. El devaneo mental le invita a resarcirse de tanto disgusto con alguna belleza de corte centroeuropeo en cuanto pueda regresar a la tranquilidad de su casa de los Alpes Dináricos. Las polacas le gustan.

—¿Está muy lejos el sitio ese?

—Es acá nomás, señor.

Varios «acanomás» más tarde, van a parar a un espacio abierto bautizado popularmente como la plaza de los Lápices, donde se pueden ver algunos negocios abiertos y otros, a esa hora de la tarde, con la verja bajada. Es el caso del punto de recepción de correos que está señalando Jorge Aguayo con el brazo extendido.

—Ahí es, pero está cerrado. Carlos suele irse a casa a eso de las tres…

El arcángel nota que le hierve la sangre.

—No se lleve mal rato, amigo. Si quiere, yo por otro de esos le saco de aquí y mañana le vuelvo a traer.

Las facciones que conforman la expresión zorrococla de Jorge Aguayo se van transformando en otra estirada y circunspecta: la de Sebastián Aranda, el funcionario digno y diligente.

Hasta ahí llega la contención.

Hasta ahí llega la fuerza de voluntad del arcángel.

Porque ahora sí percibe el olor a pólvora quemada. Y es un indicativo indubitable; una señal palmaria; una suerte de advertencia que le obsequia su cerebro en forma de matiz olfativo y que solo tiene una interpretación posible: algunos van a morir.

Ama ese aroma.

Ya no es Miguel, arcángel mayor de la Congregación de los Hombres Puros; es Vlade Ilić, brigadier de la Armija al mando del 8.º Grupo Operativo de Srebrenica. Ya no está en Villa 31, Buenos Aires, Argentina, está en Biljača República Srpska, Bosnia y Herzegovina. Ya no es septiembre de 2013, es julio de 1992.

El pasado fagocita al presente.

Jorge Aguayo sigue esperando a que aquel primo le pague la tarifa acordada cuando asiste extrañado a cómo extrae un pasamontañas del bolso del chaleco y se lo ajusta. Su atención se centra en el escudo azul con letras doradas que lleva bordado en la frente cuando nota una presión en aumento a la altura de la nuez.

Jorge Aguayo nació en Asunción hace cuarenta y un años, emigró a los diecinueve a Florida, donde permaneció hasta que la policía dictó orden de búsqueda y captura por colaborar en un robo a mano armada en una gasolinera. Llegó a Buenos Aires pasando por Rosario y Mendoza, robando lo justo para no meterse en problemas. Su talla menuda es la responsable de que empezaran a llamarlo Jorgito, diminutivo que derivó en el apodo por el que sus seres queridos y odiados le conocen: Rojito. A los treinta se hizo electricista y del River —aunque el equipo que lleva en el corazón es el Olimpia de Asunción —, pero no arregla un enchufe desde que se casó con Teresa, hermana de Rosana, que es, a su vez, esposa del gordo Tebaldi, líder de la banda paraguaya conocida como los Sampedranos.

La cara de Jorge hace honor a su apodo cuando uno de los halcones que los Sampedranos tienen colocado en la esquina de la plaza de los Lápices da la voz de alarma. La guerra que mantienen con los peruanos de la diez por el dominio de la marihuana, el paco y la coca ha provocado que el gordo Tebaldi haya incrementado las medidas de seguridad en torno a su principal centro de distribución. Vlade Ilić es ajeno a tal circunstancia, de hecho lo es a esa y, de existir otras, a todas las demás. Lo único que le interesa es neutralizar al tipo que se dirige hacia él apuntándole con un arma que empuña como el pandillero sin experiencia que es. En esa tesitura sabe que recibir un impacto a más de cinco pasos es tan probable como morir en un accidente aéreo. El pandillero está a más de quince metros. Decide aguantar un poco más, algo que a Jorge le gustaría discutir si pudiera hablar, pues sigue con las vías respiratorias obstruidas. El pandillero no deja de gritar algo.

Hasta ahí.

El bosnio suelta a Jorge al tiempo que desenfunda la Desert Eagle y apunta a la diana que lleva dibujada en la frente. Ahora la gorra de los Bulls tiene un agujero del calibre cincuenta justo entre los cuernos del toro y el pandillero retiene en su cabeza menos de seiscientos gramos

de masa cerebral, los otros setecientos están esparcidos por el suelo mal pavimentado de la plaza de los Lápices. Vlade Ilić se acerca al cuerpo, pero ni siquiera lo mira, sabe que está muy muerto. Quiere recoger del suelo la CZ 100 de nueve milímetros que tan indignamente empuñaba. Es un arma de mierda, una pistola de juguete, pero dispara y no se sabe si podría necesitarla en caso de que las cosas se pusieran feas, dado que los dos cargadores que lleva encima de la Desert Eagle solo contienen ocho cartuchos. Le quedan quince.

Examina el entorno, hay cuatro personas —dos mujeres, un hombre y un niño—, pero ninguna representa una amenaza. Infiere que esta no debe de ser la primera vez que asisten a un espectáculo similar, porque no se comportan movidos por el pánico. Vuelve al punto en el que ha dejado tirado a Jorge, que todavía está intentando llenar los pulmones entre toses agónicas e inspiraciones forzosas.

—Levanta —le ordena a la vez que le incentiva con una patada en el costado—. Me vas a llevar a casa de Carlos. Ahora.

Jorge sigue sin poder hablar, pero sí puede pensar. Sabe que es lo que le conviene si quiere volver a ver a Teresita y Jorgito. No sabe dónde mierda vive Carlos, pero sí adónde conducirlo.

Se incorpora y salen de la plaza en dirección al Tarzán, un boliche en la manzana 107 convertido en el cuartel general de los Sampedranos. Jorge intuye que ese puto loco va a terminar relleno de plomo, solo espera que sea antes que después. Y vivir para verlo, a poder ser. Pero a quien ve y reconoce es a Maicol parapetado en una esquina. Justo enfrente está Guido, que es boliviano, pero ya sabe lo que es cargarse a un tipo.

Vlade Ilić también los ve y, entonces sí, activa el modo automático de combate urbano que tiene guardado en el hipotálamo. Fueron muchas las poblaciones que tuvo que limpiar de serbios en un radio de treinta kilómetros desde Bratunac. Conoce todos los ingredientes de esa receta y cocinarla de nuevo, a pesar de los años transcurridos, no supone ningún conflicto para él. Piensa que debe de tratarse de una broma grosera al comprobar que un tipo asoma impunemente la cabeza para hacer señas a otro que está al otro lado de la calle. Ambos lucen gorras de equipos de la NBA, una es verde y la otra celeste, ambas muy llamativas, pero la vista no le alcanza para discernir a qué equipos representan. Jorge, a pesar de su reducido cuerpo, resulta un buen parapeto. Le pasa el brazo izquierdo por el cuello y lo arrastra al margen derecho de la calle para conseguir un ángulo óptimo. El primer disparo lo hace Gorriverde dejando patente que la integridad de Jorge no es una prioridad para él. Vlade Ilić apunta un centímetro por debajo del escudo del equipo y aprieta el gatillo, pero Jorge se mueve en ese mismo instante y le hace errar el tiro.

Tiene que decidir entre parapeto y puntería.

El mobiliario urbano no se mueve.

Pero no va a malgastar munición de la Eagle. Se ayuda de la suela de las botas para empujar al parapeto y con la mano libre saca la CZ 100 que sujeta con el cinturón. Los dos disparos en la espalda podrían valer, pero prefiere asegurarse y se agacha para meterle otro en la nuca. De nuevo su cara hace honor al apodo. Teresita y Jorgito acaban de quedarse huérfanos de padre, pero, en compensación, Rojito apenas se ha enterado de su muerte.

Vlade Ilić se percata en ese momento de que Jorge no solo hacía de parapeto, su función principal era la de guiarle a casa de Carlos, el regente, o lo que sea, del centro de recogida postal. Tiene que sustituirle, pero no va a ser por Gorriverde, que se ha envalentonado al ver la ejecución de Jorge y ahora está en medio de la calle. Ha adoptado una postura peliculera, apuntando a dos manos, rodillas flexionadas y con las piernas abiertas. Todo exagerado y excesivo, pero Vlade Ilić no le va a conceder la oportunidad de demostrarle que no tiene ni idea de disparar. El impacto en el esternón le tira dos metros para atrás y Maicol pasa a ser un número más en la guerra de bandas que está tiñendo de sangre Villa 31. Ahora sí reconoce el equipo, se trata de los Celtics de Boston.

Gorriceleste delata su posición por los gritos y amenazas que profiere contra el hombre del pasamontañas. Se ha resguardado detrás de un contenedor de basura y el miedo que recorre su cuerpo solo le permite chillar y asomar el cañón de la recortada que lleva.

Vlade Ilić casi no se lo puede creer. Sonríe.

Gorriceleste porta una escopeta tipo lupara. No es auténtica, pero es de doble cañón basculante. A corta distancia, el estropicio que provoca no tiene parangón. Una maravilla. Tiene que hacerse con ella antes de que la descargue y se quede sin munición. No se lo piensa. Traza una línea recta hacia su objetivo empuñando la Desert Eagle a dos manos y con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. Gorriceleste tiene tres opciones: asomarse por la derecha, por la izquierda o por arriba. En cuanto se mueva para apuntar le habrá agujereado la tela.

Pero se equivoca: Gorriceleste no se asoma.

Vlade Ilić apuesta por sorprenderlo por la derecha, aunque le habría dado lo mismo, porque Guido está sentado en el suelo con la recortada sobre su regazo y proyectando los brazos con las palmas extendidas como si así fuera a generar un escudo de fuerza protector. El bosnio ya lo ha visto antes. En situaciones de alto riesgo el pánico paraliza el sistema nervioso anulando la posibilidad de tomar decisiones. Sabe que no corre ningún riesgo cambiando de arma y se permite el lujo de vaciarle el cargador de la CZ 100 en la cara, puesto que ahora tiene la lupara y la pistola de juguete ya no le va a ser de ninguna utilidad. El

escudo de fuerza no funciona y la gorra de Racing Club de Avellaneda —que Guido ya no va a necesitar— está intacta. Algo salpicada de sangre, sí, pero todavía se puede leer «Guardia Imperial». Alegórico. Enseguida vuelve a caer en la cuenta de que no sabe hacia dónde tiene que dirigirse, pero la incógnita es fugaz, porque un disparo le marca la trayectoria que ha de seguir: hacia su derecha, doblando la esquina tras la que se escondía Gorriverde. La bala ha impactado contra el contenedor y ha dejado un buen boquete. Inmediatamente cambia de posición y varios proyectiles silban por encima de su cabeza.

La cosa se está poniendo fea.

En cuclillas, con la espalda contra la pared, consigue una buena visual de lo que se le viene encima. Cuenta al menos cuatro tipos armados. Uno de ellos, el que está dando órdenes a los demás, lleva un subfusil que desde la distancia parece ser un MP5. Ochocientos disparos por minuto. Peligroso.

Tiene que cambiar de estrategia.

La casa, si es que el lugar en el que vive Martín es merecedor del apelativo, cuenta con una habitación y un aseo. Huele a cerrado, a ambientador barato agotado y a indefectible humedad. Desde que se han refugiado allí, Erika no ha hecho otra cosa que tomar mate y contestar al interrogatorio al que le está sometiendo ese niño de doce años, víctima prematura de Cupido. Lo único que ha conseguido averiguar de Bujalesky es que lo conoce desde hace un par de años —más o menos— y que imparte clases de guitarra a varios chicos del barrio a cambio de que no falten a ninguna clase. Todos lo llaman el Ruso, porque Berzachtzky es uno de esos apellidos raros que nadie quiere aprenderse; «de esos que tienen los rusos», le ha especificado Martín. Y la gente lo respeta porque no anda bien de la cabeza. Y eso, en Villa 31, es muy respetable.

A Ólafur Olafsson se le ve incómodo y no les quita ojo a la única ventana que da al exterior y a la puerta. Por eso cuando alguien aporrea la puerta le da un vuelco el corazón y se agarra el pecho antes de liberar varias maldiciones en idioma original.

Se trata de una vecina. Está alterada. Ha escuchado que hay un lío enorme cerca de la plaza de los Lápices.

—Una balacera, Martín. Dicen que hay varios muertos ya.

Cuando el niño se vuelve tiene los ojos anegados de lágrimas.

—Mi mamá hace esas calles —le dice a Erika—. Tengo que ir a buscarla.

Erika busca consenso en la mirada del islandés, que se quita las gafas y se encoge de hombros. No parece que entre los dos vayan a lograr cambiar la decisión de Martín, que ya está bajando por las

escaleras exteriores. Invierten algo menos de cinco minutos en recorrer la distancia que hay hasta la plaza. La noticia se ha extendido como un incendio estival y han visto varios hombres armados apostados en las esquinas.

—Esta fiesta es muy fea —dictamina Ólafur al tiempo que observa cómo Martín se ha abalanzado sobre el grupo de personas que rodean el cuerpo de un joven al que le falta parte de la cabeza. Una mujer que se cubre la suya con un pañuelo lo reconoce y señala en dirección a las calles que se pierden por el lado opuesto.

—Tenemos que ayudarle. Encontramos a su madre y salimos pitando de aquí —simplifica ella.

Se escuchan disparos no muy lejos. Provienen de la zona que ha indicado la mujer del pañuelo en la cabeza.

—¡La vieron en el almacén de Mosca! —les informa Martín—. Fue a comprar puchos justo al empezar los tiros. Ella dice que mi mamá sigue ahí.

—Estará bien —considera Erika—. Se habrá protegido dentro y cuando aparezca la policía saldrá. No te preocupes.

—La cana no va a venir hasta que todo termine. No les importa tres carajos que se caguen a tiros.

—Escucha, Martín, meterse ahí es muy peligroso. ¿Y si te pasa algo? Lo mejor es que nos quedemos aquí. No durará mucho, ya lo verás.

Las palabras de Erika parecen surtir efecto, pero unos instantes después tres hombres armados pasan a gran velocidad junto a ellos porfiando injurias contra los paraguayos. De inmediato les siguen otros dos peruanos, uno de ellos es Piedrita.

Nadie diría que la batalla callejera vaya a terminar pronto. Y eso mismo cree Martín, que repentinamente emprende la carrera tras ellos.

Erika le sigue.

Ólafur también.

Vlade Ilić ha ido retrocediendo sin dejar de responder al fuego enemigo. Se enfrenta a dos grandes problemas: no conoce el terreno y le queda poca munición. Ha conseguido herir a uno de ellos en una pierna, pero estos se mueven con mucha más precaución guiados por el tipo de la MP5. Por cómo se desplaza y actúa, está claro que el tipo tiene formación militar. Jamás se pone a tiro y está excesivamente lejos como para acertarle con la Desert Eagle.

Se ha planteado ganar una posición elevada, pero sabe que si trata de subir por alguna de las escaleras que ascienden por las fachadas de los edificios quedará expuesto durante demasiado tiempo. Otra opción es salir por piernas, pero entonces toda esa sangría habrá sido en

balde y hay demasiados espectadores en los balcones y ventanas que podrían ir marcando su huida. Está en clara desventaja y cuando eso sucede solo hay dos caminos: resistir confiando en que suceda lo improbable o contraatacar de la única forma posible.

Ha llegado el momento de usar la lupara.

Sucede en décimas de segundo, las que invierte en cambiar de arma. No los ha oído llegar y cuando se gira ya los tiene encima.

Vlade Ilić asume que ha llegado su hora.

Ahora se oyen más gritos que disparos. Han perdido de vista a los peruanos al doblar por un callejón. Martín les grita que el almacén de Mosca está justo en la siguiente cuadra, pero para llegar tienen que cruzar la calle donde se está produciendo el intercambio de disparos. Son cinco metros.

Ólafur niega con la cabeza.

Erika tiene agarrado del brazo a Martín.

—¡No podemos pasar por ahí!

—Quédense acá si quieren. Yo voy.

Y va.

—Ya estamos acá. Tranquilo, hermano —dice el de la escopeta de caza antes de apostarse a su lado. Los otros dos toman posiciones detrás de una hormigonera unos metros más atrás.

A Vlade Ilić no le hace falta entender el idioma para comprender que si esos tipos no lo han cosido a balazos es porque comparten enemigo.

Llegan otros dos más.

—Te los culeaste lindo a esos putos. Ahora nos toca a nosotros. ¡¿Listos, muchachos?!

Vlade Ilić sabe que se va a producir una carnicería, pero lo que pasa a continuación no es lo que ninguno espera que pase.

Porque primero pasa un niño, luego pasa una mujer de pelo rojo y, por último, pasa un hombre armado con un revólver.

Los paraguayos abren fuego.

Los peruanos responden ecuánimemente.

Pero a Vlade Ilić ya no le interesa esa guerra.

Los disparos suenan cuando Ólafur Olafsson ya ha cruzado. Ninguno se atreve a mirar hacia atrás. Recorren los treinta metros escasos que les separan del almacén de Mosca. Tiene la verja echada. Martín la golpea desesperado al tiempo que grita el nombre de su madre. Surte

efecto. Entran los tres y el niño se tira a los brazos de una mujer que no habrá cumplido los treinta. Otras cinco personas están sentadas en el suelo de la trastienda que parece más bien una chatarrería, es difícil de discernir. Allí permanecen hasta que escuchan el sonido de las sirenas. Muchas sirenas. Todas las sirenas. A pesar de ello, van saliendo con suma cautela, que se convierte en extrema premura al regresar a sus casas.

Hablan de más de diez muertos.

Martín le ha relatado la aventura a su madre con pelos y señales. Infinidad de veces. A ella, que se llama Cecilia, le encantaría invitarles a cenar como muestra de agradecimiento, pero no tiene qué ofrecerles. Erika le recuerda a Martín que tienen una cuenta pendiente y apenas se despiden de Cecilia, que ya está integrada en la comitiva vecinal de dimes y diretes que se ha organizado a pie de calle.

Al islandés se le ve inquieto. No deja de mirar a su alrededor y no ha sacado la mano del bolsillo de la americana desde que salieron de la casa de Martín. El barrio está más agitado que nunca. La policía federal está haciendo registros por doquier, allanamientos y practicando detenciones, pero los vecinos de Villa 31 no temen a los uniformados. Quizá sea esa la noche en la que se sientan más seguros en los últimos años.

La escasez de alumbrado público se alía con la necesidad de pasar inadvertidos.

—Es acá nomás —anuncia Martín.

Erika nota cómo revolotean mariposas allí donde Ólafur solo siente los zarpazos y los mordiscos de la jauría. La construcción tiene dos alturas, pero ninguna está iluminada.

—Vamos para arriba.

Martín toca la puerta con los nudillos y luego con la parte blanda del puño, pero nadie responde.

—Si acá no está, nada más puede estar en otro lado.

Las mariposas desaparecen, los zarpazos no.

El otro lado es un local sin acondicionar ubicado en una plaza sin nombre muy concurrida en el que se reúnen algunos vecinos por la noche. Todos aportan algo: empanadas, cervezas frías, fernet con coca, Gancia, choripanes y papas fritas. Desde fuera se escucha a alguien cantar.

Prestame otra moneda,
mi copa está vacía
y la botella llena.
Todavía es pronto para volver a casa.
Un trago más a cambio de mi alma.

Me la banqué solito,
chamullero desde bien chico.
Aprendiz de chorro como chabón,
pero nunca engañé a nadie
ni logré robar un trozo de cartón.

—Ahí lo tenés. Es él, es el Ruso.

Martín señala al hombre del fondo del local que está cantando acompañado de lo que para Erika no es más que una guitarra diminuta. Una docena de personas le acompañan cantando el estribillo.

Ante vos me desnudo,
nací siendo un flor de pelotudo.
¡Flor de pelotudo!

El pelo le cae sobre la cara, lo cual no le permite comparar sus rasgos faciales con los de la fotografía que tienen de él; además, presenta una incipiente barba de mendigo, rala y descuidada. Sus brazos muestran una delgadez extrema y sus manos parecen arañas huesudas tejiendo notas. No tiene una voz melódica ni cuidada, pero se nota que está adiestrada tanto para conciertos imprevistos como para improvisados recitales, como es el caso. La canción tiene trazas de rock porteño y la métrica engancha a los asistentes.

El que no canta vocea.

Decidí hacerme famoso,
el camino más corto.
Arte no tenía para ser artista,
torpes los pies, incapaz con las manos,
descarté hacerme mago o futbolista.

Me señalan a menudo,
nací siendo un flor de pelotudo.
¡Flor de pelotudo!

Erika no sabe si seguir el ritmo con las palmas o seguir a Ólafur, que acaba de aceptar muy gustosamente un vaso de cerveza que alguien le ha ofrecido.

—Tenés que esperar, ahora el Ruso… es el Ruso —definió.

No les queda otra.

Cantar era otra opción,
la cagada era mi voz.

Los instrumentos no me daban bola,
las notas eran insectos aplastados,
sonaba francesa mi guitarra española.

Me lo dice hasta el mudo,
nací siendo un flor de pelotudo.
¡Flor de pelotudo!

Así fue como me hice poeta,
colores de naturaleza muerta.
Encadenando palabras de amor,
torturando los versos robados.
Rimando duele todo menos el dolor.

Prestame otra moneda,
mi copa está vacía
y la botella llena.
Todavía es pronto para volver a casa.
Un trago más a cambio de mi alma.

Prestame otra moneda,
mi copa está vacía
y la botella llena.
Todavía es pronto para volver a casa.
Un trago más a cambio de mi alma.

Cuando suena la última nota, la palabra «ovación» cobra sentido en aquel espacio desvencijado y, por unos instantes —lo que dura el repertorio del Ruso—, nadie se acuerda de lo ocurrido hace unas horas a escasas veinte cuadras de distancia.

La gente de Villa 31 exprime cada gota de vida.

Ólafur quiere beber y bebe. Paga diez pesos por cada vaso de cerveza, pero a la mayoría le invitan.

Hay argentinos, bolivianos, uruguayos, chilenos, paraguayos y peruanos. Una alemana y un islandés. Hay hasta un ruso que no lo es.

También hay un bosnio que intenta no ser ni parecer.

Viste con una sudadera de Boca Juniors que le queda mucho más holgada de lo que le habría gustado, pero le viene estupendo para ocultar el volumen de la lupara.

Los peruanos se han comportado con valentía y arrojo, arrojando un valiente saldo final de dos muertos y dos heridos graves. Avanzaron vaciando sus cargadores sobre las posiciones de los paraguayos, que,

bien parapetados, respondieron de la misma manera. Cuando Vlade Ilić disparó el último cartucho de la Desert Eagle, los paraguayos empezaban a retroceder y lo último que vio antes de desaparecer siguiendo los pasos de la mujer del pelo rojo fue cómo una ráfaga de la MP5 alcanzaba de lleno el pecho del que había asumido el mando del asalto. Desde la distancia observó cómo entraban en un negocio y resolvió que lo más inteligente era esperar. Entretanto, se deshizo muy a su pesar del pasamontañas, del chaleco y de la pistola del calibre 50, y se fue de compras por los tendederos cercanos. Allí adquirió la prenda que Vlade Ilić luce con tanto infortunio como fastidio.

Se ha cansado de seguir al grupo y limitarse a observar.

Y ahora se alegra de haber decidido entrar en ese tugurio, porque reconoce a Bujalesky en cuanto repara en el indiscutible foco de atención de la fiesta. Está muy cambiado, pero él no alberga ninguna duda. No obstante, no deja de preguntarse cómo es posible que la mujer haya llegado tan lejos, toda vez que Michelson le había asegurado que los tenía controlados y que se encargaría personalmente de ellos «a la vieja usanza». Algo se le escapa y lo va a averiguar, pero antes tiene que poner fin a aquel trabajo que dejó sin rematar. Vlade Ilić está calibrando la forma menos mala de actuar cuando alguien le ofrece una bebida. Allí dentro la temperatura se ha ido incrementando, pero no puede quitarse la maldita sudadera porque el mango de la recortada asoma por encima del cinturón. A pesar del calor, tiene mucha más hambre que sed. Quizá pueda conseguir una de esas empanadas que se apilan sobre las cajas.

Está incómodo.

Se remanga para combatir el sofoco y, sin ser consciente de ello, comete su primer error.

Ólafur se compromete consigo mismo a que la cerveza que sostiene es la última ración para la jauría. Antes de esa ya se ha hecho dos veces la misma promesa.

Promesas que no valen nada.

Se siente bien. Aún se encuentra muy lejos de estar borracho, únicamente tiene que saber cuándo parar. Puede sentir cómo la manada corretea y se divierte, igual que lo hacen las personas que le rodean. Solo cuando Bujalesky ha parado de tocar, ellos han dejado de cantar, pero la fiesta prosigue. Martín está esperando su oportunidad para presentarle a Erika. Lo han hablado hace un rato y no tiene inconveniente en que sea ella quien le ponga al día de la situación. No es capaz de predecir cuál será su reacción, pero intuye que no muy diferente a la que tuvo Ramírez.

No habla con nadie porque le cuesta horrores entender lo que dicen.

Se limita a devolver sonrisas y pagar con «Muchas gracias, amigo». En algún momento se fija en que no es el único que no se está relacionando con el prójimo. Al otro lado de la barra de cajas de cartón hay un tipo como él. Está bebiendo un refresco y eso le llama poderosamente la atención. Jamás se ha fiado de los que beben agua saborizada con burbujas. Al margen, lleva unos pantalones muy nuevos con una sudadera muy vieja. Las botas militares que calza, aunque están algo sucias, parecen recién estrenadas. Y peor aún, no despega la mirada de Bujalesky.

Un pálpito.

Deja el vaso sobre la barra y se aproxima por la espalda. Toma contacto con el Taurus, eso le tranquiliza.

El tipo está ahí, pero todos le ignoran. Es como si fuera invisible. No para los ojos del islandés, que recorta la distancia justo en el instante en el que Martín ha conseguido captar la atención de Bujalesky.

Entonces lo ve.

El pálpito se transforma en un latido convulso al tiempo que su memoria le paga un viaje de ida a Budapest para hurgar en los recuerdos que tiene guardados del acto de purificación. Uno de ellos es un sol tatuado en el antebrazo del arcángel que estaba a la derecha del Gran Maestre empuñando la espada flamígera. El mismo que luce el hombre pseudoinvisible que tiene a escasos metros.

Es Miguel, el arcángel mayor de la Congregación de los Hombres Puros.

Y él es Ólafur Olafsson, el que tiene un revólver amartillado en la mano y una cuenta pendiente.

Una cuenta que va a saldar.

Un niño que parece conocer a Bujalesky le ha presentado a la mujer del pelo rojo. Se pregunta qué mierda estarán tramando, pero desde luego no va a permitir que salgan de allí juntos. Vlade Ilić resuelve que ha llegado la hora de ponerse en marcha.

—Tú, el de la capucha, ¡date la vuelta! —oye gritar en inglés a su espalda.

Se hace el silencio.

Sabe que, sea quien sea, se lo está diciendo a él, pero no se gira.

Necesita tiempo para pensar.

Evaluar.

Erika no alcanza a ver lo que está sucediendo. Alguien ha gritado algo y de inmediato se ha formado un gran tumulto.

Un disparo desencadena el caos. Algunos se tiran al suelo y otros,

los que tienen suerte de estar cerca de la puerta, salen en desbandada. Bujalesky está paralizado por el terror y su mirada hueca le indica la dirección que debe seguir.

No lo identifica de inmediato, la única vez que ha visto ese rostro estaba bajo los efectos de los opiáceos. El arcángel Miguel la está mirando y sostiene la misma expresión risueña y amable con la que le hablaba en el interior de aquella limusina mientras la trasladaban junto con la otra doncella que iban a sacrificar en el acto de purificación.

A unos cinco metros de distancia, Ólafur le está apuntando a la cabeza y si tuviera que apostar diría que va a apretar el gatillo.

Y acertaría.

—¡No te lo voy a repetir más veces, cabrón! ¡Date la vuelta!

El arcángel lo hace.

El local se ha ido vaciando y apenas quedan unas decenas de personas lo suficientemente aterradas como para preferir no moverse. A Ólafur solo le interesa el hombre que tiene delante. El islandés no le quita la vista de encima, está convencido de que se puede ver a través de los ojos de las personas y pretende anticiparse a la decisión que tome el arcángel. Los tiene pequeños y sagaces, pero corrientes, demasiado corrientes.

—¡Ahora ponte de rodillas con las manos en la nuca y los dedos entrelazados!

—Claro. Ya sé quién eres. Ahora te reconozco —dice el arcángel—. Ya veo, tienes la manía de acudir a las fiestas sin invitación.

—Haz lo que te digo o te prometo que no sales vivo de aquí.

Y esa promesa sí está dispuesto a cumplirla.

Vlade Ilić sabe que el tipo que tiene frente a él no es un cualquiera. Por la forma de empuñar el arma, la posición de las piernas y los hombros, sabe que no es la primera vez que apunta a una persona. Tampoco se distrae con el movimiento del entorno ni con sus palabras y eso no es positivo para los intereses de Vlade Ilić. Pagaría una fortuna por saber si el tipo que le está apuntando a la cara ha matado a sangre fría alguna vez.

De momento obedece sus órdenes, sabedor de que más pronto que tarde se va a presentar su oportunidad.

Siempre aparece, solo hay que saber reconocerla y aprovecharla.

—Erika, ¡saca a Bujalesky de aquí! ¿Me oyes? ¡Sácalo de una vez! —le

vocea el islandés.

—¡¿Qué vas a hacer?! —pregunta ella a la vez que trata de sacar al experto del trance en el que está sumido.

—¡Marchaos ahora! Cada segundo cuenta. Luego te busco. No te preocupes por mí.

Bujalesky sigue petrificado, con la mirada inerte y claros síntomas de estar sufriendo una parálisis corporal como consecuencia del ataque de pánico. No reacciona. A Martín se le ocurre arrebatarle el ukelele y tocar unos acordes al azar. Es lo que más quiere en el mundo y el chico lo sabe.

Bujalesky regresa.

—Largá eso, pendejo —verbaliza.

—¡Salid de una puta vez! —grita Ólafur.

Erika tira de Bujalesky y le dedica una última mirada a Ólafur que no es correspondida, pues este no despega la suya del arcángel.

—¿Y ahora qué vas a hacer, soldadito?

Silencio.

Los segundos se encasquillan en la recámara del tiempo.

Ólafur está esperando alguna reacción del arcángel. Su cerebro no está preparado para ejecutar a un ser humano por muy deshumanizado que esté. Conscientemente, busca una razón para poder apretar el gatillo.

Pero el desencadenante no viene de su enemigo, entra por la puerta.

Dos objetos ruedan por el local y rebotan contra las paredes.

Son botes de humo.

Ólafur no puede evitar seguir con la vista la trayectoria de uno de ellos, que deja a su paso una densa humarada.

Es la oportunidad que Vlade Ilić esperaba.

Rueda por el suelo rotando sobre su hombro izquierdo sin perder el contacto con la culata de la lupara. Ya sobre sus pies, tira de ella y orienta el cañón hacia el espacio en el que ha registrado la última posición del blanco. No le hace falta apuntar, la dispersión de los perdigones le hará el trabajo.

Dispara.

Se ha movido increíblemente rápido.

Pero no lo suficiente.

Tampoco el humo le impide localizar su objetivo en movimiento.

Ólafur Olafsson da la orden y su cerebro, esta vez sí, reacciona.

Dispara.

El comando 8 del DESH (División Especial de Seguridad Halcón) se despliega en el local. Antes de que el oficial al mando dé la orden de entrar, han escuchado dos descargas casi simultáneas. Tienen permiso de abrir fuego para neutralizar cualquier amenaza.

El humo dificulta la visión a través de las máscaras, pero enseguida localizan los dos cuerpos tirados en el suelo. Ninguno se mueve.

Minutos más tarde, el oficial al mando se dispone a dar el parte a la central.

—Dos varones. Un muerto y otro gravemente herido. Se solicita ambulancia para su inmediato traslado a centro hospitalario.

Cuando corta la comunicación, el teniente Rafaelli se pasea por el escenario con el humo ya disipado. Esa noche ha visto muchos cadáveres y por la cantidad de sangre esparcida por el cemento apuesta a que el tipo que se acaban de llevar se convertirá en el decimotercer cliente de la morgue.

Solo espera que sea el último.

Por lo menos durante lo que le queda de turno.

—¡Pero la reputísima madre que los parió! —certifica.

PIEDRA Y PELUSA

Villa 31
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

La sensación es de asfixia. Está segura de que puede respirar, pero no lo consigue.

Tal es el poder de estrangulación de la incertidumbre.

Sabe que ha habido disparos porque los ha oído.

Sabe que han sacado un muerto y un herido porque lo ha visto.

Es lo que no sabe lo que le está robando el aire.

No sabe quién es quién, porque desde detrás del cordón policial no ha alcanzado a distinguir el rostro del que sacaban entubado y han subido a la ambulancia. Acto seguido, las fuerzas de seguridad han ordenado despejar la zona, pero… ¿cómo seguir las instrucciones ajenas si ni siquiera es capaz de cumplir las propias?

A su lado, Alcides Edgardo Bujalesky no está en mejores condiciones. Todavía no ha asimilado el hecho de volver a encontrarse con el hombre que asesinó a su hijo.

Los recuerdos en forma de imágenes parpadean incesantemente.

Aquel año estaban realizando progresos importantes tras casi un lustro de desencuentros. El fallecimiento de Basilia, su esposa, había provocado que el muro que ya existía entre ambos ganara varios metros más de altura. Bien era cierto que la primera piedra la puso el padre cuando reaccionó de manera desmesurada a la noticia de que su hijo abandonaba la práctica del fútbol por las clases de guitarra y solfeo. La siguiente la colocó el hijo al formar una banda con cuatro amigos del barrio y empezar a flojear académicamente. Bujalesky acababa de recibir el título de ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires mientras que su hijo ilustraba pentagramas como principal dedicación. Por aquel entonces, Néstor tenía dieciséis y su padre no estaba dispuesto a resignarse a que su apellido fuera uno más en el cartel de The Pochoclo's, la banda que lideraba su único heredero. Su abuelo no se había dejado la vida en los astilleros para

que un niñato con ínfulas de estrella del rock se meara en su memoria.

Cortó el grifo.

Sin embargo, Néstor estaba decidido a seguir bebiendo de los manantiales del rock & roll y cuando cumplió la mayoría de edad metió lo que le cupo en una mochila y alquiló una habitación en el barrio de San Telmo. La ruptura con su hijo coincidió con el encargo de aquel hombre que se hacía llamar Flegias. Como dantista y experto en masonería, no podía dejar pasar la oportunidad que llevaba esperando toda una vida. Así, halló la forma de escapar de la ingratitud del entorno cavando un túnel en las entrañas de la Congregación de los Hombres Puros.

Y cuanto más excavaba más quería escarbar.

Y cuanto más escarbaba más se alejaba de Néstor.

No se vieron durante meses y solo fue gracias a la intervención de la casualidad o del caprichoso destino que volvieron a encontrarse. Bujalesky regresaba a casa luego de compartir las últimas averiguaciones con Telmo, el encargado de mantenimiento del Palacio Barolo y único confidente de sus avances, el cual llevaba unos cuantos días en cama hostigado por una gripe que se había acomodado en su organismo. Bujalesky no quiso esperar y, rompiendo su régimen de autoimpuesta reclusión, se desplazó hasta el domicilio de su factótum, sito en pleno corazón del barrio de Belgrano. Nunca obtuvo el permiso de conducir y al no estar capacitado para moverse en taxi ni en Subte no le quedó otro remedio que utilizar el colectivo. Así le fueron guiando los hados hasta que en la parada del 152 se dio de bruces con un cartel que anunciaba un recital de The Pochoclo's en la sala Niceto Club, a las 21:30. Faltaban cuarenta minutos, de los cuales empleó treinta y nueve en decidirse.

Lo que sintió allí dentro no lo había experimentado jamás.

Era orgullo paterno.

Y orgullo también lo que le impidió quedarse al final del concierto para hablar con su hijo. Así transcurrieron unos cuántos meses más, siguiendo en solitario a The Pochoclo's de sala en sala, de bolo en bolo, conteniendo las lágrimas —cuando sonaba *Gigante de trapo* nunca lo lograba—, dejando correr el tiempo con la esperanza de reunir algún día el coraje suficiente para plantarse delante de Néstor y soltar el lastre que tenía apelmazado en el alma. El único progreso, si podía calificarse como tal, fue ir abandonando las últimas filas para poder estar más cerca de él. El reducido aforo de una sala de Palermo Soho obró el milagro. Néstor lo reconoció desde el escenario e interrumpió *Piedra y pelusa* para bajar y abrazar a su padre. Recordar aquel momento le compunge hasta la angustia.

Igual que a la joven del pelo rojo que ahora está a su lado y que acaba de jugarse el pellejo por él.

—Vámonos, ya no se puede hacer nada, che —le dice Bujalesky usando un tono firme pero atemperado.

Erika lo mira asombrada, como si no alcanzara a comprender qué hace ese hombre metido en sus ensoñaciones.

Martín, que ya se considera un especialista en devolver espíritus errantes a cuerpos erráticos, la zarandea enérgicamente.

—¡Dale! ¡Despertá de una vez! La cana se está poniendo nerviosa y nos van a recagar a trompadas si seguimos por acá.

Erika regresa.

—Vamos. —Es lo único que consigue pronunciar.

Bujalesky la guía presuroso por las calles de Villa 31. Han decidido dar un rodeo por si alguien les está siguiendo. No hablan. Erika camina cabizbaja y con los hombros caídos. Sus Doc Martens le pesan más que nunca. No parece que en su cabeza se esté produciendo actividad cerebral alguna. En la de Bujalesky sí: está sonando *Piedra y pelusa.*

Encontré la noche perfecta para cobijar defectos.
Me enfrenté a Morfeo, acunándome despierto.
En el pozo del deseo acaricié el encuentro.
Y allí estabas vos, tan selecta,
enamorando ciegos.

Encontré la noche perfecta para sacrificar miedos.
Me vendí a Perseo por un par de besos,
pidiendo ayuda divina al mismo infierno.
Y allí estabas vos, tan correcta,
alimentando fuegos.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar los dientes al mundo.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar…

Encontré la noche perfecta para destrozar recuerdos.
Me enamoré de Venus regalando versos,
pisando jardines, blanqueando huesos.
Y allí estabas vos, tan directa,
acribillando egos.

Y me sumí en un sueño profundo,

lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar los dientes al mundo.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar…

Me desvelé en el empeño,
empeñado en regresar a ese sueño,
tan lejos de vos, al lado tuyo,
desesperado por no tenerte,
transpirando angustia,
empapado de vos,
seco de amor.

Me miraste como mira Medusa
y me hice piedra.
Me miraste como mira Medusa
y me hice piedra.
Piedra y pelusa.
Piedra y pelusa.
Piedra y pelusa.

Rancho Columbine
Condado de Rusk, Texas (Estados Unidos)

El desayuno a base de huevos y salchichas no le ha caído del todo bien al estómago; no obstante, cuando eso sucede, él siempre lo achaca al exceso de pimienta con el que últimamente cocina Grace.

John Marius Columbine pide que le preparen un tónico y que se lo sirvan en el porche. Inhalar un poco de aire fresco le vendrá bien mientras espera a que llegue su invitada. Se acomoda en la butaca en la que se sentaba papá Columbine y se imagina lo que él debía de sentir mirando sin poder abarcarlos con la vista los terrenos de su propiedad. Hoy, aquellos trescientos acres no significan nada en el patrimonio de uno de los mayores magnates del petróleo, incluido en la lista Forbes dentro de las cincuenta fortunas más importantes; mas el efecto es el mismo: inabarcable. Para ser honesto, tiene que reconocer que, puestos a comparar los méritos de su abuelo —con los medios con los que contaba en los años treinta— y los suyos propios, la balanza se inclinaría todavía a su favor. Así y todo, el mérito no es un valor que cotice en la bolsa y, puestos a elegir, se queda con los ceros que preceden al dólar antes que con los párrafos en los libros de

historia.

Y es, precisamente, de un tipo de libro de donde quiere que su apellido desaparezca para siempre.

—Aquí tiene, señor Columbine.

—Gracias, Grace. Por cierto, como rige la norma, el desayuno estaba delicioso.

—Es usted muy amable. Permítame que le pregunte: ¿Estamos esperando alguna visita?

—En efecto, pero no le he dicho nada porque mi invitada no se quedará a almorzar.

—Entendido, señor Columbine. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

—Por supuesto.

Grace trabaja en la casa desde que tenía dieciséis años. Su madre, que también se llamaba Grace, era la cocinera de su padre y ella ha heredado sus habilidades culinarias. Destrezas que ha ido perdiendo con la edad. La tenía que haber despedido hace años, pero no lo ha hecho por motivos humanitarios y ahora su sistema digestivo está pagando las consecuencias de su dadivosidad. Solo espera que no siga el ejemplo materno y no tenga que aguantarlas, a ella y sus recetas, hasta los noventa y dos años.

El sonido del móvil atrae su atención. Peter Corgan, el jefe de su servicio de seguridad, le avisa de que van a llegar junto con su invitada en diez minutos. Ahora que sus negocios los maneja un grupo de inversores se percata de que hace tiempo que no mantiene una reunión que le importe tanto. Ser consciente de ello le genera una imperiosa necesidad de ir al servicio. Vuelve a culpar a Grace del retortijón y mientras hace fuerza para evacuar el intestino grueso solo piensa en su arrugada cara.

De regreso al porche, fija su mirada en la lontananza y observa el extraño caminar de la mujer que va a convertirse en su herramienta definitiva. Viste con un mono ajustado y lleva gafas oscuras para protegerse del pernicioso efecto del sol. El grado extremo de albinismo es su única debilidad o eso piensa él. Da la sensación de que Gabriel no se mueve y sin embargo avanza, de hecho Peter y Gareth tienen que apretar el paso para seguir el ritmo del arcángel. Le rodea un halo siniestro que está en consonancia con la retahíla de facultades de las que tanto hacía alarde Corteza de Roble. No en vano, esa mujer estaba llamada a ocupar el puesto de Damocles cuando el Gran Maestre lo considerara oportuno. Él mejor que nadie sabe cómo jugar la carta sentimental de haber sido durante la última década el custodio de confianza de Corteza de Roble y con Gabriel de brazo ejecutor muy pronto la identidad de Caronte, su nombre, se perderá para siempre junto con el maldito Cartapacio de Minos. Tan solo tienen que

encontrar a Bujalesky y hacer que se reúna con su hijo. Ese es el único punto de desencuentro que tiene con el nuevo Flegias. Michelson lo necesita vivo; él, muerto. Con el dantista enterrado, nadie podrá desenterrar el vínculo de su familia con la Congregación.

A escasos veinte metros para que se produzca el ansiado encuentro, John Marius Columbine ya ve su apellido limpio y fuera de peligro cuando, en realidad, lo que están recogiendo sus retinas es un movimiento extraño de los brazos del arcángel. Acto seguido, Peter y Gareth sincronizan la misma secuencia, como si se tratara de uno de esos ensayados bailes modernos: ambas manos al cuello, breve tambaleo, flexión de rodillas, caída de bruces contra el césped recién cortado para terminar con estertores, eso sí, imposibles de sincronizar. Para entonces, John Marius Columbine ya sabe que la conversación no se va a producir y, consecuentemente, sus planes se esfuman como si jamás hubieran existido. Se da cuenta de que es la primera vez en su vida que no sabe qué hacer. En el siguiente pestañeo se topa con la malla de vasos capilares que compensan la ausencia de pigmento melánico en los iris transparentes del arcángel. Tiene la piel ebúrnea y los rasgos delicadamente tallados. Una obra de arte.

Y como por arte de magia, ese rostro perfecto se llena de salpicaduras carmesíes.

En el porche se repite la coreografía póstuma de Peter y Gareth.

La conversación, en efecto, no tiene lugar, lo cual era de esperar, dado que Gabriel no puede producir palabras.

Gabriel es más de actuar.

Y actúa. Busca y encuentra lo que necesita mostrarle antes de que el viejo pierda la conciencia. Lo consigue y aprisiona la cabeza del custodio entre sus pies para asegurarse de que comprende lo último que va a ver.

John Marius Columbine reconoce la foto de su hijo Julius Marius con su nuera Stefania. Tiene especial cariño a esa foto, porque las mellizas le recuerdan a su difunta esposa. La arteria carótida escupe las últimas reservas de plasma sobre el cristal que la protege.

Premonitorio.

Algo más tarde, cuando Grace descubre el cuerpo sobre un charco de sangre, grita, pero no es dolor ni pena lo que siente, es el horror que le contagia la última expresión del señor Columbine.

Residencia de Robert J. Michelson
A 34 km de El Calafate (Argentina)

Sale a la terraza para tomar el aire. Todavía se pueden ver algunas trazas blancas sobre las cimas de la cordillera preandina. El inicio de

la primavera no está siendo nada complaciente con los pocos que habitan tan cerca del fin del mundo y se pregunta qué poderosa razón les habrá empujado a trasladarse a latitudes tan extremas.

La suya es el aislamiento.

No son pocas las veces que Robert J. Michelson ha pensado en desaparecer para siempre y mucho más desde que Christine se cansó de masticar piedras de soledad y se marchó a Swansea. Él no le puso impedimentos ni intentó convencerla, no tenía cómo. Para él, esconderse o huir no son opciones, son actos de cobardía.

Tiene un compromiso y una deuda.

En momentos como ese, cuando todo empieza a torcerse, es cuando uno debe demostrar el material del que está hecho. Y la sucesión de noticias que le están llegando no puede ser peor. Precisamente fue la falta de noticias de Miguel lo que le ha empujado a bucear en la red y no le ha hecho falta ni mojarse los pies para enterarse de lo que ha sucedido la noche anterior en Buenos Aires. Los titulares informan de un baño de sangre en Villa 31 y, aunque las autoridades enmarcan la refriega dentro de la guerra entre peruanos y paraguayos por el control de la droga en la barriada, él sabe que el sicario con un pasamontañas al que atribuyen al menos cinco de las doce víctimas mortales no puede ser otro que Miguel. Que no se haya comunicado con él a esas alturas solo puede significar que está herido, muerto o detenido. A cuál peor. No puede dar la orden de que lo averigüen, porque podría ser la chispa definitiva que detonara sus aspiraciones a vestir la túnica de Dante, al margen de que saberlo no va a mejorar su situación. Perder a Miguel no estaba contemplado en ninguna de sus cábalas. Que Corteza de Roble se llevara a la tumba la ubicación de El Cartapacio tampoco. Por otra parte, le escama que Caronte todavía no le haya confirmado su asistencia a la reunión con carácter de urgencia a la que le ha citado luego de recibir su mensaje.

Los custodios están nerviosos, lógico, dado que ninguno de ellos ha vivido una situación tan alarmante.

Tal cúmulo de circunstancias no le deja otra alternativa que tomar las riendas y encontrar él mismo al condenado Alcides Edgardo Bujalesky. No era el camino que él habría elegido sabiendo que su padre fracasó en esa tarea, pero cuando no existen opciones cualquier juicio o debate está de más. Además, encontrar personas que no quieren ser encontradas ha sido su dedicación profesional durante más de quince años y, aunque ahora no pueda contar con el equipo humano con el que trabajaba en la ISUF, él conoce perfectamente el oficio. ¿Y quién necesita humanos cuando existen las máquinas? —se anima Michelson—. Como colaborador externo que sigue siendo de la Interpol, tiene acceso a muchas aplicaciones de búsqueda que le pueden ayudar a ajustar el enfoque. Es hora de exprimirlas al máximo.

Una corriente gélida que le acaricia le invita a regresar al abrigo de la calefacción. Cruza el salón y se dirige al despacho donde su padre guardó la copia del mapa. Según aseguraba su carta póstuma, fue el bisabuelo Matthew J. Michelson el que se hizo con él, aunque no aclara cómo. Tampoco le quita el sueño conocer el motivo por el que se produjo el desencuentro con Bujalesky. La razón por la que pasó de aliado a enemigo no es relevante, lo único que cuenta ahora es que el dantista logró descifrar el mapa y que, en definitiva, es la persona que precisa para guiarle hasta El Cartapacio de Minos.

Se acomoda en la silla antes de abrir el tercer cajón del escritorio y presiona la pestaña para acceder al falso fondo. La carpeta contiene dos folios: uno presenta esa tonalidad amarillenta que equivale a las arrugas en una piel de celulosa y el otro es una copia de un cianotipo, un arcaico procedimiento fotográfico a través del cual se obtenía una reproducción del original sobre una superficie azul de Prusia. En este último no hay más que una sucesión infinita de coordenadas geográficas que no consiguen centrar su atención más que unos pocos segundos. Son las palabras escritas a mano en el folio las que le interesan, pero, como en las ocasiones anteriores, esos versos escritos no le dicen absolutamente nada.

Por ello tiene que localizar a quien sí los ha sabido interpretar y, para ello, enciende su equipo informático y hace uso de sus permisos para conectarse a la red de la Interpol.

Asume que va a tener que recorrer el país de punta a punta, pero cuando se está dispuesto a todo la distancia solo es una cifra.

LOS HAY QUE NO VEN AUNQUE ESTÉN MIRANDO

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)
7 de julio de 1923

Esmoquin corto entallado, faja y sombrero de copa para ellos; telas vaporosas, tocados con plumas, largos collares de perlas y zapatos Mary Jane para ellas.

Era un hecho. El acto de inauguración no había levantado el interés que cabía esperar y, desde luego, no estaba a la altura del valor arquitectónico del edificio. En la galería que comunicaba la avenida de Mayo con la calle Victoria se contaban menos de cien personas entre los asistentes de insigne calado de la ciudad, casi tantas como las cartas que se habían recibido con las inverosímiles excusas que habían esgrimido los ausentes. Los diarios de la mañana apenas mencionaban un evento que ni siquiera circulaba entre los corrillos y mentideros de Buenos Aires.

El monseñor Giovanni Beda Cardinale bendecía el edificio con un discurso encallado en lo soporífero con el que trataba de inculcar entre los presentes la recurrente idea de la fugacidad de lo material frente a la eternidad de lo espiritual. El nuncio regaba las impías mentes de sus feligreses con metáforas alegóricas flanqueado por más miembros de su diócesis, que, bien adoctrinados, asentían periódicamente. Mientras, algo más retirado, el máximo exponente político de la ciudad, el canciller Ángel Gallardo, sostenía un rictus sereno para ocultar los eróticos pensamientos que le estaba inspirando la mujer de cutis blanquecino y peinado andrógino que copaba toda su atención. La de Matthew J. Michelson, guardián de la Gran Logia de los Puros, estaba focalizada en Mario Palanti. Desde una discreta posición, se afanaba por disimular su animadversión hacia el arquitecto y la ansiedad que le generaba la nada favorable evolución de los últimos acontecimientos.

El guardián todavía tenía fresco lo que hacía unas horas acababa de anotar en su diario. La investigación del robo de la escultura se

encontraba en un angustioso punto muerto. Rafael había perdido la pista de los dos tipos que se habían llevado la *Ascensión* y Flegias, su custodio, le había trasladado en varias ocasiones el profundo malestar del Gran Maestre ante la falta de resultados. Este lunar negro manchaba su inmaculada labor como cabeza visible del proyecto más importante de la hermandad y temía que, de una forma u otra, esto terminara significando un escollo en sus progresivas aspiraciones dentro de la logia. Matthew J. Michelson tenía fundadas sospechas sobre la autoría del robo, pero sin ninguna prueba en su haber todo quedaba en agua de borrajas. Y allí estaba su principal sospechoso, el maldito arquitecto, a menos de veinte metros de distancia, esperando con impaciencia escuchar unas palabras de elogio que no llegaban. Frases que encumbraran su excelsa obra arquitectónica delante de la flor y nata de la sociedad porteña, ávido de saborear el alimento que diera de comer a su ego, hambriento.

Una ligera presión en el antebrazo le obligó a regresar.

—Buenos días, hermano —le susurró Flegias—. Cuando su santidad tenga a bien finalizar la homilía, le espero en la terraza del decimocuarto piso.

Aquel hombre de estatura media y porte distinguido era el conde Colli di Felizzano. Desempeñaba el cargo de embajador italiano en Buenos Aires desde que le tocó asumir el reto de levantar las Columnas de Hércules del Río de la Plata. Se habían conocido en 1893 durante una recepción organizada por la embajada italiana en Adís Abeba para estrechar lazos militares con los británicos ante las crecientes ambiciones soberanistas de Menelik II. Por aquel entonces, un prometedor coronel de caballería de apellido Michelson comandaba el principal acuartelamiento del Ejército de Su Majestad en Nairobi, la capital del protectorado británico en África oriental. Ambos simpatizaban con las prácticas masónicas, pero fueron la entrenada abnegación del militar y su disciplina castrense las que empujaron al diplomático a hablarle por primera vez de la Gran Logia de los Puros. Dos años más tarde, Michelson ocupaba el cargo de centinela y solo tres después —vistiendo ya la túnica de guardián de Cepheus— acudió a la llamada transatlántica del conde Colli di Felizzano para ocupar el cargo de agregado militar de la embajada italiana.

Aunque sus responsabilidades no eran otras que ser los ojos y los oídos de Flegias; e incluso su voz, si era necesario.

Un tono de voz distinto captó la atención de Michelson. El canciller Ángel Gallardo había tomado la palabra.

—… Pero, antes de despedir este acto, les voy a pedir, estimados señores y señoras, que honremos la memoria de quien hizo posible con su esfuerzo el hecho que nos ha reunido en esta fecha imborrable

y bajo esta cúpula que ya forma parte del ilustre perfil de nuestra ciudad. Me refiero al malogrado empresario Luis Barolo, insigne miembro de nuestra comunidad. Que Cristo, Nuestro Señor, lo tenga en su seno.

Con un prolongado aplauso se daba por finalizado el acto y por inaugurado el Palacio Barolo. Matthew J. Michelson permaneció unos segundos más disfrutando de cómo se extendía un devastador incendio en las tripas de Mario Palanti. Su rostro, visiblemente enrojecido, era el reflejo de los rescoldos que deja la envidia. No era esa la mejor motivación para el arquitecto justo antes de cumplir con la obligada visita guiada que tenía que brindar a las autoridades e insignes invitados.

Visita a la que Matthew J. Michelson no pensaba asistir.

—¿A qué piso, señor? —le preguntó el ascensorista, un muchacho que aparentaba no haber cumplido la mayoría de edad.

—Decimocuarto.

No había subido en ningún otro tan espacioso ni tan exquisitamente rematado. La claridad exterior se filtraba a través de los cristales traslúcidos inundando el habitáculo.

—Los hay que han tenido que cerrar los ojos —comentó el joven mientras abría la reja.

—Los hay que no ven aunque estén mirando —sentenció el guardián.

Flegias le estaba aguardando con las manos recogidas a la espalda y el rostro cariacontecido. Y por primera vez, Matthew J. Michelson sintió la presencia en el estómago de esas lombrices de las que siempre hablaba Dorothy, su esposa.

—Hermano —le saludó el custodio—, acompáñeme a la terraza. Allí estaremos más tranquilos.

En el exterior el día estaba despejado, pero el invierno se hacía notar con cierta crudeza, por lo que se embutió dentro del abrigo.

—Le envían a Nueva York —le desveló Flegias sin preámbulos.

Michelson mantuvo la compostura.

—La orden viene directamente de Ciacco, lo cual nos evita tener que pensar en los porqués, ¿no cree?

—¿Cuándo?

—De inmediato. Tiene reservada una cabina preferente en el Senator, que parte, si no me han informado mal, en nueve días.

—Entiendo. A Dorothy no le va a gustar. Le costó bastante habituarse a las costumbres porteñas, pero llevaba un par de años…

—Se acostumbrará, se lo digo por experiencia. Además, el nuevo destino tiene mucho que ofrecerle, créame.

—¿Qué me puede contar sobre eso?

—Poca cosa. Sé que su labor va a estar muy vinculada al mundo de

las finanzas.

—¿Las finanzas? ¿Y qué sé yo del mundo de las finanzas? —se preguntó en voz alta Michelson—. Usted sabe que mi especialidad es otra. Podría nutrir de armamento a todo el continente americano de norte a sur si fuera necesario, pero…

—Ahora las guerras importantes no se libran en los campos de batalla, amigo mío. Y según parece, no va a ser necesario que cuente con nociones financieras, habida cuenta del equipo de centinelas que va a dirigir. Todos ellos trabajan en Wall Street.

—¿En la bolsa?

—Eso es. Pero ya obtendrá dicha información en cuanto se establezca, no se preocupe ahora por eso.

—Solo dígame una cosa: ¿se trata de un premio o un castigo?

El conde Colli di Felizzano se mesó el cabello con la palma de la mano. Sus ojos verde azulados eran difíciles de descifrar.

—En ocasiones es mejor no preguntar. Yo no lo he hecho, así que le aconsejo que siga mi ejemplo.

Matthew J. Michelson asintió, dócil.

—Para su tranquilidad, le diré que la Asamblea ha aprobado la creación de una figura sobre cuyos hombros pesará la responsabilidad de proteger eso tan importante y tan secreto que albergará este edificio. Dependerá jerárquicamente del Gran Maestre y su identidad solo será conocida por él. Nos referiremos a él con el nombre de Damocles.

—Damocles —repitió.

—Debe de ser de aquí, o por lo menos conoce bien la zona, porque también se va a hacer cargo de la finalización de la obra y de retomar la investigación que nosotros —enfatizó— no hemos logrado concretar.

—Pero… estoy casi convencido de que Mario Palanti es el responsable de…

Flegias levantó la mano, gesto que no quiso interpretar el guardián.

—Permítame que mantenga un encuentro con él. Le aseguro que Rafael sabrá…

—¡No! —le cortó bruscamente—. Usted se olvidará de él en cuanto zarpe del puerto. El arquitecto debe concluir su labor en Montevideo, luego veremos qué depara el futuro a mi compatriota. Espero haberme expresado con claridad.

Michelson se giró, más con el fin de ocultar su ira que con el de pasear la mirada por los tejados de una urbe en continua eclosión. En ese instante se percató de que le iba a costar más a él abandonar Buenos Aires que a su mujer y de que si podía culpar de ello a alguien, ese era el maldito arquitecto.

—Un día que vine a supervisar la obra con Luis Barolo —retomó

Matthew J. Michelson luego de calmarse—, estando en este mismo lugar, me dijo que, si Dante hubiera podido elegir un sito para descansar, sería este y solo este. Le pregunté por qué, será una manía mía querer saber las causas —añadió aludiendo al anterior comentario del custodio—, y me dijo que desde aquí había una visión perfecta de la cúpula donde le esperaba su amada Beatrice.

El embajador se encogió de hombros.

—A mí las historias de amor me gustan poco, pero hay que reconocer que Palanti ha sabido rematar el edificio. Es sumamente hermosa.

—Lo es.

—Ha sido un auténtico placer trabajar con usted —expresó Colli di Felizzano con absoluta sinceridad, a pesar de que sonó totalmente a gentileza.

—Lo mismo digo. Quizá algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

—Eso espero.

El ascensorista no hizo comentario alguno durante el descenso hasta el tercer piso. Quería despedirse del edificio desde la balaustrada del tercer piso que ofrecía la mejor fotografía de eso que Luis Barolo había calificado como la antesala del infierno. Allí, apoyado sobre los codos, distinguió al grueso de invitados preparándose para emprender el ascenso por las escaleras y a Mario Palanti, que aguardaba cortésmente a que pasara el último de ellos.

—Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo —porfió Matthew J. Michelson descargando toda su inquina contra el arquitecto. Para su sorpresa, este levantó la mirada e hizo un recorrido que lo llevó hasta enfrentarse con la del guardián.

Michelson le prodigó un gesto cómplice con la cabeza y sonrió.

—Ya nos veremos, maldito bastardo, ya nos veremos.

Palanti le dedicó una mueca antipática antes de subir los primeros peldaños con formidable premura, como si estuviera escapando de alguna presencia incómoda.

GIGANTE DE TRAPO

Zero Café
Valladolid (España)
Septiembre de 2013

Desde hace semanas se ha convertido en una rutina. Lo único que cambia es la compañía: habitualmente con Áxel Botello, a veces con Álvaro Peteira, otras, menos, con ambos, pero, de un tiempo a esta parte, los viernes acostumbra a ir con la inspectora Robles. Primero pinchan algo cerca de la comisaría y luego se acercan al Zero. La propuesta parte de Sancho y ella encuentra una justificación válida usando siempre el mismo argumento: «Vamos, si, total, me pilla cerca de casa».

En realidad es la cercanía con el pelirrojo lo que atrae a Sara desde que se produjo la ruptura con su novio, con el que al parecer compartía poco más que la afición por la escalada. Con Sancho le unen muchos más temas de conversación, aunque, por el momento, la relación no ha pasado de las palabras.

En la pantalla hay una rubia despampanante embutida en un vestido blanco que absorbe las miradas de los presentes, incluida la del inspector; al margen de espolear su imaginación, le despierta curiosidad.

—¿Quién es la jamelga? —le pregunta a Paco, «Devotion».

—Margaret Berger. Con esa canción se presentó a Eurovisión.

—Ganaría fijo.

—No, terminó cuarta.

—Detrás de España, eso sí.

—Empate.

Ambos ríen con malicia.

Acaban de pedir un Jameson con hielo y un Barceló con cola. Hay buen ambiente y Paco hace rato que ha cruzado la frontera a partir de la cual las canciones se vuelven himnos. Sancho monta su tienda de campaña cerca de la cabina, justo frente al sofá en el que solía sentarse Augusto. La garra ya no reacciona cuando piensa en él, es

parte de su pasado y su recuerdo lo tiene más que masticado, digerido y excretado. Ahora observa a un grupo de treintañeras que están repostando en la barra a pesar de que tienen el depósito a rebosar. Una de ellas, la que lleva un pene alegre coronando la diadema, se desprende del grupo y se dirige a los dominios del pincha. El pelirrojo se adelanta a lo que va a ocurrir, porque es una escena que ya ha presenciado en varias ocasiones.

Paco no suele tener los temas que le piden, pero en caso de tenerlos, casualmente, los acaba de poner. La vida en la cabina tiene esas paradojas. Eso le suele funcionar; no obstante, si la cosa se pone fea tiene un arma de destrucción masiva a la que recurre cuando no le queda otro remedio. Es amarilla con letras negras y en ella se puede leer: «Petición sin prisa: 75 €. Petición inmediata (ponla después de esta): 150 €. Saludos personales y/o grupales (micro): 300 €. Foto al DJ: 25 €; con el DJ: 50 €. Cena con el DJ (aparte la cena): 2000 €. Pitbull: 1500 €. Justin Bieber: seguramente te enviemos a la mierda. Música en español (pop, reguetón, vallenato): escuchamos ofertas a partir de seis cifras. Todas las opciones se abonarán en el momento y en efectivo. Gracias».

En este caso no ha sido necesario hacer uso de ella. A la futura esposa de alguien no parece importarle haber fracasado en su misión y se reincorpora a la manada dando botes. El pene la sigue con jovial mansedumbre.

—Jamás he entendido las gilipolleces que se hacen en las despedidas de solteros —aborda Sara.

—Y solteras.

—Y solteras. Actúan como si se fuera a terminar el mundo al día siguiente.

—No seas viejuna. Eso lo dices porque nunca te has casado —responde Sancho—. Ni lo hagas.

—No me hace falta haberme embutido en un vestido de novia para saber lo que es hacer el imbécil. ¿Qué hay de divertido en llevar una polla en la cabeza?

—Para ella poco; ahora bien, para los demás… Supongo que tiene que ver con la necesidad de llamar la atención. A mí me disfrazaron de obispo y mis colegas iban de sacerdotes y frailes.

—Precioso.

La pantalla se llena de Depeche Mode con *Should be higher*. Un tipo que supera los cuarenta está tratando de imitar el movimiento de Dave Gahan en el escenario y, aunque él no es consciente de ello, parece un espantapájaros al que le han administrado un buen cóctel de drogas sintéticas.

—La organizaron en Gijón, que es la costumbre vallisoletana. Gijón o Santander son las opciones más recurrentes para bolsillos corrientes

y molientes. Entiendo que por eso de la playa cercana. Los muy cabrones me llevaron de bar en bar a hombros como si fuera una reliquia. Lo último que recuerdo es que me arrancaron los calzoncillos y como llevaba una túnica por único atuendo… Imagínate la escena.

Sara Robles no puede contener la risa. A Sancho le encantan los pliegues verticales que se forman en sus mejillas.

—¿Ves como es divertido?

—Ver a un tío de casi metro noventa vestido de obispo enseñando sus pelirrojas pelotas a los hijos de Asturias es divertido —asevera ella —. Ponerse una polla en la cabeza no.

—En ese aspecto no te voy a llevar la contraria, pero igualmente ha conseguido captar la atención del respetable. Mira esos dos tíos de ahí.

—¿El de barba que está en el chasis y el de la sonrisa de «vengopajeadodecasa»?

—Esos. Piensan que la van a meter en caliente. El de barbita va a entrar a la del pelo corto en menos de dos minutos, porque es, con diferencia, la presa más fácil. Es la fea del grupo y, en consecuencia, la más simpática. Y siempre es mejor un polvo divertido que un rapapolvo —certifica—. Es una maniobra de acercamiento, pero el que tiene ganas de meterla de verdad es el otro. Joder, solo le falta frotarse contra la esquina.

—Negativo. Barbichulo no para de mirarle las tetas a la del vestido verde de hojas o marrón de amebas. ¡Que mira que es feo el vestido y lo fenomenal que le queda a la cabrona! De ocurrir algo, que lo dudo, porque parecen Esteso y Pajares, va a ser lo siguiente: Pajeado se va a poner a bailar la próxima canción con ellas y en menos de treinta segundos las chicas le van a mirar con cara de asco y se van a mover a otro sitio. ¿Apostamos una ronda?

—¡Luis! —llama Sancho al camarero, con quien se ve que ha ganado bastante confianza como cliente habitual—. Te nombro testigo de esta apuesta —le dice—. Yo digo que aquel de allí, el de la barbita bien recortada, va a entrar a la del pelo corto y ella sostiene que va a ser el otro el primero en atacar, pero que las tías no le van a hacer ni puto caso. ¿Es así? —le pregunta a Sara.

—Así es. Si en menos de dos minutos no pasa nada, gano yo.

—Acepto.

Luis sonríe.

—Son hermanos. Pitu es el de la barbita y Luis el otro. Y lo que va a pasar es que en menos de dos minutos van a pedirme dos copas y se las van a soplar en cinco.

Luis hace pleno.

La conversación ha avanzado por autopistas bien asfaltadas hasta que Sancho decide dar un volantazo para adentrarse por un sendero pedregoso. Está sonando *Save our souls,* de Blutengel. Sara está

mirando la pantalla. En el vídeo, un hombre vestido de negro con lentillas de ser muy diabólico todo él se pasea por una fábrica seguido de un séquito de pecadoras ensangrentadas en ropa interior que porta un ataúd.

—Se ha cumplido un año desde lo de Marga —derrapa.

Sara lo analiza. Tiene el semblante afligido.

—Debe de ser muy duro, pero sentirte culpable no vale como penitencia. Hiciste, hicimos —rectifica— lo que pudimos. Y lo sé porque yo estuve allí, ¿recuerdas?

—Lo sé. Pero eso no cambia el final del cuento.

—Ya.

Sancho apura la copa, observa que la de ella está a punto de terminarse y pide otra ronda.

—El martes estuve con Azucena. La llamé por teléfono y quedé a tomar café con ella.

—Joder, Sancho…, de verdad que eres medio masoquista.

—Ojalá, por lo menos disfrutaría con el dolor. Se va a separar de Alfredo. Me contó que ya venían torcidos desde hacía unos años y que lo de Marga terminó de matar lo poco que quedaba entre ellos. Con su padre sigue teniendo relación, pero es más fría y distante que lo que era antes. Azucena está volcada por completo con su otro hijo, Josean, que no ha levantado cabeza desde entonces.

—¡Qué jodido debe de ser para esa mujer levantarse por las mañanas!

—Sí. Aun así, no la vi mal del todo. Dice que el psicólogo le está ayudando mucho a rehacerse. La vida tiene estas cosas.

—Nos pone continuamente a prueba la muy puta.

—Cuando el infortunio encuentra una víctima solo la muerte es afortunada.

—Puede ser. Al que veo cada vez mejor es a Peteira —valora ella.

—Sí. Marquiños está respondiendo bien al tratamiento y gracias al consejo del tío Sancho los gemelos juegan ahora al rugby en el Chami. ¿Sabes quién les entrena?

—¡No me digas que te has metido a entrenador…!

—No, yo no. Navarro, el de la motorizada. Dice que son dos fenómenos de mucho cuidado. Tengo que subir a Pepe Rojo a verlos jugar. Ahora que ya no haces tanta excursión a la montaña, podrías animarte a…

—Gracias por recordarme que sigo soltera. ¿Cambiamos de tema? —propone ella.

—Elige tú.

—Dame un minuto, que busco inspiración en las ninfas que habitan en el fondo del ron.

Sancho nota que le vibra el móvil dentro del pantalón. Mira el reloj,

son las 2:40 de la madrugada. Antes de meter la mano en el bolso lo ve muy negro.

Acierta.

Porque Azubuike Makila es muy negro. Y muy inspector general de la Interpol también.

—Tengo que contestar.

Cuando Ramiro Sancho regresa, Sara Robles sabe que no va a hacer falta encontrar otro tema de conversación.

El pelirrojo le da un sorbo al whisky irlandés.

—Mañana por la noche tengo que subirme a un avión con destino a Chicago —informa.

Ella compone un gesto anclado en la decepción.

—Y supongo que no es para hacer turismo.

—No. Era Makila, ya te hablé de él. Michelson ha vuelto a dar señales de vida. Tienen monitorizado su acceso al sistema de la Interpol.

—¿Y por qué tú, Sancho?

Él encuentra la respuesta en las profundidades de su barba.

—Porque es mi trabajo.

—Tu trabajo está en la calle Gerona, en la comisaría de distrito de las Delicias.

—Mi trabajo a partir del domingo va a ser encontrar a Robert J. Michelson y atraparlo.

—Eres terco, muy terco.

—Eso tengo que admitirlo.

—Al menos concédete unas horas para pensarlo.

—No dispongo de tanto tiempo. La decisión ya está tomada. Es más, ni siquiera sé si tengo la opción de oponerme.

—Sancho, no sabes cuánto me fastidia tener que ser yo quien te diga esto, pero por ese camino vas a durar muy poco.

—Como un orco en una toma de *El Señor de los Anillos,* que diría Botello.

Sara desiste. Desearía ahogar sus pensamientos en el Barceló con cola, pero estos vuelven a salir a flote. Entonces, toma una determinación.

—Muy bien. Solo te lo voy a proponer una vez —adelanta ella.

Sancho deja de escuchar en el acto la música del Zero Café.

—Pasa esta noche conmigo.

Villa 31
Buenos Aires (Argentina)

El sonido del ukelele se cuela en su agitado dormitar. Es un ritmo

cadencioso que fluye despacio, como el agua que discurre por el curso medio de un río. Luego interviene la voz. La reconoce porque la ha escuchado justo antes de que se desencadenaran los mil infiernos.

Quiero ser uno de tus mapas olvidados
solo para resultar interesante,
para que algún día me encuentres,
para que sigas la ruta hasta mi cama,
para no sentirte tan distante.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento.

Erika abre los ojos. Logra distinguir el entorno gracias a la lengua de luz tibia que se cuela por debajo de la puerta. Es consciente de que está despierta, pero elige no actuar como tal. Se sufre menos.

Quiero ser uno de tus pergaminos arrugados
solo para llamar tu atención,
para que claves tus ojos en mí,
para que descubras qué guardo dentro
y para decírtelo escribo esta canción.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento
de ser eso que buscaba mi viejo,
de ser eso que buscaba mi viejo,
de ser eso que buscaba mi viejo.

La voz de Bujalesky se ha ido quebrando, atenuando, en la medida en la que la canción iba fluyendo hacia el delta del estribillo final. De forma repentina, Erika se incorpora de esa cama en la que no recuerda haberse acostado. Abre las contraventanas y la claridad le obliga a amusgar los ojos. Vagamente recuerda la disposición de la vivienda, lo cual va en detrimento de la súbita e imperiosa necesidad de conectar con el presente.

—Buen día —le saluda Bujalesky desde el sofá en el que ha dormido. Tiene el pelo recogido en una coleta que le cae por encima

del hombro. Es rubio, pero de las sienes le nacen brochazos blancos propios de la edad.

Una alarma chilla en alguna parte del cerebro de Erika.

—¡Ólafur! Tengo que saber qué…

—Tranquilizate, muchacha. Sentate —la interrumpe.

—¡No quiero sentarme! Tengo que…

—Ya lo averigüé yo. Sentate, haceme caso.

Erika inspira profundamente, como si el aire que ahora retiene en los pulmones le fuera a servir de coraza. No se sienta, solo aguarda la noticia. No es capaz de anticipar nada leyendo los ojos castaños de Bujalesky.

El tiempo se mide en latidos por segundo.

—Está vivo; en estado crítico, pero vivo —revela al fin.

Erika se muerde el labio inferior y se tapa la cara con las manos.

—¿Dónde está? —logra preguntar.

—En el hospital Churruca, en Parque Patricios. Está bien atendido. El Negro me contó que… Ramírez —identificó al ver el rostro de Erika —, quien me proporcionó la información fue Ramírez. No fue nada sencillo, créeme. Le hice pasar toda la noche pegado al teléfono, pero es obvio que mantiene vivos sus viejos contactos con la cana.

—Ramírez. Estuvimos con él. Gracias a él te encontramos. Nos dijo que hacía años que no hablaba contigo.

—Y es cierto. Pero era y es el único teléfono que me aprendí de memoria. Por cierto, usé el tuyo, yo no gasto de eso.

—¿No hay ningún pronóstico?

—Y… viste, ya sabés cómo son estas cosas. Los de la bata blanca no largan prenda. Solo le dijeron que llegó con varios impactos de perdigones en la zona abdominal, que perdió mucha sangre y que tuvieron que intervenirlo un par de veces. Quedamos que me llamaría de vuelta con cualquier novedad.

—¡Tengo que verle!

—No permiten visitas. De todos modos, no está consciente. No serviría de nada. Tenés que calmarte, ¿sí? Dale, nena, calmate.

Ella asintió.

—¿Martín?

Bujalesky resopla.

—Está con su mamá. Y ahora… ¿me podés hacer el favor de sentarte?

Ella le hace el favor. Mira en derredor para situarse en el entorno. Hay algo que la escama, pero no es capaz de detectar qué es, porque la alarma ha saltado por defecto, no por exceso. Mientras él ceba el mate, se toma unos instantes para examinar su rostro. Conserva cierto atractivo a pesar de que son evidentes los estragos que ha dejado la tristeza. Tras un exhaustivo análisis de un segundo, Erika concluye

que es como si Kurt Cobain hubiera envejecido repentinamente.

—Tomate un mate, ¿querés?

—Sabe amargo. Muy amargo. Me gusta.

—Porque lo es. Ponele azúcar, si querés —le señala—. Tenés muchas cosas para contarme. Empezá por el principio, por favor.

Erika se toma su tiempo, porque no sabe muy bien desde dónde arranca la historia. Tres mates más tarde, Bujalesky, que ha permanecido callado, se quita la goma y se suelta el pelo. Murmura algo para sí.

—El maldito Cartapacio de Minos y la puta que lo remil parió —dice sin levantar la voz—. Los problemas que no se entierran siempre resucitan. Mi hijo podría haber compuesto una bonita canción con esa gran verdad. Todas las que toco son de Néstor. Las componía él. Tenía talento, mucho talento… Mirá.

Bujalesky se ladea para sacar la cartera que lleva en el bolsillo trasero del tejano.

—Este es Néstor con veintiún años.

—Un tío guapo —califica Erika.

—Tengo muchas fotos de él cuando era chico, pero no tantas de adolescente y menos con esta edad. Tenía miles de minas haciendo cola…, pero miles, ¿viste? Y el atorrante decía que solo le traían quilombos y que únicamente le era fiel a Dulcinea —dijo agarrando el mástil del ukelele—. La llevaba siempre encima, siempre. Es electroacústico, lo usaba para componer y a veces también en los recitales. Lo compró de segunda mano por Internet, pero suena de maravilla; no me extraña que estuviera enamorado de ella. Lanikai es la marca —le mostró—. Se rompió el culo juntando la guita que le pedían por ella, pero Néstor era así: un luchador incansable.

Erika se percata de que está a punto de derrumbarse, pero no puede hacer nada por impedirlo más que seguir atenta.

—Dulcinea es lo único que conservo de él. Bueno, Dulcinea y sus canciones.

El Ruso da un respingo haciendo alarde de una excelente forma física y abre el primer cajón del único mueble de pared que tiene en el salón. Erika se percata entonces de la envergadura de su anfitrión. A ojo supera el metro noventa, aunque en realidad mide un metro y ochenta y nueve centímetros.

—Son sus canciones, música y letra —dice mostrándole una carpeta de buen grosor entre las manos—. Todas, están todas acá. Las recuperé todas, me aseguré de ello. No falta ninguna. Ninguna.

Erika no sabe qué decir. Se le nota muy alterado, como una lata de refresco que acaba de caer y rodar por el suelo. Conviene no abrirla.

—Cuando…, cuando pude regresar de Misiones, lo primero que hice fue ir a casa para agarrar sus cosas. Néstor había vuelto a la calle

Italia no hacía ni tres meses. Había regresado con su viejo. Se trajo lo que le importaba y yo lo recuperé porque esta es su vida, ¿entendés? Es lo único que me queda de él. No agarré nada más, solo lo suyo. Tenía que parecer que estaba muerto, así que dejé todo lo mío, pero lo de Néstor…, lo del pibe me lo traje. Sabía que tarde o temprano lo pagaría caro, pero no podía dejarlo tirado. No podía. Solo lo de Néstor. Y acá está. Esto es Néstor —dice golpeando la carpeta con la palma abierta—. Esto es lo que me queda de él. Solo esto. Letras de canciones. Papeles. Solo esto.

A Erika se le humedecen los ojos.

—Y ayer, después de cuatro años muerto, vienen a matarme otra vez. ¡Esos hijos del demonio! ¡¿No tuvieron suficiente ya?! ¿No me castigaron bastante? ¡La puta madre que los remil parió!

Bujalesky hace un esfuerzo por calmarse.

—Y cuando reconocí la cara del tipo…, cuando volví a ver al hombre que asesinó a mi hijo, me quedé duro. Fue como si mi alma se evaporara ahí nomás. Otra vez esos recuerdos. Otra vez. Estábamos solos en las cataratas. Huíamos de las aglomeraciones. Nos hicimos una ruta que no era la más bonita, pero sí la más solitaria. Se lo pusimos en bandeja. Él apareció por detrás, agarró a Néstor de las gambas y lo volteó por encima de la baranda. Fue muy rápido y cuando quise reaccionar Néstor ya estaba en el agua. Luego vino a por mí y aunque me resistí… Todavía puedo ver su rostro en mis pesadillas mientras caigo al agua. Estaba fría, muy fría. Luché con todas mis fuerzas por alcanzar a Néstor, pero cuando cayó él se debió de golpear en la cabeza y estaba semiinconsciente. El río venía cargado y la corriente era muy fuerte. Yo sabía hacia dónde nos arrastraba, pero solo pensaba en llegar hasta él. Lo último que recuerdo es que el agua me tragaba y me escupía. Era como un títere. En algún momento me pegué contra algo. Acá —se señala una fea cicatriz en la frente, justo en la vertical del tabique nasal—. Me debí de quedar enganchado a unas ramas y eso me salvó. A Néstor se lo tragó la catarata y no lo encontraron hasta después de cinco días a más de cuarenta kilómetros…, destrozado.

Bujalesky se toma un respiro.

—Así que al verlo de vuelta…, al asesino de Néstor, otra vez…

—Entiendo. Revivir una situación traumática hace que el sistema nervioso reaccione de manera anómala. Sé de lo que hablo.

—Lo que quiero decir, doctora, es que sentí un odio tan profundo que no supe cómo manejarlo. Sentí que me consumía por dentro. Tu amigo… Ólafur se llama, ¿verdad?

—Ólafur Olafsson.

—Le acertó en la garganta, ¿sabés? Justo aquí —se señaló—. Quiero pensar que no tuvo una muerte dulce. Era uno de esos sicarios de la

Congregación que llaman arcángeles.

—Lo sé, era Miguel. Uno menos.

—Uno menos —repite él—. ¿Y ahora qué sigue?

Erika lio un cigarro.

—Perdona, no te he preguntado. ¿Te importa que fume?

—No, para nada. Vos fumá.

—Gracias. No me voy a andar con rodeos. Nuestra intención cuando decidimos viajar a Argentina era dar contigo para que nos guiaras en la búsqueda de El Cartapacio de Minos. Sin tu ayuda nunca daremos con él y, si es cierto que existe, es nuestra única baza para destruir a este hatajo de…; ya no sé ni cómo definirlos.

—Hijos de remil puta se acerca bastante.

—Hijos de remil puta me gusta. Soy consciente de que retomar la investigación puede resultar muy doloroso para ti, pero si no cuento contigo, todo lo que hemos avanzado hasta hoy se quedará en nada.

—¿Retomar? Che, ¿y quién te dijo a vos que en algún momento yo dejé de investigar?

AL FINAL DE LAS GUERRAS PERDIDAS

Apartamento de Sara Robles
Calle de la Torrecilla, Valladolid (España)
Septiembre de 2013

Lleva mirándolo un buen rato, no sabe cuánto.

Está dormido profundamente y Sara se pregunta cómo es posible que lo que hay bajo ese cráneo rapado al uno consiga desconectar de la realidad. Puede que se deba a que no hace ni cuatro horas que han decidido darse un respiro. No tenía ninguna expectativa creada con respecto a un posible encuentro sexual con Sancho y, quizá por ello, todavía está tratando de asimilar lo sucedido entre esas sábanas. Ella suele adoptar un papel dominante, pero con él se ha dejado llevar. Arrastrar, más bien. No le ha quedado otra opción, lo supo desde el mismo instante en el que él le quitó la ropa. No le importó.

En absoluto.

No recuerda una sesión así desde que se encerraba con Jorge en la casa de sus padres cuando se iban de fin de semana. Tenía veintidós o veintitrés años. Sin embargo, no ha sido lo cuantitativo lo que la está haciendo levitar sobre el colchón. En cierto momento ha creído conectar con su mirada y ha visto un Sancho muy distinto al que se sienta en la mesa de enfrente. Allí adopta un papel mucho más frío, trata a los compañeros con respeto, pero nunca sobrepasa esa delgada línea que separa la cortesía del afecto. El pelirrojo es notablemente pasional, acaba de vivirlo entre sus piernas y si estuviera despierto le pediría más de eso que con tanto éxito lleva en secreto. Si es que le queda algo. A Sara incluso le parece que es un hombre guapo, lo cual le hace inferir que está desvariando y de inmediato su mirada emprende la huida a otra parte.

Huele. Huele a sexo. No sabría decir si proviene de ella o está flotando en el ambiente. Por las dudas, se incorpora y se dirige al baño. Está desnuda. Se mira al espejo y concluye que tiene buena cara. No, tiene cara de tonta. Se avergüenza de sí misma y va a expiar sus estúpidas elucubraciones bajo el chorro de la ducha. Se concede el

tiempo que necesita para que desaparezca eso que todavía le está zumbando en la cabeza. Al tipo con el que acaba de pasar una noche memorable le quedan unas horas para marcharse al otro lado del mundo y, aunque no se lo ha especificado, intuye que no será para un par de días. De nuevo se da cuenta de que se está comportando como una adolescente en celo y se regala un par de bofetones.

Funcionan.

Sale del baño igual que ha entrado: desnuda. Sara odia esa escena de película romántica tan recurrente como absurda en la que ella, muy casta y muy pudorosa, aparece con la camisa de él después de haber follado como dos roedores en un vis a vis. Sancho está sentado al borde de la cama con las manos tapándose el rostro. El olor a intercambio de fluidos es más fuerte que antes, lo cual resuelve la incógnita: estaba en el ambiente.

—¿Arrepentido?

Sancho la mira de hito en hito.

—Para nada. Estás preciosa.

A Sara le complace escuchar eso. Le complace mucho.

—Buenos días —dice ella.

—Buenos días.

—¿Quieres desayunar o eres de los que salen escopetados?

—Si no me das algo de comer, voy a tener que cortarte en pedacitos para alimentarme.

La Sara adolescente en celo está a punto de continuar con el juego, pero la neurona que ha sobrevivido de la Sara adulta con los pies en la tierra le obliga a cerrar la boca y sonreír.

—Voy preparando algo mientras te duchas.

Se arrepiente en cuanto termina de pronunciar la frase. Ha dado por hecho que Sancho necesita una ducha, que es cierto que la necesita, pero debería haberle dejado la oportunidad de decidirlo a él. Se refugia en el cajón de la ropa interior y se viste. Ve la camisa de Sancho y siente un impulso irrefrenable de ponérsela. No lo hace. Definitivamente, la Sara adolescente en celo ha pisoteado hasta el último brote de inteligencia de la Sara adulta con los pies en la tierra.

—Te espero en la cocina —dice sin girarse con el tono de voz más amable que tiene en su registro.

—No tardo.

Sancho no piensa que hayan cometido un error. Ninguna de las tres veces. Si pudiera elegir equivocarse, lo haría del mismo modo y sin pensarlo todos los días pares. Y los impares también. En alguna parte de su intelecto se fabrica una posibilidad con forma de erección, pero es consciente de que despide un olor acre y que ella ya se ha duchado. No es lo mismo, no tiene nada que ver que dos gorrinos se rebocen juntos en el fango con que un gorrino agarre a un cisne por el cuello y

dé rienda suelta a su gorrino instinto. De cisne a gallina desplumada en un par de gruñidos. Además, ella se lo ha dejado bien claro: necesita una ducha imperiosamente.

Sancho es más breve, pero así y todo le da tiempo a recuperar imágenes de la noche anterior. No se imaginaba a Sara tan sumisa. Ella adopta un papel radicalmente opuesto en comisaría. Siempre tan ruda y tan cortante, ocultando su feminidad para evitar ser vulnerable en un mundo en el que predomina la testosterona, para sobrevivir en ese entorno hostil. En cierto momento ha creído que conectaba con ella y la veía por dentro. Le ha encantado descubrir a la verdadera Sara. Entregada a los instintos, desbocadamente controlada, rendida al placer.

No sabe cómo puede afectar lo sucedido a su relación profesional, pero le importa más bien poco y en cuanto despegue el avión deberá dejar esas cuitas en tierra, porque no va a volver hasta que no deje zanjada la cuenta que mantiene abierta con Robert J. Michelson.

No obstante, aún le quedan unas horas y no piensa desperdiciarlas.

Se viste con la ropa del día anterior. Por suerte, su olfato no percibe ningún matiz extraño que le haga sentirse incómodo y se dirige animoso a la cocina. Le resulta prodigioso que a Sara le haya dado tiempo a preparar dos zumos de naranja, a tostar pan y a hacer café. Está realmente preciosa, incluso vestida, y no es una mujer de refinadas facciones. Mala señal.

De repente no sabe qué coño decir. Solo la mira.

«Hay que joderse, Sanchito. Hay que rejoderse», piensa el pelirrojo.

Sara la adolescente en celo ha tomado el control. Mientras preparaba el desayuno, no ha dejado de repetirse que le vendría fenomenal un poquito más de eso que tiene el pelirrojo. No quiere ofrecer una imagen de ninfómana ni dar la impresión de que está desesperada por follar de nuevo, pero se deja embaucar por lo que puede leer en esos hambrientos ojos azules que la están examinando.

Ahora bien, esta vez asumirá ella el control.

Al zumo se le van las vitaminas.

El pan deja de estar crujiente.

El café se enfría.

Barrio de Avellaneda
Provincia de Buenos Aires (Argentina)

A Bujalesky se le ha ocurrido que podría ser buena idea mostrarle algo que tiene guardado en la casa que le vio nacer y que fue la última residencia de su hijo. No había regresado allí desde que lo asesinaron.

Los tres —le ha dejado claro que él no va a ningún sitio sin Dulcinea

— han salido de Villa 31 sin percances, aunque han sido testigos de cómo la situación vivida durante la noche tiene su prolongación en los todavía crispados rostros de los vecinos de la barriada. Han tomado el colectivo en la estación de Retiro, porque es la primera parada de la línea 22 que atraviesa Avellaneda y es la única forma de asegurarse un asiento. No se lo ha confesado a Erika, pero odia ir de pie en el transporte público porque no soporta el roce continuo con desconocidos. Ni con conocidos. Consecuentemente, se han sentado en la parte de atrás y ha sacado a Dulcinea de la funda semirrígida que porta a la espalda. De forma muy suave, ha empezado a tocar una canción triste cuyo estribillo aún resuena en la cabeza de Erika.

Al final de las guerras perdidas.

A ningún pasajero parece haberle molestado.

Bujalesky deja que sus pensamientos escapen a través de las ventanas abiertas.

—A partir de acá, pasando el Riachuelo, estamos en Avellaneda, que pertenece al Gran Buenos Aires; esto ya no pertenece a Capital Federal. *Welcome to the jungle.*

Erika trata de ser condescendiente y sonreír, pero le resulta difícil cargar con el peso de la incertidumbre que rodea al estado de salud del islandés. Además, es consciente de que Bujalesky no le ha dicho que esté dispuesto a ayudarla y eso la escama. Su pasividad engrasa la lengua de su acompañante.

—Acá nacieron mis viejos, Federico y Cristina. Él era estibador en el puerto, como lo fueron su padre y el padre de su padre, que llegó a Buenos Aires huyendo de las consecuencias de la fallida revolución de 1905. Se llamaba Andréi Berzachtzky y en su huida de la justicia zarista llegó hasta el puerto de San Petersburgo con idea de subirse al primer barco que zarpara. Para salir necesitaba una identidad distinta, porque la suya estaba marcada con pena de muerte. No le quedó otro remedio que hacerse con la de un desconocido que se apellidaba Bujalesky.

Este hace una breve pausa para retirarse el pelo de la cara.

—Y para ello tuvo que asesinarlo. Nunca me contaron cómo. Esa es la sangre que corre por mis venas.

Erika lo mira detenidamente, pero declina hacer ningún comentario.

—Según llegó al puerto, pidió trabajo y, como su oficio era el de estibador, en el puerto se quedó. Se casó con una polaca y tuvieron tres hijos antes de morir sin cumplir los cincuenta. Omito la historia de mi abuelo, que era un borracho hijo de puta, pero, por suerte, mi padre era un tipo casi normal que se supo juntar con una maestra de familia pudiente. Pudiente para la época —aclara—. Ella me inculcó el amor por la lectura y así evité seguir con la tradición familiar.

—Has dicho casi normal —interviene Erika.

—Sí, todo normal excepto que estaba enfermo por el fútbol y creo que jamás me perdonó que no fuera futbolista profesional. De pibe no se me daba mal, pero su ilusión era que jugara en Primera de Independiente.

—No te imagino de corto —suelta Erika.

—Ese era el sueño de mi viejo desde que nací. De hecho, y esto no lo suelo contar porque me causa cierto estupor, mi nombre, Alcides Edgardo, se debe a que tuve la mala suerte de nacer el 16 de junio de 1950, día en el que se produjo el famoso Maracanazo.

—Me suena.

—Fue la final del Mundial de Brasil y todo estaba preparado para que los brazucas levantaran la copa en el Maracaná, pero los uruguayos, que son unos forros bárbaros, les ganaron con un gol de Alcides Edgardo Ghiggia. Creo que odio el fútbol desde que mi vieja me lo contó, pero acá no se puede odiar el fútbol, es imposible. Es la nafta que mueve la máquina de los argentinos y en mi casa más todavía…, mucho más. Cuando lleguemos entenderás por qué.

—Pues ya tenemos algo en común, porque yo nací un 13 de junio de 1982, en pleno Mundial de España, y mi padre también era ruso, hijo de un emigrante vasco que huyó de la Guerra Civil.

—¡Mirá vos! La próxima parada es la nuestra —anuncia—. Vamos a ir dando un paseo, si no te parece mal.

Cuando va a bajar del colectivo, Bujalesky se topa con una mujer que acaba de subir y luce un llamativo vestido color plátano. Se paraliza primero y reacciona después dando un salto hacia atrás. Cuando la señora pasa a su lado le dedica una mirada cargada de incógnitas.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —pregunta Erika, que, como el resto de los pasajeros, se ha percatado del incidente.

—Nada. No me pasó nada.

—¿La conocías?

—No —responde cortante.

Erika decide archivar el hecho en asuntos pendientes.

Los siguientes minutos caminan sin cruzar palabra. Avellaneda no tiene nada que ver arquitectónicamente hablando con el centro de Buenos Aires, pero la disposición de casas bajas en vías anchas no le disgusta del todo a Erika.

—Antes —retoma Bujalesky— hablaste de un custodio con el que tenías alguna relación en el pasado. El que laburaba para la Interpol. No te quise interrumpir, pero ahora se me vino a la cabeza de golpe.

—Michelson.

—Ese mismo.

—De ese cabrón se va a encargar un amigo. Se llama Ramiro Sancho y es inspector de Homicidios de Valladolid. Mi padre también le metió

en esto al mencionárselo a De Bruyn, el del informe que…

—Sí, lo que me contaste en casa. De Bruyn. Por cierto, me gustaría echarle un vistazo.

—Lo tengo con mis cosas en el hotel. Luego, si podemos, nos acercamos.

—Bien.

—¿Sabés cómo se hace llamar ese custodio?

—Flegias, se hace llamar Flegias.

Bujalesky se detiene en seco y arruga el semblante.

—No puede ser…

—Se trata de su hijo, Robert J. Michelson, que ha retomado la tarea del padre, el cual, dicho sea de paso, estuvo a punto de matar a mi madre.

—Pará, pará. Más despacito.

Erika lía un cigarro y en el tiempo que tarda en fumárselo le narra la historia de los Balcanes y su relación con los Michelson.

—Entonces tenemos más cosas en común. Flegias padre fue el hombre que contactó conmigo. Nunca llegué a conocer su verdadera identidad, pero sí sé que enfermó repentinamente y desapareció de mi vida.

Ahora es Erika la que articula un gesto que denota incomprensión.

—Fue en marzo del 2005, recuerdo bien la fecha porque me otorgaron el premio Konex de Humanidades. Un… compañero —duda — me dijo que alguien muy importante tenía una propuesta y mi ego no me permitió dejar pasar la posibilidad y rechazarla como hacía con la mayoría de trabajos de investigación que me llegaban por el sector privado. En realidad, en ese primer encuentro no me propuso nada concreto, pero sí consiguió captar mi interés hablándome de mis dos únicas pasiones: la masonería y el universo de Dante. Me tiró el anzuelo y yo piqué como el más pelotudo de los peces. Días después hizo llegar a mi despacho de la facultad un dosier que probaba la existencia de una logia a la que él reconocía pertenecer. Progresivamente, me fue entregando una serie de documentos recopilados desde el siglo XIV con un incalculable valor histórico. Sin embargo, todo convergía en la misma dirección.

—¿Qué era lo que quería de ti?

—Quería, en concreto, lo mismo que vos, doctora.

—Encontrar El Cartapacio de Minos.

—Obvio. El maldito Cartapacio.

—Pero… ¿qué es exactamente?

—Exactamente, en sentido estricto, no lo sé, porque jamás lo he visto. Diría que nadie lo sabe. Nace de un documento previo conocido como *Novem Regulas,* que vendría a ser el libro que contiene las nueve normas inviolables escritas por el primer Gran Maestre, ese al que se

refieren como el Gran Arquitecto y que no es otro que Dante Alighieri.

Erika frunce el ceño, pero resuelve que aún no es momento de intervenir.

—Esos nueve preceptos son los nueve pilares sobre los que se asienta el Templo. Acá hago un inciso para explicarte que los miembros originarios que fundan la Gran Logia de los Puros proceden en su mayoría de la Fede Santa, una logia que absorbió a varios de los principales integrantes de una sociedad secreta que se hacían llamar Fideli d'Amore, entre los que se encontraba el propio Dante. Todas esas sociedades bebían de los antiguos manantiales de la Orden del Temple, ¿sí? Esas nueve normas no aportan nada extraño ni diferente de lo que hacían otras logias contemporáneas. Era habitual que estas dejaran constancia por escrito de sus axiomas en un libro sagrado sobre el cual sus integrantes juraban fidelidad como primer acto de iniciación. Aunque la Gran Logia de los Puros trató de romper con las formas de hacer de la antigua y pura masonería, no pudo evitar beber de sus manantiales, lo cual se demuestra en la asunción de la estructura en tres grados: aprendiz iniciado, compañero masón y maestre masón. Lo que rebautizarán como guardián, custodio y maestre.

—¿Y los centinelas?

—Digamos que son aspirantes pero sin consideración de membresía, condición que adquieren solo cuando estampan su firma en el documento de asunción como guardianes o custodios. ¿Se entiende?

—Se entiende.

—Dicho esto, tenés que comprender que la Congregación de los Hombres Puros no puede ser considerada en sentido estricto una hermandad masónica, ya que sus objetivos difieren totalmente de la búsqueda de la verdad a través del comportamiento del individuo. ¿Nació de la masonería? Sí, seguro, pero… enseguida se convirtió en una organización criminal que operaba con una estructura pensada por y para la protección de sus miembros. De hecho, sus primeros actos criminales tenían como objetivo restar poder a otras logias. Pero esa es otra historia. Vuelvo a El Cartapacio, que me pierdo.

El aroma de carne vacuna que despide un puesto callejero interrumpe su discurso durante unos segundos.

—El primer documento que se conserva en el que se menciona El Cartapacio data de 1865, cuando Minos, que ocupaba ya el cargo de Gran Maestre, expone a la Asamblea la necesidad de proteger el texto fundacional, en referencia al *Novem Regulas,* pero, sobre todo, convence a sus hermanos para recopilar, esconder y proteger toda la documentación que se había ido generando desde el siglo XIV con el propósito de volver a la clandestinidad.

—A ver, a ver —le interrumpe Erika—. Entonces…, ¿El Cartapacio

de Minos se llama así porque lo ideó un Gran Maestre que tomó ese nombre? ¿Minos? ¿No se debe al personaje de *La Divina Comedia?*

Bujalesky sonríe. Es la primera vez que lo hace.

—El nombre del Gran Maestre, como hicieron otros muchos antes y han seguido haciendo otros muchos después, lo saca de la *Comedia,* sí. En concreto, Minos es el juez que envía a los pecadores al círculo del infierno que les corresponde en función del pecado o pecados que cometieron.

—Pero, en definitiva, el nombre de El Cartapacio toma el del Gran Maestre que lo ideó.

—Sí, obvio, pero con un propósito que va más allá. Como te decía, hasta ese momento el compromiso de fidelidad de los miembros era verbal y prácticamente todos los integrantes de la Gran Logia de los Puros conocían al resto de hermanos con nombres y apellidos. Digamos que a nadie le convenía abrir la boca y así se mantuvo inquebrantable la primera regla: el secretismo. En la medida en la que fueron creciendo, sobre todo en la base, se generó la necesidad de coaccionar, por decirlo de alguna manera, a los nuevos integrantes, pero también de amarrar a los que componían la cúspide de la organización, incluyendo al Gran Maestre. Por eso, estoy seguro de que, desde esa fecha, las identidades reales de todos los que integraron la Gran Logia de los Puros y luego la Congregación de los Hombres Puros están registradas en El Cartapacio de Minos.

—Hasta aquí todo claro.

—Bien. La acepción correcta de «cartapacio» en la época, más allá de un simple cuaderno de anotaciones, es un conjunto de papeles contenidos en una carpeta o similar. Por tanto, acá tenemos que pensar en una especie de archivo.

—Muy comprometedor.

—Y sí. Minos quiso dejar constancia del hecho en una de las bóvedas del Palacio Barolo: *Littera occidit, spiritu vivificat.* «La letra mata, el espíritu vivifica» —traduce—. Pero eso ya te lo voy a mostrar a su debido tiempo.

—Por tanto, el que posea El Cartapacio de Minos…

—Tendrá a todos sus hermanos agarrados de las pelotas, así es —completa—. Por eso Flegias quería encontrarlo, porque quería vestir la túnica de Dante. Eso quería. Y estaba convencido de que estaba acá, en la Argentina —desvela—. Después te explico por qué. El caso, volviendo al principio del todo, es que para mí ese enigma significaba lo mismo que si a un paleontólogo le mostraran evidencias de la existencia del eslabón perdido, ¿entendés?

—Creo que sí.

—No podía dejar pasar la oportunidad. Me pasé semanas contrastando aquella información de forma extremadamente

minuciosa, te lo puedo asegurar. Comprobé que todos esos documentos eran auténticos. Todos —subraya—. Lo que decía Flegias era cierto; ahora bien, lo que no hice fue preocuparme por investigar lo que no decía… Tuve varias reuniones más con él; de hecho, sé que tenía una propiedad que heredó de su bisabuelo, quien inauguró la pertenencia familiar a la Congregación en alguna parte del sur del país. Antes de que yo aceptara el encargo, Flegias ya daba por sentado que no me podría negar. Y el forro no se equivocaba.

—Pero… ¿en qué consistía ese encargo?

—A ver si soy capaz de concretar. La localización exacta de El Cartapacio de Minos solo es conocida por el Gran Maestre de la hermandad y este lo mantiene en secreto hasta que cede el cargo, ¿sí? Minos sabía el poder que adquiriría el documento con el paso de los años, sobre todo para los futuros portadores de la túnica de Dante, sus sucesores. Entonces, idea una necesaria y brillante medida de seguridad para evitar que ese compromiso se pierda en el caso de muerte repentina del Gran Maestre: las llaves y el mapa.

—Las llaves y el mapa —repite Erika.

—Pero de esto ya te voy a hablar cuando lleguemos, con los papeles delante. Ya estamos cerca.

Erika agradece el descanso, aunque prefiere no verbalizarlo. Bujalesky se detiene.

—Eso del fondo —señala el dantista— es la cancha de Independiente y mi casa, la casa de mis viejos, está en esa calle que sale a la izquierda. La calle Italia: la localización geográfica del país donde toma forma lo que te decía antes sobre el dichoso fútbol. Ahora vas a ver.

Y cuando llegan a la esquina lo ve.

—La cancha de Racing. El otro cuadro de Avellaneda, con tantos o más fanáticos que Independiente, no en vano son dos de los clubes más importantes de la Argentina. Se odian a muerte y acá están nomás, a una cuadra de distancia. Una locura.

—¿Y tú vives ahí? —señala Erika.

—Vivía. En el punto equidistante entre ambas canchas, la única vivienda de la calle, en el número 666. No es joda. Diabólico, ¿sí? Quilombo garantizado todas las semanas. Un infierno más cruel que el que Dante imaginó.

Erika no puede aguantar la risa.

—Mi vida está marcada por situaciones como la del Maracanazo y esta.

—Bueno, ¿y por cuál te decantaste? —pregunta Erika, curiosa.

—Eso solo lo voy a desvelar en mi lecho de muerte, doctora —responde Bujalesky. Y no parece tratarse de una broma—. El jardín se hizo mierda. Fue idea de mi mujer, yo le habría hecho un contrapiso a

toda esta parte y a la de atrás y listo.

—A mí me gusta. Le da vida.

—O te la quita. Entremos. Tené cuidado con esas raíces, hace cuatro años que nadie pisa por aquí.

Pero no es cierto.

No hace tanto que alguien pisa por allí muy a menudo.

La casa huele a cerrado y a algo más. Algo de origen biológico.

Bujalesky se gira hacia Erika y se coloca el dedo índice sobre los labios.

Ha oído un ruido. Proviene de la cocina.

Erika reacciona de manera poco prudente.

Cosas de la bipolaridad.

Extrae la Glock 19 que tomó prestada del peruano de la sudadera negra que ahora reposa en la morgue, aparta al dueño de la casa y avanza decidida por el pasillo. No piensa ni valora, se deja guiar por sus emociones y está emocionalmente trastornada. Abre la puerta de la cocina gruñendo y entonces la ve.

Ella es bastante más veloz.

Erika no tiene nada que hacer.

Residencia de Carlos Alfredo Ramírez,
Provincia de Misiones (Argentina)

Llevan una buena racha de reservas en el complejo de cabañas. Cuando pensó en montar el negocio, lo hizo con el propósito de dejarles algo a sus hijos de lo que pudieran vivir y, al mismo tiempo, invertir toda aquella guita. Sembrar para cosechar.

Su esposa, Gabriela, le acaba de llamar para decirle que le ha dejado la cena preparada en el horno, que en la cabaña número cuatro el lavabo pierde agua y que, como su hijo Damián no ha sabido dar con el problema, han tenido que llamar a un plomero. Damián es bueno con los números, pero con las manos es un auténtico desastre. Su hija Fernanda acaba de salir hacia el parque con un grupo de doce personas para hacer el recorrido de las cataratas bajo la luz de la luna. Ramírez sale al porche y comprueba que el cielo está invadido por nubes que parecen querer trepar hasta lo más alto de la bóveda celeste. Feo panorama para disfrutar de la excursión nocturna.

Esa noche le toca descansar, aunque él preferiría mantener la cabeza ocupada después de la visita de esos dos tarados. En cuanto se enteró del tiroteo de Villa 31, pensó que podría estar relacionado con el asunto de Buja. Demasiadas casualidades suelen nacer de la misma madre. La confirmación le llegó poco después, cuando recibió su llamada pidiéndole que averiguara el estado de un paciente con

nombre islandés sin darle más explicaciones. Se alegró de oír su voz, pero al colgar supo que los problemas no habían hecho más que empezar.

O regresar, para ser más exactos.

Él siempre pensó que los fantasmas del pasado nunca saldrían de la cárcel del olvido donde cumplían condena, pero, visto lo visto, le toca asumir que estaba equivocado. Se esfuerza por no pensar en todo ello, pero en su mente sigue escuchando esa voz acusadora que jamás se calla.

—Ramírez.

Se agarra el pecho. Los sobresaltos no son nada aconsejables para su edad, pero ahora la mayor amenaza no proviene de su corazón, sino del cañón de la pistola que le está apuntando a la cara. La empuña un hombre que no reconoce. No necesita su dilatado bagaje como policía para saber que esa presencia nada tiene que ver con un robo.

—¿Qué mierda quiere? ¡¿Quién carajo es usted?!

—Tranquilícese y siéntese ahí —le ordena en perfecto inglés. Sabe que él lo habla—. Solo le robaré unos minutos y si no hace ninguna estupidez me habré marchado antes de que se dé cuenta.

Ramírez obedece.

—Estoy buscando a un hombre y usted me va a ayudar a encontrarlo.

El excomisario no requiere que le revele su identidad para saber de quién se trata. Intuye que de nada le va a servir intentar convencer al desconocido de que Alcides Edgardo Bujalesky murió junto a su hijo en las aguas del río Iguazú.

—Por Dios santo, deje de apuntarme. Le diré lo que sé.

—Supongo que no será necesario. Tiene una casa preciosa para la humilde pensión que cobra del Estado. Ya veo que supo invertir bien los dólares que le pagaba mi padre.

Ramírez ata cabos.

—¿Flegias era su padre?

Michelson asiente ceremonioso.

—Usted trabajaba para él, ahora lo hará para mí.

Ramírez maldice con toda su alma el día que le puso en contacto con Buja. Él no era más que un poli que necesitaba completar su miserable salario. Su cometido se ceñía a enterarse de las operaciones contra el tráfico de armas en la provincia de Misiones y poner un anuncio por palabras en el periódico local con los datos de la intervención. Diez mil pesos al mes más cien mil por chivatazo eran mordidas que no podía dejar pasar, porque, si él no lo aceptaba, otro lo haría. Así eran las cosas. Su buen hacer le llevó a averiguar que el hombre que comandaba la red, del que solo sabía que se hacía llamar Flegias, andaba buscando un especialista en el universo de Dante.

Premio. Ramírez mantenía contacto fluido con ese hombre y lo organizó todo para que se produjera el primer encuentro. A partir de ahí, se desentendió del asunto hasta que el asunto le explotó en la cara.

Y desde entonces no ha dejado de odiarse por ello.

Enseguida entiende que el hombre que ha allanado su vivienda está contagiado por la misma obsesión que su padre. Le cuenta lo mismo que ha contado hace unos días pero sin pausas ni remilgos. Robert J. Michelson enlaza su historia con la masacre de Villa 31. Miguel estaba allí siguiendo el rastro de Bujalesky.

—Le interesará saber que hace unos días vinieron un hombre y una mujer preguntando por lo mismo —adereza Ramírez.

En la descripción se esmera por bosquejar la fisonomía de Erika y Ólafur. Y no lo hace mal del todo, porque en el rostro de Michelson se ha perfilado una expresión contrariada que no pasa inadvertida para el excomisario.

—¿Y qué les dijo?

—El hombre iba armado, no tuve más remedio que… No parecía que tuvieran malas intenciones, solo querían encontrar a Buja por el mismo motivo que usted, supongo.

—Supone bien.

—Pero hay algo que quizá le pueda resultar de mucha ayuda.

Michelson escucha.

—Anóteme aquí un número de teléfono en el que le pueda localizar. No me obligue a regresar —es lo último que le dice.

Cuando se marcha, Ramírez se odia un poco más que antes.

¡QUÉ TARDE LAS PRISAS!

Residencia de los Bujalesky
Barrio de Avellaneda
Provincia de Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Aún no han recuperado el aliento del susto.

La gata que lleva habitando varios meses la casa ha salido por el mismo hueco por el que entra cuando busca cobijo.

—Estaba así cuando me fui. Tendría que haber arreglado ese vidrio. ¡Gatos de mierda…! —porfía Bujalesky.

Minutos después, el dantista mantiene el semblante acorazado, pero ya no se debe a las reminiscencias del sobresalto. Son muchos los recuerdos que se han abalanzado sobre él de improviso y está luchando por sobreponerse. Al pasar por la puerta de una habitación cerrada, Erika se ha percatado de que ha acariciado el picaporte mas no se ha atrevido a entrar. Entiende que la avalancha de emociones que le aguardan detrás debe de ser abrumadora. Luego se ha dirigido a la cocina y le ha pedido a Erika que le espere en el salón. Está decorado con gusto, no hay demasiados objetos inservibles a modo de adornos y el mobiliario es de corte moderno. Nada que ver con los enseres que se amontonaban en la diminuta vivienda de Villa 31.

—Cebá el mate, si querés. Ya mismo estoy de vuelta, doctora —dice Bujalesky.

Erika no sabe cómo se ceba el mate, pero entiende que es tan sencillo como verter el agua del termo en el recipiente cargado de yerba. A Bujalesky se le oye tararear.

¡Qué suaves las risas! Querida.
¡Qué tarde las prisas! Mentira.
Qué torcido todo lo que
vos enderezaste.

Regresa cargado con un montón de carpetas que deja caer sobre la

mesa.

—Estábamos hablando de las llaves y el mapa, ¿sí?

Erika intenta no pensar en Ólafur para prestarle la atención que merece el dantista cuando le muestra el primer documento. Reconoce de inmediato el emblema de la Congregación.

—Te la hago corta: se supone que El Cartapacio está guardado en un arcón, cofre o contenedor como este —le desvela mostrándole el plano interior del diseño—. Para llegar a él hay que encontrar las tres llaves siguiendo las indicaciones del mapa: la del infierno, la del purgatorio y, por último, la del paraíso, que es la que abre El Cartapacio. No se trata de llaves convencionales, ¿sí? Mirá acá: las tres están fabricadas en bronce y se puede apreciar hasta el más mínimo detalle del rostro del fauno contenido en la Boca de la Verdad. Las formas de la escuadra, el compás, la luna, el sol y las estrellas presentan un acabado perfecto. Por el lado opuesto están estos salientes —le indica— de formas distintas y diferenciadas entre sí, que deben encajar en la cerradura correspondiente. Cada una acciona un mecanismo distinto diseñado por el propio Mario Palanti. Palanti es el arquitecto del…, estoy yendo demasiado rápido, disculpá. Ya te voy a hablar de él más adelante, de su querido amigo —ironiza— Luis Barolo y del misterio que rodea a la estatua.

—Sí, mejor. Poco a poco.

—Obviamente, nada se sabe del diseño exterior del arcón, pero, como ves acá, por dentro está fabricado en acero y si se fuerza la cerradura este incinerador de gas se activa, reduciendo el contenido a cenizas, ¿entendés? En realidad, es lo que desearía la mayor parte de esos hijos de mil puta de la Congregación, que El Cartapacio quedara reducido a cenizas, pero que su nombre quede registrado ahí es el precio que tienen que pagar por el privilegio que supone pertenecer a esta organización criminal.

—Y los beneficios.

—Y los beneficios, por supuesto.

—¿Cómo obtuviste todo esto?

—Son copia de parte de la documentación que me entregó Flegias y que él heredó de su abuelo Matthew J. Michelson; como te dije, el primero de la familia que perteneció a la que todavía era la Gran Logia de los Puros.

Erika se limita a asentir.

—Y esto es el mapa.

Una hoja con una sucesión de números y letras sin ningún orden ni sentido.

—Coordenadas geográficas —desvela el dantista.

—¿Localizaciones en un mapa?

—Sí y no. Son localizaciones en la *Comedia*.

—¿Hay un mapa en *La Divina Comedia?*

—Podría decirse así, dado que toda la obra de Dante es un viaje. Un viaje iniciático —precisa—; un periplo cuyo destino es el conocimiento de la verdad y de uno mismo, que es el fin último de cualquier agrupación masónica. Como sabés, la *Comedia* está conformada por tres partes: *Infierno, Purgatorio* y *Paraíso*. Todas, a su vez, divididas en treinta y tres cantos compuestos en tercetos más uno inicial introductorio, así que suman cien. Esto no es para nada casual. El tres lo relaciona directamente con la idea de la Trinidad cristiana. Nueve, tres veces tres, son los círculos del infierno; nueve son las terrazas en las que se distribuye el purgatorio; y nueve los cielos del paraíso. El diez es la perfección desde el punto de vista cabalístico y pitagórico. Cien cantos. Diez veces diez es el *summum* de la perfección.

—Un hombre modesto, Dante Alighieri.

—Escribir una de las obras más importantes de la literatura universal le daría derecho a ser vanidoso; aunque lo cierto es que empezó en 1304 a escribir la *Comedia,* el calificativo de «divina» se lo va a añadir después Boccaccio —aclaró—, pero yo creo que le sobra el rebozado. La terminó en 1321, año en el que murió.

—Trágico. ¿Podemos volver al mapa?

—Sí, disculpá, es este problema mío de no saber concretar… Vamos a ver. Coordenadas geográficas, ¿sí? Un sistema que sirve para ubicar cualquier punto en la superficie terrestre y que requiere dos coordenadas angulares. Solo había que encontrar la equivalencia. La latitud nos proporciona la localización en dirección norte o sur a partir del ecuador. Así, desde el cero al noventa es el hemisferio norte y desde el cero al menos noventa, el hemisferio sur. ¿Me seguís?

—Perfectamente.

—La longitud funciona igual, pero este y oeste desde el meridiano cero y esta vez hasta el ciento ochenta. Hacia la derecha, el este, en positivo y hacia la izquierda, el oeste, en negativo.

—Entendido.

—La dificultad consistía, como digo, en hallar la equivalencia. No te voy a decir el tiempo que invertí en ello, porque una vez que te desvele la forma te va a parecer una pelotudez bárbara, pero cuando uno parte de cero…

—Juro no mofarme. Concreta, por lo que más quieras.

—Bueno. Existen varias formas de escribir una coordenada geográfica. En este caso, Minos eligió dos: la decimal y la que se expresa en grados, minutos y segundos. Ambas nos sirven para obtener dos cosas diferentes: versos enteros y palabras concretas. Vamos con la primera, decime.

Erika tiene que aguzar la vista sobre las coordenadas.

—Latitud menos treinta y ocho con ocho grados sur. Longitud tres

con treinta y nueve grados este.

—*Infierno,* canto tercero, versos del tres al nueve —dice él de inmediato.

—Prodigioso. ¿Me haces el favor de explicármelo?

Bujalesky medio sonríe.

—La latitud nos indica si el pasaje corresponde al *Infierno,* al *Purgatorio* o al *Paraíso*. Hay ciento ochenta grados de polo a polo, ¿sí? Noventa en positivo hacia el norte y noventa en negativo hacia el sur. Bien. Por lógica, si dividimos el rango en tres partes, del menos noventa al menos treinta el verso pertenecerá al *Infierno,* del menos treinta al treinta, al *Purgatorio,* y del treinta al noventa, al *Paraíso*. En este caso, al tratarse de latitud menos treinta y ocho, ya sabemos que tenemos que bajar a los infiernos. La longitud ya es una boludez. Indica el canto antes del decimal y los versos después del decimal. Tres con treinta y nueve. Canto tercero, versos del tres al nueve.

—Pues, ahora que lo sé, no me parece tan complicado —juzga Erika malintencionadamente.

Bujalesky murmura algo.

—¿Y la otra forma, la de los grados, minutos y segundos?

—Es el mismo sistema, pero esta vez nos lleva a palabras sueltas que van a conformar los versos creados por Minos; versos que hay que descifrar para ubicar las llaves —aclara—. Por ejemplo, esa de ahí —señala—: latitud menos cincuenta y dos grados sur, dieciséis minutos, ocho segundos. Siguiendo el mismo razonamiento, este nos lleva de nuevo al *Infierno*.

Erika asiente.

—Longitud dos grados, veintidós minutos, tres segundos oeste. Es lo mismo que antes, pero en vez de acotar versos nos lleva a una palabra concreta del canto segundo, verso veintidós, tercera palabra. Acudimos a la *Comedia,* lo encontramos y anotamos la palabra. Este es el canto y esta la estrofa. Versos veintidós al veinticuatro: «A decir verdad la una y el otro fueron establecidos lugar santo donde está la sede del sucesor del mayor Pedro». Verso veintidós: «A decir verdad la una y el otro». Tercera palabra: «verdad».

—¿Y adónde nos lleva todo esto? —pregunta, ansiosa.

—Era solo un ejemplo, pero esa es la cuestión. Todas estas malditas coordenadas, una vez descifradas, completan un engendro de poema que en su conjunto es la pista que va a llevar al avezado discípulo de Dante hasta El Cartapacio de Minos. Acá tenés el mapa completo descifrado. Leelo, si querés. Empezá a partir de acá.

Erika resopla.

Algún lugar de Luisiana (Estados Unidos)

Lo urgente era salir de Texas toda vez que había cumplido con lo importante.

Se ha alojado en un motel de carretera cerca de Baton Rouge. Es consciente de que debería dormir unas horas, pero primero tiene que terminar de estudiar la forma de acometer su siguiente objetivo antes de poner rumbo a Chicago. Le cuesta entender que los custodios sigan utilizando la herramienta de comunicación interna, por muy seguros que estén de que es inviolable desde el exterior; que lo es, pero no desde dentro, como es el caso. Sus órdenes las dicta el *Novem Regulas:* el asesinato del Gran Maestre no puede quedar impune.

No lo supieron ver. Miguel le hizo creer a Corteza de Roble que estaba de su lado y para demostrárselo le alertó sobre la reunión que iban a mantener los custodios con el objeto de despojarle de la túnica de Dante. Ahora sabe que Miguel se encargó personalmente de montar las microcámaras para que el Gran Maestre viera con sus propios ojos desde otra sala del hotel Bilderberg que no contaba con apoyos dentro de la Asamblea. Flegias había previsto con acierto que Corteza de Roble irrumpiría en la reunión, proporcionándoles así la excusa perfecta para asesinarlo y hacerse con el cargo por la vía rápida. Un plan brillantemente pergeñado y ejecutado a la perfección. Digno de la primera espada de la hermandad. Pensar en la traición del arcángel mayor la colma de ira, pero enseguida recuerda las palabras que le repetía Damocles cuando le enseñó a dominar sus emociones: «No comas cuando no necesites alimentarte; no duermas cuando no necesites descansar; no sufras cuando no necesites castigarte».

Logra serenarse.

Mientras eso ocurría, Gabriel estaba ocupada intentando averiguar el motivo por el que Flegias estaba tan interesado en dar con el paradero de un comisario retirado en la provincia de Misiones. Por eso él la envió a Argentina, porque Corteza de Roble no se fiaba del custodio y estaba empezando a desconfiar de Miguel. La confianza lo era todo para Gabriel, así se lo había enseñado Damocles y así lo había aprendido.

Su vida era un aprendizaje forzoso.

Nació en el seno de una tribu datoga de sesenta miembros que sobrevivía cuidando ganado cerca del lago Eyasi, en Tanzania. La llamaron Adla («justicia») porque vino al mundo fruto de una violación cuyo culpable fue juzgado por el consejo de ancianos y ajusticiado por el pueblo. Sin embargo, el término debió de perder su significado en cuanto le cortaron el cordón umbilical y se percataron de que, siendo niña y albina, la justicia la iba a tratar con toda la ceguera que se le supone. Porque allí, en el corazón de África, se pagaban tres mil dólares por una extremidad de niño albino y

cincuenta mil dólares por un cuerpo entero, cifras que superaban con mucho el valor que alcanza la vida en algunos rincones donde la brujería aún sigue arraigada en sus ancestrales costumbres. Su grado de albinismo, además, era tan severo como poco frecuente, por lo que su caso no tardó en trascender más allá del cercado que protegía el poblado. Los primeros años de su vida los pasó encerrada durante el día para evitar que el inclemente sol africano hiciera estragos en su piel. Tampoco se atrevía a salir al exterior de noche, habida cuenta de su reducida agudeza visual como consecuencia de la falta de desarrollo de la fóvea del ojo, pero principalmente por los peligros que le acechaban fuera.

Peligros con forma humana. Animales de dos patas.

Los datoga eran conocidos como *mangati,* palabra masái cuyo significado es «fiero enemigo». Pero muy fieros no se debieron de mostrar cuando cinco hombres pertrechados con machetes entraron en la aldea, se llevaron a Adla por la fuerza y la metieron en un camión. En el forcejeo, Adla recibió un violento golpe en el lado izquierdo de la cabeza que le afectó al área de Broca, la parte del cerebro donde se produce el lenguaje. La lesión le provocó una hipolalia aguda que, sumada a las circunstancias que tendría que vivir, degeneró en el abandono voluntario de la expresión verbal como forma de comunicación. Por suerte, si es este un término que pueda usarse en esta etapa vital de Adla, la vecina área de Wernicke no se vio afectada, por lo que no quedó reducida su capacidad de comprender el significado de las palabras.

Con ocho años, su única valía era el precio que alguien estaba dispuesto a pagar por su carne.

El comprador era un curandero keniata, así que durante el itinerario hasta el norteño país fronterizo, sus captores aprovecharon para trazar una ruta donde apresar otros especímenes como ella. Oro blanco. Una noche acamparon antes de cruzar la frontera entre Uganda y Kenia, donde habían previsto hacer la última escala previa a la entrega de la mercancía. Y la última fue, pues se toparon con una partida del Ejército de Resistencia del Señor que los aniquiló sin darles tiempo a explicar que ellos no pertenecían a la Fuerza de Defensa del Pueblo de Uganda. Un error que en las zonas calientes de África resulta incompatible con la vida. El cabecilla del comando, más pragmático que avaricioso, incorporó en el acto a seis nuevos reclutas para su causa, pero Adla, famélica, no fue capaz de sostener un Kalashnikov ni de explicar por qué no podía. Un lastre demasiado pesado para la partida guerrillera cuando la rapidez de movimientos es sinónimo de supervivencia. Finalmente no se atrevió a matarla por si aquello le traía una maldición, conque abandonó a aquella pálida niña de inquietantes ojos rojizos pensando que el despiadado hábitat selvático

se ocuparía de ella.

Pero no fue eso lo que sucedió.

Sus limitaciones físicas y su instinto la forzaron a buscar refugio en el profuso dosel arbóreo de la selva tropical, donde las probabilidades de ser atacada por algún animal de dos patas se reducían de modo considerable. Allí arriba no le faltaba la comida, aunque las primeras semanas su dieta se limitó a las hojas, tallos tiernos, flores, semillas y fruta que podía obtener del árbol al que estaba unida parasitariamente. Se trataba de un robusto ejemplar que levantaba más de cincuenta metros sobre el suelo al que bautizó «Ata», porque así se llamaba el hombre más alto de su tribu. Ata la protegía del sol y el cielo le regalaba agua de forma permanente que recogía en recipientes fabricados con hojas que casi no podía abarcar con las manos. Con el tiempo se atrevió a incluir la proteína animal de los ricos insectos, sobre todo termitas, o los huevos de pájaros que anidaban en las ramas más altas, a las que ya podía llegar gracias a sus cada vez más fortalecidas y diestras manos. Adla no tardó en darse cuenta de que, si se concentraba, podía ver nítidamente con los oídos y guiarse por el olfato, y eso hizo que se lanzara a explorar nuevos reinos aledaños sin tener que bajar de los árboles. Empezó a cazar pájaros, ardillas y reptiles, pero cuando se metía el sol percibía la actividad de otros animales de asequible tamaño que podrían resultar más apetitosos. Adla no necesitaba luz para ver, pero la aventura terrestre todavía le generaba bastante respeto. Resolvió entonces que antes de tomar contacto con el suelo debía fabricarse armas adecuadas, que no eran sino ramas más grandes y mejor afiladas. La primera vez que descendió de Ata se dio cuenta de que lo principal y prioritario era volver a aprender a desplazarse sobre sus extremidades inferiores, tarea nada sencilla de hacer entender a su cerebro, acostumbrado a considerar los pies herramientas diseñadas para trepar por los troncos. Tras muchas breves pero intensas sesiones de rehabilitación motriz, logró mantener la verticalidad lo suficiente como para cubrir la asombrosa distancia de cinco metros. La siguiente fueron más y la siguiente muchos más. Solo era cuestión de tiempo que consiguiera ser tan veloz sobre el terreno como lo era sobre los árboles.

Y tiempo tenía.

Armada y capaz, regresó a su objetivo primigenio: cazar animales más grandes. Lo hacía de noche para sacar el máximo partido a su excelente visión de oído. Combinando rapidez y sigilo con la precisión a la hora de matar a sus presas, empezó a cazar pequeños roedores como entrenamiento antes de abatir otros mamíferos de mayor envergadura. Cuando mató su primer facóquero sintió algo extrañamente poderoso más allá del hecho de tener carne de sobra

para las próximas jornadas. Fue una sensación tan placentera que tenía que reencontrarse con ella. Y así fue como empezó a cazar solo por conseguir esa dosis de placer que le pedía su organismo salvaje.

Cuando pasó la época de lluvias, ya se había convertido en una exitosa depredadora, hecho que la animó a recorrer más distancia a pie. Kilómetros y kilómetros de jungla moviéndose por tierra como un felino y por las copas de los árboles como un simio. Aquel entorno no tenía secretos para ella y, sin embargo, no supo dar explicación al comportamiento de su cuerpo el día que notó que sus muslos estaban empapados de sangre sin que se hubiera herido con nada. Se asustó tanto que estuvo a punto de caerse de una rama por primera vez en su vida. Más tarde descubrió que sucedía de manera periódica y que, fuese lo que fuese, se iba igual que venía.

Las estaciones se sucedieron sin novedad hasta que una tarde inusualmente calurosa se topó con tres de esos animales de dos patas que estaban acampados cerca de un curso de agua al que Adla solía acudir a beber. Los observó de cerca durante horas y concluyó sin margen de error que aquellos eran de la misma especie que los que aparecían en sus pesadillas. Tenían que serlo, pues portaban los mismos cuchillos largos y afilados que ellos. Esperó a escuchar los tres registros distintos de un respirar somnoliento antes de descender del árbol más cercano a las rocas que delimitaban el cauce del arroyo. Allí sus pies desnudos eran mudos, como ella. Se aproximó con suma cautela y olfateó el aire. Reconoció el fétido olor que despedían sus ropas impregnadas en sudor, idéntico al que tenía guardado en la memoria. A pesar de su deficiente visión, pudo localizar uno de aquellos cuchillos largos y afilados cerca de lo que había sido una hoguera gracias al reflejo de la luz sobre la hoja metálica. Lo empuñó con absoluta determinación y comprobó que se adaptaba a la mano mejor que sus ramas. El orden lo marcó la proximidad, y el modo, el único que aplicaba con las piezas de mayor tamaño, como los facóqueros: un golpe certero en el cuello y evasión inmediata. Tras repetirlo tres veces, ganó distancia y esperó a que cesaran de emitir aquellos sonidos tan desagradables. Lo único que sacó en limpio de aquello fue que los animales de dos patas tardan menos en morir que los de cuatro y que los machetes, bien empleados, provocan heridas irreversibles. Luego descuartizó los cuerpos y los arrojó al agua para que la corriente se llevara aquel olor tan repugnante. Ni se planteó probar aquella carne, igual que le pasaba con la del resto de simios con los que convivía y compartía espacio, porque no los consideraba comestibles.

Las siguientes estaciones transcurrieron sin modificaciones en su rutina. El único cambio era el que no dejaba de producirse en su cuerpo como resultado de una notable mejoría en la alimentación.

Consecuentemente, su musculatura era cada vez más potente, más elástica y más resistente, lo cual le permitía moverse más rápido, subir más alto y golpear más fuerte. Aunque Adla no podía comprender el concepto de felicidad, podría decirse que a lo largo de esa etapa fue plenamente feliz. Solo le molestaba el inconveniente de tener que limpiar aquel olor repugnante cada cierto tiempo. Porque, aunque trataba de evitar a los animales de dos patas a toda costa, no siempre lo lograba y, llegado el caso, no era algo que le supusiera un conflicto. En cierta ocasión tuvo que eliminar el hedor de una manada de doce. Empeñó tres noches y dos días, pero eso hizo que durante una larga temporada no volviera a cruzarse con ninguno de aquellos seres.

Para entonces el mito de la pantera blanca ya había trascendido más allá de las fronteras de Uganda y el Congo. Se decía que por las noches bajaba de los árboles para asesinar humanos y que no los devoraba, los mataba y descuartizaba solo por el placer de hacerlo. La leyenda cobró vida cuando un periodista de *American Naturalist* publicó un trabajo de investigación en el que presentaba pruebas y testimonios que relacionaban el casi un centenar de desapariciones ocurridas en las reservas forestales de Wambabya, Bujawe y Mukihavi, entre los años 1995 y 2001, con una misteriosa figura humanoide de piel clara que podía ver en la oscuridad y se movía a una velocidad endiablada tanto por el suelo como por las copas de los árboles. Las fotos de los cuerpos mutilados a golpe de machete causaron tanto estupor que no tardaron en aparecer las primeras recompensas por la cabeza de aquel monstruo mata hombres.

Así fue como Corteza de Roble oyó hablar de Adla por primera vez. Necesitaba averiguar qué había detrás de aquella historia y nadie con más medios que él para lograrlo. Ahora bien, la quería viva. Tardaron tres meses en atraparla y siete de los veinte componentes de la expedición no pudieron repartirse el botín.

El mito de la pantera blanca se fue diluyendo con el paso de los años, a la misma velocidad que Damocles se ganaba su confianza.

Pero todo aquello formaba parte de su pasado. El presente le marca un itinerario que le va a hacer recorrer el planeta de punta a punta. Primero dará caza a los traidores custodios y finalmente a Flegias y a Miguel, los instigadores y asesinos de Corteza de Roble, sin importarle cuánto tiempo requiera la empresa.

Gabriel se tumba en esa cama y cierra los ojos. Todavía le desagrada el olor que dejan los animales de dos patas en las sábanas, pero él le enseñó a controlar sus instintos.

Y casi siempre lo consigue.

MANIFIESTO ROSACRUCES

Residencia de los Bujalesky
Barrio de Avellaneda
Provincia de Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Erika vuelve a tener la misma sensación que la asaltó en la vivienda de Villa 31. Falta algo, pero sigue sin saber qué. Seguidamente lía un Amsterdamer y se percata de que Bujalesky se ha quedado mirando el paquete como si fuera un foco de infección. Lo guarda de nuevo en la mochila y la normalidad regresa por donde se había marchado.

—Déjame que te pregunte algo que me está intoxicando el cerebro: ¿Has tenido aquí guardado el mapa descifrado a lo largo de todo este tiempo? —pregunta ella más alterada que extrañada—. Cualquiera podría haber puesto patas arriba tu casa y habérselo llevado.

—Sí, pero no le serviría de nada a no ser que fuera un experto en la interpretación de la imaginería de Dante y de la iconografía masónica. Y hasta donde yo sé, al único que conozco lo daban por muerto hasta que aparecieron ustedes.

Erika no sabe qué decir y prende el cigarro.

Bujalesky acude al rescate.

—No es una acusación, es solo para quitarle fierro al asunto, ¿sí? Volvamos al canto tercero del *Infierno,* versos del tres al nueve. Estos no forman parte del poema, pero digamos que Minos los utiliza a modo de introducción para justificar el uso de la *Comedia* como medida de todas las cosas. El texto original sabés que está en italiano, pero yo te lo recito en castellano.

Erika tiene que hacer un gran esfuerzo para no perder el hilo de la elucidación de Bujalesky, porque su cabeza sigue elucubrando sobre el estado de salud de Ólafur.

Bujalesky aprieta con fuerza los párpados, como si le costara esfuerzo recordar.

—«Por mí se va hasta la ciudad doliente, por mí se va al eterno sufrimiento, por mí se va a la gente condenada. La justicia movió a mi

alto Arquitecto. Hízome la Divina Potestad, el saber sumo y el amor primero. Antes de mí no fue cosa creada sino lo eterno y duro eternamente. Abandonad los que aquí entráis toda esperanza».

Abre los ojos.

—Te pongo en situación: cuando Virgilio guía a Dante hasta la misma entrada del infierno, este lee esas palabras, que encuentra escritas sobre una puerta. Ahora te pregunto, doctora: ¿Qué significa esto?

Erika no hace ni el esfuerzo de intentarlo.

—Minos está definiendo las virtudes de El Cartapacio —desvela—. Es la condena por la que tienen que pasar todos los que forman parte de la hermandad. Deja muy claro que está escrito de puño y letra por el Gran Arquitecto, Dante, que representa la entidad más elevada conocida. Por último, una advertencia. Los nombres que están escritos en El Cartapacio de Minos permanecerán ahí eternamente, por lo que si entrás en la hermandad, se entiende, no vas a poder salir jamás. ¿Quién era Minos?

—El juez que envía a los condenados al círculo del infierno que les corresponde según el pecado que hayan cometido.

—O pecados —precisa—. Muy bien. Dante explica que Minos decide el castigo que le corresponde a cada uno enroscando su pavorosa cola el número de veces que marca el círculo del infierno al que envía al desdichado. El Cartapacio es el libro de registro donde Minos lo anota todo. Porque todo lo ve, nada se le escapa, es infalible. Como te dije: una amenaza manifiesta antes de empezar el viaje.

—Entiendo.

—Permitime que te muestre algo más, doctora. Te dije que Flegias estaba convencido de que estaba acá en Argentina, ¿sí? Yo también. Ahora vamos a dar un saltito hasta esta coordenada. —Vuelve a señalar.

—«Doce con ocho grados norte. Veinte con veintitrés grados este» —lee Erika.

—¿Y sería?

—Canto primero del *Purgatorio,* versos del veinte al veintitrés.

—¡Excelente! Y dice así: «Me volví a la derecha atentamente y vi en el otro polo cuatro estrellas que solo vieron las primeras gentes». Dante y Virgilio acaban de salir del infierno y ven a lo lejos el purgatorio, que, como contraposición a la fosa cónica, que es como dibuja el infierno, el poeta describe como una especie de gran torre de babel. Dante explica que desde donde está gira a la derecha y que, en el otro polo, que sería necesariamente el polo sur, ve cuatro estrellas que se corresponden con la Cruz del Sur, la Estrella Polar de nuestro hemisferio. Para finalizar asegura que antes que él solo la habían visto las primeras gentes. Quedate con eso. Ahora te cuento que, en el

vigesimosexto canto del *Infierno,* Dante se encuentra con Ulises y este le relata cómo, siendo ya viejo, decide embarcar con su tripulación rumbo al hemisferio austral. Para eso, cruza las Columnas de Hércules entre Gibraltar y Marruecos y navega siempre hacia la izquierda guiándose por las estrellas. Pasadas unas jornadas, de forma inesperada, aparece ante ellos la montaña más alta que hubiera visto jamás: el purgatorio. Y acá la pregunta: ¿cómo es posible que Dante hablara de navegar más allá del confín conocido en la época con tanta precisión y sea, además, el primero en mencionar la Cruz del Sur si finaliza la *Comedia* en el año 1321? La constelación solo es visible a partir de latitudes veinte grados sur. Por tanto, se anticipa unos cuantos años al primer avistamiento documentado de la Cruz del Sur, que corresponde a Américo Vespucio durante uno de sus viajes colombinos.

—Puede que se trate de una coincidencia, simplemente.

—Nada de eso, che. Dante demuestra en los cantos que conforman el *Paraíso* que tiene vastos conocimientos de la bóveda celeste. Resulta que, antes de Américo Vespucio, hubo otra persona que vio la Cruz del Sur, aunque no dejara constancia escrita de ello.

Bujalesky se lleva la bombilla a la boca y le da un sorbo al mate sin dejar de mirar a Erika.

—Lo mismo estás esperando a que te diga un nombre…

—Marco Polo. Se sabe que el mercader veneciano navegó por las costas de Java y Madagascar, que pertenecen al hemisferio sur, y por tanto pudo ver la Cruz del Sur. De hecho, el filósofo Pietro d'Albano recoge en un escrito que Marco Polo le hizo una descripción de un grupo de cuatro estrellas que usaba para guiarse cuando dejaba de ver la Estrella Polar.

—¿Y adónde nos lleva eso?

—A que Marco Polo, que era contemporáneo de Dante, le pudo haber hablado de ella en alguna tenida masónica. Cuando se refiere a «las primeras gentes», los estudiosos creen que Dante habla de Adán y Eva, primeros pobladores del paraíso. Se equivocan —asegura categóricamente—. En realidad se refiere a los primeros miembros de la Fede Santa, orden terciaria que se nutrió de una escisión de la Orden del Temple como consecuencia de la pertinaz persecución del papa Clemente V y Felipe IV de Francia a los templarios desde 1310. Logia de la cual ambos eran miembros.

—De Bruyn la menciona en su informe y también asegura que fue el germen de la Congregación —añade Erika liberando el humo del tabaco.

—Más que el germen, podría decirse que eran los mismos hasta que Ciacco, el Gran Maestre que sucedió a Minos, decidió cambiar de nombre a la hermandad. Definitivamente, voy a tener que leer ese

informe —valora Bujalesky.

—Luego. Primero tengo que encontrarme, porque estoy perdida.

—Blanco y en botella. A la hora de elegir el emplazamiento en el que la Congregación va a ubicar su, digámoslo así, libro sagrado, buscan el punto en el que Dante, primer Gran Maestre de la Fede Santa, define dónde está el purgatorio. Ya sabés que el purgatorio resulta de tránsito obligatorio para expiar los pecados «menores» —define entrecomillando el adjetivo en el aire— antes de ascender al paraíso, ¿me seguís?

Erika se remueve en el sofá.

—¿Qué sucede, doctora? ¿Te volviste a perder?

—No. Lo que me sucede es que te escucho hablar y tengo que hacer un acto de fe para creer tanta…, no sé cómo definirlo. Por ejemplo, ¿cómo puedes afirmar que Dante ocupó el grado de Gran Maestre de la Fede Santa?

Bujalesky rebusca entre los papeles murmurando algo entre dientes.

—Acá tenés —le muestra—. En un museo de Viena se conserva este medallón. Por una cara reconocemos a Dante y por la otra podemos leer nítidamente las letras «FSKIPFT», que son las iniciales de *fidei sanctae kadosch, imperialis principatus, frater templaris.* Es decir: «consagrado de la fe santa, príncipe imperial, hermano templario». «Consagrado» es un término que se sigue usando para referirse a quienes han alcanzado el grado treinta de la masonería o, lo que es lo mismo, Gran Maestre. Gran Maestre de la Fede Santa.

—Vale, vale —reconoce—. Y lo de «príncipe imperial» ¿qué significa?

—Es un reconocimiento honorífico que le hace al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en su lucha de poder contra la Iglesia católica. Y «hermano templario» porque en el siglo XIV no se usaba la palabra «masón» y todas o casi todas las logias derivaban de la Orden del Temple. Al margen de esta prueba irrefutable —recalca—, la *Comedia* es, en esencia, un manual iniciático que pasa inadvertido para los ojos profanos, pero que resulta evidente y dogmático para los curtidos en la materia. Solo un detalle más. Virgilio, que representa la razón, guía a Dante por el infierno y el purgatorio. Su amada, Beatriz, representa la fe y es la encargada de conducirle a través de los cielos hasta el paraíso. Pero… ¿quién es el elegido para llevarle de la mano hasta Dios todopoderoso? El mismísimo Bernard de Clairvaux, principal valedor de la Orden del Temple. ¿Y por qué? Porque para Dante el tipo representa el grado sumo en la escala espiritual.

—No vuelvo a poner una palabra en duda —concluye Erika.

—La duda metódica conduce a la verdad. No es que yo me considere un radical del cartesianismo; no obstante, en mi faceta de

investigador, que es lo que me considero, conviene contrastar la información. Lo que te estoy contando es fruto de años de investigación. No voy a asegurarte que todo lo que salga de mi boca sea rigurosamente cierto, pero sí que está contrastado de forma escrupulosa —insiste.

—Asunto zanjado. Creo recordar que estábamos rumbo al hemisferio sur.

—Y con el viento soplando a favor. Leé ahora la línea que sigue.

—Canto octavo del *Infierno,* versos del uno al nueve. Pero, por lo que más quieras, ahórrate los versos, solo explícamelo en versión entendible para profanos en la materia.

Bujalesky inspira profundamente.

Residencia de Ramiro Sancho
Aldeamayor de San Martín (Valladolid)

Siempre ha pensado que emparejar calcetines es una tarea que inventó el diablo para demostrar al ser humano que el bien y el mal no pueden emparentarse.

Empeñado en llevarle la contraria después de no ser capaz de encontrar dos ejemplares idénticos, Sancho ha vaciado un cajón sobre la cama y mira fijamente las diabólicas prendas. Evita pestañear por si alguna aprovecha el despiste y trata de escabullirse. Para afrontar el reto, Sancho resuelve que es necesario dar un primer paso y que este no puede ser otro que cuantificar el problema. Cuarenta y siete. Un comienzo poco prometedor. Solo su tozudez le mantiene firme. Siguiente fase: clasificación cromática. A simple vista priman el azul y el negro, aunque se aprecian tantos matices distintos que no puede evitar maldecir la memoria de quien inventó la gama de tonalidades.

—El azul es azul y el negro es negro. De toda la puta vida —masculla entre dientes al tiempo que forma ambos montones.

También hay muchos de esos que sirven únicamente para hacer deporte. Blancos en su mayoría. Le congratula comprobar que no hay ninguno que lleve bordadas dos raquetas de tenis en aspa. Acto seguido separa los grises sin importarle si en origen fueron blancos o negros. Tiene que tomar decisiones y da prioridad al presente sobre el pasado. Reagrupar la gama marrón es sencillo y sale tan bien parado que, sin siquiera valorarlo, añade a ese montículo un par que podría ser de color ocre verdoso o verde castaño y que no recuerda haber comprado ni mucho menos haberse puesto. El resto de ejemplares de colores varios, mixtos, combinados y los imposibles de catalogar van a parar al mismo sitio: la basura. Veintiocho unidades sobreviven a la masacre; catorce parejas. Así sí. A continuación se dispone a abordar

la empresa que consiste en ejecutar una catalogación exhaustiva distinguiendo materiales de confección. A saber: lana, hilo y nailon. Sin embargo, en un alarde de brillantez, Sancho rectifica y determina que cabría la posibilidad de realizar una simplificación atendiendo a razones de practicidad. Establece entonces dos únicas categorías: los finos y los gruesos. Elige el subconjunto de calcetines negros y luego aplica el mismo criterio al resto de categorías cromáticas. Tan solo le resta rematar la faena agrupando por tamaños, los largos con los largos y los cortos con los cortos, antes de lanzarse al definitivo y satisfactorio emparejamiento sellado ceremonialmente en una bola.

—Hasta que la lavadora os separe, desgraciados —certifica.

Minutos después, se cuentan cuatro bolas sobre la cama.

—Hay que joderse.

Sancho no da crédito. Es matemáticamente imposible. Vale que él es de letras, pero ha seguido un método infalible. Algo se le está escapando. Por fuerza tienen que existir variables que desconoce. Decide tomarse un descanso. Tiene muy claro que en esa carrera no importa quién cruce primero la línea de meta; importa llegar, solo llegar. Toma asiento sobre la mesilla de noche y aprovecha para evadirse de la realidad haciendo un repaso mental de los asuntos que tiene en curso en comisaría y que debe trasladar a la inspectora Robles como jefe de grupo en funciones durante su indeterminado período de ausencia. No son muchos ni tampoco pocos. Podía —debería más bien — haberlos tratado directamente con ella, pero tenía la cabeza más ocupada en su cuerpo que en el Cuerpo y ahora se alegra de tenerlo pendiente, porque así tiene una excusa para llamarla desde el aeropuerto. Como dos personas adultas y maduras, se han despedido sin promesas ni compromisos. Un beso cálido, una mirada fría y hasta la vuelta. Se pregunta qué pensaría ella si le viera desnudo pertrechado tan solo con esos calcetines anaranjados que ahora centran su atención. Esos que van camino del contenedor y que le resultan tan extrañamente familiares. Entonces, decide entrar en sus lóbulos temporales sin orden de registro, poner patas arriba el hipocampo y rebuscar entre los archivos de recuerdos allí almacenados, concretamente en los etiquetados con la «C» de «calcetín». Uno de ellos está asociado a Ólafur Olafsson. Todo cobra sentido. Se incorpora de improviso y se encamina presuroso a la habitación que ocupó el islandés durante los días que pasó con él hace justo un año. Corre la puerta del armario sin miramientos y abre el primer cajón, nada. El segundo, tampoco. El tercero, sí. Ahí están. Decenas de ellos, cientos a los ojos de Sancho. Suyos y ajenos. Todos mezclados, juntos y revueltos, solteros y divorciados. La Gomorra de los calcetines.

Sancho invierte un tiempo indefinido examinando la mercancía.

—¡A tomar por el puto culo! —concluye.

Tira del cajón con fuerza para sacarlo de los rieles y carga con él hasta su habitación. Pesa, pero la determinación que lo posee puede con eso y con menos. Lo vuelca sin miramientos con la idea de emprender la labor desde cero: cuantificación del problema, clasificación cromática, catalogación de materiales, agrupación por tamaños y emparejamiento final.

Algo rebota con fuerza en la cama.

Algo que atrapa su atención.

Reconoce el álbum de fotos de su boda al instante, pero así y todo lee las letras grabadas en dorado.

—«Nagore y Ramiro. 18 de septiembre de 1999».

Residencia de los Bujalesky
Barrio de Avellaneda
Provincia de Buenos Aires (Argentina)

Alcides Edgardo Bujalesky hace un esfuerzo por concretar, pero no puede decirse que esa sea una de sus virtudes. Erika, por lo menos, no lo cree.

—Voy en segunda para que no te perdás, ¿sí? En su descenso al infierno, Dante y Virgilio llegan al pie de una torre. Desde allí divisan una luz que se comunica a lo lejos con otro foco.

Erika aguarda con velado recelo.

—¡Dos faros que se comunican! ¡¿No lo ves?! ¡¡Son el Palacio Barolo y el Palacio Salvo!!

Ella no desvía la mirada ni cambia la expresión circunspecta.

—La concha de mi madre… ¿Todavía no los conocés…? No, más sencillo, ¿no has oído hablar del Barolo y el Salvo? Ya veo. Voy a resumir al máximo: son dos edificios gemelos ubicados en Buenos Aires y Montevideo y diseñados ambos por el mismo arquitecto, Mario Palanti, perteneciente a la Gran Logia de los Puros. Esto te va a sonar a película de Indiana Jones, pero es rigurosamente cierto, lo comprobé en persona. Durante los primeros días de junio, entre las 19:45 y las 20:00 la Cruz del Sur está alineada justo sobre el eje del Palacio Barolo.

Erika eleva las cejas y se muerde el labio inferior.

—¿Y eso qué significa?

—La reputa madre… Significa que no están ubicados ahí por casualidad, todo lo contrario, la construcción de ambos edificios en esos lugares concretos tiene un porqué.

—Eso, precisamente, es lo que te estoy preguntando.

—La leyenda dice que durante ese intervalo se abren las puertas del

paraíso.

—Muy bien. ¿Y puede que esas puertas cuando se abran nos lleven al jodido Cartapacio de Minos?

Bujalesky fuerza una mueca malévola.

—Se dice que un hombre llamado Remigio Lattuada hizo la ascensión por las escaleras hasta el faro en ese lapso de tiempo. Al día siguiente solo se encontraron sus ropas. Eso ocurrió un 7 de junio, fecha en la que nació Luis Barolo.

—Venga ya. Eso no nos lleva a ningún sitio y estoy empezando a ponerme nerviosa, porque no termino de entender dónde estamos ni hacia dónde vamos.

Bujalesky no responde. Chasquea la lengua y se coloca la melena.

—Se sospecha que Lattuada pertenecía a una orden ocultista, pero tenés razón, no es del todo relevante —zanja el dantista presuroso—. El mapa dice claramente que para llegar a El Cartapacio de Minos hay que realizar el mismo viaje que realiza Dante en la *Comedia.* Hay que bajar a los infiernos y realizar la ascensión al paraíso pasando por el purgatorio. Tengo claro que el cuerpo principal del Barolo es el purgatorio y la cúpula, inspirada en el templo Rajarani de Bhubaneshwar, el paraíso. El faro es Dios. Pero el infierno…, el infierno no es el subsuelo del edificio. Revisé los planos y solo hay dos niveles, ¿entendés? Faltan más. Telmo, el encargado de cuidar sus tripas desde hace dos eternidades, es uno de los pocos amigos que me quedan. Él conoce sus secretos mejor que nadie y no hay centímetro cuadrado que no hayamos revisado juntos.

El experto está a punto de rectificar esa afirmación, pero decide que no es el momento.

—El acceso al infierno tiene que estar en otro sitio —prosigue— y es absolutamente necesario encontrarlo, porque en sus entrañas está la primera llave. Minos no deja lugar a la duda en el primer canto que compone el poema descifrado a partir del mapa. Sigue la estructura poética de la *Comedia.* O lo intenta. Dice así:

Gran Arquitecto, Creador, hoy muéstranos
signos divinos que nos guiarán.
En esta oscuridad vagamos huérfanos.

Las mil penurias que sean serán
aún más allá del Malebolge eterno
hasta las fauces del mismo Satán.

»Y el Gran Arquitecto responde:

Necesario es el descenso al infierno.

Cuerpos celestes, el rastro infalible
de la Catedral, puerta del averno.

El conocimiento la hará visible,
ora bien, para el descenso afrontar
deshaceros habréis de lo inservible.

En los círculos debéis demostrar
que la palabra del libro se sabe
para entre pecadores transitar.

Solo los puros hallarán la llave,
indispensable en el peregrinaje,
para ascender al purgatorio es clave.

Continuad, pues, este vuestro viaje
de iniciación, pero proseguid solo
si estáis dispuestos a pagar peaje.

»Sin esa llave no podemos encontrar El Cartapacio ni en pedo, ¿entendés? Ni en pedo.

Erika pone en contexto las últimas frases del argentino.

—Pero… ¿eso quiere decir que…?

Bujalesky concede una prórroga a las palabras que tanto le cuesta que salgan de su boca.

—Erika…, yo nunca fui capaz de encontrar siquiera la entrada al infierno. En realidad, mi único mérito consistió en descifrar toda esta mierda, nada más.

Ella no da crédito; no obstante, mantiene la compostura.

—Sin embargo, a la vista de los acontecimientos, diría que ellos creen que sí sabes llegar al lugar exacto donde está.

El rostro del dantista se ensombrece.

—Y lo piensan porque yo se lo hice creer cuando publiqué el maldito artículo —reconoce con la voz quebrada.

Al mismo tiempo que Erika deduce que asesinaron a su único hijo por un ataque de vanidad, asiste a los brutales efectos que ocasiona la culpabilidad. Bujalesky se derrumba. Ha metido la cabeza entre las rodillas y se está tirando del pelo. Ella quiere calmarlo, pero no sabe cómo.

—Buja…

Las palabras sucumben al llanto de Alcides Edgardo Bujalesky. Uno de los mayores expertos en el universo de Dante protagoniza una escena dantesca.

Erika resuelve entonces que lo mejor es dejar que expulse sus

demonios por los lacrimales, pero no les da tiempo, porque repentinamente se rehace, alarga el brazo derecho para alcanzar a Dulcinea y se parapeta tras sus cuatro cuerdas.

Se aclara la voz.

La rosa es el alma, la cruz el cuerpo.
No es el rojo ni serán los dorados.
La armonía con las fuerzas cósmicas.

Soy fuego: caliente y seco.
Hueco.

Trascender en el espacio tiempo.
La Antigua y Mística, los nueve grados.
El poder de la energía atómica.

Sos agua: húmeda y fría.
Vacía.

Un secreto que se lo lleva el viento.
El universo de los iniciados.
Alquimia de una vida alegórica.

Queréis tierra: seca y fría.
Sombría.

Permanece escrito en los elementos.
Piedra filosofal de los cruzados.
Solo la tradición pitagórica.

Buscás aire: húmedo y caliente.
Gente.

Residencia de Ramiro Sancho
Aldeamayor de San Martín (Valladolid)

No se reconoce en esas imágenes. No es solo por el aspecto físico, catorce años más joven, con más pelo, más fornido, afeitado, sin arrugas en la frente ni surcos en la comisura de los ojos. Es el rictus. No parece que le corresponda y, sin embargo, diría que no tiene nada de impostado. Es real.

Ese Sancho era feliz.

Se trata de una boda, su boda, de la que guarda excelentes

recuerdos, emociones fuertes junto a sus seres queridos. También a ellos se les ve alegres, incluso a su padre, cuya máxima expresión risueña no llegaba a la que exhibe la *Gioconda.* Ahora se centra en Nagore. Recorre una a una todas las fotos reconociendo sus gestos, poses, muecas y posturas, que un día conformaron razones para enamorarse. Porque si de algo está seguro Sancho, es de que se casó plenamente convencido de que aquella iba a ser la mujer de su vida. Lo que no valoró en ningún momento fue que la vida que él había elegido no era compatible con esa mujer. Ella lo necesitaba cerca, pero el cerco que Sancho levantó para evitar que los asuntos policiales formaran parte de lo cotidiano terminó convirtiéndose en un foso plagado de cocodrilos que devoraron los proyectos de pareja. Lo último que sabe de ella es que seguía viviendo en San Sebastián y que había rehecho su vida sentimental, de lo cual se alegraba desde la asepsia emocional y la distancia.

Fugazmente, fabrica una idea que tiene como protagonista a Sara Robles, pero de inmediato la expulsa de los dominios de su imaginación. Acto seguido, pone el punto final a su devaneo mental cerrando de golpe el álbum que todavía sostiene entre las manos.

Instantes después, en su mochila de viaje hay cuatro bolas de calcetines —entre los que están los de color ocre verdoso o verde castaño— y en la basura rebosan decenas sin emparejar.

Como él.

LOMBRICES

Victoria Park
Londres (Inglaterra)
Octubre de 1929

De nuevo esa irritante sensación.

Llegaba con veinte minutos de adelanto, pero el margen de tiempo no funcionaba como antídoto contra eso que sentía moverse en el estómago. Dorothy aseguraba que eran lombrices que se alimentaban de la inseguridad de cada uno y, aunque él nunca le había prestado oídos, en aquel momento diría que tenía cientos bailando charlestón en su barriga. Hacía cuatro años que su esposa había fallecido; sin embargo, aún podía escuchar su voz en esos instantes previos de tensa espera antes de recibir a aquellas mujeres de alta cuna cuyos maridos creían ser importantes y poderosos.

Esos hombres no tenían ni la más remota idea de lo que significaba tener contacto con el verdadero poder.

Cuando Matthew J. Michelson enviudó, se trasladó a un cómodo apartamento en el corazón de Manhattan, frente a Saint Paul's Chapel, a seis manzanas del que era su nuevo centro de trabajo en Nueva York, la Bolsa, aunque todavía no hubiera pisado el parqué de Wall Street. Ni falta que le hacía. A finales de los años veinte, el mundo no parecía querer bajarse de la noria financiera en la que se había subido, pero esa gran rueda estaba a punto de detenerse y, paradójicamente, los que estaban arriba iban a ser los más damnificados.

Hacía dos días que había llegado a Londres, ciudad que conocía al detalle pero que le costó reconocer luego de diez años de ausencia. Al margen, recordaba los otoños bastante más fríos y lluviosos, y, por lo que había escuchado en el parte matinal de la BBC, aquel estaba siendo especialmente benigno con sus compatriotas. Caminaba atravesando uno de los pulmones de la capital británica, intentando autoconvencerse de que nada justificaba la agitación que se había apoderado de él desde que abriera los ojos aquella mañana; que no tenía de qué preocuparse estando todo, como estaba, bajo control; que

el motivo por el que Ciacco le había convocado allí era mera rutina y que el encuentro que iba a mantener con el Gran Maestre de la recién renombrada Congregación de los Hombres Puros era solo un trámite más que había que pasar. No obstante, toda aquella cabalística no era sino un mecanismo de defensa que Matthew J. Michelson utilizaba para compensar un hecho insólito: que un guardián tratara directamente con el máximo grado jerárquico de la hermandad. A sus cincuenta y cuatro años y con casi veinte de membresía, solo había tenido el privilegio de ver al Gran Maestre una vez en su vida, cuando estampó su rúbrica al final de aquella hoja en la ceremonia de asunción de la túnica de Cepheus. Su custodio, Flegias, que estaba al corriente de la reunión, le había asegurado que Ciacco era un hombre de trato recio pero afable. De él también se decía que la mitad de su fortuna la había amasado desde ese banco mal pintado de Victoria Park donde le había citado y que la otra mitad le venía impuesta por su apellido. Y si había un apellido en el planeta sinónimo de riqueza, ese era el de los Rothschild. Con sus libras compraban poder.

Poder absoluto.

Como absoluto fue su sobresalto cuando, a cincuenta metros para llegar al banco junto al monolito conmemorativo de los caídos en la Primera Guerra Mundial, distinguió a una persona sentada. Tenía que ser él. O no. Justo entonces, comenzó el asalto del ejército de dudas a su fortaleza de asuntos controlados. Primero le atacó la incógnita sobre la hora en la que se había fijado la entrevista; luego fue el lugar, el día y, cuando quedaban apenas diez metros para llegar, se preguntó si realmente eso estaba sucediendo o lo estaba soñando.

Notar la espalda mojada le sacó de dudas.

La expresión firme que tanto había ensayado estaba cerca de derrumbarse cuando un hombre que salió de la nada se interpuso en su camino.

—Buenos días, caballero. ¿Es usted el señor Michelson?

Asintió más por instinto que como respuesta.

—Muéstreme, si es tan amable, alguna credencial.

Algo le dijo que era mejor no oponerse.

—¿Lleva algún arma consigo?

—No, por supuesto que no —protestó.

—Bien, señor Michelson. Tome asiento guardando la distancia de su brazo extendido. No mencione su rango ni su nombre, limítese a dirigirse a él como «señor». ¿Lo ha entendido?

—Por supuesto.

—Perfecto. Mi nombre es Miguel, estaré por aquí cerca.

El arcángel de los arcángeles. Las lombrices se convirtieron en boas *constrictor,* constriñéndole las entrañas justo antes de tomar contacto con el frío esqueleto del banco.

—Espero que sepa disculpar tanto inconveniente, pero en los tiempos que vivimos cualquier precaución es poca —le dijo el Gran Maestre a modo de bienvenida.

Ciacco mantenía una postura visiblemente relajada: piernas cruzadas, espalda apoyada y vista al frente. Entre las manos sostenía un elegante bombín negro a juego con el traje. Michelson imitó la postura y fijó su mirada en el robusto tronco que tenía frente a él, a unos diez pasos de distancia.

—Lo entiendo.

—¿De qué parte proviene su familia?

—De Derby, señor.

—No conozco Derby.

El guardián resolvió que no había nada que añadir.

—¿Sabe por qué vengo a sentarme en este banco en concreto todas las semanas?

Michelson aguardó.

—Porque ese monumento —señaló con la mirada— me recuerda que estamos aquí de paso y que todo lo que consigamos en vida no tiene ningún valor. Lo único que cuenta es la huella que dejamos en la mente de otras personas.

—Mi hijo Robert murió en la batalla del Somme. Tenía veinticinco años. Por suerte, le dio tiempo a dejarme un nieto que lleva mi nombre.

—Estoy al corriente de ello. Dio la vida por defender su patria, su familia le recordará eternamente por ello. A eso me refiero. Y si mis averiguaciones son correctas, usted también es un héroe de guerra condecorado con la Cruz Victoria.

—En efecto. Lo tengo presente cada vez que me miro en el espejo, señor —dijo refiriéndose a sus cicatrices—. Mi apellido siempre ha estado muy ligado al ejército y me enorgullezco de ello —aseguró Matthew J. Michelson, cada vez más afianzado.

—Por supuesto. Ahora vamos a comprobar si su otra familia también podría llegar a sentirse orgullosa de usted.

—Tal es mi propósito desde que en 1909 tuve el honor de ser aceptado en la Gran Logia…, en la Congregación de los Hombres Puros —corrigió.

—Cuesta habituarse, lo sé. Conozco bien su trayectoria. Si le parece, abordamos el primer tema.

Matthew J. Michelson tragó saliva. No sabía que hubiera más de un asunto que tratar. Apostó por el único que se había preparado.

—Lo tenemos todo dispuesto. Octubre no terminará sin que Wall Street se derrumbe desde los cimientos. Nuestro hombre lleva vendiendo distintos paquetes de acciones desde mayo en pequeñas cantidades y a través de otros corredores para no levantar suspicacias.

En el peor escenario, estimamos unas pérdidas no superiores a los cinco millones de dólares, cantidad que recuperaremos y multiplicaremos a lo largo de las diez semanas siguientes a la caída. Los más afectados serán el National City Bank, que se está haciendo con casi todos los valores de la industria energética, y la JP Morgan, por supuesto.

—¿Y el Chase National Bank?

—También. Aunque sus políticas de adquisición han sido más conservadoras desde que arrancó el año, no tienen la menor idea de lo que se les viene encima.

—Continúe.

—Por increíble que pueda parecer, esta misma semana se han comprado acciones que triplican su valor de salida. Nadie piensa que la fiesta vaya a terminar, pero cuando la música deje de sonar, el caos va a ser… —Michelson valoró el epíteto que debía utilizar— descomunal. Las órdenes de venta van a tapizar todo Manhattan, solo entonces nuestro hombre empezará a comprar paquetes completos de empresas a centavo la participación.

—¿Quién es nuestro hombre?

—Sí, disculpe, señor. Se trata de Arthur Robertson. Lo elegimos a él porque en el parqué de Wall Street nadie considera a un joven de veinticuatro años.

—¿Veinticuatro? ¿Qué rango ocupa?

—Es centinela, pero absolutamente de fiar. Lo capté yo mismo, señor. Además, la parte que se va a embolsar es un incentivo que nos garantiza lealtad.

—¿Cómo se prevé que reaccione el presidente Hoover?

—Esa es la gran incógnita. En mi opinión, no creo que tenga la capacidad suficiente para entender las consecuencias que tendrá para Estados Unidos. Los felices años veinte van a dar paso a una década muy distinta. De cualquier forma, por muy acertado que esté su gabinete de gobierno en las medidas que adopten, las consecuencias a nivel productivo serán irreparables los próximos cinco años.

—Bien, ¿algo más que deba saber?

—No, señor —certificó.

—Gracias. En breve sabremos si estos cuatro años de trabajo han merecido la pena. Ahora, permítame que le hable de la cuestión por la que realmente le he hecho venir hasta aquí.

Matthew J. Michelson aprovechó para hacer acopio de oxígeno.

—No sé hasta qué punto está al corriente del proyecto del que fue apartado en Buenos Aires. Ante la duda, le informo de que las Columnas de Hércules están levantadas y el resultado me aseguran que es maravilloso. Hemos erigido el purgatorio y el paraíso exactamente donde queríamos y pronto concluirán las obras del

infierno. Sin embargo…, muy a nuestro pesar, seguimos sin dar con la estatua.

El guardián mantuvo la compostura.

—Seré sincero con usted —prosiguió Ciacco—: presiento que no me queda mucho en el mundo de los vivos y no quiero pasar a la historia de la hermandad como el Gran Maestre que no logró culminar el sueño de Minos. Flegias me comentó en más de una ocasión que usted sospechaba que el arquitecto…, recuérdeme su nombre, se lo ruego.

—Mario Palanti.

—Cada vez me resulta más complicado hurgar en la memoria —comentó con aire nostálgico—. ¿Sigue pensando que él fue el responsable de la desaparición de la dichosa estatua?

—Así lo pensaba en su día y así lo pienso, señor.

—¿En qué se basa?

Michelson meditó la respuesta.

—Verá, señor. En mi etapa como responsable del acuartelamiento principal de caballería en Abisinia, me tuve que enfrentar a varios casos que tenían que ver con conjuras que atentaban contra los intereses coloniales de la Corona. Casos extremadamente complejos en los que no sabíamos por dónde empezar. Ello me inspiró a elaborar un método que me dio un óptimo resultado. Cuando me encargaban uno de esos asuntos, lo primero que hacía era ordenar la detención de diez nativos al azar: hombres, mujeres y niños, todos de distintas edades. Los reunía a todos en una sala de pequeñas dimensiones y los sometía a una serie de interrogatorios con hombres que sabían bien cómo obtener información. Le aseguro que cuando acabábamos la tercera sesión yo ya sabía si íbamos a tener éxito o no. Era cuestión de veces. Si con los diez primeros no obteníamos nada interesante, deteníamos a otros diez y así sucesivamente hasta que dábamos con alguien que sí sabía. Luego era cuestión de tirar del hilo.

—Ya veo.

—En esos interrogatorios aprendí a discernir con cierta inmediatez a los que escondían la información que necesitábamos de los que no, o los que se la inventaban para ahorrarse el suplicio. Con el tiempo fui capaz de saber si el detenido me iba a dar problemas solo con mirarlo a los ojos. Desde el primer día que hablé con Mario Palanti supe que era de esos, de los que me iban a dar problemas, señor.

—Es decir, que se basa usted en la intuición fruto de la experiencia.

—Podría decirse así.

Ciacco se entretuvo unos segundos siguiendo la escalada de una ardilla.

—Va a regresar de nuevo a Buenos Aires —le desveló.

Al guardián se le entrecortó la respiración.

—Vuelve al negocio de las armas. Se avecinan décadas convulsas en

la vieja Europa y queremos que nuestro epicentro de distribución esté lo más alejado posible. Además, es mi deseo que se resuelva este asunto de una vez por todas. Encuentre la estatua.

—Pondré todo mi empeño en ello, señor.

—Dispone de un tiempo limitado, cinco años aproximadamente, los mismos que ha estimado mi médico que permaneceré en el mundo de los vivos. Cinco años —repitió—. Si lo consigue mientras yo siga vivo, terminará vistiendo una túnica de custodio. Si, por el contrario, sus afamados métodos no resultan exitosos y me reúno antes con el Altísimo, puede estar seguro de que nunca alcanzará el grado que tanto ansía ocupar.

A Michelson se le dispararon las constantes vitales.

—Hay algo más que quiero que haga por mí.

—Le escucho.

—Quiero que al empresario de Montevideo…, ¿cómo se…?

—José Salvo —se anticipó.

—Ese. Que le aplique el mismo castigo que a su homónimo Luis Barolo. La vanidad tiene un precio que hay que pagar. Ambos se han empeñado en pasar a la eternidad a nuestra costa y lo justo es que nosotros decidamos cuándo. Pero esta vez que no parezca un suicidio, invéntese otra cosa.

—Vivir eternamente en el recuerdo tiene un precio que hay que pagar —certificó el guardián con visos de custodio.

—Bien dicho, hermano. ¿Se le ofrece algo más?

Estas últimas palabras del Gran Maestre provocaron que se hinchara el pecho de Michelson y se le calentara la boca. Ya no había ni rastro de las boas ni de las lombrices.

—Señor…, ¿puedo hablarle con franqueza?

—Adelante.

—Tenía entendido que Damocles se encargaba de la investigación de…

—Está usted en lo cierto —le cortó—. Se encargaba.

—De acuerdo —dijo captando el mensaje escondido en el tiempo verbal.

—Damocles es el vigilante y protector del Templo y, por ende, de El Cartapacio de Minos. Para ello la Asamblea le ha encomendado la misión de formar y dirigir nuestro ejército de arcángeles. Él es el único que conoce la ubicación exacta de las llaves en la ruta que lleva hasta El Cartapacio y el encargado de aniquilar a los intrusos que intenten hacerse con él. Es el garante de que nuestra hermandad sobreviva al paso de los años y, aunque ustedes dos nunca tendrán contacto, ambos serán responsables de lo que ocurra en Buenos Aires. Él cumplirá con su parte cuando usted cumpla con la suya. Nuestra organización crece cada día más rápido, pero sin El Cartapacio no conseguiremos afianzar

los cimientos del Templo. Las nueve reglas se irán resquebrajando con el paso de los años y todo por lo que tanto hemos luchado se esfumará como si jamás hubiera existido. ¿Comprende?

—Lo entiendo, aunque…

Durante el tiempo que sostuvo aquella última palabra en el aire, Matthew J. Michelson valoró un millón de veces si continuar o no con la frase.

—Me ayudaría bastante saber qué contenía la estatua, señor.

Ciacco esperó unos instantes antes de girarse, segundos que para el guardián se convirtieron en eras glaciares.

A Matthew J. Michelson nunca se le olvidaría aquella punzante mirada con la que le atravesó de parte a parte, le pareció que contenía los mismos interrogantes que los suyos y así dejó constancia de ello en su diario.

EPITAFIO

Hotel Langham
Chicago (Estados Unidos)
Septiembre de 2013

Al pelirrojo le da la impresión de que si existiera una antesala del cielo estaría decorada exactamente igual de divina que ese hall. El pensamiento se esfuma en cuanto ve aparecer al inspector general Makila.

Porque en el paraíso no puede haber sitio para tipos como él.

Solo se han visto dos veces antes que esa, pero Sancho lo considera un hombre diligente y se fía de él porque no le ha dado ningún motivo para desconfiar. Muy al contrario, Azubuike Makila le ha demostrado sobradamente que sabe moverse por dentro de las rígidas y ásperas estructuras de la Interpol. Y también por fuera. De hecho, el encuentro que van a mantener es extraoficial, pese a que, según le aseguró por teléfono, los mandos del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado están al corriente. «Lo cual es lo mismo que tener un tío en Alcalá», piensa Sancho, porque lo cierto es que no se ha preocupado por corroborarlo.

Makila se incorpora al verle. Es un tipo corpulento, pero Sancho no se acuerda a tiempo de la fuerza con la que el nigeriano suele estrechar la mano. Esconde el dolor tras una mueca de cordialidad.

—¿Cómo ha ido el viaje? —pregunta Makila. Tiene la voz grave, pero suena limpia y contundente. Aplastante.

—He conseguido dormir y leer unas horas en el avión.

Es cierto, aunque obvia comentar que el resto del vuelo lo ha dedicado a revivir los momentos del fin de semana que ha pasado con Sara Robles. La conversación que ha mantenido con ella desde el aeropuerto se ha centrado casi exclusivamente en asuntos oficiales, arrinconando en un sustrato aparte otros pensamientos subrepticios. También se ha acordado de Erika y de Ólafur. Lo último que sabe de ellos es que se disponían a viajar a Argentina para seguir el rastro del especialista de apellido ruso imposible de retener en la memoria. Y lo

sabe porque él mismo le proporcionó esa información la última vez que se vieron en el restaurante Milagros. Acordó con Erika que en cuanto tuviera alguna novedad relevante contactaría con él, por lo que ha inferido que todavía no se han producido avances de consideración.

Un camarero al que le faltan las llaves colgando del cinturón para ser la reencarnación de san Pedro le está mirando con misericordiosa expectación.

—¿Qué va a tomar? —le pregunta Makila sosteniendo una taza de café que entre sus dedos cobra una apariencia irrisoria.

—Disculpe, debe de ser el cambio horario.

Sancho consulta su reloj. Aún no son las once de la mañana, pero su organismo le está pidiendo una cerveza.

—Café expreso —pide cediendo ante la voz que le aconseja mantener la compostura.

—Tiene buen aspecto —valora el nigeriano.

Sancho relaciona el comentario con la sonrisa estúpida que se le ha adherido en la boca y se conjura para borrar de su mente cualquier elemento que le pueda distraer.

—Empiezo por el principio —prosigue Makila en cuanto se marcha san Pedro—. Tenemos a una persona que pertenece a la cúpula de la Congregación trabajando para nosotros —le lanza.

—¡El partido arranca fuerte! —valora Sancho recortando la distancia con su interlocutor—. ¿Quién de esos hijos de la gran puta tiene los pañales a rebosar?

—Se hace llamar Pluto y es uno de los nueve custodios. Bueno, por suerte ya no suman esa cifra —rectifica—. Pero no me pregunte por su identidad porque no entra dentro de la información que usted ha de manejar —zanja.

Pero la pregunta que tiene Sancho en la cabeza no es esa. Se la guarda para otro momento.

—Hemos llegado a un pacto con él cuyas condiciones tampoco…

—Entran dentro de la información que yo he de manejar, perfecto. Continúe.

La risa de Makila hace temblar los cimientos celestiales.

—Hay cambios importantes. Hace apenas unos días se ha celebrado una reunión de lo que ellos llaman la Asamblea, que es el órgano directivo de la organización, por definirlo de alguna forma, compuesto por los custodios y el Gran Maestre. Pero en esta no convocaron a este último, dado que el objeto de la misma era presentar una especie de moción de censura —define— contra ese al que llamaban Corteza de Roble.

El modo verbal no pasa desapercibido para Sancho.

—Ese ser al que le nacían ramas del cuerpo. No podré olvidarlo

jamás, era francamente repulsivo. Ahora es cuando me dice que está muerto y entonces cambio el café por cerveza.

Makila levanta la mano.

—Le acompaño. Si no la he pedido antes ha sido por no ofrecer una imagen que no me corresponde. Pero, a estas alturas, qué más da.

Cuando llega san Pedro con el expreso del pelirrojo le piden dos cervezas. Negra para Makila, tostada para Sancho.

—¿Cómo ha muerto?

—Según nos ha contado Pluto, Corteza de Roble apareció en la citada reunión a la que no estaba invitado y tuvo una acalorada discusión con el promotor de la misma. ¿Adivinas?

—El jodido Robert J. Michelson.

—Al que llaman Flegias.

—El jodido Flegias.

—No sabemos muy bien cómo, pero Corteza de Roble terminó ensartado en la espada de Miguel, el número uno de esos sicarios angelicales que les limpian la mierda.

—También lo vi en el laberinto. La cara no, pero era el tipo que estaba junto al ahora difunto. Así se le pudran las raíces al cabrón. ¿Sabemos de quién se trataba?

—Todavía no. Incineraron el cuerpo y Pluto no tiene ni idea, o dice no tenerla, sobre qué habrán hecho con las cenizas. No obstante, toda la información sobre los guardianes y custodios, además del Gran Maestre, por supuesto, queda registrada en…

—El Cartapacio de Minos, lo sé —se le adelanta.

—Eso es. Por consiguiente, antes o después lo averiguaremos. Sin embargo, no es eso lo que nos ha traído hasta aquí.

—¿Michelson está en Chicago? —quiere saber con tanta ansia como con la que bebe cerveza.

—No. Paciencia, amigo mío, paciencia.

—La paciencia llena más ataúdes que el ansia, y cuando la repartieron, yo no debía de estar presente.

Makila bebe haciendo acopio de paciencia.

—A Michelson lo tenemos controlado. Lo agarraremos en cuanto yo lo crea conveniente. Entretanto, permítame que le cuente más novedades. Hace tres días han encontrado muerto a John Marius Columbine en su rancho de Texas y a dos de sus guardaespaldas.

—No tengo el placer.

—Uno de los mayores magnates del petróleo, entre las diez fortunas más importantes del mundo.

Makila coloca de nuevo la pinta de cerveza sobre sus gruesos labios abonando la intriga. Sancho le demuestra contra su voluntad que algo de paciencia sí tiene.

—Caronte.

—Esto se está poniendo interesante —juzga el pelirrojo—. Recuerdo ese nombre de cuando lo citaron en el acto de purificación.

—Los yanquis lo están investigando, pero digamos que no van por el camino correcto. Este hecho es lo que ha empujado a Pluto a contactar con nosotros.

—¿Y por qué con la Interpol?

—En realidad no lo hizo con nosotros, pero, de una forma que ahora no es el objeto de esta conversación, el asunto nos lo han derivado a nosotros. A mí, concretamente.

—Me alegra saber que lo que sucedió en Budapest no se lo ha llevado el viento.

—El viento se puede llevar el olor, pero la mierda permanece.

—Me apunto esa. Así que ha cundido el pánico en el seno de la hermandad y el primero que se ha movido ha sido Pluto.

Makila enseña los dientes, que se esconden tras una sonrisa gigante.

—Sin embargo, tiene que pagar un precio por expiar sus pecados, o parte de ellos, porque, ocurra lo que ocurra, Pluto terminará sus días en prisión. Siempre hay un precio que pagar —concluye el nigeriano.

—No comprendo…

—Es usted altamente perseverante, por no emplear otro término —se rinde Makila—. Lo único que nos ha pedido es que su nombre no trascienda en los medios relacionado con la Congregación. Quiere proteger a su familia el malnacido. Y parte de su patrimonio, por supuesto. Y digo parte porque va a tener que depositar una bonita cantidad en las arcas de… Todavía estamos perfilando los términos del acuerdo con sus abogados, pero habrá acuerdo.

—¿Que consiste en? —pregunta Sancho terminando lo que queda de cerveza.

—En entregarnos a algunos de sus colegas. Nuestro atemorizado nuevo amigo ha organizado un encuentro informal en una de las casas que tiene aquí en Chicago con la excusa de preparar una candidatura paralela a la de Michelson. Un puesto para el que ya se ha postulado otro custodio: Minotauro. Es una hermosa morada dentro de una urbanización para ricos que está a las afueras de la ciudad. Ya han confirmado su presencia otros tres: el mencionado Minotauro, Anteo y Efialtes. Y no van a convocar a nadie más, porque el resto de los custodios son de la cuerda de Michelson y porque cuatro ya son mayoría en la Asamblea —afirma moviendo el mismo número de dedos delante de la cara—. Lo único que le han pedido a Pluto es que garantice la seguridad del evento, por lo que no le ha quedado más remedio que contratar los servicios de Jofiel.

—¿Otro de los arcángeles?

—Eso parece.

—¿Y qué sabemos de él?

—Que es un hijo de puta peligroso. Encontrará toda la información de la que disponemos sobre él en el dosier que hemos dejado en su habitación.

—Hasta aquí, todo claro. Ahora bien, ¿cuál será mi papel?

—Muy sencillo. Irrumpir cuando yo le dé la orden y detenerlos a todos.

—Sencillo —valora el pelirrojo tras consultarlo con el oráculo que habita en las profundidades de su barba—. Pero… ¿por qué no ha montado un operativo en condiciones?

Sancho lee la explicación en sus pupilas.

—No se fía ni de María santísima avalada por la firma ante notario de los doce apóstoles.

—Entre los doce estaba Judas, que no era muy de fiar.

—Mal ejemplo.

—Confío en Connor Murphy, que está siguiendo todos y cada uno de los movimientos que hace Michelson como colaborador activo de la Interpol.

Sancho identifica inmediatamente el nombre. Es el viejo amigo de Ólafur a quien siempre recurre cuando necesita salir del atolladero.

—Y también me fío de usted y de la persona que le va a dar soporte. Que, por cierto, tendría que haber llegado ya…

Esta vez Sancho no consigue descifrar la mirada de Makila y tanta intriga le provoca sed. Se gira para llamar la atención de san Pedro.

Entonces lo ve entrar.

A Sancho le cuesta dar crédito a sus ojos, pero sin duda es él.

La elegancia personificada solo tiene un nombre: Vincent Dare.

Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)

—Cinco minutos —le repite el doctor Sciordi.

Lo único que le ha dicho el responsable médico es que le han intervenido dos veces para extraer las decenas de perdigones que se alojaron en la zona abdominal. Tiene lesiones severas en el estómago e intestino y no le han podido salvar el bazo. El pronóstico sigue siendo muy grave y lo mantienen sedado. Las próximas cuarenta y ocho horas serán vitales.

Erika no sabe cómo agradecer a Bujalesky lo que está haciendo por ella.

Cuando el dantista superó la crisis a base de canciones convinieron que no era muy razonable permanecer más tiempo en la casa de sus padres y que, teniendo pagadas dos habitaciones en un hotel, lo sensato era trasladarse allí. No siempre lo prudente es lo inteligente,

pero suele resultar menos arriesgado y eso, por sí mismo, ya era una razón de peso. No volvieron a hablar de mapas ni acertijos, de Dante ni del Palacio Barolo, ni siquiera de El Cartapacio. En realidad, no intercambiaron más palabras. Cada uno se metió en su habitación y no se han vuelto a ver hasta esta mañana. Sin embargo, Erika sí le escuchó cantar. La música sobrepasa todas las fronteras, y los tabiques que separan habitaciones deficientemente aisladas también. Se dejó derrotar por el sueño hacia la mitad del recital.

En cuanto se ha despertado, ante la ausencia de noticias de Ramírez, Erika se ha empeñado en ir a ver a Ólafur al hospital, le daba igual cómo. El argentino ha intentado localizar de nuevo al excomisario usando el teléfono de Erika, pero esta vez no ha obtenido respuesta. La alternativa ha consistido en acudir a un antiguo camarada del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas que ocupa una subsecretaría de Estado dentro del Ministerio de Salud. Por fortuna, el edificio les quedaba a menos de diez cuadras y se han plantado directamente en la puerta que lleva escrito su nombre. Tras superar el filtro de dos eficientes y celosas secretarias, Jorge Daniel Wolodarsky les ha recibido atónito y atónito ha escuchado la sarta de falsedades que han salido de la boca de Alcides Edgardo Bujalesky. No tenía otra opción: la verdad sonaba menos creíble que la mentira.

Y esta era mucho más corta de narrar.

Algunas horas más tarde ha conseguido el permiso para acceder al Complejo Médico Policial Churruca Visca.

Erika entra arrastrando el agotamiento y la inquietud que no ha conseguido mitigar el doctor Sciordi. El policía se queda dentro de la habitación, pero para Erika no es más que un ser inanimado.

Igual que Ólafur.

Tiene la máscara de oxígeno puesta y del cuerpo le nacen varios cables que van a morir a las máquinas que le flanquean. Lleva muy poco tiempo en ese estado para el mal aspecto que presenta. Parece que hubiera perdido veinte kilos. Huele a medicinas y a almidón. Erika se aproxima timorata, como si temiera despertarle. Divisa una silla en una esquina, la hace suya sin preguntar y la coloca en contacto con la cama. Se sienta e insufla el aire que le falta en los pulmones. El islandés tiene los brazos por encima de la sábana. Ella le agarra la mano, la coloca entre las suyas y le acaricia el dorso con los pulgares. Tiene la boca seca y la lengua adherida al paladar.

—Perdona por tardar tanto en venir a visitarte, pero no nos lo han puesto nada fácil —le susurra—. ¿Cómo estás? Menudo susto que me has dado, joder. Te lo perdono porque sé que vas a salir de esta. Oye, una noticia que te va a encantar: te cepillaste a ese cabrón, ¿lo sabías? Claro que sí, en cuanto apretaste el gatillo supiste que esa bala

acabaría con él. Uno menos. Él disparó primero y aun así te lo llevaste por delante. Eres un puto fenómeno. Cuando balística lo confirme, alegaremos defensa propia y te soltarán; por tanto, que ya puedes ponerte bien, ¿vale? Vas a salir de esta, porque no hay sitio para ti en el Valhalla.

Erika hace una pausa.

—Mierda, Ólafur, tengo que reconocer que estoy un poco acojonada. Mucho, para ser sincera. No puedes dejarme sola ahora que me estaba acostumbrando a tus ronquidos. Además, Karatu se pondría muy triste si no te tiene al otro lado de la correa para arrastrarte. Tenemos bastante por hacer todavía y…, ¿sabes qué?, estamos haciendo progresos. O eso creo. Bujalesky está peor de la cabeza que tú, que nosotros dos juntos —rectifica—; no obstante, parece un buen tipo y está dispuesto a ayudarnos. La verdad es que no sabe cómo llegar al Cartapacio, pero igualmente lo vamos a encontrar. Ya lo verás. Cuando abras los ojos lo primero que vas a ver es el listado de nombres de esos hijos de puta y a Michelson entre rejas. O muerto, ya veremos cómo se da la cosa, porque te confieso que ando muy cabreada. Demasiado. He pensado en llamar a Sancho, pero aún no me he atrevido. No creo que le dejen venir a verte y tampoco sé si él puede ayudarnos desde allí. ¿Qué hago? Igual le comprometo para nada… Bueno, tú tranquilo, ya veré. Tú preocúpate solo de recuperarte, del resto me encargo yo.

Ella le aprieta la mano y le sonríe.

—Anoche estuve pensando en algo. ¿Te acuerdas del último día que te emborrachaste? Vale, que nos emborrachamos, de acuerdo, pero tú estabas peor. Me dijiste que lo importante era encontrarle un sentido a lo que hacemos. Igual no te acuerdas; yo sí. Mi padre pensaba lo mismo, pero no te lo dije porque no quiero que pienses que te estoy utilizando para llenar el vacío de una figura paternal. Tú y yo tenemos un vínculo que nos une y un propósito que compartir. Y cuando terminemos con esta banda de malnacidos, encontraremos a otros a los que joder el negocio. Ese es el sentido: joderles bien jodidos. Por eso necesito que salgas de aquí cuanto antes. Ese día te sacaré de fiesta y brindaremos juntos, ¿vale? Mejor incentivo que ese no se me ocurre.

—Señorita, vaya terminando, por favor —oye decir al policía inanimado.

Erika le dedica una mirada poco amistosa.

—Ahora me tengo que marchar, pero volveré para contarte cómo van las cosas. Cuídate mucho, ¿vale? Tenemos un pacto, no me falles. Te quiero, cabrón.

Erika le besa el dorso de la mano.

Cuando se la va a soltar, cree notar una ligera presión. Señal

inequívoca de que la ha estado escuchando y ha aceptado el acuerdo.

O eso necesita creer.

Cuando cruza la puerta del hospital ya le ha dado tiempo a enjugarse las lágrimas. Agradece el aire puro. Bujalesky la espera en un bar cercano, pero se lo encuentra fuera haciendo sonar las cuerdas del ukelele. Ya ni le sorprende.

—¿Cómo fue?

—Bien, creo.

—Me alegro. ¿Y ahora, doctora, qué querés hacer?

—Empezar por el principio.

El argentino frunce el ceño.

—Visita guiada al Palacio Barolo.

Bujalesky aplaude.

—Telmo, el amigo del que te hablé, se va a cagar en las patas cuando me vea —dice emocionado.

—¿Qué canción era esa que estabas tocando? —le pregunta curiosa mientras él enfunda de nuevo a Dulcinea.

—*Epitafio*.

—La he escuchado varias veces estos días.

—Sí, estoy trabajando en unos acordes nuevos con un ritmo más acelerado, ¿viste?

—Suena muy bonita.

—Gracias —dice emocionado.

—¿Está lejos?

—En avenida de Mayo. Hay que agarrar el colectivo que para en…

—No. Mejor un taxi, estoy un poco cansada de hacer filas.

A Bujalesky le cambia la cara.

—No puedo meterme en un taxi. En serio, no puedo.

Erika le pregunta el motivo sin necesidad de abrir la boca.

—¿Escuchaste hablar de la xantofobia?

Erika sabe lo que es.

Entonces comprende.

Hotel Langham
Chicago (Estados Unidos)

El inspector general Makila le ha explicado someramente cómo consiguió que la fiscalía nigeriana revisara el caso de Vincent Dare. Y a cambio de qué.

—Siempre hay un precio —parafrasea el pelirrojo. Y añade en castellano—: ¡Hay que joderse!

Sancho se ha alegrado mucho de volver a ver esa cicatriz que atraviesa el rostro de Vincent Dare de norte a sur, y este, aunque no lo

ha verbalizado, ha demostrado que es recíproco por la forma en la que le ha agarrado la barba con las dos manos.

—La idea es sencilla. Pluto nos ha dado vía libre a la vivienda y Vincent ya ha tenido el placer de conocerla, ¿no es así?

—Ese es el motivo por el que he llegado tarde —explica Dare—. Sembrar de escuchas cuatrocientos veinte metros cuadrados no es sencillo y tampoco se hace rápido.

El nigeriano extrae algo del bolsillo interior de la americana. Algo que prácticamente no se ve, porque es del tamaño y espesor de una tarjeta SIM pero transparente.

—Son indetectables e inmunes a los barridos, por lo que todo lo que salga de sus sucias bocas quedará registrado en nuestros monitores. Pluto nos ha dado acceso al circuito cerrado de cámaras, así que me he ahorrado esa labor. La reunión tendrá lugar en…

—Ya hablarán de ello cuando les deje solos —le corta Makila con elegancia—. Ahora, permítanme que les haga partícipes de algo importante. El pacto con el custodio carecerá de validez si no consigue que los asistentes se impliquen. Le hemos adiestrado debidamente en lo que nos interesa que digan. Cuando yo dé la orden, ustedes pondrán fin al encuentro fraternal y los detendrán a todos. Puede haber problemas con el arcángel, pero traten por todos los medios de que no corra la sangre, porque si me toca dar explicaciones de más muertos o heridos me va a costar bastante continuar con esto.

Sancho iba a decir algo, pero Makila levanta el dedo.

—Junto al ya mencionado informe del arcángel y los pormenores de la operación, planos, fotos y demás, encontrará en su habitación lo que usted tiene dibujado en la mente —dice dirigiéndose a Sancho—. No le he podido conseguir un Colt Anaconda, pero estoy seguro de que el Smith & Wesson 500 no le va a defraudar.

—¿Ese es el del cañón interminable?

—Debería actualizarse. Hace unos años que se comercializa un modelo con cañón reducido de cuatro pulgadas y provisto de freno de boca que seguro que hará las delicias de un amante de los calibres desproporcionados como usted.

—Estoy deseando vaciar el tambor, no me ponga los dientes largos —bromea Sancho.

—Y ahora, si me disculpan, tengo otros asuntos que atender. Les dejo para que se pongan al día.

Makila se despide con una palmada en la espalda que es igual de dolorosa que el apretón de manos.

—Solo una cosa más, inspector general Makila —reclama el pelirrojo—. Es una pequeñez, un detalle sin importancia, llámeme puntilloso si quiere, pero me encantaría saber cuándo se va a producir la susodicha reunión.

—No me diga que no se lo he mencionado.

—Si lo ha hecho, estaba pensando en otra cosa.

Lo cual era bien plausible.

—Mañana.

—¡Ah, bueno! Entonces andamos holgados de tiempo, cojonudo —valora irónico.

Makila se marcha dejando tras de sí el sonido de sus carcajadas.

Sancho agarra la jarra y deja que su mirada surfee por esas olas de espuma cervecera.

—No lo pienses tanto —dice Vincent Dare pasados unos segundos—. Hemos salido de situaciones peores.

—No, no es eso. Estaba tratando de visualizar algo, pero… sigo sin verlo.

—Prueba.

—¿Pluto era el perro amarillo o el negro?

—El pelirrojo, cabrón. Pluto era el puto perro pelirrojo.

GRIS ACERO SOBRE BUENOS AIRES

Frente al Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Desde los pies del edificio su perfil se recorta rollizo sobre la plancha acerada que cubre el cielo porteño. Bujalesky está ensimismado, como si fuera la primera vez que se enfrenta a esa visión. Él no se da cuenta, pero está canturreando una canción que Erika no se atreve a interrumpir.

La vida es una estatua que se estrella contra mí.
Un campo de estrellas que se pelea.
Sos lo que me esperaba vos esperabas algo más.
Y yo en la enredadera que se pelea.

Lo gritó mas fuerte que el que mas fuerte gritó.
Lo gritó más fuerte.
Gris acero en Buenos Aires otra vez.
Soy yo, protégeme de mí.

Podría ser más fácil o podría ser peor.
El paraíso y el infierno que se pelean.
Las luces son demonios que sonríen cuando te ven pasar.
¡Pero qué poco brillan tus sonrisas!

Todos tus secretos nada valen si no estás.
Todas las mentiras todas vienen al final.
Todos tus secretos gris acero en Buenos Aires otra vez.
Soy yo, protégeme de mí.
Soy yo, protégeme de aquel que fui.
Que fui.

Se han desplazado hasta allí caminando, dado que la fobia que sufre

Bujalesky le impide viajar en taxi. Por lo menos en los de Buenos Aires, con los techos pintados de color amarillo. Algo parecido le sucede con el Subte, cuyos trenes también lucen mayoritariamente esa tonalidad. La sola mención de la palabra le genera un cuadro de ansiedad agudo. Cuando el argentino se lo ha confesado, Erika lo ha relacionado de inmediato con esa sensación de carencia que ha sentido en su casa. No ha querido indagar en la cuestión por el mismo motivo que a ella le cabrea cuando alguien quiere saber cómo es eso de ser bipolar. Durante la caminata, el argentino ha aprovechado para explicarle la turbulenta relación que mantuvieron el promotor de la obra, Luis Barolo, y el arquitecto, Mario Palanti.

—Cuatro años —apunta Bujalesky—. Esta mole de hormigón armado fue levantada en solo cuatro años. En su día fue la edificación más alta de Latinoamérica. Su estilo es inclasificable, hay muchas etiquetas que se inventaron para poder definirlo, pero yo siempre digo y diré que el Barolo es el Barolo. Sin más. Palanti estaba muy influenciado por la volumetría de corte oriental, lo cual está reflejado en su cara externa, ¿viste? Fue totalmente revolucionario para la época, pero no se entendió como a él le habría gustado.

—A mí me gusta —valora Erika—. En efecto, es distinto.

—Desde luego que lo es. La entrada se concibió como un pasaje que comunica la avenida de Mayo con Hipólito Yrigoyen, antes la calle Victoria. Lo tuvieron que hacer así para saltarse la normativa municipal de construcción que limitaba la altura que podían alcanzar los edificios. La logia supo utilizar bien sus influencias políticas para construir justo acá un *danteum.*

—¿Justo acá? —repite ella.

—Lo que ya te dije, justo donde se alinea con la Cruz del Sur y justo sobre una corriente de agua. Las directrices masónicas establecen que los templos han de cimentarse sobre un curso de agua y por acá pasa un ramal subterráneo de un arroyo ahora entubado. El lugar para levantar el Templo era este, no otro. Un templo con disfraz urbano —precisa.

—Ya veo.

—Cien metros de altura, como cien son los cantos de la *Comedia.* Cantos que están compuestos por once o veintidós estrofas. Veintidós, como el número de letras que conforman el lema de la Congregación: *Coelestes sequitur motus,* como los pisos del edificio, como los módulos de oficinas por bloque, once por frente. Once, como las sílabas de los tres versos que componen las estrofas de la *Comedia. Terza rima.* Total treinta y tres, como los grados de la masonería según el rito escocés, como el total de cantos de cada una de las partes que conforman la *Comedia,* más uno introductorio.

—No pueden ser coincidencias, claro.

—No, ninguna lo es. El once es el número de la Fede Santa. El número veintidós, dos veces once, también está ligado al concepto de la perfección pitagórica.

—¿Por qué?

—Veintidós entre siete es la relación de la circunferencia con su diámetro y en la Antigüedad el círculo era la figura perfecta, ¿sí? En el edificio esta relación la encontramos en los veintidós pisos y los siete ascensores que recorren el cuerpo central del edificio, que es el purgatorio, comunicando así el infierno y el paraíso. Veintidós dividido entre siete es tres con catorce.

—El número pi.

—El cual se representa con una doble «T» mayúscula que comparte la línea horizontal superior. La misma «T» que usa la Orden del Temple en sus inscripciones.

Erika frunce el ceño.

—Al margen de esos siete ascensores, hay dos montacargas más y…, esto te va a encantar, otros dos que están ocultos en las columnas centrales y que Barolo ordenó construir para poder moverse por el edificio sin tener que toparse con los molestos inquilinos.

—Un tipo listo el tal Barolo.

—A la vista de cómo terminó, no demasiado. Y ahí volvemos de nuevo a los mensajes encubiertos tan propios de la masonería. Siete ascensores visibles, el número pi, la perfección; con los ocultos suman nueve. Nueve es el número que representa la multiplicidad indefinida, ¿entendés?

—No mucho, la verdad.

—Ayer te decía que el número tres representa a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el todo con mayúsculas para el cristianismo. La Orden del Temple adopta la idea del tres como la perfección, pero la Fede Santa va más allá y dice que el nueve, tres veces tres, es la esencia misma de lo perfecto, donde se halla la verdad. Verás: ¿nueve por tres?

—Veintisiete.

—¿Por tres?

Erika calcula.

—Ochenta y uno.

—Ocho más uno: nueve, otra vez. Multiplicidad indefinida.

—Pues vale. Me quedo como estaba. Los números no son lo mío, así que… ¿podemos omitir la numerología ocultista?

Bujalesky agita la melena.

—Me decías antes —retoma ella— que Barolo accedió a financiar la construcción a cambio de que le dejaran rentabilizar la inversión haciendo del edificio un bloque de oficinas para alquilar. Supongo que eso era solo parte del atrezo, ¿no?

—Tal cual. A la Gran Logia de los Puros no le interesaba el uso que fuera a darle al edificio, porque lo que en verdad les importaba eran otros menesteres.

—Albergar los restos de Dante.

—Hay una historia muy larga al respecto, pero para ilustrártela con exactitud es mejor que la escuchés vos directamente de la boca de Telmo, que es mejor narrador que yo. Ya te adelanto que no hay pruebas fehacientes que nos inviten a pensar que lograran traerse los restos del primer Gran Maestre de la logia. Hay muchos indicios, cierto, pero puede que todo se explique en un fabuloso movimiento de distracción.

Erika frunce el ceño.

—Prestidigitación —define el experto—. Los buenos masones son magos excelentes. ¿Cómo consiguen completar los magos esos increíbles trucos bajo la atenta mirada de los espectadores? Creando una distracción en el momento propicio. Nada por acá, nada por allá y de repente… ¡zas! Pero para que funcione primero tiene que atraer la atención de todos hacia el lugar equivocado. Un propósito inalcanzable, como era traer a Buenos Aires los restos del poeta más grande de todos los tiempos y padre de las letras italianas, lo es.

Escuchando los calificativos que le dedica a Dante, Erika constata que cada vez que Bujalesky nombra al poeta italiano todo cobra tintes divinos.

—Es decir, que cabría la posibilidad de que ellos mismos se hubieran encargado de hacer correr el bulo del asunto de las cenizas de Dante para desviar la atención del verdadero propósito del edificio: esconder El Cartapacio de Minos —razona Erika.

—Exacto. Igual que hicieron cuando se inventaron el mito de los Illuminati.

Erika lía un cigarro para fumarse su avidez de información.

—¿Qué mejor forma de ocultar su propia existencia que creando otra organización de corte siniestro cuyo único objetivo es manejar los designios de la humanidad? Parten de un hecho real y lo transforman en un bulo. Es cierto que existió una logia, sin demasiada importancia, eso sí —aclara—, llamada los Illuminati de Baviera, cuyos ritos bebían del misticismo propio del rosacrucismo para infiltrarse en otras logias con mayor influencia política. Hasta acá la realidad, el resto es pura especulación que ellos mismos se encargan de alimentar. O se encargaron, porque cuando una creencia ha sido admitida por el sujeto ya no hay vuelta atrás.

Erika se gira para mirarlo sorprendida.

—¿Qué sucede, doctora? ¿Dije algo malo?

—Mi padre repetía mucho una frase de Robert Oxton Bolt: «Una creencia no es simplemente una idea que la mente posee, es una idea

que posee a la mente».

—Desconocía la cita, pero es una verdad incuestionable. Tu padre y yo nos entenderíamos bien.

—Pufff —resopla Erika imaginándose una conversación entre ambos.

—Cuanto más abunda la ignorancia más sencillo resulta el engaño y más profundo cala. Si preguntamos a cualquiera de estas personas que pasean por acá, alguna te dirá que ha oído mencionar a los Illuminati, pero te puedo asegurar que a nadie, absolutamente a nadie, le sonarán la Gran Logia de los Puros ni la Congregación de los Hombres Puros. A nadie. Pura prestidigitación. Magia. Tampoco podemos descartar de manera categórica que consiguieran los restos de Dante y los trajeran a Buenos Aires —añade Bujalesky—, pero, de ser cierto, estoy convencido de que estarían acá dentro y muy posiblemente junto a El Cartapacio.

Erika da dos caladas al cigarro antes de apagarlo contra el suelo y arrojarlo a una papelera.

—Entonces, no sé a qué estamos esperando.

Millenium Park
Chicago (Estados Unidos)

Como si quisiera desentrampar la distorsión o formar parte de ella, Sancho no es capaz de separar la mirada de los edificios en miniatura que han sido atrapados por esa enorme gota de mercurio. Y como él, decenas de moscas humanas permanecen inermes al pie del monumento. La Cloud Gate absorbe las voluntades de quienes caen bajo su hipnótico influjo y el pelirrojo encuentra una analogía con su propia existencia. Es consciente de no ser dueño absoluto de sus decisiones, pero al mismo tiempo se encuentra plenamente convencido de que está haciendo lo que quiere hacer. Lo que le dicta su conciencia. Alberga la esperanza de que al atrapar a Michelson pueda pasar la última página de un capítulo de su vida que algún espíritu burlón ha escrito por él. Cuando todo termine, tiene la firme intención de agarrar las riendas y guiar su carruaje por el camino que él elija, aunque en ese momento no tenga la menor idea de adónde quiere llegar.

—No es tan malo —escucha.

—¿El qué? —pregunta a Vincent Dare sin mover los ojos.

—El café. Se puede tomar —valora entregándole el vaso de cartón.

—Gracias.

Está atardeciendo, pero ambos han convenido que tienen que alargar la jornada para combatir el cambio horario. Tras estudiar al

detalle la operación que Makila les ha cocinado, el nigeriano ha propuesto salir a tomar el aire y sus pasos les han llevado hasta uno de los puntos más visitados de la urbe norteamericana.

—¿Te preocupa algo que no me hayas dicho? —quiere saber Vincent.

—No. Estaba vaciando la mente.

—¿Y qué te parece si vamos a llenar nuestros estómagos?

—Muy acertado.

—Para ello vamos a tener que movernos. ¿Te ves capacitado? —cuestiona ante la pasividad de su compañero.

—¿Crees que lo que hacemos está bien? —suelta.

—¿A qué viene eso ahora?

—Es solo una pregunta.

Vincent Dare inspira hondo. La respuesta entra por las fosas nasales y sale por la boca.

—Sí, así lo creo. ¿Tú no?

Sancho introduce los dedos en su barba en busca de algo que decir.

—En realidad, no sé si me importa. Solo sé que tenemos que hacerlo.

—Pues eso ya es algo. A veces conviene no pensar demasiado.

—Cuando uno no piensa lo que dice es realmente cuando uno dice lo que piensa —le suelta.

—Y yo te digo, sin pensar, que tengo hambre.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Bujalesky permite intencionadamente que el entorno sea el que se encargue de transmitir las primeras sensaciones a la que considera su invitada. Porque el Barolo es su casa.

El espacio es amplio, pero la iluminación no es del todo diáfana y crea un ambiente lúgubre, cavernoso.

Erika no sabe dónde fijar la vista.

—¡Bienvenida a la antesala del infierno! Acá comienza el viaje de Dante, en la selva oscura, donde se pierde y le salen al encuentro tres bestias feroces que simbolizan la sensualidad, la soberbia y la codicia. La planta está diseñada en función de la sección áurea y al número de oro, proporciones y medidas de origen sagrado que vienen a refrendar la idea de lo perfecto, lo irrefutable. Desde el siguiente nivel hasta el piso número catorce es el purgatorio; del decimoquinto al vigesimoprimero, el paraíso. Y hacia abajo, el infierno. Si te fijás, el piso es un damero, igual que lo era el Templo de Salomón, modelo de todas las construcciones masónicas. Representa la eterna lucha entre

el bien y el mal, la luz contra las tinieblas. Esos enormes rosetones del suelo vienen a recordar las llamas del infierno, dicen, aunque yo no estoy muy de acuerdo con eso, porque en el infierno que describe Dante hace mucho frío, no calor. Y un conocedor del asunto como Palanti debería saberlo, pero… *bue.* Si lo vieras desde la baranda circular del tercero, apreciarías unas cadenas que son una alusión evidente a la seguridad de los secretos que se encierran entre estas paredes. Pero también hay símbolos no tan sutiles. ¡Vení!, ¡vení!

Erika lo sigue hasta uno de los ascensores.

—Observá y decime qué ves.

—La «A» de «Ascensor» está hecha con la escuadra y el compás —identifica ella.

—La rectitud y proporcionalidad del buen masón. Bien visto. ¿Y la aguja que marca el piso?

Erika niega con la cabeza.

—La flor de lis. Otro recurrente icono masónico que contiene los tres valores que van a estar presentes en todas las hermandades: abnegación, lealtad y pureza. O dicho de otra forma: hacer lo que sea necesario para servir a los intereses de la logia, no dar nunca la espalda a tus hermanos y permanecer exento a las tentaciones mundanas. Preceptos que en su día fueron adoptados como las principales virtudes de los *boy scouts.*

—Venga ya.

—Preguntá a Robert Baden-Powell, fundador del movimiento *scout.*

—Madre mía…

Bujalesky eleva ambos brazos y gira trescientos sesenta grados.

—Todo lo que nos rodea contiene un mensaje, pero el desconocimiento es la mejor caja fuerte que existe. Si querés esconder algo, ponelo bien visible y a la altura de los ojos de quien no sabe mirar.

—¿Qué ilustre masón acuñó esa frase?

Bujalesky suelta una tímida carcajada.

—Telmo.

De repente, se golpea la frente con la palma de la mano.

—¡Pero si no le avisé! ¡Qué pelotudo que soy! Aguantame un minutito, que ya vengo. Al flaco se le va a parar el corazón…

Unas serpientes enrolladas cerca de los capiteles que, con sus fauces abiertas amenazan al incauto visitante, captan la atención de Erika durante la espera.

—Mirá —dice el experto ya de regreso elevando la vista—: nueve bóvedas, un paralelismo con las nueve jerarquías en las que Dante estructura el infierno. En todas ellas se pueden leer inscripciones en latín de un total de nueve —otra vez nueve— grandes obras de la literatura clásica. Algunas de ellas son de Virgilio, el guía de Dante.

Allá.

El índice del dantista le indica la dirección que debe seguir.

—*Fundata est supra firmam petram.* «Está fundada sobre tierra firme» —traduce—. Muy común en los templos cristianos. Hace alusión a lo que es el edificio en realidad: un templo, una catedral oculta. Aquella otra: *Operis peracti nullus strictor iudex autore.* Me encanta. «Ningún juez más justo que el autor de su obra». Por «obra» no se refiere al Barolo, sino…

—A El Cartapacio de Minos. Se refiere al juez Minos —precisa ella.

—Sí y no. Sí se refiere al autor de El Cartapacio, a Minos, pero al Gran Maestre, no al personaje, ¿entendés?

—Al Gran Maestre que adoptó ese nombre, claro, el que ideó El Cartapacio.

—«¡El autor de su obra!» —declama—. Eso es. Escuchame bien, porque en un ratito nomás te voy a desvelar quién era realmente ese hombre tan justo. Esa de allá —indica mientras avanza para ponerse en la vertical de la bóveda—: *Qui fecit opus ut est ut ipse mallet novit.* «Quien hizo la obra la conoce tal como es, así como él la preferiría». Claramente quiere decir que quien creó El Cartapacio es quien la conoce. ¿Qué conoce?

—La ruta, el camino para llegar hasta él.

—¡Tal cual! ¡Lo vas agarrando! Conoce el itinerario del viaje tal como es, como él decidió. Quien creó El Cartapacio es el que conoce la ruta que lleva hasta él. ¿Y la ruta solo la pueden conocer quiénes? Los que comprenden el universo de Dante. ¿Y quién era uno de los más destacados estudiosos del pensamiento de Dante de la época?

El argentino hace una pausa.

—No tenés por qué saberlo, ni siquiera lo mencioné.

—Y se trataría de…

—De Bartolomé Mitre, presidente de la nación desde 1862 hasta 1868.

—Presidente, nada menos.

Bujalesky se frota la cara.

—Este país fue cementado con argamasa masónica. ¿Vos no te fijaste en el sol de las banderas argentina y uruguaya? ¿No te resulta conocida su carita?

—Claro, en el emblema de la maldita Congregación.

—Exacto. Acá lo bautizamos como el Sol de Mayo por relacionarlo con la revolución, pero es un símbolo masónico desde mucho antes de que acá surgiera el primer atisbo de independencia. Tiene que ver con el primer grado de aprendiz. El sol y la luna siempre están presentes, simbolizan las dos vías para llegar al conocimiento. El sol es la experimental, lo que aprendemos a través del proceso vital; y la luna la inductiva, lo que nos enseñan los demás. El sol nos ilumina

directamente, la luna también, pero de forma indirecta, reflejando los rayos del astro rey, ¿sí?

Erika asiente.

—El sol se acuñó en la primera moneda argentina en 1813 por intermediación de las logias rioplatenses, entre cuyas filas se hallaban José de San Martín, Simón Bolívar, O'Higgins o Manuel Belgrano, próceres de la libertad frente al yugo absolutista español.

Bujalesky desvía la mirada para capturar una serie de nombres que parecen flotar sobre su cabeza.

—Urquiza, Derqui, Mitre, Sarmiento, Juárez Celman, Pellegrini, Manuel Quintana, Figueroa Alcorta, Sáenz Peña, Victorino de la Plaza, Yrigoyen y Juan B. Justo. Y no, no es el plantel de Racing, no, es el listado de presidentes de la República Argentina que se sabe que pertenecieron a alguna logia o hermandad. De hecho, nuestro concepto de Estado moderno nace de la simiente masónica. Desde la presidencia de Bartolomé Mitre, en 1862, hasta la de Hipólito Yrigoyen, en 1916, la Argentina tuvo, que se sepa, nueve presidentes masones.

Erika eleva las cejas.

—Pero tenés que entender algo: la masonería no es perniciosa *da per sé,* lo realmente… maligno —define— son las personas que, en un momento dado, adoptan unas prácticas pseudomasónicas para ocultar sus verdaderos intereses, que nada tienen que ver con la búsqueda de la razón, lo filantrópico y lo humanístico. Doctora, es muy necesario que comprendás esto.

—Me queda claro.

Una sonrisa se ensancha en la cara del dantista, asiente y se distrae unos segundos con un grupo de turistas ensimismados con el entorno antes de retomar el discurso.

—Resulta llamativo que Mitre naciera en el año 1821, justo quinientos años después de la muerte del poeta. Entre algunos seguidores de la Fede Santa existía la creencia de que cada año terminado en veintiuno nacía un nuevo Dante. Un advenimiento glorioso, una suerte de parusía cíclica milagrosa —define barbián—. Capaz que él mismo se creyó la reencarnación del poeta, ¡quién sabe! Pero si querés algo más científico, te diré que la datación del documento que me entregó Flegias, en el que se menciona por primera vez la existencia de El Cartapacio, es un acta de la Asamblea fechada en septiembre de 1865 en la que se aprueba el proyecto. Justo en pleno mandato presidencial. Aunque sería lógico pensar que llevaría trabajando en ello desde bastante tiempo antes. A lo que iba. Como se dice en el escrito, el propósito no es otro que crear una herramienta coercitiva que le sirviera a la Asamblea para controlar una hermandad que había cobrado mucho poder durante las últimas décadas. Para mí

fue un hombre adelantado a su época, un visionario, prueba de ello fue que en 1870 funda *La Nación* percatándose de la importancia que iba a tener en el futuro el manejo de la información. Hoy todavía es uno de los diarios con más influencia de Argentina. Otro dato más: está documentado que el 21 de julio de 1860, otra vez el veintiuno, teniendo solo treinta y nueve años, asume el trigésimo tercer grado del Gran Templo de la Masonería Argentina de libres y aceptados masones. Muy precoz.

Erika arruga el entrecejo.

—Extraño —califica.

—No puedo mostrarte esos documentos; no los llevo encima, los tengo bien guardaditos.

—No lo digo por eso, lo que me escama es que llegue a ser Gran Maestre de dos logias…, me parece excesivo.

—Y, sin embargo, era algo muy común en las sociedades ocultistas, como era la Gran Logia de los Puros. Enseñan una parte para tapar otra más grande aún. Es de suponer que en esa época ya vistiera la túnica de Dante y solo dos años más tarde asume la presidencia del país. El mandato de Mitre como Gran Maestre se extiende, como dicta el *Novem Regulas,* hasta la fecha de su muerte, acontecida en 1906. Más de cuatro décadas durante las cuales uno puede conjeturar sobre la cantidad de nombres de personas influyentes que quedaron expuestos en El Cartapacio. La sombra de la hermandad ya era muy extensa por aquel entonces, ¿sí? Tiempo suficiente como para tomar conciencia del poder que tenía El Cartapacio e idear el asunto del mapa y las llaves como medida de seguridad y, por qué no decirlo, como muestra de vanidad. Cuarenta años dan para mucho.

—Cuando los cumpla te lo cuento.

Bujalesky compone una mueca complaciente.

—Pero hay algo más. La primera edición traducida de la *Comedia* en la Argentina viene firmada precisamente por Mitre, dedicado a esa labor en cuerpo y alma a lo largo de los últimos años de su vida, un tramo final en el que deduzco que elabora el asunto del mapa y las llaves. Para mí no existe ninguna duda, Minos era Mitre. Pero, insisto, las actividades delictivas de la Congregación arrancan con el mandato de Ciacco, su sucesor. Bartolomé Mitre es solo el padre de El Cartapacio. No digo que fuera un santo, que ya se encargó él de demostrarlo en la guerra de la Triple Alianza ayudando a los brasileños a exterminar paraguayos; no, quiero decir que desde su óptica era imposible que vislumbrara los efectos que ello iba a ocasionar en el futuro. No encontré ningún hecho delictivo durante su mandato que pudiera ensuciar su nombre más allá de lo que hoy llamamos tráfico de influencias y que en la época era algo inherente a la vida política.

Erika rehúsa debatir sobre el asunto, todavía tiene frescas las imágenes de Corteza de Roble sosteniendo a Sagitta para clavarle la daga en el estómago. Prefiere fijarse en los detalles decorativos de aquel espacio infernal. Se detiene en una amenazante estatua de dragón, de cuyas fauces cuelga la cadena de una lámpara.

—Los cóndores y los dragones —va señalando— representan los principios alquímicos, cuyos atributos tienen muchos puntos de encuentro con esa pureza y la perfección que tanto admira la masonería. Herencia de la tradición rosacrucista que adoptaron muchas logias. Mi hijo escribió una canción sobre eso: *Manifiesto rosacruces*. Debió de leer algunos de mis apuntes para inspirarse, porque la letra es… ¡Concretá, Buja!, ¡concretá! —se dice a sí mismo golpeándose la frente con la palma de la mano.

Se toma un respiro, pero se repone de inmediato. No quiere perder el hilo de la conversación y prosigue en el punto en el que lo ha dejado.

—Como te iba diciendo, es el siguiente portador de la túnica de Dante el encargado de llevar a cabo la obra de Minos, es decir, edificar esta maravilla y completar las Columnas de Hércules con el Palacio Salvo de Montevideo.

—De este, del Palacio Salvo, prácticamente no me has hablado. ¿Qué papel representa en todo esto?

—Es la columna que les faltaba para replicar la visión de Dante. Nada más. Su estructura recuerda al Barolo, sí, porque lo diseña el mismo arquitecto, pero no se ciñe a la *Comedia* como el nuestro. En mi humilde opinión, Palanti se limitó a cumplir con el contrato cuanto antes para mandarse a mudar a su país. Ni siquiera le llegaron a instalar el faro.

—Entendido.

—No quiero parecer uno de esos trapalones, pero permitime que vuelva al punto anterior, es importante. Justo a la llegada de Ciacco. Como te decía, es bajo su dirección cuando toman conciencia del poder político que tienen y la influencia económica que ejercen. Y deciden explotarlo a lo grande. Crea la figura de los arcángeles con el único propósito de proteger sus intereses atacando los de los demás y pasando así de ser una logia masónica a una verdadera organización criminal. Eso es obra de Ciacco.

—Ciacco —repite ella.

—Es sintomático que adopte este nombre. Ciacco es un personaje que aparece en el tercer círculo del infierno, en el que habitan los glotones, hostigados continuamente por Cerbero, el can de tres cabezas. Para Dante, glotones o golosos son los que se entregaron a los placeres para llevar una vida de satisfacción carnal plena. Dante lo reconoce y lo señala con gran desprecio, pero en ningún momento lo

identifica y esto es lo extraño, porque la mayor parte de los personajes que cita Dante corresponden a personajes históricos. ¿Por qué elegir el nombre de Ciacco? Se puede interpretar como una forma de anunciar a sus hermanos la ruptura con los valores anteriores de la Logia de los Puros y, por ende, la necesidad de mantenerse en el anonimato más absoluto. Esta teoría viene apoyada por el hecho de que durante su mandato pasan a llamarse, no se precisa cuándo, la Congregación de los Hombres Puros.

—Y es quien ejecuta la idea de su predecesor.

—Tal cual, doctora.

—¿Y no es una contradicción hablar de ruptura con lo anterior y a la vez llevar a cabo el proyecto de Minos?

—Capaz que sí, pero estando aprobado por la Asamblea constituiría un comienzo muy mal visto por sus hermanos dar la espalda a un proyecto que hacía muy poco habían avalado los custodios. No te olvidés de eso, la Asamblea tiene demasiado peso y tengamos también presente que la ejecución del proyecto le servía a Ciacco para honrar a su, digamos, padre fundador de la logia. Su nombre quedaría por siempre ligado al de Dante Alighieri. De cualquier forma, tampoco merece la pena romperse el bocho con su identidad. Yo ya invertí mucho tiempo en especulaciones que no pude concretar. Seguramente pertenecía a una familia relacionada con la banca, pero lo único que sé con certeza es que su mandato se extiende hasta 1933 y que su testigo lo recoge Jasón, que llevó a la hermandad a alcanzar las cotas más altas de poder, un poder que han mantenido hasta nuestros días. Ya dejé atrás la fase de intentar reconstruir el pasado de la organización, porque los muros contra los que topé me hicieron concluir que las respuestas que buscamos están escritas en El Cartapacio. Por eso lo único que nos tiene que importar es encontrar la entrada del infierno y localizar la primera llave.

—¡No es posible! —escuchan vocear al pie de las escaleras—. ¡Buja! ¡¿Sos vos?! ¡¿De verdad que sos vos?!

Un hombre de avanzada edad pero de buena talla tiene que mantener el equilibrio apoyándose sobre la columna rematada en una lámpara con cuatro esferas al pie de una de las escaleras por las que se asciende al purgatorio.

Bujalesky va presto a su encuentro, visiblemente emocionado.

Parque Tres de Febrero
Buenos Aires (Argentina)

A Robert J. Michelson le encantaría saber qué decisión tomaría su padre si estuviera en esa situación, con la meta a la vista pero sin aire

en los pulmones. No está realizando ningún progreso en la búsqueda de Bujalesky y las últimas noticias recibidas le han provocado una sensación de asfixia que le han forzado a buscar una zona verde en la que poder respirar primero y valorar después. El paseo por los bosques de Palermo ha conseguido aligerar su mente y, tras deleitarse el olfato en el rosedal, ha continuado caminando hacia ninguna parte.

Ahora tiene delante decenas de gansos correteando de un lado a otro como si alguna presencia invisible los estuviera acosando. Encuentra cierta analogía con su situación actual, de perseguidor a perseguido. Recuerda que cuando era niño le encantaba ir a cazar con su padre. Aprendió a disparar la Browning a los once años, pero no fue hasta los trece cuando logró cobrarse su primera pieza. Guardaba en la memoria la expresión orgullosa de su padre, como si se hubiera hecho un hombre en el preciso momento en el que abatió aquel pato. Parece una broma macabra. Toda una vida dedicada a cazar personas para terminar sintiéndose amenazado. ¿O puede que todo sea fruto de una mala interpretación por su parte? Alterado, busca un sitio para sentarse y encuentra un banco donde poder desmenuzar los hechos que conforman la realidad.

Lo primero que ha hecho en cuanto regresó de Misiones ha sido ir a esa dirección que le proporcionó Ramírez, pero el único habitante de la casa era un gato asustado y tampoco ha sacado nada de provecho del registro de la vivienda. Sin Miguel, ya no cuenta con el poder intimidatorio de los arcángeles y eso debilita su candidatura como Gran Maestre. En realidad le importa muy poco quién termine vistiendo la túnica de Dante ahora que se ha perdido la conexión con El Cartapacio. Tiene que buscar la forma de hacerse con él, pero sin la ayuda de Bujalesky no va a ser posible y en ese punto tan crítico no está consiguiendo ningún progreso. La única opción que le queda es ir al hospital en el que Ólafur Olafsson está detenido, lo que también conoce gracias a Ramírez, aunque no sabe muy bien qué va a conseguir con ello. Por otra parte, Caronte ha sido asesinado brutalmente en su propia casa y, por lo que ha podido averiguar exprimiendo al máximo a sus informadores, se especula con un posible homicidio por encargo. Un profesional. Con razón no conseguía contactar con él. Los muertos no contestan. No obstante, ha sido la última noticia la que le ha hecho juntar las piezas. Pluto le ha avisado de que Minotauro ha decidido presentar batalla en la disputa por la túnica de Dante y está buscando apoyos entre los miembros de la Asamblea. Al parecer, Pluto se ha ofrecido a organizar una reunión en su territorio —argumentándole que el único interés que le mueve es el de sostener su aparente imagen neutral con los opositores—. Al encuentro asistirán Anteo y Efialtes, lo cual no puede significar más que Minotauro se está quitando de encima posibles opositores y que

ha contratado a algún arcángel para eliminar votos en contra. Y si está en lo cierto, él es, por fuerza, un objetivo prioritario. Tiene que conseguir protección, pero Jofiel ya tiene el encargo de proteger a los custodios sediciosos y ni Gabriel ni Samael han respondido a sus mensajes.

—Siempre actúan así.

Una señora que supera los setenta se ha sentado a su lado sin que Michelson se percatara.

—Disculpe, pero mi español es algo deficiente. ¿Cómo dice?

—Los gansos, me refiero a los gansos, ¿viste? Normalmente se comportan de la misma forma cuando se sienten amenazados.

Habla muy despacio, lo cual favorece la comprensión de Michelson, que se limita a sonreír con amabilidad.

—Primero estiran el cogote, luego agitan las alas con fuerza y emiten ese sonido tan…, tan varonil —define—. Aparentan coraje, pero, en realidad, están muertos de miedo.

Como él.

Sentirse seriamente amenazado por primera vez en su vida no le permite pensar con claridad. Tiene que empezar por estirar el cuello.

—Muchas gracias, señora —se despide.

Todavía no ha salido de los bosques de Palermo cuando se percata de que ha tenido la solución delante de los ojos pero la venda del miedo no le ha dejado verla.

Necesita aliados.

Michelson saca su móvil. Tiene que hacer dos llamadas. Primero a Ramírez y después a Thomas Lee, un galés que estaba a sus órdenes a lo largo de su etapa como director de la ISUF al que llamaban «Engrudo» por lo pegajoso que era en el desempeño de sus funciones: localización y seguimiento de personas.

Apenas ha invertido unos minutos en contarle una película para que curse la petición de geolocalización del teléfono desde el que Bujalesky llamó a Ramírez para que le ayudara a averiguar el estado de salud de Ólafur Olafsson.

—Calcula unas veinticuatro horas —le dice Engrudo.

—Discreción absoluta.

—Ese es mi lema.

—Te debo una.

—Unas cuantas.

—Lo sé —se despide.

Lo que no sabe, ni se imagina, es que Engrudo no tarda veinticuatro horas, sino veinticuatro segundos, en levantar el teléfono e informar a Connor Murphy.

Veinticuatro minutos después, suena el del inspector general Makila.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Ambos han logrado retener las lágrimas durante los instantes en los que se han repartido abrazos, arrumacos varios y demás carantoñas.

Erika le adjudica unos sesenta años. De piel morena, sus ojos son dos esferas negras empequeñecidas por el tamaño de una nariz de corte aguileña. En sus facciones predomina la línea recta configurando un semblante sobrio, de sacerdote de ritual precolombino, expresión que ahora está un tanto desdibujada por la emoción del reencuentro. Es incluso algo más alto que Bujalesky, a pesar de que camina ligeramente encorvado y se apoya sobre un bastón.

—Este es Telmo, el amo del calabozo —le presenta. Bujalesky le ha puesto al día en el tiempo en el que ella ha salido a fumar un cigarro —. Ella es la doctora que te decía antes.

—Me ha hablado mucho de usted. Un placer —dice ella ofreciéndole la mano. La tiene suave y tersa como un pianista. A Erika le da la sensación de que le ha realizado un diagnóstico completo en menos de un segundo.

—Doctora, el placer es todo mío. Tutéeme, por favor. Si es amiga de Buja, considérese mi amiga.

—Mis amigos me conocían así —aclara el experto—. Y vos no te agrandés, viejo, ¡que le triplicás la edad a la dama! Y bueno, doctora, ¿hacia dónde querés continuar? ¿Bajamos al infierno o iniciamos la ascensión al purgatorio?

—Al infierno, por supuesto.

—Cuando volvamos a subir le contás bien la historia —dice refiriéndose a la estatua del cóndor que porta a Dante al paraíso y que domina el pasaje.

—Dale. Allá abajo hay muy poco que ver, pero yo se lo enseño con mucho gusto —advierte Telmo—. Busco las llaves arriba y en dos minutos estoy de nuevo con ustedes.

—Tiene un acento raro —observa ella.

—Porque el cultipicaño es un perro sarraceno. Debió de nacer en Turquía o por allá, pero se vino muy joven a la Argentina con su familia. Luego le preguntamos si querés y que nos confirme.

Erika se limita a sostener un gesto amable mientras el experto le vuelve a contar la amistad que cultivaron durante las muchas horas que pasaron juntos tratando de interpretar señales que jamás encontraron.

Telmo regresa exhibiendo un semblante cargado de ilusión.

—Y bueno…, ¿preparados para entrar en el infierno? —pregunta

ufano el encargado.

Lo hacen por unas escaleras que no son de acceso público ni se muestran en las visitas guiadas. Telmo va delante encendiendo y apagando luces.

—Todos estos espacios fueron pensados para albergar lo que no es del interés de la gente, pero que, en realidad, son los órganos vitales. Calderas, cuadros de luz, depósitos…, es decir, los pulmones, el corazón, los intestinos… —define Telmo.

—Dijo el cirujano.

—Barolo había pensado quedarse con este espacio, ubicar acá sus almacenes textiles y sus oficinas, fuera del alcance de las miradas de curiosos.

—Ya me contó Buja lo de los ascensores privados.

—Y sí, Luis Barolo era muy reservado. Toda la estructura se concibió como un edificio inteligente y se autoabastecía de energía eléctrica, gas y agua a través de una usina propia que, lógicamente, fue sustituida hace décadas por otros sistemas más modernos.

—¡Dale, papá, mostranos lo que nos tenés que mostrar! —le apremia Bujalesky.

—El Tercero del Medio.

—¡El río Aqueronte, pedazo de boludo!

Telmo no esconde su sonrisa.

—Bajemos por acá.

Llegan a una habitación oscura en la que hay una placa metálica que el encargado retira sin apenas esfuerzo.

—El entubamiento está a unos seis metros de profundidad, pero no hace falta acercarse para oírlo. Debe de bajar con bastante agua por las últimas lluvias.

Cuando se hace el silencio se escucha el discurrir del agua.

—¿Hacia dónde va?

—En época colonial se conocía como arroyo Matorras y nacía en la intersección de Entrerríos con Independencia. Desde allí viajaba hacia el oeste y formaba una pequeña laguna donde ahora está la plaza Lorea.

—A dos cuadras de acá —aclara Bujalesky.

—A partir de ese punto hace un recorrido sinuoso pasando por este solar hacia la calle Talcahuano.

—Así como lo ves, este petisito forro de mierda es el responsable de que se inunde cada dos por tres el tercer sótano del teatro Colón.

—¡Pero contalo vos, pelotudo, ya que lo sabés mejor que yo! —le recrimina Telmo.

—Listo, ya chito el culo.

—Desde el Colón gira hacia la plaza Lavalle y luego sube hacia Paraguay y regresa por Córdoba y Maipú hasta la calle Florida y Tres

Sargentos hasta desembocar en el Río de la Plata.

—Que vendría a ser el trazado del río Aqueronte que menciona Dante y que separa el anteinfierno, donde están los indolentes y pusilánimes, del limbo. Los que están en esa otra orilla persiguen estandartes mientras son atacados por avispas, abejas, gusanos y otros insectos que les succionan la sangre y las lágrimas. Son los que han elegido una vida carente de compromiso y valores individuales. Condenados por seguir a las masas.

—Esto te lo cuenta para justificarse por la obsesión que le agarró con el dichoso riachuelo —le susurra Telmo a Erika para que lo oiga Bujalesky.

—Es más que evidente que está relacionado —se defiende este—. Ahora bien, está todo entubado y, aunque revisamos concienzudamente el antiguo y el nuevo trazado, no encontramos nada. Ninguna señal. Nada.

—Puede que se trate de algo que simbolice un río —dispara Erika al aire.

—También lo pensamos, pero la inspiración nunca nos iluminó —reconoce Telmo—. ¿Qué tal si subimos a ver la *Ascensión?* Acá ya no queda nada por ver y quizá la extravagancia nos ayude…

Esperan a que el grupo de turistas se aleje para congregarse en torno a la estatua inspirada en la original que diseñó el propio Palanti. Forjada en dos tipos de bronce, de dos metros de ancho y metro y medio de altura, representa un cóndor que porta sobre sus alas el cuerpo inerte de Dante en su última etapa hacia el paraíso.

—Hermosa —califica Bujalesky—. La habré visto un millón de veces y siempre consigue emocionarme. Adelante —anima a Telmo.

—Se sabe que la original fue mandada construir en Trieste y que debía llegar antes de la inauguración del edificio, que se había previsto en septiembre de 1921, haciéndola coincidir con el sexto aniversario de la muerte de Dante. Se cargó en la bodega del *Calabria,* un buque que venía con muebles tallados a mano en Europa, algo muy habitual en la época dorada de nuestra ciudad, que competía con otras grandes urbes del continente por ser la más destacada. La caja estaba marcada con un distintivo de la Fede Santa para que fuera fácilmente identificable en el puerto de destino. Además, el propio Barolo se encargó de contratar a dos personas para que la custodiaran en todo momento. Sin embargo, cuando el barco arribó al puerto de Mar del Plata, la *Ascensión* ya no estaba. Luis Barolo enloqueció, porque estaba convencido de que la Logia de los Puros había logrado hacerse con las cenizas del poeta y viajaban en su interior.

—Figúrate: el empresario era un dantista reconocido y había invertido casi todo su capital en levantar un enorme mausoleo para Dante que estaba a punto de ser inaugurado sin las cenizas del poeta.

Perdió completamente el norte —apostilla Bujalesky.

—Gastó mucho dinero en investigar el robo, pero lo cierto es que pasaron las semanas y los meses y la dichosa estatua no aparecía. A pesar de no cumplir con la fecha prevista, no dejó de buscarla hasta que se dio por vencido en junio de 1922, que decidió suicidarse ingiriendo, se dice, veneno para ratas. Lo extraño es que en los diarios de la época figura que el empresario Luis Barolo fue encontrado muerto en su casa tras sufrir un ataque cardíaco.

—Deduzco que no se investigó su muerte —interviene Erika.

—Deduces bien, doctora —confirma Telmo.

—Lo cual no deja de ser extraño, porque Buja me ha comentado antes que no existen pruebas fehacientes que indiquen que los restos de Dante pudieran haber llegado a Argentina. Lo mismo se suicidó por otros motivos, ¿no?

Bujalesky le hace un gesto a Telmo. Este asiente.

—Pruebas fehacientes no, pero sí tenemos algunos indicios… de peso —califica.

Erika se mantiene a la expectativa. Ahora es el dantista el que interviene.

—¿Recordás que te dije que lo realmente importante no lo guardaba en la casa de mis viejos?

Erika ya sabe adónde van a ir.

EL FINAL DEL CUENTO

Residencia de Pluto
Chicago (Estados Unidos)
Septiembre de 2013

Se mueve por la casa como una corriente de aire. Lleva las gafas de visión nocturna y el barrido térmico le ha indicado que no hay seres vivos en el interior. Solo le resta dar con el lugar propicio y para ello necesita ver la vivienda por dentro. El escáner de penetración estructural integrado en su equipo le generará un plano en tres dimensiones de la vivienda que hará visible lo invisible.

Gabriel sigue sorprendida por la sencillez con la que ha burlado los sistemas de seguridad. Contaba con los medios necesarios para desactivar detectores de movimiento por infrarrojos, sensores de presión, dispositivos disuasorios y otras medidas de prevención y protección, pero no ha requerido más que acceder al *software* de control de los lectores biométricos de un acceso lateral para entrar. Ni una sola de las once cámaras de seguridad que conforman el circuito cerrado estaba activa y la única explicación que ha encontrado es que los custodios creen que Jofiel es garantía suficiente.

Gabriel no puede saber ni se figura que ha sido el propietario quien lo ha desactivado para permitir la entrada a un equipo de la Interpol que se va a encargar de detener a sus hermanos custodios.

Ella conoce bien a Jofiel, el arcángel que representa el estaño, a pesar de que jamás lo ha visto en persona. Colombiano, de cuarenta y cuatro años, penúltimo arcángel incorporado a la Congregación. Asesino a sueldo desde los catorce, empezó a trabajar para el cártel de Medellín diezmando las filas de su rival de Cali. Sus logros llamaron la atención de Efialtes y le consta que pasó la formación con Damocles de modo brillante. Principalmente ha trabajado en el continente americano, pero también ha cumplido encargos en otras partes del planeta. Su mayor virtud es la de asumir riesgos en circunstancias adversas donde otros no lo harían, pues su cerebro procesa las situaciones extremas como cotidianas. Su fuerte son las armas cortas

de fuego, la espada solo la usa para ajusticiar si el solicitante lo requiere.

Es un duro rival que ha elegido el bando equivocado y que tiene que eliminar. El reto la motiva.

Se sienta en el suelo y, mientras el escáner de penetración estructural va tejiendo el plano en la pantalla, Gabriel se entretiene realizando una regresión en el tiempo, justo al instante en el que fue capturada por los animales de dos patas.

Su semblante se endurece.

Emplearon varios días en trasladarla desde la reserva de Bujawe hasta la isla Malden. En aquella playa la liberaron y abandonaron a su suerte únicamente con un recipiente metálico que contenía agua en su interior. Durante la primera jornada recorrió aquella porción de tierra semidesértica en la que la poca vida que quedaba era la que había sobrevivido a las pruebas nucleares que llevaron a cabo los británicos en 1957. Necesitaba resguardarse de los perniciosos rayos solares, pero en los treinta y nueve kilómetros cuadrados de nada absoluta solo encontró un extraño conjunto megalítico donde protegerse. Lo primero que aprendió fue a adoptar con su cuerpo la forma de las sombras que proyectaban las piedras en el suelo y cuando caía la noche exploraba aquella jaula con barrotes de agua salada en busca de alimento: pequeños reptiles, insectos y huevos de aves migratorias que anidaban en la parte oriental. Cuando se le terminó el agua, Adla pensó que había llegado al final.

Pero se equivocaba: su vida acababa de empezar.

Residencia de Telmo
Barrio de Belgrano
Buenos Aires (Argentina)

Bujalesky acomoda como puede su incomodidad.

El dueño de la casa ha tenido la deferencia y amabilidad de retirar de la vista los objetos amarillos; no obstante, a través de la ventana se puede ver una valla publicitaria con un enorme sol amarillo por reclamo. Con el paso de los años o quizá por contagio con su amigo el dantista, Telmo ha desarrollado cierto rechazo a los espacios cerrados, por lo que no ha accedido a su petición de bajar la persiana.

El experto da un sorbo prolongado al mate, vierte más agua caliente del termo y se lo pasa a Erika.

—Buja, ahora que no nos escucha Telmo, te quería preguntar algo que me lleva zumbando un tiempo la cabeza —dice Erika bajando el tono—. Si Telmo ha sido tu amigo y confidente estos años, ¿por qué no le confiaste a él el pago de la residencia de tu madre y se lo

encargaste a Ramírez, un tipo con el que guardas una relación menos estrecha y que vive a más de mil kilómetros de Buenos Aires?

—Este viejo choto, ahí donde lo ves, tiene una vida muy enquilombada. Es una institución en GEBA, el club al que vendió su alma. Por acá es algo habitual, pero a él la tradición le viene de muy atrás. No hace tanto que viajaba por todo el continente con sus pupilos y no podía comprometerlo con una carga así, y, por otra parte, tampoco quería que terminaran poniendo a mi vieja en la calle porque a este loco se le pasara hacer el pago, ¿entendés? Es raro —prosigue mirando en derredor—, solía tener muchas fotos por acá donde se lo ve en plena acción.

A Erika le costaba imaginarse a Telmo de corto, rematando de cabeza.

—Era un fenómeno. Luego le decimos que te muestre la sala de trofeos, pero ahora no, por favor, que se nos viene arriba y nos come la tarde.

Precisamente en ese momento se incorpora Telmo a la charla portando una bolsa de yerba mate.

—Ya estamos todos —anuncia Bujalesky con aire eufórico—. Voy a concretar al máximo, lo prometo. Y *bue…,* me comprometo a intentarlo, más bien —precisa antes de concederse un instante—. Como sabés, Dante nació en 1265 y fue bautizado en Florencia con el nombre de Durante di Alighiero degli Alighieri. Amó Florencia hasta el día de su muerte. Dante, al margen de brillante poeta, fue un hombre que se destacó en la vida política de la ciudad, llegando a ocupar uno de los seis sillones de magistrado de la ciudad. Son esos los años en los que se inicia en la masonería dentro de la mencionada Fede Santa. También se sabe que participó activamente en las luchas de poder entre güelfos y gibelinos y, tras imponerse su bando, que eran los güelfos, estos se dividieron en dos facciones: los blancos y los negros. Él pertenecía a los blancos, contrarios a la expansión del poder del papa Bonifacio VIII, facción que esta vez terminó siendo derrotada. Así, fue condenado a muerte luego de que se negara a retractarse en público de sus ideas políticas, pero con posterioridad le ofrecieron cambiar la horca por la prisión si juraba no regresar jamás a Florencia, y Dante eligió el exilio voluntario dejando en Florencia a su mujer y a sus tres hijos para evitar que le despojaran de sus posesiones. Esto te lo cuento solo para que sepas algo más de cómo era la persona, no como personaje. Vivió en varias localidades del norte de Italia, donde empezó a escribir el *Infierno* entre 1306 y 1307. Hizo algunos intentos por volver a Florencia hasta que le ofrecieron un puesto diplomático en Rávena, ciudad en la que se estableció definitivamente y donde terminó de escribir la *Comedia* cuando finalizaba el año 1320. Meses después, en una misión diplomática que

tenía como objeto evitar que la ciudad Estado que representaba cayera en manos venecianas, contrajo malaria o paludismo, no se sabe con precisión, a la altura de Ferrara y murió días después en Rávena. ¿Hasta acá todo correcto? —pregunta más por darse otro respiro y tomar mate que por asegurarse de que Erika le sigue la explicación.

Ella hace un gesto afirmativo.

—Me alegro, porque es ahora que se viene el garrón. En un inicio fue enterrado en la iglesia San Pier Maggiore, hoy de San Francisco de Asís, en Rávena. Dos siglos después, en 1513, se produciría un cambio importante en el Vaticano con la elección de León X, hijo de Lorenzo de Médici, regente de Florencia. Este da la orden de trasladar los restos mortales del poeta a la ciudad que lo vio nacer, pero en Rávena los frailes franciscanos tenían otros planes. Practicaron un agujero en el féretro, extrajeron uno a uno sus huesos y los ocultaron, perdiéndose su pista ciento cincuenta años, hasta que el padre Antonio Santi revela dónde están los restos. Saltamos ahora hasta 1780, año en el que el cardenal Gonzaga manda levantar el templete de estilo neoclásico, tan indigno para la entidad de su ocupante, que, todavía hoy, se supone que alberga los restos de Dante.

Erika sonríe maliciosamente.

—Se supone, claro.

—Se supone porque en 1865, subrayo la fecha —enfatiza dibujando una línea muy recta en el aire—, para conmemorar el sexto centenario del nacimiento del sumo poeta, se encarga al escribano Saturnino Malagola…, memorizá este nombre —enfatiza levantando ambos índices—; del resto, si no te digo nada, olvidate. Pues eso, que a Malagola le encargan una certificación de los restos mortales. ¿Y por qué? Nadie lo sabe. El caso es que se aprovecha la coyuntura para separar parte de los restos, polvo, según se recoge en el documento que lo atestigua, con el propósito de pagar al escultor Enrico Pazzi, quien, años atrás, había recibido un encargo para realizar un busto de Dante que no le había sido retribuido.

—Vamos, que al escultor le pagan en cenizas —resume Erika.

—Eso es, como si los que hicieron el encargo, pertenecientes a la alta burguesía, tuvieran algún problema de guita.

—Y en 1865 Bartolomé Mitre ya era presidente de Argentina.

Bujalesky y Telmo se miran con complicidad y asienten.

—Bien visto, pero hay más.

—Seguí, seguí —le anima Telmo—, yo voy a cambiar la yerba, que el mate ya está muy lavado.

—Avanzo ahora hasta 1929. En ese año, uno de los sobres de Pazzi, que este había donado al director de la Biblioteca Nacional de Florencia, Desiderio Chilovi, forma parte de una exposición y, seis años después, cuando van a inventariar las existencias por el traslado

de la biblioteca se percatan de que…

—Ha desaparecido.

—*¡Plufff!* —escenifica Bujalesky.

—Es de coña.

—Puede parecerlo, pero te aseguro que todo lo que te estoy diciendo fue debidamente contrastado por este que te lo cuenta durante mi época como director del CONICET.

—Es cierto, doctora —corrobora Telmo—. Me robó la mañana completa de un sábado para demostrármelo. No cometás el mismo error que yo, che.

—Ni se me ocurre. Continúa, continúa —se apresura a decir Erika.

—Ya termino, pelotudos. Sí, eso es —enlaza—. Los restos vuelven a aparecer por arte de magia en 1999 cuando dos bibliotecarios que revisaban unos legajos antiguos encuentran el sobrecito con las micropartículas dantescas. Y así, de esta forma, Florencia consiguió tener parte de los restos de su hijo más universal.

—Es decir, que con tanto ir y venir, particiones y reparticiones, no puede descartarse que la Congregación de los Hombres Puros se hiciera con parte de los restos de Dante.

—No, no puede descartarse; de hecho, por los versos de Minos podría entenderse que sí tuvieron éxito. Ahora, la pregunta es: ¿nos importa? —lanza Bujalesky.

—Nos importa si de alguna forma nos ayuda a llegar hasta El Cartapacio y si, como parece, Minos, el presidente Mitre, podría estar involucrado en el asunto.

—Lo investigué, pero, como te dije, no encontré ninguna prueba.

—Ya nos gustaría —apostilla Telmo.

—Por ahora, solo es una hipótesis que puede relacionarse con la no menos misteriosa desaparición de la *Ascensión,* cuyo final Telmo no te contó.

—Alguien podría escribir una novela con todo esto —sugiere ella.

—¡Dale, Telmito, dale, que se nos escapa la tortuga!

—Finalmente, el edificio se inaugura sin la *Ascensión* y pasan los años sin que nada se sepa al respecto, hasta que en 1997 un investigador contratado por la Fundación Barolo la localiza en un jardín de una casa particular en Mar del Plata, en concreto en la calle Güemes, en manos de un coleccionista privado que asegura no conocer su procedencia. El administrador del Barolo y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires tratan de comprársela, pero este se niega. Extraño. Años más tarde, cuando muere el hombre, vuelven a pujar con algo más de guita, pero la viuda ni siquiera les recibe. Poco después, alguien entra en su casa, mutila la estatua a la altura de los pies y se la lleva.

—Dos novelas.

—Esperá, esperá… —dice Bujalesky—, que recién llega lo mejor.

—En la base de la original se puede leer: *«Glorificando gli eroi nostri di terra del mare, del cielo particolare del momento.* Trieste 1919. M. Palanti SOTT. T.». La inscripción no es más que una bonita y elevada frase en consonancia con el filofascismo del autor.

—¿Palanti era fascista? —pregunta Erika.

Telmo se apresura a contestar.

—Sentía una gran admiración por el Duce, así es. De hecho, cuando concluye el Palacio Salvo y regresa a su país, le presenta a Mussolini varios proyectos, entre los que estaba la Mole Littoria, una monstruosidad de más de trescientos metros de altura que finalmente no llegó a concretar. Se conservan varias cartas de Palanti a Mussolini, pero es la última la que nos llama la atención. Le anuncia que decide renunciar a la arquitectura motivado por la no realización de ninguno de los proyectos que le ha presentado. Dicho y hecho. Se retira al campo y nunca más se supo del arquitecto. Pero lo importante es lo que sigue. Profesor —concluye cediendo la palabra a su amigo.

—«Trieste 1919». «SOTT. T.». Ahora volveré sobre la fecha, pero antes nos pararemos en estas letras. Acordate de que te dije que la doble «T» unida por la parte superior pertenecía a la tipografía templaria, ¿sí?

—El número pi.

—Tal cual. SOTT significa «Soberana Orden Templaria». Te refresco que la Fede Santa nace a raíz de la persecución de los templarios y, prácticamente, adopta los mismos ritos iniciáticos, aunque los simplifica al máximo.

—¿Y la «T» del final?

—Indica el rango del firmante dentro de la orden. Corresponde al de escudero, uno de los más bajos dentro del escalado templario. Digamos que es alguien iniciado que sirve a un caballero de rango más elevado. Ya sabemos que la Logia de los Puros sintetiza los rangos en cuatro: centinela, guardián, custodio y Gran Maestre. Pues bien, acá de lo que quiere dejar constancia Palanti, utilizando la antigua nomenclatura del Temple, es de que sirve a un miembro de la orden superior. ¿A quién? Al custodio encargado de ejecutar el proyecto de Minos. Y ahora: ¿por qué la fabrica en Trieste? Podría haberlo hecho perfectamente en Buenos Aires y ahorrándose no solo el traslado, sino el riesgo de pérdida o robo.

—A no ser que su fin principal fuera dar cobijo a algo más importante en su interior —deduce ella.

—¡Correctísimo! —apunta jubiloso Bujalesky—. Para lo cual, tendría que tener ese algo antes de la fundición. Recopilemos fechas para formular la hipótesis. En 1865 ordenan la certificación de los restos mortales ya certificados al escribano Saturnino Malagola y, sin

saber muy bien por qué, extraen restos que no se especifican, pero podría tratarse de cenizas o polvo de Dante para pagar al escultor. Bartolomé Mitre ya era Minos y presidente de Argentina, ¿sí? Pero por muy Gran Maestre e inquilino de la Casa Rosada que fuera, no creo que los italianos le permitieran meter mano a los restos de Dante tan fácilmente. Necesitaba a alguien allí. Un hermano con mucha influencia política. Tanta o más que la que tenía Mitre al otro lado del Atlántico.

—No pienso tratar de adivinarlo —se adelanta Erika.

—Jamás lo lograrías. Estamos hablando ni más ni menos que de uno de los padres de la patria italiana: Giuseppe Garibaldi.

—Y así, señoras y señores…, ¡se completa la trilogía! —cierra Erika.

Residencia de Pluto
Chicago (Estados Unidos)

Un leve pitido le avisa de que la aplicación ha terminado de generar el plano, pero su cerebro no está procesando nada que provenga del exterior.

Sigue en la isla Malden.

Era un animal de dos patas diferente. No porque fuera pálido, ya había visto algunos de esos antes, era por su forma de comunicarse sin necesidad de hablar. Los primeros días se limitó a seguirle cumpliendo un principio básico: si hacía lo que él ordenaba, conseguía refugio, agua y comida; si no obedecía, se quemaba, pasaba hambre y sed. Pasado un tiempo, le desveló su nombre, Damocles, y el motivo por el que estaba allí: convertirla en un ser único con un único propósito. Y para ello, lo primero que le enseñó fue a superar las limitaciones de su cuerpo, a aceptar y entender sus imperfecciones para alcanzar la perfección. Comprendió que sus mayores ventajas partían de los defectos con los que había nacido. Si su piel era débil, la endurecía con lodo; si sus ojos no funcionaban con la luz solar, utilizaba el resto de facultades para llegar donde los sentidos no alcanzaban. Y solo cuando demostró a Damocles que había asimilado que su organismo era un bloque compacto bajo el control de la mente empezaron a tallarlo. Los entrenamientos comenzaban antes del amanecer y terminaban después del ocaso. Correr y nadar, lo único que cambiaban era la intensidad, la distancia y el peso que debía transportar. Siempre más. La jornada vespertina era para el combate cuerpo a cuerpo, su parte preferida. Durante los descansos le descubría la manera de comunicarse con él mediante las manos. Cuando él desaparecía bajo la tierra, ella dormía. Nunca se preguntó qué había allí abajo, porque le bastaba el mundo que abarcaba los

treinta y nueve kilómetros cuadrados de la superficie.

Adla pasó del odio y el temor a la dependencia que infunde el respeto, un sentimiento que muy pronto se transformaría en admiración. En pocas semanas los progresos eran más que notables. Con los discípulos anteriores, Damocles tenía que romper para rehacer y, si no lo lograba, el candidato a arcángel dejaba de serlo y entregaba su fracasado cuerpo al océano. Muy en cambio, Adla ya venía hecha añicos, pura, sin corromper, y desde que la vio por primera vez supo que esa criatura de piel blanca y ojos rojizos sería su mejor obra. La moldeó a su imagen y semejanza pensando que algún día esa niña le sucedería. Se trataba de un procedimiento heredado y testado con éxito por sus predecesores, los vigilantes y protectores del Templo. La última fase de la formación en la isla incluía las armas siguiendo el orden evolutivo: piedras, palos, hachas, lanzas, arco, hasta llegar a las más modernas armas de fuego. Y finalmente, la espada. El arte más noble, el combate más justo, la muerte más digna. Y de todas ellas, Adla eligió la falcata, o quizá la falcata la eligió a ella, dado que su manejo era muy similar al del machete. Toda vez que Damocles dio por terminado el adiestramiento, desapareció y ella jamás volvió a verlo. Lo echó de menos como nunca había extrañado a nadie, pero había llegado el momento de llenar los espacios vacíos de su mente, la mente de Gabriel, el nuevo arcángel mayor de la hermandad. Una labor que no le correspondía a Damocles.

Le correspondía a Corteza de Roble.

Entonces, su mundo se amplió a los dominios subterráneos, donde las imperfecciones del Gran Maestre se tornaron en la expresión más pura de la perfección. Durante un período imposible de determinar completó su formación y, cuando regresó al exterior, eso que siempre había considerado su enemigo le pareció lo más hermoso que contemplaba en su vida: el sol.

Adla tenía dieciocho años y acababa de nacer.

Como en un parto sin dolor, Gabriel regresa al presente para descubrirse a sí misma frente al plano tridimensional de la vivienda de Pluto. Se concentra y no tarda en detectar dos espacios ocultos tras los muros que sí están visibles. Las reconoce al instante: burbujas blindadas. Así las denominan las empresas de seguridad que las instalan. Y blindadas están en su pretensión de parecer tecnológicamente evolucionadas respecto a las antiguas habitaciones del pánico: estructuras herméticas de piel de acero con un único acceso acorazado pensadas para protegerse de una amenaza exterior durante un tiempo dilatado. Todos los circuitos —agua, aire, calefacción, electricidad y telecomunicaciones— funcionan de manera independiente del resto de la vivienda y están controlados desde un panel instalado en la propia burbuja. Su equipamiento se completa

con provisiones para varias semanas, un botiquín e incluso un coqueto arsenal de primeros auxilios.

Gabriel pone a trabajar otra aplicación en busca de la sempiterna vulnerabilidad de este tipo de sistemas: las comunicaciones. Ella no es *hacker,* pero los que diseñaron Teseus sí. Emplea unos minutos en rastrear señales de baja frecuencia hasta que localiza dos e inicia el proceso de desencriptación. Mientras el procesador de seis núcleos de su portátil obliga a Teseus a masticar algoritmos indescifrables, saltar *firewalls* infranqueables y atravesar *wrappers* intransitables, el arcángel se dirige sosegadamente a la burbuja que está en la planta baja adosada al otro lado del muro maestro de la sala de reuniones. Cuando llega, Teseus ya tiene el nombre de usuario y está emperrado en descifrar los cuatro dígitos que le quedan para violar la protección. Gabriel se entretiene examinando el revestimiento externo con el objeto de averiguar cuál de esas ranuras forma parte del acceso oculto, pero Teseus no le da tiempo a elucubrar. Con un sonido de correa metálica, el cuarto panel desaparece tras el tercero mostrando las vergüenzas de la burbuja.

Cuando termina de inspeccionarla, repite la operación con la que hay en la boardilla. Lo que encuentra allí no se lo esperaba, pero enseguida ata cabos. No existe otra posibilidad. Ahora lo comprende.

Eso lo cambia todo.

A mejor.

Residencia de Telmo
Barrio de Belgrano
Buenos Aires (Argentina)

Erika ha pedido permiso para fumar y Telmo, que hace años que no lo prueba, encuentra en el acto de resurrección de Bujalesky motivo más que suficiente como para prepararse un fernet con coca y aspirar un poco de nicotina.

—Es de dominio público que Garibaldi, influenciado por Mazzini, otro de los iconos del patriotismo italiano, ingresa en una sociedad secreta llamada La Joven Italia, un paraguas bajo el que se canjeaban argumentos subversivos por acciones violentas contra las autoridades. Garibaldi se destaca en esta última disciplina y termina participando en un levantamiento fallido en su Piamonte natal por el que es sentenciado a muerte. Logra escapar vía Niza para recalar primero en Brasil y posteriormente en tierras rioplatenses, llevando consigo sus ideas revolucionarias y libertarias.

—Y su patente de corso —añade Telmo.

—Cierto. Garibaldi arrastra una historia negra vinculada a la

violencia de sus conquistas y a prácticas esclavistas en la que, sin que sirva de precedente, no voy a profundizar. En 1841 alcanza el grado de Venerable Maestre de la logia Les Amis de la Patrie, sección uruguaya, vinculada con la Gran Logia de Oriente francesa y hasta 1848, que regresa a Italia para combatir por la unificación, se le conocen nutridos contactos con otras hermandades del continente. Sirva como ilustración el hecho de que, terminada su labor en Italia, le llega un ofrecimiento de Abraham Lincoln para combatir a su lado.

—¿Lincoln también era masón?

—No hay documentos que lo prueben, pero sí se sabe que se supo rodear de masones como… ¡No me distraigas más, que me pierdo, che!

Ahora es Erika la que se ríe. Es la primera vez que lo hace en mucho tiempo. Bujalesky disfruta del momento.

—Es de suponer que Garibaldi recalara en la Gran Logia de los Puros en ese período.

—¿Es de suponer? —cuestiona Erika.

—Me expreso así cuando no tengo en mi poder pruebas que lo certifiquen, doctora. De otra forma diría: «Garibaldi recala en la Gran Logia de los Puros en…» fecha concreta. Sin embargo, hay otras evidencias que me hacen suponer este hecho. En 1837, el afán libertario de Garibaldi…

—Entiéndase afán corsario —insiste Telmo.

—Telmito, me voy a recagar en tu alma si me volvés a interrumpir una vez más.

Este escenifica el cierre de una cremallera sobre los labios.

—Gracias. En 1837, el afán libertario de Garibaldi le trae hasta la provincia de Entre Ríos, al norte de Argentina. Ahí mantiene un enfrentamiento naval con tropas gubernamentales en el que recibe un balazo en el cuello que lo deja herido de muerte. En la huida tiene la fortuna de toparse con Jacinto Andreu, un rico comerciante catalán que se había llenado los bolsillos en Latinoamérica. El hecho está recogido en la bibliografía de Amaro Villanueva.

Bujalesky le hace una señal con la mano a Telmo y este le larga varios papeles.

—Son copias del expediente que me facilitó Flegias. Leo textualmente: «Garibaldi expresábase con dificultad, mas, así y todo, conversó con el señor Andreu, quien, masón como era, al reconocer en el herido a un hermano, le instó a que se dejara trasladar a Gualeguay, donde lo alojaría en su casa y lo cuidaría convenientemente». Ahí consigue que lo opere el médico personal del gobernador y lo hospeda en su propia casa durante seis meses, hasta que recupera la salud. Le salva la vida. Muy pocos conocen este suceso, a pesar de estar recogido en los libros de historia. Si no llega a ser por Jacinto Andreu,

el Risorgimento habría muerto antes de empezar.

Bujalesky pasa la hoja y se la muestra a Erika.

—Acta de la Asamblea del 14 de septiembre de 1860 mediante la cual se deja constancia del nombramiento de Minos como Gran Maestre de la Gran Logia de los Puros. El 14 de septiembre: fecha de la muerte de Dante. Obvio que no es una mera coincidencia, como tampoco lo es el año, el mismo en el que asume públicamente el trigésimo tercer grado del Gran Templo de la Masonería Argentina. Enseñar para tapar. Prestidigitación.

—Concretá, Buji, por lo que más querás. Concretá —le ruega Telmo juntando las palmas en actitud orante y moviéndolas a la altura del pecho.

—¡Cerrá el orto, che! Como ves —se vuelve hacia Erika—, debajo de los nombres reales de los custodios, aparecen iniciales. Mirá debajo de Caronte.

—J. A.

—Jacinto Andreu. Este otro, de cinco años después, es el de la aprobación del proyecto de El Cartapacio. Si te fijás en las iniciales, solo hay un cambio de custodio, pero Caronte sigue siendo Jacinto Andreu. Telmo, por favor, el poema de Rubén Darío.

—Vale, vale, me doy por convencida.

—Jodete. Ahora tenés que escuchar —le dice sin elevar el tono.

Jamás se viera una lealtad mayor
que la del león italiano
al amigo de América que amó en fraterno amor.
De Garibaldi y Mitre las dos diestras hermanas
sembraron la simiente de encinas italianas
y argentinas que hoy llenan la simiente de rumor.

Lo recita con poco virtuosismo.

—«De Garibaldi y Mitre las dos diestras hermanas» —repite—. Rubén Darío, que también era masón y recontra masón, pero esta te la ahorro, honra a sus hermanos en su libro de poemas *Canto a la Argentina,* concretamente en esta, que titula *Oda a Mitre.*

—Mis disculpas, profesor —dice Erika con sorna.

—Disculpas aceptadas, doctora —confirma en el mismo tono—. La cosa pudo suceder así. Bartolomé Mitre necesitaba la influencia política de Garibaldi y, a través de Andreu, custodio de la hermandad, convence al italiano, recordándole que le salvó la vida, para tener acceso a los restos de Dante. Favor por favor, práctica habitual entre los hermanos masones. No se hallaron actas ni documentos que informen de la presencia de Garibaldi u otras personalidades en el mencionado e innecesario acto de certificación de los restos mortales

escenificado por Saturnino Malagola; quizá ni siquiera acudiera, toda vez que había logrado su propósito, pero creo, creemos —rectifica mirando a Telmo—, que es en ese preciso momento cuando la Gran Logia de los Puros se hace con las cenizas de Dante. En reconocimiento a esta labor, el propio Bartolomé Mitre acude, no se sabe en calidad de qué teniendo en cuenta que ya estaba retirado de la política —valora con acritud—, a la inauguración de una estatua ecuestre en honor al caudillo italiano que todavía hoy campea el horizonte desde el epicentro de la plaza de Italia.

Telmo toma la palabra.

—Y no olvides que, en esos años, Mitre también se encarga de repatriar desde Chile los restos mortales de otro compañero masón, de nombre Juan Gualberto Gregorio de Las Heras, para que reposen junto a la cripta de José de San Martín en la Catedral Metropolitana.

Erika eleva las cejas, desconcertada.

—Aún no sabemos muy bien el motivo, pero pensamos que ambos hechos pueden estar relacionados —aclara Bujalesky; o lo intenta—. Bueno, el asunto es que, en la inauguración de la estatua de Garibaldi, Bartolomé Mitre cita las naciones que tienen que agradecer la prolija labor del italiano: «El Brasil como soldado de su democracia; la República del Uruguay como su defensor; los argentinos como combatiente contra su tiranía, en su tierra y en sus aguas». Lo cual prueba su mutua admiración y le sirve de reconocimiento póstumo hacia su hermano. Favor por favor.

—Muy bien —zanja Erika—. Dando por aceptado que sucediera como lo cuentas, podríamos pensar que la estatua de Palanti contenía los restos de Dante, pero, como desapareció antes de la inauguración, no lo podemos saber con certeza. ¿Es así?

—Tal cual.

Erika le da el último sorbo al mate.

—Fenomenal. Hemos recorrido todo el laberinto para llegar a otro callejón sin salida.

—Y bueno…, queremos pensar que las cenizas y El Cartapacio son dos calles que confluyen en la misma plaza —aporta el encargado del Barolo—. Solo hay que encontrar una señal que nos permita recorrer una.

—Así de sencillo —objeta Erika con sorna—. Por una parte, la pista de la estatua se perdió para siempre en el momento en el que algún vándalo la serró por la mitad y se la llevó; y por otra, lleváis años tratando de encontrar la supuesta entrada al infierno sin éxito. ¿En serio pensabais que contándome toda esta historia yo os iba a servir de ayuda?

—Ponele —confirmó Telmo.

—Para mí es más que suficiente por hoy —dictamina ella.

—Espera, ¿no querés ver la sala de trofeos de Telmito?

—Dejá que descanse un poco —interviene el aludido.

—Otro día —se zafa ella—. Quiero pasar por el hospital a ver a Ólafur y luego trataré de airearme, a ver si soy capaz de procesar toda esta información que revolotea en mi cabeza. Si no te veo en el hotel durante el desayuno, nos encontramos en el Barolo, al pie de la *Ascensión.*

—Vos podés pecar lo que quieras, que mañana ascenderemos juntos al purgatorio para que te libres de toda culpa.

Erika se despide forzando una mueca amable y enfila el pasillo. Sus pupilas recogen una imagen que cree reconocer, pero su cuerpo impone su criterio y sale de la casa. En cuanto cierra la puerta, nota que le falta el aire y, aunque inspira profundamente, no puede evitar que le sobrevenga un vahído. Se sienta en las escaleras e intenta sosegarse antes de liar un cigarro.

«Vamos, Erika, no te derrumbes ahora. Sabías a lo que venías, ¿no? Tienes que poder con todo esto. Sé positiva, Ólafur saldrá adelante. ¡Claro que sí!».

La nicotina cumple con su efecto lenitivo. Se siente mejor. Segundos después escucha los primeros acordes del ukelele a través de la puerta de Telmo. El ritmo, vivo y enérgico, la invita a permanecer escuchando. Utiliza la cuenca de la mano como cenicero.

Quienes cuentan el cuento llevan careta.
Barrigas hinchadas, pechos henchidos.
Uñas muy limpias para bajarse la bragueta.
Se escuchan más sus voces que tus ladridos.
Madrigueras de sangre y diamantes.
Como hobby *asesinan cantantes.*

El mundo gira para que todo siga igual.
Los capítulos se repiten.

Quienes viven del cuento llevan corbata.
Sillones de cuero para las reuniones.
Perfume de domingo contra el olor a rata.
Tu barrio vale menos que sus comuniones.
Si van a tocarte, se ponen los guantes.
Dejan el cargo con más plata que antes.

El final del cuento siempre acaba mal.
¡No se me agiten!

El mundo gira para que todo siga igual.

Los capítulos se repiten.
El final del cuento siempre acaba mal.
¡No se me agiten!

El mundo gira para que todo siga igual.
Los capítulos se repiten.
El final del cuento siempre acaba mal.
El cuento siempre acaba mal.
Siempre acaba mal.
Acaba mal.
Mal.

El final del cuento siempre acaba mal.
El cuento siempre acaba mal.
Siempre acaba mal.
Acaba mal.
Mal.

LA ARROGANCIA NO SIRVE DE NADA SIN VIENTO A FAVOR

Café Biffi. Galería Víctor Manuel II
Milán (Italia)
17 de marzo de 1930

Lo vio aparecer atravesando la entrada más próxima a la Piazza della Scala. Avanzaba despaciosamente con las manos refugiadas en los bolsillos, traza desbravada y una carpeta nada lustrosa bajo el brazo.

Habían pasado siete años desde la última vez que coincidió con él durante la inauguración del Palacio Barolo, pero aun desde la distancia se podía apreciar que el paso del tiempo no era el único cincel que había perfilado su rostro. La huella del fracaso era patente en el vestir, en el caminar, en el existir y, sentado en aquella cómoda terraza, quiso dejar constancia en su diario.

Desde que le destinaran de nuevo a Buenos Aires, Matthew J. Michelson no se había dedicado a otra cosa que a seguir el rastro de Mario Palanti con la inestimable ayuda de Rafael, arcángel mayor de la Congregación. Había confiado en su método y, aunque los resultados habían tardado en llegar mucho más de lo que él esperaba, finalmente consiguió averiguar el paradero de uno de los dos ladrones que había contratado el arquitecto para llevarse la *Ascensión* del puerto de Mar del Plata. Al desgraciado lo encontró en la ciudad de Rosario, pero la escasa información que logró sacarle le condujo a otro oscuro y desesperante pozo sin fondo. El tipo confesó, como ya sabía, que había sido el propio Palanti quien les había avisado de que los estaban buscando allá por el año 1922 y que ese mismo día salió de Buenos Aires para no volver a pisar jamás la capital. Sin embargo, su compañero, un tal Patricio Cagna, le había intentado convencer de que aquella estatua valía mucho más que los quinientos pesos que habían cobrado por el trabajo y que debían llevársela del almacén donde el arquitecto les había ordenado dejarla. Y eso fue lo último que les confesó antes de que falleciera a causa de los múltiples golpes que le causó Rafael con un bate de béisbol. La pista de Cagna se

perdía en el libro de registro de la frontera con Brasil en abril de 1923, pero Michelson no era de los que se rinden, por lo que decidió que tenía que contrastar aquella historia con la única persona que le quedaba por interrogar.

Esa cuyo paradero había tardado meses en encontrar.

Esa que acababa de toparse con el rostro de Rafael y que, como había previsto, tenía el suyo demudado.

—Tome asiento, por favor. ¿Quiere tomar algo? —le convidó el guardián.

—¡Usted!

La razón por la que había decidido mantener esa primera charla en un lugar tan concurrido no era otra que lograr que su interlocutor se sintiera a salvo y pudiera hablar sin tener que recurrir a otras artes menos civilizadas. Para ello siempre habría tiempo ahora que conocía la rutina de su objetivo. Y sus ataduras.

—No. Estoy perfectamente. Dígame qué le ha traído hasta aquí —exigió Palanti en un tono nada exigente.

—Respuestas.

—Respuestas —repitió apesadumbrado—. ¡Maldita sea…, ya he pasado por esto!, ¡por favor! ¿Qué más quieren de mí?

—Las respuestas correctas.

El italiano sostuvo la mirada de Michelson con la vacua esperanza de encontrar alguna falla.

—Está bien, terminemos cuanto antes.

—Ya veo que conserva su insolencia a pesar de lo poco favorable de la situación. Ya debería saber que la arrogancia no sirve de nada sin viento a favor y ahora mismo, arquitecto, le está soplando en la maldita cara.

—Cuando el barco se hunde las mercancías dejan de tener importancia.

A Michelson le hizo gracia el comentario.

—Sí, pero hay muchas formas de irse a pique: rápido y con honor o lenta y dolorosamente. Tengo mis cañones apuntando a su palo mayor —dijo refiriéndose a Rafael, que se había sentado a la mesa contigua —, así que le aconsejo que responda a todas mis preguntas con sinceridad si quiere seguir surcando el mar de tempestades por el que navega. Vamos a hacer lo siguiente: le voy a decir lo que sé y usted va a completar lo que no sé. Y le recuerdo que mi trabajo consiste en saber, en saber más que los demás —precisa.

Mario Palanti cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Empezando por el presente, le tengo que decir que estoy al tanto de que las cosas no le están yendo nada bien. Que hace unos cuantos años que trabaja en el proyecto de la Mole Littoria y que está tratando por todos los medios de ganarse los favores de Benito Mussolini. Por

ello y para ello, en 1925 se inscribió en el Partito Nazionale Fascista y, desde entonces, le ha solicitado audiencia formalmente en tres ocasiones sin que le haya concedido ninguna. Ni se la va a conceder mientras el Duce siga siendo miembro de la Asamblea —le adelantó—. En consecuencia, estos últimos años se ha estado arrastrando a ambos lados del Atlántico intentando vender sus ideas con escasísimo éxito.

Michelson se colocó la taza de café en los labios para asegurarse de que Palanti estaba asimilando sus palabras.

—Pero todavía resulta más interesante hacer una regresión al pasado. Justo al momento en el que usted encargó el robo de la estatua a dos ladrones de poca monta a los que pagó quinientos pesos. O, si lo prefiere, al día en el que les avisó de que los andábamos buscando, después de mantener aquella conversación conmigo en el Tortoni. De esta forma, no nos hace falta viajar al futuro para intuir de qué color se pinta, ¿verdad?

El arquitecto se secó el sudor de las palmas de las manos en la pernera del pantalón y asintió.

—Antes de empezar a hablar, me gustaría pedirle que no me obligue a disparar una salva a las primeras de cambio —le advirtió Michelson.

Palanti se humedeció los labios y elevó la mirada hacia la cúpula acristalada de la galería, como si así pudiera escapar de aquel embrollo.

—Al día siguiente de avisar a esos dos cretinos, se presentó uno de ellos…

—Patricio Cagna —se anticipó el guardián haciendo alarde de manejo de información.

—Como se llamara. Se presentó, como digo, en el Barolo para decirme que se había llevado la estatua y que si quería recuperarla tendría que pagarle cinco mil pesos.

—Lo mismo no era tan cretino —se burló.

—Sí, lo era, porque yo ya me había hecho con lo que me interesaba.

Matthew J. Michelson elevó las cejas.

—Explíquese.

—¡No me trate como a un estúpido! Usted y yo sabemos que la *Ascensión* no era más que un recipiente y lo último que yo quería en ese momento era tenerla en mi poder. ¡Odiaba y odio ese pedazo de bronce y realmente me importa muy poco lo que haya podido sucederle!

El guardián dedujo que estaba diciendo la verdad; así y todo, tenía que poner en duda sus palabras para averiguar lo que Ciacco no le había querido desvelar en Londres.

—No me creo que mutilara su obra para extraer lo que contenía en su interior.

—¡Deje de ponerme a prueba! Sabe tan bien como yo que solo había

que presionar las dos tes de la inscripción para abrir el compartimento.

—Lo sé, pero no deja de sorprenderme que diera con ello —improvisó.

—En realidad no fui yo, sino mi aprendiz. Él sospechaba que debía de existir algún mecanismo en su interior, porque durante el proceso de fundición se había presentado un relojero en el taller. Era cuestión de probar.

—Creo que no le he tratado con justicia.

—¿Ahora me viene con esas? No hace falta que se compadezca de mí, lograré levantar el vuelo.

—Los pájaros muertos no vuelan, arquitecto. Dígame dónde tiene lo que sacó de la *Ascensión.*

Mario Palanti amusgó los ojos. Segundos después se echó las manos a la cara y prolongó el movimiento lentamente hasta la nuca, donde entrecruzó los dedos.

—¡Pero qué estúpido soy! Usted no tiene ni idea de lo que contenía. ¡Ni la más remota idea!

El italiano dejó escapar una risotada que se materializó en el millón de alfileres que se clavaron en el ego del guardián.

—Déjeme que le diga algo —añadió recortando la distancia con Matthew J. Michelson—. Se le han adelantado los suyos. Hace mucho tiempo —precisó—. Así que lo que tenía ya no lo tengo. Lo tiene él.

—Él —repitió ansioso.

—¿No sabe de quién le hablo? Está usted más perdido de lo que pensaba —se mofó—. Bernardo Segurola, el hombre que está al frente de todo, el que dirige esas excavaciones secretas. Él.

El intelecto del guardián se encargó de juntar las ocho letras que conformaban un nombre: Damocles. Otra vez el vigilante. Estaba claro que, contrariamente a lo que Ciacco pensaba, sí había tenido éxito en sus indagaciones, pero, por algún motivo, había decidido no comunicárselo al Gran Maestre. Un motivo que tenía que averiguar.

—Dígame qué contenía.

—Dígame qué gano yo contándoselo.

—Vivir.

—Vivir, claro. ¿Sabe algo? No quiero vivir…, ¿cómo ha dicho? Sí: arrastrándome de un lado al otro del Atlántico. Puede ordenar ahora mismo al tipo que tengo a mi espalda que me arranque la piel a tiras, que lo único que va a obtener es piel. Puede estar seguro de que me llevaré el secreto a la tumba.

Michelson se dio cuenta de que lo que más deseaba en aquel instante era averiguar qué contenía la estatua. Pero de eso Mario Palanti ya se había percatado.

—¿Qué quiere a cambio?

—Quiero la firma de Benito Mussolini en mi proyecto de la Mole Littoria y no me diga que no puede porque ya me han demostrado que no hay nada que esté fuera de su alcance.

—Tiene usted mi palabra, le conseguiré ese proyecto.

—¿Su palabra? —se mofó—. No me voy a conformar con su palabra, quiero la rúbrica de él.

—No es algo que se pueda obtener de la noche a la mañana, arquitecto.

—Usted sabrá cuándo quiere que le desvele el misterio.

El guardián decidió cambiar de estrategia; radicalmente.

—Agotó su crédito. No creo nada de lo que me ha contado. No hay rincón en Milán, en Italia, en Europa ni en el mundo entero en el que pueda estar a salvo. Mañana usted y su misterio estarán criando malvas —le aseguró levantándose de la mesa.

Mario Palanti se incorporó de improviso, provocando la reacción del arcángel. Dos manos en los hombros ejerciendo la fuerza contraria a sus piernas le devolvieron a su sitio.

—¿Tiene algo que decirme?

El arquitecto aguantó unos segundos el suspense.

—Le propongo un pacto de caballeros.

Michelson le hizo una seña al arcángel y este tomó asiento de nuevo.

—Le demostraré que sí accedí al interior de la estatua —dijo abriendo la cartera que había apoyado sobre la mesa—. La llevo siempre conmigo, por lo que pueda pasar.

Palanti extrajo algo utilizando los dedos a modo de pinzas. Venía envuelto de modo rudimentario en un plástico que hacía de protector.

Una lámina de color azul de Prusia.

—La cianotipia es un procedimiento parecido al revelado fotográfico que usamos con relativa frecuencia en mi oficio para realizar copias de planos originales.

Matthew J. Michelson examinó la lámina con detenimiento.

—El cianotipo realizado directamente por mí a partir del documento original. ¿Alcanza a leer el texto?

Era obvio que sí. Cuando terminó, levantó la mirada y buscó la de Mario Palanti, rebosante de expectación.

—Usted y yo tenemos un trato —dijo al fin el guardián.

SINGULARIDAD

Algún lugar del barrio de San Telmo
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

En algún momento le dijo cuál era su nombre, pero a Erika no le pareció lo suficientemente interesante como para siquiera plantearse retener esa información. Mirando el desagüe de la ducha advierte que, a simple vista, no se aprecia que al agua gire en sentido contrario al que lo hace en el hemisferio norte. Se cuestiona si el efecto Coriolis sigue existiendo se aprecie o no y concluye que, en efecto, su cabeza sigue afectada al norte y al sur del ecuador.

Cosas de la bipolaridad.

No le faltan motivos.

En el hospital, tras contarle a Ólafur de forma resumida y concisa lo más destacado de la narración de Bujalesky, se empeñó en hablar con el doctor Sciordi y la insistencia tuvo resultado. Este le explicó que las próximas cuarenta y ocho horas iban a ser vitales para definir la evolución del paciente a favor o a peor y que, en el caso del islandés, la segunda opción no presentaba subdivisiones. Abatida, decidió que lo último que necesitaba era recluirse en la habitación del hotel, por lo que caminó hasta Puerto Madero repasando las palabras del dantista como método para no pensar en el crítico estado de Ólafur. Ocupar su cabeza con conectores que no machihembran era una forma de no enfrentarse con la posibilidad de perder a un buen amigo. Sin saber cómo, terminó callejeando por el barrio de San Telmo y entró en el garito donde encontró más ambiente. Cerveza y tequila. En Rey Fidel alternaban bachata con cumbia y salsa con reguetón, pero a Erika no le afectaba nada que sonara fuera de los muros de su cabeza. Sin embargo, el alcohol debió de debilitar aquellas defensas, dada la facilidad con la que el desconocido que ahora dormita con ella logró franquearlas. Era atractivo y no parecía que tuviera más propósitos que acostarse con ella. Erika no encontró razones suficientes para abrir un debate interno sobre la conveniencia o no de tirarse a aquel

tipo.

Le ha venido bien, pero ahora lo único que le importa es el hecho de que en algo más de una hora tiene que estar en el Palacio Barolo y antes quiere pasar por el hospital para darle un beso a Ólafur. Para su desgracia, el desconocido está despierto cuando se está dando a la fuga.

—¿Ya te vas? ¿No pensabas despedirte?

Erika se fija ahora en que tiene unos bonitos ojos marrones.

—Che, ¿no me vas a pasar tu número de celular? —insiste el desconocido de bonitos ojos marrones. Tampoco los recordaba tan expresivos.

—Mejor no.

—¿Tan mal estuve?

Erika odia que se considere el sexo como una prueba que hay que pasar. Se disfruta o no se disfruta. Lo cierto es que Erika disfrutó o eso cree, pero el sonido de la puerta al cerrarse deja abierto el interrogante.

Ya en el taxi, suena el teléfono. Es un número que no tiene registrado con prefijo de Argentina y por un instante piensa que el desconocido de bonitos y expresivos ojos marrones se ha hecho con él mientras dormía. Contesta agriando el tono todo lo que puede, pero quien ha marcado su número ni es desconocido ni tiene los ojos marrones, y mucho menos bonitos y expresivos.

Es Ramírez.

Pregunta por Bujalesky, pero ella le explica que en ese momento no está con él. El excomisario está contrariado y a ella le parece escuchar que murmura algo así como: «De vuelta la conchuda de la petisita colorada».

—Se lo voy a contar a usted porque quiero pensar que estoy ayudando a Buja. Me la estoy jugando por él.

—Le escucho.

—Hace unos días pasó por aquí un tipo para sacarme información. Se hace llamar Flegias.

Ramírez omite la parte en la que su vida se cruzó con la del padre de Flegias. A Erika se le entrecorta la respiración.

—Venía armado, así que no tuve más remedio que largar todo lo que sabía. No me atreví a llamar hasta que no puse a salvo a mi familia.

—Se lo agradezco. ¿Puede decirme cómo era ese hombre?

Antes de que responda ya sabe que va a encajar con la descripción de Robert J. Michelson, pero Erika quiere asegurarse.

—¿Y exactamente qué le contó?

—Lo mismo que a ustedes, por lo que si se les ocurrió pasar por la casa de Avellaneda les diría que no vuelvan más y si quiere ir al

hospital a ver a su amigo, ándese con ojo. Y por último, si yo fuera usted, tiraría ya mismo el celular al Riachuelo.

A Erika le palpitan las sienes.

—Solo le pido que se encargue de avisar a Buja y que le diga de mi parte que siento lo que le está sucediendo.

—Lo haré. Gracias por llamar —le dicta su subconsciente.

—Y tome nota: no me busquen ni me llamen, porque no me van a encontrar más. Adiós.

Instintivamente, Erika mete la mano en la mochila para asegurarse de que lleva el arma. El tacto frío del hierro no la tranquiliza del todo.

Tiene que hacer una última llamada antes de llegar al hospital.

Residencia de Pluto
Chicago (Estados Unidos)

No ha dejado de sentir las afiladas uñas de la garra ejerciendo presión sobre su estómago desde que se ha desvelado a las 5:20 de la mañana. Ni siquiera la sesión de tres elepés seguidos de Standstill ha servido para mitigar su efecto.

Desde la seguridad que les proporciona la burbuja de la boardilla, han comprobado una decena de veces que los sistemas funcionan y el inspector general Makila les acaba de confirmar que los tres invitados y el arcángel ya han sido recogidos de sus hoteles y se dirigen hacia allá. Pluto los aguarda tomando un dry martini en el jardín de la parte trasera. A través de la cámara se puede apreciar su estado de nervios contenido.

Vincent Dare y él han llegado a primera hora de la mañana, adelantándose a la cocinera y el camarero que van a atender a los invitados durante el almuerzo, aunque ambos confían en que antes de que puedan probar bocado ya tengan información suficiente para colocarles las esposas. No han cruzado palabra con el custodio, pero es consciente de su presencia y su misión. La única incógnita por despejar es cómo reaccionará Jofiel.

Y no es baladí.

Desde luego su historial es para no estar tranquilos y por ello han resuelto engalanarse con el chaleco. La idea que sopesan es sorprenderlo y neutralizarlo —aunque no necesariamente en ese orden — antes de practicar las detenciones. Durante la cena que mantuvo anoche con Vincent, el nigeriano apostaba a que el tipo se iba a arrugar en cuanto viera las armas apuntándole a la cabeza, ya que, por muy colombiano y asesino a sueldo que fuera, cuando hay que poner precio a la vida de uno las acciones se disparan y el valor disminuye. Sancho estuvo de acuerdo con eso de disparar, porque él se lo iba a

jugar a esa carta, a disparar primero. Luego decidieron cambiar de tema y Vincent le contó cómo había sido su paso por la cárcel de Minna: breve pero intenso. A cambio, el pelirrojo le habló de la relación que había empezado con una compañera de trabajo: breve pero intensa. Vincent Dare se mofó del español todo lo que quiso argumentando que él contaba con pocas posibilidades de salir vivo de la prisión, pero por lo menos tenía alguna. Ya en la habitación del hotel Langham, Sancho se vio tentado de llamar a Sara y sucumbió a la tentación. Ella acababa de levantarse y estaba preparando el desayuno en la cocina, circunstancia que le hizo revivir las escenas que rodó con ella en ese mismo plató. La conversación no se alargó mucho y se dejó acunar por el último «trata de no hacer ninguna estupidez» que le brindó ella hasta que se quedó dormido.

El pegajoso estado de duermevela que le atrapó es lo que le ha empujado a levantarse una hora antes de que sonara la alarma del móvil y es precisamente el teléfono lo que ahora reclama su atención con intermitentes vibraciones.

El nombre de Erika aparece en la pantalla. Sancho duda si aceptar o no la llamada.

—Ni se te ocurra, amigo —le ayuda Vincent a decidir.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Máximo quince.

Sancho comprueba en los monitores que las dos únicas personas que hay en la casa siguen entretenidas en sus quehaceres.

—Seré breve. Sancho —contesta.

El nigeriano le enseña el dedo corazón bien erguido.

—Hola, Sancho.

—Erika, me pillas mal, ¿es muy urgente?

—Lo es. Dame solo dos minutos.

Pero se extiende diez en ponerle al día.

—¡Hay que joderse! —masculla entre dientes. Vincent le conmina con señas a finalizar la llamada, pero tiene que alargarla unos segundos más. El pelirrojo le informa de lo último que le ha contado Makila sobre la muerte de Corteza de Roble, hecho que refrenda la sospecha de que Michelson está preparando el asalto al puesto más alto de la hermandad.

—Erika, ahora tengo que colgar. Minimiza los riesgos. Te llamo en cuanto pueda.

—No, este teléfono va a dejar de estar operativo. Te envío un mensaje desde el nuevo para que lo agendes.

—Entendido. Cuídate y cuida mucho del vikingo, ¿de acuerdo?

Cuando Sancho deja su terminal sobre la mesa, tiene los músculos de la cara contraídos y está apretando los dientes.

—Sea lo que sea, ahora no es —le conmina el nigeriano—. Están a

punto de llegar. Céntrate.

—Estoy centrado.

Pero no es cierto. Con Michelson tras la pista de Erika y Ólafur en estado crítico, el centro está muy desviado en su eje emocional.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Los encuentra junto a la *Ascensión,* pero no parece que estén hablando de la estatua. Por detrás de Bujalesky asoma la funda que contiene a Dulcinea y Erika se cuestiona la querencia de las personas por acarrear las penas a la espalda. Telmo descarga el peso de su cuerpo sobre el bastón. Por sus ojeras, infiere que han alargado la noche más de lo que aconseja el manual de vida sana del sexagenario.

—¡Uuuuh! ¡Pero mirá la carita que tenés! ¿Qué pasó? ¿Tu amigo está bien? —observa Bujalesky.

—Ólafur sigue igual, igual de jodido —precisa—. Este careto es solo consecuencia de la falta de sueño.

Y de la llamada de Ramírez, pero esa parte prefiere omitirla de momento. Antes de entrar en el hospital se ha deshecho de su tarjeta SIM y ha comprado dos terminales nuevos con sendos números de prepago. Ha tenido una charla amigable con el doctor Sciordi con la que ha conseguido que el médico anote su nuevo número para avisarla en cuanto se produzca algún cambio en su estado. Con Ólafur solo ha podido estar veinte minutos, pero le han bastado para compartir con él las últimas novedades.

—Vosotros dos no parece que vengáis de un balneario precisamente —juzga ella.

Se miran como dos adolescentes.

—Se empeñó en hacerme los nuevos temas de Bujita. Accedí por respeto a su memoria, pero casi nos chupamos la botella entera de fernet. Me levanté sin poder despegarme del estribillo, ¿cómo es que decía? Sí: *Todos somos culpables* —entona.

—*Deudas y obligaciones. El triángulo equilátero. Un círculo perfecto. Nadie distingue lo que es sano de lo correcto* —canta Buja subiendo una escala—. Luego te la toco. Se llama *Singularidad,* es hermosa.

—Luego, luego —despejó Erika—. Te he traído un regalo.

Bujalesky lo mira como si no entendiera para qué sirve ese artilugio rectangular sin botones.

—Dejate de joder, che…

—No es negociable. Si vamos a estar juntos en esto, quiero que lo lleves encima. Siempre —añade—. Este es tu número y este otro —le señala en un papel— es el mío. Bienvenido al presente.

Bujalesky levanta una ceja y se recoge el pelo. Telmo aplaude.

—Yo me ofrezco a darle unas lecciones por un módico precio.

—Vos me vas a…, mejor me callo para no herir la sensibilidad de la dama.

—La dama perdió la sensibilidad a los catorce. ¿Os parece si ahora nos zambullimos de cabeza en el maravilloso universo de Dante?

—Subamos al paraíso, pero primero debemos expiar nuestros pecados en el purgatorio. ¡Por las escaleras! —indica Bujalesky.

Erika se para delante del cartel de la distribución de oficinas por pisos.

—A mí también me llamó la atención en su día, pero no es más que lo que aparenta, te lo aseguro. Primera parada en el tercer piso.

Telmo sube ligero ayudándose con el bastón.

—Ya no estás para estos trotes, Buja.

—Andá a lavarte el orto, pelotudo.

Telmo estalla de risa.

—Erika, esto es lo que te comentaba ayer. Mirá el suelo de la antesala del infierno desde acá —la invita apoyándose en la balaustrada—. El damero, las cadenas protegiendo la estatua, los rosetones… ¿A vos te parece que eso sean llamas? —le pregunta a Erika.

—No.

—¿Oíste, viejo?

Telmo sigue con la sonrisa pegada en los labios. Bujalesky se aclara la garganta.

—Para Dante, el purgatorio es la contraposición simétrica al infierno. De hecho, el poeta explica que se forma con las rocas que se desprenden de la corteza terrestre cuando Lucifer es expulsado del cielo y se incrusta de cabeza en la tierra. Tras salir del infierno, Dante y Virgilio se topan con una gran montaña de laderas escalonadas y curvilíneas con la cumbre aplanada, donde el poeta sitúa el paraíso. Es la única tierra emergida del hemisferio sur y la ubica concretamente en las antípodas de Jerusalén, lo cual anticipa que el planeta tiene forma esférica; pero esta me la salto. Ahora vendría la parte que te conté de la Cruz del Sur y las Columnas de Hércules, ¿sí?

Erika agradece al fernet que le haya otorgado el don de la concreción.

—A los pies de la montaña se encuentran a Catón el Joven, a quien presenta como el *guardián* —enfatiza— del purgatorio, y se dejan conducir hasta las puertas, donde se topan con un ángel *custodio* —vuelve a remarcar—. Este porta una espada de fuego, también llamada espada flamígera, con la que marca siete pes en la frente del poeta, una por cada pecado capital. De esta forma, Dante tiene que ascender las siete terrazas o gradas que conforman el purgatorio para expiar la

soberbia, la envidia, la ira, la pereza, la avaricia, la gula y la lujuria. De esta última, Dante se confiesa pecador.

—¿Y quién no? —aporta Telmo.

—Habló don Juan Tenorio. Prosigo. En este punto introducimos la figura de Beatriz, su primer y único amor entendido como el amor verdadero que trasciende más allá de lo carnal. Existe un gran debate acerca de su identidad en el que no voy a profundizar; sin embargo, lo que sí parece cierto es que Dante se enamora de ella en su niñez, pero por un azar del destino no vuelve a verla. Cuando se entera de su fallecimiento, se entrega a la lujuria, buscando en otras doncellas lo que nunca había conseguido de Beatriz.

—Típico de los tíos —comenta Erika.

—La interpretación de este hecho, es decir, que Dante se ubique a sí mismo en el purgatorio, es la razón que esgrimen Palanti y Barolo a la hora de justificar la construcción de este edificio. Creo que ya te dije que del primer piso hasta el catorce es el purgatorio, ahora entenderás por qué.

—Dos pisos por pecado —acierta ella para satisfacción del dantista.

—¡Tal cual! Subamos. ¡No! —rectifica de inmediato—. Disculpá, disculpá, antes de la penitencia, el mapa. La parte más esclarecedora dice así:

El botín que a Lucifer despojasteis
no sirve sin romper con lo ilusorio
para llegar donde nunca llegasteis.

Desde el primer balcón del expiatorio,
invisible al profano, está el cerrojo,
la ascensión siniestra hasta el purgatorio.

De nada os van a servir vuestros ojos,
ceguera que el pecado impedirá
atravesar los muros sin despojos.

El tiempo no existe ni existirá;
si vuestra penitencia fue sincera,
la luz al paraíso os guiará.

—Es evidente que el botín al que se refiere es la llave del infierno, que este es el primer balcón del purgatorio y que el cerrojo no está visible para las miradas de los que carecen de conocimiento. Referido a la *Comedia,* se entiende —aclara—. Y sigue: *De nada os van a servir vuestros ojos, ceguera que el pecado impedirá atravesar los muros sin despojos.*

—Los ascensores ocultos.

—En eso pensamos en su día y gracias a Telmo los hemos podido revisar minuciosamente, pero, no obstante, seguimos sin encontrar algo relevante, ni siquiera en las verticales. Nada. Hágame usted el favor de ilustrar a la señorita —convida a Telmo.

—Por dentro de las cuatro columnas de gran grosor que enmarcan el eje central del edificio —señala—, circulan cuatro ascensores; los dos que dan hacia avenida de Mayo están visibles, pero los que dan hacia Hipólito Yrigoyen no. Estos circulan desde el segundo subsuelo hasta el segundo piso sin apertura en el vestíbulo central. Así lo quiso Luis Barolo.

—Para no toparse con los indeseables inquilinos, lo sé.

Telmo se gira y abre una pequeña compuerta en el muro que hay a su espalda.

—Si uno se asoma, todavía se pueden ver los cables —dice conforme Erika lo comprueba—. Ahora bien, ninguno de los dos ascensores está operativo, ya que se reutilizaron ciertos componentes para reparar los otros. Los últimos hace un par de meses con estas manos —las muestra—. El de la derecha está muerto en el segundo piso y el de la izquierda descansa entre el primer y segundo subsuelo.

—Entendido.

—El mapa nos invita a realizar el mismo viaje que Dante hace en la *Comedia.* Para ello, es del todo imprescindible…

—Encontrar la entrada del infierno —completa Erika—. ¿Y eso del tiempo? ¿Qué significa?

—*El tiempo no existe ni existirá; si vuestra penitencia fue sincera, la luz al paraíso os guiará.* Para Dante, en el purgatorio no existe una variable temporal, simplemente es una dimensión que no se considera. Para completar la penitencia es imprescindible hacer una reflexión, un profundo proceso introspectivo que converge en el entendimiento del ser esencial frente al existencial.

Erika está a punto de preguntar, pero no lo hace y se alegra de ello.

—No se pueden expiar los pecados que no se admiten, por eso Dante confiesa ser un lujurioso —prosigue— y al limpiar su conciencia aparece Beatriz para guiarlo por el paraíso. ¿Seguimos subiendo?

—Yo traigo la mochila llena de pecados, así que apresurémonos.

Residencia de Pluto
Chicago (Estados Unidos)

Apenas han dedicado unos minutos a las salutaciones y demás preliminares forzosos en la zona ajardinada, los cuales, más que por afecto, han tenido lugar para dar tiempo a que Jofiel rastree la casa en

busca de unos dispositivos que no ha encontrado. Si se hubiera cocinado un pastel en ese intervalo con ingredientes de palabras pronunciadas por los custodios, este tendría una base de bizcocho relleno de crema de miedo con mermelada de desconfianza; estaría recubierto por una masa crocante de inseguridad con cobertura de rencor. Sugerente por fuera, áspero al paladar. El que ha repartido el mayor número de porciones ha sido Minotauro, trozos que Efialtes y Anteo han aceptado gustosamente mientras que Pluto se ha limitado a mordisquear las sobras, cuidando mucho de empacharse, conocedor de lo que está ocurriendo en la cocina. Al regresar el arcángel Jofiel sin novedades, se ha mantenido en un segundo plano, sin probar bocado y sosteniendo una actitud de vigilancia activa invisible. Lo que resulta muy visible desde la burbuja, y preocupante, es el generoso arsenal que lleva encima.

Sin levantar la mirada de los monitores y con los auriculares incrustados en las orejas, Ramiro Sancho y Vincent Dare no pierden detalle mientras aguardan impacientemente a que empiecen a degustar platos más suculentos en la sala de reuniones a la que acaban de acceder. Los custodios lucen expresiones acorazadas. Hasta ahora lo único que les ha llamado la atención es el rostro de Anteo, cuyas facciones, aunque a ambos les resultan familiares, no han conseguido identificar. Por lo demás, todo se está desarrollando por los derroteros previstos en el plan del inspector general Makila y la única incógnita que sigue planeando sobre sus cabezas tiene que ver con la forma de sorprender y neutralizar a Jofiel.

Les acaban de servir café en un juego de porcelana cuyo valor, intuye Sancho, es superior al total de su patrimonio. Minotauro carraspea para llamar la atención de sus compañeros.

—Hermanos, lo mejor es que abordemos el asunto que hoy nos ha reunido sin más preámbulos. No disponemos de mucho tiempo para maniobrar antes de que se reúna la Asamblea o lo que queda de ella —aclara malintencionadamente—. La gravedad y la celeridad con la que se han precipitado los últimos acontecimientos nos obligan a encontrar una respuesta inmediata. Debemos ser pragmáticos —certifica con solemnidad ceremoniosa—. La pervivencia de nuestra organización es la única razón que me ha motivado a presentar mi candidatura a Gran Maestre y mi objetivo prioritario, como ya saben, se ciñe a reconstruir con prontitud los cimientos sobre los que se erige nuestro Templo sagrado.

Su pronunciación denota que está acostumbrado a expresarse en inglés aunque no sea su idioma materno. Sus rasgos cincuentenarios, consolidados y acentuados por la tensión, refuerzan el tono apocalíptico con el que aborda el discurso.

—Señores, en nuestro caminar a lo largo de los siglos hemos tenido

que adaptarnos a la vertiginosa transformación de los agentes externos y si hemos logrado salir exitosos es porque nuestro núcleo siempre se ha mantenido firme y compacto.

Los presentes se limitan a asentir con más o menos fervor.

—Por tanto, me dispongo a compartir con ustedes los tres puntos que hemos de abordar, para los que les voy a pedir su apoyo incondicional, si es que están de acuerdo en acompañarme en esta difícil tarea que tenemos por delante.

Hace una pausa para dar la oportunidad a sus compañeros de expresarse, pero lo máximo que consigue es una mirada tan cómplice como precocinada de Efialtes.

—Voy a ser muy franco —advierte adoptando una pose severa—. Lo primero que pensé fue en trazar una línea recta que pasaba por contraatacar de la misma forma que lo está haciendo Flegias, nuestro rival; valiéndose de la espada.

—¿Insinúa que la muerte de Caronte fue ordenada por Flegias? —interviene Anteo.

—No puedo probarlo, pero los hechos que vivimos en el hotel Bilderberg ya deberían bastar para sostener la sospecha.

—Todos vimos cómo Corteza de Roble se arrojó a la espada de Miguel —repone el custodio.

—Espada que si no hubiera estado desenvainada no le habría causado la muerte —completa Pluto.

—Señores, por favor, dejémonos de suspicacias. Lo único que quería hacerles entender es que, si pensaban que iba a elegir la senda del enfrentamiento, les voy a decepcionar. ¿Con qué legitimidad acudiría ante nuestros hermanos si antes de vestirme la túnica de Dante me mancho las manos de sangre? Con ninguna. Todos lamentamos la pérdida de nuestro Gran Maestre y sobre todo la forma en la que se produjo, pero a Flegias no le faltaba razón cuando señalaba a Corteza de Roble como el principal causante de las actuales amenazas que se ciernen sobre nosotros. Y esa, queridos hermanos, es precisamente la mejor baza de nuestro rival cuando adopta las funciones que desempeñaba su padre. Además, su linaje en la Congregación se remonta a principios del siglo pasado, hecho que, para muchos, también suma.

Minotauro toma aire antes de proseguir.

—Es innegable que, en estos momentos, Flegias es nuestro escudo principal, sí, pero sin El Cartapacio de Minos se convierte en una defensa muy vulnerable. Nuestro primer objetivo, por tanto, será contrarrestar esa parte y, con tal propósito, mis guardianes y yo nos hemos movido muy rápido. Créanme cuando les digo que ya tenemos una alternativa en materia de seguridad. En breve, un nuevo hermano ocupará la vacante del también malogrado Altarf en Budapest.

—¿Directamente? ¿Sin pasar por el grado de centinela? —cuestiona Anteo.

—De hecho, es solo un paso previo a la asunción de la túnica de custodio con todos los privilegios que ello conlleva. No puede ser nuestro escudo si no le damos armadura. La situación así lo requiere. Benjamin Harding, anoten su nombre. Su candidatura me ha llegado a través de un importante contratista militar. Por resumir, les diré que Harding es miembro de la NSA y uno de los máximos responsables de la red Echelon en Europa.

La afiebrada expresión de Anteo empuja a Minotauro a ser más específico.

—Es la red de información más importante del planeta. Procesa más de tres mil millones de comunicaciones electrónicas y satelitales al día. No hace falta que les diga la importancia que tendría para nuestros intereses acceder a esta información. Sería nuestro nuevo John Edgar Hoover —afirma.

—Nunca crecimos tanto ni estuvimos tan protegidos como con Jasón —manifiesta Anteo—. Benjamin Harding es una carta ganadora. Ojalá sea esta la solución que buscamos.

Ramiro Sancho y Vincent Dare intercambian muecas de incredulidad y sorpresa, pero declinan hacer comentario alguno en favor del discurso de Minotauro, que prosigue con su diatriba.

O esa es la intención que tiene cuando un molesto e intermitente zumbido le roba las palabras.

Jofiel invade la sala empuñando una MK-23 equipada con mira láser alimentando el desasosiego de los custodios. Efialtes suelta la taza de café, cuyo valor es tan elevado como la altura desde la que cae, incompatible con su porcelánica esencia. Pluto frunce el ceño, esto no está en el guion que con tanto esmero le han escrito.

—¡¿Qué demonios está pasando?! —exige saber Minotauro, que ya se ha puesto en pie.

—Mantengan la calma, señores, mantengan la calma —reacciona Pluto desde su asiento—. A veces las ardillas se posan sobre el tejado y hacen saltar los detectores de presión.

Eso es cierto, pero en cuanto concluye la improvisada frase se percata de que decir la verdad no ha sido un acierto. La siguiente, pronunciada por Minotauro, lo corrobora.

—Vaya a comprobar el tejado de inmediato.

Jofiel va.

Y hasta aquí los derroteros previstos por Makila.

A partir de aquí, los imprevistos que conducen a la derrota.

CONDENADA TRINIDAD

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Se conservan los materiales originales que el propio Palanti diseñó y ordenó fabricar en Italia —informa Telmo—. Los picaportes, las jaulas de los ascensores, los mecanismos de apertura y cierre de las ventanas, los solados de mármol y granito, los herrajes… Casi todo lo que ves lleva su impronta. La idea era que la luz atravesara la estructura de hormigón de parte a parte. Por eso los vidrios de las puertas son traslúcidos y el blanco es el color predominante.

—Original.

Erika se ha limitado a expresiones de ese tipo. Trata de no pensar en la amenaza que supone Michelson, pero no puede despegarse de la espesa sensación de estar en constante peligro.

—Ven, asomate —la invita Bujalesky desde la baranda de la escalera del decimotercer piso—. ¿Qué ves?

Una suerte de elipse concéntrica atraviesa las entrañas del edificio hasta donde le alcanza la vista.

—Los círculos del infierno —compara ella.

—Ya está intoxicada —observa Telmo.

—Tal cual. Es como si Palanti quisiera recordar a las almas penitentes que transitan por el purgatorio que en cualquier momento pueden caer en el infierno. En la medida en la que Dante y Virgilio van ascendiendo, la gravedad de los pecados, al contrario de lo que sucedía en el infierno, va disminuyendo. En el purgatorio, los soberbios, los envidiosos, los iracundos, los perezosos, los avaros, los golosos y los lujuriosos aún albergan la esperanza de alcanzar el paraíso. Salgamos a la terraza —propone.

Erika agradece estar al aire libre casi tanto como el ejercicio de concreción que está haciendo el dantista.

—Desde acá se aprecian las cicatrices que dejó la modernidad. Cables y más cables, antenas, canalizaciones…, un atentado cobarde

contra la belleza —define Telmo—. Por eso trato de no salir nunca.

Erika y Bujalesky le siguen casi de inmediato.

—Desde acá, la vista del paraíso es hermosa —aprecia el encargado del Barolo.

Ella está de acuerdo y se recrea en el paisaje urbano durante el tiempo que le concede el experto.

—Volvamos adentro. Un poco más y terminamos de purgar nuestras almas para subir al paraíso —la anima—. En la séptima y última cornisa —sigue narrando—, Dante y Virgilio se topan con un muro de fuego que solo pueden atravesar una vez que hayan expiado sus pecados. Dante duda, pero finalmente su guía lo convence y por fin se encuentran con las escaleras que suben al paraíso, donde Virgilio cede su papel en favor de Beatriz. Acá los tenés —señala—, los tres mismos peldaños que se mencionan en la *Comedia.* Ya estamos cerca.

Residencia de Pluto
Chicago (Estados Unidos)

A ninguno de los dos le cabe duda alguna sobre las destrezas del arcángel colombiano.

Cuando recorrió la casa antes del comienzo de la reunión lo hizo por puro protocolo, pero ahora, bajo una posible amenaza, se ha comportado de modo radicalmente distinto. Ha registrado las estancias de la primera planta ejecutando a la perfección el manual de asalto táctico en áreas urbanas. A pesar del riesgo que implica su presencia a pocos escalones de alcanzar la boardilla, los policías se sienten confiados tras el armazón blindado de la burbuja. O quizá no tanto, porque ambos han sacado sus armas y han quitado los seguros. El inspector general Makila, que está viendo exactamente lo mismo que ellos, les ha ordenado a través de los comunicadores que se mantengan a la espera y guarden silencio. A través de las dos cámaras de la sala de reuniones han sido testigos de cómo la tensión ha ido en aumento con cada instante que pasa sin noticias de Jofiel. Anteo ha lanzado una propuesta para posponer el encuentro que, por el momento, no ha tenido acogida entre sus compañeros.

Jofiel ha comprobado que el despacho del ático está vacío y en cuanto sale notan que la tirantez ha abandonado su semblante, señal de que la teoría de la infiltración de las ardillas ha ganado enteros entre sus hipótesis. No ha bajado el primer escalón cuando escucha un golpe seco a su espalda. Reacciona con sorprendente celeridad, más rápido que Vincent Dare y mucho más que Ramiro Sancho, que todavía no comprende cómo es posible que se haya abierto la puerta de la burbuja.

—¡Hay que rejoderse!

El empujón del nigeriano lo reactiva.

—Atención, se está acercando. ¡Están autorizados a abrir fuego! —escuchan gritar a Makila por los auriculares.

Sancho se parapeta tras la mesa sobre la que descansan los monitores y rodilla en tierra apunta con el Smith & Wesson 500. Al nigeriano solo le ha dado tiempo a pegarse contra la pared donde se acaba de volatilizar una plancha de acero de dos metros de alto por noventa centímetros de ancho.

El cronómetro mental se desconfigura. Un segundo dura bastante más de diez décimas, eternamente más que cien centésimas. Son conscientes de que cualquier error cometido en la centésima incorrecta resultará fatal.

El pelirrojo no quita ojo del rectángulo y cuando intenta conectar la coctelera se percata de que tiene todos los enchufes ocupados. Vincent sostiene la Beretta dispuesto a hacer blanco sobre lo primero que asome por la puerta.

Pero la granada cegadora es un objeto excesivamente pequeño y rueda por el suelo a demasiada velocidad.

—¡Al suelo! —Es lo último que escuchan por los auriculares.

El relámpago y el trueno preceden a la tormenta de disparos. Los seis millones de candelas de intensidad lumínica que ha desprendido el artefacto, sumados a los ciento ochenta decibelios que ha liberado al detonar, han surtido el efecto previsto por el arcángel. Sancho y Vincent pueden dar fe de ello. El pelirrojo está completamente aturdido por el estruendo y lo único que sabe con certeza es que está en el suelo mientras las balas silban por encima de su cabeza. Al nigeriano el destello le ha sorprendido de lleno y el acto reflejo de taparse los ojos le ha forzado a desprenderse de su arma.

Jofiel presiona el botón del costado que libera el cargador ya vacío y antes de que este toque el firme introduce otro en la culata. Sigiloso, un haz de luz rojo empieza a recorrer los doce metros cuadrados de la burbuja.

El juego de café cuenta con tres bajas más: dos tacitas y un plato. Los custodios, sin embargo, siguen pegados a las sillas. El ruido de los disparos es un excelente pegamento de efecto inmediato.

Gritan, pero no saben por qué.

Pluto intenta calmar a sus hermanos, pero al no conseguir captar su atención opta por abrir la aplicación del móvil con la que controla el acceso a las burbujas. Lo consigue anticipándose a las intenciones de Anteo, decidido a saltar por la borda de un barco fantasma que se va a pique.

—¡Por aquí! ¡Vamos! ¡Vamos! —les indica agitando el brazo.

Pluto es el último en entrar. Cuando logra cerrarlo, se gira hacia sus compañeros, que han perdido todo rastro de rubor facial.

—¡Aquí dentro estamos a salvo! ¡Tranquilos! ¡Todos tranquilos!

—¡¿Qué ha sido eso?! —pregunta Efialtes sin esperar respuesta alguna.

—¡Primero he escuchado una bomba y luego disparos! —identifica Minotauro.

—¡Esto es a prueba de bombas y podéis estar seguros de que nadie puede entrar! ¡Estamos a salvo! —repite Pluto incesantemente.

Pero de los cuatro custodios ninguno está en condiciones de sosegarse, ocupados en hacerse una composición de lugar.

El espacio hace forma de ele invertida. En el cuerpo principal hay una mesa sobre la que descansa un equipo informático de penúltima generación, dos confortables sofás de tres plazas y una pantalla de plasma de sesenta pulgadas. En el otro cuerpo, que todavía no se han atrevido a explorar, se encuentran la nevera, el botiquín, el arsenal y un arcángel.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Conforme van ascendiendo el espacio se va haciendo más y más angosto.

—Dante describe el paraíso como un reino etéreo, inmaterial, subdividido, faltaría más, en nueve esferas o cielos. Las siete primeras toman el nombre de los planetas conocidos según el sistema ptolemaico: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno.

—En esos días todo giraba alrededor de nosotros —refuerza Telmo.

—Y en estos. Cuánto daño sigue causando esa visión del mundo —valora Erika.

—Todavía existen, y no son pocos, quienes apoyan el creacionismo como filosofía de vida. La totalidad de lo que se conoce se creó en la Tierra. Así nos va —comenta Bujalesky—. Bueno, vamos a hacer una parada en el piso veinte para que puedas contemplar a los mortales.

Un balcón corrido rodea el exterior de la cúpula. Bujalesky conduce a Erika a la fachada norte.

—Allá lo tenés —señala.

—¿El Congreso?

—Antes.

—No sé, Buja, no estoy para juegos…

—Disculpá. Me refiero a Dante, ¿lo ves?

—Sí, ahora sí.

—*El pensador,* de Auguste Rodin, aunque su nombre original es *El poeta.* Es una de las tres copias que el escultor fundió del molde original. Iba a ser parte de un conjunto mayor y representa a Dante Alighieri sentado sobre el dintel de las puertas del infierno mientras medita sobre las escenas que está contemplando. Dante asegura una y otra vez que él realizó el viaje que narra en la *Comedia.*

—Las drogas de aquella época tenían que causar estragos —comenta ella sin pretender ser graciosa.

—No lo descarto. La estatua fue adquirida por orden de Eduardo Schiaffino, director de Museo Nacional de Bellas Artes, en 1906. La idea primigenia era que fuera colocada en la magnífica escalinata del Congreso Nacional, un poco más allá —señala—, pero al final se plantó ahí porque Schiaffino era centinela de la Gran Logia de los Puros y se limitó a cumplir las órdenes que le venían de arriba. Ni más ni menos, ni menos ni más.

—¡Cómo no!

—¿Querés pruebas?

—No, por favor, no. Tu palabra me sirve.

Bujalesky sonríe.

—Cuando llega la estatua a Buenos Aires en 1909, sorprendentemente, la manda ubicar en medio de ningún sitio y dando la espalda al edificio del Congreso. ¿Qué sentido tiene eso? Ninguno, pero sí una explicación. Repasemos: en 1906 muere Minos y Ciacco se hace cargo del proyecto, ¿sí? Resulta obvio pensar que ya tenía establecido en qué solar se iba a levantar el Palacio Barolo por la alineación con la Cruz del Sur y la corriente del arroyo Tercero del Medio. Cuando Schiaffino coloca la estatua, lo hace con toda la intención para que mire en esta dirección, ¿sí? Pero no hacia la cúpula, hacia abajo, directamente al infierno que se abre bajo el purgatorio.

Erika se muerde el labio inferior.

—Antes has dicho que, en el conjunto escultórico, Dante está sentado sobre las puertas del infierno. ¿No podría ser que la entrada que estamos buscando esté justo debajo de *El pensador?* —sugiere ella.

Ellos se miran.

—Ya lo pensé, lo pensamos —rectifica—, y lo comprobamos con un técnico de la municipalidad. No hay nada más que cemento. Minos lo deja bien claro en el mapa: *Necesario es el descenso al infierno. Cuerpos celestes, el rastro infalible de la Catedral, puerta del averno.* Y no se refiere a la Catedral Metropolitana, principal templo católico de la ciudad, porque ningún masón querría hacer partícipe de su obra al gran enemigo de la época: la Iglesia católica. No, la Catedral a la que se refiere tiene que ser otra.

Erika busca la confirmación en Telmo.

—La entrada al infierno no puede estar en un templo católico —refrenda este.

Erika chasquea la lengua.

—¿Subimos al Empíreo? —la invita Telmo—. Este último tramo nos toca bailarlo juntitos.

En el semblante de Erika germina una interrogación.

—Che, ¡capaz que no se lo contaste!

—¡No tuve chance! —se defiende Bujalesky.

—Ya, claro. Vos no te preocupés, que me ocupo yo. Acá su eminencia, el experto de los expertos en Dante, no fue capaz de culminar el viaje, ya que jamás puso los pies en el paraíso. ¿Cómo te quedás?

Erika lo mira extrañado.

—¿Nunca has subido al faro?

—No —contesta tajante—. No puedo.

—¿Qué pasa? ¿Está prohibido subir con instrumentos musicales?

—Peor. Algún reverendo hijo de una remil puta, exprimiendo al máximo su creatividad, decidió pintar los escalones de… Vos ya sabés.

Bujalesky no puede ni pronunciar el nombre del color.

No hace falta.

Residencia de Pluto
Chicago (Estados Unidos)

El haz de luz se posa en la espalda de Vincent Dare. Tiene un impacto de bala en el gemelo izquierdo y está manoteando el suelo tratando de localizar su arma, pero sus pupilas están tan dilatadas que no consigue enfocar objeto alguno.

Dos balas interrumpen tajantemente el proceso.

El nigeriano deja de moverse, pero Jofiel se dispone a rematarlo tal y como le enseñaron hace ya muchos años. No sabe quién es el negro que ha encontrado allí dentro con todos esos equipos de vigilancia que han saltado por los aires, pero ya es tarde para preguntárselo. Eleva el brazo para apuntar a la nuca. Abre la mandíbula para aliviar ese leve pero molesto zumbido en los oídos que también a él le ha afectado, aunque es consciente de que en unos minutos habrá desaparecido. Pero ese leve y molesto zumbido es precisamente el que le impide distinguir otro sonido que en condiciones normales habría identificado al instante: el que hace el martillo al liberar el mecanismo percutor. El megaproyectil de 12,7 milímetros impacta a la altura del pómulo y en su trayectoria pulveriza los huesos cigomático derecho, maxilar superior, nasal y cigomático izquierdo, arrastrando en la demolición los tejidos que antes conformaban un rostro.

Sancho se incorpora. Todavía no es capaz de calibrar lo afortunado que ha sido durante los treinta y ocho segundos y cuatro décimas que han transcurrido desde que Jofiel ha arrojado la granada cegadora hasta que le ha volado la cara al arcángel. El primer golpe de suerte ha sucedido cuando su cerebro ha procesado equivocadamente que el objeto que rodaba por el suelo era una granada de fragmentación y de manera intuitiva ha apretado los párpados con fuerza, evitando así que la luz le cegara. De otra forma, la dilatación pupilar le habría impedido acertar un objetivo que estuviera más allá de las cuatro pulgadas que mide el cañón de la Smith & Wesson 500 que todavía empuña con fuerza. El segundo se ha producido al bloquearse su sistema nervioso mientras Jofiel vaciaba el cargador de la MK-23 dibujando un ocho en el aire. Permanecer inmóvil ha sido la mejor opción, ya que los trozos a los que han quedado reducidos los monitores unidos a los pedazos de escayola que recubrían la pared de la burbuja han ocultado la parte de su cuerpo que sobresalía de la mesa. El tercero no ha sido mérito ni demérito del pelirrojo, dado que nada ha hecho para que el arcángel haya entrado en diagonal y se haya topado primero con Vincent Dare herido en la pierna, llevándole a pensar que era el único ocupante de la burbuja. Ahora bien, lo que no ha tenido nada que ver con la fortuna ha sido que la bala le alcanzara en la cabeza. Es cierto que Sancho ha apuntado a la sien, pero los grandes calibres tienen sus inconvenientes y sus ventajas: es harto complicado acertar donde uno quiere, aunque tampoco resulta del todo imprescindible.

Vincent ha tenido menos suerte que él. No se mueve y hay un rastro de sangre que mana de su cuerpo.

—¡Aquí Sancho! ¡Vincent está herido, envíen una ambulancia urgentemente!

Makila no contesta.

—Aquí Sancho, ¡¿alguien me escucha?!

—Le escucho. Ya está en camino —le confirma el nigeriano con voz apagada—. ¿Usted está bien? Perdí la conexión de audio y vídeo poco después de detonar la granada. Pensaba que…

—Yo estoy ileso, algo aturdido todavía, pero Vincent…

Sancho se agacha para examinar los dos agujeros que tiene en la espalda. Ninguno ha atravesado el chaleco, pero la energía que liberan le roban a cualquiera las ganas de moverse. La herida de la pantorrilla es más escandalosa que grave, pero aun así necesita atención médica.

—¿Cuál es su estado? —quiere saber Makila.

—Saldrá de esta —diagnostica tomándole el pulso.

Sancho le da la vuelta y le arrastra cerca de la mesa. Luego le regala unas cuantas bofetadas para terminar de despertarle. Le quita el chaleco y el cinturón dándole tiempo a que vuelva en sí.

—Bienvenido, compañero. Estira la pierna, apóyala sobre la mesa y mantenla ahí hasta que llegue la ambulancia, ¿entendido?

Vincent parece que intenta decir algo, pero Sancho está entretenido practicándole un rudimentario torniquete con el cinturón.

—Tengo que bajar a ver si todavía podemos sacar algo de este desastre. Vuelvo enseguida.

Vincent Dare asiente.

El corazón es una caja de percusión cuando llega a la puerta de una sala de reuniones completamente vacía.

—Aquí Sancho. Los putos pajaritos han salido volando.

—Negativo. El circuito exterior de cámaras no se ha visto afectado por la explosión y le puedo asegurar que de ahí no ha salido nadie.

—Un segundo.

Sancho se da cuenta ahora de que uno de los paneles laterales se ha volatilizado. No se oye nada, solo su latido. Apunta al hueco y avanza despacio.

—Informe —requiere Makila.

Pero a Sancho le faltan las palabras.

—¡Hay que joderse! —es lo único que acierta a decir.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

—La cosa es grave —califica Telmo conforme sube las primeras escaleras que llevan al faro ayudándose de su bastón—. Le he visto transpirar muy feo cuando le agarra la paranoia con el amarillo.

—Es lo que tienen las fobias. ¿Nunca se ha tratado? —pregunta Erika.

—¿Buja? Ni en pedo, che. Es un cabeza dura. Un caso aparte.

—Conocer el desencadenante de la fobia es la única forma de superarla o, en el peor de los casos, de aprender a convivir con ella. ¿Él sabe qué lo originó?

—Cuidado, no te golpees ahí la cabeza —le advierte—. ¿Vos sos loquera?

—Bruja, más bien.

—Mirá, solo una vez le pregunté por ello y se descompuso completamente. Estuve varios días sin tener noticias de él y a mí no me sobran los amigos, ¿entendés?

—Entiendo.

Escaleras abajo empiezan a escuchar el sonido de las cuerdas de Dulcinea y, segundos después, sube la voz de Bujalesky. Telmo se detiene a escuchar.

Tres noches fueron,
fueron tuyas, fueron sueños.
Fueron hielo.
Fueron las que fueron.
Tres pensamientos, tres deseos,
tres miradas en un reflejo.
Tres fueron las carabelas de un
torpe descubrimiento.
Si tengo que dejar de verte,
prefiero ser ciego que tuerto.
Tres noches que casi recuerdo.

—*Condenada trinidad.* Así se llama esa canción. Es de las últimas que compuso Bujita. La tocó anoche un millón de veces…, por lo menos.

Ahora es Telmo el que entona.

Tres, los reyes magos.
Tres regalos que no me trajeron.
Tres, los tristes tigres.
Un trabalenguas que no me aprendo.
Tres mil las veces que te pedí
que me echaras de menos.

—Podéis formar un dúo y tocar en los geriátricos.

Telmo se ríe.

—Dale, sigamos. ¿Sabés lo que me acaba de venir a la cabeza? Entre los miembros de la Academia Nacional de la Historia se decía que había dos grandes misterios de la humanidad sin resolver: el motivo que le causa la xantoli… xantiloquesea.

—Xantofobia.

—Eso.

—¿Y el otro?

—Si su eminencia es hincha de Racing o Independiente.

—Pero… él me dijo que odiaba el fútbol.

—Sí, pero no. Lo odia, pero es de uno de los dos, te lo puedo asegurar. El muy pelotudo nunca confesó de cuál. ¿Conocés la casa en la que se crio?

—Sí, conozco la historia.

—Lo que te digo: un caso aparte. Ya llegamos —anuncia haciendo un último esfuerzo. Cuidado con la cabeza.

Una pecera a cien metros de altura con un enorme artilugio luminoso en su interior. Desde allí apenas se oye a Bujalesky.

—El faro está fabricado por la entonces prestigiosa marca

Salmoiraghi sobre un transportador para el giro graduado en seiscientos cuarenta grados, que también puede regularse en altura. Una maravilla tecnológica para la época, creeme.

—¿Por qué seiscientos cuarenta? —se interesa ella.

—Buja te contestaría que, si divides la cifra por setenta y dos, que es un número que sigue la proporcionalidad áurea, el resultado es ocho con ocho, periódica pura. Y un ocho recostado es el símbolo del infinito, pero qué sé yo…

Telmo se explaya en la historia del faro, detalles técnicos incluidos. Mientras le presta oídos, Erika descarga toneladas de tensión en la privilegiada vista panorámica.

—Originariamente se le dotó de un arco voltaico alimentado por trescientas mil bujías con el que podía generar un haz de luz que alcanzaba los doscientos kilómetros. Fijate si sería potente que el gobierno de la ciudad reguló su uso porque confundía a los barcos que navegaban en el Río de la Plata. En aquella dirección está la costa del Uruguay —señala Telmo—. La intención era que los faros del Barolo y el Salvo se comunicaran, pero…

—La curvatura de la tierra lo impedía y por ello no llegaron a colocar el faro en el Salvo.

—Yo pienso que Palanti no quiso que el hermano gemelo uruguayo llegara a hacer sombra al Barolo, pero puede que solo sean macanas. Ya veo que Buja te desveló todos los secretos —dice amistosamente—. Y ahora que no nos escucha, ¿te puedo decir algo en confianza?

Erika asiente sin despegar la mirada del cristal.

—No creo que todo esto le haga ningún bien a Buja.

Ella se vuelve muy despacio.

—Lo que quiero decir es que desde que vos apareciste volvió a creer en toda esa historia de El Cartapacio y las cenizas de Dante…

—Telmo, ¿me estás queriendo decir que tú no crees que El Cartapacio exista?

—¡Y no! Solamente le seguía el juego porque ese loco se convirtió en mi amigo. Desde que lo conocí me olvidé de lo que significa la soledad, ¿entendés? Llevo treinta y tres años trabajando en este maldito edificio y me conozco cada milímetro de su estructura. Lo único que hay de verdad en lo que te contó Buja es que hubo dos tipos antes que él que sufrieron su misma enfermedad: la dantemanía. Eso fue lo que les agarró a Luis Barolo y a Mario Palanti y les empujó a levantar un edificio en honor al poeta. Un tipo con mucha guita y un arquitecto que pertenecían a la misma logia masónica, cuyo padre era Dante Alighieri. Punto. Luego otro dantemaníaco y además envidioso quiso levantar el suyo en Montevideo. Nada extraño hasta acá, ¿no es cierto?

Telmo estaba realmente exaltado.

—Pero apareció el tal Flegias para meterle toda esa mierda en la cabeza. Para darle la puntilla. Buja se lo creyó todo porque quería creer. ¿No te das cuenta? Quería darle un sentido a su vida y aquel loco hijo de puta le contó una historia que se encargó de rellenar con sus extensos conocimientos. El Cartapacio es una quimera, su quimera, y, aunque nunca ha tenido el coraje de reconocerlo, yo creo que en el fondo él también lo sabe. O bien mantiene la esperanza de que, en realidad, el mapa lleve a las cenizas, qué sé yo lo que puede estar pasando por la cabeza de ese chiflado.

Erika no sabe qué decir.

—Escuchame, si de verdad apreciás algo a Buja, dejalo tranquilo. ¡¿No te parece que ya sufrió bastante con la muerte de Bujita?!

El teléfono de Erika la saca de su perplejidad. Es el doctor Sciordi.

—Doctor.

—Buenas tardes. Me dijo que me comunicara con usted si tenía alguna novedad…

La saliva cobra un sabor acerbo.

—Verá, en las últimas horas el estado del paciente se agravó como consecuencia de una infección que afectó al hígado y que no conseguimos atajar. Tememos seriamente por su vida. Tenemos que tomar una decisión.

—¿Una decisión? ¿Con respecto a qué?

—Será mejor que venga y lo charlemos en persona.

Erika no se despide de Telmo. Tampoco de Bujalesky, que la ve pasar con las facciones desencajadas.

Hotel Langham
Chicago (Estados Unidos)

La garra se lo confirma sin dejar lugar a la duda: la persona embutida en un mono negro completo es ese arcángel al que llaman Gabriel, con el que tuvo el «placer» de coincidir en Nigeria el día que la muerte le esperaba en los manglares. El color rojizo de sus pupilas la delata.

La cámara está dotada de una lente de ojo de pez pensada para captar imágenes con ángulo de visión deliberadamente amplio. La distorsión esférica provoca que, por unos instantes, a Sancho le parezca que está viendo el tráiler de la próxima película de Tarantino, pero no, son las imágenes en alta definición captadas en la burbuja. Dejaron de recibir la señal, pero las cámaras nunca dejaron de hacer su trabajo, por lo que lo único que han tenido que hacer es revisar el servidor y descargarse el material.

—Desde que aparece, justo ahí, hasta que atraviesa a Pluto invierte cuatro con ocho segundos. A poco más de un segundo por ejecución.

Ni siquiera se detiene a rematar a estos dos —señala— que todavía se retuercen en el suelo cuando se marcha.

—Sabe que las heridas son mortales —aporta el pelirrojo luego de rascarse la barba con ambas manos—. Me cuesta seguir sus movimientos hasta a cámara lenta. Fíjese en la velocidad a la que hace ese giro y la precisión con la que le golpea en el cuello.

Ambos están ensimismados. Cuando termina con los custodios, enfunda la espada, agarra una mochila que se ajusta a la espalda y desaparece.

—Es una falcata —identifica Makila.

—¿Cómo dice?

—Digo que la espada que usa tan virtuosamente es una falcata. Originaria de la península ibérica, por cierto. Sé algo de espadas, no me pregunte por qué.

Sancho no le pregunta por qué.

—Está claro que lo tenía planificado. Primero accede al sistema de control, hace saltar la alarma para quitarse a Jofiel de encima al tiempo que los empuja a todos a la boca del lobo —especula Sancho.

—Yo iría aún más lejos. Cuando ha revisado la casa ha detectado las burbujas, si sabía que existía la de abajo hemos de pensar que también conocía la ubicación de la de arriba. Ha comprobado que había equipos de vigilancia y ha trazado su estrategia. Sucede así: ella —dice señalando la imagen congelada del arcángel Gabriel— aguarda en la burbuja de la sala de reuniones. Hace sonar la alarma del tejado porque entiende que, para comprobar la amenaza, Jofiel va a tener que subir obligatoriamente a la boardilla, donde sabe que están ustedes. Tiene acceso a las cámaras, por tanto, y elige el momento en el que abre la puerta de su burbuja. Tiene previsto que, en cuanto suenen los disparos, o bien los custodios acudirán a refugiarse donde está ella o, en el peor de los casos, tendrá que perseguirlos y cazarlos por la casa, lo cual, seguramente, le habría costado menos de un minuto más.

—Le compro la teoría. Ahora quiero ver la cámara de nuestra burbuja.

—¿Seguro?

Sancho no contesta.

Tras revisar las imágenes dos veces, concluye que la suerte estaba de su lado.

—El disparo es excelente, inspector. El mundo es un poquito mejor hoy que ayer —certifica.

—Eso también se lo compro, porque no me acostumbro, ni quiero, a hacer muescas en la culata de mi revólver.

Algo le llama la atención.

—¡¿Ha visto eso?! —exclama el pelirrojo.

—No.

—Vuelva atrás. Justo ahí.

Una sombra cruza la puerta.

—En las imágenes de la cámara del pasillo se verá mejor.

Tarda unos segundos en encontrar la carpeta y ejecutar el vídeo. Se ve a Jofiel arrojar la granada cegadora, aguardar a que detone y entrar. Instantes más tarde lo ven. Gabriel sube con la intención de terminar la tarea, pero cambia de idea y sigue su camino.

—Podría haber acabado con usted si hubiera querido —concluye Makila.

—En ese momento yo debía de estar comprobando el estado de Vincent, me encontraba de espaldas a la puerta. No la habría visto entrar.

—Y aunque la hubiera visto, me temo que tampoco habría podido salvarse. La pregunta es ¿por qué?

—Porque ha subido a por Jofiel, nosotros no le interesábamos. Vamos al mismo sitio, pero recorremos caminos distintos —postula el pelirrojo rascándose el mentón impetuosamente.

—Poético. Está ejecutando a todos los custodios. Empezó por John Marius Columbine y, de alguna forma, se enteró de que se iba a celebrar esta reunión. Hemos de suponer que está vengando la muerte de Corteza de Roble. Le quedan tres, entre ellos Michelson.

—El jodido Michelson. Y un arcángel —añade.

El inspector general Makila se incorpora y hace algunos movimientos para estirar la espalda.

—¿Tenemos las identidades de las víctimas? —quiere saber Sancho.

—Las tenemos.

El de la Interpol minimiza la pantalla y aparecen los perfiles de los custodios.

Sancho se pega a la pantalla.

—Jo-der —valora Sancho en castellano.

—La lista Forbes va a sufrir algunas modificaciones.

—Ya lo creo. ¡Claro!, por eso nos sonaba el careto de este —señala el pelirrojo.

—Hace tres años que abandonó el cargo y dejó de aparecer en público.

—¿Sabemos algo sobre Corteza de Roble?

—Todavía no. Como incineraron el cuerpo, no tenemos forma de averiguar su identidad, a no ser que demos con El Cartapacio.

—Entiendo. ¿Qué repercusión va a tener en los medios?

Makila se encoge de hombros.

—Eso no entra dentro de mis responsabilidades.

—Vamos, que se la trae al pairo —dice Sancho para sí de nuevo en su lengua materna—. ¿Cómo sigue esto?

—Yo tengo que regresar a Lyon. Por allí va a llover bastante mierda. En este país no soportan que se desarrollen operaciones policiales sin su conocimiento y consentimiento, por lo que doy por hecho que van a presionar por arriba. Que se ocupen otros. Esta le va a tocar a Connor Murphy. Aportando este material —continúa refiriéndose a los vídeos—, no hay nada que se nos pueda achacar, por lo que yo voy a seguir adelante hasta que alguien me ponga un muro que no pueda saltar. Lo que ya es del todo imposible es detener la investigación. Hay demasiada sangre.

—Ya. La teoría de la tostada quemada de Álvaro Peteira.

El nigeriano lo mira con curiosidad.

—Cuando se te quema una tostada da igual que rasques la corteza con el cuchillo, que te va a saber a quemado igualmente. Por tanto, solo hay dos opciones: o te la comes o la tiras.

Makila asiente.

—Nosotros nos la vamos a comer entera. Tenemos que lograr capturar a alguno de los custodios antes de que este prodigio —califica señalando a la pantalla con su enorme dedo— se nos adelante. Vincent va a estar al menos tres semanas hospitalizado, en cuanto a usted…

—Esa es la parte que me interesa.

—Se marcha a Buenos Aires. Sabemos que Michelson está allí.

Sancho también lo sabe, pero su instinto le dice que es mejor elevar las cejas y callar.

—Como le dije, a Michelson lo tenemos controlado. Ha intentado una solicitud de geolocalización telefónica de manera extraoficial. Está siguiendo a Erika Lopategui.

Descarta hacerse el sorprendido.

—Podemos usarlo en nuestro beneficio —valora el inspector general de la Interpol.

—Ya sé por dónde va, pero no, no pienso poner en riesgo la vida de Erika, buscaré otra forma.

—Le entiendo. Y lo respeto. Hágalo como crea oportuno, pero échele la red a Michelson y se habrá ganado su parcela en el cielo.

—Prefiero quedarme unos cuantos años más en la tierra, a ser posible. Dígale a Vincent que me llame en cuanto pueda. Y, por favor, encárguese de mi equipaje —le dice refiriéndose a la Smith & Wesson 500—. Me he encariñado.

—Cuando tenga una dirección, notifíquemela. Y dele un mordisco a esa tostada, que, aunque esté quemada, sabe mejor caliente que fría —añade Makila extendiendo la mano.

Sancho especula con la posibilidad de que anticipándose al apretón de manos del nigeriano se ahorre el dolor.

Pero no se cumple.

Ya en su habitación, calcula la hora que es en España. Especula con la posibilidad de que Sara esté todavía despierta y poder charlar un rato con ella antes de comprar el billete de avión.

Esta vez sí se cumple.

ESA LUZ FRÍA

Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Erika se muerde la cara interna de los carrillos para compensar la aflicción. No sabe qué decir ante la propuesta que le acaba de lanzar el hombre de bata blanca que tiene delante.

El doctor Sciordi la ha recibido amablemente en un pequeño despacho, donde le ha vuelto a explicar que no consiguen contener la infección que le ha afectado al hígado, órgano que, por otra parte, ya tenía bastante dañado antes de recibir el disparo en el abdomen. Lo han intervenido quirúrgicamente en tres ocasiones y han tratado de drenar el brote infeccioso, pero no han evitado que otros órganos se vean afectados. Sin embargo, ha sido lo siguiente que le ha dicho lo que ha provocado que a Erika se le humedezcan los ojos.

—Consulté el caso a otros especialistas en medicina interna y el diagnóstico es unánime: vemos muy difícil que el paciente remonte la situación. Es probable que el brote infeccioso le provoque una sepsis severa que, en el estado de gravedad en el que se encuentra el paciente, derive en una insuficiencia multiorgánica. En previsión de que este colapso se produzca de forma inminente y dado que es usted la única persona que…, en fin, ya me entiende. Podemos seguir como estamos o bien retirarle la sedación para que recupere la consciencia y pueda…, pueda despedirse de él.

Las tres últimas palabras se repiten incesantemente en su cabeza.

—Señorita, tiene que tomar una decisión, por desgracia el tiempo no juega a favor.

Erika pestañea como si de esa forma cebara el motor que hace funcionar las cuerdas vocales.

—Hágalo.

El doctor Sciordi asiente.

—Va a tardar unas horas en despertar, si quiere doy orden de que le avisen en cuanto…

—Gracias.

—Siento mucho no haber podido hacer más, créame.

Erika asiente varias veces y sigue asintiendo hasta que escucha el sonido de la puerta.

Entonces sí, libera el llanto.

A 35 kilómetros del aeropuerto General Mitchell
Milwaukee (Estados Unidos)

La siguiente etapa pasa por Shanghái. Gabriel tiene que moverse con celeridad para evitar que la noticia llegue a los oídos de su siguiente objetivo y este tome medidas. No va a ser la primera vez que ponga los pies en una de las ciudades que más la han impresionado; de hecho, ya ha completado allí dos trabajos para el custodio que ahora es su objetivo, Gerión. Nunca lo ha visto en persona, pero lo conoce muy bien gracias a los informes que Corteza de Roble le ordenó elaborar de todos los miembros de la Asamblea.

«Es mejor conocer las caretas de tus amigos que tener que desenmascarar a tus enemigos», solía argumentar Damocles.

Stanley Shing se presenta como un hombre hecho a sí mismo cuya máxima preocupación se ciñe a mantener su emporio empresarial. Un imperio que se ha labrado desde que, con seis años y huérfano, empezó vendiendo flores artificiales a turistas occidentales por las calles de Bund, la zona portuaria de Shanghái. Imitando la laboriosidad de las abejas, consiguió que los beneficios florecieran de forma natural y a finales de los setenta supo espolvorear el suculento polen de la amistad personal que mantenía con Deng Xiaoping para lograr que sus empresas germinaran por todo el país. La jalea real del tráfico de influencias le convirtió en uno de los empresarios chinos que más provecho supo sacar de la revuelta de Tiananmén, lo cual llamó la atención de la Asamblea, que por aquel entonces buscaba afianzar su presencia en la zona. Con el tiempo, la hermandad ganó un custodio y Stanley Shing, una de las primeras licencias para explotar el negocio más rentable del gigante asiático: los casinos. Sin embargo, su lealtad a Corteza de Roble fue decreciendo en la medida en la que aparecieron grietas en la coraza de la organización, hendiduras por las que veía escaparse su hegemonía empresarial, fisuras a través de las cuales empezó a prestar oídos a las cuitas que partieron del antiguo Flegias.

La codicia le empujó a la traición y por ello debe morir.

El GPS le indica que le quedan veintisiete minutos para llegar al aeropuerto. El vuelo hace escala en Nueva York, pero no ha sido capaz de encontrar una alternativa más rápida. Mientras resta kilómetros

para llegar a su destino, Gabriel no puede evitar sumar algunos de los muchos recuerdos que se multiplican en su cabeza. Filtra los más positivos, los que tienen como resultante una sonrisa que tiende a infinito.

Mentalmente se traslada a Sarawak, en el norte de la isla de Borneo, donde rehízo su vida tras convertirse en uno de los arcángeles mayores de la Congregación. En sus nuevos dominios, donde todavía no habían llegado los animales de dos patas, la naturaleza volvía a regalarle todo cuanto necesitaba: agua limpia, aire puro, tierra viva. En la espesura de la jungla, alejada del cauce del río Kinabatangan, lo más cerca posible de ningún lugar conocido, era Adla y nada más. Durante los largos períodos que no tenía que cumplir con las obligaciones de su espada, dejaba que su espíritu se vaciara en el entorno y disfrutaba de la libertad en toda su extensión. Solo cuando tenía que regresar a eso que llamaban civilización escuchaba aquellas palabras retumbando en su cabeza: «El ser humano como especie no está capacitado para manejar sus designios y por ello necesita ser dirigido por los que conocen la verdad. La verdad es lo que diferencia las mentes libres de las esclavizadas». Y si había algo que Adla temiera de verdad, era la falta de libertad.

Para seguir siendo libre únicamente tenía que cumplir con su cometido.

«Cuando la raíz del árbol se infecta ya no hay que preocuparse por podarlo todas las primaveras, solo hay que ocuparse de talarlo para que otro nazca en su lugar».

Y eso estaba haciendo Gabriel: talar.

Sumida en ese pensamiento, el GPS le anuncia que acaba de llegar a su destino.

«Todavía no, pero ya estoy algo más cerca», piensa.

Plaza de Mayo
Buenos Aires (Argentina)

Desconoce cuánto tiempo lleva caminando a la deriva desde que ha salido del hospital dejando una estela de pesadumbre por las calles y avenidas del Microcentro.

A esa hora de la tarde, las paradas de los colectivos están repletas de personas que han terminado su jornada laboral y se disponen a regresar a sus casas. A muchos de ellos les espera un largo recorrido y en sus caras apáticas Erika cree ver el reflejo de una vida corriente anclada en la fatigosa rutina. Se cambiaría sin dudar por cualquiera de ellos, aunque solo fuera por tener algún sitio donde ir, tirarse en un incómodo sofá y compartir con algún ser querido lo puta que es la

vida. Muy a su pesar, lo que le espera a ella es un buen amigo moribundo y toneladas de dolor que digerir.

Y los primeros mordiscos a esa manzana podrida tiene que darlos antes de sumergirse en el inframundo que es la red del Subte de Buenos Aires. Ha aplazado lo que ha podido el momento de llamar a Sancho para transmitirle las malas nuevas, mas ya ha agotado todo el crédito que le concedió a la cobardía. Se para bajo los soportales del colonial edificio del Cabildo e inspira muy despacio en su propósito de inhalar algo de coraje.

—Sancho.

—Hola, Sancho, ¿cómo estás?

Con la ambigüedad de la pregunta, Erika desea que Sancho le cuente algo que no le haga abordar el asunto de modo inmediato. No sucede así.

—No me gusta cómo suena tu voz. Dime qué pasa —la conmina el pelirrojo.

Ella vuelve a hinchar los pulmones para comprobar si a la segunda funciona. Tampoco esta vez. Finalmente se lo cuenta tratando de ser lo más aséptica posible mientras hace un enorme esfuerzo por no quebrarse.

Sancho lo digiere en silencio durante unos segundos.

—¡Menuda puta mierda! ¿Y tú cómo estás?

—Rota.

—Escucha, en cuatro horas y veinticinco minutos tengo un vuelo a Buenos Aires. No es un vuelo directo, pero mañana estoy allí contigo sí o sí.

Erika no se lo esperaba. El hecho de saber que puede contar con alguien dinamita lo que le quedaba de entereza. No obstante, contra todo pronóstico, logra contener las lágrimas.

—Gracias, Sancho.

—Envíame la dirección del hospital, voy directo desde el aeropuerto. Te veo allí. ¿De acuerdo?

—Gracias, Sancho —repite en modo bucle.

—Cuida del islandés y si se despierta antes de que yo llegue, dile que si tiene los cojones de morirse va a tener un problema muy gordo conmigo. ¿Se lo dirás? Erika, ¿sigues ahí?

—Gracias, Sancho.

—Ya llego. Aguanta un poco, que ya llego. Un beso.

Al colgar, Erika siente que se ha despojado de la angustiosa sensación que produce la soledad. Cruza las calles Perú y Rivadavia y se deja arrastrar por la marea humana que alimenta la boca del Subte de Catedral. Tiene que caminar hasta la línea E y, sin darse cuenta, ha dejado la mente en blanco. La única tarea que realiza su cerebro es seguir los indicadores para no perderse. Allí abajo el aire se siente

pesado, no en vano está viciado por la ansiedad que se desprende de la prisa.

El color morado es su guía.

La letra «E», su norte.

Solo tiene que avanzar, pero algo la obliga a detenerse. Una decisión poco acertada, habida cuenta de la fuerza que arrastra la marea. Tiene que retroceder unos metros en dirección opuesta a la que lleva la gente, pero sigue parada tratando de enfocar la imagen que tiene retenida. Duda unos instantes y valora si puede ser fruto de su imaginación. Alguien choca bruscamente con ella. Reacciona. Recorre unos metros sorteando obstáculos humanos hasta que logra plantarse delante. Está tallada en el cemento, justo donde terminan los azulejos que revisten el túnel.

Una estrella.

Pero no una estrella cualquiera.

Es exactamente igual a las siete estrellas que rodean a la luna en el emblema de la Congregación de los Hombres Puros. Lo ha visto un millón de veces. Descarta cualquier tipo de coincidencia y llega a la conclusión de que esa estrella está ahí porque alguien quería que estuviera ahí. Ahora escucha la voz de Bujalesky.

«Si querés esconder algo, ponelo bien visible y a la altura de los ojos de quien no sabe mirar».

Para las miradas de quienes no han oído hablar nunca de la Congregación, no es más que un garabato en el pared, como tantos otros, luego pasa totalmente inadvertida. Invisible. Pero no para unos ojos en pleno proceso de aprendizaje.

Mira el reloj del móvil. Está evaluando la conveniencia de llamar o no a Bujalesky para hacerle partícipe del hallazgo. Se le ocurre algo mejor. Afortunadamente hay wifi en el andén.

Dos minutos después de enviar la foto recibe la llamada del experto argentino.

—¡¿Dónde estás?! Decime. ¡¿De dónde sacaste esa fotografía?! ¡Hablá, che!

—Si te callas, lo mismo lo intento.

—Tenés razón. Disculpá. Me callo. Disculpá. Hablá tranquila, doctora.

—En la estación del Subte de Catedral.

Silencio.

—Buja, ¿sigues ahí?

—De Catedral. ¡La puta madre! ¡La reputa madre! ¡La reputísima madre! ¡La recontra puta madre que los remil parió! ¡¡No te puedo creer!! ¡¡No lo puedo creer!!

—Tranquilízate, ¿quieres?

—¡No lo puedo creer! ¡¿Te diste cuenta?! ¡La Catedral es la puerta

del averno! ¡El Subte! Tiene sentido. ¡Obvio! Bajo tierra. ¿Entendés?

—Entiendo.

—Estoy tomando un café con Telmo en una cafetería de avenida de Mayo. A tres cuadras de ahí. Esperame fuera, que ya mismo estamos. ¡Dale, esperame!

Lo ve llegar corriendo. Telmo lo sigue unos metros rezagado, caminando todo lo rápido que le permite su maltrecha rodilla. Lo que ocurre a continuación no se lo esperaba.

Bujalesky la abarca con los brazos y la aprieta contra su pecho. Está temblando. Erika corresponde el abrazo por pura necesidad.

—Acá estoy —anuncia Telmo entre jadeos—. ¿Era necesario correr? Si ese simbolito del carajo es lo que creen que es, lleva ahí unos cuantos añitos, no creo que se vaya a volatilizar justo ahora.

—¡Cerrá el orto, boludo! Por favor —le ruega a Erika—, indicame.

Por el camino, Bujalesky presenta todos los síntomas que preceden a un infarto de miocardio. Por suerte, el itinerario es corto.

Erika la señala con el dedo.

Bujalesky se toma su tiempo en examinarla y se tapa la boca. No necesita hablar, se expresa a través de los lacrimales. Telmo le pone una mano en el hombro y lo zarandea.

—Acá la tenés, Buja —musita.

Erika mira a Telmo con recelo.

—Y ahora ¿qué? —demanda ella.

—*Coelestes sequitur motus.* «Sigue los movimientos celestes». Eso es lo que toca ahora. Tiene que haber más por acá. Estoy seguro de ello. *Cuerpos celestes, el rastro infalible de la Catedral, puerta del averno.* Solo hay que encontrarlos. Tienen que estar acá nomás. Justo acá —dice mirando en derredor.

—Buja, yo…, yo no puedo quedarme ahora. Verás, Ólafur ha empeorado y le han quitado la sedación para que esté consciente cuando…

—¡Qué cagada! Lo siento mucho, Erika. Lo siento de veras. Andá con él, andá. Nosotros nos quedamos por acá hasta que nos echen, ¿verdad, Telmito?

El encargado del Barolo asiente.

—Andá tranquila. Yo te aviso de cualquier cosa ahora que ando con celular.

Ambos la persiguen con la mirada mientras se pierde por los angostos pasillos del Subte.

—Un regalo, Telmito, esa mina es un regalo divino.

Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)

Lleva algo más de dos horas apostado frente a la puerta.

Ha tratado de contactar con Pluto pero no ha recibido respuesta alguna, por lo que interpreta la falta de noticias como un signo inequívoco: Minotauro ya ha armado una candidatura paralela a la suya.

Sin embargo «inequívoco» a veces es un término equivocado si no se maneja toda la información, como es el caso.

Consecuentemente, Michelson deduce que, si Minotauro reúne más apoyos que él, le corresponderá a este organizar la Asamblea de la que saldrá el próximo portador de la túnica de Dante. Al margen, Nasidio y Gerión, a los que consideraba sus aliados más sólidos, tampoco han dado señales de vida y a Samael parece habérselo tragado la tierra. Todo ello le empuja en una única dirección: encontrar a Erika para llegar a Alcides Edgardo Bujalesky. Solo necesita mantener una larga conversación y mostrarle lo que tiene.

Solo eso.

Por ello, hace unas horas ha vuelto a llamar a Engrudo y este le ha dicho que, al no seguir el cauce oficial, tiene que buscar el momento para no despertar suspicacias. Michelson entiende que no quiere jugarse el cuello y él no puede esperar a que se decida a lanzar la geolocalización del número de Erika. No le ha quedado otra salida que abandonar la autopista de la tecnología para transitar por senderos peor asfaltados.

Senderos que a veces son atajos.

Y esa es una de esas veces.

Reconoce el llamativo color rojo de su pelo. Camina azorada con el gesto contraído y se cuela entre las personas que están esperando a que otras salgan del hospital. Tiene prisa.

Él no.

Saca el sobre que tiene preparado en la guantera y espera.

Estación del Subte de Catedral
Buenos Aires (Argentina)

La segunda estrella la ha encontrado Telmo. Estaba tan solo unos metros más adelante, pero en la pared opuesta, y esta se veía aún peor que la anterior. Las dos siguientes han sido cosa de Bujalesky, que ha celebrado ambos hallazgos como un gol decisivo de Racing a Independiente en el descuento —o de Independiente a Racing, ¿quién sabe?—. Su eufórica reacción ha llamado la atención de algunos transeúntes. Que dos hombres de avanzada edad recorran los pasillos del Subte observando concienzudamente las paredes, el suelo y el

techo, y que, sin motivo aparente, griten y se abracen es, cuando menos, llamativo. Conscientes de que eran el foco de algunas miradas, han convenido proseguir la búsqueda con mucha más discreción. En las escaleras que bajan al andén han encontrado la quinta, pero la sexta no la ven por ningún sitio y la desesperación está empezando a tomar cuerpo en el cuerpo de Bujalesky.

—¡La puta que lo parió, Telmito! ¡No me digas que nos vamos a quedar así, con la miel en los labios! —porfía sin dejar de rastrear el entorno.

—¿Y si no hay siete estrellas? ¿Por qué tiene que haber siete estrellas?

—Porque son las que tiene el emblema de la maldita hermandad. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete —se cuenta los dedos mientras canta la serie subiendo el tono progresivamente—. Podría haber cinco, lo sé; sin embargo, resulta que hay siete y encontramos cinco. Y las otras dos tienen que estar acá, delante de nuestros ojos. Acá, Telmito, acá. Pero como somos dos viejos chotos inútiles, no las vemos.

—¡Pará un segundo!, ¡pará! Dale. Ponele que hay siete, pero… ¿y si la primera que hemos encontrado, bueno, la que ha encontrado la mina, no era la primera? ¿Y si era la tercera y antes o en otro sitio, qué sé yo, están las dos que nos faltan?

Bujalesky lo mira con detenimiento.

—Vos sos un genio, ¡eso es lo que sos! ¡Obvio! Si tu teoría se cumple, ahora habría que buscar la luna y el sol. Las estrellas nos han guiado hasta acá, ¿sí? ¿Vos dónde pondrías la entrada del infierno?, ¿eh? Pensá, Telmito, pensá.

Telmo dirige la mirada hacia el agujero negro en el que aparecen dos puntos amarillos que van ganando en tamaño e intensidad.

—No…, ¿me estás jodiendo?

—Esta es la estación de cabecera de la línea D. Por allá adentro tiene que haber muchos más túneles —razona Telmo—. Vení.

Las puertas de los vagones se abren y engullen a decenas de pasajeros.

Bujalesky aguarda impaciente a que el tren se ponga en marcha. El andén está prácticamente vacío, pero de inmediato empiezan a aparecer más pasajeros. La iluminación del túnel es poco menos que inexistente.

—Por ahí se puede transitar, ¿viste? —observa el dantista.

—¿Pero vos estás loco o se te chifló el moño? ¿Querés que terminemos en cana? —objeta Telmo—. ¿Cuántos metros crees que vamos a recorrer ahí dentro antes de que nos agarren?

—¡No seas gil! No lo vamos a hacer a la vista de todo el mundo. Cuando cierren la línea.

—¿Y vos qué te creés, Bujita, que previamente no la inspeccionan? Además, siempre se dijo que por la noche hay gente laburando por acá.

—No laburan de día, como para laburar de noche. ¡Ni en pedo! No seas conchudo, Telmito, hacé el favor. Puede que revisen los pasillos para que no se quede ningún loco torrado, pero nosotros nos escondemos en el baño y cuando cierren salimos.

—¡Mirá vos! Una estrategia brillante que seguro que a ningún linyera se le ocurrió antes que a su eminencia.

Bujalesky arruga el entrecejo y sonríe. Se gira hacia Telmo y le agarra de los hombros con firmeza.

—Hagamos lo siguiente: vos te regresás al Barolo, te agarrás unas linternitas y te fabricás un surtidito de herramientas de esas tuyas. Yo te espero acá, pensando la forma de quedarnos adentro cuando clausuren la estación, ¿sí?

—Buja, que se nos está yendo de las manos, que no tenemos edad para estas pelotudeces…

Pero Bujalesky tiene la atención puesta en un punto concreto.

—¿Me escuchaste?

El dantista le agarra la mano con la que se apoya en el bastón y le fuerza a levantar el brazo.

—¿Qué hacés?

—Allá —señala con el bastón—. ¿Llegás a verla o sos un estrábico mental?

—La concha de mi madre…

Una luna con un amigable rostro de perfil está tallada en el ladrillo bajo una de las luces de emergencia que marcan la entrada del túnel.

—Andá, Telmito. Andá a hacer lo que te pido. Yo te espero acá nomás.

Telmo no pone objeciones.

—Dame una hora —dice antes de marcharse.

Bujalesky toma aire con la mirada puesta en el símbolo masónico. Nota que algo crece en su interior. La sangre se le acumula en las sienes y le invade el deseo de liberar su entusiasmo hasta desgarrarse las cuerdas vocales. Busca un sitio apartado y saca a Dulcinea de la funda.

Se sienta y apoya la espalda contra la pared. Se aclara la garganta y acaricia las cuerdas del mástil. *Esa luz fría* arranca en do.

Algo se ha roto en mi interior.
Tus ojos son de un negro perturbador.
Me repetís que ya no hay nada.
¡Nada!
Todo se esfuma a mi alrededor.

Cada palabra es una espina.
Tu decisión, mi guillotina.
No puedo quitarme de vos.
¡No!
Eres polvo blanco, heroína.

Somos estrellas sin resplandor.
Sigues impresa en mi retina.
Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS VIAJAN SOLO CON BILLETE DE IDA

Teatro Colón
Buenos Aires (Argentina)
Agosto de 1933

Se apeó del auto con el sombrero de copa y los guantes blancos en la mano. Le entregó una generosa propina al chófer y se quedó contemplando durante unos segundos la magnificencia del coliseo lírico porteño. La expectación ante el estreno de la comedia musical de Wagner, *Los maestros cantores de Núremberg,* se hacía tangible en la aglomeración de público y curiosos en las calles aledañas.

Matthew J. Michelson vestía un esmoquin cortado a medida, lazo y faja de seda color perla y chaqueta holgada de hombro ancho sin cola, lo cual le venía estupendamente para camuflar los kilos que se le habían ido incrustando por encima de la cintura desde que regresara a Buenos Aires. Se había readaptado a la vida porteña mucho mejor de lo que él mismo esperaba. Todos los vínculos emocionales que permanecían en estado latente afloraron sin que tuviera que realizar esfuerzo alguno. Se había instalado en el ático de una vivienda de ciento veinte metros cuadrados sita en la misma avenida de Mayo, a solo tres cuadras del Palacio Barolo, aunque cada vez con más frecuencia se trasladaba a la casa que había mandado construir dos años atrás en un predio que adquirió a orillas del lago Argentino. El negocio armamentístico ya no tenía secretos para él y allí, a más de dos mil quinientos kilómetros del bullicio de la capital, pasaba las horas muertas navegando en sus frías aguas, observando el lento evolucionar de los glaciares, con los que se sentía directa y profundamente conectado.

Ciacco había fallecido hacía unos meses y con el óbito había quedado sepultada la oferta de vestir la túnica de custodio toda vez que no había sido capaz de cumplir su parte del trato: encontrar la *Ascensión.* De hecho, él ya había dado por imposible la empresa habiéndose perdido para siempre el rastro de Patricio Cagna, el ladrón

superviviente. Sin embargo, tras el encuentro mantenido con Mario Palanti en Milán, había trazado otra ruta para seguir escalando posiciones en el escalafón de la hermandad. Tenía que lograr que Benito Mussolini le adjudicara el proyecto de la Mole Littoria y esa era la razón por la que había quedado en verse con Flegias, su custodio, que estaba pasando unos días en Buenos Aires. El conde Colli di Felizzano había sido destinado en 1931 a la capital italiana como presidente de la Cámara de Comercio y, por ello, tenía acceso directo al Duce. Era la oportunidad que llevaba esperando más de tres años y no pensaba desperdiciarla. En un segundo plano, pero solo si surgía la oportunidad, trataría de sonsacarle algo de información sobre Damocles, con el que no había tenido contacto a pesar de estar los dos en la misma ciudad. O, por lo menos, eso tenía entendido.

En sus recién estrenados Spectators negros y blancos se reflejaban las luces que marcaban y enmarcaban la entrada principal del Colón. Se ajustó la galera y los guantes adoptando una pose lustrosa a modo de coraza, pues era consciente de que, en unos instantes, se iba a convertir en objeto de muchas miradas tan ilustres como cargadas de envidia.

Y ese era, con diferencia, el mejor momento de la noche.

Pasó junto a los que combatían el frío estoicamente mientras aguardaban con impaciencia a que llegara su turno para entrar. Saludó al taquillero, pronunció su nombre y le mostró su cotizada entrada de palco bandeja. Este le invitó a entrar con un versallesco ademán de la mano aderezado con una mueca asaz trabajada. Al pasar bajo la marquesina de hierro forjado, apenas rozaba el solado con las suelas del calzado. El todavía a su pesar guardián de la Congregación se envaró al entrar en el vestíbulo principal y adoptó la compostura de las imponentes columnas revestidas de estuco que imitaban el noble efecto del mármol Botticino. Con las manos a la espalda, inició el ascenso de la escalinata de mármol de Carrara por su parte central alfombrada con la mirada al frente y estudiado ritmo, firme y cadencioso. Por la megafonía sonaba un vals que no supo reconocer. Faltaban veinte minutos para el comienzo de la ópera, que, según tenía entendido, contaba con un libreto de cuatro horas y media. Poco le importaba la duración sabiendo que, tras la conversación que debía mantener con Flegias en el primer descanso, tenía planeado marcharse aunque la soprano prometiera enseñar el sostén al final del siguiente acto. Se detuvo en el salón de los bustos, más con la intención de dejarse ver que de hacer tiempo, y examinó a la concurrencia discriminando a aquellos que lucían pelo en la cara en favor de las esmeradas epidermis de las féminas. El espacio era un escaparate de maniquíes vivientes salidos de la mejor modistería de la calle Rivadavia; un arsenal de coquetería que, lamentablemente para sus

acompañantes, raras veces explosionaba. Se fijó en un grupo compuesto por tres mujeres cuya exuberante voluptuosidad habría hecho salivar a Rubens. El exceso de adiposidad le forzó a ganar distancia y, sin pretenderlo, se encontró encarándose con la esculpida y encrespada mirada de Mozart, compañero masón. Difunto en la fecha corriente, pero compañero. Ignoró a Bizet y a Rossini para comunicarse con otro hermano, de menor entidad pero compañero igualmente. Beethoven tenía un semblante más laxo, lo cual le motivó a dejar volar su imaginación sobre lo que estaría pensando el compositor.

Con una última inspección de los asistentes, se dirigió a su localidad. Matthew J. Michelson no era una persona que soliera dejarse impresionar, pero, en cuanto se acomodó en su butaca, consintió de buen grado que la vista tomara el control de su voluntad. Desde su privilegiada posición, mirara donde mirara, la belleza alcanzaba una dimensión inconmensurable. Imposible de digerir de golpe. Con planta en forma de herradura, estaba asediado por lujosos palcos distribuidos en tres alturas que encontraban su prolongación en las localidades de cazuela, de tertulia, de galería, para alcanzar en el séptimo y último nivel las de paraíso. La calidez que proporcionaban la iluminación áurea y la predominancia del rojo cardenalicio en contraste con los paños dorados de las molduras le provocó una sensación placentera que se encarceló en lo más profundo de sus retinas. Sin descanso, Michelson prosiguió el recorrido visual desde la platea hasta el proscenio pasando por el foso, donde ya se preparaban los músicos. Seguidamente retomó el itinerario utilizando la lujosa lámpara de araña cincelada en bronce bruñido con más de setecientos focos prendidos y ascendió hasta la cúpula. Para apreciar el cielorraso del edificio en toda su extensión, tuvo que inclinarse hacia delante. La escena representaba a Apolo presidiendo un nutrido cortejo de musas desde su carro tirado por cuatro briosos corceles blancos. Se preguntó qué significado alegórico escondería la composición, pero los apagones intermitentes que anunciaban que la obra iba a dar comienzo dejaron la duda flotando en el aire. Embelesado, se conjuró para averiguar el coste de un abono anual y antes de que sonara la primera nota en el Colón ya se había prometido que ese asiento llevaría su nombre en cuanto se abriera la venta de la nueva temporada.

Nada más terminar el primer acto, el guardián se levantó de su butaca albergando la esperanza de poder convencer a Flegias antes de que diera comienzo el siguiente. La última vez que hablaron había sido en la inauguración del Palacio Barolo, cuando él le comunicó que debía trasladarse a Nueva York; no obstante, confiaba en que la buena relación que siempre habían mantenido facilitara la consecución de

sus objetivos.

En la puerta de acceso al salón dorado le pararon dos militares.

—Lo siento, caballero, el acceso está restringido.

—Lo sé. Soy Matthew J. Michelson y tengo una cita con… él —dijo señalando al conde Colli di Felizzano, que mantenía una animada charla nada menos que con el presidente Justo, el general Maglione y el coronel Luis Jorge García, actual jefe de policía de Buenos Aires.

—Aguarde acá, por favor —le pidió uno de los militares.

Agustín Pedro Justo había llegado a la Casa Rosada en febrero de 1932, tomando el relevo de su compañero golpista José Félix Uriburu, que, dos años antes, había puesto fin mediante las armas al gobierno democrático de Hipólito Yrigoyen. En los mentideros de la ciudad se decía que la Logia San Martín —a la cual pertenecían muchos de los militares que habían participado en el golpe, incluido el nuevo presidente— gobernaba la nación.

Pero no era del todo cierto. No era esa la logia que gobernaba la nación.

—Pase, señor Michelson.

A su alrededor, la ornamentación y los vitrales bebían directamente del manantial de opulencia neobarroco de la Ópera de París.

Flegias le hizo un gesto para que aguardara mientras se disculpaba con el presidente y su camarilla. Aunque el paso de los años se había cebado con las arrugas de la frente, todavía estilaba altanería y elegancia en cada gesto, en cada movimiento. Su forma de actuar parecía sacada del manual de cortejo de un flamenco.

—Cepheus, hermano —le saludó con viveza—. ¡Cuánto me alegra volver a verle! Se conserva irritantemente bien.

—Gracias. Podría decir lo mismo de usted.

—Mantener una vida ordenada, amigo mío, ese es el secreto. Permítame que le traslade mis condolencias por el fallecimiento de su esposa.

—Recibí su telegrama. Se lo agradezco.

—¡Qué menos! Por favor, acompáñeme, quiero mostrarle algo —le invitó posando la mano en su hombro.

El guardián se dejó custodiar hasta el centro de la estancia. La impaciencia dio de comer a las lombrices contradiciendo la teoría de su esposa: no solo se alimentaban de la inseguridad.

—¿Qué le parece? —preguntó Flegias dando unos golpecitos con los dedos sobre la superficie del mueble que tenía junto a él.

Michelson dio un paso atrás para ganar perspectiva.

—Una obra de arte —calificó a vuela pluma.

—Es una copia exacta de una *commode* —pronunció en perfecto francés— que perteneció a Luis XVI. Laminada con maderas preciosas. Todavía desprende el aroma del palisandro. Observe la *marqueterie* y

la belleza del emblema real trabajado en bronce *or moulu*.

—Hermosa.

—Lo es. Es un regalo que le hice a la ciudad en el momento que dejé el cargo de embajador. Este tipo de detalles se quedan en el recuerdo de las personas como los buenos perfumes. Por eso sigo manteniendo mis contactos a este lado del océano.

—Precisamente de eso quería yo hablarle…

—Sí, enseguida —le cortó—. Pero antes cuénteme en qué punto estamos con las obras.

Michelson hizo lo posible por ocultar su ansiedad.

—Según lo previsto. La ramificación norte está muy cerca de encontrarse con la sur.

—¿Los de la Compañía Hispano Argentina de Obras Públicas y Finanzas siguen poniendo palos en las ruedas?

Michelson encontró en aquella pregunta la oportunidad que esperaba.

—A decir verdad, lo desconozco. Damocles se encarga de eso y, al parecer, los tiene bien controlados. Siguen pensando que están avanzando en los trazados de las líneas C y D del Subterráneo.

—Damocles, claro.

—He de confesarle que me intriga mucho su figura…

—A usted y a todos. Si decían que era la mano derecha de nuestro anterior Gran Maestre, de Jasón se rumorea que es la derecha y la izquierda. Lo único que sabemos los que estuvimos presentes en aquella Asamblea es que fue el propio Jasón, cuando todavía vestía la túnica de custodio de Nasidio, el que convenció a Ciacco de la necesidad de crear una figura que protegiera El Cartapacio y dirigiera el ejército de arcángeles.

Michelson encajó las piezas de inmediato. Ciacco estaba en la recta final de su mandato cuando Damocles se hizo con el contenido de la estatua. Era evidente que existía una disputa velada entre el Gran Maestre y el protector del Templo. Tenía que averiguar una cosa más.

—Sé que no es algo que me incumba, pero he escuchado que todos sabían que Nasidio sería el sucesor de Ciacco.

—De hecho, fue la única candidatura. Su posición dentro de la que será la principal agencia de investigación de los todopoderosos Estados Unidos era y es una garantía para los intereses de todos. Yo también lo apoyé.

Michelson evitó pronunciar el nombre de John Edgar Hoover. No era necesario.

—Entiendo.

—Permítame que le dé un consejo —dijo Flegias acorazando el semblante—. Manténgase alejado de Bernardo Segurola, Damocles tiene más poder que el que cualquiera de nosotros podría llegar a

alcanzar.

—Gracias, lo haré.

—Cambiando de tema, algo que quedó en el aire cuando me marché fue el asunto del empresario de Montevideo. José Salvo —le recordó Flegias.

La ansiedad estaba devorando las últimas porciones de paciencia del guardián.

—Me ha llevado mi tiempo ocuparme de ello de la forma que necesitábamos. José Salvo falleció el pasado 19 de mayo a consecuencia de las heridas que le provocó un fatal atropello. De avanzar en la investigación, lo único que averiguarán es que el conductor, Artigas Guichón, fue contratado por el que era el yerno de la víctima, Ricardo Bonapelch, para quedarse con la herencia que le correspondía. No he dejado ningún cabo suelto, se lo puedo asegurar.

—Es usted un mago.

—Gracias.

Michelson resolvió que no podía esperar ni un segundo más.

—Me da bastante apuro pedirle esto, pero…, si no fuera un asunto de extrema necesidad, le juro por la memoria de mi dulce Dorothy que no lo haría.

—Le escucho.

—Verá. Se trata de la dichosa desaparición de la estatua. Sé que ya no está dentro de mis responsabilidades, pero ya me conoce.

—Sus raíces castrenses —etiquetó el custodio.

—¿Recuerda que le hablé de mis sospechas respecto a Mario Palanti?

El diplomático confirmó con un pestañeo prolongado.

—Estaba absolutamente equivocado. Usted tenía razón. Ahora sé que no tuvo nada que ver; no obstante, permítame que le ahorre los detalles para no aburrirle. Resulta un tanto embarazoso reconocer esto, pero lo cierto es que, estando yo convencido de que había caído en desgracia por culpa de Palanti, me he ocupado de obstaculizar durante todos estos años su carrera profesional. Hace no mucho, la casualidad provocó que me topara con él y lo vi al borde del suicidio. No es justo que el hombre que ha levantado las Columnas de Hércules para nosotros lleve una vida tan lastimosa por culpa de mi obcecación.

Matthew J. Michelson hizo una pausa.

—Comprendo.

—Se lo agradezco, sinceramente. En esa conversación me contó que ha presentado un proyecto muy importante y ambicioso en Italia: la Mole Littoria se llama.

—Sí, he oído hablar de él. Una auténtica monstruosidad de más de trescientos metros de altura, una edificación a imagen y semejanza de las aspiraciones de nuestro hermano Cerbero.

—Palanti es un gran arquitecto. ¿Qué mejor candidato que él para llevar a cabo esa obra? Es su oportunidad para demostrar su talento a sus compatriotas, y no quiere perderla.

—Las oportunidades perdidas viajan solo con billete de ida —sentenció.

—¡Exacto! ¡Hagamos que se suba a ese tren!

Flegias resopló con notable hastío.

—Huelga reconocer que Cerbero y yo no podemos considerarnos uña y carne. He cumplido, aunque no tenía por qué, con la aportación económica al régimen fascista y, si he de ser sincero, su compañía no me resulta nada grata.

—¡Precisamente! Pídale que le devuelva el favor. Para el Duce no conlleva ningún esfuerzo, solo tiene que estampar su firma en el proyecto que Palanti le ha presentado en varias ocasiones. Se lo debemos, se lo debo —corrigió exprimiendo su papel de adlátere.

El conde Colli di Felizzano masticó la idea.

—Bien pensado, podría ser una forma de hacerle entender que todo tiene un precio. Si él me pide, yo le pido. Además, todavía guardo una estrecha relación con Constanzo Ciano, que pronto asumirá la presidencia de la Cámara de Diputados. Él nos podría facilitar esta empresa.

Michelson sonrió.

—No sabía que tuviera tanto corazón. No deja de sorprenderme —valoró el custodio.

—Le estaré agradecido hasta el fin de los días —aseguró, zaino.

—Solo puedo decirle que lo intentaré.

—Con eso es suficiente. Conozco sus dotes para la persuasión, mi estimado amigo.

Matthew J. Michelson se percató de que los presentes empezaban a regresar a sus localidades, circunstancia que aprovechó para dejar zanjado el asunto.

—Parece que se nos ha agotado el tiempo —dejó caer.

—Eso parece. Yo tengo que regresar al palco de autoridades antes de que los militares empiecen a sospechar y añadan mi nombre a la lista.

—Que disfrute del resto de la ópera. La voz de Michael Bohnen es única, pero qué le voy a contar a usted que no sepa.

—Yo tuve la oportunidad de escucharle interpretar *Las bodas de Fígaro* y le puedo asegurar que necesité realizar grandes esfuerzos para permanecer despierto. Hoy vamos a salir de aquí con el trasero adoquinado. Hablando de traseros, esa dama de ahí —le indicó con un ligero ademán— no le ha quitado la vista de encima.

Michelson lo comprobó con celeridad.

—Recuerde: las oportunidades perdidas viajan solo con billete de

ida —le recordó Flegias al despedirse.

El guardián se anotó la cita mentalmente para transcribirla más tarde en su diario. Se volvió esta vez sin tanto disimulo para encontrarse con la coqueta mirada de una dama de pelo cobrizo y ondulado que, de inmediato, la retiró con pícara alevosía. Por suerte, no la acompañaba ningún hombre.

La doncella estaba de caza y ya había encontrado su presa.

El segundo acto de *Los maestros cantores de Núremberg* tendría que esperar.

TAN VIVO, TAN MENTIRA

Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Alguien ha ejecutado la secuencia *Control-Alt-Supr* y su sistema nervioso se ha reseteado. La toma de conciencia se presenta sin avisar y de repente nada.

Porque nada ocurre de repente.

Todo sucede a cámara lenta.

El proceso es indoloro en sí mismo, lo doloroso es vivir. Vida y dolor forman parte de un mismo círculo. Duele nacer y duele morir y, entre medias, duele vivir. Y este alumbramiento que se está llevando a cabo, aunque tenga las horas contadas, duele igual. Sus movimientos casi ni son. Sabe, intuye más bien, que es y está, pero no sabe dónde, cuándo ni cómo. Mucho menos por qué. Los estímulos externos son confusos, no ayudan. La luz está deslavada; los contornos, difuminados; no hay correspondencia para los olores que capta; los sonidos son del todo intrascendentes; el sabor es acerbo; el tacto, almidonado. No existe la equivalencia en esa involución forzosa.

Ólafur Olafsson resuelve evadirse de ese arcano huyendo a través de un proceso de hibernación tan eficaz como pasajero.

No tarda en replicarse el ciclo: el mismo dolor. Paradójicamente filtra algunos estímulos que se escapan de ese todo angustioso y los aísla con el propósito de reconocerlos en una decisión involuntaria. Reconoce una caricia, el tacto de una piel que le resulta familiar; un susurro, una voz de aliento, un registro que su cerebro ha estado almacenando los últimos días.

El islandés abre los párpados, esta vez sí, intencionadamente. Su renacida parte consciente lucha contra la indefinición. La batalla se decanta a su favor porque solo hay un elemento que capta su atención. Una silueta que contiene rasgos amigables: pelo rojo, tez pálida y facciones delicadas.

Una sonrisa fascinante y unos ojos azules, casi grises.

Humedecidos.

Estación del Subte de Catedral
Buenos Aires (Argentina)

Sorprendentemente la estratagema de Bujalesky ha dado el resultado esperado.

A las 22:45 han entrado en los sanitarios, han colocado rudimentarios carteles en los que se puede leer: «Averiado. Disculpen la molestia» y se han encerrado por dentro. A nadie le extraña la inconveniencia. No saben si algún operario ha entrado a revisarlos o no, pero cuando se ha ido la luz han aguardado diez minutos y han salido. El absoluto silencio no por esperado es menos perturbador. Se dejan guiar por la prolongación luminosa de las linternas hasta el andén en el que reconoció la luna del emblema de la Congregación. Su lunático influjo atrae sus timoratos pasos.

—Bueno, amigo, vamos para allá —susurra Bujalesky animado.

La pasarela que discurre por el margen derecho de las vías es estrecha. El haz de luz que dirige el dantista va alternando el suelo con las paredes y el techo. Desea encontrarse con el sol, el último indicativo que falta. Caminan al ritmo que les marca la prudencia.

—No puede ser muy largo —comenta el experto—. Esta es una estación de cabecera, los trenes nacen acá y acá vienen a morir. Como el sol, que nace y muere todos los días. Tiene sentido.

—¡Tomátela, Buja! Dejá de decir boludeces o me doy media vuelta. Y si no lo encontramos, ¿qué?

—Está por acá, lo sé. Ya lo vamos a encontrar, Telmito. Tenemos hasta las cinco de la mañana, así que mirá vos si disponemos de tiempo para encontrarlo.

—Es evidente que no somos los primeros en mandarnos por acá. Mirá cuánto grafiti —advierte.

—Tienen que ser los propios trabajadores o decime qué sentido tiene pintar donde nadie o casi nadie va a disfrutar de tu maravillosa obra de arte urbana. ¡Pará!, ¡pará! ¡Pará ahí!

Bujalesky está alumbrando la pared de enfrente.

—¡¿Qué pasa?!

—Al mover la linterna alumbraste algo que me pareció… ¡Mirá!

La risa de Bujalesky rebota contra las paredes del túnel.

—¡Cerrá el orto, boludo!

—¿Lo ves o no?

—Claro que lo veo.

—Si no me hubieras llamado la atención con el grafiti, capaz que no lo habríamos visto, che —dice Bujalesky—. El viento está soplando a

favor. ¿Qué es lo que hay debajo? Parece una chapa metálica.

—Es una puerta metálica de doble hoja. Mirá acá —marca con la linterna—. Tiene una cadenita. Hay que atravesar las vías. No sé yo…

—¡No me seás cagón! Cruzar acá tiene menos peligro que cualquier calle de Capital Federal. ¡Dale!, ¡dale!

Cruzan. Telmo examina la cadena.

—No me dará problemas —dice abriendo la bolsa de deporte de mano en la que porta sus herramientas habituales de trabajo—. Pero… ¿vos estás seguro de que es por acá?

—Claro, Telmito, claro. Algo que siempre ha estado ahí, pero que no sabés qué mierda es ni para qué sirve… deja de estar.

—Y bueno, vos sabrás.

Corta la argolla al primer intento.

—Telmo, eres un groso, ¿lo sabés?

Los chorros de luz se chocan entre sí durante la exploración. La habitación es pequeña. Lo primero que les llama la atención es el revestimiento de las paredes. El cemento semipulido es ahora roca desnuda. Notan más humedad y el aire enrarecido.

—Otra puerta —localiza Telmo.

—La puerta del infierno, querido —identifica Bujalesky aproximándose—. Acá nomás. Por fin. Y eso…, ¿qué carajo es eso? —Ilumina.

—No tiene cerradura. Parecen dos hojas…

Telmo prueba tímidamente a empujar.

—Un mecanismo de apertura —observa Bujalesky acelerado—. Las letras rotan, ¿viste? Se viene el primer acertijo. Es como el sistema de una caja fuerte, pero en vez de números, letras. Sencillo.

—¿Cómo sigue el mapa? ¿Qué dice el poema?

—*El conocimiento la hará visible, ora bien, para el descenso afrontar, deshaceros habréis de lo inservible* —cita de memoria—. Bueno, bueno, bueno —se anima frotándose las manos—. Está claro que el conocimiento hizo visible la puerta, porque si Erika no hubiera reconocido la estrella no habríamos llegado hasta acá ni en pedo, ¿sí? Ahora, antes de comenzar el descenso al infierno, es decir, de atravesar esta puerta, tenemos que deshacernos de lo que es inservible. Obvio que se refiere a que hay que escribir acá lo que es inservible. Lo que no nos va a servir en el infierno —cavila elevando la mirada—. ¿Qué es inservible? ¿Qué dice la *Comedia?* Dejame pensar un segundo nomás. ¿Qué mierda dice?

—Es una palabra de nueve letras o puede que dos, una de cinco y otra de cuatro, qué sé yo…

—Tiene que ser una de nueve. Nueve como los círculos del infierno. Nueve letras. ¿Qué es lo que no necesitamos en el infierno? A ver. Virgilio conduce a Dante hasta la puerta donde ven el cartel. Dante

tiene un instante de duda motivado por el miedo pero él le agarra de la mano y la cruzan. Se deshace del miedo. Miedo tienen cinco letras. No. Dante no deja el miedo, porque más adelante y en varias ocasiones vuelve a confesar que se siente aterrado. Deshacernos, dejar atrás.

—Abandonar —propone el encargado del Barolo.

—«Abandonar» —repite—. ¡Abandonad! ¡Claro que sí, Telmito! ¡Obvio! ¡Qué pelotudo que soy! Si viene escrito en lo alto de las puertas del infierno, ¿recordás?

Bujalesky suelta una carcajada nerviosa.

—¡¿El qué?!

—¡«Abandonad, los que aquí entráis, toda esperanza»! ¡Toda es-pe-ran-za! Nueve letras. Mirá.

Bujalesky empieza a manipular con el dedo índice la primera casilla.

—La esperanza no sirve de nada ahí abajo, Telmito —dice cuando le quedan dos letras para terminar de componer la palabra—. Ya está y ahora ¿qué?

—Tendrá que haber un mecanismo o algo. Dejame a mí, Buja, que no se ha fabricado el artilugio que se me resista.

Bujalesky se echa a un lado mientras que Telmo examina el artilugio incrustado en la roca.

—¡Dale, Telmito!, ¡dale!

Un chasquido seco anuncia que ya lo ha encontrado.

—¡Acá era! —señala.

Pero Bujalesky está plantado frente a la puerta, inmóvil.

—Si andás esperando a que te agarre la mano, ya nos estamos dando la vuelta…

—Una vida entera, Telmo, una maldita vida entera.

—¿Pues a qué esperás? Empujá de una vez la maldita puerta, dale.

Y lo hace.

Una corriente de aire gélido les da la bienvenida al infierno.

Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)

Es la segunda vez que sonríe. La primera ha sido cuando Erika le ha contado que el arcángel Miguel murió ahogado en su propia sangre tras recibir un certero disparo que le atravesó la tráquea. Esta que ahora se dibuja en sus amoratados labios es consecuencia de los últimos acontecimientos que le ha narrado Erika. Ha intentado simplificar al máximo, pero ha invertido casi una hora en ponerle al día de todo. De todo menos de lo concerniente a Michelson.

—Ya. ¿Así que una estrella en el metro? Parece de película de aventuras. —A Ólafur le cuesta verbalizar pensamientos y su voz suena bastante apagada. El esfuerzo por mantenerse despierto consume sus escasas reservas de energía.

—Y todo ello mientras tú descansabas aquí a pierna suelta.

Al islandés se le nubla el semblante.

—Era una broma, hombre, no te lo tomes a mal.

—No, no es eso. Todavía no me has contado qué te han dicho los médicos y mi olfato me dice que si no has empezado por ahí es porque no has querido empezar por ahí. Erika…, sin paños calientes, y no trates de convencerme de que no sabes nada porque no me lo voy a tragar.

Ella le suelta la mano y se levanta de la silla. Camina por la habitación de un lado a otro, como si tratara de huir de sus pensamientos hostigadores.

—Erika, sé que no estoy bien, lo sé. Casi no puedo moverme y esa bolsita de ahí contiene tantos calmantes que solo puede significar una cosa. Además, la jauría…, la jauría está muerta… —dice posando su mano sobre el estómago—. Llevo despierto el tiempo suficiente como para que me hubieran dado la bienvenida a mordiscos. Saben que nunca más los voy a poder alimentar y han preferido morirse en silencio.

—Creo que deberías descansar un poco.

—Ya, descansar. Ven, acércate, por favor —le ruega.

Erika vuelve a sentarse a regañadientes. El islandés sigue con la vista varada en la ventana.

—Cuando recibí la descarga supe que no saldría vivo. Noté cómo entraba cada uno de esos perdigones en mi cuerpo. Luego le vi a él con las manos en el cuello y pensé en ti. Me quemaba, sin embargo estaba tranquilo. En paz, porque sabía que tú estabas bien. Me tumbé y cerré los ojos. Solo deseaba que terminara cuanto antes.

—Ólafur…

El islandés rescata su mirada para encontrarse con la de Erika, perdida.

—Tienes que creerme: no me preocupa una mierda lo que me espere más allá de la muerte cuando la muerte carece de significado. Nosotros hemos dado sentido a lo que somos, a lo que hacemos, por eso no tengo miedo. No se puede temer lo que no se comprende. La vida en sí misma, como concepto, carece de valor, lo único que justifica nuestra existencia es el proyecto que nos planteamos a lo largo del angustioso proceso que implica vivir. Lo que verdaderamente nos mueve es el deseo de cumplir con nuestro objetivo primario, de llegar, pero, como seres frágiles, incompletos y conscientes que somos de nuestra propia debilidad, nos asusta el fracaso. Eso es lo que nos da

miedo. No llegar nunca. Yo ya he cruzado la meta, Erika, encontré la razón y fui coherente con ella. Por eso no estoy preocupado.

Esta vez Erika no le agarra la mano, se aferra a ella. Quiere hablar, pero no encuentra las palabras.

—Ya. Está bien. No hace falta que me cuentes nada, solo quédate un rato más aquí conmigo. ¿Quieres?

Ella apoya la cabeza en su pecho.

—Han sido los mejores años de mi vida, Erika. Los mejores. Tenía un propósito y he tenido la enorme fortuna de compartirlo contigo. Y con ese pelirrojo cabrón —añade.

—He hablado con él y está de camino —le informa Erika sin cambiar de postura.

—¿Va a venir Sancho? Es un gran tipo. Tiene corazón.

—Sí, lo sé.

Ólafur toma aliento.

—Tenéis que hacer que todo esto merezca la pena. Sé que te encargarás de que así sea, por lo que me ahorraré el discurso. Solo quiero pedirte una cosa…

Erika se yergue para encontrarse con sus ojos.

—Llévame a un lugar frío, uno muy muy frío…

Ella le sonríe.

—Uno muy muy frío…, te lo prometo.

—Necesito dormir un poco.

—Vale. Yo estaré aquí cuando despiertes. Descansa.

Ólafur deja que los párpados caigan por su propio peso.

Algún lugar del infierno

Transitan entre pecadores. La sombra encorvada de Bujalesky, siempre al frente de la exploración, se proyecta sobre las paredes como un espíritu malévolo que no deja de observarlos. El sonido del bastón de Telmo amplificado por el eco marca el ritmo del cadencioso y patojo caminar de la pareja.

Tal y como decía el mapa, se guían por los círculos del infierno siguiendo las señales que marcan las bifurcaciones que se han ido encontrando. Para Bujalesky no ofrece ninguna dificultad averiguar el camino que debe seguir. En los sillares de roca de los túneles del anteinfierno han visto las avispas y otros insectos que se describen en *La Divina Comedia*. Cuando los han dejado atrás, han elegido acertadamente el corredor sobre el que pasaba una gruesa tubería similar a la que se ve desde el segundo sótano del Barolo, lo cual refuerza su teoría: se trata del río Aqueronte que menciona el poeta en los versos del *Infierno*. Atravesando el limbo han leído en las paredes

los nombres de los personajes históricos que cita Dante y, en el tercer círculo, Telmo ha observado que hay agujeros practicados en la roca que funcionan a modo de respiraderos y facilitan la circulación del aire. A punto de salir del quinto círculo, en el que están los iracundos y perezosos, ninguno de los dos ahorra epítetos y halagos hacia el constructor de semejante estructura subterránea.

—Che, ¿y qué creés vos que tendremos sobre nuestras cabezas? —pregunta Telmo.

—Antes estaba pensando en eso. Se sabe que a comienzos del siglo XVIII los jesuitas participaron en un proyecto que consistía en la creación de una red de túneles bajo el subsuelo como parte de un plan de evacuación en caso de asedio —expone Bujalesky.

—¿Los jesuitas?

—Siempre contaron con buenos arquitectos y albañiles. La idea era unir los edificios más insignes de la ciudad, pero quedó inconclusa. Bajo la Manzana de las Luces se conserva aún buena parte del trazado original y todavía siguen apareciendo otros tramos cada vez que realizan alguna obra pública. Capaz que Minos aprovechara parte de ese tejido, no sé, pero me inclino a pensar que está ideado para el fin que nos ocupa. Así, el *danteum* estaría completo, ¿no te parece?

—Invertirían años.

—Seguramente más que en levantar el purgatorio y el paraíso, pero le encuentro todo el sentido del mundo. Mataría por tener los planos y poder ver el diseño completo.

—Hablando de ver…, ¿cuánto tiempo llevamos acá abajo?

Bujalesky consulta su reloj.

—Es casi la una de la madrugada.

Telmo se pasa la mano por la nuca.

—No sé cuánto me van a durar las pilas de las linternas, la verdad.

—Andá a cagar…, ¿me estás jodiendo?

—¡Y no! ¿Y qué querés? ¿Cómo iba yo a saber…?

—¡La puta que te parió, Telmo! Si se terminan y no vemos un carajo…, ¿me decís cómo mierda vamos a saber hacia dónde tenemos que ir?

Su compañero se encoge de hombros.

—Entonces volvamos mañana con repuestos y listo.

—¡Ni en pedo! Vamos a apurarnos, ya no tiene que faltar mucho. Mirá, ahí están representados los muros de Nasidio. Es por acá. ¡Seguime, viejito!

Telmo relincha sonoramente, pero le sigue con servicial renuencia.

Y el espíritu malévolo acelera el paso.

Complejo Médico Policial Churruca Visca

Balbucea palabras que no se encuentran en ningún diccionario; farfulla vocablos que no pertenecen a ningún idioma.

Se expresa en el dialecto del inconsciente.

Delira.

Gruñe.

Suda.

Erika se despierta, observa amodorrada e inmediatamente le toca la frente. Arde. Aprieta el botón. Y lo vuelve a apretar. Lo deja pulsado hasta que aparece la enfermera.

—Tiene mucha fiebre —informa presurosa.

—Sí. Me temo que es normal. Hágase a un lado, por favor.

La enfermera echa un vistazo a la pantalla de la máquina que controla sus constantes vitales.

—Ya mismo regreso.

No tarda más de treinta segundos.

—Su cuerpo sigue luchando contra la infección, pero está perdiendo la batalla. En unos minutos le habrá bajado la fiebre. El doctor Sciordi me puso al corriente de todo y me pidió que estuviera muy pendiente del estado del paciente. Y de usted —añadió—. ¿Necesita algo?

—No, muy amable.

—Si precisa algo más, toque el timbre. Una vez es suficiente.

—Gracias.

En efecto, la fiebre remite y desaparece, pero el rastro que deja en el rostro del islandés delata su paso por esa cama. Tiene peor aspecto. Los ojos, cada vez más hundidos, parecen abocados a un naufragio lento pero irremediable en aquellas aguas que se van oscureciendo por horas. La piel se ha teñido de un agorero gris ceniza y parece haber disminuido su espesor de forma notable.

Fuera empieza a amanecer y se acerca a la ventana con barrotes para escapar visualmente de la tristeza. Erika no ha sumado ciento veinte minutos de sueño y durante la fase que ha estado despierta ha aprovechado para catalogar y archivar toda la información que le ha servido Bujalesky en tan corto espacio de tiempo. Es una suerte de bufé masónico en el que, sin sentarse a la mesa, ha ingerido los segundos platos, luego los postres y al final los primeros mezclados con entremeses. Se le ha hecho bola. Además, no consigue tragar el dulce al que lo convidó Telmo en el faro cuando le aseguró que El Cartapacio era una invención. Se pregunta si Bujalesky habrá realizado algún avance.

—Erika…

Ólafur se esfuerza por configurar una cara de buenos días.

—Hola.

—He tenido un sueño.

Le cuesta respirar.

—Lo he vivido desde fuera y diría que se trataba de una pesadilla —dice acercándose a la cama.

—Vamos a salir victoriosos, eso es lo único que sé.

—Yo jamás lo he dudado —miente ella.

El islandés extiende el brazo para abrir el cajón de la mesilla.

—¿Qué buscas?

—Mis gafas.

Erika se las da.

—Ayúdame a incorporarme, quiero ver el cielo.

Acciona el mecanismo de la cama y con mucho cuidado consigue acomodarlo.

Se fija en una que tiene forma de balón ovalado; o eso interpreta.

—Vamos a salir victoriosos —repite.

Alguien toca a la puerta y entra. Es uno de los agentes que custodian la habitación. Lleva en la mano un sobre marrón de tamaño A3.

—Señorita, dejaron esto para usted.

—¿Para mí? ¿Quién?

—Lo desconozco, recién me lo subieron. Pero acá está escrito su nombre, ¿no?—Así es.

—Tengo que pedirle que lo abra antes de entregárselo.

Erika lo hace. Dentro hay una carta manuscrita. Busca el firmante y lee:

—«Robert J. Michelson».

Algún lugar del infierno

Para atravesar el séptimo círculo del infierno han tenido que elegir entre cinco escaleras de caracol. La figura del Minotauro marcaba la correcta a los avezados ojos de Bujalesky, que, compelidos por la incertidumbre que rodea al tiempo que van a durar las pilas de las linternas, ya no se paran a recrearse en los detalles. Han descendido tres niveles hasta llegar al octavo círculo, como los tres giros que relata Dante en su obra inmortal. Allí se han encontrado con una gran estancia, la más espaciosa hasta el momento, excavada en forma semicircular y con techo abovedado, en la que han bajado los diez escalones que simbolizan las diez zanjas o fosas que cita el poeta al describir el Malebolge. Vagamente se ha fijado en que en el suelo se encuentran tallados los nombres de los pecados que han cometido los que están allí condenados.

Ahora tienen delante tres pozos con otras tantas cuerdas que

presentan varios nudos. Han notado que la temperatura ha ido descendiendo de manera progresiva y al asomarse a los agujeros negros una corriente helada les acaricia el rostro.

—Por suerte, se puede ver el fondo —valora Bujalesky enfocando con la linterna—. Yo diría que son cuatro o cinco metros. ¿Vos qué decís?

—Que podría bajar, creo, pero en ningún caso podría volver a subir y ¿cómo sabemos que la salida está por el otro lado?

—Porque lo dice la *Comedia* y todo esto es una recreación al pie de la letra, ¿es que no te diste cuenta todavía?

El experto examina los pozos en busca de titanes y, efectivamente, encuentra los nombres de tres de ellos, uno en cada pozo. Esa no se la esperaba.

Se recoloca el pelo. Duda.

—Che, ¿qué pasa ahora? En esta no la podemos pifiar.

—Dale, Telmo, dejame pensar, no me vengás a hinchar las pelotas ahora.

Bujalesky escenifica el momento de concentración.

—Dante y Virgilio se encuentran con tres titanes encadenados. Nimrod balbucea palabras carentes de sentido, lo cual representa la falta de comunicación, entendida como el gran problema que hace que la discordia perviva entre las personas. Efialtes simboliza la furia y la histeria colectiva de las masas, con el peligro que ello conlleva por lo sencillo que resulta manejarlas. Por último, Anteo es la vanidad de los humanos, muy susceptible a las alabanzas y consecuentemente manipulable. ¡Eso es! Virgilio se aprovecha de esa circunstancia y se deshace en halagos con Anteo para que les ayude a descender al Cocito, como llama al noveno y último círculo, donde está Lucifer. Tenemos que bajar por Anteo —dice señalando el de la derecha.

—¡Genial! —aplaude Telmo.

Una luz intermitente parece acompañar las palmadas del encargado del Barolo.

La linterna del dantista empieza a titubear.

Ambos se miran desconcertados.

Este da golpecitos en la palma de la mano como si de una reanimación cardiovascular se tratara. Pero el paciente se le va. Agoniza durante unos segundos más y se muere.

—¡Uhhh! ¿Y ahora? ¿Qué mierda hacemos, Buja?

Este parece valorar la respuesta unos instantes.

—Bajamos. Todavía tenemos la tuya. Primero me alumbrás vos a mí, luego me pasás la linterna, el bastón y las herramientas con otra de las sogas y te ilumino yo desde abajo. Quedate tranquilo, que ya estamos —suelta en su intento de convencerle.

—Pero… ¡la puta madre! Espero que las fuerzas no me fallen.

Bujalesky se escupe en las palmas y se las frota vivamente para combatir el agarrotamiento de las articulaciones.

—Tené cuidado, Buja, que no tenemos edad.

—La fuerza está acá —dice golpeándose la cabeza antes de agarrar la cuerda a la altura del primer nudo—. Es una boludez.

—Pero… ¿qué hacés con eso? ¿Sos gil?

—Dulcinea viene conmigo.

Cuando toca con los pies en el suelo le tiemblan las rodillas.

—¡Pan comido, Telmito! ¡Dale, bajame los bártulos! —le grita. De su boca sale vaho.

La operación concluye como han planificado y ahora es Bujalesky quien le pide que baje con cautela. Teme que su lesión de rodilla dificulte el descenso, pero resulta que Telmo baja con más presteza que él.

—¿Viste? —le da la bienvenida al último círculo zarandeándole por los hombros.

Telmo sonríe orgulloso.

—¡Qué frío, che!

—Es real. Todo es tan real… —juzga Bujalesky mientras examina en derredor—. Está claro que se inspiraron en las ilustraciones de Gustave Doré. Dante lo describe como una laguna que se ha congelado por el batir de las alas de Lucifer, que quedó atrapado al ser expulsado del paraíso por Dios. Este círculo es el punto más alejado de Dios, máxima expresión del amor. Lucifer es el odio. En el infierno todo es una carencia; la luz es presencia. La oscuridad es la ausencia de sustancia inherente a la luz, el frío es la carencia de la energía que contiene el calor y el pecado es, en sí mismo, una falencia del alma de esencia moral. Y de entre todos los pecados, el más grave desde la óptica de Dante es la traición.

—Estoy muy de acuerdo con eso. Con eso de la traición —precisa el encargado.

—Esta primera terraza es la Caína, donde están condenados los traidores a sus seres queridos; en la siguiente, la Antenora, se castiga a los traidores a sus conciudadanos; en la tercera, la Tolomea, penan los traidores a sus huéspedes; y por último, en la Judeca, sitúa a los traidores a sus benefactores, entendidos estos como los que hacen bien a la humanidad. Los peores, Judas, Bruto y Casio, sufren la penitencia de ser devorados a lo largo de toda la eternidad por las tres bocas de Lucifer. Uno por cada boca.

—No se merecen menos.

—*Solo los puros hallarán la llave, indispensable en el peregrinaje, para ascender al purgatorio es clave* —cita—. Llegados a este punto, hay que ver a los puros como los que no son traidores. Pero hay que probarlo…, por allá.

El haz de luz baña una reproducción a tamaño real de la Boca de la Verdad incrustada en el muro.

—¿Dónde si no? Minos era un genio, che. ¿Imaginás dónde está la llave del infierno? —pregunta el dantista.

—*Hasta las fauces del mismo Satán,* como anunciaba el verso.

—Obvio. Y para eso hay que meter la mano en esa boca que mastica eternamente a los traidores. La leyenda dice que si se formula una pregunta al reo y este miente, se cierra de manera automática amputándole la mano. En realidad, al otro lado de la pared lo que había era un verdugo con un hacha que seguía las órdenes de una instancia superior más terrenal que divina.

Bujalesky enfoca hacia el interior de la boca y se agacha.

—¿Qué es lo más largo que tenés en la mochila?

—Esperá, dejame ver… ¿Esto te sirve?

—Me sirve. Alumbra desde ese lado.

La llave inglesa produce un sonido metálico al chocar.

—Al fondo hay una compuerta metálica que seguramente se va a abrir al demostrar que se es puro.

—¿Y cómo se hace eso?

—Tiene que haber un acertijo o prueba por alguna parte.

Telmo se aleja con la linterna mientras Bujalesky inspecciona la Boca de la Verdad.

—Acá hay algo —dice el encargado.

Un ruido.

—¡La concha de la lora! —protesta Bujalesky.

—¿Qué pasó? ¡¿Estás bien?! —pregunta alarmado.

—¡Algo me atrapó la mano!

—¡Seré pelotudo! He tocado donde no debía.

—¡Y bueno, conservá la calma!, ¿querés? Ya lo advertían los versos: *Continuad, pues, este vuestro viaje de iniciación, pero proseguid solo si estáis dispuestos a pagar peaje.* La mano es el peaje —informa a la vez que trata de liberarse inútilmente.

—La puta madre, Buja… ¡Mirá acá! —le advierte Telmo—. Las letras que antes conformaban el lema de la Congregación están rotando.

Ambos aguardan expectantes mientras *Coelestes sequitur motus* deja de leerse. Cuando cesa el sonido, leen: *Qui fecit opus ut est ut.*

Bujalesky suelta una carcajada histriónica que contagia a Telmo.

—¡Que lo parió! ¡Miles de veces! ¡Lo vimos miles de veces en las bóvedas del Barolo! ¡Chupala, Mario Palanti! ¡Y chupala, Minos! ¡Y vos también, Ciacco! *Ipse mallet novit.* ¡Putos de mierda! *Ipse mallet novit.* ¡Chúpenla ahora, hombres puros!

—¡«Quien hizo la obra la conoce tal como es, así como él la preferiría»! —traduce Telmo.

Unos parpadeos lumínicos cortan de raíz la algarabía.

—No, por favor, ahora no —implora Telmo.

El silencio absoluto precede a la llegada de la absoluta oscuridad.

—¡La reconcha de tu madre! —certifica la voz de Bujalesky.

Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)

Tras recibir la carta, a Erika no le ha quedado más remedio que ponerle al día de los últimos movimientos de Michelson. Sosteniendo una expresión suiza de aparente neutralidad, Ólafur ha dejado que ella la lea y después le relate la llamada de Ramírez.

—No me fío una mierda de ese hijo de puta, Erika, pero… —Toma aire por la boca—. Pero todo esto me llama la atención —valora en voz queda—. Me llama poderosamente la atención.

—Ordenó que le cortaran la cabeza a Sancho y, aunque no estaba presente, ya era custodio de la hermandad cuando quisieron honrarme con el papel de doncella. ¡¿Y ahora quiere tratar de convencernos de que está de nuestro lado?! ¿Y que para demostrárnoslo nos espera a mí y a Bujalesky en la casa que su padre tenía… no sé dónde mierda? No entiendo nada.

—Ya. A eso me refiero. Hasta donde sabemos, está intentando alcanzar el propósito que no pudo cumplir su padre. Sancho te lo ha corroborado, ¿no es cierto?

—Desconozco los detalles, porque me lo contó muy rápido, pero sí, parece que entre Michelson y el arcángel se cargaron al puto Gran Maestre. Y colorín colorado.

—Ya. ¿Y dónde encaja que posteriormente lo enviara a terminar con Bujalesky y de paso con nosotros? Erika… —El islandés necesita otro respiro—. Hay algo que se nos está escapando en todo esto —sentencia negando con la cabeza.

Erika lo mira compasivamente.

—Ya lo averiguaremos. Ahora, te conviene descansar un poco. Duerme —sugiere al tiempo que baja la persiana.

Antes de caer en un estado hipnótico acunado por las caricias de Erika, Ólafur Olafsson comienza a tejer una hipótesis hecha de teorías poco probables pero no imposibles.

Algún lugar del infierno

Te abrí la puerta
con mis mejores deseos y mi peor sonrisa.

Te cerré la puerta
con mis peores deseos y mi mejor sonrisa.

Te cerré la puerta
y me hice una sopa con sabor a medicinas.
Te abrí la puerta
y se me escaparon volando todas las gallinas.

—Te lo pido por favor, Buja. Cortala de una vez. Cortala, que así no hay nervio que aguante…

—¡Es mi forma de combatir los nervios! —protesta Bujalesky—. ¿O te creés que estar acá atrapado sin ver un carajo es plato de buen gusto?

—¡Pues cantá, la puta que te parió!, ¡cantá, que si me confundo y te quedás manco no volvés a tocar la viola en tu vida!

Cuando se hace el silencio, Telmo retoma la tarea de colocar las letras de *Ipse mallet novit* a ciegas, dejándose guiar por el tacto como única referencia. Podría hacerlo Bujalesky con la mano izquierda, pero ha declinado intentarlo por estar sometido a mayor carga de estrés. Cuando termina lo repasa.

—Ya está. Yo creo que está correcto —anuncia.

—¿Creés?

—¡Creo, sí, creo!

—Dale, Telmito. Confío en vos. Quedate piola, papá. Lo escribiste sin dejar espacio, ¿verdad?

—Sin espacios.

—Luego, te sobran siete casillas que dejaste sin letras.

—Siete casillas. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Y la última sobresale un poco de las demás.

—Apretala.

—¿Estás seguro?

—La puta que te parió…, Telmo, dejate de joder y apretala.

Tres ruidos consecutivos y una pregunta.

—¿Estás bien?

—¡Funcionó! ¡Funcionó! —grita Bujalesky. Ya tengo la mano libre. Voy a meter el brazo hasta el fondo. Acá hay algo. ¡Es una caja!

—Algo se ha abierto ahí arriba, ¿viste? Entra algo de luz. ¡Allá, mirá!

Pero Bujalesky no le quita ojo a la caja ahora que puede distinguir formas.

—Vení, Telmo, vení. Esto es tan tuyo como mío, no quiero abrirla solo.

Este se acerca con cautela. El objeto que sostiene en las manos tiene unas dimensiones de veinte centímetros de largo por diez de ancho. El

dantista levanta la tapa con el cuidado de un artificiero.

Examinan el contenido durante unos segundos.

—Ya es nuestra, Telmito, nuestra. ¿Escuchaste? ¡La llave del infierno es nuestra!

—Es tuya y de nadie más —responde el encargado—. Te la ganaste.

Se abrazan. Es breve, pero intenso.

—Dale, vámonos de acá —propone Bujalesky—. Tengo que llamar a la doctora para contárselo. ¡Se va a caer de culo!

Telmo mira hacia arriba. Al final de un respiradero que estaba oculto tras una plancha de metal se distingue un punto de luz. Hasta donde le alcanza la vista calcula más de cien barrotes que hacen de escalera.

—En la loma del orto… que los parió —lamenta Telmo.

—En la *Comedia* Dante y Virgilio tienen que trepar por el cuerpo de Lucifer para salir del infierno, así que… no es tan malo, che. Vos primero.

Telmo introduce el bastón en la bolsa de deporte y, aunque sobresale el mango, resuelve que no hay riesgo de pérdida. Se la acomoda a la espalda con la bandolera y se escupe en la manos.

—¡Dale! —se anima.

Durante el ascenso, ambos han rivalizado en quejas y protestas. Les duelen las manos y las plantas de los pies, pero el premio que Bujalesky ha metido en el interior de la funda de Dulcinea compensa cualquier inconveniente.

—Hay una rejilla —informa Telmo cuando tiene casi al alcance la salida del infierno.

—Más vale que se abra de este lado, porque yo no vuelvo abajo ni en pedo.

Telmo la empuja.

Salen jadeando. Algunos transeúntes los miran con incredulidad. Se ubican de inmediato.

—¡Era obvio! —juzga Bujalesky alargando infinitamente la primera «O»—. Esto es lo primero que ven Dante y Virgilio cuando consiguen salir del infierno: la montaña del purgatorio.

La insigne estampa del Palacio Barolo se recorta voluptuosa sobre el cielo de Buenos Aires.

UNO DE ESOS PIJAMAS DE MÁRMOL

Terminal de autobuses Lao Xi
Ciudad vieja de Shanghái (China)
Septiembre de 2013

Conoce pocos lugares en el planeta tan concurridos como ese. El frenesí con el que los chinos afrontan sus quehaceres diarios hace que la zona de influencia de la terminal se asemeje a la boca de un hormiguero por el que han de pasar todos los individuos. Gabriel no pertenece a esa colonia, pero se mueve con tanta soltura como ellos.

Se dirige hacia el sur, concretamente al mercado que se ubica en la intersección de Zhonghua Lu y Fuxing Dong Lu. Uno de los motivos por los que se encuentra tan cómoda en Shanghái es porque el olor que desprenden los animales de dos patas, ese que sigue sin poder soportar, se camufla entre los millones de partículas odoríferas suspendidas en el ambiente. Antes de cruzar el puente, gira a la derecha y luego a la izquierda para llegar hasta una estrecha callejuela que desemboca en una gran plaza plagada de puestos. Se dice que allí lo único que no se puede comprar son almas, porque todas ya han sido vendidas.

Pero no es un alma lo que el arcángel ha venido a buscar y tampoco lo va a encontrar sobre los mostradores. Elige una callejuela poco concurrida para trepar por una tubería hasta el primer piso, camina por la canalización que recorre la fachada de la manzana y busca alguna vertical por la que pueda subir al techo de una de las viviendas que dan a la plaza. Necesita una mejor perspectiva.

Ya ha estado allí antes. Los Sun Yee On siempre le han servido de soporte cuando ha tenido que hacer algún trabajo en la zona. Son eficaces, pero sobre todo discretos. Y desde que Corteza de Roble diera la orden a Miguel de eliminar a Wang Wei-Zhu y entregar a los Yamaguchi-gumi el control del juego en Macao, están ganando mucho terreno a los 14K, la tríada rival. Su principal actividad es el de estupefacientes, pero tampoco hacen ascos al tráfico de armas, bien abastecidos desde Rusia por los Bratski Krug.

No detecta nada extraño. Hay dos hombres apostados en la entrada de la tienda que les sirve de tapadera. Fuman mientras sostienen una amigable charla. Ambos van armados, tal y como ella espera. Deshace el camino y se dirige hacia allá. A cinco metros para llegar, uno de los guardias la reconoce e inmediatamente el rubor de su rostro pierde varias tonalidades. El otro se contagia de la actitud de su compañero y permanece inmóvil sin saber qué hacer. Gabriel se detiene y espera a que alguno reaccione. No comprende cómo esos dos tipos pueden estar a cargo de la vigilancia; si ella hubiera traído propósitos distintos, habrían muerto sin enterarse. Uno de ellos parece reactivarse, tira el cigarro al suelo, lo pisa, abre la puerta y la invita a seguirlo. La conducen por el interior del local, que parece una cacharrería regentada por un matrimonio de elefantes. No es casual, entre tanto caos solo hay una ruta posible para llegar a la trastienda, un trazado que únicamente ellos conocen. El hombre con el que suele tratar es el menor de los cuatro hijos de Huang Xu, uno de las tres cabezas de dragón que dirigen la tríada. Se llama Zhang, pero le conocen como «Gallo». El pago lo ha hecho por adelantado, por lo que solo tiene que recibir la información que les ha demandado y comprobar que es el modelo que les ha pedido, el mismo con el que Damocles la enseñó a disparar a larga distancia.

La habitación huele a tabaco y a sudor, dos de los olores que conforman el podio que ella repugna. Se da cinco minutos para salir de allí.

—Gabriel —la saluda Gallo inclinando la cabeza—. Bienvenida. Toma asiento, por favor.

Como el resto de sus hermanos, ha cursado estudios en Londres y Ginebra, por lo que maneja bien el idioma de los negocios. Es educado y viste al estilo europeo. Sabedor de que ella no va a pronunciar ni una palabra, continúa hablando y pasa por alto que el arcángel ha declinado el ofrecimiento de sentarse.

—Lo que nos encargaste. Recién salido de fábrica. Limpio.

Gabriel se aproxima a la mesa. En el maletín negro y rectangular se puede leer lo que contiene: Снайперская винтовка Драгунова. Lo abre. Está sin montar y con los precintos intactos.

Con eso le basta.

—En cuanto a lo otro… —traga saliva—. Nosotros nunca nos inmiscuimos en vuestros asuntos y siempre que habéis requerido de nuestros servicios os hemos atendido gustosamente. Sin embargo, nos llama la atención que nos hayas solicitado la localización de uno de los vuestros. Y no de uno cualquiera. No nos importa, pero no nos gustaría que, sea lo que sea que esté sucediendo en el seno de la organización, nos afecte en el futuro. Somos y seremos leales a Corteza de Roble, espero que en el futuro se recuerde y reconozca.

Gabriel asiente.

Y con eso le basta.

—Está aquí desde hace algunos días. —Gallo saca un papel doblado y lo coloca sobre la mesa—. Los míos me dicen que no se ha movido. Tiene al menos ocho hombres armados custodiando la finca y solo se deja ver a la caída del sol, entre las siete y las ocho, cuando sale a dar un breve paseo por el huerto.

El arcángel no tiene ninguna duda de que lo que le está diciendo es cierto. Le sostiene la mirada e inclina la cabeza en señal de despedida y conformidad. Cuando sale, han transcurrido cuatro minutos y veintidós segundos.

Abandona la plaza y busca una vía principal donde poder moverse más rápido. Zhonghua Lu está abarrotada de tráfico, pero las aceras son anchas y quiere llegar cuanto antes a los jardines Yuyuan. Deja atrás el templo Wen Miao, dedicado a Confucio. Por norma, cuando pasa cerca de allí, suele abastecerse de libros en el mercado que se ubica en la parte posterior, pero, muy a su pesar, hoy no dispone de tiempo. Sin embargo, no puede evitar acordarse de la frase atribuida al pensador chino a la que Damocles recurría con frecuencia: «La persona que persigue dos conejos no atrapa ninguno». Un objetivo, un plan. Y eso es justamente lo que tiene que hacer ahora: armarlo. Para ello necesita paz y el único reducto de tranquilidad que existe a cientos de kilómetros a la redonda es ese. En cuanto se acerca al Muro de los Cinco Dragones nota el placentero efecto que le produce ese oasis verde. Nunca logra contener la conmoción que le produce cruzar las pasarelas sobre los estanques ornamentales de agua verdosa tapizados por hermosos nenúfares. Le desagrada cruzarse con tantos turistas, pero sabe que donde ya tiene la mente puesta, alejada de la Exquisita Roca de Jade, del Pabellón de las Diez Mil Flores y del ginkgo centenario, va a encontrar la armonía que busca.

El rincón, su rincón, ella lo llama «Madre». Está situado en el límite sur de los jardines, a la espalda de un pabellón poco concurrido donde la vegetación ha crecido saltándose las directrices del hombre. Allí es más Adla y menos Gabriel, pero no es su propósito evadirse, sino concentrarse. Se sienta en el césped, extrae el equipo de la mochila e introduce las coordenadas que le ha facilitado Gallo en el geonavegador de la aplicación topográfica. El mapa de la isla fluvial de Changxing, en la desembocadura del Yangtsé, no tarda en aparecer. La localización está ubicada en el extremo norte, donde la tierra se estrecha y disminuye considerablemente la densidad de viviendas. Eso tiene su parte positiva y su parte negativa. Y es esta última la que tiene que solventar. Hace *zoom* y lo transforma en un plano vectorial, donde las imágenes pierden importancia en favor de los números y las líneas. El Dragunov tiene un alcance máximo de mil trescientos

metros; no obstante, para asegurar el blanco establece un primer perímetro hasta un radio máximo de seiscientos metros. Los resultados no le satisfacen. Amplía cien más. Luego otros cien. A ochocientos veinte metros localiza una cota con cuarenta y dos de altitud y comprueba que el viento predominante sopla a favor. Traza un vector hasta la zona en la que debe de estar el huerto y ejecuta el comando. Una cámara simula el recorrido de ochocientos veinticuatro metros desde el punto de origen hasta el de destino. Gabriel tuerce la boca. La vegetación que rodea el muro de la finca ensucia la trayectoria del proyectil. Tendría que localizar un lugar bastante más elevado y esos árboles no lo son. No lo suficiente. Parte de cero. Ahora examina una visión aérea de la zona acotada. Entonces los ve.

Amusga los ojos.

Están plantados a lo largo de toda la costa norte y discurren en paralelo a la carretera. Eso le complace, porque facilita la llegada y la salida. Concretamente, hay uno que está a cuatrocientos doce metros del punto de destino. Están colocados a barlovento, por lo que el movimiento de las palas no la incomodará. Vuelve al mapa vectorial para comprobar la altura del armatoste: cien metros. Antes de repetir la simulación sabe que la trayectoria va a ser impoluta. Lo celebra apretando los puños.

Tiene que ir de compras, pero eso no supone ningún problema, porque en Shanghái todo lo que existe está y, si está, se puede comprar. Solo tiene que encontrarlo antes de las seis de la tarde, hora que se ha fijado para estar en posición. Le quedan cuatro horas y cuarenta y dos minutos.

Invierte uno para absorber la energía del entorno.

Sabe que la va a necesitar.

Exterior del Complejo Médico Policial Churruca Visca
Buenos Aires (Argentina)

—Son cincuenta dólares, señor.

—Cincuenta pollas en vinagre. En el aeropuerto me has dicho que eran cuatrocientos pesos o cuarenta dólares.

—Sí, señor, el viaje, pero no le incluí los peajes. Fíjese.

—Tres cojones me importa. Que timadores hay tantos como timados, pero conmigo te has topado, que decía mi padre.

La expresión del taxista indica que está lejos de comprender el dicho.

—¿Quieres los cuarenta dólares o te vas con los bolsillos vacíos? Lo mismo con el siguiente tienes más suerte que conmigo, majete.

El hombre, que supera los veinte años de experiencia en el oficio,

vacila un instante, intervalo suficiente para deducir muy acertadamente que ese barbudo pelirrojo —con pinta de generar de modo natural el líquido en el que conserva las mencionadas pollas— está para pocas negociaciones. Agarra los dos billetes de veinte y cuando está a punto de decir algo aprieta muy fuerte los labios para que no salga nada de su boca que pueda jugar en contra de su integridad física.

En efecto, Sancho está para pocas tonterías. No ha dormido apenas en el avión por culpa de esa novela cuyo título nunca consigue recordar y que ha publicado el exrepresentante de jugadores de rugby devenido a escritor, que es amigo de Dani Navarro y que ahora es su casero. Según le ha dicho este, el inspector de Homicidios que protagoniza lo que será una trilogía está inspirado en él, pero lo cierto es que el pelirrojo no ha encontrado muchas similitudes. Aun así, le ha servido para evadirse de la realidad. En cuanto han tomado tierra y ha encendido el móvil, le han alcanzado las primeras ráfagas enemigas en forma de notificaciones de llamadas perdidas del inspector general Makila. No le ha quedado más remedio que responder al fuego con fuego. Básicamente le ha informado de que, luego de los hechos acontecidos en Chicago, el Comité Ejecutivo de la Interpol le ha dado carta blanca para actuar, pero por tiempo limitado. Muy limitado, según el criterio de Sancho. Les han concedido dos semanas para conseguir pruebas fehacientes en las que se pueda sostener un caso de la entidad del que les atañe. Necesitan buena cimentación. Le ha confirmado que cuenta con el apoyo de la OCN de Buenos Aires; no obstante, le ha aconsejado que no lo utilice para evitar posibles filtraciones. A la pregunta de Sancho sobre los últimos movimientos de Michelson ha respondido que lo último que sabe es que volvió a contactar con un operador de la central para insistir en la geolocalización del teléfono de Erika, pero que este le dio largas siguiendo sus instrucciones y que no sabe nada más.

En resumidas cuentas, que se las componga como buenamente pueda.

La única noticia positiva tiene que ver con el estado de Vincent Dare, que evoluciona de forma favorable después de la intervención quirúrgica en el gemelo y que le envía muchos recuerdos y parabienes.

La hora y diez minutos de trayecto —ahora que lo piensa, lo mismo sí justificaba los cincuenta dólares, pero que se joda el taxista— también le ha dado tiempo para llamar al número de teléfono que le envió Erika por mensaje. La ha encontrado serena, pero la voz sonaba ajada y el tono afligido, lo cual, aunque no han profundizado en el estado médico de Ólafur, le hace pensar que sigue grave. Han acordado que al llegar avise en recepción y que ella bajará para ponerle al día sin que el islandés esté delante. Previamente, Erika ha

pedido permiso al doctor Sciordi y este al subsecretario Jorge Daniel Wolodarsky, que a su vez ha hablado con el comisario correspondiente para que autorizara otro visitante. Burocracia.

Así lo hace el pelirrojo y momentos después ve aparecer a Erika saliendo del ascensor. No tiene buen aspecto. Sancho acapara con los brazos su reducida existencia. Ella se lo permite gustosa y trata de armar una expresión que contenga algo que no le nazca del corazón.

—Acompáñame fuera, por favor, así aprovecho para fumar —dice ella.

Mientras lía el cigarro, no habla. Lo prende y se queda mirando la parte incandescente.

—Menuda mierda de tabaco. No consigo Amsterdamer en ningún sitio y esto es…, no sé qué mierda es, pero es una mierda mierdísima.

Tras el prometedor preludio, advierte a Sancho de que el Ólafur que se va a encontrar postergado en la cama poco tiene que ver con el Ólafur que conoce. La infección se lo está comiendo por dentro y, aunque él no lo exterioriza, su cuerpo sí.

—¡Hay que rejoderse! —diagnostica el inspector.

—Ahora está dormido. Más o menos está una hora despierto de cada cuatro o cinco. Es perfectamente consciente de su estado, le cuesta hablar y…

Erika no sabe cómo seguir. El pelirrojo acude al rescate y, no se sabe si buscando cambiar de tema o queriendo compensar las malas noticias, le cuenta el desenlace de la operación de Chicago. Ella tarda en procesarlo, más o menos igual que Sancho cuando le desvela el último ofrecimiento de Michelson.

—Así que el jodido Michelson quiere parlamentar, ¿eh? Los británicos se piensan que pueden solucionarlo todo dialogando como gente civilizada y hay veces que dos cartuchazos arrastran más contenido semántico que un millón de diccionarios de Oxford.

Erika apura el cigarro y sonríe. Ahora es Sancho quien la abraza.

—Me tienes que dejar que suelte el humo, Sancho —le pide con los pulmones oprimidos.

—Subamos.

—Espera, hay algo que tienes que saber antes… Verás, Ólafur ha elaborado una hipótesis sobre Michelson que te quiere contar.

—¿Una hipótesis?

—Sí. Pero será mejor que sea él quien te la detalle. Y otra cosa más, con independencia de lo que decidamos, yo no voy a moverme de aquí hasta que… concluya todo —define.

Sancho asiente. El tiempo no juega a su favor, pero entiende y comparte su postura.

A Ólafur le ha despertado la enfermera para asearle. Sancho hace todo lo posible por no parecer afectado por su aspecto, pero las

décimas de segundo que tarda en ocultar su primera reacción son suficientes para el islandés.

—Amigo mío —le saluda este levantando el brazo con gran esfuerzo.

Sancho se apresura a agarrarle la mano.

—La madre que me parió, Ólafur, os dejo solos unos días y preparáis la de San Quintín. Nosferatu a tu lado parecería el mismísimo príncipe azul.

—Ya. Por lo menos me llevé a ese bastardo por delante —le susurra para que no le oiga la enfermera.

—No esperaba menos de un bárbaro norteño como tú, hermano.

—Os toca rematar la faena a vosotros. —Pausa obligada—. Porque no habrás venido hasta aquí solo para velar este cadáver, ¿no?

—Ni de coña. Habría enviado una corona de flores por adelantado que dijera: «Los miembros de tu clan no te olvidan». Ciento cincuenta euros y listo.

Ólafur se ríe al tiempo que se retuerce de dolor.

—Por favor, señores, están en un hospital, no en la cancha de Boca, ¿sí?

—Disculpe, señorita —intercede el paciente—. ¿No cree que ya estoy suficientemente aseado para recibir a semejante…?

—Claro. Como usted diga.

La enfermera recoge y se marcha.

—Es simpática, pero está celosa de la del pelo rojo —le dice a Sancho—. Me quiere solo para ella.

Erika mueve la cabeza corroborando sus palabras.

—Jodido degenerado… —califica el inspector.

Los siguientes minutos están a la altura de cualquiera de los relatos que componen la *Antología del humor negro* de André Breton. Sin embargo, en algún momento Ólafur nota que se le van agotando las fuerzas y decide abordar el asunto. Carraspea enérgicamente, haciendo uso de la escasa energía que le queda.

—Sancho, tengo que pedirte algo. No tiene mucha pinta de que vaya a librarme de esta, así que me gustaría que tú te hicieras cargo de Karatu. Se lo pediría a Erika, pero al animal le conviene…, digamos, estabilidad.

—Pues estoy yo de un estable del recopón bendito, pero si te quedas más tranquilo te diré que sí, que cuando la diñes dentro de quince años me haré cargo de Karatu.

—Es importante.

—Tienes mi palabra.

—Eso quería escuchar. Otra cosa. Voy a contarte algo y te ruego que lo evalúes detenidamente con Erika. —Pausa—. Doy por hecho que cuando ha bajado a buscarte ha aprovechado para hablarte de la carta

que ha recibido de Michelson.

—Del jodido Michelson, sí.

—Es tan absurdo, tan ilógico, que me ha hecho pensar. Vamos a distinguir entre lo que sabemos y lo que suponemos. —Pausa—. Sabemos que su pertenencia a la hermandad le viene de familia, primero su bisabuelo, luego su padre, que era un auténtico hijo de puta —califica antes de hacer una nueva pausa—. También sabemos que Michelson ha heredado la túnica de custodio de Flegias y que nos ha estado siguiendo la pista. —Pausa—. Y hasta ahí lo que sabemos.

—Bueno, y sabemos que ordenó que me separaran la cabeza del cuerpo, que le abrieran el estómago a Erika, que junto a Miguel se ha cepillado al antiguo Gran Maestre y que luego a este lo envió a rematar la faena con vosotros y con el tal Boguslavsky ese.

—Bujalesky —corrige Erika.

—Ese.

—No, Sancho. Eso lo suponemos. —Pausa—. Respóndeme a lo siguiente: cuando te colaste en casa de Bakare y oíste la conversación que mantuvo con Michelson, ¿le oíste hablar de vosotros?

—Solo de mí, pero ni siquiera pronunció mi nombre. El muy cabrón le recriminó por haber resuelto torpemente el asunto y por «asunto» entiéndase este que habla. En aquel momento él pensaba que yo estaba muerto.

—Ahora valora la posibilidad de que Michelson te identificara y utilizara ese acierto para ganar puntos dentro de la Congregación. Tú me contaste que a Bakare le ordenó que no te matara, que te quería vivo para sacarte información. —Pausa—. ¿Cierto?

—Así es.

—Que fue Bakare quien decidió quitarte de en medio, no Michelson, para limpiar su imagen de cara a la organización. —Pausa prolongada.

—No me jodas, Ólafur…

—Lo que digo, Sancho, es tan probable como que Michelson ordenara tu asesinato. —Pausa—. No lo sabemos con certeza, pero nosotros hemos dado por buena esa opción. Sin más. —Pausa—. En cuanto a lo de Erika…, Michelson no podía estar al corriente. Tú no lo viviste, pero yo sí. —Pausa—. Se llevó todo en secreto, era una especie de sorpresa para los asistentes al maldito acto de purificación. —Pausa —. Fue cosa de Corteza de Roble y del otro custodio, el encargado de organizarlo, que terminó con un balazo en el pecho.

—Adivino adónde quieres llegar, pero no lo consigo ver; no lo quiero ver, Ólafur. No puedo. ¿Tú qué opinas, Erika?

—Espera a que termine —dice esta.

Sancho relincha, introduce los dedos en la barba y se frota con saña como si quisiera despojarse de las teorías que se están enmarañando ahí dentro.

—Partimos de un hecho probado —prosigue el islandés—: la pertenencia de su padre a la Congregación; lo aliñamos con lo que le hizo a la madre de Erika en el pasado y encajamos las piezas a la fuerza. —Pausa.

Erika se percata del agotamiento de Ólafur y recoge la palabra.

—Sancho, no queremos decir que no haya ocurrido como tú lo piensas, pero lo cierto, lo innegable, es que existe la posibilidad de que Michelson comparta con nosotros el mismo objetivo, acabar con ellos, pero que hayamos tomado caminos distintos.

—Enmendar lo que hizo su padre, pero sin manchar el nombre de su padre, ¿entiendes? —aporta el islandés.

—Claro que entiendo, joder, no soy estúpido. Entonces…, ¿qué proponéis? ¿Que aceptemos el ofrecimiento del jodido Michelson y que nos sentemos en torno a una mesita de té a escucharle cómo nos narra su historia? ¿Y si según llegamos nos recibe una comitiva de arcángeles dispuestos a sellarnos el pasaporte al cielo?

—Sancho, escucha —trata de sosegarle Erika—. Lo que decimos es que valoremos la posibilidad de que los hechos no se correspondan con lo que nos parece a nosotros, nada más.

Suena el teléfono de Erika. Es Bujalesky.

—Tengo que contestar —se excusa y sale de la habitación.

Sancho sigue masticando la hipótesis del islandés mientras este tiene la mirada puesta en la ventana. Transcurridos unos minutos, Erika vuelve a entrar. La expresión de asombro sigue patente en su rostro.

—¿Qué pasa? —quiere saber el inspector.

—Pasa que la ha encontrado. Dice que en cuanto pueda viene para contármelo todo, que ahora no puede. No me ha llamado antes porque ha estado toda la noche recorriendo el infierno con Telmo y se han ido a dormir. Acaba de despertarse.

—Erika, no me hagas la gran Peteira, por favor… Concreta —le ruega Sancho.

—La llave del infierno, dice que han encontrado la llave del infierno.

Ólafur intenta sonreír.

Sancho eleva sus pobladas cejas y se masajea las sienes con las palmas, inquieto, desconcertado.

—Ah, pues cojonudo entonces —certifica el pelirrojo.

Isla fluvial de Changxing
Shanghái (China)

Duda entre acelgas o espinacas. Pero no porque Gabriel no esté viendo

perfectamente el contorno de las hojas, es porque nunca ha sabido distinguir unas de otras.

El sol está empezando a descender, pero las condiciones lumínicas todavía son aceptables, el campo de visión es amplio y ella se encuentra cómoda tumbada boca abajo sobre la estructura metálica de la góndola. Tiene el Dragunov bien firme sobre el bípode y cubierto por una tela blanca que ha fijado con ocho imanes de neodimio para que no se mueva con el viento. Cuando salió al exterior del aerogenerador, las palas le causaron una gran impresión, más por su imponente tamaño que por estar en movimiento. Llegar hasta allí le ha resultado sencillo. Ha alquilado un utilitario y ha recorrido los casi nueve kilómetros del túnel que atraviesa el Yangtsé desde Wuhaogou, al noreste de Shanghái, hasta Changxing. Luego se ha dirigido hacia el norte por la carretera que parte en dos la isla y se ha desviado a la derecha cuando ha visto el letrero de Lianqunwei. La silueta del primer aerogenerador que divisó le pareció enclenque, casi ridícula, pero, en la medida en la que se ha ido aproximando, las estructuras eólicas han ido ganando en entidad hasta erigirse en seres colosales. Ha estacionado el vehículo a escasos cien metros del punto de origen y se ha dirigido caminando a la base de la torre, maletín en mano y mochila en ristre. El mono blanco con el que viste le hace parecer una operaria —estrafalaria, eso sí—, aunque en medio de ningún sitio no hay miradas que se preocupen en pensar sobre la idoneidad de contratar a una mujer albina con unas rastas que le llegan hasta donde la espalda pierde su nombre. Así y todo, se ha dado prisa en forzar la cerradura de la puerta de acceso a la torre y ha atrancado la puerta por dentro. Mientras subía la escalera, solo pensaba en el rostro de Stanley Shing.

Ahora que el arcángel lleva veinticinco minutos fuera, ya se ha habituado al ruido de la turbina y al aire que sopla, por suerte, hacia el interior. Su anemómetro marca cuarenta y seis kilómetros por hora. Soportable. No es demasiado intenso, pero sí constante y no se fía de que, en cualquier momento, aumente la intensidad o llegue una ráfaga y la haga caer al vacío. Por eso lleva puesto un arnés y está bien sujeta a la escotilla con dos gruesas cuerdas de once milímetros de diámetro. Cuanto mayores sean su seguridad y su comodidad, más probabilidades tendrá de que el disparo sea certero. Solo necesita uno y, aunque la velocidad de recarga del Dragunov le permitiría hacer dos disparos más antes de que el objetivo salga de su alcance, sabe que el éxito depende de que el primero sea certero. A su espalda cuenta con blancos a distancias superiores. El más meritorio, conseguido en Sídney, lo logró desde mil cien metros sobre un objetivo en movimiento.

Damocles la enseñó bien: respiración, latido, gatillo. Esa era la

secuencia. Sin despegarse de la mira telescópica, escucha su voz: «La respiración no se detiene, se contiene; el latido no se escucha, se siente; el gatillo no se presiona, se acaricia. Respiración, latido, gatillo. Respiración, latido, gatillo».

Movimiento.

Dos hombres. Uno viste de traje marrón con corbata amarilla y el otro lleva un *hanfu* de seda negra con bordados en rojo. Calibra la mirilla para identificar al objetivo. Apuesta por el de la indumentaria tradicional, pero un tercer hombre que aparece varios pasos detrás de los anteriores le hace desviar su atención. Lo reconoce de inmediato, porque han trabajado juntos en dos ocasiones. Se trata de Samael, que es, junto con ella, el último arcángel que queda con vida. Nota que el ritmo cardíaco se le acelera. Tiene que priorizar y la única prioridad es Stanley Shing, Gerión. Samael es un premio añadido, un problema menos. Sensiblemente alterada por la sorpresa, busca el rostro con rasgos orientales, pero se topa con otro de corte occidental. Una cara que conoce, porque las fotos de los custodios las tiene grabadas en su memoria. Es Dimitrios Mantzaris, Nasidio, magnate griego que heredó el imperio que había levantado su familia en la industria naviera y que lo supo multiplicar invirtiendo parte de esa fortuna en su propia red de hoteles de lujo.

Gerión y Nasidio; Nasidio y Gerión, los dos mayores valedores del complot articulado por Flegias y Miguel, tal y como se empeñaron en demostrar en la reunión del hotel Bilderberg.

Elimina esos pensamientos. Tiene que aprovechar la inesperada circunstancia, pero jamás ha realizado tres disparos consecutivos desde una misma posición. Calcula entre cinco y seis segundos en el mejor de los escenarios. Tiene que decidir el orden. Todo cambia. El primero tiene que ser el arcángel para eliminar la mayor amenaza con el factor sorpresa. Ese disparo tiene que asegurarlo. Después Nasidio, que es más joven que Gerión y le supone mayor capacidad de reacción y movimiento.

Sigue con el corazón acelerado, tiene que sosegarse sin relativizar la inmensa oportunidad que tiene al otro lado de la mirilla telescópica.

Tres disparos, cinco segundos. Samael, Nasidio, Gerión.

Tres disparos para consumar la venganza en nombre de la Congregación.

Suelta el aire e inspira lentamente.

Busca el lado izquierdo del pecho de Samael. A cuatrocientos dieciséis metros, el viento a favor y con ese ángulo, la caída del proyectil es insignificante. No obstante, Gabriel es rigurosa y corrige el minuto de arco un cuarto de MOA. Un clic. La velocidad de desplazamiento del objetivo tampoco incide, dado que la bala viajará durante menos de cinco décimas de segundo. Apoya la mejilla sobre la

culata del Dragunov.

Contiene la respiración.

Siente el latido.

Acaricia el gatillo.

La bala del calibre 7,62 no ha salido del cañón cuando Gabriel ya está pensando en Nasidio. El custodio ha girado la cabeza para comprobar qué ha sucedido a su espalda, pero antes de que deduzca que alguien ha disparado sobre el arcángel, un objeto que pesa menos de diez gramos —pero que está revestido por una camisa de acero que lo convierte en algo no compatible con la vida ni con las deducciones — le ha entrado por el parietal y, siguiendo una trayectoria oblicua y descendente, le ha salido por la boca. Cuando busca a Gerión lo encuentra tirado en el suelo, justo al lado de las acelgas —o las espinacas—. Se ha cubierto la cabeza con las manos. Corrige un MOA. Cuatro clics. Apunta a la uña del índice de la mano derecha, que está justo sobre la nuca.

Contiene la respiración.

Siente el latido.

Acaricia el gatillo.

Falla.

La uña está intacta; el cerebelo, no.

Entre el primer y el tercer disparo han transcurrido cinco segundos y tres décimas.

Samael se mueve. El proyectil ha debido de desviarse algún centímetro. Por la cantidad de sangre que le brota de la boca, infiere que tiene la arteria coronaria dañada, lo cual implica una muerte agónica. Le parte el corazón verle sufrir así.

Contiene la respiración.

Siente el latido.

Acaricia el gatillo.

Le parte el corazón.

Emprende la huida componiendo las facciones de su próximo objetivo. No quiere preocuparse ahora por ello, pero del nuevo Flegias no posee información alguna, porque no pertenecía a la Asamblea cuando Corteza de Roble le encargó investigar a sus integrantes.

Flegias es el único nombre que le queda por tachar, el último hombre.

Va a encontrarlo. Más pronto que tarde va a dar con su paradero.

Y va a matarlo.

Parque de los Patricios
Buenos Aires (Argentina)

Ha sido poner los pies en la calle y arrepentirse de haber salido en camiseta de tirantes. En cuanto se ha ocultado el sol, la temperatura ha descendido hasta los diez grados y el frío se manifiesta a través de la piel de Erika.

Hace escasos minutos que Alcides Edgardo Bujalesky la ha llamado para avisarla de que la espera en un lugar llamado El Barcito, que está sobre la avenida de Brasil, a unas pocas cuadras del Churruca. No le ha hecho mucha gracia dejar la habitación de Ólafur, pero entiende que Sancho también tiene derecho a estar a solas con él.

Buscando respirar aire no viciado, se ha dejado convencer por el verdor del Parque de los Patricios para así poder limpiar sus pulmones del olor a desinfectante hospitalario. Muy a su pesar, lo que encuentra es una multitud de personas que visten de blanco y rojo tiradas en el césped, bebiendo y berreando canciones cuya letra no entiende. Al pasar cerca, algunos, los más intrépidos o los más borrachos, le dedican algún comentario obsceno disfrazado de piropo nada afortunado. El tatuaje que se asoma a los hombros y el cuello es un blanco demasiado fácil para tanto cabestro sin domesticar. Erika no quiere ni mirarlos, porque siente auténtica repugnancia hacia ese tipo de hombrecitos que se crecen solo cuando están en manada. El mal humor le dura hasta que encuentra la fachada pintada en color salmón que hay detrás del letrero de El Barcito. Al empujar la puerta escucha la voz de Bujalesky. Está en la mesa de la esquina opuesta cantando. El dantista no la ve llegar, porque tiene los ojos cerrados. Erika resopla, algo hastiada, y se dirige directamente a la barra.

Necesita cerveza.

En otra vida quisiera ser árbol,
morirme nunca y nunca vestir
uno de esos pijamas de mármol.

El gordo frente a frente con Firpo,
en el cuadrilátero perdido,
volverán a partirle la cara,
último round *con guantes vacíos.*

En otra vida quisiera ser árbol,
morirme nunca y nunca vestir
uno de esos pijamas de mármol.

Erika se sienta y posa la botella de litro de Imperial sobre la mesa para hacer notar su presencia. Bujalesky abre los ojos y cierra la boca.

—Y, Erika, ¿qué onda?

—Jodidamente jodida, pero supongo que esto me ayudará a

digerirlo —dice sirviéndose en un vaso de vidrio poco translúcido, nada lucido.

—Tenés que probar la Patagonia, pero…, *bue,* acá no la vas a encontrar. Te noto enojada —advierte dejando a Dulcinea sobre una silla vacía.

—Puede que se deba a que tengo un buen amigo que se está muriendo en el hospital o quizá sea porque he tenido que reprimir las ganas de sacar la pistola de la mochila y vaciar el cargador en un par de esos búfalos que están pastando en el parque. Por lo demás, bien.

—Ah, y sí. Yo también me crucé con algunos hinchas del Globo. Hoy juega Huracán, que tienen la cancha acá nomás. Son escoria. Esos y los otros, pero…, escuchá, te traigo buenas noticias. ¡Espectaculares!

—Sí, tienes razón, perdona. Dame un minuto que me calmo. ¿Se puede fumar aquí?

—En realidad no, pero esperá un cachito. ¡Che! ¡Gordo! ¿Te molesta si mi amiga se prende un pucho acá adentro? Tuvo un encontronazo con unos quemeros de mierda que la dejaron un poco nerviosa.

—Esos forros del orto. Me los cojo de parado y con la pija muerta. ¡Dale nomás! ¡Dale!, ¡dale! —dice el Gordo sabiendo que ninguno de los otros dos clientes que pueblan el bar va a protestar.

—El Gordo es de San Lorenzo, los rivales de Huracán —susurra—, era un gol imposible de errar…

Erika le paga con un gesto amable, pero cuando saca el paquete de tabaco de liar y lo pone sobre la mesa Buja da un salto hacia atrás y estira los brazos como si fuera a estallar.

—¡Sacá eso de ahí!, ¡sacalo, por favor!

El paquete es amarillo.

—¡Mierda, mierda, mierda! Perdona.

Erika lo agarra y lo esconde bajo la mesa. Bujalesky se tranquiliza.

—Te la hago corta —se compromete el experto una vez que ha recobrado el control de sí mismo.

Pero no lo cumple y le narra la aventura subterránea al detalle.

Erika se sirve el último vaso de cerveza y enciende el tercer cigarro que ha liado bajo el tablero.

—Acá tenés —dice Bujalesky metiendo la mano en la funda de Dulcinea.

—Pero… ¿la llevas encima?

—¡Y sí! ¡Como a Dulcinea! La llave del infierno y yo somos inseparables.

Erika examina con detenimiento el contenido de una caja forrada con terciopelo rojo. Está fabricada en bronce y se puede apreciar hasta el más mínimo detalle del rostro del fauno contenido en la Boca de la Verdad. Las formas de la escuadra, el compás, la luna, el sol y las estrellas presentan un acabado perfecto. Se decide a agarrarla. El lado

opuesto presenta unos salientes de formas distintas y diferenciadas entre sí. Deduce que son los dientes de la llave.

—Y bueno…, ¿qué te parece?

—Una puta mierda. Me parece una puta mierda —califica Sancho.

—Ya. Tienes que tratar de borrar el histórico de esa cabezota tuya, amigo. —Pausa—. De otra forma va a ser imposible que tomes las decisiones correctas.

Sancho se pasa las manos por su recién afeitado cuero cabelludo y aprieta con fuerza los dientes como si estuviera masticando las palabras que se están fabricando en sus cuerdas vocales.

—Escucha, Sancho. Ayer me acordaba de una conversación que mantuve con Jaap Keergaard en Budapest. —Pausa—. Él decía que la realidad que nos rodea es única, pero que cambia en función de cómo la interpreta cada uno. —Pausa—. Yo, por supuesto, no le di la razón, pero es cierto. Hay una sola, pero muchas realidades. —Pausa—. Y la verdad categórica sobre Michelson la desconocemos. ¿Hasta ahí estás de acuerdo?

—Lo estoy.

—Sin embargo, tu cerebro te ha construido una realidad en función de unas conclusiones a las que has llegado dando por buenas tus percepciones. —Pausa—. Una realidad que tú equiparas con la verdad, aunque podría no serlo.

—Ya sé por dónde vas. Cuando un tonto sigue una linde, la linde se acaba y el tonto sigue. —Piensa—. Un buen investigador debería saber despojarse de toda esa carga emocional, pero, ya sabes, late más el corazón que la placa del guardia.

Ólafur trata de no reírse, le duele demasiado. El islandés se concede un respiro antes de retomar la palabra.

—Tú eres un tipo inteligente. Dale una oportunidad a la verdad.

—Una oportunidad al jodido Michelson, querrás decir.

—No, lo que quiero decir es que estamos más cerca que nunca, Erika. Lo estamos acariciando con los dedos, ¿entendés? Esta noche se va a romper uno de los ascensores… —le confiesa a Erika bajando la voz—. Mirá, yo ya puse patas arriba el purgatorio un millón de veces y jamás encontré nada donde poder usar esta llavecita. Pero hay algo que no hicimos, porque sin tener la llave del infierno era al pedo, ¿viste? Pero ahora…, en el caso que nos ocupa, Telmo, que es el que sabe, va a agarrar unas piezas del ascensor que se va a romper y las va a poner en el que está entre el primer y el segundo subsuelo. Yo sigo creyendo que por ahí encontramos la llave.

—¿Y por qué ese y no el otro?

—Porque lo dice el mapa: *la ascensión siniestra hasta el purgatorio.* Siempre lo interpreté como algo relacionado con la crueldad implícita en la penitencia, pero desmenuzando el mapa con Telmo nos dimos cuenta de que se refiere a la izquierda. ¡El ascensor que está a la izquierda desde la entrada principal de avenida de Mayo es ese! —desvela dando una fuerte palmada—. Vamos a ponerlo a caminar de nuevo. Ya la vamos a encontrar, Erika, ya la vamos a encontrar.

Erika se muestra poco entusiasta.

—¿Ustedes qué planes tienen? —quiere saber el dantista.

—Ninguno mientras Ólafur esté en la situación en la que está. Ahora mismo no tengo la cabeza en otro sitio, Buja.

—Te entiendo, doctora, de verdad que te entiendo.

—Gracias. Hay algo que debes saber…

Erika le habla de la carta de Michelson.

—¡Michelson de vuelta y la reputísima madre que lo remil parió! Y… tenés claro que es una trampa, ¿no? Lo que tiene que hacer tu amigo el colorado es avisar a los suyos y agarrarlo ahí nomás. ¿De verdad que te dio la dirección donde encontrarle?

—Sí, cerca de El Calafate.

—¡Mirá vos! ¡Pero qué flor de pelotudo es el forro ese!

Ella valora si contarle la teoría de Ólafur, pero está demasiado agotada y quiere regresar al hospital.

—Buja, ahora tengo que marcharme. Mantenme informada, por favor.

—Dale, contá con eso. Y descansá lo que podás, que te ves un poco hecha mierda.

—Sí, gracias, lo intentaré.

—Dejá que la cuenta la garpo yo. Vos andá.

Erika se levanta. Antes de salir por la puerta escucha las cuerdas de Dulcinea.

Hasta acá me ha guiado la luna,
acá, donde los vivos deambulan,
donde el viento pregunta y las
respuestas son inscripciones en urnas.

Cuando cruza de regreso, en el parque solo quedan un rastro de botellas vacías y la basura que ha dejado la hinchada de Huracán. Erika desea con todas sus fuerzas que pierdan el partido, que no ganen ninguno más en lo que queda de temporada, que desciendan y, a poder ser, que desaparezcan como club. Lleva mucha inquina dentro. Ya en el hospital, enfila cabizbaja el pasillo que lleva a la habitación. Entonces sucede. Una algarabía que viene justo del lado opuesto

enciende una alarma interior. El doctor Sciordi seguido de dos enfermeras corren hacia unos policías que desde el pasillo les están haciendo gestos con los brazos para que se apresuren. Los reconoce de inmediato. Son los policías que custodian la puerta de Ólafur.

Su sistema nervioso se colapsa. La parte consciente se gasifica y el subconsciente toma el mando de sus acciones.

Inconscientemente corre, pero no sabe con qué fin.

Inconscientemente grita, pero no sabe qué.

Solo corre y grita.

El médico y Erika están cerca de colisionar en el punto de encuentro, pero ella llega unas décimas antes.

La puerta está abierta.

Sancho está diciendo algo a voces, pero Erika no está facultada para procesar los sonidos. La expresión del pelirrojo da miedo. No. Es al revés: es el miedo el que se ha adueñado de su expresión. Ólafur tiene los párpados apretados, el semblante contraído por el dolor y se retuerce en la cama tratando de respirar con la boca muy abierta. Al entrar las dos enfermeras, recibe un fuerte empujón por la espalda que hace que la parte consciente vuelva a materializarse. Lo sabe porque ahora sí escucha el griterío que hay dentro de la habitación. Marca un objetivo. Esquiva a cuantos se interponen en su camino hasta el otro lado de la cama. Se aferra a su mano y se deja caer de rodillas. Ólafur gira el cuello y la mira sorprendido. Alguien la agarra por los hombros y la tira hacia atrás. Desde el suelo escucha al médico decir que se trata de un choque séptico y que le administren vía oral algo que suena a medicamento. Desde allí ve cómo, mientras le ponen la mascarilla de oxígeno, Ólafur extiende el brazo y abre y cierra la mano.

Está buscando la suya.

Erika estira el brazo hasta que la agarra.

Ólafur la aprieta con fuerza.

Y aprieta.

Hasta que deja de apretar.

LA DESESPERACIÓN ES LA CHISPA QUE ENCIENDE LA VALENTÍA

Cementerio de la Recoleta
Buenos Aires (Argentina)
Octubre de 1935

Aquel se había convertido en uno de los lugares preferidos de toda la ciudad, lo cual no dejaba de parecerle extraño, ya que él detestaba los cementerios desde su más tierna infancia. A finales del siglo XIX la muerte convivía con lo cotidiano y, en su familia, la desaparición de un ser querido se explicaba bajo el prisma del designio divino, argumentos que no servían a Matthew J. Michelson para aligerar la carga de pesadumbre que tenía asociada a los camposantos, sinónimos de dolor.

De dolor de verdad, del que deja un vacío perpetuo por dentro.

Aquel no. Aquel era especial, distinto, exento de aflicción, libre de pena. Allí todo era paz y le encantaba respirar esa tranquilidad cuando tenía que ordenar sus pensamientos antes de plasmarlos en el diario. Le habría gustado que Dorothy y Robert descansaran en aquel camposanto, pero se tenía que conformar con recorrer sus pasillos escuchando los relatos que susurraban aquellos regios panteones y circulaban entre las criptas y mausoleos; solemnes, fastuosos. Era como si los muertos rivalizaran por ganarse la calidad del descanso eterno en una competición arquitectónica póstuma en la que él era el único espectador.

Antes de pasar bajo el pórtico del acceso principal sostenido sobre cuatro enormes columnas de orden dórico, la inscripción latina enmarcada en el frontis refrendó sus pensamientos: *Requiescant in pace.*

A pesar de que había perdido mucho cabello, lo reconoció de inmediato frente a la hornacina que contenía la escultura yacente de Luz María García Velloso. Se secaba la frente con un pañuelo, pero enseguida dedujo que aquella profusa transpiración no se debía a la temperatura primaveral, clemente, ni a la humedad a la que su cuerpo

ya debía de estar habituado.

Mario Palanti estaba visiblemente nervioso.

Se fijó en que portaba bajo el brazo la misma cartera de piel desgastada que llevaba en Milán. En contraposición, él traía el portadocumentos que le había obsequiado el entonces presidente de Argentina, Agustín Pedro Justo, con quien acababa de cerrar una operación de venta que incluía un destructor para la armada. Una suculenta tajada fruto de la estrecha relación que mantenía con él desde que Justo ocupara el cargo de ministro de Guerra.

Disfrutó unos segundos más de la desdicha ajena antes de ir a su encuentro.

—Buen día, arquitecto —le saludó componiendo su peor sonrisa—. Gracias por acudir con tan escaso margen.

Mientras le estrechaba la mano, flácida y sudorosa, observó que no había rastro de arrogancia en los ojos del italiano.

—Ha pasado bastante tiempo —musitó Palanti.

Exactamente cuatro años. Desde entonces, la diosa Fortuna había repartido suerte de manera ecuánime: toda la que había tenido Matthew J. Michelson se la había arrebatado a Mario Palanti. Si el arranque de la nueva década había sido malo, 1934 había sido catastrófico para el arquitecto tanto en lo profesional como en el plano personal. En marzo se había separado de María Elena Castagnino, mujer que pertenecía a una familia pudiente de Rosario con la que había contraído matrimonio nueve meses antes. Poco después recibía la noticia de que Benito Mussolini no aceptaba el purasangre que le había enviado buscando engrasar su relación, habida cuenta de las tres ocasiones en las que el dictador había rehusado recibirle para tratar el proyecto de la Mole Littoria. Sin tiempo para dejarle asimilar el golpe, el diario *Il Popolo d'Italia* calificaba el diseño del Palazzo del Littorio presentado por Palanti como una «torta carnavalesca». De esa guisa, con los bolsillos fríos y los carrillos calientes acababa de regresar a Argentina en busca de antiguos amigos que quisieran echarle una mano. Por su parte, Michelson se frotaba las manos esperando a que estallara el conflicto bélico en España como aperitivo de otro mayor que haría rebosar las arcas de la organización. Dos o tres veces al año viajaba a Londres para visitar a su nieto Matthew, que acababa de cumplir la mayoría de edad y se preparaba para entrar en el Ejército de Su Majestad. En aquel joven que tanto le recordaba a sí mismo había depositado todas sus esperanzas de continuar con su labor dentro de la hermandad.

No le defraudaría.

—La dama de blanco, la llaman. Trágico —calificó el guardián con teatralidad—. Se la llevó la leucemia hace ahora diez años y ya es una celebridad. La mayoría de estas personas no saben quién era Manuel

Dorrego —dijo indicando una bóveda cercana—, pero se saben de memoria las leyendas fantasmagóricas sobre las apariciones nocturnas de la hermosa joven del vestido blanco.

—Particularmente solo me interesa la técnica escultórica, lo demás pertenece a los libros.

—La cáscara, ya veo. Los nombres tallados en el mármol no son nada más que letras si se desconoce su historia —sentenció—. Acompáñeme.

Mario Palanti volvió a enjugarse el sudor antes de hablar.

—Le confieso que tras nuestro último encuentro albergaba la esperanza de que, algún día, recibiría un telegrama suyo con buenas nuevas. Entiendo que sus negociaciones con el Duce han sido tan infructuosas como las mías.

—Yo no lo expresaría así.

—¿No? ¿Qué quiere decir?

Se podía ver la llama de la esperanza encendida en sus pupilas.

—Que para que exista negociación debe haber un diálogo y usted no ha logrado mantener ninguno con el gran hombre a pesar de su equina insistencia —le apuñaló.

Palanti dejó caer la mirada. Tenía los zapatos sucios, pero no de polvo de cemento, como le habría gustado.

—Ya veo que sigue manejando los hilos.

—Los suyos especialmente. Sé lo que ha hecho o, mejor dicho, lo que ha dejado de hacer en todo este tiempo. Sé que no me invitó a su casorio —calificó despótico—. Sé que ha viajado en el *Graf Zeppelin* vía Río de Janeiro y que llegó a la ciudad en junio buscando un cambio de aires, que, deduzco, no se ha producido, dado que el martes pasado ha comprado un pasaje en el *Neptunia,* el buque que le llevará de nuevo a Italia. ¿Pensaba marcharse sin siquiera saludarme, arquitecto?

Mario Palanti tuvo que apoyarse en la pared de un templete de corte neoclásico para no perder la verticalidad.

—Ahí está enterrada María de los Remedios de Escalada, la esposa y amiga de José de San Martín, como reza en la inscripción. Por lo visto, era más lo segundo que lo primero, pues cuando estaba ella muy enferma de tuberculosis el Libertador no tuvo a bien regresar del frente para despedirla. Pero ya se sabe lo duro que supone ser un héroe.

—¿Tanto disfruta jugando con las vidas ajenas? —le recriminó el arquitecto algo repuesto.

—Solo con las de las personas que me despiertan cierto interés.

—¡Dígame de una vez qué quiere de mí! —le exigió en una situación harto desfavorable.

La salida de tono le hizo rescatar a Michelson la frase a la que

siempre recurría un coronel de caballería para conseguir que sus tropas no menospreciaran a sus enemigos: «La desesperación es la chispa que enciende la valentía».

—Lo sabe perfectamente —contestó el guardián manteniendo la compostura.

A Palanti le temblaba el maxilar inferior.

—Teníamos un pacto entre caballeros. Le demostré que había accedido al contenido de la *Ascensión*. ¿O el certificado de Malagola que le entregué en Milán no era una prueba suficiente?

—La copia, querrá decir.

—El cianotipo es una copia perfecta. Yo le di algo y usted me dio su palabra y nada más. Palabra que no ha cumplido. ¿Qué más quiere de mí?

—Yo he cumplido el pacto de caballeros.

Mario Palanti frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que he dicho.

—¿Logró hablar con Mussolini?

—No fue necesario.

Matthew J. Michelson aguantó unos instantes para asistir al colapso del italiano, que se vio forzado a tomar asiento sobre la lápida de la ilustre difunta. Luego abrió el portadocumentos, extrajo unos folios de color pajizo y los meneó a la altura de sus ojos.

—¿Lo reconoce?

Palanti tardó en contestar.

—Mi proyecto —identificó titubeando—. Es mi proyecto de la Mole Littoria.

—Y esta firma a pie de página que se repite en todas las hojas…, ¿también la reconoce?

—Es su firma. La firma del Duce.

—El proyecto es suyo.

Mario Palanti se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar desconsoladamente.

—Antes de que se deshaga en lágrimas, arquitecto, ha de saber que esto será pasto de las llamas si no cumple su parte del trato.

Palanti asintió. Asintió tantas veces y de forma tan enérgica que Michelson pensó que iba a sufrir un esguince cervical. Se pasó los puños de la camisa por las mejillas e introdujo la mano en la cartera de piel. Sonó un leve chasquido que produjo el departamento oculto y extrajo el cianotipo envuelto de la misma forma grosera que el que se llevó de Milán.

—Déjeme preguntarle. Sea lo que sea eso que va a entregarme ahora mismo…, ¿ha estado ahí guardado todo este tiempo?

—Desde el mismo día que hice los cianotipos —confirmó nada

pacato—. No me he desprendido de ellos jamás.

Michelson maldecía internamente mientras lo examinaba.

—Necesitará una lente de aumento —sugirió Palanti al mismo tiempo que se lo entregaba al guardián.

Michelson se inclinó y forzó la vista.

—¿Qué son estas líneas?

—Coordenadas geográficas.

—Ya veo…, sí. ¿Entonces esto es…?

—El mapa. O mejor dicho, una copia exacta del mapa que lleva a El Cartapacio de Minos.

Ahora era a Michelson a quien le embargaba la emoción. A esas alturas, todos los miembros de la Congregación de los Hombres Puros ya eran conscientes del poder que tenía El Cartapacio y mucho más desde que John Edgar Hoover se había vestido con la túnica de Dante bajo el nombre de Jasón.

—No alcanzo a leer el texto de abajo.

—En 1869, en calidad de Gran Maestre de esta logia consagrada al sumo poeta. Y las iniciales.

—B. M. M.

—Bartolomé Mitre Martínez: Minos.

Los labios de Matthew J. Michelson conformaron una línea ligeramente cóncava al tiempo que, sin despegar la vista del mapa, le entregaba el proyecto firmado al arquitecto.

—¿Esto fue lo que se llevó Damocles? ¿No había nada más?

—Le juro por mi santa madre, que Dios la tenga en su gloria, que, cuando descubrí el compartimento en la estatua, solo había los dos documentos que le he entregado ya: el certificado de Saturnino Malagola y el mapa.

El arquitecto no mentía.

—¿Nunca ha sentido la atracción de descifrarlo? —quiso saber Michelson.

—¿Y qué ganaría yo con ello? El único valor que tenía es lo que me acaba de entregar usted.

Pero se equivocaba.

Cuatro días después, Mario Palanti embarcaba rumbo a Génova con la idea de presentarse en la oficina de Luigi Gatti, secretario personal de Benito Mussolini, la pared contra la que había rebotado cada vez que le solicitaba audiencia, para estamparle su proyecto de la Mole Littoria en la cara. Y lo hizo, pero, lamentablemente para el arquitecto, jamás vería ejecutada la obra. La delicada situación económica de Italia en el escenario prebélico de la Segunda Guerra Mundial no era compatible con una construcción tan costosa, por muy ambiciosa que fuera y muy firmada que estuviera por el dictador italiano.

El 6 de septiembre de 1978, en su humilde casa de campo de Milán, Mario Palanti moría en el más absoluto ostracismo, pobre y condenado al olvido. Pero más cruel aún sería la condena que le esperaba a Matthew J. Michelson los nueve años que le quedaban de vida.

Una obsesiva condena.

VERGÜENZA

Avenida Corrientes
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

El muy cabrón nos la jugó bien jugada en Londres. Esta no te la he contado, creo —especula Sancho—. Estaba con Gracia en la cafetería del hotel Huttons cuando un tipo que nos había llamado la atención por la velocidad con la que soplaba whisky pasó junto a nosotros y nos dijo con esa voz suya tan particular: *See you tomorrow!* Resulta que nos tenía fichados y nos estaba controlando. Esa fue la primera vez que vi a Ólafur. Al día siguiente por la mañana, en la OCN de Londres, ya con el jodido Michelson como conductor de la operación para estrechar el cerco sobre el prófugo 189-S —rememora para evitar tener que pronunciar el nombre de Augusto—, Ólafur estaba como una rosa. Hablaba poco, pero sabía perfectamente de qué iba la vaina. Vaya que si lo sabía el vikingo. La primera noche que estuvimos en Praga, después de pasarnos todo el santo día recorriendo la ruta de Kafka, terminamos en un garito mojando en licor nuestras penas. Esa noche me tuvo que aguantar él a mí, porque acabé muy pero que muy mamado.

Sancho lleva el peso de la conversación. Erika arrastra el peso de la pérdida.

Han pasado la noche en el mismo hotel, pero entre los dos no suman ocho horas de descanso. Erika ha tocado su puerta con las primeras luces del día y después de comer algo se han puesto a caminar por la avenida Corrientes desde la Nueve de Julio en dirección a Callao. La ciudad se está desperezando, pero la actividad ya es frenética. No en vano bautizaron la arteria porteña como «la calle que nunca duerme».

—Claro que lo recuerdo. De entrada, no me dio muy buena sensación por lo que bebía y mira ahora…

—Nunca perdía los papeles.

—La primera vez que conecté con Ólafur fue durante una

conversación que mantuve con él en aquel pub de Londres en el que terminamos los cuatro.

—Sí. Yo me quedé dentro hablando con Gracia y tú saliste fuera a fumar.

—Y él aprovechó que estaba sola para compartir conmigo lo que había averiguado por su cuenta de la red Gladio.

—Tenía instinto.

—Y olfato —añade Erika.

—Sobre todo olfato. Voy a echar mucho de menos su verbosidad existencialista.

—Sus reflexiones eran fruto de la experiencia vital. Estaba muy convencido de lo que pensaba.

—Cierto, anoche, cuando tú no estabas, me convenció de la necesidad de poner en duda la realidad que me rodea.

Erika sonríe levemente.

—Ese mismo trabajo lo hizo antes conmigo. ¿Y?

—Y ¿qué?

—Que si lo consiguió. Si logró convencerte.

—No, pero me hizo poner en duda mis convicciones. Poco después se empezó a sentir mal, le costaba respirar, tiritaba de frío…, fue todo muy rápido. Fulminante.

—Nos tuvo ahí a los dos, Sancho. Quiero pensar que se fue tranquilo.

—Y yo.

Erika resopla.

—Tenemos que mantener la cabeza ocupada de alguna forma. Bujalesky estará en el Barolo. Si quieres, aprovechamos y te lo presento. Te vas a enamorar.

—Estoy seguro de ello. Por cierto, yo debo informar a Makila, estará esperando mi llamada.

—¿Confías en él?

—No me ha dado motivos para desconfiar.

—Entiendo —dice ella poco convencida.

—Venga, vamos al Barolo y de camino si quieres me cuentas todas esas movidas de las llaves y mapas, que estáis jugando con ventaja y así es muy fácil llegar a la zona de marca…

Caminan un par de cuadras sumidos en sus reflexiones hasta que Erika se para a la altura del teatro San Martín y recorre con la mirada los paneles de vidrio que conforman la fachada del edificio. Sancho se planta frente a ella y se encorva para ponerse a la altura de sus ojos y leer sus pensamientos.

—Erika, tenemos que continuar, no nos quedan más cojones.

Ella se muerde el labio inferior, confusa.

—Ese es el problema…, que se nos agotan las alternativas.

—O la ventaja. Así no tenemos que pensar demasiado. Solo actuar.

—Nos estamos quedando en el camino —observa ella.

—Sí, pero es el que nos ha tocado andar y, en este momento, nos lleva hacia el sur.

—¿Entonces?

El pelirrojo interpreta correctamente la pregunta.

—Entonces iremos a hacerle una visita al jodido Michelson.

Ella asiente.

—Sí. Pero… no podemos irnos sin… —dice ella bajando el tono un par de octavas.

—Ya, por supuesto.

—Han quedado en avisarme a lo largo del día. El doctor Sciordi se comprometió a hacer todo lo posible por entregármelos cuanto antes. Sancho…, verás, anoche estuve pensando algo. Ólafur me hizo prometerle que esparciría sus restos en un lugar muy frío. Cerca de El Calafate están el Perito Moreno y otros glaciares. No se me ocurre un destino mejor para Ólafur, pero… no quiero hacerlo sola. No creo que pueda.

—Tranquila, no pienso separarme de ti.

A ella le brillan los ojos y oscilan casi imperceptiblemente.

Casi.

Se esconde entre los brazos de Sancho.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Amortiguados en el pecho del pelirrojo, sus gritos casi no se oyen.

Casi.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Está bajando al segundo subsuelo por enésima vez. Hace unos minutos que han abierto las puertas del edificio y los inquilinos están empezando a ocupar sus oficinas. Han entrado pasada la media noche y Telmo aún sigue trabajando en el ascensor. Entretanto, Alcides Edgardo Bujalesky ha matado el tiempo cantando y recorriendo los pisos que conforman el purgatorio mientras recita mentalmente los versos del mapa correspondientes.

¡Expíanos, Señor, las nuestras penas,
Ser único, la estrella que buscamos.
Hoy escuchamos lo que nos ordenas.

Del terrible infierno ya regresamos,
somos dignos de afrontar el presente

aun dejando atrás todo lo que amamos.

No es tarea fácil ser indulgente,
vosotros, los que nunca lo quisisteis,
afrontaréis la escalada valiente.

El botín que a Lucifer despojasteis
no sirve sin romper con lo ilusorio
para llegar donde nunca llegasteis.

Desde el primer balcón del expiatorio,
invisible al profano, está el cerrojo,
la ascensión siniestra hasta el purgatorio.

De nada os van a servir vuestros ojos,
ceguera que el pecado impedirá
atravesar los muros sin despojos.

El tiempo no existe ni existirá;
si vuestra penitencia fue sincera,
la luz al paraíso os guiará.

Decide cambiar de tercio y tararear *Vergüenza*. Se siente animado porque está plenamente convencido de que están en el camino correcto.

Antes de llegar escucha a Telmo cargando contra lo divino y lo humano.

—Che, ¿avanzamos algo?

Telmo se está limpiando las manos de aceite con un trapo. Tiene la cara sudorosa y en su expresión se aprecia que el cansancio ha hecho mella en su humor.

—Ya debería arrancar. Tuve que cambiar el cuadro eléctrico por completo y, de solo pensar que voy a tener que rearmarlo de vuelta en unas horas, me dan ganas de tirarme al vacío por ese agujero. Espero que el esfuerzo valga la pena, Buja. Ahora te toca a vos hacer tu magia.

El ruido de la celosía al abrirse subraya la última frase. El encargado de mantenimiento le invita a pasar teatralizando una reverencia.

—Yo hago magia, pero vos agarrá la varita y los polvos mágicos —dice refiriéndose a sus herramientas—. Ponele que interpretamos correctamente los versos anteriores al último y que estos nos trajeron hasta acá, ¿sí? Este ascensor oculto de la siniestra nos va a permitir atravesar los muros. No puede ser de otra manera —se conjura el dantista—. Dale, Telmito. Hacé vos los honores, que te lo ganaste bien

ganado.

Telmo cierra la puerta y pregunta:

—¿Dónde va el señor?

—Al paraíso.

Aprieta el botón del segundo piso y de inmediato escuchan el sonido del motor sobre sus cabezas, que precede a un violento tirón que agita la cabina. A Bujalesky se le desdibuja la sonrisa.

—Son los cables. Tienen que tensarse primero. Aguantá un cachito. No temás, que si se rompe acá no caemos a ningún sitio.

—¿Y si se rompe cuando estemos arriba?

—Y bueno, apenas son cinco pisos… —bromea.

Con otro movimiento brusco del contrapeso inician el ascenso. A diferencia de los ascensores que están visibles, proyectados para que la luz natural bañe el interior de la cabina, este apenas está iluminado por el halo artificial de una débil bombilla instalada en el techo. Bujalesky mantiene la mirada clavada en el espejo. El reflejo distorsionado de su rostro le hace apretar los párpados.

—Ya estamos, señor —anuncia Telmo sin abandonar su papel de ascensorista—. Usted dirá.

Bujalesky sale más por soltar el aire retenido en sus pulmones que por indagar lo que ya sabe que se va a encontrar en esa segunda planta. Segundos más tarde vuelve a entrar.

—¿Y ahora? —quiere saber Telmo.

—*El tiempo no existe ni existirá; si vuestra penitencia fue sincera, la luz al paraíso os guiará.* Asumamos que este ascensor está en concordancia con la ausencia de tiempo como dimensión, porque su utilidad está vinculada precisamente con eso, con el ahorro de tiempo, ¿sí?

—Ponele —asume.

—Y ascendimos por la siniestra, que está relacionada con los impares, que tanta relevancia tienen para la Fede Santa: el tres, el siete, el nueve, el once… Bien. Ahora solo hay que demostrar que la penitencia es sincera para que la luz nos guíe. En la *Comedia,* Dante gira en torno a esta idea. No admite e incluso ataca en varios cantos a los que se arrepienten sin hacer un proceso previo de reflexión. Por ello y para ello, hay que despojarse de lo mundano, como explican los versos de Minos.

—Si lo que querés decir es que nos tenemos que poner en pelotas, conmigo no contés. Vos estás muerto para la mayoría, pero yo tengo una reputación.

—¡Andá a cagar…! Dejame razonar —le pide apretándose las sienes con las palmas como si quisiera exprimir el zumo de su materia gris—. Dante escenifica su arrepentimiento en el canto treinta y uno del *Purgatorio.* Estando ya sin la compañía de Virgilio a las orillas del río Leteo, Beatriz le hostiga para que confiese que se ha dejado arrastrar

por el placer y el deseo de la carne. Este lo reconoce entre lágrimas y solo entonces las ninfas que lo acompañan lo introducen en el agua, escenificando así la purga de la lujuria que ensuciaba su alma. Una de estas le advierte de que no se deje guiar por la vista mezquina que todo lo distorsiona. *De nada os van a servir vuestros ojos, ceguera que el pecado impedirá atravesar los muros sin despojos.* Los ojos nos engañan, Telmo. Hay algo que no estamos viendo —asegura girando sobre sí.

—¿El pecado nos convierte en ciegos? —pregunta Telmo.

—Claro. Porque la vista es lo tangible, lo que no trasciende del ser. Justo lo que no nos permite reconocer lo verdadero. Digamos que una vez que se produjo el arrepentimiento dejamos de ser ciegos.

—¿Y cómo sabría distinguir eso que tenemos que ver cuando alguien se arrepintió de verdad? ¡Oh, señor! —escenifica poniéndose de rodillas y levantando los brazos—. ¡Ya me arrepentí de mis pecados! Mostrame el camino de una vez, ¡la puta que te parió!

Bujalesky le agarra del hombro.

—¡Pará, no seas boludo!, ¡pará! ¡Correte!

Telmo se levanta y Bujalesky ocupa su sitio, arrodillándose con la cabeza agachada.

—Tras reconocer el pecado y purificarse en las aguas del río, la ninfa le dice que no se deje guiar por lo que ve. Alza la vista y entonces se percata de que su propio reflejo en el agua le está impidiendo distinguir al grifo, que es el que debe transportarlo de vuelta junto a su Beatriz.

—Todo clarísimo, che.

—¡El reflejo, claro! Tiene que ver con el espejo. Desde acá arrodillado, cosa que hacen los que se arrepienten con sinceridad, no veo mi reflejo, ¿me seguís? Si, por el contrario, no me arrepiento con sinceridad y permanezco de pie, el reflejo no me deja ver. ¡Es el espejo!

Telmo arruga el semblante mientras lo observa detenidamente.

—Ahora que lo decís…, los espejos de los otros ascensores están atornillados, pero este…, este parece que está incrustado, fijate bien.

Pero Bujalesky no le escucha. Ya ha llegado a una conclusión y ha extraído el martillo de la bolsa de herramientas y ahora lo empuña con fuerza. A Telmo solo le da tiempo a apartarse antes de que el otro descargue un golpe contra el espejo. Los pedazos saltan por los aires.

—¡Pero la puta que te parió! ¿Qué hacés?, ¡¿te volviste loco?!

—¡Descubro el cerrojo, eso hago! ¡Ahí lo tenés! —señala Bujalesky mientras elimina los restos de los cristales con el mango—. ¿Lo ves ahora? ¡El mapa nos lo estaba contando! *El botín que a Lucifer despojasteis no sirve sin romper con lo ilusorio para llegar donde nunca llegasteis.*

—Lo veo —dice pasando la yema de los dedos por el emblema de la

Congregación tallado en la plancha de acero que conforma la estructura del ascensor—. También podrías haber intentado sacar el espejo sin tener que hacerlo mierda…

—Olvidate, Telmito, olvidate. Mirá acá —señala unas muescas que ganan en profundidad—, justo acá es donde encaja la llave del infierno. Acto seguido mete la mano en el estuche de Dulcinea y saca la caja de terciopelo rojo. La abre con pasmosa solemnidad y hace coincidir el dorso de la Boca de la Verdad con las hendiduras.

Un «clac» le hace sonreír maliciosamente antes de girarla.

La superficie que ocupaba el espejo vence hasta que cae sobre otra en la que se apoya.

—¡Una portezuela! —define Telmo.

—Una que no se ve ni desde las bajantes ni saliendo por la de mantenimiento porque la tapa el propio cuerpo del ascensor —completa el experto a la vez que introduce medio cuerpo y mira hacia arriba.

—¿Qué ves, Buji?

—La escalada valiente que mencionaba el mapa —desvela con la voz tomada por la emoción—. Es muy estrecho, pero hay luz.

—*La luz hasta la otra llave os guiará* —completa Telmo.

Bujalesky asiente sin poder articular palabra.

Lago Yangcheng
Provincia de Jiangsu (China)

Ha pasado la noche en un discreto hotel a la orilla del lago Yangcheng en el que ya se ha alojado más veces. El lugar guarda una comunión perfecta con el entorno y le transmite el sosiego que busca antes de salir del país. A pesar de ello, no ha dormido del todo bien tratando de decidir por dónde empezar la búsqueda de Flegias. Del expediente de su padre no ha sacado prácticamente nada provechoso, apenas una dirección en Londres donde Matthew J. Michelson terminó sus días y, aunque intenta huir de la desesperación, nota su fétido aliento en el cogote.

La lluvia que ha empezado a caer hace unos minutos la ha animado a salir a dar un paseo por las inmediaciones del lago y ahora regresa calada, dispuesta a tomar el primer vuelo con destino a la capital británica. Tras la ducha, Gabriel se dispone a consultar los horarios desde el aeropuerto internacional de Sunan Shuofang, pero un punto verde parpadeante capta su atención.

Es un mensaje entrante en la aplicación interna de la hermandad.

Cuando lo lee no puede dar crédito.

Londres no será su próximo destino.

Residencia de Robert J. Michelson
A 34 km de El Calafate (Argentina)

Lleva tanto tiempo con la mirada clavada en el cuadro de su bisabuelo que no se ha dado cuenta hasta ahora de que no se ha estado formulando la pregunta correcta.

Desde que Michelson regresó de Buenos Aires no ha hecho otra cosa que beber ginebra y esperar. Lo ha apostado todo a una carta: que Erika acuda a la cita. Por ello, cuando entregó el sobre con la carta en el hospital, regresó a su centro de operaciones sin más alternativa que esa: esperar. Y ha sido precisamente la ausencia de opciones lo que le ha invitado a evadirse de sus cuitas para disfrutar de otro gin tonic de Tanqueray en la tranquilidad de ese despacho que una vez ocupó su bisabuelo. Sumido en ese estado de sosiego indefinido ha sido cuando algo ha llamado su atención. Algo que no encaja en el retrato de su bisabuelo. Ese que lleva colgado en el mismo sitio una eternidad y que evita mirar a los ojos, como si así pudiera impedir que su antepasado se inmiscuyera en sus pensamientos.

Lo primero que le ha llamado la atención son las tres medallas que luce en la casaca del uniforme de gala de general de brigada del Cuerpo de Caballería del Ejército de Su Majestad. Y eso le ha escamado, porque no tiene conocimiento de más condecoraciones que la Cruz Victoria que recibió siendo todavía teniente por su heroico desempeño durante la Segunda Guerra Bóer en el año 1899.

Cruz que no luce en el cuadro.

Está plenamente convencido de ello, porque la original la ha sostenido entre sus manos mil veces. Se trata de una cruz paté de bronce envejecido cuyos cuatro brazos se estrechan al llegar al centro y se ensanchan en los extremos. La que le cuelga del cuello sobre una tela azul celeste parece estar fabricada de oro y es de seis puntas. No es la misma.

Michelson se ha estado preguntando el motivo por el que su bisabuelo mandaría hacerse un retrato en el que no luce el máximo reconocimiento que un militar británico puede recibir de su patria.

Pero esa no es la cuestión.

La pregunta que debe hacerse es: ¿quién demonios es el hombre que está retratado en ese cuadro?

Buscando una respuesta inmediata, lo descuelga y lo deja sobre la mesa como si le ardiera en las manos. Ahora busca en los cajones una caja metálica en la que su padre guardaba fotografías de época. Quiere localizar una en concreto, una que tiene archivada en su memoria en la que sabe de forma fehaciente que aparece su bisabuelo. Va

descartando una tras otra hasta que la reconoce. Es esa en la que está sentado junto a otros cuatro hombres de su batallón en la terraza de una cafetería. En el anverso está fechada en 1902 en El Cairo. Tenía treinta y dos años. Todos sostienen una mirada desafiante, gallarda, y sus bocas son perfectas líneas rectas bajo unos fornidos y cuidados bigotes. Pero no es una sonrisa lo que Michelson está buscando en esa cara. Busca las cicatrices de las que tantas veces le habló su padre, recuerdos que le dejaron las esquirlas de una granada durante aquella valiente y estúpida acción militar en el asedio de Port Elizabeth, que a la postre sería merecedora de tan insigne condecoración. La escasa definición de la imagen le fuerza a tomar una foto con la cámara de su teléfono móvil y ampliar el lado derecho del rostro. Lo primero que aprecia es un surco de color más claro que la piel que nace bajo el párpado y se pierde en la frondosidad del bigote. Otras manchas de distinto tamaño aparecen repartidas sin orden ni concierto.

En el hombre de más de sesenta años que aparece en el cuadro no se advierte marca alguna. Al margen, a pesar de la diferencia de edad, en la fotografía de su bisabuelo los ojos están más juntos entre sí y el tabique nasal se presenta más recto y pronunciado que el del desconocido inmortalizado al óleo. Podría decirse que se parecen, sí, pero definitivamente no son la misma persona. Él lo ha dado por hecho porque su nombre viene escrito en el cuadro y siempre ha estado ahí. ¿Siempre? Se pregunta desde cuándo tiene recuerdos de esa pintura. La búsqueda en el laberinto de su memoria le lleva a revivir una escena de su niñez en la que se colaba a hurtadillas en el despacho de su padre. Recorre mentalmente las cuatro paredes y no, allí no está el cuadro. Ahora está seguro de que la primera vez que ha visto esa pintura ha sido cuando ha tomado posesión de esa casa.

Michelson centra su atención en la placa de metal atornillada en el marco en la que se puede leer: «Matthew John Michelson». El abrecartas servirá. Desatornilla la placa.

Otra placa.

La verdadera placa.

—«General Las Heras» —lee en voz alta.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Contar la misma historia varias veces suele desembocar en la disminución del tiempo que ello requiere. Ese no está siendo el caso.

Estando en el edificio y no habiendo sido capaz de contactar con Bujalesky, ha resuelto no ahorrar en detalles, como hizo cuando puso al día a Ólafur de todas la averiguaciones que han hecho. Es como si

el subconsciente de Erika estuviera evitando repetir procesos para evitar cosechar resultados similares, aunque, en realidad, responde a su forma consciente de ocupar la cabeza con pensamientos que destierren otros más dolorosos.

Cuando Sancho ha contactado con Makila para hacerle partícipe de sus intenciones de viajar hasta El Calafate, el inspector general de la Interpol le ha informado del triple asesinato cometido en Shanghái. Todavía no es oficial, pero intuye que dos de las víctimas pueden pertenecer a la Congregación, dado que una de ellas llevaba un tatuaje del glifo alquímico del plomo en la espalda, lo cual lo señala como un arcángel. Ha quedado en confirmárselo en cuanto lo sepa, por eso el pelirrojo ha decidido no compartir la noticia con Erika, de momento. Ahora Sancho permanece atento a la explicación sobre el misterio que rodea a la estatua a la vez que se fija en los detalles infernales de la planta baja del palacio. Algo que se mueve hacia ellos le distrae.

Es un hombre de buena estatura y una melena rockera poco acorde para su edad. Da un paso al frente y se interpone entre Erika, que está de espaldas, y el propio sujeto. Lamenta no ir armado, pero el Smith & Wesson 500 que le prometió Makila aún no le ha llegado. Erika se percata del movimiento del pelirrojo y le agarra del brazo.

—¡Sancho! Tranquilo…, es Bujalesky.

—¡Hay que joderse…!

El dantista trae el triunfo escrito en la cara.

—¡La tenemos! La llave del purgatorio, doctora, encontramos la llave del purgatorio —anuncia conteniendo a duras penas la emoción que le embarga.

Emoción que no se contagia en la ajada expresión de Erika.

Bujalesky busca una explicación en su acompañante, pero en el barbudo pelirrojo no la va a encontrar.

—Se trata de Ólafur —dice Erika al fin.

El argentino no necesita más.

—Lo siento mucho. De verdad —añade con fúnebre solemnidad—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Ella niega con la cabeza.

—¿Qué os parece si buscamos un sitio para sentarnos los tres a charlar tranquilos? —propone Sancho.

Salen del Barolo en dirección a la plaza del Congreso. El sol calienta con más intención que eficacia, pero por el este se divisa un ejército de oscuras nubes en clara formación de ataque. Alcides Edgardo Bujalesky y Ramiro Sancho se han presentado formalmente y han cruzado algunas palabras del todo triviales mientras que Erika les acompañaba en silencio. El primer diagnóstico del pelirrojo se limita a pensar que el experto, por edad, está más cerca de tocar el arpa que la guitarra.

Al pisar los dominios de *El pensador* de Rodin, Bujalesky se detiene a escasos dos metros y realiza una pomposa reverencia de presentación.

—Acá tienen al culpable.

Bujalesky le explica a Sancho lo mismo que no hace mucho le ha contado a ella.

—Me va a permitir que le diga que me cuesta bastante trabajo digerir todo esto de la búsqueda del tesoro —reconoce Sancho—. Erika me ha puesto al día de los avances, pero… definitivamente no es lo mío. No se ofenda, pero yo las únicas pistas que entiendo son las que dejan los rastros de sangre. Y de esas, en este momento, tenemos demasiadas sin poder llevarlas al laboratorio. No sé si me explico…

Bujalesky aparta el pelo que le cubre el rostro y asiente.

—Por concretar: ¿me podría decir en qué punto nos encontramos exactamente?

—Exactamente acá —le muestra el dantista—. Es la llave del purgatorio. Quiero creer que esto activa un artilugio en el paraíso que nos lleva hasta el… tesoro —parafrasea—. Tengo la sensación de que está ahí, al alcance de mi mano.

—¿Y qué te impide alargar el brazo y agarrarlo?

Bujalesky desvía la mirada buscando la manera de explicar que unos ridículos peldaños pintados de amarillo resultan ser un muro infranqueable. Pero… ¿cómo se justifica el miedo a un monstruo que solo existe en su cabeza? Un engendro intangible e irracional contra el que nunca ha sido capaz siquiera de plantar cara. El argentino nota que le flojean las piernas y busca un lugar para sentarse. Encuentra un banco algo destartalado, pero vacío.

El pelirrojo invierte unos instantes en analizar las señales que emiten los rostros de sus compañeros de viaje: angustia en el del especialista y tristeza en el de Erika, que ahora se ha retirado unos metros para hablar por teléfono. Finalmente resuelve hacer algo útil y se rasca la barba con fervor al tiempo que se sienta junto al dantista.

—Erika me contó que están detrás de Michelson y que tenían la intención de ir a buscarlo al El Calafate en cuanto se resolviera lo de su amigo. ¿Siguen con esa idea?

—Seguimos. Esa es la parte que nos toca a nosotros. Debemos averiguar qué es eso tan importante que tiene que mostrarnos.

—Pero… ¿y si se trata de una trampa? Si lleva los genes de su padre, deberían tomar medidas más extremas.

—Lo haremos, no se preocupe —dice con la boca pequeña, pues sabe que no va a poder viajar armado.

Erika regresa.

—Era el doctor Sciordi. Ya está. Podemos pasar a retirar la urna —informa con asepsia programada—. Buja, mañana nos bajamos a El Calafate. Vosotros seguid con lo vuestro. Nos mantenemos en

contacto, ¿de acuerdo?

—Dale, vos quedate tranquila, que el celular lo llevo siempre encima. Capaz que me termino acostumbrando. Estoy haciendo tiempo para que Telmo vuelva a poner todo en su sitio y, en cuanto me avise, voy a tratar de abrir las puertas del paraíso.

Erika medio sonríe.

—Tené mucho cuidado, doctora, haceme ese favor.

—Lo mismo te digo, Buja.

—Dale.

—Un momento, un momento…, no sé qué planes tendréis vosotros, pero yo no pienso irme a la cama sin cenar.

Erika baraja otras alternativas que no tienen nada que ver con complacer a su estómago. Más bien está pensando en el desconocido de bonitos y expresivos ojos marrones.

—Conmigo no contéis, lo siento —verbaliza ella sin más.

—Dale —interviene Bujalesky—. Así despejo el bocho. Conozco un lugarcito que no queda lejos de acá, pero antes tengo que pasar por el Barolo a ver qué hace Telmo. ¿Qué le parece si nos encontramos allá tipo ocho?

—Me parece. Nos vemos luego.

Bujalesky los sigue con la mirada hasta que sus perfiles se pierden entre la gente. Entonces, saca a Dulcinea y busca una posición más cómoda. Se aclara la garganta y pisa las cuerdas.

Su oscura sonrisa es la muerte de un ruiseñor,
su triste caminar, una marcha fúnebre,
su perfume es un réquiem funesto en si menor.

Su vestido blanco es negro, su aliento amarillo,
el lecho sobre el que descansa es un ataúd,
a su corazón no lo atraviesa un cuchillo.

Y, sin embargo, la quiero tanto que me avergüenzo.
Mis pesadillas a su lado, dulces sueños.
Esta clase de amor no se dibuja en ningún lienzo.

Residencia de Robert J. Michelson
A 34 km de El Calafate (Argentina)

El hielo se ha derretido casi por completo y la única pieza superviviente flota estática en la superficie de un gin tonic que tiene los minutos contados. Su propietario se esmera por encajar las piezas. Antes, Robert J. Michelson ha buscado información sobre Juan

Gualberto Gregorio de Las Heras y tiene la sospecha de que a pesar de todo lo que ha averiguado sobre él sigue sin saber quién es.

Militar argentino de carrera que destacó en la lucha contra las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Con posterioridad participó activamente en las batallas por la independencia junto a José de San Martín contra las fuerzas realistas españolas en Chile y Perú. También ha leído que cuando abandonó su carrera se convirtió en gobernador de la provincia de Buenos Aires, pero que los enfrentamientos políticos entre las distintas facciones de la época le llevaron a tener que exiliarse en Chile, donde encontró la protección de sus hermanos masones Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento. La muerte le sobrevino durante este exilio en 1866, pero sus restos no fueron repatriados hasta 1906, por orden expresa de Mitre. Desde entonces descansan en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires, nada más y nada menos que junto al insigne sepulcro del Libertador. En la foto que ha encontrado en la red ha visto que el cofre que los contiene está rematado por un cóndor con las alas extendidas que bien podría ser una copia del ave que porta a Dante en la *Ascensión.* Por las averiguaciones que Alcides Edgardo Bujalesky hizo para su padre, es consciente de que Bartolomé Mitre era Minos, Gran Maestre de la Gran Logia de los Puros, lo cual le lleva a colegir que el general Las Heras ocupaba un cargo relevante en la hermandad.

Lo que todavía no logra entender es por qué tiene un cuadro de él con el nombre de su bisabuelo.

Se centra de nuevo en el óleo.

Esas facciones le resultan tan familiares que aún no puede creer que no se trate de su bisabuelo. ¿Dónde ha visto antes ese estilo de bigote que se funde y se confunde con las patillas? Acude de nuevo al taco de fotografías de época y las extiende sobre la mesa. Son nueve. Posa su mirada tan solo unos segundos sobre cada una, porque lo que quiere encontrar se distingue a simple vista. Y a simple vista lo distingue. En la imagen hay un grupo de jóvenes ataviados con la vestimenta de esgrimista de la época. Todos rondan los veinte años, menos uno que les duplica la edad, el que está el penúltimo a la derecha de la fila superior. Analiza concienzudamente sus rasgos faciales para descartar cualquier atisbo de duda. En efecto, se trata de Juan Gualberto Gregorio de Las Heras. Todos posan con sus sables, floretes y espadas menos él, que está en posición de descanso con ambos brazos pegados al cuerpo. De la axila emerge lo que parece una empuñadura con una figura geométrica por emblema. Recurre otra vez a la cámara del teléfono móvil para ampliar ese detalle. Es un símbolo alquímico que ha visto en alguna parte del informe de Bujalesky. En esa donde habla de los distintivos de los arcángeles. Se conoce las treinta y cuatro páginas de memoria. La que necesita consultar está casi al final. Su

mirada salta de las páginas a la pantalla del móvil hasta que da con él, justo al final.

El más importante de todos.

El glifo alquímico de la piedra filosofal.

El distintivo de Damocles, el vigilante. El encargado de formar el ejército de arcángeles para defender los intereses de la hermandad.

La deducción es inmediata.

El general Las Heras fue el primer Damocles, lo cual genera un nuevo enigma. ¿Por qué tendría su bisabuelo un cuadro de Damocles? Le invade entonces una posibilidad. ¿Y si, al igual que la estatua de Palanti, el cuadro no fuera más que un contenedor? Da la vuelta al retrato con sumo cuidado y desliza las yemas de los dedos sobre la lisa superficie de un poco lustroso papel de color ocre. Busca el abrecartas para atravesarlo con la punta en la esquina superior derecha y, muy despacio, va descendiendo sin levantar la hoja del marco. Se otorga unos segundos antes de enfrentarse con lo que va a encontrarse al quitar esa dermis de celulosa.

Solo lienzo.

Frunce el ceño.

La frustración hace que se le acelere la respiración. Tiene que haber algo. Quizá sea un mensaje contenido en la propia imagen. Vuelve a examinarla sin éxito. Golpea la mesa con el puño cerrado y camina en círculos. Un gin tonic puede que desatasque el circuito deductivo, pero esta vez ni siquiera le da tiempo a agarrar la botella.

Si lo importante en un cuadro es la pintura en sí, ¿por qué no cambió el marco en vez de colocar una chapa de mayores dimensiones sobre la original? Porque lo importante en ese cuadro no es la pintura, es el marco, se responde.

Esta vez no se va a andar con sutilezas.

Agarra el cuadro por los listones más verticales y tira hacia fuera para separarlos del paño. Le cuesta varios intentos, mas terminan cediendo a su impetuoso empeño. Los examina sin detenimiento. Los agita furioso. Nada. Voltea el cuadro y repite la operación con los horizontales. Al separarlos, el lienzo planea hasta el suelo, vuelo que Michelson no sigue porque está notando que el trozo de madera que sostiene en la mano derecha pesa más que el otro. Es el que lleva la chapa. Se sienta. Necesita recuperar el control. Le palpita la yugular y le sudan las manos. Enseguida detecta una anomalía en el interior de uno de los extremos. Se trata de un pedacito de cuero que está oculto en la junta que une ese listón con el vertical. Utiliza el dedo pulgar y el índice a modo de pinza para tirar de él y extraer el tapón de cera al que está unido. Inclina el marco y le da unos golpecitos en el otro extremo para que se deslice el cilindro metálico de dos centímetros de diámetro que contiene. Desenrosca la tapa y recurre a la misma

técnica.

Un documento enrollado.

Se toma su tiempo antes de extenderlo sobre la mesa.

Reconoce la firma al instante: Bartolomé Mitre Martínez.

En Buenos Aires, a 16 de febrero de 1857

A mi fiel compañero Juan Gualberto Gregorio de Las Heras y de la Gacha.

Cuando termina de leer la carta, un temblor incontrolable se apodera de sus manos. Trata de contenerlo juntándolas entre sí y apretándolas con fuerza, pero no logra sino el efecto contrario.

La falla tectónica divide su cerebro en dos, la que no puede dar crédito y la que se niega a creerlo.

LA MEJOR FORMA DE TAPAR UN SECRETO ES CON OTRO SECRETO

Club Gimnasia y Esgrima. Sede de San Martín
Buenos Aires (Argentina)
Diciembre de 1935

Notaba que el pañuelo no absorbía una gota más. Era el tercer día consecutivo de calor sofocante y sus poros llevaban manifestándose desde primera hora de la mañana contra la pérfida alianza porteña conformada por la humedad y la temperatura.

En cuanto Matthew J. Michelson puso los pies en la zona ajardinada entendió por qué la mujer de la entrada le había exigido acreditarse como si aquello fuera un penitenciario de máxima seguridad. El edificio principal era más propio de una embajada que de una sociedad deportiva, por muy de alta alcurnia que fuera. Las instalaciones eran una clara llamada de atención dirigida a los estratos más pudientes de los que se nutría su cada vez más numeroso listado de socios.

Se había citado con él en el recibidor del edificio principal con el pretexto de tratar un asunto relacionado con las obras de la línea D del Subterráneo. Como era su costumbre, llegaba con algunos minutos de antelación, tiempo que invirtió en recorrer aquel luminoso y distinguido salón. Agradeció el frescor que parecía emanar del mármol, material predominante en aquel lujoso ecosistema. Lo primero que le llamó la atención fue el suelo, un damero de losetas negras y blancas, elemento que claramente denotaba cierta afinidad masónica. Los retratos de las ilustres personalidades que adornaban las paredes no hacían sino refrendar su sospecha, todos eran hermanos reconocidos: Urquiza, Zapiola o Güemes, aunque no tenía forma de saber si todos, alguno o ninguno pertenecían a la Congregación.

Excepto uno. Ese en el que tenía anclada su atención.

—El excelentísimo general Las Heras, pariente mío —escuchó a su espalda.

El guardián se giró en el intento de disimular su sobrecogimiento.

—Gracias por atenderme, señor Segurola.

El tratamiento caballeroso resultaba paradójico, habida cuenta de que su anfitrión acababa de cumplir los veintiocho años. Vestía un atuendo cómodo en tonos claros que resaltaba una complexión atlética encerrada en aquel cuerpo con forma de pera invertida.

—Le agradezco que haya accedido a desplazarse hasta nuestro club, últimamente no soy capaz de atender todas mis obligaciones como debiera.

—No me supone ningún inconveniente, créame. Es más, agradezco la oportunidad de conocer estas instalaciones y le confieso que en otro tiempo quizá me habría interesado enterarme de las condiciones de asociación.

—La actividad física no tiene rango de edad, señor mío. Solo requiere conocer y adaptar la práctica a las circunstancias de cada uno. Le pongo por ejemplo el caso de uno de nuestros esgrimistas más laureados, que ya ha superado el medio siglo y, a pesar de que sus reflejos no son los mismos que antes, sigue siendo un rival difícil de batir.

Michelson compuso una mueca de asombro.

—Interesante. He oído que usted es un auténtico prodigio en el manejo de la espada.

—En realidad lo mío es el sable, pero no es menos cierto que con la espada y el florete tampoco soy manco. Llevo practicando desde los cuatro años. Él —dijo volviéndose hacia el cuadro— inició el linaje de destacados esgrimistas en mi familia, que continúa hoy y continuará mañana.

—¡Desde los cuatro años! ¡Qué bárbaro! Tiene que estar orgulloso de sus raíces, señor Segurola. Muy pocos pueden decir que proceden de una familia como la suya y que el pueblo pueda honrar su memoria junto al padre de la patria. Un reconocimiento sin duda solo al alcance de algunos elegidos —barnizó el guardián.

—Ciertamente. Porque no son muchos los que han arriesgado su vida por la patria como hizo él.

Ambos intercambiaron gestos condescendientes.

—Permítame que le enseñe nuestras instalaciones mientras charlamos. Por aquí —le invitó Segurola con sugerente cortesía.

—Verá…, no querría robarle demasiado de su preciado tiempo, por lo que me va a permitir que aborde el asunto que me ha traído hasta aquí. Le pido disculpas anticipadamente por haber sido deshonesto con el motivo, enseguida entenderá por qué.

Segurola no pareció inmutarse.

—Usted y yo —arrancó Michelson— compartimos un club tan selecto como este, aunque con propósitos más elevados. Soy consciente de que no deberíamos estar manteniendo este encuentro,

pero me mueven causas de fuerza mayor.

—La curiosidad no está incluida entre ellas, Cepheus —le espetó Segurola—. Pero prosiga, que le he interrumpido.

Michelson trató de no alterarse. Al cruzarse con un grupo de tres personas que portaban un balón de rugby, el guardián quiso soltar lastre.

—¿También tienen equipo de rugby?

—Por supuesto. Uno de los mejores de la ciudad. Tricampeón del torneo de la Unión de Rugby de Buenos Aires, el último hace tres años. ¿Es usted aficionado?

—Practiqué en el colegio y en la academia militar.

—En Londres —completó Segurola haciendo alarde de información.

—Así es. Ya veo que usted *también* —subrayó— ha realizado sus investigaciones.

—Investigar está dentro de las obligaciones que antes aludía.

—Cómo no. Entonces, estará al corriente de que he estado en contacto con Mario Palanti.

—Lo estoy. Incluso sé que durante los últimos meses ha ordenado que se realice una investigación que incluye indagar en los archivos de la municipalidad e innecesarias preguntas a las secretarias de una de mis empresas. Y, por supuesto, estoy al corriente de que en esos encuentros que ha mantenido con Mario Palanti ha obtenido información a cambio de un proyecto arquitectónico firmado por el mismo Benito Mussolini. Gestión que le facilitó su custodio Flegias.

—Le felicito.

—Como le digo, es mi responsabilidad estar informado.

—Por consiguiente, doy por hecho que está debidamente enterado de que tengo en mi poder documentación, digamos, comprometida —definió— para nuestra hermandad.

—Yo no diría tanto.

Michelson se regaló unos instantes para valorar su próximo movimiento. Sabía muy poco de esgrima, pero estaba claro que su oponente estaba planteando la conversación como si se tratara de un duelo. Y estaba claro que su rival llevaba la iniciativa.

—Son copias de los documentos originales —aclaró el guardián—. Copias exactas.

—Señor mío, aunque tuviera los originales nos encontraríamos en la misma situación, escasamente comprometedora a mi juicio. Permítame que le explique por qué. La certificación de la extracción de los restos de Dante firmada por el escribano Malagola en 1865 no especifica si se trata de un puñado de cenizas o si, por contrario, son la totalidad de los restos mortales de Dante Alighieri. Aunque así fuera, en Italia jamás darían credibilidad a ese testimonio y puede estar seguro de que en los libros de historia que se publiquen desde

hoy hasta el fin de los días siempre se escribirá que el divino poeta descansa en Rávena.

—Las reliquias no son de mi interés, señor Segurola.

—Hablemos entonces del mapa —continuó esbozando una sonrisa que fue ganando en intensidad—. Ya ha visto lo que es y por tanto es consciente de que solo a un experto en el caótico universo de Dante le sería de utilidad. Y usted está muy lejos de serlo.

—¿Y usted lo es?

Segurola se detuvo y se giró con la velocidad de los girasoles.

—Soy Damocles, el vigilante. Esa pregunta no hace justicia a la inteligencia que se le supone, señor mío.

Ese era el momento que estaba esperando Matthew J. Michelson.

—He ahí el problema. Hasta donde yo sé, Minos concibió el mapa como una vía alternativa en el caso de que el Gran Maestre falleciera de modo repentino sin poder transmitir su legado a su sucesor.

—Por legado entiendo que se refiere a El Cartapacio.

—Entiende bien. Y si no estoy equivocado, El Cartapacio es la herramienta que nos ha mantenido y nos mantendrá unidos.

—Es correcto.

—Por tanto, la clave para la supervivencia de la organización a la que tanto amamos.

—Podría considerarse así.

Michelson se preparó para la estocada.

—Entonces, convendrá conmigo en que, ante el hecho poco probable pero posible de que Damocles y el Gran Maestre desaparecieran sin transmitir sus conocimientos, se perdería para siempre la pista de El Cartapacio y, con ello, nuestra fuerza de cohesión.

—¿Debo interpretar que el motivo de este encuentro no es otro que convencerme para que le desvele los secretos que el mapa contiene?

—Solo estoy pensando en la seguridad de la hermandad. Nuestra hermandad.

Sin percatarse de ello, habían llegado a un jardín de gusto exquisito, exuberante y perfectamente mantenido. Un busto de José de San Martín comandaba el entorno.

—Dicen que la mejor forma de medir las fuerzas del enemigo es enfrentándose a él en campo abierto.

—¿Me considera como tal? ¿Su enemigo?

—No; si así fuera, ya estaría muerto —aseguró sin modificar el tono —. Pero nunca descansaría en un lugar tan privilegiado como su admirado cementerio de la Recoleta, porque mis arcángeles no dejan restos que enterrar. Y, por favor, no se lo tome como una amenaza. No lo es. Aprecio su interés y de verdad creo que su preocupación es sincera. Por ello, he aceptado mantener este encuentro con usted: para

hacerle una propuesta.

—¿Una propuesta? —repitió visiblemente emocionado.

—Necesito saber cuán seguro es el sistema que hemos diseñado y construido. Mantener la seguridad del Templo es el mayor de los privilegios que podría imaginar. Desde que tengo uso de razón, recuerdo haber sido instruido para desempeñar este cometido y ahora que las obras han concluido…

—Quiere medir las fuerzas del enemigo —completó.

—Digámoslo así.

—Entiendo. ¿Y qué sucedería si tengo éxito?

—Que yo sabré dónde residen los puntos débiles de la fortaleza y habré logrado mi propósito.

—¿Y?

Damocles acortó la distancia con el guardián y adoptó una pose militar.

—Y usted, señor mío, recibirá la túnica de custodio que un día Ciacco le prometió.

—Ya veo que es sabedor de esa circunstancia. O por lo menos en parte. Permítame que le aclare que Ciacco me ofreció la túnica de Flegias si lograba dar con el paradero de la *Ascensión*. Lo hice, pero alguien ya se me había adelantado y con su fallecimiento se volatilizaron su promesa y mis ilusiones; momentáneamente —añadió —. No me rendí. Debe de ser cosa de familia, presumo.

—Tengo muy presente esa virtud, por eso le he elegido a usted. Sé que no se rendirá a las primeras de cambio. Pero antes de que me dé su respuesta me siento en la obligación de aclararle algo: Damocles no está a las órdenes de ningún Gran Maestre. Damocles se encarga únicamente de vigilar el legado de Minos, que es lo que garantiza la supervivencia de nuestra hermandad. De su crecimiento se encarga la Asamblea. Por tanto, señor mío, debe tener muy presente que ni Ciacco ni ningún portador de la túnica de Dante conoce la localización de El Cartapacio y tienen las mismas posibilidades que usted de encontrarlo: ninguna —le retó.

Michelson valoró la revelación.

—Pero los actos de entrega de túnicas son presididos por el Gran Maestre y los compromisos los sella él. Por tanto…

—Señor mío —le interrumpió agriando el tono—, lo siguiente que le voy a contar sí es información delicada, pero considero que, si va a aceptar el reto, debe saberlo. Igualmente le informo de que, si algo de esto termina trascendiendo, usted morirá. Y esto sí es una amenaza.

—Comprendo.

—Hablábamos de los compromisos que adquiere el postulante a guardián o a custodio con el Gran Maestre y de la huella perpetua que deja cuando firma el documento de asunción con su verdadero

nombre.

—De eso hablábamos, sí.

—Compromisos obtenidos por el Gran Maestre durante su mandato, únicamente —precisó—. ¿Y los anteriores? ¿Y los posteriores?

Michelson no tuvo que discurrir mucho la respuesta.

—Damocles.

Este asintió.

—Damocles es el único que se encarga de alimentar El Cartapacio y de asegurarse de que alguien después de él retome esa labor.

—Entiendo.

—He sido instruido en el manejo de la espada y… en otras artes, por decirlo de alguna forma. Espero no parecer soberbio, pero también está delante de un experto en lo relacionado con Dante. Conocimientos que he adquirido desde que soy capaz de leer y escribir, los mismos que transmitiré a mi sucesor.

—Y que son del todo necesarios para poder interpretar el mapa —razonó Michelson.

—Eso es, precisamente, lo que necesito medir.

—Sin embargo, la Asamblea piensa que el Gran Maestre tiene acceso a El Cartapacio.

—Por supuesto. Al Gran Maestre le conviene que lo piensen, ¿no cree? Esa es la parte fundamental del juego, de otra forma no podría sostener la lealtad de sus hermanos ni contener sus ansias de poder. Así lo pensó Minos y así lo ejecuta Damocles.

A Michelson le recorrió un escalofrío por la espalda. Todo cobraba sentido. Por eso Ciacco le mandó localizar la estatua a espaldas de Damocles, porque el Gran Maestre quería conocer de primera mano la localización de El Cartapacio. Y por eso Damocles era el encargado de reclutar y formar a los arcángeles, porque aunque estuvieran bajo las órdenes del Gran Maestre le obedecían solo a él.

—Minos era un gran estratega —concluyó Matthew J. Michelson.

—Eso lo aprendió del general Las Heras. Entre ambos idearon el proyecto. Bartolomé Mitre escribió esto sobre él cuando ordenó traer sus restos mortales a la Catedral: «No necesitó apelar a la posteridad para esperar justicia y afirmar la corona bajo sus sienes. El juicio que el pueblo solo pronuncia en los funerales de sus héroes fue pronunciado en vida y para honor y gloria de él y de su patria, por los hijos de la heroica a que perteneció, que es la posteridad a que apelaba el general San Martín, su ilustre maestro y compañero de gloria» —citó de memoria Damocles, emocionado.

—Un gran hombre —aliñó.

—Bueno, ¿qué me dice?

—Creo que ya sabe cuál va a ser mi respuesta.

—Entonces estoy frente al rival que necesitaba.

Michelson hinchó el pecho y adoptó de forma inconsciente una pose castrense.

—Ahora, si me disculpa, he de atender a mis alumnos. Le acompaño a la salida.

Bernardo Segurola se despidió de su rival caballerosamente y regresó frente al cuadro de su ancestro. Minos tenía razón.

—La mejor forma de tapar un secreto es con otro secreto —murmuró—. Ya tengo al iluso que se va a encargar de alimentarlo.

Minutos después, Michelson se mojaba la nuca en una fuente pública antes de cruzar los Portones de Palermo. Las palabras de aquel joven talentoso resonaban en su cabeza. Jamás había declinado un reto y aquel era tan intrigante como goloso. Ya tenía dos propósitos: preparar a su nieto para vestir su túnica y cumplir con el compromiso que había adquirido con Damocles. Mientras le resbalaba el agua por la frente, no podía pensar en otra cosa. Localizó un banco para sentarse y dejar constancia de lo ocurrido en su diario. Cuando terminó, anotó el siguiente paso que tenía que dar: localizar una librería y comprarse un ejemplar de *La Divina Comedia.*

Matthew J. Michelson murió a los noventa y tres años siendo guardián en su residencia cerca de El Calafate a causa de un ataque al corazón. Dejó todas sus posesiones a su único nieto, Matthew J. Michelson, quien heredaría su obsesión además de la túnica de Cepheus. Gracias a su excelente desempeño en el negocio del tráfico de armas, este lograría lucir la túnica de Flegias, pero fracasaría en su obstinado intento por averiguar el paradero de El Cartapacio. Sin embargo, él tampoco se rendiría y, antes de ser devorado por el alzhéimer, dejó escritos su testimonio y conocimientos con la idea de transmitírselos a su hijo, Robert J. Michelson.

Él sería el encargado de culminar la tarea que había empezado su bisabuelo: alcanzar el grado de Gran Maestre de la Congregación de los Hombres Puros.

LO QUE QUEDA EN LA CAMA

El Calafate
Provincia de Santa Cruz (Argentina)
Septiembre de 2013

Si Sancho no estuviera sintiendo el frío de la Patagonia austral, pensaría que se ha trasladado a un wéstern y que está a punto de escuchar a Michael Curtiz gritar: «¡Acción!». El pueblo presenta una configuración lineal que bien podría haber sido copiada del escenario que se utilizó para rodar *Dodge City,* con una calle principal que atraviesa la localidad de punta a punta en la que se concentra la vida de sus habitantes para dispersarse por las aledañas que la cruzan. La actividad es netamente turística: hoteles, restaurantes, tiendas de recuerdos, agencias de viajes y más hoteles. El suyo, por suerte, no está lejos de un local de alquiler de vehículos.

Todavía arrastran la desazón y la pena de las jornadas precedentes y le preocupa cómo pueda estar afectándole a Erika la pérdida de Ólafur tanto como estar desarmado. Ella casi no habla y en su rostro se ha tallado una expresión rara, mezcla de aflicción y enfado, aunque por momentos diría que prevalece una sobre la otra. Un claro ejemplo se ha producido en la zona de embarque de Ezeiza, cuando ella le ha repetido que se encuentra bien justo antes de rogarle que deje de preguntarle por su estado de ánimo. Ahí pesaba mucho más el enfado que el pesar. Pero es mencionar a Ólafur e invertirse de inmediato la balanza.

El pelirrojo sigue sin estar plenamente convencido de la teoría que defendía el islandés, pero le hizo prometerle que acompañaría a Erika y eso está haciendo. Lejos de la tristeza, Sancho encuentra fuerza al recordarle y deduce que convivir tanto tiempo seguido con la muerte le ha generado una costra invisible que le hace cada vez más inmune al dolor.

En Buenos Aires han dejado a Bujalesky y su inseparable Telmo intentando descifrar la última parte del mapa que, confían, les va a llevar hasta El Cartapacio de Minos. Durante la cena que compartió

con el dantista, mantuvo una dilatada charla en la que pudo constatar que es un tipo extraño, ciertamente trastornado por el imaginario que le rodea, con más anclajes en ese mundo que en la realidad. Sin embargo, diría que ha logrado empatizar con él, lo cual tiene bastante que ver con el hecho de que Bujalesky conociera y apoyara la tesis galleguista sobre la identidad de Cristóbal Colón, cuestión en la que estuvieron profundizando antes de despedirse. El asunto de las canciones de su hijo Néstor también ha jugado a su favor y todavía tiene fresco el estribillo de *Lo que queda en la cama,* aunque no esté en absoluto de acuerdo con el significado.

Lo que queda en la cama
son recuerdos que no valen nada.

De inmediato decreta el destierro de los pensamientos que amenazan con invadir su coto intelectual, pero es Erika la que consigue expulsarlos con un hilo de voz apagado.

—Tenemos que decidir qué hacemos primero.

El pelirrojo sabe a qué se refiere. Hasta allí han ido con dos propósitos: acudir a la cita que les propuso Robert J. Michelson y entregar las cenizas de Ólafur al frío, tal y como él le pidió.

—Lo que tú decidas estará bien —contesta condescendiente el pelirrojo.

—Precisamente por eso te lo consulto, porque no sé qué mierda hacer.

Sancho se detiene frente a la puerta del negocio de alquiler de vehículos. De repente le ha entrado un picor bajo la mandíbula que necesita atender. En el alivio encuentra la respuesta.

—Si lo que llevas a la espalda te pesa demasiado, nos encargamos primero de eso. Sin embargo, si crees que vas a poder con ello, creo que sería mejor escuchar lo que el jodido Michelson tiene que contarnos y, con eso resuelto, despedir a Ólafur como se merece, con la mente despejada.

Erika se muerde el labio y asiente.

—Puedo.

—Claro que puedes.

Ella asiente casi convencida.

En el horizonte el cielo se ha empezado a cubrir a brochazos de una tonalidad cetrina muy fea, abrumadora, haciendo buena la previsión de empeoramiento climatológico que les ha regalado la mujer que les ha alquilado el Megane, nada propicia para visitar el Perito Moreno, aunque no sea exactamente ese su punto de destino.

—Este lugar es precioso —valora Erika con los pies apoyados en el salpicadero y la cabeza girada hacia la ventanilla.

Sancho no opina lo mismo. La ruta 11 va serpenteando a través de un paraje árido donde lo único que se aproxima al epíteto que ha utilizado ella son las panorámicas que se divisan cuando la carretera se acerca a las aguas del lago Argentino. Estas van cambiando de tonalidad en una sincronía con el firmamento que solo puede ser explicada por un acto de brujería. Antes de un sucio verde turquesa, ahora de un limpio gris plomizo.

—¿Eso de allí son…?

—¡Cóndores! —identifica Sancho—. Coño, nunca había visto ninguno.

Dos siluetas majestuosas se recortan en lo alto de unos de los dientes que conforman la afilada dentadura que es la cordillera preandina. Sancho alterna la atención entre la carretera y las aves.

—Diría que se están aproximando —valora.

—Eso parece.

Pasan sobrevolando a pocos metros de altura en un tramo totalmente recto, como si, vanidosos, estuvieran aprovechando la tesitura para lucirse. Erika los persigue con la mirada absorta. Sancho sigue el trazado del asfalto en silencio hasta que llegando a Punta Bandera aminora la velocidad.

—El bicho me dice que es por aquí, desvío hacia la RP 15 en dirección al lago Roca —informa.

Erika regresa.

—Sí. Luego hay que seguir las indicaciones que dejó escritas Michelson.

—Soy todo oídos, Luis Moya —trata de aligerar Sancho. Ella no está para ir cantando el recorrido, pero le devuelve una mueca afable. Dejan el lago Roca a su derecha y toman un desvío donde la carretera pierde sus atributos.

—Debe de ser por allí abajo —especula Erika.

Las caricias de la garra apoyan la teoría, certificada por el trazado arenoso que desciende hasta una pequeña península que invade el brazo Rico del lago Argentino. Quizá si notara el tacto del hierro podría aplacar esa molesta sensación con la que no se acostumbra a convivir, pero la confianza de Makila no incluye una licencia para volar armado, y cruzar la Patagonia por carretera era una alternativa que ni siquiera valoraron.

—Un buen rincón para esconderse —opina Sancho.

El camino muere repentinamente a los pies de una elevación del terreno.

—Aquí es —anuncia Erika—. Hay que continuar a pie hasta un pequeño embarcadero que está rodeando eso.

—No veo huellas de neumáticos por ningún lado —observa él nada más descender del vehículo.

—Pues ya sabemos cómo entra y sale. Vamos.

El perfil de un tejado de pizarra a dos aguas es lo primero que divisan. La vivienda presenta sillares irregulares de piedra en los muros y madera en las ventanas y otros revestimientos verticales. El inspector no encuentra muchas diferencias con la que ocupó durante su paso por Gondomar, en Pontevedra. Erika señala la columna de humo que se escapa discreta por la parte posterior de la cubierta.

—Nos está esperando —dice ella.

—Ha encendido la chimenea para caldear el encuentro. Qué amable el jodido Michelson.

Unas losetas rojizas conforman un sendero que ha sido invadido por la vegetación arbustiva que coloniza casi la totalidad del firme. El portón atrae su prudente pero decidido caminar. Erika toma la iniciativa y pone la mano sobre el herraje que hace las funciones de picaporte.

—Lo que tenga que ser será —dice Sancho por decir.

Las bisagras protestan de forma lastimosa, como si la entrada de luz natural no fuera de su agrado. Huele a enfermedad bucal con matices de leña húmeda quemada. Las paredes y el techo presentan algunos desperfectos, hijos de la dejadez, pero así y todo se percibe el noble linaje con el que nacieron los materiales. Caminan por el pasillo dejando atrás una cocina con muebles antiguos que apenas se ha ganado unos segundos de atención. Hace más frío que en el exterior, pero ese no es el motivo por el que a Sancho se le han agarrotado los músculos del cuello.

Erika también lo ha visto.

Al fondo, en lo que parece ser la estancia principal de esa planta, se distinguen varios objetos tirados por el suelo y, entre ellos, una mano inmóvil y parte del antebrazo. Esta vez es Sancho el que reacciona primero. Avanza hasta detenerse bajo el quicio de la puerta. Sus miradas convergen hacia el mismo punto.

La cara de Michelson.

Han llegado tarde.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Tan ansioso como acobardado. Así se define el estado anímico del dantista y por ello no le ha importado en absoluto esperar a que Telmo termine sus quehaceres de la jornada. Es más, preferiría esperar un millón de jornadas, pero sabe que el transcurrir del tiempo no licúa los miedos.

Sus miedos.

En el decimotercer piso no queda nadie y falta muy poco para que las escasas personas que han acudido a sus oficinas durante esa jornada sabatina lo abandonen. Alcides Edgardo Bujalesky ha pasado las últimas horas sacando brillo a las mismas baldosas, las que están al pie de los primeros tres peldaños que, como narra Dante en *La Divina Comedia,* separan el purgatorio del paraíso. Ahí mismo arranca la conquista de los cielos a través de una escalera de caracol que se va angostando hasta el mirador del piso vigesimoprimero: la antesala del paraíso.

Otra vez veintiuno.

Allí nace el último tramo que lleva al faro, cuyo paralelismo en la obra del poeta es el Empíreo, donde habitan los ángeles y las almas puras que se han ganado su sitio al lado de Dios.

Veintiún escalones que desembocan en el faro.

Veintiuno otra vez.

Veintiún peldaños pintados de un amarillo peligro que convierten la sencilla tarea en una labor imposible para el dantista. En el pasado lo ha intentado dos veces, pero nunca ha sido capaz de poner un pie sobre esa superficie del color del que se pintan sus pesadillas. Nada funciona. Ni siquiera con los ojos cerrados le ha dado resultado, porque el monstruo que vive en su cabeza ve a través de sus párpados. Y actúa. Primero se acelera la frecuencia cardíaca al máximo de revoluciones, luego le hace sudar ríos de angustia mientras le va robando el aire de los pulmones. Todo desemboca en un bloqueo del sistema nervioso que no llega a ser absoluto, porque sí le permite temblar. Tiembla de miedo porque no tiene duda de que el monstruo viene a por él. Sufre como si asistiera a su propio asesinato desde una posición en la que nada puede hacer por evitarlo. La primera vez que apareció no había cumplido los ocho. Desde entonces, el monstruo vive ahí dentro, en su rincón oscuro, aguardando el momento. La secuencia se repite: primero escucha su torpe caminar, luego su respiración entrecortada y dificultosa, pero no es hasta que puede sentir su olor agridulce que se produce el colapso.

El amarillo es la señal que le hace volver a la vida para arrebatarle la suya.

—¡Llegó la hora! —escucha decir enérgicamente a Telmo a su espalda.

—¡La concha de tu madre! —exclama este girándose sobresaltado.

—Dale, Buja, aflojá un cachito, che. Estás recontratenso…

—Te deslizás sigiloso como una serpiente.

—Bajá un cambio, che, que te van a estallar las gomas.

—Lo estoy intentando desde que vine y… ¿me notás más tranquilo? ¿Eh? ¡¿Se nota o no se nota?!

—Ya te dije que si te tengo que llevar a cococho, te llevo. Pero esta

noche vas a subir al faro, Buja.

—Sí, como aquella vez que se te ocurrió taparlo con…, ¿qué carajo era eso, papá?

—Una moqueta que encontré en el segundo subsuelo.

—Esa garcha.

—Estuvo cerca de funcionar.

—Dos escalones, Telmo, funcionó dos escalones. ¿Qué va a cambiar hoy?

—La necesidad. Las veces anteriores te movía solo la curiosidad. No tenías nada. Ahora tenés la llave.

—La tengo, sí.

—¡Pues dale! De momento vamos hasta el mirador —le dice ofreciéndole el brazo que no utiliza para apoyarse en el bastón.

Bujalesky inspira profundamente y se acomoda a Dulcinea a la espalda. Los peldaños prohibidos están en el último tramo, pero al tomar contacto con el primero ya nota que le tiemblan las piernas.

—Hace un rato me acordé de algo que nos puede ayudar —rememora Telmo, que va un par de escalones por delante—. Cuando tuve mi primera final nacional con catorce años, el entrenador me enseñó un truco para espantar mis temores.

—¿Qué temores?

—El miedo a fracasar. Todos decían que yo era el mejor, que era capaz de anticiparme a los ataques de mi rival antes incluso de que se fabricaran en su cabeza y que nunca erraba en la toma de decisiones. Toda esa presión me pesaba toneladas, me volvía más lento y predecible, pero cuando me bajaba la careta y escuchaba mi propio latido, todo eso desaparecía. Dentro del traje solamente existíamos yo y mi latido, mi latido y yo. Tratá de sentirlo, Buja. Concentrate.

—Si dejás de hablar, capaz que surja la oportunidad, forro.

Telmo sonríe al divisar los primeros peldaños amarillos. Se detiene.

—Dale, Buji, ya los tenemos acá. Solo estáis vos y tu latido. Cerrá los ojos. Escuchalo. Sentilo. Solo vos y tu latido.

Pero lo que escucha Bujalesky es su torpe caminar y ya siente en la nuca su trabajosa respiración.

El monstruo se ha despertado.

Y está furioso.

Residencia de Robert J. Michelson
A 34 km de El Calafate (Argentina)

El pelirrojo se ha encargado de hacer una reconstrucción de los hechos. Tantos años junto a Patricio Matesanz, experto en la materia, le han servido para acertar de pleno: a Michelson lo han encontrado

plenamente ebrio. Bien podría decirse que las dos botellas vacías de Tanqueray que aún siguen visibles sobre la mesa le han ayudado a sujetar una base firme sobre la cual cimentar la teoría analítica deductiva. Erika se ha encargado de liberarle de las garras de la inconsciencia a base de agua fría y repetitivos tortazos de variable intensidad. Entretanto, Sancho ha registrado la vivienda y, por el estado de desorden generalizado que presenta, deduce, de nuevo acertadamente, que alguien se le ha adelantado. En la planta de arriba hay dos habitaciones con baño y un despacho. Este último ha sido donde más énfasis han puesto en el registro, por ello le resulta muy extraño haber hallado papeles varios sobre el escritorio, documentos que, sin haber tenido la oportunidad de examinar, le parecen importantes. Ahora están en su poder junto a una antigua Tokarev de 9 milímetros que ha encontrado dentro de un cajón. Es un modelo fabricado en los años treinta, pero parece encontrarse en buen estado y tiene ocho cartuchos en el cargador. Desde luego, no es el arma que él elegiría entre mil, pero es mil veces mejor que nada.

El olor a café recién hecho ha puesto fin a la batida.

—Me apunto —dice el pelirrojo cuando regresa al salón.

Arroja dos troncos más a la chimenea y se sienta en un sofá que aparenta ser cómodo. Efectivamente, es solo apariencia. Dado que la invitación de Michelson está dirigida a Erika, ambos han convenido que sea ella quien lleve el peso de la conversación.

Hay cadáveres que sin haber pasado por manos del taxidermista presentan mucho mejor aspecto que Robert J. Michelson.

Ella le sirve una taza de café, lía y prende un cigarro sin pedir permiso. El humo del tabaco dibuja formas sinuosas que se confunden con los interrogantes que ya flotan en el ambiente.

—Es la primera ocasión que se reciben invitados en esta casa —dice el anfitrión luego de aclararse la garganta—. Casi había perdido la esperanza de que vinieras.

—Ya veo. Y has avivado la llama a base de ginebra, lo entiendo —agrega Erika con delicada ironía.

—No hay muchas más cosas que hacer por aquí. Pensé que te vería acompañada por Ólafur, no por Sancho. Entiéndeme bien —se gira ahora hacia el pelirrojo—, no es que me incomode tu presencia, sino que…

La ira que emana de los ojos del español le hace llegar a una deducción.

—Oh, maldita sea. Lo lamento… Lo lamento de veras. Tenéis que creerme, yo apreciaba a Ólafur —asegura.

—Pues no era recíproco, tienes que creerme —contraataca Sancho, dolido.

—Poco importa eso ya —tercia y zanja Erika, por ese orden—. No

hemos venido hasta aquí para compartir contigo nuestro dolor. Hemos venido a escucharte. Y lo primero que queremos oír es la explicación sobre tu papel dentro de la Congregación.

—Si habéis venido, es porque ya tenéis esa respuesta, pero, si os quedáis más tranquilos escuchándolo…, ahí va: quería destruirla, igual que vosotros, pero pretendía hacerlo desde dentro.

Ni Erika ni Sancho pasan por alto el uso del pretérito, pero, no obstante, ninguno interviene.

—Puedo demostrarlo si de verdad lo necesitáis, en mi despacho guardo unos documentos que…

Sancho le interrumpe agitando la carpeta en la que ha guardado los papeles que menciona. Sin embargo, al custodio le llama más la atención la pistola que sostiene en la mano.

—Esa pistola perteneció a mi padre.

—La cuidaré como si fuera mía, tienes mi palabra.

Michelson sonríe con amargura.

—Ya veo que te has dado prisa en hacer tu trabajo, inspector.

—Otros se han dado más prisa aún.

—Otros no, fui yo. Necesitaba encontrar algo… Algo que lo cambia todo.

—¿El qué? —pregunta Erika.

—Eso.

Michelson tuerce la mirada hacia uno de los libros que hay tirados por el suelo.

—Ese.

Sancho se incorpora para recogerlo. Lo examina y se frota la barba.

—Un viejo cuaderno —revela.

—Un diario que se abría con esa llave —señala moviendo las cejas — y que utilizó mi bisabuelo primero y mi padre después. Bueno, no sé si podría calificarse como tal, porque, en realidad, solo hay anotaciones relacionadas con el mapa, la estatua y El Cartapacio. Mira en qué fecha arranca.

—«Quince de marzo de 1923» —lee Erika.

—Fecha en la que mi bisabuelo tiene el primer encuentro con Mario Palanti, antes incluso de que se inaugure el Barolo. Aquí está todo lo que tenéis que saber del proceso desde los ojos de mi familia. La última anotación de mi padre es de la semana previa a su muerte, lo he comprobado. Curiosamente, él empezó a usarlo años después de ser nombrado custodio. Su primer apunte es también de marzo, pero del 2005, fecha en la que se reúne por segunda vez con Bujalesky. Aquí. —Señala con el dedo.

—De puta madre. Fantástico todo. Un recuerdo precioso —califica Sancho mientras lo olfatea—. Huele a humo que tira para atrás.

—Mi padre sabía ocultar lo que no quería que nadie encontrara.

Estaba allí —dice señalando la chimenea—. Un compartimento bien aislado dentro del tiro.

—Por eso tenías las manos y la cara con restos de hollín —completa el pelirrojo.

—Cuando di con él, lo último que me preocupaba era limpiarme. Me senté donde estoy ahora, me serví una copa y no me levanté hasta que terminé. No recuerdo cuándo perdí la consciencia.

—A la segunda copa seguro que no —dice Sancho, cáustico.

—Seguramente.

—¿Qué revelaciones contiene el diario? —quiere saber ella.

—Vamos por partes, por favor. Antes de proseguir quiero dejar claro que no tuve conocimiento de vuestras intenciones contra la Congregación hasta que descubrí que Sancho se había infiltrado en el ramal nigeriano que manejaba Ike Bakare. En el poco tiempo que llevaba dentro de la organización había realizado avances muy importantes, sumando apoyos para mi causa entre los miembros de la Asamblea…, pero no, teníais que irrumpir a lo grande en el acto de purificación pretendiendo matar todos los pájaros de un tiro. Muy propio de vuestra forma de actuar: impulsiva, cortoplacista, tan ambiciosa como inútil. Puedes creerme o no, pero yo le ordené que te detuviera y te trajera hasta mí. Tenía pensado hacerte partícipe de mi juego, en realidad no tenía otra opción, pero Bakare antepuso su deseo de venganza.

Sancho se remueve inquieto en la silla.

—En cuanto a ti, Erika. En ningún momento supe que tú también estabas participando en esa absurda persecución junto con Ólafur y menos aún que te hubieran reservado un papel protagonista en el acto de purificación. Me alegré de que todo saliera bien y, hasta cierto punto, he de admitir que vuestra alocada intervención funcionó como desencadenante a mi favor. Me sirvió para seguir ganando apoyos en la Asamblea y estuve muy cerca, mucho, de lograr mi propósito.

—Ya. Pero que Miguel se cargara a Corteza de Roble no estaba entre tus previsiones —apunta Erika.

—No, no lo estaba. Mi plan contemplaba vestirme con la túnica de Dante y cuando tuviera acceso a El Cartapacio tan solo tendría que acudir a mis excompañeros de la Interpol para demostrarles que la Congregación de los Hombres Puros existe y está conformada por nombres reales. Sin pruebas, no hay manera posible de iniciar una investigación con garantías. Y esto lo digo con total conocimiento de causa. Conozco perfectamente cómo funciona el negocio —asevera.

—Sin embargo, su excelentísima, experto en el funcionamiento de la Interpol, sí sabía en qué consistía un acto de purificación, ¿no es así? —apunta el pelirrojo agriando el tono.

Michelson interrumpe la respiración.

—Respóndeme, hijo de puta —insiste poniéndose en pie—. ¿Sabías o no sabías lo que les hacían a esas niñas…? ¿Cómo las llamáis? Doncellas. ¡¿Lo sabías o no?! —persevera avanzando hacia él con el arma en la mano. La vena que le baja por la sien izquierda como un afluente de sinuosos meandros parece que está a punto de desbordarse.

—Sí, lo sabía —reconoce en voz queda.

—Y te importó una mierda, porque lo único que querías era cumplir con la hoja de ruta que te habías marcado. ¡Eres basura! He tenido que masticar las ganas de borrarte esa puta expresión de *gentleman* mientras te escuchaba recriminar nuestra impulsiva y cortoplacista forma de actuar.

Sancho aprieta el cañón de la Tokarev TT-30 contra su frente. Erika no interviene. Sabe que es inútil.

—Nuestro principal objetivo aquella noche era impedir que esos malnacidos asesinaran a una niña inocente y si en la misma melé abierta podíamos recuperar el balón, mejor que mejor. ¡¿Entiendes?! Tú, sin embargo, ni siquiera estabas en el campo. Para qué arriesgarse, ¿verdad? Que igual te lesionas y te pierdes la gran final. ¡Qué asco me das, hijo de puta! ¡Qué asco!

Con cada sílaba y usando el cañón de la pistola, Sancho empuja más y más la cabeza de Michelson contra el sofá a la vez que le grita al oído. Este no opone resistencia. Erika sigue sin moverse.

—Me importa tres cojones que tú no ordenaras que me cortaran la cabeza y que no estuvieras al corriente de que la vida de Erika corría peligro, me sigues pareciendo un jodido cobarde en busca de redención, una puta mierda de persona que ansía encontrar su propio perdón. ¡Una puta mierda! —simplifica recurrente—. Mira, cabrón, no pongo en duda que tu intención fuera, como dices, destruir la organización desde dentro, pero ahora nos vas a contar por qué.

—No entiendo —balbucea Michelson.

—Claro que entiendes, pero te lo preguntaré de otra forma y no trates de joderme porque te dejo seco con la puta reliquia de papá. ¡¿Estamos?! Piensa bien la respuesta. ¿Qué es lo que realmente te movió a meterte en esta mierda?

Michelson tiene la boca seca y el cajón de las respuestas fáciles vacío.

—Quería ser yo quien acabara con ellos. Debía ser yo y solo yo —reconoce.

—¡Claro que sí! Siempre lo fuiste. La estrella más brillante de la ISUF, pero una estrella a punto de apagarse. Tu inmaculado culo corría el riesgo de mancharse con la inmundicia de tu familia y eso te dio demasiado miedo, ¿verdad? Así que pensaste en resolverlo por tu cuenta aprovechando que tu querido padre te había dejado la puerta

abierta. ¡El jodido llanero solitario Michelson cabalga de nuevo! Te viste copando los titulares. Tenías que ser el único presentador de tu propio programa de televisión, ¿verdad? El delantero centro del equipo, el que mete los goles. ¡Qué hijo de puta, por favor!, pero ¡qué grandísimo hijo de puta! —grita Sancho elevando los brazos al cielo.

—¿Ya? —pregunta Erika.

Sancho se gira hacia ella y se encuentra con esos ojos azules casi grises pidiéndole que pare.

—Sí, creo que sí —responde él.

Ella se masajea los muslos antes de liberar el aire que tiene prisionero en los pulmones.

—Empecemos de nuevo.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Nota la presión en el brazo. Telmo está tirando de él.

—Dale, Buji, solo vos y tu latido —le susurra vivamente.

Pero sus constantes vitales ya están fuera de control. Suda. Cree que ha subido cuatro escalones. O cinco.

Uno más.

Sus dos únicas acciones se limitan a apretar con fuerza los párpados y a mover las piernas. Respira como un pez fuera del agua.

Otro más.

—Ya casi estamos. Te la vas a bancar, Buja. Hoy te la bancás.

Otro.

Empieza a percibirlo. El olor. Es casi imperceptible, pero no hay duda. Es su olor. Dulce y acre. Picante y a la vez melifluo. Va ganando en intensidad, lo cual no puede significar más que una cosa: el monstruo se está acercando.

—Dale, Buji, ahora no podés rendirte. ¡Dale! ¡Vos solo seguime!

Ya puede verlo. Su tez ambarina, arrugada y cerosa. Sus diminutos dientes marrones, sus encías enrojecidas y brillantes. Sus manos huesudas y frías sobre el cuello. La presión sobre la tráquea que le impide respirar.

—¡Dale, Buji!, ¡dale!

Oye, pero no escucha. Otras palabras le ocupan.

«Puedo verlo dentro de ti, niño. Puedo verlo bien erguido sobre su gran caballo negro comandando sus veinte legiones de diablos. Alojás dentro a Cimejes. Y si puedo verlo, puedo sacarlo».

Siente la presión en el pecho.

Llega la parálisis.

Residencia de Robert J. Michelson
A 34 km de El Calafate (Argentina)

Erika le ha concedido unos minutos de tregua después del arrebato de Sancho. El pelirrojo parece más calmado y se ha sentado de nuevo componiendo una mueca agria. Ahora bien, el arma no lo suelta. A Michelson le acaba de servir otro café, que, como el anterior, ha desaparecido de dos sorbos.

Ahora el inglés se quita las gafas, inclina la cabeza y se frota los ojos muy suavemente con las palmas. Nota como si el interior de los párpados estuviera tapizado por papel de lija. Luego junta las manos en posición orante y apoya los labios sobre ellas.

—He de reconocer que mi intención cuando te escribí la carta era la de tratar de unir fuerzas, dado que ya no existe la posibilidad de continuar por la vía interna. Sin embargo, como digo, las circunstancias han cambiado. Vamos a hacer un poco de memoria —les invitó—. Recordaréis que el fallecimiento de mi padre aconteció casi de forma simultánea al desenlace del caso de Augusto Ledesma, en el que todos nos vimos envueltos. Pocas semanas más tarde se personó en mi domicilio un hombre que decía representar a la firma Baker & McKenzie. Yo ya había hablado con Christine sobre mi retiro, nuestro retiro —rectificó—, pero aquello hacía trizas cualquier proyecto. Era un texto manuscrito que venía acompañado de otros documentos que, intuyo, también están en esa carpeta, inspector.

Erika lía otro cigarro.

—Está fechado en junio del 2007, luego os explico por qué remarco la fecha. En esas líneas, mi padre me argumenta con todo lujo de detalles la membresía de nuestra familia en la Congregación de los Hombres Puros al tiempo que expone su visión particular sobre el funcionamiento del mundo en el que vivimos. Enriquecedor —adereza con sorna—. En él me habla de las revelaciones de mi bisabuelo Matthew sobre El Cartapacio, el mapa y las llaves, y también menciona a Alcides Edgardo Bujalesky como la persona que le está ayudando a descifrarlo.

Erika parece que quiere decir algo, pero suelta el humo y sigue taladrándole con la mirada.

—Matthew J. Michelson, a quien tenía por un héroe de guerra, en algún momento que desconozco entró a formar parte de la hermandad, primero como centinela y después como guardián. Hasta donde sé, estuvo destinado en Londres, Nueva York y Buenos Aires, siempre vinculado al tráfico de armas como actividad principal dentro de la organización; sin embargo, fue otra… tarea —define— la que realmente le mantuvo ocupado: la supervisión de un proyecto del que,

estoy seguro, Bujalesky ya os habrá informado.

—El proyecto de Minos —completa Erika.

Michelson asiente.

—¿Cuál era la misión de su bisabuelo? —pregunta ella.

—Concretamente no tengo forma de saberlo, porque la única información que poseo al respecto es la que me trasladó mi padre. Sé que durante su estancia en Buenos Aires su custodio le encomendó dirigir la construcción de las Columnas de Hércules del Río de la Plata, el Palacio Barolo y el Salvo, y que, por mediación de Mario Palanti, el arquitecto que diseñó ambos edificios, se hizo con una copia del mapa que llevaba a El Cartapacio de Minos.

—A El Cartapacio de Mitre —corrige Erika.

Michelson compone una mueca de asombro.

—Exacto. Por tanto, doy por hecho que Bujalesky ya os ha hablado de la historia que rodea a la famosa escultura.

—Así es.

—Bien. Mi bisabuelo estuvo siguiendo el rastro a la *Ascensión* hasta que finalmente logró hacerse con lo que contenía, que era lo que le interesaba. Dedicó los últimos años de su vida a descifrar el mapa, pero, viendo que no iba a tener margen suficiente y dado que su hijo había muerto en la batalla del Somme, le traspasó a su nieto, mi padre, su objetivo.

—Y la túnica de Cepheus —agrega Erika.

—La continuidad por derecho de sangre está recogida en el *Novem Regulas,* es algo muy habitual tanto en la Congregación como en otras sociedades. Durante los primeros años no parece que el asunto fuera del interés de mi padre, pero, según cuenta en el diario, siendo ya custodio y por tanto parte de la Asamblea, empezó a tener dudas sobre el liderazgo de Corteza de Roble, más centrado en recuperar la esencia masónica propia de siglos pasados que en adaptarse a los nuevos tiempos. O dicho de otra forma: mi padre veía peligrar el futuro de los negocios y decidió emprender el asalto al puesto de Gran Maestre, única vía para acometer sus reformas. Para ello eligió tomar el camino más corto: encontrar El Cartapacio aprovechando la información que tenía de su abuelo. Fue entonces cuando buscó a un experto y, a través de Ramírez, con el que compartía negocio, encontró a Bujalesky.

Erika y Sancho cruzan miradas reprobatorias que responden a la implicación en el asunto del excomisario de Misiones.

—Trabajaron codo con codo en el descifrado del mapa durante varios años, hasta que llegaron a un callejón sin salida. Y el resto de la historia ya la conocéis: algo sucedió entre ellos, Bujalesky publicó aquel artículo en el que hablaba de la Congregación de los Hombres Puros y Corteza de Roble decidió poner fin al problema por mediación del mayor de los arcángeles. Punto final.

—Punto y seguido, más bien, porque en ese momento apareces tú en el cuento para retomar la labor de tu familia —agrega Erika en tono acusador.

—En realidad no. O sí, pero no por expreso deseo de mi padre ni con los mismos propósitos. Las fechas lo demuestran. La carta formaba parte del testamento de mi padre, en el que me dejaba la fortuna que amasó en vida y la miseria que heredó en el pasado. Recuerdo que estuve tres días encerrado en mi despacho revisándolo concienzudamente, leyendo una y otra vez cada documento, cada página del informe, cada frase, cada… No me podía creer que todo aquello hubiera sucedido sin que yo me percatara de nada. Yo, que he dedicado mi vida a perseguir fugitivos por el maldito mundo, delincuentes, asesinos, mafiosos… ¡Criminales como mi padre!

Michelson tiene que parar para beber agua. Cuando se sirve de la jarra, Erika y Sancho advierten que le tiembla el pulso notablemente. No parece que esté sobreactuando.

—En definitiva, me estaba pidiendo que rematara la labor que había empezado su abuelo. Lo tenía todo bien organizado y contaba con el beneplácito de la Asamblea y de Corteza de Roble. Su túnica de custodio sería mía solo con demostrar que conocía y admitía las nueve reglas. Sencillo. Así me convertí en Flegias, llamado a alcanzar la cúspide para dirigir la hermandad como la habría guiado él. Todo esto me lo escribía mi padre, como he dicho previamente, en el 2007, lo tienes ahí dentro —le dice a Sancho, refiriéndose a la carpeta que sostiene—. No obstante, y esta parte es crítica, él ordenó que la carta me fuera enviada solo tras su muerte, hecho que sucedió en el 2011, aunque, como tú misma pudiste comprobar en Londres, él ya estaba muerto mucho antes de que su corazón dejara de latir.

—El alzhéimer —dijo Erika.

—Le detectaron la enfermedad en junio del 2009, dos años después de que me escribiera la carta, sí, pero, de cualquier manera, es previo al fracaso de Bujalesky en la búsqueda de El Cartapacio. Porque te habrá contado que no lo consiguió, ¿verdad?

—Sí, me lo dijo.

—Bien. Mi padre nunca quiso tratarse, por lo que el proceso degenerativo avanzó con rapidez. Ahora comprendo por qué decidió entregarse así a la muerte… —comenta para sí.

Erika frunce el ceño.

—Ya estoy terminando. El artículo que escribe Bujalesky hablando de la Congregación se publica en agosto del 2009 y, en septiembre, Corteza de Roble encarga a Miguel que acabe con él. La pregunta es: ¿por qué se produce la ruptura entre ellos?

Erika duda unos segundos antes de contestar.

—Porque descubre lo que se esconde tras el maquillaje masónico.

—¿Eso te ha contado?

Una sonrisa crece en sus labios.

—No, querida. El desencuentro se produce cuando Bujalesky le revela a mi padre toda la verdad.

—Ilumínanos —interviene Sancho.

Michelson clava la mirada en el techo e inspira lentamente.

—Que El Cartapacio no existe; que, de hecho…, jamás existió.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Tiene la espalda apoyada en una superficie lisa y dura. Todavía está temblando, pero no se debe al frío que le traspasa la camisa empapada en sudor. Su mirada deambula por el techo tratando de encontrar algún objeto donde poder detenerse y enfocar. Sigue con los puños apretados.

—Ya está, Buji, ya pasó —le dice Telmo retirando el pelo que le tapa la cara—. Respirá tranquilo, amigo, respirá.

Eso intenta. En algún momento se ha desvanecido. Lo último que recuerda es la sensación de asfixia, con los pulmones a punto de estallar. Un dolor leve pero constante se ha instalado más allá de los globos oculares.

—Agua —pide.

—Dale.

Cuando Telmo regresa con un vaso de plástico la tez de su rostro ha recobrado una tonalidad y ahora es blanco roto. Bujalesky ha conseguido ubicarse en el mirador, por lo que su semblante refleja la derrota.

—Bebé.

—¿Hasta dónde? —quiere saber el dantista.

—Seis.

—Esta vez estuve cerca…

Telmo posa una mano sobre el hombro de su amigo.

—No, Buja, no. Seis son los que subiste.

Residencia de Robert J. Michelson
A 34 km de El Calafate (Argentina)

Erika y Sancho todavía sostienen expresiones herméticas que denotan recelo ante la inesperada sorpresa contenida en la última revelación de Michelson.

—Es evidente que nuestro experto ha continuado contigo la misma

partida que dejó a medias con mi padre.

—Explícate —le exige Erika, hermética.

—¿Conoces la historia que rodea a los restos de Dante?

—El supuesto robo pergeñado por Mitre en 1865 con la sospechosa connivencia de Garibaldi y otros destacados masones italianos de la época que le ayudaron a extraer los restos, o parte de ellos, de su tumba de Rávena. Restos que se supone que trajeron a Argentina en el interior de la *Ascensión* de Mario Palanti.

—Más o menos; no obstante, si quieres conocer toda la verdad, la tienes escrita en el diario de mi padre tal y como se la contó su abuelo, que la vivió en primera persona. Dejando al margen la manera, lo cierto es que la Congregación se hizo con restos del poeta. El cianotipo firmado por Saturnino Malagola lo certifica. ¿Has oído hablar de la Fede Santa?

—La hermandad de la que Dante era el Gran Maestre y de la que se originó la Gran Logia de los Puros —contesta Erika mecánicamente.

Sancho se limita a escuchar.

—Exacto. Algunos de sus miembros, junto con otros pertenecientes a hermandades templarias, conformaron el núcleo de lo que sería años después la Gran Logia de los Puros, germen de la actual Congregación, pero eso no quiere decir que desapareciera. La Fede Santa sobrevivió. Ellos sostienen que el legado de su Gran Maestre se prostituyó en manos de la Gran Logia de los Puros y su misión ha sido y es —enfatiza— encontrar y devolver los restos de Dante al lugar que le corresponde.

Michelson hace una pausa y se arrellana en el sofá.

—¿Todavía no os dais cuenta?

Michelson escenifica un paréntesis que, por breve, no resulta menos enojoso.

—Alcides Edgardo Bujalesky es el actual Venerable Maestre de la Fede Santa.

Sancho no termina de entender qué implicaciones tiene lo que está oyendo, por lo que mantiene una actitud de escucha pasiva. Ahora bien, lo que lee en el rostro de Erika no le gusta. No le gusta nada.

—Dando por hecho que sea cierto que a Bujalesky le interese por encima de todo encontrar las cenizas de Dante —dice ella usando una entonación neutra—, eso no implica necesariamente que El Cartapacio no exista.

—No, eso no, pero si quieres pruebas, las tengo. Inspector, cuando examinaste el despacho de la planta superior, ¿encontraste los restos de un retrato esparcidos por el suelo?

Sancho lo confirma con un sonido gutural.

—La lámina está intacta, pero me vi en la obligación de dañar el marco. En el interior de uno de los listones encontré un documento

que, casi con total seguridad, ahora se halla en el interior de esa carpeta. Inspector, ¿me permites solo un instante? Es importante, créeme.

Sancho lo consulta con Erika sin necesidad de articular palabra.

—Gracias.

Lo encuentra casi de inmediato.

—No lo he comprobado, pero estoy seguro de que es el original. Bujalesky lo conoce bien, podrá corroborar que es verdadero.

—¡Déjate de hostias y formalidades! ¿Qué coño dice ese puto papel? —estalla el pelirrojo.

—Es una carta de Bartolomé Mitre a su mano derecha, el hombre inmortalizado en el retrato, el general Las Heras, fechada en 1865. Antes de proseguir, ¿Bujalesky te ha hablado de la figura de Damocles, al que denominan el vigilante?

—El encargado de proteger El Cartapacio y de formar a los arcángeles.

—Sí y no. O mejor dicho: no y sí. Sí, es el encargado de crear el ejército de arcángeles para defender la hermandad tanto de sus enemigos externos como de las amenazas que llegan desde dentro. Y eso incluye al Gran Maestre —añade—. Y no, no vigila ni protege El Cartapacio. Vigila que se cumpla el *Novem Regulas,* considerado el pilar sobre el que se asienta el Templo de la logia, y protege el tesoro más importante de la Congregación: los restos robados de Dante. Siento decepcionaros, pero El Cartapacio, tal y como se explica en esta carta escrita por Mitre y dirigida al general Las Heras, que fue el primer Damocles, solo era una cortina de humo. Una distracción.

Erika pestañea al tiempo que enlaza esas palabras con la teoría de la prestidigitación que con tanta vehemencia le había expuesto Bujalesky.

—Como digo, encontrarás una explicación más extensa en el diario, pero si quieres un resumen de lo que sucedió, es este: Mitre consigue que la Asamblea apruebe un método coercitivo de cara a mantener la unidad de la cúpula de la logia, procedimiento que consiste en llevar un registro de los nombres reales de los guardianes, los custodios y del mismísimo Gran Maestre. Todos están de acuerdo, porque entienden que su influencia política y económica en continuo crecimiento está supeditada al secretismo de la organización. Ninguno quiere perder el poder que están empezando a paladear y que se está haciendo tangible en sus bolsillos. Sin embargo, Bartolomé Mitre no está dispuesto a que su nombre, ni ningún otro, pase a la posteridad relacionado con un grupo que se mueve al margen de los cánones establecidos, por decirlo de alguna forma. Sabemos que Mitre estaba muy influido por el universo de Dante, por lo que aprovecha esa enorme cortina que es El Cartapacio para esconder lo que realmente le interesa ocultar. Pero

para llevarlo a cabo necesita un aliado que le ayude a completar el engaño. Una figura que no participe a nivel ejecutivo en las decisiones de la Asamblea, pero que vigile el cumplimiento del *Novem Regulas* y proteja con su vida los restos de Dante: Damocles. De cara a los custodios, se encarga de mantener a salvo El Cartapacio, un archivo que se alimenta con las actas asamblearias y los títulos de membresía que firman los guardianes, custodios y Grandes Maestres.

Michelson hace una pausa para ponerse las gafas y buscar una parte del texto.

—Mitre elige a su amigo de armas, el general Las Heras, a pesar de su avanzada edad, por el peso que conserva dentro de la élite militar del país y por su estrecha vinculación con la esgrima, cuestión esta muy estética pero a la vez muy necesaria dentro de la imaginería masónica. Aquí —señala sobre el documento— ordena a Damocles que convierta en cenizas los documentos conforme lleguen a su poder, que se deshaga de ellos y proteja las cenizas que en realidad tienen valor: las de Dante. Esta otra parte es del todo esclarecedora —subraya con aire evocador—. Leo literalmente: «El Cartapacio solo existirá en las pesadillas de nuestros hermanos y en los sueños de nuestros enemigos, mas su efecto será tan despiadado como la espada que amenazaba a Damocles. Y vos, mi estimado compañero, serás nuestro primer Damocles. Sobre tus hombros y los de tus sucesores recaerá la supervivencia de nuestra logia».

Robert J. Michelson esboza una mueca bucólica sobrecargada de melancolía.

—El general Las Heras murió poco más tarde, pero a la vista de los acontecimientos le dio tiempo a encauzar bien su labor. Sigo. Según deja constancia mi padre en el diario, Bujalesky, cuando se encuentra inmerso investigando sobre la figura de Damocles, descubre una serie de fotos del archivo de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, club al que han pertenecido todos los que han ocupado el cargo desde el general Las Heras, que fue el primero, hasta el último, eliminado de una forma u otra por Corteza de Roble. A través de una de esas fotografías llega hasta el retrato que encuentra colgado en el recibidor del edificio principal de la sede del club, se hace con él y descubre la carta que se esconde en el marco. Según podrás leer, cuando Bujalesky se entera de la enfermedad de mi padre, no sé si por piedad o por venganza, le regala a este el dichoso cuadro para demostrarle que El Cartapacio de Minos no ha sido más que un engaño y que el mapa solo lleva a los restos robados de Dante. Ese —enfatiza— y no otro fue el motivo de la ruptura. Además, aprovecha para revelarle su pertenencia a la Fede Santa y para decirle que va a proseguir por su cuenta con la búsqueda. Mi padre entra en cólera y, por lo que llego a interpretar en el diario, probablemente le amenaza. Bujalesky se

defiende con el artículo y ello provoca la definitiva intervención de Corteza de Roble en dos direcciones: una, ordenando la eliminación de la amenaza y dos, quitándose de en medio a Damocles, cuya figura deja de tener sentido sin El Cartapacio. El vigilante desaparece para siempre y es en el último apunte de mi padre, fechado el 17 de noviembre de 2009, donde reconoce con amargura su derrota y explica el truco de Mitre con la connivencia de Damocles. Después, decide trasladarse a su antigua casa de Londres para terminar sus días dejándose devorar por el olvido.

Erika, que ha manufacturado un cigarro durante la explicación de Michelson, lo prende, le da una calada y suelta el humo muy despacio.

—Una historia dramática —califica Sancho—. Con el diario, el resto de documentos y tu testimonio podemos probar que la Congregación de los Hombres Puros existe. Y eso es, precisamente, lo que vamos a hacer.

Michelson proyecta una sonrisa que se queda a medio camino para evitar una reacción negativa del pelirrojo.

—En el mejor de los casos, podríamos intentar probar que existió, porque los custodios, amigo mío, están siendo eliminados y sin El Cartapacio nunca sabremos las identidades de los guardianes. ¿Contra quién abrirá la Interpol la investigación?

—Puede que contra ti —responde Sancho.

—Es posible, pero eso no resuelve el problema.

El pelirrojo se aproxima a Michelson.

—Lo único que debería preocuparte en este momento es que los arcángeles no despejen la última incógnita que les queda por resolver —dijo regalándole un par de golpecitos en el hombro—: tú.

ODIAR ES MUY SANO SI SE ODIA BIEN

Lago Argentino
Provincia de Santa Cruz (Argentina)
Septiembre de 2013

El catamarán navega despacio sorteando los montículos de hielo que flotan a la deriva. La mejoría climática es notable con respecto al día anterior, lo que no saben es que por estos lares, tal y como les sucede a los enfermos terminales, una repentina mejoría no es más que un necrológico preludio.

De exequias va el asunto.

Los dos motores de trescientos caballos emiten un rugido contenido que ha sido el único sonido que se ha escuchado a bordo de la embarcación de recreo desde que han partido del muelle de Michelson, que ahora está sentado con ambas manos sobre el volante y la mirada fija en los obstáculos flotantes. Detrás, Sancho y Erika están apoyados sobre la barandilla, ensimismados en el paisaje austral.

—En esta época del año se producen menos desprendimientos, pero, como podéis comprobar, algunos son de un tamaño considerable —apunta Michelson levantando la voz—. Los que llegan hasta aquí son de la fachada sur del Perito Moreno. Mirad ese.

Ese al que se refiere tiene veinte veces el tamaño del barco, pero su superficie se ha ensuciado con los sedimentos que lo han acompañado desde que se desprendiera del glaciar. Erika está fascinada con otro algo más pequeño, de cuyo interior emana un azul discoteca muy intenso, como si tal atributo luminoso fuera una condecoración de pureza que los diferenciara del resto y quisiera hacer alarde de ello. No tiene buena cara. La piel de los párpados inferiores está notablemente oscurecida, dado que ha invertido muchas horas de sueño en revisar papeles y leer el diario. No le queda duda alguna de que la historia que les ha contado Michelson es cierta, por lo que solo le resta regresar a Buenos Aires y mantener una dilatada charla con Bujalesky. No está enfadada, pero sí decepcionada y durante la duermevela no ha cesado de preguntarse si habrá llegado el momento

de escribir *konets* («fin»).

Y, sin embargo, ahora lo único que ocupa su voluntad es despedirse de un amigo.

—Ahí lo tenéis —anuncia Michelson—. Si quitara el contacto, podríamos escuchar los distintos sonidos del glaciar. Es algo único.

Una pared blanca de sesenta metros de altura emerge imponente sobre la superficie del lago. Sancho se incorpora para tener una mejor perspectiva del espectáculo que les obsequia la naturaleza.

El pelirrojo se frota la barba y la nota más recia y fría de lo normal. No presenta mejor aspecto que Erika, porque, a pesar de que en su fuero interno no teme que se produzca ninguna jugada por parte del ahora patrón de la embarcación, no le ha quitado el ojo de encima mientras él dormitaba en el sofá. Está decidido a custodiar al custodio hasta la sede de la Interpol en Lyon, donde tiene previsto poner punto final a su participación en el caso, justo cuando entregue el bulto al inspector general Makila, con quien todavía no ha sido capaz de comunicarse por problemas de cobertura. Durante el prolongado estado de vigilia ha pensado mucho en Sara, tanto que no tiene ni la más remota idea de qué hacer cuando se reencuentre con ella. A decir verdad, lo único que tiene meridianamente claro y decidido es que le encantaría repetir la jornada sexual que pasó con ella.

Y, sin embargo, ahora lo único que ocupa su voluntad es despedirse de un amigo.

Robert J. Michelson tiene asumido el fracaso y ha accedido a dar la cara frente a las autoridades, al margen de que Sancho no le ha ofrecido más alternativas. Resulta paradójico, pero siente que se ha liberado de una carga que nunca fue capaz de transportar y, por primera vez en mucho tiempo, tiene la sensación de que su destino le pertenece.

Sin embargo, está equivocado.

Le pertenece a uno de sus pasajeros.

Villa 31
Buenos Aires (Argentina)

Sabe dónde vive, pero no va a ir a su casa a buscarlo. Lo conoce bien y, tras el descalabro del día anterior, Bujalesky habrá buscado consuelo en el que ha sido su refugio los últimos años. Ahora no puede permitirle que abandone. No, estando tan cerca de lograr su propósito.

Telmo encuentra algún reparo en adentrarse por aquellas callejuelas, ha estado en lugares bastante más peligrosos, pero sabe que su apariencia —un hombre de avanzada edad que necesita un

bastón para caminar— puede invitar a más de uno a pensar que es presa fácil para sacar algunos pesos y lo último que quiere este domingo soleado de primavera son problemas. Todavía no es mediodía, pero el local donde se reúnen tiene actividad perpetua a lo largo de todo el fin de semana. Fuera ya están quemando sacos de carbón para el asado y el ambiente festivo que reina en el lugar es un claro indicativo de que el presente es el tiempo verbal que mejor conjuga con la miseria.

Ya sabe que lo ha encontrado antes de entrar.

Soy como Diego, luzco su dorsal
solo porque termina en cero y
cero termina como empieza odiar.
Odio de local y visitante
y en mi escudo leen mis rivales:
«Odiar mucho no es odiar bastante».
Odian los nobles y los burgueses,
la mano de Dios, el gol del siglo,
así cagamos a los ingleses.
Odié hace mil años y odié recién.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Su público se cuenta con los dedos de una mano, pero el aforo no parece importarle estando, como está, entregado por completo a la canción. Está sentado en un silla de la que parece que se va a caer en el siguiente acorde. La causa de su vaivén está a sus pies: una botella de vino que, por muy optimista que se sea, se ve mucho más medio vacía que medio llena.

Odio tanto a esos entrenadores
que no supieron sacar partido
de mi odio hacia otros jugadores.
A Bilardo por causas naturales,
mi gloria me la afanó Caniggia,
lo narró Víctor Hugo Morales.
Pero no le guardo ningún rencor,
que nos sacó campeones del mundo
y todo ese odio se volvió amor.
Odiando me entrego al cien por cien.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Se arma de paciencia, sabe que el tema es largo y que no le conviene interrumpirle. Está cantando más fuerte de lo habitual y sus cuerdas vocales parecen estar dando sus últimos coletazos. Cuando

escucha la última estrofa, se aproxima componiendo un gesto que ya no tiene que ensayar con él.

Hasta acá llega mi cantinela,
las metáforas futboleras son
solo para que vos lo entendieras.
Porque si hay algo que odio de veras
es que yo te la ponga perfecta
y como un boludo la tires fuera.
Y sí, yo también odio el balompié.
Odiar es muy sano si se odia bien.
Odiar es muy sano si se odia bien.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Los aplausos se mezclan con los silbidos, pero Bujalesky no levanta la cabeza, levanta la botella. Un bastón le impide que complete el recorrido. Le cuesta enfocar.

—La puta que te reparió, Telmito. ¿Cómo carajo me encontraste? —pregunta vagaroso. Vocaliza mejor cantando que hablando.

—Preguntando por el Ruso.

—El Ruso, ese soy yo. Exacto. Acá estoy, de vuelta en casita, así que andá pegando la vuelta y volvete por donde viniste.

—Eso estaba pensando, pero vos vas a venir conmigo.

Bujalesky trata de reírse, pero emite un chillido que bien podría haber salido del morro de un delfín.

—Dale, Buji, no me hinchés las bolas. Vení conmigo…

—Cuando termine con mi repertorio y los bises.

—Para entonces estarás tan chupado que no vas a saber ni quién mierda sos.

—Capaz que así suba esas malditas escaleras —bromea con amargura.

A Telmo se le ilumina la cara.

Lago Argentino
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Han fondeado en el embarcadero que utilizan las excursiones programadas que parten a diario desde El Calafate vía Punta Bandera para realizar una caminata sobre las crestas de hielo del Perito Moreno. En cuanto termina la maniobra de amarre, Michelson otea el horizonte y aprieta los labios. Por el oeste avanza una masa oscura nada halagüeña.

—No me gusta —califica el inglés—. Tiene pinta de que se va a

poner muy feo y me llama poderosamente la atención que, siendo domingo, esto no esté ya plagado de turistas. Solo veo a los guías —indica.

Sancho le traslada la observación a Erika elevando sus pobladas cejas cobrizas.

—Preguntemos a los que saben —resuelve ella.

En efecto, los que saben les informan de que se está aproximando una ventisca y que Prefectura Naval Argentina ha prohibido la navegación por el lago a partir de las trece horas. Las agencias han cancelado las excursiones de la caminata por el glaciar.

—Tenemos más de una hora. Solo necesito veinte minutos —dice ella en un tono que no deja espacio a la objeción.

—Y unos crampones —añade Michelson—, porque por allí arriba no se puede avanzar un metro sin el calzado de púas. Ellos tienen. Mi idea era alquilárselos, pero se están marchando ya.

—Entonces se los compraremos —sentencia Erika.

—No sé si…

—¿Cuántos dólares llevas encima? —le pregunta Sancho.

Los que saben les han sacado seiscientos dólares por tres pares cuyo valor, cuando los compraron hace más de diez años, no alcanzaba los cien. Tienen la certeza de que les han timado porque han incluido un piolet de regalo en la transacción.

—¿Cómo coño se ajusta esto? —maldice Sancho. Erika se arrodilla para ayudarle.

—Tú te quedas —le dice ella a Michelson desde el suelo—. No creo que Ólafur te incluyera en su listado de invitados.

—Lo comprendo —asume este—. Aunque podías haberlo dicho antes, me habría ahorrado doscientos dólares.

—Todavía estás a tiempo de intentar que te devuelvan el dinero —interviene Sancho con sorna—. Ahora, dame las llaves del yate de papá.

El inglés chasquea la lengua antes de meterse la mano en el bolsillo del anorak.

—Y quédate donde pueda verte, ¿de acuerdo? Si me jodes la despedida del islandés, voy a bajar de muy mal humor y no te conviene, pensando en el largo viaje que tenemos por delante tú y yo.

Erika ya ha empezado a caminar en dirección a la rampa de hielo por la que se accede a la aterida epidermis del Perito Moreno. Sancho se esfuerza por acortar la distancia, pero le cuesta acostumbrarse a los acoples metálicos que se hunden en el firme cristalino. Hay algún tramo más escarpado, pero la ascensión no presenta mayor dificultad que la que conlleva mantener el equilibrio. Sobre el glaciar, el viento sopla con discontinua intensidad, propinando bofetones helados a los dos únicos expedicionarios, que ahora permanecen inmóviles. Sus

retinas tardan en compilar la extrema belleza que les rodea.

Síndrome de Stendhal congelado en el tiempo.

El paisaje, tan caprichoso y desafiante como apacible, ha sido moldeado durante siglos por la acción erosiva de los elementos, conformando las arrugas y cicatrices que embellecen el rostro de ese inabarcable ser vivo de hielo. Un ser que se manifiesta en chasquidos cortos y crujidos prolongados que invitan a ser escuchados.

—Erika, yo me quedaría aquí dos vidas, pero tenemos que movernos —dice Sancho inclinando la cabeza hacia su derecha, de donde proviene la amenaza atmosférica. A la bóveda celeste le falta muy poco para dejar de serlo, pero el sol todavía luce impoluto en lo alto.

Antes de reanudar la marcha, Sancho se vuelve hacia el muelle. Está más lejos de lo que había sospechado, pero identifica perfectamente la figura de Michelson a pocos metros del barco sosteniendo en su mano derecha el piolet que han olvidado incluir en su escalada. Él también los está mirando.

—Hay que joderse —murmura.

No tienen que adentrarse demasiado para descubrir las primeras grietas. Erika se arrodilla para comprobar la profundidad de una de ellas. El azul fluorescente se va oscureciendo en la medida en la que la vista desciende buscando un final que no se atisba.

—Este es el lugar —sentencia Erika acariciando la inmaculada y lisa piel del glaciar. Sancho no la ha oído, las ráfagas de aire hablan más alto que ella; sin embargo, sabe interpretar correctamente la situación y adopta la misma postura. Ella suspira al despojarse de la mochila en cuyo interior porta la urna cineraria. La extrae y la sostiene en su regazo con las dos manos.

Parece un termo común de acero inoxidable.

Michelson se muestra inquieto por la inminente llegada de la ventisca. Camina en círculos confiando en que no se demoren en exceso o van a tener un regreso muy accidentado. El viento ya agita las aguas del lago, que repentinamente se han tornado de un color castaño mate que le recuerda la tonalidad de las crines de Xellos.

Su visión periférica le advierte de un movimiento cercano.

Se gira y enfoca. Una silueta se superpone al perfil de la embarcación.

Una estatua de mármol.

Una estatua de mármol viviente.

Una estatua de mármol viviente que avanza hacia él.

Gabriel se ha tomado el tiempo que ha necesitado para sobreponerse a

la irritación que le han provocado el ruido de los motores y el fuerte olor a combustible que reinaba en aquel cuartucho en el que se ha escondido durante la travesía. Porque, en ocasiones, por muy bien que estén diseñados los planes, las circunstancias inesperadas obligan a readaptarlos.

Solo contaba con el nombre de la población que tenía que rastrear para dar con Michelson, aunque ese era el cometido de Teseus, su sabueso virtual. Le quitó la correa en la cafetería del edificio de la municipalidad de El Calafate para que pudiera corretear a través de los puertos de la red wifi a la que se conectaban los equipos informáticos de los funcionarios pertenecientes a la Subsecretaría de Planeamiento y Urbanismo. Una vez dentro, bastaba con especificar el olor correcto que Teseus debía seguir: la base de datos de consulta del catastro provincial. Obtener una clave de usuario no le llevó más de dos minutos, algo menos que realizar una copia del maestro. La consulta con el apellido del propietario obtuvo un único resultado: una finca adquirida en 1931 por Matthew J. Michelson a orillas del brazo Rico del lago Argentino, muy cerca de la frontera con Chile. Tras estudiar el área topográficamente, resolvió que la dificultad no iba a radicar en cómo llegar, sino en cómo salir. Aquel iba a ser su último trabajo antes de regresar a la paz que tanto ansiaba disfrutar. No había un mínimo margen para el error, por lo que eliminó la ansiedad de la ecuación. En El Calafate encontró todo el equipamiento que necesitaba para realizar los sesenta y cuatro kilómetros de ruta a pie hasta el punto de destino y los cuarenta y nueve que la separaban del refugio Vértice Dickson, ya en Chile, a través de los desfiladeros del macizo Paine. Una vez allí, sabría exprimir las condiciones del terreno para desaparecer.

Lo que no había previsto en absoluto era que la mujer del pelo rojo y el policía de barba cobriza se anticiparan a su llegada. Sabe perfectamente quiénes son y qué propósitos tienen. No los considera enemigos, pero sí obstáculos que dificultan su labor. No tiene que eliminarlos, a no ser que no encuentre la manera de esquivarlos. Por ello no ha intervenido en la casa de Michelson, ha aguardado a ver qué hacían y, en cuanto ha entendido que iban a hacer uso de la embarcación, se las ha arreglado para colarse dentro sin que se percataran de su presencia. Cuando ha salido del cuarto de motores los ha observado desde la diminuta ventana del único camarote y al perderlos de vista ha resuelto que ha llegado la hora de finiquitar la tarea.

Cuarenta y dos metros le separan de lograrlo.

Robert J. Michelson ha gastado un par de segundos en reaccionar y

otros tres en tomar una decisión, lo cual resulta a todas luces excesivo en tanto en cuanto su vida depende de ello. Aunque nunca la ha visto en persona, sabe que se trata de Gabriel, arcángel mayor de la Congregación. También intuye cuál es su propósito y conoce sus destrezas. Esto último le ayuda a no invertir ni una centésima en valorar si debe o no enfrentarse a ella.

Ahora bien, antes de dar la orden a su cerebro de correr y gritar para llamar la atención de Sancho y Erika, la distancia se ha recortado ocho metros.

El temblor que se ha apoderado de sus manos le ha dificultado enormemente abrir la urna. Sancho le ha pasado el brazo por el hombro y la sostiene contra su cuerpo con firmeza. Ella aprieta con fuerza los párpados. Quiere recuperar esa expresión que llenaba el rostro del islandés al regresar de sus largos paseos matutinos con Karatu, exhausto pero radiante, purgado, lleno de vida; necesita recordar el semblante adusto que adoptaba durante las profundas conversaciones sobre asuntos existenciales; sus contadas pero sonoras carcajadas, lo que sea que borre la última imagen que guarda de él: aterrado.

Sancho carraspea.

—Amigo mío, estés donde estés, seguro que te encuentras mejor que encerrado en un cuerpo con restricciones. Has colaborado a hacer de este mundo un lugar más habitable, así que espero que ahora lo estés celebrando como se merece. Nosotros estamos terminando de dar los últimos pespuntes en este asunto que nos ha traído hasta aquí, pero surgirán otros, bien lo sabes tú. Por tanto, compañero, en la medida en la que puedas, échanos una mano, joder, que nos va a hacer falta.

El pelirrojo hace una pausa.

—Te vamos a extrañar. Formas parte de nosotros. Te llevamos dentro. Disfruta de tu descanso, cabronazo.

Sus palabras han ayudado a Erika a reconstruir decenas de situaciones vividas con Ólafur que aparecen como fogonazos en su memoria. Llena los pulmones antes de inclinar lentamente la urna. En la medida en la que el polvo oscuro se va perdiendo en ese azul insondable, siente que una parte de ella se está vaciando y que ese hueco no puede ocuparlo más que con tristeza. La condenada tristeza. Estira el brazo y deja que las últimas cenizas caigan sobre su mano.

—Un lugar muy muy frío —musita—. Hasta pronto, Ólafur.

Una ráfaga de viento helado frustra el nacimiento de una lágrima.

Sancho se incorpora y aprovecha el impulso para tirar de ella.

—Tenemos que regresar ya.

Erika se fija en que se han apagado los riachuelos azulados que

discurrían por la superficie del glaciar justo en el instante en el que un denso manto de aguanieve los engulle.

Robert J. Michelson solo tiene un objetivo: alcanzar urgentemente el manto helado que cubre la rampa de ascenso al glaciar. Durante los segundos que ha examinado a la estatua, su cerebro ha registrado que no calza crampones y él sí, por lo que deposita todas sus esperanzas en esa ventaja competitiva. Mientras corre levantando las rodillas tanto como puede para evitar que la suela de púas le haga tropezar, gira la cabeza. No les separan más de veinte metros.

Bracea desesperado.

Cuatro zancadas más.

Grita.

Sancho frunce el ceño.

—¿Has oído?

Erika niega con la cabeza escondida entre los hombros y la mirada clavada en las botas. Avanzan en bloque hundiendo con ímpetu los clavos en el hielo para ofrecer mayor resistencia a las embestidas del viento.

—Algo pasa —intuye el pelirrojo.

Pasa la mano por dentro del chaleco térmico sin dejar de correr. Gabriel toma contacto con el acero de uno de los dos cuchillos tipo Bowie que ha adquirido en El Calafate. Siente verdadera atracción por esta clase de arma. La robustez en el tajo combinada con la eficacia de la incisión es incomparable gracias a la concavidad que se dibuja en su perfil romo cuando se acerca a la punta. Al más pequeño, de doce centímetros de hoja, le ha desatornillado la espiga del mango para no lastrar la trayectoria y evitar la rotación durante el vuelo. Damocles le enseñó a lanzar usando el agarre de pellizco: el filo hacia el interior pero sin rozar la palma. El pulgar es el gatillo y el índice la mirilla.

Michelson ha alcanzado la rampa, tiene que frenarlo de inmediato.

Se detiene. Acertar a un blanco en movimiento no admite errores de cálculo. Se concede unas décimas. Rango corto, recorrido ascendente, velocidad media. Coloca los pies en paralelo apuntando al objetivo. Eleva el brazo por encima de la cabeza y en paralelo a la columna vertebral. El antebrazo dibuja un ángulo recto a la altura de la cabeza.

Respiración, latido, gatillo.

Visualiza el impacto antes de adelantar la pierna izquierda para equilibrar la sacudida del brazo e inclina el cuerpo hacia delante para

transferir la energía que precisa desde los músculos de la espalda hasta la muñeca. No requiere fuerza, solo precisión. El movimiento es fugaz.

Suelta el pulgar y con el dedo índice señala la dirección que ha de seguir el cuchillo.

Lo primero que ha notado Michelson es un golpe en la parte posterior del muslo que le ha hecho perder el paso. Pero, inmediatamente, los nervios nociceptores detectan el daño severo producido en el tejido y emiten una alarma proporcional a la herida que se transmite por la médula espinal hasta el lóbulo parietal a través de la red periférica. La notificación acaba de llegar a la corteza cerebral, la parte encargada de tomar una decisión ante la anomalía. Las órdenes son concisas.

Detener toda actividad física.

Examinar zona afectada.

Valorar opciones.

Actuar.

Esta vez el alarido lo han escuchado ambos. No es una mera llamada de auxilio, es producto del dolor liberado por la boca.

—¡Viene de abajo! —identifica Sancho, que suelta bruscamente a Erika para empuñar la Tokarev.

—La bajada tiene que estar por allí —señala Erika con dificultad.

Miles de agujas invisibles se clavan en su rostro. La hostilidad del entorno se manifiesta acústicamente con un silbido grave, perpetuo.

—¡¿Estás segura?!

—¡Mierda, no! No estoy segura.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Un latido cerca de la oreja es la primera señal que percibe. El instinto le hace llevarse la mano a esa zona. La sospecha nace cuando las yemas de sus dedos perciben la viscosidad y muere cuando la vista la convierte en hecho irrefutable. Tiene una brecha en la cabeza. Le gustaría saber cómo se ha producido, pero el sumario se ve interrumpido cuando empieza a percatarse de dónde se encuentra.

—La puta madre, Telmito…, decime que no estoy soñando —balbucea.

El rostro jovial de Telmo a un palmo del suyo elimina esa posibilidad.

Está en el faro.

—Tengo recuerdos difusos.

—Difusos dice el forro… Subiste en pedo, sin saber dónde estabas, como un pendejo en una fiesta de egresados.

—Y me caí, ¿no es cierto?

El sudor que empapa la frente del encargado del Barolo le narra lo ocurrido.

Cuando llegaron al edificio, su nivel de ebriedad le hacía bascular entre lo lastimoso y lo flébil, un estado que hacía peligrar el plan de Telmo, dado que no era capaz de mantenerse erguido. Un café con sal le ayudó a que aligerara el contingente alcohólico que esperaba en el estómago a que llegara su turno para repartirse por el torrente sanguíneo. Minutos después, cuando recuperó la verticalidad, que no la conciencia, cargó con Dulcinea y tiró de él como malamente pudo escaleras arriba. A mitad de trayecto, la parte consciente de Bujalesky debió de percatarse de la tesitura y tomó el mando amenazando el éxito de la operación. Telmo no encontró otra alternativa que ponerse a la altura de las circunstancias golpeándole con el bastón.

El cuerpo del dantista era una letra del alfabeto chino sobre fondo amarillo.

Por fortuna, la envergadura y la estrechez del paso se aliaron para impedir que deshiciera el camino rodando. Asiéndole por las axilas, se gestó el vigoroso alarde de Telmo tirando de él y de su jumera hasta la cima intercalando un descanso cada tres peldaños.

—Te la bancaste vos solito —tergiversa el encargado.

—¿De verdad que estoy en el paraíso? —se cuestiona tras incorporarse.

—Tal cual, amigo, tal cual.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Logra arrastrarse ayudándose del piolet al tiempo que empuja con la pierna de la que no le sobresalen cuatro centímetros de hoja y seis de espiga de acero. El reguero de sangre no es muy abundante, por lo que Gabriel colige que no ha alcanzado ningún vaso principal. Ahora la dificultad radica en llegar hasta su presa. En su equipamiento no ha incluido el calzado adecuado, no podía preverlo, por lo que avanza a gatas bajando al máximo su centro de gravedad para evitar que la fuerza del viento, que sopla furioso de costado, le haga perder el equilibrio sobre esa pista deslizante.

Michelson se retuerce para girarse y comprobar que apenas le separan unos metros del arcángel. El agotamiento, la desesperación y

el dolor pelean por ser el rasgo facial dominante.

Sancho y Erika se han parapetado tras una formación de hielo que se erige orgullosa sobre un azotado mar teñido de color plata. No saben qué es más pernicioso, si el constante impacto de las partículas de agua congelada en la cara, la fuerza de las ráfagas de viento o el aullido incesante que parece querer taladrarles los tímpanos.

—¡Ya hemos caminado más distancia de la que hemos recorrido al venir! —señala Erika acertadamente.

—Yo, en este momento, no tengo ni puta idea de dónde estamos y menos de adónde ir. Tenemos que quedarnos aquí hasta que cese la ventisca o podríamos caer en alguna de esas grietas.

—Pero… ¿y Michelson?

Sancho se encoge de hombros, no se sabe si por el frío o por no encontrar una respuesta a la pregunta.

El pánico ha devorado el dolor de la pierna. Sigue sin poder valerse de ella, pero ese problema ya no está en su *ranking* de preocupaciones. Ahora que ha alcanzado la cresta de la rampa, solo le interesa ponerse en pie sobre el glaciar y poner hielo de por medio. Lo logra al tercer intento. Ante él una inhóspita incertidumbre; tras él la muerte certera. Jadea. Tiene la boca abierta para aumentar la ingesta de oxígeno, dado el elevado consumo que requiere su organismo. La nieve le tapiza el paladar obligándole a bajar la cabeza. Prueba a apoyar el pie izquierdo, pero un latigazo que le recorre la columna le hace cambiar de opinión. En esas condiciones sabe que no va a poder escapar, necesita otra solución y la tiene en la mano. Solo debe aprovechar el único momento de ventaja que le va a regalar su enemigo. Se vuelve justo en el instante en el que ve aparecer las rastas de Gabriel.

Empuña con fuerza el piolet y se deja caer sobre su objetivo.

—¡Allí! —señala Sancho—. ¿Lo ves?

Una mancha roja difuminada ha aparecido de la nada a unos sesenta metros a su derecha.

—¡Es el polar de Michelson! ¡¿Pero qué coño hace?! ¿Por qué se tira al suelo?

—¡Alguien le persigue!

—¡Mierda, mierda, mierda!

—¡Hay que joderse! ¡Tú quédate aquí!

—¡No!

—Erika, ¡escúchame! ¡Ahí dentro —le grita golpeando la mochila

que porta a la espalda— está la única documentación que nos puede servir! ¡Si no conseguimos entregarla a la Interpol, todo esto no habrá servido de nada! ¡Aquí tienes la llave y mi móvil! —le dice guardándoselos en el bolsillo exterior de la bolsa—. ¡Vete al barco y espérame diez minutos! ¡Si no llego, llama a Makila en cuanto puedas! ¿De acuerdo?

El abrazo es una colisión de cuerpos.

Gabriel ha leído las intenciones de su presa antes incluso de que se gestaran en el cerebro de Michelson. Gira trescientos sesenta grados sobre su espalda para esquivar la punta de la herramienta. El fallo toma cuerpo en las decenas de esquirlas de hielo que saltan por los aires. El arcángel intuye que ponerse en pie es incompatible con su falta de adherencia sumada a la furia de elementos, por lo que saca el cuchillo que le queda y repta ágil transportándolo entre los dientes hasta alcanzar a su objetivo, que sigue boca abajo. Conquista su espalda cómodamente y clava la bandera en el hombro del brazo con el que aún se aferra al piolet. En la nuca se dibuja una diana.

Pero algo le hace cambiar de idea.

Su primer propósito no es otro que mantenerse sobre sus pies. Los envites le llegan por el costado derecho impidiéndole describir una línea recta hasta su destino. El pelirrojo camina encorvado, con la barbilla pegada al pecho y levantando la cabeza cada pocos pasos solo para comprobar que no se desvía.

Le toca mirar.

Lo que captan sus retinas le obliga a detenerse.

Gabriel le arrebata el piolet con suma facilidad. Está malherido y completamente exhausto. Entre sus muslos nota cómo el torso del último custodio que le queda por ajusticiar se hincha y deshincha con notable precipitación.

Él es quien lo organizó todo.

Él es el causante de la debacle.

Él es el más traidor entre los traidores.

Tiene que verle la cara para conectar con él. Necesita hacerlo, pero para ello tiene que darle la vuelta y, aunque no representa ninguna amenaza, no deja de ser un saco de carne. Un fardo pesado. Le golpea violentamente en las costillas con la parte de la pala provocando un crujido que se anticipa al gemido lastimoso de Michelson. Logra que ahueque el cuerpo para ocupar ese espacio con la rodilla y poder

voltearlo. Lo consigue sin tener que soltar el instrumento de alpinismo. En la maniobra, la hoja del cuchillo que tiene clavada en el muslo ha hecho palanca contra el suelo desgarrando el bíceps femoral de Michelson; la del hombro ha topado con la clavícula. De su boca se escapa un bramido.

El arcángel se asegura de enviar un último mensaje escrito en la fina red de vasos capilares incandescentes que rezuman furor.

Sancho se encuentra a una distancia incierta, desde la cual, en esas condiciones atmosféricas y con un arma fabricada hace casi un siglo, intuye que lo más probable es que erre el blanco. Así y todo, pone rodilla en tierra y empuña la Tokarev TT-30 a dos manos. Tiene que hacer fuerza con sus músculos abdominales para contener el continuo vaivén de su tren superior.

No consigue fijar el blanco, pero tiene que disparar.

Debe hacerlo en ese mismo instante.

Aprieta el gatillo.

Por el sonido sabe que no va a ser necesario hacerlo de nuevo.

Erika ha seguido el farragoso caminar de Sancho hasta que lo ha perdido de vista engullido por la ventisca. Haciendo oídos sordos a la recomendación del pelirrojo, no ha esperado a que amaine y tampoco piensa dejarlo allí abandonado. Avanza clavando las púas de los crampones como si estuviera pisoteando cucarachas, cuando escucha la detonación.

Porque eso es justo lo que ha hecho el cartucho de 9 milímetros de la Tokarev TT-30: detonar en vez de deflagrar. Sucede cuando se usa munición antigua. Se degrada y provoca que el propelente aumente de manera considerable su velocidad de quemado y que se produzca una sobrepresión que desemboca en el estallido de la vaina antes de salir del cañón.

Sancho, todavía de rodillas, sostiene incrédulo el arma de fabricación rusa en la mano. Erika sigue la mirada de Sancho y se topa con la escena. El arcángel está a unos quince metros de distancia sentada a horcajadas sobre el cuerpo de Michelson. Desde donde está no puede apreciar si está vivo o muerto. Es evidente que ella también ha oído el fallido disparo de Sancho, porque el pelirrojo ha conseguido ganarse toda su atención.

Por el momento.

Lo que sucede a continuación se graba en su memoria en alta definición. El arcángel vuelve a centrarse en Michelson, que, inerme, proyecta el brazo hacia arriba, tratando torpemente de apartar a su

jinete. Gabriel agarra la cabeza del piolet con las dos manos, lo pega contra su pecho y arquea la espalda hacia atrás. Erika intuye lo que va a pasar a continuación, también es consciente de que nada puede hacer por evitarlo. Como si se hubiera soltado un resorte invisible, el cuerpo del arcángel se inclina violentamente hacia delante y la aguzada punta que remata el mango desaparece en el anorak rojo. Michelson pasa de inerme a inerte en un abrir y cerrar de ojos.

Desde su posición parece que sus caras están pegadas, como dos enamorados a punto de juntar sus labios.

La imagen se congela.

En realidad no. No está congelada, porque, aún conmocionada, detecta una silueta que sí se mueve. Y lo hace rápido a pesar de que Erika lo está registrando en cámara lenta. Bracea poderosamente y da zancadas cortas pero firmes en dirección a la pareja de enamorados. El arcángel se yergue y se vuelve hacia la silueta que avanza. La punta y la pala del piolet apenas asoman del cuerpo sin vida de Michelson. Calcula tres o cuatro segundos de margen para extraer el Bowie del hombro y hacer frente a la amenaza barbuda, pero no cuenta con un detalle: el mango está enterrado bajo un pesado saco de carne.

Sancho ralentiza el paso en los últimos apoyos con el fin de abalanzarse sobre el arcángel, a quien, incapaz de asir el cuchillo, solo le ha dado tiempo a prepararse para recibir la carga.

El placaje del pelirrojo es claramente ilegal, por encima de los hombros. Tarjeta roja y de tres a cinco partidos de sanción.

Ambos salen del plano por unos instantes, pero enseguida los localiza deslizándose por la placa de hielo mientras se golpean con torpeza utilizando cualquier parte dura de su cuerpo. Cuando se frenan, la lucha se recrudece. Un codazo de Sancho en la mandíbula obtiene inmediata respuesta en forma de cabezazo en la ceja izquierda.

Erika reacciona. Tiene un plan, solo espera que le dé tiempo a llegar. Avanza sin quitar ojo de los luchadores.

De repente y de modo incomprensible, los dos se detienen. Paralizados por completo. Inmóviles. Si no fuera por el vaho que sale de sus bocas, diría que su cerebro le está jugando una mala pasada.

En el siguiente pestañeo han desaparecido. Simplemente no están donde estaban. No pueden haber salido de su campo de visión. Algo se le ha escapado.

Hasta que no se acerca, no es capaz de comprender lo que acaba de suceder: el hielo se los ha tragado.

ATRAPADO

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Bujalesky cierra los ojos y recita las estrofas del mapa correspondientes al paraíso bajo la atenta mirada de Telmo.

¡Sed bienvenidos, los inmaculados!
Como iguales que sois os respetamos,
si ya estáis libres de vuestros pecados.

Sobre vuestras cabezas nos hallamos,
las señales son brillantes deidades,
las guardianas de lo que siempre amamos.

Las mentiras son como las verdades,
no resulta posible distinguir
la luna del sol en las vanidades.

A las nueve esferas debéis subir,
mas angosta y escarpada es la ruta.
Solo la fe mata el miedo a morir.

En el Empíreo, la última disputa.
Cuatro cimas, dos visibles, dos no,
solamente hay una que la disfruta.

Perderéis por completo la razón
si no lográis vencer al vigilante.
El alma prosigue, no el armazón.

Responded ante él, mi semejante,
y os llevará hasta el tesoro que anheláis.

¿Quién descansa junto al más importante?

—Parece que ese verso que dice *Solo la fe mata el miedo a morir* fue escrito para vos, ¿viste? —considera el encargado—. Pero en vez de «fe» debería decir «vino».

El dantista hace caso omiso al comentario jocoso, ocupado en examinar concienzudamente el mecanismo del faro.

—Nunca me explicaste qué quiere decir Minos con eso de que *Las mentiras son como las verdades, no resulta posible distinguir la luna del sol en las vanidades.*

—¡Qué tipo pelotudo que sos! Mil veces, te lo expliqué mil veces. Viene a corroborar eso que siempre dije sobre el juego de sombras de la masonería. Ocultar lo que les interesa a través de mentiras o, mejor todavía, con otras verdades.

—Dale, entonces… el juego consiste en diferenciar qué es verdad y qué es mentira, ¿no?

—Decís que revisaste bien todo esto, ¿sí?

—Mil veces —contesta el encargado con la misma moneda—. Lo revisé mil veces. Ahí adentro no hay nada.

—Igual que en tu testera.

Telmo acera el semblante.

—La llave del purgatorio tiene que encajar en algún sitio. *Perderéis por completo la razón si no lográis vencer al vigilante* —cita Bujalesky para sí—. El vigilante es el faro, el ojo que todo lo ve. No puede ser de otra forma. Tiene que haber un artilugio que funcione con esto —asevera sujetando la llave entre sus dedos.

—No contestaste a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dice pasando la yema del índice por las letras de la empresa que firma la óptica y el sistema—. Salmoiraghi —susurra.

—La que te hice recién, che: ¿qué es verdad y qué es mentira?

—Es verdad que todos vamos a morir y mentira que los puros vayan al cielo y los impíos al infierno.

—Ya se me están hinchando las pelotas, Bujita. Te juro que me están entrando ganas de cagarte a trompadas acá nomás.

—¡¿Y ahora qué carajo te picó?! Estoy intentando pensar, ¿podés entender eso?

—¡Y yo de darte una mano!

—Entonces la mejor forma de hacerlo es cerrando el ojete. Necesito silencio para poder concentrarme, ¿entendés? —exige elevando el tono y gesticulando con las manos—. Regalame un poquito de silencio, por favor.

—Por supuesto.

Telmo pone el pie en el primer peldaño.

—¡Espera! ¡¿Qué hacés?!

—Regalarte todo el silencio del mundo. De noche no se escucha ni un ruidito desde acá. Bajá cuando te cansés de oír tu voz.

—¿Me estás jodiendo, Telmito? Dale, amigo, no es momento para armar una pelamesa. Ya sabés que yo solo no…

—Bancátela vos solito, pelotudo de mierda.

—¡Esperá un cachito! ¡Dale!

En la ancha espalda del encargado de mantenimiento está escrita su respuesta.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

El boquete se ha abierto tras ceder al peso de los cuerpos de Sancho y del arcángel. El corazón le golpea en el pecho cuando se acerca a gatas al borde de la grieta y examina el interior. Le falta el aire por la fatiga y durante unos instantes trata de recuperar el aliento ensimismada en la oquedad que profundiza en el glaciar. Parece una herida abierta sin posibilidad de cicatrización, pero en realidad es una suerte de tobogán que se pierde en el interior del glaciar. La buena noticia es que la ventisca está remitiendo; sin embargo, ese detalle carece de importancia para ella.

Erika reacciona y lo llama a voces, desesperada, mientras recorre la linde que la separa del abismo en busca de una perspectiva distinta, más favorable, que no obtiene.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡¡Sancho!! —repite sin suerte.

No sabe qué hacer. El aire se vuelve más denso y sus pulmones no lo digieren bien. Tiene que cortarlo en trozos pequeños, inhalaciones y exhalaciones cortas, como una parturienta. No es consciente de ello, pero tiene las uñas clavadas en el hielo y, aunque lo sigue llamando por su nombre, la intensidad de la voz ha ido disminuyendo en la medida que ha ido tomando conciencia de la situación: dramática hasta el extremo. Tesitura a la que preferiría no enfrentarse y quizá por eso levanta la cabeza y otea el horizonte. A pocos metros se topa con el cuerpo de Michelson sobre un colchón carmesí. Su cerebro empieza a fabricar una idea; estúpida, seguramente, pero necesita hacer algo más que gritar.

Erika se levanta y camina sin tener que encorvarse, dado que el viento ya no ejerce una oposición tan firme. Se detiene a escasos centímetros de Michelson, que tiene la boca muy abierta y la mirada fija en algún punto mejor, como si algo de él hubiera logrado escapar a través de sus ojos, ahora cubiertos por esa capa de barniz que deja la muerte como tarjeta de visita. Enseguida su atención se desvía hacia el

objeto que ha pensado que le podría servir de ayuda a Sancho allí abajo. Está decidida a hacerlo. Coloca una pierna a cada lado del tórax orientándose hacia las botas para no tener que volver a enfrentarse con el rostro de Michelson y se asegura de que los crampones la sujetan bien firmes. Toma aire por la boca. Baja la cabeza y comprueba que el piolet sobresale lo suficiente como para poder asirlo por el mango con ambas manos. Al hacerlo nota que las palmas se recubren de una sustancia glutinosa.

—¡Mierda, mierda, mierda!

El estómago protesta y tiene que hacer un gran esfuerzo para no vomitar sobre el cadáver. Aprieta los párpados y se concentra para tirar. Al hacerlo suena como el trinchado de un pavo relleno, lo cual resulta suficiente para terminar cediendo a los deseos de su organismo. Una arcada anuncia la expulsión espasmódica de los ácidos estomacales. Para su desgracia, no ha conseguido liberar la herramienta por completo, por lo que, sin moverse, realiza un nuevo intento con el que consigue extraerla del todo.

Y vaciarse del todo.

Arroja a un lado el piolet y se aleja unos metros. Necesita quitarse el repugnante sabor que le tapiza el paladar. Pisotea el hielo y se agacha para agarrar los pedazos más generosos, pero tiene las manos impregnadas de sangre y decide hacerlo directamente con los dientes. Acto seguido restriega las palmas contra la superficie del glaciar hasta que el dolor le hace saber que ya es suficiente. Cuando recobra el control, toma el piolet, se acerca a la fractura y lo deja caer por el tobogán. Acompaña el recorrido del utensilio hasta que lo pierde de vista y algo después escucha un leve pero esperanzador sonido metálico.

—Voy a por ayuda, ¡¿me oyes, Sancho?! ¡Te sacarán de ahí, te lo prometo! ¡Aguanta!

Sin regalarse un minuto de descanso, Erika emprende la siguiente tarea. Agarra a Michelson por los tobillos y lo arrastra muy despacio hacia una de las primeras grietas que vio con Sancho. No puede estar muy lejos. Y no lo está, pero el esfuerzo le lleva casi media hora.

Esta vez no hay despedidas.

No tiene tiempo.

Ni ganas.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Ha pasado por varios estados anímicos: incredulidad, indignación, reafirmación, pero, en este momento, es la ansiedad la que se ha

apoderado de Bujalesky. Repite una y otra vez los últimos versos sin dejar de mirar a través de los cristales del faro.

—*Cuatro cimas, dos visibles, dos no, solamente hay una que lo disfruta.* Tienen que poder verse desde acá, desde el Empíreo. De cuatro se ven dos y otras dos no, y de esas solo hay una que la disfruta. ¿Disfruta de qué? ¡¿De qué carajo disfruta?! Tiene que haber algún mecanismo por acá, un artilugio con el que vencer al vigilante respondiendo a ese último acertijo. ¿Quién descansa junto al más importante? ¿Quién descansa junto a Dante? ¿Beatriz? ¿Virgilio? ¿Los miembros de la Congregación? La reputísima madre… ¡Necesito una señal! —grita apretando los puños—. No, no necesito la intervención divina para encontrarlas. Solo tengo que pensar de modo diferente. Meterme en la cabeza de Minos. ¿Qué lugar habría elegido yo? ¡Eso es! Ese es el camino. El mausoleo donde descansa el más importante tiene que verse desde acá, de eso estoy seguro. ¡Obvio!

Y realmente se ve, lo está viendo, pero no lo identifica.

La ansiedad y la angustia se cuelan dentro de la linterna del faro.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Parpadea como un tubo fluorescente antes de encenderse.

Fogonazos azules.

Sonido de agua estrellándose contra el suelo.

Eso es todo lo que Sancho percibe.

Mucho más nítidas son las imágenes que va rescatando de su memoria a corto plazo: la detonación de la munición en el cañón de la Tokarev; el piolet hundiéndose en el pecho de Michelson; el placaje sobre el arcángel; la pelea sobre el hielo; el crujido que precede al deslizar incontrolado; la falta de gravedad y la oscuridad absoluta.

Trata de moverse. Dolor. Su mano se mueve hacia el foco, localizado en la parte posterior de la cabeza. El notable abultamiento le invita a pronunciar palabras que podrían formar parte de la jerga de la calle de una lengua muerta. Lo siguiente que intenta es ubicarse en el espacio. Está tumbado boca arriba bajo un cielo azul zafiro. No puede ser. Brilla demasiado y tiene un boquete enorme, luego no está a la intemperie, está dentro de una urna de hielo. El suelo también lo es, se lo dicen las palmas de sus manos al apoyarlas para incorporarse. Apoya la espalda contra la pared para hacer un análisis de la situación y pasea la mirada por la cúpula hasta descender por una pared sorprendentemente recta y blanca en la que distingue dos pequeños círculos rojos pintados.

Pero enseguida descarta la idea.

Los círculos pintados, sean del color que sean, no pestañean.

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

La frustración le ha llevado a golpear la carpintería metálica que conforma el armazón exterior del faro. Se ha asustado al ver que ha retumbado la estructura y los cristales han reverberado durante unos interminables segundos. Maldice el nombre de Telmo como bálsamo y mira de reojo los primeros peldaños de bajada. El escalofrío le hace descartar el descenso, por lo que intenta acomodarse en la baranda pobremente acolchada que cumple las funciones de asiento para los visitantes con vértigo.

El sol está culminando su viaje a poniente y Alcides Edgardo Bujalesky ya tiene asumido que pasará allí la noche. Por suerte, Dulcinea lo acompaña. La acaricia mientras busca en el repertorio de Néstor.

No puede ser otra.

Atrapado en un poema,
uno que nunca se escuchó,
uno que daba pena.
Apresado en las palabras
que no tenían sentido,
que ninguno recitaba.
Cautivo en una métrica
de amor sin tristeza,
de una muerte tétrica.
Prisionero de unos versos
con sabor a cenicero,
como sabían tus besos.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

No sabe cómo lo ha conseguido, pero en cuanto se ha dado cuenta de que el arcángel está a menos de cinco metros de él ha dado un respingo y se ha puesto de pie. Su entorno gira.

Gabriel no tiene buen aspecto. Tiene la cara ensangrentada y, por el momento, lo único que ha movido son los ojos. No obstante, no es la pasividad de su rival lo que le causa estupor al pelirrojo, sino lo que porta en su mano izquierda y lo que lleva puesto en sus pies.

Sancho enchufa la coctelera. Ingrediente primero: está encerrado sin posibilidad de escapatoria con el arcángel Gabriel, cuyas virtudes conoce a la perfección. Ingrediente segundo: ella tiene el piolet con el que ha matado a Michelson y calza sus crampones. Ingrediente tercero: él se encuentra mermado físicamente e intuye que ella tampoco está del todo bien. Conclusión primera: en el cuerpo a cuerpo tiene todas las de perder. Conclusión segunda: no tiene ni idea de cómo se habrá hecho con la herramienta ni cómo le ha arrebatado los crampones, supone que ambas cosas han sucedido durante su fase de inconsciencia, lo cual le hace deducir que el arcángel podría haberlo atacado si hubiera querido. Conclusión tercera: por su aspecto, postura y dado que agarra el piolet con su mano menos diestra —tiene recientes las imágenes grabadas en la casa de Pluto y sabe que maneja la mano derecha—, sospecha que puede tener afectado ese brazo. Receta: eludir el enfrentamiento, mantener una distancia prudencial y averiguar el motivo por el que, pudiendo hacerlo, no le ha aplicado la misma medicina que a Michelson.

Gabriel se pregunta qué mueve al barbudo pelirrojo que tiene enfrente. Lo había dado por muerto en Nigeria, pero sus caminos se volvieron a cruzar en la casa de Pluto y ahora están atrapados en una celda de hielo en la que van a morir si no se entienden. Ella ha cumplido la misión que le encomendó Damocles. No queda ningún miembro de la Asamblea con vida y la hermandad renacerá limpia y renovada, toda vez que la cúpula ha sido purgada. Pero de eso, si es que tiene que ser así, se encargarán otros. Ahora solo piensa en regresar a la frondosidad de la jungla, en alejarse de los animales de dos patas para siempre en la frondosidad de Sarawak. Quiere vivir.

Y en las circunstancias en las que se encuentran, el policía español no es el mayor impedimento para regresar a su hogar.

Punta Bandera
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

A Erika no le han gustado en absoluto las expresiones de Justo y Mario durante el tiempo en el que se han cruzado las miradas. Ella sigue con el dedo sobre el mapa del glaciar, indicando el área en el que cree que Sancho ha tenido el accidente. De las circunstancias del mismo y del arcángel no ha hecho mención alguna. Cuando le han preguntado por el otro hombre, el que llevaba la parka roja, se ha visto obligada a encogerse de hombros.

Llegar hasta allí no le ha resultado tan sencillo como imaginaba,

teniendo en cuenta lo complicado que ha sido gobernar el condenado catamarán. Un volante y una palanca le parecían dos variables que, *a priori,* no deberían haberle causado problemas. Muy al contrario, tan pronto soltó amarras se percató de que estaba equivocada. Quizá fuera debido a su estado de nervios, ansiosa por llegar a algún sitio donde dar aviso del accidente de Sancho y con cobertura para poder comunicarse con Makila, pero lo cierto es que a las primeras de cambio estuvo muy cerca de chocar contra un iceberg y tan mal lo vio que terminó apagando los motores, navegando a la deriva sobre aquellas aguas que, por suerte, habían dejado de ser azotadas por la ventisca. Cuando divisó la otra embarcación se sintió aliviada y deseosa a partes iguales, aunque sus rescatadores, Justo y Mario —los guías que les habían vendido los crampones— solo percibieron la alteración que la poseía. Estos —que además de saber han demostrado ser solidarios—, preocupados por el repentino empeoramiento de las condiciones meteorológicas, habían decidido regresar para comprobar si se encontraban a salvo.

Y la intuición no les ha fallado.

Ahora Justo traga saliva.

—La llamamos la Capilla.

—La puta Capilla —especifica Mario.

—Es una de las cuevas glaciares del Moreno, pero esta tiene la peculiaridad de estar a mucha profundidad y de contar con un único acceso a través de lo que nosotros llamamos agujeros de gusano.

—Un molino glaciar muy profundo que se va estrechando en la medida en la que penetra en el glaciar y que en esta época del año se cubre de hielo. Por eso no dejamos que nadie suba allí arriba si no sabe por dónde carajo tiene que pisar, ¿viste? El tipo con el que hicimos el negocio nos chamuyó que lo conocía muy bien, por eso fue que no les dijimos nada.

Erika se muerde el labio, expectante.

—Aunque no lo parezca —prosigue Justo más sosegado—, la nieve tiene distintos niveles de compactación en función de muchas variables y, dependiendo de ello, presenta más o menos resistencia a la erosión. Por eso se forman las crestas, porque hay partes que resisten la acción ventosa y la solar mejor que otras. Las cuevas se originan por la acción erosiva del agua que circula por dentro del glaciar. Cuando esta se acumula en un plano inferior, la diferencia de temperatura entre el agua y el hielo hace que se formen esos molinos que, con el tiempo, se convierten en auténticos sumideros. La circulación del aire hace el resto.

—Entiendo y agradezco la explicación, pero lo único que me interesa es cómo vamos a sacar a mi amigo de allí.

—Tenemos dos problemas. El primero es que el nivel inferior de la

Capilla está a veintiocho metros de profundidad y el ojo del agujero de gusano por el que se accede es muy estrecho. Solo puede bajar un equipo de glacioespeleología muy experimentado. La altura de la cueva, es decir, desde donde termina el molino hasta el suelo, es de casi tres metros, por lo que el aterrizaje, en sí mismo, podría resultar fatal.

—Una trompada de la reputa que lo parió —califica Mario innecesariamente.

—Pero lo peor no es eso. Lo peor es eso otro —dice señalando la ventana de una de las oficinas de la agencia que opera su embarcación.

Erika gira el cuello. La lluvia arrecia contra el cristal.

—La Capilla es casi un espacio estanco, apenas cuenta con pequeños orificios en las paredes por los que se filtra el aire y se pierde el agua que se acumula dentro, pero cuando se supera la capacidad de evacuación… la Capilla se llena.

—Anuncian fuertes lluvias en las próximas horas —revela Mario.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Sancho extiende las palmas de las manos como si quisiera crear un campo de fuerza entre él y el arcángel.

—Creo que ya nos hemos golpeado lo suficiente por hoy, ¿no te parece? —le dice en inglés.

Ella no se inmuta, pero en su mirada no encuentra indicio alguno de animadversión. Curiosidad quizá.

—Mira. Yo sé quién eres y tú sabes quién soy yo, pero ahora los dos estamos igual de jodidos. Yo, por mi parte, no tengo ninguna intención de hacerte daño y sé que tú tampoco, porque, de ser así, ya me lo habrías hecho —prueba Sancho—. Antes, allí arriba, no podía dejarte que mataras a Michelson. No tengo forma de demostrártelo, pero él no era como los demás. Quería acabar con la Congregación desde dentro, lo mismo que…

El arcángel interrumpe su exposición al levantar el piolet. Está señalando por encima de la cabeza de Sancho. Este se gira y entonces comprende.

Un generoso hilo de agua que resbala por el tobogán golpea contra el suelo a escasos metros de donde aún se ve la marca de sangre que ha dejado su cabeza al aterrizar.

—¡Hay que joderse! —bisbisea.

A primera vista no lo parece, pero el suelo está sensiblemente desnivelado, haciendo que el agua que ha circulado hacia allí alcance

ya un palmo de profundidad.

—Claro, por eso no has acabado conmigo, porque nos necesitamos mutuamente para salir de aquí, ¿es eso?

Ella asiente.

—Bien. Eso está muy bien —valora Sancho por valorar, mientras vuelve la mirada hacia lo que se ha convertido en su amenaza inminente—. Y… ¿tienes algún plan?

Punta Bandera
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

—Hay que sacarlo de ahí inmediatamente —persiste Erika.

—Escuchá: ninguno de nosotros está capacitado para bajar a la Capilla ni disponemos del equipo que se requiere. Para sacarlo van a necesitar una polea especial que se ancla al hielo y que solo tienen los del Servicio de Búsqueda y Rescate de la Armada. Si puedo ser sincero con vos, aunque demos el aviso ahora no creo que se pueda organizar una expedición en menos de veinticuatro horas.

—Imposible —coincide Mario.

—Lo mismo digo una estupidez, pero, si se llena de agua, al final su cuerpo revertiría hacia el exterior a través del agujero de gusano, ¿no? —pregunta Erika esperanzada.

—Sí, pero tieso —especifica Mario.

Justo le clava la mirada.

—Aunque la temperatura dentro de la Capilla sea estable y soportable, la del agua que cae ahí dentro, al contactar con el hielo, desciende rápidamente hasta igualarse con la del lago Argentino, que se mantiene entre los cuatro y los seis grados. En esas condiciones, el cuerpo puede perder un grado cada cinco o diez minutos, calculo. La hipotermia está garantizada en media hora nomás y, a partir de ahí, lo que cada uno aguante.

—Ese es el límite máximo de tiempo que permanecen en el agua los nadadores acostumbrados a nadar en aguas frías, como Gordon Pugh. No creo que el tipo dure tanto —objeta Mario.

—Sí, boludo, pero su cuerpo va a estar sumergido completamente hasta que se llene la Capilla y eso va a depender de la intensidad con la que llueva, ¿viste?

—No parece que vaya a parar —augura mirando por la ventana.

—Se trata de ser positivo.

—Es mejor ser realista.

Erika los mira como si asistiera a un partido de tenis.

—¡A la mierda con vuestros pronósticos, joder! ¡Estamos hablando de la vida de mi amigo! ¡¿Qué proponéis?! ¡¿Que nos crucemos de

brazos mientras se ahoga o se congela ahí abajo?!

Mario resopla, reacción que provoca que Erika golpee violentamente la mesa. De inmediato nota que le nace en la palma de la mano un corazón palpitante.

—¡Escuchadme bien! ¡No pienso abandonarlo a su suerte! ¡¿Os ha quedado claro?!

Ambos se miran y asienten poco convencidos.

—¡¿A qué esperáis para dar el aviso?! ¡¿Con quién hay que hablar para que lo saquen esta misma noche?!

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

La oscuridad ha caído sobre el faro. Bujalesky lleva un buen rato tumbado en el suelo observando el firmamento. Ha vaciado su mente de versos y estrofas, y su actividad se reduce a seguir con la mirada el lento transitar de las masas multiformes que manchan el cielo mientras intenta encontrar el momento en el que se intoxicó con aquel veneno que le había ido consumiendo la voluntad, pudriendo su vida. Podría decirse que el profesor Flego tuvo parte de culpa al no ser capaz de dar respuesta a las muchas cuestiones que necesitaba resolver para realizar aquel trabajo de fin de curso sobre la imaginería de Dante Alighieri. Lo que hizo el buen profesor fue derivarle a un conocido suyo al que consideraba un experto en la materia, el doctor Lattuada. Desde el principio se sintió atraído no tanto por lo que le contaba en aquella cafetería y dulcería ya desaparecida de la calle Santa Fe, sino, fundamentalmente, por lo que intuía que le estaba ocultando. El dantista y su alumno acordaron que solo en el caso de obtener la mejor nota de la clase, este le premiaría con información de otro tipo.

Bujalesky cumplió; Lattuada, también.

Durante el siguiente encuentro le habló por vez primera sobre la Fede Santa, de sus orígenes, de su creador, de sus amigos y de sus enemigos. Pero no le desveló la verdadera misión de la logia, ni siquiera cuando le abrió las puertas y le animó a que se postulara como aprendiz. Nunca imaginó que ese joven tuviera otro tipo de aspiraciones. No aceptaban a cualquier ganapán, de hecho, salvo raras excepciones, únicamente recibían la iniciación los descendientes directos de los que llamaban «los primeros hombres consagrados». Y si había uno consagrado, ese era su Venerable Maestre, Remigio Lattuada, que supo ver en él las aptitudes y el interés que no encontraba en ninguno de sus hijos naturales. Con veintiuno y habiéndose ganado ya el cargo de caballero de la orden, Alcides

Edgardo Bujalesky asistía por derecho a las tenidas de la hermandad aportando una visión activista que chocaba con la línea conservadora de la organización, granjeándose partidarios y detractores a partes iguales. Con el transcurso de los años, sus tesis fueron calando entre los miembros con más peso y, cumplidos los treinta y cuatro, se erigió en el candidato con más opciones para sustituir a Lattuada. Sin embargo, nadie contaba con que, un día cualquiera, su Venerable Maestre desapareciera para siempre y que solo se hallara su ropa en el mismo punto en el que Bujalesky se encontraba ahora: el faro del Barolo. La misteriosa desaparición aconteció en el aniversario de la muerte del hombre que dio nombre al edificio. No podía ser fruto de la casualidad y, aunque la noticia se diluyó a los pocos días de su desaparición, él se conjuró para averiguar qué le había llevado hasta allí. Para ello tenía que acceder a los archivos secretos de la Fede Santa, reservados solo para el portador de la medalla del divino poeta. La votación fue unánime e inmediatamente se puso manos a la obra. No tardó en descubrir que la función principal del Venerable Maestre iba mucho más allá de liderar los preceptos que un día escribió Dante Alighieri. La misión del líder de la logia, su misión, era encontrar sus restos, robados por los traidores de la Gran Logia de los Puros y devolverlos al lugar de donde nunca debieron salir: Rávena. A partir de ese hecho, no hubo nada que le distrajera de su responsabilidad y sus investigaciones se situaron por encima de sus propias necesidades y las de su familia. No obstante, a pesar de su ahínco, los avances eran nimios, chocando siempre contra la misma pared: el mapa que no tenían. No fue hasta que involucró en la búsqueda a otros miembros de la Fede Santa, sus acólitos, cuando se produjo el hecho que llevaban esperando desde hacía décadas. Uno de estos, Carlos Alfredo Ramírez, comisario de la provincia de Misiones, había logrado captar la atención de Flegias, un custodio de la Congregación de los Hombres Puros que parecía estar muy interesado en contactar con un experto que le ayudara a descifrar un enigma relacionado con Dante. La clave pasaba por ocultar su interés al enemigo y aprovechar la información que tuviera.

Jamás pensó que el custodio estuviera en posesión de una copia del mapa original.

Desde entonces, trabajó digiriendo la ansiedad de sus progresos hasta que llegó a un punto de estancamiento en el que se dejó guiar por el odio que sentía hacia aquella falsa hermandad de criminales. Esa inquina le empujó a desvelarle lo que había descubierto tirando del hilo de Damocles: El Cartapacio de Minos nunca existió y, después de que se lo llevara el alzhéimer, él continuaría con su búsqueda hasta encontrar las cenizas de Dante. Su ego le empujó a escribir y publicar un artículo en clave sin valorar las consecuencias. La muerte de su

hijo Néstor le sentenció a una condena en vida que finalizó el día que aparecieron Erika y Ólafur para liberar de nuevo al engendro obsesivo que permanecía latente en su interior.

Y con él regresó inclemente el monstruo amarillo.

Porque amarillo era el color que tintaba la cara de su hermano mayor, afectado por una ictericia severa a causa de la abusiva ingesta de alcohol. Cuando regresaba a casa tras una jornada de consumo sin restricciones, le gustaba despertar al hermano pequeño en mitad de sus sueños para atormentarle con hacerle aquellos juegos horribles. Duró unos años, los que tardó en morir de cirrosis, pero fueron suficientes como para incubar un trauma que iba a viajar con él durante el resto de sus días.

Rememorarlo hace que a Bujalesky se le acelere el latido y rompa a transpirar. Se incorpora de un respingo, pero acto seguido le sobreviene un vahído que le obliga a sentarse. Esconde la cabeza entre las rodillas y hace fuerza con los muslos para infligirse el castigo que merece hasta que nota demasiada presión en las sienes.

Entonces levanta la vista y lo ve.

Tarda en procesarlo.

Dos cimas.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

El generoso hilo de agua se ha convertido en un proyecto de cascada nada halagüeño. En el estrecho margen que ha tardado en transformarse, Sancho ha averiguado varias cosas más: que el arcángel no produce palabras, pero sí comprende las suyas; que tiene rota la clavícula derecha, y que, por ello, no parece que suponga un peligro para él. O cuando menos no tanto como debería. La amenaza principal es la velocidad a la que el suelo se está cubriendo de agua.

—Deberías moverte de ahí, si no quieres empezar a mojarte. No tengo ni idea de cuánto tiempo tenemos hasta que se llene la piscina, pero deberíamos pensar en la forma de agarrarnos a algún bordillo.

Gabriel se levanta sin soltar el piolet. Recorta unos metros la distancia con el pelirrojo y señala la pared que tiene a su izquierda. Con las manos, aunque sin separar el codo derecho del cuerpo, le hace saber que presenta una inclinación favorable para la escalada y que en el chaflán que forma con el otro tabique hay un recoveco de profundidad imposible de pronosticar. Sancho lo comprueba primero y asiente después.

—Entiendo, pero ¿qué propones?

Sancho se percata de que está acostumbrada a explicarse a través de

la mímica, porque comprende de forma prodigiosa todo lo que ella quiere expresar.

—No creo que pueda subir hasta ese punto, pero, de conseguirlo, ¿qué lograríamos?

El arcángel le señala y construye una «T» con las manos.

—¿Y tú?

Su respuesta consiste en quitarse los crampones y arrojarlos a los pies del inspector. Acto seguido el piolet aterriza al lado.

Sancho deduce que ya ha debido de fracasar en el intento y cuando se fija mejor localiza sobre la pared de hielo muescas recientes que lo corroboran. El agua que ya le moja las botas no deja lugar a ninguna objeción, pero sí a una pregunta más.

—¿Puedo preguntarte cómo ha llegado el piolet hasta aquí abajo? Porque la última vez que lo vi estaba… —pregunta a medias mientras se ajusta el calzado de púas.

La descripción de Erika a través de gestos no puede ser más concisa. El análisis deductivo posterior de Sancho, bien salpimentado de esperanza, concluye que el hecho de que Erika haya arrojado la herramienta es lo que ha invitado al arcángel a pensar que ella ha ido en busca de ayuda y que la clave para sobrevivir reside en ganar tiempo.

El inspector inspira profundamente y se frota las manos desnudas a la vez que realiza una primera tentativa visual. Calcula algo más de cuatro metros hasta el chaflán, lo cual, teniendo en cuenta su envergadura, no le supondrá más de diez movimientos. Antes de clavar el crampón del pie izquierdo se acuerda de lo bien que le vendrían los consejos de una escaladora experimentada como Sara Robles, aunque se alegra de que no esté con él en esa tumba de hielo. Hunde con fuerza el piolet que lleva con la mano derecha y carga su peso en la pierna contraria para impulsarse hacia arriba. Ahora le toca buscar dónde asirse con la mano izquierda. Encuentra uno de los boquetes que señalizan la ascensión del arcángel e introduce como puede los cuatro dedos. Fija el pie derecho y, cuando se dispone a subir, nota que le arden las yemas de los dedos. El amarre digital falla y se desequilibra ligeramente, lo necesario para romper la compensación de los apoyos. Se desliza por la pared hasta topar con las rodillas en el suelo. Cuando el agua gélida traspasa la tela de sus tejanos, arremete en modo verbal contra los santos y mártires que le vienen a la cabeza.

Se adjudica el tiempo que no tiene antes de intentarlo de nuevo.

Punta Bandera
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

—Erika, sé que no tienes por qué, pero te pido que confíes en mí —insiste Makila.

Es la segunda vez que hablan, pero la propuesta del inspector general de la Interpol sigue sin entrar dentro de la infinidad de posibilidades que ella estaba barajando. Sin embargo, está bastante más relajada ahora que cuando se acordó de buscar su número en la agenda de Sancho. La voz atemperada y el tono firme del nigeriano producen ese efecto y solo le han bastado una decena de preguntas para obtener toda la información que necesitaba saber, realizar un diagnóstico correcto y acertar de pleno.

—Tienes que salir del país. Eres la única testigo de un caso que ninguna fiscalía querría tener, por lo que, si no desapareces de ahí antes de que empiece la fiesta, no podrás irte hasta que termine. Y puede dilatarse una eternidad, Erika. Al margen, requisarán esos papeles y todo nuestro esfuerzo, vuestro sacrificio, no habrá valido para nada.

—¡No puedo dejar a Sancho tirado! —responde ella impulsivamente.

—La situación del inspector no va a cambiar estés tú arriba esperándolo para darle un abrazo o no. Yo puedo protegerlo a él, pero a ti solo puedo ayudarte ahora, antes de que tenga que sentarme a dar explicaciones. Yo me ocuparé de que saquen a Sancho de ese agujero. Tienes mi palabra.

—Aquí sigue lloviendo y todavía no ha aparecido nadie.

—Aparecerán. Una persona de mi equipo ya ha hablado con la máxima autoridad del SAR en la zona. Ya están en marcha, pero no ha pasado media hora desde que hemos contactado, Erika. Sancho es un tío duro, saldrá de esta, pero, insisto, ahora tienes que pensar en ti. Podría tener un helicóptero preparado en el helipuerto de El Calafate en cuarenta y cinco minutos. Duermes en Buenos Aires y mañana a primera hora tomas el primer vuelo disponible desde Ezeiza hasta París para entregarme esa documentación. Te mantendré en todo momento informada del rescate, tienes mi palabra —repite Makila.

Erika sabe que tiene razón. No hace ningún favor a Sancho quedándose en Punta Bandera a la espera de noticias. Además, le prometió que se encargaría de entregar los papeles a Makila. Tampoco se le escapa que más pronto que tarde alguien querrá encontrar las respuestas a los muchos interrogantes que van a aparecer pintados en el hielo con las primeras luces del día.

—Erika, tienes que tomar una decisión.

Es la cuarta vez que lo intenta. En la anterior ha perdido el equilibrio cuando ha extendido el brazo hacia atrás para golpear la pared de hielo con el piolet. La segunda tentativa no pasó del tercer apoyo.

Gabriel está siguiendo su cauteloso progresar desde la pared contraria. Ahora entiende qué es lo que ha llevado al policía hasta allí: su testarudez. El agua ha alcanzado un palmo de profundidad y ha penetrado el cuero de sus botas empapando los calcetines. Por suerte, aún puede mover los dedos dentro del calzado, aunque eso no la libra del frío que ya se ha apoderado de su cuerpo. La cascada sigue alimentando la cueva de líquido elemento en la misma proporción que menguan sus esperanzas de ser rescatados con vida. La única buena noticia tiene que ver con la intensidad lumínica. Se percibe mayor claridad y eso la lleva a pensar que hay menos nubes cubriendo la luna. Si dejara de llover, tendrían alguna oportunidad.

—¡Hay que joderse! —le escucha decir en español.

Un segundo después, la punta del piolet araña el hielo en su recorrido descendente. Esta vez cae de costado y se empapa la espalda al contactar con el suelo de la cueva.

No tiene fuerzas ni para proferir injurias ni exabruptos.

Solo jadea.

Se pone de pie y mira hacia arriba.

LATIDO

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)
Septiembre de 2013

Todavía le late con fuerza.

Era una cuestión de perspectiva, igual que pasaba en el ascensor del purgatorio. Estando de pie, desde la linterna del faro se ven las cuatro almenas abovedadas que coronan las esquinas de una de las dos terrazas del decimosexto piso. Vistas desde arriba no son más que ornamentos corrientes entre los muchos que salpican la fachada del edificio. No obstante, cuando ha elevado la vista estando sentado, solo alcanzaba a ver dos cimas.

Dos claras y bien definidas cimas.

Localizarlas ha hecho que comprenda el significado del verso *solamente hay una que la disfruta,* ya que, desde esa terraza cerrada a los visitantes, Telmo le mostró que es el punto desde donde mejor se aprecia la belleza de la cúpula, el paraíso, el lugar en el que Dante se reencuentra con su amada Beatriz, que representa la fe, lo espiritual, el alma. *El alma prosigue, no el armazón.* No ha sido sencillo; de hecho, Bujalesky sabe que ha estado cerca de perder por completo la razón, como advertía el verso anterior, pero finalmente ha logrado vencer al vigilante, al faro, y ahora solo le resta bajar a la terraza, hallar el último artilugio donde colocar la llave del purgatorio y resolver el acertijo final: *¿Quién descansa junto al más importante?*

Tan fácil como bajar y comprobarlo.

Tan fuera de su alcance.

Ni siquiera se lo ha planteado. Para enfrentarse al monstruo amarillo necesita la ayuda de Telmo y sabe que antes o después volverá a buscarlo. Le cuesta asimilar su reacción. A pesar de reconocer que le ha tratado con cierta displicencia —aunque a la postre haya provocado que localizara las dos cimas—, no entiende ni admite que lo haya dejado allí tirado durante toda la noche. De cualquier forma, el dantista está deseando que amanezca para verlo

aparecer y compartir con él sus progresos.

Es consciente de que el estado de euforia que le domina es incompatible con el sueño, por lo que intenta acomodarse y mientras acaricia las cuerdas de Dulcinea repasa mentalmente el listado de canciones para dar con la que le ayude a conectar mejor con sus recuerdos. Se detiene en *Latido,* la canción con la que Néstor solía cerrar sus conciertos.

Eran dos que eran.
Y fueron.
Eran uno.
Y siguieron.
Eran tanto como quisieron.
Dos en uno.
Uno solo.
Dos corazones ardiendo.
Latido.

Eran relojes sin tiempo.
Agujas.
Dos números en el extremo.
Campanadas sordas,
sostenidos alientos.
Eran dos.
Como doscientos.
Latido.

Eran sin quererlo.
Las llamas frías,
la respiración.
¿Es esto?
Tenía sentido, tenía efecto.
Sonaba bien.
Sonaba hueco.
Latido.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Sancho ha renunciado a volver a intentarlo luego de su noveno fracaso. En cada tentativa ha aprendido del error cometido, pero son demasiadas variables las que tiene que controlar para alcanzar el anhelado chaflán. El gran impedimento está localizado en su mano

desnuda y su dilatada experiencia le susurra a voces que lo habría conseguido si hubiera contado con dos piolets.

Pero no es el caso.

El pelirrojo ha agotado sus fuerzas. Siente los músculos ateridos por la sobredosis glacial que ha suministrado a su cuerpo en cada caída y lo único que le preocupa ahora es moverse para entrar en calor. El agua le llega casi por las rodillas y, aunque sabe que están ahí, no siente los dedos de los pies. De lo que no es consciente el pelirrojo es de que el sudor que ha desertado de sus poros durante el esfuerzo se ha confabulado con el frío para derrotar al calor corporal. Y van ganando la batalla, a pesar de que aún no han aparecido los primeros síntomas de hipotermia.

Mientras trata de luchar contra el entumecimiento de las articulaciones, tendones y músculos, Sancho se entretiene calculando el tiempo que ha pasado desde que recuperó la consciencia. ¿Un par de horas? ¿Tres? Si el ritmo de llenado se mantiene, no tardarán en verse cubiertos de agua hasta el cuello. Haciendo un ejercicio de realismo, arguye que se tienen que alinear muchos planetas para que les saquen vivos de allí. Incluso para que les saquen a secas. Primero se tiene que dar que Erika haya conseguido ponerse a salvo y llegar a algún sitio, que haya encontrado ayuda y que esta llegue, a poder ser, antes de que sus corazones dejen de funcionar. Además de eso, que exista un método para bajar y lo consigan. El inspector odia el derrotismo, pero es evidente que está empezando a masticar la posibilidad de no contarlo.

Cada vez le cuesta más moverse, nota su cuerpo oxidado, duro. Pasa junto a su compañera de celda, que está quieta examinando la pared al tiempo que juguetea con el piolet haciéndolo girar de manera acrobática con su mano izquierda. Verbaliza un pensamiento.

—Mi reino en el Caribe por saber qué está pasando ahora por tu cabeza.

Ella le busca con la mirada y aligera sensiblemente la tensión que le agarrota los músculos de la cara. Lo primero que le explica con gestos es que deje de moverse, que está malgastando energía sin que ello haga que aumente la temperatura de su cuerpo. Lo siguiente tarda más en comprenderlo. El arcángel le adelanta que en menos de dos horas van a perder la consciencia y que está buscando la forma de mantener la cabeza fuera del agua, porque que dejen de tener control sobre su cuerpo no significa que este deje de funcionar.

—No, si ya decía mi padre que en el huerto de la realidad el optimismo es mejor no regarlo —comenta en castellano—. ¿Tienes alguna otra idea que pueda funcionar mejor que la anterior o funcionar a secas?

A Sancho le da la sensación de que ese semblante marmóreo se

ruboriza, lo cual le hace pensar en que, si eso es posible, todo lo demás también.

Sobrevolando la Patagonia (Argentina)

El sonido de las aspas del helicóptero combinado con las vibraciones, lejos de molestarla, la está amodorrando. Es como si un ente benefactor le estuviera canturreando una nana al oído y meciendo con suavidad con el propósito de tranquilizarla, pero lo cierto es que todavía no ha logrado quitarse la pegajosa sensación que le está cercenando la conciencia desde que levantaron el vuelo. Erika se siente manchada, sucia y, aunque racionalmente tiene muchos motivos que justifican haber abandonado a Sancho en aquel agujero, no deja de pensar en que ella está a salvo y él no. Al margen, no tiene ninguna garantía de que el contenido de su mochila —a saber: el diario, el informe completo de Bujalesky y el resto de papeles del padre de Michelson— valga lo que ha costado conseguirlo. Se refugia en las palabras de Ólafur: «Tenéis que hacer que todo esto merezca la pena» y las verbaliza hasta que se le seca la garganta y se le humedecen los ojos. Acto seguido, se agarra con ambas manos al cinturón de seguridad y tira de él como si quisiera escapar de sí misma. Lo hace con la mirada a través de la minúscula ventanilla que tiene a su derecha y se topa con la oscuridad absoluta. No se atisba foco de luz alguno; no obstante, se percata de algo que extingue de inmediato el amargo incendio que se ha estado propagando en su interior.

Ha dejado de llover.

Erika es consciente de que puede que siga cayendo el diluvio universal sobre el glaciar, pero esa mínima esperanza es el clavo ardiendo al que quiere agarrarse.

Se retrepa en el asiento y se frota la cara con vehemencia. Aprovecha esa inercia de positivismo para abrir la cremallera de la mochila y sacar el diario de Matthew J. Michelson. En la cabaña consiguió leer más de cien páginas antes de dejarse vencer por el sueño y la inmensa mayoría de las anotaciones tienen que ver con la desaparición de la estatua y la subsiguiente investigación en torno al contenido de la misma. Podría tratarse de una novela negra en sí misma, pero no es más que el relato sesgado de unos hechos tan reales como difíciles de creer. No encuentra mejor forma de ser leal a su compromiso con Ólafur y de patear lejos la incertidumbre que rodea al estado de Sancho que continuar donde lo dejó, en la parte que retoma el padre de Michelson.

Hoy he mantenido un segundo encuentro con el experto que me recomendó el comisario Ramírez. Le he mostrado algunos documentos y he visto reflejado en su cara lo que buscaba. Ya no me cabe ninguna duda de que aceptará el trabajo y de que, si alguien puede descifrar el mapa, ese es Alcides Edgardo Bujalesky.

Vuelvo a notar ese hormigueo.

Hoy, más que nunca, me acuerdo de ti, abuelo.

Lo vamos a conseguir.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Gabriel advierte que el agua cada vez es menos fría y asume que es un síntoma evidente de que su sistema nervioso está empezando a fallar. Pronto perderá el control de la motricidad y entonces sabrá si su idea ha dado resultado o no. Le cuesta dar crédito a sus acciones, pero encuentra la justificación que necesita en ese deseo. Ese que le empujó a correr lejos; a subir a los árboles; a alimentarse de insectos; a deshacerse de los animales de dos patas; a absorber los conocimientos de Damocles; a eliminar a sus enemigos: el deseo de sobrevivir.

Y ello es propiamente el motivo que la ha llevado a la inédita y comprometida situación que ahora comparte con el policía barbudo, un animal de dos patas diferente a los demás, comprometido con sus propósitos, como ella. Es consciente de que no cuentan con muchas probabilidades de lograrlo, pero se ha conjurado para exprimir hasta la última gota de esperanza con tal de poder volver a subir a lo más alto de Ata.

Sobrevivir.

Por su parte, Sancho no ha entendido bien qué objetivo perseguía el arcángel cuando ha empezado a golpear furiosamente el hielo, primero con la pala del piolet y luego con el pico, hasta hacer un boquete de unos cincuenta centímetros de diámetro por veinte de profundidad. Tampoco le ha dado ninguna pista que le ayudara a comprender el motivo por el que le ha pedido que se despojara de sus pantalones, así que no le ha quedado más remedio que preguntar.

Y a ella que responder; a su manera.

El arcángel le ha ilustrado que la capa de hielo exterior es la que ofrece mayor resistencia debido a la acción combinada del agua y el viento y que, por tanto, el piolet se clavaría más profundo si rompe y elimina esa coraza. Seguidamente le ha demostrado que con los pantalones, el cinturón y la herramienta de escalada, se puede fabricar una especie de amarre cuya sujeción depende de cuán profundo consiga clavar el pico en la pared. Esa tarea le ha tocado a él y, por la expresión del arcángel, Sancho ha interpretado que el resultado ha

sido satisfactorio, a pesar de que cada minuto que pasa se mueve con más torpeza. Acto seguido, ella se ha parado a escasos centímetros de él y le ha pedido que se acercara más. Al ver que sus ojos, antaño tintados de rojo ira, se han tornado en rojo rubor, lo ha comprendido todo.

—A grandes males… —dice Sancho en castellano.

El arcángel no muestra interés por comprender el significado, pero, sin atender a ninguna razón lógica, el pelirrojo se empeña en hacerse entender.

—Es una forma de hablar recurrente —se explica, esta vez en inglés —. Podría entenderse como: *The greater the illness, the bigger the pill.*

Gabriel sonríe tímidamente.

Ahora están abrazados, con los pantalones por debajo de las axilas certificando la unión, bien anudados en su espalda a modo de arnés y conectados al piolet clavado en el hielo a través del cinturón. Respiran de forma sincrónica, tratando de prolongar al máximo cada inspiración y espiración, compartiendo el escaso calor corporal que les queda, conteniendo a duras penas los escalofríos que se repiten cada vez con mayor frecuencia. Juntos, peleando en el mismo bando por la misma causa: sobrevivir.

Fuera ha dejado de llover, pero el agua, aunque con menos intensidad, sigue cayendo.

Sancho se mantiene firme, pero tiene sueño. Más que sueño siente la necesidad de dormir, de desconectar el cerebro. Resulta paradójico que no se muestre preocupado, ni siquiera intranquilo. Es como si lo que está viviendo le estuviera sucediendo a otra persona, porque no siente ningún pesar. Hace rato que ella, no sabría concretar cuándo, ha apoyado la cabeza sobre su hombro y, pese a que la nota respirar tímidamente, ya no escucha su latido.

Por simpatía, se pregunta qué pasaría si descansara un momento.

Apenas un instante.

Un abrir y cerrar de ojos.

Un parpadeo prolongado, nada más.

Se arriesga.

Sobrevolando Buenos Aires (Argentina)

Erika frunce el ceño y levanta la vista como si quisiera atrapar las respuestas que, medrosas y cobardes, están huyendo de su cabeza.

En el margen izquierdo del diario, deficientemente trazado a mano, aparece el símbolo alquímico de la piedra filosofal. Se trata de una circunferencia que contiene un triángulo equilátero cuyos vértices tocan el contorno del círculo. Sobre su base se apoya un cuadrado

que, a su vez, alberga otra circunferencia de menor tamaño. Representa la cuadratura del círculo, la perfección absoluta. Damocles.

Erika cree que no es la primera ocasión que lo ve. No lo cree, está segura de ello. Recuerda que Jaap Keergaard le habló de ello en aquel bar tan extraño de Budapest cuando la ilustraba sobre los tatuajes que distinguían a los arcángeles. Este último es distinto a los demás y se le quedó grabado porque lo dibujó con espuma de cerveza sobre la mesa. Pero no, no es ese el fotograma que está intentando encontrar, está buscando otro más reciente que no logra atrapar.

Relee el último apunte del diario de Michelson por si le puede ayudar.

17 de noviembre de 2009

Cada día me cuesta más rescatar recuerdos de mi memoria, pero estas fotos son del todo clarificadoras. ¿Cómo no he caído antes en la cuenta? El símbolo alquímico de la piedra filosofal, el distintivo de Damocles. Cien veces lo he visto y cien veces no he sido capaz de entender el truco. ¡Qué estúpido!

Damocles no es la mano derecha de Corteza de Roble ni lo fue de ningún Gran Maestre. Es el vigilante y el protector del Templo. Vigila que se cumpla el *Novem Regulas* y protege lo más preciado. Por eso es el responsable de conformar y dirigir el maldito coro de arcángeles, para cuidar de que la Asamblea no actúe priorizando sus propios intereses sobre los de la hermandad. He de reconocer que Minos era un hombre brillante. El más brillante. Nos ha engañado a todos. Ahora sé que Bujalesky tenía razón: El Cartapacio es una burda mentira. El mapa solo lleva a unas cenizas cuyo valor no trasciende de lo puramente romántico. No albergo ninguna esperanza.

Aquí se acaba todo.

Aquí termino yo.

Aquí os maldigo, Minos y Damocles, Damocles y Minos.

De repente, agarra la mochila y la deposita en su regazo. Busca las fotos de época que recogió Sancho del despacho. Busca una en concreto, esa que hizo que Michelson se diera cuenta de que el hombre que estaba retratado en el cuadro no era su bisabuelo, sino el general Las Heras, el primer Damocles. Le tiembla el pulso. Encuentra varias en una carpeta de cartón. Según la descripción de Michelson, se trata de una en la que aparecen inmortalizados unos esgrimistas. No empeña más de un minuto en localizarla. Unos jóvenes posan orgullosos bajo un cartel en el que se puede leer el nombre del club: «Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires». En la fila de arriba, el penúltimo de la derecha es el general Las Heras y lo que asoma por su axila es la empuñadura con el símbolo alquímico de la piedra filosofal. Esa es la foto a la que se refiere en la anotación del diario que prueba que Las Heras era Damocles. Bien. Sin embargo, sigue sin atrapar el recuerdo que revolotea esquivo en algún lugar de su cerebro.

—«Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires» —lee—. Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires —repite.

Las letras empiezan a bailar frente a sus ojos.

—Gimnasia. Esgrima. Buenos. Aires. G. E. B. A. ¡GEBA! ¡Mierda! Él pertenece a GEBA. Él es Damocles. ¡Mierda, mierda, mierda! —corrobora.

La conexión de ideas le hace atrapar la imagen que andaba buscando. Ya sabe dónde ha visto antes el símbolo de la piedra filosofal, pero ya no es del todo necesario. Ya ha resuelto el dilema.

La luz roja se enciende.

El copiloto egresa de la cabina y se dirige a la única pasajera que llevan.

—Señorita, en unos minutos vamos a iniciar la maniobra para tomar tierra en el helipuerto de Baires Madero. Tiene que ajustarse el cinturón.

La luz roja sigue encendida.

—Señorita, ¿ha entendido lo que le he dicho?

Palacio Barolo. Avenida de Mayo, 1370
Buenos Aires (Argentina)

Tiene la sensación de haberse quedado traspuesto, pero no, ha dormido profundamente sobre el somier metálico que es el suelo del faro, hasta que la cadera ha decidido poner fin al letargo. Se frota los párpados como si quisiera limpiar las partículas de sueño adheridas a los globos oculares.

—¡Buen día!

«Susto» no se ajusta a lo que experimenta Bujalesky.

—¡La reputísima madre que te parió! ¡¿Qué te pasa, pelotudo?! ¡Primero me dejás acá tirado como un pucho apagado y ahora querés que se me pare el corazón!

—Y…, bueno, llevo un rato esperando a que te despertaras para no joderte. Perdoná, amigo.

El dantista lo mira con recelo mientras se pone en pie.

—¿Tenés hambre? En el único sitio que encontré abierto tenían la máquina de café que no andaba, así que agarré un sangüichito al toque y una botella de agua.

—Es decir, que dabas por hecho que seguiría acá arriba.

—Digamos que si tuviera que apostar…, tomá y morfá un poco.

—Gracias. ¿Qué hora es?

—¿El celu que te regaló la mina no te dice la hora?

—Ese se apagó no sé cuándo.

—Las cinco y veinte de la madrugada. Yo entro a las siete, pero me costaba dormir.

—La conciencia, Telmito, la conciencia —dice dando dos mordiscos seguidos a la pieza—. ¡Mierda! ¿Qué tiene esto? ¿Salame?

—El de magret de pato con caviar se les terminó.

—Como tu inteligencia, papá —le responde en el mismo tono jocoso.

Telmo descarga su peso sobre la cabeza del bastón y deja que su vista se pierda en el horizonte.

—Por muchas veces que haya disfrutado de ella, uno no se cansa de admirar la belleza de esta ciudad.

—Mirá, en eso estamos de acuerdo —apunta metiéndose en la boca el último trozo. Lo ingiere casi sin masticar y bebe agua.

—¿Y cuál es el plan ahora? ¿Vas a bajar algún día o te vas a quedar mucho tiempo a disfrutar del paisaje?

—No, por desgracia tengo que bajar. Aunque no del todo —comenta Bujalesky haciéndose el interesante.

—¿No del todo?

—No. Hasta el decimosexto piso. Luego ya me importa tres carajos lo que pase.

Telmo compone una mueca a la altura de la afirmación anfibológica de Bujalesky. Este sonríe como un niño que acaba de cometer una travesura.

—Boludo, ¡lo averigüé todo! Te voy a mostrar dónde encaja la llave del purgatorio. ¡Vení! —le anima exaltado—. Acá. Sentate y mirá.

Bujalesky le recita los versos.

—¡Que lo parió!

—¡Exacto! Siempre pensé que la última llave iba a estar en el faro, pero no, amigo, no. Está ahí abajo, pero nunca miramos con la perspectiva adecuada. Vos mismo me dijiste que desde esa terraza es desde donde mejor se ve la cúpula. ¡Lo que vos decís tantas veces! Si querés esconder algo, ponelo bien visible y a la altura de los ojos de quien no sabe mirar.

—Totalmente cierto, pero… pará un cachito, Buji. Mirá que yo entré mil veces en las almenas y no es más que un recogedero de basura. Utensilios que no sirven, porquería, un montón de papeles viejos, muebles rotos, repuestos antiguos…

—Ahí adentro, en algún lado, tiene que haber un artilugio o dispositivo que funciona con esta llave. ¡¿Entendés ahora?! ¡Lo tengo, Telmito, lo tengo! —grita extendiendo los brazos para formalizar un abrazo con su compañero de viaje.

Abrazo que no llega a producirse, porque Telmo está parado y lo único que mueve son los músculos de la cara para configurar una expresión que Bujalesky no recuerda haber visto con anterioridad. Él la sostiene unos instantes antes de dar unos pasos en torno al motor giratorio hasta colocarse justo frente al dantista. La silueta de Telmo se ve distorsionada a través de las lentes del faro.

—¿Lo tenés? —pregunta.

—Dale. Disculpame, flaco. Tenés razón. Quería decir que lo tenemos, este triunfo es tan tuyo como mío.

—¿Seguro?

—Claro que sí, amigo, sin vos no habría llegado hasta acá.

—Eso está claro. Entonces, según vos, ¿qué sigue?

La voz de Telmo se ha secado. Ahora suena hueca y torva.

—¿Qué pasa, che? —pregunta escamado—. ¿No te llega el agua al tanque? Solo tenemos que colocar la llave donde corresponda y resolver el acertijo.

—El acertijo —repite.

Bujalesky frunce el ceño y va en busca de Telmo. Sin embargo, él mantiene la posición y la distancia dando pasos laterales.

—¿Qué dice Minos en el último verso? —pregunta el encargado.

Bujalesky se lo sabe de memoria, pero tarda en responder. Su cerebro está ocupado en otras deducciones. Las pulsaciones se le disparan.

—*Responded ante él, mi semejante, y os llevará hasta el tesoro que anheláis. ¿Quién descansa junto al más importante?* —le escucha recitar.

Al levantar la mirada, la silueta distorsionada de Telmo ha desaparecido.

Percibe su presencia a la espalda, pero es imposible que se haya movido hasta ahí. Se gira para comprobarlo.

—*¿Quién descansa junto al más importante?* —le pregunta Telmo.

Glaciar Perito Moreno
Provincia de Santa Cruz (Argentina)

Algo pasa. No puede respirar y siente que la cabeza le va a estallar. Abre mucho la boca e inhala con fuerza, pero los pulmones no reciben oxígeno, sino agua.

Agua fría.

Helada.

Sancho abre los ojos. Está sentado y todo a su alrededor es líquido azulado. Es su reino acuático. Solo ve una columna de luz que penetra oblicuamente desde la superficie y un bulto que flota a su lado. Eso atrae su atención. Tiene brazos y piernas. Su cabello es largo, blanco y ondula por encima de su cabeza. La suya le sigue doliendo. Ya no quiere estar sumergido e intuye que debería respirar, pero asume que ahí abajo, en sus dominios, no va a poder. Mira hacia arriba. Allí debería haber aire. Da la orden de ir hacia donde pueda inhalar una buena bocanada de oxígeno y aliviar la presión que ya nota en los pulmones. Las piernas se ponen en marcha; sin embargo, se mueven con desesperante lentitud. Igual que los brazos. No entiende. Repite la

orden una y otra vez. Tiene que respirar o no volverá a hacerlo, pero llegar a la superficie parece una gesta inalcanzable.

Lo único que puede hacer es insistir. E insiste.

Ya no aguanta más, pero no es la primera vez que se ve en una situación así y sabe que puede resistir un poco más. Siempre un poco más. La presión que se instala en su pecho es insoportable. El suplicio le obliga a apretar los dientes con fuerza.

Dolor.

La exasperada inhalación retumba en la Capilla. La angustia desaparece y eso le hace sospechar que le conviene mantenerse en ese otro reino de la superficie. Lo que sucede es que hay una fuerza que tira de él hacia abajo, como si se resistiera a que su rey lo abandone. Vuelve a dar la orden a sus piernas y sus brazos para que se muevan. Reconoce el entorno. Está en la prisión de hielo. De repente nota que roza el suelo con el pie. El agua le llega hasta la nuez, pero no le hace falta nadar, solo ubicarse. Lo hace. Entonces, sus neuronas parecen volver a funcionar a la velocidad normal de procesamiento, lo cual le anima a realizar una reconstrucción de los hechos. Se han quedado dormidos y, aunque el piolet ha resistido, se han debido de escurrir por dentro del pantalón.

Sorprendentemente, no siente frío.

Percibe un sonido distinto al de la caída del agua, pero una alarma más poderosa interrumpe el proceso cognitivo. Se pregunta dónde está el arcángel y milésimas de segundo después recupera una imagen en su memoria a corto plazo y la busca con la mirada bajo el agua. La localiza de inmediato. Alarga el brazo, agarra el bulto con brazos y piernas y tira de él hacia arriba. Solo le preocupa sacarle la cabeza del agua. Lo consigue y utiliza su mano izquierda para sostenerla. Tiene los labios morados, el rictus laxo y la tez marmórea. Es realmente bella. Un ángel. No parece que esté respirando. Acto seguido busca la carótida y posa su dedo corazón. Nota leves pulsaciones. Le tapa la nariz e insufla aire en su boca. Apenas logra hacerlo, porque se le entrecorta la respiración. La cuarta vez se siente agotado. Es consciente de que los precedentes no son alentadores. No hace mucho intentó reanimar a otra persona, una niña de quince años. Y fracasó.

Lo único que puede hacer es insistir. E insiste.

Acuerda con su agotamiento concederse un instante sabático con el objeto de prolongar la exhalación todo lo posible. Tras obsequiarla con la última gota de oxígeno de sus pulmones, la golpea en el pecho con el puño cerrado.

Un tosido precede a la arcada. Inclina la cabeza del arcángel para que el agua que ha tragado regrese a su lugar de origen. Sancho sonríe, no sabe muy bien por qué. Ella reacciona tímidamente. Conforma un gesto medroso y se aferra a su cuello. A esa distancia

distingue a la perfección la red de finos capilares que dan color a sus iris transparentes. A Sancho le gustaría decir algo; sin embargo, le tiembla tanto la mandíbula que no se ve capacitado para articular palabra. Permanece en silencio y sin saber qué hacer hasta que se percata de que ya no cae agua, cae luz. Al principio infiere que ha amanecido y que debe de tratarse de la luz solar, pero llega con demasiada intensidad, es demasiado artificial. Además, el sonido que ha percibido antes ahora le parece que se corresponde con el de un motor lejano. La curiosidad le invita a acercarse. Se mueve muy despacio. Apenas le separan cinco pasos, pero cada uno le supone un esfuerzo descomunal y no es porque esté cargando con el cuerpo del arcángel, se debe al estado de letargo en el que está atrapado su sistema nervioso. Cuando está a punto de llegar, el chorro de luz titubea. Sancho se coloca justo en la vertical, se cubre los ojos con la mano y mira hacia arriba.

Un hombre cuelga de una cuerda.

Sancho sonríe.

Esta vez sí sabe por qué.

Helipuerto Baires Madero
Buenos Aires (Argentina)

Erika ha descendido del helicóptero como si el Vietcong la estuviera esperando para darle la bienvenida. Sin terciar palabra con nadie, ha salido del helipuerto siguiendo las flechas y ahora está buscando la palabra «libre» iluminada en el parabrisas de algún taxi.

Está furiosa y la ira parece tener su prolongación en un cielo que está empezando a romperse con las primeras luces del día.

Le da la dirección del hotel al conductor. Quiere poner a salvo la documentación y coger la pistola que tiene escondida en su habitación antes de ir a buscarlo. Algo le dice que en ese estado de alteración no debería ir armada a pedir explicaciones a ningún otro ser humano, menos aún a Villa 31 habida cuenta de los precedentes, pero no es capaz de aplacar la infinidad de emociones que han torpedeado su línea de raciocinio.

«Cosas de la bipolaridad», se justifica.

Le dice al conductor que espere y no invierte más de dos minutos en subir y bajar. El hombre no se inmuta cuando le indica dónde van, lo cual le genera buenas sensaciones. Todavía no es hora punta en Capital Federal y se transita con cierta fluidez. Nota que el teléfono vibra en su mano y deduce que es Bujalesky. Se equivoca. Leer el nombre de Makila paraliza sus funciones vitales.

—Por favor —contesta—, que sean buenas noticias.

—Lo son —confirma la voz cavernosa del nigeriano—. Sancho está a salvo. Sufre un episodio de hipotermia severo y un traumatismo en la parte posterior de la cabeza, pero ya está siendo trasladado al hospital de El Calafate. Se recuperará.

Erika no sabe qué decir. La explosión jubilosa que se localiza en su pecho ha destruido todo su arsenal de palabras.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Sé que ya estás en Buenos Aires, pero necesito que me confirmes que estás de camino al aeropuerto.

—Tengo que colgar, te llamo en cuanto pueda.

Cuelga y apaga el teléfono.

Le tiembla ligeramente la cabeza. Dos impertinentes lágrimas asoman por el rabillo del ojo, pero Erika no consiente que pasen de ahí. La felicidad que la embarga es tan fuerte como la rabia que acumula. En su interior tiene lugar el apareamiento entre ambas, del que nace de manera espontánea una criatura vigorosa y descontrolada. La bautiza Furiente y la amamanta durante el trayecto con las emociones del pasado. Cuando la voz del taxista le anuncia que han llegado al destino, Furiente ha alcanzado la mayoría de edad y es dueña de sus decisiones. Y de las de Erika.

No sabe cómo llegar a la casa de Bujalesky ni en un millón de intentos, pero al punto exacto donde dispararon a Ólafur sí. Solo tiene que seguir una de las calles principales hasta toparse con la plaza y, una vez allí, preguntar por el Ruso. Alguien sabrá decirle. Camina con paso firme y acelerado, en sintonía con su estado de ánimo. La barriada ya está a pleno rendimiento.

—Che, Erika, ¿qué onda? —escucha antes de alcanzar su destino.

Reconoce de inmediato la expresión risueña de Martín.

—¡Hola! ¡Eres mi salvación! Estoy buscando al Ruso.

—¿Vos también? Mirá que ayer un tipo grande andaba con un bastón preguntando por el Ruso por acá y por allá. Lo encontró en la heladera, que es ese sitio donde…, ya sabés.

—Sí, ya sé. Sigue.

—Y eso, nada, que se fue con él. Más bien diría que lo llevó arrastrando, porque el Ruso andaba bien chupado del todo, ¿viste? Siempre que se pone a tocar termina mal, pero ayer estaba hecho mierda. Pero mal.

—¡Jo-der! ¿Cuándo dices que ocurrió eso?

—Ayer a la mañana.

—¿Sabes adónde fueron?

Martín se encoge de hombros en el momento en el que ella se percata de lo innecesario de la pregunta. Erika agarra a Martín por el cuello y le planta un beso en la comisura del labio.

—¡Gracias! —se despide.

Martín pasará los siguientes tres días atolondrado, con cara de atolondrado y comportándose atolondradamente atolondrado.

Sergio, conserje del Barolo, la ve llegar. Ha tratado con muchas personas para saber que tras esa expresión se esconde otro problema más.

—Estoy buscando a Telmo.

El tono con el que se expresa corrobora su sospecha.

—¿Pasó algo?

—Pasa que tengo que hablar con él —responde Furiente.

—Sabemos que llegó, pero debe de andar por ahí intentando arreglar el quilombo que tenemos acá montado.

Ella pregunta sin preguntar.

—Los ascensores no funcionan desde esta mañana y en poco más de media hora deberían abrir las oficinas. A las diez tenemos un grupo de alemanes que tiene programada una visita guiada y si no se arregla ya…

—Entiendo, pero por mí no se preocupe, no me importa subir por las escaleras.

—Señorita, en realidad, no puedo dejarla que…

—Sergio —lee en la placa—, en realidad, se trata de un asunto muy urgente, por eso me habrá notado algo nerviosa.

El conserje calibra las palabras de esa mujer de pelo rojo y ojos azules casi grises que tanto le ha llamado la atención los días precedentes. Resuelve derivar el problema a otra parte, como exige el buen desempeño de sus funciones.

—Su oficina está en el decimosexto piso, pero desde ya le digo que allá no lo va a encontrar. Quizá esté en el cuarto de motores, en ese mismo piso, apenas sale de las escaleras, por el pasillo de la izquierda.

—Muchas gracias. Una última cosa, Sergio. ¿Sabes si Bujalesky está por aquí?

—Siempre anda enredando por acá y por allá, no sabría precisar cuándo fue la última vez que lo vi.

—Gracias. Has sido muy amable.

Al pisar el mármol de Carrara del primer peldaño de los mil cuatrocientos diez que visten la escalera principal, se pregunta el motivo por el cual Telmo ha paralizado los ascensores. Sabe que lo ha hecho anteriormente para poner en funcionamiento uno de los que están ocultos, pero… ¿por qué ahora de nuevo?

Una hipótesis se construye en su cabeza antes de llegar al tercer piso.

El decimosexto no será la meta.

Mil trescientos veinte escalones la separan de ella.

—¿Quién descansa junto al más importante? —insiste Telmo.

—No te la puedo creer —murmura Bujalesky bajando la mirada—. Hijo de una remil puta. ¡No te la puedo creer!

El encargado compone una expresión arrogante del que se sabe ganador.

—¡El vigilante! Claro. El vigilante no es el faro, es Damocles. ¡Vos sos el vigilante! ¡Vos sos Damocles!

—Para servir a su eminencia. Contesta la pregunta o el viaje termina acá nomás.

Pero el dantista necesita masticar la sorpresa y digerir la indignación antes de pronunciar palabra.

—Cualquiera se habría dado cuenta…, cualquiera menos vos, cuyo único mundo gira alrededor de tu ego. Te conozco desde que llamaste la atención del profesor Lattuada y él te abrió las puertas de la orden. Te conozco mejor que vos mismo, creeme.

Bujalesky lo mira incrédulo.

—Remigio Lattuada, ¿te suena o ya lo borraste de tu cabeza? Él fue el primero de los tuyos que lo intentó. Consiguió laburar acá porque estaba convencido de que encontraría los restos de Dante en el edificio. Creía que durante los primeros días de junio, cuando se da la alineación con la Cruz del Sur, iba a suceder algo místico en el faro que iluminaría el lugar. No iba muy despistado, pero quiso tomar un atajo sin seguir las indicaciones del mapa. No bajó a los infiernos ni pasó por el purgatorio, por lo que no podía dejarle continuar el viaje, ¿entendés? Ya lo dijo Minos de las inscripciones de las bóvedas del infierno: *Corpus animun tegit detegit:* «El cuerpo a veces oculta el alma, otras la revela». Y en el mapa: *El alma prosigue, no el armazón.*

—El armazón, sus ropas.

—Eso fue lo que quedó del infeliz. En cuanto a vos, querido amigo, no te creí capaz de llegar tan lejos. Es más, cuando averiguaste que El Cartapacio no era más que un engaño pensé que abandonarías también la búsqueda de las cenizas. Pero no, vos te empeñaste en continuar, porque lo que realmente buscabas era alimentar tu ego. Lo que no llegué a comprender nunca fue por qué te negaste a compartirlo con Flegias hasta que te enteraste de que el viejo iba a ser devorado por el olvido. Decime…, ¿por qué?

—¡Para que entendiera a qué sabe el fracaso! A Flegias solo le interesaba llegar a El Cartapacio como medio para vestir la túnica de Dante. Me ponía enfermo que ninguneara lo verdaderamente importante.

—Igual que hiciste vos con la doctora. Jugaste con ella para ver si podía sacarte de ese punto muerto en el que estabas. ¡Sos un engreído hijo de puta! ¿Y el artículo? ¿Qué sentido tenía el artículo? Muy ingeniosa la forma de demostrar que descifraste el mapa. Bravo. Únicamente el que sabía de su existencia podía entenderlo, es decir, nosotros, tus enemigos. Muy valiente, maestro. Ahora contestame a esto: cuando lo enviaste a la revista, ¿eras consciente de que significaba tu sentencia de muerte y no te importó un carajo o realmente sos más pelotudo de lo que parecés?

—Solo quise lanzar un mensaje a quien fuera capaz de comprenderlo, nada más.

—Ya veo: sos mucho más pelotudo de lo que parecés. La rompés en el top de pelotudo. Porque Ramírez te lo advirtió y hasta yo te aconsejé no publicarlo. ¿Te acordás? Claro que sí. Pero tu vanidad pesaba más que la opinión de un baldragas como yo y mirá lo que conseguiste…, tu hijo terminó pagando la cuenta.

—¡Pero qué hijo de una remil puta que sos! —le grita señalándole con el dedo y avanzando hacia él en clara actitud amenazante—. ¡No te permito que…!

No los ve llegar.

Telmo ha realizado dos movimientos con el bastón y ahora Bujalesky está doblado por la mitad, con la boca muy abierta para tratar de recobrar la respiración. Pronto se le inflamará el pómulo.

—Estás tan ciego que ni siquiera te has dado cuenta de que he sido yo quien te guio hasta acá interpretando el papel de Virgilio. Tu ego es una venda demasiado oscura para dejarte ver a través. Si la doctora no hubiera descubierto por azar las estrellas en el Subte, jamás habrías encontrado la entrada al infierno, jamás —subrayó con acritud—. En ese instante supe que nada te iba a impedir reanudar la búsqueda, así que, desde entonces, no hice otra cosa que dejarte miguitas de pan —ilustra teatralizando el gesto— para que pudieras seguir el camino.

Telmo interpreta con acierto el semblante hocicado de Bujalesky.

—¡Obvio! ¡¿En serio no te diste cuenta?! A ver si consigo acordarme de todas. Sí. En el Subte, cuando ya estabas empezando a desesperarte fui yo el que te sugirió la posibilidad de que esa estrella no fuera la primera. Luego tuve que llamarte la atención con aquel grafiti para que vos descubrieras la puerta del infierno. ¿Y con el primer acertijo? ¿La palabra de nueve letras? La puta madre, Buja, más sencillo no podía ser y si no pronuncio «abandonar» todavía estamos ahí parados. Lo de la linterna fue un jueguito nomás, para comprobar tu determinación.

El dantista está empezando a descomponerse; sin embargo, lejos de apiadarse de él, Telmo sazona la herida.

—Siempre pensaste que estabas al frente de la expedición. Estabas

tan seguro de vos mismo, tan abstraído que no me costó atraparte la mano en la Boca de la Verdad. Ahora bien, ese enigma lo resolviste vos solito, lo reconozco. ¡Pero era muy fácil! —califica con sorna alargando infinitamente la «a»—. ¿Y en el ascensor? ¡Ahí pensé que ibas a empezar a sospechar de mí! ¡Me puse de rodillas para que el espejo te llamara la atención!

Las carcajadas de Telmo son puñaladas en el orgullo malherido de Alcides Edgardo Bujalesky.

—¿Y quién te trajo hasta acá a rastras cuando ya te habías dado por vencido? Yo. Te dejé solo para ver si eras capaz de distinguir las cúpulas, pero si no lo hubieras hecho, ya habría inventado algo. ¿Y sabés qué? Que nunca tuviste el valor de agradecérmelo, como si un simple «gracias» te fuera a restar méritos.

—¿Ya te divertiste suficiente o todavía querés continuar? —le recrimina Bujalesky.

—A estas alturas, no tenemos otra alternativa, Buji.

—¿Y qué pasa si me niego? ¿Correré la misma suerte de Remigio Lattuada?

La pregunta suena a desafío.

La respuesta no suena, se dibuja en los labios de Telmo.

Le arden los gemelos y nota el cuádriceps cargado. Inspira por la nariz y suelta el aire por la boca manteniendo un ritmo que le permita seguir subiendo escalones sin tener que parar a recuperar el aliento.

Cuando alcanza el descansillo del noveno piso solo escucha el sonido de sus pisadas y la voz de Furiente alentándola para que suba un piso más.

Le preocupa el estado de Bujalesky, pero no es eso lo que está dando de comer a los músculos de sus piernas, sino el deseo de resolver las incógnitas que siguen flotando en el aire, respuestas que Telmo posee. En el peor de los casos, lo retendrá a punta de pistola hasta que pueda contactar con Makila, pero el peor de los casos que ha sido capaz de imaginar no se parece mucho al que se va a enfrentar.

—Un destacado esgrimista con licencia para ausentarse de su puesto de trabajo para atender otras obligaciones, claro —deduce Bujalesky, que, superado el impacto inicial, está decidido a presentarle batalla y vencer al vigilante como estipula el poema—. Pero sucedió algo que no estaba en los planes del gran Damocles, ¿verdad?

—Creés que sabés, pero solo sabés lo que vos creés —dice Telmo señalándole con el bastón—. Sé que estás intentando ganar tiempo,

pero no me importa, nadie va a subir acá arriba hasta que yo lo decida.

—Los ascensores, obvio.

Telmo esboza una mueca de falsa culpabilidad.

—¿Y sabés qué? Que tenía muchas ganas de que llegara este momento. Necesito demostrarte lo cerca que creés haber estado y lo lejos que estás.

—Ilustrame —le reta Bujalesky tomando asiento.

—Permitime que empiece diciéndote que jamás supiste mirar en la dirección correcta ni hacerte las preguntas adecuadas. ¿Cuál fue el origen de la búsqueda? ¿Quién la desencadenó? ¿Por qué? Si hubieras recorrido el camino en sentido inverso, lo sabrías.

El dantista pone recta la espalda y se mesa su larga cabellera dispuesto a escuchar.

—Veamos. A Matthew J. Michelson, siendo todavía guardián, se le metió en la cabeza que la forma más directa de subir peldaños en la organización era descubrir el paradero de El Cartapacio. Su fe tuvo premio y finalmente logró hacerse con las copias que hizo Mario Palanti de los documentos que viajaron junto a los restos de Dante dentro de la *Ascensión:* el mapa y el certificado de autenticidad firmado por Malagola. Hechos de los que siempre fue conocedor Bernardo Segurola.

—El Damocles de la época.

Telmo asiente.

—Bernardo supo aprovechar la ambición del guardián para alimentar el engaño. Así, de la misma manera que yo hice con vos, él fue guiándolo por la senda equivocada y fracasó. Parecía que todo iba a quedar en el olvido con el paso de los años, pero con la llegada de Corteza de Roble a la maestría de la hermandad lo reavivó de vuelta. Eso sucedió poco después de que yo fuera ungido como Damocles.

Bujalesky levanta una mano para detener el discurso de Telmo.

—¿Por qué vos?

—Eso no importa ahora, pero te diré que mi segundo apellido es Segurola, quizá eso responda a tu pregunta. ¡Pero qué flor de boludo que soy! ¡Si ni siquiera te interesaste en conocer el primero! Una persona tan babieca como yo no era merecedora de tu curiosidad. La venda, Bujita, la venda —escenifica tapándose los ojos.

El dantista luce una sonrisa harto deslucida, totalmente esclarecedora.

—Esto va a ser muy divertido, ya vas a ver. La Asamblea eligió a Corteza de Roble para fortalecer las bases sobre las que se había erigido el Templo, ¿sí? Y él se tomó el proceso a rajatabla. Para lograrlo, tenía que hacerse con el control de los arcángeles y yo no pude o no supe evitarlo, lo reconozco. No le resultó complicado

corromper a la primera espada y, con él, a la mayoría de los arcángeles, por lo que mi figura como protector dejó de tener sentido. Aparentemente —añade—. Así, cuando asumí la nueva situación, llegué a un pacto con Corteza de Roble: yo renunciaba a esta tarea a cambio de que me permitiera seguir desempeñando mi labor como vigilante. Debo decir que solo aceptó cuando le mostré la carta de Mitre a Las Heras en la que confesaba el engaño de El Cartapacio. Al principio noté su irritación, pero enseguida se percató de que, en la situación en la que estaba, no le convenía en absoluto hacerlo público en la Asamblea. Yo guardaría el secreto y él mantendría su palabra de respetarme la vida y mi responsabilidad acá. Corteza de Roble podría tener una mente perversa, pero también tenía palabra. Por aquel entonces yo ya había elegido al próximo Damocles que me iba a suceder, por lo que, por fin, podría descansar.

—Pero aparecí yo, ¿no es eso?

—Ya te dije que te das demasiada importancia, Buji. No. Apareció un custodio con mucho peso en la Asamblea como principal opositor de Corteza de Roble, que seguía obcecado en recuperar los ritos ancestrales sin importarle demasiado el crecimiento del negocio. Y volvió a trazar el mismo itinerario que realizó su abuelo para ocupar el puesto de Gran Maestre, una línea de ruta que pasaba por encontrar El Cartapacio y usar su poder coercitivo para controlar la Congregación. Por desgracia para mí, ese plan chocaba de frente con mi labor como vigilante. Yo me debo únicamente al *Novem Regulas* y este dictamina qué he de hacer llegado el caso en el que la Asamblea anteponga sus intereses a los de la hermandad: disolverla. Pero volvamos a nosotros. ¿Te acordás de cuando nos conocimos?

—Por desgracia.

—¿Quién fue al encuentro de quién?

Bujalesky desvía la mirada hacia la izquierda.

—Vos.

—Te estaba esperando. Necesitaba guiarte hacia un lugar concreto.

El dantista rebuscó entre sus recuerdos, pero su expresión, confundida y dispersa, revelaba que no estaba obteniendo ningún resultado.

—En esa primera etapa lo único que hiciste fue acompañarme en mi infructuosa búsqueda de la entrada del infierno. ¿De qué mierda me estás hablando?

—Pero hiciste un importante progreso, ¿sí? Aunque no tuviera relación con lo que vos ansiabas encontrar. Una pista: septiembre de 1998.

Bujalesky asiente varias veces y compone una mueca agridulce.

—La estatua.

—¿Quién te facilitó la información sobre su último paradero

conocido jugándose el puesto de laburo? Nuestro gran secreto.

Bujalesky visualiza en su mente un papel arrugado con una dirección en La Plata y las palabras de Telmo: «Me debés una grande, amigo, me estoy jugando la cabeza por vos».

—Por cierto, ¿tenías que mutilarla? ¿Era necesario serrarla así?

—Tenía que asegurarme de que no había nada más —se justifica Bujalesky.

—¿Y qué hiciste con ella? ¿Dónde la guardás? Da lo mismo, realmente me importa una mierda qué hayas hecho con ella. Pero hay más. ¿Quién te facilitó el acceso a las fotografías que te llevaron a descubrir el cuadro? ¿Entendés por qué?

—Querías que encontrara la carta de Mitre a Las Heras.

—Eso quería, Buji, eso quería.

—Pero… ¿con qué fin?

—¿De verdad tengo que contestarte a esa pregunta, eminencia?

Con la mirada siempre orientada hacia arriba, se ve obligada a hacer fuerza con la mano derecha sobre la barandilla para seguir subiendo. Ya no corre, pero continúa restando peldaños. Ahora acaba de empezar a subir los de la escalera de caracol que van del decimocuarto al vigesimoprimero. Le falta el aire y el latido parece marcar un ritmo que Erika está muy lejos de poder seguir.

Furiente la anima mentalmente, porque no tiene aliento que malgastar en palabras.

—No puede ser…, sos un mentiroso hijo de mil puta. Un fabulador.

—Vos, el experto de expertos en masonería, el más sabio de todos los sabios —teatraliza—, deberías haber tenido en cuenta que la Gran Logia de los Puros rompió con los preceptos de la antigua y pura masonería que todavía sostenían los pilares del resto de logias. ¿Y quién fue el Gran Maestre que se encargó de romper con ellos?

Bujalesky mueve la cabeza queriendo negar su estólida condición.

—¡Respondeme! —exige Damocles golpeándole de nuevo con el bastón.

—Minos, fue Minos —contesta servil.

—Minos, sí, señor. Todo esto —dice extendiendo los brazos— no es un *danteum,* es parte del laberinto que levantó Bartolomé Mitre para que nuestros enemigos se perdieran. Un panal de rica miel para los dantistas de la Fede Santa como vos. Te lo dije, Buji: creés que sabés, pero solo sabés lo que vos creés. Y vos quisiste creer en algo que yo me aseguré de alimentar. No te podés imaginar cuánto disfruté escuchándote adoctrinar a la mina, pavoneándote de tus profundos

conocimientos e indiscutibles teorías. Como la de la implicación de Garibaldi en el robo de los restos de Dante. Brillante.

El dantista se cubre las orejas con las manos, pero no puede evitar seguir procesando las palabras que brotan de la boca de Telmo como gérmenes patógenos.

—¿Cuál es la mejor forma de tapar un secreto? —prosigue el encargado, infeccioso—. Haciendo muy visible otro mayor. Mitre sabía que no iba a ser posible ocultar la existencia de El Cartapacio con el transcurso de los siglos, pero pensó que si creaba otro de mayor entidad ante los ojos del mundo podría llegar a ensuciarlo: el robo de las cenizas de Dante. El certificado de Saturnino Malagola en la estatua y la carta de Mitre a Las Heras en el cuadro fueron suficiente para crear una gran mentira de mayores dimensiones que la propia verdad. Y vos, querido, nos ayudaste desde el principio, al igual que antes lo había hecho Cepheus y con posterioridad Flegias. Gracias —apostilla maliciosamente.

El odio es lo que hace revivir el orgullo moribundo de Bujalesky. Y lo que delata sus intenciones.

Esta vez a Damocles solo le hace falta un movimiento para aplacar sus ánimos. Una delgada línea roja se dibuja como prolongación de la ceja de la que empieza a manar sangre de forma abundosa.

—Buji, haceme caso por una sola vez en tu vida: ni lo intentés —le aconseja Telmo.

Este se tambalea a la vez que trata inútilmente de contener la hemorragia. Vuelve a sentarse, esta vez por obligación.

—¿Sabés que en los planos originales de Palanti aparecía el nicho en el que debían guardarse los restos de Dante? Grotesco. En efecto, en esa almena, pero allá no vas a encontrar más que la llave del paraíso, llave que abre, esta vez sí, el cofre que contiene El Cartapacio.

Damocles escenifica una pausa para recrearse en su victoria.

—Y ahora, querido amigo, afrontá con dignidad la última prueba. Por méritos propios o ajenos, llegaste hasta acá, así que contestame correctamente a la pregunta y ya vas a saber dónde tienes que ir a buscar tu premio de consolación.

—¡Andá a cagar!

—¿Quién descansa junto al más importante?

—¡Andá a cagar! —escucha Erika a punto de poner el pie en el primero de los peldaños amarillos.

Reconoce la voz de Bujalesky. El corazón sigue a tope de revoluciones y ya no dispone de margen suficiente para gestionar más sobresaltos. Las Doc Martens le pesan como si las suelas fueran de

cemento y los cordones de plomo. Siente que toda la sangre de su cuerpo se ha concentrado en los muslos, los glúteos y los gemelos y no le llega suficiente riego al cerebro para emitir una serie de órdenes; triviales pero inabordables. Se ve en la necesidad de apoyarse en la pared para repostar aire. Calcula una bocanada de oxígeno cada dos escalones. Acto seguido, se despoja de la mochila que lastra su espalda empapada en sudor y la arroja al suelo, abre la cremallera, agarra la Glock 19 y la desliza por dentro del cinturón.

—¡Vamos! —la anima Furiente.

—Tenés dos opciones: intentarlo o no intentarlo —expone Telmo con voz templada—. La primera podría salvarte la vida, la segunda te la quita.

Damocles levanta ligeramente el bastón del suelo, tira hacia arriba del mango y lo gira hacia la izquierda. Un chasquido anuncia la presencia de un aguijón plateado que asoma por el extremo contrario.

—Solo es necesario que entre en contacto con tu tejido a nivel subcutáneo. Respondé de una vez. ¿Quién descansa junto al más importante? —insiste mientras avanza hacia la posición de Bujalesky, que sigue sentado—. ¡Vamos, papá, tenés que poder acertarla!

—¡Ya te dije que te fueras a cagar! —grita Bujalesky alzándose.

Telmo suspira hastiado.

—De acuerdo, querido, si lo preferís así, Venerable Maestre, que así sea.

Un grito desesperado le interrumpe la estocada. Telmo, que se gira desconcertado. Erika le apunta con un arma desde el hueco de las escaleras. Tiene el rostro desencajado, como si las facciones se hubieran puesto de acuerdo para huir de esa cara. En una fracción de segundo, Telmo analiza la amenaza y concluye que no es tal: la doctora no va a disparar.

Pero puede que Furiente sí.

Al mismo tiempo, su instinto le advierte de otro peligro. En realidad no ha sido el instinto, ha sido la visión periférica, que ha recogido un movimiento extraño.

Erika ha irrumpido en el faro justo en el momento que Telmo iba a agredir a Bujalesky. De entre todas las opciones que ha barajado su cerebro, total dos, ha elegido la menos drástica. Se ha sorprendido a sí misma por lo agudo y desagradable del sonido que ha salido de su boca y resuelve que ha tenido que ser cosa de Furiente. Sostiene la pistola con la derecha, porque la izquierda la usa para sostenerse ella. Las piernas le tiemblan y el sistema cardiorrespiratorio ha superado su

nivel óptimo de rendimiento. La situación de ansiedad prolongada ha provocado que su cuerpo libere muchas hormonas que ahora están afectando a su capacidad para enfocar. Así y todo, se anticipa al movimiento que va a hacer el dantista.

Y no le gusta.

Bujalesky ha sabido leer inmediatamente la situación de desconcierto que ha creado la milagrosa y ruidosa aparición de Erika. Ha dejado de ser el foco de atención para Damocles —Telmo, encargado del Barolo, ha dejado de verlo— y tiene que actuar. Alarga el brazo y la ase con fuerza. Desvía todas sus energías a las piernas para incorporarse e iniciar el golpe. El objetivo es la cabeza. La oportunidad es esa y no piensa desperdiciarla.

Telmo está entrenado para procesar situaciones ofensivas y reaccionar mucho antes que el resto de las personas. Los asaltos de esgrima se decantan de un lado o del otro por milésimas de segundo. El objeto que viene hacia él no es un florete ni un sable ni se parece a una espada, pero igualmente le fuerza a realizar un movimiento defensivo con urgencia. Entre esquivar o detener descarta la segunda opción por no estar en disposición de levantar el bastón a tiempo. Realiza un desplazamiento brusco hacia atrás para evitar que Dulcinea impacte en la sien izquierda, alejando su cabeza de la trayectoria circular que está dibujando en el aire.

Sencillo.

Previamente a que suceda, Bujalesky ya sabe que va a errar el golpe. Su rival se mueve a una velocidad distinta. Sin embargo, algo inesperado le ofrece una nueva oportunidad. Al retroceder, su talón tropieza con uno de los revestimientos que sobresalen del suelo y pierde la verticalidad. Una patada frontal en el pecho es la opción elegida.

Surte efecto.

Telmo no sabe contra qué ha tropezado, pero sí qué consecuencias acarrea. Ha perdido el equilibrio y para un esgrimista eso es la antesala de la derrota. Solo puede tratar de minimizar el daño. Se prepara para recibir la suela que viene hacia él.

Pero no para lo que viene después.

Erika juraría que allá arriba todo ha sucedido a mayor velocidad de lo normal. Un estallido da paso a la lluvia de cristales y la figura de Telmo desaparece.

Bujalesky no esperaba ese resultado, pero la sorpresa no consigue imponerse a su agresividad. Las manos que ve agarradas a uno de los listones que conforman el armazón de la linterna le indican que el enfrentamiento no ha concluido. Se asoma con cautela.

Telmo no sabría explicar cómo ha logrado aferrarse a la estructura, pero sí es conocedor de que no va a poder aguantar mucho tiempo. El viento sopla con fuerza, pero es otra fuerza la que le preocupa: la de la gravedad. Centra su atención en el espacio que hay bajo sus pies para comprobar que la caída hasta la terraza del decimosexto piso es mortal. Lo siguiente a lo que se enfrenta es a la mirada nada compasiva de Alcides Edgardo Bujalesky.

Erika reacciona. Arroja el arma al suelo y se dirige al lugar por donde ha visto esfumarse a Telmo. Los cristales crujen bajo sus botas.

—¡Ayúdalo! ¡Vamos! —le exige a Bujalesky.

—¡Agarrame de las piernas o me arrastrará! —le grita este.

Erika lo hace.

El dantista se inclina hacia delante y alarga ambos brazos.

—¡Dale, Telmito, agarrate! —le ofrece.

Duda, pero las heridas que le han provocado los vidrios en las manos mellan su capacidad de aguante.

—¡No seás pelotudo! ¿Qué te pensás, que te dejaría caer? Dale, agarrate.

Telmo suelta la izquierda.

—¡Te tengo! ¡Ahora la otra! —le anima.

Lo hace. El semblante de Bujalesky refleja el esfuerzo que requiere la situación. Una barra metálica le está oprimiendo el pecho y los músculos de la espalda; los hombros y los brazos están soportando un peso muerto considerable. No obstante, hay algo en sus ojos más feroz que el sacrificio físico que está llevando a cabo.

—¿Quién descansa junto al más importante? —le pregunta Bujalesky bajando el tono.

Telmo niega con la cabeza.

—Decime, amigo, por última vez —le amenaza moviendo los dedos de la mano izquierda para hacerle entender quién tiene la sartén por

el mango—: ¿quién descansa junto al más importante?

—¡Andate al infierno!

Bujalesky le sonríe anticipando sus intenciones.

—No, Telmito, al infierno te vas vos —susurra.

Ingravidez.

¡HAY QUE JODERSE!

El Golfo Norte
Carretera Barrika-Sopelana (Vizcaya)
Octubre de 2013

No se han cumplido dos meses desde la última vez que Ramiro Sancho pasó por allí. Su mirada se mece al ritmo del oleaje del Cantábrico mientras asume que su vida transcurre a una velocidad que supera con creces su capacidad de administrar emociones. No se considera impermeable, pero ha de admitir que la coraza que le cubre la piel es cada vez más dura, rocosa, considerablemente áspera. A pesar de ello, todavía alberga la esperanza de que sea porosa a otros sentimientos menos nocivos, como los que comparte con la mujer que permanece en silencio a su lado.

El cielo raso le hace preguntarse si la no presencia de nubes estará relacionada con la ausencia de alguien habituado a interpretar sus formas. Desde que regresó de Argentina ha tratado de esquivar el quebranto que le produce pensar en él y, sin embargo, no piensa eludir el compromiso que adquirió con el islandés.

—Tendría que existir un rincón como este por decreto ley cada cincuenta kilómetros cuadrados —observa Sara Robles desde la terraza de El Golfo Norte, cuyo privilegiado emplazamiento coronando el acantilado produce un efecto ensoñador.

—Apruebo la moción —responde el pelirrojo sin despegar la vista del perfil zigzagueante de la costa de Uribe.

—Y toda la zona… No parece este un mal lugar para retirarse —especula calentándose las manos con la taza de café.

—No lo parece, no. La cuestión es cuándo coño llegará ese momento o, peor aún, si, llegado el momento, sabremos distinguirlo.

—Depende del nivel de distorsión que hayamos alcanzado. Y al paso que vamos…

—¿Por qué hablamos en plural? —pregunta Sancho maliciosamente.

—Porque tú y yo ya no somos dos, somos uno, un «nosotros» —responde ella en el mismo tono.

Sancho hace el ademán de levantarse de la silla.

—Ahora que lo dices, hay que moverse —recuerda ella mirando el reloj.

—Sí.

—¿Crees que se alargará mucho? No es que me importe —añade al percatarse de la poca idoneidad de su comentario—, es solo por planificar mi tiempo.

—Una hora, supongo, pero te aviso. Me acompañas hasta allí, ¿verdad? Así te la presento.

—Por supuesto. Me conviene conocer a la otra —insiste Sara en acento jocoso.

Sancho la azota.

—¿A ella también la maltratas?

La bufonada de la inspectora sigue hasta que cruzan la carretera y entran en la zona ajardinada del restaurante Milagros. Un dogo argentino esprinta entre las hamacas que aún están sin ocupar siguiendo el azaroso itinerario de una pelota de tenis babeada. Trazando la trayectoria inversa con la mirada, Sancho llega hasta Erika. Sonríe.

Esa sonrisa.

—No me la imaginaba así —comenta Sara.

—Así, ¿cómo?

—Así de… Así —define.

—Ya comprendo, ya.

Erika repara en los recién llegados y levanta el brazo. Karatu le entrega el botín y se repite el proceso. A unos metros para producirse el encuentro, Erika toma la iniciativa y se arroja a los brazos del inspector, que no opone ninguna resistencia.

El abrazo dura lo que duran los abrazos de verdad.

—¡Qué ganas tenía de verte! —dice ella—. Hola, tú debes de ser Sara. Encantada. —Se besan—. ¡Oye, cabronazo, no me dijiste que estabas con una mujer de verdad! —Erika le agarra la barba con las dos manos y tira suavemente—. Me alegro mucho, en serio. ¿Nos sentamos?

En ese instante Sancho está a punto de preguntarle cuándo ha dejado la medicación, pero decide contenerse.

—Yo solo quería saludarte —interviene Sara—. Os dejo solos, que tenéis demasiado de qué hablar. Estaré dando una vuelta por aquí.

—Puedes quedarte si quieres —responde Erika—. Por mi parte no hay ningún problema.

Sara le consulta a Sancho con la mirada.

—Gracias, pero solos estaréis más cómodos. Nos vemos más tarde —se despide antes de posar un beso en los labios del pelirrojo.

Se sientan en torno a una mesa que pide a gritos que la acaricien

con un trapo húmedo.

—Me gusta —sentencia ella—. Bueno, ¿ya has visto la joya que te llevas?

—Erika, ¿seguro que es lo que quieres? Te estaba viendo disfrutar bastante con Karatu —le consulta pasando la mano por el lomo del animal.

—Sí, pero tengo en mente ir a Ámsterdam a ver a mi madre y luego quiero perderme por ahí una temporada. Necesito digerir mucha mierda y cada vez que lo veo me acuerdo de Ólafur. No sería justo para el animal. Además, estoy segura de que contigo, o con vosotros, va a estar genial. Y así tengo excusa para ir a verte, a veros.

—Sigo viviendo solo —aclara él.

—Bueno, eso es circunstancial. Os he visto esta mañana. No quise interrumpir, pero no pude evitar observaros un rato. Se os ve bien. Muy bien —precisa.

—Eso sí es circunstancial. Nunca se sabe cómo van a evolucionar las cosas.

—Venga, Sancho. Sois dos cuarentones con la palabra «amor» tatuada en la frente. No te opongas a los dictámenes de tu corazón solo por inercia. Joder, ¿esa frase ha salido de mi boca? Tengo que tomarme un par de cervezas para expulsar el espíritu de Corín Tellado que me ha debido de poseer esta noche.

Se levanta, camina acelerada hasta la puerta, la abre, hace señas con los brazos y regresa.

—Erika, te noto un tanto alterada.

—Puede, no sé. Estoy bien, la verdad. Me encuentro fuerte, con ganas no sé muy bien de qué, pero con ganas. Y tú ¿cómo estás?

—Razonablemente bien.

—¡Mierda! Tenemos millones de motivos para saltar de alegría. La última vez que te vi…, jo-der, pasé mucho miedo. Mucho. Demasiado. Miedo de película de miedo. Cuando me asomé por el agujero ese sin fondo me temí lo peor. Eres inmortal, Sancho, inmortal.

—Tuve suerte allí abajo.

—Bueno, no sé si «suerte» es la palabra que mejor define esa situación, pero, oye, tú mismo. ¿Se sabe algo del arcángel?

—Nada. Han revisado las cámaras del hospital y no se explican por dónde escapó. Bueno, para ser precisos, no escapó, porque no estaba detenida, por lo que entiendo que, en cuanto recuperó un mínimo de fuerzas, se levantó y se largó. Sin más. A mí me administraron un sedante en la ambulancia que me dejó frito al instante y cuando desperté, once horas más tarde, ella ya no estaba.

Una camarera trae las dos cervezas. Antes de servirlas limpia la mesa.

—¡Hola, Ainara!

—Buen día, Erika.

—Es la novia de Txus. ¿Te acuerdas de Txus?

—Claro.

—Pues eso.

—Que disfrutéis, chicos —les desea Ainara.

Erika le da un buen trago al botellín.

—¿Tenemos que preocuparnos? —pregunta ella refiriéndose al arcángel.

—No.

—Joder, con qué rotundidad lo dices.

Sancho se inclina hacia su izquierda para extraer la cartera del bolsillo trasero de su pantalón. Le entrega un papel.

—*The greater the illness* —lee Erika.

—Lo pasó por debajo de mi puerta, en el hospital.

—¿Qué sucedió allí abajo? —quiere saber mientras lía un cigarro.

Sancho le cuenta la versión resumida, pero cuando termina hay otros dos botellines sobre la mesa.

—Cambio lo de inmortal por superhéroe. Eres un puto superhéroe.

—Superfanta —se bautiza.

—Superbarba mola más. ¿Superbarbafanta? No, Superbarba. Ahora en serio, me parece acojonante que hicieras todo eso.

—Afán de supervivencia, supongo. ¡Qué más da! —concluye—. Hay una orden de búsqueda y captura contra ella, pero… Por cierto, me contó Makila que fuiste tú quien le avisó y que te pusiste, digamos, muy insistente. Te lo agradezco.

—Afán de conservar el único amigo que me queda, supongo —reconoce antes de dibujar una «O» con los labios en la que acoplar el botellín. Sancho aprecia cierta amargura en la afirmación, por lo que improvisa un rodeo.

—Doy por hecho que fuiste tú quien arrojó el piolet.

—Sí, la verdad es que no recuerdo muy bien qué estaba pensando en ese momento. Imaginé que podría servirte de ayuda.

—Y así fue.

—Bueno, ¿y qué más te ha contado Makila?

Sancho saborea el trago de cerveza sin despegar la vista de Erika. Puede palpar su ansiedad en las intensas y muy seguidas caladas que está dando al cigarro.

—La documentación que le llevaste a Lyon les ha servido de más de lo que esperaban. Han montado una comisión de investigación que involucra a catorce cuerpos policiales, incluido el nuestro. Hasta la fecha han detenido a siete personas, pero no quiso darme más detalles.

—¿Y tú crees que con lo que tienen podrán desmantelar toda la organización?

—De la cúpula se encargaron ellos mismos, quiero pensar que no les

resultará sencillo resurgir de sus cenizas. Independientemente, este pelirrojo da el asunto por zanjado. Cuando terminemos esta conversación no quiero oír una sola palabra más sobre la Congregación, Dante, el mundo de la masonería, el ocultismo, lo esotérico ni la putísima magia negra.

—Ni yo.

—Erika, tengo que preguntártelo. El cuerpo de Michelson sigue sin aparecer, ¿qué pasó?

Erika se lo confiesa entre calada y calada.

—No me preguntes por qué —concluye.

—Pues eso, lo que decíamos antes: a grandes males…

—Grandes remedios —completa ella.

—Grandes remedios, los cojones; grietas profundas.

Erika aplasta la colilla contra el cenicero.

—En ese momento me pareció que era lo que tenía que hacer, no sé, entiendo que por no dejarlo ahí a la intemperie. Al final fue una víctima más de toda esta locura.

—Puede que tengas razón, pero no derramaré una sola lágrima por él, te lo aseguro. Y del Argimiro Eduardo Boguslavsky este ¿qué sabes?

—Seguramente sepas más tú que yo.

—Sé que la Policía Federal Argentina le tomó declaración y que el testimonio ha pasado a formar parte del expediente, pero después de lo que tú les contaste la fiscalía no ha encontrado razones para presentar cargos contra él.

Erika se muerde el labio.

—Suéltalo.

—Está claro que el tipo nos engañó desde el principio. Es decir, me engañó —reconoce ella—. Sabía que El Cartapacio no existía y aun así me involucró en la búsqueda de los putos restos de Dante.

—Hasta ahí no veo ningún delito —objeta Sancho.

—Lo que digo es que no me fío una mierda de él. A su hijo lo mataron por su culpa, por su enfermiza obsesión. Y sobre lo que pasó allí arriba…, no puedo demostrarlo; sin embargo, cada vez estoy más segura de que lo dejó caer. Durante unos segundos intercambiaron palabras que yo no pude escuchar, pero lo último que sí oí fue a Telmo mandarle al infierno.

—¿Hablaste con él?

—¿Con Bujalesky? Claro. Dijo que se le había escurrido de las manos y que Telmo había intentado matarle. Repetía eso una y otra vez.

—Lo cierto es que presentaba varios golpes de diversa consideración. Yo le vi muy hecho polvo.

—Claro, porque con Telmo despanzurrado perdió todas las opciones de encontrar las cenizas, que es lo único que le importa en la vida.

—Pues que se joda. Y que se jodan Dante y los dantistas, los centinelas, los guardianes y los equilibristas.

—Exacto. Que se jodan. Aunque, para ser sincera, cuando descubrí que Telmo era Damocles subí todas las malditas escaleras del Barolo porque entendí que estaba en peligro, pero, principalmente, porque quería acabar de una vez por todas con…

—Superroja —le corta.

—*Superbipo* mejor.

Sancho libera una carcajada que atrae la atención de Karatu. El animal se apoya en sus piernas con las patas delanteras y le entrega la pelota.

—Ya está, ahí lo tienes —le anima.

Sancho observa la capa de saliva que cubre el juguete y la agarra entre el índice y el corazón antes de lanzársela lo más lejos posible.

—Makila también me contó cómo descubriste lo de Telmo. Si te sacas las oposiciones, te quiero en mi equipo.

—Joder con el nigeriano, es peor que una portera. Conmigo no habló tanto tiempo, aunque… lo mismo no hace falta que me vista de uniforme para que sigamos trabajando juntos.

—Vaya, vaya… Parece que el inspector general Makila sí mantuvo contigo una interesante conversación. Intuyo que te habló del nuevo grupo que va a comandar en la Interpol.

—*Strategic Group Against Human Trafficking* —reveló ella.

—El mismo, aunque, al parecer, abarcará bastante más que lo que dicen las siglas.

—Al parecer —repite con forzada indiferencia.

—Y qué, ¿ya tienes tomada una decisión?

—No ¿y tú?

Sancho termina su cerveza.

—Sí.

—¿Y?

—Es una propuesta sugerente, pero le he dicho que no le voy a contestar hasta que no esté del todo convencido.

—A mí me dijo que estaba seguro de que tú ibas a aceptar. Vincent Dare ya lo ha hecho.

—Lo sé, he hablado hace unos días con él. Déjame que te diga que la manipulación es la mejor virtud de Makila, por eso ha llegado tan lejos. Me gusta el tipo —valora—. Formar parte de ese grupo implicaría estar mucho tiempo fuera de casa.

—Eso, justo eso, es lo que más me atrae a mí.

—Para mí es el gran inconveniente. Ahora —aclara.

—Entiendo.

Erika inclina la cabeza sibilinamente.

—¿Qué?

—Intuyo que Sara tiene algo que ver en la futura decisión.

—No me tortures.

Ella manufactura otro cigarro.

—Anda, llámala y dile que venga. Que lleváis casi cuarenta minutos separados y no quiero hacerte sufrir tanto —dice ella consultando la hora del móvil.

—¿Ya hemos acabado?

—Si te digo la verdad, no me apetece mucho seguir hablando del tema.

—A mí tampoco.

—¿Otra?

—Sea. Tenemos que brindar por Ólafur.

Sancho vuelve a buscar alguna señal en el cielo con la misma suerte.

—Nefología —pronuncia Erika.

—¿Perdón?

—Así se denomina la ciencia que estudia el movimiento de las nubes. Me lo dijo él en el hospital aunque Ólafur era más de interpretar sus formas, a su manera.

—Parece que el firmamento haya decretado el luto oficial en su memoria.

—Totalmente merecido, era el último de su especie —certifica ella.

Silencio.

—Voy a avisar a Sara.

—Le voy pidiendo una cerveza, que vendrá sedienta.

—Vas a aceptar la propuesta de Makila, lo sé —asegura el pelirrojo mientras teclea en su móvil.

—Pues ya sabes más que yo.

—Te conozco y todavía no te ha llegado el momento de escribir *konets*.

Erika lo examina sorprendida.

—Busqué el significado.

Sus ojos azules, casi grises, titilan.

—Voy a pedir.

La mirada de Sancho persigue la azorada huida de Erika. Se rasca la barba y acaricia la cabeza del dogo.

—Bueno, muchacho, parece que tú y yo vamos a tener que llevarnos bien, ¿eh?

Karatu lo mira, curioso, expectante.

—¡Hay que joderse! —cierra.

NOTA DEL AUTOR

Estimada lectora o lector:

Permítame unas líneas más para retomar la idea que le lanzaba en el introito. *A grandes males* nace a partir de la colisión del hilo argumental que venía tejiéndose en las novelas que la preceden contra los acontecimientos históricos con los que tuve la suerte de encontrarme durante la fase de documentación. Mezclar ficción y realidad en la misma coctelera resultaba demasiado sugerente como para no tratar de preparar el combinado. Mi pretensión ha sido servirlo mezclado, no agitado; está por ver si he sabido o no ponerme a la altura de los ingredientes. A saber: los misterios contenidos entre los muros del Palacio Barolo y del Palacio Salvo; los coincidentes trágicos finales que salpican a los empresarios que los financiaron; la enigmática personalidad y obra de Mario Palanti, así como su membresía a la Fede Santa; la increíble pero muy cierta historia que rodea a la desaparición de la *Ascensión;* las incógnitas que hoy día aún enturbian la verdadera localización de los restos de Dante Alighieri; los mensajes contenidos en *La Divina Comedia* y la figura de Dante como Gran Maestre de la Fede Santa; la existencia de celebridades contemporáneas al desarrollo temporal de la trama con probada vinculación a la masonería; o incluso el haberme topado con leyendas sin probar, como la mencionada acerca de la desaparición de Remigio Lattuada en el faro del Barolo. Ante la duda de haber salido airoso del reto, me veo en la necesidad de insistir en que lo que usted acaba de leer debe ser digerido como una historia que nunca aconteció, pero que bien pudo haber sucedido.

En esta fría y oscura madrugada de agosto, quiero inaugurar el apartado de agradecimientos, como corresponde, con los seres que me acompañan en el día a día. Como dice la canción de Izal: *Los seres que me llenan.*

Olga y Hugo, sois mi epicentro vital, mi centro de operaciones

trascendental, mi cuartel general. Os quiero y necesito más de lo que jamás seré capaz de expresar por escrito.

A Urtzi, cómo no, por todo lo que ha significado y significa para este autor. Y por lo que vendrá.

A Néstor Flego, mi nuevo viejo amigo, por volcarte conmigo en el trabajo de adaptación al idioma original, pero, principalmente, por abrirnos los brazos desde aquel primer momento.

A José Luis Licciardo, guía del Palacio Barolo, por adoptar el papel de Virgilio en mis dantescas visitas a través de sus entrañas de hormigón armado haciendo visible lo invisible.

A Rodrigo Gavilán, subinspector del CNP adscrito a la Consejería de Interior de la Embajada de España en Buenos Aires, por hablarme del Palacio Barolo, con lo que ello ha provocado.

A Chevi de Frutos, por tu aportación creativa en el apartado visual y tus infinitas adaptaciones en forma de material incendiario para su propagación en las redes sociales.

A Carlos de Francisco, por inmortalizar esos instantes que me sirven de alimento cuando ando escaso de provisiones.

A Suma de Letras, Mónica, Gonzalo, Patricia, Mar, y a todo Penguin Random House, por seguir apostando por este aporreador de teclados y darme asilo dentro de vuestro prolijo catálogo de autores.

A los libreros, por incorporarme a sus filas en primera línea de frente cuando se presenta una nueva batalla. Más pronto que tarde ganaremos la guerra.

A la masonería y los masones, por su implicación en la búsqueda de la verdad capitalizando el librepensamiento del ser humano contra viento y marea.

A mis paisanos de Valladolid, por el calor y el afecto que me brindan cada vez que regreso a casa.

A Julián Saldarriaga y a Iván Ferreiro, por poner vuestro talento musical a disposición de la causa gellidista. Os adoro, disfrutones.

Y, como siempre, cerrando este capítulo de agradecimientos, a usted que aún sostiene este ejemplar abierto entre sus manos, porque sin los lectores nada cierra ni se sostiene en este agujereado mundo de la cultura. Le doy las gracias de corazón a la vez que me permito la licencia de ofrecerle un consejo: siga pasando páginas, todavía no ha llegado al final de esta novela.

César Pérez Gellida
Buenos Aires

EL MÁS IMPORTANTE

Catedral Metropolitana
Buenos Aires (Argentina)
Octubre de 2013

Si querés esconder algo, ponelo bien visible y a la altura de los ojos de quien no sabe mirar».

Y más visible no puede estar.

Desconoce cuántas personas pasan por allí a lo largo de una jornada, pero, con total seguridad, el mausoleo de José de San Martín, prócer de próceres para los argentinos, es uno de los lugares más concurridos de Buenos Aires. Él lo ha visitado en repetidas ocasiones, pero, como todos los que ahora lo hacen, su mirada nunca se había detenido en ese cofre, pues se quedaba ensimismada en el aura de magnificencia que desprende el féretro de «el más importante».

—¿Era pariente suyo? —escucha susurrar a una señora de avanzada edad, conmovida por las lágrimas que resbalan por las mejillas de Bujalesky. El dantista no se digna a satisfacer su curiosidad.

Han transcurrido tres semanas y dos días desde que los servicios médicos tuvieron que sedarle para bajarle del faro. El trámite policial duró lo que tardó Erika Lopategui en declarar como testigo del incidente. Él no entiende de leyes, pero el abogado que le ha atendido le ha asegurado que solo tiene que preocuparse de acudir a la vista previa cuando el juez lo disponga y que, siendo parte de un caso de índole internacional, no ocurrirá antes de un año. La noticia de la muerte del encargado del Barolo copó los titulares de la prensa y los noticiarios, pero enseguida quedó enterrada en la indignación nacional tras la derrota de la albiceleste contra Uruguay y la vorágine informativa de las elecciones legislativas fechadas para el día 27 del mes presente. Y es que no hay muerte violenta ni accidental por muy misteriosa que resulte que pueda competir en Argentina con el asesinato verbal de un delantero sin olfato de gol ni con el placer de descuartizar oralmente a un político.

Sin remordimientos ni preocupaciones, pero sí hundido por la

última revelación de Telmo, Bujalesky se recluyó de nuevo en Villa 31 dispuesto a ser corroído por el imperecedero ácido de la decepción. Lejos de producirse tal efecto, una incógnita sin despejar le sirvió de antídoto: «¿Quién descansa junto al más importante?». Tardó en darse cuenta de que la solución era en sí misma un engaño, ya que partía de una certeza equívoca. Dando por veraces los argumentos de Telmo, el asunto de las cenizas no era más que una burda historia con la que tapar la existencia de El Cartapacio. Siendo así, el más importante para Minos no era el divino poeta, ni mucho menos. El mapa era una suerte de mofa cuyo propósito no era otro que burlarse de Dante y distraer la atención de sus enemigos. Esa fue la forma de demostrar su superioridad frente a la ortodoxia de la Fede Santa y de los dantistas como él. Telmo quiso plagiar la fórmula regodeándose ante su enemigo en persona y regalándole información, pues pensaba que este jamás iba a poder aprovecharla.

A Bujalesky ya no le queda ningún resquicio de duda.

Para Minos el más importante no era otro que José de San Martín, hermano masón y el espejo en el que Bartolomé Mitre siempre quiso mirarse. Junto a él descansaba el que fuera su mano derecha, el primer Damocles, el general Juan Gualberto Gregorio de Las Heras, el vigilante de El Cartapacio y protector del Templo. ¿Quién si no?

Ha llegado el momento de invertir el resultante. No se llevará el primer premio, el que tanto ansiaba conseguir, pero el de consolación servirá para pisotear a la Congregación, para enterrarla definitivamente. Y todo será gracias a él, a Alcides Edgardo Bujalesky, Venerable Maestre de la tan golpeada pero superviviente Fede Santa.

Ya ha decidido que en cuanto lo tenga en su poder se lo va a entregar a Erika, dando por hecho que la doctora y el pelirrojo sabrán qué hacer con esos nombres que ahora, por fin, tiene al alcance de la mano.

Pero no quiere precipitarse. La entrada de la capilla está permanentemente protegida por dos granaderos que, si bien no prestan atención a lo que ocurre dentro, podrían frustrar su plan si se deja llevar por la ansiedad. Hoy, su objetivo no es otro que averiguar dónde encaja la llave que no deja de palpar dentro del bolsillo de su chaqueta. La ha recuperado del interior de la almena abovedada de la terraza del Barolo. Tal y como le había dicho Telmo, el lugar estaba repleto de objetos inservibles que tapaban una oquedad oculta tras una vulnerable reja que solo tuvo que abrir con la llave del purgatorio para extraer la tercera y última caja de terciopelo rojo. Tiene resuelto hacerlo durante el cambio de guardia que se realiza cada dos horas, cuya escenificación dura aproximadamente cuarenta segundos. Ese es el tiempo del que dispone para dar con el artilugio.

Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y comprueba que, en

efecto, se cumple el teorema de Damocles. Los monumentos a los acompañantes de San Martín —Tomás Guido, Las Heras y el soldado desconocido— pasan totalmente desapercibidos para la inmensa mayoría de los turistas. Son muy pocos los que les prestan una mínima atención y menos aún los que leen el nombre que está escrito bajo el busto de un hombre de gesto circunspecto y altivo: Las Heras. En ese momento, solo él está parado frente al cofre funerario que, supuestamente, contiene El Cartapacio. El receptáculo parece ridículo en comparación con el féretro del Libertador, que ocupa el centro de la capilla de Nuestra Señora de la Paz levantada en unos terrenos anexos, pues la Iglesia se opuso a que un masón fuera enterrado en suelo sagrado. ¿Qué mejor sitio para esconder lo que nadie ha de encontrar que en casa del enemigo? Bajo la gran cúpula resalta el conjunto funerario compuesto por un gran sarcófago de mármol negro y lápida roja imperial y cubierto por la bandera de la patria. Tres esculturas de bella factura que representan sus campañas de liberación en Perú, Chile y Argentina lo escoltan a perpetuidad. El del general Las Heras está labrado en bronce por una mano experta y en él se aprecia la calidad del trabajo en el cuidado de los volúmenes y, sobre todo, en la actitud del cóndor que custodia El Cartapacio: desafiante.

El tumulto que proviene del exterior le avisa de que está llegando el reemplazo de los granaderos. Surte el efecto previsto y los visitantes que están en la capilla salen en bandada para asistir al espectáculo a través de las pantallas de sus teléfonos móviles. Con cierto disimulo, comprueba que solo hay una persona que permanece dentro, pero está en el lado opuesto, junto a la urna del general Guido. No se lo piensa dos veces e introduce la mano entre el cofre y el pedestal para dejarse guiar por el tacto. Resulta insultantemente sencillo. La superficie es toda lisa y plana excepto una circunferencia que encuentra en la vertical del cóndor, cuyo diámetro, a falta de una comprobación más empírica, diría que es exactamente igual que el de la llave del paraíso, que sigue palpando en el interior del bolsillo de la chaqueta.

El glorioso hallazgo le produce una sensación muy cercana al orgasmo. Un orgasmo triunfal.

Y de tan intenso que es, apenas nota el pinchazo en la base del cuello. Instintivamente, se gira y agita la mano por detrás de la cabeza con el fin de espantar al insecto responsable de la molestia. En el movimiento se percata de que el turista está a su izquierda, pero no le da ninguna importancia, dado que él ha cumplido con su cometido y ya puede marcharse.

Pero no puede.

La neurotoxina de laboratorio está diseñada para provocar la parálisis nerviosa inmediata como preludio de la apoptosis neuronal. Una muerte cerebral programada en menos de cuatro minutos.

Las piernas no responden y pierde el equilibrio. Solo la intervención del turista evita que dé con sus huesos en el suelo. Delicadamente lo sostiene entre sus brazos y lo acomoda en el suelo con la espalda apoyada en el pedestal que soporta el cofre. Las vías catecolaminérgicas se bloquean, pero Alcides Edgardo Bujalesky todavía es consciente de lo que le está sucediendo y nota que el extraño introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta y le arrebata la llave sin que él pueda impedirlo. Quiere protestar, pero el sistema nervioso central, encargado de trasladar esa orden a sus cuerdas vocales, está desactivado.

Confundido, aún logra percatarse de que el turista que le está asistiendo es una estatua de mármol.

Una estatua de mármol viviente.

Una estatua de mármol viviente que lo observa con detenimiento.

En el fondo de sus ojos se dibuja una fina espiral roja que no puede ser sino la representación de los nueve círculos del infierno que describió Dante en *La Divina Comedia*.

Solo entonces comprende que es allí donde se dirige.

EL MAPA

Gran Arquitecto, Creador, hoy muéstranos
signos divinos que nos guiarán.
En esta oscuridad vagamos huérfanos.

Las mil penurias que sean serán
aún más allá del Malebolge eterno
hasta las fauces del mismo Satán.

Necesario es el descenso al infierno.
Cuerpos celestes, el rastro infalible
de la Catedral, puerta del averno.

El conocimiento la hará visible,
ora bien, para el descenso afrontar
deshaceros habréis de lo inservible.

En los círculos debéis demostrar
que la palabra del libro se sabe
para entre pecadores transitar.

Solo los puros hallarán la llave,
indispensable en el peregrinaje,
para ascender al purgatorio es clave.

Continuad, pues, este vuestro viaje
de iniciación, pero proseguid solo
si estáis dispuestos a pagar peaje.

¡Expíanos, Señor, las nuestras penas,
Ser único, la estrella que buscamos.
Hoy escuchamos lo que nos ordenas.

Del terrible infierno ya regresamos,
somos dignos de afrontar el presente

aun dejando atrás todo lo que amamos.

No es tarea fácil ser indulgente,
vosotros, los que nunca lo quisisteis,
afrontaréis la escalada valiente.

El botín que a Lucifer despojasteis
no sirve sin romper con lo ilusorio
para llegar donde nunca llegasteis.

Desde el primer balcón del expiatorio,
invisible al profano, está el cerrojo,
la ascensión siniestra hasta el purgatorio.

De nada os van a servir vuestros ojos,
ceguera que el pecado impedirá
atravesar los muros sin despojos.

El tiempo no existe ni existirá;
si vuestra penitencia fue sincera,
la luz al paraíso os guiará.

¡Sed bienvenidos, los inmaculados!
Como iguales que sois os respetamos,
si ya estáis libres de vuestros pecados.

Sobre vuestras cabezas nos hallamos,
las señales son brillantes deidades,
las guardianas de lo que siempre amamos.

Las mentiras son como las verdades,
no resulta posible distinguir
la luna del sol en las vanidades.

A las nueve esferas debéis subir,
mas angosta y escarpada es la ruta.
Solo la fe mata el miedo a morir.

En el Empíreo, la última disputa.
Cuatro cimas, dos visibles, dos no,
solamente hay una que la disfruta.

Perderéis por completo la razón
si no lográis vencer al vigilante.

El alma prosigue, no el armazón.

Responded ante él, mi semejante,
y os llevará hasta el tesoro que anheláis.
¿Quién descansa junto al más importante?

BANDA SONORA

UNO DE ESOS PIJAMAS DE MÁRMOL

Hasta acá me ha guiado la luna,
acá, donde los vivos deambulan,
donde el viento pregunta y las
respuestas son inscripciones en urnas.

Coronas de flores secas,
nombres, relatos y fechas,
un enjambre de difuntos
en el corazón de la Recoleta.

La fea que busca a Eva Duarte
vendería su alma al instante
solo por sentirse un poco amada,
sueños de un amor ya cadáver.

En otra vida quisiera ser árbol,
morirme nunca y nunca vestir
uno de esos pijamas de mármol.

El gordo frente a frente con Firpo,
en el cuadrilátero perdido,
volverán a partirle la cara,
último *round* con guantes vacíos.

En otra vida quisiera ser árbol,
morirme nunca y nunca vestir
uno de esos pijamas de mármol.

El poeta llora a José Hernández,
tiene más versos que realidades,
un Martín Fierro de papel
que no suma un gaucho en dos mitades.

En otra vida quisiera ser árbol,
morirme nunca y nunca vestir
uno de esos pijamas de mármol.

En este cementerio de ilustres
siguiendo el rastro de las cruces,
las historias de muerte saben
como saben a dulce los dulces.

En otra vida quisiera ser árbol,
morirme nunca y nunca vestir
uno de esos pijamas de mármol.

Uno de esos pijamas de mármol.
Uno de esos pijamas de mármol.
Uno de esos pijamas de mármol.

TAN VIVO, TAN MENTIRA

Tan vivo como un cactus,
tan mentira como fueron tus palabras,
muerto en el momento que soñé que eras mía,
en tu cama verde cubierta de espinas.

Tan vivo como Julio César,
tan mentira como fueron tus miradas,
tuerto al despertar, ciego el resto del día,
dagas son los besos con los que me asesinás.

Te abrí la puerta
con mis mejores deseos y mi peor sonrisa.
Te cerré la puerta
con mis peores deseos y mi mejor sonrisa.

Tan vivo como una bandera,
tan mentira como fueron tus insignias,
puerto seco de antiguos barcos olvidados,
esta guerra no se pierde en Malvinas.

Tan vivo como mis cenizas,
tan mentira como fueron tus caricias,
cierto como el final de los cuentos de enamorados,
me quemo en tus malas artes divinas.

Te abrí la puerta
con mis mejores deseos y mi peor sonrisa.
Te cerré la puerta
con mis peores deseos y mi mejor sonrisa.

Te cerré la puerta
y me hice una sopa con sabor a medicinas.
Te abrí la puerta
y se me escaparon volando todas las gallinas.

Te abrí la puerta
con mis mejores deseos y mi peor sonrisa.
Te cerré la puerta

y me hice una sopa con sabor a medicinas.

Te cerré la puerta
con mis peores deseos y mi mejor sonrisa.
Te abrí la puerta
y se me escaparon volando todas las gallinas.

Te abrí la puerta
y se me escaparon volando todas las gallinas.

PIEDRA Y PELUSA

Encontré la noche perfecta para cobijar defectos.
Me enfrenté a Morfeo, acunándome despierto.
En el pozo del deseo acaricié el encuentro.
Y allí estabas vos, tan selecta,
enamorando ciegos.

Encontré la noche perfecta para sacrificar miedos.
Me vendí a Perseo por un par de besos,
pidiendo ayuda divina al mismo infierno.
Y allí estabas vos, tan correcta,
alimentando fuegos.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar los dientes al mundo.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar…

Encontré la noche perfecta para destrozar recuerdos.
Me enamoré de Venus regalando versos,
pisando jardines, blanqueando huesos.
Y allí estabas vos, tan directa,
acribillando egos.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar los dientes al mundo.

Y me sumí en un sueño profundo,
lejos de vos, al lado tuyo,
donde enseñar…

Me desvelé en el empeño,
empeñado en regresar a ese sueño,
tan lejos de vos, al lado tuyo,
desesperado por no tenerte,

transpirando angustia,
empapado de vos,
seco de amor.

Me miraste como mira Medusa
y me hice piedra.
Me miraste como mira Medusa
y me hice piedra.
Piedra y pelusa.
Piedra y pelusa.
Piedra y pelusa.

FLOR DE PELOTUDO

Prestame otra moneda,
mi copa está vacía
y la botella llena.
Todavía es pronto para volver a casa.
Un trago más a cambio de mi alma.

Me la banqué solito,
chamullero desde bien chico.
Aprendiz de chorro como chabón,
pero nunca engañé a nadie
ni logré robar un trozo de cartón.

Ante vos me desnudo,
nací siendo un flor de pelotudo.
¡Flor de pelotudo!

Decidí hacerme famoso,
el camino más corto.
Arte no tenía para ser artista,
torpes los pies, incapaz con las manos,
descarté hacerme mago o futbolista.

Me señalan a menudo,
nací siendo un flor de pelotudo.
¡Flor de pelotudo!

Cantar era otra opción,
la cagada era mi voz.
Los instrumentos no me daban bola,
las notas eran insectos aplastados,
sonaba francesa mi guitarra española.

Me lo dice hasta el mudo,
nací siendo un flor de pelotudo.
¡Flor de pelotudo!

Así fue como me hice poeta,
colores de naturaleza muerta.

Encadenando palabras de amor,
torturando los versos robados.
Rimando duele todo menos el dolor.

Prestame otra moneda,
mi copa está vacía
y la botella llena.
Todavía es pronto para volver a casa.
Un trago más a cambio de mi alma.

Prestame otra moneda,
mi copa está vacía
y la botella llena.
Todavía es pronto para volver a casa.
Un trago más a cambio de mi alma.

AL FINAL DE LAS GUERRAS PERDIDAS

Una jaula vacía, la piel arrugada,
cicatrices que nunca se curan,
las velas guardadas en cajones
para días sin luz y noches oscuras.

Un jarrón roto, la lágrima derramada,
el dolor de millones de llagas,
las puertas cerradas sin cerraduras
que no se abren en un cuento de hadas.

Una flor marchita, la tierra agrietada,
los pies cansados que ya no caminan,
el olor a difuntos en los jardines
sembrados detrás de las líneas enemigas.

Una carta ilegible, la letra manchada,
las caras de los que ya se fueron,
los recuerdos abandonados
en la memoria de los que jamás volvieron.

Un rastro invisible, la mirada quebrada,
el miedo de los que solo obedecen,
el valor de los que ordenan avanzar
sabiendo que no les espera la muerte.

Un grito ahogado, la sangre malgastada,
el sonido de las balas de plata,
los cuerpos esparcidos sobre el cemento
de madres, hijos y hermanas.

Un final amargo, la voz cansada,
una canción triste de bienvenida,
esa que todos entonan llorando
al final de las guerras perdidas.

La piel arrugada
al final de las guerras perdidas.

La lágrima derramada
al final de las guerras perdidas.

La tierra agrietada
al final de las guerras perdidas.

La letra manchada
al final de las guerras perdidas.

La mirada quebrada
al final de las guerras perdidas.

La sangre malgastada
al final de las guerras perdidas.

La voz cansada
al final de las guerras perdidas.

LO QUE QUEDA EN LA CAMA

No puedo despegar la mirada de la cama,
todavía desecha, esperándote.
Soy un astronauta perdido en el mar de Java,
asfixiado entre tus piernas, asfixiándome.

Aspirando lo poco que queda de tu aroma,
sábanas blancas, arrugadas.
Soy un árbol talado que ya no da sombra,
podrido en tus labios, pudriéndome.

No fue tanto por lo que hicimos,
fue más por lo que dejamos de hacer.
No fue tanto por lo que tuvimos,
fue más por lo que no nos dijimos.
Lo que queda en la cama
son recuerdos que no valen nada.

Destilando gotas de sudor de la almohada,
colchón firme, titubeante.
Soy un capitán con la brújula estropeada,
hundido en tu ombligo, hundiéndome.

Encadenado al catre el resto de mis días,
manta áspera, indiferente.
Soy un equilibrista sin red ni melodía,
enredado en tu pelo, enredándome.

No fue tanto por lo que hicimos,
fue más por lo que dejamos de hacer.
No fue tanto por lo que tuvimos,
fue más por lo que no nos dijimos.
Lo que queda en la cama
son recuerdos que no valen nada.

Lo que queda en la cama
son recuerdos que no valen nada.

Lo que queda en la cama

son recuerdos que no valen nada.

Lo que queda en la cama
son recuerdos que no valen nada.

Recuerdos que no valen nada.

EL FINAL DEL CUENTO

Quienes cuentan el cuento llevan careta.
Barrigas hinchadas, pechos henchidos.
Uñas muy limpias para bajarse la bragueta.
Se escuchan más sus voces que tus ladridos.
Madrigueras de sangre y diamantes.
Como *hobby* asesinan cantantes.

El mundo gira para que todo siga igual.
Los capítulos se repiten.

Quienes viven del cuento llevan corbata.
Sillones de cuero para las reuniones.
Perfume de domingo contra el olor a rata.
Tu barrio vale menos que sus comuniones.
Si van a tocarte, se ponen los guantes.
Dejan el cargo con más plata que antes.

El final del cuento siempre acaba mal.
¡No se me agiten!

El mundo gira para que todo siga igual.
Los capítulos se repiten.
El final del cuento siempre acaba mal.
¡No se me agiten!

El mundo gira para que todo siga igual.
Los capítulos se repiten.
El final del cuento siempre acaba mal.
El cuento siempre acaba mal.
Siempre acaba mal.
Acaba mal.
Mal.
El final del cuento siempre acaba mal.
El cuento siempre acaba mal.
Siempre acaba mal.
Acaba mal.
Mal.

GIGANTE DE TRAPO

Quiero ser uno de tus mapas olvidados
solo para resultar interesante,
para que algún día me encuentres,
para que sigas la ruta hasta mi cama,
para no sentirte tan distante.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento.

Quiero ser uno de tus libros antiguos
solo por estar cerca de tu estantería,
por alejarme de las sombras,
por tratar de que me leas por las noches,
por saber si realmente me querías.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento.

Quiero ser uno de tus pergaminos arrugados
solo para llamar tu atención,
para que claves tus ojos en mí,
para que descubras qué guardo dentro
y para decírtelo escribo esta canción.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento.

Porque no fue hace tanto de aquello,
gigante de trapo,
y yo solo buscaba el momento
de ser eso que buscaba mi viejo,
de ser eso que buscaba mi viejo,
de ser eso que buscaba mi viejo.

GRIS ACERO SOBRE BUENOS AIRES

La vida es una estatua que se estrella contra mí.
Un campo de estrellas que se pelea.
Sos lo que me esperaba vos esperabas algo más.
Y yo en la enredadera que se pelea.
Lo gritó mas fuerte que el que mas fuerte gritó.
Lo gritó más fuerte.
Gris acero en Buenos Aires otra vez.
Soy yo, protégeme de mí.
Podría ser más fácil o podría ser peor.
El paraíso y el infierno que se pelean.
Las luces son demonios que sonríen cuando te ven pasar.
¡Pero qué poco brillan tus sonrisas!
Todos tus secretos nada valen si no estás.
Todas las mentiras todas vienen al final.
Todos tus secretos gris acero en Buenos Aires otra vez.
Soy yo, protégeme de mí.
Soy yo, protégeme de aquel que fui.
Que fui.
Lo gritó tan fuerte que el que más fuerte gritó.
La garganta tiene su límite.
Todas las preguntas, todas aun por contestar.
La cabeza marca su limitación.
Lo gritó tan fuerte que el que mas fuerte gritó.
La garganta tiene su límite.
Todas las preguntas, todas aun por contestar.
La cabeza marca su limitación.
Su limitación.
La cabeza.
Música en el baile.
Buenos Aires.
Paraíso, la cabeza.
Purgatorio, la belleza.
Infierno, la certeza.
Las preguntas en Buenos Aires.
Gris acero.
Buenos Aires da los naipes.
Protégeme de aquel que fui.
Gris acero en Buenos Aires.

Lo gritó tan fuerte.
Lo gritó tan fuerte.
Lo gritó tan fuerte.
Su limitación.
Su limitación.
Su limitación.
La sublimación.

ESA LUZ FRÍA

Algo se ha roto en mi interior.
Tus ojos son de un negro perturbador.
Me repetís que ya no hay nada.
¡Nada!
Todo se esfuma a mi alrededor.

Cada palabra es una espina.
Tu decisión, mi guillotina.
No puedo quitarme de vos.
¡No!
Eres polvo blanco, heroína.

Somos estrellas sin resplandor.
Sigues impresa en mi retina.
Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

Algo se ha roto en mi interior.
Soy presa de cualquier cazador.
Me repetís que ya no hay nada.
¡Nada!
En esta paz no hay vencedor.

Cada palabra es una espina.
Quiero morirme en cada esquina.
No puedo quitarme de vos.
¡No!
En blanco mi única rutina.

Somos estrellas sin resplandor.
Sigues impresa en mi retina.
Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

Salgamos juntos al exterior.

Esa luz fría nos asesina.

Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

Salgamos juntos al exterior.
Esa luz fría nos asesina.

Nos asesina.

MANIFIESTO ROSACRUCES

La rosa es el alma, la cruz el cuerpo.
No es el rojo ni serán los dorados.
La armonía con las fuerzas cósmicas.

Soy fuego: caliente y seco.
Hueco.

Trascender en el espacio tiempo.
La Antigua y Mística, los nueve grados.
El poder de la energía atómica.

Sos agua: húmeda y fría.
Vacía.

Un secreto que se lo lleva el viento.
El universo de los iniciados.
Alquimia de una vida alegórica.

Queréis tierra: seca y fría.
Sombría.

Permanece escrito en los elementos.
Piedra filosofal de los cruzados.
Solo la tradición pitagórica.

Buscás aire: húmedo y caliente.
Gente.

La rosa es el alma, la cruz el cuerpo.
Trascender en el espacio tiempo.
Un secreto que se lo lleva el viento.
Permanece escrito en los elementos.

No es el rojo ni serán los dorados.
La Antigua y Mística, los nueve grados.
El universo de los iniciados.
Piedra filosofal de los cruzados.

La armonía con las fuerzas cósmicas.
El poder de la energía atómica.
Alquimia de una vida alegórica.
Solo la tradición pitagórica.

EPITAFIO

Confundí el aire con viento.
Confundí la llama con fuego.
Así rezará el epitafio
de quien vivió amando a una mina
y muere hoy muerto de celos.

Agotado el llanto,
no me queda nada,
negrita mía,
es para vos este postrero canto.
Música de difuntos,
compases de un adiós,
¡qué tristes son los recuerdos
de nuestra vida juntos!
Me llevo tu amuleto,
te dejo mi alma rota,
mi corazón vacío
y el cenicero repleto.

En esta amurada soledad
necesito confesarte,
negrita mía,
mucho más que toda la verdad.
Yo quería protegerte
de las miradas de otros,
sucios pensamientos
de los que no podían tenerte.
¡Y aquellos rumores
que infectaban mis oídos…!
Me dejé pudrir por
el maldito mal de amores.

Noches de eterno insomnio,
días de condena,
negrita mía.
Firmé un pacto con el mismo demonio.
Para que pueda regresar
del infierno que merezco,

me deje besarte
y entonces te pueda olvidar.
Decisión moribunda
del que está por estar,
que solo hace falta esta bala
para llevarme a la tumba.

Confundí el aire con viento.
Confundí la llama con fuego.
Así rezará el epitafio
de quien vivió amando a una mina
y muere hoy muerto de celos.

Confundir el aire con viento.
Confundir la llama con fuego.
Así rezará mi epitafio.
Así exhalo mi último aliento.

ODIAR ES MUY SANO SI SE ODIA BIEN

Es un hecho, la multitud me ama,
me aman, sí, y no es por mi corazón,
tampoco es por romperla en la cama.
Un don que aprendí del cristianismo,
una antigua virtud envidiable:
odio al prójimo como a mí mismo.

Soy como Diego, luzco su dorsal
solo porque termina en cero y
cero termina como empieza odiar.
Odio de local y visitante
y en mi escudo leen mis rivales:
«Odiar mucho no es odiar bastante».
Odian los nobles y los burgueses,
la mano de Dios, el gol del siglo,
así cagamos a los ingleses.
Odié hace mil años y odié recién.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Odio tanto a esos entrenadores
que no supieron sacar partido
de mi odio hacia otros jugadores.
A Bilardo por causas naturales,
mi gloria me la afanó Caniggia,
lo narró Víctor Hugo Morales.
Pero no le guardo ningún rencor,
que nos sacó campeones del mundo
y todo ese odio se volvió amor.
Odiando me entrego al cien por cien.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Yo soy el centro de las miradas,
piso la cancha, los barras me aclaman,
cuando odio mal no quedan entradas.
Provoco más miedo que Batista,
mirada turbia, barba de Tarzán,
cuando odio bien soy un artista.
Soy más fachero que Batistuta,

no me hace falta practicar mucho
para ser un gran hijo de puta.
Odiando no distingo quién es quién.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Odio dentro y fuera del área,
habilitado o incluso en órsay,
odio al natural o por cesárea.
Mi desempeño roza la gesta,
los hinchas corean mi nombre y
yo los odio a todos por respuesta.
He alcanzado todas las finales,
chivo por las noches pensando en que
Palermo patea los penales.
Odiando no tomo ningún rehén.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Tocándola como el Barcelona,
al pelotazo o a la contra,
odiando como Pelé a Maradona.
Manejo el cuero pegado a los pies
que no me lo roba ni Barijho,
porque no es de oro y pierde interés.
No hay referí que me saque la roja
ni línea que agite su banderín,
temen a este flaco si se enoja.
Algunas veces odio con desdén.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Y casi nunca odio de menos,
que siempre es mejor andar holgado,
igual que nos odian los chilenos.
Odiar a muerte tampoco es normal,
aunque hay casos muy excepcionales:
Codesal en la final de un Mundial.
Lo justo es odiar sin restricciones,
porque, puestos a ser generosos,
se debe odiar con y sin razones.
Odiar tranquilo es un acto de fe.
Odiar es muy sano si se odia bien.

Hasta acá llega mi cantinela,
las metáforas futboleras son
solo para que vos lo entendieras.

Porque si hay algo que odio de veras
es que yo te la ponga perfecta
y como un boludo la tires fuera.
Y sí, yo también odio el balompié.
Odiar es muy sano si se odia bien.
Odiar es muy sano si se odia bien.
Odiar es muy sano si se odia bien.

SINGULARIDAD

Los cambios se producen.
Participar es opcional.
El daño ocasionado.
La severidad de la pena
nunca es proporcional.

Todos somos culpables.

El punto de partida.
La línea recta trazada.
Un concepto de justicia.
La equivalencia de las leyes
se mide a mano alzada.

Todos somos culpables.

Compensar el dolor.
El espejo de los demás.
Una libertad limitada.
Los grados de percepción
de los que vienen detrás.

Todos somos culpables.

La angustiosa existencia.
Mil vidas malgastadas.
Una sola condena.
La sombra del fantasma
de las Navidades pasadas.

Todos somos culpables.

Deudas y obligaciones.
El triángulo equilátero.
Un círculo perfecto.
Nadie distingue lo que es
sano de lo correcto.

Todos somos culpables.

La maldita singularidad.
Una mentira torturada
convertida en tu verdad.
Uno alcanza todo
cuando no persigue nada.

Todos somos culpables.

Las manos vacías.
Los bolsillos repletos.
Tus arrugas marcadas.
No hay sinceridad en
unos versos completos.

Todos somos culpables.
Nadie está exento.

CONDENADA TRINIDAD

Tres noches fueron,
fueron tuyas, fueron sueños.
Fueron hielo.
Fueron las que fueron.
Tres pensamientos, tres deseos,
tres miradas en un reflejo.
Tres fueron las carabelas de un
torpe descubrimiento.
Si tengo que dejar de verte,
prefiero ser ciego que tuerto.
Tres noches que casi recuerdo.

Tres, los reyes magos.
Tres regalos que no me trajeron.
Tres, los tristes tigres.
Un trabalenguas que no me aprendo.
Tres mil las veces que te pedí
que me echaras de menos.
Enterrado a tres metros bajo el suelo
no suena el llanto de un muerto.
Tres noches que casi recuerdo.

Tres es dos más uno
y la mitad de seis.
Las vocales de un adiós.
Tres veces la unidad.
Tres es casi perfecto.
Tres infiernos y un solo cielo.
Tres párrafos para decirte
que te quiero mucho más de
lo que te querrán ellos.
Tres noches que casi recuerdo.

Tres noches que casi recuerdo.
Tres noches que casi recuerdo.

VERGÜENZA

Su oscura sonrisa es la muerte de un ruiseñor,
su triste caminar, una marcha fúnebre,
su perfume es un réquiem funesto en si menor.

Su vestido blanco es negro, su aliento amarillo,
el lecho sobre el que descansa es un ataúd,
a su corazón no lo atraviesa un cuchillo.

Y, sin embargo, la quiero tanto que me avergüenzo.
Mis pesadillas a su lado, dulces sueños.
Esta clase de amor no se dibuja en ningún lienzo.

Es una montaña que no se puede escalar,
fortaleza inexpugnable sin puente levadizo,
de sus garras afiladas no puedo escapar.

Su mejor receta es aceite de ricino,
pudin de bellota, sal y mouse de alfileres,
un delantal de seda que huele a tocino.

Y, sin embargo, la quiero tanto que me avergüenzo,
mis pesadillas a su lado son dulces sueños.
Esta clase de amor no se dibuja en ningún lienzo.

No existe prenda interior que la favorezca
ni tacón de hormigón armado que resista,
su desnudo integral hace que me enrojezca.

De entre un millón de gorilas no hay quien la elija.
Sus formas son las de una botella de fanta,
su cabello, estropajo, su piel, una lija.

Y, sin embargo, la quiero tanto que me avergüenzo,
mis pesadillas a su lado son dulces sueños.
Esta clase de amor no se dibuja en ningún lienzo.

Y, sin embargo, la quiero tanto que no comienzo
a respirar hasta que me agarra del brazo

y me arrastra sumiso a su cálido regazo.

ATRAPADO

Atrapado en un poema,
uno que nunca se escuchó,
uno que daba pena.
Apresado en las palabras
que no tenían sentido,
que ninguno recitaba.
Cautivo en una métrica
de amor sin tristeza,
de una muerte tétrica.
Prisionero de unos versos
con sabor a cenicero,
como sabían tus besos.

Atrapado en un poema
que nadie escribirá jamás.
Adán en brazos de Eva.
Apresado en sus palabras
mudas para oídos sordos,
como caricias macabras.
Cautivo en una métrica
a la medida de nada,
pura cirugía estética.
Prisionero de unos versos
con el olor del veneno,
como olían tus besos.

Prisionero de unos versos
con sabor a cenicero,
como sabían tus besos.
Prisionero de unos versos
con el olor del veneno,
como olían tus besos.

LATIDO

Eran dos que eran.
Y fueron.
Eran uno.
Y siguieron.
Eran tanto como quisieron.
Dos en uno.
Uno solo.
Dos corazones ardiendo.
Latido.

Eran relojes sin tiempo.
Agujas.
Dos números en el extremo.
Campanadas sordas,
sostenidos alientos.
Eran dos.
Como doscientos.
Latido.

Eran sin quererlo.
Las llamas frías,
la respiración.
¿Es esto?
Tenía sentido, tenía efecto.
Sonaba bien.
Sonaba hueco.
Latido.

Eran un pestañeo,
intermitentes,
como siempre fueron.
Un paraguas negro.
Los besos saben bien
si solo son besos.
Latido.

Eran menos que ellos,
muchos menos.

Uno más.
Un deseo.
Nadie necesita tras
tu telón de acero.
Abrí los ojos.
Te siento.
Latido.

Eran dos que podían
y pudieron.
La sonrisa perenne,
tu piel ardiendo.
Cerraste los ojos,
me bebí tu cuerpo.
Es solo un gesto.
Latido.

Eran puntos suspensivos,
suspendidos recuerdos.
Santiguarse mirando
al suelo.
¿Qué hora es?
Mirá el reloj.
Ya no recuerdo.
Latido.

Eran canciones o versos,
sonaban como sonaban
tus sueños.
Daba lo mismo
porque eran nuestros.
Llegó la hora,
es el momento.
Latido.

Eran susurros violentos,
¿recordás?
Encogidos de hombros,
aferrados al viento.
Soplaba ligero.
¿Lo escuchás?
Me acaricia tu cuerpo.
Latido.

Eran hasta que se fueron
hasta que desaparecieron.
Siempre estuvieron.
¿Los viste?
Nunca volvieron.
Agarrate fuerte.
¡Mirame!
Latido.

Eran los silencios,
esos que temo.
Esos que retumban
dentro del pecho.
Dejame que te lo diga
de nuevo.
Te quiero.
Latido.

DOS ETERNIDADES

Antes de que la gravedad me arrastre.
Antes.
Prefiero estar maduro y que vos me arranques.
Antes de que me fallen las fuerzas.
Antes.
Prefiero que seas vos quien me retuerzas.

Pasaría dos eternidades
colgado de la misma rama
esperando a que me mordieras.
Me dejaría masticar solo
para poder verte por dentro,
sin que vos me vieras.
sin que vos me vieras.

Después de que la gravedad me arrastre.
Después.
Prefiero estar muerto y que vos me mates.
Después de que me fallen las fuerzas.
Antes.
Prefiero que seas vos quien te retuerzas.

Pasaría dos eternidades
colgado de la misma rama
esperando a que me mordieras.
Me dejaría masticar solo
para poder verte por dentro,
sin que vos me vieras.
sin que vos me vieras.

¡QUÉ TARDE LAS PRISAS!

Regaste las canas con vino agrio,
regalaste las alas no hace tanto.
No era cuestión de elegir.
Así se esfumaron las ganas.

Bebiste del estanque turbio,
me juraste que todo era sucio
y se comieron los peces esas
mechas de mechones rubios.

¡Qué suaves las risas! Querida.
¡Qué tarde las prisas! Mentira.
Qué torcido todo lo que
vos enderezaste.

No había qué pescar, pensaste,
pero pescaste lo tuyo.
No hay redes que atrapen
a otro pésimo amante.

Con la garganta seca y los ojos mojados
me tragué tu orgullo.
No fue tanto por perder
lo mío como por ganar lo tuyo.

¡Qué suaves las risas! Querida.
¡Qué tarde las prisas! Mentira.
Qué torcido todo lo que
vos enderezaste.

Reprochaste el brillo opaco de
aquellos diamantes.
Perderás el destello, confío,
más pronto que tarde.

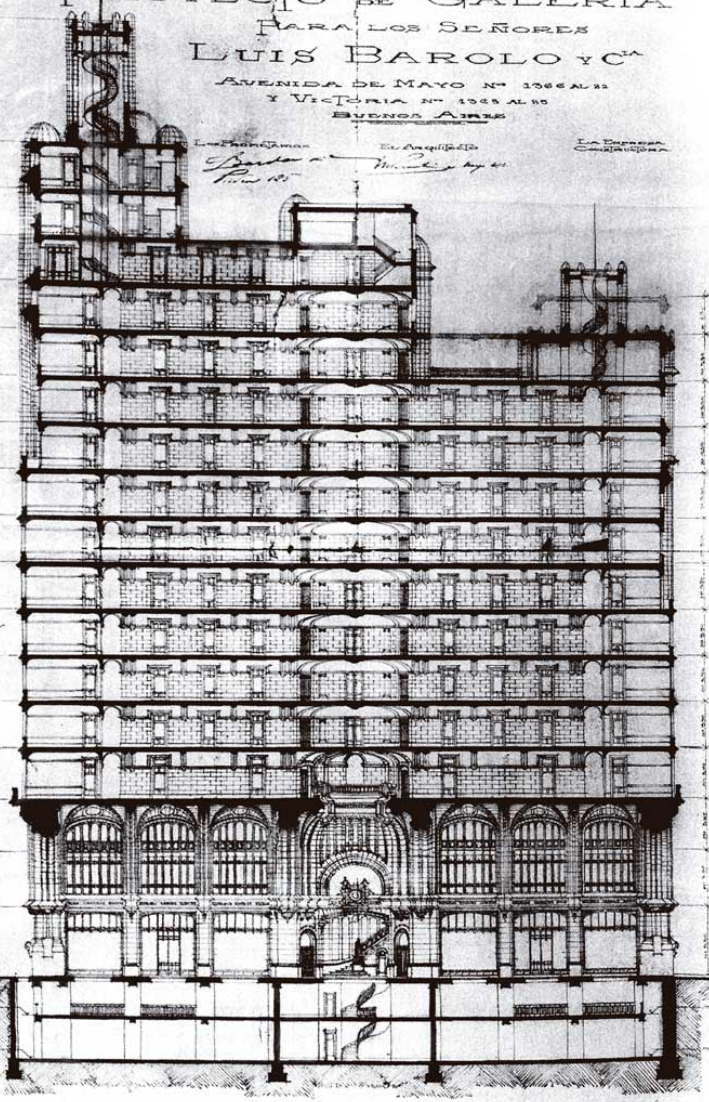
¡Qué suaves las risas! Querida.
¡Qué tarde las prisas! Mentira.
Qué torcido todo lo que

vos enderezaste.

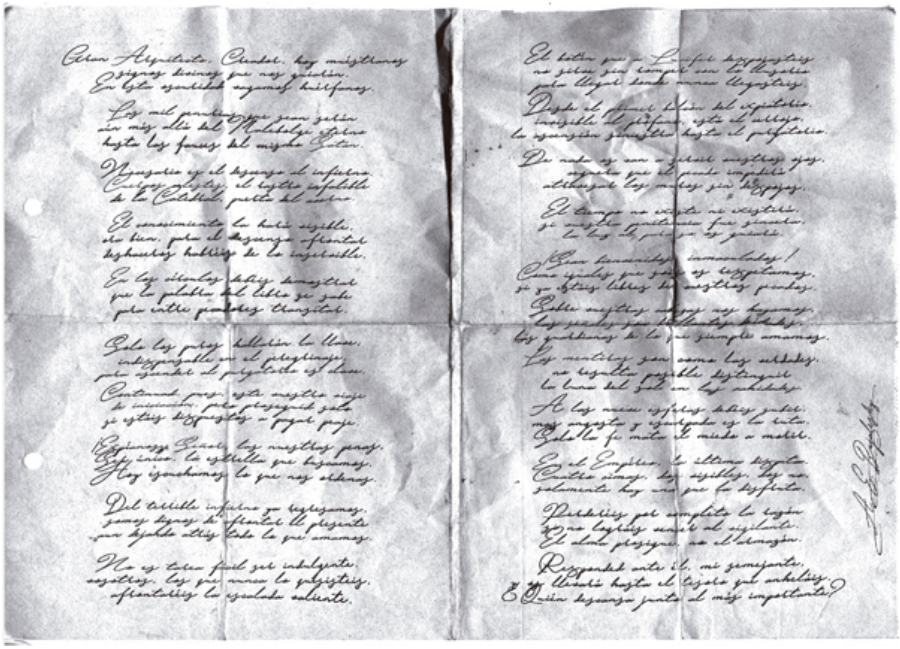
¡Qué suaves las risas! Querida.
¡Qué tarde las prisas! Mentira.
Qué torcido todo lo que
vos enderezaste.

Es cierto, muy cierto:
antes te amaba
y hoy te detesto.
Así me despido desde el aeropuerto.

PROYECTO DE GALERIA
PARA LOS SEÑORES
LUIS BAROLO Y Cia
AVENIDA DE MAYO Nos 1366 AL 82
Y VICTORIA Nos 1365 AL 85
BUENOS AIRES



CORTE LONGITUDINAL EJE GALERIA AB.



El presente pack de la segunda trilogía de César Pérez Gellida construye la historia posterior de tres de los grandes protagonistas de la primera: Ramiro Sancho, Erika Lopategui y Ólafur Olafsson.

Tras concluir la persecución del psicópata Augusto Ledesma, el inspector Ramiro Sancho vuelve al trabajo y se enfrenta al terrible y cruel secuestro de una adolescente. Una batalla de la que saldrá damnificado y que lo llevará a apartarse del cuerpo y a llevar una aparente vida de devaneos y vicios para olvidar.

Mientras, Erika y Ólafur, con su nuevo compañero redimido, Uriel, emprenden una persecución sin tregua a los miembros de la organización criminal llamada Congregación de los Hombres Puros. Pero no será fácil, necesitarán la ayuda de todos sus aliados, atravesarán el Atlántico e incluso algunos perderán la vida en el intento.

La crítica ha dicho…
«Con *Sarna con gusto* Pérez Gellida alcanza la madurez en una obra original y de sofisticada crueldad. Los fieles al género Gellida estamos de suerte.»
Dolores Redondo

«Una de las mejores novelas que he leído.»
Juan Gómez Jurado

«Un altísimo nivel literario secundado con un lenguaje exquisito y

brillantísimos diálogos. Una novela plagada de dilemas morales esencialmente kafkianos y de decisiones que nadie desearíamos nunca tener que tomar.»
Zenda

«Una vez más, me quito el sombrero ante el maestro. Aunque parecía imposible, César se ha superado a sí mismo con una novela muy trabajada, de trama compleja pero al mismo tiempo muy entretenida e instructiva.»
Blog *Libros que hay que leer*

SOBRE EL AUTOR

César Pérez Gellida nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Desarrolló su carrera profesional en empresas vinculadas con el mundo de las telecomunicaciones y la industria audiovisual hasta que, en 2011, decidió dedicarse en exclusiva a su carrera de escritor. César irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori,* que cosechó grandes éxitos tanto de ventas como de crítica y obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía Versos, canciones y trocitos de carne, que continuó con *Dies irae* y se cerró con *Consummatum est* y por la cual le fue otorgada la Medalla de Honor de la Sociedad Española de Criminología y Ciencias Forenses 2014 por su ardua labor de documentación. En noviembre de 2014 le otorgaron el Premio Piñón de Oro como vallisoletano ilustre y en 2015 publicó *Khimera,* su cuarta novela. Actualmente sigue escribiendo novelas y colabora como columnista en *El Norte de Castilla.*

Puedes contactar con el autor a través del medio que prefieras:
cesar@perezgellida.com
Facebook: CesarPerezGellida.Oficial
Twitter: @cpgellida
Web: www.perezgellida.com

© 2016, *Sarna con gusto* y *Cuchillo de palo*, César Pérez Gellida
© 2017, *A grandes males*, César Pérez Gellida
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-283-8
Diseño de cubiertas: Chevi Diseñarte
Imágenes de cubiertas: Sonia Volpini
Imagen del plano del Palacio Barolo, hecha por Mario Palanti. Fundación Barolo
Imagen del manuscrito: Chevi Diseñarte
Conversión ebook *Sarna con gusto*: Javier Barbado
Conversión ebook *Cuchillo de palo* y *A grandes males*: MT Color & Diseño, S.L.
Conversión ebook pack: Alma María Díez Escribano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

ÍNDICE

Refranes, canciones y rastros de sangre

Sarna con gusto
- Dedicatoria
- Cita
- Personajes
- Rigor y constancia
- El calzado del diablo nunca suena
- Quien nace lechón muere gorrino
- Por grande que parezca el ruedo, el toro siempre termina desangrado
- Agua pasada no mueve molino, pero arruina el sembrado
- A la fuerza ahorcan
- Con la iglesia hemos topado
- Entre el honor y el dinero, lo segundo es lo primero
- Las casualidades se alimentan de causalidades
- Ficción y verdad completan la realidad
- Es preferible ser un imbécil por decisión propia que listo por imposición
- Cumplir años no solo deja arrugas
- A la larga, el galgo a la liebre mata
- Quien con niños se acuesta meado se levanta
- La cruz en el pecho y la espada en los hechos
- Cuando uno es perro viejo, prefiere roer el hueso que salir corriendo
- «La muerte se está fumando mis cigarros»
- Dios aprieta pero no ahoga
- La risa no se ensaya, se improvisa
- De cumplidores y cumplidos están tejidos los malentendidos
- Tuerto que a ciego guía, ni de noche ni de día
- Pues mi alma os aborrecerá
- Siempre que uno gana otro pierde
- El vino aguado y la confianza guárdatelos para Sancho Panza
- Entender es solo un verbo
- Sarna con gusto
- Nota del autor
- Banda sonora

Cuchillo de palo
- Dedicatoria

Cita
Personajes
Prólogo
El sufrimiento no distingue entre culpables e inocentes
El que limpio apuesta limpio se queda
La celebridad se esfuma con celeridad
Cuando no se huye de nada se persigue de todo
El mal siempre encuentra a los malvados
De casta le viene al galgo
Uno hace lo que tiene que hacer cuando no tiene otra alternativa
Por codicia lo mucho es poco, por necesidad lo poco es mucho
La cruz en el pecho y la espada en los hechos
Después del conejo ido, palos a la madriguera
Durante la madrugada, cualquier imprevisto es mierda asegurada
Confía en las malas personas: nunca cambian
Si llevas mucho tiempo sin crecer en la misma maceta, cambia de maceta
Huir solo sirve para morir algo más tarde y mucho más cansado
Por bravo que sea, no hay toro que aguante cien banderillas
La reflexión es la madrastra del equilibrio
La manzana nunca cae lejos del árbol
A las romerías y a las bodas van las locas todas
Cuchillo de palo
Nota del autor (previa)
Nadie muere dos veces
Tanta paz lleves como descanso dejas
Nota del autor (definitiva)
Banda sonora

A grandes males
Dedicatoria
Cita
Personajes
Prólogo de Dolores Redondo. «Valladolid»
Introito
Vivir eternamente en el recuerdo o vivir condenado al olvido
Cualquier mentira disfrazada de verdad
Lo correcto mata
La línea recta es el camino más corto, pero no siempre es el más rápido
Lo que no se soluciona con plata se arregla con más plata
Flor de pelotudo
Piedra y pelusa
Los hay que no ven aunque estén mirando

Gigante de trapo
Al final de las guerras perdidas
¡Qué tarde las prisas!
Manifiesto rosacruces
Lombrices
Epitafio
Gris acero sobre Buenos Aires
El final del cuento
La arrogancia no sirve de nada sin viento a favor
Singularidad
Condenada trinidad
Esa luz fría
Las oportunidades perdidas viajan solo con billete de ida
Tan vivo, tan mentira
Uno de esos pijamas de mármol
La desesperación es la chispa que enciende la valentía
Vergüenza
La mejor forma de tapar un secreto es con otro secreto
Lo que queda en la cama
Odiar es muy sano si se odia bien
Atrapado
Latido
¡Hay que joderse!
Nota del autor
El más importante
El mapa
Banda sonora

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos